Jon Lee Anderson

Che Guevara

Una vida revolucionaria





Gracias a la rigurosa e ingente investigación llevada a cabo por el extraordinario reportero Jon Lee Anderson, tenemos la posibilidad de acercarnos de nuevo a la fascinante figura de Ernesto «Che» Guevara, tan publicitada como, en parte, desconocida: un mito en vida y un mártir internacional tras su muerte; un luchador revolucionario, estratega militar, filósofo social, economista, médico, y amigo y confidente de Fidel Castro. El Che tuvo un sueño épico: unificar Latinoamérica y el resto del mundo subdesarrollado mediante la revolución armada para acabar de una vez por todas con la pobreza, la injusticia y los nacionalismos mezquinos que la habían desangrado durante siglos. Este libro arrastra al lector desde las capitales revolucionarias de La Habana y Argel hasta los campos de batalla de Bolivia y el Congo; de los corredores del poder de Moscú y Washington hasta el exilio en el puerto de Miami, México y Guatemala.

Jon Lee Anderson, el único biógrafo que ha tenido acceso exclusivo a los archivos del gobierno cubano, traza la trayectoria vital de Ernesto Guevara y la compleja personalidad del guerrillero, desde su infancia y su juventud en el seno de una acomodada familia argentina hasta su muerte violenta a manos del ejército boliviano. En el curso de sus investigaciones, Anderson consiguió entrevistarse con los militares bolivianos que conocían lo ocurrido durante los últimos días del Che, y pudo descubrir un misterio guardado celosamente durante veintiocho años: el paradero del cuerpo del Che en Bolivia, que luego pudo ser repatriado a Cuba. No cabe duda de que esta obra monumental se revelará como el retrato definitivo de una de las figuras históricas más fascinantes y emblemáticas del siglo XX, hasta ahora aún muy desconocida.

Jon Lee Anderson

Che Guevara

Una vida revolucionaria

Título original: *Che Guevara: A Revolutionary Life*

Jon Lee Anderson, 1997

Traducción: Daniel Zadunaisky & Susana Pellicer

Editor digital: turolero

Aporte original: Spleen

ePub base r1.2

A Erica

Y a la memoria de mi madre,

Barbara Joy Anderson,

1928-1994

AGRADECIMIENTOS

Una biografía es obra de una persona, pero sólo se puede llevar a cabo con la colaboración de otras. Un proyecto como éste, que abarcó cinco años, obliga a agradecer a muchas personas. Tal vez algunas no aprueben el resultado final. A ellas sólo les digo lo que siempre he dicho: en este libro mi única lealtad es para con el Che Guevara; escribo según mi percepción de *su* verdad, no la de otros. Pero a fin de tranquilizar a todos los espíritus, al llegar a este punto debo decir que «el autor es el único responsable del contenido de este libro».

En Cuba, donde pasé la mayor parte del tiempo y realicé las principales investigaciones, estoy especialmente en deuda con la viuda del Che Guevara, Aleida March, quien se atrevió a despertar de tres décadas de hibernación para atender a un «yanqui» insolente y fisgón. Sé que no fue fácil para ella y que muchos le aconsejaron que no lo hiciera. Agradezco su valentía y su confianza al permitirme sacar mis propias conclusiones de sus revelaciones. Tengo una gran deuda con María del Carmen Ariet, inteligentísima asesora y confidente de Aleida, probablemente la persona que más sabe sobre el Che Guevara en el mundo. Muchas gracias, María, del «gringo feo». Orlando Borrego, protegido y amigo íntimo del Che, puso a mi disposición sus vastos conocimientos y me trató como amigo, cosa que le agradeceré eternamente. Manuel Piñeiro Losada, alias «Barbarroja», jefe de espías y guardián de los secretos de Cuba durante treinta y cinco años, salió de las sombras para ayudarme a despejar ciertos misterios que rodean las actividades clandestinas del Che, un privilegio sin precedentes que aprecio enormemente. Muchas gracias también a Aleida Piedra, ayudante y amiga leal que se convirtió en un miembro más de la familia.

A Denis Guzmán, funcionario del Comité Central del Partido Comunista cubano, quien gestionó mi primera solicitud para trabajar en Cuba y resolvió los problemas iniciales de nuestra estancia; María Flores, Roberto de Armas, el difunto Jorge Enrique Mendoza —mi primer «anfitrión» oficial—, quien lamentablemente se suicidó poco después de mi llegada; Julie Martin y su padre Lionel Martin, una gran persona y un buen amigo que me brindó sus pensamientos, sus años de experiencia y su archivo personal sobre el Che; Manuel, Alejandro, Katia y toda la «familia Gato»; Lorna Burdsall, Pascal e Isis Fletcher, Lisette, Ron Ridenour, Veronica Spasskaya, Roberto Salas, Encarna, Fernando y Laly Barral, Leo y Michi Acosta, Micaela y Fernando, Miguel y Tanja, Julio y Olivia, Marta y Carmen, Isaac

y Ana, Dinos y Maribel Philippos, Ángel Arcos Vergnes, Juan Gravalosa, Tirso Sáenz, Harry Villegas, Alberto Castellanos, Alberto Granado, Osvaldo de Cárdenas, Ana María Erra, María Elena Duarte, Estela y Ernesto Bravo, Mariano, Gustavo Sánchez, Jesús del Valle, Paco Usallán, Marta Vitorte, Cari y Margarita, la «profe». En el Consejo de Estado cubano, Pedro Álvarez Tabío me permitió acceder a los codiciados archivos del Che, donde conté con la gran ayuda de Efraín González y Heberto Norman Acosta. El historiador Andrés Castillo Bernal me proporcionó una copia de su propio manuscrito original, ampliamente documentado, sobre la Revolución Cubana.

En la Argentina debo agradecer a Calica Ferrer, Carlos Figueroa, Chicho y Mario Salduna, Pepe Tisera, Roberto y Celia Guevara, Julia Constenla, Rogelio García Lupo, Reynaldo Sietecase, Héctor Jouve, Alberto Korn, Toto Schmukler, Oscar del Barco, Benjamín Elkin, Nelly Benbibre de Castro, Emiliano Acosta, Tatiana y Jaime Roca, y a todos los miembros del Equipo Argentino de Antropología Forense —Anahí, Patricia, Darío y Mako— y en especial a Alejandro Inchaurregui, a quien considero un buen amigo. También Roberto Baschetti, Julio Villalonga, María Laura Avignolo y Claudia Korol.

En Bolivia, vaya mi agradecimiento a Loyola Guzmán y Humberto Vázquez Viaña. También a Rosa y Natalie Alcoba, a Martín y Matilde; Ana Urquieta, Juan Ignacio Siles, Chato Peredo, René Rocabado, Carlos Soria, Clovis Díaz, Miguel Ángel Quintanilla y Tania, del Hotel Copacabana. Mis mejores deseos de éxito para el Equipo de Baloncesto Anderson en Vallegrande. El general retirado Reque Terán me brindó generosamente su tiempo, sus documentos y su colección de fotografías secuestradas.

En Paraguay, Socorro Selich y sus hijas, en especial Zorka, me alojaron con toda confianza y develaron los secretos del difunto coronel Andrés Selich, una figura clave en las últimas horas de vida del Che Guevara. Agradezco su confianza, su cálida hospitalidad, y a Tilín por ayudarme a copiar cintas grabadas y fotografías tomadas hace treinta años.

En México, mi investigación fue coordinada o dirigida por Phil Gunson, excelente periodista, veterano estudioso de América Latina y buen amigo. Tengo con él una deuda especial de gratitud por su paciencia y su ayuda incansable para buscar personas y archivos en México, Guatemala, Nicaragua y Panamá.

En el Reino Unido, Richard Gott y John Rettie me dieron aliento, información y contactos invalorables. Gracias también a Duncan Green y Raquel del LAB, Pedro Sarduy y Jean Stubbs; Noll Scott, Landon Temple, Muhammad y Helena Poldervaart, Carlos Carrasco, Ashok Prasad y Peter Molloy.

En Moscú, Irina Kalinina, Anatoli, Esperanza, Volodia, Mario Monje y Alexander Alexeiev. En España, Henry Lerner, Carmen González-Aguilar y su difunto hermano Pepe Aguilar, quien me brindó su tiempo aunque ya estaba en su lecho de muerte. En Suecia, Ciro Bustos, quien me brindó su hogar y su confianza en nuestras largas conversaciones. En El Cairo, Carol Berger hizo grandes esfuerzos para buscar a las personas que yo deseaba entrevistar.

En Alemania, Peter Müller me ayudó con los archivos de la Stasi y me dio su apoyo también de otras maneras. El cineasta suizo Richard Dindo me porporcionó direcciones e indicaciones referentes a Bolivia y también algunas fotos para el libro.

En Washington, Peter Kornbluh del The National Security Archive, Scott Armstrong, David Corn, Sergo Mikoyán y Phil Brenner. En Miami, muchas gracias a mis amigos y mis varias veces anfitriones —todos activa y amablemente interesados en este libro y mis penurias—, Rex y Gabriela Henderson, David e Inés Adams y José y Gina de Córdoba.

Estos y otros amigos y parientes repartidos por el mundo hicieron de esta larga empresa una experiencia mucho más placentera. Entre ellos se cuentan Vanadia Sandon-Humphries, Doris Coonrad, David Humphries, Jonathan Glancey, Michelle, Tina, Meim, Nohad Al-Turki, Nick Richards, Christopher y Monique Maxwell-Libby, Colin Pease, David Ridd, Simon Tucker, Ros Bain, Laurie Johnston, Cathy Booth, Tim Golden, Jeff Russell, Chuck y Bex, Michelle Labrut, Bertha Thayer, Mike y Joan CarabiniParker, Janet y Terry Parker, María Elena, Matilde Stone, Martin y Eva Barrat, Ingrid Vavere, Colin Lizieri y Jos y Kien Schreurs-Timmermans.

Durante estos cinco años fallecieron varios de mis seres queridos. Vaya para ellos mi reconocimiento y despedida. Mi madre, Barbara Joy Anderson, quien fue mi primer mentor y querida amiga, falleció repentinamente cuando me encontraba en Cuba. Sofía Gato, quien ayudó a criar a los hijos del Che y nos ayudó a nosotros de la misma manera, se convirtió rápidamente en nuestra mejor amiga. Falleció en 1996 y todos la echamos muchísimo de menos.

Me parece singularmente apropiado que este libro lo publique Grove Press, la primera editorial que publicó los escritos del Che Guevara en Estados Unidos. Las oficinas de Grove fueron destruidas por una bomba en los años sesenta, después de que su revista de «izquierdas» *Evergreen* publicara en la tapa el más emblemático retrato del Che. El editor Morgan Entrekin me ha dado su apoyo durante todos estos años. Aunque jamás lo dijo, estoy seguro de que en ocasiones lo hizo a su pesar, pero le agradezco que jamás me lo hiciera saber. Lo mismo digo de mi agente Deborah Schneider. A Carla Lalli y Elizabeth Schmitz por sus

esfuerzos, Anton Mueller, Kenn Russell, Muriel Jorgensen, Miwa, Judy y todo el personal de Grove Press que me hizo sentir como en casa: Joan, Eric, Jim, Scott, Lauren, Lissa, Amy, Tom, Lea y Ben, muchas gracias. Asimismo a Patty O'Connell, quien desentrañó mi sintaxis enredada y mis caídas en el *spanglish*. Por su respaldo y resistencia agradezco a los editores de Transworld, Emecé Editores, Baldini & Castoldi y Objetiva. Y, de igual manera, a Jorge Herralde y todo el equipo de Editorial Anagrama, para esta nueva edición.

Pocos autores tienen la suerte de contar como correctores a un hermano y un amigo íntimo que también son escritores; yo tuve el privilegio singular de que Scott Anderson y Francisco Goldman redujeran mi volumen abrumadoramente pesado. Si éste resulta legible, el mérito es principalmente suyo.

Mi esposa Erica fue mi compañera sin desmayos y me brindó su apoyo a lo largo de esta odisea. Con auténtica flema británica, consintió que nos mudáramos de Oxford a La Habana, donde instaló nuestro hogar en medio de una sociedad que parecía derrumbarse a nuestro alrededor. Aceptó sin quejas mis frecuentes viajes al exterior, algunos de los cuales duraron varios meses, y en cada ocasión, gracias a ella, me encontré al volver con una familia sana y bulliciosa. Para nuestros hijos, Bella, Rosie y Máximo, este libro se convirtió en parte inseparable de sus vidas. El Che Guevara fue para todos ellos la primera personalidad que pudieron identificar fuera de nuestra familia cercana. El idioma natal de Rosie y Máximo fue el español, y Bella iniciaba sus clases matutinas con el himno *Seremos como el Che*.

INTRODUCCIÓN

La revelación salió a la luz de manera casi fortuita durante una larga conversación mientras bebíamos café una mañana de noviembre de 1995. Sentado en el jardín de su finca amurallada en las afueras de la ciudad boliviana de Santa Cruz, el general retirado Mario Vargas Salinas divulgó su papel en el entierro secreto del hombre a quien había ayudado a perseguir veintiocho años antes: el revolucionario nacido en la Argentina Ernesto Che Guevara.

La confesión del general rompió el silencio en torno a uno de los misterios más perdurables de América Latina. Después de su captura y asesinato a manos de militares bolivianos y en presencia de un agente de la CIA en octubre de 1967, el cadáver del hombre que fuera la mano derecha de Fidel Castro se había desvanecido. En su jardín de Santa Cruz, el general Vargas Salinas reveló que había integrado un pelotón encargado de un entierro nocturno, que los cadáveres del Che y varios de sus camaradas estaban enterrados en una tumba colectiva cerca de la pista de aterrizaje de tierra en las afueras de la aldea de Vallegrande, en las montañas del centro de Bolivia. Los oficiales que derrotaron al guerrillero más carismático del mundo quisieron negarle una tumba que se convirtiera en un lugar de homenajes públicos. Esperaban que la desaparición pusiera fin al mito del Che Guevara.

Sucedió lo contrario: el mito del Che se difundió y extendió sin que nadie pudiera controlarlo. Millones lloraron su muerte. Poetas y filósofos escribieron elegías exaltadas, músicos le dedicaron obras, pintores lo retrataron en diversas poses heroicas. Guerrilleros marxistas de Asia, África y América Latina ávidos de «revolucionar» sus sociedades alzaban su bandera en el combate. Y cuando la juventud de Estados Unidos y Europa occidental se sublevó contra el orden establecido denunciando la guerra de Vietnam, sus prejuicios raciales y su ortodoxia social, la mirada desafiante del Che se convirtió en el icono definitivo de su revuelta entusiasta, aunque en gran medida vana. Si el cuerpo del Che había desaparecido, su espíritu estaba vivo; estaba en ninguna parte y en todas.

¿Quién era ese hombre que a los treinta y seis años había abandonado a su esposa y cinco hijos, su ciudadanía honoraria, su puesto de ministro y grado de comandante en la Cuba revolucionaria con la esperanza de iniciar una «revolución continental»? ¿Qué había impulsado a este hijo de una familia aristocrática

argentina, con título de médico, a tratar de cambiar el mundo?

Hacía tiempo que el autor de estas líneas intentaba desentrañar estos interrogantes. El Che empezó a interesarme a fines de la década de los ochenta, cuando realizaba investigaciones para un libro sobre las guerrillas de la era moderna. En campos de batalla de Birmania, El Salvador, el Sahara Occidental y aun del Afganistán musulmán descubrí que guerrilleros de todas clases veneraban al Che. Sus escritos sobre la guerra de guerrillas, pero más aún los principios revolucionarios que parecía encarnar —abnegación, honestidad y dedicación a la causa—, habían trascendido el tiempo y la ideología para formar e inspirar a nuevas generaciones de combatientes y soñadores.

Fascinado, busqué libros sobre el Che Guevara. Hallé pocos que no estuvieran agotados y ninguna biografía que se pudiera llamar perdurable; la mayoría eran hagiografías oficiales cubanas o brulotes igualmente tediosos escritos por sus adversarios ideológicos. No tardé en comprender que la vida del Che estaba por escribirse porque en buena medida estaba oculta en el misterio. Las lagunas en su vida planteaban enigmas fascinantes, y me pareció evidente que si uno podía desentrañar los misterios de la vida del Che, también podría echar luz sobre ciertos aspectos clave —y escasamente conocidos— de la era de la guerra fría: el apoyo cubano a los movimientos guerrilleros y la generación de guerras por agentes tanto del Este como de Occidente en el Tercer Mundo.

Pensé que las respuestas a la mayoría de estas preguntas se encontrarían en Cuba, y viajé allá con la esperanza de hallarlas. Era 1992 y Cuba vivía una época de confusión porque la Unión Soviética, que había apadrinado a Fidel Castro durante treinta años, acababa de caer. Golpeado pero no humillado, de pie y firme en su isla caribeña, Castro aún se atrevía a levantar el estandarte socialista en momentos en que la nave del Estado parecía hundirse bajo sus pies.

Durante un segundo viaje, ese mismo año, conocí a la viuda del Che, Aleida March, quien me prometió su «cooperación» para escribir una biografía de su difunto esposo. Fue un golpe de suerte porque poco después, el *apparatchik* revolucionario que había «aprobado» mi permanencia y debía ser mi mentor oficial se descerrajó dos balazos en el pecho. A principios de 1993 me instalé en La Habana con mi familia; la estancia duró tres años. Con ayuda de su viuda y con investigaciones adicionales en la Argentina, Paraguay, Bolivia, México, Rusia, Suecia, España y Estados Unidos traté de descubrir quién era el Che Guevara y qué había sucedido en su vida. Sobre todo traté de comprender al hombre detrás de la imagen pública mítica. Este libro es fruto de cinco años de trabajo.

Por curioso que parezca, el mito del Che sigue siendo tan poderoso que

atrapa a la gente, genera polémicas y provoca tormentas políticas. Los detalles póstumos que me reveló el general Vargas Salinas actuaron como un catalizador para que se produjera un torrente de información inédita sobre la muerte del Che Guevara, pero también sobre su vida.

Acosado por la prensa, el presidente civil de Bolivia decretó que los militares debían buscar el cadáver del Che, así como los de dos docenas de camaradas suyos «desaparecidos» en las mismas circunstancias, hasta hallarlos y exhumarlos. El consiguiente espectáculo público de los exguerrilleros, soldados y peritos forenses que abrían pozos en las afueras de Vallegrande a la vista de multitudes de curiosos y de periodistas que merodeaban en busca de testimonios reabrió viejas heridas en el país y amenazó con sacar a la luz los detalles más escabrosos de antiguos secretos de Estado. Las fuerzas armadas bolivianas cumplieron la orden presidencial, pero enfurecidas por la «traición» de Vargas Salinas, lo conminaron a cuidar la lengua. Fue a Vallegrande, dijo que no recordaba «exactamente» dónde estaba enterrado el Che y volvió a su casa, donde quedó bajo arresto domiciliario. Después realizó un viaje largo por el extranjero y desde entonces guardó absoluta reserva. La búsqueda en Vallegrande continuó, pero con extrema dificultad debido a la falta de referencias precisas. Sin embargo, tras varias semanas de excavaciones salieron a la luz cuatro cadáveres de guerrilleros, pero luego la pista se enfrió nuevamente. Siguió la búsqueda, pero no fue hasta julio de 1997, tras dieciséis largos meses de pesquisas, cuando, dentro de una fosa común, los investigadores dieron con el objetivo principal de su búsqueda: el esqueleto de un hombre sin manos.

Primera parte

Una juventud inquieta

1. UN YERBATAL EN MISIONES

I

El horóscopo era desconcertante. Si el famoso guerrillero revolucionario Ernesto «Che» Guevara había nacido el 14 de junio de 1928 como constaba en su certificado de nacimiento, era un geminiano… y para colmo un sujeto más bien mediocre. La astróloga, amiga de la madre del Che, revisó sus cálculos en busca de un error, pero los resultados no variaron. Se trataba de una personalidad mediocre, sumisa, que había llevado una vida sosegada. Entonces, una de dos: o tenía razón o era una astróloga totalmente incompetente.

Al ver ese horóscopo deprimente, la madre del Che rió. Entonces reveló un secreto que había guardado celosamente durante tres décadas. Su célebre hijo había nacido un mes antes, el 14 de mayo. No era de Géminis sino de Tauro: una personalidad audaz y obstinada.

Explicó que la mentira había sido necesaria porque el día de su boda con el padre del Che estaba en el tercer mes de embarazo. Fue por eso por lo que inmediatamente después de la boda, la pareja se alejó de Buenos Aires en busca de la remota selva de Misiones. Allí, mientras su esposo se instalaba como emprendedor dueño de una plantación de yerba mate, ella vivió los meses de embarazo lejos de los ojos escrutadores de la sociedad porteña. Poco antes del alumbramiento, viajaron río abajo por el Paraná hasta la ciudad de Rosario. Allí dio a luz y un médico amigo falsificó la fecha en el certificado de nacimiento: la atrasó un mes para proteger a la pareja del escándalo.

Cuando el bebé cumplió un mes, avisaron a sus familias. Dijeron que habían tratado de llegar a Buenos Aires, pero que el trabajo de parto se inició prematuramente cuando llegaron a Rosario. Después de todo, un bebé sietemesino no es nada fuera de lo común. Si los familiares y amigos sospecharon de la historia y la fecha oficial, en todo caso las aceptaron discretamente, y durante años nadie la puso en tela de juicio.

Si ese niño no hubiera llegado a ser el célebre revolucionario «Che», los padres podrían haberse llevado el secreto a la tumba. Es una de las pocas personalidades públicas de los tiempos modernos cuyos certificados de nacimiento y defunción son falsos. Con todo, parece singularmente apropiado que Guevara, quien dedicó la mayor parte de su vida adulta a las actividades clandestinas y murió a causa de una conspiración secreta, iniciara su vida con un subterfugio.

II

En 1927, cuando Ernesto Guevara Lynch la conoció, Celia de la Serna acababa de terminar los estudios secundarios en el Sagrado Corazón, un colegio católico para niñas de la alta sociedad. Era una veinteañera espectacular, de nariz aguileña, oscura cabellera rizada y ojos café. Celia era instruida pero ingenua, devota pero crítica. En otras palabras, estaba lista para una aventura amorosa.

Celia de la Serna era una auténtica argentina de sangre azul y pura cepa española. Uno de sus antepasados fue virrey del Perú colonial; otro, un famoso general del ejército argentino. Su abuelo paterno había sido un terrateniente rico y su propio padre un célebre profesor de derecho, diputado y embajador. Murió con su esposa cuando Celia era niña, quien junto con sus seis hermanos quedó bajo la tutela de una tía devota. Pero a pesar de la muerte inesperada de sus padres, la familia conservó las propiedades con sus correspondientes rentas, por lo cual Celia recibiría una buena herencia al cumplir los veintiún años, la mayoría de edad legal.

A los veintisiete años, Ernesto Guevara Lynch era un hombre más bien alto y apuesto, de mandíbula y mentón enérgicos. Sus gafas para el astigmatismo le daban un aire falsamente tímido, pues poseía una personalidad sociable y extrovertida, un genio vivo y una imaginación excesivamente frondosa. También poseía dos apellidos argentinos de buena cepa: era bisnieto de uno de los hombres más ricos de Sudamérica y su árbol genealógico incluía nobles tanto españoles como irlandeses. Pero con los años, la familia había perdido la mayor parte de su fortuna.

Durante la tiranía de Rosas en el siglo XIX, los herederos de los ricos clanes Guevara y Lynch huyeron de la Argentina para buscar oro en California. Cuando regresaron del exilio, sus hijos nacidos en Estados Unidos, Roberto Guevara Castro y Ana Isabel Lynch, estaban casados. Ernesto era el sexto de sus once hijos. Eran una familia acomodada, pero ya no poseían tierras ni títulos. Mientras él trabajaba de topógrafo, Ana Isabel criaba a los niños en Buenos Aires. Pasaban los veranos en una casa de campo, un resto de la propiedad familiar heredado por ella. A fin de preparar a su hijo para una vida de trabajo, Roberto Guevara lo envió a una escuela estatal. «La única aristocracia en la que creo es la del talento», le dijo.

Pero Ernesto aún pertenecía por derecho de nacimiento a la sociedad argentina. Al crecer había escuchado los relatos de su madre sobre la vida de

frontera en California y los aterradores cuentos de su padre sobre malones indios y muertes violentas en los altos Andes. El pasado ilustre y aventurero de su familia era un legado demasiado fuerte para desecharlo. Tenía diecinueve años cuando murió su padre, y aunque estudió ingeniería y arquitectura en la universidad, abandonó antes de recibirse. Quería vivir sus propias aventuras, hacer su propia fortuna y utilizó la modesta herencia de su padre para alcanzar ese objetivo.

Cuando conoció a Celia, Ernesto había invertido casi todo su dinero en el Astillero San Isidro, la empresa constructora de yates de un pariente rico. Trabajó ahí como supervisor, pero al poco tiempo perdió interés. Un amigo lo entusiasmó con un proyecto nuevo: podía hacer fortuna cultivando yerba mate, la estimulante infusión vernácula que millones de argentinos beben religiosamente.

La tierra era barata en la provincia yerbatera de Misiones, mil ochocientos kilómetros al norte de Buenos Aires por el río Paraná, en la frontera boreal de la Argentina con Paraguay y Brasil. Colonizada inicialmente por misioneros jesuitas y sus indígenas guaraníes conversos en el siglo XVI, anexada cincuenta años antes por la Argentina, Misiones empezaba a desarrollarse como tierra de cultivo. Especuladores de bienes raíces, aventureros ricos e inmigrantes europeos pobres acudían a la provincia. Guevara Lynch fue a explorarla y se contagió de la «fiebre yerbatera». Su dinero estaba invertido en el astillero, pero esperaba que la herencia de Celia le permitiese comprar tierra suficiente para una plantación de yerba mate y luego hacerse rico con el rentable «oro verde».

A nadie sorprendió que la familia de Celia estrechara filas contra el pretendiente. Celia aún no había cumplido veintiún años y por ley necesitaba el consentimiento de su familia para casarse o cobrar su herencia. La pidió y se la negaron. Desesperados, porque para entonces estaba embarazada, ella y Ernesto fingieron una fuga de amantes para forzar a la familia a dar el consentimiento. Se ocultó en la casa de una hermana mayor. El ardid resultó eficaz. La familia aprobó el matrimonio, pero Celia debió recurrir a la justicia para cobrar su herencia. Un juez le otorgó una parte de su herencia, que incluía la propiedad de una estancia agrícola-ganadera en la provincia mediterránea de Córdoba y algunos bonos convertibles de su cuenta en fideicomiso: lo suficiente para comprar un yerbatal en Misiones.

El 10 de diciembre de 1927, Celia y Ernesto se casaron en una ceremonia privada en la casa de su hermana mayor casada, Edelmira Moore de la Serna. El diario *La Prensa* de Buenos Aires lo consignó en su columna «El día social».

A continuación huyeron de Buenos Aires a la selva misionera con su secreto común. «Juntos decidimos nuestra vida», escribiría Guevara Lynch en unas

memorias publicadas años más tarde. «Quedaron atrás los martirios, las mojigaterías y la apretada cerca de parientes y amigos que querían impedir nuestro matrimonio».

III

En 1832, el naturalista británico Charles Darwin, testigo de las atrocidades cometidas contra los indígenas argentinos nativos por el caudillo gaucho Juan Manuel de Rosas, había vaticinado: «El país quedará en manos de los salvajes gauchos blancos en lugar de los indios de piel cobriza. Los primeros son un poco superiores en educación, pero inferiores en todas las virtudes morales».

Pero a la vez que corría la sangre, la Argentina generaba su propio panteón de héroes con espíritu cívico, desde el general José de San Martín, libertador del país en la guerra de independencia contra España, hasta el aguerrido periodista, educador y presidente Domingo Faustino Sarmiento, quien finalmente arrastró a la Argentina a la era moderna como república unificada. En 1845 Sarmiento publicó *Facundo, civilización y barbarie*, un fuerte toque de atención a sus compatriotas para que siguieran el camino del hombre civilizado en lugar de la brutalidad del argentino de frontera arquetípico, el gaucho.

Con todo, el mismo Sarmiento había gobernado el país con autoridad de dictador, y después de su muerte el culto argentino del hombre fuerte, el *caudillo*, no desapareció. El caudillismo sería un rasgo de la política hasta muy entrado el siglo siguiente, en tanto el gobierno oscilaba entre caudillos y demócratas en una desconcertante danza cíclica. En efecto, como si reflejara los agudos contrastes de la gran tierra conquistada por ellos, el temperamento argentino mostraba un dualismo irreconciliable, aparentemente anclado en un estado de tensión perpetua entre el salvajismo y la ilustración. Apasionados, caprichosos y racistas, los argentinos eran a la vez generosos, ocurrentes y hospitalarios y poseían un fuerte sentido del orgullo nacional. La paradoja dio lugar a una cultura floreciente, expresada en obras literarias clásicas como el poema épico gaucho *Martín Fierro*, de José Hernández, y *Don Segundo Sombra*, de Ricardo Güiraldes.

En la década de 1870 el país había adquirido estabilidad. Y una vez consolidada la conquista de las pampas del sur tras una campaña auspiciada por el gobierno para exterminar a la población indígena, se abrieron vastas extensiones de tierra a la colonización. Se tendieron cercos en la pampa para delimitar tierras de labranza y pastoreo; aparecieron ciudades e industrias; se construyeron puertos y ferrocarriles. A fines de siglo la población se triplicó; más de un millón de inmigrantes llegaron de Italia, España, Alemania, Gran Bretaña, Rusia y el Oriente Próximo a la rica tierra austral de promisión… y el flujo continuaba.

En apenas un siglo, la ciudad de Buenos Aires, triste guarnición colonial sobre el vasto estuario del Río de la Plata, adquirió la naturaleza explosiva y apasionada del crisol de razas, expresada en la nueva y sensual cultura del tango; su cantor de ojos oscuros Carlos Gardel prestaba su voz sugestiva a un orgullo nacional en expansión. Hablaba su propio dialecto callejero, el lunfardo, un argot argentino rico en dobles sentidos nacido del quechua, el italiano y el español gaucho.

En los ajetreados muelles del puerto, los barcos cargaban carne, cereales y cueros para llevarlos a Europa; otros descargaban Studebakers norteamericanos, fonógrafos y la última moda de París. La ciudad se jactaba de poseer un teatro lírico, una Bolsa y una buena universidad; manzanas de imponentes edificios públicos de estilo neoclásico, mansiones privadas, parques ornamentales con árboles inmensos y campos de polo, amplios bulevares adornados con estatuas heroicas y fuentes con chorros de agua. Los tranvías traqueteaban a los barquinazos por las calles adoquinadas flanqueadas por elegantes confiterías y *whiskerías* de puertas de bronce y letreros dorados sobre ventanas de vidrio tallado. Entre los espejos y mármoles de su interior, altivos camareros de chaqueta blanca y pelo engominado vigilaban la sala y se abatían sobre las mesas en un destello, como águilas acechantes.

Pero mientras los *porteños*, como se llamaban a sí mismos los habitantes de Buenos Aires, buscaban sus modelos culturales en Europa, buena parte del interior vegetaba en el atraso decimonónico. En el norte, los caudillos provincianos regían con mano déspota vastos algodonales y cañaverales. Los casos de lepra, malaria y aun de peste bubónica eran frecuentes entre sus trabajadores. En las provincias andinas, los indígenas de lengua quechua y aymara, llamados *coyas*, vivían en condiciones de pobreza extrema. Faltaban dos décadas para el otorgamiento del voto a las mujeres y aún mucho más para la legalización del divorcio. La justicia patronal y la servidumbre por contrato formaban parte de la vida cotidiana en las regiones alejadas de los centros urbanos.

El sistema político argentino, lejos de seguir la evolución social, se había estancado. Durante dos décadas los partidos Conservador y Radical habían regido los destinos del país. El entonces presidente radical Hipólito Yrigoyen, envejecido y excéntrico, era una figura inescrutable que rara vez hablaba o se presentaba en público. Los obreros tenían pocos derechos, sus huelgas solían ser reprimidas a balazos y bastonazos. Los criminales cumplían sus condenas en la helada desolación de la Patagonia austral, adonde se los transportaba en barcos. Pero la inmigración y el siglo XX traían ideas políticas nuevas. Feministas, socialistas, anarquistas y también fascistas empezaban a hacerse oír. En la Argentina de 1927, el cambio político y social era inevitable, pero estaba demorado.

IV

Con el dinero de Celia, Guevara Lynch compró doscientas hectáreas de selva a orillas del río Paraná. Sobre un barranco con vistas al agua marrón y al exuberante bosque verde de la costa paraguaya construyeron una amplia casa sobre pilotes, con cocina y baño exteriores. Lejos estaban de las comodidades de Buenos Aires, pero Guevara Lynch estaba embelesado. Su ojo ávido de empresario contemplaba la selva que lo rodeaba y veía el futuro.

Tal vez creía que, emulando a sus abuelos, podría «restaurar» la fortuna familiar al lanzarse a la exploración intrépida de tierras vírgenes e inexploradas. Fuera esa emulación de sus antepasados consciente o no, es evidente que Misiones representaba para Guevara Lynch su propia aventura en el «Salvaje Oeste». Para él no era tan sólo una provincia atrasada de la Argentina, sino un lugar emocionante, plagado de «bestias feroces, los trabajos peligrosos, los robos y asesinatos, los ciclones en la selva, las interminables lluvias y las enfermedades tropicales».

«Allí, en el misterioso Misiones —escribió—, todo es obsesionante… todo en el territorio de Misiones atrae y atrapa. Y atrae como todo lo peligroso y atrapa como todo lo apasionante. Allí nada era igual a lo que nosotros conocíamos, ni su suelo, ni su clima, ni su vegetación, ni la selva poblada de animales salvajes, ni mucho menos sus habitantes… Desde el momento en que uno pisaba sus riberas sentía que la protección de su vida estaba en su machete o en su revólver…»

La casa de la propiedad estaba en un lugar llamado Puerto Caraguataí, el nombre guaraní de una bella flor roja, pero el puerto era apenas un muelle de madera. Se llegaba allí tras dos días de viaje por el río desde el viejo puerto comercial de Posadas en el *Iberá*, un venerable vapor victoriano con rueda de paletas que había transportado a funcionarios coloniales británicos por el Nilo. El caserío más cercano era Montecarlo, un asentamiento de colonos alemanes, pero a escasos minutos de caminata a través de la selva los Guevara hallaron a un vecino cordial. Charles Benson, maquinista retirado del ferrocarril inglés y ávido pescador deportivo, se había construido un gran bungalow blanco sobre el río que incluso tenía un auténtico *water closet* importado de Inglaterra.

Los Guevara disfrutaron unos meses mientras se instalaban y exploraban el terreno. Pescaban, paseaban en bote y cabalgaban con Benson o iban a Montecarlo en su calesa arrastrada por mulas. Gertrudis Kraft, de ocho años, hija de refugiados

alemanes pobres que tenían una hostería en el camino a Montecarlo, admiraba a los Guevara, «gentes pudientes» cuyo rústico hogar junto al río era «una mansión».

En todo caso, el idilio de la luna de miel duró poco. El embarazo de Celia progresaba y en pocos meses llegó el momento de regresar a la civilización para que ella diera a luz en un ambiente más cómodo y seguro. La pareja viajó río abajo hasta Rosario, un importante puerto sobre el Paraná de trescientos mil habitantes. Allí Celia inició el trabajo de parto y dio a luz a su hijo Ernesto Guevara de la Serna.

La partida de nacimiento falsificada, redactada en el registro civil el 15 de junio, fue firmada en calidad de testigos por un primo de Guevara Lynch que vivía en Rosario y un taxista brasileño, evidentemente reclutado a último momento. El documento dice que el bebé fue dado a luz el 14 de junio a las 3.05 de la mañana en el «domicilio» de sus padres, calle Entre Ríos 480.

Los Guevara se instalaron en Rosario mientras Celia convalecía del parto de «Ernestito». Alquilaron un espacioso apartamento de tres dormitorios con cuartos de servicio en un lujoso edificio residencial en la dirección mencionada en la partida, cerca del centro. Tuvieron que prolongar su estancia porque poco después de nacer, el bebé contrajo neumonía bronquial. La madre de Ernesto, Ana Isabel Lynch, y su hermana soltera Ercilia fueron a ayudar a la madre.

Si los familiares de la pareja sospechaban algo, no dijeron palabra. Se había evitado el escándalo. La partida de nacimiento, aunque dudosa, era un documento oficial y por el momento nadie hacía preguntas molestas. Incluso Roberto, hermano menor del Che, dice que su madre le dijo: «Ernesto nació en una clínica de Rosario el 14 de junio de 1928. La casa que aparece en la inscripción de nacimiento es donde vivió los primeros días, pero no donde nació. Posiblemente fue la casa de un amigo o del chofer de taxi que fue testigo del nacimiento…»

Desde luego que la verdad, como diría Celia mucho después a Julia Constenla de Giussani (la que había solicitado la carta astral del Che a su común amigo el astrólogo), era que tal vez dio a luz en el mismo hospital, el mismo día y a la misma hora en que un obrero portuario huelguista llamado «Diente de Oro» moría de heridas de bala.

El diario rosarino *La Capital* confirma el resto de la historia. En mayo de 1928, una huelga portuaria en Rosario había dado lugar a actos de violencia. Casi todos los días se producían disparos y apuñalamientos, la mayoría realizados por rompehuelgas armados contratados por la agencia de empleos de los estibadores, la Sociedad Patronal. A las 17.30 del martes 13 de mayo de 1928, un estibador de

veintiocho años llamado Ramón Romero, alias «Diente de Oro», recibió una herida de bala en la cabeza durante un tumulto en Puerto San Martín. Murió al amanecer del día siguiente, 14 de mayo, en el hospital Granaderos a Caballo de San Lorenzo, unos veinte kilómetros al norte de Rosario.

V

Después de una ronda de visitas a sus familiares en Buenos Aires para presentar a su hijo, los Guevara regresaron a sus tierras en Misiones.

Guevara Lynch se abocó seriamente a poner en marcha su plantación. Contrató a un capataz paraguayo llamado Curtido para supervisar el desmonte de la tierra y la primera siembra de yerba mate. Pero a la hora de conseguir trabajadores se dio de bruces contra el sistema de servidumbre aún vigente en esa zona salvaje.

En Misiones, los patrones madereros y yerbateros generalmente tomaban indios guaraníes itinerantes llamados *mensúes*, que firmaban contratos de cumplimiento obligatorio y recibían un avance en efectivo a cuenta de su trabajo. El mensú recibía un sueldo muy bajo por producción, y no en dinero sino en vales que sólo servían para comprar artículos básicos a precios elevados en las tiendas de los mismos patrones. Bajo ese sistema, era prácticamente imposible que un trabajador cancelara su deuda. Guardias armados llamados *capangas* prevenían las fugas de trabajadores, y la muerte violenta por herida de bala o machete era un hecho corriente. Si un mensú fugitivo lograba huir de los capangas pero caía en manos de la policía, ésta inevitablemente lo devolvía al patrón. Guevara Lynch contrató mensúes, pero no era un barón yerbatero; horrorizado por las historias que le contaron, pagaba a sus trabajadores en efectivo. Por eso era un patrón estimado, y años después los trabajadores aún lo recordaban como «un buen hombre».

Mientras Guevara Lynch ponía en marcha su plantación, su hijo aprendía a caminar. Para enseñarle, su padre solía enviarlo a la cocina con un poco de yerba mate para hacer mate cocido. Ernestito invariablemente tropezaba, se levantaba furioso y seguía su camino. Las hordas de insectos perniciosos que infestaban Caraguataí dieron lugar a otra rutina. Todas las noches, cuando su hijo dormía en la cuna, Guevara Lynch y Curtido entraban sigilosamente en la habitación. Mientras el patrón lo iluminaba con una linterna, Curtido utilizaba la brasa de su cigarrillo para desalojar las niguas que escarbaban en la carne del bebé.

En marzo de 1929, Celia quedó embarazada por segunda vez. Contrató a una joven nodriza gallega para cuidar de Ernestito, quien aún no había cumplido un año. Carmen Arias se convirtió en un miembro más de la familia; convivió con

los Guevara durante ocho años, hasta casarse, y fueron amigos hasta el fin de sus vidas. Libre de las tareas de cuidar al niño, Celia empezó a nadar diariamente en el Paraná. Un día, cuando estaba en el sexto mes del embarazo, la atrapó la corriente del río. Probablemente se hubiera ahogado si dos hacheros de su esposo que talaban un bosque vecino no la hubiesen visto y le hubiesen arrojado lianas para arrastrarla a la orilla.

Guevara Lynch recordó con desagrado varios episodios similares de los primeros años de su matrimonio, cuando su esposa estuvo a punto de ahogarse. Las personalidades discordantes de Celia y Ernesto ya habían empezado a chocar. Ella era una persona distante, solitaria y aparentemente inmune al miedo; él, un hombre necesitado de afecto a quien gustaba estar rodeado de mucha gente; un aprensivo crónico cuya imaginación magnificaba los riesgos que veía acechar por todas partes.

Pero las primeras señales de la futura discordia matrimonial, si bien ya estaban a la vista, aún no lograban separarlos. Los Guevara salían de excursión a caballo por el bosque con Ernestito sentado en la montura delante de su padre, o bien navegaban por el río en la *Kid*, una lancha de madera con camarote de cuatro cuchetas que Guevara Lynch había construido en el Astillero San Isidro. Una vez navegaron río arriba hasta las célebres cataratas del Iguazú, en la frontera argentino-brasileña, y contemplaron las nubes de vapor que se alzan de las cascadas pardas al caer desde los acantilados de la selva virgen.

A fines de 1929, la familia se preparó una vez más para el largo viaje río abajo a Buenos Aires. La tierra estaba desmontada y el yerbatal apenas sembrado, pero Celia estaba a punto de dar a luz a su segundo hijo y, por otra parte, el Astillero San Isidro requería con apremio la presencia de Guevara Lynch. El negocio había decaído durante su ausencia y uno de los inversores se había retirado. Aunque su plan era ausentarse unos meses, jamás volverían a Puerto Caraguataí como familia unida. Fue el fin de lo que Ernesto Guevara Lynch llamaría «años difíciles pero muy felices».

VI

En Buenos Aires, Guevara Lynch alquiló un chalet para su familia en el terreno de una gran quinta colonial, propiedad de su hermana María Luisa y su esposo, situada a una distancia cómoda de su astillero en apuros en el suburbio residencial de San Isidro.

Poco después, en diciembre, Celia dio a luz a una niña a quien bautizaron con el nombre de la madre. Durante el tiempo que Guevara Lynch se ocupó del astillero, la vida familiar se centró en excursiones al club náutico San Isidro, cerca del lugar donde los ríos Paraná y Uruguay se unen para formar el delta del Plata.

Guevara Lynch halló el astillero al borde de la quiebra, presuntamente por culpa de la falta de criterio comercial de su primo segundo y socio Germán Frers. Hombre rico, independiente y campeón de regatas, Frers se dedicaba al astillero por amor. Entusiasmado con la creación de obras de arte náuticas, invertía en artesanía fina y material importado, con el resultado de que el costo de la embarcación solía superar el precio de venta convenido. La herencia de Guevara Lynch se evaporaba. Para colmo, poco después de su regreso, un incendio devoró el astillero con sus botes, madera y pintura.

Si el astillero hubiese estado asegurado, el incendio habría podido parecer un suceso fortuito. Pero Frers había descuidado el pago del seguro, y Guevara Lynch perdió su herencia de la noche a la mañana. Lo único que le quedaba de su inversión era el *Kid*. Para compensarlo en parte, Frers le dejó el *Ala*, un yate a motor de doce metros de eslora.

No todo estaba perdido. El *Ala* tenía algún valor y aún poseían la plantación en Misiones, que Guevara Lynch había dejado en manos de un administrador amigo de la familia. Esperaban recibir una renta anual de la cosecha. Entretanto, tenían la renta del establecimiento cordobés de Celia. Además, tenían familiares y amigos de sobra de modo que nunca pasarían hambre.

A principios de 1930, Guevara Lynch no parecía excesivamente preocupado por el futuro. Durante algunos meses llevó una vida rumbosa: pasaba los fines de semana navegando con amigos en el *Ala* y haciendo *picnics* en las numerosas islas del delta río arriba. La familia pasaba los días calurosos del verano argentino (noviembre a marzo) en la playa del club náutico San Isidro o visitaba las estancias

de primos y parientes políticos adinerados.

Sucedió que un día de mayo de 1930, Celia llevó a su hijo de dos años a nadar en el club náutico, pero faltaba poco para el invierno y soplaba un viento frío. Esa noche el niño tuvo un ataque de tos. El médico diagnosticó una bronquitis asmática y recetó los medicamentos habituales, pero el ataque, lejos de disminuir, duró varios días. La familia comprendió que el joven Ernesto había contraído un asma crónica, que lo afectaría durante el resto de su vida y alteraría irrevocablemente la de sus padres.

Poco después volvieron los ataques, agravados. El resuello asfixiante de Ernesto provocaba la angustia de sus padres. Desesperados, consultaron a muchos médicos y aplicaron vanamente todos los tratamientos conocidos. El clima hogareño se deterioró. Guevara Lynch recriminaba a Celia por su imprudencia y la culpaba por haber provocado la enfermedad de su hijo.

En realidad, no era del todo justo con ella. Celia era sumamente alérgica y sufría ataques de asma. Probablemente había transmitido esa propensión congénita a Ernesto. Más adelante algunos de sus hermanos y hermanas también contrajeron alergias y asma, aunque ninguno en grado tan virulento. Probablemente la exposición al frío y el agua sólo habían activado los síntomas que ya estaban latentes en él.

Sea cual fuere la causa, el asma de Ernesto hacía imposible el regreso al clima húmedo de Puerto Caraguataí. Incluso San Isidro, tan próximo al Río de la Plata, era demasiado húmedo para su hijo. En 1931, los Guevara se mudaron nuevamente, esta vez a un apartamento alquilado en un quinto piso cerca del Parque de Palermo en Buenos Aires. Eran vecinos de Ana Isabel, la madre de Guevara Lynch, y su hermana soltera Beatriz, quien vivía con ella. Las dos mujeres se deshacían en muestras de cariño hacia el niño enfermizo, quien a su vez las prefería a los demás parientes.

En mayo de 1932, Celia dio a luz a su tercer hijo, un varón. Lo llamaron Roberto, como su abuelo paterno de California. La pequeña Celia, de un año y medio, daba sus primeros pasos, y Ernesto, de cuatro, aprendía a pedalear en su bicicleta en los bosques de Palermo.

Pero el traslado no le curó el asma. Para Guevara Lynch, la enfermedad de su hijo era una suerte de maldición: «El asma de Ernesto comenzaba a coartar nuestras decisiones. Cada día imponía nuevas restricciones a nuestra libertad de movimientos y cada día quedábamos más a merced de esa maldita enfermedad».

Cuando los médicos recomendaron un clima seco para estabilizar el asma de Ernesto, los Guevara se trasladaron a las sierras de la provincia de Córdoba. Durante varios meses viajaron ida y vuelta entre Córdoba y Buenos Aires, alojándose en hoteles y casas de alquiler, conforme los ataques de Ernesto disminuían y luego se agravaban sin una pauta aparente. Imposibilitado de ocuparse de sus asuntos o poner en marcha una empresa nueva, Guevara Lynch sentía aumentar la frustración. Se sentía «inestable, como en el aire y sin poder concretar nada».

El médico les recomendó que se instalaran en Córdoba durante por lo menos cuatro meses con el fin de asegurar la recuperación de Ernesto. Un amigo de la familia les aconsejó que probaran en Alta Gracia, un pueblo de aguas termales en las estribaciones de la Sierra Chica cordobesa cuyo clima bueno y seco atraía a pacientes de tuberculosis y otros males respiratorios. Siguieron el consejo. La familia se trasladó a Alta Gracia para una corta estancia: no imaginaban que sería su hogar durante los once años siguientes.

2. EL CLIMA SECO DE ALTA GRACIA

I

A principios de la década de 1930, Alta Gracia era un encantador poblado serrano de varios miles de habitantes rodeado por chacras y campo virgen. El aire traía un aroma de montaña fresco, puro, tonificante.

El asma de Ernesto empezó a mejorar en Alta Gracia, aunque los ataques no desaparecieron. Al principio la familia se alojó en el Hotel de la Gruta, un sanatorio administrado por alemanes en las lomas de las afueras del pueblo. La mayoría de los huéspedes padecían enfermedades pulmonares. El nombre provenía de una capilla y gruta vecinas construidas para venerar a la Virgen de Lourdes. Muchos peregrinos acudían a pedir milagros.

En ese ambiente bucólico, la vida era una fiesta constante para Celia y los niños. Diariamente iban a nadar en las lagunas, cabalgar en mulas y visitar a los vecinos. Pero Guevara Lynch no los acompañaba. A medida que disminuían los fondos y aumentaba la frustración por no poder trabajar, se hundía en la desesperación. Se sentía aislado, aprisionado por las sierras circundantes, y padecía insomnio. Su depresión aumentaba durante las largas noches en vela en el hotel.

La necesidad de atender la salud de Ernesto, que los había llevado hasta Alta Gracia, determinaría el rumbo de la familia Guevara y dominaría su vida hasta un grado insólito. Poco después de su llegada decidieron afincarse indefinidamente en Alta Gracia porque al cabo de unos meses en el Hotel de la Gruta advirtieron una mejoría en el estado de Ernesto. En efecto, el clima seco de la sierra había «estabilizado» el asma. En lugar de la afección crónica en Buenos Aires, los ataques se volvieron intermitentes. A pesar del asma, era un chico vivaz y caprichoso de cinco años que andaba con una *barra*, esos grupos de chicos que jugaban a la guerra, a policías y ladrones y se lanzaban cuesta abajo en sus bicicletas por las calles abruptas de Alta Gracia a toda velocidad.

Guevara Lynch alquiló una finca desocupada en la calle Avellaneda del barrio Villa Carlos Pellegrini, a escasos cinco minutos a pie del lujoso Hotel Sierras, imitación del Raj Hotel de Calcuta y centro de la vida social de Alta Gracia. Villa Chichita era un chalet gótico de dos plantas que a él le parecía un faro. Estaba rodeada por campos cubiertos de hierbas y desde sus ventanas se veían las sierras por un lado y la llanura amarilla que se extendía hacia Córdoba por el otro.

En enero de 1934, Celia dio a luz a su cuarto hijo, una niña a la que llamaron Ana María como su abuela paterna. El joven Ernesto, que peleaba con frecuencia con Celia y Roberto, se encariñó con su hermanita menor. Cuando la pequeña empezó a andar, la llevaba a pasear y le relataba cuentos. Si se fatigaba, se apoyaba sobre su hombro.

En las fotos familiares Ernesto Guevara aparece como un chico de cinco años de cara redonda, tez pálida y pelo revuelto. Vestido siempre con pantalones cortos, sandalias con medias y gorros para protegerse del sol de la montaña, su expresión es invariablemente reconcentrada e intensa, reveladora de un estado de ánimo difícil de captar con la cámara. En fotos tomadas dos años más tarde aparece más delgado, pero con el rostro pálido y contraído, sin duda a causa de un ataque prolongado de asma.

Cuando Ernesto tenía siete años, los Guevara se mudaron de Villa Chichita a una casa nueva y más cómoda al otro lado del camino. Villa Nydia era un chalet de una planta bajo la sombra de un gran pino, con tres dormitorios, oficina, cuartos de servicio y un terreno de casi una hectárea. El alquiler, sin ser «insignificante» como el de Villa Chichita, era muy bajo, de setenta pesos al mes, el equivalente de veinte dólares. El propietario era «el Gaucho» Lozada, dueño de la iglesia y la casa misionera de Alta Gracia.

Durante sus años de residencia en Alta Gracia se mudarían a distintas fincas de acuerdo con la estación, pero era en Villa Nydia donde pasaban más tiempo y la casa que consideraban su «hogar». Pero a pesar del alquiler tan barato, Guevara Lynch, que estaba prácticamente en la ruina, solía tener dificultades para pagarlo.

Se hallaba en un verdadero aprieto. La salud de Ernesto le impedía volver a Buenos Aires, pero no conseguía trabajo en la zona. Había puesto sus esperanzas en la renta del yerbatal misionero, pero los precios de mercado de la yerba habían caído, así como la renta de la estancia de Celia en Villa Sarmiento, en el sur cordobés, debido a una sequía prolongada. En Alta Gracia el costo de vida era relativamente bajo y los niños gozaban de buena salud.

Durante los años siguientes los Guevara siguieron viviendo de los ingresos producidos por las cosechas de Misiones y Villa Sarmiento, pero éstos, afectados por el clima y las fluctuaciones anuales del mercado, eran variables y generalmente bajos. Según familiares y amigos, la familia pudo vivir durante los años treinta gracias al dinero de Celia, probablemente lo que le quedaba de sus bonos. «Eran tiempos bastante malos para nosotros —confesaría Guevara Lynch—… Evoco aquella época tan llena de dificultades monetarias para nosotros. Los chicos se iban haciendo grandes; Ernesto continuaba con asma. Gastábamos mucho en médicos y

remedios; teníamos que pagar servicio doméstico, pues Celia no podía manejarse sola con cuatro criaturas. En fin, los colegios, los alquileres, ropa, comida, viajes. Todo eran gastos y las entradas pocas…»

Con todo, sus penurias se debían en parte a que ni él ni Celia sabían administrar bien el dinero y mantenían un nivel de vida que superaba largamente sus medios. Ofrecían cenas, poseían un cabriolé con caballo y un automóvil, veraneaban y tenían tres criados. Según las posibilidades económicas, pasaban los veranos en Mar del Plata, el lujoso balneario atlántico de los argentinos adinerados, o en la estancia de la abuela Ana Isabel en Santa Ana de Irineo de Portela.

El matrimonio Guevara se convirtió en una presencia permanente de la vida social en el Hotel Sierras. Si no tenían dinero, al menos pertenecían a la buena sociedad, de la cual poseían el porte y los apellidos.

Sus conocidos decían que los Guevara tenían «estilo». Aparentemente poseían esa confianza innata, propia de los nacidos en la riqueza, de que al final las cosas resultarían bien… y en general, así era. Cuando no lo era, los parientes y amigos acudían en su ayuda.

Carlos «Calica» Ferrer cuenta una anécdota reveladora. Hijo juguetón de un acomodado especialista en pulmón de Alta Gracia que atendía a Ernesto, era buen amigo de éste y solía veranear con la familia. Una vez partieron en tren a Buenos Aires, pero al descubrir que no había traído dinero, el padre de Ernesto le pidió prestado a Calica el dinero que *sus* padres le habían dado para sus gastos.

Pasó bastante tiempo antes de que Guevara Lynch pudiera aprovechar sus nuevos contactos sociales en Alta Gracia para conseguir un trabajo remunerado. En 1941, con el título de arquitecto de su hermano Federico y el suyo de «maestro mayor de obras y contratista general», ganó un contrato para ampliar y mejorar el Club de Golf Sierras. Mientras duró el trabajo duraron los ingresos, pero aparte de éste, no se conoce que Guevara Lynch tuviera otro durante la larga estancia de la familia en Alta Gracia.

II

Por culpa del asma, Ernesto no asistió regularmente a la escuela hasta que tuvo casi nueve años, así que su paciente maestra fue Celia, quien le enseñó a leer y escribir. En este período sin duda se consolidó la especial relación que ya tenían.

La unión entre madre e hijo tendría una repercusión intensa en años posteriores, al mantener ambos su relación por medio de una correspondencia abundante y profundamente reveladora que continuó hasta la muerte de Celia en 1965. De hecho, a los cinco años Ernesto ya empezaba a revelar una personalidad similar a la de su madre en muchos sentidos. Los dos disfrutaban del peligro, eran personas de naturaleza rebelde, resuelta y obstinada, que establecían intuitivamente fuertes relaciones de lealtad con otros. Ernesto ya tenía «preferencia» por uno de sus progenitores y también por dos de sus parientes: su tía soltera Beatriz y su abuela paterna Ana Isabel.

Beatriz, que no tenía hijos, sentía gran cariño por Ernesto, lo consentía y le enviaba regalos. Una de las primeras «cartas» de Ernesto, fechada en 1933, dice a su tía Beatriz que su asma ha mejorado. Escrita indudablemente por uno de los progenitores, lleva garabateada la firma «Teté». Beatriz le había puesto ese apodo cariñoso, adoptado luego por toda la familia.

A los diez años, el asma de Ernesto aún preocupaba profundamente a sus padres. En la desesperación por hallar las causas del mal, recurrieron a la medida extrema de apuntar las actividades diarias del niño, verificar la humedad y controlar todo, desde sus alimentos hasta su ropa. El cuaderno del padre correspondiente a noviembre de 1938 dice con respecto a un «buen día»: «Miércoles 15: mañana seminublada —sequedad ambiental—, amanece muy bien. Durmió con la ventana abierta. No va a la pileta [piscina]. Come con mucho apetito, igual que días anteriores. Anda muy bien hasta las cinco de la tarde».

Cambiaban su ropa de cama, el relleno de las almohadas y el colchón, retiraban las alfombras y cortinas de su cuarto, quitaban el polvo de las paredes, prohibían la entrada de animales a la casa y el jardín. En vano. En cierto momento su padre recurrió al curanderismo. Le dijeron que podía prevenir el ataque de asma si colocaba un gato en la cama mientras el niño dormía. Guevara Lynch consiguió un gato y lo puso en la cama de Ernesto, pero a la mañana siguiente el ataque era tan fuerte como antes y el gato estaba muerto; aparentemente el niño lo

había asfixiado durante la noche al darse la vuelta y colocarse sobre él mientras dormía.

Finalmente los Guevara comprendieron que el asma no seguía una pauta regular. A lo sumo, admitía algunos paliativos. Por ejemplo, al ver que parecía disminuir con la natación, se inscribieron en el club de la piscina del Hotel Sierras. Pero también impusieron límites: le prohibieron totalmente ciertos alimentos que le provocaban accesos, como el pescado, y cuando sufría un ataque debía seguir una dieta estricta. Los ayunos prolongados dieron lugar rápidamente a una pauta de conducta que observaría durante toda su vida. Ya de niño había demostrado un grado insólito de autodisciplina a la hora de respetar la dieta impuesta a causa del asma, pero una vez que pasaba el ataque comía hasta hartarse. Tenía la capacidad de ingerir enormes cantidades de alimentos en una sola comida.

A veces incapaz hasta de andar, Ernesto se veía obligado a permanecer en la cama durante largos días, de modo que dedicaba las horas de soledad a la lectura o aprendía a jugar al ajedrez con su padre. Conservaría estas aficiones durante el resto de su vida, y más adelante diría que esos períodos de cuarentena infantil habían dado origen a su amor por la lectura.

En cambio, cuando el asma le daba tregua, era lógico que Ernesto se lanzara con avidez a poner a prueba sus limitaciones físicas. Fue en la actividad física donde sintió por primera vez el ansia de competir. Se dedicó a los deportes… el fútbol, el tenis de mesa y el golf. Aprendió a cabalgar, a disparar en el campo de tiro local, a nadar en el Hotel Sierras o en las lagunas de las represas. Caminaba por las sierras y participaba en las peleas a pedradas de las pandillas juveniles.

A pesar de la oposición de su esposo, Celia alentaba esas actividades al aire libre e insistía en que su hijo debía tener en lo posible una infancia normal. Pero las consecuencias solían ser desastrosas, y más de una vez los amigos lo cargaban hasta la casa, jadeante. Pero esos episodios no le impedían reincidir, y en poco tiempo Guevara Lynch perdió toda autoridad sobre esas actividades.

Guevara Lynch jamás pudo imponer disciplina a su hijo mayor; Celia jamás lo intentó. Así fue como Ernesto se volvió más osado y desobediente. Para evitar el castigo por una travesura, se ocultaba en el monte y regresaba sólo cuando pensaba que el temor de los padres por su seguridad ya habría desplazado la ira. Pero Carlos Figueroa, otro amigo de la familia que poseía una finca de verano en la misma calle, dice que las fugas al monte de Ernesto tenían por objeto huir de las discusiones de sus padres, que él califica de «terribles».

No está demostrado que el trastorno emocional causado por las riñas de sus

padres provocara los ataques de asma, pero amigos y familiares coinciden que en Alta Gracia, Celia y Ernesto Guevara frecuentemente se peleaban a los gritos. Los dos eran sumamente temperamentales, y en el pueblo abundan las historias de sus riñas hogareñas.

Sin duda eso se debía en parte a sus penurias económicas perpetuas, un círculo vicioso agravado por el asma de Ernesto y la incapacidad de Guevara Lynch para conseguir trabajo, que a su vez él atribuía a la «imprudencia» de Celia y al incidente en San Isidro cuando lo llevó a nadar. Pero las amistades íntimas de Celia atribuyen el encono a las aventuras amorosas de Guevara Lynch, algo que en un pueblo pequeño como Alta Gracia debía de ser imposible de ocultar. Fuese porque el divorcio no era legal en la Argentina o acaso por el bien de los niños, los Guevara continuaron juntos.

Los días de libertad y vagabundeo de Ernesto se vieron limitados por fin cuando las autoridades educativas de Alta Gracia ordenaron a los padres que lo inscribieran en la escuela. Ernesto tenía casi nueve años y Celia no tuvo opción. Gracias a sus enseñanzas, sabía leer y escribir y pudo saltear los grados primero «inferior» y «superior» del sistema escolar argentino. En marzo de 1937, Ernesto ingresó en segundo grado de la escuela San Martín. Tenía casi un año más que sus condiscípulos.

El boletín de calificaciones de Ernesto correspondiente a tercer grado, en 1938, consta de «suficientes» en general, altas en historia, con «mejora constante» en ciencias naturales, lectura, escritura, geografía y geometría, moral y civismo, pero revelan escaso interés en dibujo, gimnasia, música y danza. Su conducta es «buena» durante el año, pero «insuficiente» en el tercer trimestre. El cambio en su conducta coincide con una disminución brusca de la asistencia. Después de faltar cuatro días en los dos primeros términos, las inasistencias suman veintiuna en el tercero, probablemente a causa de un ataque prolongado de asma.

Elba Rossi de Oviedo Zelaya, directora de la escuela y maestra de tercer grado, lo recuerda como un muchacho que «corría con otros chicos, se divertía… era inteligente, pero no se ocupaba mucho… En el recreo lo seguían bastante los chicos, era bastante líder ya». Al recordar sus días escolares, Ernesto «Che» Guevara le dijo a su esposa Aleida que Elba Rossi era estricta con la disciplina y constantemente le daba azotes en el trasero. Un día, cuando debía recibir el castigo habitual, metió un ladrillo bajo sus pantalones y la maestra se lastimó la mano.

Durante sus años escolares Ernesto fue un «fanfarrón» incorregible. Fuese por disposición natural o para compensar su aspecto enfermizo, el estigma que suele afectar a los asmáticos jóvenes, desarrolló una personalidad

encarnizadamente competitiva que lo impulsaba a hacer travesuras que llamaran la atención, para desconcierto de los adultos y admiración de sus compañeros. Sus antiguos condiscípulos relatan mil anécdotas de las cosas que hacía para llamar la atención: beber tinta del tintero, comer tiza en clase y trepar a los árboles del patio de la escuela; en una ocasión se colgó con las manos de un durmiente del ferrocarril sobre un abismo, en otra exploró el socavón de una mina abandonada o hizo de torero con una cabra iracunda.

Una vez salió con su pandilla a romper los faroles del alumbrado público con sus hondas. Para vengarse del jefe de una pandilla rival, con su amigo Juan Míguez defecaron sobre las teclas de marfil del piano de cola de sus padres. Y en una gloriosa ocasión, desbarató la cena de gala de un vecino al arrojar cohetes por una ventana abierta.

Las travesuras de Ernesto granjearon cierta notoriedad a los Guevara, quienes también eran conocidos por otras razones. «Bohemios» es el término que usan con mayor frecuencia quienes describen su vida de hogar alegre y desordenada. En su casa reinaban escasos convencionalismos sociales: los niños del barrio que venían a la hora de la merienda o la cena siempre podían quedarse a comer y nunca faltaban bocas adicionales que alimentar en la cena. Los niños Guevara no discriminaban al elegir sus amistades, y solían jugar con hijos de *caddies* del club de golf y otros niños que vivían en la «baja» Alta Gracia.

Quien más se destacaba como individuo librepensador era Celia madre. La directora de escuela Elba Rossi dice que Celia fue la «primera» mujer en muchas cosas en esa comunidad socialmente estratificada, tales como conducir un automóvil y vestir pantalones. Otros dicen que Celia desafiaba las normas sociales vigentes al fumar cigarrillos.

Celia podía realizar estos gestos aparentemente transgresores con impunidad gracias a su posición social y sus muestras de generosidad. Llevaba a sus hijos y los amigos de éstos al colegio y los recogía luego en el coche familiar al que llamaban «la catramina», un inmenso Maxwell 1925 descapotable con asiento trasero plegable. Inauguró y pagó la primera «copa de leche» del colegio, costumbre adoptada luego por el consejo escolar para asegurar que los niños más pobres recibieran algún alimento en la escuela.

A diferencia de la mayoría de sus vecinos, los padres de Ernesto tenían posiciones anticlericales. La madre de Guevara Lynch era atea y le había dado una educación laica. Celia, menos segura de sus posiciones debido a su educación religiosa, conservó durante toda su vida una inclinación hacia el aspecto espiritual de la vida. Cuando llegaron a Alta Gracia, Celia asistió a la misa dominical con los

niños, pero su esposo asegura que lo hizo por «el espectáculo» más que por algún resto de fe religiosa.

Con todo, a pesar de sus posiciones libertarias, los Guevara manifestaban la contradicción entre las creencias y la práctica, común a muchos católicos dubitativos. Jamás abandonaron del todo los ritos tradicionales que aseguraban su aceptación por esa sociedad conservadora. Aunque no asistían a la iglesia, los Guevara hicieron bautizar a sus hijos, según el rito católico. Ernestito estaba bautizado: su padrino era el adinerado Pedro León Echagüe, quien había presentado a Celia y Guevara Lynch y convencido a éste de que buscara fortuna en Misiones.

Sin embargo, cuando Ernesto ingresó en la escuela, Celia había dejado de concurrir a misa y los Guevara pidieron que se eximiera a sus hijos de las clases de religión. Roberto recuerda que en los partidos de fútbol después de clase se enfrentaban equipos de creyentes y no creyentes; los «no» siempre perdían porque eran muy pocos.

Aunque rara vez se lo veía estudiar, todos los condiscípulos de Ernesto recuerdan su rapidez para comprender lo que escuchaba en clase. Pero no demostraba un ansia competitiva para obtener buenas notas, que generalmente eran mediocres. Esto desconcertaba a su padre una y otra vez durante los años de formación de Ernesto. Parece que su padre nunca llegó a comprender los «móviles» de su hijo, como tampoco comprendió a su esposa Celia. Para él, Celia era «imprudente de nacimiento», la «atraía el peligro» y era culpable de haber legado esas características a su hijo mayor. Guevara Lynch, quien admite haber sido «excesivamente cauteloso», era irritable y se preocupaba constantemente por los peligros y riesgos de la vida. De alguna manera era el más *maternal* de los dos progenitores, mientras Celia era la confidente y cómplice de las travesuras de su hijo.

Guevara Lynch también tenía su «genio irlandés», y todos los amigos de Alta Gracia recuerdan sus ataques de cólera, sobre todo ante una presunta afrenta a un miembro de su familia. Exagerado o no, el famoso mal genio es un rasgo que el hijo mayor heredó de Guevara Lynch. Éste escribió que de niño, Ernestito «perdía los estribos» cuando pensaba que lo habían regañado o castigado injustamente, y las peleas a puñetazos con sus rivales de la pandilla eran frecuentes. Jamás perdió su mal genio, pero cuando llegó a la universidad había aprendido a dominarlo, a sustituir la amenaza de violencia física por una lengua afilada como una navaja que apabullaba a la gente. Pero en las raras ocasiones en que perdía el control, a veces reaccionaba con golpes.

Aunque era un hombre inteligente, Guevara Lynch se hallaba en un plan perceptivo distinto del de su esposa y su hijo, quienes compartían una mayor afinidad intelectual. Si bien leía libros históricos y de aventuras e inculcó su amor por ellos en Ernesto, carecía de la paciencia y la disciplina del estudio. En cambio, Celia era una lectora ávida de ficción, filosofía y poesía, y con el tiempo enseñó a su hijo a apreciar esas disciplinas.

Estas características que se desarrollarían y madurarían hasta adquirir dimensiones legendarias en el Ernesto Guevara adulto, ya estaban presentes en el niño. Su intrepidez física, inclinación al liderazgo, obstinación, espíritu competitivo y dominio de sí mismo ya se manifestaban claramente en el joven «Guevarita» de Alta Gracia.

III

Entre 1929 y 1935, Paraguay y Bolivia libraron una cruenta guerra intermitente por el control del árido y solitario Chaco fronterizo.

Ernesto Guevara Lynch seguía la Guerra del Chaco en los periódicos y debido a sus amigos paraguayos de Misiones simpatizaba con su país. Llegó a decir que estaba «dispuesto a tomar las armas» para defender a Paraguay. Contagiado por el entusiasmo de su padre, el hijo mayor también empezó a seguir las noticias de la guerra. Guevara Lynch advirtió poco después que la guerra se había infiltrado entre los niños, que se dividían en paraguayos y bolivianos para jugar a la guerra.

Más adelante Guevara Lynch diría que la Guerra del Chaco influyó en la formación de la conciencia política de su hijo. Parece improbable, ya que al finalizar la guerra Ernesto tenía siete años. Pero el Che recordaría la pasión con que su padre seguía el conflicto, y cómo con afecto no exento de sorna relataba a sus amigos argentinos sus amenazas altisonantes de «irse» a la Guerra del Chaco. Para el hijo era la síntesis de una verdad triste y risueña a la vez: su padre, siempre lleno de buenas intenciones, se pasaba la vida elaborando planes que rara vez llevaba a la práctica.

Probablemente el primer suceso político que causó impresión en la conciencia de Ernesto Guevara fue la Guerra Civil española de 1936-1939. En efecto, era imposible sustraerse a su influencia. A partir de 1938, cuando el curso de la guerra se volvió a favor de los fascistas de Franco, grupos de refugiados republicanos empezaron a llegar a Alta Gracia.

Entre ellos estaban los cuatro niños González Aguilar, quienes llegaron con su madre. Su padre, Juan González Aguilar, jefe de sanidad de la Armada durante la República, había permanecido en su puesto, pero se reunió con ellos tras la caída de Barcelona en enero de 1939. Las dos familias, con hijos de aproximadamente las mismas edades que pasaban juntos las horas en que estaban exentos de clase de religión, entablaron rápidamente una estrecha amistad.

Y durante un tiempo los Guevara acogieron en su hogar a Carmen, la hermana mayor de Celia, y sus dos hijos, mientras el padre, el poeta y periodista comunista Cayetano «Policho» Córdova Iturburu, era corresponsal de guerra en

España del diario porteño *Crítica*. Cuando llegaban cartas y despachos de Policho, Carmen los leía en voz alta al clan reunido y así les hizo llegar a la casa el impacto brutal de la guerra como no lo podía lograr artículo periodístico alguno.

En poco tiempo los Guevara se enrolaron en la apasionada campaña de apoyo a la República acosada. A principios de la década de los treinta, la política interior argentina difícilmente podía entusiasmar a izquierdistas como los Guevara. La Argentina había sido gobernada por una sucesión de regímenes militares conservadores en coaliciones ocasionales con distintas alas de la Unión Cívica Radical, el partido «liberal» tradicional, dividido y sumido en una oposición inoperante desde el derrocamiento del presidente Hipólito Yrigoyen en 1930. Pero la guerra por la República española, símbolo dramático de la resistencia frente a la amenaza creciente del fascismo internacional, sí podía despertar grandes pasiones.

Guevara Lynch fue uno de los fundadores del pequeño Comité de Ayuda a la República en Alta Gracia, parte de una red nacional de solidaridad con la España republicana. Se hizo amigo de los exiliados españoles. Admiraba especialmente al general Jurado, un héroe militar que había derrotado a las tropas de Franco y a sus aliados fascistas italianos en la batalla de Guadalajara y ahora se ganaba la vida como corredor de seguros de vida. Guevara Lynch lo invitaba a comer en su casa y con toda la familia escuchaba embelesado sus relatos sobre la guerra.

En un ambiente de solidaridad apasionada con la causa republicana española, Ernesto, que ya tenía diez años, se interesó profundamente por el conflicto. Llamó a la mascota de la familia, una perra schnauzer-pinscher, «Negrina» porque era negra y en honor de Negrín, presidente del gobierno de la República. Siguió los avatares de la guerra marcando con banderitas en un mapa las posiciones de los ejércitos republicano y fascista.

Tras la derrota de la República española comenzó la verdadera guerra europea. Consolidada la anexión de Austria y parte de Checoslovaquia con la firma del Pacto de Munich, en 1939 Adolf Hitler invadió Polonia. Gran Bretaña declaró la guerra a las potencias del Eje, señalando el comienzo de la Segunda Guerra Mundial. En Alta Gracia, como en todas partes, la gente se alineó con uno u otro bando.

Guevara Lynch volcó toda su energía en la Acción Argentina, un grupo de solidaridad con los aliados, y fundó una sección local en Alta Gracia. La familia Lozada le alquiló una oficina pequeña construida junto a la pared de piedra exterior del edificio de la misión jesuita con vista a la laguna Tajamar rodeada de sauces. Ernesto, que había cumplido once años, ingresó en el «ala juvenil» de

Acción Argentina y poseía su propio carnet que, según su padre, «exhibía con orgullo».

Guevara Lynch viajaba por la provincia, hablaba en público e investigaba informes sobre una posible «infiltración nazi». Su grupo, temeroso de que los nazis decidieran invadir Argentina, observaba las actividades de la importante comunidad alemana en Córdoba. En cuanto al joven Ernesto, su padre dice: «Todo el tiempo que disponía fuera de sus estudios y juegos lo dedicaba a colaborar con nosotros».

En Córdoba les preocupaba especialmente la colonia alemana del valle de Calamuchita, cerca de Alta Gracia. A fines de 1939, después de atacar a buques británicos en el Atlántico, el averiado buque alemán *Graf Von Spee*, perseguido hasta el Río de la Plata, fue hundido por su capitán frente a Montevideo. Las autoridades argentinas decidieron «internar» a los oficiales y tripulantes en Córdoba.

El grupo de Guevara Lynch, que sospechaba de los marinos alemanes internados, los espiaba y, según las memorias de éste, los vio realizar instrucción militar con fusiles de madera. En otra ocasión detectaron unos camiones que se dirigían al valle presuntamente transportando armas desde Bolivia. Sospechaban que el propietario alemán de un hotel en otra localidad encubría a un grupo de espías nazis que se comunicaba clandestinamente con Berlín por radio, pero debido al fuerte dispositivo de seguridad no pudieron obtener informes precisos.

Los informes de Guevara Lynch sobre estas misiones despiertan en el lector una ineludible sensación de hallarse ante una personalidad del tipo de Walter Mitty.[0] Anhelaba llevar una vida intrépida y aventurera, pero estaba condenado a vivir casi siempre en la periferia de los grandes sucesos de su tiempo. Había anunciado a los cuatro vientos que estaba dispuesto a combatir por Paraguay, pero no lo hizo. La Guerra Civil española y la Segunda Guerra Mundial le brindaron nuevas causas por las cuales militar, y más adelante lo haría por otras, pero siempre desde fuera. Y al fin y al cabo no se lo recordaría por esas actividades, sino por haber sido el padre de Ernesto Che Guevara.

Entretanto, convencidos de haber descubierto indicios de una floreciente red clandestina nazi en Córdoba, Guevara Lynch y sus camaradas enviaron un informe detallado a la sede de Acción Argentina en Buenos Aires; esperaban que el gobierno proaliado del presidente Roberto Ortiz reaccionaría al instante. Pero en 1940, quebrantada su salud, Ortiz fue reemplazado por su astuto y corrupto vicepresidente, Ramón Castillo. Éste expresaba fuertes tendencias pronazis y, según Guevara Lynch, no tomó medidas sustanciales contra la red nazi.

La posición ambigua de la Argentina durante la guerra —oficialmente neutral hasta la víspera de la derrota de Alemania en 1945— se debía tanto a sus intereses económicos como a las importantes tendencias partidarias del Eje entre las fuerzas políticas y militares. El bloqueo aliado de Europa devastó la economía argentina, que dependía tradicionalmente del viejo continente y en especial de Gran Bretaña para colocar sus carnes, cereales y otros productos agrícolas. A cambio de su apoyo a los aliados, el gobierno de Ortiz pidió garantías para exportar sus excedentes a la emergente superpotencia norteamericana, su mayor proveedora de bienes manufacturados. Pero la incapacidad de Ortiz para obtener un «trato justo» ayudó a instaurar el régimen pro Eje de Castillo. Los ultranacionalistas argentinos veían en la ascendente Alemania un mercado en potencia para sus exportaciones y un proveedor militar para sus fuerzas armadas.

IV

Cuando la Segunda Guerra Mundial continuaba con toda furia y la política argentina se volvía cada vez más errática, Ernesto Guevara llegó a la adolescencia. Su desarrollo físico era lento; de talla menuda, creció bruscamente a los dieciséis años. Intelectualmente era un muchacho curioso, inquisitivo, siempre dispuesto a discutir con los mayores. Sin embargo, sus libros preferidos seguían siendo las clásicas «novelas de aventuras para jóvenes»: las de Emilio Salgari, Jules Verne y Alexandre Dumas.

En marzo de 1942, poco antes de cumplir los catorce años, ingresó en la escuela secundaria, en bachillerato. Puesto que en Alta Gracia sólo había escuelas primarias, debía viajar todos los días en autobús a Córdoba, a cuarenta y cinco kilómetros, para asistir al Colegio Nacional Deán Funes, considerado uno de los mejores colegios públicos de la ciudad.

Una mañana de ese año, alguien tomó una fotografía de Ernesto entre los demás pasajeros del autobús de la mañana a Córdoba. Aparece con una sonrisa traviesa, vestido con *blazer* y corbata pero con pantalones cortos y calcetines tres cuartos arrugados, sentado sobre el paragolpes delantero del autobús entre estudiantes mayores que él vestidos con traje, corbata y camisa abotonada en el cuello.

Durante las vacaciones de verano de principios de 1943, los Guevara se mudaron a Córdoba, donde el padre había conseguido un socio para crear una empresa constructora. Dejar Alta Gracia parecía una decisión sabia, ya que Ernesto viajaba diariamente al colegio y su hermana Celia estaba a punto de ingresar en una escuela secundaria para niñas.

3. UN CHICO CON MUCHOS APODOS

I

La mudanza de los Guevara a Córdoba fue alentada por una breve mejoría de su situación económica, pero también significó el principio del fin de la familia unida. Un intento de reconciliación produjo el nacimiento de su quinto y último hijo, Juan Martín, en mayo de 1943, pero las tensiones entre Celia y Ernesto aumentaron, y cuando partieron hacia Buenos Aires, cuatro años más tarde, su matrimonio estaba acabado.

Como antes, según los amigos de la familia, el problema eran las aventuras de Guevara Lynch, un mujeriego crónico. «El padre tenía pretensiones de playboy —recuerda Tatiana Quiroga, amiga de los niños Guevara—. Pero era un playboy escandaloso, porque cuando trabajaba y ganaba dinero, lo gastaba todo…, en salidas con jovencitas, ropa, estupideces, nada concreto…, y la familia no recibía nada».

En Córdoba la familia vivía un poco mejor porque Guevara Lynch por fin había empezado a ganar dinero. Su socio era un arquitecto excéntrico a quien llamaban el «Marqués de Arias» debido a su gran estatura y su aire altivo y aristocrático. El Marqués conseguía los contratos, generalmente para construir casas, y Guevara Lynch supervisaba la construcción como «maestro de obras».

«Vivíamos divinamente y el dinero volaba; nunca pensaban en hacer inversiones», dice Celia, la hermana de Ernesto. Pero antes de la quiebra, Ernesto Guevara Lynch compró un chalet rural en las lomas de las afueras de Córdoba, en Villa Allende, e ingresó en el exclusivo Lawn Tennis Club, donde sus hijos nadaban y aprendían a jugar al tenis. Los Guevara se instalaron en una casa alquilada de dos plantas de la calle Chile, 288, cerca de la esquina con avenida Chacabuco, un bulevar bordeado de árboles de gran copa y grueso tronco llamados palos borrachos. Al otro lado de la avenida se extendían los prados de césped recortado y los bosques del Parque Sarmiento, el zoológico, el Lawn Tennis Club y, más allá, la Universidad de Córdoba.

En el hogar de la calle Chile reinaba la atmósfera franca y abierta que tanto disfrutaban los amigos de la familia en Alta Gracia. Para Dolores Moyano, una nueva amiga y miembro de una de las familias más ricas de Córdoba, era un ambiente de lo más extravagante. En casa de los Guevara los muebles apenas se veían, atestados de libros y revistas, y aparentemente no había horario para las

comidas: uno comía cuando tenía hambre. Los niños podían entrar en bicicleta desde la calle y cruzar la sala de estar para salir al patio trasero.

Pero Dolores no tardó en descubrir que los Guevara cobraban un precio por su política de puertas abiertas. Cuando un huésped daba señales de ser pomposo, pedante o pretencioso, lo sometían a sus burlas implacables. Ernesto, quien evidentemente la intimidaba, encabezaba esos ataques, de los que Dolores fue blanco más de una vez. Celia, la madre, también era provocadora y en ocasiones sumamente obstinada. En cambio, Ernesto padre era un hombre simpático, cordial y de gran vitalidad. «Hablaba con voz resonante y era bastante distraído. A veces enviaba a los niños a hacer mandados, de los cuales se olvidaba antes de que volvieran».

II

El traslado a Córdoba coincidió con el inicio de la adolescencia de Ernesto. Empezaba a afirmarse a sí mismo; mientras sus padres reñían, él ponía sus valores en tela de juicio y elaboraba los primeros elementos de su propia visión del mundo.

Durante su primer año en el Colegio Nacional Deán Funes, de Córdoba, Ernesto hizo nuevos amigos. El más íntimo era Tomás Granado, el menor de los tres hijos de un inmigrante español, maquinista del ferrocarril. A los catorce años, Ernesto aún era bajo para su edad, pero delgado en lugar de rechoncho. Tomás, más alto y robusto, llevaba el pelo a la moda, peinado hacia atrás, mientras Ernesto se lo hacía cortar al ras. Así se ganó el apodo de «Pelao», uno de los varios que tuvo durante la adolescencia.

En poco tiempo se les unió Alberto, hermano mayor de Tomás. Estudiante de primer año en la Facultad de Farmacia y Bioquímica de la Universidad de Córdoba, el «Petiso» Alberto, de veinte años, medía apenas un metro sesenta, tenía una gran nariz aguileña, pecho amplio y las piernas fuertes y arqueadas como las de un futbolista; poseía un gran sentido del humor y gusto por el vino, las muchachas, la literatura y el rugby. A pesar de la diferencia de edad, Ernesto y Alberto compartían muchos intereses y con el tiempo forjaron una amistad más estrecha que la de aquél con Tomás.

Alberto Granado era el entrenador del equipo local de rugby Estudiantes, al que Ernesto anhelaba ingresar. Alberto lo miraba con ojos críticos. «La primera impresión no fue muy favorable; además, era poco robusto y tenía brazos muy flacos».

Pero Alberto decidió darle una oportunidad al Pelao y aceptó que se entrenara con el equipo. Poco después, y a pesar del asma, el chico practicaba con Estudiantes dos veces por semana. En el campo de juego el Pelao ganó la fama de regateador agresivo y atacante intrépido. Se abalanzaba hacia el adversario al grito de «¡Cuidado, ahí viene el Furibundo Serna!».[1] Este grito de guerra le granjeó el apodo de «Fúser» que le puso Alberto, a quien él a su vez llamaba afectuosamente «Mial» (mi Alberto).

Impresionado por su arrojo, Alberto Granado se interesó por el joven

Ernesto. A veces, mientras los de Estudiantes esperaban que otro equipo terminara su entrenamiento en el campo de juego, Granado lo miraba leer, sentado en el suelo y con la espalda apoyada en un poste de la luz. Un día descubrió que Fúser ya leía a Freud, disfrutaba de la poesía de Baudelaire y había leído a Dumas, Verlaine y Mallarmé «en su lengua original»; también había leído casi todas las obras de Émile Zola, clásicos argentinos como el *Facundo* de Sarmiento y las últimas novelas de los norteamericanos William Faulkner y John Steinbeck.

Granado, quien también era un ávido lector, estaba desconcertado. No entendía cómo un «chiquilín» había leído tanto. Ernesto le contó que había empezado a leer para distraerse durante los ataques de asma, cuando sus padres lo obligaban a permanecer en la casa y hacerse «nebulizaciones». Las lecturas en francés, las debía a Celia, quien le daba lecciones cuando el asma lo obligaba a faltar a la escuela primaria.

A pesar de tantas comodidades y amistades nuevas, los Guevara conservaron los lazos con Alta Gracia, donde solían alquilar un chalet durante las vacaciones. Ernesto conservó su amistad con Calica Ferrer, Carlos Figueroa y otros miembros de su antigua pandilla. Los González Aguilar también se habían mudado a Córdoba e instalado en una casa vecina, y las dos familias seguían siendo amigas. Fueron los padrinos de bautismo del quinto hijo de los Guevara, llamado Juan Martín como su abuelo materno.

La casa de la calle Chile tenía ciertas desventajas que Guevara Lynch había pasado por alto, entusiasmado por su proximidad con el Parque Sarmiento y el Lawn Tennis Club. El barrio Nueva Córdoba, construido sobre una ladera que se alzaba desde el centro de la ciudad, aún no estaba totalmente urbanizado. Era una mezcolanza de calles residenciales rodeadas por terrenos baldíos. En esos terrenos y en los lechos secos de arroyos que cruzaban la zona los pobres empezaron a construir sus precarias viviendas.

Uno de esos barrios precarios se encontraba justo enfrente del nuevo hogar de los Guevara. Sus pintorescos residentes fascinaban a los Guevara y sus amigos. Observaban en especial a un hombre sin piernas que andaba en un carrito con ruedas arrastrado por seis perros callejeros a los que azuzaba con los chasquidos de un gran látigo.

Como amiga íntima de Ana María, la hermana menor de Ernesto, Dolores Moyano los visitaba constantemente. Recuerda que una de sus diversiones consistía en sentarse en la acera del «lado seguro» de la calle para contemplar a los habitantes pobres del «baldío». Había una mujer vestida de negro que amamantaba a su bebé bajo un paraíso y escupía flema sobre su cabeza, y un chico

de doce años llamado Quico, casi un enano, que no tenía cejas ni pestañas. Le sobornaban con dulces para que les mostrara su extraña lengua blanca, después de lo cual volvía a refugiarse en su «pozo en el baldío».

Aunque su situación era mucho mejor que la de sus vecinos pobres en sus chozas de cartón y hojalata, los Guevara no tardaron en descubrir que su propia casa se alzaba sobre cimientos precarios. Aparecieron grietas en las paredes, y de noche, desde su cama, Guevara Lynch veía las estrellas. Sin embargo, para ser un constructor, demostraba una notable indiferencia ante los peligros. Cuando apareció una grieta en el dormitorio de los niños, lo solucionó alejando las camas de la pared por si acaso se derrumbaba. «Como la casa nos resultaba cómoda no queríamos mudarnos y decidimos aguantar lo que pudiéramos».

Aunque novedosos para los Guevara, estos contrastes de la vida urbana se convertían en un rasgo típico de la Argentina y de toda América Latina. Desde fines del siglo XIX, los cambios económicos, la inmigración y la industrialización habían provocado una alteración drástica en la proporción entre la población rural y urbana; agricultores pobres migraban del campo a las ciudades en busca de trabajo y un mejor nivel de vida. Muchos iban a parar a las *villas miseria*, los barrios de chabolas que aparecían en Córdoba y otras grandes ciudades argentinas.

En el breve lapso de cincuenta años, la demografía argentina dio un giro total; la población urbana creció del treinta y siete por ciento en 1895 al sesenta y tres por ciento en 1947. En el mismo lapso se cuadruplicó la población, de cuatro millones a dieciséis millones de habitantes.

A pesar de esta transformación social en curso, Córdoba, la segunda ciudad de la Argentina, conservaba en la década de 1940 un plácido aire provinciano. Rodeada por la ilimitada pampa amarilla, con horizontes interrumpidos solamente por sierras azules, Córdoba había sido escasamente afectada por la industrialización y el auge de la construcción que estaba transformando Buenos Aires en una metrópoli moderna. Como sede de la primera universidad del país, fundada por los jesuitas, y poblada de antiguas iglesias y edificios coloniales, Córdoba había ganado la fama de centro cultural, y los cordobeses apreciaban esa tradición.

En 1918, la ciudad consolidó su posición dominante en materia de educación cuando estudiantes y profesores universitarios del Partido Radical encabezaron la Reforma Universitaria, que obtuvo la autonomía para las casas de altos estudios; el movimiento se extendió de Córdoba a las demás universidades argentinas y las de buena parte de América Latina. Dolores Moyano recuerda la Córdoba de su juventud como «una ciudad de librerías, procesiones religiosas, manifestaciones

estudiantiles y desfiles militares; una ciudad tranquila, aburrida, casi aletargada en la superficie, pero hirviendo de tensiones».

El hervor de las tensiones rompió a la superficie poco después de la llegada de los Guevara. El 4 de junio de 1943, en Buenos Aires, una logia secreta de oficiales del ejército se unió para derrocar al presidente Castillo, quien había designado como su delfín a un rico caudillo provincial que tenía fuertes lazos con monopolios empresariales británicos. La primera reacción al golpe fue un apoyo cauto por parte tanto de los argentinos liberales disgustados por la germanofilia del gobierno de Castillo como por los nacionalistas, que temían una mayor penetración económica extranjera.

En cuarenta y ocho horas apareció un líder: el ministro de Guerra, general Pedro Ramírez, representante del ala ultranacionalista del ejército. Inmediatamente tomó medidas represivas para acallar a la oposición interna. El régimen declaró el Estado de sitio, postergó las elecciones sin fecha, clausuró el Congreso, amordazó a la prensa, intervino las universidades y expulsó a los profesores que protestaban. A finales de año, un segundo paquete de decretos disolvió los partidos políticos, impuso la enseñanza obligatoria de religión en las escuelas y limitó aún más la libertad de prensa. Los profesores y estudiantes cordobeses salieron a la calle. Hubo una ola de arrestos y, en noviembre de 1943, Alberto Granado fue detenido con otros estudiantes y encerrado en la cárcel central, detrás de las columnas y las viejas paredes blanqueadas a la cal del Cabildo en la Plaza San Martín. Allí lo visitaban sus hermanos y el Pelao, quienes le llevaban comida y noticias del mundo exterior.

Pasaban las semanas y no aparecía la menor señal de que el régimen presentaría cargos contra los estudiantes o los pondría en libertad. El «comité de presos» clandestino pidió a los estudiantes secundarios cordobeses que hicieran una manifestación para exigir su libertad. Alberto pidió a Ernesto que participara, pero para sorpresa de todos, el quinceañero se negó. Dijo que lo haría si le daban un revólver. Según él, la manifestación era un gesto inútil cuyo único resultado sería que a los estudiantes los «cagarían a palos».

A principios de 1944, después de un par de meses de detención, Alberto Granado salió en libertad. La negativa de Ernesto a movilizarse en solidaridad con él no afectó su amistad. En vista de su afición por las jugadas arriesgadas y temerarias, llama la atención la renuencia de Ernesto a solidarizarse con su amigo. Y dada su juventud y aparente falta de interés por la política argentina, su posición «de principios» parece dudosa. Pero esta conducta paradójica, de declamar posiciones extremistas y revelar una apatía total en cuanto al activismo político, sería una característica constante en sus años de juventud.

III

Aunque desconocido por la mayor parte de la opinión pública, la eminencia gris que se hallaba detrás de los cambios políticos que sucedían en la Argentina era un oscuro coronel del ejército de cara regordeta y nariz aguileña, cuyo nombre, Juan Domingo Perón, no tardaría en adquirir notoriedad. A su regreso de una misión militar en la Italia de Mussolini, donde se convirtió en fervoroso admirador de *Il Duce*, Perón fue durante un breve período instructor de tropas en la provincia de Mendoza antes de ser trasladado al comando del ejército en Buenos Aires. Allí hizo su jugada como impulsor del autotitulado Grupo de Oficiales Unidos (GOU), una oscura agrupación militar que había lanzado el golpe de junio de 1943.

Durante los tres años siguientes Perón escaló posiciones. Después del golpe fue subsecretario de Guerra bajo el mando de su mentor, el general Edelmiro J. Farrell. En octubre de 1943, cuando éste asumió la vicepresidencia, Perón pidió y obtuvo la Secretaría Nacional del Trabajo, que convirtió rápidamente en su base de poder. En menos de un mes transformó un puesto aparentemente sin importancia en la Secretaría de Trabajo y Previsión, con rango ministerial y que dependía directamente del presidente.

Desde el despacho de Perón salieron una serie de decretos que constituían una amplia reforma laboral. Las medidas buscaban ganar el apoyo de los trabajadores privados de derechos y a la vez desbaratar las agrupaciones sindicales vinculadas con los partidos políticos tradicionales. En poco tiempo, Perón sometió el movimiento obrero del país a su propia autoridad centralizada. Así comenzó el fenómeno llamado *peronismo*, que no tardaría en alterar drásticamente el panorama político argentino.

A fines de 1943, con la participación de Estados Unidos en la guerra, la Alemania nazi estaba a la defensiva en Europa y el norte de África, en tanto Mussolini había caído en Italia. Estados Unidos, que sospechaba que el régimen argentino y en especial Perón eran representantes apenas disimulados del Tercer Reich en América Latina, presionaba a la Argentina para que abandonara su posición oficial de neutralidad. Muchos argentinos compartían las sospechas norteamericanas. La convocatoria populista de Perón a las clases sociales «bajas», expresada en una retórica con fuerte olor a fascismo, le había granjeado la oposición de la clase media liberal, a la que se unió la oligarquía tradicional que veía peligrar su *statu quo*. La mayor parte de la clase social a la que pertenecían los

Guevara se había vuelto virulentamente antiperonista. Pero a pesar de ello, el poder de Perón aumentaba.

En marzo de 1944, Farrell asumió la presidencia. Designó a Perón ministro de Guerra y en julio, vicepresidente. Pero de las tres altas funciones que desempeñaba, la más importante seguía siendo la de secretario de Trabajo y Previsión. Perón era conocido ya por todos los argentinos.

Mientras tanto, Guevara Lynch aún militaba en Acción Argentina. Junto con Celia se unió al Comité pro De Gaulle de Córdoba, un grupo que se solidarizaba con la resistencia de la Francia ocupada por los nazis. Sin que lo supieran, Ernesto reanudó las actividades de cazador de nazis abandonadas por su padre.

Con su condiscípulo y amigo Osvaldo Bidinosd Payer, Ernesto regresó furtivamente a la pequeña comunidad serrana de La Cumbre, el lugar de recreo preferido por la aristocracia terrateniente cordobesa, donde el grupo de su padre había espiado un hotel fuertemente vigilado en el que sospechaban que funcionaba la sede de las operaciones nazis en el interior argentino, equipada con un transmisor de radio clandestino que utilizaban para comunicarse con Berlín. Guevara Lynch había abandonado la vigilancia y advertido a Ernesto que no debía husmear por ahí. Le dijo que el gobierno había enviado dos investigadores, pero sólo regresó uno; sospechaba que habían asesinado al otro.

Motivados por el espíritu de riesgo y aventura, los dos muchachos hicieron caso omiso de la advertencia. Se aproximaron al hotel durante la noche. A través de una ventana abierta, dijo Bidinosd, alcanzaron a ver a dos hombres que trabajaban junto a «una mesa muy alargada, con cajas metálicas y cosas». Pero no pudieron avanzar en la investigación porque alguien los descubrió. «Alguien salió con linternas y empezaron a buscar y nos tiraron dos tiros… nos fuimos y no volvimos nunca más».

A pesar de esas travesuras, la adhesión de Ernesto a las causas políticas nunca llegó a convertirse en militancia activa durante sus años de estudiante de secundaria. Él y sus amigos, algunos de los cuales eran hijos de republicanos españoles exiliados como los González Aguilar, eran «antifascistas» como sus padres y aficionados a las largas discusiones sobre lo que había «sucedido realmente» en España. Pero tenían escaso conocimiento, por no hablar de interés, acerca de lo que estaba sucediendo en la Argentina. Cuando Ernesto expresaba una posición política, generalmente era una provocación destinada a escandalizar a sus padres o amigos. Por ejemplo, cuando se extendió el rumor de que los peronistas cordobeses se preparaban para apedrear el Jockey Club, símbolo de la oligarquía terrateniente local, Ernesto se declaró dispuesto a acompañarlos. «No me

molestaría tirar unas cuantas piedras al Jockey Club», le escucharon decir sus amigos. Consideraron que era una expresión de sus sentimientos en favor del peronismo, pero es igualmente posible que se comportara como un adolescente fogoso, que sólo buscaba desconcertarlos y provocar una discusión.

Cuando el gobierno argentino rompió relaciones con las potencias del Eje, los padres de Ernesto no cabían en sí de júbilo. Pero su amigo Pepe González Aguilar, algo más joven, recuerda la furia con que Ernestito se enfrentó a sus padres. «No podía comprender cómo él, que siempre había sido antinazi, no compartía nuestra felicidad». Más adelante, Pepe comprendería que la ira de Ernesto se debió a que el gobierno no había adoptado esa posición por convicción, sino debido a la presión norteamericana; como a todos los nacionalistas argentinos, la capitulación le causaba vergüenza.

Pero en septiembre de 1944, cuando los aliados liberaron París, Ernesto y sus amigos del Deán Funes fueron con la multitud a festejar el suceso en la Plaza San Martín. En sus bolsillos llevaban bolas de acero para arrojar a los cascos de los caballos de la policía montada, encargada de mantener el orden.

(En reconocimiento por sus esfuerzos, Guevara Lynch recibió un certificado firmado por De Gaulle que agradecía su apoyo al «pueblo de Francia» en momentos difíciles. Guevara Lynch lo conservó durante el resto de su vida entre sus posesiones más preciadas.)

A pesar de los intentos posteriores de hallar señales tempranas de sus ideales socialistas en el adolescente Ernesto Guevara, casi todos sus condiscípulos cordobeses recuerdan su falta de interés en la política. Según su amigo José María Roque, Ernesto no tenía «un ideal político definido» en aquella época. «Yo, como otros muchachos de ahí, éramos muy amigos de discutir de política; pero yo nunca vi a Guevara discutir sobre política, en ningún sentido».

Ernesto jamás mezclaba el «antifascismo» con la amistad. Uno de sus condiscípulos era Domingo Rigatusso, hijo de un inmigrante italiano pobre que vendía golosinas en la puerta de los cines. Como su padre, Rigatusso apoyó a Mussolini durante toda la guerra, y Guevara lo llamaba afectuosamente «tano facho», italiano fascista en la jerga callejera.

Pero Raúl Melivosky, un año menor que Ernesto e hijo de un profesor universitario judío, recuerda que perteneció a una «célula» de la FES (Federación de Estudiantes Secundarios) en 1943, cuando la combativa ala juvenil de la pronazi Alianza Libertadora Nacionalista intimidaba a los estudiantes que simpatizaban con los aliados. Melivosky, quien acababa de ingresar en el primer curso del Deán

Funes, conocía a Guevara antes de que los presentaran. Tenía fama de ser el único estudiante del colegio que se había enfrentado en el aula a un profesor de historia de reconocidas simpatías nazis para señalarle un error. Por eso sólo, Guevara merecía el respeto de Melivosky.

La FES decidió conformar «células» de tres miembros para defenderse de los estudiantes profascistas de la Alianza Libertadora Nacionalista. Melivosky y otro estudiante de primer año debían responder a un «jefe» de célula, un muchacho mayor que resultó ser Ernesto Guevara. «No nos reuníamos —recuerda—. Éramos célula de nombre nada más. Que prácticamente lo único que hacíamos era llamarnos células».

Pero una tarde, cuando los matones de la Alianza se pavoneaban con sus navajas con la insignia del cóndor grabada en la empuñadura e impedían la salida de otros estudiantes, Guevara se arrojó sobre ellos, haciendo girar sin parar la cartera llena de libros. Melivosky, quien presenció la escena, dijo con gratitud que Guevara «era ciertamente temerario; no valiente simplemente».

La única vez que la «célula» entró en acción fue un día que Guevara, con su autoridad de jefe, ordenó a Melivosky y al otro chico «que al día siguiente teníamos que hacernos "la chupina", que era faltar al colegio». Melivosky sabía que semejante hazaña podía costarles la expulsión. «No era simplemente faltar al colegio, sino que además dispuso que teníamos que ir a ver una película que era prohibida para menores. Nosotros teníamos trece años y catorce, y menores era menores de dieciocho, así que no podíamos engañar mucho a nadie. Ninguno de nosotros era muy alto ni muy robusto… Y entonces nos dieron la orden a los dos que fuéramos con un sombrero, un cigarrillo y el dinero necesario para entrar al cine».

Ésas fueron las primeras incursiones «políticas» de Ernesto. Las excursiones de espionaje en Córdoba y las experiencias como «jefe de célula» estudiantil parecen haber sido una oportunidad para vivir aventuras juveniles más que una señal de convicciones políticas serias.

Veinte años después, el mismo Guevara confirmó esta apreciación, cuando en una carta a un editor adulador que deseaba publicar una hagiografía de él, dijo sin rodeos: «… No tuve preocupaciones sociales en mi adolescencia, ni participé en las luchas políticas o estudiantiles de la Argentina».

Curioso, rebelde, ávido de aventuras: así era Ernesto Guevara a fines de la Segunda Guerra Mundial y en vísperas de cumplir diecisiete años.

IV

En plena adolescencia, además de un lector voraz, Ernesto sentía gran curiosidad por el sexo opuesto. Pudo conciliar los dos intereses cuando descubrió y leyó en casa de un amigo la muy erótica versión original y completa de *Las mil y una noches*.

Sin embargo, más allá de la excitación que provocaban esas fuentes, la iniciación sexual era un ideal abstracto para la mayoría de los varones de la generación de Ernesto. En la Argentina provinciana de mediados de la década de 1940, predominaban los valores sexuales y matrimoniales de la sociedad católica tradicional: las mujeres no tenían derecho al voto, no existía el divorcio y las chicas «decentes» debían llegar vírgenes al matrimonio.

«Éramos unos angelitos —recuerda Tatiana Quiroga, quien solía salir "en pareja" con Ernesto y otros amigos—. Íbamos a bailar, a charlar, a tomar un café y a las doce y media había que volver a casa; si no, nos mataban. En esa época casi no se podía salir. ¿Las nenas ir solitas a casa de un varón? ¡Jamás! Lo más que hacíamos era escaparnos de una fiesta para tomar mate».

Los chicos del ambiente social de Ernesto conocían el sexo en los burdeles o con las chicas de clase inferior, a las que conquistaban con sus ventajas sociales y económicas. Muchos tenían su primera experiencia sexual con la *mucama* [criada], generalmente una indígena o mestiza de las provincias pobres del norte.

Calica Ferrer fue el responsable de la iniciación sexual de Ernesto con la criada de su familia, a quien llamaban «la Negra» Cabrera. Tenían catorce o quince años. Rodolfo Ruarte estuvo presente en la ceremonia de iniciación de Ernestito, y con otros jóvenes los espiaron a él y a la Negra a través del ojo de la cerradura. Lo vieron sacar su inhalador para el asma y observaron que si bien se desempeñaba a la perfección sobre el cuerpo sumiso de la criada, cada tanto se interrumpía para inhalar. La escena les provocó un ataque de risa incontrolable y fue una fuente de bromas durante varios años. Pero eso no afectó a Ernesto, quien siguió visitando regularmente a la Negra.

Al tiempo que descubría el sexo, Ernesto alimentaba su reciente amor por la poesía y le encantaba recitar los versos que aprendía de memoria. Los *Sonetos y romances picarescos* de Francisco de Quevedo, el poeta español del siglo XVII, le

ayudaron a desarrollar su flamante sentido de lo procaz. Un día lo empleó con destreza para provocar los rubores de Dolores Moyano. La escuchó disertar con pedantería sobre los poetas místicos españoles de origen árabe, y cuando la trató de ignorante, ella replicó: «El poeta y el místico en la poesía de San Juan tienen una doble visión. El ojo interior y el ojo exterior, el amante místico ve en los dos sentidos…» En ese momento, recuerda, Ernesto la interrumpió y, exagerando su acento cordobés, recitó una copla obscena sobre una monja tuerta y un santo bizco.

El incidente pone de relieve la brecha que existía entre los y las adolescentes de la generación y la clase social de Guevara. Las niñas, virginales e inocentes, se sumergían en la poesía romántica mientras se conservaban para el verdadero amor y el matrimonio; en cambio, los varones como Ernesto, con la sangre repleta de hormonas, buscaban el mundo del sexo en la medida de sus posibilidades, en poesías obscenas, burdeles o acostándose con las indefensas criadas.

En las vacaciones de verano de 1945 y 1946 reapareció la bella prima de Ernesto, Carmen Córdova Iturburu de la Serna, «la Negrita», quien se enamoró de su primo rebelde tres años mayor. Su padre, el poeta Cayetano Córdova Iturburu, siempre aparecía con un baúl repleto de libros recientemente publicados en Buenos Aires, y ella los revolvía en busca de volúmenes de poesía. Descubrió que compartía esa pasión con Ernesto, quien le recitaba los *Veinte poemas de amor y una canción desesperada* de Pablo Neruda, que acababa de descubrir.

«En plena adolescencia, Ernestito y yo fuimos un poco más que amigos —recordaría años más tarde—. Un día estábamos jugando en un placard [armario empotrado] en mi casa… y Ernestito me preguntó si yo era ya una mujer…» Vivieron un encuentro amoroso y más adelante, cuando los Guevara se mudaron a Buenos Aires, Ernesto y la Negrita continuaron viéndose. Ella solía visitar la casa de los Guevara, donde vivía momentos románticos con Ernesto en la escalera, hablando «de literatura… y de amor, porque como suele suceder entre primos, tuvimos nuestro idilio. ¡Ernesto era tan buen mozo!».

En efecto. A los diecisiete años, Ernesto era un joven sumamente atractivo: esbelto, de hombros anchos y cabello castaño oscuro; intensos ojos pardos, tez clara y una confianza reservada y serena que seducía a las chicas. «La verdad es que todas estábamos un poco enamoradas de Ernesto», confiesa Miriam Urrutia, otra chica cordobesa de buena familia.

A una edad en que los varones se esfuerzan por impresionar a las chicas, la despreocupación de Ernesto por su aspecto personal resultaba sumamente seductora. Una noche apareció con una muchacha de buena posición y elegantemente vestida en el Cine Ópera, donde su amigo el «facho» Rigatusso

vendía caramelos. Como siempre, Ernesto vestía una vieja y enorme trinchera con los bolsillos atestados de alimentos y un termo con mate. Al ver a Rigatusso, abandonó ostensiblemente a su acompañante para conversar con su amigo de «clase inferior».

Ernesto desarrollaba rápidamente la personalidad social que dejaría una impresión perdurable en sus coetáneos cordobeses. Su actitud despreocupada, su desprecio por la formalidad y su intelecto combativo ya eran rasgos visibles de su personalidad y se acentuarían durante los años siguientes. Incluso su sentido del humor era provocador, desafiando las normas aceptadas del decoro social, aunque a menudo lo expresara con burlas dirigidas a sí mismo.

Su amigo Alberto Granado conocía su afición por el escándalo. «Tenía varios apodos. También lo llamaban "el Loco" Guevara. Le gustaba jugar al chico malo… Por ejemplo, se jactaba de bañarse muy poco. Por eso también lo llamaban "el Chancho". Por ejemplo, solía decir: "Hace veinticinco semanas que no lavo mi camiseta de rugby."»

Un día, Ernesto apareció en la escuela con pantalones largos en lugar de los cortos que había llevado hasta entonces. Sin duda para prevenir las bromas de los muchachos varones sobre su repentino «crecimiento», Ernesto dijo que había tirado los pantaloncitos a la basura porque estaban muy sucios.

Durante los cinco años que estudió en el Colegio Nacional Deán Funes, Ernesto cultivó la imagen del bribón irrefrenable. Le encantaba escandalizar a sus condiscípulos y profesores: por ejemplo, encendía sin aviso sus fuertes cigarrillos para el asma Dr. Andreu en medio de la clase; discutía abiertamente con los profesores de matemáticas o literatura cuando los pescaba en un error; organizaba con la pandilla excursiones de fin de semana a las sierras cercanas o a Alta Gracia, donde repetía las maniobras arriesgadas que tanto aterraban a sus padres cuando era niño: hacer equilibrismo sobre una tubería tendida sobre un precipicio, zambullirse en el río tirándose desde las rocas más altas, o ir en bicicleta por las vías del ferrocarril.

Las autoridades escolares tomaban debida nota de su conducta. El 1 de junio de 1945, en cuarto curso del Deán Funes, recibió «diez amonestaciones [veinticinco provocaban la expulsión] por orden de la rectoría, por actos de indisciplina y por entrar y salir del establecimiento fuera de horas sin el permiso correspondiente».

El promedio de calificaciones era «bueno». Como siempre, éstas reflejaban su afición por materias tales como matemáticas, ciencias naturales, geografía e historia, aunque también se advierte una mejora gradual, año tras año, en francés,

español, redacción y música.

Sus lecturas extraescolares proseguían con el mismo entusiasmo. Al igual que Alberto Granado, su amigo Pepe Aguilar advirtió que sus gustos eran eclécticos y con frecuencia adelantados para su edad. «Leía con ansiedad, devorando la biblioteca de sus padres… De Freud a Jack London, mezclado con Neruda, Horacio Quiroga y Anatole France, hasta una edición abreviada de *El capital*, sobre la que hizo observaciones con letra menuda».

Sin embargo, la densa obra de Marx le resultó incomprensible. Años después, el comandante Ernesto Che Guevara confesaría a su esposa en Cuba que «no había entendido nada» en sus primeras lecturas de Marx y Engels.

V

Durante el curso escolar de 1945, Ernesto empezó a mostrar una mayor seriedad. Ese año hizo su primer curso de filosofía, materia que captó su interés como lo demuestran sus calificaciones de «muy bueno» y «sobresaliente». Empezó a escribir su propio «diccionario filosófico».

Su primer cuaderno manuscrito, de ciento sesenta y cinco páginas, estaba organizado por orden alfabético con minuciosas referencias de número de página, tema y autor. Comprende biografías breves de pensadores famosos y una amplia variedad de citas sobre conceptos tales como el amor, la inmortalidad, la histeria, la moral sexual, la fe, la justicia, la muerte, Dios, el diablo, la fantasía, la razón, la neurosis, el narcisismo y la moral.

Es evidente que no desdeñaba ninguna de las fuentes disponibles. Sus citas sobre el marxismo provienen de *Mein Kampf* e incluyen pasajes en los que Hitler revela su obsesión por una conspiración judeomarxista. Los esbozos biográficos de Buda y Aristóteles provienen de la *Breve historia universal* de H. G. Wells; su fuente sobre el amor, el patriotismo y la moral sexual fue *La vieja y la nueva moral sexual* de Bertrand Russell. Fascinado por las teorías de Sigmund Freud, Ernesto cita de la *Teoría general de la memoria* una variedad de temas que van del sueño a la libido y del narcisismo al complejo de Edipo. Otras fuentes son Jack London sobre la sociedad, Nietzsche sobre la muerte y, en cuanto al revisionismo y el reformismo, tomó las definiciones de un libro de su tío Cayetano Córdova Iturburu.

Éste fue el primero de una serie de siete cuadernos escritos a lo largo de diez años. A medida que profundizaba sus estudios y sus intereses se volvían más concretos, nuevos apuntes reemplazaban a los anteriores. Los cuadernos posteriores revelan sus lecturas de Jawaharlal Nehru y también su gran interés por el marxismo, ya no con citas de Hitler sino de Marx, Engels y Lenin.

En cuanto a ficción, empezaba a leer obras con un cierto contenido social. Su amigo Osvaldo Bidinosd Payer dice que para Ernesto Guevara todo empezó con la literatura. En esa época, Ernesto y él leían las mismas novelas de autores como Faulkner, Kafka, Camus y Sartre. Ernesto leía a los poetas republicanos españoles García Lorca, Machado y Alberti y las traducciones de Walt Whitman y Robert Frost, pero su poeta preferido seguía siendo Pablo Neruda.

Bidinosd no tardó en descubrir que Ernesto ya había ahondado en la literatura latinoamericana a través de autores tales como Ciro Alegría, Jorge Icaza, Rubén Darío y Miguel Ángel Asturias. Sus novelas y poesías eran con frecuencia las primeras que trataban temas latinoamericanos —como la desigualdad y la marginación a la que eran sometidos los indios y mestizos—, ignorados por la literatura de moda y desconocidos por el medio social de Ernesto. Bidinosd cree que esas lecturas le permitieron a Ernesto vislumbrar la sociedad en la que vivía, pero que desconocía por experiencia propia. «Fue como un vistazo previo de lo que quería experimentar, y objetivamente lo que lo rodeaba era América Latina, *no* Europa ni Wyoming».

La otra gran influencia en la formación social de Ernesto fue su madre Celia. Tal como había sucedido con los amigos de Ernesto en Alta Gracia, Bidinosd fue seducido por la informalidad igualitaria que reinaba en el hogar de los Guevara y por Celia madre. Pensaba que en ese hogar se hacía un culto de la creatividad y de lo que él llama «el descubrimiento del mundo por la puerta de servicio», ya que Celia recogía toda clase de gente pintoresca, independientemente de su origen social, y la llevaba a su casa. En aquel hogar conoció a pintores itinerantes que trabajaban de lustrabotas, a errabundos poetas y profesores ecuatorianos que permanecían ahí durante una semana o un mes, según el hambre que tuvieran. «Era un zoológico humano fascinante».

Mientras Celia presidía su salón con visitas permanentes, el padre de Ernesto iba y venía en una vieja motocicleta que llamaba La Pedorra debido al ruido flatulento que producía el tubo de escape. Celia y él vivían bajo el mismo techo, pero estaban distanciados y sus vidas seguían rumbos diferentes.

Otro joven cordobés atrapado por el hechizo de los Guevara fue Roberto «Beto» Ahumada, condiscípulo de Roberto, un hermano de Ernesto. Ahumada recuerda que en muchas ocasiones, invitado a cenar por Roberto, la familia dividía la comida preparada en porciones menores para incluirlo. «Nadie estaba preocupado por comer un poco menos a raíz de la idea de uno de los chicos de traer a sus amigos. Y traía los que quería y a nadie le importaba».

No es de extrañar que en una casa tan ajetreada, repleta de niños, huéspedes itinerantes y conversaciones, Ernesto tuviera dificultad para concentrarse en la lectura o el estudio. Adquirió el hábito de leer en el baño durante horas y lo conservó durante el resto de su vida.

Un día, un viejo amigo de la pandilla infantil llamado Enrique Martín se tropezó inesperadamente con Ernesto en Alta Gracia. Enrique se sorprendió, puesto que era un día de semana en plena época de clases. Ernesto le hizo jurar

que guardaría el secreto y dijo que había alquilado una pequeña habitación en el Hotel Cecil, cerca de la estación de autobús, donde nadie lo conocía. «Estoy acá porque me he aislado de todos», dijo.

A Enrique Martín no se le ocurrió preguntar por qué quería estar solo, pero guardó lealmente el secreto de su amigo durante años. Fuese para estudiar y pensar o para encontrarse con una de las criadas promiscuas de Alta Gracia, lo cierto es que aquél no era el sujeto extrovertido y travieso a quien llamaban el Loco, el Chancho o el Pelao en la escuela y el campo de rugby, sino un joven notablemente reservado que anhelaba aislarse.

VI

A principios de 1946, Perón estaba en el poder. Había sobrevivido al derrocamiento por parte de militares rivales, un breve exilio en la isla Martín García, en el estuario del Río de la Plata y, después de que una gigantesca manifestación popular obtuviera su liberación, había efectuado un retorno triunfal para ganar la presidencia en las elecciones generales de febrero.

Además, no estaba solo. Meses antes se había casado con su amante, una joven rubia, actriz de seriales radiofónicos, llamada Eva Duarte. Aunque nadie lo sabía, la huella que dejaría «Evita» en la conciencia popular argentina sería al menos tan profunda como la de su esposo.

El año 1946 fue también el último del colegio secundario de Ernesto. Cumplió dieciocho años en junio, diez días después de que Perón asumiera la presidencia. Mientras proseguía sus estudios, por primera vez obtuvo un puesto remunerado, en el laboratorio de la Dirección Provincial de Vialidad de Córdoba, una oficina pública que supervisaba la construcción de carreteras en la provincia.

Lo acompañaba su amigo Tomás Granado. Los jóvenes, bien dotados para las matemáticas y la ciencia, hacían planes para ingresar en la Facultad de Ingeniería el año siguiente. Habían obtenido aquel trabajo, que ofrecía experiencia útil para un futuro ingeniero, después de que el padre de Ernesto pidiera a un amigo que los aceptara en un curso especial de análisis de suelos en Vialidad. Aprobaron el curso y obtuvieron el certificado de «especialistas en suelos», inspectores de la calidad de los materiales empleados por contratistas privados en la construcción de carreteras. En el laboratorio, donde trabajaban media jornada, Ernesto preparaba jugos de fruta para todos en la licuadora empleada para mezclar muestras de suelos.

Después de recibirse en el Deán Funes, empezaron a trabajar la jornada completa y fueron enviados a distintos lugares de la provincia. Ernesto fue a inspeccionar los materiales empleados en la construcción de una carretera en Villa María, ciento cincuenta kilómetros al norte. Su contrato incluía un salario modesto, el uso de un camión de la empresa y alojamiento gratuito.

En marzo, mientras Ernesto seguía en Villa María, la familia volvió a Buenos Aires después de quince años de ausencia. No fue un regreso triunfal: sus padres

habían decidido separarse y de nuevo estaban en mala situación económica. La empresa constructora que Guevara Lynch tenía con el «Marqués» había quebrado, y se había visto obligado a vender la casa de veraneo en Villa Allende. Poco después vendería también el yerbatal en Misiones. Le daba poco dinero y acumulaba un par de años de atraso en el pago del impuesto anual sobre la propiedad.

En Buenos Aires, la familia se instaló en el apartamento de Ana Isabel, la anciana madre de Guevara Lynch, en el quinto piso de un edificio en la esquina de las calles Arenales y Uriburu. Pero a principios de mayo se enfermó Ana Isabel, de noventa y seis años, y los Guevara enviaron un telegrama a Ernesto para avisarle que su estado era grave.

El 18 de mayo les escribió para pedirles mayores detalles y avisar que si su estado se agravaba, él renunciaría al trabajo para viajar inmediatamente a Buenos Aires.

En pocos días recibió la mala noticia: la abuela había sufrido un infarto y su estado era grave. Ernesto renunció a su trabajo y viajó rápidamente a Buenos Aires. Llegó a tiempo para presenciar su agonía. Duró diecisiete días, durante los cuales él no se apartó de su lecho. «Todos veíamos que su enfermedad era fatal —escribió Guevara Lynch—. Ernesto, desesperado al ver que su abuela no comía, con una paciencia increíble trataba de hacerle ingerir alimentos entreteniéndola y sin apartarse de ella. Y así estuvo hasta que mi madre se fue de este mundo».

Cuando murió su abuela, Ernesto quedó desconsolado. Su hermana Celia jamás había visto a su reservado hermano tan abrumado por el dolor. «Estaba *muy* triste; debe haber sido una de las grandes tristezas de su vida».

4. UN HOMBRE INDEPENDIENTE

I

Inmediatamente después de la muerte de su abuela, Ernesto informó a sus padres que había resuelto estudiar medicina en lugar de ingeniería. El mismo mes solicitó el ingreso en la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires.

El edificio de la facultad es un monolito del modernismo temprano: implacablemente gris, rectilíneo, con ventanas pequeñas hundidas en nichos. Los quince pisos sombríos de este frío monumento a la ciencia médica se alzan hacia el cielo en medio de un barrio elegante de casas finiseculares con cielos rasos abovedados, balcones con rejas de hierro forjado y puertas ventanas de doble hoja. Se halla frente a una plaza abierta dominada tan sólo por la suave cúpula labrada a mano de una vieja capilla católica. Aquí y allá, bajorrelieves de bronce sobre lajas de piedra muestran a cirujanos operando a sus pacientes.

Guevara nunca explicó exactamente por qué había escogido la carrera de médico. Años después diría que lo motivaba el deseo de un «triunfo personal». «Soñaba con ser un famoso investigador… que trabajaba infatigablemente para descubrir algo que pudiera poner definitivamente a disposición de la humanidad».

Había demostrado que era un buen estudiante de ciencias y la elección de la carrera de ingeniería era la elección más fácil, pero esa disciplina no lo apasionaba. La medicina le ofrecía la posibilidad de hacer algo que *valía la pena*. La familia atribuyó su decisión a su sentimiento de impotencia ante la incapacidad de la medicina para paliar los sufrimientos de su abuela agonizante, por lo que había resuelto hacer algo para aliviar el sufrimiento humano. El dolor provocado por su muerte, a pesar de su avanzada edad, tal vez motivó la decisión de Ernesto de cambiar de carrera, pero la elección de ciertas especialidades demostraría rápidamente que también lo obsesionaba la búsqueda de una cura para su asma.

Además de estudiar, Ernesto tuvo una serie de trabajos a tiempo parcial, de los cuales el más apasionante y duradero fue el de la Clínica Pisani, un instituto especializado en alergias. Al concurrir como paciente para el tratamiento de su asma, reveló una inteligencia e interés tales que el doctor Salvador Pisani le ofreció un puesto de ayudante de investigación *ad honorem*. Para un joven estudiante de medicina era una extraordinaria oportunidad de participar en un campo nuevo de la investigación médica.

Pionero de un método para el tratamiento de las alergias que consistía en administrar a los pacientes vacunas hechas con sustancias alimenticias semidigeridas, Pisani había tratado el asma de Ernesto con cierto éxito. Ernesto estaba tan entusiasmado con esos resultados positivos y su propio trabajo de laboratorio que decidió hacer su carrera médica como especialista en alergias.

La clínica, una empresa familiar, se convirtió en una suerte de hogar sustituto. El doctor Pisani vivía con su madre y su hermana Mafalda en una casa espaciosa junto a la clínica y los tres rápidamente le tomaron afecto a Ernesto. Las mujeres le preparaban jugos de zanahoria, pan de maíz y tortitas de avena para sus dietas para el asma y le preparaban un lecho cuando padecía un ataque. Ernesto mejoraba gracias a sus cuidados maternales, y el doctor Pisani empezaba a considerarlo su protegido, alguien que seguiría sus pasos y llegaría lejos en la investigación de las alergias.

En esa época, Ernesto se convirtió para su padre en una figura fugaz, siempre atareada, sin tiempo para nada. «… Activo y diligente, corría de un lado a otro para cumplir con sus obligaciones. ¿Y cómo no había de andar apurado? Tenía que trabajar para ganarse la vida porque yo poco lo ayudaba, y además él no quería que le diera un centavo. Se las arreglaba como podía».

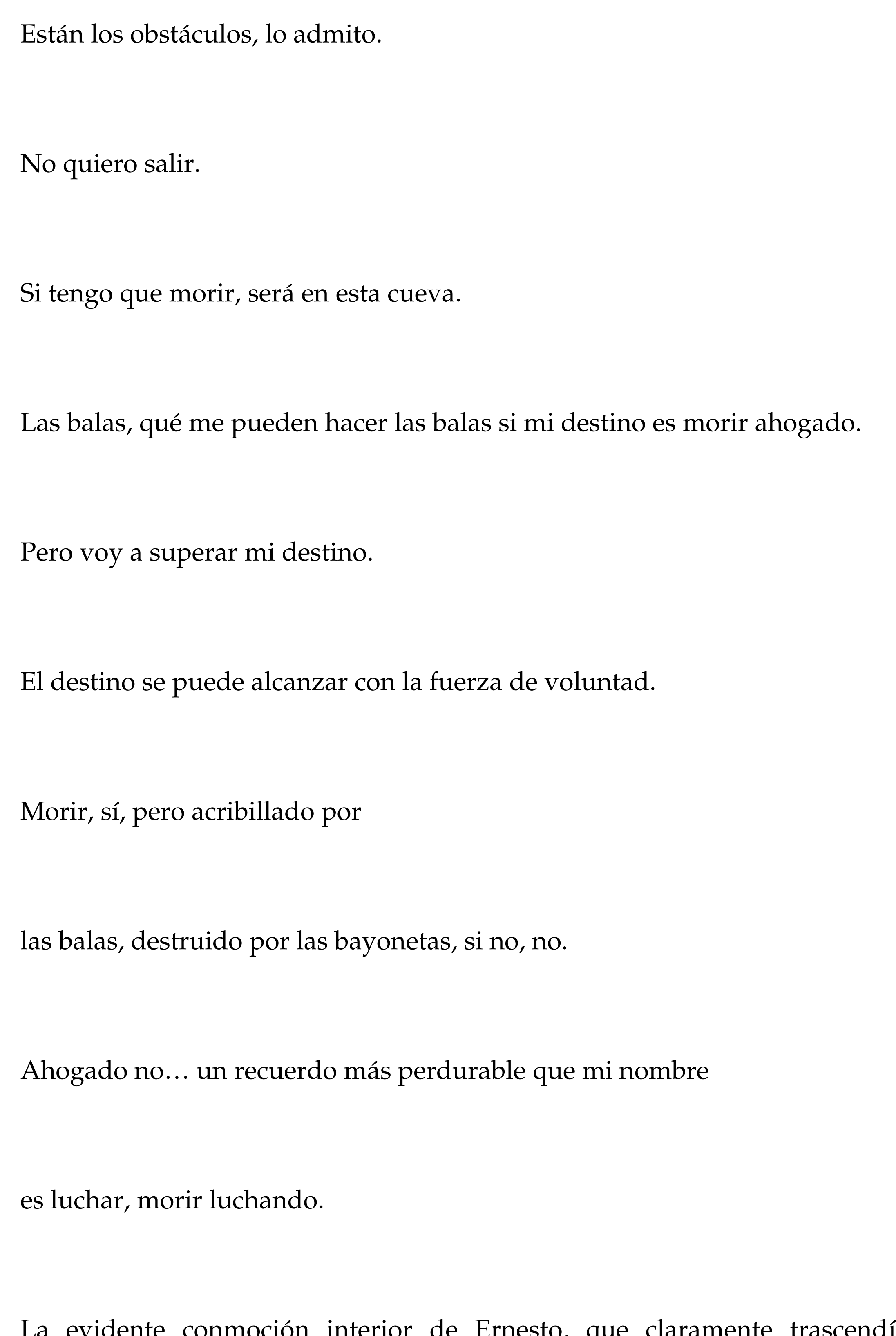
Pero la apariencia diligente disimulaba un mundo interior fuertemente agitado. Meses atrás, en Villa María, había expresado sus pensamientos tumultuosos en cuatro páginas de un pequeño cuaderno. El texto, escrito como poema en verso libre, ofrece una valiosa oportunidad para escudriñar las emociones perturbadas de Ernesto Guevara en un momento crucial de su vida. El siguiente es un pasaje del texto correspondiente al 17 de enero de 1947.

¡Lo sé! ¡Lo sé!

Si me voy de aquí me traga el río…

Es mi destino: ¡hoy debo morir!

Pero no, la fuerza de voluntad todo lo puede.



Están los obstáculos, lo admito.

No quiero salir.

Si tengo que morir, será en esta cueva.

Las balas, qué me pueden hacer las balas si mi destino es morir ahogado.

Pero voy a superar mi destino.

El destino se puede alcanzar con la fuerza de voluntad.

Morir, sí, pero acribillado por

las balas, destruido por las bayonetas, si no, no.

Ahogado no… un recuerdo más perdurable que mi nombre

es luchar, morir luchando.

La evidente conmoción interior de Ernesto, que claramente trascendía cualquier preocupación que pudiera sentir con respecto a los problemas de su familia o a la elección de carrera, se refería a cuestiones tales como la fuerza

interior, el destino y si convenía seguir un camino «seguro» o «arriesgado» en la vida: «Morir, sí, pero acribillado por las balas, destruido por las bayonetas, si no, no. Ahogado no…»

Al mismo tiempo, la mención de morir ahogado, «el pozo profundo», bien puede ser una alusión simbólica a su asma, que había impuesto limitaciones a su vida y seguramente en su opinión trazaba un camino predeterminado hacia la muerte. Parecía decir que debía combatir ese mal hasta vencerlo por la fuerza de la voluntad. Pero a falta de una explicación del propio Ernesto Guevara sobre su significado preciso, conviene analizar el texto como lo que sin duda fue: una melodramática expresión de sentimientos por parte de un muchacho de dieciocho años desconcertado y ensimismado.

Habían sido meses traumáticos para Ernesto. El fracaso matrimonial y económico de sus padres, la mudanza forzosa a Buenos Aires y últimamente la muerte de su querida abuela habían provocado el derrumbamiento estrepitoso de su sentido de la seguridad familiar. Como hijo mayor, sentía la obligación y el peso de «ayudar», y debió de sentir de un día para el otro que su futuro estaba hipotecado. Ese sentido del deber para con la familia lo embargó antes de que la noticia de la muerte de su abuela lo arrastrara a Buenos Aires. Poco antes de abandonar Villa María había escrito a su madre: «Contame cómo resolviste el problema de la vivienda y si los chicos tienen escuela…»

Ahora estaban reunidos en Buenos Aires, pero la vivienda seguía siendo un problema debido a la falta de dinero. Sin otra alternativa, durante un año la familia vivió en el apartamento de la difunta Ana Isabel. Luego Guevara Lynch vendió el yerbatal en Misiones y entregó el dinero a Celia para que comprara una vivienda.

Consiguió una casa vieja y fea en la calle Aráoz 2180, con desagradables inquilinos ancianos en la planta baja. Sin embargo, estaba bien situada, en el límite del exclusivo barrio de Palermo, con sus bosques y campos de deportes. Nuevamente tenían vivienda propia, pero la situación había cambiado. Los hijos mayores tenían que conseguir trabajos remunerados, y los padres, aunque casados por ley, estaban «separados». Ernesto Guevara Lynch ya no compartía la cama con Celia sino que dormía en un sofá en la sala.

El trastorno de la situación familiar provocó un cambio fundamental en la relación de Ernesto con su padre. «Con Ernesto nos tratábamos mano a mano. Nos hacíamos bromas como si fuéramos de la misma edad —escribe Guevara Lynch—. Él me “cargaba” continuamente. Apenas nos encontrábamos en la mesa de nuestra casa, me pinchaba con chanzas de carácter político… Ernesto, que tenía entonces veinte años, en esa materia me sobraba [ganaba por mucho] y nos enzarzábamos

continuamente en discusiones. Para quien nos escuchara parecía que estuviéramos peleando. Nada de eso. En el fondo entre nosotros existía una verdadera camaradería».

II

Durante el primer año en la universidad, Ernesto fue llamado al servicio militar. En la revisión médica detectaron su asma y lo rechazaron por «deficiente en sus aptitudes físicas». Así se salvó de perder un año de estudios en un cuartel militar. Jubiloso, decía a sus amigos que «agradecía a sus pulmones de mierda que hubiesen hecho algo útil para variar».

En la facultad, cursaba las materias habituales de anatomía y fisiología. Una de sus primeras amistades fue la joven Berta Gilda Infante, llamada Tita. Hija de un difunto abogado y político cordobés cuya familia acababa de mudarse a la capital, Tita se sintió atraída por Ernesto, a quien describe como «un muchacho joven, guapo y desinhibido».

Una fotografía bastante horripilante de 1948 muestra a Ernesto y Tita —una de las dos mujeres— con otros estudiantes de medicina ataviados con sus batas blancas detrás del cadáver desnudo de un hombre tendido sobre una mesa de mármol en primer plano. La cabeza rapada y boquiabierta cuelga sobre el borde de la mesa y la cavidad torácica está abierta como la de un pollo destripado. El cuadro seguramente sedujo a Ernesto por su incongruencia: la mayoría de los estudiantes tienen la mirada seria, adusta que consideran propia de su futura profesión; algunos sonríen levemente; sólo Ernesto, de frente a la cámara, muestra los dientes en una amplia sonrisa.

En la clase de anatomía se inició una amistad profunda, platónica, entre Ernesto y Tita. Él podía confiarle sus penas en una época afectivamente inestable de su vida, y ella aceptaba ese papel con placer. Todos los miércoles asistían a una clase sobre el «sistema nervioso» en el Museo de Ciencias Naturales, donde disecaban peces bajo la guía de un anciano profesor alemán. Se encontraban en cafés o en la casa de Tita para conversar sobre las clases o sobre sus problemas personales. Intercambiaban libros, los discutían y recitaban sus versos preferidos.

La relación de Ernesto y Tita aparentemente se basó en su necesidad común de una amistad estrecha y sin compromisos. Los dos se sentían solos y ávidos de afecto, sus familias estaban rotas —el padre de Tita había muerto tres años antes— y eran prácticamente forasteros en la gran capital de cinco millones de habitantes. Su relación se prolongó; después de que Ernesto se marchara de la Argentina, mantuvieron una correspondencia casi tan fluida como las que mantuvo con su

madre y con su tía soltera Beatriz.

Ernesto escapaba de su casa, que siempre se hallaba atestada de gente, y pasaba mucho tiempo en el apartamento de su tía Beatriz. Durante su infancia, ella había sido más madre que Celia en muchos sentidos: le enviaba libros y regalos, remedios nuevos para el asma, lo alentaba en sus estudios y se preocupaba por él. Ahora, como antes, Beatriz estaba a su disposición.

La visitaba regularmente en su apartamento de la calle Arenales, a veinte manzanas del suyo en la calle Aráoz, para cenar y estudiar de noche. Ella le cocinaba, lo mimaba, se preocupaba de que se sintiera bien, comiera lo suficiente y estuviera provisto de remedios para el asma. Dice Guevara Lynch: «Mi hermana no dormía mientras él estudiaba; tenía siempre lista su pava para cebarle mate y acompañarle en los momentos de descanso, y todo lo hacía con el mayor cariño».

El mejor testigo de la relación especial de Ernesto con Beatriz fue Mario Saravia, un primo siete años menor que él. En 1951, llegó de la ciudad austral de Bahía Blanca, donde vivía su familia, para cursar estudios en la capital. Se alojó en casa de los Guevara, en el cuarto que compartían Ernesto y Roberto. Mario, que era el otro consentido de Beatriz, solía comer en casa de ella con Ernesto.

Beatriz era tan remilgada que se ponía guantes para tocar el dinero, y si estrechaba la mano de un extraño, después se lavaba las suyas, dice Saravia. Desconfiaba de la «moral» de las clases bajas, y cuando su criada se retiraba a dormir, Beatriz cerraba su puerta con llave y colocaba una pinza en el picaporte para que no lo pudiera girar. A Ernesto le encantaba escandalizarla. Una noche, durante la cena, dijo que «saldría» con una chica. «Y fulanita, ¿hija de quién es?», preguntó Beatriz, y quedó sumamente mortificada cuando su sobrino respondió alegremente que no lo sabía.

Ernesto jamás inició una discusión agria con la mujer que le brindaba un amor tan desinteresado. Se acomodaba a sus gustos y luego hacía lo que le apetecía, y con frecuencia hacía alusiones a ciertas supuestas actividades *non sanctas* a fin de escandalizarla. Saravia dice que Beatriz «se hubiera muerto de un ataque cardíaco» si hubiera conocido la verdad, porque una de esas actividades consistía en seducir a la criada a quien nunca olvidaba de encerrar todas las noches en su cuarto.

Durante un almuerzo, entre un plato y otro, Mario Saravia observó atónito desde la mesa cómo Ernesto hacía rápidamente el amor con la criada sobre la mesa de la cocina, a espaldas de su tía, que no sospechaba nada. Después Ernesto volvió a la mesa y siguió comiendo, sin ser descubierto por su tía. «Era un poco como los

gallos —dice Saravia—, que pisaba y seguía en otra función».

III

No es casual que para sus compañeros de la universidad Ernesto fuera una figura esquiva. Siempre daba la impresión de ser un joven con mucha prisa. Y en realidad lo era, ya fuese por ir a uno de sus trabajos, estudiar o satisfacer su creciente afición por los viajes. En algún sentido Buenos Aires no era más que la base para la extensión progresiva de sus horizontes geográficos, desde donde hacía autostop, al principio durante los fines de semana y las vacaciones, a la estancia de su difunta abuela en Santa Ana de Irineo de Portela, pero luego a lugares cada vez más lejanos y por períodos más prolongados.

A pesar de los cambios en la vida de Ernesto, algunos elementos permanecían constantes. Conservaba el asma, la afición por el ajedrez —convertido en uno de sus pasatiempos preferidos— y el rugby; leía asiduamente y escribía sus cuadernos filosóficos. También escribía poesía. Uno de los poemas más antiguos que aún se conserva, escrito en la cara interior de la tapa de su quinto «cuaderno filosófico», data de este período.

Es una «oda» breve escrita en borrador que parece ser la evocación de una lápida o tumba. Como la mayoría de sus poemas veinteañeros, es una pieza torpe y pretenciosa, pero revela el desarrollo de una vigorosa imaginación romántica y, en su amor por las palabras, los primeros atisbos del deseo creciente de escribir.

Lápida inconclusa de jardín abstracto,

con tu arquitectura arcaica,

atacas la moral cúbica del hombre.

Figurillas horribles tiñen tu verso de sangre

y fachadas panegíricas manchan tu frente con luz,

caprichos portentosos mancillan tu oscuro nombre

adornándote como a todas las demás.

Su mundo íntimo de estudio y reflexión dominaba su tiempo cada vez más. Su hermano Roberto descubrió con asombro que leía sistemáticamente los veinticinco tomos de la *Historia contemporánea del mundo moderno* de su padre. Los cuadernos filosóficos están repletos de referencias a esos tomos.

De la misma manera metódica empezó a confeccionar un índice de los libros que leía. En un cuaderno con tapas duras forradas de hule negro e índice alfabético hacía anotaciones por autor, nacionalidad, título y género de la obra. Esta selección larga y ecléctica incluye novelas populares modernas, clásicos europeos, norteamericanos y argentinos, textos médicos, poesías, biografías y filosofía. A lo largo de todo el índice aparecen interesantes anomalías tales como *Mis mejores partidas de ajedrez* del ruso Alexandr Aleksei, el *Anuario socialista 1937* y *La manufactura y uso del celuloide, la baquelita, etcétera…*, de R. Bunke. Pero conservaba su afición por las novelas clásicas de aventuras y su autor preferido era Jules Verne. Había leído sus obras completas en una colección de tres tomos encuadernados en cuero que era una de sus posesiones más preciadas. Una década después, cuando era comandante revolucionario en Cuba, hizo que se la enviaran de Argentina.

Ernesto también leía sobre la sexualidad y la conducta social en la obra de Freud y Bertrand Russell y mostraba un interés creciente por la filosofía social: leía de todo, desde los griegos antiguos hasta Aldous Huxley. A medida que sus intereses apuntaban cada vez más a determinados temas, aumentaban las intersecciones entre el índice literario y los cuadernos filosóficos.

Su indagación en los conceptos y orígenes del pensamiento socialista tomaba impulso. Leyó a Benito Mussolini sobre el fascismo, a Iósif Stalin sobre el marxismo, a Alfredo Palacios —extravagante fundador del Partido Socialista argentino— sobre la justicia, a Zola en una definición sumamente crítica del cristianismo y a Jack London una descripción marxista de las clases sociales. Leyó

una biografía francesa de Lenin, el *Manifiesto comunista* y discursos de Lenin; también volvió sobre *El capital*. El tercer cuaderno revela un interés mayor por Karl Marx, con decenas de apuntes breves sobre la vida y la obra del filósofo alemán tomados de *Comunismo y cristianismo*, de R. P. Ducatillon. (La figura de Marx lo fascinaría durante el resto de su vida: en 1965, cuando vivía clandestinamente en África, se hizo tiempo para escribir el esquema de una biografía de Marx con toda la intención de escribirla él mismo.)

Del libro de Ducatillon extrajo un retrato de Lenin que describe a éste como una personalidad histórica singular que «vivía, respiraba y dormía» para la revolución socialista y subyugaba a esa causa todo lo demás. Es una cita notable por cuanto presagia hasta un grado extraordinario las descripciones que harían los camaradas revolucionarios sobre Ernesto Che Guevara.

Pero a pesar de su interés en el socialismo, Ernesto mostraba la misma escasa disposición de antes para afiliarse formalmente a la izquierda. Durante los años universitarios permaneció al margen de la política; observaba, escuchaba y a veces discutía, pero evitaba cuidadosamente la participación activa.

En 1950, la presidencia de Perón había dado lugar al movimiento nacional-populista llamado oficialmente peronismo. Con Perón como «conductor» máximo y su enjoyada esposa Evita como ángel vengador mesiánico, el movimiento poseía una filosofía social cuasiespiritual propia llamada *justicialismo* cuyo fin último era la «comunidad organizada» del hombre que vivía en armonía.

A pesar de este trasfondo de retórica elevada, Perón había incrementado la represión de sus opositores. La intimidación y la cárcel bajo las duras penas de «desacato», o falta de respeto a los funcionarios públicos, servían para acallar a la oposición política. Evita, entonces con una imagen pública majestuosa, se ganó a las lisonjeadas masas trabajadoras, llamadas oficialmente los *descamisados*, por medio de abundantes obsequios y proyectos de obras públicas auspiciados por la Fundación Eva Perón presidida por ella.

En cuanto a la posición internacional de la nueva Argentina, Perón la llamaba la «Tercera Posición», un acto de equilibrio oportunista e intencionadamente ambiguo entre el Occidente capitalista y el Este comunista. Dicho por Perón: «Es una posición ideológica que está en el centro, la izquierda o la derecha según las circunstancias. Nos regimos por las circunstancias».

El cinismo de Perón era transparente, pero evidentemente su motivación política era el deseo de reinventar a Argentina como un Estado soberano sin obligaciones para con las potencias extranjeras, cualesquiera que fuesen. Ernesto

mostró cierto respeto reticente por él al bautizarlo «el capo». Observaciones ambiguas aparte, Ernesto evitaba expresar simpatía por Perón o por sus opositores. Las filas de la oposición política eran escasamente atractivas. Los partidos políticos tradicionales revelaban su escasa visión social y una lamentable incapacidad para contrarrestar el avance de Perón. El Partido Comunista argentino aún era una organización política legal, pero su base de poder en la Confederación General del Trabajo (CGT) se había visto debilitada por la creación de nuevas estructuras destinadas a encuadrar a los trabajadores argentinos en el peronismo. El partido reaccionó aliándose con la centrista Unión Cívica Radical y con partidos menores de centroizquierda en oposición estratégica a Perón. Era una organización doctrinaria, empantanada en riñas internas sobre cuestiones teóricas; carecía de una dirección carismática o una base de apoyo popular, y al buscar la alianza con el *statu quo* como táctica de supervivencia, sin duda debía de resultar escasamente atractiva para Ernesto como fuerza de alternativa para el cambio social.

La Federación Juvenil Comunista era activa en la universidad y Ernesto conocía a algunos militantes. Uno de ellos, Ricardo Campos, recuerda que sus discusiones políticas eran «bruscas y dificultosas». Una vez lo convenció para que asistiera a una reunión de la «Fede», pero Ernesto escandalizó a todos al abandonarla antes de que terminara. «Era un hombre… de ideas claras en cosas muy esenciales. Pero sobre todo desde una perspectiva ética. Más que como un hombre político, yo lo veía en aquella época con una postura ética».

Carlos Infante, el hermano de Tita, que también era comunista, consideraba a Ernesto un «liberal progresista» interesado sobre todo en la medicina y la literatura. Discutían las obras del teórico marxista argentino Aníbal Ponce, pero cuando se trataba de los comunistas argentinos, Ernesto criticaba con dureza su sectarismo y era escéptico en cuanto a su papel en la política del país.

En esas discusiones con las personas que lo rodeaban, Ernesto ponía a prueba cuanto había leído y empleaba los conceptos que le resultaban atractivos. En 1951, en el funeral de un tío, discutió con su primo Juan Martín Moore de la Serna sobre filosofía y política, expresando sus propias interpretaciones de Marx y Engels en contra de la defensa de Moore de ciertos filósofos católicos franceses. Y en una visita a Córdoba mortificó a Dolores Moyano con una descalificación nietzscheana de Jesucristo. El conflicto coreano también provocó acaloradas discusiones entre Ernesto y su padre. Ernesto se oponía a la actuación norteamericana, calificándola de imperialista, mientras que su padre la defendía.

En esos enfrentamientos personales, y no en la militancia política, empezaba a revelarse la incipiente concepción del mundo de Ernesto. Ninguno de sus amigos o parientes consideraba en aquel momento que fuese marxista; en realidad, ni él lo

creía. Atribuían su franca adhesión a posiciones escandalosas a su educación «bohemia» y a su personalidad iconoclasta, acorde con su vestimenta informal y su inclinación gitana por los viajes. Probablemente muchos daban por sentado que con el tiempo dejaría eso atrás.

Su posición intransigente encontró analogías en el complejo panorama político argentino. En la manipulación maquiavélica del poder ejercida por Perón, Ernesto debió de descubrir los elementos de una fórmula eficaz para llevar a cabo cambios políticos drásticos *a pesar de* la oposición poderosa de la oligarquía conservadora, el clero católico y sectores de las fuerzas armadas. Tenía la posibilidad de ver en acción a un maestro de la política que en más de una ocasión demostró que sabía manipular las claves mágicas del éxito político: conocer el estado de ánimo del pueblo, saber quiénes son los amigos y enemigos de verdad… y saber cuándo pasar a la acción. La lección era clara: para avanzar políticamente en la Argentina se requería un liderazgo fuerte y estar dispuesto a emplear la fuerza para alcanzar los objetivos.

Más atractivo aún, desde el punto de vista nacionalista, era el intento de Perón de fortalecer la soberanía política y económica de Argentina. En este sentido parece elocuente la pasión que reveló Ernesto por el libro *El descubrimiento de la India*, de Nehru. Lo leyó con gran interés, lo subrayó y garabateó anotaciones sobre los pasajes que estimularon su intelecto y lo recomendó con admiración a sus amigos.

Perón y Nehru, dirigentes con estilos tan distintos, pueden parecer una extraña pareja, pero existen algunos paralelismos estrechos entre los esfuerzos del segundo para «descolonizar» la India y el programa peronista para hacer de la Argentina un país autosuficiente. Sus preocupaciones como dirigentes nacionales también ponen de manifiesto un síndrome de dependencia común a las naciones subdesarrolladas, tanto entre los dominios coloniales europeos en Asia y África como en la dominación «neocolonial» norteamericana de ciertos países latinoamericanos. Las figuras de Perón y Nehru ayudaron a formar la visión del mundo de Ernesto. Aunque su propia ideología iba a adquirir dimensiones radicalmente nuevas, se advierte la influencia de ambos «mentores» en sus futuras exhortaciones al «Tercer Mundo» a liberarse del «capitalismo imperialista» y promover la industrialización acelerada, y en la necesidad de encontrar dirigentes fuertes y carismáticos para supervisar los procesos revolucionarios de cambio.

Tanto Perón como Nehru promovieron la industrialización acelerada de sus naciones predominantemente agrarias como paso esencial para ganar una mayor independencia de los países poderosos —principalmente Gran Bretaña y Estados Unidos—, de los cuales dependía su suerte económica. India y Argentina

dependían en gran medida de las importaciones, sobre todo de productos manufacturados, y exportaban sus materias primas a mercados caprichosos. Ninguna de las dos poseía una base industrial desarrollada.

Nehru había escrito: «En el contexto del mundo moderno, ningún país puede ser política y económicamente independiente, ni siquiera en el marco de la interdependencia internacional, si no está altamente industrializado y ha desarrollado al máximo sus recursos energéticos».

Perón expresa el mismo concepto en su programa de «justicia social, independencia económica y soberanía política» para la Argentina en una época en que los intereses extranjeros —principalmente británicos, pero en medida creciente norteamericanos— poseían importantes monopolios en los servicios públicos, el transporte y los ferrocarriles y proporcionaban la mayor parte de los bienes manufacturados. Durante su primer año en el poder, Perón había iniciado un programa ambicioso de industrialización «sustitutiva de importaciones». Y en 1947, cuando resolvió nacionalizar los servicios públicos y los ferrocarriles y saldar la deuda externa del país, lo que buscaba era la «independencia económica» de la Argentina.

Perón sembraba en tierra fértil. En la Argentina reinaba la desconfianza hacia los intereses del capital extranjero como resultado de las penurias económicas causadas por las sucesivas caídas de precios de las exportaciones agrarias durante la depresión mundial de fines de la década de 1920 y principios de la de 1930, así como de las guerras mundiales y la manifiesta incapacidad de la industria local para compensar los aumentos de precios de las importaciones industriales. El ignominioso pacto Roca-Runciman de 1933, renovado en 1936, obligaba a la Argentina a comprar bienes británicos y otorgar concesiones a los inversores de ese país a cambio de que éste comprara trigo, lana y carne argentinos. La inversión de capitales extranjeros se había convertido en un símbolo de la «intromisión» extranjera y una bandera de lucha para los sentimientos nacionalistas.

La intromisión «yanqui» pesó gravemente durante la campaña para las elecciones generales de 1946, cuando Spruille Braden, embajador norteamericano en Buenos Aires durante un breve período y subsecretario de Estado para América Latina, hizo propaganda contra Perón. Con su destreza habitual, Perón había utilizado la intromisión del norteamericano en su favor con una contraconsigna que sugería que la elección no era entre argentinos sino entre «Braden o Perón».

Muchos argentinos reaccionaron con hostilidad cuando el gobierno de Truman empezó a ejercer presiones a favor de un «tratado de defensa recíproca»

entre Estados Unidos y sus vecinos latinoamericanos. No obstante, en 1948, ese tratado que se adhería a la flamante «Doctrina Truman» en la cual se esbozaba el belicoso compromiso norteamericano de contener el comunismo soviético, fue firmado por los gobiernos del hemisferio en Río de Janeiro entre discursos que ensalzaban el nuevo concepto fraternal del «panamericanismo». Los comunistas latinoamericanos denunciaron la nueva «fraternidad» auspiciada por Estados Unidos, señalando que era un refrito actualizado de la vieja «Doctrina Monroe» y entregaba Latinoamérica a los intereses colonialistas de «Wall Street y los monopolios capitalistas». En efecto, el Tratado de Río reconocía a Washington el derecho de intervenir militarmente en Estados vecinos «en apoyo de pueblos libres que resisten el intento de minorías armadas o presiones externas de subyugarlos». Ernesto tomó nota de la conferencia de Río e incluyó un apunte sobre «Panamericanismo» en su cuaderno, citando la piadosa definición de uno de los delegados en la que invocaba a Dios.

Aunque no acababa de tomar partido por Perón ni por los comunistas ni se identificaba con partido político alguno, Ernesto evidentemente simpatizaba con las luchas anticoloniales que se libraban en el mundo. También empezaba a buscar similitudes entre los problemas de dependencia de esos países y los del suyo en relación con las potencias «imperialistas» industrializadas, en particular Estados Unidos.

Según Dolores Moyano, el sentimiento político más fuerte de Ernesto a principios de los años cincuenta era una acendrada hostilidad hacia Estados Unidos. «Según él, el mal de América Latina eran las oligarquías nativas y Estados Unidos. Lo único que le gustaba de ese país eran sus poetas y novelistas; nunca lo escuché hablar bien de otra cosa. Desconcertaba a los nacionalistas y comunistas con su antiamericanismo, sin adherir a ninguno de los dos puntos de vista. Con muy mala suerte, ya que mi madre era norteamericana, yo solía acudir en defensa de Estados Unidos. Nunca pude convencerlo de que la política exterior generalmente era el producto torpe de la ignorancia y el error más que la estrategia bien diseñada de una camarilla siniestra. Estaba convencido de que los oscuros príncipes del mal dirigían cada una de las acciones de Estados Unidos en el exterior…»

En la América Latina de posguerra había pruebas de sobra para alimentar esas concepciones. Ernesto llegaba a la madurez en la época en que Estados Unidos, al alcanzar un apogeo imperial, fomentaba agresivamente sus intereses económicos y estratégicos combinados en la región con escasa contemplación por la reforma social o política local. En el clima anticomunista de la guerra fría, la lógica de la seguridad nacional servía para justificar el apoyo norteamericano a dictaduras militares de derecha (Anastasio Somoza en Nicaragua, Rafael Trujillo

en la República Dominicana, Manuel Odría en Perú y Marcos Pérez Jiménez en Venezuela) a expensas de los regímenes nacionalistas o de izquierda.

Si bien la expansión soviética en la Europa posbélica era el centro de las preocupaciones en Washington, a fines de 1950 la flamante Agencia Central de Inteligencia (CIA) sentía tal inquietud ante la amenaza del comunismo en el hemisferio que elaboró un análisis secreto titulado «Soviet Capabilities and Intentions in Latin America» [La potencialidad y las intenciones soviéticas en América Latina]. «Con respecto a Latinoamérica —dice el documento—, se ha de presumir que el objetivo de la Unión Soviética es reducir al máximo el apoyo de Estados Unidos hasta que la sovietización de la región sea posible y sus recursos queden disponibles para incrementar la fuerza soviética».

Lo que más inquietaba a la CIA era la capacidad de coordinación entre los partidos comunistas prosoviéticos latinoamericanos y Moscú para provocar sabotajes y disturbios en caso de una guerra entre las dos superpotencias. Advertía que los comunistas estaban en condiciones de explotar el antinorteamericanismo existente. En la Argentina, «los comunistas aprovecharon el aislacionismo argentino y obtuvieron entre los no comunistas una reacción favorable a su prédica contraria al envío de tropas argentinas a Corea». En Cuba, los comunistas habían «magnificado» un incidente en el que soldados norteamericanos habían orinado sobre una estatua del héroe nacionalista José Martí, «reduciendo así en gran medida, aunque temporalmente, la estima popular para con Estados Unidos». La CIA advertía asimismo que en algunos países los comunistas podían explotar «la antipatía de los demócratas liberales por los gobernantes dictatoriales» y provocar tensiones entre sus países y las dictaduras simpatizantes con Washington.

Ernesto cursaba cuarto año de medicina cuando Perón, invocando también la «amenaza» comunista, empezó a reprimir a la izquierda. Durante la purga, un conocido suyo de Córdoba, Fernando Barral, fue encarcelado durante siete meses como «agitador comunista». Barral era un republicano español exiliado cuyo padre había muerto en la defensa de Madrid. Como extranjero, corría el riesgo de que lo deportaran a la España de Franco, donde lo aguardaba un destino incierto, pero el Partido Comunista argentino obtuvo la promesa de Hungría de recibirlo como exiliado político y se le permitió emigrar a ese país.

Después de la mudanza de los Guevara a Buenos Aires, Barral y Ernesto sólo se habían visto un par de veces y por casualidad. Barral se había enamorado de «la Negrita» Córdova Iturburu, prima de Ernesto. Aunque sus sentimientos no eran correspondidos, Barral y Negrita eran buenos amigos. Tal vez Ernesto veía en él un rival por el afecto de su prima, o tal vez sólo le disgustaba su «dogmatismo», como especula el mismo Barral. Lo cierto es que su detención no conmovió a

Ernesto. No lo visitó en la cárcel ni (repitiendo su conducta durante la detención de Alberto Granado) participó en la campaña por su libertad.

Un amigo recuerda que Ernesto recomendaba a sus criadas que votaran a Perón porque sus medidas favorecían a su «clase social». Cuando le convenía, sabía aprovechar el sistema. Según su primo Mario Saravia, Ernesto se afilió a una organización universitaria peronista a fin de poder usar su gran biblioteca y obtener libros que de otro modo eran inaccesibles. En otra ocasión, cuando planificaba un largo viaje por América Latina, por sugerencia —mitad en broma— de Tatiana Quiroga, escribió una carta a Evita, la dadivosa esposa de Perón, para pedirle «un *jeep*». Tatiana, que lo ayudó a redactarla, recuerda que se divirtieron muchísimo, pero jamás recibieron respuesta de la extravagante Primera Dama argentina.

IV

El veinteañero Ernesto llamaba la atención en sociedad como un tipo raro y atractivo, difícil de clasificar. En verdad, desafiaba las descripciones. Cultivaba una apariencia excéntrica y era inmune al ridículo.

En una época en que los jóvenes de su clase vestían impecables *blazers*, corbatas, pantalones bien planchados y zapatos lustrados para evitar el temido estigma de ser confundidos con el hijo de un obrero inmigrante, Ernesto usaba cazadoras mugrientas y enormes zapatos anticuados que compraba en las ventas de saldos.

El veinteañero cultivaba el arte del desaliño con gran eficacia. Como recuerda Dolores Moyano, ese desaliño era tema de conversación constante entre sus amigos.

«Hay que conocer la mentalidad de la oligarquía provinciana para apreciar el efecto notable del aspecto personal de Ernesto. Todos los chicos que conocíamos eran sumamente cuidadosos con su vestimenta y dedicaban mucho tiempo y dinero a estar a la última moda: botas de vaquero, *jeans*, camisas italianas, pulóveres ingleses, etcétera, en esos años cincuenta. La prenda preferida de Ernesto era una camisa de nailon, de color blanco pero que se había vuelto gris con el uso, que vestía constantemente y llamaba "la semanera" porque decía que la lavaba una vez por semana. Sus pantalones eran anchos, flojos y recuerdo que una vez se los sujetó con una cuerda de tender la ropa. Cuando Ernesto aparecía en una fiesta, se detenía la conversación y todo el mundo trataba de parecer despreocupado e indiferente. Ernesto disfrutaba muchísimo, era consciente de la sensación que causaba y demostraba un gran dominio».

Carecía por completo de oído musical; aprendió a bailar cuando sus amigos le enseñaron los pasos y el compás. Cuando empezaba una pieza, preguntaba si era un tango, un vals o un mambo. Sólo entonces invitaba a una muchacha a bailar y, llevando mentalmente el compás, la guiaba con torpeza.

«No tenía ni idea de bailar», recuerda su íntimo amigo Carlitos Figueroa, y añade que en esos días Ernesto era un «caradura», un seductor extrovertido e incansable que sólo bailaba para acercarse a la presa. Tenía pocas inhibiciones a la hora de seducir a una mujer que parecía disponible; el aspecto y la diferencia de

edad le preocupaban poco.

Apenas unos pocos parientes y amigos íntimos recibían sus confidencias sobre estos juegos amorosos. Dice su primo Mario Saravia que Ernesto «era capaz de hacer *cualquier cosa* por un plato de comida». Como ejemplo, cita la relación de Ernesto con la criada de la familia, una indígena boliviana cuarentona llamada Sabina Portugal con quien Ernesto se acostaba habitualmente en Buenos Aires. «Era lo más feo que yo he visto en mujer —dice Saravia—, pero cuando lo invitaba, él iba a su cuarto».

Ernesto tenía un trato informal con sus padres, a quienes llamaba afectuosamente «vieja» y «viejo», pero también sabía reírse de sí mismo. Le encantaba su nuevo apodo de «el Chancho» porque indignaba a su padre, tan susceptible en lo referente a su posición social. Cuando Guevara Lynch descubrió que Carlos Figueroa era el autor del apodo, lo regañó con furia por considerarlo una ofensa al honor de la familia.

A pesar o posiblemente a causa del disgusto que causaba a su padre, Ernesto cultivó el apodo, y en la revista de rugby fundada y dirigida por él llamada *Tackle*, que llegó a publicar once números, firmaba sus artículos con el seudónimo Chang-Cho. Escritas en una ágil jerga deportiva plagada de anglicismos propios del rugby, las crónicas de Ernesto criticaban implacablemente los partidos.

Mientras se mostraba agresivo con su padre, era más solícito que nunca con su madre debido a sus problemas de salud. En 1946 le habían diagnosticado un cáncer de mama y practicado una mastectomía, y él temía una recidiva del mal. La «relación especial» entre madre e hijo llamaba la atención de los amigos de la familia. Algunos dicen que era tan especial que excluía a los demás hijos, y varios amigos recuerdan con pesar cómo afectó a Roberto. Físicamente más sano y dos años menor que Ernesto, Roberto llegó a ser un excelente jugador de rugby, pero en la familia sólo se hablaba de los triunfos de su hermano mayor al «conquistar» el asma. Según los familiares, Roberto tardó muchos años en superar el rencor que sentía hacia Ernesto desde la infancia.

En la familia, pasaban por alto el hecho de que Guevara Lynch y Celia no compartiesen la cama. Con el tiempo, los amigos se acostumbraron a que Guevara Lynch llegara avanzada la noche y, sin hacer caso de lo que sucedía a su alrededor, se tendiera a dormir en el sofá. En el contexto de sus excentricidades, esta conducta parecía normal.

En Buenos Aires se había acentuado la tendencia de Guevara Lynch a las fobias y las supersticiones. No podía salir sin olvidarse adrede de algo, por ejemplo

de sus llaves, para tener que regresar. Si no lo hacía, era «mala suerte». Este rito se convirtió en una obsesión. Si alguien decía la palabra «víbora» en la mesa, él respondía inmediatamente «jabalí»: ése era el «antídoto» a la mala suerte que traía decir esa palabra.

Fiel a sus costumbres, Celia presidía su hogar como si fuera una tertulia literaria. La mesa del comedor era su trono. Allí pasaba horas interminables jugando al solitario —al que era tan adicta como al cigarrillo—, pero siempre estaba dispuesta a interrumpirlo para conversar o dar consejos a la gente joven.

En cuanto a los hechos prácticos de la vida cotidiana, Celia estaba más allá de todo eso. No tenía la menor idea de lo que sucedía en la cocina, y cuando la cocinera tenía el día libre, cocinaba lo que encontraba en la nevera sin hacer caso de cantidades ni recetas. Y cuando ésta estaba vacía, el hecho no alteraba su aplomo habitual.

Ningún visitante dejaba de advertir la ausencia de muebles, adornos y cuadros, ni de sorprenderse por la enorme cantidad de libros apilados por todas partes. No eran las únicas rarezas: la estufa siempre estaba en cortocircuito y las paredes tenían «corriente», como descubrían los desprevenidos que se apoyaban en ellas.

Así como Ernesto encontró el espacio y la quietud necesarios para el estudio en el apartamento de Beatriz y en la biblioteca universitaria, su padre buscó refugio en una oficina alquilada en la vecina calle Paraguay. Con un socio nuevo constituyeron una agencia inmobiliaria combinada con una empresa contratista para la construcción llamada Guevara Lynch y Verbruch. En poco tiempo consiguieron algunos contratos en la ciudad, pero como siempre le sucedía a Guevara Lynch, el negocio duró poco tiempo.[2]

Aunque el estudio tenía un dormitorio, Guevara Lynch instaló en él escritorios y tableros de dibujo, de modo que siguió durmiendo en el sofá de la calle Aráoz o en el apartamento de su hermana Beatriz.

Pero con tantas visitas en la calle Aráoz era inevitable que los jóvenes Guevara y sus amigos utilizaran la oficina para estudiar. El «viejo» Guevara les dio copias de las llaves, y sus hijos iban con sus amigos siempre que querían. Allí Ernesto «tragaba» para sus exámenes en la Facultad de Medicina, lo mismo que Roberto, estudiante de derecho. Celia, Ana María y Carlos Lino, el novio de ésta, todos estudiantes de arquitectura, preparaban allí sus proyectos, y durante un tiempo también fue la «redacción» de la efímera revista de rugby *Tackle*.

Siempre escaso de fondos, Ernesto inició una serie de negocios tan quijotescos como ingeniosos. Generalmente los emprendía en sociedad con su viejo amigo Carlitos Figueroa, estudiante de derecho en Buenos Aires y con los bolsillos tan vacíos como él. Su primera empresa obedeció a una idea de Ernesto. Decidió que el insecticida para langostas Gamexane sería también efectivo para eliminar las cucarachas domésticas. Después de ensayarlo en el vecindario con buen resultado, decidió iniciar la producción industrial. Y así, con Figueroa y un paciente del doctor Pisani, empezaron a envasar el producto mezclado con talco en cajas de cartón. Lo hacían en el garaje de su casa.

Como marca registrada se le ocurrió Al Capone, pero le dijeron que necesitaba autorización de la familia Capone. Después se le ocurrió Atila, para dar la idea de que al igual que el rey de los hunos el insecticida «arrasa con todo lo que se le cruza en el camino», pero ya existía un producto con esa marca. Finalmente adoptó la marca Vendaval, como el fuerte viento del sur, y la patentó. Entusiasmado con los progresos de su hijo, Guevara Lynch quiso presentarle algunos posibles inversores, pero Ernesto, desengañado por los socios de su padre, replicó: «¿Viejo, te crees que me voy a dejar tragar por alguno de tus amigos?»

La familia soportó la producción de Vendaval mientras pudo, pero despedía un hedor horrible y persistente. «Un olor nauseabundo se expandía por toda la casa —dijo su padre—. Nos sabía a Gamexane todo lo que comíamos; pero Ernesto, imperturbable, seguía con su trabajo». Sin embargo, el fin no tardó en llegar: los ayudantes primero y el propio Ernesto después empezaron a sentirse mal, y tuvieron que cerrar el negocio.

El siguiente fue producto de la imaginación del «Gordo» Figueroa. Debían comprar un lote de zapatos en una subasta mayorista para luego venderlos puerta por puerta a un precio más alto. Parecía una buena idea, pero después de obtener el lote en la subasta —que era a ciegas—, descubrieron que habían comprado una gran cantidad de saldos, muchos de ellos sin pareja. Al ordenarlos lograron formar una cantidad suficiente de pares. Después de venderlos, salieron a ofrecer pares de zapatos que se *parecían* entre sí.

Finalmente les quedó un lote de zapatos derechos e izquierdos sin pareja y lograron vender uno a un hombre cojo que vivía en la misma manzana. La familia y los amigos sugirieron que salieran en busca de gente coja para vender el resto. El recuerdo perduró porque durante algún tiempo —sin duda para disfrutar de las miradas que provocaba— Ernesto usó zapatos de distinto color.

Aparte de los negocios, Ernesto empezó a realizar experimentos médicos en casa. Durante un tiempo, en el balcón de su casa tuvo jaulas con conejos y cobayas

a los que inyectaba agentes cancerígenos. Los ingredientes menos letales los ensayaba con sus amigos. Un día el ingenuo Carlos Figueroa se dejó inyectar, y al ver que reaccionaba a la sustancia hinchándose, Ernesto exclamó feliz: «¡Es la reacción que esperaba!» Luego le dio otra inyección para aliviar los síntomas.

Un condiscípulo de la Facultad de Medicina recuerda la ocasión en que viajaron en el metro de Buenos Aires con un pie amputado. Lo habían pedido a los ayudantes de la cátedra de anatomía para «estudiarlo» en casa y lo envolvieron en papel de periódico para el trayecto. El paquete mal atado provocó las miradas de horror de los pasajeros, y Ernesto, que había disfrutado enormemente, llegó a la casa partido de risa.

Así, las bromas pesadas de la infancia de Ernesto encontraron nuevos cauces en sus estudios de medicina, sus actividades deportivas y sus excursiones. Durante un tiempo se dedicó al vuelo sin motor. Los fines de semana que pasaba en un aeródromo de las afueras de Buenos Aires con su brioso tío Jorge de la Serna satisfacían en cierta medida su ansia de lanzarse a lo desconocido.[3]

Pero los momentos de mayor libertad los experimentaba en sus excursiones lejos de casa. En muchos de sus viajes en autostop, generalmente a Córdoba, lo acompañaba Carlitos Figueroa. El viaje, que en coche se realizaba en diez horas, les llevaba hasta tres días en camión y a veces debían pagarlo ayudando en la descarga del vehículo.

Esos viajes le proporcionaban gran placer a Ernesto, que anhelaba ampliar sus horizontes. La carretera lo atraía. El 1 de enero de 1950, al finalizar su tercer curso de medicina, partió hacia el interior en una bicicleta equipada con un pequeño motor italiano Cucchiolo; era su primer viaje solo.

Antes de partir se hizo tomar una fotografía de recuerdo. Aparece sentado en el velomotor, con los pies en el suelo y las manos en el manillar como en la salida de una carrera, ataviado con gorra, gafas de sol y cazadora de cuero. Lleva una cámara de repuesto colgada en bandolera como una canana de pistolero.

Enfiló hacia Córdoba con la intención de llegar a San Francisco del Chañar, ciento cincuenta kilómetros al norte, donde Alberto Granado trabajaba en un leprosario y era administrador de una farmacia.

Partió al atardecer, usó el motor hasta salir rápidamente de la ciudad y luego empezó a pedalear. Poco después lo alcanzó otro ciclista y siguieron camino juntos hasta el amanecer. Al atravesar Pilar, un pueblo de las afueras que constituía su primer objetivo y que según algunas «lenguas bien intencionadas» de la casa sería

el fin de su aventura, «sintió por primera vez la felicidad del que triunfa». Estaba en camino.

V

En aquel viaje, Ernesto inició dos actividades que se convertirían en ritos durante el resto de su vida: viajar y escribir un diario personal. Fue su primer viaje a solas y por primera vez en su vida sintió deseos de llevar una crónica de su vida cotidiana.[4] Tenía veintidós años.

La segunda noche llegó a Rosario, su ciudad natal, y a la siguiente, «cuarenta y una horas y diecisiete minutos» después de la partida, llegó a la casa de la familia Granado en Córdoba. Por el camino vivió algunas aventuras. La primera fue que al dejarse arrastrar por un automóvil a sesenta kilómetros por hora, se reventó su neumático trasero y fue a parar a la cuneta, donde despertó a un *linyera*, un vagabundo que dormía ahí. Se pusieron a conversar y el cordial vagabundo preparó un mate «con azúcar como para endulzar a una solterona». (Ernesto prefería el mate amargo.)

Ernesto pasó varios días en Córdoba, donde visitó a sus amigos, y después se fue con Tomás y Gregorio, los hermanos de Alberto, a acampar junto a una catarata al norte de la ciudad, donde vivieron otras aventuras juveniles: escalaban las rocas, se arrojaban desde grandes alturas a las lagunas y casi se los llevó un torrente.

Gregorio y Tomás volvieron a Córdoba, y Ernesto fue a encontrarse con Alberto en el leprosario José J. Puente, en las afueras de San Francisco del Chañar. Puesto que Alberto investigaba la sensibilidad inmunológica de los leprosos y Ernesto investigaba las alergias en la Clínica Pisani, sus intereses comunes se extendían más allá del rugby y los libros. Para Granado, el mundo de la investigación médica «era una especie de hilo conductor para los dos, en lo que en esa época parecía que sería nuestro futuro».

Vivamente interesado en el trabajo de su amigo, Ernesto lo acompañaba en las rondas de visita a los pacientes. Pero no tardaron en pelearse. El motivo fue el tratamiento de una paciente de lepra, una hermosa joven llamada Yolanda que hasta el momento sólo exhibía en la espalda las grandes manchas de piel muerta que constituían los temidos síntomas de la enfermedad. Cada vez que llegaba un médico nuevo, la joven, inconsciente de la gravedad de su caso, trataba de convencerlo de la injusticia que se cometía con ella al internarla. «Ernesto no fue la excepción a la regla, y visiblemente impresionado por la belleza de la chica y la

patética exposición de su caso, vino a verme. Enseguida nos pusimos a discutir».

Ernesto argumentó que se debía ser más cuidadoso al tomar la decisión de internar y aislar a un enfermo. Alberto trató de explicarle que el estado de la muchacha era desesperante y sumamente contagioso. Para demostrarlo, clavó una larga aguja hipodérmica en la piel necrosada de la desprevenida muchacha. Ella no lo sintió. «Lancé una mirada triunfal a Ernesto, pero al ver la suya se me congeló la sonrisa. El futuro Che me ordenó bruscamente: "¡Decile que se vaya, Mial!" Y cuando la paciente hubo salido [de la habitación], vi la rabia contenida reflejada en la cara de mi amigo… Hasta ese momento nunca lo había visto así y tuve que aguantar una tormenta de reproches. "Petiso —me dijo—, nunca pensé que hubieses perdido la sensibilidad hasta este punto. ¡Engañar a la chica sólo para demostrar tus conocimientos!"» Finalmente, después de mayores explicaciones de Granado, se reconciliaron y el incidente quedó atrás, aunque nunca lo olvidarían.

Después de varios días en el leprosario, Ernesto estaba impaciente por seguir su camino. Había decidido extender su viaje «con la intención pretenciosa» de llegar a las provincias más remotas y menos transitadas del noroeste argentino. Convenció a Alberto, que tenía una motocicleta, que lo acompañara durante el primer tramo del viaje.

Al partir, la moto de «Petiso» remolcaba la bicicleta de «Pelao», atada a ella con una soga. Pero ésta se cortaba, y al cabo de un cierto trecho convinieron en que Ernesto debía continuar solo. Alberto volvió a San Francisco del Chañar, y Ernesto escribió: «Nos dimos un abrazo no muy efusivo, como dos machitos, y yo lo vi alejarse como un caballero en su moto, agitando la mano para despedirse».

Ernesto cruzó la «tierra teñida de plata» de las Salinas Grandes, el Sahara argentino, hasta llegar sin problemas al pueblo de Loreto. La policía local le dio alojamiento, y al enterarse de que era estudiante de medicina, lo exhortaron a quedarse y ser el único médico del pueblo. Nada podía estar más lejos de sus intenciones, y a la mañana siguiente reanudó su camino.

En Santiago del Estero, la capital provincial, lo entrevistó el corresponsal de un diario tucumano. «Allí se me hizo el primer reportaje de mi vida», escribió con júbilo, y luego enfiló en dirección a Tucumán, la siguiente ciudad en dirección al norte. En el camino, mientras reparaba el enésimo pinchazo de un neumático, conoció a otro *linyera* itinerante y se pusieron a conversar.

«Este hombre venía de la cosecha de algodón en el Chaco y pensaba, luego de vagar un poco, dirigirse a San Juan, a la vendimia. Enterado de mi plan de recorrer unas cuantas provincias y luego de saber que mi hazaña era puramente

deportiva, se agarró la cabeza con aire desesperado: "Mamá mía, ¿toda esa fuerza se gasta inútilmente usted?"»

Ernesto no podía darle al vagabundo una explicación satisfactoria de lo que esperaba ganar con sus viajes, aparte de repetir que quería «conocer» más su propio país. Pero aquella observación lo llevó a reflexionar. En su diario, que hasta entonces era una crónica de hechos y descripciones superficiales salpicada de algunas anécdotas, empezó a indagar más profundamente en sí mismo y en sus sentimientos.

Se detuvo en una zona poblada de árboles al norte de Tucumán, camino de Salta, bajó del velomotor para penetrar en el bosque y experimentó una especie de éxtasis al verse rodeado por el mundo natural. Posteriormente escribió: «Me doy cuenta entonces de que ha madurado en mí algo que hacía tiempo crecía dentro del bullicio ciudadano: y es el odio a la civilización; la burda imagen de gentes moviéndose como locos al compás de ese ruido tremendo se me ocurre como la antítesis odiosa de la paz…»

Ese mismo día se cruzó con un motociclista que conducía una flamante Harley Davidson y le ofreció remolcarlo. Recordando sus desventuras recientes rechazó la oferta, pero antes de separarse tomaron un café. Horas después, al llegar al pueblo siguiente, vio que descargaban la Harley Davidson de un camión y le dijeron que el conductor había muerto. Aquel accidente y el hecho de haber escapado a esa suerte dieron lugar a un nuevo período de introspección.

«… La oscura muerte de este motociclista no alcanza a tocar los resortes de las fibras sensibleras de las multitudes, pero el saber que un hombre va buscando el peligro sin tener siquiera ese vago aspecto heroico que entraña la hazaña pública y a la vuelta de una curva muere sin testigos, hace aparecer a este aventurero desconocido como provisto de un vago "fervor" suicida».

En Salta, Ernesto se presentó en el hospital, dijo que era estudiante de medicina y pidió un lugar donde dormir. Le asignaron el asiento de un camión y la cama le pareció «digna de un rey» hasta la madrugada, cuando lo despertó el conductor. Después de un aguacero, se dirigió a través de un bello paisaje verde de follaje empapado hacia Jujuy, la capital de la provincia norteña de la Argentina.

En Jujuy, «deseoso de conocer el valor de la hospitalidad de esta provincia», buscó el hospital local y nuevamente exhibió sus «credenciales» de médico para conseguir una cama. La obtuvo, pero tuvo que pagarla despiojando la cabeza de un indiecito que no paraba de quejarse.

No podía continuar hacia el norte. Había querido seguir hasta la frontera escarpada con Bolivia, pero, como le escribió a su padre, «varios ríos crecidos y un volcán en erupción están jodiendo los viajes [por la zona]». Además, en pocas semanas empezaría su cuarto año de medicina.

De vuelta en Salta, fue al hospital, donde el personal le preguntó qué había «visto» durante su viaje. La pregunta suscitó una serie de reflexiones. «Una pregunta que queda sin contestación…, porque la verdad es que, qué veo yo; por lo menos no me nutro con las mismas formas que los turistas y me extraña ver en los mapas de propaganda de Jujuy, por ejemplo: el Altar de la Patria, la catedral donde se bendijo la enseña patria, la joya del púlpito y la milagrosa virgencita de Río Blanco y Pompeya… No, no se conoce así un pueblo, una forma y una interpretación de la vida, aquello es la lujosa cubierta, pero su alma está reflejada en los enfermos de los hospitales, los asilados en la comisaría o el peatón ansioso con quien se intima, mientras el Río Grande muestra su crecido cauce turbulento por debajo…»

Por primera vez en su vida adulta, Ernesto había presenciado la amarga dualidad de su país al cruzar el límite de su cultura trasplantada de Europa, que a la vez era la *suya*, para penetrar en su desconocido y atrasado interior *indígena*. Para Ernesto, la iconografía de la moderna nacionalidad argentina era un barniz superficial, «la lujosa cubierta» sobre el «alma» verdadera del país; y aquella alma estaba podrida y enferma.

Las injusticias que padecían los individuos marginales con quienes había hecho amistad —leprosos, vagabundos, presos, pacientes de hospitaleran el testimonio de la «turbulencia» sumergida en las aguas que yacían «en el fondo» del «Río Bravo». La enigmática referencia al Río Bravo es significativa: no es uno de los cursos de agua que cruzó durante su viaje sino, desde antaño, la línea divisoria simbólica entre el Norte rico y el Sur pobre, la frontera entre Estados Unidos y México. Éste es el primer atisbo de una idea que llegaría a obsesionarlo: que Estados Unidos, expresión de la explotación neocolonialista, era en última instancia el culpable de que se perpetuara la situación deplorable que veía a su alrededor.

Aquí y allá en el vasto territorio deshabitado del norte argentino existían unas pocas ciudades antiguas, dominadas por un puñado de familias de la oligarquía terrateniente detentadoras de riquezas y privilegios inmensos. Estas familias y las estructuras coloniales erigidas por sus antepasados habían coexistido durante siglos con una mayoría indígena anónima y marginada sobre la cual ejercían su dominio. Era el reino de los déspotas como el senador salteño Robustiano Patrón Costas, dueño de un ingenio azucarero, sucesor designado a

dedo por el presidente Castillo, a quien el golpe militar de 1943 respaldado por Perón impidió llegar al poder.

Años después, al justificar ese golpe, Perón acusó a Patrón Costas de ser un «explotador» que administraba su ingenio azucarero como un «feudo», representante de un sistema «inconcebible» que se debía eliminar a fin de que la Argentina ocupara su lugar en la era moderna. El autor de una biografía de Perón describe así a Patrón Costas: «Sus ingenios florecían con algo semejante al trabajo esclavo que tenían suerte si no sucumbían a la lepra, la malaria, el tracoma, la tuberculosis y la sarna, que eran endémicas en primitivos dominios del senador».

Desde esas zonas, los indígenas argentinos, llamados comúnmente «coyas», y los mestizos «cabecitas negras» emigraban en gran número a las ciudades en busca de trabajo y se establecían en «villas miseria» como la del baldío frente a la casa de Ernesto en Córdoba. De allí provenían las criadas como la Negra Cabrera y Sabina Portugal, y la mano de obra barata para las nuevas industrias y obras públicas. Pertenecían a la despreciada clase social a la que apeló Perón cuando exhortó al país a incorporar a los *descamisados*, cuya presencia grosera y griteríos molestos tanto fastidiaban a las élites blancas al penetrar en su idílica metrópoli. Por primera vez, Ernesto dejó de verlos como sirvientes o símbolos; había viajado entre ellos.

Ernesto regresó a Buenos Aires antes del inicio del año académico. En seis semanas había atravesado doce provincias y recorrido más de cuatro mil kilómetros. Llevó su pequeño motor a la empresa Amerimex, que se lo había vendido, para una revisión. Gratamente sorprendido al enterarse de que había recorrido semejante distancia con aquel pequeño motor, el gerente le propuso hacer un aviso publicitario a cambio de repararlo gratis.

Ernesto aceptó, escribió una carta en la que describió su reciente odisea y elogió el motor Cucchiolo: «Ha funcionado a la perfección durante mi largo viaje y sólo observé que hacia el final perdía compresión, razón por la cual la envío a usted para su reparación».

VI

Durante su cuarto curso en la facultad, Ernesto aprobó cinco asignaturas de la carrera de medicina y continuó sus investigaciones en la Clínica Pisani. También

siguió practicando rugby, así como el vuelo sin motor con su tío Jorge.

Pero el hambre de explorar el mundo se había despertado en él, y después del éxito de su raid argentino, como él lo llamó, empezó a trazar planes de futuros viajes. Sin embargo, en octubre, poco antes de finalizar el año, sucedió algo nuevo para él. Por primera vez en su vida se enamoró.

Carmen, una de las hijas de los González Aguilar, iba a casarse, y el clan Guevara en pleno viajó a Córdoba para asistir a la boda. Durante la fiesta conoció a María del Carmen «Chichina» Ferreyra, de dieciséis años, la bella hija de una de las familias más antiguas y adineradas de Córdoba. Se habían conocido cuando él vivía en Córdoba, pero entonces ella era una niña. A los dieciséis años se había convertido en una jovencita sumamente atractiva, de cabello castaño, tez blanca y tersa y labios gruesos. Pepe Aguilar, testigo presencial de la escena, dice que la impresión que causó en Ernesto fue «uno de esos impactos fulminantes de la juventud».

Según Chichina, la atracción fue recíproca. A ella la fascinaban «el físico obstinado» y el carácter juguetón e informal de Ernesto. «Su desaliño nos hacía reír y al mismo tiempo nos causaba un poco de vergüenza… Éramos tan sofisticados que Ernesto parecía un oprobio. Recibía nuestras bromas sin inmutarse».

En todo caso, para Ernesto se trataba de una relación para tomarla en serio. Sus conocidos coinciden en que Chichina, aunque muy joven, no era pura coquetería femenina sino inteligente e imaginativa, y Ernesto al parecer estaba convencido de que era la mujer de su vida.

Era casi una aventura romántica de cuento de hadas. Ernesto era de una familia de aristócratas empobrecidos mientras que Chichina pertenecía a la más rancia nobleza argentina; era una heredera del imperio familiar de los Ferreyra, la cantera de piedra caliza Malagueño y su complejo fabril, una de las pocas industrias radicadas entonces en Córdoba. En la ciudad, la familia poseía un imponente *château* francés, el Palacio Ferreyra, que se alzaba en medio de un parque cerrado al pie de la avenida Chacabuco. Construido a fines de siglo, era la sede familiar y la residencia de la abuela de Chichina, matriarca del clan Ferreyra. Chichina y sus padres vivían en una gran casa vecina, a dos manzanas del antiguo hogar de los Guevara. En las afueras de Córdoba se encontraba su enorme estancia llamada Malagueño, donde la familia pasaba los veranos.

«Las dos mil hectáreas de Malagueño —dice Dolores Moyano— comprendían dos canchas de polo, cuadras de caballos árabes y una villa feudal de obreros de la cantera de la familia. Todos los domingos la familia iba a misa en la

iglesia del pueblo y ocupaba una capilla privada a la derecha del altar con su propia entrada y una baranda donde comulgar, lejos de la masa de trabajadores. En muchos sentidos, Malagueño ejemplificaba todo lo que Ernesto detestaba. Sin embargo, impredecible como siempre, Ernesto se había enamorado locamente de la princesa de este pequeño imperio, mi prima Chichina Ferreyra, una niña extraordinariamente hermosa y encantadora que, para consternación de sus padres, se sentía igualmente fascinada por él».

Las dos familias ya se conocían desde que los Guevara habían residido en Córdoba, debido a los contactos profesionales de Guevara Lynch y a las amistades de sus hijos.[5] Fuese o no un buen partido para su hija, al principio los padres de Chichina no lo rechazaron. Su excentricidad y su inteligencia eran cautivantes. Pepe Aguilar, quien presenció el noviazgo, recuerda cómo los Ferreyra se reían del desaliño de Ernesto, pero también cómo escuchaban atentamente cuando hablaba de literatura, historia o filosofía o relataba anécdotas de sus viajes.

La imaginación de Ernesto y sus ansias de viajar no escandalizaban a los Ferreyra, una familia bastante pintoresca. Pepe Aguilar dice que era una familia singular y seductora, gente culta, mundana y sensible que sobresalía en medio de una conservadora sociedad provinciana que los idolatraba y envidiaba. Rico y de espíritu aventurero, el padre de Chichina había recorrido el Amazonas, una travesía que aún hoy es peligrosa. Participaban en carreras de automóviles cuando las carreteras eran casi inexistentes y pilotaban los primeros aviones bajo la atenta mirada de la abuela, quien, según la leyenda familiar, les recomendaba que «volaran bajo». Un tío de Chichina había muerto en la Segunda Guerra Mundial cuando el barco que lo llevaba a Europa, donde pensaba unirse a las tropas del general De Gaulle, fue hundido por los alemanes.

El «clima Ferreyra» debió de ser sumamente estimulante, a la vez que fascinante para Ernesto. Empezó a viajar a Córdoba con frecuencia, y durante 1951 fue un visitante asiduo en la casa de los Ferreyra en la ciudad, así como en Malagueño, donde Chichina se reunía con su gran grupo de amistades.

Las amistades dicen que entre todos los parientes de Chichina, quien «más quería» a Ernesto era el excéntrico tío Martín. Éste era un anciano solitario que vivía en Malagueño, donde criaba sementales árabes. Jamás abandonaba la estancia. Durante la Segunda Guerra Mundial había apoyado a la Alemania nazi hasta el final, mientras que el resto de los Ferreyra eran partidarios acérrimos de los aliados. Era un ave nocturna, un consumado pianista clásico que solía tocar para Ernesto, Chichina y sus amigos mientras conversaban y bailaban, a veces hasta el amanecer.

Pero, intempestivamente, Ernesto empezó a hablarle de matrimonio y de una luna de miel a través de Sudamérica en una «casa rodante». Según Pepe Aguilar: «Los conflictos surgieron porque Ernesto quería concretar aquel romance… Chichina tenía sólo dieciséis años, y ni ella estaba tan decidida, ni los padres vieron este proyecto con buenos ojos».

A partir de la propuesta de matrimonio, la presencia de Ernesto empezó a adquirir una connotación subversiva en el clan Ferreyra. «La oposición familiar era enconada —recuerda Dolores Moyano—. En cualquier reunión social, la franqueza, el candor, la cualidad burlona de sus opiniones hacían de su presencia algo peligroso. Cuando Ernesto venía a casa a cenar, esperábamos que sucediera lo peor con una mezcla de terror y deleite».

Tatiana Quiroga retrata a Ernesto como «una especie de *hippy* enfermizo» que concurría a las cenas formales de la familia Ferreyra «con su asma y su inhalador siempre presente… y vistiendo su camisa de nailon horrorosamente sucia» ante el silencio pasmado de sus anfitriones. En su opinión, Ernesto era perfectamente consciente de las censuras que suscitaba su aspecto personal, y eso lo llevaba a hacer observaciones ultrajantes «para no sentirse tan denigrado».

Las tensiones alcanzaron un pico durante una cena en Malagueño en la que estuvieron presentes Dolores y Pepe Aguilar. Conversaban sobre Winston Churchill, un nombre venerado por los Ferreyra, que eran anglófilos acérrimos. Mientras los mayores de la familia relataban sus anécdotas preferidas sobre Churchill, Ernesto escuchaba sin ocultar una sonrisa burlona, dice Dolores.

Sin poder contenerse, Ernesto intervino para tachar al venerado estadista de «un politiquero más». Pepe Aguilar recuerda la tensión del momento. «Horacio, el padre de Chichina, dijo: "Esto ya no lo puedo aguantar", y se fue de la mesa. Yo miré a Ernesto, pensando que los que teníamos que irnos éramos nosotros, pero él se limitó a sonreír como un chico travieso y comenzó a comer un limón a mordiscos, con corteza y todo…»

Chichina aún salía con Ernesto, pero en secreto. Una vez, cuando la familia viajó a Rosario donde su padre jugaba un partido de polo, Chichina dispuso que Ernesto se reuniera allí con ella, después de viajar oculto en otro coche entre sus amigas. Se encontraron clandestinamente mientras su padre jugaba al polo.

Lola, la muy devota madre de Chichina, conocía los sentimientos de su hija, y estaba tan asustada por la posibilidad de tener por yerno a Ernesto Guevara que, según Tatiana Quiroga, hizo una promesa a la Virgen del Valle, en Catamarca. Si Chichina ponía fin al noviazgo, haría una peregrinación al remoto santuario de la

Virgen. (Finalmente, Lola cumplió su promesa, pero la peregrinación resultó una experiencia sumamente penosa, ya que su coche, conducido por un chófer, tuvo una avería en medio del tórrido desierto, y pasó a formar parte del folclore familiar de los Ferreyra.)

Al finalizar el curso académico en diciembre de 1950, en lugar de visitar a Chichina en Córdoba como cabía esperar, Ernesto obtuvo una credencial de enfermero en el Ministerio de Salud Pública y pidió trabajo como «médico» de a bordo en la flota de la petrolera estatal Yacimientos Petrolíferos Fiscales, YPF.

A primera vista, podría parecer que el ansia de viajar fue más fuerte que los encantos de Chichina, pero es probable que al embarcarse buscara ganar «méritos varoniles» a los ojos de su novia, acaso para competir con las hazañas osadas de sus venerados padres y tíos.

El 9 de febrero de 1951 zarpó hacia Brasil en el buque cisterna *Anna G* en una travesía de seis semanas. Desde entonces hasta junio, cuando realizó su cuarto y último viaje, pasó más tiempo en el mar que en tierra firme. Sus viajes lo llevaron hacia el sur hasta el puerto patagónico de Comodoro Rivadavia y hacia el norte, bordeando la costa atlántica de Sudamérica, hasta la colonia británica de Trinidad y Tobago. Por el camino tocó Curaçao, la Guyana Británica, Venezuela y varios puertos brasileños.

Chichina nunca estaba lejos de sus pensamientos. Cuando tocaba puerto, llamaba inmediatamente a su hermana Celia para averiguar si tenía cartas de ella. «Me pedía que fuera corriendo hasta los muelles, y yo corría y corría como él me pedía y le llevaba las cartas —diría ella años después—. Una vez me pidió que corriera mucho porque el barco estaba por zarpar, y corrí mucho con la carta en la mano, pero cuando llegué, el barco ya se alejaba de la costa, entonces, él estaba mirando… hasta que me vio con la carta en la mano que lo despedía».

Entre sus amigos y hermanos, Ernesto alimentaba fantasías de una vida romántica, les traía recuerdos exóticos de los puertos y relatos de la vida en alta mar. Y en verdad vivió algunas aventuras. Carlos Figueroa recuerda el relato de una pelea con un marinero norteamericano en un puerto de Brasil (aunque su hermana Celia dice que fue con un inglés en Trinidad), incidente que parece confirmar su hostilidad latente hacia los anglosajones. Y le contó a Osvaldo Bidinosd que en alta mar realizó una apendicectomía con un cuchillo de cocina porque el único bisturí a bordo había sido utilizado en una pelea a cuchillo y embargado luego como prueba judicial.

Pero a pesar de sus intentos de evocar el romanticismo de la vida marinera,

ésta no satisfizo sus expectativas. Para desilusión suya, los buques cisterna permanecían poco tiempo en puerto y el tiempo para recorrer los lugares era escaso. En mayo, cuando comenzaban las clases de quinto año de medicina, zarpó por última vez y al volver a mediados de junio abandonó el trabajo de marinero.

Es evidente que durante sus viajes dedicó mucho tiempo a leer y reflexionar, porque volvió a Buenos Aires con un curioso presente para su padre. En un cuaderno había escrito un ensayo autobiográfico dedicado a él, titulado *Angustia (Eso es cierto)*. Está lleno de citas filosóficas y lo encabeza una frase de Ibsen: «La educación es la capacidad de enfrentar las situaciones que plantea la vida».

Redactada bajo una capa enigmática de metáforas densas, *Angustia* es una indagación introspectiva y existencialista en las causas y la naturaleza de una depresión que Ernesto padeció y superó mientras navegaba. El centro del relato es una salida con algunos compañeros de a bordo al puerto tropical de Trinidad en el Caribe. Aunque el prólogo dice que ha superado la depresión y nuevamente «sonrío optimista y aspiro con fuerza el aire que me rodea», la historia expresa una soledad profunda y, aparentemente, la angustia causada por la relación con Chichina, así como la irritación provocada por las restricciones sociales y el deseo de liberarse de ellas.

«Caigo de rodillas, cansado de buscar una solución, una verdad, un motivo. Pensar que nací para amar, que no nací para permanecer frente a un escritorio preguntándome si el hombre es bueno puesto que sé que el hombre es bueno porque me codeo con él en el campo, en la fábrica, en el obraje, en el ingenio, en la ciudad. Pensar que se es físicamente sano, que se tiene espíritu de cooperación, que se es joven y rijoso como un macho cabrío, y verse excluido del panorama por años y años: eso es angustia… Que se sea un sacrificio estéril, que no se ayude a levantar una nueva vida: eso es angustia».

Los pasajes tomados de los filósofos aparecen a lo largo del texto como axiomas destinados a sustentar el aparente argumento moral central de este ensayo introspectivo: que la vida debe tener un propósito y que el objetivo más alto del individuo debe ser ayudar a los demás, en especial a los desposeídos: «Sólo cuando se ve que se es útil a otro ser, se comprende el sentido y la misión de la existencia propia» (Stefan Zweig).

VII

A fines de junio Ernesto ya había reanudado los estudios. Tenía veintitrés años, le faltaban dos para graduarse de médico, pero la rutina de las clases y los exámenes no lo estimulaba como antes. Lo acosaba un malestar: el de las penas de amor y el desasosiego. El viaje en moto y las travesías por mar habían acentuado su avidez por viajar, pero sus esperanzas de casarse con Chichina y llevarla consigo se habían estancado.

A los diecisiete años, Chichina seguía siendo la niña de mamá y papá. El peso de la oposición irreductible de sus padres y su propia indecisión juvenil habían impuesto a su relación una rutina molesta e inconducente. Y la separación no ayudaba a resolver el dilema.

Fue Alberto Granado quien lo rescató, con sus recientes y grandiosos planes de recorrer el continente sudamericano durante un año entero. Hacía años que hablaba de ello, pero nunca pasaba a los hechos y la familia consideraba el «viaje de Alberto» una fantasía inofensiva. Pero Alberto, en vísperas de cumplir treinta años, se dijo que era entonces o nunca. Necesitaba un compañero de viaje. ¿Quién si no el Pelao abandonaría todo para vivir semejante aventura? Cuando Alberto le hizo la propuesta, Ernesto, «harto de la Facultad de Medicina, los hospitales y los exámenes», aceptó sin titubear.

En las vacaciones de octubre Ernesto viajó a Córdoba para planificar el viaje con Alberto. En una posterior evocación idílica recordó que se sentaron bajo la parra en la casa de Alberto, bebieron mate dulce y dieron rienda suelta a su fantasía. «Por los caminos del ensueño llegamos a remotos países, navegamos por los mares tropicales y visitamos toda el Asia. Y de pronto, deslizada al pasar como una parte de nuestros sueños, surgió la pregunta: ¿Y si nos vamos a Norteamérica? ¿A Norteamérica? ¿Cómo? Con *La Poderosa*, hombre. Así quedó decidido el viaje, que en todo momento fue seguido de acuerdo con los lineamientos generales con que fue trazado. Improvisación».

La Poderosa era la moto con que Alberto había intentado vanamente remolcar a Ernesto en su visita reciente a San Francisco del Chañar. Era una vieja Norton de quinientos centímetros cúbicos que Alberto había bautizado nostálgicamente *La Poderosa II* en recuerdo de una bicicleta de su juventud, *La Poderosa I*.

El 4 de enero de 1952, enfilaron hacia el balneario de Miramar, en la costa atlántica, donde Chichina pasaba las vacaciones con una tía y varios amigos. Ernesto quería despedirse y al ocupar el asiento trasero de la moto llevaba en sus brazos un regalo. Era un cachorrito juguetón al que había puesto un nombre inglés: «Come-back».

5. ESCAPADA HACIA EL NORTE

I

Miramar, donde veraneaba Chichina, era el último obstáculo que los separaba de la carretera. Ernesto aún estaba enamorado y lo acosaban dudas sobre si debía abandonarla. ¿Era lo más justo? ¿Lo esperaría ella? Contaba con recibir una promesa suya y había resuelto que si aceptaba el cachorro Come-back, ése sería un «símbolo de los lazos» que exigían su regreso.

A su vez Alberto temía que su amigo pusiera fin al viaje antes de empezar. Ernesto se dio cuenta de ello y escribió en su diario:[6] «Alberto veía el peligro y ya se imaginaba solitario por los caminos de América, pero no levantaba la voz. La puja era entre ella y yo».

La estancia prevista de dos días «se estiró como goma hasta hacerse ocho». Ernesto trataba de obtener de Chichina la promesa de que lo esperaría. Cogidos de las manos «en el enorme vientre de un Buick», Ernesto le pidió su pulsera de oro para llevarla como talismán y recuerdo durante el viaje. Ella se negó. «¡Pobre! Yo sé que no pesó el oro, pese a lo que digan: sus dedos trataban de palpar el cariño que me llevara a reclamar los kilates que reclamaba…»

Finalmente, Ernesto decidió que viajaría. No había obtenido el recuerdo simbólico que pedía ni la bendición de Chichina para su viaje, pero ella había aceptado a Come-back a pesar de las burlas de sus amigas, quienes aseguraban que el cachorro no era un ovejero alemán puro como decía Ernesto sino un «mesticito feo». Y le dio quince dólares norteamericanos para que le comprara un pañuelo para el cuello en Estados Unidos. Como símbolo de amor eterno y lealtad no era gran cosa, y seguramente Ernesto tuvo un mal presentimiento al acomodarse en el asiento trasero de *La Poderosa* el 14 de enero.

II

El camino estaba libre para iniciar la gran travesía, y los dos trotamundos partieron a toda velocidad. Sin embargo, tardaron cuatro semanas en salir de la Argentina. Atravesaban las pampas habitadas al oeste de Bahía Blanca cuando Ernesto sufrió una fiebre y debió pasar varios días en un hospital antes de que volvieran al polvo y el ruido de los caminos.

Cuando llegaron a los hermosos Lagos del Sur, sobre las boscosas laderas orientales de los Andes en el límite con Chile, sus escasos fondos se habían reducido y ambos se volvían especialistas en el arte de vivir a costa ajena o, según la irónica definición de Ernesto, en expertos «mangueros [gorrones] motorizados». Recurrían a la generosa hospitalidad de las familias que vivían a la vera del camino, y entre ambos se entabló una competencia para ver quién era el más diestro a la hora de buscar medios de supervivencia.

Aunque rechazados por algún que otro anfitrión hostil, en la mayoría de los casos les ofrecían un lugar para tender sus sacos de dormir en garajes, cocinas o graneros y con frecuencia en comisarías, donde compartían celda y comida con una interesante variedad de malhechores. En la estación de esquí de Bariloche, un desertor de la marina mercante los entretuvo con relatos sobre la ocasión en que «compró» una japonesita de catorce años y la llevó consigo en una travesía por alta mar; cuando se cansó de ella, la regaló a otro.

Una noche, cuando dormían en el granero de una familia austríaca, Ernesto despertó al escuchar arañazos y gruñidos en la puerta; un par de ojos brillaban en la oscuridad. Prevenido sobre la ferocidad de los «tigres chilenos», cogió el Smith & Wesson que Guevara Lynch le había dado para el viaje y disparó una sola vez. Cesaron los ruidos y se puso a dormir de nuevo. Por la mañana, Alberto y él descubrieron que el animal muerto no era un puma sino un perro alsaciano llamado Bobby, la adorada mascota de la familia. Escaparon corriendo cuesta abajo con *La Poderosa* —que se negaba a arrancar—, seguidos por el llanto, las imprecaciones y los insultos de sus anfitriones.

Recorrieron los lagos, escalaron un cerro —en el que estuvieron a punto de matarse— y cazaron patos silvestres con el revólver de Guevara Lynch. En la orilla de un lago particularmente hermoso fantasearon sobre la posibilidad de crear un instituto de investigaciones médicas a su regreso. De vuelta en la comisaría de

Bariloche después del paseo, Ernesto abrió una carta de Chichina que acababa de recibir. Fuera rugía la tormenta. «Leía y releía la increíble carta. Así, de golpe, todos los sueños… se derrumbaban… Empecé a temer por mí mismo e inicié una carta llorona, pero no podía, era inútil insistir».

La nota de Chichina decía que había resuelto *no* esperarlo. Era el fin del idilio. En el capítulo de *Notas de viaje* que tituló «Hasta romper el último vínculo», Ernesto no explica por qué Chichina puso fin a la relación, pero evidentemente estaba saliendo con otro. Trató de evocar la imagen de Chichina y fingir que la separación no era un golpe tan duro. «En la penumbra que nos rodeaba revoloteaban figuras fantasmagóricas, pero "ella" no quería venir… Debía luchar por ella, ella era mía, era mía, era m… me dormí».

En sus memorias, Guevara Lynch dice: «Como es natural, a Chichina no le hacía mucha gracia la [idea de su] separación, y cuando Ernesto volvió a la Argentina después de nueve meses de ausencia, ella estaba comprometida con otro». Durante el resto de su vida Ernesto se preguntaría si la culpa no era en parte suya. Había «levantado» [ligado] a una criada de los Ferreyra, vestida con un traje de baño de la tía de Chichina, y la había llevado a la tienda de campaña que había montado en la playa. Lo hizo a la vista de Chichina y sus amigas, en abierta violación de la convención social tácita pero universalmente aceptada de que uno no debía tener relaciones íntimas con la servidumbre. «A Chichina no le gustó demasiado —recuerda Granado—. Y creo que me tenía rencor porque yo era el que alejaba a Ernesto de su lado».

Entretanto, aparentemente resignado a la separación, Ernesto decidió disfrutar del resto del viaje. Cuando cruzaban los Andes hacia Chile, invocó los versos de un poema que dice: «Y ya siento flotar mi gran raíz libre y desnuda…»

En Chile, obtuvieron pasaje gratuito en un *ferry* que cruzaba el lago Esmeralda a cambio de manejar las bombas de desagüe de una barcaza de carga que llevaba a remolque. Allí conocieron a un grupo de médicos chilenos a quienes se presentaron como «leprólogos». Los ingenuos chilenos les hablaron del territorio de Rapa Nui, la isla de Pascua, en el océano Pacífico, donde existía la única colonia de leprosos de Chile además de una horda de mujeres sensuales y sumisas. Ernesto y Alberto obtuvieron una carta de presentación para la Sociedad de Amigos de la Isla de Pascua en Valparaíso, donde podrían obtener pasajes de barco gratuitos a la isla. Cuando llegaron a tierra firme, ya habían añadido ese destino exótico a su ambicioso itinerario.

Siguieron su camino en *La Poderosa*, pero sin mirar el paisaje: la isla de Pascua los llamaba y tenían prisa por ir allí. Al llegar a la primera población más o

menos grande de Chile, Ernesto escribió: «Llegamos a Osorno, pechamos en Osorno, nos fuimos de Osorno; siempre al norte…»

A continuación llegaron al puerto de Valdivia, sobre el Pacífico. Visitaron el periódico local, *Correo de Valdivia*, que publicó una reseña entusiasta con el título: «Dos animosos viajeros argentinos en motocicleta pasan por Valdivia»: «Ambos viajeros piensan llegar a Caracas, la capital de Venezuela, o hasta donde permitan los medios económicos a su disposición, porque ellos mismos se pagan la gira».

Siempre dispuestos a aprovechar una buena oportunidad, Ernesto y Alberto se presentaron como «especialistas en lepra» con «investigaciones previas en países vecinos», y el ingenuo *Correo* reprodujo sus declaraciones. «Los dos viajeros se especializan en las causas y consecuencias de la lepra, la peste blanca que aflige a la humanidad. En la entrevista concedida a este diario explicaron cómo habían visitado los leprosarios de Brasil, Uruguay y los de su propio país. Les interesa conocer los de Chile, en especial el de la isla de Pascua».

Además de la leprología, Ernesto y Alberto seguramente se despacharon con opiniones sobre una gran variedad de asuntos, según se desprende del elogio del *Correo* por haber, «durante su brevísima estadía en nuestro país, penetrado en sus problemas sociales, económicos y sanitarios…».

Evidentemente, Mial y Fúser se habían superado. Pero hubo más. Con un alarde de magnanimidad, anunciaron en la redacción del *Correo* que dedicarían el viaje a la ciudad de Valdivia, que celebraba el cuarto centenario de su fundación.

En Temuco también fueron entrevistados por el periódico local. En *El Austral de Temuco* del 19 de febrero de 1952, aparece el siguiente titular, aún más entusiasta que el anterior: «Dos expertos argentinos en leprología recorren Sudamérica en motocicleta: Están en Temuco y desean visitar Rapa-Nui». La fotografía que ilustra la noticia muestra a los dos conspiradores en pose heroica. Ernesto, muy serio, mira a la cámara. Con los pulgares enganchados en el cinturón parece más un arrojado galán de cine que un estudiante de medicina. A su lado, Alberto, inclinado hacia él en actitud deferente, tiene una mirada algo traviesa.

Partieron nuevamente con los recortes de prensa que Ernesto llamó con orgullo «la condensación de nuestra audacia». «Ya no éramos un par de vagos más o menos simpáticos con una moto a la rastra, no; éramos LOS EXPERTOS», escribió, exultante. En su viaje hacia el norte explotaron al máximo su reciente fama. Partieron de Temuco cuando el día estaba avanzado, pero sufrieron el pinchazo de un neumático y se instalaron junto al camino, dispuestos a pasar la noche en su tienda. «Pronto conseguimos un ferroviario que nos llevó a su casa,

donde nos atendieron a cuerpo de rey», escribió Ernesto.

Al día siguiente, *La Poderosa* sufrió una caída en la que se rompió la caja de cambios y una columna de dirección. Mientras la reparaban en un taller de la aldea de Lautaro, se convirtieron inmediatamente en celebridades para los pueblerinos que se reunieron para observarlos. Consiguieron que les pagaran algunas comidas, y una vez reparada *La Poderosa*, sus amigos los invitaron a beber vino. «El vino chileno es riquísimo y yo tomaba con una velocidad extraordinaria, de modo que, al ir al baile del pueblo, me sentía capaz de las más grandes hazañas.

»La reunión se desarrolló dentro de un marco de agradable intimidad y nos siguieron llenando la barriga y el cerebro con vino. Uno de los mecánicos del taller, que era particularmente amable, me pidió que bailara con la mujer porque a él le había sentado mal "la mezcla", y la mujer estaba calentita y palpitante y tenía vino chileno, y la tomé de la mano para llevarla afuera; me siguió mansamente, pero se dio cuenta de que el marido la miraba y me dijo que ella se quedaba; yo ya no estaba en situación de entender razones e iniciamos en el medio del salón una puja que dio por resultado llevarla hasta una de las puertas, cuando ya toda la gente nos miraba, en ese momento intentó tirarme una patada y, como yo seguía arrastrándola, le hice perder el equilibrio y cayó al suelo estrepitosamente. Mientras corríamos hacia el pueblo, perseguidos por un enjambre de bailarines enfurecidos, Alberto se lamentaba de todos los vinos que le hubiera hecho pagar el marido».

Ernesto asió el manillar de *La Poderosa* y se alejaron del pueblo, «huimos de parajes que ya no estaban tan hospitalarios para nosotros», pero a pocos kilómetros, en una curva cerrada del camino, falló el freno trasero de la moto. Cuando tomó velocidad en la cuesta descendente, también falló el freno de mano. Ernesto giró para esquivar una manada de vacas que habían aparecido inesperadamente frente a él y se estrellaron contra el terraplén. Milagrosamente, *La Poderosa* no sólo no sufrió daños sino que su freno trasero empezó a funcionar. Continuaron su camino, pero el día aún no había terminado.

«Siempre amparados por la carta de recomendación de la "prensa", fuimos alojados por unos alemanes que nos trataron en forma cordialísima —escribió Ernesto—. A la noche me dio un cólico que no sabía cómo parar; tenía vergüenza de dejar un recuerdo en la taza de noche, de modo que me asomé a la ventana y entregué al espacio y la negrura todo mi dolor… A la mañana siguiente me asomé para ver el efecto y me encontré con que dos metros abajo había una gran plancha de zinc donde se secaban los duraznos al sol: el espectáculo agregado era impresionante. Volamos de allí».

Se dirigieron hacia el norte, dejando un tendal de anfitriones coléricos, pero el potro fiel empezó a fallar. Cada vez que subían una ladera *La Poderosa* vacilaba, y el segundo día falló por completo en la primera cuesta empinada. Fue su último día como «mangueros motorizados».

Un camión los llevó con la averiada *Poderosa* hasta el pueblo siguiente, llamado Los Ángeles. Pudieron alojarse en el cuartel de bomberos después de una amistosa conversación con las tres hijas del jefe. Más adelante, Ernesto elogiaría con delicadeza a las desinhibidas muchachas como «exponentes de la gracia de la mujer chilena que, fea o linda, tiene un no sé qué de espontáneo, de fresco, que cautiva inmediatamente».

Alberto fue más explícito. «Después de la cena salimos con las muchachas. Una vez más quedó comprobada la diferente mentalidad respecto a la libertad entre las mujeres chilenas y las nuestras, en relación con el otro sexo. Tal vez el hecho de ser nosotros "aves de paso" haga más viable cualquier cosa, pero creo que la diferencia es de formación.

»Volvimos al cuartel laxos y silenciosos, cada cual rumiando su experiencia… se acostó Fúser, que estaba bastante agitado, no sé si por el asma o por la piba».

Al día siguiente —después de acompañar a los bomberos a una casa que se incendiaba, donde Ernesto salvó un gato atrapado— llegó el momento de despedirse de las afectuosas hijas del jefe. Partieron en un camión que iba a Santiago, llevando consigo la carcasa de *La Poderosa* como si fuera el cuerpo de un camarada caído en combate. La capital chilena no los cautivó, y después de encontrar un garaje donde dejar *La Poderosa*, partieron nuevamente. Resueltos a llegar a la isla de Pascua, esperaban obtener un pasaje gratuito en el puerto cercano de Valparaíso.

III

Instalados en el bar La Gioconda, cuyo generoso dueño les dio alojamiento y comida gratuitos, se fueron a merodear por el puerto. Para su decepción, se enteraron de que ningún barco zarparía hacia la isla de Pascua antes de seis meses. Pero no perdían las esperanzas, porque aún debían acudir a la Sociedad de Amigos de la Isla de Pascua.

Entretanto, escuchaban historias que alimentaban sus fantasías. Ernesto reprodujo algunas de ellas y comentó: «¡La isla de Pascua!… "Allí, tener un novio blanco es un honor para ellas." "Allí, trabajar, qué esperanza, las mujeres hacen todo. Uno come, duerme y las tiene contentas"… Qué importa quedarse un año allí, qué importan sueldos, estudios, familia, etcétera…»

Entre comidas en La Gioconda, subían y bajaban las sinuosas escaleras de la ciudad, en medio de casas de cinc de colores brillantes con vista al «azul plomizo de la bahía». Para Ernesto, tenía la «belleza de museo de manicomio».

Ernesto, que había aprovechado al máximo su presunto «título» de médico, no pudo negarse cuando le pidieron que asistiera a una parroquiana de La Gioconda, que resultó ser una anciana sirvienta postrada por el asma crónica y una insuficiencia cardíaca. En la habitación reinaba un hedor «de sudor concentrado y patas sucias». La rodeaba la «acritud apenas disimulada» de su familia, que parecía molesta por su presencia. Agonizaba, y no era mucho lo que se podía hacer para ayudarla. Le recetó una dieta, le dejó sus propios comprimidos de dramamina y otros medicamentos y se fue seguido por «las palabras zalameras de la vieja y las miradas indiferentes de los familiares».

El encuentro, que lo afectó profundamente, suscitó reflexiones sobre la inhumanidad de la pobreza. «Allí, en estos últimos momentos de gente cuyo horizonte más lejano fue siempre el día de mañana, es donde se capta la profunda tragedia que encierra la vida del proletariado de todo el mundo; hay en esos ojos moribundos un sumiso pedido de disculpas y también, muchas veces, un desesperado pedido de consuelo que se pierde en el vacío, como se perderá pronto su cuerpo en la magnitud del misterio que nos rodea. Hasta cuándo seguirá este orden de cosas basado en un absurdo sentido de casta es algo que no está en mí contestar, pero es hora de que los gobernantes dediquen menos tiempo a la propaganda de sus bondades como régimen y más dinero, muchísimo más dinero,

a solventar obras de utilidad social».

Unos días más tarde, cuando la Sociedad de Amigos confirmó que ningún barco zarparía hacia la isla de Pascua en muchos meses, Ernesto y Alberto se resignaron a seguir su itinerario original. Después de buscar en vano un barco que les diera trabajo, se ocultaron a bordo del *San Antonio*, un buque de carga que navegaba hacia el puerto de Antofagasta en el norte del país. Con ayuda de un marinero cómplice, subieron a bordo furtivamente al amanecer y se ocultaron en una letrina. Apenas el barco zarpó, Alberto empezó a vomitar. El olor en la letrina era horrible, pero permanecieron allí hasta que no pudieron soportarlo más. «A las cinco de la tarde, muertos de hambre y sin costa a la vista, nos presentamos ante el capitán…»

Éste resultó ser un buen hombre, y después de regañarlos con voz de trueno frente a sus subordinados, ordenó que se les diera de comer y se les asignaran tareas para pagar su pasaje. Según Ernesto: «Devoramos nuestra ración; cuando me enteré que era el encargado de limpiar la famosa letrina, la comida se me atragantó en la garganta, y cuando bajaba protestando entre dientes, perseguido por la mirada cachadora de Alberto, encargado de pelar las papas, confieso que me sentí tentado a olvidar todo lo que se hubiera escrito sobre reglas de compañerismo y pedir cambio de oficio. ¡Es que no hay derecho! Él añade su buena porción a la porquería acumulada allí, y la limpio yo».

Una vez finalizadas sus tareas, el capitán los trató como huéspedes de honor; los tres jugaron a la canasta y bebieron hasta muy avanzada la noche. Al día siguiente, mientras se deslizaban frente a la larga costa chilena, Alberto nuevamente ayudó en la cocina mientras Ernesto fregaba la cubierta con queroseno, vigilado por un camarero colérico. Esa noche, después de «agotadores partidos de canasta», los amigos fueron a la cubierta a contemplar el mar y el cielo, y las luces de Antofagasta que aparecían en la distancia.

En Antofagasta intentaron de nuevo viajar como polizones en un barco que se dirigía hacia el norte, pero fracasaron. Fue culpa suya. Ocultos bajo una lona que cubría una carga de melones deliciosos, los irresponsables se pusieron a comer fruta y arrojar la piel por la borda. Los restos guiaron al capitán hacia el escondite. «La larga hilera de cáscaras de melón perfectamente pulidas flotaban en fila india sobre el mar tranquilo. Lo demás fue ignominioso».

Tras la brusca frustración de su fantasía de continuar el viaje por mar, se dirigieron hacia el interior viajando «a dedo». Su siguiente destino era Perú, pero antes querían conocer el yacimiento de cobre de Chuquicamata, la mina a cielo abierto más grande del mundo y fuente principal de ingresos para Chile.

La gran mina de cobre explotada por intereses norteamericanos despertó las antipatías de Ernesto. Chuquicamata, símbolo máximo de la «dominación extranjera» sobre la economía chilena, era objeto de un debate enconado. Al igual que las demás minas de cobre, «Chuqui» era operada por monopolios mineros norteamericanos como Anaconda y Kennecott. Para colmo, la subsidiaria chilena de esta última era la Braden Copper Company, que alguna vez había pertenecido a la familia de Spruille Braden, el procónsul norteamericano cuya intromisión en la política argentina durante el ascenso de Perón al poder había provocado tantas protestas nacionalistas.

Estas empresas obtenían ganancias enormes, en tanto la economía chilena dependía en gran medida de los impuestos que les cobraba, y que variaban año a año de acuerdo con las fluctuaciones del mercado cuprífero. Muchos chilenos, sobre todo de izquierdas, se sentían agraviados por el carácter desigual de la sociedad y ejercían presiones en favor de la nacionalización de las minas. Por su parte, Estados Unidos presionaba al gobierno chileno para que disolviera los sindicatos mineros y declarara ilegal al Partido Comunista.

Mientras esperaban algún medio de transporte en las áridas montañas desérticas a mitad de camino hacia la mina, Ernesto y Alberto conocieron a una pareja de náufragos en tierra firme. Hablaron durante horas mientras caía la gélida noche andina. Él era minero, recientemente liberado de la cárcel, donde lo habían encerrado por hacer huelga. Dijo que era afortunado: otros compañeros habían desaparecido después de la detención y probablemente estaban muertos. Pero como miembro del Partido Comunista ilegalizado, no conseguía trabajo y por eso, después de que su esposa dejara a los hijos con un vecino solidario, se dirigía a una mina de azufre en el corazón de las montañas. Allí, dijo, las condiciones de trabajo eran tan malas que nadie se interesaba por la filiación política de los mineros.

Más adelante, Ernesto se explayó sobre este encuentro. «A la luz de una vela con que nos alumbrábamos… las facciones contraídas del obrero ponían una nota misteriosa y trágica… El matrimonio aterido en la noche del desierto, acurrucados uno contra el otro, era una viva representación del proletariado de cualquier parte del mundo. No tenían ni una mísera manta con que taparse, de modo que le dimos una de las nuestras y en la otra nos arropamos como pudimos Alberto y yo. Fue ésa una de las veces en que he pasado más frío, pero también, en la que me sentí un poco más hermanado con esta, para mí, extraña especie humana…»

Ahí estaban, en carne y hueso, las ateridas víctimas de la explotación capitalista. Ernesto y Alberto habían compartido brevemente el frío y el hambre, la fatiga y la soledad. Pero mientras ellos viajaban por placer, la pareja era perseguida a causa de sus ideas.

A la mañana siguiente, pasó un camión que iba a «Chuqui». Ernesto y Alberto se fueron en él, abandonando a la pareja a su futuro incierto. Con esa imagen vívida en su mente, la visita a la mina de cobre de Chuquicamata fue para Ernesto una experiencia exclusivamente política. Describió con desdén a los administradores norteamericanos, «los amos, los rubios y eficaces administradores impertinentes» que les permitieron con reticencia visitar la mina con la condición de que se fueran lo antes posible porque Chuqui no era una «ciudad turística».

Su guía chileno, un «perro fiel de los amos yanquis», sin embargo fustigaba a sus patrones mientras los conducía por la mina. Dijo que había una huelga minera en ciernes y añadió: «Gringos imbéciles, pierden miles de pesos diarios en una huelga, por negarse a dar unos centavos más a un pobre obrero…»

Ernesto comentó: «Eficacia fría y rencor impotente van mancomunados en la gran mina, unidos a pesar del odio por la necesidad común de vivir y especular de unos y de otros. Veremos si algún día, algún minero tome un pico con placer y vaya a envenenar sus pulmones con consciente alegría. Dicen que allá, de donde viene la llamarada roja que deslumbra hoy al mundo, es así, eso dicen. Yo no sé».

Ernesto dedicó a la mina todo un capítulo de su diario: describió detalladamente el proceso de producción y su importancia política para el país. En esa descripción, las montañas ricas en minerales que rodean Chuquicamata también son parte del «proletariado explotado».

«Los cerros, indefensos frente al ataque de los vientos y las aguas, muestran sus grises lomos prematuramente avejentados en la lucha contra los elementos, con arrugas de ancianos que no coinciden con su edad geológica. Allí, cuántos de estos escoltas de su famoso hermano [Chuquicamata] no encerrarán en sus pesados vientres parecidas riquezas a las de aquél, mientras esperan los brazos áridos de las palas mecánicas que devoren sus entrañas, con el obligado condimento de vidas humanas».

En Chile se desarrollaba el agitado tramo final de la campaña electoral. Ernesto y Alberto descubrieron que la mayoría de los trabajadores con los que hablaban eran partidarios del candidato de la derecha, el exdictador general Carlos Ibáñez del Campo, quien aspiraba a un caudillismo populista similar al del argentino Perón.

En sus *Notas de viaje*, Ernesto calificó el panorama político de «confuso», pero arriesgó algunos vaticinios. Dijo que el candidato izquierdista Salvador Allende no podía triunfar debido a la prohibición impuesta a los votantes comunistas y predijo la victoria de Ibáñez, cuya plataforma nacionalista

antinorteamericana incluía la nacionalización de las minas y un gran programa de obras públicas.[7] Concluye con una recomendación y una advertencia clarividente al país latinoamericano «potencialmente rico». «El esfuerzo mayor que debe hacerse es sacudirse el incómodo amigo yanqui y esa tarea es, al menos por el momento, ciclópea, dada la cantidad de dólares invertidos por éstos y la facilidad con que pueden ejercer una eficaz presión económica en el momento en que sus intereses se vean amenazados».

Desde Chuquicamata los dos amigos enfilaron hacia Perú y días después cruzaron la frontera. Viajando en camiones juntamente con los taciturnos indios aymara, se dirigieron tierra adentro hacia el lago Titicaca, cinco mil metros sobre el nivel del mar. Ernesto contemplaba con júbilo la tierra que se extendía ante ellos, los antiguos canales incaicos con sus cascadas rutilantes, profundamente tallados en las laderas, y, más arriba, las cumbres nevadas de los Andes que atravesaban las nubes. «Allí estamos en un valle de leyenda, detenido en su evolución durante siglos y que hoy nos es dado ver a nosotros, felices mortales…»

IV

La euforia de Ernesto duró poco tiempo. En el pueblo indígena de Tarata miró a su alrededor en busca de las consecuencias visibles de la conquista española, y las halló.

«En las callecitas estrechas del pueblo, con sus calles de empedrado indígena y de enormes desniveles, sus cholas con los chicos a cuestas… se respira la evocación de los tiempos anteriores a la conquista española; pero esto que tenemos enfrente no es la misma raza orgullosa que se alzara continuamente contra la autoridad del inca y lo obligara a tener permanentemente un ejército sobre esas fronteras, es una raza vencida la que nos mira pasar por las calles del pueblo. Sus miradas son mansas, casi temerosas y completamente indiferentes al mundo externo. Dan algunos la impresión de que viven porque eso es una costumbre que no se puede quitar de encima».

Durante las semanas siguientes, al recorrer los Andes, el contacto constante con la «raza vencida» afectó fuertemente a Ernesto. Las amargas realidades históricas de cuatro siglos de dominación blanca saltaban a la vista. En su propio país la población indígena prácticamente había desaparecido, devorada por el gran crisol de la Argentina moderna con sus millones de inmigrantes europeos. Pero en el altiplano del Perú era una mayoría visible, cuya cultura estaba en gran medida intacta, pero dolorosamente sometida.

Viajaban en camiones atestados de productos del campo revueltos con la carga humana, pero a él y a Alberto generalmente los invitaban a subir en la cabina con los conductores. La caja abierta del camión era para los indios con sus ponchos sucios, sus piojos y su olor a mugre. A pesar de la falta de dinero y de llevar una vida de «mangueros», sabían que eran viajeros privilegiados. Como blancos, profesionales y argentinos eran los «superiores sociales» de quienes los rodeaban y por eso tenían a su alcance favores y concesiones que los ciudadanos indígenas de Perú ni siquiera podían imaginar.

Para dormir y en ocasiones para comer, acudían a la Guardia Civil, la policía nacional peruana, que tenía una delegación en cada pueblo. Casi nunca los rechazaron. En un pueblo, al enterarse del problema, el jefe de la policía exclamó: «¿Cómo? ¿Dos doctores argentinos van a dormir incómodos por no tener dinero? No puede ser…» Y les pagó un cuarto de hotel a pesar de sus «tímidas protestas».

En una ocasión, en Juliaca, bebían en un bar donde los había invitado un sargento borracho de la Guardia Civil, quien para demostrar su destreza con el revólver disparó a una pared. La dueña del bar, una mujer indígena, acudió a un oficial de la policía, pero Ernesto y Alberto corroboraron el testimonio de su anfitrión, de que nadie había disparado un arma. Dijeron que Alberto había encendido un «cohete». Los regañaron y los dejaron en libertad. Salieron del bar, seguidos por los vanos gritos de protesta de la india: «Estos argentinos se creen que son los dueños de todo». Eran blancos, ella era india. Tenían poder; ella, no.

Los indios peruanos los acosaban con preguntas, ávidos de conocer el «maravilloso país donde vivía Perón y su mujer, Evita, donde todos los pobres tienen las mismas cosas que los ricos». Ernesto y Alberto sabían que no era así, pero les decían lo que ellos querían escuchar, a la manera de un médico con un paciente terminal. Ernesto hizo el siguiente relato irónico:

«Con nuestra fantasía desbocada… nos era fácil pintar situaciones extraordinarias, acomodar a nuestro antojo las empresas de "el capo" [Perón] y llenarles los ojos de asombro con los relatos de edénica hermosura de la vida en nuestras tierras». Pero no todas eran mentiras piadosas. Al comparar las condiciones de vida en Argentina con el clima de represión política en Perú bajo la dictadura derechista del general Manuel Odría, Ernesto y Alberto empezaron a ver a Perón bajo una luz más amplia y favorable.

La espectacular ciudad colonial de Cuzco, construida sobre las ruinas de la capital inca, rodeada de templos y fortalezas, inspiró en Ernesto descripciones líricas y detalladas de la arquitectura y la historia de la zona. Con Alberto pasaron horas en el museo y la biblioteca de la ciudad para comprender mejor la misteriosa arqueología incaica y la cultura que la había creado.

Su suerte como «expertos» mangueros los acompañó en Cuzco. Alberto visitó a un médico al que había conocido en un congreso profesional. Éste tuvo la amabilidad de poner a su disposición un Land Rover con conductor para visitar el Valle de los Incas y les consiguió pasajes gratuitos en el tren a las ruinas de Machu Picchu.

Durante horas recorrieron las ruinas de piedra erigidas sobre los altos picos selváticos. Después de participar en un partido de fútbol entre campesinos y demostrar lo que Ernesto llamó su «habilidad relativamente prodigiosa», el gerente de una hostería para turistas les dio alojamiento. Sin embargo, al cabo de dos días y dos noches les pidió que se marcharan porque llegaba un autobús cargado de turistas norteamericanos.

Durante el regreso a Cuzco en el tren de vía estrecha que bajaba la montaña en zigzag, Ernesto vio el sucio vagón de tercera clase reservado para los indios y lo comparó con los que se usaban en Argentina para transportar el ganado. Evidentemente molesto por tener que abandonar Machu Picchu para conveniencia de *ellos*, descargó su ira en los «turistas norteamericanos». «Naturalmente que de las condiciones de vida de estos indios, los turistas que viajan en sus cómodas autovías no tendrán sino una vaga idea… La mayoría de los americanos… vuelan directamente de Lima, recorren Cuzco, visitan las ruinas y se vuelven, sin dar importancia a nada más».

Desde la visita a Chuquicamata, los sentimientos de Ernesto por «los yanquis» se habían vuelto más críticos, y a medida que viajaba hacia el norte crecía su rencor hacia su poderoso país. Adquiría conciencia de la enorme influencia norteamericana en la región. A sus ojos, esa influencia era en buena medida perjudicial, incluso maligna, ya que afectaba negativamente a la población de una región que empezaba a reconocer como propia.

A esas alturas le era difícil disimular su antipatía. En su diario aprovechaba cualquier circunstancia para fustigar a «la rubia cabeza de un norteamericano que, con su máquina fotográfica y su camisa sport, parece (y en realidad lo es) un corresponsal de otro mundo», cuya presencia le parecía irritante como la de otros tantos intrusos. En un capítulo titulado «La tierra del inca» se mofó del turista norteamericano que, «cargado de practicidad, encaja los exponentes de la tribu degenerada que puede ver en el viaje, entre los muros otrora vivos, y desconoce la distancia moral que las separa, porque son sutilezas que sólo el espíritu semiindígena de americano del sur puede apreciar».

En su mente se consolidaban nuevos pensamientos, se formaban asociaciones de ideas. Se sentía hermano de estas «razas conquistadas» indígenas cuyas tierras recorría, cuyas ruinas visitaba, a quienes sus propios antepasados habían pasado a cuchillo. El primer encuentro de las dos razas, la indígena y la europea, había provocado una vasta carnicería; los siglos de intolerancia e injusticia aún los separaban pero al mismo tiempo los unían, porque esa unión impía había dado lugar a la nueva raza de los mestizos. Hijo de esa historia compartida, el mestizo acaso era el más auténtico de todos los latinoamericanos. Pero las diferencias entre los criollos de sangre europea, los mestizos y los indios no eran tan grandes como las que los separaban de los anglosajones del norte que paseaban por Cuzco y Machu Picchu como otros tantos «extranjeros». Los unían el idioma, la historia y la cultura, así como muchos de sus problemas.

Con su espíritu de investigador médico, cuando Ernesto descubría un síntoma trataba de hallar una causa, y cuando creía haberla identificado, buscaba

un antídoto. Así, en su mente, la anciana moribunda en Valparaíso y la pareja de mineros perseguidos en el camino a «Chuqui» eran «ejemplos vivos del proletariado en todo el mundo», que vivían en la miseria debido a un orden social injusto y cuyas vidas no mejorarían hasta que futuros gobiernos esclarecidos cambiaran la situación. El síntoma y la causa conformaban un solo y horrible paquete. Detrás de los regímenes locales que imponían y perpetuaban la injusticia estaban los norteamericanos con su abrumador poderío económico. En el caso de Chile, el antídoto consistía en «sacarse de encima el molesto amigo norteamericano», pero al mismo tiempo advirtió los peligros y las dificultades de la expropiación. Por el momento, Ernesto no conocía el «remedio» a aquellos males, pero lo buscaba. Tal vez era la «llama roja que deslumbra al mundo», pero aún no estaba seguro.

V

Después de quince días en tierras del inca, Ernesto y Alberto partieron hacia el pueblo andino de Abancay. Se habían presentado como «especialistas en lepra» y querían demostrarlo. Tenían una carta de recomendación del médico de Cuzco para las autoridades del remoto leprosario de Huambo.

No tenían un centavo, y el *modus operandi* del viaje seguía siendo el mismo: con ruegos y lisonjas se hacían llevar en camiones. En Abancay pidieron y obtuvieron comida y alojamiento gratuito en el hospital. A cambio de ello dieron «conferencias» sobre el asma y la lepra y coquetearon con las enfermeras. Ernesto sufrió un ataque de asma. Desde la partida de la Argentina el mal casi no lo había afectado, pero esta vez fue grave y Alberto tuvo que darle tres inyecciones de adrenalina.

Reanudaron el viaje hacia Huambo. En el pueblo de Huancarama, aún a varios kilómetros del leprosario a través de los cerros boscosos y con un ataque de asma que casi no le permitía estar en pie, pidieron al «vicegobernador» que los ayudara a conseguir caballos. Poco después apareció un guía quechua con dos caballos flacos.

Después de varias horas de viaje, Ernesto y Alberto vieron que los perseguían una mujer y un muchacho indios. Cuando éstos los alcanzaron, les dijeron que los caballos eran suyos: el gobernador de Huancarama se había apoderado de ellos para cumplir su promesa de ayudar a «los médicos argentinos». Se disculparon, devolvieron los caballos y continuaron a pie.

El leprosario de Huambo era un conjunto rudimentario de chozas con techo de paja y suelo de tierra en medio de un claro en la selva infestada de mosquitos. Un grupo pequeño de médicos abnegados trabajaban allí con un presupuesto minúsculo. El médico a cargo les dijo que el fundador de la colonia (y director del programa nacional de tratamiento de la lepra), doctor Hugo Pesce, era a la vez un conocido comunista. Resolvieron visitarlo en Lima.

Los alojó y alimentó un rico hacendado de la zona, quien les explicó cómo había realizado el desmonte de su inmensa propiedad en la selva. Invitaba a colonos pobres a desmontar una parcela de tierra y sembrar sus cultivos. Después de la primera cosecha los hacía desalojar y desplazar hacia terrenos más altos e

inhóspitos. Les confió que de esa manera desmontaba sus tierras gratuitamente.

Al cabo de un par de días en Huambo, llegaron las lluvias y se agravó el asma de Ernesto; decidieron que debía internarse en un hospital adecuado. El hacendado les facilitó un sirviente indio y un par de caballos. El cholo los seguía a pie, cargando sus bultos. Ernesto observó que «para la mentalidad de la gente rica de la zona es completamente natural que el sirviente, aun yendo a pie, cargue con todo el peso y la incomodidad…». Apenas se alejaron de la hacienda, él y Alberto tomaron sus bolsas. Pero si esperaban que el cholo se mostrara agradecido, esto no sucedió, pues su rostro no «revelaba nada» sobre lo que pensaba de aquel gesto.

En el pueblo de Andahuaylas consiguieron medicamentos y Ernesto se internó en un hospital durante dos días hasta que pasó el ataque de asma. Después se alojaron en el cuartel de la Guardia Civil a la espera de un camión que partía hacia Lima. Fueron días de hambre: casi lo único que había para comer eran patatas, maíz y yuca, que cocinaban en el mismo hornillo utilizado por los presos, ya que el cuartel también servía de cárcel. Descubrieron que la mayoría de los presos no eran criminales sino indios desertores del servicio militar obligatorio, que duraba tres años.

Los trataron con cordialidad hasta el día que Alberto sorprendió a un guardia manoseando lascivamente a las mujeres que llevaban comida a sus esposos detenidos. Alberto protestó, y a partir de entonces el trato se volvió bastante más frío. Afortunadamente, partía un camión con ganado, y pudieron abandonar Andahuaylas antes de que los echaran.

Durante diez días de incomodidad y pasando hambre, siguieron una ruta incierta a través de los Andes hacia Lima, en la costa desértica del Pacífico. Como escribió Ernesto, «nuestro viaje continuaba en la misma forma, comiendo de vez en cuando, en el momento que algún alma caritativa se apiadaba de nuestra indigencia». Sin duda, fueron los días más miserables del viaje, y sus estrategias casi desesperadas para obtener hospitalidad lograban resultados que iban de lo vergonzoso a lo sublime.

A esas alturas habían elaborado toda una táctica para hacerse invitar a comer. Según la descripción de Ernesto, la estratagema consistía en hablar exagerando la tonada argentina hasta despertar la curiosidad del «candidato». Eso servía para romper el hielo e iniciar la conversación. Luego, uno de los dos empezaba a «contar las dificultades con suavidad, con la vista perdida en la lejanía», mientras el otro mencionaba la «casualidad» de que fuera el primer aniversario de su viaje. Luego: «Alberto, mucho más caradura que yo, lanza un suspiro terrible y dice: "Lástima estar en estas condiciones, si no lo podríamos

festejar” (esto me lo dice como confidencialmente a mí)…»

Al llegar a este punto el «candidato» se ofrecía a pagar unas copas. Ernesto y Alberto lo rechazaban ante la imposibilidad de devolver el gesto, pero acababan por «ceder». Entonces Ernesto daba el golpe de gracia. «Después de la primera copa yo me niego terminantemente a aceptar más trago y Alberto me hace burla. El convidante se enoja e insiste, yo me niego sin dar razones. El hombre insiste, y entonces yo, con mucha vergüenza, le confieso que en la Argentina la costumbre es tomar comiendo».

VI

El 1 de mayo, después de cuatro meses de viaje, «sin un centavo pero contentos», llegaron a Lima, una ciudad entre las dunas de la desértica costa del Pacífico en las estribaciones de los Andes. Llamada en tiempos coloniales la «ciudad de los virreyes», Lima había sido fundada por el conquistador Francisco Pizarro en 1535. Aún era una capital hermosa, pero en 1952 la estratificación social saltaba a la vista. Para Ernesto representaba «un Perú que todavía no ha abandonado el estado feudal de la época colonial: aún espera la sangre de una verdadera revolución emancipadora».

Después de vagar durante toda una mañana de una comisaría a otra hasta que les dieron de comer un plato de arroz, visitaron al doctor Hugo Pesce, especialista en lepra. Éste los recibió cordialmente y dispuso que los alojaran en el Hospital de Guía para leprosos. Su generosa asistente Zoraida Boluarte se ocupó de ellos. Ernesto y Alberto se ganaron su corazón y al poco tiempo comían y lavaban su ropa en la casa de los Boluarte.

Durante tres semanas comieron, descansaron, se pusieron al día con la correspondencia y exploraron la ciudad. Y más importante aún, recibieron dinero de sus familias. También asistían a las conferencias de Pesce en el hospital y cenaban frecuentemente en su casa, donde conversaban durante horas sobre toda clase de temas, desde la lepra y la fisiología hasta la política y la filosofía.

Alberto advirtió la afinidad creciente entre Ernesto y el hombre a quien llamaba respetuosamente «el maestro». Para los dos jóvenes, Pesce era un hombre digno de admiración. Tras graduarse de médico en una facultad italiana, Pesce había retornado al país, donde había conocido al filósofo marxista peruano José Carlos Mariátegui y se había convertido en su discípulo. En su trabajo precursor *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, escrito en 1927, Mariátegui describía el potencial revolucionario de los desposeídos indígenas y campesinos latinoamericanos, al que consideraba un camino al socialismo en países como Perú.

Tras la muerte de Mariátegui en 1930, Pesce permaneció en el Partido Comunista peruano, del que era miembro destacado, mientras continuaba su carrera de médico. Además de renombrado leprólogo y creador del programa para el tratamiento del mal en Perú, era profesor universitario e investigador de enfermedades tropicales, y había realizado varios descubrimientos sobre la

malaria. Debido a sus ideas políticas, el presidente Odría lo había desterrado a los Andes, pero luego le permitió volver a su puesto en la Universidad de Lima. Había descrito sus experiencias en el exilio en el libro *Latitudes del silencio*.

Pesce fue el primer médico que conoció Ernesto que dedicaba su vida conscientemente al «bien común». Seguramente lo consideró un Schweitzer o Gandhi peruano, un hombre que aplicaba sus conocimientos a la investigación de los problemas endémicos de América Latina y vivía de acuerdo con sus altos principios. Era la clase de vida que Ernesto aspiraba a llevar. En momentos en los que buscaba una filosofía social que lo guiara, las convicciones y el ejemplo personal de Pesce le brindaron un modelo al que emular.

A partir de entonces empezó a formarse en su mente la idea de que debía encontrar algo «similar» para él mismo. El marxismo-leninismo le interesaba, pero debía adquirir mayores conocimientos antes de adoptar una ideología determinada. Lo primero era seguir el viaje con Alberto, volver a la Argentina, aprobar los exámenes finales de medicina y explorar el mundo un poco más.

Aparentemente, Pesce intuyó que el joven buscaba su lugar en el mundo, y le brindó gran cantidad de tiempo y aliento. Una década después, Ernesto Guevara reconoció la influencia de Pesce sobre su formación al enviarle un ejemplar de su primer libro, *La guerra de guerrillas*, con la siguiente dedicatoria: «Al doctor Hugo Pesce, que provocara, sin saberlo quizás, un gran cambio en mi actitud frente a la vida, la sociedad, con el entusiasmo aventurero de siempre, pero encaminado a fines más armoniosos con las necesidades de América».

No dedicaron todo su tiempo en Lima a la ilustración filosófica. Hallaron tiempo para jugar al fútbol con otros jóvenes cerca del hospital, contaban chistes a los leprosos y salían con los amigos de los jóvenes Boluarte, que eran estudiantes. Un domingo fueron a los toros. Era la primera corrida a la que asistía Ernesto, y anotó lacónicamente sus impresiones. «En el tercer toro hubo cierto grado de emoción cuando enganchó aparatosamente al torero y lo voló por el aire, pero no hubo más que eso. La fiesta acabó con la muerte del sexto animal, sin pena ni gloria. Arte no le veo; valor, en cierta manera; destreza, poca; emoción, relativa. En resumen, todo depende de lo que haya por hacer el domingo».

Recuperado Ernesto de su asma y con algún dinero en el bolsillo, decidieron seguir viaje. Habían abandonado sus esperanzas iniciales de alcanzar los Estados Unidos, pero pensaban llegar a Venezuela. Su próximo destino sería la colonia de leprosos de San Pablo, el más grande de los tres centros de tratamiento de Pesce en la Amazonia peruana.

Antes de partir, el doctor Pesce les dio ropa para reemplazar sus prendas sucias y remendadas. Ernesto recibió un traje tropical blanco del doctor que le quedaba demasiado pequeño, pero lo lució con orgullo. Zoraida Boluarte les dio un frasco de mermelada; los pacientes y el personal del hospital hicieron una colecta y les dieron cien soles, la moneda peruana, y un hornillo portátil Primus.

Una semana después, tras cruzar de nuevo los Andes en un autobús que avanzaba dando tumbos por los caminos de tierra, viajaron por el río Ucayali como pasajeros de primera clase de la embarcación fluvial *La Cenepa*. Iba rumbo a Iquitos, la antigua capital de la fiebre del caucho en la Amazonia peruana. Entre los pasajeros que colgaban sus hamacas en las pasarelas había caucheros, comerciantes madereros, algunos aventureros, una pareja de turistas, varias monjas y una prostituta joven y atractiva. Los pasajeros de tercera clase viajaban entre cerdos y troncos de árbol en una barcaza remolcada por el buque.

El viaje duró siete días, en los que se dedicaron a conversar con los pasajeros y los tripulantes, jugar a las cartas, defenderse de los mosquitos y contemplar la corriente fangosa y la selva. Coquetaban con la prostituta, cuya conducta procaz escandalizaba a las monjas y hacía estragos entre los hombres.

«Ni Fúser ni yo somos la excepción de la regla —confesó Alberto al cabo de varios días de viaje—. Sobre todo yo, que tengo un corazón muy sensible a las bellezas tropicales». A pesar de la recurrencia del asma, la perspectiva de un revolcón a bordo también atraía a Ernesto. Así describió el segundo día del viaje por el río: «… El día transcurrió sin novedades, salvo la de hacer amistad con una chica que parecía bastante liviana y que a lo mejor creyó que pudiéramos tener algunos pesos, a pesar de las lágrimas que soltábamos cada vez que se hablaba de dinero».

Pero Mial y Fúser no eran de los que se dejaban arredrar por la falta de dinero, y encontraron rápidamente la manera de resolver el problema. Alberto describió el plan conjunto: «Ella está entusiasmada con nuestros relatos de las cosas conocidas y de las maravillas por conocer; ha resuelto seguir de raidista [viajera]. Por consiguiente, tanto Fúser como yo, sin interferirnos, tratamos de darle las necesarias clases de aprendizaje. Por supuesto, los honorarios son por adelantado y en especies». Y añadió días después: «El ritmo de vida es el mismo de los días anteriores. La fulanita comparte sus devaneos entre buenos conversadores como nosotros y buenos pagadores como el encargado de la mesa de juego».

El encuentro sexual despertó en Ernesto un estado de ánimo nostálgico. «Una desteñida caricia de la putita, que se condolió de mi situación física, penetró como un pinchazo en los dormidos recuerdos de mi vida preaventurera. Por la

noche, sin poder dormir por los mosquitos, pensaba en Chichina, ya convertida en un sueño lejano, un sueño que fue muy agradable y cuya terminación… deja más miel derretida que hiel, en el recuerdo. Le mandé un suave y reposado beso para que lo tomara como de un viejo amigo que la conoce y comprende; y el recuerdo tomó el camino de Malagueño, en cuyo trasnochado *hall* debía estar pronunciando en esos momentos algunas de sus extrañas y compuestas frases a su nuevo galán». Mientras contemplaba el cielo nocturno tachonado de estrellas, Ernesto se preguntó una vez más si valía la pena perder a Chichina por aquello, y algo en el vacío nocturno le dijo que sí.

El 1 de junio llegaron a Iquitos —la ahora decadente capital de la fiebre del caucho, rodeada por la selva y teñida de rojo por la laterita de sus calles de tierra— y acudieron a las autoridades sanitarias regionales con sus cartas de recomendación del doctor Pesce. Mientras esperaban la partida de un barco que los llevaría por el Amazonas hasta el leprosario de San Pablo, se instalaron en la sede de la campaña regional contra la fiebre amarilla. Comían en el hospital general de Iquitos.

Pero Ernesto se hallaba postrado por el asma, y durante los seis días que pasó en cama se inyectó adrenalina y escribió cartas a la familia. En las cartas a tía Beatriz dio rienda suelta a su sentido del humor. En alusión a una carta anterior en la que anunciaba el viaje por el Amazonas, escribió: «… De paso te voy a hacer una confesión. Lo que puse sobre los cazadores de cabezas, etc., era mentira. Parece que desgraciadamente el Amazonas es tan seguro como el Paraná… de modo que no te voy a poder llevar de regalo una cabecita como era mi deseo; en fin, supongo que sabrás perdonar a tu amantísimo sobrino que víctima de la impetuosidad de su corta edad hizo planes descabellados». Antes de despedirse pidió a Beatriz que le dijera de su parte a un pariente que le había escrito que en el futuro usara papel «porque uno no puede limpiarse el traste con tarjetas postales».

«En lo referente al ofrecimiento de dinero te diré que soy lo bastante machito como para aguantármelas sin llorar la carta [lamentarse para pedir] a ningún familiar, máxime sabiendo que la m/n [monedad nacional] no sobra…» Le pidió que le enviara un inhalador para el asma y ampollas de Yanal, un medicamento antiasmático, a Bogotá, la capital colombiana, pero tomó la precaución de tranquilizarla con una mentira: «No tengo asma»; sólo quería estar preparado para cualquier eventualidad.

El 6 de junio, Ernesto y Alberto se embarcaron en *El Cisne* para la travesía de dos días hasta San Pablo. Situado en la orilla del Amazonas en medio de la selva, cerca de la frontera de Perú con Colombia y Brasil, el leprosario tenía seiscientos pacientes que vivían en una aldea, aislados del personal administrativo y médico.

Allí se instalaron Ernesto y Alberto durante una quincena.

Tal como había sucedido en el Hospital de Guía, la pareja causó una excelente impresión al acompañar a los médicos en sus rondas, jugar al fútbol y entablar amistad con los leprosos. Alberto pasaba horas mirando por el microscopio en el laboratorio mientras Ernesto leía poesía, jugaba al ajedrez o pescaba con los médicos de San Pablo. Se despertó su espíritu temerario y una tarde se arrojó al ancho Amazonas, que cruzó a nado en dos horas a la vista de los médicos que lo observaban temerosos desde la orilla.

El 14 de junio, al cumplir veinticuatro años, el personal le brindó una fiesta bien regada con pisco, la bebida nacional peruana. Él agradeció con un discurso que luego anotó en su diario bajo el título de «El día de San Guevara». Después de expresar con grandilocuencia su profundo agradecimiento a los anfitriones, concluyó con un sentido soliloquio «latinoamericanista».

«Creemos, y después de este viaje más firmemente que antes, que la división de América en nacionalidades inciertas e ilusorias es completamente ficticia. Constituimos una sola raza mestiza, que desde México hasta el estrecho de Magallanes presenta notables similitudes etnográficas. Por eso, tratando de quitarme toda carga de provincialismo exiguo, brindo por Perú y por América Unida».

La fiesta, en una casa sobre pilotes, continuó hasta las tres de la mañana. Una banda tocó valses peruanos, shoros brasileños y el popular mambo cubano. Ernesto, que no tenía oído musical, había convenido con Alberto que éste le daría un codazo suave cada vez que tocaran un tango. En una ocasión, cuando la banda atacó un shoro rápido que era una de las piezas preferidas de Chichina, Alberto le dio un codazo a la vez que susurraba: «¿Te acordás?»

Pero Ernesto, que había puesto los ojos en una enfermera que estaba al otro lado del salón, pensó que era la señal convenida y salió a bailar un tango lento y apasionado mientras las demás parejas se contoneaban al ritmo del shoro. Ernesto advirtió que algo andaba mal y se volvió hacia su amigo en busca de una señal, pero éste se desternillaba de la risa y no podía ayudarlo.

Cuando consideraron que había llegado el momento de partir, los leprosos y el personal construyeron una balsa a la que bautizaron *MamboTango*, les dieron ropa, piñas, anzuelos de pesca y dos pollos vivos. La víspera de la partida, la orquesta de los leprosos llegó en canoa y les brindó una serenata desde el muelle del personal. Ernesto describió la escena en una carta a su madre: «En realidad, fue éste uno de los espectáculos más interesantes que vimos hasta ahora: un

acordeonista no tenía dedos en la mano derecha y los reemplazaba por unos palitos que se ataba a la muñeca, el cantor era ciego…» Los demás músicos, igualmente deformes, eran «figuras monstruosas» a la luz de las linternas y las antorchas que se reflejaba en el río.

Hubo luego discursos de despedida y «tres vivas a los doctores». Alberto les agradeció con los brazos extendidos y un alarde de retórica demagógica tan encendida que parecía, según Ernesto, «el sucesor de Perón».

Al día siguiente, Ernesto y Alberto se embarcaron en su balsa y se dejaron llevar por la corriente del Amazonas. Con espíritu de exploradores navegaron en el *Mambo-Tango* río abajo con la idea de seguir hasta la distante ciudad brasileña de Manaos. Les habían dicho que un afluente del Amazonas los llevaría desde ahí hasta la «puerta trasera» de Venezuela.

Sin embargo, tres días después, arrastrados por la corriente sin poder atracar en el pequeño puerto colombiano de Leticia y después de perder todos los anzuelos y el último pollo, decidieron abandonar sus ambiciosas intenciones. Un colono ribereño aceptó remolcarlos río arriba a cambio de la balsa y las provisiones, y así llegaron a Leticia, donde había un vuelo quincenal a Bogotá, la capital.

De nuevo convertidos en «mangueros», obtuvieron alojamiento y comida de la policía, así como la promesa de un descuento del cincuenta por ciento en los pasajes del vuelo siguiente y trabajo como entrenadores del equipo de fútbol local, Independiente Sporting. La fama que tenía Argentina de poseer los mejores futbolistas de Latinoamérica les resultó muy provechosa. El equipo se acercaba a una serie de finales de campeonato y necesitaba la ayuda de «expertos» para ganar. Al enseñarles las técnicas más recientes de fintas y regates conocidas en Buenos Aires, Ernesto y Alberto efectivamente mejoraron el rendimiento de los jugadores. El equipo no ganó el campeonato, pero logró un respetable segundo puesto y todos se sintieron complacidos.

El 2 de julio, cómodamente instalados sobre un cargamento de caucho virgen, uniformes militares y sacas de correo, partieron de Leticia en un viejo hidroavión bimotor Catalina que según Ernesto «se sacudía como una coctelera». El vuelo fue una experiencia novedosa y exultante para Alberto, quien en su entusiasmo entretuvo a los demás pasajeros con relatos líricos de su vasta experiencia como aviador.

VII

Posada en su alta meseta entre montañas verdes, Bogotá era una tensa isla donde imperaban la ley y el orden impuestos de manera férrea mientras a su alrededor, en el campo, arreciaba una enconada guerra civil. Ernesto y Alberto hallaron un clima inhóspito y agitado. Gracias a una recomendación del doctor Pesce, les dieron alojamiento en un hospital y comida en el comedor estudiantil de la universidad, donde hicieron nuevos amigos. Sin embargo, Ernesto escribió a su madre: «Este país es el que tiene más suprimidas las garantías individuales de todos los que hemos recorrido; la policía patrulla las calles con fusil al hombro y exigen a cada rato el pasaporte… Es un clima tenso que hace adivinar una revuelta dentro de poco tiempo. Los llanos están en franca revuelta y el ejército es impotente para reprimirla, los conservadores pelean entre ellos; no se ponen de acuerdo y el recuerdo del 9 de abril de 1948 pesa como plomo en todos los ánimos; resumiendo, un clima asfixiante, si los colombianos quieren aguantarlo allá ellos, nosotros nos rajamos cuanto antes».

Aludía al asesinato en abril de 1948 de un popular dirigente del Partido Liberal, Jorge Eliecer Gaitán, un crimen que había provocado el derrumbe violento del sistema político colombiano. Los partidarios de Gaitán sospechaban que el gobierno conservador había ordenado el asesinato y habían salido a las calles de la capital. Sucedió entonces el llamado Bogotazo, con tres días de enfrentamientos cruentos.

Los disturbios se produjeron durante una conferencia cumbre de cancilleres del hemisferio que, convocados por Estados Unidos, se habían reunido para firmar la carta de la Organización de Estados Americanos (OEA). Pero al mismo tiempo se había convocado una conferencia estudiantil «antiimperialista» latinoamericana en protesta por la cumbre, a la que asistieron dirigentes de toda la región.

Uno de los asistentes era un estudiante cubano de derecho, de veintiún años, llamado Fidel Castro Ruz. Participó en los disturbios que siguieron al asesinato de Gaitán, pero evitó la detención al refugiarse en la embajada cubana. De regreso en Cuba, había empezado a militar activamente en política, y en esa época conspiraba para alzarse en armas contra el flamante régimen de Fulgencio Batista.

Mientras tanto, en Colombia, la violencia generada por el Bogotazo había polarizado el ambiente político. Cuando el Partido Liberal del difunto Jorge Gaitán

se negó a participar en las elecciones presidenciales de 1949, el candidato del gobernante Partido Conservador, Laureano Gómez, que contaba con el respaldo de los militares, triunfó sin oposición. Muchos liberales se habían aliado con las incipientes guerrillas comunistas con base en el campo colombiano. Al extenderse la anarquía, se multiplicaban las represalias a cargo del ejército y de grupos de campesinos armados, dirigidos por los jefes políticos conservadores, y las masacres eran el pan de cada día. Aquella carnicería convertida en plaga nacional, conocida con el eufemismo de La Violencia, continuaba en 1952 sin dar señales de llegar a su fin.

Antes de que pudieran «tomárselas», Ernesto y Alberto tuvieron un contratiempo con la policía. Cuando iban al consulado argentino a recoger su correspondencia, un agente suspicaz los detuvo, los interrogó y los cacheó. Al hacerlo, halló un puñal de Ernesto, una réplica de plata del facón gaucho, regalo de despedida de su hermano Roberto. Cuando el agente lo interrogó sobre los medicamentos para el asma, Ernesto tuvo el mal tino de burlarse: «Cuidado, es un veneno muy peligroso». Los detuvieron, los arrastraron por una serie de comisarías y finalmente los pusieron ante un juez, acusados de «burlarse» de la autoridad. El incidente terminó cuando demostraron su identidad y la policía los dejó en libertad, aunque con renuencia.

Pero para Ernesto el asunto no había terminado. Consideraba una cuestión de honor recuperar el cuchillo que el agente le había confiscado. Después de acudir varias veces a la comisaría, le devolvieron el facón, pero la policía estaba furiosa. Sus amigos universitarios los exhortaron a partir inmediatamente, ya que la policía trataría de vengarse. Incluso hicieron una colecta para ayudarlos a marcharse.

Partieron de Bogotá sin pesar, en un autobús que se dirigía a la frontera con Venezuela. El asma, que no había molestado a Ernesto desde su estancia en Iquitos, volvió a atacarlo en las tierras bajas tropicales. Alberto tuvo que darle tantas inyecciones de adrenalina que empezó a temer que le afectara el corazón.

Durante una parada del autobús a un día de viaje de Caracas, comentaron las perspectivas. Los entusiasmaba la idea de atravesar Centroamérica y llegar hasta México, pero no tenían dinero. Llegaron a un acuerdo. Marcelo, el tío de Ernesto, que era criador de caballos, tenía un socio en Caracas que tal vez les permitiría viajar a Buenos Aires en su avión de transporte de caballos. En ese caso, Ernesto terminaría sus estudios mientras Alberto se quedaba en Venezuela, trabajando en un leprosario o en uno de los hospitales para los cuales llevaba cartas de recomendación. Si fracasaban esos planes, buscarían la manera de llegar hasta México.

Al día siguiente, 17 de julio, llegaron a la ajetreada Caracas. Enriquecida por el boom petrolero, y con una población que había crecido con rapidez debido a la inmigración masiva, la ciudad los recibió con sus rascacielos que se alzaban sobre los techos coloniales de tejas rojas. Los sórdidos barrios obreros se extendían como una urticaria sobre las laderas circundantes.

Salvo en Brasil y Trinidad, Ernesto nunca se había visto rodeado por negros. Escasos en su Argentina natal, abundaban en la costa del Caribe, y después de pasear por un barrio negro caraqueño hizo unas observaciones que, lejos de revelar al paladín de los «humildes», expresaban la soberbia y condescendencia típicas del blanco, en especial del argentino: «Los negros, los mismos magníficos ejemplares de la raza africana que han mantenido su pureza racial gracias al poco apego que le tienen al baño, han visto invadidos sus reales por un nuevo ejemplar de esclavo: el portugués. Y las dos viejas razas han iniciado una dura vida en común poblada de rencillas y pequeñeces de toda índole. El desprecio y la pobreza los une en la lucha cotidiana, pero el diferente modo de encarar la vida los separa completamente; el negro indolente y soñador se gasta sus pesitos en cualquier frivolidad o en "pegar unos palos", el europeo tiene una tradición de trabajo y de ahorro que lo persigue hasta este rincón de América y lo impulsa a progresar, aun independientemente de sus propias aspiraciones individuales».

Al principio se alojaron en una sórdida pensión, pero su situación mejoró cuando se pusieron en contacto con Margarita Calvento, tía de un amigo de Ernesto. Les dio de comer, les consiguió alojamiento en un albergue de la Juventud Católica y de allí partieron en sus respectivas misiones: Ernesto a buscar al socio de su tío y Alberto a conseguir trabajo.

Gracias a la carta de recomendación del doctor Pesce, Alberto obtuvo un puesto bien remunerado en un leprosario cerca de Caracas. Ernesto consiguió plaza en el avión que transportaba los caballos de su tío de Buenos Aires a Miami. Lo abordaría en Caracas, donde el avión hacía escala para reabastecerse de combustible. De ahí volaba a Miami para dejar su carga y luego volvía a Buenos Aires.

Durante los últimos días que pasaron juntos en Caracas, los dos amigos se sintieron abrumados por la tristeza de la inminente separación. Para ocultarlo, discutieron sus planes para el futuro inmediato. Ernesto se graduaría de médico y volvería en un año. Si todo iba bien, obtendría un puesto en el leprosario y, tras ahorrar dinero, partirían en busca de nuevas aventuras.

El 26 de julio, Ernesto subió al avión Douglas con su carga de caballos y llegó a Miami. Pero al aterrizar, el piloto descubrió una avería en el motor. Tendría

que repararla antes de partir, lo que le llevaría unos días. Ernesto pidió alojamiento a Jaime «Jimmy» Roca, un primo de Chichina que estudiaba arquitectura. Roca casi no tenía un centavo, pero poseía un coche y había prometido pagar el alquiler de su cuarto y las comidas en un restaurante español después de graduarse y vender el vehículo. Ernesto se fue a vivir con él.

La reparación se demoraba, los días se hacían semanas y los dos jóvenes trataban de pasarlo lo mejor posible sin dinero. Todos los días iban a la playa y paseaban por la ciudad. Un camarero argentino del restaurante español les servía raciones enormes de comida y en un bar otro amigo de Roca los invitaba con cerveza y patatas fritas. Cuando Roca se enteró de que Ernesto aún tenía los quince dólares que le había dado Chichina para comprarle un pañuelo, trató de convencerlo de que los gastara. Ernesto se negó. Aunque Chichina había roto con él, estaba resuelto a cumplir su promesa y a pesar de las súplicas de Roca le compró el pañuelo.[8]

Finalmente, Roca le consiguió el trabajo de limpiar el apartamento de una azafata cubana que él conocía. Fue un desastre; Ernesto no tenía la menor idea de lo que debía hacer, y después del primer día la azafata le dijo a Roca que no lo enviara más. Lejos de limpiar el apartamento, dijo, Ernesto lo había ensuciado más de lo que estaba. Sin embargo, le había caído bien y le consiguió un puesto de lavaplatos en un restaurante.

Por fin se hallaba en Estados Unidos, el «país del norte» explotador de América Latina que tanto lo había irritado cada vez que se ponía en evidencia. Lo que vio sin duda confirmó su predisposición negativa porque más adelante dijo a sus amigos en Buenos Aires que había presenciado actos de racismo blanco contra los negros y que la policía lo había interrogado sobre su filiación política. Pero Roca sólo recordaba que una vez Ernesto habló de la «necesidad» de viviendas baratas para los pobres en América Latina. No hablaban de política y sólo trataban de disfrutar juntos.

6. «NO SOY EL MISMO QUE ERA ANTES»

Al regresar, Ernesto halló una Argentina distinta. Cinco días antes de su llegada a Buenos Aires, Evita Perón había muerto de cáncer a los treinta y tres años.

En su funeral se produjo una demostración pública de dolor sin precedentes, y su cuerpo fue exhibido durante dos semanas antes de retirarlo para ser definitivamente embalsamado. Se hablaba de erigir un monumento en su honor más grande que la Estatua de la Libertad, como correspondía a una mujer cuyos acólitos confiaban en que el Papa la elevaría a la dignidad de los altares. Su apenado esposo Juan Domingo Perón realizaba sus tareas presidenciales mientras los cortesanos cuchicheaban y sus enemigos conspiraban. La política seguía como siempre en la Argentina, pero los amigos íntimos de Perón lo veían desorientado y menos íntegro después de la muerte de su joven esposa.

Entretanto, Ernesto tenía que ocuparse de sus propios dramas. En aquella época, había que aprobar treinta asignaturas para graduarse de médico; él había aprobado dieciséis antes de partir con Granado, pero debía aprobar las catorce restantes antes de mayo si quería obtener el título al año siguiente.

No tenía tiempo que perder, porque los primeros exámenes eran en noviembre. Se puso a estudiar con verdadero frenesí, escudado detrás de una barricada de libros en el apartamento de su tía Beatriz y a veces en el despacho de su padre en la calle Paraguay. A su casa sólo iba de vez en cuando a comer. A pesar de las presiones, encontró tiempo aún para trabajar en la clínica para alérgicos, donde el doctor Pisani lo recibió complacido.

También empezó a hacer un balance de sus aventuras al redactar *Notas de viaje* sobre la base de su diario personal. Decidió que el viaje lo había cambiado. «El personaje que escribió estas notas murió al pisar de nuevo tierra argentina, el que las ordena y pule, "yo", no soy yo; por lo menos no soy el mismo yo interior. Este vagar sin rumbo por nuestra "Mayúscula América" me ha cambiado más de lo que creí».

En la familia había pocos cambios. El padre seguía bregando con sus negocios de construcción y alquiler de propiedades. Su madre, la ensimismada abeja reina de la calle Aráoz, jugaba al solitario y se ocupaba de Juan Martín, que

tenía nueve años y cursaba la escuela primaria. Roberto había terminado la secundaria y cumplía el servicio militar obligatorio. Celia y Ana María estudiaban arquitectura en la Universidad de Buenos Aires. Las tertulias de Celia madre eran más concurridas; nuevas personalidades engrosaban el clan Guevara. Ana María había formado un grupo de estudio con amigos de la Facultad de Arquitectura. Entre ellos estaban Fernando Chávez y Carlos Lino, que se disputaban su amor. En aquella época salía con Lino, pero finalmente se casaría con Chávez. Los Guevara estaban encantados de tener a Ernesto de vuelta en casa; esperaban que, satisfechos sus apetitos nómadas, se estableciera en Buenos Aires como médico o investigador alergista.

En noviembre de 1952, Ernesto debía presentarse a los primeros exámenes. Entonces enfermó gravemente, no de asma sino de una fiebre provocada por el contacto con vísceras humanas infectadas. Pisani había comprado una máquina especial para reducir vísceras con fines de investigación y Ernesto, impaciente por estrenarla, había adquirido algunas muestras infectadas en la Facultad de Medicina y empezado a reducirlas sin colocarse una mascarilla protectora. Al sentirse mal, se fue a la cama con una fiebre altísima. Allí lo encontró su padre, y comprobó que su estado se agravaba minuto a minuto. Guevara Lynch dijo que llamaría a Pisani, pero Ernesto no quiso. Pasó un tiempo; Guevara Lynch permanecía junto a la cama y lo vigilaba estrechamente. «De pronto me hizo una seña y, al acercarme, me dijo que llamase enseguida a una clínica para que le trajesen un estimulante cardíaco, y que llamara al doctor Pisani».

Guevara Lynch comprendió que la situación era grave y efectuó las llamadas. Poco después llegaron una enfermera y Pisani, quien se hizo cargo de la situación y pasó varias horas a solas con el paciente. Al partir, dejó una receta para varios medicamentos e indicó reposo absoluto. La familia, angustiada, pasó la noche en vela como habían hecho tantas veces a lo largo de los años debido a lo que el padre llamaba la «imprudencia» de Ernesto.

«Aproximadamente a las seis de la mañana —recuerda el padre—, Ernesto había mejorado mucho y, con gran sorpresa nuestra, vimos que comenzaba a vestirse. No le dije nada. Lo sabía muy empecinado, pero al final, viendo que terminaba de vestirse como para salir a la calle, le pregunté: “¿Qué vas a hacer?” “Voy a dar examen, la mesa se reúne a las ocho de la mañana.” “Pero no seas animal —le contesté—. ¿No ves que no podés hacer eso?” Fueron inútiles todas las objeciones que se hicieron en ese momento. Él había determinado dar su examen ese día y lo tenía que hacer. Y así lo hizo».

A pesar de la enfermedad, Ernesto aprobó tres exámenes en noviembre y otros diez el mes siguiente. Le quedaba uno solo, en abril, para obtener el título de

médico y volver a Venezuela. Mientras tanto, dedicaba el mayor tiempo posible a la Clínica Pisani. El trabajo era interesante porque además de estudiar los casos de pacientes afectados de alergias podía tratar de descubrir las causas y buscar antídotos en el laboratorio.

Pisani, que lo alentaba al máximo, empezó a nombrarlo entre sus colaboradores en los trabajos que publicaba. La revista especializada *Alergia*, en su edición de noviembre de 1951-febrero de 1952, menciona a Ernesto junto con el doctor Pisani y otros como coautores de un trabajo de investigación titulado «Sensibilización de cobayos al polen mediante inyecciones de extracto de naranja».

El 11 de abril de 1953, Ernesto aprobó el último examen. Su padre recuerda: «Yo estaba en mi estudio cuando sonó el teléfono. Lo cogí y reconocí enseguida su voz, que decía: “Habla el doctor Ernesto Guevara de la Serna.” Y ponía el énfasis en la palabra *doctor*».

«Muy grande fue mi alegría —añadió el padre—, pero también muy corta; casi al mismo tiempo que nos enterábamos que se acababa de graduar de médico, anunció su nuevo viaje: esta vez su compañero sería un viejo amigo de la infancia, Carlos Ferrer».

Desde que Ernesto le prometió llevarlo en su viaje siguiente, Calica aguardaba ansioso su regreso. Había llegado el momento de materializar el proyecto e iniciar los preparativos. «Nosotros empezamos a recolectar conexiones en los distintos lugares adonde íbamos a ir —recuerda Calica—, de personas que en caso de pedirle alguna ayuda, no económica, sino de enfermedad, algún lazo interesante, a los efectos de que tal cosa nos saliera más barato, con más fortuna que la otra, algún itinerario, todas esas cosas. Para el viaje ya habíamos decidido que iba a ser por Bolivia, porque Ernesto quería conocer las ruinas incas, para lo cual ya había empezado a estudiar, había interiorizado, y Machu Picchu, que era nuestra meta».

En cuanto a sus planes de más largo plazo, Ernesto hablaba de ir a la India, mientras Calica, más interesado en la buena vida, ya se veía en París, elegantemente vestido en un cóctel y con una hermosa mujer cogida de su brazo. «Nuestra meta era Salta —dice Calica—, después trabajar un poco, y lo menos posible, en Venezuela y después irnos a Europa».

Al observar el ajetreo, Guevara Lynch escribió: «Nuestras ilusiones, como un castillo de naipes, se deshicieron; ya sabíamos lo que le esperaba, y lo sabíamos bien: caminaría leguas y leguas o andaría colgado de cualquier carro o camión; dormiría en cualquier parte y comería lo que pudiera. De su asma y de su salud, ni

remotamente se ocuparía y volvería como siempre a correr mundo, sin cuidarse de los peligros. Pero nosotros, los padres y sus hermanos, nada podíamos hacer, ni debíamos intervenir. Ya no era ni el niño ni el joven, sino el doctor Ernesto Guevara de la Serna, que hacía lo que se le daba en gana».

Cuando Ernesto informó al doctor Pisani de su partida, éste trató de retenerlo. Le ofreció un puesto remunerado, un apartamento en la clínica y un futuro a su lado como investigador. Ernesto se negó. Estaba resuelto, no quería «estancarse» como Pisani. «No me quiero atar a una sola cosa —dijo a Mafalda, la hermana del doctor—, quiero conocer el mundo».

En junio Ernesto recibió una copia de su diploma y unos días después cumplió veinticinco años. Con su título debidamente legalizado, era un médico auténtico. Sólo quedaba que Calica y él obtuvieran visados y dinero, y nuevamente había que gorronear. Elaboraron un plan de ataque. Calica recuerda: «A las tías, todas las tías, a las abuelas, a algún nieto o sobrino, a los cuales se les podía pedir un pechazo. Entonces, tanto Ernesto como yo íbamos calculando por ahí. "¿Pechaste a fulana?" "Sí, le pedí tanto." "Y yo a mi abuela, me va a dar tanto, mamá también me va a dar plata."»

En poco tiempo habían reunido el equivalente de trescientos dólares cada uno y todos los visados salvo el de Venezuela. Debido al boom petrolero, Venezuela era un polo de atracción para buscadores de trabajo de todo el mundo y en los últimos tiempos el gobierno limitaba la entrega de visados. El consulado venezolano rechazó sus solicitudes porque no tenían pasajes de salida del país.

Aunque salieron del consulado venezolano con las manos vacías, Ernesto dijo a Calica que no se preocupara, que ya conseguirían las visas en otro país. Transformó el incidente en una anécdota divertida para relatar a los amigos. A Tita Infante le dijo que era un malentendido: el cónsul había confundido un ataque de asma, que le había deformado las facciones, con un ataque de furia y había temido por su propia seguridad.

Era julio de 1953. Calica era el «economista» de la expedición: el que llevaba el dinero. Su madre le confeccionó un cinturón especial para llevarlo debajo de la ropa interior, al que Ernesto llamó el «cinturón de castidad». Compraron billetes de segunda clase para el tren del ferrocarril Belgrano que partía el 7 de julio hacia Bolivia. Todo estaba dispuesto.

Un gran número de familiares y amigos se congregó en la estación para despedirlos. Ernesto llevaba uniforme militar de combate, regalo de su hermano Roberto. Desde luego, el equipaje era excesivo; Ernesto llevaba más libros que

ropa.

Se sentaron en los asientos de madera del vagón de segunda clase, atestado de indios con sus bultos. Bruscamente los jóvenes advirtieron el penoso contraste entre sus humildes compañeros de viaje y sus propios parientes y amigos, todos bien vestidos. En el último momento les entregaron montones de regalos y golosinas: tartas de la madre de Calica, dulces de otro pariente.

En el andén, Celia Guevara de la Serna tomó con fuerza la mano de Matilde, la novia de Roberto, y dijo con tristeza: «Lo pierdo para siempre; ya nunca más veré a mi hijo Ernesto». El revisor hizo sonar su silbato y el tren se puso en marcha lentamente. Todos saludaron y agitaron las manos.

Cuando el tren se alejaba lentamente, una figura solitaria se apartó del resto para correr junto al coche que ocupaban Ernesto y Calica. Era Celia, que agitaba un pañuelo. Estaba muda y las lágrimas bañaban su rostro. Corrió, agitando el pañuelo, hasta que se le acabó el andén y el tren se alejó hasta desaparecer.

7. «SIN SABER CUÁL ES EL NORTE»

I

Ernesto Guevara, doctor en medicina y avezado trotamundos, había partido nuevamente. «El nombre del ladero ha cambiado —escribió en un nuevo diario personal que tituló *Otra vez*—,[9] ahora Alberto se llama Calica, pero el viaje es el mismo: dos voluntades dispersas extendiéndose por América sin saber precisamente qué buscan ni cuál es el norte».

Poco después de la partida del tren, Mario Saravia, un primo de Ernesto, se llevó una sorpresa. Al volver a la casa de los Guevara, donde se alojaba, advirtió que le faltaban tres camisas de seda nuevas. Sospechó que Ernesto se las había llevado y así se lo dijo a Celia madre. «¡No, cómo te las va a haber robado!», respondió, escandalizada. Saravia le escribió una carta para preguntarle si se había llevado sus camisas. La respuesta tardó en llegar, y fue afirmativa. Pero no debía preocuparse, dijo: las había utilizado bien. Las había vendido y con ese dinero había «comido y dormido quince días». En venganza, Saravia le escribió que había vendido el apreciado microscopio que Ernesto había dejado a su cuidado y con el dinero se había ido «a veranear».

Después de tres días tranquilos y aburridos en el polvoriento pueblo fronterizo de La Quiaca, los amigos reanudaron el viaje en tren a través de Bolivia. Esta vez, por insistencia de Calica, lo hicieron en un compartimiento de primera clase. Dos días después descendieron del gélido altiplano pardo al gran cráter natural donde reposaba la ciudad de La Paz en su cuna yerma y expuesta al sol como una especie de colonia lunar experimental.

Era un lugar impresionante: en la periferia de la ciudad, los contornos nítidos del cráter que la encerraba componían una geología fantástica de rocas sedimentarias erosionadas; todo un valle de gigantescas estalagmitas blancas que apuntaban al cielo como dagas de piedra. Más allá, la tierra se alzaba en un pliegue de roca alpina y glaciares de hielo para formar el volcán blanco y azul llamado cerro Illimani. Ernesto estaba fascinado. «La Paz es la Shangai de América —escribió entusiasmado en su diario—. Una riquísima gama de aventureros de todas las nacionalidades vegetan y medran en medio de la ciudad polícroma y mestiza…»

Sin perder el tiempo, se lanzaron a conocer la ciudad. Después de registrarse en un hotel barato, el City, salieron a recorrer las empinadas calles de adoquines,

atestadas de indios con sus trajes multicolores y grupos de milicianos armados. Era la Bolivia revolucionaria, la nación más india de América Latina y también una de las más pobres, con una historia de explotación infame. La mayoría indígena había estado sometida a una virtual servidumbre durante siglos mientras un puñado de familias dominantes se enriquecía mediante el control absoluto de las minas de estaño, la principal fuente de ingresos del país, y las tierras productivas.

Aparentemente, aquella situación había dado un vuelco. Una revuelta popular el año anterior había llevado al poder al Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR), que a su vez había disuelto el ejército y nacionalizado las minas. En pocas semanas debía entrar en vigor una controvertida ley de reforma agraria. Pero reinaba la inestabilidad, y las numerosas fuerzas políticas rivales jaqueaban al régimen. En el campo, los campesinos impacientes atacaban las haciendas privadas para forzar la solución al problema agrario, mientras los mineros, dirigidos por la Central Obrera Boliviana (COB), creada recientemente, realizaban demostraciones de fuerza para obligar al gobierno a hacer mayores concesiones.

Milicias populares armadas recorrían las calles de la capital; cundían los rumores sobre golpes impulsados por elementos descontentos del ejército disuelto. Ya se había aplastado una conjura en enero. Al mismo tiempo, las alas derecha e izquierda de la coalición que estaba en el poder perseguían objetivos contrapuestos: los comunistas exigían la entrega del poder a los trabajadores, mientras el ala de centroderecha del presidente Hernán Siles Zuazo trataba de seguir un camino intermedio que aislara tanto a los comunistas como a los *rosqueros*, la oligarquía local.

En sus vagabundeos por la ciudad se toparon con un joven argentino al que habían conocido en el tren. Visitaba a su padre, Isaías Nogués, conocido político y propietario de un ingenio azucarero en Tucumán, exiliado debido a su oposición a Perón. Resultó que Nogués conocía a las familias de Calica y Ernesto, y los invitó a su casa a cenar.

En la casa de Nogués asistieron a un espectacular asado argentino y conocieron a otros miembros de la comunidad argentina en el exilio paceño. De su anfitrión, Ernesto dijo que era un hidalgo, que le recordaba la «augusta serenidad» del Illimani. «Exiliado de la Argentina, es centro y dirección de la colonia que ve en él un dirigente y un amigo. Sus ideas políticas hace mucho que han envejecido en todo el mundo, pero él las mantiene, independiente al huracán proletario que se ha desatado sobre nuestra belicosa esfera. Su mano amiga se tiende a cualquier argentino sin preguntar quién es y por qué viene y su serenidad augusta arroja sobre nosotros, míseros mortales, su protección patriarcal, sempiterna».

También conocieron al hermano de Nogués, que estaba de visita. «Gobo» era un playboy que venía de conocer la buena vida en Europa. Amante de la vida nocturna, gastador y poseedor de una gran cantidad de contactos, Gobo les mostró una invitación a la boda de su «amigo» el magnate naviero griego Aristóteles Onassis. Gobo se prendó de los jóvenes viajeros y los invitó a los bares y restaurantes de la ciudad. Así conocieron el Gallo de Oro, un *cabaret* cuyo dueño era argentino, donde políticos, exiliados y aventureros se codeaban con paceños de vida disipada; se convirtió rápidamente en una de sus tertulias preferidas. Aquí pudieron conocer a una Bolivia distinta de la que pululaba por las calles. En una ocasión, al sufrir un ataque de diarrea, Ernesto corrió al baño del Gallo de Oro, de donde volvió minutos después para contarle a Calica, escandalizado, que acababa de ver a dos hombres esnifando cocaína.

También frecuentaban la terraza del Hotel La Paz, donde los exiliados argentinos bebían café o alcohol, coqueteaban y discutían la situación argentina o la revolución boliviana. Era una excelente atalaya desde donde observar la vida del país: diariamente, las manifestaciones de indios marchaban hasta el palacio presidencial clamando a gritos alguna medida del gobierno.

Para Ernesto y Calica, resultó una bendición en otro sentido. Un día, mientras contemplaban las multitudes de transeúntes que pasaban por la acera, Calica vio a un par de muchachas bonitas y decidió bajar a ver si podía ligarlas. Las acompañaba un hombre mayor que resultó ser un general venezolano llamado Ramírez, quien cumplía un «exilio dorado» como agregado militar del país. Amable a pesar de las inconfundibles intenciones del joven, el general lo invitó a una copa, y Calica no necesitó mucho tiempo para obtener su promesa de que les otorgaría los visados venezolanos que antes les habían negado.

El anhelo de compañía femenina se trasluce en la prosa del diario personal de Ernesto. «La Paz ingenua, cándida como una muchachita provinciana muestra orgullosa sus maravillas edilicias». Pero pocos días después conoció a una hembra de carne y hueso que parecía accesible, y escribió llanamente: «Hay algo ondulante y con buche que se ha cruzado en mi camino, veremos…»

Aquel «algo ondulante» resultó ser Marta Pinilla, hija de una familia de ricos aristócratas terratenientes cuyas vastas propiedades estaban en las afueras de la capital. La conoció durante una velada con el general Ramírez, que además de conseguirles los visados los había invitado a salir. Calica también tenía pareja, era una de las muchachas que había conocido en su primer encuentro con Ramírez. El 22 de julio, alentado por el giro de su suerte, Calica escribió una carta optimista a su madre. Las perspectivas mejoraban. Gracias a Nogués habían podido abandonar el hotel miserable y ahora eran atendidos a cuerpo de rey en la casa de

una familia argentina pudiente donde pagaban su alojamiento. Llevaban una «vida social intensa».

«La gente bien de La Paz nos invita a almorzar… nos lleva a pasear en auto por la ciudad y nos ha invitado a una fiesta. Fuimos a una *boîte*, el Gallo de Oro, que pertenece a un argentino. No nos dejaron pagar nada. Todos los argentinos aquí son muy unidos, nos han tratado fantásticamente. A toda hora son meriendas, comidas en el Sucre y en el Hotel La Paz, los dos mejores… Esta tarde vamos a tomar el té con un par de chicas ricas y esta noche vamos a un baile».

Llevaban una vida esquizofrénica al alternar constantemente los bajos fondos y la «alta sociedad» de la ciudad. Aunque Ernesto quería familiarizarse con la revolución boliviana, sus contactos sociales los introducían en una élite paceña enemiga natural de los cambios en curso. Por ejemplo, Calica recuerda que la adinerada familia de Marta estaba a punto de abandonar sus tierras, expropiadas por la inminente reforma agraria.

Su travesía por la inestable trama social de la Bolivia revolucionaria fue rica en pequeños incidentes. Una noche, cuando volvían del Gallo de Oro a la ciudad, una de las omnipresentes patrullas indígenas que recorrían las calles detuvo su coche a punta de fusil. Recuerda Calica: «Pidieron nuestros documentos y Gobo, que estaba un poco borracho, dijo a uno de ellos, "Indio, guarda esa escopeta para cazar perdices…"».

Mientras Calica expresaba sin reservas las actitudes racistas de sus adinerados amigos blancos, Ernesto reflexionaba sobre lo que veía a su alrededor. «La gente llamada bien, la gente culta, se asombra de los acontecimientos y maldice la importancia que se le da al indio y al cholo, pero en todos me pareció apreciar una chispa de entusiasmo nacionalista frente a algunas obras del gobierno.

»Nadie niega la necesidad de que acabara el estado de cosas simbolizado por el poder de los tres jerarcas de las minas de estaño, y la gente joven encuentra que éste ha sido un paso adelante en la lucha por una mayor nivelación de personas y fortunas».

La «estadía de una semana» se prolongaba al tiempo que disminuían los fondos disponibles. «Estoy un poco desilusionado de no poder quedarme —escribió Ernesto a su padre el 24 de julio—, porque esto es un país muy interesante y vive un momento particularmente efervescente. El 2 de agosto se produce la reforma agraria, y se anuncian batidas y bochinches en todo el país. Hemos visto desfiles increíbles con gente armada de máuseres y piripipí [metralletas] que

tiraban porque sí. Todos los días se escuchan tiros y hay heridos y muertos por armas de fuego.

»El gobierno muestra una casi total inoperancia para detener o aun encauzar a las masas campesinas y mineras, pero éstas responden de cierta medida y no hay duda que en una revuelta armada de la Falange (el partido opositor), éstos estarán del lado del MNR.

»La vida humana tiene poca importancia aquí y se da o se quita sin mayores aspavientos; todo eso hace que para un observador neutral la situación sea sumamente interesante…»

Ernesto había sugerido que partía, pero en realidad pensaba quedarse para ver qué sucedía el 2 de agosto. Quería ser testigo de un suceso histórico y posiblemente agitado. Entretanto, Calica y él aprovechaban todas las invitaciones de los Nogués para llenarse la panza. Calica escribió a su madre: «Ernesto come como si no hubiera comido en una semana, es famoso en el grupo…» Encantado por semejante muestra de apetito, Gobo apostaba cuánto podía comer Ernesto de una sola vez y prometió que si se encontraban en Lima, hacia donde se dirigían todos, llevaría a Ernesto y Calica a un restaurante donde la comida era gratuita si los clientes comían en cantidad suficiente. Sería para él un gran placer, dijo, «exhibir estos dos orgullosos ejemplares de la raza argentina».

Durante una velada con los Nogués conocieron al abogado argentino Ricardo Rojo. Hombre alto y robusto de calva incipiente y bigote, a los veintinueve años Rojo era un político veterano. Antiperonista de la opositora Unión Cívica Radical, acababa de escapar de una comisaría en Buenos Aires donde lo habían detenido como sospechoso de terrorismo.

Se había refugiado en la embajada guatemalteca y volado a Chile con un salvoconducto del gobierno izquierdista del presidente guatemalteco Jacobo Arbenz. De ahí había llegado a La Paz y, como Guevara y todos los argentinos de paso, había encontrado el camino a la casa de Isaías Nogués. Orgulloso de su hazaña, tenía consigo un recorte de la revista *Life* que relataba su fuga y salida del país. Pensaba ir a Perú, de ahí a Guatemala y con el tiempo llegar a Estados Unidos.

Como los demás huéspedes de Nogués, quedó impresionado por los «salvajes» hábitos alimentarios de Guevara y descubrió con sorpresa que era médico, ya que su tema de conversación preferido era la arqueología. «La primera vez que lo vi, Guevara no me causó gran impresión. Hablaba poco, prefería escuchar la conversación de los demás. Pero de repente hacía callar al interlocutor

con una sonrisa seductora y un comentario filoso como una navaja».

Era un rasgo común a ambos. Rojo también era mordaz y afilado, y disfrutaba de la polémica tanto como Guevara. La noche que se conocieron, volvieron juntos a pie al hospedaje de Ernesto. Dice Rojo que se hicieron «amigos, aunque lo único que teníamos en común en esa época era que los dos éramos jóvenes estudiantes universitarios con poca plata. A mí no me interesaba la arqueología ni a él la política, al menos en el sentido que tenía la política para mí entonces y tendría más adelante para él».

Decidieron que volverían a encontrarse, y en efecto, a partir de entonces la figura ubicua de Rojo reaparecería una y otra vez en la vida de Guevara a lo largo de la década siguiente.[*]

A pesar de que los rumores de un alzamiento contrarrevolucionario acentuaban sus ansias por estar en La Paz el 2 de agosto, Ernesto también anhelaba conocer las condiciones en las tristemente célebres minas bolivianas y por eso, aunque ello lo obligaba a estar lejos ese día tan importante, Calica y él decidieron visitar la mina de volframio Balsa Negra, cerca de la capital. A una altura de algo menos de seis mil metros, la mina se encontraba a la sombra de los cantos sueltos y el hielo del monte Illimani. Los ingenieros de la mina les mostraron el lugar donde, durante una huelga anterior a la revolución, los guardias de la empresa habían emplazado una ametralladora y disparado contra los mineros y sus familias; ahora los mineros habían triunfado y la mina pertenecía al Estado. Como en Chuquicamata, el panorama conmovió profundamente a Ernesto. «El silencio de la mina quieta ataca hasta a los que como nosotros no conocen su idioma».

Ernesto y Calica pasaron la noche en la mina, y al prepararse para partir hacia La Paz, se cruzaron con los camiones cargados de mineros que regresaban de allí. Estaban armados y disparaban sus fusiles hacia el cielo. Con sus «caras pétreas y sus cascos de plástico coloreado», Ernesto los halló semejantes a «guerreros de otras tierras». Se enteró de que en la capital el día había transcurrido sin grandes incidentes.

La visita a la mina había valido la pena. Una vez más había visto al desnudo la dependencia de América Latina con respecto a Estados Unidos. Acerca del mineral de Balsa Negra, comentó: «Hoy por hoy es lo único que mantiene a Bolivia, pues es un mineral que los americanos compran, por lo que el gobierno ordenó incrementar la producción». Era la prueba irrefutable del vaticinio que había formulado con respecto al dilema de Chile al nacionalizar sus minas. Mientras los norteamericanos dominaran el mercado de exportación de minerales, la verdadera independencia era imposible.

El gobierno boliviano era consciente de ello; el presidente Eisenhower ejercía una fuerte presión para que realizara las reformas con cautela. Y el consejo no había caído en oídos sordos. Después del triunfo de la revolución, las nacionalizaciones del MNR se habían limitado a las minas de los tres grandes barones del estaño. Más importante aún, Bolivia dependía de Estados Unidos no sólo para venderle sus minerales sino también porque este país fijaba los precios. Durante la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos había comprado enormes cantidades de estaño a bajo precio para constituir un colchón de reserva. Ahora la venta de esas reservas le permitía dictar el precio del mineral en el mercado mundial.

Las presiones económicas no eran el único peligro que acechaba a la revolución boliviana. Desde la elección de Eisenhower, Estados Unidos había lanzado una agresiva política de contención del «expansionismo comunista soviético» en el mundo. En el verano de 1953, al presidente boliviano Siles le bastaba echar una mirada en derredor para comprender las dificultades que podría sufrir su gobierno si despertaba las iras de Washington.

Washington atacaba al gobierno izquierdista de Guatemala, al que acusaba de tener inclinaciones comunistas debido a la ley de reforma agraria de 1952 que había nacionalizado los intereses de la poderosa United Fruit Company. Ávida de venganza, la empresa había demostrado que poseía amigos influyentes en las esferas más altas del gobierno, sobre todo en la administración de Eisenhower.

El mundo se aproximaba a un nuevo umbral. En marzo había muerto el dirigente soviético Iósif Stalin. Pero ello no significó el fin de la guerra fría sino todo lo contrario. La Unión Soviética ansiaba alcanzar la paridad nuclear con Estados Unidos y apresuraba los últimos detalles de la primera bomba de hidrógeno del mundo para hacerla estallar el 12 de agosto.

Mientras los bandos intercambiaban prisioneros de guerra en Corea, las tropas chinas y de las Naciones Unidas chocaban en la última batalla sangrienta de los tres años de conflicto antes del armisticio. La tregua del 27 de julio dejó a la península devastada y dividida. Al igual que en Berlín, Oriente y Occidente se enfrentaban a lo largo de una frontera hostil, creando un nuevo foco de tensiones en un mundo cada vez más dividido.

En Cuba, país que Washington consideraba «seguro», sucedían hechos que poco más adelante afectarían profundamente la vida de Guevara. El 26 de julio, un grupo armado de jóvenes rebeldes asaltó y tomó momentáneamente el cuartel Moncada en la ciudad oriental de Santiago con la esperanza de provocar una insurrección nacional contra el dictador militar Fulgencio Batista. El

enfrentamiento en sí causó la muerte de ocho rebeldes y diecinueve soldados, pero el ejército derrotó la intentona y la transformó en un baño de sangre. Batista quiso atribuir la acción a los «comunistas», pero el Partido Comunista cubano la repudió, calificándola de «putsch burgués», y negó toda participación. Entre los jóvenes rebeldes apresados, sesenta y nueve fueron ejecutados sumariamente o bajo tortura. La intervención de la Iglesia permitió que los supervivientes fueran detenidos con vida. Entre ellos estaban el líder de la revuelta, un estudiante de veintiséis años llamado Fidel Castro, y su hermano menor, Raúl.

II

En la revolucionaria capital boliviana Ernesto y Calica visitaron el flamante Ministerio de Asuntos Campesinos y conocieron a su titular, Ñuflo Chávez. Su tarea era poner en ejecución la anunciada ley de reforma agraria. Para Ernesto resultó «un lugar extraño [donde] montones de indios de diferentes agrupaciones del altiplano esperan turno para ser recibidos en audiencia. Cada grupo tiene su traje típico y está dirigido por un caudillo o adoctrinador que les dirige la palabra en el idioma nativo de cada uno de ellos. Al entrar, los empleados les espolvorean DDT».

Sintió indignación ante la evidencia de la persistente brecha cultural entre los líderes de la revolución y el pueblo que supuestamente representaban. A Calica le parecía razonable que los espolvorearan con DDT porque los indios estaban «llenos de piojos y de insectos… y esos tipos tenían que entrar a salones donde había alfombras y cortinas y se iban a llenar de piojos». Después, cada vez que veían en la calle a un indio con el pelo cubierto de polvo blanco, ambos se miraban y decían: «Mira…, estuvieron con Ñuflo Chávez».

Habían pasado casi un mes en La Paz, habían gastado casi la mitad de sus fondos y ya tenían los visados para Venezuela. Aunque era el momento de reanudar el camino, ambos habían echado raíces y les resultaba difícil arrancarlas. Finalmente tomaron la decisión. Ernesto escribió: «Cada uno de nosotros tenía su referencia amorosa que dejar allí. Mi despedida fue más en plano intelectual, sin dulzura, pero creo que hay algo entre nosotros, ella y yo».

Tras una breve estancia en el lago Titicaca, Ernesto y Calica llegaron a la frontera peruana. En la aduana del pueblo fronterizo de Puno, los libros de Ernesto provocaron un incidente. Según su relato, «me requisaron dos libros: *El hombre en la Unión Soviética* y una publicación del Ministerio de Asuntos Campesinos que fue calificada de Roja, Roja, Roja en acento exclamativo y recriminatorio…». Después de una «jugosa charla», el jefe de policía los dejó ir y le aseguró a Ernesto que enviaría sus libros a Lima tal como había solicitado.

De Puno viajaron a Cuzco. Ernesto estaba encantado de regresar, pero el lugar, histórico, no impresionó en absoluto a Calica. Escribió a su madre que la ciudad, aunque interesante, era «… el lugar más sucio que te puedas imaginar», tanto que «lo obliga a uno a bañarse». Añadió en tono de broma que durante los

ocho días que pasaron allá «el Chancho se bañó una vez y por mutuo acuerdo, sólo por razones de salud».

Al cabo de unos días, Ernesto estaba harto de las quejas de Calica sobre la mugre y la falta de comodidades. Lo expresó en una carta a Celia, el 22 de agosto: «Alberto se tiraba en el pasto a casarse con princesas incaicas, a recuperar imperios. Calica putea contra la mugre y cada vez que pisa uno de los innumerables soretes (excrementos humanos) que jalonan las calles, en vez de mirar al cielo y alguna catedral recortada en el espacio, se mira los zapatos sucios. No huele esa impalpable materia evocativa que forma Cuzco, sino el olor a guiso y a bosta; cuestión de temperamentos».

En cuanto al futuro, dijo que era incierto porque «no sabía cómo andaban las cosas» en Venezuela. Y sobre el futuro más lejano aseguró que no abandonaba sus esperanzas de ganar «US $ 10 000», la suma de dinero que pensaba ahorrar allá. Entonces, «… tal vez hagamos un nuevo viaje por Latinoamérica, pero esta vez en dirección norte-sur con Alberto, y que tal vez sea en helicóptero. Luego Europa y luego oscuro». Es decir, todo era posible.

Tras una excursión a Machu Picchu, que a pesar de las hordas de turistas norteamericanos embelesó nuevamente a Ernesto, iniciaron el viaje agotador de tres días en autobús a Lima. Tuvieron un poco de diversión durante una parada, donde Calica y él bajaron una ladera para nadar en las frías aguas del río Abancay. Ernesto, totalmente desnudo, saltaba en el agua y saludaba con el brazo para escandalizar a las pasajeras que se habían quedado arriba. Llegaron agotados a Lima, donde durmieron «como lirones».

En una carta a su padre fechada el 4 de septiembre, Ernesto se quejó de que en lugar de encontrarse, como esperaba, con «una tonelada de cartas», había una sola, la suya. «Me alegra saber que las estrecheces económicas no son tantas como para necesitar urgentemente alguna ayudita mía. Me alegro por ustedes… pero no dejen de avisarme si las papas queman para apurarme algo».

Evidentemente, sentía la obligación de conseguir un trabajo remunerado para ayudar a la familia, y la aseveración de su padre de que todo estaba bien tranquilizaba su conciencia. En la misma carta incluyó un mordaz reproche a su madre por no escribirle. Sugirió que tratara de escribirle una carta cada vez que se sentaba a jugar al solitario para «curarse» de su adicción.

En Lima, Calica encontró por fin un ambiente de su agrado. «Me gusta mucho, es moderna, limpia, con todas las comodidades, una gran ciudad», escribió a su madre el 8 de septiembre. Estaban en buenas manos, ya que los amigos de

Ernesto en el leprosario Guía y el doctor Pesce les habían ayudado a conseguir una pensión limpia con agua caliente y un comedor universitario donde alimentarse. También se reencontraron con Gobo Nogués. «Gobo nos ha presentado en sociedad, comimos dos veces en el Country Club, buenísimo, supercaro, lógicamente no nos dejaron meter la mano en el bolsillo y estuvimos varias veces en el Gran Hotel Bolívar [el más caro de Lima]», escribió embelesado.

En cambio, Ernesto contemplaba Lima con el ojo crítico de un asceta objetivo. «Sus iglesias llenas de magnificencia por dentro no alcanzan externamente (mi opinión) a mostrar esa augusta sobriedad de los templos cuzqueños. La catedral… parece haber sido construida en una época de transición cuando en España se iniciaba la decadencia de su furia guerrera para empezar el amor al lujo, a las comodidades». El diario incluye un comentario deprimente sobre una fiesta «en la que yo no pude chupar por estar con asma pero que sirvió para que Calica se pescara una buena curda». En cuanto a una salida al cine a ver por primera vez «el famoso tridimensional», comentó que «no me parece revolucionario en nada y las películas siguen siendo igual».

Ernesto se encontró un par de veces con el doctor Pesce y disfrutó con «una de sus charlas tan completas y amenas en las que habla con tanta seguridad de temas tan diversos». Pero a continuación, investigadores de la policía peruana los detuvieron, interrogaron y revolvieron su cuarto de la pensión. Aparentemente los habían tomado por una «pareja de secuestradores» en busca y captura. Todo se aclaró, pero Ernesto sospechó que aún los tenían bajo vigilancia y decidió no volver a ver al doctor Pesce. No quería causar ni tener más problemas.

En realidad, no estaba convencido de que el incidente con la policía se debiera a un error. Le habían confiscado literatura «roja» en la frontera con Bolivia y probablemente su nombre y el de Calica figuraban en alguna lista de personajes sospechosos. El dictador Manuel Odría, que aún detentaba el poder, sin duda temía que la revolución izquierdista en Bolivia le «ensuciara el gallinero», como dijo Ernesto a Calica, y por lo tanto no era conveniente que las autoridades los vincularan con un comunista como el doctor Pesce. Asimismo decidió que el intento de recuperar los libros confiscados sólo complicaría las cosas en Lima.

El 17 de septiembre, Ernesto recibió una carta de su madre en la cual le informaba que había arreglado todo para que los «alojara» el presidente de Ecuador cuando llegaran a su país. Al día siguiente, un Calica exultante transmitió la maravillosa novedad a su madre con el jubiloso comentario de que los aguardaba «un hermoso panorama en materia de alojamiento y comida».

Se toparon con su amigo exiliado Ricardo Rojo, quien iba camino de

Guayaquil para embarcarse a Panamá. Puesto que también ellos se dirigían hacia allá, Rojo les indicó una pensión donde podrían encontrarlo.

III

Viajaron hacia el norte en autobús a lo largo de la costa peruana mientras Ernesto sufría un nuevo ataque de asma. El 28 de septiembre entraron en Ecuador y tuvieron que esperar transporte en el pueblo fronterizo de Huaquillas. Fue según Ernesto «un día perdido en cuanto a viaje, aprovechado por Calica para tomar cerveza…». Tras navegar un día y una noche por un río hasta el golfo de Guayaquil, cruzaron el delta cenagoso hasta la tórrida ciudad portuaria tropical. Ricardo Rojo los esperaba en el muelle con tres amigos, estudiantes de derecho en la Universidad Argentina de La Plata. Los amigos eran Eduardo «Gualo» García, Oscar «Valdo» Valdovinos y Andro «Petiso» Herrero, quienes al igual que Rojo se dirigían a Guatemala y querían vivir algunas aventuras por el camino.

La pensión era una mansión colonial decrépita con un muelle para botes en la orilla fangosa del río Guayas, en un barrio pobre llamado Quinta Pareja. Los dueños subdividían las enormes habitaciones en cubículos diminutos por medio de cajones de madera utilizados para el transporte de automóviles. Ernesto y Calica se juntaron con los demás en una gran habitación mientras las dimensiones internas de la casa se encogían a su alrededor.

La dueña de la pensión, llamada María Luisa, era una persona de gran corazón y medios escasos. Vivir en su rústico establecimiento era formar parte de una gran familia caótica que pasaba por estrecheces financieras. María Luisa regentaba la pensión con su madre Agripina —una vieja bruja que pasaba los días tendida en una hamaca y fumando constantemente— y su esposo Alexander. Se decía que había sido huésped de la pensión y que su deuda había llegado a un monto tal que se había visto obligado a casarse con María Luisa.

Finalmente no tuvieron que viajar a Quito para visitar al presidente Velasco Ibarra. Al enterarse de que el jefe del Estado visitaba Guayaquil, Ernesto y Calica vistieron sus mejores galas y fueron a arrojarse a los pies de su secretario privado. El 21 de octubre Ernesto escribió a su madre el siguiente relato burlón de la entrevista: «Me dijo que a Velasco Ibarra no se lo podía ver, que la desastrosa situación económica [personal] que le pinté era una baja de la vida, añadiendo con tono filosófico: "Porque la vida tiene altas y bajas, ustedes están en una baja, ánimo, ánimo. Bueno, van a disculpar pero tengo que ir al acto de los bomberos; ¿eh?" Ni una copa, ni una triste copa para ahogar las penas…»

Ernesto y Calica regresaron tal como habían salido, prácticamente sin un centavo, igual que sus compañeros. Entretanto, sus deudas con María Luisa crecían constantemente. Juntaron sus fondos e instituyeron un régimen económico estricto que Ernesto obligaba a todos a respetar. Si Calica había sido hasta entonces el encargado del «cinturón de castidad», la experiencia del viaje indicaba quién era el más «ahorrador». Ernesto impuso la consigna de «austeridad absoluta» que él mismo sólo violaba de vez en cuando para comprarse una banana; era prácticamente lo único que comía.

A mediados de octubre, Ricardo Rojo y Oscar Valdovinos se embarcaron hacia Panamá en un buque de la United Fruit Company; los demás los seguirían cuando zarpara el siguiente. Entretanto, Ernesto y Calica acampaban al aire libre con Gualo García y Andro Herrero. Mientras discutían los pasos siguientes y disfrutaban de la camaradería, sin deseos por el momento de partir hacia Venezuela, Ernesto exploraba Guayaquil. En la pensión jugaba al ajedrez y conversaba con los nuevos amigos. Todos sentían un poco de nostalgia por la Argentina, hablaban de sus familias, su pasado y sus esperanzas para el futuro. Ernesto pidió que lo llamaran Chancho, y mejoró de su asma.

8. RUMBO AL NORTE

I

Nada de interés retenía a Ernesto en Guayaquil, a la que calificó desdeñosamente de «ciudad pretexto que gira alrededor del suceso diario de la entrada o salida de barcos sin vida propia casi».

Pero no partía. Prolongaba su estancia, contaba las monedas y compartía la pobreza de sus nuevos amigos desamparados. Confesó a Andro Herrero que nunca había conocido la experiencia de la camaradería incondicional, en la cual todos compartían todo desinteresadamente y afrontaban juntos los problemas comunes mientras discutían de todo lo humano y lo divino. Lo más parecido a ella que había conocido en su vida había sido el rugby; sus compañeros de equipo eran buenos «compinches» con quienes salir de copas, pero no existía entre ellos una intimidad verdadera, y la camaradería se terminaba fuera del campo. Su mejor amigo, dijo, era Alberto; Calica era «un buen tipo» a quien conocía desde la infancia, pero en verdad tenían poco en común.

Le dijo a Andro que jamás había conocido la verdadera camaradería. La anhelaba, pero no la había conocido en su familia, fragmentada e invadida por intrusos adoptivos. Hablaba mucho de su madre, y Andro comprendió que había un vínculo especial entre ambos. Pero en una ocasión dijo con pena, sin poder contenerse, que su madre se rodeaba de poetas y literatos frívolos, de mujeres que «probablemente eran lesbianas». Andro, un poco mayor que Ernesto, advirtió en ello la expresión de un sentimiento de marginación afectiva e intuyó que el joven solitario estaba hambriento de afecto.

«Guevara era un tipo muy particular —recuerda Andro—. A veces parecía inexpresivo y su actitud era casi desagradable. Pero eso se debía al asma, el esfuerzo de respirar lo obligaba a crisparse y parecía *duro*. Pero después se relajaba y sus ojos sonreían; se arrugaban las comisuras de sus párpados».

Los ataques de asma eran tan violentos que asustaban a sus compañeros, quienes lo ayudaban como podían. «Recuerdo haber despertado durante la noche cuando trataba de alcanzar su Asmapul [el medicamento] —explica Andro—, pero le fallaban las fuerzas y uno de nosotros tenía que alcanzárselo». Enterados de que durante los ataques sólo podía comer arroz, compraron una cierta cantidad y lo hicieron cocer, gesto que le conmovió profundamente.

Mientras disfrutaba de este clima de camaradería novedoso para él, lo asaltaban sentimientos encontrados acerca de los próximos pasos. Uno de los caminos posibles estaba trazado; antes de partir de Buenos Aires, había recibido una carta en la que Alberto Granado le decía que tenía un puesto para él en el leprosario. Y que no se preocupara por el dinero para el pasaje, ya que él se lo prestaría. También tenía poderosas razones afectivas para ir allá. Le dijo a Andro que quería ahorrar dinero para enviar a su madre a París a recibir tratamiento médico especializado. Temía que tuviera cáncer y quería que la trataran los mejores médicos.

El dilema se resolvió cuando Gualo García lo invitó a viajar con él y Andro a Guatemala para conocer una experiencia novedosa: una revolución izquierdista que desafiaba el poderío norteamericano y luchaba por su supervivencia en un drama cuyo desenlace podría ser determinante para el futuro de Latinoamérica. Sin pensarlo dos veces, Ernesto olvidó todos sus planes, arrojó sus promesas por la borda y aceptó la invitación.

Una cosa era tomar la decisión de ir a Guatemala; hacerlo era muy distinto. El primer obstáculo era partir de Guayaquil. El segundo era obtener el visado panameño, que requería un pasaje de salida del país.

Ante la falta de dinero y la imposibilidad de conseguir esos pasajes, tendrían que convencer al capitán de algún barco que aceptara llevarlos gratuitamente y se presentara como garante ante las autoridades panameñas. Era más que difícil, y lo sabían, pero empezaron a recorrer obstinadamente los muelles. Los primeros intentos fracasaron y pasaban los días entre el tedio y la pobreza.

Ernesto se hizo amigo de los tripulantes de un buque argentino cargado de chatarra que había hecho una escala. Le evocó gratos recuerdos del *Anna G.*, uno de los buques en los que había trabajado en 1950, y después de subir a bordo un par de veces a comer y beber vino tinto volvió a la pensión bien provisto de cigarrillos norteamericanos y yerba mate. Un diplomático argentino pasajero del buque que conocía a su familia le dio una noticia inesperada: le informó «casi de pasada» que su tía Edelmira Moore de la Serna acababa de morir. Con esa franqueza cruel que empezaba a caracterizar su correspondencia con la familia, escribió el siguiente pésame a su tío y primos: «Es muy difícil llevar unas palabras de aliento en circunstancias como ésta y más lo es para mí, que por razones emanadas de mi posición frente a la vida no puedo siquiera insinuar el consuelo religioso que tanto ayudó a Edelmira en sus últimos años…»

Pasaban los días. En la búsqueda de alternativas para salir de allí, Ernesto sugirió que juntaran sus fondos y compraran un bote para navegar por la costa

hasta Panamá. Calica estaba dispuesto, pero los estudiantes de La Plata los miraron atónitos y les dijeron que estaban locos. Por fin el buque *Guayos* aceptó llevarlos casi gratuitamente, pero les negaron los visados panameños. Estaban atascados.

Calica, que estaba impaciente por partir, decidió seguir solo hasta Quito, la capital mediterránea de Ecuador. Ernesto dijo que aguardaría unos días y si la situación no mejoraba, enviaría un telegrama a Calica para decirle que se reuniría con él en Quito a fin de continuar el viaje a Caracas. Por el momento, no había certezas. Pero días después de la partida de Calica, el capitán del *Guayos* les dio una carta que garantizaba falsamente su pasaje de salida de Panamá, y así obtuvieron los visados. Pero apenas Ernesto envió el telegrama a Calica para decirle que *no* lo esperara, el *Guayos* postergó la partida «por tiempo indeterminado».

Ernesto sufrió un ataque de asma agravado por un medicamento que le provocaba náuseas y diarrea. Además, tenían una deuda enorme con la pensión de María Luisa, que aumentaba día a día. Estudiaron la posibilidad de escapar sin pagarla, pero la descartaron al comprender que la indómita Agripina no les dejaría pasar del vestíbulo.

El 21 de octubre Ernesto escribió a su madre sobre su «nueva posición de aventurero 100%». Al darle la noticia de que iba a Guatemala, dijo que había vendido el traje nuevo, su regalo de despedida. «La perla de tus sueños murió heroicamente en una compra-venta, y lo mismo sucedió con todas las cosas innecesarias de mi equipaje…» Había decidido vender su preciada cámara, pero «el resto burgués de mi afán propietario» lo hizo arrepentirse cuando apareció un comprador. Días después, Ernesto apuntó en su diario, con desesperación: «Prácticamente no hay más cosas que quemar, de modo que nuestra situación es bastante precaria: encima ni un peso, deuda 500 [sucres ecuatorianos], potencialmente mil, ésa es la cosa».

Finalmente, Andro encontró la solución: se quedaría como garante de sus deudas y los demás tratarían de enviarle fondos para que pudiera reunirse con ellos. Ernesto protestó: *él* había sido el último en llegar y por lo tanto debía quedarse. Pero Andro insistió y el asunto quedó resuelto cuando un amigo suyo, que compraba provisiones para el lujoso Hotel Humboldt, ofreció pagar la mayor parte de la deuda si trabajaba para él.

(En definitiva, Andro jamás pudo reunirse con sus camaradas. Vegetó en Ecuador durante varios meses y realizó una serie de trabajos, entre ellos el de «bala de cañón humana» en un circo. Calica llegó a Caracas, se encontró con Alberto,

consiguió trabajo y vivió casi diez años en Venezuela antes de volver a la Argentina. Ni él ni Andro volverían a ver a Ernesto.)

Eran dos para partir. Después de una serie de demoras interminables, el *Guayos* se disponía a zarpar. Ernesto dejó su talego a Andro, quien le dio una maleta más grande en la que cabían sus libros. El 31 de octubre, Andro se despidió de Ernesto y Gualo entre las pilas de cocos que atestaban el muelle. Ernesto hizo un relato frío de la partida: «El instante de las despedidas siempre frío, siempre inferior a lo que uno espera encontrándose en ese momento incapaz de exteriorizar un sentimiento profundo».

Pero Andro guarda un recuerdo nítido: Ernesto, generalmente reservado, «lloraba como un chico» al decirle cuánto apreciaba su amistad. Conmovido por la demostración de afecto, abrumado por la emoción, Andro se alejó del muelle antes de que zarpara el *Guayos*.

II

Al navegar rumbo al norte, hacia Centroamérica, Ernesto sabía que su destino era una región «donde los países no son verdaderas naciones sino estancias privadas» de los dictadores de turno. Unos años antes, su poeta preferido, Pablo Neruda, había escrito el poema «The United Fruit Co». en el que maldecía a la empresa explotadora por crear «repúblicas bananeras» sumisas, gobernadas por déspotas títeres. «El reino déspota de las Moscas…» lo llamó Neruda. «Trujillo la mosca y Tacho la mosca, las moscas llamadas Carias, Martínez, Ubico —todas moscas, moscas… el reino sangriento de las moscas».

Efectivamente, en 1953, con la única excepción de Guatemala, el puñado de naciones agrarias atrasadas del istmo centroamericano era un conjunto de «repúblicas bananeras» dominado por Estados Unidos. En esa cinta delgada de tierra que unía América del Norte y del Sur, Panamá era un Estado menos que soberano, creado cincuenta años antes por Teddy Roosevelt para asegurar el control norteamericano sobre el Canal recientemente construido. A pesar de las tensiones nacionalistas crecientes, Estados Unidos conservaba su jurisdicción sobre la *Canal Zone* que dividía el país en dos. Allí mantenía bases militares y ejercía un papel preponderante sobre la economía y la vida política panameñas.

En Nicaragua, el corrupto general Anastasio «Tacho» Somoza García gobernaba desde la década de 1930. Había llegado al poder mediante la traición, al ordenar el asesinato del dirigente guerrillero nacionalista Augusto César Sandino mientras negociaba con él para poner fin a muchos años de guerras civiles y constantes incursiones de los marines norteamericanos. Somoza, un anticomunista acérrimo, tenía muchos amigos en Washington y fue a instancias suyas que la CIA inició las hostilidades contra la revolución reformista guatemalteca.

El Salvador, país diminuto, era gobernado férreamente por su oligarquía cafetalera. Una sucesión de dictadores militares gobernaba el país desde la derrota, veinte años antes y a costa de treinta mil vidas, de una rebelión campesina dirigida por los comunistas. La mayoría campesina vivía bajo un régimen feudal. Los gobiernos de la vecina Honduras, falta de carreteras, subdesarrollada y subpoblada, eran títeres lamentables de la United Fruit Company, que poseía enormes plantaciones además de los puertos y ferrocarriles del país.

Costa Rica era la excepción a la regla. También era anfritiona de la United

Fruit, pero a partir de su «revolución» reformista de 1948 dirigida por José «Pepe» Figueres había negociado mejores condiciones de intercambio comercial sin perder la benevolencia de Washington, ya que se había abstenido de expropiar los intereses extranjeros. Allí reinaba un clima de tolerancia y moderación política que le había ganado el calificativo de «la Suiza de Centroamérica».

Las vecinas islas del Caribe, con sus haciendas y sus poblaciones de descendientes pobres de los esclavos negros, conformaban un conjunto de dominios imperiales bajo gobernadores blancos designados en Londres, París o La Haya. Las mismas potencias europeas aún tenían colonias en el continente: la diminuta Honduras Británica en la península de Yucatán y las remotas Guayanas en el cabo septentrional de Sudamérica seguían en manos holandesas, francesas y británicas. Estados Unidos había ingresado en el club imperial con su virtual anexión de Puerto Rico. Había arrebatado la isla a España medio siglo antes y la había incorporado a la «mancomunidad» norteamericana en 1952. Sólo Haití, la República Dominicana y Cuba eran repúblicas independientes y todas vegetaban bajo regímenes inestables, corruptos o ambas cosas a la vez. El siniestro general Rafael Trujillo, un ególatra en grado patológico, gobernaba y expoliaba la República Dominicana desde 1930. La Haití negra, desestabilizada por un golpe de Estado en 1950, no tardaría en caer en las manos siniestras del doctor François «Papa Doc» Duvalier. Y desde el golpe militar de 1952, Cuba estaba sometida a la arbitrariedad del general Fulgencio Batista.

III

Cuando el *Guayos* atracó en Panamá, Ernesto y Gualo consiguieron una pensión barata donde les permitían dormir en un pasillo por un dólar y medio diario. En el consulado argentino se enteraron de que Rojo y Valdovinos ya habían partido a Guatemala, pero les habían dejado una carta. Les contaban de algunos contactos en la federación estudiantil panameña y la noticia insólita de que Valdovinos se había casado después de un noviazgo fulminante con Luzmila Oller, de veintitrés años, hija de un diputado panameño.

Conocieron a Luzmila, que no había partido con Valdo, y se enteraron de que su casamiento había provocado una «revolución» en la familia; el padre había abandonado la casa, la madre se había negado a conocer a Valdovinos y se había armado un verdadero escándalo, ya que la familia consideraba al novio un truhán buscador de fortuna. En su diario, Ernesto escribió con desdén que Valdo siguió viaje a Guatemala «sin echarse un polvo ni, al parecer, una franela [caricias] en serio». Sobre la flamante señora Valdovinos dice que es una chica «muy simpática, parece bastante inteligente pero es demasiado católica para mi gusto».

Ernesto y Gualo salieron a buscar ayuda. El cónsul argentino resultó un hombre servicial, y los contactos universitarios también resultaron útiles. Rápidamente hicieron amistad con los estudiantes y se unieron a un grupo interesante de poetas, artistas y activistas políticos que se reunía en los cafés Iberia y Coca-Cola. Los nuevos amigos les ayudaron a pagar la cuenta de la pensión y recomendaron a Ernesto que hablara con los directores de ciertas revistas para ofrecerles notas sobre sus viajes. En la Facultad de Medicina organizaron una conferencia sobre las alergias. Ernesto escribió: «Tal vez podamos escribir en una revista llamada *Siete*, tal vez dé una conferencia y tal vez comamos mañana».

Días después apuntó: «Ya di la famosa conferencia ante un público de 12 personas… 25 dólares. Escribí una crónica sobre el Amazonas, 20 [dólares], y una sobre Machu Picchu, probablemente 25. Nos vamos a cambiar de casa, a una gratis».

Le pagaron el artículo sobre el Amazonas, una crónica de su aventura en balsa con Alberto Granado publicada en *Panamá-América*. Pero anotó en su diario que la otra, sobre Machu Picchu, se estaba «peleando», ya que los directores de *Siete* objetaban su sesgo antinorteamericano. En «Machu Picchu, enigma de piedra

en América», publicado el 12 de diciembre de 1953, Ernesto disparó todos sus cañones contra los yanquis que saquearon el patrimonio arqueológico del Perú. El artículo describe la historia del imperio inca, el descubrimiento de Machu Picchu por Hiram Bingham, y comenta: «Aquí hay una parte triste. Todas las ruinas quedaron limpias de malezas, perfectamente estudiadas y descritas y… totalmente despojadas de cuanto objeto cayera en manos de los investigadores, que llevaron triunfalmente a su país más de doscientos cajones conteniendo inapreciables tesoros arqueológicos y también, por qué no decirlo, de importante valor monetario. Bingham no es culpable; objetivamente hablando, los norteamericanos, en general, tampoco son culpables; un gobierno imposibilitado económicamente para hacer una expedición de la categoría de la que dirigió el descubridor de Machu Picchu tampoco es culpable. ¿No lo hay, entonces? Aceptémoslo, pero ¿dónde se pueden admirar o estudiar los tesoros de la ciudad indígena? La respuesta es obvia: en los museos norteamericanos».

No es sorprendente que tuviera problemas con el jefe de redacción: semejantes opiniones provocarían controversias en Panamá, dominado por los norteamericanos desde la Zona del Canal con sus bases militares. Y como si lo anterior no fuera suficiente, concluyó la nota con una síntesis que revela su incipiente pensamiento político. «Conformémonos, por ahora, con darle a la ciudad los dos significados posibles: para el luchador que persigue lo que hoy se llama quimera, el de un brazo extendido hacia el futuro cuya voz de piedra grita con alcance continental: "Ciudadanos de Sudamérica, reconquistad el pasado"; para otros, aquellos que simplemente huyen del mundanal ruido, es válida una frase anotada en el libro de visitantes que tiene el hotel y que un súbdito inglés dejó estampada con toda la amargura de su añoranza imperial: "I'm lucky to find a place without a CocaCola propaganda" [Soy afortunado de encontrar un lugar sin propaganda de Coca-Cola]».

Ernesto probablemente lo consideró un buen lugar donde «iniciar las hostilidades» contra el país que se le aparecía como un enemigo mortal. Entretanto, empezó a incluir en su diario listas y semblanzas de las personas que conocía; las evaluaba de acuerdo con sus cualidades humanas y, cada vez más, con su «solidez» política. Por ejemplo, en la Universidad de Panamá conoció a un «doctor Carlos Guevara Moreno quien me impresionó como un demagogo inteligente, muy conocedor de la psicología de las masas pero no mucho de la dialéctica de la historia. Es muy simpático y cordial y nos trató con deferencia. Da la impresión de que sabe lo que hace y adónde va, pero no llevará una revolución más allá de lo estrictamente indispensable para contentar a las masas. Es admirador de Perón».

Lo más notable de esta descripción es el criterio que sigue para juzgar a la gente. En el caso del doctor Moreno, lo importante era su conocimiento de la

ideología marxista y su valor potencial como *revolucionario*. Al leer estos retratos, es inevitable tener la sensación de que Ernesto anota a estas personas en su diario en función de su utilidad potencial como actores en una revolución que trasciende las fronteras nacionales, como si afloraran en su conciencia las primeras nociones vagas de su futuro programa.

Mientras Ernesto forjaba su espada en el Panamá tropical, en Buenos Aires Guevara Lynch se preocupaba por su hijo vagabundo. La carta desde Guayaquil en la que Ernesto contaba cómo había empeñado su traje lo había enfadado. Resuelto a que su hijo, *el doctor Guevara*, llevara la indumentaria correspondiente a su condición, decidió hacer confeccionar un vestuario a su medida. Calculó que las medidas de Carlos Lino, el novio de su hija Ana María, eran similares a las de Ernesto y lo llevó a la sastrería del Instituto de Obra Social de la Armada, donde Roberto tenía un puesto como abogado.

A pesar de las objeciones de Carlos, que era más alto y delgado y además sabía que Ernesto desdeñaba la ropa, Guevara Lynch hizo confeccionar un conjunto de traje, corbata y chaqueta. Recuerda Lino: «Entonces compró una valija y metió toda la ropa adentro y la envió a Ernesto en Panamá. Ernesto recibió la valija y después envió una carta al viejo que decía: "Qué poco valor tiene la ropa argentina: ¡me dieron sólo cien dólares por todo!"»

A fines de noviembre, la situación económica de Ernesto y Gualo volvía a ser desesperante. La salida del barco en que esperaban viajar a Costa Rica había sido aplazada. Resolvieron seguir viaje por tierra, pero nuevamente tuvieron problemas de visado. «Nuestra situación es mala —escribió en su diario—. El cónsul de Costa Rica es un pelotudo y no nos da la visa… La lucha se vuelve pesada…»

Luzmila ya estaba preparada para reunirse con Valdo en Guatemala. Se había reconciliado con su familia y esperaba conseguir un puesto diplomático en la embajada panameña en Guatemala. Antes de partir, acudió en ayuda de Ernesto y Gualo con un préstamo de cuarenta y cinco dólares. Ya tenían los visados costarricenses y todo estaba dispuesto. Partieron con cinco dólares que les quedaron después de pagar deudas, pero no tardaron en surgir los problemas.

En algún lugar del norte de Panamá, el camión que los transportaba sufrió una avería y se salió del camino. Al cabo de dos días de viaje en trenes rurales y a pie, cruzaron a Costa Rica y llegaron a Golfito, un bello puerto sobre el Pacífico. Éste era un puerto bananero construido por la United Fruit para sus «10 000 empleados». Ernesto tomó nota de la división de la ciudad «en zonas bien definidas hasta con guardianes que pueden impedir el paso y, por supuesto, la

mejor zona es la de los gringos. Se parece algo a Miami pero naturalmente que los pobres no están en el mismo lugar y [los gringos] se ven impedidos entre las cuatro paredes de sus casas y el estrecho grupo [social] que forman».

Después de una visita al hospital observó críticamente: «El hospital es una confortable casa donde se puede dar una correcta atención médica y cuyas comodidades varían según la categoría de la persona que trabaja allí, en la compañía. Como siempre, se puede ver el espíritu de clase de los gringos».

Al día siguiente se embarcaron en un buque de la United Fruit Company que Ernesto llamó «la famosa *Pachuca* (que transporta *pachucos*, vagos)». El nombre verdadero del barco era *Río Grande* y recorría la costa del Pacífico hasta el puerto costarricense de Puntarenas. La travesía empezó bien, pero en pocas horas el mar se puso agitado y «la *Pachuca* empezó a volar».

Ernesto escribió: «Casi todos los pasajeros, incluyendo a Gualo, empezaron a vomitar. Yo me quedé afuera con una negrita que había levantado, Socorro, más puta que las gallinas, con dieciséis años a cuesta». Como marinero veterano, Ernesto no sufrió mareos y pasó los dos días de la travesía retozando con la sumisa Socorro. Se despidió de ella en Puntarenas y con Gualo se dirigieron tierra adentro hacia San José, la capital.

La pequeña ciudad de tejados de tejas rojas y de cinc bajo el cielo azul y asentada sobre las suaves laderas verdes era la nueva sede de la Legión del Caribe. Esta alianza política regional en favor de la democracia tenía su sede original en La Habana bajo la protección del expresidente cubano Carlos Prío Socarrás, pero se había trasladado a San José después del golpe de Batista. Ahora los dirigentes políticos exiliados por las dictaduras de Venezuela, la República Dominicana y Nicaragua se reunían en San José a conspirar bajo la guía del presidente Figueres.

Pepe Figueres era una rareza: un político latinoamericano respetado en Washington por dirigentes conservadores y liberales. El diminuto costarricense había logrado esa hazaña gracias a la cauta moderación de sus reformas políticas: había abolido el ejército costarricense, nacionalizado los bancos y extendido el control del Estado sobre la economía, pero no había tocado los intereses extranjeros. Había ganado favores al ilegalizar el Partido Comunista, a la vez que ejercía presiones para que Washington modificara su política tradicional de apoyarse en las dictaduras regionales y apoyara las reformas democráticas.

Las principales «alternativas democráticas» latinoamericanas, además de Figueres, eran Víctor Raúl Haya de la Torre, del APRA (Alianza Popular Revolucionaria Americana) peruano, y la Acción Democrática venezolana dirigida

por Rómulo Betancourt, quien había presidido un gobierno de coalición liberal hasta que los militares lo derrocaron y entregaron el poder a Marcos Pérez Jiménez. Sus programas eran «socialdemócratas» moderados y a la vez férreamente anticomunistas: promovían simultáneamente la reforma social y las inversiones extranjeras. El Partido Democrático Revolucionario dominicano dirigido por el cuentista y político mulato Juan Bosch representaba la extrema izquierda de los partidos en el exilio, pero su plataforma distaba mucho de ser abiertamente marxista.

Haya de la Torre estaba en su quinto año de asilo político en la embajada argentina en Lima, pero tanto Bosch como Betancourt se hallaban en Costa Rica, y Ernesto estaba muy interesado en conocer sus posiciones sobre la reforma social y política. Le interesaban sobre todo sus posiciones con respecto a Estados Unidos, que se había convertido en su criterio principal para determinar la legitimidad política de un dirigente. Pero Gualo y él también debían sobrevivir, de manera que volvieron a gorronear mientras trataban de satisfacer sus intereses.

Para empezar, acudieron al expresidente costarricense Otilio Ulate, quien estaba «demasiado ocupado», pero pasaron un día con Juan Bosch y el dirigente comunista costarricense Manuel Mora Valverde. Unos días después Ernesto conoció a Rómulo Betancourt. De los tres, quien más lo impresionó fue el comunista Mora Valverde, «un hombre tranquilo… con una serie de movimientos de tipo de tics que indican una gran intranquilidad interior». Tomó nota de los análisis de Mora de la historia costarricense reciente y de la política pronorteamericana de Figueres. En resumen, escribió: «Cuando Figueres se desengañe sobre la bondad del Departamento de Estado viene la incógnita: ¿luchará o se someterá? Así está el dilema y veremos qué pasa».

Describió a Juan Bosch como «un literato de ideas claras y de tendencia izquierdista. No hablamos de literatura, simplemente de política. Calificó a Batista de hampón rodeado de hampones». Su descripción de Rómulo Betancourt es lapidaria: «Me da la impresión de ser un político con algunas firmes ideas sociales en la cabeza y el resto ondeante y torcible para el lado de las mayores ventajas. En principio está firmemente con Estados Unidos. Falseó el Pacto [Interamericano de Defensa Recíproca] de Río [de 1948] y se dedicó a hablar peste de los comunistas».

Poco después, Ernesto y Gualo partieron haciendo autostop hacia Nicaragua, la tierra que llamó «la estancia de Tacho» [Somoza]. Al cruzar la frontera, bajo una lluvia torrencial, se topó inesperadamente con Ricardo Rojo. Viajaba con los Beveraggi, unos hermanos argentinos que conducían su propio coche hacia Sudamérica. Después de un par de semanas en Guatemala y sin nada que hacer, Rojo los había acompañado. Puesto que el paso por tierra a Costa Rica

era intransitable, Rojo y sus compañeros siguieron por la costa hacia el sur en busca de una balsa. Allí decidieron separarse: Rojo y Walter Beveraggi volarían a San José; Ernesto y Gualo irían a Guatemala con Domingo Beveraggi, quien vendería el coche al llegar allí.

Aquella noche mantuvieron una larga discusión acerca de problemas políticos argentinos, y según Ernesto llegaron a la siguiente conclusión sobre sus respectivas posiciones: «Rojo, Gualo y Domingo eran radicales intransigentes [un desprendimiento liberal de la Unión Cívica Radical argentina dirigido por el doctor Arturo Frondizi, el mentor de Rojo]; Walter, laborista [del Partido Laborista, de izquierda] y yo francotirador, según el Gordo [Rojo]».

Walter Beveraggi había sido encarcelado y torturado en 1948 por participar en una conspiración para derrocar a Perón después de que el Partido Laborista rompiera con «el capo», que quería formar un partido peronista bajo su exclusivo control. Beveraggi se había fugado y lo habían despojado de su ciudadanía mientras vivía exiliado en Estados Unidos.[11] Esa muestra de hasta dónde estaba dispuesto a llegar Perón en la persecución de sus adversarios puso nervioso a Rojo, quien con Valdovinos había realizado una conferencia de prensa en Guatemala para expresar sus críticas al presidente argentino. Aunque no se sentía partícipe de esta polémica argentina, Ernesto escuchaba con interés y en ocasiones expresaba uno de esos comentarios filosos que le granjearon el mote de «francotirador».

Ernesto, Gualo y Domingo Beveraggi siguieron hasta la frontera hondureña, donde llegaron con veinte dólares entre los tres. Después de una parada para reparar los neumáticos, atravesaron una zona rural árida de Honduras; en un solo día cruzaron el paisaje salvadoreño dominado por los volcanes y llegaron a las montañas verdes de Guatemala. Pagaron los derechos de migración en especie: café al salir de El Salvador y una linterna para entrar en Guatemala. La mañana del 24 de diciembre llegaron a la ciudad de Guatemala. Les quedaban tres dólares.

IV

En la década de 1950, Guatemala era una ciudad pequeña, conservadora y provinciana, un enclave urbano de blancos y mestizos privilegiados en un país preponderantemente rural e indígena de asombrosa belleza natural. Las cordilleras de volcanes selváticos, lagos y cafetales —y aldeas de campesinos indígenas— descienden hacia la costa tropical del Pacífico con sus plantaciones azucareras y

sus granjas.

Pero la imagen de postal presentada por los sucesivos gobiernos a los extranjeros, de nativos con sus vestimentas multicolores trabajando felices en armoniosa comunión con su hábitat, era engañosa. A pesar del tiempo transcurrido, la conquista española parecía un hecho reciente; una minoría criolla blanca y mestiza había dominado durante siglos a la mayoría nativa que ganaba su subsistencia trabajando en las vastas haciendas de la oligarquía o las de la United Fruit Company.

Esta situación se prolongó como un hecho natural hasta el año 1944, cuando el movimiento estudiantil y magisterial derrocó la férrea dictadura autoritaria de Ubico, exigió la reforma democrática y llevó al poder al maestro y doctor en filosofía Juan José Arévalo. Arévalo no pudo iniciar todas las reformas que promovía, pero lo sucedió un coronel de tendencia izquierdista, Jacobo Arbenz, que las llevó adelante. La medida más sediciosa de Arbenz fue el decreto de reforma agraria, convertido en ley en 1952, que puso fin al sistema oligárquico de los latifundios y nacionalizó las propiedades de la United Fruit.

Ello le granjeó el odio eterno de la élite conservadora y de la poderosa United Fruit, que mantenía vínculos sumamente estrechos con el gobierno de Eisenhower. Entre sus contactos se hallaban los hermanos Dulles, secretario de Estado uno y director de la CIA el otro. Ambos habían estado asociados con la United Fruit a través de su trabajo con la firma legal Sullivan and Cromwell y su cliente, la J. Henry Schroeder Banking Corporation, asesora financiera de International Railways of Central America, IRCA. Esta empresa había sido la propietaria de casi todos los ferrocarriles guatemaltecos antes de venderlos a la United Fruit. John Foster Dulles manejó esa transacción. Su hermano Allen había sido miembro de la junta directiva del Banco Schroeder, utilizado por la CIA para blanquear los fondos que empleaba en sus operaciones clandestinas.

Las relaciones entre el gobierno de Eisenhower y la United Fruit eran manifiestamente íntimas. La familia de John Moors Cabot, secretario adjunto de Asuntos Interamericanos, poseía intereses en la United Fruit; la secretaria privada de Eisenhower estaba casada con el gerente de Relaciones Públicas de la empresa, y así sucesivamente. Con semejantes amigos, la United Fruit podía ejercer presión a voluntad. Para incrementarla tomó como consultor al tenaz Spruille Braden, el principal emisario de Truman en América Latina. En 1953, en un fogoso discurso en la Universidad de Dartmouth, Braden instó al gobierno de Eisenhower a intervenir militarmente contra los «comunistas» en Guatemala. A continuación, en una muestra de hasta dónde estaba dispuesta a llegar, la United Fruit organizó una rebelión armada en la capital provincial de Salama. Durante los juicios de algunos

sediciosos salió a la luz la participación de la United Fruit en la rebelión, pero no de la CIA. La agencia de espionaje y la empresa ya discutían nuevos planes para derrocar al gobierno guatemalteco.

A fines de 1953 los frentes de batalla entre Guatemala y Washington estaban claramente trazados. Los vecinos centroamericanos, en especial los dictadores como Somoza, clamaban a voz en cuello que temían las consecuencias para sus países. Entretanto, centenares de izquierdistas latinoamericanos acudían a Guatemala, algunos como exiliados políticos, otros para conocer, como Ernesto, la experiencia «socialista». Su presencia constituía un elemento combustible en el clima recalentado del país a medida que la guerra de declaraciones entre los gobiernos de Arbenz y Eisenhower se intensificaba diariamente.

Aunque lo disimulaba con su actitud exterior de no intervenir en la vida local, cuando llegó a Guatemala Ernesto aparentemente había sufrido una conversión política interior, o al menos trataba de convencerse a sí mismo de ello. Si bien tardaría algún tiempo en poner en práctica sus nuevas convicciones, éstas explican en parte la atracción que Guatemala ejerció sobre él. Uno de los indicios de ello se encuentra en un pasaje enigmático que había escrito en Buenos Aires mientras redactaba sus *Notas de viaje*. Lo llamó «Acotación al margen», título apropiado porque no tiene nada que ver con el relato de sus viajes.

Sin decir dónde se produjo la «revelación», Ernesto se situó en «un pueblo serrano», donde «las estrellas veteaban de luz el cielo». Sumido en las tinieblas, lo acompañaba otro hombre, de quien sólo eran visibles los cuatro dientes incisivos. «Todavía no sé si fue el ambiente o la personalidad del individuo el que me preparó para recibir la revelación, pero sé que los argumentos empleados los había oído muchas veces esgrimidos por personas diferentes y nunca me habían impresionado. En realidad, era un tipo interesante nuestro interlocutor; desde joven huido de un país de Europa para escapar al cuchillo dogmatizante, conocía el sabor del miedo (una de las pocas experiencias que hacen valorar la vida), después, rodando de país en país y compilando miles de aventuras había dado con sus huesos en esa apartada región y allí esperaba pacientemente el momento del gran acontecimiento.

»Luego de las frases triviales y los lugares comunes con que cada uno planteó su posición, cuando ya languidecía la discusión y estábamos por separarnos, dejó caer, con la misma risa de chico pícaro que siempre lo acompañaba, acentuando la disparidad de sus cuatro incisivos delanteros: "El porvenir es del pueblo y poco a poco o de golpe va a conquistar el poder aquí y en toda la tierra. Lo malo es que él tiene que civilizarse y eso no se puede hacer antes sino después de tomarlo. Se civilizará sólo aprendiendo a costa de sus propios

errores, que serán muy graves, que costarán muchas vidas inocentes. O tal vez no, tal vez no sean inocentes porque cometerán el enorme pecado *contra natura* que significa carecer de capacidad de adaptación. Todos ellos, todos los inadaptados, usted y yo, por ejemplo, morirán maldiciendo el poder que contribuyeron a crear con sacrificio, a veces enorme. Es que la revolución, con su forma impersonal, les tomará la vida y hasta utilizará la memoria que de ellos quede como ejemplo de instrumento domesticatorio de las juventudes que surjan. Mi pecado es mayor, porque yo, más sutil o con mayor experiencia, llámelo como quiera, moriré sabiendo que mi sacrificio obedece sólo a una obstinación que simboliza la civilización podrida que se derrumba…”».

Este interlocutor misterioso (por deducción, un marxista fugado de los pogromos de Stalin) cuyo pecado consciente era la «incapacidad de adaptarse» al poder ejercido por las masas incultas, se volvió hacia Ernesto con un vaticinio: «… usted morirá con el puño cerrado y la mandíbula tensa, en perfecta demostración de odio y combate, porque no es un símbolo (algo inanimado que se toma de ejemplo), usted es un auténtico integrante de la sociedad que se derrumba: el espíritu de la colmena habla por su boca y se mueve en sus actos; es tan útil como yo, pero desconoce la utilidad del aporte que hace a la sociedad que lo sacrifica».

Y entonces, debidamente advertido sobre las consecuencias del camino revolucionario, Ernesto tuvo su «revelación». «Vi sus dientes y la mueca picaresca con que se adelantaba a la historia, sentí el apretón de sus manos y, como murmullo lejano, el protocolar saludo de despedida… pero pese a sus palabras ahora sabía… sabía que en el momento en que el gran espíritu rector dé el tajo enorme que divida toda la humanidad en sólo dos fracciones antagónicas, estaré con el pueblo, y sé porque lo veo impreso en la noche que yo, el ecléctico disector de doctrinas y psicoanalista de dogmas, aullando como poseído, asaltaré las barricadas o trincheras, teñiré en sangre mi arma y, loco de furia, degollaré a cuanto vencido caiga entre mis manos. Y veo, como si un cansancio enorme derribara mi reciente exaltación, cómo caigo inmolado a la auténtica revolución estandarizadora de voluntades, pronunciando el *mea culpa* ejemplarizante. Ya siento mis narices dilatadas, saboreando el acre olor de pólvora y de sangre, de muerte enemiga; ya crispo mi cuerpo, listo a la pelea y preparo mi ser como a un sagrado recinto para que en él resuene con vibraciones nuevas y nuevas esperanzas el aullido bestial del proletariado triunfante».

Este pasaje revela los impulsos extraordinariamente apasionados —y melodramáticos— que se agitaban en el seno de Ernesto Guevara a la edad de veinticinco años. Ineludiblemente, la poderosa y violenta «Acotación al margen»[*] se presenta como una misteriosa precognición de la futura muerte de Ernesto Guevara y la explotación póstuma de su legado por tantos presuntos

«revolucionarios». Sea lo que sea, ha de considerarse un testimonio personal decisivo, porque los sentimientos que expresaba no tardarían en salir de la penumbra de sus pensamientos más recónditos para manifestarse en sus acciones.

V

Después de encontrarse con Valdo y Luzmila, Ernesto y sus compañeros fueron en busca de otra pensión donde «empezar a deber plata», como dijo en su diario.

Rojo volvió a Guatemala y poco después estuvo presente cuando Ernesto conoció una mujer que sería importante en su vida. Se llamaba Hilda Gadea, era una mujer menuda y regordeta de poco menos de treinta años y rasgos entre chinos e indígenas. Dirigente exiliada del ala juvenil del APRA peruano, colaboraba con el gobierno de Arbenz.

Así describiría el encuentro años después: «En nuestro primer encuentro, Guevara me causó una impresión negativa. Parecía demasiado superficial para ser inteligente, era egocéntrico y presumido… Más adelante me enteraría de que Guevara detestaba pedir favores, y cuando lo conocí sufría un ataque incipiente de asma. Esos ataques lo obligaban a mantener el pecho erguido en una posición incómoda para regular su respiración».

A pesar de esa primera impresión negativa, que ella reconoce se debía a su «desconfianza» innata de los argentinos —célebres entre sus vecinos por su esnobismo y vanidad—, poco después Hilda se enamoró de Ernesto. Pero en ese momento él pensaba en otras cosas: quería conocer a personas que pudieran ayudarlo a conseguir trabajo, y en su diario apenas la menciona de pasada como la mujer que lo presentó al profesor marxista norteamericano Harold White.

«Conocí a un gringo extraño que escribe boludeces sobre marxismo y lo hace traducir al castellano. El intermediario es Hilda Gadea y los que laboran Luzmila y yo. Hasta ahora cobramos 25 dólares. Yo doy clases de ingléscastellano con el gringo». Pero eso sólo servía para ocupar el tiempo. Ernesto gestionaba una entrevista con el ministro de Salud Pública guatemalteco, pero jamás pudo encontrarse con el hombre al que llamaba «el capo gris».

En carta a Andro Herrero, que seguía anclado en Guayaquil, escribió que «no tengo perspectivas de conseguir trabajo rápido pero al final las cosas saldrán bien y ya conseguiremos guita para mandarte y podrás ver esto; mi opinión personal es que [Guatemala] es interesante, aunque como todas las revoluciones, pierde algo al conocérsela íntimamente… Te envío un abrazo que no prolongaré

porque no me lavo desde hace diez días, porque el clima es frío y el agua también. Chau».

La Guatemala «revolucionaria» tal vez no satisfacía todas las expectativas de Ernesto, pero él aún no se había aventurado al campo, donde se había producido la reforma agraria. La capital había cambiado poco: en el pequeño centro comercial atestado de carteles de neón los vendedores ambulantes voceaban su mercadería, y los ricos de los barrios residenciales periféricos vivían tranquilamente detrás de sus muros cubiertos de buganvillas.

Pero a pesar de las apariencias de una vida cotidiana serena, la ciudad de Guatemala era un lugar interesantísimo a principios de 1954. Día a día Ernesto conocía a nuevas personas en la comunidad ecléctica de los exiliados políticos latinoamericanos. Había apristas peruanos, comunistas nicaragüenses, antiperonistas argentinos, socialdemócratas venezolanos y antibatistianos cubanos.

Después de conocer a la exiliada hondureña Helena Leiva de Holst, escribió con entusiasmo: está «cercana en algunos puntos a los comunistas y… me dio la impresión de ser muy buena persona. Por la noche plática con [el aprista exiliado Nicanor] Mujica e Hilda y cierta aventurilla con una maestra. Desde hoy trataré de escribir el diario todos los días y acercarme algo a la realidad política de Guatemala».

Aunque se empeñaba en conseguir un puesto remunerado en el Ministerio de Salud guatemalteco, Ernesto no había viajado semejantes distancias sólo para obtener trabajo. La suya era una aventura política personal, y si su familia lo desconocía, sus cartas disiparon cualquier ilusión. Poco a poco empezó a revelar sus verdaderos impulsos interiores.

El 10 de diciembre había enviado una carta desde San José a su tía Beatriz para ponerla al tanto de su viaje. Era la primera vez que sus convicciones ideológicas ocupaban un lugar destacado en su correspondencia personal. «Mi vida ha sido un mar de encontradas resoluciones hasta que abandoné valientemente mi equipaje y, mochila al hombro, emprendí con el compañero García el sinuoso camino que acá nos condujo. En el paso tuve la oportunidad de pasar por los dominios de la United Fruit, convenciéndome una vez más de lo terribles que son estos pulpos capitalistas. He jurado ante una estampa del viejo y llorado camarada Stalin no descansar hasta ver aniquilados estos pulpos capitalistas. En Guatemala me perfeccionaré y lograré lo que me falta para ser un revolucionario auténtico».

Y después de esta declamación que seguramente habrá desconcertado a

Beatriz, Ernesto se despidió con abrazos y besos de «tu sobrino el de la salud de hierro, el estómago vacío y la luciente fe en el porvenir socialista. Chau, Chancho».

En el consulado argentino en Managua, donde había ido en busca de correspondencia, había hallado un telegrama «estúpido» de su padre, que deseaba tener noticias y ofrecía girarle dinero si le hacía falta. Furioso, Ernesto respondió el 28 de diciembre con una carta brutal desde Guatemala. «Supongo que a esta altura te darás cuenta que no te voy a pedir plata aunque me esté muriendo, y si no llega una carta mía en el momento esperado, tendrás que ser paciente y esperar, a veces ni siquiera tengo para estampillas, pero siempre me las arreglo perfectamente para sobrevivir. Si alguna vez estás preocupado por algo, tomá el dinero que vas a gastar en el telegrama y tomate unas copas o algo así, pero de ahora en adelante no voy a contestar un telegrama como ése».

Con ese tono brutal, parecía trazar una línea defensiva entre él y su familia. Desde lejos, en un lugar donde no pudieran detenerlo o desviarlo con argumentos, les decía: «Éste soy yo, el verdadero yo, les guste o no; no pueden hacer nada al respecto, así que vayan haciéndose a la idea».

9. DÍAS SIN PENA NI GLORIA

I

Por primera vez en su vida, Ernesto se identificaba abiertamente con una causa política. Para bien o para mal, había elegido la revolución izquierdista guatemalteca. Escribió a su familia que a pesar de sus muchas deficiencias y defectos, en ese país se respiraba el «aire más democrático» de América Latina. Era el punto de inflexión: el francotirador escéptico, el «disector ecléctico de doctrinas y psicoanalista de dogmas» se había comprometido.

La valla siguiente era la de arraigarse y hallar una ocupación útil. Paradójicamente, jamás la salvaría. Su estancia en Guatemala resultaría valiosa como inmersión en los aspectos prácticos de la política, pero con la búsqueda infructuosa de puestos que le permitieran ser útil a la revolución. Los seis meses siguientes se volverían una sucesión frustrante de días «sin pena ni gloria. Estribillo que lleva características de repetirse en forma alarmante», como anotó en su diario.

Con todo, conocía a muchas personas. Hilda Gadea, que tenía buenas conexiones, trataba de ayudarlo a conseguir un puesto de médico y con ese fin le presentaba a altos funcionarios de gobierno. Entre ellos se encontraban Alfonso Bauer Paiz, el aristocrático ministro de Economía, y Jaime Díaz Rozzoto, secretario del presidente Arbenz. En sus encuentros interrogaba a estos hombres acerca de la revolución guatemalteca a la vez que les expresaba su deseo de hallar un puesto de médico. En esos primeros días tenía esperanzas de trabajar en un centro de tratamiento de la lepra en la remota selva del Petén, donde estaba también el conjunto de templos mayas de Tikal, el yacimiento arqueológico más rico del país.

Hilda también le presentó al profesor Edelberto Torres, exiliado político nicaragüense y estudioso de la obra del difunto poeta Rubén Darío. Su bonita hija Myrna había pasado un año en California estudiando inglés y trabajaba con Gadea en el Instituto de Fomento de la Producción, una agencia de créditos agrícolas creada por el gobierno de Arbenz. El hermano de Myrna, Edelberto hijo, secretario general de la Juventud Comunista Guatemalteca, acababa de volver de China. El hogar acogedor de los Torres, un lugar de reunión de Hilda y otros exiliados, recibió con agrado a Ernesto y Gualo. En su primera velada allí Ernesto conoció a varios exiliados cubanos que habían llegado meses atrás. Eran Antonio «Ñico» López, un hombre sumamente alto y delgado; Armando Arencibia, Antonio «Bigotes» Darío López y Mario Dalmau. Exaltados, informales, sin pelos en la

lengua, los cubanos eran un soplo de aire fresco en la comunidad de exiliados en Guatemala.

Los cubanos destacaban entre los demás expatriados políticos. Sólo ellos habían protagonizado una sublevación armada contra una dictadura, y a pesar del fracaso, su intrepidez y valentía les había granjeado admiración, además de mucha publicidad para su campaña contra Batista. Seis meses antes, Ñico y sus camaradas habían participado en los asaltos a los cuarteles Moncada y Bayamo dirigidos por el joven abogado Fidel Castro Ruz, y habían evitado la detención al refugiarse en la embajada guatemalteca en La Habana. El régimen de Arbenz había otorgado asilo político a los llamados *moncadistas*, quienes como huéspedes del gobierno aguardaban con impaciencia que su organización les enviara nuevas instrucciones. Entretanto, eran celebridades, huéspedes de rigor en las cenas y los *picnics* de la colonia de exiliados.

En ese momento, las perspectivas no parecían buenas para los cubanos. Su líder Fidel Castro, condenado a quince años de prisión por un tribunal cubano, cumplía la pena en una celda de aislamiento en la isla de Pinos. Pero a pesar de las circunstancias adversas, los cubanos en Guatemala, y Ñico en particular, se expresaban con vehemente convicción sobre el futuro de su lucha.

«Ñico estaba seguro de que su estadía en Guatemala sería breve —escribió Hilda—. Que en poco tiempo partiría hacia otro país para reunirse con Fidel y trabajar por la revolución. Su fe era tan grande, que quienquiera que lo escuchara estaba obligado a creerle».

Causó una fuerte impresión a Ernesto, quien rápidamente empezó a sentir afecto por Ñico, tan cordial y extrovertido. Se encontraban en reuniones sociales y se hicieron amigos. Para ganar dinero, Ñico y sus camaradas se unieron a Ernesto en la venta de mercadería a comisión. Ñico le puso el mote de «el Che argentino» debido al hábito típicamente argentino de su amigo de usar la palabra guaraní «che», y le contó sobre la incipiente lucha cubana y su dirigente Fidel Castro.

Un día, otro exiliado cubano, José Manuel «Che-Che» Vega, que vivía en el mismo hospedaje, se quejó de dolores agudos en el estómago. Ñico y Dalmau llamaron a Ernesto, quien lo examinó, llamó una ambulancia y lo acompañó al hospital, donde mejoró al cabo de unos días de tratamiento. A partir de entonces, dijo Dalmau, los cubanos se encontraban con Guevara «casi todos los días, en el Parque Central o en la pensión».

Pero por el momento, la prioridad de Ernesto no era Cuba sino Guatemala. Sus esfuerzos por ejercer la medicina resultaron vanos porque en el Ministerio de

Salud Pública le dijeron que debía concurrir a la facultad durante un año a fin de revalidar su título argentino. Ernesto rechazó la alternativa, dijo que la comunidad médica guatemalteca era un «círculo oligárquico cerrado» contra el cual «rompería lanzas» y empezó a buscar otras posibilidades.

En las cartas a su familia se burlaba de sus propias penurias económicas. El 15 de enero escribió: «Por ahora vendo en las calles una preciosa imagen del Señor de Esquipulas, un Cristo negro que hace cada milagro bárbaro… Ya tengo un riquísimo anecdotario de milagros del Cristo y constantemente lo aumento; entre broma y broma me le mando algún pechacito "per si cola" [por si cuela]».

Si sus familiares creían que bromeaba, se equivocaban. Ñico López y él habían elaborado un plan emprendedor para ganar dinero con la amplia devoción que suscitaba el Cristo Negro guatemalteco. A Ñico se le había ocurrido una idea que le parecía rentable: colocar un pequeño retrato del ídolo en un marco e instalar una bombilla eléctrica en la base para iluminarlo. Ñico los fabricaba y Ernesto los vendía.

Entretanto, a pesar de sus bromas, la familia se preocupaba. La tía Beatriz le envió dinero en un sobre que nunca llegó y luego una carta para preguntar si lo había recibido. La respuesta de Ernesto a la segunda carta, el 12 de febrero, era obstinadamente irónica. Dijo que sólo cabía suponer que «el democrático empleado de correos hizo una justa distribución de las riquezas. No mandés más plata, a vos te cuesta un Perú y yo encuentro aquí los dólares por el suelo; con decirte que al principio me dio lumbago de tanto agacharme para recogerlos. Ahora sólo tomo uno de cada diez, como para mantener la higiene pública, porque tanto papel volando y por el suelo es un peligro».

II

Mientras Ernesto y Gualo continuaban la lucha por la supervivencia, Myrna Torres y algunas de sus amigas empezaban a hacerse ilusiones románticas con los dos argentinos. Una noche, ella y su amiga Blanca Méndez, hija del director de Reservas Petroleras de Guatemala, tiraron una moneda para ver quién de las dos «conquistaba» a Ernesto. «Ganó Blanca —escribiría Myrna más adelante—. Por supuesto que Ernesto nunca se enteró».

Pero Myrna advirtió rápidamente que era Hilda, mayor y menos bonita que ella, quien más atraía a Ernesto. «Poco a poco, mis amigas también comprendieron que los argentinos, y sobre todo Ernesto, preferían conversar con Hilda porque ella podía discutir de política. Se hizo evidente que Hilda no nos invitaba a algunas reuniones. Al principio esto me molestaba, pero entonces comprendí que en realidad querían saber sobre la revolución guatemalteca y buscaban a Hilda para que los presentara a los dirigentes revolucionarios. Venían a nuestras fiestitas, pero no bailaban; preferían conversar con mi padre y mi hermano…»

El 11 de enero, Myrna escribió en su diario privado: «Estos chicos argentinos son gente de lo más rara: hoy pasaron por mi oficina camino de la de Hilda y lo único que dijeron fue, "Buenos días", y cuando volvieron, apenas: "Adiós, Myrna…" Me pareció extraño porque estoy acostumbrada a la efusividad de los cubanos. La verdad es que eran bastante amables; sólo que preferían las vinculaciones políticas».

Por supuesto que la verdad no era tan sencilla. Hilda era culta, le interesaba la política, ofrecía con generosidad su tiempo, sus contactos y su dinero y apareció en la vida de Ernesto cuando él necesitaba esas cosas. Más adelante Hilda diría que gracias a ella Ernesto conoció a Mao y Walt Whitman, mientras que él le ayudó a ampliar sus conocimientos acerca de Sartre, Freud, Adler y Jung, sobre los cuales disentían. Hilda rechazaba la estrechez que percibía en la filosofía existencialista de Sartre, así como la concepción sexual freudiana de la vida, concepciones que habían influido a Ernesto. Según ella, Ernesto se apartó gradualmente de ambas a medida que sus interpretaciones se volvieron más marxistas.

Las ideas de Hilda revelaban cierta influencia del marxismo, pero enmarcadas en una perspectiva socialdemócrata. Éste era uno de los principales puntos de desavenencia entre ambos. Ernesto señalaba la contradicción entre el

«pensamiento» marxista de Hilda y su afiliación al APRA, un partido basado principalmente en la clase media urbana. En sus discusiones con otros apristas, Ernesto había advertido que en el meollo de su ideología partidista campeaba un anticomunismo profundo. Desdeñaba al APRA y a su dirigente Víctor Raúl Haya de la Torre, a los que acusaba de abandonar su plataforma antiimperialista fundacional que reclamaba la lucha contra los yanquis y la nacionalización del Canal de Panamá. Hilda replicaba que la filosofía orientadora del partido seguía siendo antiimperialista y antioligárquica, que el abandono de los principios fundacionales era puramente táctico y que, una vez conquistado el poder, el partido llevaría a cabo una «auténtica transformación social».

Ernesto argumentaba que en las circunstancias que prevalecían en Latinoamérica, ningún partido que participara en las elecciones conservaría su carácter revolucionario. Al contrario, se vería obligado a entrar en componendas con la derecha y luego buscar acuerdos con Estados Unidos. Una revolución triunfante no podría evitar el choque frontal con el «imperialismo yanqui». Al mismo tiempo criticaba a los partidos comunistas, que en su opinión se habían apartado de las «masas trabajadoras» al entrar en alianzas tácticas con la derecha para ganar espacios de poder.

Otros solían participar en estas discusiones, entre ellos Ricardo Rojo y la exiliada hondureña Helena Leiva de Holst, con quien Ernesto tenía una estrecha afinidad. Era una activista política versada en el marxismo y había viajado por la Unión Soviética y China. En cambio, las diferencias políticas entre Ernesto y Rojo se ahondaban constantemente y las discusiones entre ambos eran incesantes.

«Cada vez que Rojo participaba de nuestras discusiones —escribió Hilda—, llegaban al borde de los golpes… Guevara expresaba su simpatía por las conquistas de la revolución en la Unión Soviética, mientras Rojo y yo interponíamos muchas objeciones… Pero yo admiraba la revolución [soviética], mientras Rojo la deploraba con argumentos superficiales. Una vez, después de una discusión, mientras los dos me acompañaban a casa, se pusieron a discutir otra vez, y de manera muy enconada. El tema siempre era el mismo. Ernesto decía que la revolución violenta era el único camino; la lucha tenía que ser contra el imperialismo yanqui, y cualquier otra solución, como las que proponían el APRA, Acción Democrática y el MNR [Movimiento Nacionalista Revolucionario de Bolivia], era una traición. Rojo replicaba con energía que el proceso electoral ofrecía una solución. La discusión se volvía más acalorada con cada argumento».

Hilda trató de serenarlo, pero Ernesto se enfureció y la obligó a callar a gritos. Más tarde, a solas con ella, se disculpó: «Perdoname. Me dejo llevar por la discusión y no me doy cuenta de lo que digo… es que este gordo me hace perder la

cabeza con sus argumentos capituladores. Acabará como agente del imperialismo».

Mientras Ernesto y sus amigos discutían sobre teoría política, la Agencia Central de Inteligencia desarrollaba sus planes para enterrar el efímero experimento revolucionario guatemalteco. En enero de 1954, el proyecto clandestino ya tenía nombre: «Operación Éxito». Los dictadores adictos de la región como Trujillo, Somoza, Pérez Jiménez, y los presidentes de las vecinas Honduras y El Salvador participaban en los planes. Se había escogido a dedo una figura para encabezar el «Ejército de Liberación» contra Arbenz: un vendedor de muebles, excoronel del ejército, llamado Castillo Armas. Sus fuerzas paramilitares se entrenaban en Nicaragua, donde recibía sus armas.

A fin de coordinar la operación, agentes leales de la CIA reemplazaban a los diplomáticos norteamericanos en Costa Rica, Nicaragua y Honduras. John Puerifoy, extravagante embajador en Guatemala, había ocupado su puesto dos meses antes. Lo habían elegido especialmente para coordinar la «Operación Éxito» y el desenlace esperado, la transición del poder en Guatemala.

A fines de enero la campaña clandestina quedó desenmascarada al salir a la luz la correspondencia entre Castillo Armas, Trujillo y Somoza, en la que detallaban su conspiración en alianza con un «gobierno del norte». El gobierno de Arbenz difundió la noticia y exigió explicaciones al «gobierno del norte», es decir, Estados Unidos. El 2 de febrero, Ernesto escribió en una carta a su padre: «Políticamente no andan las cosas tan bien porque se recela en todo momento un golpe patrocinado por tu amigo Ike».

El Departamento de Estado negó tener conocimiento de la conspiración y se negó a ampliar sus comentarios. La CIA continuaba sus preparativos con toda tranquilidad. Sus agentes circulaban por Guatemala y los países vecinos con una falta de disimulo que hoy parecería irresponsable, pero semejante descaro tenía un propósito: el proyecto requería generar un clima de tensión e incertidumbre a fin de crear divisiones en las fuerzas armadas, debilitar la firmeza de Arbenz y, en lo posible, provocar un golpe de Estado.

En ese clima agitado se acrecentaron las sospechas de Ernesto hacia los norteamericanos. Cuando Rojo lo presentó a Robert Alexander, un profesor de la Universidad de Rutgers que reunía material para un libro sobre la revolución guatemalteca, Ernesto se preguntó en voz alta si no era «un agente del FBI». Hilda y Rojo no compartían sus sospechas, pero no pudieron disipar las suyas y acabaron por reconocer que tal vez tenía razón.

Al mismo tiempo, entre los exiliados halló pocos cuya ideología fuera

suficientemente rígida para enfrentar al imperialismo en sus propios países, y menos aún que estuvieran dispuestos a combatir en defensa de la acosada revolución guatemalteca. Era una oportunidad para luchar por la libertad política, tal como hicieron los internacionalistas en defensa de la República española de los años treinta, pero no pasaba nada.

Tampoco el gobierno de Arbenz se libraba de sus críticas: según él, se mostraba demasiado complaciente frente a las amenazas crecientes. Edelberto Torres, el especialista en Darío, recuerda que Ernesto estaba preocupado por la rivalidad y la ausencia de verdadera unidad entre los socios de la coalición de gobierno. Alfonso Bauer Paiz, entonces ministro de Economía, recuerda que el joven argentino expresaba los mismos temores. Ernesto ponía el acento en el peligro de una invasión armada, organizada por Estados Unidos, y dudaba que Guatemala estuviera dispuesta a defenderse. «Creía que era necesario organizar una defensa popular y estar preparado para lo peor».

Es interesante destacar que después de su intento reciente de escribir notas periodísticas tendenciosas, Ernesto expresó su desdén por la irrestricta libertad de prensa en Guatemala. El 5 de enero escribió en una carta a la tía Beatriz que «éste es un país en donde uno puede dilatar los pulmones y henchirlos de democracia. Hay cada diario que mantiene la United Fruit que si yo fuera Arbenz lo cierro en cinco minutos, porque son una vergüenza, y sin embargo dicen lo que se les da la gana y contribuyen a formar el ambiente que quiere Norteamérica, mostrando esto como una cueva de ladrones, comunistas, traidores, etc…».

En una carta a su familia vaticinó: «… en las [inminentes] conferencias [de la OEA] de Caracas, donde los yanquis tenderán todos sus hilos para tratar de imponer sanciones a Guatemala. Bien es cierto que todos los gobiernos claudican frente a ellos, sus caballitos de batalla son Pérez Jiménez, Odría, Trujillo, Batista, Somoza. Es decir, dentro del gobierno reaccionario, los más fascistas y antipopulares. Bolivia era un país interesante, pero Guatemala lo es mucho más porque se ha plantado contra lo que venga, sin tener siquiera un asomo de independencia económica y soportando intentonas armadas de todo tipo… y sin atacar la expresión de libertad siquiera».

Ahora que las nubes de tormenta se acumulaban en el horizonte, muchos exiliados políticos abandonaban el país. Entre ellos estaban la mayoría de los venezolanos y los camaradas apristas de Hilda. A principios de febrero, Oscar Valdovinos partió con Luzmila. «Valdo» añoraba su país, y ella había conseguido un puesto diplomático en Buenos Aires. Rojo y Gualo anunciaron que también iban a partir.

En cambio, Ernesto declaró que permanecería allí por un tiempo más, sucediera lo que sucediese. En respuesta a una carta de Beatriz que transmitía una invitación de la tía Ercilia a pasar una temporada con ella en su residencia en Nueva York, escribió que «en principio» la respuesta era «no».

«Estados Unidos no me interesa demasiado aparte de echarle una mirada para completar mi periplo por los países de América. En todo caso, me quedaré aquí por lo menos seis meses, ya que tengo un trabajo que me da de comer y la posibilidad de dos buenos puestos de médico. De todas maneras… Guatemala es ahora el país más interesante de América y hay que defenderlo por todos los medios».

III

Mientras buscaba trabajo, Ernesto estudiaba temas médicos de su interés y a veces trataba algún paciente como el cubano «Che-Che» Vega. Además, colaboraba en el laboratorio del doctor Peñalver, un médico venezolano especialista en malaria.

Inició un proyecto que reunía sus dos intereses principales, la medicina y la política. La carta a Beatriz del 12 de febrero dice: «En el campo de la medicina social, y amparado en mi pequeña experiencia personal, estoy preparando un libro muy pretencioso, el que creo me llevará dos años de trabajo. Su título es: "La función del médico en América Latina" y [hasta ahora] sólo tengo el plan general y los dos primeros capítulos escritos. Creo que con paciencia y método puede decir algo bueno».

Después de escribir las primeras páginas, mostró su proyecto a Hilda. «Era un análisis sobre la falta de protección estatal y la escasez de recursos que enfrentaba la profesión médica y del tremendo problema sanitario imperante en nuestros países —recordó ella—. Me pidió que le ayudara a reunir estadísticas para cada país latinoamericano y le prometí hacerlo, ya que me parecía que el trabajo valía la pena. Además, me demostraba que era la obra de una mente inquieta y sensible a los problemas sociales».

Según la historiadora cubana María del Carmen Ariet, la única persona a quien la viuda de Guevara permitió estudiar y parafrasear el documento que se encuentra en el archivo familiar, el proyecto era un manual sobre la función del médico en una sociedad revolucionaria. Esbozaba una función social para los médicos en toda América Latina e incluso para sí mismo. No parece casual que proyectara terminar el libro en dos años, el mismo tiempo durante el cual esperaba ejercer la medicina en el interior guatemalteco. En ese momento llegaba al umbral de la actividad política revolucionaria a través del prisma de lo que llamaba la «medicina social». Aún no había recibido instrucción militar; los únicos conocimientos que podría aplicar en la práctica eran los de medicina.

En el plan de la obra, Ernesto reseñaba la historia de la medicina en América Latina desde la época colonial hasta el presente, la gama de problemas clínicos y los factores geográficos y económicos coadyuvantes. Luego abordaba un amplio análisis sobre tratamiento. A su juicio, sólo un programa de medicina social

preventiva permitiría afrontar eficazmente los males del subdesarrollo. De ahí se desprendía que el camino político correcto pasaba por un gobierno de tipo socialista.

En el esbozo del capítulo «El médico y su entorno», Ernesto expuso una hipotética situación futura en la que el médico cumpliría una función directa en la transformación revolucionaria hacia el socialismo. En primer lugar, expuso su definición de una realidad política latinoamericana colonialista integrada por los componentes siguientes: dominación por parte de grandes terratenientes, gobiernos antipopulares y autoritarios, dominación por el clero, ausencia de leyes eficaces y predominio económico de las empresas monopolistas extranjeras.

En el cumplimiento de sus funciones en la lucha contra esos componentes, el médico revolucionario debería enfrentar directamente a las autoridades en el poder a fin de brindar atención eficaz al pueblo, así como eliminar el saqueo y las ganancias. Consideraba que esta etapa transicional entre la «neutralidad armada» y la «guerra declarada» era una fase de preparación en la cual el médico debía adquirir un conocimiento profundo de la gente que tenía bajo su cuidado y de sus condiciones sanitarias, al mismo tiempo que ayudar a elevar su conciencia de clase y de la importancia de la salud en la vida cotidiana. Por último, era deber del médico revolucionario luchar contra las deficiencias —sociales y de todo tipo— que afectaban al pueblo, el «único soberano» al que debía servir.

Sin duda, la tesis de Ernesto se basaba en gran medida en su análisis de la situación imperante en la Guatemala «revolucionaria». En ese momento, se podía caracterizar la situación interior del país como «neutralidad armada» ante la amenaza de «guerra declarada» por parte del «Ejército de Liberación» de Castillo Armas respaldado por Estados Unidos. Tal vez de ahí se desprendía su tesis sobre la necesidad de que el «médico revolucionario» se insertara en el campo durante el período de neutralidad armada que precedía a la guerra declarada. Aún tenía esperanzas de que, en el momento de la crisis, el gobierno entregaría armas a los militantes del Partido Guatemalteco de los Trabajadores, el PGT (comunista), para ayudar en la defensa. En ese caso, y si el «pueblo» era capaz de rechazar la invasión, la revolución socialista quedaría instaurada inequívocamente en Guatemala.

El proyecto lo llevó a ahondar sus conocimientos del marxismo con nuevas lecturas de Marx, Lenin, Engels y el peruano José Carlos Mariátegui. Hilda lo acompañaba en sus maratonianas sesiones de lectura y pasaban horas discutiendo los problemas planteados en aquellas obras. Tenía un ejemplar de *La nueva China* que le prestó a Ernesto.

«Fue el primer libro que leyó sobre la gran revolución. Después de leerlo y cuando lo discutimos, expresó una gran admiración por la larga lucha del pueblo chino para tomar el poder, con ayuda de la Unión Soviética. También comprendió que su camino hacia el socialismo era un tanto diferente del que siguieron los soviéticos y que la realidad china era más afín a la de nuestros indios y campesinos. Como yo también admiraba la revolución china, conversábamos con frecuencia sobre ella y lo que se hacía allá». Ernesto también discutía sobre China con Helena Leiva de Holst y Edelberto Torres. Ambos habían estado allá y, entusiasmado por sus relatos, Ernesto añadió China a la lista de países que pensaba visitar en el futuro.

Dadas las sospechas y la antipatía que los norteamericanos despertaban en Ernesto, no deja de ser irónico que una de las personalidades clave en su educación política en esa época fuera Harold White. Sus reservas iniciales sobre el hombre mayor habían disminuido; como le dijo a Hilda, «es un buen gringo. Está cansado del capitalismo y quiere llevar una vida nueva».

Los tres pasaban mucho tiempo juntos y los fines de semana realizaban excursiones al campo. Con el inglés rudimentario de Ernesto, el español tosco de White y las traducciones frecuentes de Hilda que allanaban el camino, discutían de todo, desde los sucesos del día «hasta el marxismo, Lenin, Engels, Stalin, Freud, la ciencia en la Unión Soviética y los reflejos condicionados de Pavlov».

IV

Gualo García y Ricardo Rojo partieron a finales de febrero, y Ernesto se quedó solo; la amistad más estrecha que le quedaba era Hilda. Ya sus conocidos les tomaban el pelo por el noviazgo en ciernes, pero en realidad hasta ese momento no existía tal cosa.

Aparte de la afinidad intelectual y la atracción física, parece que el enamoramiento de Hilda se vio estimulado al menos en parte por sus instintos maternales. Él le habló de su enfermedad poco después de conocerla, recuerda Hilda. «A partir de entonces su padecimiento siempre me causó preocupación». Por su parte, Ernesto no tenía dudas de los sentimientos que despertaba en Hilda y aparentemente los explotaba a la vez que trataba de evitar una relación seria con ella.

Días después de la marcha de Gualo y Rojo, al visitar a Ernesto en su pensión, Hilda lo encontró en el vestíbulo de la planta baja en medio de un ataque de asma. «Era la primera vez que veía a él o a cualquiera sufrir un ataque agudo de asma, y me impresionaron la tremenda dificultad para respirar y el fuerte jadeo que venía de lo profundo de su pecho. Para disimular mi preocupación, insistí que se acostara; él respondió que sería lo mejor, pero no podía subir la escalera y se negaba a aceptar mi ayuda. Me dijo dónde estaba su cuarto y me pidió que subiera a buscarle una jeringa ya preparada… Hice lo que me pidió y lo miré mientras se aplicaba una inyección de adrenalina.

»Descansó un poco y su respiración se hizo menos dificultosa. Subimos lentamente la escalera; llegamos a su cuarto y se acostó. Me dijo que se aplicaba él mismo las inyecciones desde que tenía diez años. En ese momento comprendí plenamente el significado de su enfermedad. No podía dejar de sentir admiración por su fuerza de carácter y disciplina personal. Le trajeron la cena (arroz hervido y fruta). Yo trataba de disimular cuánto me había conmovido y conversaba sobre todo, sobre cualquier cosa, mientras pensaba qué pena que un hombre tan valioso que podía darle tanto a la sociedad, tan inteligente y generoso, tuviera que padecer ese mal; en su lugar, yo me hubiera matado de un tiro. Entonces decidí quedarme con él y darle apoyo, claro que sin enamorarme».

Tal vez Hilda aún tenía alguna duda sobre la conveniencia de iniciar un romance con Ernesto, pero es evidente que en las semanas siguientes empezó a

buscarlo con avidez. Aunque ella dice en sus memorias que Ernesto la perseguía, éste sostuvo en su diario íntimo que *ella* llevaba la iniciativa. A fines de febrero escribió: «No me moví debido al asma aunque parecería que ésta preveía un clímax con vómitos ocurrido anoche… Hilda Gadea sigue preocupándose mucho por mí y constantemente pasa a verme y me trae cosas».

Hilda no era la única mujer interesada en Ernesto. Como diría Myrna Torres años después, varias de sus amigas lo encontraron atractivo, pero eran demasiado tímidas para manifestarlo. Pero en febrero y marzo de 1954, la principal aspirante al afecto de Ernesto era la enfermera Julia Mejías. En la época en que Hilda «constantemente» pasaba a verlo y llevarle cosas, Julia Mejías había conseguido una casa junto al lago Amatitlán donde Ernesto podía pasar los fines de semana; también le ayudaba a buscar trabajo. Al poco tiempo empezaron a vivir una aventura.

Hilda, que desconocía esos amoríos clandestinos, trataba de conseguirle un puesto por medio de sus contactos. Uno de ellos era su compañero de trabajo Herbert Zeissig, miembro de la rama juvenil del PGT. Zeissig le consiguió un puesto, pero dijo a Hilda que Ernesto debería afiliarse al partido. Ernesto se enfureció: mandó decirle, por medio de Hilda, que cuando se afiliara al partido lo «haría por propia iniciativa, no por motivos espurios». Ya le había escrito a su tía Beatriz que se «identificaba» con el PGT, pero por razones éticas se negaba a afiliarse con el fin de conseguir trabajo. La admiración de Hilda creció aún más ante esa muestra de fidelidad a los principios.

Entretanto, la situación financiera de Ernesto seguía siendo crítica. Antes de partir, Ricardo Rojo había pagado la cuenta de la pensión correspondiente a Gualo, pero la deuda aún era grande y los trabajos ocasionales que conseguía no le daban dinero suficiente. Necesitaba un trabajo estable en la profesión médica y depositó muchas esperanzas y confianza en Helena Leiva de Holst, quien tenía buenas conexiones y prometió abordar nuevamente al ministro de Salud Pública. También el doctor Peñalver trataba de conseguirle algo. Pero al finalizar el mes Ernesto aún estaba sin trabajo y ya pensaba que debería abandonar Guatemala.

El 28 de febrero escribió a sus padres pidiendo que le enviaran la dirección de Ulises Petit de Murat, un guionista y crítico cinematográfico amigo de su padre que hacía cine en México: «… Por si me largo para allá». Por el momento, dijo, tenía una oferta de trabajo en una fábrica de carteles, pero no quería aceptarla porque le quitaría tiempo para buscar trabajo en el campo de la salud. Había ofrecido sus servicios de médico a una cooperativa campesina y a una plantación bananera, pero ninguna los aceptó porque no pertenecía al sindicato «de mierda» de los médicos guatemaltecos.

«De algún modo se solucionará —escribió—, y si no se soluciona, a otro lado y listo, eso sí, no creo que antes de cuatro meses, que es el tiempo que necesito para pagar deudas, conocer las ruinas mayas y conocer el país como la gente…»

Mientras en sus cartas conservaba el tono despreocupado, volcaba toda su frustración en su diario. Así sintetizó su situación: «Día de desesperanza consciente, vale decir no basado en crisis ciclotímicas, sino en el análisis frío de la realidad…»

Le informaron que su tía Sara de la Serna, hermana de su madre, estaba gravemente enferma de cáncer, y en un tono de ligereza casi brutal que revelaba el grado de su ensimismamiento escribió a Celia: «No puedo ofrecerte ningún tipo de consuelo, ni siquiera el de mi presencia que es imposible debido a las razones económicas que conocés. Sólo un fuerte abrazo y mirá hacia el futuro, alejate un poco del presente es lo único que te puedo aconsejar. Chau».

En marzo, su situación laboral cambió muy poco. Hilda pagó una parte de la deuda con la pensión y Julia Mejías le consiguió una entrevista para un puesto de médico en el Petén, lo cual le levantó el ánimo. «Tengo optimismo», escribió en su diario. El Petén era justamente el lugar que deseaba conocer. Escribió a sus padres que era «un lugar espléndido porque allí floreció la civilización maya… y porque hay más enfermedades que la mierda, de modo que uno puede aprender en forma (teniendo ganas, naturalmente)».

Pero el puesto en el Petén dependía de la aprobación del sindicato médico, y Ernesto decidió hablar con el presidente. Describió la entrevista con sorna: «Un hombre con ganas de conservar su puesto, anticomunista, me parece que intrigante, pero al parecer dispuesto a ayudarme. No fui lo suficientemente cauto pero tampoco arriesgué mucho».

Hilda hizo bastante alharaca cuando se enteró de las perspectivas de trabajo en el Petén; aparentemente le exigió algún tipo de compromiso en su relación. «Hilda sigue dándome cartitas —escribió en su diario—, pero la última estuvo muy tierna y cuando le dije que me iba al Petén quedó hablando pavadas. Me da lástima y le tengo un poco de miedo».

Entusiasmado por las perspectivas, se puso a estudiar las enfermedades parasitarias. Con alegría recibió una carta y un kilo de yerba mate de Alberto y Calica, que vivían y trabajaban en Caracas. Le contaban que ganaban mucho dinero, y Ernesto fantaseó un poco sobre las imágenes evocadas por sus palabras. Por fin recibió una buena noticia: aparentemente aprobarían su solicitud para el puesto en el Petén. Pero la relación con Hilda se complicaba, e hizo una pausa para

reflexionar sobre lo que hacía y sus motivos.

«Hilda me contó un sueño que había tenido en que yo era protagonista y que delataba claramente su ambición sexual. Yo sin tener sueños estoy con un ataque de asma. Hasta qué punto el asma no es una fuga, es algo que me gustaría saber. Lo más lindo es que el análisis de mí mismo me lleva honradamente —hasta donde se pueda— a la conclusión de que yo tendría que huir. Y sin embargo… Hilda y yo somos esclavos del mismo patrón y ambos lo negamos con los hechos. Quizás yo sea más consecuente pero en el fondo es lo mismo».

Aquí aparentemente intenta decir algo importante sobre sí mismo. A pesar del lenguaje indirecto, evidentemente reconoce que las vacilaciones propias de su personalidad también se traducen en el campo político: «El Petén me pone frente al problema de mi asma y yo, frente a frente y creo que lo necesito. Tengo que triunfar sin medios y creo que lo haré, pero también me parece que el triunfo será obra más de mis condiciones naturales (mayores de lo que mi subconsciente cree) que de la fe que ponga en ello. Cuando oía a los cubanos hacer afirmaciones grandilocuentes con una absoluta serenidad me sentía chiquito. Puedo hacer un discurso diez veces más objetivo y sin lugares comunes, puedo leerlo mejor y puedo convencer al auditorio de que digo algo cierto pero no me convenzo yo, y los cubanos sí. Ñico dejaba su alma en el micrófono y por eso entusiasmaba hasta a un escéptico como yo».

Aquí parece decir que tanto él como Hilda eran revolucionarios de corazón, pero no habían dado el paso de comprometerse totalmente con la causa. Sabía que la sola identificación con la revolución guatemalteca no era suficiente. Hilda seguía afiliada al APRA y en el momento crucial Ernesto se había negado a afiliarse al PGT. Aunque fuera por motivos de principios, aún vacilaba, seguía siendo el observador escéptico, el «francotirador» objetivo de siempre. Podía compararse con Ñico López, quien expresaba tanta fe en su lucha, una fe que no podía compartir mientras no participara realmente en la lucha política. También se preguntaba si el asma no era una forma de huir del compromiso.

Ahora le ofrecían un puesto en el Petén, una región selvática húmeda que sin duda agravaría su mal, pero a la vez el lugar justo donde poner en ejecución su plan de convertirse en un «médico revolucionario». Quería demostrarse a sí mismo que podía ser fiel a sus convicciones y a la vez superar el asma. Ésta se había convertido en símbolo de las ataduras malignas de la herencia que rechazaba. Quería forjarse una nueva identidad, formarse como revolucionario, vencer de una vez por todas las limitaciones con las que había nacido.

El autoanálisis le permitió aclarar sus pensamientos, pero el asma lo acosaba

implacablemente. Unos días después escribió en su lecho de enfermo de la pensión: «Poco y mucho ha pasado». El presidente del sindicato le había dicho que había buenas perspectivas de conseguir el puesto. «Hilda Gadea me declaró su amor en forma epistolar y en forma práctica. Yo estaba con bastante asma, si no tal vez la hubiese cogido. Le advertí que todo lo que podía ofrecerle era un contacto casual, nada definitivo. Pareció muy avergonzada. La cartita que me dejó al irse es muy buena, lástima que sea tan fea. Tiene 27 años».

Así pasaban los días. Ernesto le decía a todo el mundo que se iba al Petén aunque no tenía la menor seguridad. «Estoy por preparar una lista de cosas necesarias —escribió en marzo—. Ardo por irme. Me tiene inquieto Hilda, sobre la desazón de estar entrampándome cada vez más en este país».

Al mismo tiempo, crecían las presiones políticas sobre Guatemala. En marzo se realizó en Caracas la décima conferencia interamericana de la Organización de Estados Americanos. John Foster Dulles había aplicado suficiente presión para que se aprobara por mayoría la resolución del 26 de marzo que justificaba la intervención armada en cualquier Estado miembro que fuera «dominado por el comunismo» y por consiguiente constituyera una «amenaza hemisférica». México y la Argentina se abstuvieron, y sólo Guatemala, el blanco de la resolución, votó en contra.

El juego proseguía su marcha. Tras obtener esta victoria diplomática, el gobierno de Eisenhower se apresuraba a aprovechar la ventaja. La CIA entrenaba a los exiliados guatemaltecos en una hacienda de Somoza en Nicaragua. Había contratado una tripulación de pilotos mercenarios e introducido clandestinamente una docena de aviones en Nicaragua, Honduras y la Zona del Canal para usarlos en el ataque. Mientras tanto, sus agentes de la guerra psicológica preparaban grabaciones de propaganda y desinformación, imprimían volantes para arrojarlos sobre Guatemala desde los aviones y compraban armas soviéticas para plantarlas en el país en el momento que se necesitaran las «pruebas» de la colaboración soviética con Arbenz.

Myrna Torres se fue a Canadá, donde vivía su prometido. Al partir, escribió Ernesto, dejó «un saldo de corazones destrozados y sin saber ella lo que quiere, pero lo grave es que yo no sé si me voy. Siempre la misma incertidumbre…» Días después la incertidumbre había aumentado; el presidente del sindicato médico se había mostrado frío y evasivo al consultarlo sobre el puesto en el Petén. «Sólo Julia me responde. Y está buena…»[13]

Pero aparte del consuelo de Julia, se sentía amargado. Se refería al presidente del sindicato como un «hijo de puta». No esperaba «nada» de la

siguiente reunión y se quejaba de estar atrasado en su correspondencia por culpa de las gestiones. «El entusiasmo depende de la salud y de las circunstancias, ambas me fallan. El puesto del Petén parece cada vez más lejano… El asunto se pone jodido. Ya no sé qué mierda hacer. Hilda se pone pesada. Tengo ganas de volar a la mierda: tal vez Venezuela».

Pero no podía partir ya que no tenía dinero. Y así continuaba su penosa vida cotidiana. Para aprovechar el tiempo continuaba sus estudios de las enfermedades parasitarias en el laboratorio de Peñalver; resultó que el puesto en la plantación bananera, en un lugar llamado Tequisate, aún era posible. Hilda le dio algunas joyas para pagar la pensión, pero aún debía varios meses. La dueña le obligó a prometer que pagaría un mes en los días siguientes. Llegó el día de pago.

«Las cosas se pusieron feas en la pensión cuando el sábado no pude pagar ni cinco centavos. Dejé en prenda mi reloj, una cadena de oro y una piedra de anillo de Hilda y prometí un anillo de oro también de ella. Después de empeñar mi joyería me fui a Tequisate y en el camino se me descolgó el asma, como presagio de lo que será aquello si me llego a ir».

Le escribieron que su tía Sara había muerto y dejó momentáneamente de lado sus propias penas para musitar sobre sus sentimientos. «No la quería pero me impresionó su muerte. Era una persona sana y muy activa y parecía lo más lejos posible de una muerte de ese tipo, lo que no obstante es una solución, ya que las condiciones en que la hubiera dejado la enfermedad hubieran sido terribles para ella». Con un laconismo animoso que revelaba una frialdad nada acorde con las circunstancias, pero característica de las cartas a sus padres, escribió a su madre: «Ánimo, lo de Sara pasó y ahora París espera».

Ya era abril, y el principal obstáculo para el puesto en Tequisate era la residencia guatemalteca. Se volvía fatalista. «Los días siguen pasando pero ya no me importa un queso. Tal vez uno de estos días me mude a lo de Helenita Leiva, tal vez no, pero de todas maneras sé que el asunto tiene que arreglarse en alguna forma y no me caliento más los sesos».

En Semana Santa, al regresar de una excursión al campo, Ernesto, Hilda y Harold White se toparon con una procesión de encapuchados con cirios y una efigie de Cristo que le dio escalofríos. «Hubo un momento en que no me gustó ni medio, cuando pasaron los de las lanzas mirándonos feo».

El 9 de abril, una carta pastoral de la Iglesia católica de Guatemala denunció la presencia del comunismo en el país y convocó a los guatemaltecos a «alzarse» en su contra. El lenguaje eufemístico no engañó a nadie. Sin embargo, el público

desconocía que la pastoral era producto directo de un encuentro del arzobispo Mariano Rossell Arellano con la CIA. Mientras los sacerdotes leían la carta desde todos los púlpitos de Guatemala, aviones arrojaban millares de volantes sobre el campo.

Ernesto escribió una carta larga a su madre. En sus últimas cartas ella se había mostrado entusiasmada con la perspectiva de que se encontraran en París. Le había advertido que tal vez sería la única oportunidad para encontrarse, ya que pensaba pasar diez años recorriendo el mundo. A pesar de las dificultades del momento, dijo que estaba feliz de haber abandonado el hogar, e hizo una alusión velada a sus estudios de marxismo. «Mi cultura médica no se agiganta, y mientras voy asimilando otra serie de conocimientos que interesan mucho más que aquéllos…»

Evidentemente su madre le había preguntado si pensaba dedicarse a la antropología, en vista del interés que demostraba por la arqueología y la condición de los indígenas latinoamericanos. Su respuesta fue tajante: «Me parece un poco paradójico de hacer como "norte" de mi vida investigar lo que está muerto». Estaba seguro de «dos cosas», dijo. Primero, que alcanzaría su «etapa auténticamente creadora alrededor de los treinta y cinco años de edad», trabajaría en «física nuclear, la genética o una materia así»; y segundo, que «América será el teatro de mis aventuras con carácter mucho más importante que lo que hubiera creído; realmente creo haber llegado a comprenderla y me siento [latino]americano con un carácter distintivo de cualquier otro pueblo de la tierra. Naturalmente que visitaré el resto del mundo…».

En los últimos días de abril, Ernesto hizo un esfuerzo para despertar de su sopor. Había tomado una decisión «inquebrantable y heroica». Si en quince días no se resolvía la radicación, se iría de Guatemala. Informó de su decisión a los dueños de la pensión y empezó a disponer de sus cosas. La noticia de su partida inminente inquietó a Hilda, que «ofrece el oro y el moro para que no me vaya. Llegó un kilo de adrenalina que manda Alberto desde allá, Venezuela, y una carta en que me pide que vaya, o mejor dicho me ofrece que vaya. No tengo muchas ganas».

Mientras Ernesto preparaba su partida, Washington daba el paso siguiente en el plan de desestabilización. En medio de una gran publicidad tendenciosa, convocó al embajador Puerifoy para mantener consultas. Las hábiles filtraciones a los medios indicaban que el propósito del viaje era la discusión de medidas norteamericanas contra Arbenz en vista de la reciente resolución de Caracas contra la intervención comunista en el hemisferio. El 26 de abril, Eisenhower advirtió en un discurso belicoso ante el Congreso que «los rojos» controlaban Guatemala e intentaban extender sus «tentáculos» a El Salvador y otros vecinos.

Ernesto recibió una citación de la policía, un trámite previo a la obtención de la residencia. Era un paso adelante, escribió con sorna, comparando su asedio del Ministerio de Relaciones Exteriores guatemalteco con el sitio reciente de la guarnición francesa de Dien Bien Phu por los combatientes vietnamitas de Ho Chi Minh.

El 15 de mayo la decisión de partir fue resuelta por otros, cuando le notificaron que debía salir del país para renovar su visado. Poco antes de partir escribió una carta a sus hermanos para saludarlos por sus cumpleaños próximos; fue una versión delirante de las cartas a sus padres. Una vez obtenido el puesto de médico, dijo, empezaría a vivir en serio «hasta que me llamen de casa de mi amigo Mao». Sobre la política centroamericana escribió: «Centroamérica es rechulo como dicen por aquí, no hay año que no se produzca alguna tremolina a favor o en contra de algo, lo mismo da. Ahora Honduras está en una huelga fantástica donde casi el 25% del total de los trabajadores del país han parado y Foster Dulles, que es abogado de la compañía frutera de estos lados, dice que Guatemala ha metido la pata. Aquí mismo hay una emisora clandestina que llama a la revuelta y los diarios de la oposición también lo hacen, de modo que no sería raro que con la ayuda de la famosa UF [United Fruit] se manden su revolucioncita para no perder la costumbre… Creo que si los Estados Unidos no intervinieron directamente (lo que no es probable todavía), Guatemala aguanta bien cualquier golpe de este tipo y tiene las espaldadas guardadas, pues hay mucha gente de México que simpatiza con el movimiento…»

A pesar del pronóstico optimista, ese mismo día se produjo un incidente que selló la suerte del régimen de Arbenz. El buque sueco *Alfhem*, que había partido un mes antes de un puerto polaco con una carga clandestina de armas checoslovacas, llegó a Puerto Barrios, sobre el Atlántico. La CIA, que estaba advertida sobre el viaje misterioso desde antes de la zarpa y que sospechaba tanto de la carga como de su destino, siguió al buque a lo largo de la travesía, durante la cual cambió de rumbo varias veces. Cuando el *Alfhem* llegó a Puerto Barrios, Washington se enteró rápidamente de la naturaleza de la carga —más de dos toneladas de pertrechos para el régimen de Arbenz— y entró rápidamente en acción.

Era la prueba de la intervención del bloque soviético en Guatemala que Washington tanto anhelaba. El director de la CIA, Allen Dulles, convocó al Consejo Ejecutivo de Inteligencia y al Consejo Nacional de Seguridad, y con su respaldo fijó la fecha de la invasión para el mes siguiente. El 17 de mayo, un comunicado del Departamento de Estado denunció el envío de las armas y a continuación Eisenhower advirtió públicamente que las armas checas permitirían la consolidación de una «dictadura comunista» en Centroamérica.

Guatemala estaba en una situación desesperante. Descubierto in fraganti con una carga secreta de armas, Arbenz parecía abrigar propósitos inconfesables. En los días siguientes Eisenhower y el secretario de Estado Dulles informaron a la prensa que el cargamento superaba las necesidades militares guatemaltecas, insinuaron que su verdadera intención era invadir las naciones vecinas para imponer un régimen comunista, sin excluir la posibilidad de un ataque al Canal de Panamá, controlado por Estados Unidos. En medio de la ofensiva propagandística norteamericana, pocos periodistas recordaron que Estados Unidos había frustrado los intentos del régimen de Arbenz de mejorar su equipamiento militar, rechazado las solicitudes de asistencia militar y bloqueado los intentos de otros países occidentales de vender armas a Guatemala.

Menos de una semana después de la llegada del *Alfhem*, el secretario Dulles firmó con Honduras un «tratado de seguridad recíproca» similar al que había firmado con el dictador nicaragüense Somoza semanas antes. Estados Unidos y Honduras acusaban a Guatemala de instigar la huelga general hondureña. En caso de una «invasión guatemalteca», Estados Unidos defendería a Honduras. Para dejar sus intenciones perfectamente en claro, Estados Unidos envió ostensiblemente dos aviones cargados de armas para ayudar a la defensa del país. El verdadero destinatario era el «Ejército de Liberación» de Castillo Armas, que aguardaba la orden de desplazarse hacia la frontera guatemalteca.

El 20 de mayo, con autorización de Allen Dulles, una banda de saboteadores de la CIA colocó explosivos en las vías ferroviarias de las afueras de Puerto Barrios para impedir que el cargamento del *Alfhem* llegara a la capital. Los explosivos causaron pocos daños, y los hombres de la CIA abrieron fuego sobre el tren. Un soldado del ejército guatemalteco murió y varios sufrieron heridas, pero el tren y su cargamento llegaron a destino sin mayores problemas.

Contra este dramático trasfondo de agitación política, Ernesto abandonó la pensión. Aún debía tres meses, pero los propietarios aceptaron un pagaré. Fue con Hilda a la aldea de San Juan Sacatepéquez; era la primera vez que pasaban una noche a solas. Días después, Ernesto partió hacia El Salvador con veinticinco dólares prestados en el bolsillo.

V

Por tratarse de alguien que había tomado partido en el enfrentamiento, su conducta era notablemente irresponsable al ausentarse en el momento crucial de la crisis. Al mismo tiempo, en medio de la agitación provocada por el *Alfhem*, no podía haber elegido peor momento para visitar los países vecinos de Guatemala. La policía salvadoreña le secuestró «material dudoso» en la frontera, pero pudo entrar soborno mediante.

En la ciudad provincial de Santa Ana obtuvo un nuevo visado para Guatemala y de allí siguió hasta San Salvador, la capital. Allí solicitó un visado para Honduras con el fin de visitar las ruinas mayas de Copán y tal vez «echar una mirada» a la huelga obrera. Pasó el fin de semana en la cercana costa del Pacífico, acampando en la playa.

Allí conoció a varios jóvenes salvadoreños. Según dijo en carta a su madre, se emborracharon y él hizo un poco de «propagandita guatemaltequeante y recité algunos versitos de profundo color colorado. El resultado fue que aparecimos todos en la capacha [comisaría], pero nos soltaron enseguida, previo consejo de un comandante con apariencia de gente, para que cantara a las rosas de la tarde y otras bellezas. Yo perferí hacerle un soneto al humo…».

De regreso en El Salvador, se enteró de que le habían negado el visado hondureño, hecho que atribuyó a su procedencia guatemalteca, casi un crimen en el clima político dominante. Descartada Honduras, fue a Chalchuapa, en el oeste salvadoreño, para conocer la pirámide precolombina de Tazumal, construida por los indios pipil.

Exploró las ruinas y anotó sus observaciones en el diario. Esa noche durmió junto a una ruta en las afueras de Santa Ana y por la mañana cruzó nuevamente la frontera hacia las antiguas ruinas indígenas de Quirigua en el sur de Guatemala. Al día siguiente llegó a Jalapa y luego tomó un tren hasta Progreso, donde una mujer se apiadó de él y le dio veinticinco centavos. Se largó a pie por la carretera nueva casi concluida hacia el ahora infame Puerto Barrios. En las ruinas de Quirigua advirtió similitudes con las construcciones de piedra de los incas en Perú. Sobre todo le llamaron la atención los rasgos asiáticos de las tallas de piedra; una figura tallada en una estela tenía «reminiscencias de Buda», otra se parecía a «Ho Chi Minh».

Al día siguiente reanudó su camino, resuelto a llegar «a lo macho» a Puerto Barrios. Gastó el último dinero que le quedaba en un billete de tren. Era un albur, pero le dio resultado. Enseguida consiguió trabajo con una cuadrilla nocturna que descargaba barriles de alquitrán para la construcción de la carretera. «El trabajo es de 12 horas seguidas, de 6 de la tarde a 6 de la mañana, y es bastante matador aun para tipos con más traine que yo. A las 5.30 éramos autómatas o "bolos" como dicen aquí a los borrachos». Trabajó una segunda noche «con mucho menos ganas» que la primera, pero llegó hasta el final a pesar de «los zancudos que joden de lo lindo y la falta de guantes, que convierten las manos en llagas».

A la mañana siguiente, con la promesa de uno de los capataces de conseguirle pasaje en tren de Puerto Barrios a la capital, descansó junto al mar en una choza abandonada, disfrutando de la sensación del deber cumplido. Era la primera vez que cumplía una jornada de trabajo físico ininterrumpido. «Estoy convertido en un chancho perfecto, lleno de polvo y asfalto de la cabeza abajo, pero realmente contento: conseguí el pasaje, la vieja donde comía fiado me dijo que le pagara un dólar en Guatemala al hijo y yo me demostré que soy capaz de aguantar lo que venga y si no fuera por el asma más de lo que venga».

VI

«Devolví mi dólar», escribió con orgullo al regresar a la capital. Durante la excursión solitaria había reflexionado sobre sí mismo y analizado su vida, libre de compromisos y rutinas. El viaje, aunque breve, le había dado fuerzas; aunque no era el Petén, estaba convencido de que poseía la fuerza interior para llevar a cabo los proyectos que se propusiera.

Para Hilda, su regreso fue una grata sorpresa porque temía que no volviera. A medida que aumentaban los temores de una invasión, más y más gente abandonaba el país. Un funcionario de gobierno conocido suyo y también Harold White le aconsejaron que pidiera asilo. El consejo del funcionario la asustó ya que revelaba que las propias autoridades del país desconfiaban de su capacidad para defenderlo. Así se lo dijo a Ernesto.

«Coincidimos en que el ataque era inminente y que era difícil anticipar lo que sucedería y que el incidente era una mala señal. Pero no era prueba de nada: seguramente el gobierno sería defendido con ayuda del pueblo a pesar de la cobardía de algunos dirigentes». Según Hilda, Ernesto la convenció de que se quedara a pesar de los temores.

En el clima de persecución que reinaba en la capital abundaban los rumores, y uno de los primeros que llegó a oídos de Ernesto tenía que ver con él mismo. Un conocido paraguayo le dijo que lo creían un agente peronista. Aparentemente puso fin al rumor. No volvió a la pensión, evidentemente porque no podía saldar su deuda, pero comía en casa de Helena Leiva de Holst y compartía el cuarto de Ñico López y otro cubano que cantaba tangos. Entraba y salía furtivamente, y puesto que sólo tenían dos camas, las juntaban y dormían atravesados. Ñico se preparaba para partir hacia México por orden de su organización; pasaba el tiempo «cagado de risa todo el día pero sin hacer nada».

A pesar de sus expectativas, la vida volvió a la rutina de siempre. El puesto de médico era un espejismo. Le dijeron que volviera para una entrevista, luego que esperara y finalmente que aguardara una semana más. Era la calma chicha. Recibía pocas cartas de la Argentina. Tras la partida de Ñico, fue a vivir con una guatemalteca llamada Coca. Helena Leiva de Holst también se preparaba para partir, pero prometió que gestionaría que le dieran de comer en casa de otra mujer y que hablaría por última vez con el ministro de Salud Pública. Para colmo, volvió

el asma.

Con todo, los días tediosos llegaban a su fin porque se precipitaba el desenlace del enfrentamiento entre Guatemala y Estados Unidos. Buques de guerra norteamericanos inspeccionaban todos los barcos «sospechosos» en el Caribe y el secretario Dulles preparaba ostensiblemente un proyecto de sanciones para Guatemala para presentarlo en la conferencia de la OEA, convocada para julio. El jefe de propaganda de «Operación Éxito» era el agente de la CIA Howard Hunt, que años después saltaría a la fama con su papel en el escándalo Watergate. Hunt había organizado un «Congreso contra la intervención soviética en América Latina», realizado en México para mantener la atención de la opinión pública centrada en Guatemala.

En toda Latinoamérica la CIA publicaba artículos en los diarios y distribuía folletos que advertían sobre la amenaza comunista creciente en Guatemala. Arbenz envió a su canciller a conversar con el embajador Puerifoy. Ofreció una serie de medidas conciliatorias para iniciar conversaciones con Washington con el fin de evitar la invasión. El gesto resultó inútil.

La guerra psicológica de la CIA rendía sus frutos. El 2 de junio se frustró una conspiración contra Arbenz y se arrestó a algunos conspiradores. Al día siguiente, un grupo de militares pidió a Arbenz que echara a los comunistas que ocupaban puestos en el gobierno. El presidente respondió que los temores eran infundados y que los comunistas estaban controlados. Pero muchos oficiales estaban inquietos. El 5 de junio, un jefe retirado de la fuerza aérea se rebeló y poco después su voz apareció en las emisiones de radio de la CIA.

La emisora autodenominada «La voz de la liberación», dirigida por el agente de la CIA David Atlee Phillips, exhortaba a los guatemaltecos a apoyar el «Ejército de Liberación» y creaba la impresión de que éste tenía miles de combatientes. Para azuzar los temores de los militares, acusaba a Arbenz de querer disolver las fuerzas armadas y entregar las armas a los sindicatos dirigidos por los comunistas para formar «milicias campesinas». El 6 de junio, Arbenz suspendió las garantías constitucionales por treinta días, alegando la amenaza de la invasión.

El 14 de junio Ernesto cumplió veintiséis años. Al día siguiente, el presidente Eisenhower convocó una reunión de altos funcionarios para elaborar los últimos detalles de la «Operación Éxito». Dos días después, los mercenarios empezaron a bombardear Guatemala. El 18 de junio, Castillo Armas cruzó la frontera hondureño-guatemalteca a la cabeza de su deleznable «Ejército de Liberación» de cuatrocientos combatientes. Era el comienzo de la invasión y, a la vez, del futuro de Ernesto Guevara.[*]

10. «UNA TERRIBLE DUCHA DE AGUA FRÍA»

I

Cuando se produjeron los primeros ataques aéreos sobre la capital guatemalteca, Ernesto experimentó la emoción de hallarse bajo fuego por primera vez. En una carta a Celia confesó que se «sentía un poco avergonzado por divertirme como un mono… La mágica sensación de invulnerabilidad» que experimentaba al ver a la gente correr por la calle durante los bombardeos lo hacía «relamerse de gusto».

A pesar de la novedosa sensación de la ausencia de miedo, la violencia lo sobrecogió. «Los bombardeos más leves tienen su grandeza. Vi a uno apuntar contra un blanco relativamente cerca de donde estaba yo y se veía al avión crecer por momentos mientras desde las alas brotaban lenguas intermitentes de fuego y se escuchaba el ruido de la ametralladora y de las metralletas livianas que le devolvían el fuego. De repente se quedó suspendido en el aire, horizontal, y entonces entró en picada y uno sentía la tierra estremecerse por la bomba».

Días después, con un estado de ánimo un poco más sobrio, escribió en su diario: «Los últimos acontecimientos pertenecen a la historia, cualidad que creo que por primera vez se da en mis notas. Hace días, aviones procedentes de Honduras cruzaron las fronteras con Guatemala y pasaron sobre la ciudad en plena luz del día ametrallando gente y objetivos militares. Yo me inscribí en las brigadas de sanidad para colaborar en la parte médica y en brigadas juveniles [de la Alianza Democrática comunista] que patrullan las calles de noche».

Se había impuesto el apagón nocturno y una de las tareas de la patrulla de Ernesto era asegurarse de que nadie encendiera luces por temor a darles un blanco a los bombarderos. Por su parte, Hilda firmó un comunicado de los exiliados políticos en apoyo de la revolución guatemalteca y formó una brigada femenina en su oficina para llevar alimentos a los hombres que patrullaban las calles.

El 20 de junio, Ernesto escribió a su madre, que cumplía años: «Esta carta te llegará un poco después de tu cumpleaños, que tal vez pases un poco intranquila con respecto a mí. Te diré que si por el momento no hay nada que temer, no se puede decir lo mismo del futuro, aunque personalmente yo tengo la sensación de ser inviolable (inviolable no es la palabra pero tal vez el subconsciente me jugó una mala pasada)».

A pesar de las provocaciones de los ataques aéreos y la incursión terrestre de Castillo Armas, escribió a su madre, el gobierno de Arbenz procedía con cautela: dejaba que los mercenarios penetraran en Guatemala a fin de evitar «incidentes fronterizos» que permitieran a Estados Unidos y Honduras invocar su tratado de seguridad recíproca para repeler la «agresión» guatemalteca. Hasta entonces, Guatemala se había limitado a presentar una protesta diplomática contra Honduras y pedir una sesión especial del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. «El incidente ha servido para aunar a todos los guatemaltecos debajo de su gobierno y a todos los que, como yo, vinieron atraídos por Guatemala». Y en conclusión, formuló un juicio que poco después se revelaría lamentablemente equivocado: «El coronel Arbenz es un tipo de agallas, sin lugar a dudas, y está dispuesto a morir en su puesto si es necesario».

Las primeras noticias del frente eran alentadoras. Las fuerzas del gobierno devolvían los ataques con cierto éxito. Castillo Armas había tomado Esquipulas, la ciudad del Cristo Negro adonde se dirigían las peregrinaciones, pero en otros frentes sus tropas se habían empantanado sin alcanzar sus objetivos de Puerto Barrios y Zacapa. A pesar del pánico inicial, los aviones mercenarios de la CIA causaban daños relativamente leves ya que con frecuencia erraban el blanco. Varios habían quedado fuera de acción debido al fuego antiaéreo. Se había capturado el buque hondureño *Siesta de Trujillo* cuando intentaba descargar armas y municiones para los invasores. Además, como víctima de un ataque procedente del exterior, Guatemala tenía buenos argumentos para solicitar la intervención de la ONU en su defensa.

El 20 de junio, el día que Ernesto escribió esas palabras, los supervisores norteamericanos estaban alarmados por la perspectiva de una derrota de su «Ejército de Liberación». A petición de Allen Dulles, Eisenhower autorizó el envío de dos cazabombarderos adicionales. Estos aviones entraron en acción el 23; durante tres días ametrallaron y bombardearon blancos importantes en la capital y otras ciudades clave.

Al mismo tiempo Estados Unidos llevaba a cabo una maniobra para frustrar la petición guatemalteca de que se celebre una sesión especial del Consejo de Seguridad para discutir la crisis. El presidente en ejercicio del Consejo ese mes era el embajador norteamericano Henry Cabot Lodge, enfrentado sobre ese asunto con el secretario general de la ONU Dag Hammarskjöld. Lodge aceptó convocar la sesión el 25 de junio, pero para entonces los nuevos bombarderos habían causado graves daños. Las fuerzas de Castillo Armas habían ganado tiempo para reagruparse y lanzar nuevos asaltos.

El 24 de junio, los invasores tomaron el pueblo de Chiquimula, donde

Castillo Armas instaló el cuartel general de su «gobierno provisional». «La voz de la liberación» batía los parches de guerra para crear la impresión en sus oyentes de que el ejército libertador era una fuerza avasallante, que obtenía victorias a diestro y siniestro mientras los defensores del gobierno caían derrotados.

Arbenz y sus jefes militares perdían confianza. Mientras tanto, el embajador Lodge presionaba a los miembros del Consejo para que votaran contra la petición guatemalteca del envío de una comisión investigadora. Francia y Gran Bretaña soportaban las mayores presiones; Eisenhower y John Foster Dulles multiplicaban los encuentros con el primer ministro británico Winston Churchill, de visita en Washington. Su mensaje era que si Londres y París no apoyaban su posición sobre Guatemala, no habría ayuda norteamericana para enfrentar las situaciones en Chipre, Indochina y Suez. El 25 de junio, en la votación del Consejo de Seguridad, Estados Unidos impuso su posición contraria a la investigación por el estrecho margen de cinco votos contra cuatro con dos abstenciones, las de Gran Bretaña y Francia. Guatemala había quedado librada a sus propias fuerzas.

II

El 3 de julio, «Operación Éxito» se hizo digna de su nombre. «El libertador» Castillo Armas entró en la capital junto con el embajador norteamericano John Puerifoy. Su ascenso al poder, gestionado por los norteamericanos, se produjo tras una semana confusa de luchas por el poder entre los jefes militares guatemaltecos después de que forzaron la renuncia de Arbenz el 27 de junio.

«Una terrible ducha de agua fría ha caído sobre todos los admiradores de Guatemala», escribió Ernesto días después. En una nueva carta a Celia, deplorando la retórica heroica que había utilizado en la anterior, dijo que la había escrito «lleno de sueños gloriosos poco antes de ir a un frente donde nunca llegaría, dispuesto a morir si era necesario».

«Todo ha pasado como un sueño lindo que uno no se empeña luego en seguir despierto. La realidad está tocando muchas puertas y ya comienzan a sonar las descargas que premian la adhesión más encendida al antiguo régimen. La traición sigue siendo patriotismo del ejército, y una vez más se prueba el aforismo que indica la liquidación del ejército como el verdadero principio de la democracia (si el aforismo no existe, lo creo yo)».

Ernesto pensaba que los otros sectores culpables eran la prensa «reaccionaria» y la Iglesia católica, con su apoyo y asistencia a los que derrocaron a Arbenz. En su mente los señaló como sectores problemáticos que requerirían atención especial para que las futuras revoluciones socialistas en otros países pudieran triunfar.

Luego fustigó a Arbenz, quien, después de ceder a las presiones de los oficiales que, incitados por Puerifoy, habían exigido su renuncia, había pedido asilo en la embajada mexicana.[15] Sobre todo lo criticó por su renuencia a «armar al pueblo» en defensa del país.

Su amargura era comprensible. En los últimos días de junio se había enrolado en una milicia organizada por la juventud comunista con la esperanza de llegar al frente. Un voluntario nicaragüense, Rodolfo Romero, era el «jefe militar» en el cuartel general de la Brigada Augusto César Sandino, en una casa al norte de la capital.

Aceptaron a Ernesto en la brigada y durante varios días esperó con impaciencia que lo enviaran a combatir en el frente, pero entonces apareció el ministro de Salud Pública y lo trasladó a un hospital a la espera de nuevas órdenes. Ernesto y Romero dejaron de verse. (Volverían a encontrarse cuatro años y medio después, cuando Romero, que buscaba apoyo para una guerrilla antisomocista, fue a la capital cubana de La Habana, recientemente liberada, por invitación del comandante Ernesto «Che» Guevara.)

En el hospital se presentó nuevamente como voluntario para ir al frente, pero «no me han dado ni cinco de bola», escribió con impotencia. Esperaba otra visita del ministro de Salud, pero el sábado 26 de junio, la víspera de la renuncia de Arbenz, perdió su última oportunidad cuando el ministro llegó en momentos en que él visitaba a Hilda.

Hilda recuerda que durante los tensos días que precedieron a la caída de Arbenz, Ernesto decía a todos los que tenían contacto con el presidente que éste debía volver la espalda a sus asesores militares, armar al pueblo y conducirlo en una guerra de guerrillas desde las montañas. (En verdad, días antes de su caída, Arbenz trató de entregar armas a las milicias estudiantiles y obreras de las que Ernesto formaba parte, pero el ejército lo impidió.) Desde su puesto en el hospital, Ernesto seguía los acontecimientos con ansiedad e impotencia crecientes mientras las capitulaciones sucesivas consolidaban las victorias de Castillo Armas y conducían a la muerte ignominiosa de la «revolución» guatemalteca. La represión comenzó antes de la llegada de Castillo Armas: tras la declaración de la ley marcial y el decreto que ilegalizaba el PGT (comunista), las embajadas empezaron a llenarse de temerosos buscadores de asilo. Ernesto vaticinó que lo echarían del hospital por «rojo»; la precavida Hilda buscó un nuevo alojamiento.

El día que Castillo Armas entró en la ciudad, Ernesto observó que «la gente lo aplaudió mucho». Sus paramilitares de sombrero de paja y metralleta en ristre se pavoneaban por la ciudad, disfrutando de su prestigio de «libertadores» de la nación y buscando trifulcas. Edelberto Torres hijo se había escondido para evitar ser detenido pero Ernesto oyó rumores de que lo habían capturado. Anotó esto y también su temor por el padre, del mismo nombre, el estudioso de Ruben Darío. El temor de Ernesto por el padre se confirmó, porque éste fue detenido y hecho prisionero. Su propia situación era precaria, y después de que lo echaran «cagando» del hospital, tal como había vaticinado, buscó refugio en casa de dos mujeres salvadoreñas que ya habían pedido asilo.

En medio de la turbulencia política, Ernesto jugaba al gato y el ratón con la enamorada Hilda. Ella le envió unos versos en los que habló «babosadas como dicen por aquí». «Lo que le pasa —escribió en su diario— es una mezcla de cálculo

para ganarme, novelería y honor de mujer libre que se siente afrentada por mi indiferencia. Yo le mandé un versito todo animaloideo:

Entregate como se entrega el pájaro,

te tomaré como los osos toman

y, tal vez, te besaré despacio

para sentirme hombre, yo que soy paloma.

»Le planté un nuevo ultimátum pero la abundancia de éstos hizo que ya no tuviera mucho efecto. Lo que sí le afectó fue que le confesara lo del polvo con la enfermera. Todavía tiene esperanzas de casarse conmigo…»

A mediados de julio, la caza de brujas emprendida por el nuevo régimen se desarrollaba a todo vapor. Se detenía a todos los que tuvieran vínculos con el régimen de Arbenz o cayeran bajo sospecha de ser comunistas, entre ellos a Ernesto. Los que no habían huido de Guatemala trataban de hacerlo. Helena Leiva de Holst fue detenida; Ernesto tampoco pudo seguir refugiándose en la casa de las salvadoreñas, ya que llegó una mujer para ayudar a sus hermanas a salir del país. Iban a entregar la casa, lo cual lo obligaba a buscar un nuevo escondite.

Lo halló con una tía de Helena Leiva de Holst. Iba y venía entre su casa y la embajada argentina, pero sin pedir asilo para sí. Según Hilda, aprovechaba su acceso a la embajada y la confusión reinante en la capital «para llevar recados a los asilados en la embajada, reunir armas y conseguir asilo para los que estaban en dificultades o querían salir del país».

Continuó esas actividades impunemente durante algunos días más, hasta el día que detuvieron a Hilda y la llevaron a la cárcel, donde se encontró con Helena Leiva de Holst. Otras mujeres de la casa dijeron a Ernesto que antes de llevársela, la policía la interrogó sobre él. No podía pasar por alto esa advertencia, y por fin pidió y obtuvo asilo en la embajada argentina. Pero antes de partir, reflexionó en su diario sobre sus planes para el futuro.

«Mis proyectos son muy fluidos pero lo más probable es que vaya a México, aunque entra en mis cálculos de posibilidades el ir a Belice a probar fortuna. *Belice queda lejos*. Lejos o cerca, no sé bien por qué, estoy en uno de esos momentos en que una presión de costado puede torcer mi rumbo completamente».

III

Ernesto pasó a integrar «un heterogéneo grupo de personas» dentro de los confines amurallados de la embajada argentina, pero enseguida lo asaltó la impaciencia. «El asilo no puede calificarse de aburrido pero sí de estéril, ya que no se puede dedicar uno a lo que quiere debido a la cantidad de gente que hay».

La impaciencia se debía en parte al asma, que se había agravado. Se enteró por los diarios que Hilda quedó en libertad después de realizar una huelga de hambre. No comprendía por qué no iba a visitarlo, «no sé si por ignorancia de dónde estoy, y que puede visitarme, o porque no puede». Le preocupaba vagamente la posibilidad de no conseguir el visado mexicano que había pedido, porque, como muchos otros, pensaba trasladarse a ese país. Arbenz, su familia y la mayoría de sus aliados que no habían caído presos, como muchos exiliados políticos latinoamericanos, se habían asilado en la embajada de México. Amontonados, esperaban salvoconductos del nuevo régimen guatemalteco para poder viaja. Después de su propia «revolución antiimperialista» de cuatro décadas antes, la capital mexicana, políticamente tolerante y culturalmente dinámica, era un santuario para millares de exiliados políticos izquierdistas de todo el mundo. Muchos eran judíos europeos y republicanos españoles que habían huido del fascismo en los años treinta y cuarenta. Evidentemente, Ernesto había resuelto que México era el mejor lugar para él también.

Pero no tenía prisa, incluso pensó en salir de la embajada para recorrer las zonas indígenas de las montañas, que aún no conocía. «Si no hay mayor peligro, voy a salir para poder irme tranquilamente por el lago Atitlán…» Por el momento se quedó donde estaba, y sus apuntes de los días siguientes demuestran que empezó a adaptarse al nuevo entorno, aunque sin dejar de quejarse sobre el «ambiente estéril». «Yo ya tengo mi comida especial o más o menos especial y tomo sol todas las mañanas, de modo que no tengo ningún apuro en irme. De Hilda no sé absolutamente nada. Yo le mandé un mensaje pero no me contestaron nada, no sé si llegó. La situación política no ha variado, salvo que aumentaron las medidas persecutorias».

Por falta de otra actividad, se dedicó a anotar sus impresiones sobre sus compañeros de asilo. El primero que le interesó fue el comunista Carlos Manuel Pellecer, un célebre dirigente campesino. «Es un hombre inteligente, valiente al parecer. Tiene gran ascendiente sobre todos los camaradas asilados, ascendiente

que no sé si dimana de su propia personalidad o del hecho de ser dirigente máximo del partido… Es algo amanerado en sus modos. Hizo algún libro de versos en años anteriores, enfermedad muy difundida por estos lares. Su ilustración marxista no tiene la solidez de otras figuras que he conocido y la esconde detrás de cierta petulancia. La impresión que me da es la de un individuo sincero pero exaltado, uno de esos personajes ambiciosos a los que un traspié coloca en situación de renegar violentamente de su fe pero capaz de realizar los más altos sacrificios en un momento dado».[16]

Acerca de su conocido cubano José Manuel «Che-Che» Vega Suárez escribió que «es bruto como un cascote y mentiroso como un andaluz. De su vida en Cuba no sé nada cierto salvo que hay indicios de que fue lo que se llama un "jodedor", y que la policía de Batista le dio una paliza de órdago y lo tiró a la vía del tren… En los días anteriores al asilo se portó como un cobarde. Aquí divierte por su exageración sin malicia. Es un niño grande, egoísta y malcriado que cree que todo el mundo debe supeditarse a sus caprichos. Come como un biguá».

Los días pasaban entre ataques de asma y el «profundo aburrimiento».

Una vez, al acabársele los medicamentos para el asma, se aventuró al exterior para recoger los inhaladores que había dejado en la casa de Helena Leiva de Holst. En la embajada los días transcurrían «en discusiones sin sentido y perdiendo el tiempo en cualquier forma posible».

El 2 de agosto se rebelaron los cadetes del ejército, avergonzados por las humillaciones que les infligía el indisciplinado «Ejército de Liberación» de Castillo Armas; desde la embajada se oyeron los disparos. La revuelta terminó cuando el embajador Puerifoy les hizo saber que Estados Unidos confiaba que los militares guatemaltecos respaldarían unánimemente a Castillo Armas. Ernesto apuntó que el poder del hombre designado por la CIA estaba «totalmente consolidado».

Entretanto, cada vez más y más gente atestaba las embajadas a la espera de salvoconductos de Castillo Armas para salir del país. La seguridad de centenares de personas dependía de su decisión. Ernesto no se preocupaba por su propia seguridad; era ciudadano argentino y su nombre no aparecía en las listas de asilados guatemaltecos o de otras nacionalidades; sólo aguardaba el momento oportuno para salir y viajar a México.

En verdad, los asilados nunca fueron conscientes de la precariedad de su situación. Preocupada por consolidar su victoria en la primera escaramuza importante de la guerra fría en el patio trasero de Washington, la CIA llevaba a cabo una campaña propagandística. Sus agentes en Guatemala recogían y en

algunos casos fabricaban «pruebas» de la «verdadera naturaleza prosoviética» del gobierno derrocado de Arbenz. Los hermanos Dulles exigían que Castillo Armas detuviera a los presuntos comunistas y sus simpatizantes en todo el país.

Castillo Armas, que participaba en la campaña con todo entusiasmo, ya había iniciado una serie de medidas represivas para consolidar su poder mientras derogaba las reformas de la revolución. El 19 de julio, «el Libertador» había creado un Comité Nacional de Defensa Contra el Comunismo y promulgado una «ley penal preventiva contra el comunismo» que imponía la pena de muerte para una amplia gama de crímenes, incluido el «sabotaje político». El Comité poseía amplios poderes para detener y encarcelar a los presuntos comunistas. Un decreto quitó el voto a los analfabetos, despojando de sus derechos cívicos a la vasta mayoría de la población guatemalteca. Se derogaron las leyes de reforma agraria e ilegalizaron los partidos políticos, los sindicatos y las organizaciones campesinas. Se confiscaron y quemaron los libros considerados «subversivos». Victor Hugo y Dostoievski figuraban en la lista negra, lo mismo que el renombrado escritor guatemalteco (y futuro premio Nobel) Miguel Ángel Asturias, a quien incluso se despojó de la ciudadanía.[17]

Pero el secretario de Estado Dulles no estaba satisfecho. Exigía que Castillo Armas persiguiera a los setecientos asilados en las embajadas de la capital. Según los autores de *Bitter Fruit*, una crónica veraz del derrocamiento de Arbenz, «Dulles temía que "recircularan" por todo el hemisferio si se les permitía salir de Guatemala. Su temor se volvió rápidamente una obsesión. Durante todo el verano bombardeó a Puerifoy con telegramas para insistir que ordenara a Castillo Armas que detuviera a los "asilados". A principios de julio le dijo a Puerifoy que instruyera al nuevo régimen para que presentara "acusaciones criminales" contra los refugiados "comunistas" con el fin de impedir su salida del país».[18]

El secretario Dulles incluso propuso un plan por el cual Castillo Armas otorgaría salvoconductos a los comunistas con la condición de que se los enviara directamente a Moscú, pero el flamante dictador guatemalteco se opuso: aparentemente consideró que semejante violación de las normas internacionales era excesiva, incluso para él. A principios de agosto empezó a otorgar salvoconductos y visados de salida a la mayoría de los asilados en las embajadas. La buena nueva causó júbilo en la embajada argentina. Los asilados la celebraron con un torneo de ajedrez; Ernesto ganó sus dos primeras partidas.

A mediados de agosto llegaron los primeros salvoconductos, pero la vida de Ernesto continuó inalterada. Jugaba al ajedrez, enviaba cartas a Hilda y redactaba semblanzas psicopolíticas de sus camaradas de asilo. Volvió su atención hacia los guatemaltecos, evaluándolos de acuerdo con sus aptitudes revolucionarias.

Roberto Castañeda, fotógrafo y bailarín, «viajó tras la Cortina de Hierro y es un sincero admirador de todo aquello, aunque no ingresara al partido. Le faltan conocimientos teóricos de marxismo y quizás no sea un buen militante por esas taras burguesas digamos, pero es seguro que en el momento de la acción será de la partida. Me impresiona como un magnífico personaje por sus condiciones en la vida de relación y no tiene prácticamente ninguno de los afeminamientos del bailarín». Sobre otro, llamado Arana, escribió que es «débil y sin base ideológica pero leal al partido. De inteligencia mediana, es lo suficientemente inteligente como para darse cuenta de que el único camino ideal para la clase obrera es el comunismo».

Hilda fue dos veces a la embajada, que estaba bajo vigilancia, pero le impidieron la entrada. Ernesto sufría de asma. Decidió hacer un día de ayuno para «purgar» su sistema. Hilda le envió un frasco de miel y una carta. Los días pasaban, interminables, y sus notas en el diario en las que se destacan las semblanzas de los asilados, describen un orden dominado por la monotonía. Ayudaba en la cocina de la embajada, pero se quejaba del cansancio provocado por el esfuerzo; el agotamiento muscular revelaba el deterioro de su estado físico. Sus semblanzas se volvían más cáusticas, sobre todo cuando describía a los numerosos jóvenes izquierdistas guatemaltecos que se consideraban poetas. Por ejemplo, el estudiante Marco Antonio Sandoval, de dieciocho años, «como poeta está plagado de meditaciones sobre la muerte»; Sandoval mismo era «un enérgico admirador de sí mismo». Cuando el poeta Hugo Blanco escapó saltando la tapia de la embajada, Ernesto escribió: «Mal poeta. No creo siquiera que sea una persona inteligente. El sesgo que parece distinguir a todo él es la bondad. Siempre una sonrisa de chico bueno acompaña al poeta».

Los apuntes también suelen revelar el ojo clínico del estudiante de medicina. Así, Marco Antonio Derdón, alias Terremato, «es un muchacho de escasas dotes intelectuales con cuerpo que denota cierto infantilismo hipofisiario o hipogenital, lo que se ve confirmado por el hecho de que se le subió un testículo en el asilo al mismo tiempo que le salía una hernia inguinal indirecta. No tiene otro atractivo que el de su constitución patológica ya que no se puede hablar de formación política».

Los salvoconductos llegaban de a poco. Se informó que Perón había resuelto otorgar asilo a los refugiados en la embajada y sus familias. A los asilados que respetaba, Ernesto otorgó «salvoconductos» informales bajo la forma de cartas a su familia y amistades.

Una noche, el dirigente comunista prófugo Víctor Manuel Gutiérrez saltó el muro de la embajada y pidió asilo. Figuraba entre los hombres más buscados por

Castillo Armas, y el incidente causó un escándalo entre el embajador argentino y las autoridades guatemaltecas. Sin embargo, dieron asilo a Gutiérrez y lo alojaron en un cuarto con su camarada Pellecer.

Poco después, Ernesto y otros doce asilados considerados «comunistas» alborotadores fueron confinados en el garaje de la embajada. Se los llamó el «grupo de los trece». Los apuntes de Ernesto, escasamente explícitos, dicen que la medida se debió a un alboroto causado por Humberto Pineda, el novio de Myrna Torres. Los amenazaron con medidas de fuerza si no se sometían y se les prohibió hablar con los demás asilados. Según Hilda, «consideraban a Ernesto un comunista debido a sus opiniones. Un día, todos los considerados comunistas fueron apartados de los demás…».

La primera noche de confinamiento, Humberto Ojeda y su hermano Luis Arturo escaparon de la embajada para unirse a las tareas clandestinas que el partido comunista organizaba contra el gobierno. Hilda dice que lo hicieron a instancias de Ernesto. En su diario, Ernesto se limitó a elogiarlos por tener «los huevos bien puestos».

Ahora escribía semblanzas de sus camaradas en la cochera. «Ricardo Ramírez es quizás de los más capacitados dirigentes de la juventud [comunista]… Su cultura general es elevada y su manera de encarar los problemas mucho menos dogmática que la de otros compañeros».[19]

Se acercaba el fin de agosto y se agotaba la paciencia de todos debido al confinamiento prolongado. Dos hombres más huyeron de la embajada y el confinamiento se volvió más drástico que nunca después de que Che-Che Vega «armó un lío con una putica que es mucama». La partida de ciento dieciocho asilados —incluyendo Pellecer y Gutiérrez— en cinco aviones enviados por Buenos Aires alivió las tensiones en la embajada argentina.

«La embajada ha quedado vacía y solamente quedo yo del grupo de los 13 de la perrera», escribió Ernesto. Le habían ofrecido pasaje a la Argentina, pero lo rechazó, empeñado en llegar a México. Ya que el embajador no podía obligarlo a repatriarse, le permitió con renuencia abandonar la embajada.

Nuevamente tenía fondos, ya que un amigo de Gualo García que llegó en uno de los aviones le entregó ciento cincuenta dólares además de «dos trajes, 4 kilos de yerba y un montón de "babosadas"» enviados por su familia. Les escribió que pensaba seguir hasta México y agradeció los regalos, pero advirtió que tal vez no se llevaría la ropa. «Mi último lema es poco equipaje, piernas fuertes y estómago de faquir».

IV

A fines de agosto, Ernesto salió por la puerta principal de la embajada donde se había alojado durante un mes y lo primero que hizo fue ir en busca de Hilda.

Liberada de la cárcel el 26 de julio, ella vivía en un limbo, entre la soledad y el temor, a la espera de que Lima autorizara a su embajada que le diera un pasaporte. En una extraña audiencia con Castillo Armas en el palacio presidencial, donde él la había convocado, recibió la promesa de que no la detendrían mientras aguardaba la respuesta incierta a su solicitud de pasaporte. Vivía discretamente en un apartamento alquilado en el centro de la capital y aguardaba con impaciencia la salida de Ernesto de la embajada.

Se encontraron en el restaurante donde ella solía comer. Así recuerda Hilda su aparición: «Apareció un día mientras yo almorzaba. Todo el restorán lo ignoró ostensiblemente, salvo mi buena amiga la propietaria, que lo invitó a entrar y comer lo que quisiera. Y después de almorzar, cuando paseamos por el centro, todos nuestros conocidos nos miraban sorprendidos y tenían miedo de hablar con nosotros; ni siquiera agitaban el brazo. Sin duda pensaban que nos vigilaba la policía».

Convencido de que no había pruebas concretas para detenerlo, Ernesto entregó su pasaporte a la policía de migraciones para que le diera el permiso de salida, el primer paso para obtener el visado mexicano.[20] Pocos días después, volvió a la capital, recogió su pasaporte y por fin obtuvo el visado mexicano.

Su relación con Hilda había llegado a un *via crucis*. Ernesto se disponía a partir solo y vivir nuevas aventuras en México, mientras Hilda confiaba en volver a Perú. Según Hilda, la perspectiva de la separación no lo preocupaba. Le aseguraba fríamente que tarde o temprano se reencontrarían y se casarían en México, pero ella temía perderlo para siempre. El clima se volvía tenso. Hicieron una excursión de despedida a San Juan Sacatepéquez, donde solían ir a merendar y, según Ernesto, hubo «profusión de franelas y algún polvito superficial».

En realidad, nada estaba más lejos de sus intenciones que casarse con Hilda. El día del encuentro final, escribió: «Creo que aprovecharé el hecho de que ella no puede salir todavía para largarme definitivamente. Mañana me dedicaré a

despedirme de la gente que tenga ganas y el martes por la mañana inicio la gran aventura a México».

A mediados del mes de septiembre, Ernesto cruzó la frontera con México junto con Julio Roberto Cáceres, «el Patojo», un joven estudiante guatemalteco que conoció en el camino, y siguieron viaje hasta la Ciudad de México. Aunque tenía algunos temores por su seguridad, el viaje transcurrió sin incidentes.[21]

Dulles revelaría un instinto certero. No sólo Ernesto «Che» Guevara sino toda una legión de futuros revolucionarios había escapado de sus garras en Guatemala. Volverían a estrechar filas en México y otros países, y resurgirían de las cenizas de la catástrofe arbencista —frecuentemente con ayuda de Guevara— como las guerrillas marxistas que acosarían a las autoridades norteamericanas durante las cuatro décadas siguientes.

11. «MI VIDA PROLETARIA»

I

A principios de los años cincuenta, Ciudad de México aún conservaba vestigios de la efervescencia política y artística que había alcanzado su apogeo en las dos décadas anteriores. La sofisticación cosmopolita producida por la llegada masiva de miles de exiliados que huían del fascismo europeo había sido uno de los factores que generó el renacimiento cultural mexicano. En esa época, artistas como Diego Rivera, Orozco, Siqueiros, Frida Kahlo y Tina Modotti creaban las obras que les darían fama. Escritores, artistas y personalidades políticas se reunían por las noches en los florecientes *cabarets* donde actuaban las grandes estrellas del bolero; el boom de la industria cinematográfica engendraba leyendas del séptimo arte como el director Emilio «el Indio» Fernández, el actor cómico Cantinflas, y las estrellas de la pantalla Dolores del Río y María Félix. Muchos extranjeros, desde los escritores franceses Antonin Artaud y André Breton hasta los poetas de la generación beat Jack Kerouac y William S. Burroughs, buscaban inspiración en el medio creativo mexicano.

Desde que el gobernante Partido Revolucionario Institucional (PRI) se consolidó en el poder durante el período posrevolucionario, México gozaba de gran popularidad entre los nacionalistas antiimperialistas latinoamericanos y del respeto renuente de Washington. Durante la década de 1930, el presidente Lázaro Cárdenas había nacionalizado los yacimientos petrolíferos e impuesto una amplia reforma agraria. Una política exterior agresiva e independiente de la de Washington había generado un ambiente altamente politizado y lleno de intrigas en el que se mezclaban y conspiraban exiliados, espías y viajeros. Desde sus grandes embajadas, tanto Estados Unidos como la Unión Soviética realizaban operaciones de inteligencia. La capital mexicana había conocido ciertos asesinatos tristemente célebres: el del dirigente comunista cubano Julio Antonio Mella en 1929 y el de León Trotski en 1940.

Los dos mundos, el artístico y el político, se habían entremezclado y confundido. Modotti había sido la amante del asesinado Mella; Kahlo había vivido una aventura con Trotski; el muralista Siqueiros había encabezado un asalto con ametralladoras contra la casa de Trotski antes de que el agente estalinista Ramón Mercader concluyera la cruenta obra con un punzón de picar hielo.

En la década de 1950, la capital mexicana distaba de ser la megalópolis envuelta en brumas de niebla y humo en que se ha convertido hoy: se veían las

cumbres nevadas de los volcanes Popocatépetl e Iztaccihuatl que se alzaban sobre el horizonte. Aparte del laberíntico centro histórico —la vieja ciudad colonial española construida sobre las ruinas de la capital azteca—, era una ciudad de barrios serenos semejantes a aldeas y bulevares bordeados de árboles. Aún en los años cincuenta, no era infrecuente ver a hombres vestidos de charros —los elegantes vaqueros mexicanos— desfilar por el Paseo de la Reforma los domingos por la tarde.

No hay un hecho singular que señale el eclipse de la llamada «era romántica» de México, pero pocos son tan simbólicos de su decadencia como la última aparición pública de una enferma Frida Kahlo el 2 de julio de 1954. Ese día frío y húmedo, la artista aquejada de neumonía se levantó de su lecho para participar en una protesta contra el derrocamiento de Arbenz por la CIA. Su esposo Diego Rivera la llevó en silla de ruedas hasta la concentración frente al panteón de la cultura mexicana, el Palacio de Bellas Artes con su cúpula blanca. Durante cuatro horas largas, Kahlo unió su voz a los cánticos de «¡Gringos asesinos, fuera!», alzando sus deslumbrantes manos adornadas de anillos. Con la izquierda sostenía una bandera con la paloma de la paz, mientras crispaba el puño derecho en gesto desafiante. Después, el estado de la artista empeoró rápidamente, hasta que murió once días más tarde, el 13 de julio. Tenía cuarenta y siete años.

II

La primera carta que Ernesto escribió desde México, a finales de septiembre, estaba dirigida a su tía Beatriz. «La ciudad, mejor dicho el país, de las mordidas [soborno] me ha recibido con toda su indiferencia de animal grande, sin hacerme caricias ni enseñarme los dientes…»

Sus planes inmediatos eran conseguir trabajo para ganarse la vida, luego recorrer México y «pedir una visa para el Titán del Norte», Estados Unidos. En caso de obtenerla, visitaría a su tía Ercilia en Nueva York, «y si no, a París». Calculó que el dinero le alcanzaría a lo sumo para dos meses, e inmediatamente empezó a buscar a sus contactos. Uno era Ulises Petit de Murat, un amigo de su padre que trabajaba como guionista para la industria cinematográfica mexicana. Antes de partir de Guatemala le había contado a Hilda sobre Petit: tal vez, le dijo, tendría la oportunidad de trabajar como extra cinematográfico y así poner a prueba sus «frustradas ambiciones artísticas de convertirse en actor». Hilda había respondido que era una idea frívola y le había suplicado que continuara su carrera de médico en lugar de derrochar su talento. Según Hilda, Ernesto, un poco avergonzado, insistió en que sólo se trataba de un medio para sobrevivir, pero finalmente se mostró de acuerdo con ella y prometió que no se desviaría del camino.

Pero necesitaba conseguir trabajo, y Petit de Murat era uno de sus escasos contactos en México. El encuentro fue bastante cordial. «Me sacó a pasear, discutimos sobre política —escribió en su diario—. Tiene una hija agradable pero que está dentro de la típica educación burguesa clericaloide». Petit y su hija Marta llevaron a Ernesto a conocer las pirámides aztecas de Teotihuacán, en las afueras de la ciudad. Marta le sirvió de modelo para ensayar un juguete nuevo que había comprado con la mitad de sus fondos: una cámara Zeiss de 35 milímetros.

Petit lo invitó a vivir en su casa y se ofreció para ayudarlo a conseguir una beca para sus estudios, pero Ernesto rechazó la oferta. En una carta a su padre fechada el 30 de septiembre, dijo, aparentemente sin ironía, que había «preferido mantener un cierto grado de independencia, por lo menos mientras me duren los pesos que me mandaron». Ciertamente no congeniaba políticamente con Petit: «Ya nos trenzamos en la misma discusión tuya sobre libertad, etc., está tan ciego como vos con el agravante de que hasta lo de Guatemala se ve que en el fondo lo alegra».

Pasaron varios «días en cero», durante los cuales Ernesto paseó por la ciudad, fue a los museos y buscó a sus conocidos. Halló a Helena Leiva de Holst, quien también se había asilado allí al marchar de Guatemala. Después escribió en su diario que aparentemente había «algo raro» entre ella e Hilda, de quien habló «con un tono despectivo». Lo que dijo Helena debió de ser contundente, porque apuntó en su diario: «con Hilda hay que cortar esta situación insostenible».

Se enteró por una carta de su familia de que la mayoría de los «izquierdistas guatemaltecos» evacuados a la Argentina estaban en la cárcel. Una carta a su madre enviada en octubre está llena de recriminaciones porque su familia no había ayudado más a los camaradas que les había recomendado. Aparentemente, su ayuda se había limitado a escuchar a los guatemaltecos que relataban sus aventuras con Ernesto y luego desearles buena suerte… o al menos así le pareció a él. «La última vez que mando gente al caserón de la calle Mansilla, pues he visto que la tradicional hospitalidad guevariana se ha perdido en el fárrago de la prosaica vida burguesa (definitivo), y vieja, te mando un abrazo triste y desganado para que lo compartas con el resto de la feliz tribu sedentaria».

En un aparte entre tantas quejas, expresó a Celia la impotencia que sentía sobre lo sucedido en Guatemala y confesó que una vez más se sentía desgarrado por el conflicto acerca de su futuro. A la luz de los sucesos, dijo, se había convencido «terminantemente de que los términos medios no pueden significar otra cosa que la antesala de la traición. Lo malo es que al mismo tiempo no me decido a tomar la actitud decidida que hace mucho debía haber tomado, porque en el fondo (y en la superficie) soy un vago rematado y no tengo ganas de ver interrumpida mi carrera por una disciplina férrea».

Ernesto aún digería sus vivencias en Guatemala, y en sus cartas realizaba una suerte de autopsia minuciosa. Quería que todos comprendieran lo que para él era la «verdad» de lo que había sucedido. A su amiga Tita Infante, en cuya última carta recibida en Guatemala creyó advertir una preocupación que trascendía lo platónico, escribió en una carta: «Hoy, a la distancia —material y espiritual— que me separa de Guatemala, releí su carta para contestarle y me pareció extraña. La encontraba con un calor especial, en su desesperación por no poder hacer nada, que realmente emociona». Al igual que la República española, escribió, Guatemala había sido traicionada «de adentro y de afuera», pero no había caído con tanta nobleza. Lo que más lo asqueaba era el revisionismo espurio sobre el gobierno de Arbenz. Los diarios de las Américas publicaban «mentiras». Ante todo, escribió, «no hubo asesinatos ni nada parecido. Debió haber unos cuantos fusilamientos a tiempo, lo que es diferente; si esos fusilamientos se hubieran producido, le hubiera quedado al gobierno la posibilidad de luchar…».

Ernesto estaba convencido de que la intervención norteamericana en Guatemala era sólo la primera escaramuza en un enfrentamiento global entre Estados Unidos y el comunismo. Era una perspectiva aterradora, y cometió el desatino de exponerla en una carta a su hermana Celia. Ella le había escrito que estaba comprometida con Luis Rodríguez Argañaraz, un joven arquitecto amigo de la familia. Evidentemente le preguntaba sobre las posibilidades de conseguir trabajo en México, porque Ernesto respondió: «Mi consejo de hermano mayor reposado y serio es que se queden allí sin pensar macanas de otros países porque la maroma se viene y aunque no sea la atómica será la otra, la del hambre, y Argentina será de las menos golpeadas porque depende menos del amigo del norte».

Repitió estos vaticinios terribles en una carta a su padre enviada unos meses después. La guerra mundial era inevitable, los riesgos habían crecido de manera «gigantesca» como consecuencia de los cambios en el Kremlin provocados por la muerte de Stalin. «Argentina es el oasis de América, hay que darle a Perón todo el apoyo posible para evitar entrar en la guerra que promete ser terrible; te guste o no, es así. [El vicepresidente norteamericano Richard] Nixon ya está recorriendo todos estos países, aparentemente para fijar las cuotas de hombres y materia prima barata (pagada con maquinarias viejas y carísimas) con que cada uno de los pobres estados de América contribuirá en las nuevas Coreas…»

Entre carta y carta a su familia para anunciar el juicio final, Ernesto buscaba trabajo. Trataba de conseguir puestos en los hospitales, pero con poca suerte. Mientras tanto se ganaba la vida con su cámara nueva, tomando fotografías de la gente en plazas y parques. Durante los meses siguientes, definidos por él como una «rutinaria cadena de esperanzas y desengaños que caracterizan mi vida proletaria», tuvo varios trabajos: sereno, corresponsal fotográfico de la agencia noticiosa argentina Agencia Latina y alergista e investigador tanto en el Hospital General como en el Infantil.

Fue entonces cuando Hilda Gadea volvió a entrar en su vida. Poco después de la partida de Ernesto, la policía guatemalteca la había detenido de nuevo, encerrado durante una noche y enviado bajo vigilancia a la frontera con México. Al cabo de unos días sus propios guardias, debidamente sobornados, la ayudaron a cruzar el río limítrofe. Varada durante ocho días en el pueblo fronterizo de Tapachula a la espera de que el gobierno mexicano le otorgara asilo político, logró llegar a la capital y reencontrarse con Ernesto. Ella recuerda que, al verla, Ernesto rió, burlón: «"Perdiste peso. Parece que lo pasaste mal". Le dije que se debía a las preocupaciones. Él asintió y dijo que también había estado muy preocupado por mí».

Pero los pensamientos y las acciones de Ernesto desde su separación no revelan al amante angustiado. Al enterarse de que estaba varada en la frontera, no hizo nada para ayudarla y sólo comentó al pasar en su diario: «Hilda está en México en Tapachula y no se sabe en qué condiciones».

Los relatos de Ernesto e Hilda sobre su relación intermitente son tan discrepantes con respecto al período mexicano como en otras épocas. Después del reencuentro, Ernesto escribió: «Con Hilda parece que llegamos a un *statu quo*, veremos». Pero el relato de Hilda reafirma su posición conocida: «Ernesto habló otra vez de la posibilidad de casarnos. Yo dije que debíamos esperar… Tenía la sensación de que mi respuesta ambigua había creado cierta tensión, porque entonces dijo que sólo seríamos amigos. Yo estaba un poco sorprendida; sólo le pedía que esperáramos. Pero acepté su decisión. Yo no hacía más que llegar y ya estábamos riñendo…»

Se reunían, ocasionalmente iban a cenar o al cine. Hilda se instaló en una pensión con la poeta venezolana exiliada Lucila Velásquez en el opulento barrio de Condesa y, al igual que Ernesto, buscó a sus contactos para conseguir trabajo.

Más feliz fue el reencuentro casual de Ernesto con los cubanos que había conocido en Guatemala, en especial su amigo Ñico López. Un día, cuando estaba de guardia en el Hospital General, apareció Ñico en busca de tratamiento para un camarada que sufría de alergia. Según el relato de Hilda, Ernesto y Ñico reanudaron su amistad. El cubano se mostraba optimista sobre el futuro; confiaba que en poco tiempo el líder moncadista Fidel Castro, su hermano Raúl y otros camaradas encarcelados saldrían en libertad.

Desde principios de 1954, los seguidores exiliados de Fidel Castro se dirigían hacia México desde todos los países del hemisferio, donde habían recibido la orden de reunirse allá. Su sede informal estaba en el apartamento de María Antonia González, una cubana casada con el luchador profesional mexicano Dick Medrano.

En Cuba, donde Castro se había convertido en una *cause célèbre* nacional, Batista había convocado elecciones para consolidar su régimen *de facto*. La opinión pública exigía con fuerza creciente una amnistía para Castro y los demás moncadistas. Una vez en libertad, dijo Ñico a Ernesto, Fidel Castro se instalaría en México para llevar a cabo su gran proyecto de organizar y entrenar un movimiento insurreccional armado con el que volver a la isla y librar una guerra de guerrillas para derrocar a Batista. Un proyecto tan tremebundo seguramente le parecía a Ernesto una promesa remota… y, además, no le servía para mejorar su situación financiera.

Ernesto escribió nuevamente a su madre, quien había criticado la conducta de los comunistas guatemaltecos exiliados enviados por él a la casa. «Los comunistas no tienen el sentido que vos tenés de la amistad, pero entre ellos lo tienen igual o mejor que el que vos tenés. Lo vi bien claro a eso, y en la hecatombe que fue Guatemala después de la caída, donde cada uno atendía sólo el sálvese quien pueda, los comunistas mantuvieron intacta su fe y su compañerismo y es el único grupo que siguió trabajando allí… Creo que son dignos de respeto y que tarde o temprano entraré en el partido, lo que me impide hacerlo más que todo, por ahora, es que tengo unas ganas bárbaras de viajar por Europa y no podría hacer eso sometido a una disciplina rígida».

Un mes después, en diciembre, escribió otra vez a su madre, aparentemente en respuesta a una carta en la que ella expresaba alarma ante su declaración de ingresar más adelante en el partido. En una réplica agresiva le escribió: «A aquello que tanto le temés se llega por dos caminos: el positivo, de un convencimiento directo, o el negativo, a través de un desengaño de todo. Yo llegué por el segundo camino, pero para convencerme inmediatamente de que hay que seguir por el primero. La forma en que los gringos tratan a América (acordate que gringos son yanquis) me iba provocando una indignación creciente, pero al mismo tiempo estudiaba la teoría del porqué de su acción y la encontraba científica. Después vino Guatemala…»

Lo visto en Guatemala sólo dio mayor peso a sus convicciones y en algún momento empezó a *creer*. «En qué momento dejé el razonamiento para tener algo así como la fe no te puedo decir, ni siquiera con aproximación, porque el camino fue bastante larguito y con muchos retrocesos». Era una declaración inequívoca. Si su familia no estaba suficientemente advertida, Ernesto había proclamado sus convicciones y descrito su conversión. Era comunista.

III

El comienzo de 1955 trajo pocos cambios a la vida de Ernesto. Su existencia era la de un joven vagabundo argentino que buscaba cualquier trabajo en un país extranjero, que por casualidad tenía título de médico. Como siempre, estaba sin dinero. El «*statu quo*» con Hilda tenía altibajos, pero a partir de Año Nuevo se había estabilizado. Aparentemente esto se debió no tanto a una conciliación de sus diferencias fundamentales como al hecho de que Ernesto necesitaba a Hilda para pedirle dinero de vez en cuando y, como escribió en su diario, para satisfacer su «necesidad urgente de una mujer dispuesta a coger». Ya la conocía lo suficiente para tener la certeza de que siempre estaría disponible para ambas cosas.

Para reconciliarse después de su ausencia en Año Nuevo, le hizo tardíamente un regalo: un ejemplar en miniatura del clásico argentino *Martín Fierro* de José Hernández encuadernado en cuero verde. Siempre había sido uno de sus libros preferidos. Escribió una dedicatoria que a ella seguramente la exasperó por su ambivalencia, pero que no obstante consideró una prueba de sus sentimientos. «A Hilda, para que en el día de nuestra separación conserves el sentido de mi ambición de nuevos horizontes y mi fatalismo militante. Ernesto 20-1-55».

Hilda no conseguía trabajo, pero recibía dinero de su familia y tenía de qué ocuparse. En enero se había inscrito en un curso de dos meses sobre la revolución mexicana en la Universidad Autónoma. Discutía las clases con Ernesto y juntos leían libros sobre el tema como *México insurgente* de John Reed y las memorias de Pancho Villa.

Para entonces una decena de moncadistas cubanos vivían en la capital mexicana. Varios de ellos ocupaban una pensión en la calle Gutenberg. Ñico López y Calixto García se alojaban en el céntrico Hotel Galveston. Todos se mantenían en contacto con la coordinadora extraoficial del movimiento, María Antonia González, en su apartamento de un feo edificio moderno de color rosado en la calle Emparán, 49, en el centro de la ciudad. Desde su encuentro fortuito con Ñico López en el hospital, Ernesto se reunía ocasionalmente con él y sus camaradas y empezaba a conocer a los recién llegados. Contrató a dos, Severino «el Guajiro» Rossell y Fernando Margolles, para que revelaran las fotografías que tomaba por encargo de la Agencia Latina en los segundos Juegos Panamericanos, realizados en marzo. Otro moncadista, José Ángel Sánchez Pérez, llegó de Costa Rica y se alojó

en la pensión de Ernesto en la calle Tigres. Meses antes, Sánchez Pérez había combatido en Costa Rica contra una invasión respaldada por Somoza que intentaba derrocar al presidente Figueres.

Poco antes de los juegos, Sánchez Pérez presentó a Ernesto en casa de María Antonia. Según Heberto Norman Acosta, investigador del Consejo de Estado cubano y yerno de un expedicionario castrista que durante quince años estudió el período de «exilio» anterior a la Revolución Cubana, ella lo aceptó como amigo de confianza debido a sus contactos con Ñico López, Calixto García y los demás cubanos. También congenió con el esposo de María Antonia, el luchador Dick Medrano, y empezó a visitarlos regularmente.

Entretanto, Hilda anhelaba reanudar sus relaciones, interrumpidas por Ernesto debido a una rencilla. «Ya que echaba de menos a Ernesto y quería reconciliarme —escribió—, decidí que debía tomar la iniciativa». Tuvo su oportunidad cuando Myrna Torres regresó de Canadá para casarse con su novio Humberto Pineda, quien había llegado a México después de meses de vida clandestina en Guatemala. «Aprovechando su amistad, le pedí que me acompañara a visitar la casa de los cubanos; sabía que Ernesto solía ir allá a revelar las fotos». La visita satisfizo sus expectativas. Ernesto aceptó ir a visitarla y, tal como esperaba, reanudaron la relación.

Con el fin de los Juegos Panamericanos llegó la mala noticia del cierre de la Agencia Latina. La agencia internacional de noticias creada por Perón daba pérdidas, y con el cierre Ernesto perdió su fuente principal de ingresos. Calculó que la agencia le debía cinco mil pesos, «cantidad que me viene muy bien, pues con ella puedo pagar algunas deudas, viajar por México e irme a la mierda», escribió. Esperó ese dinero con ansias, pero por las dudas se quedó con una de las cámaras de la agencia.

«Científicamente» empezaba a abrirse paso. Había rechazado una oferta tentadora de trabajar en Nuevo Laredo, sobre la frontera con Estados Unidos, porque no quería firmar un contrato por dos años. En una altanera carta fechada el 9 de abril, rechazó el ofrecimiento de su tía Beatriz de utilizar sus contactos para conseguirle trabajo en la industria farmacéutica.

«Pese a todo mi vagabundaje, mi informalidad reiterada y otros defectos, tengo convicciones profundas y bien definidas, esas convicciones me impiden hacerme cargo de un puesto del tipo del descrito por vos, pues ésas son cavernas de ladrones de la peor especie, ya que trafican con la salud humana que se supone está bajo mi calificada custodia… soy pobre pero honrado». Y por si la pobre Beatriz tenía alguna duda sobre el origen de esas convicciones, firmó la carta:

«Stalin II».

En abril, viajó a León, estado de Guanajuato, para asistir a un congreso sobre alergias. Allí presentó un trabajo sobre «Investigaciones cutáneas con antígenos alimentarios semidigeridos». Obtuvo según él una «discreta acogida», pero un buen comentario del doctor Salazar Mallén, su jefe en el Hospital General de México, y la promesa de que sería publicado en la edición siguiente de la revista *Alergia*. Salazar Mallén también le ofreció el internado en el Hospital General y una ayuda monetaria para hacer un trabajo de investigación.

Salazar Mallén cumplió su promesa en mayo. Ernesto inició el internado en el Hospital General con el minúsculo salario de ciento cincuenta pesos mensuales más alojamiento, comida y servicio de lavandería. El trabajo bastaba para cubrir sus necesidades básicas. «Pronto hubiera pasado a la nota policial como muerto de inanición —escribió a su madre—, si no fuera por la caridad de manos amigas». El salario le era indiferente: «El dinero es un lujo interesante pero nada más».

Hilda le propuso matrimonio y mantenerlo. «Yo dije no —escribió—. Quedamos como amantitos hasta que yo me largue a la mierda, que no sé cuándo será». Pero poco después aceptó la invitación de vivir con ella en el nuevo apartamento que compartía con Lucila Velásquez, en la calle Rhin. Hilda tenía un trabajo eventual en la Comisión Económica para Latinoamérica y el Caribe de la ONU (CELAC). Debía escribir un informe sobre el café en El Salvador. Luego obtuvo un puesto en la oficina de estadística de la Oficina Panamericana de la Salud, dependiente de la Organización Mundial de la Salud.

La convivencia con Hilda no sólo resolvió el problema alimentario —y le dio una vivienda más cómoda que el cuarto en el hospital— sino que amplió el círculo de sus contactos. Hilda tenía muchos conocidos en la floreciente comunidad de exiliados de México, engrosada en los últimos tiempos por el éxodo guatemalteco. Uno era el exiliado cubano Raúl Roa, director de la revista *Humanismo*, y el codirector Juan Juarbe y Juarbe, exiliado puertorriqueño. También estaban el joven abogado peruano Luis de la Puente Uceda,[22] dirigente del ala juvenil izquierdista del APRA, y Laura Meneses, la esposa peruana de Pedro Albizu Campos, el militante independentista puertorriqueño encarcelado en Estados Unidos desde 1950 por encabezar un asalto al palacio del gobernador en San Juan. Como en Guatemala, Hilda le presentó a sus conocidos.

Ernesto congenió sobre todo con los puertorriqueños. Hilda y él los visitaban para discutir la política latinoamericana y en especial el problema de la independencia de Puerto Rico, una causa por la que sentía profunda simpatía. Ricardo Rojo, que venía de hacer un año de posgrado en la Universidad de

Columbia, en Nueva York, pasó por la ciudad y juntos asistieron al desfile anual del Primero de Mayo. Aún se consideraban amigos, aunque era más claro que nunca que, desde el punto de vista político, ocupaban polos opuestos: Rojo abogaba por las formas pacíficas de la reforma política democrática, Ernesto por drásticas soluciones revolucionarias a los males de la sociedad.

La relación con Hilda cayó en una rutina monótona, aunque no desdichada, de trabajo, estudio y vida doméstica. Se reunían con sus amigos, a veces iban al cine y cocinaban en casa. Muchas noches, al volver a casa, Lucila los hallaba absortos en sus estudios, generalmente de economía. En esas ocasiones pasaba de puntillas, sin decir palabra, directamente hacia su habitación.

A mediados de mayo, Ernesto e Hilda consagraron su unión con un fin de semana a solas en el popular centro veraniego de Cuernavaca, cerca de la capital, y empezaron a explorar otros lugares de interés en las cercanías. A mediados de junio escribió a su madre que su vida seguía un «monótono ritmo dominical».

Pero en Cuba se aceleraba el proceso político. Batista, candidato único, había ganado las elecciones de noviembre, y en enero Eisenhower le dio su bendición por medio de una visita protocolar del vicepresidente Richard Nixon. En abril, durante la Semana Santa, el director de la CIA, Allen Dulles, fue a La Habana y se reunió con Fulgencio Batista. Preocupado por el avance del comunismo en el hemisferio, Dulles convenció a Batista de que debía crear una agencia policial de inteligencia para afrontar la amenaza. Así se creó el Buró de Represión a las Actividades Comunistas, con fondos y asesoramiento de la CIA. Las actividades del BRAC no tardarían en granjearle una fama siniestra.

Lo irónico es que ni Dulles ni el jefe de la CIA en La Habana pensaban en Fidel Castro cuando aconsejaron la creación del BRAC. En mayo, una ley de amnistía liberó a Fidel Castro, su hermano Raúl y otros dieciocho moncadistas encarcelados en la isla de Pinos. Batista describió su desafortunado acto de clemencia como un gesto de buena voluntad en honor del Día de la Madre.

IV

Batista no era el peor de los dictadores latinoamericanos de la época. En la vecina República Dominicana, Rafael Leónidas Trujillo gobernaba su empobrecida nación con mano de hierro desde la década de 1930 gracias a la eficiencia implacable de su policía secreta. Al mismo tiempo, imponía un culto de la personalidad sin paralelo en el hemisferio occidental. Santo Domingo, la capital, se llamaba ahora Ciudad Trujillo; en las cárceles había carteles que decían: «Dios en el Cielo, Trujillo en la Tierra». El Hotel Paz exhibía un gran letrero de neón: «Vivimos felices gracias a Trujillo», y una marca de cigarrillos llevaba uno de sus numerosos títulos: «El Benefactor».

En comparación con el despotismo extravagante de su colega dominicano, Batista era un monaguillo político. Oficial mulato del ejército, en la década de 1940 había abandonado el cuartel por primera vez para asumir la presidencia cubana. En aquella ocasión había triunfado en elecciones consideradas en general limpias y presidido un gobierno de coalición que incluía el Partido Socialista Popular, de orientación comunista. Después Cuba se había estancado bajo las presidencias mediocres y corruptas de Grau San Martín y Carlos Prío Socarrás. El golpe de Batista en 1952 derrocó a Prío Socarrás. Pero aunque legitimizó su régimen a los ojos de Washington por medio de elecciones y de la represión de su antiguo aliado comunista, para los partidos políticos ilegalizados, los estudiantes y la intelectualidad urbana de clase media era un dictador que había usurpado el poder y frustrado las esperanzas de una reforma constitucional que produjera un cambio social e instaurara una democracia auténtica.

A partir del asalto al Moncada, Batista se había mostrado dispuesto a enfrentar la oposición por medio de escuadrones de la muerte. Por otra parte, la corrupción oficial y el soborno florecieron como nunca. A mediados de los cincuenta, Cuba adquiría la mala fama de ser «el prostíbulo del Caribe», un lugar donde los norteamericanos ávidos de diversión pasaban fines de semana de juego, borracheras y parrandas con las numerosas prostitutas. Un personaje llamado Schwartzmann regentaba un teatro donde se exhibían películas pornográficas y sexo en vivo, y el crimen organizado norteamericano abría clubs nocturnos y casinos.

La aristocracia cubana, que consideraba a Batista un gángster de medio pelo, lo despreciaba profundamente, y lo puso en su lugar cuando un exclusivo club de

campo que sólo admitía socios blancos rechazó de plano su solicitud de ingreso. Para la nueva generación de idealistas nacionalistas como Fidel Castro, Batista era poco más que un proxeneta que vendía su país a los depravados extranjeros, lo cual potenciaba el rencor provocado por hechos tales como la presencia de la armada norteamericana en la bahía de Guantánamo, un vestigio de los días ignominiosos de principios de siglo cuando Washington, después de derrotar y expulsar a España, gobernaba la isla como un Estado vasallo.

Fidel Castro quería reformar su país, y su estancia en la cárcel había fortalecido sus intenciones. El 15 de mayo, al atravesar los portones de la Cárcel Modelo, se mostró irritado y belicoso. Recibido con júbilo por la prensa, lejos de mostrarse arrepentido, juró continuar la lucha contra el «despotismo» batistiano.

En esa época la dirección de su movimiento estaba conformada por un núcleo duro de individuos, en su mayoría profesionales reformistas de clase media unidos en el odio por Batista. Aparte de un puñado de comunistas, los moncadistas provenían del ala juvenil del opositor Partido Ortodoxo. Fidel Castro aparecía como el líder más carismático en el vacío provocado por el suicidio en 1951 del caudillo del partido, Eduardo Chibás.

Castro era un líder audaz, capaz de reagrupar las tropas, un rebelde que no se quedaba en las frases rimbombantes, como lo había demostrado en el cuartel Moncada. Sus seguidores eran ante todo nacionalistas, imbuidos de la retórica romántica de José Martí, el menudo «Apóstol» de la independencia cubana, muerto en 1895 al encabezar una temeraria carga de caballería contra las tropas coloniales españolas en su primera batalla.

En el grupo había un puñado de marxistas que habían tenido el tacto de ocultar su ideología, como Ñico López, Calixto García y Raúl Castro, el hermano menor de Fidel. En público, Castro se declaraba anticomunista, pero ya mostraba señales de ese oportunismo político astuto que le daría fama, al atraer a personas de todas las índoles políticas que pudieran serle útiles para conseguir sus objetivos. La rendición de cuentas podía esperar. Por el momento, lo aguardaba una dura lucha que requería toda la ayuda posible. La elaboración ideológica del Movimiento quedaría para más adelante; por ahora, los unía el magnetismo de Fidel Castro.

La organización tenía un nombre: Movimiento 26 de Julio, por el momento conocido solamente por los seguidores más íntimos de Castro. En público él negaba toda intención de constituir un partido propio y se esforzaba por jurar lealtad al Partido Ortodoxo. Su verdadero plan consistía en aprovechar la libertad para construir una base de apoyo en Cuba antes de partir hacia México, donde

prepararía la etapa final de la lucha, la guerra de guerrillas para derrocar a Batista y llevar a su propio partido al poder.

Ñico López y Calixto García aprovecharon la amnistía de Batista para volver a La Habana y coordinar la estrategia con su líder. Dos días antes de la partida, el 27 de mayo, Ernesto escribió una carta enigmática a su padre. Después de describir sus investigaciones en materia de alergias, se puso a divagar sobre sus planes de viaje, entre los cuales insinuó que «podría ir a Cuba».

Estaba ocupado con dos «colaboraciones», escribió. Una tenía que ver con las investigaciones sobre alergias y la otra (una insinuación que sin duda desconcertó a su padre) con «uno de los buenos químicos que hay en México sobre un problema del cual sólo tengo la intuición, pero creo que va a salir algo muy importante», algo que le permitiría «insinuar la posibilidad de un cambio en mis aspiraciones vagabúndicas. Espero una recomendación a los lugares donde madura el amanecer, como dicen… La Habana en particular me atrae como un lugar donde llenar mi corazón de paisaje, bien mezclado con citas de Lenin».

Sin embargo, a principios de julio, al enterarse de que un barco partía hacia España, estuvo a punto de abandonar todos sus planes para aprovechar la oportunidad. También se le dijo que podía asistir al inminente Congreso de la Juventud Comunista en China si podía pagar parte de sus gastos de viaje. Sin embargo, aunque la tentación de conocer «la tierra de Mao» era enorme, la de ir a Europa era aún más fuerte, «casi una necesidad biológica», según escribió a su madre unos días después. Finalmente se quedó donde estaba, hundido en «una sucesión de sala de hospital, laboratorio y biblioteca condimentada con algunas traducciones al inglés».

V

Ávido de emociones nuevas, Ernesto participó en un intento «improvisado» de escalar el pico nevado del monte Popocatépetl, de cinco mil metros de altura, uno de los dos volcanes que se alzan majestuosos sobre Ciudad de México. Aunque sólo alcanzaron el labio inferior del cráter, pudo «escudriñar en las entrañas de la Pacha Mama [Madre Tierra]».

Mientras tanto, seguía las noticias de la Argentina con gran preocupación. El 16 de junio, la armada argentina aprovechó la discordia creciente entre Perón y la Iglesia católica para lanzar un sangriento asalto al poder; centenares de civiles murieron en su torpe bombardeo de la Casa Rosada. La asonada fracasó, pero Perón quedó debilitado y se generó un clima de tensa incertidumbre mientras el régimen se tambaleaba en el borde del abismo.

Ernesto pidió noticias a su madre porque desconfiaba de los informes publicados en México: «Espero que la cosa no sea tan brava como la pintan y no haya nadie nuestro metido en un lío donde no hay nada que hacer». Conocía los fuertes sentimientos antiperonistas de su familia y temía sobre todo por su hermano Roberto, empleado de la armada. En cuanto a sus novedades, escribió a Celia a qué dedicaba buena parte de su tiempo libre: «te diré que tengo una cantidad de chiquilines de sexto año encandilados con mis aventuras e interesados en aprender algo más sobre las doctrinas de San Carlos [Karl Marx]».

Mientras el caos reinaba en la Argentina, el clima político de La Habana empeoraba rápidamente. Desde su liberación, Castro se afanaba para atraer nuevos miembros a su organización y atacaba incesantemente a Batista a través de la prensa. La noche del 12 de junio, en una reunión secreta en el barrio colonial de La Habana Vieja, se declaró formalmente la fundación del Movimiento 26 de Julio, con un Directorio Nacional de once miembros presidido por Fidel Castro. Volvió la violencia política, librada con mayor encono que nunca por la policía, los estudiantes y los militantes castristas. Un exiliado fue asesinado al regresar al país; una oleada de atentados con bombas estremeció La Habana. Castro acusó al gobierno de provocar la violencia; las autoridades acusaron a Raúl Castro de colocar una de las bombas y ordenaron su captura. Fidel acusó públicamente al régimen de maquinar su muerte y la de su hermano. El 16 de junio, habiéndole prohibido hablar por radio, la policía clausuró el principal medio periodístico que le restaba, el diario en formato tabloide *La Calle*.

Consciente de que se reducía su margen de acción, Fidel ordenó a su hermano que huyera a México y allanara el camino para su propia llegada. Raúl buscó asilo en la embajada mexicana y después de pasar una semana escondido allí, voló a Ciudad de México el 24 de junio. Fue derecho a la casa de María Antonia, donde lo esperaba, entre otros, Ernesto Guevara.

Todos los relatos coinciden en que la estima resultó mutua e inmediata. Ante todo, compartían una afinidad ideológica. Raúl, cinco años menor que Fidel, era marxista; había militado en la juventud del Partido Comunista en la Universidad de La Habana, dirigido su periódico *Saeta* y asistido en mayo de 1953 al Festival Mundial de la Juventud (Comunista) en Bucarest, Rumanía. Sin duda, conocía a Ernesto de oídas ya que Ñico López se había alojado con los hermanos Castro al regresar a La Habana.

Poco después de su llegada, Ernesto lo invitó a cenar en el apartamento de Hilda y Lucila. No mencionó el hecho en su diario, pero Hilda, en sus memorias, dice que a Raúl le tomó estima desde el momento en que lo conoció: «A pesar de su juventud, veintitrés o veinticuatro años, y su aspecto aún más juvenil, rubio, lampiño y con aire de estudiante universitario, tenía ideas muy claras en cuanto a cómo se debía hacer la revolución y, más importante aún, con qué fin y para quién».

Raúl habló de su fe en su hermano mayor y de sus propias convicciones. Como Ernesto, pensaba que en Cuba y en el resto de la región no se podía llegar al poder por medio de las elecciones sino mediante la guerra. Con apoyo popular se podía conquistar el poder y transformar la sociedad del capitalismo al socialismo. Según Hilda, «prometió traer a Fidel a nuestra casa apenas éste llegara a México. A partir de entonces venía a nuestra casa por lo menos una vez por semana y Ernesto lo veía casi todos los días».

Un enigma que ha perdurado a través de los años es el de exactamente *cuándo* se comprometieron los soviéticos con la Revolución Cubana. Si bien «compromiso» parece un término demasiado fuerte, los primeros contactos de los revolucionarios castristas con los funcionarios soviéticos se produjeron en Ciudad de México durante el verano de 1955.

Por extraña casualidad, también se encontraba en México un funcionario de Relaciones Exteriores soviético de veintisiete años llamado Nikolái Leonov, a quien Raúl había conocido dos años antes. Habían entablado amistad durante la travesía de un mes desde Europa, cuando Raúl regresaba del festival europeo de la juventud de mayo de 1953, y se habían visto por última vez al desembarcar éste en La Habana. Semanas después, Raúl participó en el asalto al cuartel Moncada y fue

a la cárcel, mientras Leonov continuaba el viaje hasta México para hacerse cargo de un puesto subalterno en la embajada soviética y tomar clases de español en la Universidad Autónoma. En aquel momento, el azar volvía a reunir a Raúl Castro con Nikolái Leonov.

Según Leonov (quien se retiró de la KGB en 1992 como subjefe del Primer Directorio, con jurisdicción sobre Estados Unidos y América Latina), se cruzó con Raúl Castro en la calle mientras hacía unas compras. Encantado de verlo, Raúl le dio la dirección de María Antonia y lo invitó a pasar por ahí. Violando la regla que prohibía los contactos sociales sin conocimiento previo de la embajada, Leonov se dirigió al número 49 de la calle Emparán. Allí conoció a Ernesto Guevara.

«Estaba atendiendo, como médico, a Raúl Castro que estaba enfermo, agripado estaba —dijo Leonov—. La primera impresión, que era un hombre muy alegre, muy bromista; prácticamente todo el tratamiento que le hacía a Raúl era infundirle optimismo, anécdotas, chistes…»

Hechas las presentaciones, Ernesto y Leonov se pusieron a conversar. Según Leonov, Guevara lo acribillaba a preguntas sobre la vida soviética en todos sus aspectos, desde la literatura hasta «el concepto del hombre soviético»: «¿Cómo piensan? ¿Cómo viven?» Leonov propuso que leyera algunas obras soviéticas, y luego respondería a sus preguntas. Ernesto aceptó y le pidió tres libros: el libro de Chanaev sobre la guerra civil soviética, *Así se forjó el acero* del autor comunista Ostrovski y *Un hombre íntegro*, acerca de un aviador soviético, héroe de la Segunda Guerra Mundial. Días después, al pasar Ernesto por la embajada soviética, tuvieron una nueva conversación, recordó Leonov, «pero esta vez como amigos». Acordaron permanecer en contacto y Leonov le dio su tarjeta de diplomático. Según Leonov, fue la última vez que se vieron en México.

12. «DIOS Y SU NUEVA MANO DERECHA»

I

Aquel verano, Ernesto escribió en su diario: «Un acontecimiento político es haber conocido a Fidel Castro, el revolucionario cubano, muchacho joven, inteligente, muy seguro de sí mismo y de extraordinaria audacia; creo que simpatizamos mutuamente».

En realidad se habían conocido varias semanas antes, tras la llegada de Castro a México el 7 de julio. Como a Raúl, Ernesto conoció a Fidel en la calle Emparán, 49. Después de conversar un rato, Ernesto y los hermanos Castro salieron de casa de María Antonia a cenar en un restaurante cercano. Conversaron durante varias horas y luego Fidel Castro invitó a Ernesto a unirse a su movimiento guerrillero. Ernesto aceptó sin vacilar.

«Che», como ya lo llamaban los cubanos, sería el médico del grupo. Eran los prolegómenos —faltaba mucho para que Fidel terminara de elaborar su ambicioso plan—, pero era la causa que Ernesto estaba buscando.

II

Ernesto Guevara y Fidel Castro eran personalidades diametralmente opuestas. A los veintiocho años, Castro era un ser político cabal que desbordaba de confianza, uno de los nueve hijos de un terrateniente de la provincia de Mayarí, en el este de Cuba. Su padre Ángel Castro, un gallego analfabeto que había llegado a Cuba sin un centavo, había hecho una fortuna modesta en tierras, azúcar, madera y ganado. En su gran finca, Manacas, que poseía su propio almacén, matadero y panadería, Castro era un patriarca rural, señor de los destinos de trescientos trabajadores y sus familias.

Ángel Castro dio a su tercer hijo, inteligente y díscolo (fruto de sus segundas nupcias con Lina Ruz, la cocinera de la familia), la mejor educación que se podía conseguir: la escuela primaria marista Dolores en Santiago; la escuela secundaria jesuita Belén en La Habana, un exclusivo establecimiento para alumnos internos; y la Facultad de Derecho de la Universidad de La Habana. Joven de naturaleza competitiva y colérica, Fidel había ganado fama de alborotador violento en el agitado ambiente universitario. Incluso antes del Moncada se lo había acusado de participar en dos tiroteos —en uno de los cuales fue herido un agente de policía—, pero había evitado la captura.

Al madurar durante las presidencias de Grau San Martín y Prío Socarrás, caracterizadas por la corrupción oficial, el gangsterismo y la brutalidad policial, Castro se había dedicado a la política, invocando la retórica purista del héroe nacional José Martí en sus reclamos de gobierno probo, derechos estudiantiles e igualdad social. Cuando el fogoso senador Eddy Chibás creó el Partido Ortodoxo para disputarle las presidenciales de 1947 a Grau San Martín, Castro se afilió a la rama juvenil del nuevo partido y en poco tiempo se convirtió, para muchos, en el aparente sucesor del líder. Aunque tenía amigos en el Partido Comunista y coincidía con ellos en algunas cuestiones, eso no le impedía disputarles las elecciones estudiantiles con las organizaciones católicas.

Antiimperialista vehemente, Fidel se había afiliado a diversas organizaciones estudiantiles que propugnaban estos puntos de vista; una de ellas reclamaba la independencia de Puerto Rico, un territorio de Estados Unidos. Tenía plena conciencia de la reciente condición de Cuba como neocolonia de Estados Unidos a partir de la guerra con España y la invasión norteamericana.

Cuba había obtenido su «independencia» putativa a costa de la humillante Enmienda Platt de 1901, que reconocía a Washington el derecho de intervenir a voluntad en «defensa» de la isla y le cedía la bahía de Guantánamo para instalar una base naval bajo sus propios términos. Cuando Fidel llegó al colegio secundario, la Enmienda Platt ya había sido derogada, pero los norteamericanos conservaban Guantánamo, poseían grandes intereses en el azúcar, que era la base de la economía cubana, y cumplían un papel proconsular en su vida política. En 1949, tras un incidente en que varios marineros norteamericanos orinaron sobre la venerada estatua de José Martí en el Parque Central de La Habana Vieja, Fidel ayudó a organizar una protesta frente a la embajada, que fue reprimida a garrotazos por la policía cubana. En 1951, los hermanos Castro (cuya posición en este caso era idéntica a la de Ernesto Guevara en la lejana Argentina) proclamaron a voz en cuello su oposición a la intención del gobierno de Prío de enviar tropas cubanas a combatir en la «guerra norteamericana» de Corea.

En síntesis, Fidel Castro sentía una enconada antipatía por los yanquis que habían convertido a la Cuba independiente en una «seudorrepública» y permitido la consolidación de las dictaduras corruptas. Mayarí, su provincia natal, era virtualmente un Estado vasallo de la United Fruit Company, propietaria de vastas extensiones de tierra y la mayoría de los ingenios azucareros. Al igual que en sus dominios en Centroamérica, los empleados norteamericanos y algunos cubanos llevaban una vida privilegiada en las tierras de la empresa, que incluían viviendas exclusivas, tiendas, hospitales, instalaciones deportivas y colegios privados. El padre de Fidel dependía de «la Compañía»: le había arrendado tierras y estaba obligado a vender su caña a los ingenios de la United Fruit.

Por consiguiente, no era casual que Fidel culpara a Estados Unidos por perpetuar la economía agraria cubana, dependiente de las exportaciones, que creaba una clase de terratenientes ricos y condenaba a los trabajadores a la pobreza endémica. Al reconocer el gobierno de Batista, legitimando así su golpe de Estado, Washington no hizo más que reforzar la íntima determinación de Castro de poner fin a la influencia norteamericana en la isla.

Es probable que Fidel Castro se considerara desde siempre el futuro líder de Cuba. En sus años estudiantiles, cuando participaba en alguna actividad, se esforzaba por convertirse en el líder indiscutido entre sus camaradas, fuese para ganar un concurso de poesía en la escuela primaria, ser el capitán del equipo de baloncesto en el Colegio Belén o destacarse en la actividad política universitaria.

A los doce años, Fidel había enviado una carta precoz a Franklin Delano Roosevelt para felicitarlo por su tercera elección presidencial y pedirle «un dólar». Más adelante, aunque José Martí seguía siendo el numen inspirador de toda la

vida, aprendió a admirar a personalidades históricas poderosas como Julio César, Robespierre y Napoleón. Revelaba esas dotes de negociador astuto que requiere la política y era un simulador consumado.

Estas características lo diferenciaban nítidamente de Ernesto Guevara, el hombre que más adelante aparecería a su diestra. Guevara consideraba a la política un medio para la transformación social; ése era su acicate, no el poder como fin en sí mismo. Sus incertidumbres, si es que las tenía, no eran de tipo social. Carecía de esa agresividad implacable que Castro había sabido convertir en uno de sus puntos más fuertes. Su familia, aunque pobre, era de sangre azul, y se había criado en medio de la confianza social y el sentido del privilegio que brinda la conciencia del linaje propio. Los Guevara eran las ovejas negras de la alta sociedad argentina, pero no por eso dejaban de pertenecer a ella. Por más que se esforzara por rechazarlos, Ernesto llevaba la impronta indeleble de su herencia y vínculos familiares.

Ciertamente Ernesto Guevara poseía un vigoroso amor propio, pero no en el grado impresionante de Fidel Castro. En grupo, mientras Guevara tendía a apartarse, observar y escuchar, el genio obligaba a Castro a imponerse y hacerse reconocer como la autoridad sobre el asunto en discusión, fuera historia, política o ganadería.

Debido a su asma, Guevara era penosamente consciente de sus limitaciones físicas, mientras Castro, hombre robusto, no reconocía ninguna en su propia constitución. Aunque la naturaleza no le había dado condiciones de atleta, estaba convencido de que podía sobresalir en cualquier actividad cuando se lo propusiera, y por lo tanto con frecuencia lo lograba. Su mayor impulso era el anhelo de *triunfar*. Para Ernesto era una hazaña el solo hecho de *practicar* rugby y otros deportes, hacerse aceptar por el equipo. Su anhelo era la camaradería, no el liderazgo.

Con su estatura superior al promedio, cabello peinado con brillantina y un bigotito que le sentaba mal, Fidel presentaba el aspecto próspero de un hombre de la ciudad habituado a darse todos los gustos. Y en verdad lo hacía. Le encantaba la buena comida y sabía cocinar. En cartas a sus amigos desde la cárcel, describía detalladamente las comidas que preparaba con la fruición de un sibarita. Ernesto era dos años menor que él, más menudo y delgado, con la palidez y los grandes ojos oscuros que se asocian con el actor de teatro o el poeta. En más de un sentido sus diferencias físicas revelaban las de personalidad: mientras Fidel buscaba inconscientemente la gratificación de sus deseos, Ernesto se sometía a la disciplina impuesta por el asma.

A pesar de tantas diferencias, los dos hombres poseían algunos rasgos comunes. Ambos eran hijos sumamente mimados de familias grandes; descuidados en su aspecto personal y sexualmente voraces, pero subordinaban sus relaciones a las metas que se imponían. Ambos estaban imbuidos del machismo latino: la creencia en la debilidad innata de las mujeres, el desprecio por los homosexuales y la admiración por los hombres valientes y arrojados. Poseían una voluntad de hierro y un sentido exagerado de la propia misión en la vida. Y, por último, los dos querían hacer revoluciones. Cuando se conocieron, cada uno había intentado —vanamente— participar en los sucesos históricos de su época y reconocían el mismo enemigo: Estados Unidos.

En 1947, cuando aún era estudiante universitario, Fidel se había unido a un grupo de cubanos y dominicanos que recibían instrucción militar en un remoto cayo cubano con la intención de invadir la República Dominicana y derrocar al general Trujillo. Pero el ejército cubano frustró la invasión en el último momento, cuando el presidente Grau San Martín recibió un aviso de Washington. Al año siguiente, como delegado al congreso juvenil «antiimperialista» de Bogotá organizado por Perón, Fidel había participado en los disturbios del «Bogotazo» tras el asesinato del dirigente liberal opositor Jorge Eliecer Gaitán y después había tratado de organizar la resistencia popular al gobierno conservador. Más tarde se habían sucedido el golpe de Batista, Moncada y la prisión.

Desde la cárcel, Fidel se había interesado por los sucesos que tenían lugar en Guatemala; simpatizaba con la batalla que libraba el gobierno de Arbenz, acosado por el fantasma de siempre, la United Fruit. La caída de Arbenz resultó aleccionadora: Fidel aprendió que el éxito de su revolución en Cuba requería actuar con cautela, formar una sólida base de poder antes de hostilizar los poderosos intereses norteamericanos. La clave era proceder con tacto y astucia.

Para Ernesto, como para la mayoría de sus conocidos, era evidente que Fidel Castro poseía una personalidad extraordinaria, acentuada por la convicción absoluta del triunfo final. Y si Fidel no poseía la convicción de Ernesto de que el socialismo era el camino justo, al menos simpatizaba con los mismos objetivos. El potencial existía. Correspondería a sus amigos más cercanos, a las personas como Ernesto Guevara, asegurarse de que la revolución de Fidel Castro siguiera un derrotero socialista.

Poco después de conocer a Fidel, le dijo a Hilda: «Ñico tenía razón en Guatemala cuando decía que lo mejor que había producido Cuba después de José Martí era Fidel Castro. Hará la revolución. Estamos totalmente de acuerdo… es un tipo al que yo seguiría hasta el fin». Aunque reconoció que el plan de Fidel de desembarcar con un puñado de guerrilleros en las costas fortificadas de Cuba era

una «locura», se sintió obligado a apoyarlo.

El 20 de julio, Ernesto escribió el siguiente pasaje enigmático en una carta a la tía Beatriz: «De mis trabajos y ambiciones científicas poco te puedo contar, salvo que de la chorrera de trabajos que estaba haciendo, el tiempo ha provocado una depuración y sólo sigo cuatro, pero no tengo la certeza de acabar más que uno, que es la razón de mi estadía por México, y los otros tres inconclusos serán exportados al próximo país que visite cuyo nombre ignoran todos menos Dios y su nueva mano derecha».

En honor de su nuevo amigo y camarada, Ernesto pidió a Hilda y Lucila que prepararan una cena para Fidel y que invitaran también a Laura Albizu Campos y Juan Juarbe. Esa noche, Castro reveló tres de sus rasgos característicos: hacerse esperar hasta el hartazgo, gran carisma personal y capacidad para pontificar durante horas. Lucila, ofendida, se retiró a su cuarto, pero Hilda esperó con paciencia y se llevó una excelente impresión.

«Era joven, de apenas treinta años, de tez clara, y alto, casi un metro con ochenta, y de constitución robusta… Podía parecer un apuesto turista burgués. Pero cuando hablaba sus ojos brillaban con pasión y celo revolucionario, y se veía por qué era capaz de concentrar la atención de los oyentes. Tenía el encanto y la personalidad de un gran líder y a la vez una admirable sencillez y naturalidad».

Después de la cena, Hilda superó su timidez y preguntó a Castro qué hacía en México si su lucha estaba en Cuba: «Respondió: "Muy buena pregunta. Les explicaré."» En su respuesta de cuatro horas, Fidel explicó la situación en Cuba y su plan de realizar una revolución armada.

A los pocos días, Ernesto dijo a Hilda que pensaba unirse a la invasión rebelde de Cuba. Poco después, Hilda le comunicó que estaba embarazada.

III

El 26 de julio, para festejar el segundo aniversario del asalto al Moncada, Fidel organizó un acto en el Parque de Chapultepec, en el que él mismo y otros exiliados latinoamericanos pronunciaron discursos. Después se reunieron en una casa donde Fidel preparó uno de sus platos predilectos, *spaghetti alla vongole*.

Durante la cena, Ernesto se mostró muy callado. Al advertirlo, Fidel exclamó: «¿¡Oye, Che! Estás muy callado? ¿Es porque tu controladora está presente?» Se refería a Hilda. Ella comentó que «evidentemente, Fidel sabía que pensábamos casarnos; de ahí la broma. Entonces me di cuenta de que conversaban mucho. Yo sabía muy bien que cuando Ernesto estaba a sus anchas era muy hablador; le encantaban las discusiones. Pero cuando había mucha gente se mostraba introvertido».

Hilda interpretó el silencio de Ernesto como una meditación sobre la magnitud del emprendimiento en que se había embarcado, pero este comentario tiene el tono inconfundible de un mito *post factum*. Parece mucho más probable que ponderara el dilema en que se había metido con ella. Estaba resuelto a casarse —después de todo, así lo exigía el honor—, pero en su diario íntimo escribió: «Para otro tipo la cosa sería trascendental; para mí es un episodio incómodo. Voy a tener un hijo y me casaré con Hilda en estos días. La cosa tuvo momentos dramáticos para ella y pesados para mí, al final se sale con la suya, según yo, por poco tiempo, ella tiene la esperanza de que sea para toda la vida».

Ciertamente, para un hombre que siempre había rechazado las ataduras familiares y que por fin había encontrado una causa y un líder a quien seguir, la perspectiva no podía ser más inoportuna. No obstante, aceptó la realidad y el 18 de agosto se casó con Hilda en el registro civil de Tepotzotlán, un pueblo en las afueras de la capital. Los testigos fueron Lucila Velásquez, Jesús Montané Oropesa, un contable menudo y de orejas grandes (y miembro del flamante Directorio Nacional del Movimiento) que acababa de llegar de La Habana y era el tesorero de Fidel, y dos colegas de Ernesto del Hospital General. Raúl Castro asistió a la ceremonia, pero por orden de Fidel de mantener una presencia discreta, no firmó el acta. Fidel, quien sospechaba que la policía secreta de Batista y el FBI norteamericano vigilaban sus movimientos, no asistió por razones de seguridad, pero sí fue a la fiesta posterior, en la que Ernesto preparó un asado argentino.

Después de la boda, Ernesto e Hilda dejaron el apartamento de Lucila y alquilaron otro en un edificio Art Déco de cinco pisos en la calle Nápoles del barrio Colonia Juárez. Sólo entonces comunicaron la noticia a sus respectivos padres. «Mis padres nos regañaron por no haberles avisado para que pudieran asistir a la boda —escribió Hilda—. Nos enviaron un giro bancario por quinientos dólares como regalo de bodas, pidieron que enviáramos fotografías y mamá pidió que nos casáramos por la Iglesia y dijo que le enviáramos la fecha exacta para que pudiera enviar participaciones a nuestros amigos de allá».

Ernesto respondió a sus flamantes suegros con una carta cuya mezcla de franqueza y picardía seguramente provocó algún desconcierto entre los Gadea, una familia de clase media. «Queridos suegros: Me imagino la sorpresa que habrá sido para ustedes recibir esa bomba tan explosiva y comprendo la cantidad de interrogantes que habrá provocado. Tienen ustedes razón en quejarse de que no hayamos informado de nuestro matrimonio en el momento en que lo efectuamos. Nos pareció más prudente hacerlo así dada la cantidad de dificultades con que tropezamos y el no haber creído nunca que tan pronto tendríamos un hijo…

»Les agradezco mucho todas las manifestaciones de cariño expresadas por ustedes que me consta son sinceras, la conozco a Hilda el tiempo suficiente como para conocer en cierta manera a la familia. Trataré de merecerlo en todo momento. Les agradezco también por lo que a mí me toca el “pequeño” regalo; creo que han hecho más que suficiente y no se deben molestar ya. Si bien no tenemos una posición económica holgada, lo que ganamos Hilda y yo nos alcanza para mantener nuestra casa decorosamente…

»Con esto creo contestar la cariñosa carta de ustedes; para agregar algo debo contarles nuestros planes futuros con Hilda; esperaremos que nazca “Don Ernesto” (si no es varón se arma lío), luego estudiaremos dos propuestas en firme que tengo yo, una para Cuba y otra una beca a Francia, adaptándolas a las posibilidades de traslado de Hilda. Nuestra vida errante no ha acabado todavía y antes de establecernos definitivamente en Perú, país al que admiro en muchos aspectos, o Argentina queremos conocer algo de Europa y dos países apasionantes como son la India y China; particularmente me interesa a mí la Nueva China, por estar acorde con mis ideales políticos y espero que pronto, o no muy pronto pero algún día, después de conocer aquéllos y algún otro país auténticamente democrático, Hilda piense como yo.

»Nuestra vida matrimonial no será probablemente igual a la que ustedes llevaron; Hilda trabaja 8 horas diarias y yo, aunque algo irregulares, alrededor de 12, pues me dedico a la investigación, que es la rama más ardua (y peor pagada) de la medicina. Sin embargo, hemos acoplado nuestros sistemas de vida de forma de

hacerlos un todo armónico y hemos convertido nuestro hogar en una libre asociación de dos seres iguales (por cierto señora, la cocina de Hilda es lo peor de la casa, ya sea en orden, limpieza o alimentación; lo más triste)… Yo sólo puedo decir que es tal como he vivido casi toda mi vida, pues mi mamá cojea del mismo pie, y para mí la casa desarregladona y la comida medio sosa, junto con mi compañera muy saladita, y sobre todo muy compañera, es el ideal de mi vida.

»Espero ser recibido en la familia como un hermano que hace mucho camina por la misma senda y hacia un mismo destino, o por lo menos que mis rarezas de carácter (que son muchas) se vean disimuladas por el cariño sin condiciones que me tiene Hilda, que es el que yo tengo por ella.

»Reciban en el seno de la familia el filial y fraterno abrazo de este todavía desconocido componente. Ernesto».

Frente a su propia familia Ernesto restó importancia a su casamiento e inminente paternidad, mencionándolos al final de una carta que escribió el 24 de septiembre a su madre. La carta trataba sobre todo de su reacción ante el golpe de Estado militar que había derrocado a Perón cuatro días antes. «Te confieso con toda sinceridad que la caída de Perón me amargó profundamente, no por él, por lo que significa para toda América, pues mal que te pese y a pesar de la claudicación forzosa de los últimos tiempos,[23] Argentina era el paladín de todos los que pensamos que el enemigo está en el norte».

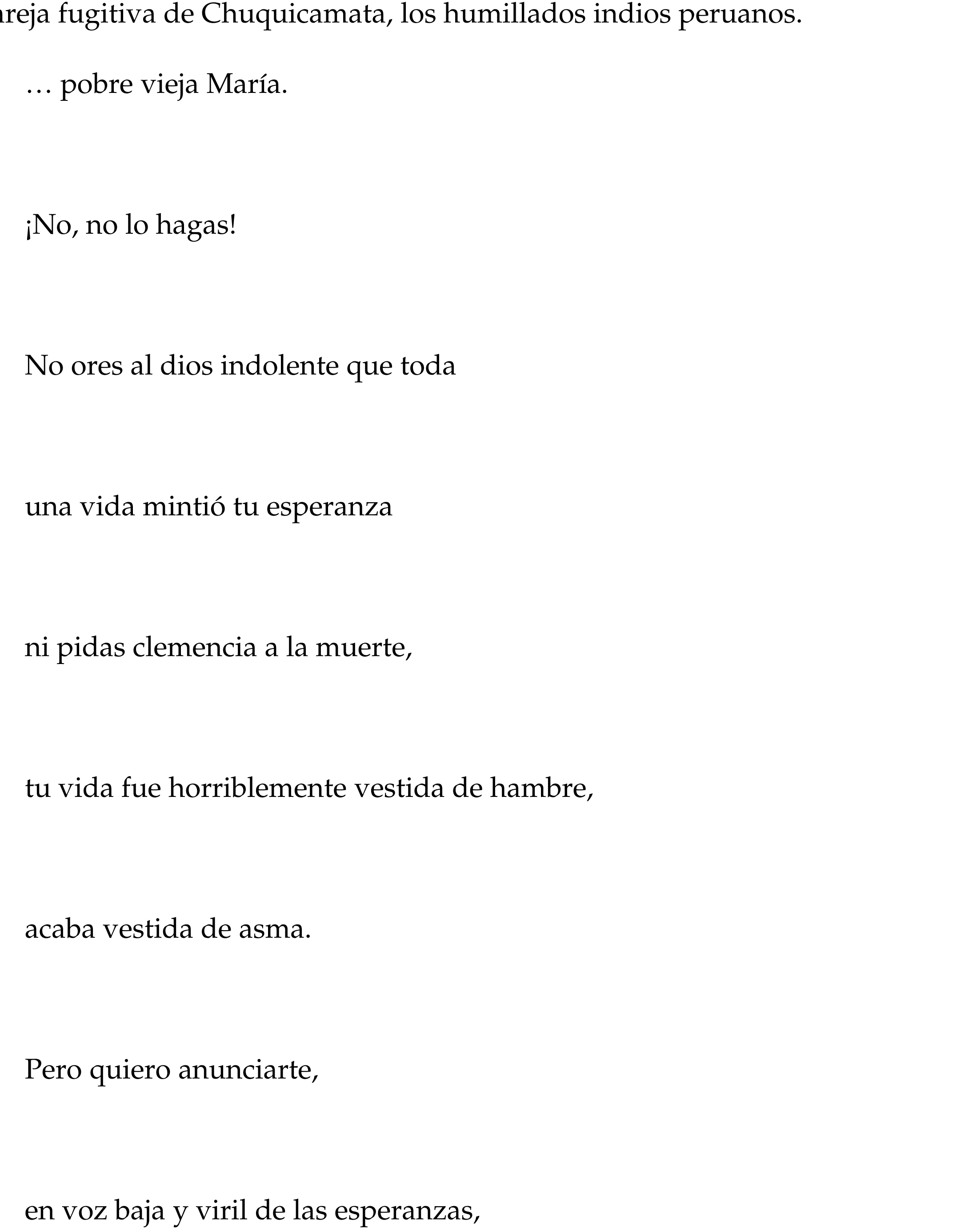
Después de vaticinar que su patria sufriría nuevas divisiones sociales y mayor violencia política, dedicó algunos párrafos a sus propias novedades: «Quién sabe qué será mientras tanto de tu hijo andariego. Tal vez haya resuelto sentar sus reales en la tierra natal (única posible) o iniciar una jornada de verdadera lucha…

»Tal vez alguna bala de esas tan profusas en el Caribe acaben con mi existencia (no es una baladronada, pero tampoco una posibilidad concreta, es que las balas caminan mucho en estos lares), tal vez, simplemente siga de vagabundo el tiempo necesario para acabar una preparación sólida y darme los gustos que me adjudiqué dentro del programa de mi vida, antes de dedicarla seriamente a perseguir mi ideal. Las cosas caminan con una rapidez tremenda y nadie puede predecir dónde ni por qué causa estará al año siguiente».

Casi como posdata, añadió: «No sé si han recibido la noticia protocolar de mi casamiento y la llegada del heredero… Si no es así, te comunico la nueva oficialmente, para que la repartas entre la gente; me casé con Hilda Gadea y tendremos un hijo dentro de un tiempo…»

Por aquella época, la salud de María, una anciana asmática a quien Ernesto había tratado durante el año anterior, empeoró bruscamente. A pesar de todos sus esfuerzos, murió asfixiada por el asma. Él estaba junto a su lecho cuando exhaló el último suspiro. Fruto de esa vivencia, expresó en un poema toda su furia por el abandono social que, en su opinión, había provocado esa muerte.

En «Vieja María, vas a morir», la moribunda representa todas las vidas pobres, despilfarradas, de América Latina. Para Ernesto, era la vieja de Valparaíso, la pareja fugitiva de Chuquicamata, los humillados indios peruanos.



… pobre vieja María.

¡No, no lo hagas!

No ores al dios indolente que toda

una vida mintió tu esperanza

ni pidas clemencia a la muerte,

tu vida fue horriblemente vestida de hambre,

acaba vestida de asma.

Pero quiero anunciarte,

en voz baja y viril de las esperanzas,

la más roja y viril de las venganzas
quiero jurarlo por la exacta
dimensión de mis ideales.

Toma esta mano de hombre que parece de niño
entre las tuyas pulidas por el jabón amarillo,
restriega los callos duros y los nudillos puros
en la suave vergüenza de mis manos de médico.

Descansa en paz, vieja María,
descansa en paz, vieja luchadora,
tus nietos todos vivirán la aurora.

IV

Por el momento, el mundo de la «venganza roja» sólo hervía en la imaginación de Ernesto. Los únicos canales para su indignación eran sus escritos, algunas discusiones políticas y sus esperanzas crecientes en el proyecto revolucionario de Fidel Castro.

Y ese proyecto se desenvolvía lentamente. Fidel, que en agosto había cumplido veintinueve años, se comunicaba con el Movimiento en Cuba por medio de correos mientras planificaba, conspiraba, leía, escribía, daba órdenes y sobre todo hablaba, hablaba constantemente.

Al igual que en Cuba, Fidel se apoderaba de las vidas de aquellos que, en México, se mostraban susceptibles a sus variados encantos y poderes de persuasión. Arzacio Vanegas Arroyo, un impresor y luchador («Kid Vanegas») de baja estatura y rostro aindiado, amigo de María Antonia y su esposo, aceptó imprimir dos mil copias del «Manifiesto N.º 1 al Pueblo Cubano», de Fidel. Luego otro amigo de éste las llevó de contrabando a Cuba con orden de distribuirlas el 16 de agosto ante la tumba de Chibás, en el cuarto aniversario de la muerte de su antiguo mentor. El Manifiesto informaba la constitución del Movimiento 26 de Julio como organización revolucionaria por la restauración de la democracia y la justicia. Punto por punto, reseñaba las reformas propugnadas por Fidel: eliminación de la oligarquía terrateniente feudal, división de sus latifundios y reparto de la tierra a los campesinos; nacionalización de los servicios públicos; reducción obligatoria de los alquileres; un programa ambicioso de viviendas, educación, industrialización y electrificación rural, y así sucesivamente, hasta abarcar prácticamente todos los aspectos de la vida cubana. En esencia, reclamaba medidas drásticas para transformar el país en una sociedad moderna y más humanitaria.

Para entonces, los planes de Fidel trascendían la mera agitación para entrar en la estrategia militar. Había resuelto que la futura fuerza invasora desembarcaría en un tramo aislado de la costa sudoriental de Cuba, que se prolonga en un cabo, y donde el terreno se alza para formar la Sierra Maestra. Desde esos montes de la región de Oriente, Fidel lanzaría su guerra de guerrillas. Oriente era no sólo la patria de Fidel sino también el lugar donde José Martí y los patriotas del siglo XIX habían iniciado sus invasiones contra los españoles.

Pero además del simbolismo, existía una sólida razón estratégica: la sierra era próxima a Santiago, la segunda ciudad del país. Allí Fidel contaba con los diestros oficios de su coordinador clandestino, un estudiante de veinte años llamado Frank País. Después de que sus hombres desembarcaran y se refugiaran en las montañas, Santiago sería una fuente próxima de fondos, información, armas y reclutas para abastecer la guerra.

Celia Sánchez, hija de un médico de las plantaciones y flamante recluta del Movimiento, había obtenido los mapas costeros que necesitaba Fidel y los había entregado a Pedro Miret, un antiguo condiscípulo, encargado de coordinar los planes de la invasión. Después de recorrer la zona en busca de puntos de desembarco, Miret viajó a México en septiembre para entregar los planos a Fidel y discutir la estrategia. Mientras tanto, las células del Movimiento seleccionaban a los futuros combatientes y Fidel se encargaba de trasladarlos a México para que recibieran el adiestramiento militar.

Fidel ya había escogido a un hombre experimentado para entrenar a sus fuerzas: era el general Alberto Bayo, un militar aventurero nacido en Cuba, veterano de la Guerra Civil española, que había perdido un ojo. Desde su retiro del ejército, enseñaba en la universidad y regentaba una fábrica de muebles en México. Como oficial de carrera del ejército español, había combatido en la campaña colonial contra el líder guerrillero marroquí Abd-El-Krim y luego con las fuerzas republicanas contra Franco. Más tarde había asesorado y adiestrado a distintas fuerzas para las guerras en el Caribe y Centroamérica, experiencias que le sirvieron para escribir su libro *Tormenta en el Caribe*. Bayo parecía ser el hombre que Fidel necesitaba.

A continuación, Fidel empezó a preparar una gira de proselitismo y recolección de fondos entre las colonias de emigrantes cubanos en la Florida, Nueva York, Filadelfia y Nueva Jersey. Para ello contaba con su amigo Juan Manuel Márquez, un dirigente del Partido Ortodoxo con buenos contactos en Estados Unidos. Mientras tanto, enviaba mensajes al Directorio Nacional en Cuba con instrucciones de recolectar fondos y nuevas normas sobre las obligaciones y tareas de los afiliados del Movimiento.

Para entonces, los camaradas cubanos empezaban a conocer las idiosincrasias del hombre a quien llamaban «Che». Un rasgo de su personalidad que ofendía a muchos era su altanería. Cuando Melba Hernández, flamante esposa de Jesús Montané y veterana del Moncada, llegó de La Habana, él la llevó al Hospital General para presentarla al Che. Al ver su vestido y sus joyas, Guevara le dijo sin rodeos que con semejantes adornos no podía ser una revolucionaria. «Los revolucionarios de verdad se adornan por dentro, no en la superficie», afirmó.

Ofendida por esta recepción, lógicamente se llevó una pésima primera impresión del Che. Pero ésta cambió cuando lo conoció mejor. Comprendió, como todos, que si bien era criticón e incluso grosero, era igualmente severo consigo mismo. Hernández ha dicho que meditó sobre la observación del Che, acabó por darle la razón y a partir de entonces dejó de usar tantas joyas.

Ernesto continuaba su adiestramiento físico, y en la segunda semana de octubre escaló nuevamente el Popocatépetl. Era el tercer intento y al cabo de seis horas y media por fin alcanzó la cumbre del volcán.

En los últimos tiempos en sus investigaciones sobre alergias experimentaba con gatos, y Raúl Castro solía ayudarlo en el laboratorio. Raúl ha dicho entre carcajadas que, al ver cómo Ernesto daba inyecciones a los pobres animalitos, perdió toda confianza en la destreza de su amigo como médico y en adelante se negó a recibir inyecciones de él. Ernesto también concurría asiduamente a la biblioteca del Instituto de Intercambio Cultural RusoMexicano, a veces en compañía de Raúl, Jesús Montané y su esposa Melba.

En octubre escribió una carta a Beatriz llena de chistes mordaces sobre su futuro hijo (a quien pensaba llamar Vladimiro Ernesto) y sobre la «nueva Argentina» tras el derrocamiento de Perón. «La gente bien podrá poner en su lugar a la chusma, los norteamericanos invertirán grandes y beneficiosos capitales en el país, en fin, un paraíso». Con morbosidad fingida lamentó que el gobierno mexicano rechazara sus servicios después del «bien llamado» huracán «Hilda» y le negara la oportunidad de ver la catástrofe de cerca. «Una parte de la ciudad se inundó y la gente quedó en la calle; pero no importa porque allí no había gente bien y eran puros indios…» Y como siempre, al despedirse, le pidió que le enviara yerba mate.

A mediados de noviembre, Ernesto e Hilda, cuyo embarazo ya era visible, fueron a Chiapas y a la península de Yucatán a visitar las ruinas mayas. El mejor momento de su estancia de cinco días en el puerto de Veracruz fue la llegada de un barco argentino en el que Ernesto pudo conseguir varios kilos de yerba mate. «Uno se imagina la felicidad de Ernesto —escribió Hilda—. Para él fue como hallar un tesoro. El mate era uno de sus hábitos invariables; jamás se separaba de su equipo de bombilla, calabaza y termo de dos litros para agua caliente. Estudiando, conversando, siempre sorbía el mate; era lo primero que hacía al levantarse y lo último antes de irse a dormir…»

En el viaje al sur hacia los templos mayas de Palenque, en la humedad tropical de Chiapas, bruscamente volvió el asma, que prácticamente había desaparecido en las alturas de Ciudad de México. Cuando se ofreció a darle una

inyección, dice Hilda, tuvieron la «primera pelea» del viaje. «Se negó violentamente. Yo comprendí que no quería sentirse protegido, que lo ayudaran cuando estaba enfermo. Su brusquedad me hizo callar, pero me hizo daño».

Se sintió fascinado por las «magníficas» pirámides de Palenque y sus templos tallados en bajorrelieve. En las muchas páginas de su diario dedicadas a Palenque y las ruinas mayas de Chichen-Itzá y Uxmal, alterna detalladas descripciones físicas de los monumentos con historias de las antiguas civilizaciones que los construyeron. Recorría feliz las ruinas, arrastrando consigo a la fatigada Hilda. «Ernesto quería trepar alegremente todos los templos. Yo me rendí en el último, el más alto. Me detuve a mitad de camino, en parte porque estaba muy cansada y en parte porque me preocupaba mi embarazo. Él me alentaba a no ser caprichosa y seguirlo…»

Por fin, «cansada, impaciente y totalmente enfadada», Hilda se negó a dar un paso más. Sin dejarse arredrar, Ernesto pidió a alguien que los fotografiara frente a las antiguas piedras. En la foto, Hilda aparece desaliñada y con mirada furiosa bajo un sombrero mexicano. A su lado, con camisa oscura de mangas cortas y sombrero panamá, Ernesto se ve delgado, juvenil y muy preocupado.

Desde Uxmal navegaron hasta Veracruz en un pequeño buque costero, el *Ana Graciela*. Hilda no quería navegar, pero Ernesto la animó con bromas, diciéndole que al menos «morirían juntos». Al comienzo, la travesía fue bastante serena, pero el segundo día sopló un fuerte viento del norte que les dio «un buen baile», según la alegre expresión de Ernesto. El relato de Hilda fue más agrio. «… Casi todos los pasajeros estaban mareados. Yo no me sentía demasiado bien. Pero Ernesto parecía un chico. Con su pantaloncillo de baño, andaba por toda la cubierta, saltaba de un lado a otro, calculaba el balanceo del barco para mantener el equilibrio, tomaba fotos y se reía de las molestias de los demás».

El reproche tácito es evidente: Hilda estaba disgustada con la falta de consideración y la irresponsabilidad de Ernesto. Por el bien de su hijo por nacer, pasó el resto del viaje en su camarote, donde Ernesto, contrito, le servía té con limón. Mucho después, Hilda hizo un relato romántico de la experiencia. «Fueron quince días de viajes inolvidables, con la inmensa satisfacción de nuestra mutua compañía en todo momento, solos en medio de tanta belleza». En cambio, en su crónica del viaje, Ernesto jamás menciona a Hilda.

Fidel volvió a México poco antes de Navidad, después de un viaje triunfal por Estados Unidos para recolectar fondos y obtener apoyo. Durante dos meses recorrió la costa atlántica entre discursos, conversaciones y promesas. Invocó a Chibás y Martí, e hizo juramentos pomposos: «En 1956 seremos libres o seremos

mártires». A cambio de ello recibió aplausos y dinero, el suficiente para empezar a organizar su Ejército Rebelde. En varias ciudades se organizaron células del Movimiento 26 de Julio y «Clubs Patrióticos». Su presencia en los medios era mayor que nunca, y su publicitada intención de lanzar una «revolución» generaba expectativas crecientes en Cuba. En México, un Fidel Castro vigoroso y eufórico estaba listo para ir a la guerra.

Para la Nochebuena preparó un plato tradicional cubano de cerdo asado, frijoles, arroz y yuca. El Che e Hilda asistieron a la velada en la que Fidel expuso sus planes para el futuro de Cuba con «tanta convicción» que ella imaginó por un instante que la guerra ya se había ganado.

V

Fidel Castro había dado su palabra de que 1956 sería el año decisivo de la revolución. Para ponerse en forma, Ernesto seguía escalando los montes y en esta ocasión acometió el Iztaccihuatl, un volcán menos elevado pero más peligroso que su vecino Popocatépetl. A pesar de los sucesivos intentos, no pudo llegar a la cumbre.

En enero y febrero llegaron desde Cuba los futuros combatientes de Fidel, y el Movimiento los alojó en lugares seguros, llamados «casas-campamentos», en distintas partes de la capital mexicana. A mediados de febrero había una veintena de futuros expedicionarios. Sometidos a normas estrictas de disciplina y clandestinidad, iniciaron su entrenamiento, que al principio consistía en larguísimas caminatas por la ciudad. Luego empezaron a realizar caminatas por las colinas de las afueras para adquirir resistencia y estado físico. El impresor y luchador Arzacio Vanegas los hacía escalar caminando de costado y hacia atrás para fortalecer sus piernas y adquirir sentido del equilibrio. En una ocasión, Vanegas sorprendió al Che jadeando y bregando con su inhalador. Una vez recuperado, el Che le pidió que no lo revelara a nadie, ni siquiera a Fidel. Evidentemente temía que el asma lo excluyera de la expedición, y quería creer que sus camaradas no se habían dado cuenta.

En un gimnasio de la calle Bucarelli cuyos dueños eran amigos suyos, Vanegas los hacía ejercitarse y les daba lecciones de «defensa personal». «Era muy brusco con ellos —dice Vanegas—. Les decía que no eran señoritas y que debían ser duros si querían ir a la guerra». Enseñó al Che y los demás «cómo golpear a un enemigo para causar el máximo dolor, a patear en las pelotas, tomarlo de la ropa y tirarlo al suelo».

En las casas clandestinas, Alberto Bayo daba clases teóricas sobre la guerra de guerrillas, y en febrero, un grupo selecto que incluía a Ernesto Guevara empezó a tomar lecciones de tiro en el polígono Los Gamitos. De acuerdo con Fidel, el dueño de Los Gamitos cerraba el polígono al público durante ciertos días para que los hombres pudieran practicar tiro con blancos móviles, que eran pavos silvestres.

VI

El 14 de febrero, día de San Valentín, Ernesto e Hilda se mudaron a un apartamento más grande en otro piso del mismo edificio de la calle Nápoles. Aquella misma noche, Hilda empezó con los dolores de parto. Ernesto la llevó al Sanatorio Francés, donde dio a luz al día siguiente.

«Ha pasado mucho tiempo y muchos acontecimientos nuevos se han declarado —escribió Ernesto—. Solamente expondré los más importantes: desde el 15 de febrero de 1956 soy padre; Hilda Beatriz Guevara es la primogénita… Mis proyectos para el futuro son nebulosos pero espero terminar un par de trabajos de investigación. Este año puede ser importante para mi futuro. Ya me fui de los hospitales. Escribiré con más detalles».

Pero no lo hizo. Éstas son las últimas líneas del diario iniciado por Ernesto casi tres años antes, cuando aprobó los exámenes finales de medicina y emprendió el viaje con Calica Ferrer. Su intención original era reunirse con su amigo Alberto Granado en Venezuela. Pero había tomado una dirección totalmente distinta, en el camino de la revolución.

13. «LA LLAMA SAGRADA EN MI INTERIOR»

I

Como un náufrago que por fin ve una esperanza de rescate en el horizonte, Ernesto volcó todas sus nuevas energías en la empresa revolucionaria cubana. Para bajar de peso dejó de comer su habitual bistec en el desayuno y adoptó una dieta de carne, ensalada y fruta para la cena. Por las tardes iba derecho al gimnasio.

«Al principio volvía a casa tieso y dolorido, y era mi tarea darle masajes con un linimento especial para atletas —dice Hilda—. Decía que más adelante irían a un campamento para adiestrarse en la supervivencia. Sólo después de ese entrenamiento estarían preparados para los botes. Mientras tanto, Fidel se ocupaba de estos últimos».

Pero el entrenamiento físico no le bastaba a Ernesto; en previsión del triunfo revolucionario, aspiraba a tener conocimientos sólidos de teoría política y económica. En su estudio intenso de economía, leyó a Adam Smith, Keynes y otros economistas, releyó a Mao y los textos soviéticos del Instituto Cultural Ruso-Mexicano y asistía como oyente a reuniones del Partido Comunista mexicano. Al anochecer casi siempre concurría a las casas clandestinas de los cubanos para discutir la situación de la isla y de otros países latinoamericanos.

Consolidaba sus conocimientos del marxismo. Resumió sus viejos cuadernos filosóficos en un solo tomo. El último cuaderno filosófico, de algo más de trescientas páginas dactilografiadas, refleja la concentración de sus intereses y el estudio profundo de Marx, Engels y Lenin. La última anotación del índice, sobre el concepto del «yo», está atribuida a Freud, una cita de «Historias clínicas» de Dschelaladin Rumi que dice: «Allí donde despierta el amor, muere el Yo, el déspota tenebroso».

En el inicio de una doble vida, evitaba los contactos con personas que no fueran de su entera confianza. Advertía insistentemente a Hilda que fuera cauta con sus amistades a fin de no revelar su participación en el movimiento rebelde de Fidel. Finalmente le pidió que dejara de ver a sus conocidos apristas peruanos, de quienes desconfiaba más que de nadie. Veía a muy pocas personas aparte de los cubanos.

Ernesto dedicaba su tiempo libre a la niña. Estaba encantado con ella. El 25 de febrero escribió a su madre para anunciar el nacimiento. «Abuelita: Los dos

somos un poquito más viejos, o si te considerás fruta, un poquito más maduros. La cría es bastante fea, pero no es más que mirarla para darse cuenta de que no es diferente de todas las criaturas de su edad, llora cuando tiene hambre, se mea con frecuencia… le molesta la luz y duerme casi todo el tiempo; sin embargo, hay algo que la diferencia inmediatamente de cualquier otro crío: su papá se llama Ernesto Guevara».

Mientras tanto, con su otra identidad —«el Che», el aprendiz de guerrillero— se convertía en un excelente tirador. Su instructor de tiro era Miguel el Coreano Sánchez, un veterano de la guerra de Corea entrenado por el ejército norteamericano al que Bayo había traído de Miami. El 17 de marzo, Sánchez escribió el siguiente informe sobre su desempeño en el polígono: «Ernesto Guevara asistió a 20 clases regulares de tiro, un excelente tirador con aproximadamente 650 proyectiles [disparados]. Disciplina excelente, capacidades de liderazgo excelentes, resistencia física excelente. Algunas flexiones disciplinarias por pequeños errores en la interpretación de órdenes y leves sonrisas».

El Che ya se destacaba. Su vigorosa personalidad, su amistad con Fidel y Raúl, su veloz ascenso dentro del grupo sin duda agravaron el encono que sentían algunos reclutas cubanos por el «extranjero» en sus filas. La mayoría lo llamaba impersonalmente «el argentino»; sólo sus íntimos lo llamaban «Che».

Años después, Fidel recordó un «pequeño incidente desagradable» que se produjo cuando designó al Che —«por su seriedad, su inteligencia y su carácter»— dirigente de una de las casas clandestinas en Ciudad de México. «Eran unos veinte o treinta cubanos en total —dijo Fidel—, y algunos… cuestionaron la conducción del Che porque era argentino, porque no era cubano. Por supuesto que criticamos esa actitud… esa ingratitud hacia alguien que, aunque no había nacido en nuestra tierra, estaba dispuesto a derramar su sangre por ella. Y recuerdo que el incidente me agravió muchísimo. Creo que él también se sintió agraviado».

En realidad, Guevara no era el único extranjero del grupo. Otro era Guillén Zelaya, un joven mexicano a quien Helena Leiva de Holst había presentado meses antes en una reunión de exiliados hondureños. A los diecinueve años, Zelaya abandonó su hogar para unirse a Fidel, y lo aceptaron. Con el tiempo llegarían otros —un exiliado dominicano, un marino mercante italiano—, hasta que Fidel cerró la puerta porque no quería un «mosaico de nacionalidades». Entre todos los extranjeros, sólo el Che tenía el privilegio de acceder a Fidel y Raúl Castro.

La presencia de la revolución en la vida de Ernesto se manifestaba más que nunca en las cartas a la familia, incluso en los pasajes humorísticos. En carta del 13 de abril a Celia, los pasajes dedicados a su hijita constituyen un nuevo aspecto del

orgullo paterno. «Mi alma comunista se expande pletóricamente: ha salido igualita a Mao Tse-tung. Aun ahora ya se nota la incipiente pelada del medio de la bocha, los ojos bondadosos del jefe y su protuberante papada; por ahora pesa menos que el líder, pues apenas pasa los cinco kilos, pero con el tiempo lo igualará».

Al mismo tiempo, su fastidio con Hilda, reprimido durante el embarazo, se hizo más evidente. Al volver sobre el tema de la Argentina, siempre presente en su correspondencia, acosó a su madre sobre la capitulación del nuevo régimen ante los intereses empresarios norteamericanos y aprovechó para criticar a Hilda.

«Me consuela pensar que la ayuda de nuestros grandes vecinos no deba quedar confinada por estos pagos y también mi tierra pueda disfrutar de ella, según parece, también han prestado su ayuda al APRA, y pronto la gente estará en el Perú e Hilda podrá ir allá con toda tranquilidad. Lástima grande que su casamiento intempestivo con desaforado esclavo de la peste roja le privará el gozar de una bien remunerada dieta de diputado en el próximo parlamento…»

Ernesto dijo a Hilda que la causa revolucionaria exigiría sacrificios a los dos, y el primero sería su separación prolongada. Aunque expresaba «dolor y orgullo» ante la perspectiva de que se fuera a la guerra, lo más probable es que Hilda se sintiera profundamente desdichada por el giro de los acontecimientos. Pero difícilmente podía detenerlo al haber asumido ella misma cierto compromiso con la revolución; si lo hubiese intentado, él la hubiera acusado de ser una pequeña burguesa sin remedio, atada a la filosofía política centrista del aprismo.

Entretanto, Fidel buscaba un lugar fuera de la capital donde sus hombres pudieran continuar su entrenamiento en la mayor clandestinidad. Empezaba a recibir dinero de sus simpatizantes en Cuba y Estados Unidos. Tenía algunas armas y seguía comprando por intermedio de Antonio del Conde, un traficante mexicano a quien apodó «el Cuate». Le encargó que comprara armas en Estados Unidos y que buscara un bote para transportar a su «ejército» a Cuba cuando llegara el momento.

Evidentemente, Fidel quería que la invasión coincidiera con el tercer aniversario del Moncada, el 26 de julio. No sólo se había comprometido públicamente a iniciar la revolución en 1956, sino que los últimos sucesos demostraban que debía actuar con rapidez si quería conservar el as de triunfo revolucionario. La competencia empezaba a crecer en varios sectores.

Uno de sus rivales en potencia era el expresidente Carlos Prío Socarrás. Después de saborear las aguas insurreccionales al dar ayuda al flamante Directorio Revolucionario, un combativo grupo estudiantil clandestino, en un intento

frustrado de asesinar a Batista, Prío había vuelto a Cuba aprovechando la misma amnistía que liberó a Fidel. Tras renunciar públicamente al uso de la violencia, buscaba ampliar su base de apoyo al proclamar que se opondría a Batista por medios legales y democráticos.

En el otoño de 1955 reinaba el malestar en Cuba; la policía reprimía brutalmente cualquier indicio de agitación social, y el Directorio replicaba con ataques armados a la fuerza de seguridad. A finales de año un amplio espectro de grupos opositores, entre ellos el Movimiento 26 de Julio, apoyó una huelga de obreros azucareros y se produjeron disturbios en las calles. El clima de rebelión se extendía cada vez más, pero los círculos opositores carecían de unidad y organización, y por el momento la relación de fuerzas favorecía a Batista.

Cuando la balanza de fuerzas se equilibrara, Fidel quería estar en primera fila. En marzo de 1956 renunció públicamente al Partido Ortodoxo, cuya dirección, dijo, no apoyaba la «voluntad revolucionaria» de las bases. Esta maniobra astuta le dejó las manos libres para avanzar en sus planes revolucionarios sin fingir lealtad a un partido que esperaba absorber. Así obligaría a los diversos grupos antibatistianos a tomar partido y podría ver con mayor claridad quiénes eran sus amigos y enemigos.

Pero siempre estaba alerta a la posibilidad de una traición. En México, sus hombres estaban organizados en células. Separados en grupos, sólo se encontraban durante los entrenamientos y se les prohibía hacer preguntas sobre sus respectivas vidas. Sólo Fidel y Bayo conocían las direcciones de todas las casas clandestinas. Fidel elaboró una lista de castigos para los infractores. El Movimiento se regía por las normas de la guerra, y la traición se castigaba con la muerte.

Tenía buenos motivos para reforzar la seguridad porque sabía que si Batista quería matarlo, tenía los medios para hacerlo, incluso en México. Poco tardó en confirmar que, efectivamente, era un blanco de los asesinos. A principios de 1956, el Servicio de Inteligencia Militar (SIM) de Batista denunció la conspiración de Castro y detuvo a varios de sus militantes en Cuba. Poco después, el jefe de investigaciones del SIM llegó a México, y Fidel se enteró de que existía un plan auspiciado por éste para asesinarlo. Cuando Fidel hizo saber que estaba enterado del plan, Batista lo abortó, pero los agentes cubanos y los mexicanos a sueldo del gobierno cubano seguían sus pasos y enviaban informes a La Habana.

El clima político cubano se recalentaba. En abril la policía descubrió una conspiración de oficiales del ejército para derrocar a Batista. Una célula del Directorio intentó asaltar una radio de La Habana, y uno de sus miembros resultó muerto a tiros. Días después, emulando el asalto castrista al Moncada, un grupo

combativo de los *auténticos* de Prío asaltó un cuartel militar provincial para obligar a su líder a abandonar la política de oposición pacífica. El intento terminó en una masacre. El régimen se lanzó a la represión del partido, y Prío volvió al exilio en Miami.

En México, Fidel contaba con unos cuarenta cubanos. Ernesto siempre se destacaba en los ejercicios de entrenamiento, y un día Fidel lo mencionó como ejemplo para reprochar a los que flaqueaban. En mayo se pidió a los reclutas que evaluaran el desempeño de sus camaradas; declararon por unanimidad que Ernesto estaba capacitado para una «posición de dirección o jefatura de estado mayor». Para él significó cruzar un umbral importante: había ganado el respeto que tanto ansiaba de sus nuevos camaradas.

II

En mayo, Ernesto cumplió su antiguo anhelo de poner a prueba sus dotes de actor, aunque no lo hizo como extra cinematográfico. Bayo y Ciro Redondo, un colaborador íntimo de Fidel, habían descubierto una hacienda que estaba a la venta en Chalco, unos cincuenta kilómetros al este de la ciudad. El inmenso Rancho San Miguel, con sus prados y sus colinas accidentadas, era el terreno ideal para el entrenamiento guerrillero. La casa no era grande, pero la propiedad estaba rodeada por un muro de piedra alto, propio de una fortaleza, rematado por garitas almenadas en las esquinas. El único problema era el precio: casi doscientos cincuenta mil dólares. El dueño del rancho, un sujeto pintoresco llamado Erasmo Rivera, había combatido con Pancho Villa en su juventud, pero aparentemente la revolución no lo había inmunizado contra la codicia.

En las negociaciones con Rivera, Bayo se hizo pasar por un rico «coronel salvadoreño» interesado en comprar una hacienda fuera de su país. Entusiasmado por la perspectiva de la venta, Rivera cayó en el engaño, y entonces Bayo le presentó al «coronel», que no era otro que Guevara con su acento extranjero. Fuese porque Rivera no sabía distinguir el acento salvadoreño del argentino o bien porque decidió no hacer preguntas que pudieran ofender al adinerado cliente, el embuste funcionó. Rivera aceptó un alquiler simbólico de ocho dólares mensuales mientras se efectuaban ciertas reparaciones acordes con las instrucciones del «coronel», para después concretar la venta. Varias decenas de «trabajadores salvadoreños» vendrían a realizar los trabajos.

Concretado el negocio, Fidel ordenó a Bayo que formara un grupo de combatientes, los primeros en ir al rancho. Bayo, que tenía un alto concepto de Ernesto —años después lo llamaría «el mejor guerrillero de todos»—, lo designó su «jefe de personal». A fines de mayo fueron al rancho con el primer grupo de reclutas. Al despedirse de Hilda, Ernesto dijo que tal vez *no* volvería. (Fidel había localizado una lancha torpedera de la armada norteamericana que estaba a la venta en Delaware; esperaba comprarla y traerla a México a tiempo para zarpar hacia Cuba en julio. Si se cumplían sus planes, al finalizar el entrenamiento irían directamente del rancho al embarcadero y de allí a Cuba.)

En Chalco se instituyó un régimen de entrenamiento severo. El cuartel era el casco amurallado del Rancho San Miguel, pero los reclutas pasaban la mayor parte del tiempo realizando incursiones desde dos campamentos rudimentarios en las

áridas colinas sembradas de vegetación espinosa con el fin de prepararse para los rigores que los aguardaban en Cuba. La comida y el agua eran escasas; Bayo y el Che encabezaban excursiones y marchas nocturnas del crepúsculo al amanecer. Cuando no avanzaban con dificultad a través de la maleza, realizaban simulacros de combate y montaban guardia.

Por primera vez, el Che compartía la vida cotidiana de los cubanos. Algunos aún tomaban a mal su presencia, ya que lo consideraban un intruso extranjero, y ahora era su jefe inmediato. Demostró ser rígido en la aplicación de la disciplina, pero a la vez participaba en todas las marchas y ejercicios además de cumplir sus deberes de médico.

Seguramente los cubanos se sorprendieron al descubrir que el médico argentino, culto y de buena cuna, era también un sujeto desaliñado y tosco. Ya en la ciudad llamaba la atención con su raído traje marrón, que evidentemente no concordaba con la imagen de un «profesional». Aunque revolucionarios, los cubanos eran conscientes de su imagen, y en la América Latina socialmente estratificada de los años cincuenta un hombre que se respetara sólo salía a la calle bien vestido y acicalado. En el campo, descubrieron que no era demasiado aficionado al baño. Según Hilda: «Ernesto se reía de los cubanos y su manía por la pulcritud. Cada día al terminar el trabajo todos se bañaban y mudaban de ropa. "Todo está muy bien —decía él—, ¿pero qué van a hacer en la sierra? Dudo de que podamos bañarnos o mudarnos de ropa."»

Como ejemplo de la severidad del Che, uno de los rebeldes cubanos, el cantautor mulato Juan Almeida, relata un incidente en que uno de los hombres se negó a seguir adelante, disgustado por las largas marchas, la disciplina excesiva y la escasez de comida. Según Almeida, el infractor «se sentó en el camino en franca protesta contra la dirección española [Bayo] y argentina [Guevara]».

Frente a semejante insubordinación, el Che ordenó el regreso inmediato al campamento. Una violación tan grave de la disciplina se castigaba con la muerte. Notificaron el hecho inmediatamente a Fidel y Raúl, quienes acudieron desde Ciudad de México para celebrar un consejo de guerra. De acuerdo con la actitud tradicional de la Revolución Cubana de pasar por alto los episodios desagradables, Almeida se abstuvo de identificar al recluta insubordinado, pero en las memorias de Alberto Bayo se relata el dramático proceso del hombre identificado como Calixto Morales. Según Bayo, los hermanos Castro exigieron la pena de muerte para «exterminar» la «enfermedad contagiosa» antes de que infectara a sus camaradas. A pesar del alegato de Bayo en su favor, Morales fue condenado a muerte. Sin embargo, Fidel lo perdonó y Morales recuperó sus favores durante la guerra de guerrillas. Según la historiadora cubana María del Carmen Ariet, fue

salvado de la ejecución gracias a la intercesión del Che, el mismo que había convocado el consejo de guerra.

Se dice que el verdugo de Morales debía haber sido Universo Sánchez, el jefe de contraespionaje de Fidel en esa época. En una entrevista con Tad Szulc, autor de la biografía más exhaustiva de Fidel Castro, Sánchez reveló que hubo otros juicios y que por lo menos uno de ellos, el de un espía infiltrado, terminó con la ejecución del reo. Escribe Szulc: «El hombre, cuya identidad se desconoce, fue sentenciado por un consejo de guerra realizado en una casa clandestina y ejecutado por orden de Universo. "Fue fusilado y enterrado en un campo", dice él».

Hoy los pobladores vecinos del Rancho San Miguel dicen que hay tres cadáveres enterrados detrás de los gruesos muros de la propiedad, pero si no fuera por la confesión de Universo Sánchez, se diría que no son sino rumores. En Cuba, toda mención de estos sucesos es tabú; no han sido esclarecido y oficialmente se los desconoce.

A principios de junio, el grupo de Almeida volvió a la ciudad y llegaron nuevos hombres para realizar la instrucción. El 14, el Che cumplió veintiocho años. Todo parecía desarrollarse a pedir de boca, pero el 20 de junio, agentes de la policía mexicana detuvieron a Fidel y dos camaradas en una calle del centro de la capital. En pocos días, casi todos los miembros del Movimiento estaban en la cárcel. La policía llevó a cabo redadas en las casas clandestinas y confiscó documentos y armas. Bayo y Raúl fueron avisados a tiempo y se ocultaron, mientras el Che quedó al mando del rancho. Hilda, cuya casa servía de buzón para la correspondencia secreta, también fue detenida, pero antes logró ocultar las cartas de Fidel y los escritos políticos más comprometedores de Ernesto. Interrogada durante largas horas sobre las actividades de Ernesto y Fidel, pasó la noche detenida con su bebé y la liberaron por la mañana.

Se acusaba a Fidel y sus camaradas de conspirar para asesinar a Batista con la complicidad de los comunistas cubanos y mexicanos. La Habana pidió su extradición. El 22 de junio Fidel pudo emitir una nota cuidadosamente redactada en la que negaba su presunta filiación comunista y ponía de manifiesto su estrecha relación con el difunto dirigente del Partido Ortodoxo Eduardo Chibás, conocido anticomunista. Mientras tanto, Raúl y los demás camaradas que estaban en libertad se apresuraban a conseguir abogados.

En el rancho, el Che se preparaba para el inevitable registro policial. El 24 de junio, cuando llegó la policía, él y sus doce camaradas habían cambiado el escondite de las armas. Fidel, que deseaba sobre todo evitar un enfrentamiento, acompañó a la partida policial para ordenar la rendición. El Che obedeció y junto

con sus camaradas fue a parar a la cárcel del Ministerio del Interior en la calle Miguel Schultz.

III

En las fotos tomadas por la policía mexicana Ernesto aparece como un joven resuelto, bien afeitado pero despeinado. En la foto de frente, miró directamente a la cámara. En la de perfil, se destacan la frente prominente, los labios apretados y una mirada meditabunda.

En la ficha policial, debajo de la foto, constan el nombre, la fecha y el lugar de nacimiento, el domicilio local y los rasgos físicos, así como la acusación oficial: «Vencimiento de la visa». Hay un solo comentario: «Dice ser turista».

El 26 de junio, dos días después de la fecha del informe, Ernesto amplió sus declaraciones a la policía, pero sólo confesó lo que ésta ya sabía. Después de explicar las circunstancias de su llegada, dijo que había sido «simpatizante» de Arbenz y había «servido» a su gobierno. En México, «alguien» cuyo nombre «no recordaba» lo había presentado a María Antonia González. Luego se enteró de que la casa era un lugar de reunión de cubanos «descontentos» con el régimen político de su país. Allí había conocido a su dirigente, Fidel Castro Ruz. Un mes y medio antes de su detención, al enterarse de que los cubanos se entrenaban para «dirigir un movimiento revolucionario» contra Batista, les había ofrecido sus servicios como médico y lo habían aceptado. A petición de Castro, había actuado como intermediario para alquilar la hacienda de Chalco. Mintió sobre la cantidad de hombres y armas que había en el rancho: sólo tenían «dos rifles» que usaban para «prácticas de tiro al blanco y caza menor», además de un revólver calibre 38 para «defensa personal».

Aquel día, el diario oficialista *Excelsior* informó sobre las detenciones en primera plana con un gran titular: «México frustra revuelta contra Cuba y detiene a 20 cabecillas». Al día siguiente, apareció una nota que citaba a fuentes policiales, titulada: «Más detenciones de conspiradores cubanos que se dice tenían ayuda de comunistas».

Según fuentes de la Dirección Federal de Seguridad, el cabecilla principal era nada menos que «el médico argentino Ernesto Guevara Serna… vínculo principal entre los conspiradores cubanos y ciertas organizaciones comunistas de naturaleza internacional… El doctor Guevara, que también ha figurado en otros movimientos políticos de naturaleza internacional en la República Dominicana y Panamá, fue identificado por la DFS como "miembro activo del Instituto de

Intercambio Cultural Mexicano-Ruso"». En el pie que aparecía bajo la foto de los detenidos, se lo destacaba junto a Fidel como el hombre cuyas «vinculaciones íntimas con el comunismo han provocado sospechas de que el movimiento contra Fulgencio Batista fue coauspiciado por organizaciones rojas».

En medio de la agitación periodística, los camaradas de Fidel trataban de obtener su libertad. Su abogado y amigo Juan Manuel Márquez llegó de Estados Unidos y contrató a dos defensores. El 2 de julio, un juez solidario firmó la orden de liberar a Fidel, pero el Ministerio del Interior la recusó. A pesar del revés, el magistrado logró suspender la orden de deportación. En busca de alternativas, Fidel había autorizado a Universo Sánchez a tratar de sobornar a un alto funcionario del gobierno, pero el intento fracasó. Se declararon en huelga de hambre y el 9 de julio veintiún hombres salieron en libertad. Otros salieron días después, pero Fidel, el Che y Calixto García siguieron presos.

El 6 de julio, el Che escribió a sus padres para informarles sobre su situación y confesar por fin la verdad sobre sus actividades. «Hace un tiempo, bastante tiempo ya, un joven líder cubano me invitó a ingresar a su movimiento, movimiento que era de liberación armada de su tierra, y yo, por supuesto, acepté».

Sobre su futuro dijo que «está ligado a la Revolución Cubana. O triunfo con ésta o muero allá… Si por cualquier causa, que no creo, no puedo escribir más y luego me toca las de perder, consideren estas líneas como de despedida, no muy grandilocuente pero sincera. Por la vida he pasado buscando mi verdad a los tropezones y ya en el camino y con una hija que me perpetúa he cerrado el ciclo. Desde ahora no consideraría mi muerte una frustración, apenas, como Hikmet [el poeta turco]: "Sólo llevaré a la tumba la pesadumbre de un canto inconcluso."»

A pesar de las filtraciones policiales y los titulares sensacionalistas sobre la conspiración revolucionaria, la única acusación que pesaba sobre Fidel, Che y Calixto García y motivaba su detención eran las infracciones a las leyes inmigratorias. Mientras tanto, entre bambalinas, se desarrollaba una pugna entre funcionarios mexicanos y cubanos sobre lo que convenía hacer con ellos.

Al mismo tiempo, la policía trataba de averiguar más sobre los antecedentes de «Ernesto Guevara». En la primera semana de julio lo interrogaron dos veces más. Inexplicablemente, se explayó con toda libertad. Estas declaraciones a la policía jamás se difundieron, pero Heberto Norman Acosta, historiador del Consejo de Estado Cubano, recibió copias de las actas secretas. La lectura cuidadosa de estos documentos celosamente custodiados revela que Ernesto Guevara confesó abiertamente que era comunista y creía en la necesidad de la lucha armada revolucionaria, no sólo en Cuba sino en toda América Latina.

En algunas ocasiones a lo largo de los años, Fidel se ha referido a las declaraciones del Che a la policía mexicana en tono de benévolo reproche, citándolas como ejemplo de la «honestidad a carta cabal» de su difunto camarada. Pero en esa época, naturalmente montó en cólera. Mientras él se presentaba como un patriota reformista en la mejor tradición occidental, nacionalista y *democrática*, he aquí que el Che se explayaba sobre sus convicciones marxistas. Si la amenaza roja era *el factor* capaz de movilizar mayor apoyo del gobierno de Eisenhower al régimen batistiano, cualquier prueba de que Fidel o sus seguidores contemplaban transformar a Cuba en un Estado comunista condenaría la revolución al fracaso de antemano. En este contexto, las declaraciones del Che eran extraordinariamente temerarias porque brindaban a los enemigos de Fidel las armas que necesitaban.

El 15 de julio, Castro hizo una segunda declaración pública en la que acusó a la embajada estadounidense de «presionar» a las autoridades mexicanas para frustrar su liberación. No se sabe cómo obtuvo esa información, pero era veraz: Washington efectivamente había pedido a los mexicanos que retrasaran su puesta en libertad, no tanto por las preocupaciones que pudiera despertar Fidel Castro como por la necesidad de apaciguar a Batista. El gobernante cubano había amenazado con boicotear la cumbre de presidentes americanos prevista para el 22 de julio en Panamá; los norteamericanos querían asegurarse de que no faltara nadie.

No obstante, Fidel no quería correr el menor riesgo, y en su declaración se distanció más que nunca del comunismo. Calificó las acusaciones de «absurdas», recordó la antigua alianza de Batista con el Partido Socialista Popular y dijo que el «capitán Gutiérrez Barrios» de la Dirección Federal de Seguridad, el número tres en la policía secreta mexicana, era el mejor testigo de la inexistencia de sus presuntos vínculos con «organizaciones comunistas».

La mención de Fernando Gutiérrez Barrios resulta reveladora. Lo cierto es que para entonces Fidel había llegado a algún tipo de acuerdo con el funcionario policial mexicano de veintisiete años, dos menos que él. Aunque ni Gutiérrez Barrios ni Fidel jamás divulgaron los detalles del pacto, es evidente que la ayuda del mexicano fue clave para la liberación posterior de Castro.

¿Por qué ayudó Gutiérrez Barrios a Fidel? En el peor de los casos se diría que cayó, como muchas otras personas, bajo el embrujo de la gigantesca personalidad de Castro. En una entrevista dijo que «simpatizó» con Castro desde el comienzo. «Primero, porque éramos de la misma generación y segundo, por sus ideales y sentido de la convicción. Siempre fue un líder carismático. Y en esa época era evidente que no tenía otras alternativas que triunfar en su movimiento revolucionario o morir… estas razones explican por qué hubo una relación cordial

desde el principio. Yo nunca lo consideré un criminal sino un hombre con ideales que trataba de derrocar una dictadura y cuyo único crimen era violar las leyes [de inmigración] de mi país…»

En vista del escaso amor de los nacionalistas mexicanos (cuya revolución se había producido apenas cuatro décadas antes) por su entrometido vecino norteamericano, es muy probable que en el gesto de Gutiérrez Barrios hubiera un buen componente de «métanselo donde mejor les quepa». En efecto, más adelante, durante sus tres décadas como jefe de la policía secreta mexicana, Gutiérrez Barrios otorgó asilo y protección especial a muchos exiliados revolucionarios latinoamericanos, varios de los cuales aparecían en la lista de hombres buscados por Washington.

El 15 de julio, el mismo día que Fidel emitió su segunda declaración pública, Ernesto envió una respuesta desafiante a una carta de Celia llena de reproches. A juzgar por su tenor, ella ponía en tela de juicio los motivos para su adhesión a Fidel Castro y preguntaba intencionadamente por qué no había salido en libertad con los demás huelguistas de hambre. Respondió que él y Calixto probablemente seguirían en la cárcel después de la liberación de Fidel porque eran los únicos que no tenían los documentos inmigratorios en regla. Apenas lo liberaran, se iría a un país vecino a aguardar las órdenes de Fidel, para «estar preparado cuando se requieran mis servicios».

«No soy Cristo y filántropo, vieja, soy todo lo contrario de un Cristo… Por las cosas que creo lucho con todas las armas a mi alcance y trato de dejar tendido al otro, en vez de dejarme clavar en una cruz o en cualquier otro lugar…

»Lo que realmente me aterra es tu falta de comprensión de todo esto y tus consejos sobre la moderación, el egoísmo, etc., es decir, las cualidades más execrables que pueda tener un individuo. No sólo no soy moderado sino que trataré de no serlo nunca, y cuando reconozca en mí que la llama sagrada ha dejado lugar a una tímida lucecita votiva, lo menos que pudiera hacer es ponerme a vomitar sobre mi propia mierda. En cuanto a tu llamado al moderado egoísmo, es decir, al individualismo ramplón y miedoso… debo decirte que hice mucho por liquidarlo… En estos días de cárcel y en los anteriores de entrenamiento me identifiqué totalmente con los compañeros de causa… El concepto yo había desaparecido totalmente para dar lugar al concepto nosotros. Era una moral comunista y naturalmente puede parecer una exageración doctrinaria, pero realmente era (y es) lindo poder sentir esa remoción de nosotros». Interrumpió tanta severidad con una broma: «(Las manchas no son lágrimas de sangre, sino jugo de tomate.)» Luego prosiguió: «Un profundo error tuyo es creer que de la moderación o el "moderado egoísmo" es de donde salen inventos mayúsculos u

obras maestras de arte. Para toda obra grande se necesita pasión y para la revolución se necesita pasión y audacia en grandes dosis, cosas que tenemos como conjunto humano».

Finalizó su examen de conciencia con un soliloquio sobre la transformación de la relación entre ambos: «Con todo, me parece que ese dolor, dolor de madre que entra en la vejez y que quiere a su hijo vivo, es lo respetable, lo que tengo obligación de atender y lo que además tengo ganas de atender, y me gustaría verte no sólo para consolarte, sino para consolarme de mis esporádicas e inconfesables añoranzas». Firmó la carta con su nueva identidad: «Tu hijo, el Che».

Lo que el Che no le dijo a su madre fue que él mismo era responsable de que se prolongara su detención. En última instancia eso era menos importante que el futuro del emprendimiento revolucionario cubano, que a su vez requería la liberación inmediata de Fidel para que la lucha pudiera seguir.

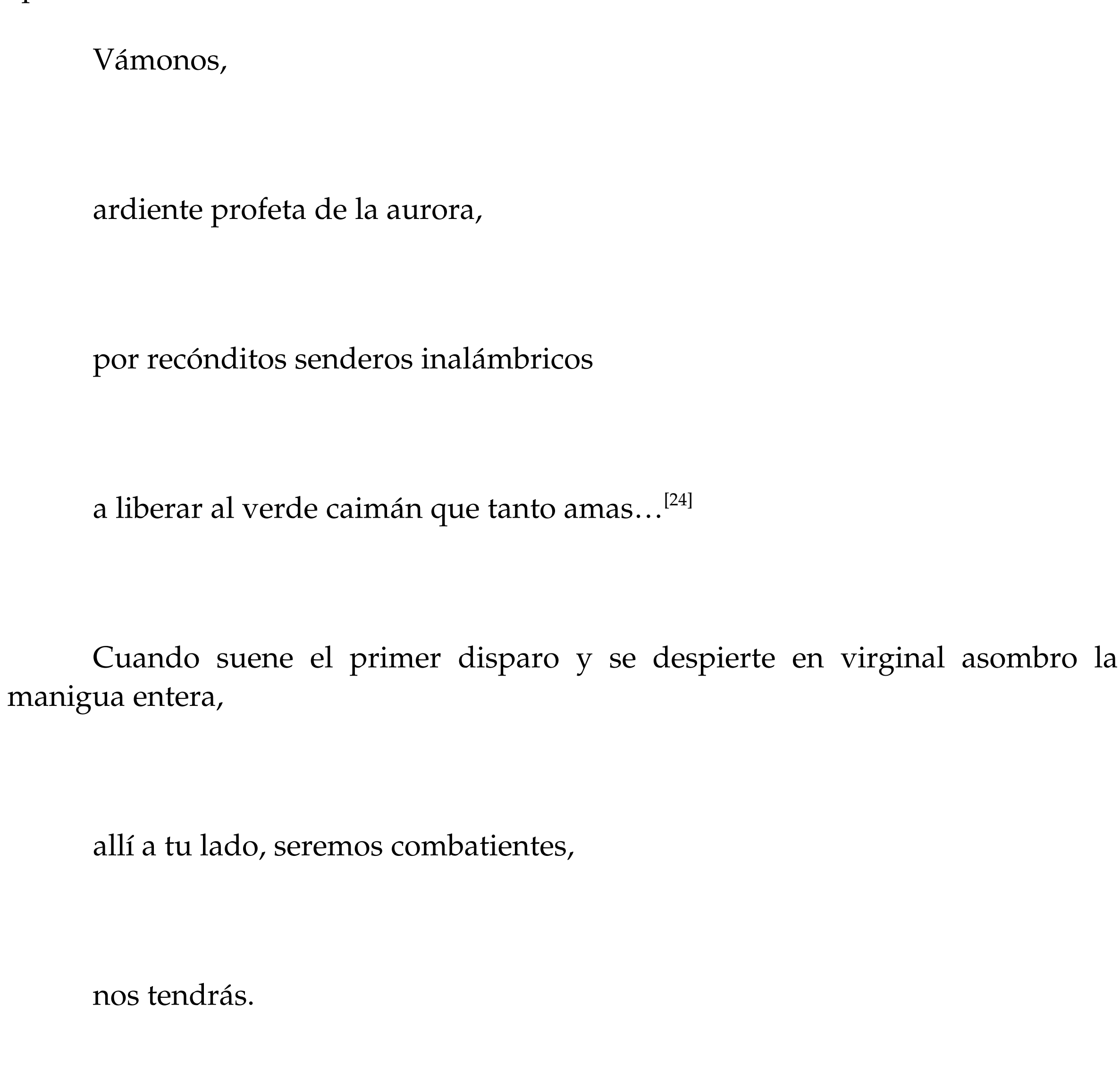
Fidel no salió en libertad el 16 de julio sino después de la cumbre de Panamá. Batista, satisfecho, asistió a la reunión y el 22 de julio los presidentes reunidos firmaron una declaración conjunta que comprometía al hemisferio a seguir un proceso de desarrollo político y económico de tipo occidental. Mientras Eisenhower se codeaba con los dictadores militares, los abogados de Fidel acudieron al expresidente mexicano Lázaro Cárdenas, artífice de la reforma agraria. Éste les dio su apoyo y dijo que intercedería con el presidente Adolfo Ruiz Cortínez. Su influencia resultó efectiva: Fidel fue liberado el 24 de julio con la condición de abandonar el país en menos de dos semanas.

Tal como se había previsto, el Che y Calixto García siguieron presos con la excusa oficial de que su «situación inmigratoria» era más «comprometida». Pero en el caso del Che, sin duda obró en su contra su filiación comunista, mientras que García siguió preso debido a su prolongada estancia ilegal, que se remontaba a marzo de 1954. A pesar de las amenazas de extradición, el Che rechazó las ofertas de su amigo guatemalteco Alfonso Bauer Paiz y de Ulises Petit de Murat de utilizar su influencia en los círculos diplomáticos. Por casualidad, un tío del Che era embajador argentino en La Habana, e Hilda quería acudir a él para obtener su libertad. Escribe Hilda: «Fidel lo aprobó, pero cuando explicamos la idea a Ernesto, él dijo: "¡De ninguna manera! Quiero el mismo trato que los cubanos."»

Mientras el Che se resistía, Fidel tenía prisa por partir. No había seguridad en México, donde estaba a merced tanto de la policía local como de los agentes de Batista. Ya había tomado la precaución de dispersar a sus hombres, que aguardaban el desarrollo de los acontecimientos en lugares alejados de la capital mexicana. Consciente de la necesidad urgente de proceder con los planes, el Che le

dijo a Fidel que siguiera adelante, pero éste juró que «no lo abandonaría». El Che jamás olvidó este gesto generoso, y años después escribió: «Hubo que desviar tiempo y dinero preciosos para sacarnos de la cárcel mexicana. Esa actitud personal de Fidel hacia las personas que estima es la clave de la lealtad fanática que inspira».

Por esa época escribió una oda que tituló «Canto a Fidel». Se la mostró a Hilda y dijo que se la daría a Fidel durante la travesía por mar hacia Cuba. Aunque muy posiblemente es el poema más pomposo jamás escrito por Ernesto Guevara, al mismo tiempo es revelador de la magnitud de sus sentimientos hacia Castro en esa época.



Vámonos,

ardiente profeta de la aurora,

por recónditos senderos inalámbricos

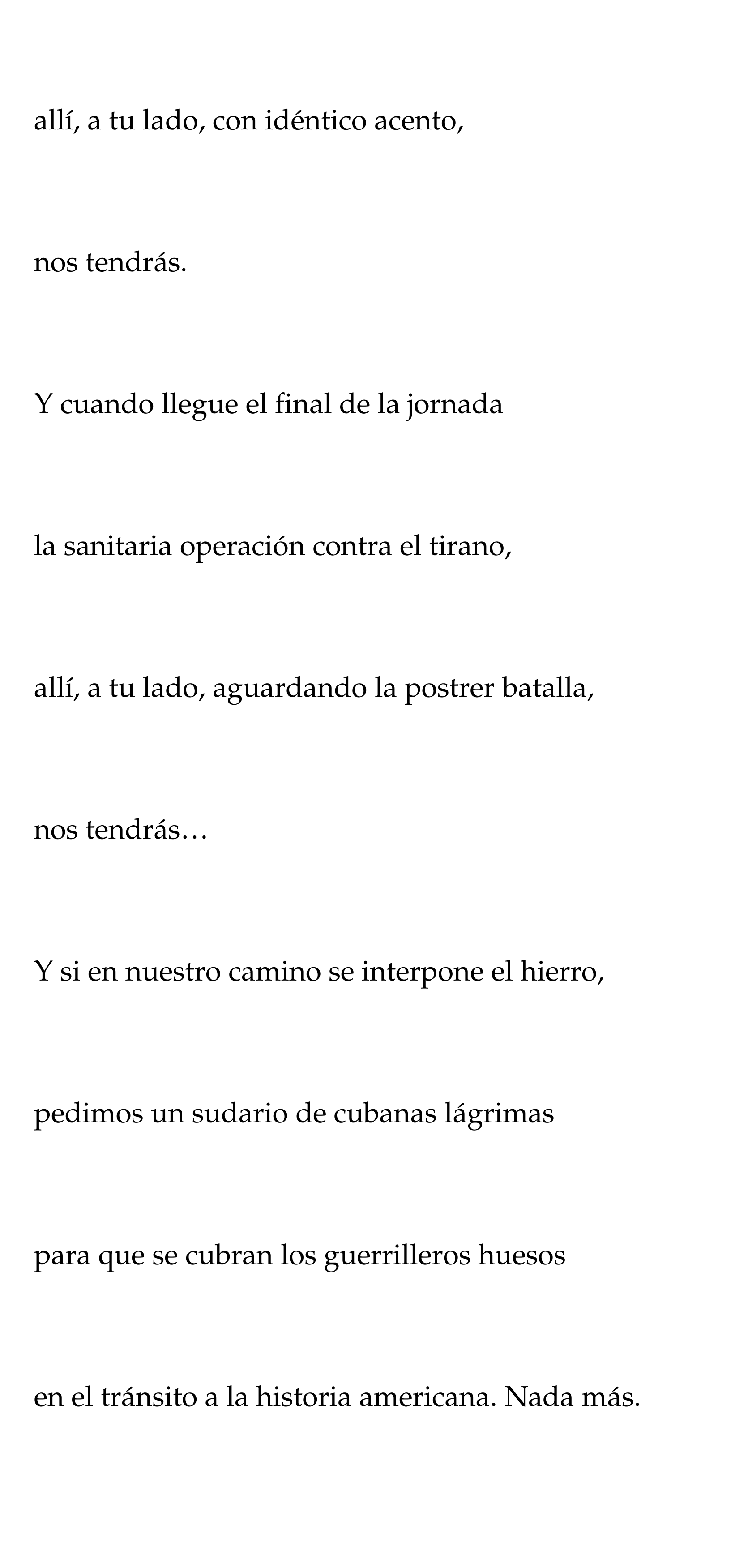
a liberar al verde caimán que tanto amas…[24]

Cuando suene el primer disparo y se despierte en virginal asombro la manigua entera,

allí a tu lado, seremos combatientes,

nos tendrás.

Cuando tu voz derrame hacia los cuatro vientos reforma agraria, justicia, pan, libertad,


allí, a tu lado, con idéntico acento,

nos tendrás.

Y cuando llegue el final de la jornada

la sanitaria operación contra el tirano,

allí, a tu lado, aguardando la postrer batalla,

nos tendrás…

Y si en nuestro camino se interpone el hierro,

pedimos un sudario de cubanas lágrimas

para que se cubran los guerrilleros huesos

en el tránsito a la historia americana. Nada más.

IV

A mediados de agosto, al cabo de cincuenta y siete días de cárcel, el Che y Calixto García quedaron en libertad, aparentemente gracias a que Fidel pagó un soborno. Así lo insinuó el Che a Hilda, y mucho después escribió que Fidel había hecho «ciertas cosas por la amistad que casi diríamos comprometían su actitud revolucionaria…».

Al igual que sus camaradas, el Che y Calixto fueron liberados con la condición de abandonar el país en pocos días. Y como los demás, pasaron a la clandestinidad. Ante todo, el Che fue a su casa a poner sus asuntos en orden y ver a la niña. Durante esos días, Hilda solía encontrarlo sentado junto a la cuna de «Hildita», leyendo poemas en voz alta o mirándola en silencio. Luego se fue otra vez.

Por orden de Fidel, Calixto y él se refugiaron en Ixtapán de la Sal, un refugio de fin de semana fuera de la capital. Se registraron en un hotel bajo nombres falsos. Durante este período clandestino, que duró tres meses, Ernesto volvió discretamente a la ciudad un par de veces, pero en general Hilda iba a verlo los fines de semana. Una vez se encontraron en un hotel en Cautla donde él se había registrado con el nombre de «Ernesto González». Pero Ernesto estaba absorbido por los problemas del marxismo y la revolución, que dominaban su vida por completo. Ni siquiera cedía cuando volvía a su casa, donde sermoneaba a Hilda sobre la «disciplina revolucionaria» o se sumergía en abstrusos tratados de economía política. Era ideológico hasta con la niña: uno de los poemas que solía recitarle era el de Antonio Machado sobre el general Líster, un héroe de la Guerra Civil española, y habitualmente la llamaba «mi pequeña Mao».

Un día, en presencia de Hilda, tomó a su hija en brazos y le dijo muy serio: «Mi querida hijita, mi pequeña Mao, no sabes en qué mundo tan difícil tendrás que vivir. Cuando seas grande, todo este continente, tal vez el mundo entero, esté luchando contra el gran enemigo, el imperialismo yanqui. Tú también deberás luchar. Tal vez yo no esté aquí, pero la lucha encenderá el continente».

A principios de septiembre, tras un ataque de asma, Ernesto y Calixto se trasladaron de Ixtapán de la Sal a Toluca, donde el clima era más seco. Allí Fidel les indicó que fueran a Veracruz a reunirse con otros expedicionarios. El Che se reencontró con muchos camaradas después de varios meses de separación. Ambos

volvieron de Veracruz a la capital, donde se alojaron en una nueva casa-campamento. Pasaron varias semanas en la «Casa de Cuco», cerca del santuario católico de la Virgen de Guadalupe en Linda Vista, un suburbio norteño de la capital.

Todos sabían que la partida era inminente. Fidel se afanaba en los preparativos y todo el mundo debía nombrar «parientes cercanos» a quienes informar en caso de su muerte. Años después, el Che dijo que ése fue un momento trascendente para él y todos los camaradas, ya que adquirieron plena conciencia de la magnitud de su empresa y la realidad de que podrían morir.

Desde el día de su liberación, Fidel mantenía un ritmo de trabajo febril. Debía resolver problemas políticos, de seguridad, financieros y logísticos. Mientras trasladaba a sus hombres de un lugar a otro para burlar a las fuerzas de seguridad mexicanas, trataba de montar una alianza con el fortalecido Directorio Revolucionario. A fines de agosto, su dirigente José Antonio Echevarría voló a México para reunirse con él. Al cabo de un maratoniano encuentro de dos días, firmaron la «Carta de México», un documento en el que sus organizaciones se comprometían a llevar a cabo la lucha contra Batista. Sin llegar a una alianza en regla, los dos grupos acordaron comunicarse mutuamente y de antemano todas las acciones emprendidas y coordinar sus esfuerzos una vez que Castro y sus rebeldes desembarcaran en Cuba.

Semanas después, cuarenta flamantes reclutas revolucionarios llegaron desde Cuba y Estados Unidos. Perdido el Rancho San Miguel, tuvieron que entrenarse en bases alejadas: una en Tamaulipas, cerca de la frontera con Estados Unidos, y otra en Veracruz. Para entonces, la mayoría de los miembros del estado mayor se encontraba con Fidel en México, mientras los jefes regionales coordinaban las actividades en la isla. Pero las arcas estaban casi vacías y aún carecía de un buque para transportar a sus hombres a Cuba. La compra de la lancha torpedera había fracasado, al igual que un efímero plan de comprar un viejo hidroavión Catalina.

En septiembre, Fidel cruzó la frontera clandestinamente para reunirse en Texas con su antiguo enemigo, el expresidente Carlos Prío Socarrás. Desde su derrocamiento, Prío se había vinculado con varias conspiraciones contra Batista y en los últimos tiempos se hablaba de un complot para invadir Cuba juntamente con el dictador dominicano Trujillo, pero en la ocasión aceptó financiar a Fidel. Tal vez pensó que al respaldar a Castro, el joven advenedizo se ocuparía de las tareas más pesadas de la guerra que le permitirían un regreso triunfal al poder, o acaso pensó que le serviría como maniobra diversiva mientras proseguía su propia campaña. Sea como fuere, según los organizadores del encuentro, Fidel se fue con

cincuenta mil dólares en el bolsillo y la promesa de más fondos, que efectivamente llegaron más tarde.

Fidel corría un riesgo político al aceptar dinero del hombre al que había acusado públicamente de corrupción cuando estaba en el poder, pero en ese momento no estaba en condiciones de elegir. Según Yuri Paporov, el funcionario de la KGB que financiaba el Instituto Cultural Ruso-Mexicano, Fidel no recibió fondos de Prío sino de la CIA. No identificó las fuentes de semejante información, que de ser veraz confirmarían las versiones de que la agencia norteamericana de inteligencia había intentado al principio ganarse la buena voluntad de Castro por las dudas de que triunfara en su guerra contra un Batista cada vez más acosado. Tad Szulc dice en su biografía de Castro que la CIA efectivamente envió dinero al Movimiento 26 de Julio, pero lo hizo más adelante, entre 1957 y 1958, por intermedio de un agente adscrito al consulado norteamericano en Santiago de Cuba.

Cualquiera que fuese el origen de sus fondos, Fidel actuaba de manera independiente. Si hizo un pacto con el demonio encarnado en Prío, jamás aparecieron pruebas de que cumpliera su parte del pacto, si es que, en verdad, había asumido algún compromiso. En definitiva, si recibió fondos de Prío —o, sin saberlo, de la CIA— se ha de considerar el hecho una maniobra táctica que, por cierto, no tuvo consecuencias negativas para su lucha por el poder.

Ahora tenía fondos, pero aún necesitaba un buque, y lo consiguió a fines de septiembre. Era el *Granma*, un desvencijado yate de motor de trece metros. Su dueño, el expatriado norteamericano Robert Erickson, aceptó venderlo siempre que Fidel comprara también su casa ribereña en la ciudad portuaria de Tuxpán, junto al Golfo. El precio total era de cuarenta mil dólares. El yate no estaba en condiciones de navegar ni poseía la capacidad requerida, pero, apremiado por el tiempo, Fidel aceptó las condiciones. Pagó una suma por adelantado y envió a varios hombres a vivir en la casa y ocuparse de la reparación general del *Granma*.

A fines de octubre, el Che y Calixto se instalaron en una casa clandestina en Colonia Roma, cerca del centro de la capital. El Che visitaba a Hilda los fines de semana, y cuando se despedía, ella no sabía si volvería a verlo. La incertidumbre unida a la tensión de la partida inminente agotaba sus nervios. Para levantarle el ánimo, el Che dijo que la llevaría a pasar unos días de descanso en Acapulco.

«Yo empezaba a tener esperanzas con el viaje a Acapulco, siquiera por un fin de semana —escribió Hilda—. Entonces llegó la noticia de que la policía había allanado la casa de una cubana en Lomas de Chapultepec donde se alojaba Pedro Miret y que habían confiscado armas y lo habían detenido. El sábado, cuando vino

Ernesto, le conté todo. Reaccionó con mucha calma, sólo dijo que las precauciones [tomadas previamente por el grupo] eran dudosas porque la policía tal vez los vigilaba. El domingo por la mañana llegó Guajiro. Comprendí que estaba nervioso por la forma como preguntó: "¿Dónde está el Che?" Le dije que Ernesto se estaba bañando, y entonces entró derecho al baño. Cuando Ernesto salió, todavía peinándose, dijo tranquilamente: "Parece que la policía anda a la caza, así que tenemos que ser cautos. Nos vamos al interior y probablemente no volveré el próximo fin de semana. Lo siento, tendremos que dejar el viaje a Acapulco para más adelante."»

Hilda, trastornada, sospechó que «pasaba algo». Preguntó a Ernesto si algún hecho era inminente. «"No, es sólo por precaución", dijo, juntando sus cosas y sin mirarme. Cuando terminó, como acostumbraba hacer antes de irse, fue a la cuna y acarició a Hildita, después se volvió, me abrazó y me besó. Sin saber por qué, temblé y me apoyé en él… Partió ese fin de semana y no volvió».

La caída del refugio de Miret alarmó a Fidel, porque indicaba la presencia de un traidor en las filas de la organización. Las sospechas se dirigieron a Rafael del Pino, amigo íntimo y confidente de Fidel. En los últimos tiempos Del Pino ayudaba al Cuate a comprar y traer armas de contrabando. Pero había desaparecido, y entre los que conocían la guarida de Miret era el único del que no se sabía nada. (Más adelante, los investigadores cubanos hallaron pruebas de que Del Pino había sido informante del FBI durante varios años. Si no causó mayores daños, probablemente se debió a que había retenido información con la esperanza de obtener más dinero de sus empleadores norteamericanos.)

Para evitar riesgos, Fidel trasladó a todos los hombres a nuevos refugios en la capital y ordenó que se acelerara la reparación del *Granma*. Che y Calixto se ocultaron en el pequeño cuarto de servicio del apartamento donde Alfonso «Poncho» Bauer Paiz vivía con su familia. La primera noche estuvieron a punto de caer presos porque un robo en un apartamento vecino redundó en el registro policial de todo el edificio. Tras ser avisado, el Che ocultó a Calixto (que era negro y por lo tanto llamaba la atención en México) bajo la cama y salió a recibir a la policía. La táctica resultó efectiva, y la policía salió sin registrar el cuarto. Por el momento estaban a salvo, pero al día siguiente Calixto se fue a otro refugio. Ernesto siguió en la casa de Bauer Paiz hasta la partida.

Fidel se enfrentaba a una serie de obstáculos de último momento. Amigos y rivales trataban de convencerlo de que debía postergar la invasión. Frank País, el coordinador en Oriente, vino a verlo dos veces, en agosto y octubre. Su cometido era provocar insurrecciones armadas en toda la región en coincidencia con el desembarco del *Granma*, pero le dijo a Fidel que su gente aún no estaba preparada

para iniciar un plan de tal magnitud. Sin embargo, ante la insistencia de Fidel, País dijo que haría todo lo posible. Fidel dijo que le informaría sobre el día del desembarco mediante un mensaje cifrado que enviaría poco antes de la partida.

En octubre, el Partido Socialista Popular (partido comunista cubano) le envió emisarios con el mensaje urgente de que las condiciones no eran adecuadas para una lucha armada en Cuba e invitándolo a unir sus fuerzas en una campaña gradual de disenso civil que conduciría a la insurrección. El PSP participaría en la insurrección, dijeron. Fidel respondió que no modificaría sus planes, pero esperaba que el partido lo apoyara por medio de sublevaciones cuando su Ejército Rebelde desembarcara en Cuba.

En esa época las relaciones entre Fidel y los comunistas eran cordiales pero tensas. A pesar de que públicamente repudiaba esos vínculos, conservaba algunas amistades en el PSP, y en el círculo de sus íntimos había algunos marxistas como Raúl y el Che. Mantenía comunicaciones discretas con el PSP, pero conservaba una distancia crítica de ellos a fin de evitar la publicidad negativa y a la vez descartar cualquier compromiso político hasta hallarse en una posición de fuerza.

Entretanto, la embajada soviética estaba molesta porque las relaciones del grupo castrista con el Instituto Cultural Ruso-Mexicano le habían traído publicidad indeseada. A principios de noviembre, Nikolái Leonov fue convocado a Moscú, según él como «castigo» por mantener contactos con los revolucionarios cubanos sin autorización.

Los comunistas no eran los únicos que trataban de asegurarse un lugar en la mesa revolucionaria cubana. Mientras Fidel preparaba su partida de México, se desarrollaron una serie de maniobras en la cuerda floja provocadas por el Directorio, que se afanaba por retener la carta de triunfo revolucionaria. A pesar del documento fraternal firmado por Juan Antonio Echevarría en agosto, el Directorio llevaba a cabo sus propias acciones violentas. En octubre, poco después de un segundo encuentro de los dos dirigentes, pistoleros del Directorio asesinaron al coronel Manuel Blanco Rico, jefe del Servicio de Inteligencia Militar (SIM) de Batista. Es de destacar que Fidel, a punto de iniciar una invasión, condenara públicamente el atentado por «injustificado y arbitrario». La insinuación dirigida a la ciudadanía opositora cubana era transparente: *él* era el revolucionario responsable, mientras que Echevarría era una bala perdida, un terrorista cuyas actividades sólo provocarían mayor violencia. Pocos días después sus palabras adquirieron una aureola de clarividencia cuando la policía, que buscaba a los asesinos del coronel, asesinó a diez jóvenes indefensos que buscaban asilo en la embajada de Haití.

El 23 de noviembre llegó el momento para el cual el Che se había preparado durante tanto tiempo. Fidel decidió que había llegado la hora de partir y ordenó a los rebeldes ocultos en Ciudad de México, Veracruz y Tamaulipas que se reunieran al día siguiente en Pozo Rico, un pueblo petrolero al sur de Tuxpán. Los cubanos pasaron a buscar al Che sin previo aviso y lo llevaron en coche a la costa del Golfo. Esa noche, la del 24, embarcarían para zarpar.

La ironía en medio de tanta actividad clandestina era que la invasión de Cuba proyectada por Fidel era de conocimiento público. Toda Cuba estaba al tanto, sólo se desconocía *dónde* y *cuándo* desembarcarían las fuerzas rebeldes. En efecto, pocos días antes, el jefe de estado mayor de Batista había convocado una conferencia de prensa en La Habana para analizar —y desdeñar— las posibilidades de éxito del líder revolucionario, a la vez que reforzaba las patrullas terrestres y marítimas en la costa del Caribe.

Para Fidel, el éxito de la expedición dependía del apoyo del Movimiento 26 de Julio en Oriente bajo la dirección de Frank País y de mantener en secreto la fecha y el lugar del desembarco. Calculando que el viaje duraría cinco días, antes de partir de Ciudad de México envió un mensaje cifrado a País para informarle que el *Granma* llegaría el 30 de noviembre a una playa desierta de Oriente llamada Las Coloradas.

A la tenue luz del amanecer del 25 de noviembre, el Che estaba entre los hombres que corrían a embarcarse en el *Granma*. Las últimas horas del Ejército Rebelde de Fidel Castro en tierra mexicana fueron nerviosas y llenas de confusión. Algunos no llegaron a la cita, y entre los que sí lo hicieron algunos quedaron atrás por falta de espacio. Ahora, para bien o para mal, zarparon. Atestada por ochenta y dos hombres además de armas y equipo, el *Granma* excesivamente cargado zarpó de la orilla del río Tuxpán y navegó río abajo hacia el golfo de México para iniciar la travesía hacia Cuba.

Antes de la partida, Ernesto dejó una carta para que la enviaran a su madre. Escribió que «para evitar patetismos premortem» la carta no sería enviada hasta que «las papas quemen de verdad y entonces sabrás que tu hijo, en un soleado país americano, se puteará a sí mismo por no haber estudiado algo de cirugía para ayudar a un herido…».

«Ahora viene lo bravo, vieja; lo que nunca he rehuido y siempre me ha gustado. El cielo no se ha puesto negro, las constelaciones no se han dislocado ni ha habido inundaciones o huracanes demasiado insolentes; los signos son buenos. Auguran victoria. Pero si se equivocaran, que al fin hasta los dioses se equivocan, creo que podré decir como un poeta que no conocés: “Sólo llevaré bajo tierra la

pesadumbre de un canto inconcluso"… Te besa de nuevo, con todo el cariño de una despedida que se resiste a ser total. Tu hijo».

SEGUNDA PARTE

LA GESTACIÓN DEL CHE

14. UN COMIENZO DESASTROSO

I

La carta de Ernesto a su familia, con ser tan melodramática, resultó tan clarividente sobre los peligros que enfrentarían como equivocada con respecto a sus propias reacciones. Resultó que cuando las «papas quemaron» en la forma de una emboscada del ejército que sorprendió a los rebeldes poco después del desembarco del *Granma*, lo último en lo que pensaba Ernesto era en su falta de experiencia como cirujano en el frente.

En medio del caos y el pánico, mientras unos caían heridos y otros huían en todas las direcciones, Ernesto tuvo que decidir en un instante si salvaba un botiquín o una caja de municiones. Optó por lo último. Si hubo un momento de decisión en la vida de Ernesto Guevara, fue ése. Aunque tenía el título de médico, sus instintos eran los de un combatiente.

Momentos después, al recibir un balazo en el cuello y creyéndose mortalmente herido, cayó en estado de *shock*. Disparó una vez hacia los arbustos, se quedó tendido y en un ensueño se puso a pensar sobre «la mejor manera de morir». La imagen que vino a su mente fue la del cuento «Encender una hoguera» de Jack London, sobre un hombre en Alaska que, incapaz de encender un fuego, apoya la espalda en un árbol y se dispone a morir «con dignidad».

Ernesto había soñado con devolver obstinadamente los disparos al grito de «*victoria o muerte*», pero con el *shock* de la emboscada y su propia herida, por un instante se creyó perdido. A diferencia de muchos de sus camaradas, que se acobardaron por completo o bien reaccionaron como soldados, devolviendo el fuego enemigo mientras trataban de ponerse a cubierto, se tendió de espaldas para meditar fríamente sobre la inminencia de la muerte.

Si el hecho de salvar las municiones en lugar del botiquín durante su primera escaramuza reveló un rasgo fundamental de Ernesto Guevara, lo mismo hizo su herida: sacó a la luz su fatalismo frente a la muerte. Durante los dos años de guerra que sobrevendrían, este rasgo se pondría de manifiesto mientras maduraba hasta convertirse en un guerrillero avezado con una evidente afición por el combate y un desprecio por su propia seguridad que lo haría célebre. El hijo errabundo de Celia acababa de descubrir su verdadera vocación: la revolución.

II

El viaje del *Granma* fue un desastre sin atenuantes. La travesía no duró cinco días, como habían previsto, sino siete. Luego, debilitados por las náuseas al cruzar las agitadas aguas del golfo de México, los rebeldes desembarcaron en un lugar equivocado de la costa caribeña de Cuba. El desembarco debía coincidir con una sublevación rebelde en Santiago encabezada por Frank País. Una partida de cien hombres con camionetas debía esperarlos en el faro de Cabo Cruz. Las fuerzas conjuntas atacarían la aldea vecina de Niquero y luego la ciudad de Manzanillo antes de retirarse a la Sierra Maestra. Pero la revuelta en Santiago se había producido antes del desembarco, eliminando totalmente el factor sorpresa con que contaba Fidel. El ejército ya sofocaba la revuelta y estaba sobre aviso; tropas de Batista acudían a reforzar las unidades de Oriente y las patrullas aéreas y navales rondaban en busca de la partida de desembarco.

Antes del amanecer del 2 de diciembre, el *Granma* se acercó a la costa sudoccidental de Cuba. Mientras los hombres aguzaban la vista en busca del faro de Cabo Cruz, el navegante cayó por la borda. Perdieron los últimos, valiosos minutos de oscuridad navegando en círculos hasta que escucharon sus gritos y lo rescataron. Fidel ordenó al piloto que enfilara hacia la costa más cercana, el *Granma* encalló en un banco de arena y la llegada a Cuba, más que un desembarco, fue un verdadero naufragio.

Los rebeldes dejaron atrás la mayor parte de sus municiones, alimentos y medicamentos y fueron vadeando hasta la playa a plena luz de la mañana.

No sabían que un buque guardacostas los había descubierto y avisado a las fuerzas armadas. Estaban a casi dos kilómetros del punto de encuentro y un manglar los separaba de la tierra firme. Para colmo, el grupo de recepción había partido después de esperar en vano durante dos días. Estaban librados a su suerte.

Separados en dos grupos al llegar a tierra firme, los exhaustos rebeldes buscaron abrigo en la maleza, abandonando parte de sus pertrechos al marchar. Según diría más adelante el Che: «Quedamos en tierra firme, a la deriva, dando traspiés, constituyendo un ejército de sombras, de fantasmas, que caminaban como siguiendo el impulso de algún oscuro mecanismo psíquico». Mientras tanto los aviones de reconocimiento pasaban constantemente, buscándolos y ametrallando la maleza. Pasaron dos días antes de que los grupos se reunieran y, guiados por un

campesino de la zona, marcharan tierra adentro, hacia el este, en busca de la Sierra Maestra.

En la madrugada del 5 de diciembre, poco después de medianoche, los hombres de la columna se detuvieron a descansar en un cañaveral, donde comieron caña de azúcar —y cometieron la imprudencia de dejar rastros de su paso— y todavía de noche siguieron su camino hasta un lugar llamado Alegría de Pío, donde llegaron al amanecer. Pero su guía los abandonó y fue en busca del destacamento militar más cercano para delatar su presencia. Los rebeldes pasaron el día al raso en un claro junto al borde del cañaveral, sin saber lo que les aguardaba.

A las cuatro y treinta de la tarde atacó el ejército. Ante la sorpresa, el pánico cundió entre los rebeldes y empezaron a correr de un lado a otro entre las ráfagas de proyectiles. Fidel y sus camaradas más próximos corrieron del cañaveral hacia el bosque, ordenando a los demás que los siguieran. Varios hombres abandonaron sus pertrechos en su desesperación por huir. Otros, paralizados por la conmoción o el terror, permanecieron inmóviles. Fue entonces cuando el Che trató de rescatar la caja de municiones; en ese momento, una ráfaga hirió en el pecho al hombre que estaba a su lado y a él en el cuello. «La bala dio primero en la caja y me tiró al suelo —escribió enigmáticamente en su diario de campaña—; perdí el ánimo un par de minutos».[25]

Rodeado por hombres heridos y aterrados que clamaban por la rendición y convencido de que agonizaba, el Che cayó en una suerte de sopor, del que lo sacó Juan Almeida al gritarle que se parara y huyera de ahí. Con él y otros tres hombres, el Che corrió a la selva. A sus espaldas rugían las llamas en el cañaveral.

Para fortuna suya, la herida era superficial. Aunque algunos de sus camaradas escaparon con vida, durante los días siguientes las tropas de Batista ejecutaron sumariamente a muchos presos, heridos e incluso a algunos que se entregaron. Para los supervivientes dispersos, lo más urgente era buscar refugio inmediatamente y tratar de reagruparse. De los ochenta y dos hombres que desembarcaron del *Granma*, sólo veintidós volvieron a reunirse en la sierra.[26]

El Che y sus camaradas anduvieron a tumbos durante toda la noche. Al amanecer del día siguiente, hallaron una cueva donde refugiarse y juraron pomposamente luchar hasta morir si los rodeaban. Para ellos no había retorno, pero la situación no podía ser peor. «Teníamos una lata de leche y aproximadamente un litro de agua —escribió el Che en su diario—. Oímos ruido de combate a poca distancia. Los aviones ametrallaban. Salimos a la noche orientándonos por la luna y la estrella polar hasta que se perdieron y dormimos».

Sabían que debían marchar hacia el este para ganar la sierra, y fue el Che quien descubrió la «estrella polar», pero sus conocimientos de astronomía eran más limitados de lo que creía. Mucho después cayeron en la cuenta de que habían seguido otra estrella y que habían marchado en la dirección correcta por pura suerte.

Desesperados por la sed, los fugitivos avanzaron a través del bosque. No tenían agua y la lata de leche se había derramado. Al día siguiente, 8 de diciembre, avistaron la costa y una charca que parecía ser de agua fresca. Pero entre ellos y el agua se interponían el bosque denso y acantilados de quince metros. Antes de que pudieran hallar un lugar por donde descender, aparecieron los aviones y tuvieron que ocultarse durante el resto del día. Tenían apenas un litro de agua. A la noche, desesperados por el hambre y la sed, comieron higos chumbos, lo único que pudieron encontrar. Marcharon durante la noche hasta llegar a un bohío, donde encontraron a otros tres camaradas del *Granma*. Eran ocho, pero no tenían la menor idea de si había otros supervivientes. Sólo sabían que su única alternativa era seguir marchando hacia el este, hasta la Sierra Maestra.

Los días siguientes fueron una odisea de supervivencia mientras el grupo buscaba agua y alimentos, evadía a los aviones y las patrullas de infantería. En una ocasión, refugiados en una cueva sobre una caleta, vieron una partida de marinos que desembarcaba para unirse a la búsqueda de los rebeldes dispersos. Imposibilitados de salir de ahí, el Che y sus amigos tuvieron que racionar rigurosamente el agua, «que distribuíamos en el ocular de una mirilla telescópica para que fuera exacta la medida para cada uno de nosotros». «La situación era bastante mala —escribiría el Che mucho después—; en el caso de ser descubiertos, no había la menor posibilidad de salvación y sólo restaba luchar allí hasta el final». Al anochecer partieron otra vez, resueltos a abandonar un sitio donde se sentían como «ratas acorraladas».

El 12 de diciembre se acercaron a una choza campesina donde se escuchaba música. Estaban a punto de entrar cuando escucharon una voz alzada en un brindis: «A mis compañeros de armas». Convencidos de que era un soldado, corrieron hasta llegar al lecho de un arroyo y marcharon hasta la medianoche, cuando los venció el agotamiento.

Después de otro día sin comida ni agua, reanudaron la marcha, pero estaban exhaustos, la moral estaba baja y algunos decían que no querían continuar. Sus ánimos se levantaron esa noche cuando llegaron a la casa de un campesino y a pesar de la renuencia del Che, llamaron a la puerta. El dueño de casa, un pastor adventista del Séptimo Día y miembro de la incipiente red campesina del 26 de Julio en la región, los recibió cordialmente.

«Nos recibieron muy bien y nos dieron de comer —escribió el Che en su diario—. La gente se enfermó de tanto comer». Pero luego, al evocar la experiencia en *Pasajes*, dio rienda suelta a su humor negro: «La pequeña casa en que estábamos pronto se convertiría en un infierno; Almeida iniciaba el fuego de la diarrea y luego ocho intestinos desagradecidos demostraban su ingratitud envenenando aquel pequeño recinto».

Dedicaron el día siguiente para recuperarse de la glotonería mientras recibían a una interminable sucesión de adventistas curiosos de la localidad cercana. El desembarco rebelde se había propagado de boca en boca y la gente estaba muy bien enterada. El Che y sus compañeros supieron entonces que dieciséis expedicionarios del *Granma* estaban muertos: los habían asesinado cuando se rindieron. Otros cinco probablemente estaban presos y varios más, como ellos, habían escapado a las montañas. No se sabía si Fidel había sobrevivido.

Por su propia seguridad decidieron separarse y dormir en distintas casas. Como precaución adicional, se despojaron de sus uniformes para vestir como guajiros, campesinos de Oriente, y ocultaron armas y municiones en una casa. Sólo el Che y Almeida, como jefes extraoficiales del grupo, conservaron sus pistolas. Un hombre que estaba demasiado enfermo para marchar tuvo que quedarse atrás. Pero al partir, se enteraron de que la noticia de su presencia había llegado a oídos del ejército. Ese día, horas después de partir, los soldados habían allanado la casa, hallado las armas y se habían llevado preso al camarada enfermo. Sólo podía deberse a un chivatazo —una denuncia—, y el ejército los perseguía.

Afortunadamente no tardaron en recibir ayuda. Enterado de su presencia, Guillermo García, un miembro destacado de la red campesina del 26 de Julio, se ocupó de ponerlos a salvo. Les dijo que Fidel, cuyo *nom de guerre* ahora era Alejandro,[27] estaba vivo, había tomado contacto con los colaboradores del movimiento rebelde, y lo había enviado a buscar a los supervivientes.

Los separaban varios días de marcha del refugio de Fidel en las montañas, pero gracias a García hallaron campesinos dispuestos a ayudarlos. Por fin, en la madrugada del 21 de diciembre, llegaron a la finca cafetalera donde los aguardaba Fidel. Raúl Castro también había sobrevivido y llegado con cuatro camaradas tras una dura odisea.

A pesar del revés catastrófico que habían sufrido sus planes, Fidel empezaba a organizarse. Había reclutado a varios campesinos para que buscaran a los demás supervivientes del *Granma*, mientras un correo iba a Santiago y Manzanillo a pedir ayuda a Frank País y Celia Sánchez, la mujer que había creado la red de guajiros del 26 de Julio en la sierra. Con todo, las perspectivas eran sombrías. De los

ochenta y dos hombres que habían desembarcado del *Granma*, sólo quince se habían reunido y les quedaban apenas nueve armas. Habían pasado casi tres semanas y las posibilidades de hallar a otros fugitivos disminuían día a día. Con la llegada del Che llegó la noticia de la captura de Jesús Montané y las muertes de Juan Manuel Márquez, amigo de Fidel, con otros dos camaradas. El Che también sabía que su amigo Ñico López había muerto. Durante los días siguientes llegarían otros cinco expedicionarios, entre ellos Calixto García, su antiguo camarada de la prisión, pero el «Ejército Rebelde» de Fidel era un cascarón vacío; a partir de entonces, tendría que confiar en los campesinos locales para reconstruir sus fuerzas.

Por otra parte, la reunión no fue un momento feliz para el Che y sus camaradas, ya que Fidel estaba furioso porque habían perdido las armas. «No han pagado por la falta que cometieron —dijo Fidel—, porque el dejar los fusiles en estas circunstancias se paga con la vida. La única esperanza de sobrevivir que tenían en caso de que el ejército topara con ustedes eran sus armas. Dejarlas fue un crimen y una estupidez». Esa noche, el Che sufrió un ataque de asma, probablemente motivado por el trastorno emocional que le causó el reproche de Fidel. Años después reconoció que la «amarga recriminación» de Fidel siguió «grabada en mi mente por el resto de la campaña y hasta el día de hoy».

Fidel sin duda tenía algo de razón, pero la filípica resultó un tanto gratuita, porque para entonces el mensajero había regresado de Manzanillo con la promesa de Celia Sánchez de enviarles armas. En efecto, éstas llegaron al día siguiente a la llegada del Che; el cargamento incluía varias carabinas y cuatro metralletas. Pasó el ataque de asma, pero la llegada de las armas no alegró demasiado al Che por el simbolismo que entrañó su distribución por parte de Fidel. Éste le quitó la pistola (un símbolo de su grado) para entregarla al dirigente de su red campesina, un astuto caudillo guajiro llamado Crescencio Pérez. En su lugar, el Che recibió lo que llamó con amargura «un fusil malo».

Fue una dura lección sobre la destreza magistral con que Fidel manipulaba los sentimientos de quienes le rodeaban al otorgar o retirar favores sin previo aviso. El Che era sumamente susceptible a la aprobación de Fidel y ansiaba conservar su estatus como miembro del círculo íntimo; apenas unos meses antes había escrito su «Canto a Fidel» en el que le juraba lealtad eterna y lo llamaba «ardiente profeta de la aurora». La caída en desgracia frente a su ídolo sin duda era un golpe muy duro.

Pero al día siguiente, tal vez al adquirir conciencia de la susceptibilidad herida del Che, Fidel le dio la oportunidad de redimirse. Decidió de repente realizar un simulacro de combate para probar a sus hombres y designó al Che para

transmitir la orden de «prepararse para la batalla». El Che respondió con presteza. «Yo vine corriendo a traer la noticia —escribió en su diario—. La gente se movilizó bien, con espíritu de pelea».

Aquel día los correos de Celia llegaron desde Manzanillo con un nuevo cargamento de armas: trescientas balas de rifle, cuarenta y cinco para la ametralladora Thompson y nueve cartuchos de dinamita. Para felicidad del Che, Faustino Pérez, el otro médico de la expedición, al marcharse hacia La Habana para ocupar su puesto como representante de Fidel, le dejó su fusil nuevo con mirilla telescópica: «Una joya», escribió, encantado, en su diario.

Las cosas habían vuelto de nuevo a su cauce. Fidel, ocupado con las necesidades organizativas de la guerra, había depuesto su cólera, y probablemente el Che se sintió «revivir». Con todo, el regaño de Fidel no dejó de irritarlo. Había conservado *su* arma durante la fuga, sí, pero eran sus errores de juicio los que los habían conducido a la catástrofe, ante todo a que el *Granma* encallara lejos de la costa. Y después de la emboscada en Alegría de Pío, a falta de planes alternativos, había sido cuestión de «sálvese quien pueda», y el grupo del Che se las había arreglado para sobrevivir.

Si el Che guardaba algún rencor, no permitió que lo afectara, pero los apuntes del diario de los días siguientes dejan traslucir cierta impaciencia con el estilo de mando de Fidel.

El 22 de diciembre fue «un día de inactividad casi total», y al día siguiente seguían todavía «en el mismo lugar». Pasaron la Nochebuena «en una espera que se me antoja inútil», aguardando una nueva partida de armas y municiones.

Describió la Navidad con sutil ironía: «Por fin, después de un opíparo festín de puerco, emprendimos la marcha hacia Los Negros. La marcha se inició muy lenta y rompiendo alambrada, con lo que se dejaba la tarjeta de visita. Hicimos un ejercicio de tomar una casa y en eso apareció Hermes, el dueño. Perdimos dos horas entre la conversación y el café. Al fin resolvimos tomar el camino real y avanzamos algo más, pero el ruido nos hacía evidentes para cualquier bohío del camino y abundaban. Al amanecer llegamos al punto de destino».

El Che quería más organización, disciplina y acción. Quería que la guerra empezara. En esos días le alegró la noticia aparecida en un diario cubano sobre una personalidad execrable en la fuerza expedicionaria de Fidel, «un argentino comunista de pésimos antecedentes, expulsado de su país —escribió en su diario —. El apellido, por supuesto: Guevara».

III

La noticia de la debacle de los rebeldes en Alegría de Pío fue titular de primera plana en México y en todas partes. El corresponsal de la UPI en La Habana creyó en la versión del gobierno de Batista, de que había obtenido una victoria total, y envió la gran primicia, que fue reproducida por muchos diarios. En la lista de los muertos aparecía, además de Fidel y Raúl Castro, Ernesto Guevara.

Hilda se enteró en su oficina. «Cuando llegué al trabajo todo el mundo estaba con la expresión seria: reinaba un silencio embarazoso y me pregunté qué sucedía. Entonces vi que todos me miraban. Un compañero me entregó el diario y dijo: "Lamentamos mucho… la noticia."»

Abrumada por el dolor, Hilda obtuvo permiso para marcharse a casa. En los días siguientes tuvo el apoyo de sus amistades, como Myrna Torres, Laura de Albizu Campos y el general Bayo. Éste trató de reconfortarla: dijo que la noticia no estaba confirmada y que, por su parte, no creía una sola palabra. Esperaba las noticias con angustia, pero la prensa no confirmaba ni desmentía los primeros informes.

La noticia también consternó a la familia Guevara. El primero en enterarse fue Ernesto padre, quien corrió a la redacción del diario *La Prensa*. Le dijeron que no podían confirmar la noticia y que sólo cabía esperar. Se fue a su casa sumido en la angustia. Celia jugaba al solitario. Los otros hijos ya estaban enterados, pero no le habían dicho nada. Miraron a su padre en silencio.

«Tenía que ser yo quien le diera este tremendo golpe —recuerda el padre del Che—. Me senté enfrente y esperé un rato que me pareció un siglo antes de que ella terminara su solitario». Celia reaccionó con energía. «Se levantó de un salto, fue al teléfono y llamó a la agencia de noticias Associated Press, y con voz seca y firme dijo: "Soy la madre del doctor Ernesto Guevara de la Serna, de cuya muerte ustedes acaban de dar la noticia, que se va a publicar en los diarios. Quiero que ustedes me digan la verdad. ¿Esto es cierto?"»

La respuesta fue la misma: la noticia no estaba confirmada. Ernesto padre acudió al secretario privado del presidente militar argentino, general Aramburu, conocido suyo, y pidió una audiencia. Si Ernesto estaba vivo, quería que el presidente intercediera con Batista para que recibiera un tratamiento justo. Según

él, Aramburu accedió a su petición y la Cancillería argentina inició las averiguaciones.

Se acercaba la Navidad, y el hogar de los Guevara estaba sumido en la angustia. Pasaban los días y no había noticias de la Cancillería. Pero un día llegó una carta con matasellos de México. Era una misiva que Ernesto había pedido a Hilda que enviara después de su partida en el *Granma* en la que escribía a su madre sobre la muerte y la gloria. La carta llegó a destino en el momento más inoportuno que se pudiera concebir. «Para nuestra familia, era sencillamente horrorosa —escribió el padre del Che—. Mi mujer la leyó delante de todos sin derramar una sola lágrima. Yo apretaba los dientes y no comprendía por qué Ernesto tenía que meterse en una revolución que nada tenía que ver con su patria».

Días después, Ernesto padre fue convocado por la Cancillería: acababa de llegar un telegrama de su primo, el embajador en La Habana. Había averiguado que Ernesto no estaba entre los rebeldes muertos o heridos ni entre los presos del régimen de Batista. Eufórico, el padre del Che volvió a la casa a dar la gran noticia. «Esa tarde todo cambió allí. Un hálito de optimismo nos envolvía a todos, y mi casa volvió otra vez a convertirse en bullanguera y jovial».

El padre de Ernesto llamó a Hilda para darle la noticia alentadora. Ella escuchó otros rumores que fortalecieron sus esperanzas de que Ernesto estuviera vivo. «Vivía de esas esperanzas», escribió años después. Mientras tanto, seguía adelante con sus planes de pasar la Navidad con su familia en Perú y luego visitar a los Guevara en Buenos Aires. Pero el día de su partida de México estaba muy trastornada. «Los últimos días en México estaba tan consternada y preocupada por la falta de noticias que aclararan la situación de Ernesto que no pude ocuparme de nuestras pertenencias. Regalé la mayoría de las cosas o simplemente las abandoné».[28] El 17 de diciembre, partió de México hacia Lima con Hilda Beatriz, de diez meses, sin tener noticias ciertas sobre la suerte de Ernesto.

Mientras esperaban alguna prueba de que Ernesto siguiera con vida, los Guevara confiaban en el informe alentador de la embajada argentina en La Habana. Pasó la Navidad. Alrededor de las diez de la noche del 31 de diciembre, cuando la familia se aprestaba a festejar el Año Nuevo, alguien deslizó un sobre de correo aéreo por debajo de la puerta. Estaba dirigido a Celia de la Serna, y el matasellos era de Manzanillo, Cuba.

Contenía un mensaje breve, escrito con la caligrafía inconfundible de Ernesto: «Queridos viejos: Estoy perfectamente, gasté sólo 2 y me quedan cinco. Sigo trabajando en lo mismo, las noticias son esporádicas y lo seguirán siendo, pero confíen en que Dios sea argentino. Un gran abrazo a todos, Teté».

Todos comprendieron el mensaje enigmático: firmado con su sobrenombre infantil Teté, Ernesto les decía que se encontraba bien y que, como un gato, había perdido dos de sus siete vidas. Voló el corcho del champán y comenzaron los brindis. Entonces, minutos antes de la medianoche, otro sobre se deslizó bajo la puerta. También estaba dirigido a Celia, pero escrito con caligrafía femenina. Contenía una tarjeta postal con una rosa roja y el mensaje: «Feliz Año Nuevo. TT está perfectamente bien».

«Aquello superaba lo que esperábamos —recuerda Ernesto padre—. Sonaron las campanas del Año Nuevo y toda la gente que había llegado a mi casa comenzó a demostrar su alegría. Ernesto se había salvado, al menos por ahora».

IV

En el extremo sudoriental de Cuba, con forma de yunque, la Sierra Maestra se alza abruptamente desde la plataforma continental caribeña para formar una accidentada barrera natural entre ésta y los llanos fértiles que se extienden a partir de su flanco opuesto, treinta kilómetros tierra adentro. Dominada por el cerro más alto de la isla, el pico Turquino, de casi tres mil metros, la sierra poseía una de las últimas selvas que aún sobrevivían en la década de los cincuenta, un bosque tropical indígena denso e inaccesible.

Con sólo unos pocos pueblos y aldeas, sus escasos sesenta mil habitantes eran los agricultores de subsistencia llamados guajiros; campesinos negros, blancos y mulatos, pobres y analfabetos, cuyos sombreros de paja informes, pies callosos y dialecto español ininteligible y casi desprovisto de vocales hacían de ellos el blanco de chistes despectivos entre la clase media urbana. «Guajiro» era sinónimo de ignorante, rústico, patán. Algunos eran arrendatarios, pero muchos eran intrusos, los llamados *precaristas*, que vivían en bohíos con suelo de tierra, desmontaban una pequeña parcela y vivían de la agricultura de subsistencia, la recolección de miel o la venta de carbón de leña. Como todos los campesinos cubanos, para ganar algún dinero contante los guajiros bajaban al llano a trabajar en la zafra azucarera o como vaqueros en las haciendas. Algunos espíritus emprendedores cultivaban clandestinamente la marihuana para abastecer la demanda de las ciudades; abrían sendas secretas en la selva para burlar a los guardias y llevarla al mercado. Algunas compañías madereras tenían concesiones para extraer la madera del bosque, y también había haciendas cafetaleras. Pero en conjunto la sierra ofrecía escasos empleos remunerados, carecía de caminos, escuelas y comodidades modernas. Las noticias del mundo exterior llegaban por medio de la radio de transistores o, más frecuentemente, el eficiente «boca en boca» llamado Radio Bemba.

La vida dura de los guajiros de la Sierra Maestra contrastaba mucho con la de los terratenientes y, en general, con la de los habitantes de Santiago, Manzanillo, Bayamo y Holguín, las ciudades de Oriente. Las mejores tierras de la sierra como del llano pertenecían a empresas privadas cubanas o norteamericanas o a los latifundistas, la aristocracia terrateniente nativa. El cañaveral que los expedicionarios del *Granma* habían atravesado cuando se dirigían hacia Alegría de Pío era del hombre más rico de la isla, el barón del azúcar Julio Lobo. En una de sus propiedades había crecido Celia Sánchez, hija de un médico rural de ideas

liberales.

En la sierra propiamente dicha había grandes extensiones de tierra cuyos propietarios vivían en las ciudades y las hacían administrar por *mayorales*, capataces armados cuya tarea principal era ahuyentar a los obstinados precaristas. Esos hombres arbitrarios y con frecuencia brutales tenían verdadera influencia en la zona; constituían una virtual fuerza policial alternativa a los guardias rurales mal entrenados y peor pagados cuyas unidades ocupaban puestos remotos y cuarteles distribuidos por toda la región. Por su distancia de las ciudades y su terreno accidentado, la Sierra Maestra también era un refugio tradicional de criminales prófugos de la justicia, y a falta de la presencia de la ley, las peleas entre familias y los actos de venganza se resolvían mediante el machete y el revólver. La Guardia aprovechaba la pobreza y el miedo a la autoridad de los guajiros para mantener un sistema de *chivatos*, informantes que la mantenían al tanto de los sucesos y la asistían en la investigación de delitos. Después del desembarco del *Granma*, habían empleado el sistema de chivatos para cazar a Fidel y sus hombres, con éxito devastador.

Desde luego, no faltaba la violencia en las relaciones entre los precaristas y los mayorales. Según el historiador Hugh Thomas, «el mayoral incendiaba la casa del precarista, que respondía mediante el asesinato. Cada bando tenía sus dirigentes destacados y éstos sus bandas de secuaces». Crescencio Pérez, camionero en las empresas del magnate azucarero Julio Lobo, también era un conocido jefe precarista; se decía que había matado a varios hombres y engendrado a «ochenta hijos» a lo largo y a lo ancho de la sierra. De ahí que poseyera una extensa familia, numerosos contactos y no pocos hombres que respondían a sus órdenes. Celia Sánchez había acudido a él para montar una red de apoyo civil a los rebeldes en la sierra, y Pérez, que no sentía gran estima por las autoridades, se había puesto a disposición de Fidel con su familia, sus parientes —como su sobrino Guillermo García— y algunos trabajadores.

Si la colaboración de un hombre como Pérez le causaba algún recelo, Fidel no lo demostró. Al día siguiente de la Navidad de 1956, al reestructurar su grupo de mando, designó un «estado mayor» de cinco hombres dirigido por él mismo como comandante e integrado por Crescencio Pérez y uno de sus hijos, su guardaespaldas Universo Sánchez y el Che. A su hermano Raúl y Juan Almeida, que habían demostrado coraje al mando de sus grupos en Alegría de Pío, los designó «jefes de pelotón» al mando de cinco hombres cada uno. También designó exploradores de avanzada: Ramiro Valdés, veterano del Moncada y uno de sus primeros seguidores; el resucitado Calixto Morales y otro hombre, Armando Rodríguez.

En vista de la reciente derrota y sus fuerzas menguadas —por no hablar de sus dudosas perspectivas de triunfo—, el pomposo otorgamiento de grados de oficial a siete de sus quince hombres podría parecer casi gracioso, pero también era testimonio del singular optimismo de Fidel y su ilimitada confianza en sí mismo. No era la clase de hombre que se desalentaba fácilmente. Había perdido más de dos tercios de sus fuerzas y casi todas sus armas y pertrechos, pero había llegado a la sierra, reanudado los vínculos con el aparato clandestino del 26 de Julio en las ciudades y contaba con Crescencio Pérez para familiarizarse con el terreno desconocido y reconstruir su ejército. A cambio de ello había conferido a su flamante aliado un grado especial, que podría quitarle —y en efecto, lo haría— cuando lo requiriese la ocasión. Puso a «todo campesino incorporado» bajo el mando de su nuevo oficial guajiro, quien nombró a Guillermo García su lugarteniente.

En realidad, Fidel se comportaba como si ya fuera el comandante en jefe de Cuba. Con la «reestructuración» había creado una jerarquía rígida para el ejército que pensaba llevar al poder, con él mismo como jefe indiscutido. El carácter autoritario que lo distinguiría ya se hacía notar en las órdenes perentorias al aparato clandestino en el llano para que le enviara armas y provisiones, al tiempo que se ocupaba de extender su dominio sobre la sierra y sus habitantes.

A pesar de los líricos elogios del «noble campesinado» de la sierra después del triunfo de la revolución, es evidente que en los primeros tiempos Fidel y sus hombres pisaban tierra hostil. Lejos de conocer o comprender el espíritu y la manera de pensar de los nativos, debían negociar por medio de Crescencio y sus hombres… a veces con resultados desastrosos. Acaso la mejor prueba de su desconocimiento del terreno escogido es el hecho de que en sus contactos iniciales con los campesinos, con frecuencia Fidel se hacía pasar por oficial del ejército para descubrir sus verdaderas simpatías.

Los días siguientes, preocupado por la posibilidad de que el ejército los descubriera si permanecían demasiado tiempo en un lugar, el Che se impacientaba con Fidel, que no daba la orden de partir. A la espera de unos voluntarios enviados por Celia Sánchez, escribió en su diario: «No me parece acertado pero Fidel insiste en eso». Llegaron los mensajeros desde Manzanillo con una provisión de granadas de mano, dinamita, municiones de ametralladora y tres libros pedidos por el Che: «Álgebra, Historia elemental de Cuba, Geografía elemental de Cuba».

No llegaron los voluntarios, pero media docena de guajiros se unieron al campamento. Casi diezmado un mes después de su desembarco en Cuba, el Ejército Rebelde empezaba a crecer. Más importante aún, los voluntarios eran gente de la zona, lo cual constituía un verdadero triunfo inicial. El 30 de diciembre,

Fidel por fin dio la orden de partir hacia un refugio nuevo en el corazón de la sierra. Bajo una lluvia torrencial, dos docenas de hombres partieron hacia el punto de destino, la remota comunidad costeña de La Plata, a cuarenta kilómetros de distancia. Parecía un buen lugar donde instalar el centro estratégico de operaciones, y había un pequeño cuartel de la Guardia que Fidel pensaba atacar por sorpresa.

El entusiasmo del Che ante el nuevo giro de los acontecimientos se revela en el tono de sus apuntes en el diario, más sereno y con más aplomo que hasta entonces. Al anochecer de la víspera de Año Nuevo, un mensajero les llevó la noticia de que un batallón del ejército se disponía a adentrarse en la sierra para buscarlos. «El último día del año pasó en la instrucción de los nuevos reclutas, leyendo algo y haciendo las pequeñas cosas de la guerra», escribió el Che.

V

Con el Año Nuevo llegaron la lluvia y más información sobre los planes del enemigo. Cuatrocientos soldados marchaban hacia las montañas y todas las guarniciones locales habían sido reforzadas. Guiados por un guajiro, los rebeldes continuaron la marcha agotadora. La noche del 2 de enero fue una odisea, «una marcha lenta y fatigosa por trillos enfangados y con los hombres enfermos de diarrea», pero al día siguiente escribió con severa satisfacción: «Se recibe la buena noticia de que Nené Jerez fue malherido y está moribundo. Nené Jerez fue el que guió los soldados hasta el sitio donde estamos en la Alegría [del Pío]».

El 5 de enero avistaron el Pico Caracas, de mil trescientos metros de altura, el primero de una serie de cerros boscosos que coronan la espina central de la Sierra Maestra. El Che observó con agrado que «las perspectivas son buenas porque de aquí hasta La Plata es toda zona boscosa y abrupta, ideal para la defensa».

Dos días después, mientras estaban acampados en el valle de Mulato, sobre la ladera del Pico Caracas, sus filas fueron reforzadas por la llegada de los nueve voluntarios de Manzanillo que les habían sido prometidos. Decidieron esperar las novedades sobre los movimientos del ejército para no seguir avanzando a ciegas. Los correos guajiros traían informes contradictorios: uno decía que no había soldados en la vecindad, pero otro trajo la inquietante noticia de que un chivato los había delatado a una guarnición costera cercana.

El 9 de enero, los rebeldes decidieron ponerse en marcha, y la tarde siguiente, desde un nuevo campamento que dominaba la zona, confirmaron la veracidad del informe sobre el chivatazo: dieciocho marinos se acercaban caminando por la senda desde la guarnición de Macías, aparentemente sin sospechar que estaban en peligro. Pero los rebeldes no los atacaron. Esperaban a Guillermo García, que regresaba de una última y vana búsqueda de supervivientes del *Granma*, y también una partida de alimentos. Además, Fidel quería estar bien preparado antes de entrar en combate. A pesar de todo, el Che lamentó la oportunidad perdida: «Era una presa fácil».

Se acercaba el día del primer combate. Los rebeldes debían demostrar que eran una fuerza a tener en cuenta: era la única manera de refutar la propaganda del gobierno sobre su derrota, generar confianza en la sociedad civil sobre su

capacidad de combate y al mismo tiempo levantar su propia moral. Para ello debían lanzar un ataque, en lo posible contra una guarnición remota y mal defendida donde tendrían el factor sorpresa a su favor. La Plata, un cuartel costero pequeño y, según los informes, defendido por pocos guardias, parecía brindarle a Fidel la oportunidad perfecta. El Che pensaba distinto, como lo revela la siguiente anotación de su diario correspondiente al 10 de enero: «El plan de Fidel es hacer una emboscada y huir a los bosques con comida para varios días. No me parece mal, pero es mucho peso. Mi plan era formar un campamento [central] con abundante comida y mandar patrullas de asalto…»

También le preocupaba el estado de los hombres que entrarían en combate. «Junto a la baja transitoria de Ramiro [Valdés, con una fisura de rodilla provocada por una caída], hay una o dos bajas definitivas de manzanilleros». Uno fue licenciado al informar que tenía tuberculosis —lo que al Che le pareció «sospechoso»— y un par de muchachos más parecían «indecisos». Preocupado por la amenaza que representaban los chivatos, juró en su diario ocuparse de ellos: «Hay que dar un escarmiento». Aunque no lo sabía, un traidor se había infiltrado entre ellos y próximamente el Che tendría la oportunidad de dar ese escarmiento.

Al día siguiente, como había vaticinado el Che, los manzanilleros optaron por abandonar el terreno, pero Fidel decidió seguir la marcha: demasiada gente de la zona estaba al tanto de su presencia y no podían seguir ahí. Uno de los primeros objetivos era matar a tres mayorales que eran «el terror de los campesinos». Los tres trabajaban para la empresa azucarera y maderera Núñez-Beattie y eran famosos entre los guajiros por su brutalidad. Un golpe contra esos déspotas granjearía prestigio para los rebeldes de Fidel entre los lugareños.

Dejaron al incapacitado Ramiro en la casa de un simpatizante campesino, le dieron una pistola para defenderse e iniciaron la marcha hacia La Plata. Guillermo García había llegado con varios reclutas —el Ejército Rebelde contaba ahora con treinta y dos hombres—, pero tenían apenas veintitrés armas, algunos cartuchos de dinamita y granadas de mano. Partieron de noche por una senda marcada a golpes de machete por un colaborador y acompañados por Eutimio Guerra, un conocido dirigente precarista local que con otro vecino se había ofrecido para guiarlos.

El 15 de enero, llevando consigo a un rehén —un adolescente al que habían sorprendido recolectando miel y al que decidieron llevarse por si tenía la tentación de dar la alarma—, los rebeldes llegaron a una loma que dominaba la desembocadura del río La Plata, a un kilómetro escaso del acantonamiento militar. Con sus miras telescópicas podían observar el blanco, una barraca a medio construir en medio de un claro entre la orilla del río y la playa, donde media docena de hombres vestidos a medias con uniformes realizaban tareas domésticas.

Más allá estaba la casa de uno de los mayorales que habían jurado ejecutar. Continuaron la vigilancia; al atardecer apareció una lancha patrullera guardacostas cargada de soldados que aparentemente hizo una señal a los hombres en tierra. Desconcertados por esta actividad, los rebeldes decidieron permanecer ocultos y postergar el ataque hasta el día siguiente.

Al amanecer apostaron vigías para observar la barraca. La lancha patrullera había partido y no había soldados a la vista, lo cual los desconcertó, pero hacia la media tarde decidieron avanzar. El grupo vadeó el río y se apostó al borde de la senda que conducía a la barraca. Minutos después aparecieron dos hombres y dos muchachos; los rebeldes los detuvieron. Uno de ellos era un presunto chivato. Para obtener información, «se lo apretó un poco», apuntó eufemísticamente el Che en su diario. El hombre dijo que había diez soldados en el cuartel y que Chicho Osorio, considerado el peor de los mayorales que pensaban ejecutar, pasaría por ahí en cualquier momento.

Efectivamente, a los pocos minutos apareció Osorio montado en una mula y acompañado por un negrito a pie. Decidieron sorprenderlo y alguien gritó: «¡Alto, la guardia rural!» Osorio reaccionó gritando: «¡Mosquito!», el santo y seña de los soldados, y a continuación dijo su nombre. Los rebeldes rodearon a Osorio, le quitaron el revólver y un cuchillo al muchacho y condujeron a ambos ante Fidel.

Lo que sucedió a continuación ha pasado al folclore de la Revolución Cubana. Según el relato del Che publicado años después, Fidel «le hizo creer que era un coronel de la guardia rural y que estaba investigando unas supuestas irregularidades. Chicho Osorio, que estaba borracho, dio entonces una relación de todos los enemigos del régimen a los que "hay que arrancárselas", según sus propias palabras. Allí estaba la confirmación de quiénes eran nuestros amigos y quiénes no».

Si la situación no hubiera sido tan grave, el encuentro absurdo hubiera merecido un relato humorístico; lo cierto es que con cada palabra, el desprevenido Osorio cavaba su propia fosa. El «coronel» Fidel le preguntó qué sabía sobre su guía Eutimio Guerra. Osorio respondió que se sabía que Guerra había refugiado a Fidel Castro, que por eso andaba buscándolo para matarlo. Para hacerlo hablar aún más, Fidel opinó que también había que matar a «Fidel». Osorio asintió con vehemencia y añadió que Crescencio Pérez también debía morir. Llevado por el entusiasmo, se jactó de haber matado o maltratado a muchos hombres y, como prueba de sus hazañas, señaló sus pies. Relata el Che: «"Mire", dijo, mostrando los zapatos de nuestra tropa, de factura mexicana, "de uno de estos hijos de… que matamos." Allí, sin saberlo, Chicho Osorio había firmado su propia sentencia de muerte».

Tan borracho o ingenuo para creer que Fidel efectivamente era un oficial de la Guardia y ávido de ganarse su estima, Osorio ofreció conducirlos hasta el cuartel para demostrar los puntos débiles de la seguridad e incluso permitió que lo maniataran como «falso prisionero» para cumplir su papel en la comedia de los «inspectores». Mientras avanzaban hacia el cuartel, Osorio les mostró dónde estaba el centinela y dónde dormían los guardias. Uno de los rebeldes se adelantó para confirmarlo: la información era exacta. Finalmente se prepararon para el ataque, y dejaron a Osorio al cuidado de dos hombres «con encargo de matarlo apenas iniciado el tiroteo, cosa que cumplieron estrictamente», según escribió fríamente el Che.

Eran las 2.40 de la madrugada. Los rebeldes se desplegaron en tres grupos. Los blancos eran la barraca con tejado de cinc y una casa rústica que pertenecía al segundo de los tres mayorales buscados. A unos cuarenta metros de la barraca, Fidel disparó dos ráfagas de ametralladora y todos abrieron fuego. Gritaron a los soldados que se rindieran, pero éstos respondieron al fuego. Che y otro camarada del *Granma*, Luis Crespo, arrojaron granadas, pero no explotaron. Fidel arrojó un cartucho de dinamita, pero tampoco pasó nada. Raúl les ordenó que incendiaran la casa del mayoral. En dos ocasiones los repelió el fuego enemigo, pero un tercer intento del Che y Crespo tuvo éxito, salvo que lo que incendiaron no era la casa del capataz sino un depósito adyacente lleno de cocos.

Pero eso bastó: evidentemente aterrados por la perspectiva de que los quemaran vivos, los soldados que estaban en el cuartel se dieron a la fuga. Uno prácticamente chocó con Crespo, quien lo hirió en el pecho; el Che disparó a otro hombre y a pesar de la oscuridad pensó que lo había herido. El tiroteo continuó unos minutos más hasta que los soldados se rindieron. La casa del capataz estaba llena de heridos. El combate había terminado y el Che anotó en su diario: «8 Springfields, una ametralladora y unos mil tiros, nosotros gastamos 500 aproximadamente. Además cananas, cascos, embutidos, cuchillos, ropas y hasta ron».

La Guardia había sufrido un golpe rudo, el cuartel estaba tan acribillado que parecía «una criba». Los soldados tuvieron dos muertos y cinco heridos, tres de gravedad. Se hicieron tres prisioneros. Los rebeldes no sufrieron bajas. Antes de retirarse, incendiaron los edificios. El Che prendió fuego a la casa del «desgraciado» del mayoral, que había logrado escapar con el sargento jefe del cuartel.

Antes de volver al campamento, liberaron a los prisioneros y los rehenes civiles no sin antes hacer una seria advertencia al presunto chivato. A pesar de la oposición del Che, Fidel entregó medicamentos a los soldados para que atendieran

a sus heridos, que aún permanecían en el claro devastado. Los rebeldes se llevaron un disgusto al descubrir que su primer rehén, un adolescente, había escapado durante el tiroteo juntamente con un explorador. Para colmo se habían llevado dos armas: una escopeta y el revólver que le habían confiscado al difunto Osorio.

Eran apenas las 4.30. Aprovecharon las horas que restaban de oscuridad para retirarse hacia Palma Mocha, una aldea campesina que llevaba el nombre de un río que desembocaba en el mar a tres kilómetros de ahí. Llegaron a tiempo para presenciar lo que el Che llamó «un espectáculo lastimoso. Todas las familias de la zona en éxodo hacia la costa debido a las amenazas de un cabo y un mayoral… referente a un supuesto bombardeo de la aviación contra los rebeldes». «La maniobra era clara —apuntó el Che—; desalojar a todos los campesinos y luego la compañía [Núñez-Beattie] se apoderaría de las tierras abandonadas».

Después de presenciar las consecuencias de su acción, los rebeldes siguieron adelante en busca de un lugar donde tender una emboscada a los soldados que los perseguirían. Los hombres estaban nerviosos y exhaustos, y durante un alto en la marcha Fidel ordenó pasar revista a las municiones. Cada hombre debía tener cuarenta proyectiles. Sergio Acuña, uno de los guajiros, tenía cien, y se negó a obedecer la orden de Fidel de entregar el sobrante. Cuando Fidel ordenó que lo detuvieran, Acuña amartilló su arma con gesto amenazante. El incidente no llegó a mayores porque Raúl y Crescencio lograron convencerlo de que entregara el arma y las municiones. Le dijeron que se pasaría por alto la infracción si presentaba un «pedido formal» de continuar con los rebeldes. La solución disgustó al Che, quien escribió en su diario que «Fidel aceptó creando un pésimo antecedente que posteriormente no acabaría allí, pues Acuña se dio tono por haber impuesto su voluntad».

Después del pequeño motín, los rebeldes marcharon hasta un bohío en un claro rodeado por tres lados de laderas boscosas y cerca de un riachuelo que el Che bautizó Arroyo del Infierno. Con abundante agua y una ruta de fuga, era el lugar perfecto para tender una emboscada. Cuando llegaron, el dueño estaba a punto de unirse al éxodo hacia la costa. Tras ocupar el lugar, durante los días siguientes los rebeldes se organizaron y montaron la emboscada en un lugar del bosque desde donde se dominaban tanto la casa como la senda que conducía al claro.

Con todo, los hombres estaban nerviosos. Una mañana, mientras inspeccionaba los puestos de guardia junto con Fidel, el Che estuvo a punto de recibir un balazo, disparado desde lejos por uno de los combatientes. Él tenía parte de la culpa, ya que llevaba una gorra de suboficial del ejército que se había llevado como trofeo de La Plata. Aún más inquietante fue la reacción de los demás rebeldes, que al escuchar el disparo, en lugar de correr a sus puestos defensivos,

huyeron hacia el bosque. En la versión publicada del diario, el Che mencionó el disparo, pero no la huida de los hombres. Utilizó la anécdota como parábola para ensalzar la condición del guerrero. «Este hecho demuestra el estado de tensión que teníamos todos, esperando, como una liberación, el combate; son esos momentos donde hasta los más firmes de nervios sienten cierto leve temblor en las rodillas y todo el mundo ansía ya de una vez la llegada de ese momento estelar de la guerra, que es el combate».

Durante varios días más reinó la calma. Fidel obtuvo provisiones de los pocos campesinos que permanecían en la zona y resarció a uno que acudió en busca de un puerco perdido; Fidel había matado al animal el día que llegaron. Escucharon rumores de que el ejército tomaba represalias entre los campesinos por el ataque en La Plata. El guía Eutimio Guerra partió hacia su casa, llevando algunos mensajes de Fidel y con la orden de averiguar cuanto pudiera sobre los movimientos del ejército. Los rebeldes escuchaban ansiosamente la radio, pero no se difundían noticias sobre las actividades del ejército.

Antes del amanecer del 22 de enero, el sonido de disparos lejanos delató la presencia del ejército. Los rebeldes se prepararon para la batalla, pero pasó la mañana sin que aparecieran los soldados. Al mediodía surgió una figura solitaria en el claro. El primero que lo vio fue Calixto García, sentado junto al Che. A través de las miras telescópicas comprobaron que era un soldado. Lo siguieron otros nueve hombres, que se agruparon en torno a las chozas en el claro. Sonaron los primeros disparos.

«Fidel abrió el fuego y el hombre cayó inmediatamente gritando: "Ay mi madre" —apuntó el Che en su diario—. De pronto me di cuenta de que un soldado estaba escondido en la casa a escasos 20 metros de mi posición; le veía sólo los pies, de modo que le tiré a rumbo. Al segundo disparo cayó. Luis me traía una granada que Fidel mandaba porque le habían dicho que había más gente en la casa. Luis me cubrió y yo entré, pero afortunadamente no había nadie más».

El Che recogió el fusil y la canana del hombre al que había herido y luego inspeccionó el cuerpo. «Tenía un balazo debajo del corazón con salida en el lado derecho, estaba muerto». Por primera vez tenía la certeza de haber matado a un hombre.

VI

Mientras el Che pasaba por su bautismo de fuego, Hilda y la niña visitaban a la familia Guevara en la Argentina. Ernesto padre la había llamado para darle la noticia de la carta firmada «Teté» y le había enviado un pasaje de avión a Buenos Aires. Era la primera prueba tangible de que Ernesto había sobrevivido a la emboscada de Alegría de Pío, y llenó a Hilda de regocijo. El 6 de enero, después de pasar tres semanas con su familia en Lima, voló con la niña a Buenos Aires para conocer a sus suegros.

Los Guevara se mostraron encantados con la niña y cariñosos con Hilda, pero la acribillaron a preguntas. ¿Por qué Ernesto arriesgaba su vida por una causa extranjera? ¿Quién diablos era ese Fidel Castro? Hilda no tardó en comprender que Ernesto —o «Ernestito», como lo llamaban sus tías— era el «niño consentido» de la familia. «Debido a su profundo afecto por Ernesto —escribió—, a los padres les era difícil aceptar la idea de que estaba en peligro. Expresaban una y otra vez el sentimiento de que sería mejor que su hijo estuviera en la Argentina». Trató de explicar lo mejor posible lo que sabía sobre su evolución política, pero sólo repetía lo que Ernesto ya les había dicho en sus cartas, y que evidentemente les era difícil aceptar. Ernesto padre comentó que sus explicaciones eran «magras; era evidente que conservaba el hermetismo impuesto por Ernesto».

Pero era Celia quien requería más que nadie sus palabras reconfortantes. Hilda la halló muy turbada y trató de aliviar el dolor que le provocaba la ausencia de su amado hijo. «Le hablé a doña Celia, mi suegra, de la profunda ternura que sentía Ernesto por ella. No era una exageración destinada a reconfortarla: sabía cuánto la quería. Su sufrimiento era constante, y la angustiosa pregunta estaba presente en todo lo que hacía: "¿Dónde está mi hijo?"»

Hilda y la niña pasaron un mes con los Guevara. Era pleno verano porteño y toda la familia se trasladó a la estancia de Irineo de Portela. Un día, Hilda tuvo ocasión de conocer la célebre fanfarronería de su suegro. Llegó una carta de un pariente en Estados Unidos que mencionaba por primera vez la posibilidad de que el Che hubiera sufrido heridas en Alegría de Pío. Ernesto padre, eufórico, «declaró que si Ernesto era capturado en Cuba, ¡iría en un bote a rescatarlo!».

Cuando Hilda volvió a Lima, la esperaba una carta de Ernesto, fechada el 28 de enero de 1957. «Querida vieja: Aquí, desde la manigua cubana, vivo y sediento

de sangre escribo estas encendidas líneas martianas. Como si realmente fuera un soldado (sucio y harapiento estoy, por lo menos), escribo sobre un plato de campaña con el fusil a mi lado y un nuevo aditamento entre los labios: un tabaco…»

Con el mismo tono jactancioso y animado, recapituló alegremente los sucesos desde el «ya famoso» desembarco del *Granma*, destacando los peligros a los que se habían enfrentado y las penurias superadas: «Siguieron nuestras desventuras hasta ser sorprendidos en la también ya célebre Alegría y desbandados como palomas. Me hirieron en el cuello y quedé vivo nada más que por mi suerte gatuna… Caminé unos días por el monte creyéndome mal herido… nos reorganizamos, nos armamos y atacamos un cuartel matando cinco soldados… El ejército… por cuarenta y cinco días más nos echó encima tropa escogida; se la volvimos a disgregar y esta vez le costó tres muertos y dos heridos… Al poco tiempo, capturamos tres guardias quitándoles las armas. Si a todo esto se agrega que nosotros no tuvimos ninguna baja y el monte es nuestro, te podrás dar idea de la desmoralización del ejército, que nos ve escurrir como jabón de entre sus manos, cuando nos cree en el buche. Naturalmente, la pelea no está totalmente ganada, falta mucha batalla, pero ya se inclina a nuestro favor: cada vez lo será más».

Firmó la carta como «Chancho», le envió abrazos y besos para su hija y dijo que en su prisa había dejado en México las fotos de ellas. Le pedía que se las enviara a una dirección en la capital mexicana donde se ocuparían de hacérselas llegar.

Es evidente que la carta no agradó a Hilda, quien la reprodujo en sus memorias sin el menor comentario. Mientras ella, la abatida esposa y madre, vivía sufriendo por él, Ernesto no dejaba lugar a dudas de que vivía una aventura emocionante y disfrutaba de la vida del guerrillero «sediento de sangre» entre el fango y los cigarros. Y al escribirle, no le preguntaba ni demostraba la menor preocupación por los padecimientos de ella.

VII

Durante las tres semanas siguientes, los rebeldes vagaron por la Sierra Maestra, recogieron algunos voluntarios nuevos pero también padecieron deserciones y chivatazos. El 30 de enero la fuerza aérea bombardeó el lugar que habían escogido para montar su base, en la ladera del cerro Caracas. La incursión no les provocó bajas, pero los rebeldes, presas del pánico, huyeron a la selva. Mientras tanto, los soldados que los perseguían, comandados por un oficial célebre por su salvajismo (el mayor Joaquín Casillas, de quien se decía que cortaba y conservaba las orejas de sus víctimas), enviaban espías vestidos de paisano a rastrearlos. A su paso, los soldados dejaban un tendal de bohíos incendiados y campesinos muertos, acusados de colaborar con los rebeldes.

El Che empezaba a adquirir fama de combatiente guerrillero audaz, incluso temerario. Deseoso de demostrar su coraje y remediar el penoso «error» de haber perdido el fusil en la huida de Alegría de Pío, siempre se ofrecía para realizar las tareas más peligrosas. Durante el bombardeo del cerro Caracas, mientras todos los guerrilleros y el propio Fidel huían, el Che se quedó para reunir a los rezagados y recoger los pertrechos abandonados, las armas y hasta la gorra del «comandante».

Empezaba a demostrar otros rasgos fuertes de su personalidad: acosaba severamente a los nuevos reclutas, sobre todo los que venían de la ciudad, desconfiando de su coraje, fortaleza y entrega a la causa. Asimismo desconfiaba de los guajiros que se cruzaban con ellos, a los que describía en su diario como «charlatanes, sueltos de lengua» o «nerviosos», síntomas que despertaban sus sospechas. También empezaba a sentir un odio profundo por los cobardes, obsesión que en poco tiempo sería uno de sus rasgos más notorios y temidos en tiempos de guerra. Detestaba sobre todo a un miembro del grupo, «el Gallego» Morán, un veterano del *Granma* de quien sospechaba que era un cobarde y desertor en potencia. Las abundantes observaciones críticas sobre Morán en su diario de guerra demuestran que vigilaba estrecha y constantemente a sus hombres.

Consciente del grave peligro que representaban los espías y chivatos, buscaba una oportunidad para infligir un castigo ejemplar. Cuando tres espías del ejército detenidos por los rebeldes confesaron su verdadera identidad, el Che estuvo entre los que pidieron su ejecución. Pero Fidel optó por perdonarlos y enviarlos de vuelta a su cuartel con una advertencia y una carta personal a su

comandante. Ávido de convertir al grupo guerrillero en una fuerza de combate aguerrida y disciplinada, lo preocupaba la tolerancia que demostraba Fidel con los holgazanes e insubordinados. Por eso, a fines de enero anotó con satisfacción que Fidel por fin había dado la orden. A partir de entonces, tres delitos se castigarían con la pena de muerte: «la insubordinación, la deserción y el derrotismo». Cuando el desertor Sergio Acuña sufrió una muerte espantosa a manos del ejército —lo torturaron, le dispararon cuatro tiros y luego lo ahorcaron—, el Che calificó la noticia de «triste pero aleccionadora».

A finales de enero aumentaban los indicios de que la pequeña banda de Fidel empezaba a causar sensación en toda la isla. Faustino Pérez, el hombre de Fidel en La Habana, envió el aviso de que había reunido treinta mil dólares para los rebeldes, las células urbanas del 26 de Julio realizaban actos de sabotaje en las ciudades y en las filas del ejército cundía el descontento a raíz de la vergüenza que provocaban los ataques rebeldes. A pesar de los rumores de que pensaba destituir a su jefe de estado mayor, Batista y sus generales insistían en que los rebeldes estaban prácticamente exterminados, que se habían dado a la fuga y no representaban amenaza alguna para el ejército. Irritado por esa campaña de propaganda, Fidel ordenó a Faustino Pérez que dispusiera una entrevista con un periodista respetado para que fuera a la sierra y diera a conocer su existencia a todo el mundo. Al mismo tiempo, ordenó a Frank País y Celia Sánchez que organizaran una conferencia del Directorio Nacional a fin de coordinar la estrategia para todo el país.

A principios de febrero los rebeldes se tomaron unos días de descanso mientras padecían las lluvias torrenciales y las diarias incursiones al azar de la fuerza aérea; en medio de la relativa calma, el Che incluso se arrancó tiempo para dar lecciones de francés a Raúl. Éstas se interrumpieron cuando se dio la orden de marchar, y el Che quedó debilitado por la diarrea y un ataque fuerte, aunque efímero, de malaria. Durante una emboscada del ejército en la colina llamada Los Altos de Espinosa, murió Julio Zenón Acosta, un guajiro negro analfabeto a quien el Che enseñaba las primeras letras. Fue la primera baja en combate que sufrieron después del desembarco del *Granma*. Más adelante, el Che ensalzaría a Zenón Acosta, a quien llamaba «primer alumno», como la clase de «campesino noble» que constituía el corazón y el alma de la revolución.

A medida que pasaba el tiempo, crecían en Che y Fidel las sospechas de que su guía campesino Eutimio Guerra —quien iba y venía constantemente y cuyas ausencias coincidían invariablemente con los ataques del ejército— era un traidor en su seno. Después de la emboscada de Los Altos de Espinosa varios guajiros bien informados confirmaron sus sospechas. En una de sus excursiones, Guerra había caído en manos del ejército, que le había prometido una recompensa si entregaba a

Fidel. Era cómplice tanto del bombardeo al cerro Caracas como de la última emboscada. Aunque enterados de todo, no era mucho lo que los rebeldes podían hacer al respecto porque Guerra había desaparecido, como lo haría poco después el Gallego Morán.

A mediados de febrero, con varios hombres enfermos y desmoralizados, Fidel decidió realizar una purga y les dio «licencia por convalecencia» en la casa de un guajiro vigilada por Crescencio Pérez. Los mensajeros anunciaron que el Directorio Nacional del 26 de Julio estaba en camino y que Herbert Matthews, un conocido periodista del *New York Times*, iría a entrevistar a Fidel en la sierra. Se reunirían el 17 de febrero en una granja situada en la ladera norte.

Preocupados por el paradero de Eutimio Guerra y la posibilidad de una nueva emboscada, el menguado grupo de Fidel cruzó cautelosamente la sierra hacia el lugar de reunión. El encuentro resultaría decisivo, porque en el breve lapso de tres días se producirían una serie de sucesos que cambiarían el curso de la guerra, y en uno de ellos se revelaría una nueva faceta de la personalidad emergente de Ernesto «Che» Guevara.

15. DÍAS DE «AGUA Y BOMBAS»

I

Ernesto Guevara estaba en *guerra*, trataba de hacer una revolución, como resultado de un salto consciente en su fe. Había cruzado un umbral que era invisible para los extraños y había entrado en un terreno donde la vida se podía considerar una abstracción y el fin sí justificaba los medios.

Para Ernesto, una persona ya no era simplemente una persona; cada una ocupaba un lugar dentro de un esquema global de las cosas, del cual poseía una estructura mental coherente. Su visión del mundo, que se había expandido cuando abandonó el hogar, luego se había estrechado cuando su búsqueda de convicciones quedó enmarcada en una percepción marxista.

Para él, la realidad se aparecía en blanco y negro, pero al mismo tiempo creía que los confines de su fe eran ilimitados. Su convicción de obedecer a un imperativo histórico le permitía asumir la posición del juez, y desde allí consideraba a la mayoría de las personas como amigos o enemigos. Cualquiera que ocupase una posición intermedia merecía su desconfianza, y así debía ser porque su objetivo era hacer la guerra y tomar el poder. Cada día se renovaba la perspectiva de matar y morir por la causa.

II

El segundo día de marcha hacia la granja donde se reuniría el Directorio Nacional, cuando los rebeldes se sentaban a comer un guiso de chivo preparado por una familia negra simpatizante, reapareció el Gallego Morán. Justificó su desaparición con un pretexto que no convenció a nadie: al salir en busca de alimentos, había visto al traidor Eutimio Guerra. Pero luego lo perdió de vista y no pudo hallar el camino de regreso al campamento. El Che observó en su diario: «La verdad de la actitud del Gallego es muy difícil saberla, pero para mí se trata simplemente de una deserción frustrada… Aconsejé matarlo ahí mismo, pero Fidel dio larga al asunto».

Al proseguir la marcha, llegaron a una tienda de comestibles, propiedad de un amigo de Eutimio Guerra. Como no había nadie la tomaron por asalto y se encontraron con un «verdadero paraíso de latas», de los que comieron a discreción. Después de dejar un rastro falso para despistar a los perseguidores, continuaron la marcha durante toda la noche y al amanecer del 16 de febrero llegaron al bohío del campesino colaborador Epifanio Díaz, donde se debían celebrar las reuniones.

Los miembros del Directorio Nacional habían empezado a llegar. Frank País y Celia Sánchez estaban ahí; luego se presentaron Faustino Pérez y Vilma Espín, una nueva activista del Movimiento que venía de Santiago; más tarde, Haydée Santamaría y Armando Hart. Éste era el núcleo central activo del grupo de dirección del 26 de Julio que Fidel había creado en el verano de 1955 al ser liberado de la cárcel de isla de Pinos.

Frank País, de veintitrés años, era el miembro más joven del Directorio, pero acreditaba una carrera impresionante como activista político en Oriente, donde era vicepresidente de la federación estudiantil. Desde la creación del 26 de Julio, había decidido compartir la suerte de Fidel como coordinador de las actividades rebeldes en Oriente. Celia Sánchez, de treinta y siete años, había impulsado la campaña por la liberación de los presos del Moncada y desde su ciudad de Manzanillo colaboraba con Fidel desde la fundación del Movimiento. Ella había reclutado a Crescencio Pérez y organizado el grupo que aguardaba la llegada del *Granma*. Al igual que Fidel, el médico Faustino Pérez, de treinta y siete años, se había licenciado en la Universidad de La Habana, donde a partir del golpe de 1952 había encabezado la lucha estudiantil contra Batista. Se había reunido con Fidel en México y regresado con él a bordo del *Granma*.

Armando Hart, estudiante de derecho de veintisiete años, hijo de un conocido juez, había comenzado su militancia en la Juventud Ortodoxa, luego se había unido a Faustino Pérez en la lucha estudiantil y en la fundación del Movimiento de Fidel. Su novia, Haydée Santamaría, de veinticinco años, había participado en el asalto al Moncada y luego había pasado siete meses en la cárcel; era otra fundadora del 26 de Julio y participante en la insurrección de Oriente en noviembre de 1956, encabezada por Frank País. Su familia había pagado muy caro la amistad con Fidel. Su hermano Abel, militante de la Juventud Ortodoxa, había sido el lugarteniente de Fidel hasta su muerte bajo tortura en el Moncada; su hermano Aldo estaba preso por sus actividades en el Movimiento. La más nueva del grupo era Vilma Espín, de veintisiete años, miembro de una familia acomodada de Santiago y poseedora de un título universitario del Massachusetts Institute of Technology de Estados Unidos. Como activista del grupo estudiantil de Frank País que se había unificado con el Movimiento 26 de Julio, había participado en la insurrección de noviembre de 1956.

Estos jóvenes, provenientes en su mayoría de la clase media alta urbana, dirigían la estructura clandestina nacional del Movimiento, encargada de toda clase de tareas: la captación de militantes, la adquisición y transporte de armas y voluntarios a la sierra, la recaudación de fondos y recolección de provisiones, las relaciones con el exterior, el sabotaje urbano y la elaboración de un programa político.

Fue un día histórico para todos. Fidel conoció a Celia Sánchez, quien en poco tiempo se convertiría en su confidente íntima y su amante. Raúl conoció a su futura esposa, Vilma Espín. Y el Che conoció a los hombres y mujeres que conformaban la columna vertebral, la élite del movimiento revolucionario de Fidel. Quería formarse una opinión de todos ellos.

En líneas generales, ya consideraba que los colegas de Fidel en el 26 de Julio estaban sujetos por su origen de clase media y su educación privilegiada a una concepción tímida de los objetivos de la lucha, y pensaba con justa razón que sus posiciones eran muy distintas de la suya. Carecían de una concepción marxista de transformación social revolucionaria y en su mayoría consideraban que el objetivo de la lucha era derrocar una dictadura corrupta para reemplazarla por una democracia occidental convencional. Sus primeras reacciones ante los dirigentes urbanos confirmaron sus presentimientos negativos. «Por conversaciones aisladas me enteré de la evidente filiación anticomunista de la mayoría de ellos, sobre todo Hart», escribió en su diario. Pero al día siguiente había modificado levemente sus análisis: «De las mujeres, Haydée me parece la mejor orientada políticamente, Vilma la más interesante, Celia Sánchez es muy activa pero políticamente ahogada. Armando Hart [es] permeable a las nuevas ideas».[*]

Con todo, a medida que se desarrollaba la reunión de Fidel con los dirigentes urbanos, un hecho quedó muy claro. Fidel quería que el Ejército Rebelde fuera la prioridad absoluta del Movimiento. Ellos traían sus propias ideas sobre la estrategia nacional del Movimiento, pero Fidel sostuvo que debían encaminar sus esfuerzos al sostén y fortalecimiento de sus guerrillas como asunto de la mayor prioridad. Obvió la propuesta de Faustino de abrir un «segundo frente» cerca de La Habana, en los montes Escambray de la provincia de Santa Clara, así como la de Frank País de abandonar la sierra para dar discursos y recaudar fondos en el exterior. Finalmente, abrumados por los argumentos de Fidel, acordaron organizar una red nacional de «resistencia cívica» para apoyarlo. Frank País se comprometió a enviar un nuevo contingente de combatientes desde Santiago en una quincena. Se reunirían en el bohío de Epifanio Díaz, que serviría de puerta de entrada clandestina a la sierra.

El Che, que no era miembro del Directorio Nacional, se abstuvo de asistir a las reuniones a fin de no abusar de su autoridad en la etapa inicial. Pero estaba enterado de todo lo que se decía y, como revela su diario, ya aparecían las primeras señales de la brecha que se abriría entre los combatientes armados de la sierra y sus contrapartes urbanas del llano. Por el momento, Fidel pudo establecer la prioridad de la sierra con el argumento irrefutable de la necesidad de sobrevivir. Pero en meses posteriores, a medida que la guerra se extendía, la brecha saldría a la luz bajo la forma de una disputa ideológica entre la izquierda y la derecha y como una lucha por el control del Movimiento rebelde entre los dirigentes del llano y Fidel. En definitiva, el triunfador sería Fidel con la inestimable colaboración del Che.

El 17 de febrero llegó Herbert Matthews, prestigioso corresponsal del *New York Times*, veterano de la Guerra Civil española, la campaña de Mussolini en Abisinia y la Segunda Guerra Mundial. El Che no presenció la entrevista de tres horas con Fidel, pero éste después le informó, y pudo anotar en su diario los conceptos que le parecieron más significativos: Fidel se quejó de la ayuda militar norteamericana a Batista, y cuando Matthews preguntó si era antiimperialista, respondió que sí, en el sentido de querer liberar a su país de las cadenas económicas. Se apresuró a añadir que no odiaba a Estados Unidos ni a su pueblo. El gringo, dijo Fidel al Che, «hizo preguntas concretas y ninguna capciosa, se mostró como un simpatizante de la Revolución».

En cambio, Fidel había dispuesto una pequeña comedia: un combatiente sudoroso debía irrumpir en medio de la entrevista con un «mensaje de la Segunda Columna». Esperaba hacerle creer a Matthews que contaba con un buen número de combatientes, cuando en realidad, en ese momento el Ejército Rebelde tenía menos de veinte hombres armados. Finalizada la entrevista, llevaron a Matthews a

Manzanillo, desde donde viajaría a Santiago, luego volaría a La Habana y tomaría el avión a Nueva York; con una primicia tan importante entre manos, tenía prisa por publicarla.

«Temprano se fue el gringo —escribió el Che en su diario— y yo estaba de guardia cuando me avisaron que redoblara la vigilancia, pues Eutimio estaba en casa de Epifanio». Una patrulla rebelde encabezada por Juan Almeida fue a buscar al traidor, quien desconocía que estaban al tanto de su traición. Fue detenido, desarmado y llevado ante Fidel. Entonces éste le mostró un salvoconducto del ejército a su nombre como colaborador del régimen.

«Eutimio se puso de rodillas pidiendo que lo mataran de una vez —escribió el Che—, Fidel trató de engañarlo haciéndole creer que se le perdonaría la vida, pero Eutimio recordaba la escena de Chicho Osorio y no se dejó engañar. Entonces Fidel le anunció que sería ejecutado y Ciro Frías le espetó un sentido sermón a fuer de viejo amigo. El hombre esperó la muerte en silencio y cierta dignidad. Se largó un chaparrón tremendo y se puso todo negro».

Lo que sucedió a continuación ha sido un secreto de Estado cubano celosamente guardado durante cuatro décadas. Ninguno de los testigos oculares de la ejecución de Eutimio Guerra —el primer traidor ejecutado por los rebeldes— ha dicho públicamente quién hizo el disparo fatal. El motivo es fácil de comprender, según se desprende del diario privado del Che.

«La situación era incómoda para la gente y él, de modo que acabé el problema dándole en la sien derecha un tiro de pistola [calibre] 32, con orificio de salida en el temporal derecho. Boqueó un rato y quedó muerto. Al proceder a requisarle las pertenencias no podía sacarle el reloj amarrado con una cadena al cinturón, entonces él me dijo con una voz sin temblar muy lejos del miedo: "Arráncala, chico, total…" Eso hice y sus pertenencias pasaron a mi poder. Dormimos muy mal, mojados y yo con algo de asma».

El relato del Che es tan sobrecogedor como revelador de su personalidad. La fría objetividad con que describe la ejecución, sus apuntes científicos sobre los orificios de entrada y salida del proyectil, sugieren una indiferencia notable frente a la violencia. La decisión de hacerse cargo de la ejecución de Eutimio obedeció simplemente a la necesidad de «acabar» una «situación incómoda». Su recuerdo de las «últimas palabras» de Eutimio es simplemente inexplicable, y añade una dimensión surrealista a la tétrica escena.

Es notable el contraste con el relato que escribió el Che para su publicación. En un artículo titulado «La muerte de un traidor», describió la escena con aplomo

literario y la transformó en una sombría parábola revolucionaria sobre la redención mediante el sacrificio. Sobre el momento en que Eutimio cayó de rodillas delante de Fidel, escribió: «En ese momento parecía envejecido; en su sien había muchas canas que nunca habíamos visto antes».

También describió el «sermón» de Ciro, en que fustigó a Eutimio por causar la muerte y el martirio de muchos amigos comunes y vecinos: «Fue un discurso largo y conmovedor que Eutimio escuchó en silencio, con la cabeza gacha. Le preguntamos si quería algo y respondió que sí, quería que la Revolución, o mejor dicho nosotros, cuidáramos de sus hijos». La Revolución había cumplido su promesa a Eutimio, escribió el Che, pero su nombre «ya había sido olvidado, tal vez incluso por sus hijos», quienes habían recibido nombres nuevos, asistían a las escuelas del Estado, recibían el mismo trato que los demás niños y se preparaban para una vida mejor.

«Pero algún día —añadió— tendrán que saber que su padre fue ejecutado por el poder revolucionario debido a su traición. También es justo que se les diga cómo su padre, un guajiro que se había dejado tentar por la corrupción y había tratado de cometer un crimen grave, movido por el deseo de gloria y riqueza, no obstante había reconocido su error y ni había sugerido un pedido de clemencia, sabiendo que no la merecía. Finalmente, también deberían saber que en sus últimos momentos recordó a sus hijos y pidió que se los tratara bien».

En el relato publicado, el Che concluye la parábola con una descripción de los últimos momentos de la vida de Eutimio cargada de simbolismo religioso. «En ese momento se desencadenó una fuerte tormenta y el cielo se oscureció; en medio de un diluvio, con el cielo cruzado por relámpagos y el ruido de truenos, cuando cayó uno de esos rayos seguido inmediatamente por el trueno, terminó la vida de Eutimio Guerra e incluso los camaradas parados cerca de él no oyeron el disparo».

El incidente sirvió como ningún otro para difundir la mística del Che entre los guerrilleros y guajiros de la Sierra Maestra. A partir de entonces adquirió fama por estar dispuesto a actuar fríamente contra los transgresores de las normas revolucionarias. Fuentes cubanas que hablaron a condición de no ser identificadas dicen que el Che se adelantó para matar a Eutimio cuando resultó claro que nadie más tomaría la iniciativa. Esto aparentemente incluye a Fidel, quien tras dar la orden de matar a Eutimio sin indicar quién debía cumplirla, se alejó para guarecerse de la lluvia.

Un guajiro quería colocar una cruz de madera en la tumba de Eutimio, pero el Che lo prohibió porque podía comprometer a la familia propietaria de la tierra donde acampaban. En cambio permitió que tallaran una cruz en un árbol cercano.

Si el acto de ejecutar a Eutimio lo había perturbado, no hubo señales de ello al día siguiente. En su diario comentó la llegada de una bonita activista del 26 de Julio: «[es una] gran admiradora del movimiento que me parece tiene más ganas de coger que otra cosa».

III

La conferencia de dirigentes del 26 de Julio terminó en la mañana del 18 de febrero. Fidel dedicó la mañana a redactar un «manifiesto para que sus camaradas urbanos lo difundieran por toda la isla». El «Llamamiento al pueblo cubano» estaba redactado en un lenguaje combativo caro al corazón del Che, quien lo elogió en su diario: «Sí, es revolucionario».

El manifiesto comenzaba con un breve resumen de la guerra, redactado con una exageración retórica acorde con la ocasión. Lejos de ser una fuerza exterminada, decía el documento, los rebeldes habían «resistido valientemente» las armas modernas y las fuerzas superiores del enemigo a lo largo de ochenta días de lucha y sus fuerzas habían sido «constantemente reforzadas por los campesinos de la Sierra Maestra». Habían sobrevivido a los intentos del régimen de transformar a la región en un infierno de bombas acompañadas por el tableteo incesante de las ametralladoras y las ráfagas de los fusiles. Para desmoralizar a las tropas regulares, evocó la imagen de los soldados muertos, abandonados en el campo por oficiales indiferentes para que los «devoraran los buitres».

Concluía con una «guía para el país» de seis puntos en la que llamaba al sabotaje creciente de la zafra azucarera, los servicios públicos, el transporte y las comunicaciones; «las ejecuciones sumarias e inmediatas de los sicarios que torturan y matan a los revolucionarios; de los políticos del régimen cuya obstinación e inflexibilidad han llevado el país a esta situación y todos los que cierran el camino al éxito del Movimiento». También llamó a organizar la «resistencia cívica» en toda Cuba; mayores esfuerzos para recaudar fondos a fin de «cubrir los gastos crecientes del Movimiento» y una «huelga general revolucionaria» para llevar hasta el final la lucha contra Batista.

En defensa de su pronunciamiento acerca de quemar los cañaverales, escribió: «A los que invocan los medios de vida del trabajador para combatir esta medida, preguntamos: ¿Por qué no defienden a los trabajadores cuando… les chupan los sueldos, cuando los estafan con sus jubilaciones, cuando les pagan con bonos y los matan de hambre durante ocho meses?[30] ¿Por qué derramamos nuestra sangre si no es por los pobres de Cuba? ¿Qué importa un poco de hambre hoy si podemos ganar el pan y la libertad de mañana?»

El «Manifiesto» de Fidel era escasamente veraz. Así como había engañado a

Herbert Matthews sobre el verdadero número de sus efectivos, ahora declaraba que las filas de su ejército «crecían constantemente» gracias al «apoyo campesino». A esas alturas ese apoyo era en gran medida ficticio y en modo alguno espontáneo, ya que lo había «comprado» tras obtener la lealtad de Crescencio. La banda rebelde había estado a punto de ser aniquilada debido a la traición de un campesino, Eutimio Guerra, en tanto que muchos lugareños seguían el consejo del ejército y abandonaban la sierra después del asalto en La Plata. Con algunas excepciones notables, muchos de sus campesinos de confianza actuaban movidos por sus intereses egoístas, fuese como contrabandistas a sueldo o proveedores de comida y otras provisiones. Ciertamente, el hábito de Fidel de presentarse como oficial de la Guardia ante campesinos desconocidos demuestra que era consciente del carácter precario de sus lealtades.

Al volver a las montañas desde las tierras de Díaz, Fidel hizo traer a su presencia a un campesino detenido y le dijo que eran guardias rurales en busca de información sobre «los revolucionarios». El hombre, asustado, negó tener conocimiento de ellos, pero ante la insistencia de Fidel prometió informar al cuartel más cercano si veía a gente extraña. El Che describió la escena en su diario: «Entonces Fidel le dijo que nosotros éramos revolucionarios y que defendíamos la causa del pobre, pero como él se mostraba dispuesto a ayudar a la guardia se le iba a ahorcar. La reacción del hombre, Pedro Ponce, fue extraordinaria, se levantó sudando y temblando. "No, cómo va a ser, vengan a mi casa a comer arroz con pollo." Después de una filípica de Fidel quejándose de la poca ayuda de los campesinos le pedimos la comida ofrecida…»

Este episodio fue omitido de los relatos de la guerra publicados, sin duda porque demostraba que a veces Fidel se dejaba llevar en exceso por su tendencia al engaño. Aunque en esa ocasión obtuvo lo que buscaba, tuvo que recurrir a una amenaza de muerte, de modo que no podía saber qué pensaba realmente el aterrado Pedro Ponce.

Con todo, Fidel probablemente demostraba prudencia al tomar esas precauciones. Algunos guajiros simpatizaban con la causa sin necesidad de estímulos, pero para muchos más los rebeldes eran una presencia indeseada que había traído la muerte y la destrucción a la Sierra Maestra, y no podían ofrecer demasiados incentivos o seguridad a quienes les brindaban su adhesión. La relación de fuerzas favorecía al ejército, que controlaba los pueblos y caminos y podía ganar a individuos como Eutimio Guerra por medio de una combinación de incentivos materiales y terror. Para ganar a los campesinos, Fidel debía convertirse en la fuerza militar superior en la sierra. Hasta entonces había tenido que utilizar todos los medios para conseguir apoyo, y además de las dádivas posibilitadas por su red de campesinos voluntarios, sus medios también incluían el engaño, el

soborno y el terror selectivo para neutralizar a traidores potenciales y espías.

A fines de febrero, al volver a las montañas, los rebeldes pudieron convencerse de la eficacia de las violentas represalias del ejército entre la población civil. Quienes ayudaban a los rebeldes sufrían las consecuencias, y todos los guajiros lo sabían. Se enteraron de que las tropas del mayor Casillas habían asesinado a su principal proveedor de alimentos, y pocos días después, cuando llegaron a la casa de sus padres, los ancianos se encerraron y desde el interior les gritaron que se fueran.

La población civil estaba atrapada en una trampa perversa, entre el salvajismo desenfrenado del ejército por un lado y las represalias de los guerrilleros contra los delatores por el otro. Con todo, no había otra manera de librar una guerra, y al ejecutar a Eutimio Guerra el Che se había colocado en la vanguardia de la «justicia revolucionaria veloz». Con ello, cimentaba su fama de hombre feroz e implacable.

La cimentó aún más con un incidente que se produjo el 18 de febrero. Cuando los miembros del Directorio estaban por partir de la casa de Díaz, se oyó un disparo de pistola y todos corrieron a sus armas. Pero era una falsa alarma: «Enseguida se oyó un grito de no es nada, no es nada, y apareció el gallego Morán herido con una bala [calibre] 45 en una pierna… Le hice una cura de urgencia, poniéndole penicilina y dejándole la pierna entablillada y estirada. Raúl y Fidel lo acusaron de haberlo hecho adrede. Yo no estoy seguro de una cosa u otra». Nuevamente carecían de pruebas sobre las motivaciones verdaderas de Morán, pero el «accidente» despertaba sospechas por ser tan «oportuno»: había sucedido al día siguiente de la ejecución de Eutimio y cuando los últimos visitantes se aprestaban a partir, lo que permitía evacuarlo del campo.

Seguramente Morán vivía aterrado por la presencia del Che Guevara. Sabía que la «deserción, la insubordinación y el derrotismo» se castigaban con la muerte, y se sospechaba abiertamente que quería desertar. El Che era su némesis personal: lo observaba constantemente, días atrás había pedido la pena de muerte para él y además, con la muerte de Eutimio, había demostrado que era perfectamente capaz de ejecutar esa sentencia. Morán pensaba, y con razón, que sus días estaban contados.

Más adelante, después de la deserción de Morán al bando de Batista, el Che escribiría su epitafio: «La historia posterior de Morán, con su traición y su muerte a manos de los revolucionarios en Guantánamo, indica que muy probablemente se dio el tiro».

Hay un hilo conductor en esta breve conclusión de su relato sobre Morán y en muchos de sus retratos de los hombres que combatieron en la guerra. Consciente de su papel como arquitecto de la nueva historia oficial de Cuba, el Che imbuía a cada individuo de un significado totémico, encarnación de valores que la «nueva» Cuba debía exaltar o repudiar. Eutimio Guerra era un campesino que había corrompido su alma; su nombre era sinónimo de traición y de errores que no se debían repetir. En cambio, el guajiro Julio Zenón Acosta aparece en su prosa como un mártir revolucionario, un arquetipo ejemplar a quien obreros y campesinos debían imitar. El Gallego Morán, desertor y luego traidor, había pagado el precio máximo que el Che deseaba de todo corazón a los enemigos de la Revolución. Desde luego, sus enemigos oficiales eran el ejército y la policía secreta, pero el enemigo *interior* representaba un peligro igualmente grande.

En los corazones y las almas de sus camaradas estaban encerradas las claves de sus verdaderas lealtades y con ellas el destino de «La Revolución». Pocos hombres eran inmunes al ojo desconfiado del Che. A los que se desviaban del «camino recto» los perseguía con fervor calvinista. Había abrazado en cuerpo y alma a la revolución como encarnación culminante de las lecciones de la historia y el camino justo al futuro. Convencido de su verdad, su ojo implacable de inquisidor buscaba a quienes pudieran hacer peligrar su supervivencia.

IV

Cuando marchaban hacia los cerros, pero con la decisión de permanecer en la zona hasta el 5 de marzo, fecha prevista para la llegada de los voluntarios de Frank País, el Che sufrió un violento ataque de asma que le provocó lo que años después llamaría «para mí personalmente los días más amargos de la guerra».

Finalmente el ataque disminuyó, pero durante el resto de la guerra el Che padecería crisis extenuantes de su mal crónico. Camaradas más robustos que él se maravillaban de la fuerza de voluntad que le permitía realizar las marchas interminables. Pero a veces el asma lo discapacitaba hasta el punto de que debían ayudarlo, incluso cargarlo físicamente. Era irónico que un asmático grave como el Che fuera a parar a Cuba, húmeda y subtropical, posiblemente el país con mayor proporción de asmáticos de todo el hemisferio occidental.

Es difícil sustraerse a la idea de que el deseo profundo del Che de despojarse de su «yo» para formar parte de un grupo era producto del aislamiento inherente impuesto por el asma. Felizmente para él, había hallado la confraternidad que anhelaba, y aunque no se curó de su mal —y jamás lo haría—, nunca más tuvo que padecerlo a solas. Hubo momentos en la Sierra Maestra en que se halló totalmente indefenso, en que su supervivencia dependió del apoyo de sus camaradas. Sin embargo, en la vida comunitaria de la guerra de guerrillas, nadie sufría a solas; la necesidad de la supervivencia daba lugar a una interdependencia mutua: si un día había que socorrer al Che, al siguiente le tocaría a otro. Es muy posible que su intensa veneración personal por la moral de la vida en la guerrilla se debiera más que nada a este sentimiento de comunidad.

El 25 de febrero —un «día de agua y bombas», lo llamó en su diario— los despertaron estruendos de morteros, ametralladoras y fusiles que se acercaban gradualmente. Ante la sospecha de que el ejército rastrillaba la zona, levantaron el campamento después del anochecer, pero se hallaban en mal estado: se agotaban las provisiones, vivían de leche condensada y chocolate. Para colmo, desde varios días antes el Che sentía los signos de un «peligroso ataque de asma», y cuando éste llegó, fue tan violento que le impidió dormir. Después un campesino simpatizante les preparó un plato de lechón que sentó mal a muchos y le provocó al Che un acceso de vómitos que lo debilitó aún más. Tras una marcha bajo la lluvia, su resuello se volvió constante. Los campesinos de la zona los rechazaban, se habían agotado las provisiones y su último guía había desaparecido repentinamente. Fidel

temía un nuevo chivatazo como el de Eutimio y dio la orden de retirarse hacia los cerros, pero el Che estaba tan débil que no podía caminar. Mientras los demás esperaban, se inyectó sus dos últimas ampollas de adrenalina, que le dieron apenas la fuerza suficiente para ponerse de pie.

Al subir hacia una cresta los rebeldes divisaron una columna enemiga que se dirigía al mismo lugar, y tuvieron que correr cuesta arriba para adelantarse. El primer morterazo les indicó que los soldados habían descubierto su presencia. Como reconocería luego, el Che estuvo a punto de perder la partida: «Yo no podía mantener el ritmo de marcha y constantemente me quedaba atrás». Afortunadamente, lo acompañaba su fiel camarada Luis Crespo, que lo ayudaba cargándolo a él o su mochila, lo amenazaba con darle culatazos y lo llamaba «argentino hijo de puta».

Escaparon de los soldados, pero nuevamente cayó una lluvia torrencial y hubo que cargar al Che durante la última parte de la marcha ya que casi no podía respirar. Se refugiaron en un lugar con el nombre muy pertinente de Purgatorio, y allí Fidel tomó una decisión. Ya que evidentemente el Che no podía seguir adelante sin medicamentos para el asma, pagó a un campesino para que fuera a Manzanillo a comprarlos, lo dejó allí al cuidado de un guajiro y partió con los demás. El plan era que apenas se restableciera un poco, el Che iría a la casa de Díaz a esperar a los nuevos voluntarios rebeldes para conducirlos a la reunión con Fidel en la sierra.

El hombre designado para acompañarlo era un voluntario reciente apodado «el Maestro», quien decía ser veterano del Moncada. Aunque sabían que mentía, lo aceptaron en sus filas. Según el Che, era «un hombre de dudosa reputación pero gran fortaleza». Tras la partida de Fidel, se refugiaron en la manigua para aguardar el regreso del campesino con los medicamentos. Una noche de insomnio, el Che puso su diario al día: «Fue uno de esos días que se graban en la memoria como ejemplo de incomodidad, de cosa viscosa. Sentado a 100 metros de la casa… pasé 12 horas, con mi asma cediendo y aumentando pero sin desaparecer. Luego caminar 10 pasos y pasar toda la noche en una incómoda ladera con el asma prendida al cuello, sin poder dormir hasta la madrugada y sabiendo irremisiblemente que hay que esperar hasta el día siguiente a las 3, si cumplía el hombre su encargo. Por la noche 3 temblores de tierra pusieron una nota distinta en la calcomanía de las horas nocturnas llenas de ahogos. Durante el día el tabletear de los morteros y ametralladoras en el mismo monte donde habíamos pasado el día anterior, indicaba que la tropa alguna noticia tendría de nuestra aparición en el lugar y que tal vez mañana peinara el monte donde ahora estamos. El Maestro, mi compañero, se lo pasa bastante nervioso queriendo meterse continuamente más adentro de la manigua».

Al cabo de dos días de «esperanza y temor» llegó el mensajero del Che con el medicamento para el asma. «Un solo frasco, es cierto —escribió—, pero lo trajo, además de la leche, el chocolate y un poco de galleta». Pero la medicación sólo alivió parcialmente sus síntomas. El 3 de marzo hizo un esfuerzo tremendo para ponerse en marcha, empeñado en llegar a la casa de Díaz el día señalado. Pero para su extrema frustración, tardó cinco horas en escalar una ladera que normalmente hubiera trepado en una, y esa noche escribió que había pasado un «día marcado por una victoria espiritual y una derrota corpórea».

A pesar de sus esfuerzos, tardó una semana en llegar a la granja de Díaz, donde llegó con cinco días de retraso. El Maestro era de escasa ayuda, y en determinado momento, al sospechar que pensaba desertar, lo invitó a hacerlo si lo deseaba. El Maestro se negó: «No está clara su actitud pero le tiré los cojones», comentó el Che. Los campesinos le daban poca ayuda, y uno de ellos, que en general se mostraba solidario, se puso tan nervioso al verlo que el Che comentó con desdén: «Su miedo parece que es de romper caquímetros».

El 10 de marzo, un poco repuesto del ataque de asma, alcanzó su destino, pero los voluntarios aún no habían llegado. Epifanio Díaz tenía malas noticias para él. Días antes, tras un nuevo chivatazo, las tropas enemigas habían sorprendido a la columna de Fidel en un lugar llamado Los Altos de Merino. Los rebeldes se habían dividido en dos grupos y no había noticias sobre la suerte de Fidel.

V

Entonces se produjo una de las muchas ironías que caracterizarían a la Revolución Cubana: los días más desesperantes del grupo rebelde en la Sierra Maestra coincidieron con uno de los golpes más duros que sufrió el régimen de Batista.

A finales de febrero, la noticia de la entrevista provocadora de Fidel con Herbert Matthews cayó sobre Cuba como una bomba y causó un tremendo alboroto tanto en los medios políticos como en la prensa. El Che comentó, eufórico: «Lo que ha batido récord de expectación es la entrevista de Matthews con Fidel». El ministro de Defensa de Batista se apresuró a acusar a Matthews de inventar la entrevista y lo invitó a publicar una fotografía en la que apareciera con Fidel, pero la bravata del general fue una más en la rápida sucesión de torpezas que acosarían al presidente. Éstas comenzaron cuando levantó la censura de prensa el 25 de febrero, al día siguiente de la aparición de la primera parte de las tres que constaba el artículo de Matthews en el *New York Times*.

Traducida y reproducida por los diarios, comentada y discutida en las radioemisoras de toda la isla, la entrevista demostraba que Fidel, a pesar de lo que aseguraba el gobierno, estaba vivito y coleando. Su aparición en el diario más influyente de Estados Unidos era un triunfo publicitario mayúsculo para el dirigente rebelde. Y, para colmo, los artículos hablaban bien de él: Fidel había sabido ganarse la simpatía del corresponsal de cincuenta y siete años para él y su causa.

«Fidel Castro, dirigente rebelde de la juventud cubana —escribió Matthews —, está vivo y combatiendo con vigor y con éxito en su plaza fuerte accidentada, casi impenetrable, de la Sierra Maestra, en el extremo austral de la isla… Miles de hombres y mujeres siguen en cuerpo y alma a Fidel Castro y la nueva política que ellos creen que representa… Cientos de ciudadanos respetados ayudan al señor Castro… [y] la feroz [política] antiterrorista del gobierno ha inflamado al pueblo más que nunca contra el general Batista… Por lo visto, el general Batista no puede tener la menor ilusión de aplastar la rebelión castrista».

En su retrato de Fidel, Matthews evoca una figura admirable y viril, y demuestra que se dejó engañar sobre la verdadera magnitud de sus fuerzas: «Es un hombre notable: robusto, de casi dos metros de estatura, tez aceitunada, cara

redonda y barba rala. Vestía uniforme de combate verde oliva y llevaba un fusil con mira telescópica del que estaba muy orgulloso. Aparentemente sus hombres tienen más de medio centenar de estas armas, según él muy temidas por los soldados. "Con estos fusiles los alcanzamos a mil metros", dijo… Su personalidad es avasalladora. Es evidente que sus hombres lo adoran y se comprende fácilmente cómo ha despertado las simpatías de la juventud cubana en toda la isla. Es un fanático culto y abnegado, un hombre que posee ideales, coraje y notables cualidades de dirigente».

Definió la tendencia política del Ejército Rebelde en términos afines al liberalismo rooseveltiano: «Es un movimiento revolucionario que se define socialista. También es nacionalista, lo cual en América Latina generalmente significa antiyanqui. El programa es vago y expresado con generalidades, pero en síntesis representa un *new deal*[31] para Cuba de carácter drástico, democrático y por lo tanto anticomunista. El verdadero origen de su fuerza radica en la lucha contra la dictadura militar del presidente Batista… [Castro] tiene ideas firmes sobre la libertad, la democracia, la justicia social, así como la necesidad de restaurar la Constitución y llamar a elecciones».

La batalla periodística continuó con todo vigor durante varios días; los rebeldes la seguían con regocijo por la radio. Alcanzó el clímax el 28 de febrero, cuando el *New York Times* publicó una foto de Matthews con Fidel, drástico mentís a la afirmación temeraria del gobierno de que todo era un invento del periodista. Cuando el comandante militar de Oriente se jactó de que era «físicamente imposible acceder al lugar donde se produjo la entrevista imaginaria», sólo dio mayor credibilidad a la pretensión de Fidel de ser invencible e inalcanzable.

Tras el gran triunfo en los medios llegó la mala noticia de que Frank País y Armando Hart estaban en la cárcel. El 13 de marzo, mientras esperaba a los voluntarios rebeldes en la casa de Díaz, el Che escuchó los primeros boletines radiofónicos sobre un atentado contra Batista en La Habana. Grupos armados del Directorio Revolucionario encabezado por José Antonio Echevarría, juntamente con miembros del Partido Auténtico de Carlos Prío, habían asaltado temerariamente el palacio presidencial a plena luz del día y tomado la emisora Radio Reloj de La Habana, que transmitía las veinticuatro horas del día. Pero los dos asaltos fracasaron y en los tiroteos cayeron más de cuarenta personas. Entre los muertos estaban Echevarría y sus seguidores, cinco guardias del palacio y un turista norteamericano que se encontraba allí por casualidad. Batista, que irónicamente en el momento del atentado estaba leyendo un libro sobre el asesinato de Lincoln, resultó ileso.

En sus apuntes el Che llamaba al Directorio «el grupo terrorista», lo que da

una idea de su opinión acerca del combativo grupo estudiantil. Aunque habían firmado un documento en México, Fidel y Echevarría eran rivales enconados. Cabía poca duda de que el objeto del asalto frustrado había sido presentar un hecho consumado en La Habana a fin de desplazar a Fidel y su Movimiento en la lucha por el poder. La muerte del dirigente fue un golpe duro para el Directorio, que no obstante, como se demostraría luego, no había desaparecido de la escena y pondría en duda la hegemonía de Fidel hasta el fin. Por el momento, las células del 26 de Julio en La Habana acudieron en su ayuda para atender a los heridos, ocultar a los prófugos en sus propias casas clandestinas y, de paso, apoderarse de un depósito de armas intacto.

A corto plazo el atentado benefició a Batista, ya que la conservadora comunidad empresaria le dio su apoyo y condenó «el acto terrorista». Asimismo, apareció ante el público como un hombre fuerte que dominaba la situación, un caudillo que representaba la última defensa entre la sociedad cubana tradicional y la anarquía. En días siguientes la policía realizó detenciones y mató a varios prófugos del atentado. Asesinó a Pelayo Cuervo Navarro, destacado exsenador y dirigente en funciones del Partido Ortodoxo, por sospechar que era cómplice del atentado.

A pesar de algunos incidentes menores, el 17 de marzo cincuenta reclutas de Santiago llegaron a la casa de Díaz con un puñado de armas nuevas. Después de ocultarlos en el monte, el gran problema del Che era obtener alimentos suficientes para tanta gente y luego conducirlos hasta el lugar de la cita concertada con Fidel, no lejos de Los Altos de Espinosa. Al iniciar la marcha, el Che observó que las flamantes tropas santiaguinas mostraban los mismos defectos que los hombres del *Granma* en los primeros días: escaso sentido de la disciplina militar y resistencia física más escasa aún. Se quejaban de la comida y sólo con gran dificultad llegaron a la cima de la primera loma. Luego el Che les dio todo un día de descanso para reponerse «de la para ellos más grande hazaña de la revolución», según lo expresó irónicamente en su diario.

Con la ayuda de algunos guajiros, se pusieron en camino hacia la sierra y al cabo de ocho días de marcha lenta y penosa se reunieron con Fidel y los demás: todos habían sobrevivido a la emboscada. Por el momento estaban a salvo; el Che había cumplido su misión y el Ejército Rebelde no tenía dieciocho hombres sino setenta.

16. VACAS FLACAS Y CARNE DE CABALLO

I

Después de una semana de marcha hacia la Sierra Maestra con su ejército de novatos doloridos y quejumbrosos, el Che se reunió con Fidel en la remota aldea serrana de La Derecha. De nuevo recibió un rapapolvo de Fidel, esta vez por no haber impuesto su «autoridad» a Jorge Sotús, dirigente de los voluntarios nuevos. La soberbia del advenedizo había irritado al Che y provocado las protestas de sus hombres durante la marcha, pero éste se había limitado a darles un sermón sobre la «disciplina»; evidentemente, prefería que Fidel se ocupara de Sotús.

Pero Fidel consideró que el Che no había sabido «tomar el mando» y expresó su disgusto con una nueva reorganización del estado mayor tras la llegada. Otorgó algunos ascensos y dividió a la tropa en tres pelotones ampliados bajo el mando de Raúl, Juan Almeida y Jorge Sotús, a la vez que confirmó al Che en su cargo modesto de «médico del estado mayor». El Che comentó en su diario que «Raúl trató de que yo también fuera comisario político pero Fidel se opuso».

Este notable detalle, jamás incluido en los relatos publicados del Che sobre la guerra, es revelador no sólo del respeto que Raúl sentía por él sino también de la astucia política de Fidel. Batista acusaba a Fidel de comunista, calificación que éste rechazaba con vehemencia. Designar comisario político a un marxista confeso como el Che le habría hecho el juego al dictador y además habría ofendido a buena parte de la base del 26 de Julio, mayoritariamente anticomunista.

A continuación, Fidel celebró un cónclave con sus ocho jefes, el Che entre ellos, para elaborar sus planes de guerra inmediatos. Éste propuso un ataque al ejército para que los hombres recibieran su bautismo de fuego, pero Fidel y los demás se opusieron, ya que preferían una adaptación gradual. Entonces se resolvió «caminar por el monte hasta el [Pico] Turquino, tratando de no dar batalla», escribió el Che en su diario.

Entonces, el 25 de marzo, llegó un correo con un mensaje que Frank País había logrado enviar desde su celda en la cárcel de Santiago, con informes alarmantes sobre Crescencio Pérez. Según sus fuentes, escribía País, Crescencio había hecho un trato con el mayor Joaquín Casillas: le revelaría la posición del campamento cuando todos los rebeldes se encontraran allí para que el ejército pudiera aniquilarlos. Al relatar el hecho en su diario, el Che pareció dar crédito a la denuncia de País. Tenía sus motivos para dudar de la lealtad de Crescencio, ya que

el caudillo guajiro había estado ausente durante cierto tiempo con la misión de reclutar combatientes campesinos y en los últimos tiempos había informado que tenía consigo a «140 hombres armados». Sin embargo, durante la marcha desde la granja de Díaz, el Che se había desviado para hablar con él y había hallado sólo cuatro hombres —todos convalecientes de sus heridas— y ningún recluta. Asimismo, Crescencio estaba confundido y consternado por el decreto de Fidel de incendiar los cañaverales. Este desacuerdo ponía de manifiesto las divergencias sobre la estrategia revolucionaria entre el liderazgo rebelde y su aliado campesino más importante en un momento crucial. La dirección no sabía a ciencia cierta si esas divergencias lo habían conducido a la traición, pero no podía correr riesgos. Fidel reunió a su grupo de confianza y les dijo que se movilizarían esa misma noche.

Pero la primera marcha del reconstituido Ejército Rebelde pareció una escena de *Keystone Kops*. Al ascender la primera cuesta escarpada, uno de los elementos más exóticos entre los voluntarios nuevos (uno de tres adolescentes norteamericanos fugados de la base naval de la bahía de Guantánamo) sufrió un desmayo. Durante el descenso, dos integrantes del grupo de vanguardia se desviaron del camino y todo el segundo pelotón los siguió. A continuación se extraviaron el pelotón de Sotús y el grupo de retaguardia. «Fidel se pescó un berrinche terrible, pero al fin llegamos a una casa ya fijada», escribió el Che.

Pasaron un día de descanso, comiendo yuca y plátanos que robaron de un campo, y luego iniciaron «una penosa marcha ascendente» (en palabras del Che) hasta Los Altos de Espinosa, la loma donde habían sufrido la emboscada. En la tumba de Julio Zenón Acosta realizaron una breve guardia de honor. Colgada de un espino cercano, el Che halló una manta que había perdido, recuerdo de su «veloz retirada estratégica», y juró que jamás volvería a perder una pieza de su equipo «de esa manera». Agregaron al grupo del estado mayor a otro recluta —«un mulato llamado Paulino»—, encargado de llevar el pesado botiquín del Che, porque el esfuerzo de cargarlo le provocaba asma.

Así sería la vida de los rebeldes durante las semanas siguientes. La intención de Fidel era aprovechar la tregua momentánea para acumular reservas de alimentos, armas y municiones y extender la red de apoyo campesino, pero antes debían conseguir comida para vivir de un día a otro. En sus marchas por la sierra, negociaba con los campesinos para que le reservaran una parte de sus futuras cosechas a fin de abastecer al ejército, pero ahora que superaban los ochenta efectivos, los rebeldes no podían llegar en masa a la casa de un campesino y esperar que les dieran de comer. La carne se volvió un lujo; la dieta consistía sobre todo en plátanos, yuca y *malanga*, el tubérculo púrpura, rico en almidón, que formaba parte de la dieta campesina. Para Fidel, que disfrutaba de la buena mesa,

la época de «vacas flacas» fue un período particularmente desagradable que lo ponía de mal humor. El 8 de abril, el Che apuntó que estaba irritado por tener que partir del campamento en una misión a la hora de la cena. Fidel «volvió tarde, encojonado porque habíamos comido arroz y no le había salido todo como él esperaba».

La falta de comida los impulsó a realizar más acciones desesperadas, algunas rayanas en el bandidaje liso y llano. Una noche salieron varios hombres para asaltar una tienda de comestibles y otra partida fue a darle «un susto» a un presunto chivato llamado Popa y confiscar una de sus vacas. Cuando volvieron, el Che comentó que «habían dado un buen golpe y tomado un caballo a Popa, pero sacando la impresión de que éste no era chivato. El caballo no se le pagó pero se le dio promesa de pagarlo si él se portaba bien». El caballo fue a parar a la olla, pero al principio los guajiros se negaron a comerlo, furiosos porque se había sacrificado a un animal de labranza con ese fin. Luego salaron los restos para hacer tasajo. Los prolongados preparativos que esto requería demoraron los planes de Fidel de trasladar el campamento. El Che observó irónicamente que «la consideración sobre el tasajo [hizo] cambiar de parecer a Fidel».

Mientras tanto, lejos de la Sierra Maestra, crecía la inestabilidad política. Ante la creciente violencia política, los partidos exigían la convocatoria de elecciones. Algunos políticos reclamaban «negociaciones con los grupos insurreccionales» y sugerían que se prestara mayor atención a los rebeldes, pero Batista declaró que las conversaciones eran innecesarias, «ni siquiera existían los rebeldes». Pero poco después resultó evidente que era sólo una baladronada porque el mayor Barrera Pérez, el «pacificador» de la sublevación de noviembre en Santiago, fue ascendido a coronel y puesto al mando de mil quinientos hombres para limpiar la Sierra Maestra.

Mientras las ciudades eran escenario de maniobras políticas, los rebeldes recorrían la sierra. Fidel recibió un mensaje algo confuso de Crescencio Pérez. El dirigente guajiro reconocía que no tenía tantos hombres como había dicho ni estaban armados, pero había reunido algunos voluntarios, y pedía a Fidel que fuera a «recogerlos». Él mismo no podía hacerlo, dijo, debido a que estaba «mal de una pierna». El Che comentó enigmáticamente: «Fidel le contestó que aceptaba todas las ofertas que fueran serias y que debía venir más adelante con [los] hombres armados». Evidentemente, Fidel se mostraba cauto y deseoso de evitar cualquier situación que pudiera transformarse en una trampa, ya que el guajiro bien podía tener un pie en cada bando.

La necesidad obligó a los rebeldes a desplegar mayores esfuerzos para relacionarse con los habitantes de la sierra. El Che empezó a realizar consultorías

médicas al aire libre. «Era monótona», recordaría mucho después. «Pues no tenía muchos medicamentos que ofrecer y no presentaban una gran diferencia los casos clínicos de la Sierra: mujeres prematuramente avejentadas, sin dientes, niños de vientres enormes, parasitismo, raquitismo, avitaminosis en general». El Che atribuyó sus síntomas al exceso de trabajo y la desnutrición: «Allí, en aquellos trabajos, empezaba a hacerse carne en nosotros la conciencia de la necesidad de un cambio definitivo en la vida del pueblo. La idea de la reforma agraria se hizo nítida y la comunión con el pueblo dejó de ser teoría para convertirse en parte definitiva de nuestro ser». Acaso sin ser consciente de ello, el Che se había convertido en el «médico revolucionario» que soñaba ser. Desde luego, sus ideas sobre políticas revolucionarias como la reforma agraria ya estaban presentes, pero la experiencia de vivir entre los campesinos ayudó a que estos conceptos cristalizaran en su mente.

II

Mientras los rebeldes se adaptaban a la vida en la sierra, los dirigentes del Movimiento en el llano se esforzaban por establecer líneas de comunicación por medio de la Resistencia Cívica, la red clandestina de apoyo. Frank País había convencido a Raúl Chibás, presidente del Partido Ortodoxo y hermano del difunto senador Eddy Chibás, para que dirigiera la regional de La Habana. Felipe Pazos, economista y expresidente del Banco Nacional de Cuba, se unió a ellos siguiendo el ejemplo de su hijo Javier, quien había ayudado a concertar la entrevista con Herbert Matthews. En Santiago, la red era encabezada por el doctor Ángel Santos Busch, un médico prominente.

Pero las operaciones de coordinación habían sufrido un duro revés con la detención reciente de algunos miembros clave del Directorio Nacional. Faustino Pérez y el periodista Carlos Franqui, propagandista clandestino del Movimiento 26 de Julio, estaban detenidos bajo sospecha de haber participado en el asalto al palacio. Se encontraban con Armando Hart en la cárcel habanera de El Príncipe, mientras Frank País seguía detenido en Santiago. Sin embargo, continuaban sus actividades conspirativas desde la cárcel y se mantenían en contacto entre ellos y con Fidel por medio del correo clandestino. Celia Sánchez, casi la única dirigente del Movimiento que seguía en libertad, se convirtió en el principal contacto de Fidel con el mundo exterior. Entre halagos y amenazas, le pedía constantemente que le enviara fondos y provisiones para abastecer a su ejército cada vez mayor.

El 15 de abril, los rebeldes ya estaban de vuelta en Arroyo del Infierno, el lugar donde el Che había matado por primera vez a un hombre. Pelotones rebeldes salieron en busca de provisiones e información de los habitantes, y así se enteraron de la presencia de un chivato llamado Filiberto Mora. Mientras Guillermo García, uno de los nuevos jefes de pelotón, salía en busca del sospechoso, Fidel estaba nervioso: la novedad sobre el chivato había coincidido con el paso de un avión del gobierno y estaba ansioso por partir. Cuando estaban a punto de abandonar el campamento apareció Guillermo García con el presunto soplón. Siguiendo el ejemplo de Fidel, García se había hecho pasar por un oficial del ejército, y la consternación del chivato se hizo evidente apenas llegaron al campamento rebelde. «El hombre, Filiberto, vino engañado, pero apenas vio a Fidel se dio cuenta de lo que pasaba y empezó a disculparse», anotó el Che en su diario. El aterrado soplón confesó todos sus crímenes, incluso que había guiado a las tropas en la emboscada de Arroyo del Infierno. Más grave aún, resultó que uno de sus secuaces había ido a

delatar la posición actual de los rebeldes al ejército. El apunte del Che concluye: «Se ajustició al chivato; a los diez minutos de darle el tiro en la cabeza lo declaré muerto».

En el campamento los alcanzó un mensajero con una carta de Celia y quinientos dólares. La carta decía que próximamente enviaría más dinero y, en respuesta a la petición de nuevas entrevistas, prometía guiar a varios periodistas hasta la sierra. También llegó una carta de Armando Hart desde la cárcel. Como siempre, el Che se mostró disgustado y suspicaz con los mensajes de Hart: «Se muestra positivamente anticomunista y hasta parece que insinúa cierta clase de arreglo con la embajada yanqui».[32]

Para fines de abril se les habían unido más campesinos y el sistema de aprovisionamiento era más eficiente. Hombres y mulas llegaban a diario con provisiones. Llegó la noticia de que los periodistas gringos Robert Taber y Wendell Hoffman, de la cadena CBS, irían a entrevistar a Fidel, acompañados por Celia Sánchez y Haydée Santamaría. Ciertamente Celia no había tardado en conseguir periodistas dispuestos a ir a la sierra porque los artículos de Herbert Matthews en el *New York Times* sobre Fidel y la rebelión en Cuba habían despertado el interés de la prensa norteamericana. Taber prepararía un programa para la radio de la CBS y, junto con su cámara, tenía el proyecto de filmar un documental para la televisión. En espera de su llegada, Fidel y el estado mayor se desplazaron a la cima de una colina, en lo alto del campamento principal de los rebeldes, tanto para su mayor protección como para «impresionar a los periodistas», según escribió el Che.

Efectivamente, los periodistas quedaron impresionados y de inmediato pusieron manos a la obra. El primer día entrevistaron a los tres prófugos norteamericanos, que se habían convertido en una *cause célèbre* en su país por haberse unido a los rebeldes. Para su entrevista, Fidel proyectaba un golpe propagandístico espectacular: escalaría el pico Turquino, el más alto de Cuba, y daría la conferencia de prensa en la cima. El 28 de abril, casi todos llegaron a la cima, a 1850 metros de altura según el altímetro que Fidel tenía a mano. En la cumbre mayor de Cuba, Fidel concedió la entrevista filmada a Taber y Hoffman, y sus hombres realizaron prácticas con las armas. Resollando a causa del asma, el Che fue el último en llegar, pero estaba sumamente orgulloso de haberlo logrado.

Durante el descenso del Turquino el Che notó con alivio que el ataque de asma empezaba a pasar, pero Fidel lo envió a la retaguardia con Victor Buchman, uno de los tres prófugos norteamericanos, que, por encontrarse débil y padecer dolor de estómago, no podía cargar su mochila. El Che lo ayudó con renuencia y anotó en su diario que el joven norteamericano parecía sufrir de «añoranza» más que de cualquier otra cosa.

El ascenso al Turquino coincidió con la llegada de un nuevo tipo de reclutas, jóvenes atraídos por el romanticismo de la causa rebelde difundida por la prensa. Uno de ellos dijo que hacía dos meses que los rastreaba. A dos adolescentes que venían de la provincia central de Camagüey, el Che los calificó desdeñosamente de «un par de aventureros», pero el Ejército Rebelde no podía darse el lujo de ser demasiado exigente y los aceptó. Como escribió el Che años después, uno de ellos se convertiría en uno de los «más simpáticos y queridos personajes de nuestra guerra revolucionaria, el Vaquerito», cuyas osadas hazañas le ganarían un lugar sagrado en el panteón de los héroes revolucionarios.

Además de sus funciones de médico, el Che empezó a ejercer una importante responsabilidad adicional. Aunque Fidel se había negado a designarlo comisario político, había asumido de oficio la tarea de interrogar a los nuevos reclutas e impartirles la orientación política básica. Interrogó a Vaquerito, y años después escribió: «El Vaquerito no tenía ninguna idea política ni parecía ser otra cosa que un muchacho alegre y sano, que veía todo esto como una maravillosa aventura. Venía descalzo y Celia Sánchez le prestó unos zapatos que le sobraban, de manufactura o de tipo mexicano, grabados. Éstos eran los únicos zapatos que le servían a El Vaquerito dada su pequeña estatura. Con los nuevos zapatos y un gran sombrero de guajiro, parecía un vaquero mexicano y de allí nació el nombre de El Vaquerito».

Otro de los flamantes voluntarios era un guajiro llamado Julio Guerrero, vecino del difunto Eutimio Guerra en el valle de El Mulato. A raíz de la sospecha de que estaba en contacto con los rebeldes, el ejército había incendiado su casa y por entonces lo perseguía. Guerrero reveló que el ejército le había ofrecido una recompensa por la muerte de Fidel, pero mucho más modesta que la de diez mil dólares que le había prometido a Eutimio: apenas trescientos dólares y una vaca preñada.

Así como no podía darse el lujo de rechazar a combatientes voluntarios cuya orientación política no estaba definida, el Ejército Rebelde tampoco podía ser demasiado selectivo al aceptar aliados civiles. Cuando llegó un mensajero del 26 de Julio con la noticia de que las armas rescatadas del frustrado asalto del Directorio estaban en Santiago, Fidel pidió algunas armas y envió de vuelta al mensajero con un guía que, según el Che, conocía la sierra «gracias a su oficio de distribuidor de marihuana».

El Che tuvo la desagradable sorpresa de encontrarse con otra cara conocida: el Gallego Morán, que aún cojeaba debido a su pierna herida, pero desbordaba de entusiasmo por presentar un «plan supersecreto». Fidel escuchó el «plan» y, para disgusto del Che, aceptó la propuesta: «[Fidel me dijo que] mandaría al Gallego a

México a traer otra expedición con la gente restante y las armas y después iría a Estados Unidos a recaudar fondos y hacer propaganda. Fue inútil todo lo que yo le dijera sobre lo peligroso de mandar un hombre como el Gallego, desertor confeso, de una moral muy baja, intrigante y charlatán y mentiroso al máximo. Él argumenta que es mejor mandar al Gallego a hacer algo y no dejarlo ir a Estados Unidos resentido». Los argumentos no convencieron al Che: «Lo que quiere el Gallego es ir a Estados Unidos y abandonar esto». (Poco después se demostró que sus sospechas estaban bien fundadas porque Morán se pasó a la inteligencia militar de Batista y colaboró activamente en la persecución de sospechosos de simpatizar con los rebeldes.)

Después de la marcha de Morán, llegó la noticia de que otro periodista norteamericano estaba en camino para entrevistar a Fidel. El cámara había partido, y habían sacado la película de contrabando por otra ruta, pero Taber se había quedado para escribir un artículo para la revista *Life*. Al enterarse, pidió a Fidel que demorara al otro periodista hasta que él terminara a fin de asegurarse la primicia. Fidel aceptó e hizo demorar al otro durante varios días.

Volvió el guía marihuanero con provisiones, dinero y el anuncio de que les entregarían las armas en un punto de encuentro que estaba a varios días de marcha al nordeste del pico Turquino. Cuando se preparaban para partir, el Che fue a llevar el mensaje de Fidel al campamento principal, pero era de noche y se perdió. Pasó tres días solo, ocultándose y vagando por el monte, hasta que halló a sus camaradas. Al llegar al campamento de retaguardia de los rebeldes, donde aún se encontraba «detenido» el último periodista, un norteamericano de origen húngaro llamado Andrew St. George, los camaradas lo recibieron con «un aplauso espontáneo». Evidentemente conmovido, comentó que «el recibimiento de todos fue afectuoso». Pero se inquietó al recibir la noticia de que los combatientes habían realizado un «juicio popular» por su propia cuenta. «Me contaron que habían liquidado un chivato llamado Nápoles y puesto en libertad a otros dos que no eran tan culpables. La gente anda por la libre». (En el relato publicado años después, el Che mencionó el incidente, pero no su observación crítica.)

Durante su ausencia, Bob Taber había partido llevando consigo a dos de los tres muchachos norteamericanos, que querían volver a su casa.[33] Ya reunidos, los rebeldes continuaron la marcha hacia el lugar donde debían recibir las armas, un aserradero llamado Pino de Agua. Al ver que nadie los esperaba, se retiraron al monte, donde se encontraron con Crescencio Pérez. El guajiro por fin cumplía su promesa, ya que tenía consigo a un grupo de veinticuatro voluntarios mal armados. Se habían topado con una patrulla del ejército, la habían atacado y, después, huido, pero los soldados capturaron a un joven rebelde, lo mataron a tiros y bayonetazos y luego abandonaron su cadáver en el camino. La mayoría de los

rebeldes, incluido el Che, exigieron en venganza que se ejecutara a un cabo del ejército que habían atrapado, pero Fidel ordenó que lo dejaran partir: aún tenía la esperanza de ganar algunos miembros de las fuerzas armadas. (Cualquier duda que aún quedara sobre la lealtad de Crescencio quedó olvidada o bien resuelta en secreto, porque el Che jamás volvió a mencionar el asunto en su diario, y el episodio en que Crescencio estuvo bajo sospecha no aparece en otras crónicas de la guerra.)

Mientras los rebeldes esperaban un nuevo aviso de dónde y cuándo tendría lugar la entrega de armas, la radio difundió la noticia de que la causa rebelde había obtenido una importante victoria simbólica. En Santiago había terminado el juicio de varios camaradas del 26 de Julio entre los cuales había varios supervivientes del *Granma*. Tal como se preveía, fueron condenados a la cárcel, a pesar del voto en contra del fiscal y el presidente del tribunal, Manuel Urrutia, quien sostuvo con valentía que, debido a la «situación anormal» del país, los acusados tenían el derecho constitucional de tomar las armas. Para colmo de buenas noticias, Frank País estaba en libertad, lo cual demostraba que las autoridades desconocían su posición en el movimiento rebelde. Tras estas noticias positivas llegaron dos militantes del 26 de Julio para acordar un nuevo punto de entrega de las armas, en mayor cantidad de lo esperado: «alcanza ahora a 50 hierros», anotó el Che con júbilo.

Pero estos hechos positivos no bastaron para alegrar a Fidel, que se encontraba de pésimo humor desde el fracaso de la entrega de armas. Ignoraba ostensiblemente al periodista Andrew St. George, quien preguntaba con impaciencia al Che si la entrevista se realizaría o no. Al cabo de dos semanas con los rebeldes, ansiaba poner fin a su misión. Quería grabar una entrevista para ser emitida por radio y había presentado un cuestionario que el Che había traducido al español. Ninguno de los rebeldes hablaba inglés, pero puesto que el Che y St. George hablaban francés, se había convertido en su escolta e intérprete. Sin embargo, la función de intermediario le resultaba cada vez más molesta: «Le inventé cualquier cosa para disculparlo, pero la verdad es que la forma de actuar [de Fidel] es realmente chocante; a la hora de la fotografía no se movió de la hamaca donde se pasó leyendo *Bohemia* con aire de majestad ofendida y finalmente echó a toda la gente del estado mayor. La entrevista radial ya está traducida y solamente falta grabarla; por la noche siguió el mal humor de Fidel que no quiso grabarla, dejándola para el día siguiente, y se negó a comer con nosotros alegando lo malo de la comida».

Al día siguiente, antes de que pudieran realizar la entrevista, llegó el aviso de que el enemigo se movilizaba y los rebeldes tuvieron que marchar inmediatamente bajo una lluvia torrencial. St. George estaba furioso: «El hombre se

puso de un humor de perros y se me quejó amargamente de la falsedad en que se incurría con él posponiendo la entrevista; yo no supe cómo disculparme». Acamparon junto a un arroyo, pero Fidel postergó nuevamente la entrevista «por el ruido del agua».

Esa noche se produjo una deserción en masa cuando uno de los reclutas más jóvenes, un chico de quince años, pidió su retiro por razones de salud. Un hombre pidió permiso para ir con él y a continuación otro chico de dieciséis años pidió su baja, seguido por otro hombre «por estar débil». El diario del Che dice que Fidel ordenó la «detención de los mayores», pero dejó partir a los jóvenes «por razones de edad». El Che comenta que siete rebeldes licenciados anteriormente habían sido apresados y contaron todo lo que sabían: «En este caso la situación es particularmente peligrosa porque ya se ha difundido entre la tropa la forma en que van a llegar las armas».

La situación mejoró para St. George cuando Fidel por fin se dignó concederle la demorada entrevista. Pero el 18 de mayo la radio informó que la película de Taber, *La historia de los combatientes de la selva cubana*, y la entrevista con Fidel se difundirían al día siguiente en Estados Unidos. Molesto por la noticia, St. George partió sin despedirse.

El 19 de mayo se les avisó que las armas habían llegado al lugar acordado. Veinticinco hombres fueron a recogerlas y volvieron al alba siguiente con lo que el Che llamó la «preciosa carga»: tres trípodes de ametralladora, tres ametralladoras Madsen, nueve carabinas M-1, diez fusiles de repetición Johnson y seis mil proyectiles. «Para nosotros aquello era el espectáculo más maravilloso del mundo —escribiría luego el Che—. Estaban como en exposición ante los ojos codiciosos de todos los combatientes los instrumentos de muerte».

Y de los suyos. Cuando Fidel distribuyó las armas, el Che sintió júbilo al enterarse de que una de las Madsen sería para el estado mayor y estaría a su cargo. «De tal manera me iniciaba como combatiente directo —escribiría más adelante—, pues lo era ocasional, pero tenía como fijo el cargo de médico; empezaba una nueva etapa para mí en la Sierra».

III

Provistos de armas nuevas, los rebeldes estaban preparados para atacar. Las tropas «nuevas» ya no eran tal cosa —tras dos meses de marchas y de merodear por la Sierra Maestra habían adquirido fuerza y resistencia—, pero no conocían el combate, y había llegado el momento del bautismo de fuego.

Se encontraban en Pino de Agua, una zona maderera de numerosos aserraderos surcada por caminos que el ejército patrullaba con frecuencia. El Che quería tender una emboscada a un par de camiones de transporte de tropas, pero Fidel dijo que tenía un plan mejor: asaltarían el cuartel militar de El Uvero, que estaba sobre la costa. Se encontraba al este, en una zona donde no habían operado hasta entonces. Con sesenta soldados, era el blanco más importante que habían acometido hasta la fecha y una victoria tendría un enorme impacto moral y político.

Fidel contó con la ayuda de Enrique López, un amigo de la infancia que administraba el aserradero de los hermanos Babún, cubanos de origen libanés, cuya empresa estaba cerca de El Uvero. Los Babún —dueños de fábricas de cemento, astilleros y tierras, con grandes intereses madereros en la provincia de Oriente— ya habían colaborado secretamente con los rebeldes al transportar armas en uno de sus barcos desde Santiago y permitir que la entrega se efectuara en sus tierras. Enrique López había comprado alimentos y otras provisiones para los rebeldes con la excusa de adquirirlas para sus propios empleados.

Mientras se preparaban para ponerse en marcha, Fidel hizo algunas modificaciones en la tropa. Asignó un pelotón de cuatro jóvenes para ayudar al Che a transportar y manejar la ametralladora Madsen. Eran los hermanos Manolo y Papo Beatón, otro joven llamado Oñate —a quien bautizaron Cantinflas, como el actor cómico mexicano— y un muchachito de quince años llamado Joel Iglesias. Como el Vaquerito, Joel se convertiría en uno de los fieles seguidores del Che.[34]

En la víspera de la batalla, Fidel decidió «limpiar un poco el ambiente»: quien quisiera abandonar, tenía la última oportunidad de hacerlo. Un buen número de hombres levantó la mano. «Algunos, luego que Fidel los tratara duro, quisieron echar marcha atrás pero no se les permitió —escribió el Che—. En total se fueron 9, dejando el total de hombres en 127; casi todos armados ahora».

Los rebeldes partieron hacia el interior de la sierra. Acampados en las montañas escucharon un informe alarmante por la radio: una fuerza armada rebelde había desembarcado en Mayarí, sobre la costa norte de Oriente, y se había topado con una patrulla militar; se decía que cinco de los veintisiete hombres habían caído presos. Los fidelistas no sabían que era el *Corinthia*, un buque que había zarpado de Miami cinco días antes al mando de Calixto Sánchez, hombre del Partido Auténtico y veterano del ejército de Estados Unidos. La expedición, integrada por *auténticos* y hombres del Directorio, estaba armada y financiada por el expresidente Carlos Prío, eterno conspirador, quien evidentemente deseaba contar con una fuerza propia que compitiera con el Ejército Rebelde de Fidel. (Los informes iniciales resultaron erróneos: veintitrés de los hombres del *Corinthia*, incluido el propio Sánchez, fueron capturados por el ejército y ejecutados días después. Unos meses más tarde, uno de los tres supervivientes llegó a la sierra y se unió a las fuerzas de Fidel.)

Mientras tanto, Enrique López, el administrador del aserradero próximo a El Uvero, les hizo saber que tres guardias vestidos de paisano andaban husmeando cerca de sus instalaciones, y Fidel envió a varios hombres a detenerlos. Volvieron con dos espías, ya que uno había huido antes de que llegaran. El Che anotó en su diario que ambos, un negro y un blanco —que «lloraba a lágrima viva»—, confesaron ser espías del mayor Joaquín Casillas, y agregó: «No daban lástima pero sí repugnancia en su cobardía».

Por el momento los retuvieron como prisioneros, pero a la mañana siguiente Fidel reunió a sus oficiales y les ordenó que prepararan a sus hombres y armas porque entrarían en combate en cuarenta y ocho horas. La última tarea fue el fusilamiento de los dos espías. «Se cavó la fosa para los dos guardias chivatos y se dio la orden de marcha. La retaguardia los ajustició», escribió el Che.

Marcharon toda la noche hasta El Uvero. Cerca del aserradero se encontraron con Gilberto Cardero, un empleado de la Compañía Babún que simpatizaba con ellos. Cardero se había adelantado para advertir al administrador que debía evacuar a su esposa e hijos, pero la familia se negó para evitar sospechas. Fidel dijo que se tomarían precauciones para no herir a los civiles, pero que el ataque se produciría al amanecer.

Al alba del 28 de mayo los rebeldes se encontraron con la «desagradable realidad» de que desde sus posiciones no se veía claramente el cuartel. El Che sí tenía una buena vista, pero se hallaba a quinientos metros del blanco. Sin embargo, ya era tarde para realizar cambios, y comenzó el ataque.

«Apenas se dio la orden de fuego por medio del disparo de Fidel empezaron

a tabletear las ametralladoras. El cuartel respondió al fuego y con bastante efectividad, como luego supe. La gente de Almeida avanzaba a pecho descubierto impulsados por su ejemplo temerario. Veía avanzar a Camilo con su gorra adornada con el brazalete del 26 de Julio. Yo avanzaba por la izquierda con los dos ayudantes llevando peines y Beatón con la ametralladora de mano».

Varios hombres se unieron al grupo del Che. Estaban a sesenta metros de la posición enemiga y los resguardaban los árboles. Cuando llegaron a campo abierto se arrojaron a tierra para arrastrarse, pero Mario Leal, que avanzaba junto al Che, resultó herido. Después de hacerle la respiración boca a boca y cubrir la herida con lo único que encontró, un trozo de papel, lo dejó al cuidado del joven Joel y cogió nuevamente la Madsen para disparar hacia el cuartel. Momentos después, Juan Acuña cayó herido en la pierna y el brazo. Pero cuando los rebeldes cobraban ánimo para un asalto frontal, los soldados se rindieron.

Los fidelistas obtuvieron la victoria que buscaban, pero a un precio muy alto. Habían perdido a seis hombres, entre ellos uno de los primeros guías guajiros, Eligio Mendoza. Se había lanzado temerariamente al asalto, diciendo que tenía un «santo» protector, pero cayó a los pocos minutos. Mario Leal, herido en la cabeza, y Silleros, con una herida en el pulmón, estaban en estado crítico. Hubo otros siete heridos, entre ellos Juan Almeida, que recibió disparos en la pierna y el hombro derechos. Entre las tropas del enemigo hubo catorce muertos, diecinueve heridos y catorce prisioneros; sólo seis pudieron escapar. Es notable que, a pesar del intenso tiroteo, ninguno de los civiles, incluida la familia del administrador, sufrió heridas.

Antes de la retirada, había que atender a los heridos, tanto soldados como rebeldes, y el Che sintió que la tarea lo superaba. «Mis conocimientos de medicina nunca fueron demasiado grandes; la cantidad de heridos que estaban llegando era enorme y mi vocación en ese momento no era la de dedicarme a la sanidad». Pidió ayuda al médico del cuartel, pero a pesar de su avanzada edad éste dijo que tenía poca experiencia. «Desde aquel momento tuve que cambiar una vez más fusil por mi uniforme de médico que, en realidad, era un lavado de manos». Atendió a todos los hombres que pudo.

«El reencuentro con la profesión médica tuvo para mí algunos momentos muy emocionantes —relata en la crónica publicada—. El primer herido que atendí, dado su gravedad, fue el compañero Silleros… Su estado era gravísimo y apenas si me fue posible darle algún calmante y ceñirle apretadamente el tórax para que respirara mejor. Tratamos de salvarlo en la única forma posible en esos momentos; llevándonos los catorce soldados prisioneros con nosotros y dejando a dos heridos: Leal y Silleros, en poder del enemigo y con la garantía del honor del médico del puesto. Cuando se lo comuniqué a Cilleros, diciéndole las palabras reconfortantes

de rigor, me saludó con una sonrisa triste que podía decir más que todas las palabras en ese momento y que expresaba su convicción de que todo había acabado.

»Lo sabíamos también y estuve tentado en aquel momento de depositar en su frente un beso de despedida pero, en mí más que en nadie, significaba la sentencia de muerte para el compañero y el deber me indicaba que no debía amargar más sus últimos momentos con la confirmación de algo de lo que él ya tenía casi absoluta certeza. Me despedí, lo más cariñosamente que pude y con enorme dolor, de los dos combatientes que quedaban en manos del enemigo. Ellos clamaban que preferían morir en nuestras tropas, pero teníamos nosotros también el deber de luchar hasta el último momento por sus vidas. Allí quedaron, hermanados con los 19 heridos del ejército batistiano a quienes también se había atendido con todo el rigor científico de que éramos capaces». (Lo cierto es que el ejército cubano brindó a los dos rebeldes heridos un trato digno, pero Silleros murió antes de llegar al hospital. Mario Leal sobrevivió milagrosamente a su herida en la cabeza y pasó el resto de la guerra en la cárcel de la isla de Pinos.)

Los rebeldes se retiraron de El Uvero en camiones de la compañía Babún, llevándose a sus muertos, sus heridos leves y todo el botín que pudieron recoger en el cuartel. El Che se hizo con todos los suministros médicos que pudo encontrar y fue el último en partir. Esa tarde asistió a los heridos y estuvo presente en el funeral de los seis camaradas muertos, que fueron enterrados junto a un recodo del camino. Conscientes de que el ejército vendría en su persecución, resolvieron que el Che se quedaría con los heridos para que la columna principal pudiera escapar. Enrique López, el amigo de Fidel, sería el enlace, les conseguiría guías y vehículos, así como contactos para abastecerlos de medicamentos.

A la mañana siguiente empezaron a sobrevolar la zona los aviones militares de reconocimiento, y los rebeldes comprendieron que debían partir. Con el Che quedaron los siete heridos, un guía y sus dos fieles ayudantes, Joel y Cantinflas. También se quedó «Vilo» (Juan Vitalio) Acuña para ayudar a su tío Manuel, herido de bala. Vilo sería otro de los veteranos de la guerra en la sierra cuyo destino estaría ligado al del Che. (Antes del fin de la guerra alcanzaría el grado de comandante del Ejército Rebelde y en 1967 combatiría con el Che en la guerrilla boliviana. Su nombre de guerra era Joaquín.)

Después de la guerra, el Che calificaría el sangriento ataque a El Uvero de punto de inflexión del Ejército Rebelde. «Si se considera que nuestros combatientes eran unos 80 hombres y los de ellos 53, se tiene un total de 133 hombres aproximadamente, de los cuales 38, es decir, más de la cuarta parte, quedaron fuera de combate en poco más de dos horas y media de combate. Fue un ataque

por asalto de hombres que avanzaban a pecho descubierto contra otros que se defendían con pocas posibilidades de protección. Debe reconocerse que por ambos lados se hizo derroche de coraje. Para nosotros fue, además, la victoria que marcó la mayoría de edad de nuestra guerrilla. A partir de este combate, nuestra moral se acrecentó enormemente, nuestra decisión y nuestras esperanzas de triunfo aumentaron también».

En efecto, El Uvero había sorprendido al régimen de Batista, porque durante el largo período de inactividad de los rebeldes fidelistas, el dictador y sus oficiales habían multiplicado sus proclamas de victoria. El coronel Barrera Pérez, quien en marzo se había hecho cargo de las operaciones antiguerrilleras en la sierra, había permanecido allí por poco tiempo. Después de una campaña de «guerra psicológica» para ganarse a los campesinos con alimentos y servicios médicos gratuitos, había regresado a La Habana con el informe de que había aislado a los rebeldes de su red de apoyo civil. Sin embargo, la derrota vergonzosa en El Uvero reveló el fracaso de la misión de Barrera Pérez, quien recibió órdenes de regresar al escenario de la guerra.

El coronel instaló su centro de mando en el ingenio azucarero Estrada Palma, al norte de las estribaciones de la sierra, pero reemplazó su campaña para ganarse «los corazones y las mentes» por una nueva y vigorosa estrategia antiguerrillera. Su superior inmediato, Díaz Tamayo, comandante de las fuerzas de Oriente, fue reemplazado por el oficial Rodríguez Ávila, con órdenes del jefe del estado mayor de las fuerzas batistianas, general Francisco Tabernilla, de aniquilar a los rebeldes utilizando los medios que fueran necesarios. La nueva estrategia requería la evacuación obligatoria de los civiles de las regiones controladas por los rebeldes con el fin de crear zonas de fuego libre donde la fuerza aérea pudiera realizar bombardeos masivos. Y lo que fue más importante aún, cuando el asalto a El Uvero demostró la imposibilidad de defender los pequeños cuarteles situados en zonas remotas, el ejército empezó a abandonarlos, dejando el territorio libre para los rebeldes.

Tras la partida de Fidel, el Che enfrentó la tarea ímproba de desplazar a los heridos a un lugar seguro ante la inminencia de una incursión militar. Asimismo debía transportar las armas capturadas en el cuartel, una carga excesiva para los combatientes en fuga. Su propia huida dependía de Enrique López, y cuando éste no apareció con el camión que le había prometido, el Che se vio obligado a ocultar temporalmente la mayor parte de las armas y escapar a pie. La mayoría de los hombres podía caminar, pero uno estaba herido en el pulmón y las tres heridas de otro se habían infectado. Improvisaron camillas con las hamacas e iniciaron la penosa marcha hacia el interior de la selva.

Durante los días siguientes, mientras se desplazaban de finca en finca en busca de alimentos, descanso y refugio, el Che tuvo que tomar todas las decisiones importantes. Juan Almeida era capitán y teóricamente su superior, pero no estaba en condiciones de hacerse cargo de nada. Uno de los problemas más graves era hallar hombres para transportar a los heridos. Al tercer día se cruzaron con un grupo de soldados desarmados que estaban perdidos en el monte: eran los prisioneros de El Uvero, liberados por Fidel. Después de dejarlos partir, el Che se congratuló con regocijo por haber creado la falsa impresión de la «efectividad» de los rebeldes en el monte. Sin embargo, le preocupaba que los soldados delataran su presencia en la zona.

Durante la marcha, a la que se sumaron algunos voluntarios campesinos, empezaron a surgir problemas disciplinarios en el harapiento grupo. El Che dio un ultimátum a Teodoro Banderas, uno de los nuevos, por mostrar renuencia en una misión para traer una vaca que habían descuartizado. «Hablé con Banderas y le planteé cuál era mi posición; si seguía con el movimiento debía meterse en la disciplina…» Banderas prometió seguir adelante y en la siguiente misión para conseguir viandas trató de rehabilitarse. El Che apuntó con humor en su diario: «Por la mañana aparecieron los primeros expedicionarios de la vaca. La empresa había sido dura, pues la vaca era grande y el río estaba crecido, de modo que fue muy difícil pasarlo. El héroe fue Banderas».

En aquellos días, el Che conoció a un hombre que en poco tiempo le sería de gran ayuda. Era David Gómez, mayoral de una finca en Peladero que pertenecía a un abogado de La Habana. Aunque su primera impresión no fue buena, el Che tuvo en cuenta la situación desesperada del grupo. «D. es un individuo de la vieja formación auténtica, católico y racista, de fidelidad servil hacia el patrón, que atiende sólo a fines electorales y a salvar para el amo todas las tierras mal habidas por estas comarcas; sospecho también que él tiene su partición en los despojos a los campesinos. Pero, dejando de lado esto, es un buen informante y está decidido a ayudar».

En realidad, Gómez ya los ayudaba; las vacas que comían eran propiedad de su patrón, sacrificadas con su connivencia. Y se ofreció para hacer algo más. Para probarlo, el Che le dio una lista de compras para hacer en Santiago. Hambriento de noticias del mundo exterior, también le pidió que trajera las últimas ediciones de *Bohemia*. La relación con el capataz demostró que el Che empezaba a aprender de su jefe. Fidel sabía que una de las claves para triunfar en la lucha por el poder era realizar alianzas tácticas, a breve plazo, incluso con adversarios ideológicos. Como jefe de un grupo de perseguidos en territorio enemigo, el Che descubrió que sólo un hombre como Gómez podía satisfacer ciertas necesidades; de ahí que pudo tragarse su aversión y actuar de manera pragmática.

En efecto, la experiencia en Cuba le había demostrado que la revolución no sería consumada por una fraternidad idealizada de espíritus nobles. En las filas rebeldes había unos cuantos canallas: ladrones de ganado, asesinos prófugos, delincuentes juveniles, traficantes de marihuana. El corrupto Carlos Prío había contribuido con fondos para la compra del *Granma*, y la victoria de El Uvero se debía en gran medida a la ayuda de los ricos y traicioneros hermanos Babún, que aunque eran amigos de Batista, esperaban proteger sus intereses en Oriente al prestar ayuda a los rebeldes.

David Gómez volvió de Santiago con las provisiones, y el Che, más confiado, le encomendó una nueva misión, la de hacer llegar mensajes al Directorio Nacional. Habían pasado tres semanas de la batalla de El Uvero, la mayoría de los hombres se habían recuperado de sus heridas y todos estaban en condiciones de caminar. Trece voluntarios se habían unido al grupo, pero uno solo con un arma: una pistola automática calibre 22. El 21 de junio, el Che hizo un inventario de sus fuerzas. «El ejército asciende a: 5 heridos ya restablecidos, 5 sanos que acompañamos a los heridos, 10 hombres de Bayamo, 2 más incorporados al final y 4 hombres de la zona, total 26 pero deficientes en armamentos».

Días después, al iniciar la lenta marcha hacia la montaña, el Che anotó que su ejército comprendía «36 terribles soldados». Al día siguiente ofreció a quienes quisieran hacerlo la posibilidad de abandonar el grupo. Lo hicieron tres, incluso uno que se les había unido el día anterior. Durante los días siguientes, se les unieron varios hombres y otros partieron, algunos como desertores y otros expulsados por el Che. Pero aunque la mayoría eran «terribles», constituían el núcleo de una nueva fuerza guerrillera que crecía espontáneamente bajo su mando. Para fines de junio, el pequeño ejército del Che funcionaba de manera autónoma, con su propia red de correos, informantes, proveedores y exploradores.

El 1 de julio fue un mal día para él (se despertó con asma y pasó el día tendido en la hamaca), pero interesante en cuanto a novedades, ya que la radio informaba de acciones rebeldes en toda la isla. «En Camagüey se patrullaban las calles —anotó el Che en su diario—; en Guantánamo se habían incendiado varias tabaqueras y se pretendió incendiar los depósitos de azúcar de una fuerte firma norteamericana. En Santiago mismo mataron dos guardias y se hirió un cabo. Las bajas nuestras fueron de 4 hombres, entre ellos un hermano de Frank País llamado Josué».

El 2 de julio se cumplió el séptimo mes desde el desembarco del *Granma*. El Che encabezó una penosa marcha hacia la cima del monte La Botella, de 1550 metros de altura. Dos hombres desertaron durante el día, y esa noche, cuando acamparon, otros tres dijeron que querían partir. Este incidente le sirvió al Che

años después para relatar una anécdota divertida. «Algunos tuvieron el pudor de manifestar sus temores e irse, pero hubo uno, de nombre Chicho, que aseguró a nombre de un grupo que ellos seguirían hasta la muerte, con un acento de convicción y decisión extraordinarias. Cuál no sería nuestra sorpresa cuando… al acampar en un pequeño arroyo para pasar la noche, ese mismo grupo nos comunicaba su deseo de abandonar la guerrilla. Accedimos a ello y bautizamos jocosamente ese lugar como "el arroyo de la muerte", pues hasta allí había durado la tremenda determinación de Chicho y sus compañeros».

Para prevenir nuevas deserciones, el Che invitó a quienes quisieran partir que lo hicieran; era, dijo, «la última oportunidad». Dos hombres aceptaron la invitación, pero esa tarde llegaron otros tres, cada uno con su arma. Dos venían de La Habana, eran sargentos dados de baja del ejército. «Según ellos son instructores —escribió el Che con desconfianza—, para mí son un par de comemierdas que tratan de acomodarse». A pesar de sus sospechas, permitió que se quedaran.

Más tarde se incorporó nada menos que Enrique López, el amigo de Fidel en la Compañía Babún, quien quería participar en la lucha armada. Luego apareció otro hombre con un «plan fantástico» para atacar un puesto de la Guardia donde según él había cuarenta hombres sin comandante. También pidió dos hombres para ir a «pelar un chivato». El Che lo rechazó: «Se le contestó que dejara de joder, que mandara balas y matara al chivato con su gente mandándola después para aquí».

Para reunirse con Fidel, que había regresado a sus escondites cerca de Palma Mocha y El Infierno, el Che se desplazó con su fuerza hacia el oeste en dirección al pico Turquino. Sus exploradores le avisaron que en aquella dirección se encontrarían con una fuerza militar importante, que se libraba un combate reñido cerca de la base militar de Estrada Palma y que Raúl Castro estaba herido, pero este último informe resultó ser falso. El Che decidió seguir adelante, pero por una ruta de montaña más difícil para esquivar al enemigo.

El 12 de julio, su guía Sinecio Torres y otro hombre desertaron, llevándose sus armas. Tras intentar en vano darles caza, el Che se enteró de algunos detalles sobre los dos: resultó que eran bandoleros, y se habían ido para asaltar el plantío de marihuana que tenían dos de los novatos, Israel Pardo y el «héroe de la vaca», Teodoro Banderas. Ante la sospecha de que los marihuaneros desertarían para ocuparse de sus propios intereses, el Che les ordenó que persiguieran a los prófugos; suponía que no volverían. Al día siguiente surgió un nuevo problema: el Che se enteró de que un pequeño grupo estaba tramando una deserción colectiva. El supuesto plan consistía en escapar con las armas, robar y matar a un chivato que ellos conocían y luego formar una banda de forajidos para seguir perpetrando

asaltos y robos. El Che habló con varios de los inculpados: todos negaron la acusación y denunciaron a un hombre llamado «el Mexicano». Al comprender que su plan había sido descubierto, el Mexicano se presentó espontáneamente ante el Che para declarar su inocencia. Sus explicaciones no resultaron convincentes, pero el Che escribió: «Lo dejamos pasar como si fuera cierto, para evitar más complicaciones».[35]

Durante la marcha, el Che hizo su debut como dentista. Por carecer de anestesia para los desventurados pacientes, recurrió a la «anestesia psicológica», que consistía en insultarlos cuando se quejaban. Pudo curar a Israel Pardo, pero no tuvo suerte con Joel Iglesias. Posteriormente escribió que hubiera hecho falta un cartucho de dinamita para extraerle el molar podrido. La pieza rota permaneció en su boca hasta el final de la guerra, y Joel dijo que a partir de esa experiencia siempre tuvo terror a los dentistas. Aunque el Che también padeció dolor de muelas, tuvo el buen tino de dejar su boca en paz.

El 16 de julio llegaron a terreno conocido en el flanco occidental del Turquino, y al día siguiente llegaron al campamento de Fidel. El Che advirtió inmediatamente cuánto había madurado el Ejército Rebelde durante el mes y medio transcurrido. Eran ya doscientos hombres, y parecían disciplinados y confiados. También habían recibido armas. Pero lo más importante era que después de rechazar una incursión reciente comandada por el tenaz capitán Ángel Sánchez Mosquera, uno de los varios oficiales con mando de tropas en la zona, los rebeldes ya poseían un «territorio liberado».

Pero la felicidad del encuentro se vio disminuida por la noticia de que Fidel acababa de firmar un pacto con representantes de la oposición política burguesa, Raúl Chibás y Felipe Pazos, quienes en ese momento se encontraban en el campamento. El pacto, llamado «Manifiesto de la Sierra Maestra», estaba fechado el 12 de julio y ya lo habían enviado a *Bohemia* para su publicación. El Manifiesto aparecía en un momento oportuno, ya que varios meses de disputas políticas entre Batista y los partidos legales de la oposición habían culminado con la aprobación parlamentaria de una ley de reforma que convocaba elecciones presidenciales para el 1 de junio de 1958. Aunque Batista había jurado no presentar su candidatura, existía un difundido escepticismo acerca de sus intenciones verdaderas. La mayoría de los observadores sospechaban que quería manipular las elecciones para ganarlas él mismo o un sucesor elegido por él a dedo. Tanto el Partido Auténtico de Carlos Prío como el Ortodoxo de Chibás repudiaron la iniciativa electoral, pero fracciones de ambos partidos formaron una coalición con partidos menores y anunciaron que se presentarían a los comicios.

Mediante el Pacto de la Sierra, Fidel hacía conocer su rechazo de las

maquinaciones de Batista en el momento más oportuno. Al aliarse con dos ortodoxos respetados como Chibás y Pazos, esperaba establecer su supremacía moral y ampliar su base de apoyo entre los cubanos moderados, desprovistos de alternativas. El Che se mostró prudente en los comentarios anotados en su diario el 17 de julio, pero es evidente que le desagradaba comprobar la influencia de Chibás y Pazos sobre Fidel. Según él, el Manifiesto llevaba la impronta indeleble de estos políticos «centristas», la especie que despertaba su mayor desdén y desconfianza. «Fidel me estuvo contando proyectos y realidades; ya está enviado un texto en que se propone la renuncia inmediata de Batista, se rechaza la Junta Militar y se propone a un miembro de las instituciones cívicas como candidato para la transición, que no debe durar más de un año, y convocar elecciones dentro de ese plazo. Se da también un programa mínimo en que están comprendidas las bases de la reforma agraria». Y a continuación añadió: «Fidel no me lo dijo, pero me parece que Pazos y Chibás limaron bastante sus declaraciones».

Desde luego, la realidad era mucho más compleja. Lejos de dejarse engañar, Fidel había buscado el apoyo de Chibás y Pazos, y si el Manifiesto firmado no expresaba sus verdaderas aspiraciones, sí lo ayudaba a corto plazo. El pacto, como tantos otros que firmaría durante su vida, era sólo una alianza táctica que violaría a la primera oportunidad. Como escribió el Che más adelante: «No estábamos satisfechos con el compromiso pero era necesario; era progresista en aquel momento. No podía durar más allá del momento en que significara una detención en el desarrollo revolucionario… Nosotros sabíamos que era un programa mínimo, un programa que limitaba nuestro esfuerzo, pero también sabíamos que no era posible establecer nuestra voluntad desde la Sierra Maestra».

Si en aquella época volvió a meditar sobre el Pacto de la Sierra, eso no se refleja en su diario. Su interés estaba centrado en su nuevo puesto de mando, que Fidel le confirió el 17 de julio, el día que llegó al campamento. El Che lo anotó en su diario sin expresar la emoción que sin duda sentía. «[Fidel] me contó además que el pobre Universo había sido quitado de su apreciado cargo…[36] Hay nuevos ascensos como Ramirito [Valdés] a capitán, Ciro [Redondo] a teniente, el Guajiro [Luis Crespo] al puesto de Universo, Almeida a segundo comandante y yo a capitán y jefe de una columna que deberá cazar a Sánchez Mosquera en Palma Mocha».

Se le asignaba una tropa de setenta y cinco hombres. A los hombres con que había llegado se sumarían los pelotones comandados por los camaradas del *Granma* Ramiro Valdés y Ciro Redondo y otro dirigido por Lalo Sardiñas, un comerciante de la sierra que se había unido a los rebeldes luego de matar a un desconocido en su casa. Sardiñas sería su lugarteniente.

Al otorgarle aquel puesto, Fidel le daba la máxima prueba de su estima. El Che había luchado tenazmente para que se reconociera su capacidad, y había madurado en ese proceso. Había realizado con éxito una misión difícil, la de llevar a los heridos a lugar seguro. Había cumplido sus deberes de médico al curar a los heridos a la vez que evitaba entrar en combate y arriesgarse a sufrir nuevas bajas; había fortalecido el Ejército Rebelde al crear una columna nueva y al mismo tiempo había establecido contactos valiosos con la población civil. Había demostrado ser un jefe exigente, riguroso con los haraganes y los mentirosos, y honesto a carta cabal consigo mismo. Sobre todo, había demostrado ser un conductor de hombres y por ello se lo premiaba con su primer mando militar.[37]

Puso manos a la obra inmediatamente: a la mañana siguiente partió con sus hombres para tomar posiciones de emboscada en la Maestra, una altura situada entre los ríos Palma Mocha y La Plata. Era el preciso lugar donde estaba enterrado el chivato ejecutado Filiberto Mora, y lo bautizó con su nombre: «el Firme de Filiberto». Pasaron los tres días siguientes preparando las emboscadas y enviando exploradores en busca de los soldados. La mañana del 22 de julio, un rebelde disparó su arma accidentalmente y lo llevaron ante Fidel, quien nuevamente estaba de un humor implacable y ordenó sumariamente que lo ejecutaran. «Tuvimos que interceder ante él Lalo, Crescencio y yo para que atenuara la pena, debido a que el infeliz no se merecía un castigo tan drástico como ése», escribió el Che en su diario.

Esa misma mañana, los oficiales rebeldes firmaron una carta de pésame que Fidel enviaría a Frank País por la muerte reciente de su hermano. Sin aviso, Fidel eligió ese momento para conferir al Che un nuevo ascenso. Más adelante el Che escribiría que cuando llegó el momento de firmar la carta, Fidel le dijo que lo hiciera con el grado de «comandante». «De ese modo informal y casi de soslayo, quedé nombrado comandante de la segunda columna del ejército guerrillero, la que se llamaría número 4 posteriormente».[38]

Con este ascenso, el Che recibió las insignias de su nuevo grado. «El símbolo de mi nombramiento, una pequeña estrella, me fue dado por Celia junto a uno de los relojes de pulsera que habían encargado a Manzanillo». Era un gran honor. El grado de comandante, equivalente al de mayor, era el más alto del Ejército Rebelde. Hasta entonces sólo lo poseía Fidel, y el segundo en recibirlo no fue un cubano sino el Che, «el argentino».

«La dosis de vanidad que todos tenemos dentro —escribió el Che tiempo después— hizo que me sintiera el hombre más orgulloso de la tierra ese día». En verdad, siempre se sintió orgulloso de ese título, y en lo sucesivo, salvo para sus amigos más íntimos, fue el comandante Che Guevara.

17. ENEMIGOS DE TODAS CLASES

I

El nuevo puesto de mando trajo consigo responsabilidades nuevas, y el Che ardía en deseos de mostrar que estaba a la altura de la tarea. Tenía la orden de perseguir a Sánchez Mosquera, pero apenas se separó de Fidel, descubrió que su presa había partido de la sierra.

Mientras estudiaba las alternativas, el Che se dedicó a imponer su autoridad sobre su heterogénea banda de «descamisados» díscolos. Desde el comienzo lo afectaron las deserciones, que trató con gran severidad. Envió a dos hombres a rastrear un prófugo con la orden de «matarlo donde lo encontraran». Su desconfianza hacia los nuevos reclutas aumentó al recibir un mensaje de su aliado el mayoral David Gómez advirtiéndole que el ejército enviaba chivatos a infiltrarse entre los rebeldes.

Para el bautismo de su nuevo cargo, ideó un plan para atacar al enemigo en el flanco opuesto del pico Turquino con el fin de desviar su atención de la columna de Fidel, e inició la marcha en esa dirección. El 28 de julio, Baldo, uno de los dos hombres enviados a ejecutar al desertor, volvió solo y con un relato que el Che calificó de «sencillo y patético».

Según Baldo, su camarada Ibrahim trató a su vez de desertar y por eso «lo mató dándole tres tiros. El cadáver quedó en la Maestra insepulto». El Che decidió que la suerte de Ibrahim era una buena lección para sus hombres, sobre todo para ciertos voluntarios cuya llegada había coincidido con el incidente. Así lo relató mucho después: «Reuní toda la tropa en la loma anterior al teatro del suceso macabro, explicándole a nuestra guerrilla lo que iba a ver y lo que significaba aquello, el por qué se castigaría con la muerte la deserción y el por qué de la condena que había que hacer contra todo aquel que traicionara la Revolución. Pasamos en fila india en riguroso silencio, muchos de los compañeros todavía consternados ante el primer ejemplo de la muerte, junto al cadáver de aquel hombre que trató de abandonar su puesto, quizá movidos más por algunas consideraciones de afecto personal hacia el desertor primero y por una debilidad política natural de aquella época, que por deslealtad a la Revolución. Naturalmente, los tiempos eran duros y se dictaminó como ejemplar la sanción».

Pero en su diario íntimo expresó sus dudas: «El cadáver estaba boca abajo, presentaba a la vista un orificio de bala en el pulmón izquierdo y tenía las manos

juntas y los dedos plegados como si estuviera atado. No estoy muy convencido de la legalidad de esa muerte, aunque la puse de ejemplo…»

Siguieron su camino. El Che decidió atacar el cuartel del ejército en Bueycito, a un día de marcha. El ataque se produjo el 31 de julio, pero como reconocería más adelante, no resultó según su plan «sencillo pero pretencioso». Aunque algunas de sus unidades no aparecieron en el momento indicado, el Che inició el ataque por su cuenta. Caminó derecho hacia el cuartel y al toparse con el centinela, apuntó su metralleta Thompson y le dio la voz de alto. El centinela reaccionó y, sin esperar más, el Che apretó el disparador, apuntando al pecho del soldado. No pasó nada. El joven rebelde que acompañaba al Che trató de dispararle al centinela, pero su fusil también se trabó. En ese momento, movido por el instinto de supervivencia, el Che escapó bajo una lluvia de proyectiles procedente del arma del centinela. «Corrí con velocidad que nunca he vuelto a alcanzar —escribió después—, y pasé, ya en el aire, doblando la esquina para caer en la calle transversal».

Los rebeldes ocultos respondieron a los disparos del centinela con una lluvia de proyectiles, pero la acción terminó antes de que el Che pudiera recuperarse; mientras destrababa la metralleta, el cuartel se rindió. Los hombres de Ramiro habían irrumpido por la parte trasera y reducido a los doce soldados que lo ocupaban. Seis soldados estaban heridos, dos de ellos de muerte; los rebeldes habían perdido un hombre. Desvalijaron el cuartel, lo incendiaron y partieron de Bueycito en camiones, llevando como prisioneros al sargento al mando del puesto y un chivato llamado Orán.

Amenizaron la huida con cerveza helada provista gratuitamente por un bodeguero y con una explosión al detenerse a dinamitar un puentecito de madera. En la aldea de Las Minas los recibieron los «vivas» de la población, y allí el Che hizo un poco de teatro para la gente con un comerciante árabe. «Un moro que es gente nuestra improvisó un discurso pidiendo que dejáramos en libertad a los dos prisioneros. Yo le expliqué que se los había tomado para evitar con su presencia que se ejercieran represalias contra el pueblo, pero que si ésa era la voluntad de sus propios habitantes yo no tenía nada que agregar». Los rebeldes liberaron a los prisioneros, enterraron a su camarada muerto en el cementerio local y siguieron su camino.

II

Pero al regresar a su escondite en La Maestra, los rebeldes recibieron la noticia de que la policía había asesinado en Santiago a Frank País, coordinador del Movimiento en Oriente. El Movimiento había redoblado sus acciones antigubernamentales en Santiago para conmemorar el 26 de julio, con el consiguiente aumento de la represión policial. Bajo el coronel José Salas Cañizares y sus matones, la detención y el asesinato de sospechosos era cosa de todos los días: cuerpos torturados aparecían colgados de los árboles o tirados en las cunetas. Desde su liberación, País había pasado a la clandestinidad y se trasladaba de un escondite a otro, pero en sus últimas cartas a Fidel decía que su caída probablemente era cuestión de tiempo. El 30 de julio, para su desgracia, descubrieron el escondite donde se hallaba. El joven de veintitrés años y un camarada fueron ejecutados sumariamente en la calle a plena luz del día.

El asesinato de Frank País provocó gran indignación. Durante su entierro se produjeron ruidosas manifestaciones antigubernamentales y huelgas por toda la isla. En respuesta a los disturbios, Batista impuso nuevamente el Estado de sitio y la censura a la prensa. Desgraciadamente para el dictador, los sucesos de Santiago coincidieron con la visita a la segunda ciudad de Cuba del nuevo embajador norteamericano, Earl Smith, en gira oficial para conocer el país.

A mediados de 1957, pocos funcionarios del Departamento de Estado norteamericano seguían haciéndose ilusiones sobre Fulgencio Batista. Militante fervoroso de la campaña anticomunista de Washington, recibía de buen grado las inversiones norteamericanas, pero su régimen cada vez más represivo y corrupto constituía un bochorno. Con todo, Estados Unidos aún no modificaba su política con respecto al dictador, y su nuevo enviado Smith tenía instrucciones de mostrarse ecuánime con el fin de contrarrestar la impresión generalizada en Cuba de que Washington quería mantener a Batista en su puesto a toda costa.

El objetivo principal de la política norteamericana era la protección de los importantes intereses económicos norteamericanos en la isla. Los disturbios afectaban a los negocios, y la opinión prevaleciente en Washington era que la mejor manera de contrarrestar la violencia era alentar a Batista a «democratizar» el país mediante elecciones que, con suerte, llevarían al poder a alguno de los partidos tradicionales «de confianza». Pero la obstinación de Fidel había introducido una incógnita en la ecuación. Los diplomáticos, los espías y los

militares no se ponían de acuerdo sobre la manera de abordar el problema y por eso, durante 1957 y parte de 1958, los distintos organismos del gobierno norteamericano aplicaron cada uno su propia política en Cuba, políticas que no siempre eran compatibles.

Antes de tomar posesión de su cargo, Smith había realizado averiguaciones en Washington y tenía la clara impresión de que el Departamento de Estado deseaba la caída de Batista y por eso apoyaba de manera activa, aunque encubierta, los esfuerzos de Castro para tomar el poder. Tanto el subsecretario de Estado para Asuntos Latinoamericanos, Roy Rubottom, como el flamante titular de la oficina del Caribe, William Wieland, se oponían a Batista, al igual que el especialista de la CIA en asuntos cubanos J. C. King. Al llegar a La Habana, Smith descubrió que los agentes de la CIA en la isla eran igualmente antibatistianos. En cambio, los oficiales de la misión militar norteamericana conservaban vínculos estrechos con sus colegas cubanos. La división anticomunista de la policía, el BRAC, funcionaba con ayuda norteamericana, y en una actitud aún más polémica, los militares de Batista utilizaban pertrechos asignados a la «defensa hemisférica» en su campaña contra la guerrilla.

Las opiniones con respecto a la posición política de Castro estaban igualmente divididas, pero pocos dirigentes daban crédito a las denuncias insistentes de Batista de que era comunista. En su primera conferencia de prensa, Smith se mostró cauteloso: elogió la participación de Cuba en la lucha contra el comunismo. Pero en Santiago, después de ver cómo la policía usaba porras y mangueras de agua para dispersar una manifestación de mujeres, Smith deploró públicamente las violentas tácticas policiales y antes de partir dejó una corona de flores en la tumba de País. El gesto despertó esperanzas entre los cubanos sobre un giro en la política de Washington porque contrastaba fuertemente con las actitudes en favor de Batista del antecesor de Smith, Arthur Gardner. El impopular Gardner jamás había criticado públicamente los excesos de Batista, y en privado le había sugerido al dictador que enviara un asesino a la sierra para matar a Fidel.

Las temerarias observaciones de Smith sobre la violencia policial en Santiago agitaron la polémica sobre Castro: funcionarios de Batista y ultraconservadores norteamericanos acusaron a Washington de mostrarse flexible con el comunismo. En agosto, el ubicuo Spruille Braden, embajador norteamericano durante el primer período presidencial de Batista en la época de la Segunda Guerra Mundial, arrojó el guante al calificar a Castro de «compañero de viaje» de los comunistas.

Lo cierto era que la CIA ya buscaba contactos con el movimiento rebelde de Fidel a través de sus agentes en Santiago y La Habana. El primer indicio de esos contactos aparece en el comentario acerbo del Che a una carta de Armando Hart de

abril de 1957 en la que «sugiere un acuerdo con la embajada yanqui». El siguiente aparece en una carta de Frank País a Fidel fechada el 5 de julio, durante el interregno entre la partida del embajador Gardner y la llegada de Earl Smith a La Habana. La carta informaba que había obtenido un visado norteamericano para Lester «el Gordito» Rodríguez, un dirigente del 26 de Julio que debía coordinar la recaudación de fondos y la compra de armas para los rebeldes, y explicaba: «La muy meritoria y valiosa Embajada Americana vino a vernos y ofreció cualquier clase de ayuda a cambio de que abandonemos el robo de armas de su base [en Guantánamo].[39] Lo prometimos a cambio de una visa de dos años para el Gordito y que ellos lo sacaran del país. Hoy cumplieron su promesa: el cónsul lo llevó personalmente y los papeles, diarios y mapas que necesitaba salieron por valija diplomática. Buen servicio…»

Seis días después, el 11 de julio, Frank escribió nuevamente a Fidel: «María A. me dijo muy urgentemente al mediodía de hoy que el vicecónsul norteamericano quería hablar contigo en presencia de otro hombre, pero no sabía quién… Estoy harto de tantas idas y venidas y conversaciones con la embajada, y creo que nos convendría estrechar filas un poco más, sin perder el contacto con ellos, pero sin darles tanta importancia como ahora; veo que están maniobrando pero no veo claramente cuáles son sus verdaderos fines».

El «vicecónsul» era Robert Wiecha, en realidad un agente de la CIA. El «otro hombre» sigue siendo un misterio, pero podía ser el jefe de la CIA en La Habana o su segundo, William Williamson; ambos, según Earl Smith, eran «pro Castro». En su biografía de Fidel Castro, Tad Szulc dice que entre el otoño de 1957 y mediados de 1958 la CIA entregó no menos de cincuenta mil dólares a diversos agentes del 26 de Julio, y que el pagador era Wiecha.

Fidel aceptó el encuentro. En una respuesta sin fecha a Frank, escribió: «No veo por qué debemos poner la menor objeción a la visita del diplomático norteamericano. Podemos recibir a cualquier diplomático norteamericano aquí como recibiríamos a un diplomático mexicano o un diplomático de cualquier país». La grandilocuencia de la redacción sugiere que esperaba que los norteamericanos leyeran la carta. «¿Quieren mantener lazos de amistad más estrechos con la democracia triunfante de Cuba? ¡Magnífico! Es una señal de que reconocen el desenlace final de esta batalla. ¿Proponen una mediación amistosa? Les diremos que no hay mediación honorable, no hay mediación patriótica: no hay mediación posible en esta batalla…»

Aunque Fidel estaba dispuesto, aparentemente no se llevó a cabo la reunión con los agentes de la CIA. Posiblemente la postergó la muerte de País, y luego la CIA modificó su política. Pero la agencia de espionaje mantuvo contacto con

funcionarios del Directorio Nacional en el llano, con lo cual el Movimiento evidentemente obtuvo fondos y acaso otro tipo de ayuda. Cabe observar que mientras la CIA presentaba sus proposiciones, País se reunía con un grupo de oficiales reformistas de la base naval cubana de Cienfuegos que conspiraban contra Batista para derrocarlo; también ellos tenían apoyo encubierto de Estados Unidos.

William Williamson, el subjefe de la CIA en La Habana, había asegurado a los marinos conspiradores que, en caso de triunfar, tendrían el reconocimiento de Estados Unidos. En julio el grupo ya había tomado contacto con Faustino Pérez en La Habana y Frank País en Santiago para proponerles una alianza. Después de escucharlos con atención, País había aprobado su plan con entusiasmo y lo había transmitido a Fidel.

Era una oferta tentadora: los oficiales no se proponían un mero «cuartelazo» sino una insurrección total para derrocar a Batista, apoyados por fracciones disidentes del ejército y la fuerza aérea, con sublevaciones simultáneas en Cienfuegos, Santiago y La Habana. A pesar de su oposición pública a cualquier junta militar posbatistiana que pudiera frustrar sus intenciones de conquistar el poder, Fidel no era la clase de hombre que desaprovechaba una oportunidad y tenía poco que perder si apoyaba a los conspiradores de Cienfuegos. En primer lugar, los participantes del Movimiento serían los hombres del llano, no los de la sierra, lo que le daba cierto margen para negar todo conocimiento de los hechos si la conspiración salía a la luz. En segundo lugar, si se oponía al plan y éste triunfaba, quedaría enemistado con los conspiradores y atrapado en la sierra. Claro que si los ayudaba, corría el riesgo de quedar marginado por una maniobra, pero en ese caso podría cumplir el compromiso hecho en el Manifiesto de continuar la lucha desde la sierra. Por el momento, su posición era buena: tanto los norteamericanos como los amotinados militares cubanos acudían a *él*. Se había convertido en un intermediario en la pugna por el poder y podía darse el lujo de mostrarse prudente con respecto a las diversas «componendas» en danza mientras continuaba su guerra en la sierra.

Entretanto, debía ocuparse de otros problemas. El asesinato de País coincidió con un aumento de las tensiones entre Fidel y el Directorio Nacional en el llano, en torno al control y el liderazgo del Movimiento 26 de Julio. Desde la reunión de febrero en la granja de Epifanio Díaz, País y Faustino Pérez lo presionaban para que les permitiera abrir un segundo frente.

El propósito era doble: un segundo frente guerrillero no sólo aliviaría la situación de los rebeldes en la sierra al dividir la atención del enemigo, sino que contrarrestaría las maniobras de Fidel para ejercer el control total de la lucha armada. Con la misma firmeza, Fidel imponía al Movimiento el apoyo a *sus*

combatientes en la Sierra Maestra como prioridad absoluta: mientras sus fuerzas no estuvieran consolidadas, no se debía enviar armas a otra parte. En febrero había impuesto su posición; el plan del segundo frente había quedado archivado, pero no olvidado.

Ése era apenas el comienzo de la brecha entre la sierra y el llano. Durante su encarcelamiento, Carlos Franqui, Faustino Pérez y Armando Hart habían mantenido conversaciones prolongadas con dirigentes presos de otros partidos cubanos de oposición. Habían llegado a la conclusión de que las «diferencias ideológicas insuperables» habían obstaculizado la alianza del 26 de Julio con el Partido Socialista Popular, el partido comunista cubano, que aún criticaba la estrategia «putschista» de Fidel para tomar el poder. Con todo, pensaban que el pacto con el Directorio era posible, pero hasta el momento la posibilidad de lograr una alianza funcional había sido frustrada por los temores que despertaba en los dirigentes el «caudillismo» de Fidel. Era una característica muy criticada de Fidel, reconocida por los propios hombres del Movimiento. Los dirigentes del llano se sentían agraviados por sus reclamos autoritarios, sus quejas incesantes sobre la insuficiencia de los esfuerzos realizados. Las cartas de Fidel revelan que, lejos de considerarlos socios en pie de igualdad en una guerra de guerrillas rural y urbana, para él eran poco más que *proveedores*. Parecía desconocer la precariedad de la vida en las ciudades, donde la detención, la tortura y la ejecución eran peligros constantes.

Además de acrecentar los vínculos del Movimiento con otros grupos, la gente del llano supervisaba la campaña urbana de atentados, sabotaje y asesinatos, así como las operaciones de contraespionaje en las fuerzas armadas; mantenían las casas y clínicas clandestinas y las bandas de contrabandistas de armas. A ello se sumaban en aquellos momentos las tareas de la campaña de sabotaje industrial y rural decretada en el Manifiesto de febrero; la conformación de un frente obrero nacional para competir con los sindicatos batistianos y organizar una huelga general; y, para colmo, debían abastecer a Fidel de dinero y armas por medio de la Resistencia Cívica.

La perspectiva de abrir nuevos frentes guerrilleros se había presentado a partir de que el Movimiento se apoderara de las armas sobrantes del ataque del Directorio al palacio presidencial. Fidel había recibido algunas de esas armas en vísperas del ataque a El Uvero, pero con el resto Frank País había conformado un nuevo grupo rebelde dirigido por el exestudiante de derecho René Ramos Latour, alias «Daniel». El grupo de Daniel se había instalado en la estratégica Sierra Cristal —al este de la Sierra Maestra, entre Santiago y Guantánamo—, pero su primer asalto a un cuartel militar en junio había fracasado, dejando un saldo de varios muertos y muchas armas perdidas. Frank País había recuperado algunas de esas

armas y ocultado a Daniel con veinte de sus hombres en las casas clandestinas en Santiago. País había concebido luego un plan audaz: colocar una bomba de tiempo en una concentración a favor de Batista organizada por el gángster político Rolando Masferrer, dirigente de la fuerza paramilitar Los Tigres. Pero la bomba había fallado y poco después País sufrió el golpe final a sus aspiraciones con la muerte de su hermano Josué y otros dos camaradas.

Después de esos fracasos, País había empezado a presionar a Fidel para que ampliara el frente político mediante vínculos con personalidades políticas reconocidas; para ello había alentado la visita de Raúl Chibás y Felipe Pazos a la sierra. Él y Armando Hart —que por esa época se había fugado de la cárcel— habían elaborado una reestructuración global del Movimiento por la cual el poder decisorio quedaría en manos de un nuevo organismo ejecutivo; el plan contemplaba la integración de un nuevo Directorio Nacional con seis dirigentes provinciales. El resultado buscado era evidente: los poderes de Fidel quedarían sumamente reducidos ya que él sería un miembro más del Directorio, representante de los rebeldes en la sierra. «Si tienes alguna sugerencia o tareas a realizar, dímelo —le escribió País—. En todo caso, cuando esté terminado el proyecto de programa te lo enviaré para que lo estudies y des tu opinión».

Fidel respondió con su «Manifiesto de la Sierra Maestra», que aniquilaba cualquier intento de reducir su poder. En una carta posterior, Fidel soslayó hábilmente la propuesta al afirmar de manera ambigua: «Estoy muy feliz —y te felicito— de que vieras tan claramente la necesidad de formular planes en una escala nacional y sistemática. Seguiremos luchando aquí mientras sea necesario. Y terminaremos esta batalla con la muerte o el triunfo de la *verdadera* Revolución…»

Semanas después, Frank País había muerto y Fidel se apresuró a llenar ese vacío. El 31 de julio, al día siguiente de su muerte, escribió una carta a Celia Sánchez para expresar su dolor e indignación por la pérdida y pedirle que se hiciera cargo de «buena parte del trabajo de Frank». Proponía que Faustino Pérez reemplazara a País en el Directorio Nacional y que ella lo pusiera al corriente de sus deberes. Pero en esta ocasión el Directorio Nacional obtuvo una de sus escasas victorias sobre Fidel al designar a «Daniel» —René Ramos Latour— en lugar de Pérez como reemplazante de País.

En los últimos tiempos Fidel confiaba cada vez más en Celia Sánchez para llevar a cabo sus instrucciones. La bombardeaba con su correspondencia, le decía que era indispensable para su supervivencia y se quejaba amargamente de la falta de apoyo del llano. En efecto, desde su primer encuentro en febrero, Celia era la principal confidente de Fidel en el llano, y en aquellos momentos su autoridad se acrecentaba. Los demás dirigentes del 26 de Julio comprendieron que era su

principal intermediario con Fidel.

Como sucesor de País en el intento de ejercer mayor control sobre Fidel y los rebeldes, Daniel apuntó sus cañones hacia el Che: en una carta a Fidel se quejó de que aquél no se había comunicado una sola vez con él desde que reemplazó a País y causaba problemas al resolver sus dificultades de abastecimiento mediante personas «no autorizadas» por el Directorio. Fidel optó por hacer caso omiso de las acusaciones de Daniel mientras multiplicaba sus rencorosas quejas a Celia sobre el «abandono» de la sierra por el llano. La disputa continuaba por lo bajo, sin resolverse, y mientras tanto había que ocuparse de la guerra.

III

Mientras se preparaba para atacar de nuevo a las fuerzas del mayor Joaquín Casillas, el Che debía ocuparse de los problemas cotidianos de los reclutas nuevos, los chivatos y los desertores. Recibió un grupo nuevo de voluntarios de Las Minas, entre ellos la primera mujer, Oniria Gutiérrez, de diecisiete años. Como siempre, los dejó partir varios días después, apenas empezaron a mostrar síntomas de *cafard*, el término francés que empleaba para referirse a la cobardía.

Se enteró de que David Gómez, el mayoral que colaboraba con él, había sido detenido, torturado y aparentemente asesinado por el ejército. Las tropas habían ocupado la finca de Peladero, donde uno de los trabajadores reveló bajo presión todo lo que sabía sobre los contactos locales de los rebeldes. El Che escribió con indignación: «El resultado fue que mataron a 10 personas, incluyendo dos arrieros que tenía David, tomaron toda la mercancía, quemaron todas las casas del contorno y golpearon malamente a varios vecinos, algunos de los cuales luego fueron muertos y otros, como el papá de Israel, sufrieron fracturas. Había, según los informes, tres chivatos y yo pedí voluntarios para matarlos. Se brindaron varios voluntarios pero elegí a Israel, a su hermano Samuel, a Manolito y a Rodolfo, que salieron temprano con unos cartelitos que decían: Ajusticiado por traidor al pueblo M-26-7».

El grupo de ejecución volvió una semana después, tras haber capturado y matado a uno de los chivatos. (El informe sobre la muerte de David resultó inexacto: él mismo fue a informar al Che de que lo habían detenido y torturado brutalmente, pero que no había abierto la boca.) Poco después, cuando la columna se retiraba por el mismo territorio que habían recorrido tras la batalla de El Uvero, recibió un mensaje de un desertor de esa odisea, René Cuervo, quien pedía perdón y decía, como si quisiera congraciarse, que había matado a un chivato. En La Mesa, uno de sus proveedores dijo que Cuervo andaba por la aldea y preguntó qué debía hacer con él. «Di orden de que lo mataran si los molestaba mucho», escribió el Che sin rodeos.[40]

A finales de agosto la columna del Che se encontraba acampada en el valle de El Hombrito. A pesar de la búsqueda afanosa del enemigo, sus hombres no entraban en combate desde Bueycito, casi un mes antes. El 29 de agosto, un campesino avisó al Che de que se acercaba una gran columna enemiga y le indicó dónde acampaban. El Che decidió atacar inmediatamente antes de que el enemigo

pudiera avanzar más. Esa noche apostó a sus combatientes a ambos lados de una senda que conducía al campamento de los soldados y por la cual vendrían marchando al día siguiente. El plan era dejar pasar a los primeros diez o doce soldados, luego atacar el centro de la columna y así dividirla en dos grupos que se pudiera rodear y reducir fácilmente.

A primera luz observaron a los soldados que se despertaban y se colocaban los cascos, disponiéndose a partir. Cuando los soldados iniciaron la marcha cuesta arriba, el Che se sintió intranquilo, inquieto por la inminencia de la batalla y ansioso por estrenar su nueva Browning. A medida que se acercaban, empezó a contar. Pero cuando llegó al sexto, un soldado gritó y el Che abrió fuego en un acto reflejo; cayó el sexto hombre. Al segundo disparo, y antes de que sus hombres pudieran reaccionar, los otros cinco soldados desaparecieron de la vista. El Che ordenó el ataque, pero la columna enemiga, recuperada de la sorpresa, abrió fuego con lanzagranadas. Al ordenar la retirada a la posición defensiva se enteró de la muerte de Hermes Leyva, el primo de Joel Iglesias. Desde su puesto de observación, a un kilómetro de distancia, vieron cómo los soldados avanzaban, se detenían y a plena vista de ellos mutilaban y quemaban el cadáver de Leyva. «Nuestra ira impotente se limitaba a disparar desde lejos con fusiles y algunas ráfagas que ellos contestaban con bazookas», escribió el Che.

El intercambio de disparos duró todo el día, y al anochecer la columna enemiga se retiró. El Che calificó esa acción de «gran triunfo» a pesar de que había perdido a un hombre valioso y tomado una sola arma enemiga.

Con un puñado de armas, sus hombres habían detenido el avance de una compañía de ciento cuarenta soldados armados con lanzagranadas. Pero días después el Che se enteró de que la compañía había asesinado a varios campesinos e incendiado sus casas en represalia por su presunta complicidad con los rebeldes; fue una dura lección sobre el precio que pagaban los civiles en las zonas no protegidas. Resolvió que en el futuro evacuaría a los civiles antes de los ataques para evitar semejantes atrocidades.

Después de la batalla, el Che se reunió nuevamente con Fidel, quien acababa de atacar un campamento militar cerca de Las Cuevas. Había perdido a cuatro hombres, pero había causado bajas y obligado al enemigo a retirarse. Resueltos a aprovechar el impulso, decidieron atacar juntos un cuartel pequeño en Pino del Agua. Si había tropas, atacarían; si no, dejarían señales de su presencia para atraer al enemigo hacia el monte. La columna de Fidel sería el cebo; la del Che aguardaría en la emboscada. Elaborado el plan, las dos columnas se pusieron en marcha hacia el objetivo.

Pero las cosas no iban bien en la columna del Che. Hubo varias deserciones y luego un joven rebelde llamado Roberto Rodríguez, desarmado por insubordinación a su teniente de pelotón, consiguió un revólver y se mató de un tiro en la cabeza frente a sus atónitos camaradas. En el entierro surgió una discusión entre el Che y algunos hombres sobre si Rodríguez merecía honores militares. El Che se opuso. «Nosotros argumentábamos que suicidarse en unas condiciones como las nuestras era un acto repudiable, independientemente de las buenas cualidades del compañero. Tras un conato de insubordinación, solamente se veló el cuerpo del compañero, sin rendirle honores».

Ante semejantes muestras de insatisfacción, el Che decidió tomar medidas más estrictas y designó una nueva «comisión de disciplina» encabezada por un muchacho. Enrique Acevedo, un chico de quince años que había huido de su hogar para incorporarse como descamisado a la columna con su hermano Rogelio, recuerda que la decisión despertó el encono de los combatientes. «Algo así como una pequeña policía militar —dice Acevedoque, entre otras cuestiones, debe velar por que no se hable alto, no se encienda fuego antes del anochecer, por que al lado de las fogatas haya agua o mantas para apagarlas en caso de que aparezca la aviación… recorrer las postas e impedir que se lleven diarios. En fin, que sentimos el rigor de una nueva medida disciplinaria. El elegido disfruta con el cargo y le coge el gusto hasta llegar a ser una pesadilla para todos».

El Che tenía fama entre los rebeldes por su tendencia a ser estricto en la disciplina, y algunos pedían que los transfirieran de su columna a la otra. El joven Acevedo continuaba en ella a pesar de la renuencia inicial del Che —«¿Vos crees que esto es un orfelinato o una creche [guardería]?»— y se dedicó a observarlo con gran cuidado. Escribió en su diario «ilegal»: «Todos lo tratan con gran respeto. Es duro, seco, a veces irónico con algunos. Sus modales son suaves. Al impartir una orden se ve que manda de verdad. Se cumple en el acto».

Días después, los hermanos presenciaron un ejemplo de la justicia sumaria del Che. Enrique Acevedo tomó nota de la escena: «Al amanecer traen a un hombre fornido vestido de verde, pelado a lo militar, con grandes bigotes: es [René] Cuervo, quien campea por sus respetos en la zona de San Pablo de Yao y Vega la Yúa. Ha cometido tropelías bajo las banderas del 26 de Julio… El Che lo recibe en una hamaca. El prisionero intenta darle la mano, pero no encuentra respuesta. Lo que se habla no llega hasta nosotros, pese a que se discute fuerte, parece un juicio sumario. Al final [el Che] lo manda a retirarse con un gesto de desprecio de su mano. Lo llevan a una cañada y lo ejecutan con un fusil [calibre] 22, por lo cual hay que darle tres disparos. El Che salta de la hamaca y grita: "¡Basta!"» Más adelante, dijo Acevedo, bautizaron al lugar como el Hoyo del Cuervo.

Posteriormente, el Che justificó su decisión de matar a Cuervo. «Con el pretexto de luchar por la causa revolucionaria y ejecutar a los espías, hostigaba a todo un sector de la población de la sierra, tal vez en complicidad con el ejército. En vista de su carácter de desertor, el juicio fue veloz, procediéndose luego a su eliminación física. La ejecución de individuos antisociales que aprovechaban el clima prevaleciente en la zona para cometer crímenes desgraciadamente no era infrecuente en la Sierra Maestra».

Pero unas semanas después, en otra batalla breve, salió a la luz una faceta más compasiva del Che, tan respetuoso de los enemigos que enfrentaban con valor la muerte en combate como era implacable con los espías, traidores y cobardes. Después de emboscar un camión de transporte de tropas cerca de Pino del Agua, el Che se acercó a inspeccionar los resultados. Según su relato escrito años después: «Al tomar el primer camión encontramos dos muertos; un herido, que todavía hacía gestos de pelea en su agonía, fue rematado sin darle oportunidad de rendirse, lo que no podía hacer un combatiente cuya familia había sido aniquilada por el ejército batistiano. Le recriminé violentamente esa acción sin darme cuenta que me estaba oyendo otro soldado herido que se había tapado con unas mantas y había quedado, quieto, en la caja del camión. Al oír eso y las disculpas que daba el compañero nuestro, el soldado enemigo avisó de su presencia pidiendo que no lo mataran; tenía un tiro en la pierna, con fractura, y quedó a un costado del camino mientras proseguía el combate en los otros camiones. El hombre, cada vez que pasaba un combatiente por el lado, gritaba: "No me mate, no me mate, el Che dice que no se matan los prisioneros." Cuando finalizó el combate, lo llevamos al aserrío, le hicimos las primeras curas y quedó allí para ser devuelto».

IV

En la primera semana de septiembre, mientras avanzaban por la sierra, los rebeldes se enteraron de que se había producido la insurrección nacional. El 5 de septiembre, se había atacado y tomado la base naval y el cuartel de la policía en la ciudad de Cienfuegos. Junto con los amotinados de la marina habían participado hombres de otros grupos como el Partido Auténtico y el 26 de Julio. Pero los planes no se habían cumplido: a último momento, los jefes de la conspiración en Santiago y La Habana se habían echado atrás, dejando aislada la insurrección de Cienfuegos.

Los rebeldes controlaron la ciudad durante la mañana, pero a la tarde el régimen envió los tanques de la gran guarnición de Santa Clara y bombarderos norteamericanos B-26 para atacarlos desde el aire. En lugar de huir a la vecina sierra de Escambray, los rebeldes cometieron el error fatal de permanecer en la ciudad, y allí los masacraron. Los tres dirigentes del 26 de Julio que participaron en los sucesos —Javier Pazos, jefe en ejercicio del aparato clandestino en La Habana; Julio Camacho, jefe en la provincia de Las Villas, y Emilio Aragonés, dirigente del 26 de Julio en Cienfuegos— pudieron escapar, pero murieron unos trescientos de los cuatrocientos hombres de las diversas organizaciones participantes; a varios los fusilaron después de entregarse. El régimen se tomó venganza de la manera más bárbara; se hablaba de heridos enterrados vivos, y al cabecilla, alférez de navío Dionisio San Román, lo torturaron durante meses.

La acción, la más grande y sangrienta hasta el momento en el conflicto cubano, tuvo abundantes secuelas. Fidel fue acusado de traición por Justo Carrillo, exministro del gabinete de Prío y dirigente del grupo antibatistiano Montecristi, que había participado en la conspiración junto con una de las fracciones militares. Carrillo había enviado fondos al Movimiento 26 de Julio; luego había estudiado —y finalmente rechazado— la oferta de Fidel de formar una alianza en la época del Pacto de la Sierra. Ahora, Carrillo lo acusaba de perfidia, de dar luz verde a la revuelta de Cienfuegos sabiendo que fracasaría y provocaría la muerte de los militares que consideraba rivales suyos en la disputa por el poder. Tiempo después, el Che respondió indirectamente a esta acusación: «El Movimiento 26 de Julio, participando como aliado desarmado, no hubiera cambiado el curso de los acontecimientos aunque sus dirigentes hubieran previsto claramente el desenlace, lo que no sucedió. La lección para el futuro es: el que tiene la fuerza dicta la estrategia».

Pero también Batista sufriría las consecuencias de Cienfuegos. El Departamento de Estado consideraba que el uso de armas norteamericanas para aplastar la revuelta constituía una violación flagrante de los tratados de defensa entre los dos países; habían proporcionado los tanques y los bombarderos B-26 para la «defensa hemisférica» de Cuba, no para la represión de sublevaciones internas. Los norteamericanos pidieron explicaciones a las fuerzas armadas cubanas, y cuando éstas no las brindaron, empezaron a estudiar la suspensión de envíos futuros de armas al régimen.

Mientras tanto, en la Sierra Maestra, el Che y Fidel se acercaban a un nuevo blanco militar. El 10 de septiembre, las dos columnas llegaron a Pino del Agua. Fidel se aseguró de que los habitantes de la zona se enteraran de su presencia y hacia dónde se dirigía con el fin de que alguno lo delatara al ejército y luego se puso en marcha. Aquella noche, el Che montó su emboscada junto a los caminos y senderos por donde, según las previsiones, avanzaría el enemigo. El objetivo del plan era atacar un convoy motorizado y capturar varios camiones. Después de una semana de espera en un bosque sobre una loma que dominaba el camino principal, el Che y sus unidades oyeron ruidos de motores. El enemigo había mordido el cebo.

Más que una batalla, resultó un choque en pequeña escala. Una vez que se inició la emboscada, dos camiones cargados de soldados pudieron escapar, pero los rebeldes capturaron otros tres —los cuales incendiaron— y un cargamento valioso de armas y municiones. Mataron a tres soldados y tomaron un prisionero, un cabo que se unió a ellos y a partir de entonces fue su cocinero. Para su gran tristeza, perdieron a «Crucito», un poeta guajiro cuyos duelos con el otro verseador rebelde, Calixto Morales, entretenían a los combatientes. Crucito se había bautizado «el ruiseñor de la Maestra», y a su rival le había puesto el mote de «el buitre de los llanos».

V

El Che y sus hombres se pusieron en marcha hacia Peladero, adonde se dirigía la columna de Fidel. Por el camino confiscó la mula del comerciante Juan Balansa que, si bien no se había mostrado hostil con los rebeldes, era sospechoso de simpatizar con Batista y ser amigo de los grandes terratenientes. A esto, que para el Che era suficiente, se sumaba otro incentivo: «Juan Balansa tenía un mulo de mucha fama en la zona como animal resistente y útil y, como impuesto de guerra, se lo quitamos». La hubieran sacrificado para comérsela, pero la mula demostró ser ágil y segura, y el Che la perdonó porque se había «ganado el derecho de vivir». Luego se la apropió como su cabalgadura personal hasta que, más adelante, la «recuperó» el oficial que ya se convertía en su pesadilla, el capitán Ángel Sánchez Mosquera.

Había llegado el momento en que los rebeldes debían imponer su autoridad sobre los serranos y establecer una apariencia de ley y orden en la región. Por toda la Sierra Maestra rondaban hombres armados y reinaba una suerte de anarquía en la que desertores, grupos de forajidos que se hacían pasar por rebeldes y estos mismos cometían abusos, aprovechando sus armas y la ausencia de autoridad gubernamental para robar, violar y asesinar. La rigidez del nuevo código de conducta de los rebeldes causaba encono, sobre todo en la columna del Che, donde reinaba la tensión provocada por el celo de la flamante «comisión disciplinaria». En aquel momento, las tensiones alcanzaron un clímax sangriento.

Días después de la llegada de su columna a Peladero, el Che visitó el campamento vecino de Fidel. Estaban conversando cuando los interrumpió Ramiro Valdés. Era urgente; había sucedido algo terrible. «A Lalo Sardiñas, al castigar impulsivamente a un compañero indisciplinado y pretender darle con la pistola en la cabeza —escribió el Che—, se le había escapado un tiro, matándolo en el acto. Había un principio de motín en la tropa».

De vuelta en el campamento, se halló ante un motín en toda regla: muchos exigían un juicio sumario y la ejecución de Lalo. El Che empezó a tomar declaración a los hombres: algunos decían que Lalo había cometido un asesinato premeditado, otros que había sido un accidente. Llegó Fidel y se celebró un juicio para determinar la suerte de Lalo. Éste era un oficial, un buen combatiente que había demostrado su valentía; tanto el Che como Fidel querían perdonarle la vida. Pero debían consultar a los combatientes, y por sus declaraciones era evidente que

la mayoría deseaba la pena de muerte. Intervino el Che: «Trataba de explicar que la muerte del compañero debía ser achacada a las condiciones de la lucha —relató tiempo después—, a la misma situación de guerra, y que, en definitiva, el dictador Batista era el culpable. Pero mis palabras sonaban muy poco convincentes ante ese auditorio hostil».

A continuación tomó la palabra Fidel, quien según el Che habló largamente en defensa de Lalo. «En definitiva, el acto repudiable fue cometido en defensa del concepto de la disciplina y que había que considerar siempre esto». Muchos hombres se inclinaron ante lo que el Che llamó el «enorme poder de persuasión» de Fidel, pero muchos otros se mantuvieron firmes. Finalmente se decidió resolver la cuestión mediante el voto: fusilar o degradar a Lalo. Se respetaría la decisión mayoritaria. El Che anotó los votos en un cuaderno. De los 146 combatientes, 70 votaron por la muerte, 76 por la degradación.

Perdonaron la vida de Lalo. Lo despojaron de su grado y le ordenaron rehabilitarse combatiendo como soldado raso. Pero el asunto no terminó ahí. Al día siguiente, un grupo importante de combatientes, disgustados por la decisión, arrojaron sus armas al suelo y exigieron autorización para marcharse. Como hecho curioso, entre ellos se hallaban el presidente y varios miembros de la comisión disciplinaria formada por el Che. Como era su costumbre, al relatar el incidente el Che no dejó de señalar que varios de los renunciantes se convirtieron luego en traidores a la Revolución. «Aquellos hombres que no respetaron la mayoría y que demostraron su inconformidad abandonando la lucha, después se pusieron al servicio del enemigo y vinieron como traidores a luchar en nuestro suelo».

Por más que el Che se empeñe en atribuir motivaciones traicioneras a los renunciantes, el incidente es revelador no tanto de la moral revolucionaria como de la dureza de su personalidad en aquella época. La marcha del Che a través de la Sierra Maestra estaba sembrada de cadáveres de chivatos, desertores y delincuentes, hombres cuyas muertes había ordenado y en ocasiones ejecutado él mismo. El código disciplinario impuesto hacia dentro y hacia fuera de la familia creciente de guerrilleros había generado un clima propicio para los abusos como el de Lalo. El líder da el ejemplo y, a su manera tosca, los subordinados del Che no hacían más que emular su conducta.

Después del motín, Fidel transfirió a varios hombres a la columna del Che para reemplazar a los renunciantes. En reemplazo de Lalo envió a Camilo Cienfuegos. El exjugador de béisbol, apuesto, rubio y extrovertido, fue designado capitán del pelotón de vanguardia. Resultó ser una decisión acertada, porque la personalidad despreocupada de Camilo sirvió para compensar la rigidez del Che. Había entre los dos un gran respeto mutuo y el Che le dispensaba a Camilo un

grado de confianza que no le permitía a nadie más; sus conversaciones estaban sembradas de bromas procaces, regaños y pullas amistosas.

Llegó el momento de reanudar la marcha, y Fidel dio nuevas órdenes. «Inmediatamente teníamos que ponernos en camino para liquidar el intento de unos bandoleros, que, amparados en el nombre de nuestra Revolución, estaban cometiendo sus fechorías en los escenarios primeros de nuestra lucha y en la zona cercana a Caracas y el Lomón. La primera tarea de Camilo en nuestra columna fue marchar a paso rápido para tomar prisioneros a todos estos elementos y poder juzgarlos posteriormente».

Mientras Camilo perseguía a los «bandidos», el Che volvió a la zona donde había instalado su propio cuartel general: el valle de El Hombrito. Desde la emboscada de agosto, el ejército no había regresado al lugar, y el Che había echado los cimientos de una base permanente. Dejó a un guajiro llamado Aristidio al frente de un campamento para nuevos voluntarios en el valle e incluso construyó un horno para pan. Pero a pesar de la calma momentánea, la posible incursión del ejército aterraba a los campesinos. Sánchez Mosquera había establecido su base en Minas de Bueycito y se pensaba que el ataque se produciría en cualquier momento. Evidentemente, Aristidio no era inmune al miedo generalizado porque durante la ausencia del Che había vendido su revólver y cometido el desatino de advertir a varias personas que pensaba tomar contacto con el ejército antes de que éste atacara. Todo esto llegó a oídos del Che, quien tomó medidas inmediatamente. «Aquéllos eran momentos difíciles para la Revolución —recordaría después—, y en uso de las atribuciones que como jefe de una zona tenía, tras de una investigación sumarísima, ajusticiamos al campesino Aristidio».

El adolescente Enrique Acevedo estaba presente cuando trajeron a Aristidio: «Por nuestro lado pasa un prisionero descalzo, lo llevan amarrado. Es Aristidio. Nada queda de su facha de cacique. Más tarde se siente un disparo. Cuando llegamos al lugar ya le están echando tierra. Al amanecer, luego de una jornada agotadora, se nos explica que Aristidio fue ejecutado por mal empleo del dinero y los medios de la guerrilla…»

Pero más adelante, el Che relató la suerte del campesino casi con remordimiento. «Este Aristidio fue uno de los casos típicos de campesinos que se unieron a la Revolución sin una clara conciencia de lo que significaba… Hoy nos preguntamos si era realmente tan culpable como para merecer la muerte y si no se podía haber salvado una vida para la etapa de la construcción revolucionaria. La guerra es difícil y dura y durante los momentos en que el enemigo arrecia su acometividad no se puede permitir ni el asomo de una traición. Meses antes, por una debilidad mucho más grande de la guerrilla, o meses después, por una

fortaleza relativamente mucho mayor, quizá hubiera salvado su vida».

Después de ajusticiar a Aristidio, el Che se desplazó hacia el cerro Caracas en otra misión punitiva, para ayudar a Camilo a cazar a una banda armada dirigida por el Chino Chang, un bandido cubano de origen chino. Aunque tenía una suerte de alianza con los rebeldes, Chang había robado y matado campesinos en la zona. Camilo ya había detenido a varios acusados, que serían juzgados por un tribunal revolucionario porque por primera vez los rebeldes contaban con un abogado de verdad para aplicar su sistema judicial: Humberto Sorí Marín, un prominente abogado y miembro del 26 de Julio en La Habana.

Apenas detuvieron al Chino Chang comenzaron los juicios. El tribunal absolvió a la mayoría de los acusados, pero condenó a muerte a Chang y a un campesino que había violado a una joven. Como siempre, el Che observó cuidadosamente sus últimos momentos para ver si demostraban coraje o cobardía frente a la muerte. «Primero fueron ajusticiados el campesino violador y el Chino Chang, ambos serenos, fueron atados en los palos del monte y el primero, el violador, murió sin que lo vendaran, de cara a los fusiles, dando vivas a la Revolución. El Chino afrontó con toda serenidad la muerte pero pidió auxilios religiosos del padre Sardiñas, que en ese momento estaba lejos del campamento,[41] no se le pudo complacer y pidió entonces Chang que se dejara constancia de que había solicitado un sacerdote, como si ese testimonio público le sirviera como atenuante en otra vida».

Los rebeldes decidieron aleccionar a tres jóvenes de la pandilla de Chang mediante una ejecución fingida. Los muchachos fueron sentenciados a muerte y obligados a presenciar la ejecución de Chang y el violador mientras aguardaban la suya. Relata el Che: «Luego se realizó el fusilamiento simbólico de tres de los muchachos que estaban más unidos a las tropelías del Chino Chang, pero a los que Fidel consideró que debía dárseles una oportunidad; los tres fueron vendados y sujetos al rigor de un simulacro de fusilamiento; cuando después de los disparos al aire se encontraron los tres con que estaban vivos; uno de ellos me dio la más extraña espontánea demostración de júbilo y reconocimiento en forma de un sonoro beso, como si estuviera frente a su padre». Según el Che, la decisión de perdonarles la vida resultó acertada; los tres permanecieron en el Ejército Rebelde, uno de ellos en la columna del Che, y se rehabilitaron al convertirse en «buenos combatientes de la revolución».

El periodista Andrew St. George, que había reaparecido, presenció las ejecuciones —tanto las verdaderas como las simuladas— y tomó fotografías del drama a medida que se desarrollaba. Éstas y su artículo aparecieron en la revista norteamericana *Look*. Aparentemente también envió informes al servicio de

inteligencia norteamericano. (Varias fuentes coinciden en que el verdadero motivo de los viajes periodísticos de St. George era reunir información sobre Fidel y el movimiento rebelde para el gobierno norteamericano.)

Durante los días siguientes cayeron otros transgresores. Uno de ellos era Dionisio Oliva, un campesino que había cumplido un papel clave para desenmascarar a Eutimio Guerra. Posteriormente, él y su cuñado habían robado provisiones destinadas a los rebeldes y se habían convertido en cuatreros. Dionisio había expropiado casas privadas donde mantenía a dos amantes. Con ellos cayeron varios hombres más, incluido un joven llamado Echevarría. Tenía a varios hermanos en la guerrilla; uno de ellos había desembarcado del *Granma*. En cambio, este joven había optado por unirse a una pandilla de bandoleros. Con todo, su caso fue «conmovedor», según el Che. Echevarría suplicó que lo dejaran morir en combate (no quería deshonrar a su familia al morir frente a un pelotón de fusilamiento revolucionario), pero el tribunal confirmó la sentencia. Antes de que lo fusilaran, escribió el Che, Echevarría envió una carta a su madre, «explicándole la justicia de la sanción que en él se ejecutaba y recomendándole ser fiel a la revolución».

El último de los ejecutados fue nada menos que «el Maestro», el acompañante timorato del Che cuando, atormentado por el asma, fue a Santiago a conocer a los nuevos voluntarios. Posteriormente el Maestro había abandonado la guerrilla con el pretexto de una enfermedad y se había «dedicado a una vida de inmoralidades». Se había hecho pasar por el «doctor» Che para tratar de violar a una campesina que acudió a él como paciente.

Después de la victoria revolucionaria, Fidel habló de esas ejecuciones con Carlos Franqui, periodista del 26 de Julio. Mintió en cuanto al número de ejecuciones que autorizó durante la guerra, pero se explayó sobre el caso del Maestro. «Llevamos muy poca gente delante de los pelotones de fusilamiento, realmente muy poca. En toda la guerra no fusilamos a más de diez tipos, en veinticinco meses». En cuanto al Maestro: «Era un orangután: tenía una barba enorme. También era un payaso nato y llevaba cargas como si fuera Hércules, pero era mal soldado… ¡Le gustaba ser médico más que maestro! Qué estupidez, hacerse pasar por el Che en esa zona donde habíamos estado mucho tiempo, donde todos nos conocían… Y ahora, con la nueva barba, el Maestro se hacía pasar por el Che: "Tráiganme mujeres. ¡Las voy a examinar a todas!" ¿Alguna vez escuchaste algo más indignante? Lo fusilamos».

VI

Después de la oleada de ejecuciones, el Che y sus hombres volvieron a El Hombrito. Ya era finales de octubre de 1957, y el Che quería iniciar la construcción de una infraestructura «industrial» para sostener la presencia permanente de la guerrilla. Esta ambiciosa intención recibió un impulso adicional con la llegada de dos estudiantes universitarios de La Habana a quienes encargó la construcción de una represa para obtener energía hidroeléctrica del río Hombrito. Su otra tarea fue ayudarlo a lanzar un diario de la guerrilla: *El Cubano Libre*. El primer número apareció a principios de noviembre, impreso con una antigua multicopista de 1903 que llevaron a la sierra con ese fin.

El Che tomó nuevamente la pluma y escribió una serie de artículos bajo su antiguo seudónimo: «El Francotirador». En su primer artículo, «El principio del fin», vinculó hábilmente el problema de la ayuda militar norteamericana a Batista con las recientes protestas de los defensores de los animales frente a la ONU en Nueva York por la decisión soviética de enviar al espacio a una perra llamada Laika en su satélite *Sputnik II*. (El mes anterior los soviéticos habían puesto en órbita el *Sputnik I*, el primer satélite artificial.)

«El alma se nos llena de compasión, pensando en el pobre animal que morirá gloriosamente en aras de una causa que no comprende. Pero no hemos oído que ninguna sociedad filantrópica norteamericana haya desfilado frente al noble edificio, pidiendo clemencia para nuestros guajiros, y ellos mueren en buen número, ametrallados por los aviones P-47 y B-26 enviados por las fragatas o acribillados por los competentes M-1 de la tropa. ¿O será que en el marco de la conveniencia política vale más una perra siberiana que mil guajiros cubanos?»

Ese periódico fue apenas el comienzo. Con su visión de dejar instalada una infraestructura social eficiente en El Hombrito, hizo construir un hospital rudimentario y trazó planos para otro más. En poco tiempo, además de la panadería, tenían una «embrionaria» granja avícola y porcina, un taller de zapatería y talabartería, y una «armería» que funcionaba a todo vapor. Habían iniciado la producción de minas terrestres rudimentarias y granadas para lanzar con fusil, llamadas «Sputnik» en honor de los nuevos satélites soviéticos, y empezaban a reunir los materiales para fabricar obuses. Para coronar simbólicamente estos logros, el Che encargó la confección de una enorme bandera del 26 de Julio con la inscripción «Feliz Año 1958» para izarla en la cima del monte

El Hombrito. Supervisaba estas actividades con el orgullo de saber que instituía una «autoridad real» en la zona. Al mismo tiempo, consciente de que las tropas del capitán Sánchez Mosquera merodeaban por la zona, hizo construir refugios antiaéreos y fortificaciones defensivas a lo largo de las rutas que conducían al interior de su pequeño feudo. «Decidimos entonces crear una base de operaciones fija… y crear allí nuestra industria pesada», escribió a Fidel el 24 de noviembre.

Pero en el momento de escribir esa carta recibió la noticia de que las tropas de Sánchez Mosquera atravesaban el valle adyacente de Mar Verde, incendiando en su camino los bohíos de los campesinos. El Che envió a Camilo Cienfuegos a emboscar a las tropas y lo siguió con la intención de atacar al enemigo por la retaguardia.

Mientras los soldados avanzaban cuesta arriba por el valle de Mar Verde, los hombres del Che lo hacían por las laderas boscosas que lo flanqueaban para alcanzarlos sin dejarse ver. Trataron de apretar la marcha, pero descubrieron que los seguía su nueva mascota, un cachorro. El Che le dijo al combatiente que cuidaba del cachorro, un hombre llamado Félix, que lo obligara a volver, pero el perrito fiel siguió a la columna. Descansaron junto a un arroyo y el perrito empezó a aullar. Trataron de hacerlo callar con caricias, pero el perrito seguía aullando. El Che ordenó que lo mataran. «Félix me miró con unos ojos que no decían nada —escribió el Che tiempo después—. Entre toda la tropa extenuada, como haciendo el centro del círculo, estaban él y el perrito. Con toda lentitud sacó una soga, la ciñó al cuello del animalito y empezó a apretarlo. Los cariñosos movimientos de su cola se volvieron convulsos de pronto, para ir poco a poco extiguiéndose al compás de un quejido muy fino que podía burlar el círculo atenazante de la garganta. No sé cuánto tiempo fue, pero a todos nos pareció muy largo el lapso pasado hasta el fin. El cachorro, tras un último movimiento nervioso, dejó de debatirse. Quedó allí, esmirriado, doblada su cabecita sobre las ramas del monte».

El grupo reanudó la marcha en silencio. El enemigo se había alejado. Disparos remotos les indicaron que las tropas emboscadas de Camilo habían atacado, pero los exploradores enviados por el Che sólo hallaron una tumba cavada poco antes. El Che ordenó que la abrieran y en su interior hallaron el cadáver de un soldado enemigo; la escaramuza había terminado y tanto las tropas como el grupo de Camilo se habían alejado. Decepcionados por no haber podido entrar en acción, volvieron al fondo del valle y al anochecer llegaron a la aldea de Mar Verde. Los habitantes habían huido sin llevarse sus pertenencias. Los rebeldes cocinaron un cerdo y un poco de yuca, y uno de ellos se puso a cantar al son de una guitarra.

«No sé si sería sentimental la tonada, o si fue la noche, o el cansancio —

escribió el Che—. Lo cierto es que Félix, que comía sentado en el suelo, dejó un hueso. Un perro de la casa vino mansamente y lo cogió. Félix le puso la mano en la cabeza, el perro lo miró; Félix lo miró a su vez y nos cruzamos algo así como una mirada culpable. Quedamos repentinamente en silencio. Entre nosotros hubo una conmoción imperceptible. Junto a todos, con su mirada mansa, picaresca con algo de reproche, aunque obervábamos a través de otro perro, estaba el cachorro asesinado».

Todavía estaban en Mar Verde cuando al día siguiente los exploradores avisaron que las tropas de Sánchez Mosquera estaban acampadas a menos de dos kilómetros de ahí. La fuerza de Camilo ya estaba en posición y antes de atacar esperaba que lo hiciera la columna del Che. Ésta se desplazó rápidamente hasta el lugar. Al amanecer del día siguiente, 29 de noviembre, los rebeldes ocupaban sus posiciones en las márgenes del río Turquino, bloqueando las posibles vías de escape. El Che apostó su propia unidad en el punto más vulnerable; si los soldados pasaban por ahí, tendrían que dispararles a quemarropa.

El Che con dos o tres hombres estaba oculto detrás de unos árboles cuando pasó un pequeño pelotón enemigo. Armado sólo con una pistola Luger, el Che se apresuró nerviosamente en su primer disparo y erró. Comenzó el tiroteo, y en la confusión los soldados se refugiaron en el monte. Al mismo tiempo las demás unidades abrieron fuego sobre la casa donde se hallaba la mayoría de los soldados enemigos. Durante el tiroteo, Joel Iglesias fue herido de seis balazos mientras perseguía a los soldados. El Che lo halló bañado en sangre, pero vivo. Después de evacuar al chico al hospital de campaña en El Hombrito, volvió a la batalla, pero las tropas de Sánchez Mosquera, bien atrincheradas, mantenían un fuego intenso, por lo cual un asalto sobre su posición era sumamente peligroso. Cuando empezaron a llegar refuerzos militares, el Che envió a varios pelotones a detenerlos mientras sus hombres mantenían inmovilizados a los de Sánchez Mosquera. Ciro Redondo, amigo del Che y veterano del *Granma*, trató de acercarse, pero cayó muerto de un balazo en la cabeza.

Hacia la media tarde terminó todo. Los refuerzos enemigos habían logrado atravesar las emboscadas, y el Che ordenó la retirada. Había sido un día sangriento. Además de Ciro, habían perdido a otro hombre, asesinado después de caer prisionero. Otros cinco, incluido Joel, estaban heridos. Pensaban que el ejército los perseguiría y volvieron a El Hombrito a marchas forzadas para prepararse para la confrontación.

Después de varios días de preparativos febriles para la defensa, recibieron el aviso: las tropas de Sánchez Mosquera estaban en camino. El Che había trasladado a los heridos y las provisiones a su nueva posición de retirada en La Mesa.

Esperaba que las nuevas minas terrestres fabricadas por su armería, colocadas en la ruta de aproximación a El Hombrito, detendrían el avance enemigo. Pero las minas no explotaron, y las unidades guerrilleras de vanguardia tuvieron que abandonar rápidamente sus posiciones. La ruta hacia El Hombrito estaba despejada y había poco tiempo que perder. El Che y sus hombres se retiraron del valle por una senda que ascendía la cuesta bautizada como Los Altos de Conrado en honor a un guajiro comunista que los ayudaba. Debían subir una cuesta abrupta hasta una casa abandonada, que el Che consideraba el mejor lugar donde apostarse. Montaron la emboscada detrás de una gran piedra que dominaba el camino. Allí esperarían durante los tres días siguientes.

El plan, aunque escasamente ambicioso, era arriesgado. Oculto detrás de un gran árbol junto al camino, Camilo Cienfuegos trataría de matar al primer soldado que apareciera. Los francotiradores apostados a ambos lados del camino abrirían fuego y otros lo harían desde el frente. El Che y un par de hombres ocupaban posiciones de reserva a unos veinte metros, pero no estaban totalmente ocultos. El Che había ordenado que nadie se asomara a echar una mirada (el primer disparo les indicaría la llegada de los soldados), pero él violó su propia orden.

«Pude apreciar ese momento tenso antes del combate —escribió—, en que el primer soldado apareció mirando desconfiado a uno y otro lado y fue avanzando lentamente… Escondí la cabeza esperando el comienzo del combate; sonó un disparo y enseguida se generalizó el fuego». El estrépito de la batalla invadió el bosque mientras los dos bandos disparaban a corta distancia uno del otro. Los soldados dispararon rápidamente algunos obuses, pero éstos cayeron lejos de los rebeldes, y en ese momento una bala impactó en el Che. «De pronto sentí la desagradable sensación, un poco como de quemadura o de la carne dormida, señal de un balazo en el pie izquierdo que no estaba protegido por el tronco».

Oyó ruidos de hombres que se acercaban a través de la maleza y comprendió que estaba indefenso. Había vaciado el cargador del fusil y no había tenido tiempo para cambiarlo; su pistola había caído al suelo y ahora la cubría con su propio cuerpo, pero no podía alzarse para recogerla por temor a que lo descubriera el enemigo. Rodó desesperado y cogió la pistola en el momento en que uno de sus hombres, el llamado «Cantinflas», venía hacia él para decirle que se retiraba porque su arma estaba trabada. Colocó el cargador en el arma y alejó al joven con un insulto. En un alarde de coraje, Cantinflas salió al descubierto para disparar al enemigo, pero recibió un balazo que entró por su brazo izquierdo y salió por el omoplato.

Los dos estaban heridos y no tenían la menor idea de dónde estaban sus camaradas. Se arrastraron para salir de la línea de fuego y conseguir ayuda.

Huyeron hacia la casa de un colaborador, a varios kilómetros de distancia. Cantinflas iba en una camilla, pero el Che, sostenido por la adrenalina, anduvo a pie hasta que el dolor lo doblegó y tuvieron que subirlo a un caballo.

Temeroso de que el enemigo continuara su avance, el Che organizó una nueva emboscada en La Mesa y envió una carta urgente a Fidel para ponerlo al tanto de los sucesos: «La ayuda rápida con 30-06 y automáticas calibre 45 sería muy oportuna». Informó de que había vengado la pérdida de El Hombrito matando a «por lo menos tres soldados enemigos», y luego dio las malas nuevas; habían perdido un fusil, no habían tomado armas del enemigo y él mismo estaba herido. «Lamento muchísimo no haber seguido tu consejo, pero la moral de los hombres estaba bastante baja… y consideraba que mi presencia en las primeras líneas era absolutamente necesaria. Sin embargo, en general me cuidé mucho y la herida fue accidental…»

Después de escribir la carta, el Che descubrió que su situación no era tan mala como temía. El enemigo, lejos de aprovechar su ventaja, se había retirado totalmente de la zona. Y no era ésa la única buena noticia. Habían operado al joven Joel Iglesias, quien ya se recuperaba. En el nuevo refugio, uno de los médicos que se habían unido recientemente a los rebeldes «operó» al Che. Con una hoja de afeitar le extrajo el proyectil del M-1 del pie, y el Che pudo volver a caminar.

Pero al volver a El Hombrito, halló que el lugar estaba devastado. «Nuestro horno de pan había sido concienzudamente destruido y entre las ruinas humeantes solamente se encontraron algunos gatos y algún puerco que escapó a la vesania del ejército invasor para caer en nuestras fauces». Volverían a empezar de cero, pero no en El Hombrito. Al finalizar su primer año de guerra y comenzar 1958, el Che empezó a construir una nueva base en La Mesa.

VII

En su carta a Fidel del 9 de diciembre, el Che abordaba un tema mucho más importante que su dilema militar inmediato. Estaba relacionado con su disputa creciente con el Directorio Nacional del 26 de Julio en el llano. El Che jamás había sentido estima por la gente del llano —ni, evidentemente, ellos por él—, pero ahora la relación se volvía abiertamente hostil.

El problema tenía que ver formalmente con el abastecimiento. Desde su ascenso a comandante, el Che había ignorado a Daniel, el sucesor de Frank País como coordinador del Ejército Rebelde en Oriente, para tratar por su cuenta con proveedores no autorizados por el Directorio. Pero éste era el aspecto superficial del problema. Para el Directorio Nacional, él era un marxista «extremista». Lo que alarmaba a Daniel y Armando Hart, patentes anticomunistas ambos, era la autonomía casi total de la columna del argentino y su evidente influencia sobre Fidel, en momentos en que sus relaciones con él se debilitaban. La negativa del Che a ponerse en contacto con Daniel o utilizar la organización en Santiago socavaba la autoridad del llano. Para controlarlo, querían obligarlo a utilizar los «canales correspondientes».

Para resolver las desavenencias, a fines de octubre Daniel y Celia Sánchez fueron a la Sierra Maestra a hablar con Fidel. La visita coincidió con una serie de procesos políticos lejos de la sierra. Armando Hart, jefe de la «organización general» del 26 de Julio en el llano, informó del hecho potencialmente auspicioso de que los partidos de oposición gestionaban la conformación de un gobierno revolucionario en el exilio dominado por el 26 de Julio y los auténticos de Prío. En octubre escribió a Fidel que continuaban las «relaciones cordiales con ciertos círculos diplomáticos» y que se había enterado de que personas «cercanas a la Embajada [estadounidense]» habían intercedido por ellos ante el embajador. «Creo que ésta es la mejor política —escribió a modo de conclusión—, ya que se nos mantiene al tanto de todo lo que sucede ahí y de todos los planes norteamericanos, y al mismo tiempo el Movimiento no se compromete oficialmente…»

Como secuela de la frustrada sublevación en Cienfuegos, apoyada clandestinamente por la CIA, los norteamericanos probablemente trataban de compensar sus pérdidas, buscando distintos medios para echar a Batista. Una coalición amplia de grupos políticos *aceptables* —incluyendo un 26 de Julio moderado— les debió de parecer la solución ideal. El conflicto cubano escapaba a

todo control. Cuando el ejército se reveló incapaz de dar a los rebeldes un golpe mortal, Batista optó por soltar a los perros. Los asesinatos policiales de sospechosos eran cosa de todos los días, mientras las masacres periódicas de guajiros por el ejército en Oriente exacerbaban el clima de anarquía creciente. El oficial Alberto del Río Chaviano, conocido por haber torturado a los rebeldes del Moncada hasta matarlos, había sido ascendido y puesto al mando de la campaña antiguerrillera en la Sierra Maestra, y se había puesto un precio de cien mil dólares a la cabeza de Castro.

Los enemigos de Batista también multiplicaban los actos de violencia. En octubre y noviembre, el Movimiento 26 de Julio se lanzó a perseguir espías y traidores en las ciudades y por fin pudo matar al Gallego Morán, que había causado estragos al pasarse a las filas del servicio de inteligencia militar batistiano. El brutal jefe militar de Holguín, el coronel Fermín Cowley, responsable de la matanza de los hombres del *Corinthia* y otros asesinatos, fue muerto por un comando del 26 de Julio. Los rebeldes también incrementaron el sabotaje económico. Sus unidades partían de la sierra para incendiar cañaverales en una escala hasta entonces nunca vista. Fidel pensaba incrementar el ataque a la economía nacional para sacar la guerra de su aislamiento en la Sierra Maestra y transformarla en una campaña nacional. Como prueba de sus intenciones, prometió incendiar los importantes cañaverales de su familia en Birán.

Paradójicamente, a pesar del conflicto, la economía cubana pasaba por un boom gracias a los altos precios del azúcar y el aumento de las inversiones extranjeras, casi todas provenientes de Estados Unidos. Las empresas extractoras de níquel en Oriente, de capitales norteamericanos, habían anunciado sus planes de expansión, y en La Habana se ampliaban las instalaciones portuarias para hacer frente al crecimiento del comercio marítimo. Oleadas de turistas afluían a La Habana, y se construían nuevos hoteles de lujo para recibirlos. La última zafra azucarera, una de las mejores de la historia de Cuba, había dado un excedente de cientos de millones de dólares para el Estado.

Con todo, Washington aún desconfiaba de la aptitud de Batista para dominar la situación y enviaba señales contradictorias a su régimen. Mientras el Departamento de Estado y la CIA expresaban su disgusto creciente, los militares apoyaban al dictador. En noviembre, el jefe de la fuerza aérea de Batista, coronel Carlos Tabernilla, había recibido una condecoración militar, mientras el general de marines Lemuel Shepherd, en un discurso, brindaba por Batista, «un gran general y un gran presidente». Después de unos meses en funciones, el embajador Earl Smith había recibido abundantes noticias sobre las «influencias comunistas» entre los rebeldes y se mostraba escéptico sobre Fidel Castro, hasta el punto de sugerirle al director de la CIA, Allen Dulles, que enviara un espía a la Sierra Maestra para

determinar «los alcances del control comunista» en el movimiento.

Mientras tanto, Fidel se balanceaba sobre la cuerda floja en su intento de aparecer como el caudillo indiscutido de la oposición política cubana. Para ello, debía fortalecerse militarmente mediante la extensión de la guerra, lo cual requería un mayor apoyo político y económico. Y para lograr este último debía mostrar una fachada moderada, tranquilizadora.

Al recibir la carta de Armando Hart sobre el inminente pacto de unidad, Fidel encomendó a su representante en Estados Unidos la tarea de conducir una delegación a la reunión del 1 de noviembre y le dio una lista de los nombres que proponía para ocupar los puestos clave en la alianza propuesta. Sin dudar de que sus deseos serían cumplidos, Fidel volvió a ocuparse de los asuntos de la guerrilla. Debidamente amonestado en las reuniones con Fidel, Daniel volvió a Santiago y enseguida puso manos a la obra para conseguir las municiones y provisiones que requería la guerrilla. Celia Sánchez se quedó en el campamento. Fidel le había dicho que deseaba su «presencia femenina» a su lado durante algún tiempo y ella había aceptado la propuesta. Permanecería con él hasta el fin de la guerra.

El 1 de noviembre, se constituyó en Miami una Junta de Liberación Cubana con representantes de la mayoría de los partidos de la oposición. Los comunistas estaban excluidos, pero el Movimiento 26 de Julio dominaba el «comité nacional» de la junta. Sin embargo, Felipe Pazos se había presentado por su cuenta como representante oficial del 26 de Julio, lo que para Fidel constituyó un intento de desplazarlo. Y aparte de los reclamos consabidos de renuncia de Batista, elecciones justas y retorno al estado de derecho, el Pacto buscaba abiertamente satisfacer a Washington. No se produjo declaración alguna que se opusiera a la intervención extranjera o a la idea de que una junta militar sucediera a Batista (uno de los grandes temores de Fidel) y en cambio se reclamó la incorporación de las guerrillas fidelistas a las fuerzas armadas cubanas «después de la victoria» para asegurar la futura disolución del Ejército Rebelde. En cuanto a la injusticia social, se limitó a incluir una tibia promesa de crear puestos de trabajo y elevar el nivel de vida. En síntesis, era un manifiesto político destinado a ganar el corazón de Washington.

Las novedades llegaron a la sierra en cartas de Daniel y Armando Hart, quienes denunciaban los términos del pacto pero insinuaban que les parecían «aceptables». Raúl, indignado, acusó a Felipe Pazos de traición lisa y llana y propuso desatinadamente que lo fusilaran. Fidel les hizo saber su disgusto, pero sin pronunciarse públicamente, y mientras los dirigentes del llano se apresuraban a clarificar sus posiciones, se sumió en un silencio enigmático. Ocupado con la guerra, el Che mantuvo silencio, pero aguardaba con preocupación el pronunciamiento definitivo de Fidel. El 1 de diciembre, después de la batalla de

Mar Verde, instó diplomáticamente a Fidel a que emitiera un manifiesto para publicarlo en *El Cubano Libre*. Luego se produjo su retirada de El Hombrito seguida por la acción en Altos de Conrado donde fue herido. Finalmente, en su carta del 9 de diciembre desde La Mesa, le arrojó el guante a Fidel. Expuso sus sospechas sobre el Directorio Nacional, al que acusó de sabotearlo «intencionalmente» y exigió que se le permitiera tomar «medidas severas» no especificadas para remediar la situación; caso contrario, presentaría su renuncia. A pesar de su lenguaje diplomático, la carta era un ultimátum al jefe.[42] La respuesta determinaría no sólo las futuras relaciones del Che con Fidel Castro sino, más aún, el rumbo político de la lucha revolucionaria en Cuba.

Cuatro días después, el Che recibió la respuesta. Jamás se divulgaron los términos de esa carta, pero, cualesquiera que fuesen, el Che experimentó una reafirmación de su fe. El 15 de diciembre escribió a Fidel: «En este preciso instante llegó un mensajero con tu nota del trece. Confieso que… me llenó de paz y felicidad. No por razones personales sino por lo que significa este paso para la Revolución. Sabes muy bien que no confiaba en absoluto en la gente del Directorio Nacional: ni como dirigentes ni como revolucionarios. Pero no pensé que llegarían al extremo de traicionarte tan abiertamente…»

La carta advertía luego a Fidel sobre la «inconveniencia» de continuar en silencio: evidentemente, los norteamericanos «mueven los hilos de esta tramoya» y había llegado el momento de actuar sin miramientos. «Desgraciadamente, tenemos que afrontar al Tío Sam antes de tiempo». Nuevamente instaba a Fidel a denunciar el Pacto de Miami mediante un documento firmado; *él* imprimiría diez mil ejemplares y los distribuiría por todo Oriente y La Habana, en lo posible por toda la isla. «Más adelante, si se complica, con ayuda de Celia podemos despedir a todo el Directorio Nacional».

Fidel sí rompió su silencio. El mismo día de la carta, emitió una declaración de condena al Pacto de Miami que envió al Che, al Directorio Nacional y a los firmantes del pacto, cuyo «patriotismo tibio y cobardía» fustigó. «La dirección de la lucha contra la tiranía está y seguirá estando en Cuba y en las manos de combatientes revolucionarios». En cuanto al futuro de sus fuerzas guerrilleras después de la victoria, declamó: «El Movimiento 26 de Julio reclama para sí la función de mantener el orden público y reorganizar las fuerzas armadas de la república». Finalmente, para sabotear el intento (según lo entendía él) de Felipe Pazos de asegurarse la presidencia de un futuro gobierno de transición, Fidel designó a su propio candidato: el anciano jurista santiaguino Manuel Urrutia. Para concluir su *tour de force*, afirmó: «Éstas son nuestras condiciones… Si se las rechaza, entonces continuaremos la lucha por nuestra cuenta… Para morir con dignidad no hace falta compañía».

La vigorosa denuncia obtuvo el efecto deseado de destruir la flamante Junta. Los ortodoxos se retiraron del Pacto; Felipe Pazos renunció al Movimiento 26 de Julio; Faure Chomón, el nuevo dirigente del Directorio, atacó violentamente la posición de Fidel y empezó a planificar su propia invasión de Cuba. Todavía faltaba el enfrentamiento definitivo de Fidel con su Directorio en el llano, pero eso sucedería unos meses después. Mientras tanto, el Che y Daniel dirimieron su pleito en un cruce de cartas enconadas. El Che proclamó en tono desafiante su credo marxista y su fe renovada en Fidel «como un auténtico dirigente de la burguesía izquierdista», a la vez que fustigó a Daniel y los «derechistas» del Directorio por la vergüenza de permitir que «cogieran por el culo» al movimiento rebelde en Miami. Daniel rechazó enérgicamente las acusaciones y lo acusó a su vez de preferir la «dominación soviética» para Cuba. Insistió en que él y los camaradas del llano tenían sus reservas sobre el Pacto de Miami, pero pensaban que antes de denunciarlo, el Movimiento 26 de Julio debía decidir «de una vez por todas» dónde estaba y hacia dónde se dirigía.[*]

La guerra epistolar entre Daniel y el Che revela mejor que cualquier documento histórico la profundidad de las divisiones ideológicas en el seno del movimiento rebelde cubano en esa época. Daniel escribió su respuesta a la carta del Che antes de enterarse de que Fidel había denunciado el Pacto de Miami, pero la suerte estaba echada: se advertía a los grupos de oposición cubanos que sólo se les permitiría cumplir un papel en la revolución si reconocían a Fidel como dirigente supremo y aceptaban sus condiciones. En poco tiempo la ruptura de Fidel se conoció en toda la isla. Tal como había prometido, el Che la reprodujo con su multicopista y el 2 de febrero *Bohemia* la publicó en una edición especial de medio millón de ejemplares. El 6 de enero, mientras mandaba imprimir la carta, el Che elogió el documento «histórico» en carta a Fidel. «Ya lo decía Lenin, la política de principios es la mejor política. El resultado final será magnífico… Ahora vas por el camino más grande de ser uno de los dos o tres [dirigentes] de América que llegarán al poder por una lucha armada multitudinaria».

En ese momento, pocas personas aparte del Che tenían plena conciencia del paso trascendental que había dado Fidel, y que con el tiempo afectaría a las vidas de millones de personas, tanto en Cuba como en el exterior. La denuncia pública del Pacto de Miami era apenas la punta visible de una decisión política de gran magnitud, que por el momento sería un secreto celosamente guardado.

VIII

Desde el comienzo, Fidel era consciente de que el enfrentamiento con los norteamericanos era un hecho ineludible, pero esperaba postergarlo hasta *después* de la conquista del poder. Los profundos tentáculos de éstos en su patria no admitían medidas tibias, y si alguna vez había de gobernar como correspondía y conquistar la auténtica liberación nacional de Cuba, tendría que cortarlos de raíz. Para el Che esto significaba llevar a cabo una revolución socialista, pero Fidel se cuidaba de emplear en público esa palabra tan temida.

Hasta entonces Fidel se había mantenido a prudente distancia del Partido Socialista Popular, el partido comunista cubano. Para ganar terreno había suavizado su mensaje político para concertar una amplia alianza política y evitar la hostilidad de los norteamericanos. Pero los signos inconfundibles de la influencia de Washington sobre el Pacto de Miami y sobre algunos dirigentes del 26 de Julio en el llano demostraban que los días de contemporizar habían pasado.

Entonces aparecieron los comunistas. La víspera de la partida del *Granma*, el PSP le había dicho claramente a Fidel que coincidía con su objetivo de derrocar a Batista, pero no con sus tácticas.

A medida que pasaba el tiempo, el PSP se veía obligado a estudiar la posibilidad de participar en la lucha armada. Aunque no aceptaba la estrategia bélica de Fidel, parecía lógico que el partido buscara algún tipo de acuerdo con él si aspiraba a tener voz en el futuro político del país. Además, tenía poco que perder. Presionado por los norteamericanos, Batista perseguía implacablemente a los militantes del partido, los utilizaba como chivos emisarios de la violencia política, a la vez que la guerra afectaba directamente la vida de muchos simpatizantes. Dada la conocida filiación política del Che Guevara y su relación estrecha con Fidel, sin duda era el dirigente rebelde a quien el partido debía acudir en busca de una vinculación con Castro. Lo hicieron a poco de comenzar la guerra. En el verano de 1957, dos comunistas jóvenes partieron de La Habana con órdenes del partido de unirse al Che.

Pablo Ribalta, un negro cubano, había estudiado en la Unión Internacional de Estudiantes en Praga y se había graduado en la escuela de cuadros políticos de élite del Partido Comunista. En la época de su viaje, era miembro del Secretariado Nacional de la Juventud Comunista. Ribalta ha confirmado que el partido lo

designó a mediados de 1957 para unirse al Che en la sierra con la misión concreta de llevar a cabo el adoctrinamiento político de las tropas rebeldes. «El Che había pedido una gente de las características mías: un maestro, con algún grado de instrucción política y con experiencia en el trabajo político».

Ribalta entró en la sierra desde Bayamo y llegó a La Mesa cuando el Che estaba en campaña. En su ausencia, organizó el ingreso de comunistas locales en la guerrilla y creó una escuela de adoctrinamiento político. Cuando regresó, el Che se sentó con él y lo interrogó sobre sus conocimientos. Aparentemente satisfecho, le ordenó que se sometiera a un período de instrucción como guerrillero. Meses después lo envió a su base permanente de retaguardia en Minas del Frío, donde había una escuela para reclutas, una cárcel y otras instalaciones. Como instructor, Ribalta debía producir combatientes «con educación integral». Según él, «llevaban indicaciones precisas de no decir que era miembro del PSP, aunque un grupo de dirigentes, entre ellos Fidel, conocía esto; pero en aquel momento podía crear divisiones, y yo lo cumplí al pie de la letra».

Los contactos discretos del partido con Fidel y otros miembros del Directorio culminaron en octubre de 1957 con una reunión entre aquél y Urbino Rojas, dirigente del PSP y exdirectivo del Sindicato de Trabajadores Azucareros. Según Rojas, estudiaron la posibilidad de formar una coalición entre sus organizaciones y a la vez los obstáculos que se oponían a ese plan: el anticomunismo furioso de algunos dirigentes del Movimiento en el llano y del Frente Obrero Nacional, la fachada sindical del Movimiento. Fidel consideraba que existían buenas razones prácticas para una alianza con el PSP. Cualesquiera que fueran sus diferencias con el PSP, éste poseía la organización política mejor estructurada del país, y sus vínculos antiguos y profundos con el movimiento obrero organizado hacían de él un partícipe vital en la futura huelga general. Pero hasta que Fidel impusiera su supremacía sobre todo el Movimiento 26 de Julio, los vínculos con el PSP debían ser tan graduales como discretos.

Más seguro que antes sobre el rumbo político de la revolución y renovada su fe en Fidel, el Che empezó a proclamar abiertamente sus convicciones marxistas. Incluso se dedicó a cierto proselitismo discreto entre sus combatientes, que en su mayoría eran políticamente ignorantes y visceralmente anticomunistas. Para ellos, como para sus vecinos norteamericanos en la guerra fría, el comunismo era la «amenaza roja», una insidiosa infección extranjera que se debía temer y resistir. Es interesante ver cómo el Che combatió esa mentalidad entre sus hombres.

Enrique Acevedo, el prófugo de quince años que se había unido a la guerrilla con su hermano mayor como uno de los descamisados, recuerda una ocasión en que los hombres discutían, en ausencia del Che, si su jefe era comunista.

Uno de ellos insistió en que el Che era un *ñangaro*, un «rojo»: «Bueno, ¿tú no ves que en la escuadra de la comandancia siempre hay un gran misterio con los libros del Che y que por la noche se leen en un círculo cerrado? Ésa es su labor: primero capta a los más cercanos, luego ellos lo van regando en la tropa».

Acevedo sentía demasiada veneración por el Che para abordarlo directamente, pero gradualmente los combatientes de su columna comprendieron que su comandante creía en el socialismo. Los primeros rebeldes en enterarse fueron los miembros de su estado mayor. Uno era Ramón «Guile» Pardo, un adolescente que se había incorporado a la columna en agosto de 1957, siguiendo las huellas de su hermano Israel. En el curso de algunos meses el joven Pardo ingresó en el grupo de fieles seguidores, en su mayoría adolescentes, que le servían de mensajeros y escoltas.

«Cuando estábamos en El Hombrito —recuerda Pardo—, oí decir que había algunos campesinos que pertenecían al Partido Socialista Popular… En los recorridos, el Che los visitaba y noté que tenía afinidad con ellos. También discutía mucho de política con el padre [Guillermo] Sardiñas, que permaneció durante algún tiempo en nuestra tropa. El Che tenía un libro azul, que era un tomo de las obras escogidas de Lenin, y lo estudiaba con frecuencia. Me llamó la atención y quise saber quién era Lenin y se lo pregunté. Me explicó: "Tú conoces a José Martí, Antonio Maceo y Máximo Gómez.[44] Lenin fue como ellos. Luchó por su pueblo." Fue la primera vez que alguien me habló de Lenin».

Los combatientes jóvenes eran tablas rasas sobre las cuales el Che imprimió una huella profunda. Enseñó a los analfabetos Israel Pardo y Joel Iglesias a leer y escribir. Para Guile y otros, que tenían algo de instrucción, instituyó grupos de estudio diarios. El material de estudio pasaba gradualmente de la historia cubana y la doctrina militar a la política y el marxismo. Cuando Joel aprendió a leer, el Che le hizo estudiar una biografía de Lenin.

Así como se mostró discreto con respecto a su papel político durante la guerra, el Che en sus escritos publicados sólo se refirió indirectamente a las relaciones iniciales entre el PSP y el 26 de Julio. Trató de demostrar que la revolución había evolucionado *naturalmente* hacia el socialismo como resultado orgánico de la vida del Ejército Rebelde entre los campesinos desposeídos de la Sierra Maestra.

«La guerrilla y el campesinado se iban fundiendo en una sola masa, sin que nadie pueda decir en qué momento del largo camino se produjo, en qué momento se hizo íntimamente verídico lo proclamado y fuimos parte del campesinado».

En sus escritos sobre la aceptación gradual de la revolución por parte de los campesinos, el Che recurrió al simbolismo religioso. Sus sufrimientos eran una suerte de arduo peregrinaje en el cual los individuos se redimían mediante el sacrificio y alcanzaban la iluminación al aprender a vivir para el Bien Común. «En un nuevo milagro de la Revolución, el individualista acérrimo que cuidaba celosamente los límites de su propiedad y de su derecho propio, se unía, por imposición de la guerra, al gran esfuerzo común de la lucha. Pero hay un milagro más grande. Es el reencuentro del campesino cubano con su alegría habitual, dentro de las zonas liberadas. Quien ha sido testigo de los apocados cuchicheos con que nuestras fuerzas eran recibidas en cada casa campesina, nota con orgullo el clamor despreocupado, la carcajada alegre del nuevo habitante de la Sierra. Ése es el reflejo de la seguridad en sí mismo que la conciencia de su propia fuerza ha dado a los habitantes de nuestra porción liberada».

El Che escribió este artículo, titulado «Guerra y población campesina», apenas siete meses después del fin de la guerra. Por más que idealizara conscientemente la vida en la sierra para el consumo público, posteriormente trató de reproducir a escala nacional esta visión de una utopía pastoral forjada por medio de la lucha armada. Más importante aún, identificó la *revolución* como la circunstancia ideal para adquirir la conciencia socialista. En esencia, el socialismo era el orden natural de la humanidad y la guerra de guerrillas la crisálida a partir de la cual se originaba.

18. LA GUERRA SE EXTIENDE

I

Al llegar diciembre de 1957, Fidel quería extender la guerra de la Sierra Maestra al llano. Grupos de rebeldes bajaban subrepticiamente para acosar a los soldados en cuarteles tan distantes como el de Manzanillo, e incendiar camiones cargados de caña de azúcar y autobuses en las rutas. Esta estrategia, además de perseguir el objetivo evidente de extender la guerra, servía para desviar la atención de la Sierra Maestra, donde los rebeldes se habían apresurado a consolidar su dominio del terreno. Esta situación de equilibrio inestable se prolongó a los primeros días del año nuevo: el ejército no realizaba incursiones y los rebeldes se abstenían de efectuar asaltos a gran escala.

En esa calma relativa nadie se mostraba tan activo como el Che Guevara. En su nueva base de operaciones de La Mesa hizo construir instalaciones para reemplazar las de El Hombrito, incluidos una carnicería, un taller de talabartería y una fábrica de cigarros. El Che se había vuelto adicto al tabaco cubano y, al igual que Fidel, fumaba habanos cuando podía conseguirlos.

El taller de talabartería debía abastecer a las tropas de calzado, mochilas y cananas. Cuando produjo la primera gorra militar, el Che se la presentó con orgullo a Fidel, pero en lugar de elogios escuchó una carcajada estrepitosa; sin quererlo, era una gorra casi idéntica a la que usaban los conductores de autobuses. Recuerda el Che: «El único que se mostró clemente conmigo fue un concejal batistiano de Manzanillo que había ido de visita… y se la llevó como recuerdo».

Otorgaba gran importancia a los proyectos periodísticos del Ejército Rebelde, ya que eran el medio para violar la censura impuesta por el gobierno y contrarrestar la desinformación difundida por los militares. Había traído una multicopista nueva para imprimir *El Cubano Libre*, y uno de sus proyectos más ambiciosos era la instalación de un pequeño transmisor de radio. Radio Rebelde empezó a emitir en febrero.

El Che también dedicó grandes esfuerzos a mejorar la calidad y la producción total de material de guerra que salía de la fábrica de armas reconstruida. Lo entusiasmaban sobre todo las nuevas bombas M-26, llamadas Sputnik. Las primeras Sputnik eran bombas pequeñas lanzadas por medio de las bandas elásticas de arpones. Más adelante las perfeccionaron para poder lanzarlas mediante fusiles, pero los primeros modelos eran poco más que hondas explosivas:

un poco de pólvora comprimida en una lata de leche condensada. Provocaban un estruendo aterrador pero escasos daños, y el enemigo aprendió rápidamente a rodear sus campamentos con alambradas «antisputnik». A principios de 1958 aún no estaban probadas en combate y el Che tenía grandes esperanzas en su eficacia.

Mientras tanto, Fidel hizo una propuesta extraña a Batista. Le hizo saber por un intermediario que si el ejército se retiraba de Oriente, él estaba dispuesto a aceptar la convocatoria de elecciones bajo supervisión internacional. En aquellos momentos reinaba un ambiente de fuerte intranquilidad debido a los sabotajes rebeldes y la brutalidad policial en las ciudades, y aparentemente Fidel quería dar la impresión de un campeón de la paz. El aspirante a mediador llevó el mensaje a La Habana, donde el régimen de Batista rechazó la oferta con una vehemencia tal que el mensajero huyó al exilio.

Al mismo tiempo, Fidel se convertía en el hombre más solicitado por la prensa internacional. El problema cubano ocupaba un espacio en los medios; el *New York Times* le dedicaba editoriales, y el *Chicago Tribune* había enviado a su corresponsal en Latinoamérica, Jules Dubois, a cubrirlo. Durante enero y febrero, multitud de periodistas escalaron la sierra en busca de entrevistas; entre ellos había corresponsales del *New York Times, Paris Match* y los periódicos latinoamericanos. Volvió Andrew St. George, y Fidel lo aprovechó para hacer llegar mensajes tranquilizadores a la opinión pública norteamericana. Incluso escribió un artículo para la revista *Coronet*, uno de los medios de comunicación en que St. George colaboraba, que lo publicó en febrero. En esa nota Fidel se declaraba partidario de la libre empresa y las inversiones extranjeras, y enemigo de las nacionalizaciones. El gobierno provisional que reemplazaría a Batista estaría integrado por miembros del Rotary Club y, en general, por profesionales de clase media.

En enero, el movimiento sufrió un revés que pudo haber sido desastroso cuando Armando Hart y otros dos miembros del 26 de Julio cayeron presos después de una visita a Fidel. Todos los relatos del episodio coinciden en que los hubieran matado si el vicecónsul norteamericano en Santiago (y agente de la CIA), Robert Wiecha, no hubiera logrado que el embajador Smith se interesara por su suerte.

Desgraciadamente, en el momento en que lo capturaron, Hart tenía consigo un documento bastante comprometedor, una crítica furibunda de la fogosa carta a Daniel del Che en la que abordaba tanto el marxismo de éste y Raúl como la disputa entre el llano y la sierra. Después de leer la carta, Fidel había ordenado a Hart que no la enviara por temor a que si continuaba la guerra epistolar, tarde o temprano una carta caería en manos del enemigo y le daría a Batista una nueva arma propagandística. Ese temor se vio justificado. Días después de la detención

de Hart, Rafael Díaz-Balart, un excuñado de Fidel que lo detestaba con virulencia, citó la carta en una entrevista radial como prueba de la influencia comunista en la organización rebelde.

Sin embargo, la campaña propagandística surtió escaso efecto. Días después de la detención de Hart, el ejército sacó a veintitrés rebeldes de la cárcel de Santiago, los llevó a las estribaciones de la sierra y los masacró. Luego informó de que habían muerto en una batalla en la cual el ejército no había sufrido bajas. El Che publicó una réplica ferozmente irónica en su columna «Tiro al aire» de *El Cubano Libre*, bajo el seudónimo de El Francotirador. Tras reseñar varias guerras revolucionarias en el mundo, observó:

Todas tienen características comunes: *a)* El poder gobernante «ha infligido numerosas bajas a los rebeldes». *b)* No hay prisioneros. *c)* «Sin novedad» por parte del poder gobernante. *d)* Todos los revolucionarios, cualquiera que sea el nombre del país o la región, reciben «ayuda subrepticia de los comunistas».

¡Qué cubano nos parece el mundo! Todo es igual. Un grupo de patriotas es asesinado, tengan o no armas, sean o no rebeldes, siempre después de «una batalla encarnizada»…, matan a todos los testigos, por eso no hay prisioneros. El gobierno nunca sufre una baja, lo cual a veces es cierto, porque matar a seres humanos indefensos no es muy peligroso, pero a veces también es una gran mentira; la Sierra Maestra es nuestro testigo irrefutable.

Y finalmente, tienen a mano la acusación de siempre: «comunistas». Comunistas siempre son los que toman las armas cansados de tanta miseria, en cualquier parte del mundo donde suceda la acción; los demócratas son los que matan al pueblo indignado, sean hombres, mujeres o niños. ¡Qué cubano es el mundo! Pero en todas partes, como en Cuba, el pueblo tendrá la última palabra, la de la victoria, contra la fuerza bruta y la injusticia.

Gracias a la masacre de Santiago, la opinión pública dejó de prestar atención a la ofensiva propagandística batistiana sobre la influencia comunista en el grupo de Fidel, pero no sucedió lo mismo con los norteamericanos. El embajador Earl Smith consideró que la carta secuestrada a Hart confirmaba sus sospechas crecientes sobre la infiltración «roja» del Movimiento 26 de Julio; esto a su vez alentó su creciente aceptación de Batista. En enero, Smith viajó a Washington para promover la causa del dictador ante el Departamento de Estado, basándose en su promesa de restaurar las garantías constitucionales y realizar las elecciones de junio si Estados Unidos continuaba enviándole armas. Dijo a la prensa que no confiaba en Castro ni pensaba que el gobierno norteamericano pudiera «hacer tratos» con él.

A principios de febrero, la fábrica de armas del Che se apresuró a perfeccionar los Sputnik en previsión de la primera gran acción militar rebelde del año. Fidel había resuelto atacar nuevamente la comunidad maderera de Pino del Agua, donde el ejército había instalado una base permanente. Batista había eliminado la censura en toda la isla salvo la provincia de Oriente, y Fidel quería «dar un golpe espectacular» que le mereciese los titulares de primera plana.

II

El ataque se inició en la madrugada del 16 de febrero. El plan de Fidel era rodear y atacar el cuartel militar, eliminar los puestos de guardia y luego emboscar los refuerzos a medida que llegasen. Los hombres del Che trajeron seis Sputnik para iniciar el asalto. Otro producto de la fábrica de armas, una mina terrestre hecha de bombas de avión que no habían explotado, fue puesta a prueba por primera vez en un camino por donde se suponía que vendría el enemigo. Los resultados fueron decepcionantes. Los Sputnik causaron escasos daños, y las minas produjeron, según el Che, «un resultado lamentable»: la primera víctima fue un camionero civil que pasó por ahí en el momento menos oportuno.

El ataque comenzó bastante bien. La primera oleada de combatientes copó los puestos de guardia, mató a media docena de centinelas y tomó tres prisioneros, pero el cuerpo principal del enemigo se reorganizó rápidamente y detuvo el avance rebelde. En pocos minutos cuatro rebeldes cayeron muertos y otros dos mortalmente heridos; Camilo Cienfuegos sufrió dos heridas en el intento de recuperar una ametralladora abandonada.

Los rebeldes tuvieron mejor suerte con los refuerzos que acudieron al combate. La primera patrulla cayó en una emboscada y fue aniquilada. Pero el Che quería infligirles una derrota total y suplicó a Fidel que atacara nuevamente para aniquilar el campamento. Fidel cedió a sus ruegos y envió un par de pelotones para intentarlo nuevamente, pero tuvieron que retroceder bajo el fuego. El Che pidió entonces que le permitiera encabezar un nuevo asalto; trataría de incendiar el campamento para obligar a los soldados a salir a descubierto. Fidel accedió con renuencia, pero le ordenó que actuara con gran cuidado.

Sin embargo, cuando se disponía a atacar, recibió una nota de Fidel: «16 de febrero de 1958. *Che*: Si todo depende del ataque por este lado, sin apoyo de Camilo y Guillermo [García], no creo que deba hacerse nada suicida porque se corre el riesgo de tener muchas bajas y no lograr el objetivo. Te recomiendo, muy seriamente, que tengas cuidado. Por orden terminante, no asumas posición de combatiente. Encárgate de dirigir bien a la gente, que es lo indispensable en este momento. Fidel».

Fidel imaginó que el Che desistiría del ataque si no se le permitía participar en el combate… y tuvo razón. Como escribió el Che tiempo después: «Toda la

responsabilidad sobre mis hombros; fue demasiado para mí y, cabizbajo, tomé el mismo camino de mi antecesor». Ordenó la retirada.

No era la primera vez que Fidel contenía al Che por su propia seguridad, ni sería la última. Acerca de su temeraria obstinación en combate, escribió: «De alguna manera, violaba las reglas del combate (es decir, las normas ideales, los métodos más perfectos) al arriesgar su vida en la batalla llevado por ese carácter, esa tenacidad, ese espíritu… Por eso teníamos que imponerle ciertas reglas y normas».

A la mañana siguiente, mientras los aviones del gobierno surcaban el cielo sobre sus cabezas, los rebeldes se retiraron a la sierra, llevando consigo cinco prisioneros y cuarenta armas. Después de la retirada, el ejército aparentemente asesinó a trece campesinos que se ocultaban cerca de las posiciones rebeldes. Al denunciar la atrocidad en *El Cubano Libre*, el Che estimó las bajas del ejército entre dieciocho y veintidós hombres. El ejército divulgó otras cifras. Un despacho oficial dijo que «dieciséis insurgentes y cinco soldados» murieron en el combate, pero no pudo confirmar el informe de que «el conocido comunista argentino Che Guevara estaba herido». A esas alturas el Che se había convertido en la obsesión de la prensa antifidelista; un diario de La Habana informó de que el asalto había sido encabezado por «el agente comunista internacional conocido como "Che" Guevara».

Durante las semanas posteriores a la batalla de Pino del Agua, los rebeldes multiplicaron las acciones de sabotaje en todo el país. El 23 de febrero, el movimiento produjo uno de los golpes propagandísticos más espectaculares de la guerra hasta entonces. Una célula del 26 de Julio secuestró al célebre piloto de carreras argentino Juan Manuel Fangio, quien se hallaba en La Habana para participar en una carrera automovilística internacional. Puesto en libertad e ileso, Fangio dijo que los secuestradores se habían mostrado «amables» y el trato había sido «amistoso y cordial».

El Directorio, virtualmente anulado después del desastroso asalto al palacio presidencial en marzo de 1957, reanudaba sus actividades. Un grupo pequeño que se había separado de la organización operaba en los montes Escambray cerca de Cienfuegos desde hacía varios meses. Lo dirigía Eloy Gutiérrez Menoyo, hermano de un caído en el asalto al palacio, con ayuda de un veterano militar norteamericano llamado William Morgan. En febrero recibieron el refuerzo de un grupo expedicionario de quince hombres del Directorio proveniente de Miami y encabezado por Faure Chomón. Se unieron temporalmente para realizar una serie de ataques relámpago y emitieron una proclama más bien altisonante a favor del pleno empleo, educación para todos y la creación de una «confederación de

repúblicas americanas» en el espíritu bolivariano. Al enterarse de las novedades, Fidel asumió el papel del estadista magnánimo: declaró su beneplácito por el ingreso de los guerrilleros del Directorio en la «lucha común» y les ofreció su ayuda.

Fidel tomó una serie de medidas para ampliar su campo de operaciones. El 27 de febrero designó a sus tres lugartenientes principales (su hermano Raúl, Juan Almeida y Camilo Cienfuegos) comandantes de sus propias columnas. Fiel a la costumbre de exagerar la magnitud de sus fuerzas, designó a la unidad «Frank País», al mando de Raúl, la Sexta Columna; la unidad «Santiago de Cuba» de Almeida era la Tercera Columna. Raúl debía abrir un segundo frente oriental en la Sierra Cristal en el nordeste de Oriente, adyacente a la base naval norteamericana de bahía de Guantánamo, y Almeida iniciaría el «tercer frente oriental», desde el este de la Sierra Maestra hasta la ciudad de Santiago. (Designaría el teatro de operaciones de Camilo cuando éste se recuperara de las heridas sufridas en Pino del Agua.)

Al mismo tiempo, Fidel se dedicó a consolidar su poder en el «territorio libre» de la Sierra Maestra. El abogado Humberto Sorí Marín, exafiliado del Partido Auténtico que había actuado en los «juicios a los bandidos» en octubre, redactó un proyecto de legislación judicial para imponer la autoridad revolucionaria sobre los habitantes del territorio en poder de los rebeldes. Luego redactó un proyecto de ley de reforma agraria para dar respaldo «legal» a una práctica ya iniciada por Fidel: el robo generalizado de ganado a los terratenientes y su reparto a los combatientes y los campesinos de la zona.[45] En marzo se impulsó la realización de otro proyecto pendiente, la creación de una escuela para reclutas y oficiales en Minas del Frío. El Che era el director y la administración cotidiana quedó a cargo de un converso reciente llamado Evelio Lafferte.

Conformaban un equipo poco común, porque apenas un mes antes Lefferte, teniente del ejército de veintiséis años, había combatido a los rebeldes en Pino del Agua y a nadie temía más que al Che Guevara. «La propaganda contra él era masiva; se decía que era un asesino a sueldo, un criminal patológico…, un mercenario, que prestaba servicios al comunismo internacional… que utilizaban métodos terroristas y que socializaban a las mujeres y quitaban a los hijos… Ellos decían que a los soldados que caían prisioneros, los amarraban a un árbol y les abrían el vientre con una bayoneta».

Su miedo aumentó cuando, después de la emboscada en la que lo hicieron prisionero y murieron tantos de sus camaradas, lo condujeron a la presencia del argentino tan temido. «Me dijo: "Tú eres de los oficialitos que vienen a acabar con el Ejército Rebelde, ¿no?" Repitió lo de "oficialito" y eso me disgustó; fue en un

tono irónico y me pareció el preámbulo de algo peor». Convencido de que los rebeldes iban a matarlo, Lefferte fue a parar a una cárcel improvisada en el campamento del Che en La Mesa, pero el trato era respetuoso y poco a poco sus temores se disiparon.

Los rebeldes comprendieron que tenían en sus manos a un hombre que podía resultar valioso. Oficial inteligente, destacado a pesar de su corta edad, el mejor de su promoción de la academia militar cubana, Lafferte se sentía acosado por las dudas ante la guerra brutal que libraba el ejército. Fidel lo instó a unirse a su bando, y después de un mes de cautiverio Lafferte aceptó la invitación. Fidel lo designó capitán y lo envió a la escuela de instrucción de reclutas en Minas del Frío.

El Che se mostró cuidadoso en su trato con él; le expuso sus puntos de vista con tacto y discreción. Dedicó mucho tiempo al joven oficial, conversó con él sobre su familia y sobre su afición común a la literatura y la poesía. Lafferte le dio a leer algunos poemas suyos y el Che le obsequió un ejemplar del *Canto general* de Neruda. Escuchó las sugerencias de Lafferte sobre la administración de la escuela, aceptó algunas y rechazó otras. Entre estas últimas estaba la idea de que el juramento de lealtad de los reclutas debía invocar a Dios.

«[El Che] me dijo: "Cuando llegan los compañeros a la Sierra, no se tiene en cuenta si creen en Dios o no, por lo tanto, no podemos obligarlos a jurar por Dios. Por ejemplo, yo no creo y soy combatiente del Ejército Rebelde." Me preguntó: "¿Tú crees que sea justo obligarme a jurar por algo en que no creo?"».

Lefferte, perplejo, se dejó convencer por el argumento del Che: «Eso no me gustó, porque yo era católico, pero entendí correcto lo que estaba planteando y a Dios lo quité del juramento».

Una vez instalada la escuela, el Che puso al dirigente juvenil comunista Pablo Ribalta a cargo de la orientación ideológica de los reclutas. Ribalta adoptó el seudónimo de Moisés Pérez para ocultar su identidad. En lugar de textos marxistas que pudieran espantar a sus alumnos, ilustraba sus lecciones con las experiencias de la guerra, la historia cubana, los escritos y discursos de Fidel «y otros dirigentes guerrilleros». Uno de éstos era nada menos que Mao Tse-tung.

Harry Villegas Tamayo, que entonces era un joven de dieciséis años de la ciudad de Yara en Oriente, recuerda sus experiencias en Minas del Frío. «La guerrilla para el Che era una escuela no sólo militar, sino cultural y educacional, se preocupaba por formar a los futuros cuadros de la Revolución».

La previsión del Che dio buenos frutos. Al igual que otros jóvenes a los que

el Che brindó atención especial, Villegas se convirtió en un cuadro leal de la revolución, primero como miembro de su grupo de escoltas, luego a su lado en las guerrillas del Congo y Bolivia y finalmente en el ejército, donde alcanzó el grado de general. Hoy, pasados los cincuenta, Villegas es uno de los pocos cubanos vivos que ostenta la condecoración de «Héroe de la Revolución».

III

Los periodistas que conocieron al Che en la Sierra Maestra pudieron comprobar la extraordinaria lealtad que inspiraba en sus hombres, y algunos se convirtieron en admiradores incondicionales y discípulos suyos. Entre ellos estaba el uruguayo Carlos María Gutiérrez, quien conoció al Che inmediatamente después de la batalla de Pino del Agua.

Con su apreciado mate en la mano, el Che se acercó a Gutiérrez y lo bombardeó con preguntas sobre su equipo fotográfico, desde los fotómetros que utilizaba hasta el tiempo de exposición de su película. Una pregunta que jamás dejaba de hacer a sus visitantes del Cono Sur era si habían traído yerba mate. Mientras lo acompañaba a inspeccionar el hospital de campaña y la «fábrica de zapatos», el uruguayo lo observaba todo. Le impresionaba en especial la cordialidad y la camaradería que reinaba entre los hombres del Che.

«No había órdenes, ni venias, ni protocolo militar, la guerrilla de La Mesa trasuntaba una disciplina más íntima, derivada de la confianza de los hombres en sus jefes. Fidel, el Che y los demás vivían en los mismos sitios, comían lo mismo, y a la hora de la pelea disparaban desde la misma línea que ellos. Guevara no tenía que abandonar su brusquedad porteña ni su ironía para demostrar que los quería, y ellos le pagaban con la misma reticencia viril, de una adhesión más honda que la mera obediencia».

En la primavera de 1958 también lo visitó en la sierra el joven periodista argentino Jorge Ricardo Masetti. A Masetti, un apuesto periodista sin mayores credenciales en la profesión, que provenía de un grupo juvenil peronista de ultraderecha, le sucedería lo mismo que a algunos de sus predecesores:[46] la experiencia modificaría su vida de manera irrevocable, y su fascinación por la revolución tendría consecuencias drásticas.

Casualmente, Masetti traía una carta de presentación de un viejo conocido de Ernesto Guevara, el abogado Ricardo Rojo, quien había regresado a la Argentina después del golpe derechista de 1955 que derrocó a Perón.[47] A fines de 1957, Masetti había buscado a Rojo en el café La Paz, un reducto de escritores y gente de teatro en el centro de Buenos Aires, y le había pedido ayuda para llegar a los rebeldes en la Sierra Maestra. Rojo garabateó unas líneas para Guevara.

«Querido Chancho: El portador es un periodista amigo que quiere hacer un programa para Radio El Mundo de Buenos Aires. Por favor tratalo bien, es un buen hombre». Rojo firmó «El Francotirador», el mote que había intercambiado con Guevara durante sus correrías por Centroamérica, sin saber que su joven amigo se lo había apropiado.

Masetti llegó a la Sierra Maestra en marzo. Era el primer argentino que visitaba el monte, y algunos rebeldes jóvenes le preguntaron emocionados si era «hermano» del Che. Masetti decidió que no se dejaría impresionar a primera vista: «Del mentón anguloso asomaban algunos pelos que querían ser barba… El famoso Che Guevara me parecía un muchacho argentino típico de clase media».

Durante un desayuno común, Masetti preguntó por qué combatía por un país que no era el suyo. El Che fumaba una pipa mientras hablaba, y a Masetti le pareció que su acento no era argentino sino una mezcla de «cubano y mexicano».

«En primer lugar —le dijo a Masetti—, yo considero mi patria no solamente a la Argentina, sino a toda América. Tengo antecedentes tan gloriosos como el de Martí y es precisamente en su tierra en donde yo me atengo a su doctrina. Además, no puedo concebir que se llame intromisión al darme personalmente, al darme entero, al ofrecer mi sangre por una causa que considero justa y popular, al ayudar a un pueblo a liberarse de una tiranía, que sí admite la intromisión de una potencia extranjera que le ayuda con armas, con aviones, con dinero y con oficiales instructores. Ningún país hasta ahora ha denunciado la intromisión norteamericana en los asuntos cubanos ni ningún diario acusa a los yanquis de ayudar a Batista a masacrar a su pueblo. Pero muchos se ocupan de mí. Yo soy el extranjero entremetido que ayuda a los rebeldes con su carne y su sangre. Los que proporcionan las armas para una guerra interna no son entremetidos. Yo sí».

Escuchando al Che, Masetti advirtió su tono absolutamente impersonal y a la vez la sonrisa que aparecía constantemente en sus labios. Le preguntó si Fidel Castro era comunista. El Che respondió esta vez con una sonrisa amplia, pero con el mismo tono despreocupado. «Fidel no es comunista. Si lo fuese, tendría al menos un poco más de armas. Pero esta revolución es exclusivamente cubana. O mejor dicho, latinoamericana. Políticamente podría calificárselo a Fidel y a su movimiento como "nacionalista revolucionario". Por supuesto que es antiyanqui, en la medida que los yanquis sean antirrevolucionarios. Pero en realidad no esgrimimos el antiyanquismo proselitista. Estamos contra Norteamérica porque Norteamérica está contra nuestros pueblos… Al que más atacan con el asunto comunista es a mí».

En cuanto a sus motivos para unirse a los cubanos en México, el Che los

atribuyó a sus años de viaje. «En realidad, después de la experiencia vivida a través de mis caminatas por toda Latinoamérica y del remate de Guatemala, no hacía falta mucho para incitarme a entrar en cualquier revolución contra un tirano, pero Fidel me impresionó como un hombre extraordinario. Las cosas más imposibles eran las que encaraba y resolvía. Tenía una fe excepcional en que una vez que saliese hacia Cuba, iba a llegar. Que una vez llegado, iba a pelear, Y que peleando, iba a ganar. Compartí su optimismo. Había que hacer, que luchar, que concretar. Que dejar de llorar y pelear».

Masetti volvió a la Argentina con su reportaje exclusivo: había entrevistado a Fidel y al Che, y éste había hablado por primera vez a una audiencia radiofónica internacional. También volvió con un mensaje grabado del Che para su familia. La visita de Masetti fue un hecho excepcional para el clan Guevara, porque durante el año anterior habían recibido pocas cartas de su «Ernesto». Generalmente se enteraban de las novedades por medio de los periódicos y las revistas. La familia se había henchido de orgullo ante la fotografía publicada con el célebre artículo de Herbert Matthews en el *New York Times* en la que Ernesto aparecía con un fusil y lucía una barba rala. Los artículos de Matthews también tranquilizaron a los Guevara respecto de la causa adoptada por su hijo. «Ahora sabíamos que Ernesto estaba luchando por una causa reconocida como justa», escribió su padre. En la primavera de 1958 apareció una nota de Bob Taber sobre el Che titulada «¿Podrá el Che cambiar el destino de América?». Para Guevara padre, era la prueba de que su hijo era *alguien*. «Confieso que lo escrito por Taber impresionó a toda nuestra familia. Ernesto ahora no sólo era un guerrillero más, sino que se le mencionaba como un futuro conductor de pueblos».

Los Guevara también recibían noticias de Dolores Moyano, la amiga de infancia de Ernesto que vivía en Nueva York y les enviaba recortes del *Diario de las Américas*, periódico en español publicado en Miami. A la vez, el Comité del 26 de Julio en Nueva York les enviaba copias de los comunicados del Ejército Rebelde. Además, Guevara Lynch recibía información de Jules Dubois, corresponsal en Latinoamérica del *Chicago Tribune*. Dubois había buscado al padre del Che en Buenos Aires, y desde entonces, cada vez que el periodista venía a la ciudad, los dos se reunían para conversar mientras bebían un *whisky*.

Ambos aguardaban aquellos encuentros con gran expectación. Dubois viajaba a Cuba con frecuencia y a cambio de relatar las hazañas del Che con todo lujo de detalles, interrogaba a Guevara padre sobre la juventud del Che. Pero Dubois despertó las sospechas de Guevara Lynch cuando le pidió que escribiera un resumen de todo lo que sabía sobre Fidel Castro. Tiempo después, Guevara Lynch aseguró que sus sospechas se vieron confirmadas cuando supo de «muy buena fuente» que Dubois era agente de la CIA. (Sea veraz o no, la acusación era

dogma oficial en Cuba, donde vivía Guevara padre en el momento de escribir sus memorias.)

Al volver de Cuba, el periodista uruguayo Carlos María Gutiérrez también visitó a la familia Guevara en Buenos Aires y expresó su admiración por la revolución y el Che. «Cuando nos hablaba de Ernesto, su palabra no nos convencía completamente, pues hablaba de un héroe romántico y bohemio», escribió Guevara Lynch. Además, el Che era un héroe muy atareado; según Gutiérrez: «Echó los cimientos de la reforma agraria en la Sierra; construyó una fábrica de armas; inventó un fusil bazooka…; inauguró la primera fábrica de pan en la montaña; construyó y equipó un hospital…; creó las primeras escuelas y entre otras cosas instaló una radio emisora que denominó Radio Rebelde…; y aún le quedó tiempo para fundar un pequeño diario destinado a informar a las tropas rebeldes, llamado *El Cubano Libre*».

La visita de Masetti fue para los Guevara la coronación de la fama derivada de su hijo. Escucharon la grabación traída por el admirador más reciente de su hijo y las entrevistas transmitidas por Radio el Mundo. Después de las primeras visitas, Masetti y Gutiérrez se hicieron amigos y visitantes asiduos, y contagiaron a Guevara Lynch su fervoroso entusiasmo por la Revolución Cubana. «La defensa de la Revolución Cubana nos atrapó a todos —escribió—. Mi casa de la calle Aráoz se convirtió en un centro revolucionario». Alquiló un estudio cerca de su oficina para convertirlo en local del comité de apoyo al 26 de Julio. En un gesto que recordaba su militancia durante la Guerra Civil española y la Segunda Guerra Mundial, fundó un Comité de Ayuda a Cuba que organizaba bailes y vendía bonos para recaudar fondos. Ahora la causa de su hijo era suya.

En Lima, Hilda también realizaba actividades de apoyo al Movimiento 26 de Julio, del cual era representante oficial en Perú. Para entonces se habían creado organizaciones locales del 26 de Julio en toda América Latina y Estados Unidos que recaudaban fondos, hacían propaganda sobre sus objetivos y difundían información a la prensa. «Yo recibía instrucciones del comité y colaboraba en la propaganda y la recaudación de fondos», escribió Hilda. Había regresado al APRA, y con algunos militantes del ala izquierda fundó un grupo de apoyo a los exiliados cubanos que buscaban asilo en Perú.

Pero a pesar de tanta actividad política, en los recuerdos de Hilda se trasluce un cierto tono de reproche. «De tanto en tanto recibía cartas de Ernesto. Pero muy pocas de las mías le llegaban, aunque yo seguía sus instrucciones… El 15 de febrero de 1958, cuando Hildita cumplió dos años, escribí a Ernesto para que autorizara mi llegada a las montañas de Cuba para estar con él y ayudarlo; la niña tenía edad suficiente para quedar al cuidado de mi familia o la suya. Su respuesta

tardó cuatro o cinco meses. Dijo que yo no podía ir todavía; la lucha estaba en una etapa peligrosa, y se lanzaría una ofensiva en la cual él mismo no permanecería en un lugar determinado».

Pero existía otra razón por la cual la presencia de Hilda en la Sierra Maestra no sería oportuna. Desde la primavera de 1958, el Che tenía una amante, la joven guajira Zoila Rodríguez. Joel Iglesias, el adolescente protegido del Che, fue testigo del fulminante enamoramiento. «En Las Vegas de Jibacoa, el Che se encontró con una muchacha negra, o más bien mulata, de un cuerpo muy hermoso, que se llama Zoila, y le simpatizó muchísimo. Muchas mujeres se volvían locas por él, pero en ese sentido fue muy estricto y respetuoso, sin embargo le gustó aquella joven».

Madre soltera de dieciocho años, Zoila vivía con su padre cuando conoció al Che. «Eran como las cuatro de la tarde de un día que no recuerdo —evocó años después—. Yo estaba encerrando un ganado cuando llegó. Venía montado en un mulo… Estaba vestido de un verde raro, con una boina negra». Iba en busca del padre de la chica, un colaborador de los rebeldes, para pedirle que herrara su mulo. El padre se había ausentado, y Zoila dijo que podía hacerlo. «Mientras herraba el mulo, lo miré de costado y me di cuenta que me estaba observando, pero me miraba de la forma en que miran los jóvenes a las muchachas y me puse sumamente nerviosa. Cuando fui a la caja de los hierros para escoger una escofina, me preguntó qué iba a hacer y le expliqué que ya había cortado los cascos y tenía que emparejarlos para poder montar las herraduras. Guevara dijo que si era tan imprescindible dejarlos tan bonitos. Le respondí que así era. Él me siguió mirando de esa forma que les digo, era una mirada un poco pícara que parecía que me quería regañar por algo que yo no había hecho».

Después de herrar la mula, Zoila le ofreció un café. Mientras lo sorbía, interrogó a Zoila sobre su vida. ¿Dónde había aprendido a herrar mulas? ¿Era casada o soltera? Si quería seducirla, lo consiguió. «Me impresionó mucho, la verdad es que no lo puedo negar, como mujer me gustó muchísimo, sobre todo la mirada, tenía unos ojos tan bellos, una sonrisa tan tranquila que movía cualquier corazón, conmovía a cualquier mujer».

Más tarde, su padre le explicó con admiración quién era Guevara, un hombre extraordinario que había venido a liberarlos de la miseria y la desgracia. Poco después, Zoila empezó a hacer recados para los rebeldes y a veces se cruzaba con el Che, quien finalmente le pidió que se quedara en Minas del Frío. Ayudaba en la cocina y el hospital, y trabajaba muchas horas.

«Él me dijo que me admiraba y que admiraba a los campesinos por los trabajos difíciles que realizábamos —recuerda Zoila—… Me preguntaba muchas

cosas de la Sierra Mestra, cómo se llamaban las plantas, para qué servían, especialmente las medicinales… Él quería conocer acerca de los animales y las aves del monte. En mí surgió un amor muy grande y muy lindo, me comprometí con él, no sólo como combatiente sino como mujer».

Zoila permaneció junto al Che durante varios meses. Es interesante notar que aparentemente no trató de instruirla en política. Zoila recuerda que un día vio uno de sus libros y quedó asombrada al ver las letras doradas. «Le pregunté si eran de oro. Le dio gracia la pregunta, se rió y me respondió: "Este libro es de comunismo." Me dio pena preguntarle qué quería decir comunismo, porque esa palabra nunca la había escuchado».

IV

En marzo de 1958, Fidel Castro debió enfrentar un nuevo obstáculo en potencia en su camino hacia el poder: una iniciativa de paz. La Iglesia católica pidió el cese de la violencia rebelde y la creación de un gobierno de unidad nacional. Con ese fin creó una «comisión de armonía» integrada por políticos conservadores, empresarios y un sacerdote como mediador. Mientras Batista hacía los gestos conciliadores de rigor, Fidel rechazó la comisión por considerarla excesivamente oficialista. Era una jugada arriesgada, porque la opinión pública empezaba a clamar por una solución negociada y Fidel podía aparecer como el obstáculo. Pero en el momento crucial, el propio Batista le resolvió el problema.

El catalizador fue un juez de La Habana que inició proceso por asesinato a dos conocidos secuaces de Batista; a su vez el dictador suspendió las garantías constitucionales y anuló el proceso, lo que obligó al temerario juez a huir del país. Estados Unidos respondió con la suspensión de los envíos de armas a Cuba. Acosado por la ira de Washington, los sabotajes rebeldes y las instituciones cívicas que exigían su renuncia, Batista agravó su situación al postergar las elecciones previstas para junio hasta noviembre. Después de recibir un cargamento de armas traídas en un avión C-47 desde Costa Rica a un lugar de encuentro cerca de Estrada Palma, Fidel se reunió con el Directorio Nacional (menos Armando Hart, que estaba encarcelado en la isla de Pinos y permanecería allí hasta la victoria de los rebeldes).[48] El 12 de marzo firmaron un manifiesto conjunto que emplazaba a iniciar los preparativos de la demorada huelga general y la «guerra total» contra el régimen.

Se trataba de provocar la parálisis total de la nación, nada menos. A partir del 1 de abril nadie debía pagar impuestos; a partir del 5, se consideraría traidor a quien permaneciera en el poder ejecutivo y criminal a quien ingresara en las fuerzas armadas; los jueces debían renunciar. Cuando la radio anunciara el llamamiento a la huelga, los rebeldes iniciarían ataques armados en La Habana y todo el país. Faustino Pérez, recientemente liberado de la prisión, organizaría la huelga en La Habana. Mientras tanto, Fidel preparaba su ejército en previsión de una insurrección a gran escala.

El partido comunista cubano PSP, que anhelaba participar en los sucesos, ordenó a sus militantes que atendieran el llamamiento y se organizaran para la acción, pero una vez más los dirigentes conservadores del Directorio Nacional en

el llano impidieron su participación. Aunque el PSP envió un emisario a Fidel para abogar por su causa, y éste ordenó al movimiento que admitiera en los comités de huelga «a todos los trabajadores cubanos, cualquiera que sea su filiación política o revolucionaria», los dirigentes del llano excluyeron cuidadosamente a los comunistas.

La huelga, convocada para el 9 de abril, fue un desastre. La Confederación de Trabajadores Cubanos, la central obrera controlada por Batista, y el marginado PSP desoyeron el llamamiento a la huelga. En La Habana, la mayoría de los comercios y las fábricas permanecieron abiertos, y sectores clave como el transporte y la electricidad trabajaron normalmente. La huelga también fracasó en Santiago, donde al final del día habían muerto unas treinta personas a manos de la policía y los escuadrones de la muerte de Rolando Masferrer. Casi nadie hizo caso a los decretos de renuncias e impago de los impuestos. No obstante, resuelto a no mostrarse abatido, el 10 de abril Fidel pronunció una arenga inflamada por radio: «Toda Cuba arde y estalla en una explosión de ira contra los asesinos, los bandidos y los gangsters, los alcahuetes y los esquiroles, los matones y los militares aún leales a Batista».

Pero a pesar de la retórica destinada a salvar las apariencias, la causa rebelde había sufrido un golpe duro con el fracaso de la huelga, y lo que se abstuvo de decir en público, Fidel lo expresó en una carta a Celia el 16 de abril. «La experiencia de la huelga significó un gran revés moral para el Movimiento, pero espero que podamos recuperar la fe del pueblo. La Revolución nuevamente está en peligro y su salvación está en nuestras manos». A pesar del golpe que había sufrido su orgullo, el amor propio de Fidel estaba prácticamente ileso. «No podemos seguir desilusionando a la nación. Hay muchas cosas que debemos hacer, hacerlas bien y a gran escala; y las haré. Algún día el tiempo me justificará».

Después fue el momento de las recriminaciones. Fidel echó la culpa a la dirección en el llano; los comunistas fustigaron el «aventurerismo» del Movimiento 26 de Julio. Para Batista, el fiasco del 9 de abril fue un regalo del cielo. El envío de cinco aviones cargados de armamentos por parte de su antiguo enemigo el dictador dominicano Rafael Trujillo, así como la notable disminución de la actividad rebelde después de la huelga, lo impulsaron a trazar planes ambiciosos para lanzar una ofensiva en verano que pusiera fin a la insurgencia fidelista de una vez por todas.

La huelga también atrajo miradas indeseadas y molestas, porque el llamamiento mal disimulado de Fidel a la «unidad obrera» constituía una nueva prueba de sus buenas relaciones con los comunistas. En efecto, si en el pasado había mantenido en secreto sus conversaciones con Fidel, últimamente el PSP no

ocultaba su apoyo al movimiento rebelde. En febrero, el Comité Nacional había emitido un documento en el cual declaraba que el partido, «a pesar de las discrepancias drásticas que tiene con las tácticas del 26 de Julio en el resto del territorio del país, justifica y comprende la acción guerrillera en la Sierra Maestra». Esto constituía un respaldo indisimulado a la dirección rebelde en la sierra y a la vez subrayaba las profundas reservas del partido con respecto a los dirigentes derechistas del movimiento en el llano. En su edición del 12 de marzo, el boletín del partido *Carta Semanal* incluía un artículo titulado «Por qué nuestro partido apoya la Sierra Maestra».

«No nos limitamos a mirar con simpatía la actividad de las fuerzas en armas comandadas por Fidel Castro, "Che" Guevara y otros. Adoptamos la posición de apoyar activamente, en toda la zona guerrillera, las tropas que luchan contra la tiranía [batistiana]… Además de tratar de apoyar las actividades de las fuerzas patriotas que operan en Sierra Maestra, tratamos de fomentar los vínculos entre la acción guerrillera y la lucha de clases en la zona vecina».

Aún hoy, a pesar de las abundantes pruebas en contra, la mayoría de los exfuncionarios soviéticos que sobreviven de esa época ratifican el dogma oficial de que la dirigencia soviética desconocía en gran medida los sucesos en Cuba y que la victoria rebelde en enero de 1959 los sorprendió. En primer lugar, los soviéticos ya habían mantenido contactos directos con el Che y Raúl Castro en México, donde la Unión Soviética tenía una gran embajada cuyos funcionarios se comunicaban regularmente con los partidos comunistas de la región, incluso el PSP cubano. Y si bien los viejos comunistas latinoamericanos rechazaban con indignación la idea de que estuviesen subordinados a Moscú, lo cierto era que la mayoría de los partidos comunistas regionales de la época recibían de la capital soviética no sólo subsidios sino también directrices políticas. Parece imposible, rayano en lo absurdo, que el liderazgo soviético desconociera que el partido cubano buscaba una alianza con la revolución de Fidel Castro en la primavera de 1958. En cambio, se sabe con certeza que a principios de 1958 un número creciente de comunistas ingresaban en el Ejército Rebelde, sobre todo en las columnas del Che y Raúl.

Entretanto, Fidel preparaba un golpe mortal contra el movimiento en el llano. El fracaso de la huelga general, amarga prueba de la debilidad de la dirección, había colocado a Fidel en una nueva posición de fuerza para asumir el control directo del movimiento en su conjunto. En esa época escribió a Celia Sánchez: «Nadie podrá jamás devolverme la confianza en la organización… Se supone que soy el líder de este Movimiento y a los ojos de la historia debo asumir la responsabilidad por la estupidez ajena… Con la excusa de combatir el caudillismo, cada uno trata cada vez más de hacer lo que le viene en gana. No soy tan necio como para no darme cuenta de ello ni soy un hombre dado a ver visiones

y fantasmas».

El 16 de abril, cuando la columna de Camilo Cienfuegos regresó de una breve incursión al llano, Fidel lo designó jefe militar del triángulo comprendido entre las ciudades de Bayamo, Manzanillo y Las Tunas, con la orden de coordinar todas las actividades guerrilleras en la región. Debía tomar el mando de las actividades de sabotaje y abastecimiento realizadas por los grupos de acción del llano, llevar a cabo la reforma agraria y «modificar el código civil»: en suma, extender la jurisdicción revolucionaria de Fidel de la Sierra Maestra al llano. Con ese alarde de autoridad, en teoría los rebeldes fidelistas podían atacar cualquier punto de Oriente, pero Fidel comprendió que antes de armar las fuerzas que debían llevar a cabo el plan, era necesario consolidar las defensas de la Sierra Maestra; evidentemente, Batista se aprestaba a lanzar una ofensiva militar a gran escala.

A mediados de abril, Fidel y el Che trasladaron sus bases de La Plata y La Mesa a las estribaciones del nordeste. Fidel instaló su cuartel general en El Jíbaro. La unidad del Che lo hizo a un día de marcha, cerca de la aldea Minas de Bueycito, donde Sánchez Mosquera había acuartelado sus tropas. La misión del Che era defender el frente rebelde de la penetración del ejército, y se instaló en la casa expropiada de un terrateniente en un paraje llamado La Otilia, a escasos dos kilómetros de la base enemiga. Ninguno de los bandos parecía desear el riesgo de una batalla decisiva. Durante la noche, los rebeldes lanzaban sus bombas M-26 y sus patrullas mantenían escaramuzas frecuentes con el ejército, pero la actividad principal de Sánchez Mosquera consistía en tomar represalias contra los civiles en la zona, quemar y saquear sus casas y matar a los sospechosos de colaborar con los rebeldes. Por alguna razón, jamás atacó La Otilia.

«Nunca he podido averiguar por qué razón Sánchez Mosquera permitió que estuviéramos cómodamente instalados en una casa, en una zona relativamente llana y despoblada de vegetación, sin llamar a la aviación enemiga para que nos atacara —escribiría el Che más adelante—. Nuestras conjeturas eran que él no tenía interés en entablar combate y que no quería hacer ver a la aviación lo cercanas que estaban las tropas, ya que tendría que explicar por qué no atacaba».

Si bien La Otilia salió ilesa, los caminos de aproximación comprendían una zona peligrosa de fuego libre. Una noche, al regresar de una visita a Fidel, el Che y su guía se encontraron con una escena sobrecogedora. «En esta última etapa, cerca ya de la casa, se presentó un raro espectáculo, a la luz de una luna llena que iluminaba claramente los contornos, en uno de esos potreros ondulados, con palmas diseminadas, apareció una hilera de mulos muertos, algunos con sus arreos puestos. Cuando nos bajamos de los caballos a examinar el primer mulo y vimos

los orificios de las balas, la cara con que me miró el guía era una imagen de película de *cowboys*. El héroe de la película que llega con su compañero y ve, por lo general, un caballo muerto por una flecha, pronuncia algo así como: "Los sioux", y pone una cara especial de circunstancias, así era la del hombre y, quizá, también la mía propia, pero yo no me preocupaba mucho de examinarme. Unos metros más lejos estaba el segundo, luego el tercero y el cuarto o quinto mulo muertos. Había sido un convoy de abastecimientos para nosotros, capturado por una excursión de Sánchez Mosquera, creo recordar que también hubo algún civil asesinado. El guía se negó a seguirme, alegó desconocer el terreno y simplemente subió en su cabalgadura y nos separamos amigablemente».

Pocas semanas después de instalar su campamento en La Otilia, el Che recibió nuevas órdenes. Entre los preparativos para la invasión del ejército, que día a día parecía más inminente, Fidel quería que el Che se hiciera cargo de la escuela de instrucción de reclutas en Minas del Frío, donde se había reunido un grupo grande de voluntarios nuevos. Éstos debían constituir la columna vertebral de un comando nuevo que emprendería una arriesgada travesía de la isla cuando estuvieran preparados y se produjeran las condiciones adecuadas. Ramiro Valdés, el segundo del Che, se haría cargo de la columna que se hallaba en el frente contra Sánchez Mosquera.

Como salvaguarda adicional, Fidel quería consolidar la infraestructura del Ejército Rebelde. Por eso trasladó Radio Rebelde y *El Cubano Libre* de La Mesa a su cuartel en La Plata. Con sus hospitales, centrales eléctricas y depósitos de municiones, éste era un centro neurálgico vital que los rebeldes no podían darse el lujo de perder, y sería la última línea de defensa. Había que llevar medicamentos y alimentos para almacenarlos en previsión de un sitio prolongado.

Con cierto fastidio, el Che reunió a un puñado de combatientes y partió para hacerse cargo de sus nuevas tareas. Su diario íntimo refleja su depresión: «Salimos por la madrugada, yo con el ánimo decaído por tener que abandonar una zona que tuve bajo mi control durante casi un año en momentos bastante críticos pues las tropas de Sánchez Mosquera van para arriba con más ánimo y eso queda solo».

Las nuevas órdenes también frustraban sus esperanzas de unirse a Camilo Cienfuegos en el frente extendido del llano. Enterado del hecho, Camilo le envió una nota para consolarlo:

«Che. Hermano del alma: Recibí tu nota, veo que Fidel te ha puesto al frente de la Escuela Militar, mucho me alegra pues de ese modo podremos contar en el futuro con soldados de primera… Tú has desempeñado papel principalísimo en esta contienda; si te necesitamos en esta etapa insurreccional, más te necesita Cuba

cuando la guerra termine, por lo tanto bien hace el Gigante [Fidel] en cuidarte. Mucho me gustaría estar siempre a tu lado, fuiste por mucho tiempo mi jefe y siempre lo seguirás siendo. Gracias a ti tengo la oportunidad de ser ahora más útil, haré lo indecible por no hacerte quedar mal. Tu eterno chicharrón, Camilo».

V

El Che pasó el resto de abril en marcha constante. Junto con algunos pilotos que se habían pasado al bando rebelde, buscó un buen lugar donde construir una pista aérea y lo halló cerca de La Plata; dejó a varios hombres encargados de limpiar la maleza y cavar un túnel donde ocultar los aviones de abastecimiento. Inspeccionaba las obras de construcción de la escuela para reclutas en Minas del Frío y se reunía con Fidel a intervalos de algunos días.

Tanto en Cuba como en el exterior, los grupos de oposición a Batista maniobraban con ahínco. Con todo, el debilitamiento patente del régimen batistiano, lejos de impulsarlos a buscar la unidad, provocaba una sucesión de maniobras políticas incesantes. Dada la prominencia y la autoridad moral de Fidel Castro y su banda rebelde, los demás grupos se dedicaban a un juego bizantino: le proponían alianzas con el fin de ganar sus favores a la vez que trataban de socavarlo y obtener el apoyo destinado a él. Justo Carrillo, dirigente exiliado de una frustrada sublevación militar en 1956 que aún tenía fuertes vínculos con elementos del ejército cubano, le ofreció apoyo militar si Fidel «elogiaba» a las fuerzas armadas. Si bien Fidel quería poner de su parte a sectores de éstas, comprendió que se trataba de una maniobra peligrosa. Un golpe militar de Carrillo y su cómplice en la conspiración, el coronel Ramón Barquín, que aún estaba en la cárcel, probablemente atraería a la comunidad empresarial cubana, los partidos políticos tradicionales y Washington. Entonces Carrillo podría traicionar fácilmente a Fidel.

Con todo, la mayor amenaza contra su poder probablemente se encontraba en el seno de su propio Movimiento 26 de Julio, y el 1 de mayo convocó a los dirigentes del Directorio Nacional a los Altos de Mompié. El vergonzoso fracaso de la huelga general le daba el arma que necesitaba para actuar contra los dirigentes del llano, y se apresuró a utilizarla. El Che desempeñó un papel clave en la dramática confrontación del 3 de mayo.

«Yo hago un pequeño análisis de la situación planteando la realidad de dos políticas antagónicas, la de la Sierra y la del Llano, la vigencia de la política de la Sierra y nuestra razón al temer por la suerte de la huelga», escribió en su diario. Fustigó el sectarismo de los dirigentes del llano al impedir la participación del PSP, que había condenado a la huelga al fracaso. «Opiné que la mayor responsabilidad recaía sobre el responsable obrero, sobre el máximo dirigente de las brigadas [las

milicias del llano] y sobre el jefe de La Habana, es decir Mario [David Salvador], Daniel y Faustino. De modo que debían renunciar».

Después de un debate acalorado que duró hasta entrada la noche, Fidel sometió a votación la propuesta del Che, que ganó por mayoría. El resultado fue una reestructuración global de la dirección del llano. Faustino, Daniel y David Salvador fueron relevados de sus puestos y transferidos a la Sierra Maestra. El cambio más importante fue el traslado del Directorio Nacional a la sierra. A partir de entonces, Fidel era «secretario general», la autoridad suprema en materia de relaciones exteriores y abastecimiento de armas, además de «comandante en jefe» de la red nacional de milicias clandestinas. Un secretariado de cinco miembros, subordinado a él, se ocuparía de las finanzas, los asuntos políticos y los problemas obreros. El local del 26 de Julio en Santiago, hasta entonces la sede del movimiento en Oriente, quedó relegado al papel de una «delegación» subordinada al secretario general.

A fines de 1964, el Che escribió el artículo «Una reunión decisiva» para la revista de las fuerzas armadas *Verde Olivo* en el que sintetizó los sucesos de ese día crucial en la carrera de Fidel Castro: «En esa reunión se tomaron decisiones en las que primó la autoridad moral de Fidel, su indiscutible prestigio y el convencimiento de la mayoría de los revolucionarios allí presentes de los errores de apreciación cometidos… Pero lo más importante, es que se analizaban y juzgaban dos concepciones que estuvieron en pugna durante toda la etapa anterior de conducción de la guerra. La concepción guerrillera saldría de allí triunfante, consolidado el prestigio y la autoridad de Fidel… Surgía ya una sola capacidad dirigente, la de la Sierra, y, concretamente, un dirigente único, un comandante en jefe, Fidel Castro».[*]

Si el caudillismo de Fidel preocupaba a alguien, a partir de entonces se volvió una cuestión discutible. El problema jamás había quitado el sueño al Che. Él siempre había pensado en la revolución *verdadera* y considerado que ésta requería un hombre fuerte. A partir de entonces, el camino estaba despejado.

Tuvo poco tiempo para saborear la victoria. El ejército ya realizaba los primeros movimientos de su ofensiva estival al apostar tropas en los flancos de las montañas y reforzar los cuarteles de la costa. Había que planificar las emboscadas, cavar las trincheras, trazar rutas de abastecimiento y retirada, todo en el marco de un plan de acción coordinado. Hacia el oeste, en las colinas en torno al monte Caracas, Crescencio Pérez tendría que defender la línea con sus «grupos pequeños y mal armados», mientras que en el este correspondería a Ramiro Valdés defender el territorio en torno a La Botella y La Mesa. Una pesada responsabilidad recaía sobre los hombros del Che, quien desplegaba una actividad febril para cumplir con

ella. «Este pequeño territorio debería defenderse con no muchos más de doscientos fusiles útiles, cuando pocos días después comenzara la ofensiva de “cerco y aniquilamiento” del ejército de Batista».

VI

Junto con la estación lluviosa, que estaba en su plenitud, una atmósfera de crisis embargó la sierra, provocada por los informes diarios y los rumores de que se acercaban las tropas enemigas. El 6 de mayo, el ejército ocupó dos plantaciones arroceras al pie de la sierra y tomó prisionero a un rebelde. El 8 de mayo desembarcaron tropas en dos puntos de la costa. El 10 de mayo, La Plata fue bombardeada desde el aire. El Che corría de un lugar a otro para desplazar o reforzar las posiciones rebeldes de acuerdo con la última información.

Además de inspeccionar los frentes, el Che realizaba otras misiones tales como promover la reforma agraria y cobrar impuestos a los terratenientes y hacendados de Oriente. Fidel quería recaudar la mayor cantidad de fondos para mantener al Ejército Rebelde durante la ofensiva, pero los hacendados se mostraban renuentes. «Más adelante, cuando se consolidó nuestra fuerza, nos vengamos», escribió en su diario.

El Che tomó reclutas de la escuela en Minas del Frío, donde el comunista Pablo Ribalta cumplía la función de comisario político, y formó una nueva columna, que llamó Número Ocho en honor de su difunto camarada Ciro Redondo. Al conjunto de personalidades pintorescas de la escuela se sumó un nuevo instructor de tiro, un norteamericano veterano de la guerra de Corea llamado Herman Marks.

Entretanto, Fidel evidentemente dudaba de que sus fuerzas pudieran resistir la invasión y pergeñaba planes rayanos en lo apocalíptico. El 26 de abril había escrito a Celia: «Necesito *cianuro*. ¿Sabes cómo se puede obtener en buena cantidad? Pero también necesitamos *estricnina*: la mayor cantidad posible. Debemos obtenerlos de la manera más circunspecta, porque si se corre la voz será inútil. Me reservo algunas sorpresas para cuando nos golpee la ofensiva». No se sabe si Fidel obtuvo los tóxicos ni qué pensaba hacer con ellos. Probablemente su intención era envenenar el agua si se hacía necesario abandonar los campamentos. Embargado por esta mentalidad de búnker, envió una nota urgente al Che, quien inspeccionaba las defensas de primera línea del frente, con la orden de volver al cuartel general.

Al obedecer la orden, el Che llevó consigo a un voluntario nuevo, Oscar «Oscarcito» Fernández Mell, un médico de veinticinco años que acababa de llegar

de La Habana. El Che tomó el volante de un *jeep* y lo condujo a gran velocidad por un estrecho camino de tierra bordeado por precipicios. Advirtió que Oscarcito estaba nervioso y le dijo que no debía preocuparse, pero agregó: «Que ahorita cuando lleguemos te voy a contar una cosa». Cuando llegaron, el Che dijo que era la primera vez que conducía un automóvil. Era verdad. Con su antiguo compinche Alberto Granado había aprendido a conducir una moto, pero jamás se había sentado detrás del volante de un automóvil.

En el cuartel, mientras esperaba el regreso de Fidel de una inspección del frente costero, despidió a Lidia, una correo que partía a establecer contacto con «amigos» en La Habana, Camagüey y Manzanillo. Lidia, una cuarentona, había abandonado su panadería en San Pedro de Yao para unirse a la fuerza rebelde siguiendo a su único hijo. Durante el año anterior se había convertido en la mensajera preferida del Che, y transportaba los comunicados y documentos rebeldes «más comprometedores» entre la Sierra Maestra, La Habana y Santiago. En esas peligrosas misiones cruzaba una y otra vez las líneas enemigas; su caída hubiera significado la tortura y casi con seguridad la muerte. En esta misión debía salir de la sierra por un lugar donde había un puesto de la Guardia.

El Che llegaría a sentir veneración por la personalidad revolucionaria de Lidia, a quien tomaba como ejemplo de abnegación, lealtad, honestidad y valentía. «Cuando evoco su nombre —escribió más adelante—, hay algo más que una apreciación cariñosa hacia la revolucionaria sin tacha, pues tenía ella una devoción particular por mi persona que la conducía a trabajar preferentemente a mis órdenes, cualquiera que fuera el frente de operaciones al cual yo fuera asignado».

Además de encargarle las misiones más confidenciales, el Che recompensó la lealtad de Lidia al darle el mando de un campamento auxiliar en el frente cerca de las líneas enemigas. Era un lugar peligroso y varias veces el Che quiso retirarla, pero Lidia se negó a hacerlo y lo defendió con un celo suicida que asustó a los camaradas varones. Sólo accedió a dejar su mando para seguir al Che, transferido a otro frente. Pero lo arriesgado del lugar no era el único motivo para querer sacarla de ahí.

Dejó traslucir cierto regocijo cómplice al escribir que Lidia había ejercido el mando «gallardamente y, hasta un poco, tiránicamente, provocando resquemor entre los cubanos no acostumbrados a estar bajo el mando de una mujer». Finalmente, con palabras que evocan las empleadas por sus camaradas guerrilleros para describirlo a él, el Che, elogió su «audacia ilimitada» y «desdén por la muerte».

Entre el 15 y el 18 de mayo, mientras aguardaba el regreso de Fidel de su

inspección, recibió visitas de varios representantes políticos. Las anotaciones en su diario son vagas, pero indican que recibía propuestas del Partido Comunista y otros grupos políticos que buscaban alianzas con el Movimiento 26 de Julio. La más importante fue la de un hombre identificado como «Rafael, viejo conocido», que venía con un exrepresentante del PSP llamado Lino. Trae una proposición de frente único basado en la negativa actitud del D. N. [Directorio Nacional] y sus consecuencias, y llaman al trabajo conjunto. Para el 19 de mayo habían partido todos salvo el hombre del PSP, que quería hablar con Fidel. Entonces el periodista José Ricardo Masetti reapareció de improviso: había regresado a la sierra para realizar una nueva entrevista con Fidel. Esto provocó una nueva demora de la reunión con los comunistas porque, como apuntó el Che en su diario, «no conviene que [Masetti] escuche nada».

El 22 de mayo, después de la partida de Masetti, finalmente se realizó la cumbre de Fidel con el PSP. «Conversamos con Rafael y Lino, que plantean la necesidad de una unión de todas las fuerzas revolucionarias. Fidel acepta en principio, pero pone algunos reparos a las formas sin acabar la discusión».

La prioridad absoluta para Fidel era rechazar la ofensiva enemiga en curso; la unidad de las fuerzas en el llano, aunque deseable, no era esencial en ese momento. Quería evitar una confrontación prolongada y sangrienta con las fuerzas armadas, y la manera de hacerlo era reducir su moral en la sierra; luego bajaría al llano y podría formar las alianzas políticas que deseara. Además, como siempre, el temor de una intervención norteamericana en defensa de Batista lo obligaba a andar con pies de plomo en sus tratos con el Partido Comunista.

Ciertamente, abundaban las señales de que ese temor no carecía de fundamentos. A pesar de la suspensión de los envíos de armas por parte del Departamento de Estado, el de Defensa acababa de enviar trescientos cohetes a la fuerza aérea cubana desde sus arsenales en la base norteamericana de Guantánamo. Y a principios de mayo, un barco proveniente de Nicaragua con una carga de treinta tanques había alimentado sus sospechas de que Trujillo y Somoza abastecían a Batista de armas por cuenta de Estados Unidos.

En todo caso, las sospechas norteamericanas acerca de la verdadera inclinación política de Fidel habían crecido en los últimos meses. En mayo, Jules Dubois, el corresponsal del *Chicago Tribune*, aprovechó el nuevo transmisor más potente de Radio Rebelde que le permitía el enlace con el mundo exterior para entrevistar a Fidel desde Caracas. Lo esencial de su interrogatorio se centró en las presuntas relaciones del líder rebelde con el comunismo. Fidel rechazó nuevamente las acusaciones, acusó a Batista de difundir rumores para obtener armas norteamericanas y negó que tuviera intenciones de nacionalizar la industria

o la empresa privada. Fidel dijo que si bien él mismo no aspiraba a la presidencia, el Movimiento 26 de Julio se constituiría en partido político después de la revolución para «luchar con las armas de la Constitución y la ley».

Pero entre las declaraciones públicas de Fidel y sus pensamientos íntimos se abría una brecha creciente, como lo revela una nota suya a Celia del 5 de junio, poco después de que la fuerza aérea utilizara por primera vez sus cohetes de origen norteamericano para bombardear la Sierra Maestra. En la incursión habían destruido la casa de un civil. «Cuando vi los cohetes con que dispararon a la casa de Mario, juré que los norteamericanos van a pagar caro por lo que están haciendo. Cuando termine esta guerra, iniciaré una guerra propia, mucho más larga y más grande: la guerra para combatirlos. Comprendo que éste será mi verdadero destino».

En el corto plazo, Fidel lanzó una campaña para ganar a ciertos oficiales clave —envió una carta elogiosa al general Eulogio Cantillo, comandante de la guarnición de La Habana— mientras a través de la prensa libraba una guerra psicológica contra las tropas acuarteladas en la sierra.

«Las fuerzas armadas afrontan una tarea muy difícil —aseguró en una declaración a la prensa venezolana—. Cada entrada de la Sierra Maestra es como el paso de las Termópilas y cada pasadizo estrecho se convierte en una trampa mortal. Últimamente el ejército cubano ha empezado a comprender que lo han conducido a una verdadera guerra, una guerra absurda, una guerra insensata que puede costarle miles de vidas, una guerra que no es la suya porque después de todo, no estamos en guerra contra las fuerzas armadas sino contra la dictadura. Estas circunstancias siempre han conducido inevitablemente a una rebelión militar».

La vida cotidiana de Fidel se volvía cada vez más administrativa. Como «comandante supremo» de las fuerzas rebeldes no podía ausentarse de su cuartel y su nuevo centro de comunicaciones, y mantenía un ritmo de actividad frenético. En cartas y conversaciones con sus nuevos representantes en el exterior, pedía envíos de armas por avión y coordinaba su recepción. Controlaba las municiones enviadas a los comandantes en el campo y les daba instrucciones precisas sobre su uso. Solicitaba contribuciones a cubanos adinerados y algunos enviaron señales prometedoras: estaban dispuestos a contribuir *si* derrotaba la ofensiva del ejército. Al mismo tiempo, en las cartas a Celia se quejaba amargamente de tener que controlarlo todo.

«Estoy harto del papel de capataz y de ir y venir sin un minuto de descanso, de ocuparme de los detalles más insignificantes porque alguien olvidó esto o pasó

por alto aquello. Echo de menos los días en que era un soldado de verdad y era mucho más feliz que ahora. Esta lucha se convierte para mí en una tarea burocrática miserable y mezquina».

A pesar de sus quejas, su propia naturaleza lo impulsaba a hacerse cargo de todo, y mientras elaboraba la estrategia global de la guerra se ocupaba obsesivamente de los detalles más pequeños y mundanos. Entre un pedido de fulminantes y otro de grasa para los fusiles, acosaba a Celia para que le enviara las comodidades materiales que echaba de menos. «Necesito una pluma fuente —escribió un día—. Detesto no tenerla». El 8 de mayo escribió, irritado: «Como pésimamente. No se presta el menor cuidado a la preparación de mi comida… Estoy de pésimo humor». El 17 de mayo le envió una lista más larga de quejas. «No tengo tabaco, no tengo vino, no tengo nada. Dejaron una botella de vino rosado, dulce y español, en la casa de Bismarck, en la nevera. ¿Dónde está?»

Fidel desconfiaba del discernimiento y las decisiones de prácticamente todos sus subordinados, pero esas dudas no se extendían al Che, quien se había convertido en su principal confidente y, en los hechos, jefe de estado mayor. Cuando estaban separados, le enviaba esquelas constantemente para comunicarle planes militares, asuntos financieros, maniobras políticas y, como un joven entusiasta, relatar los experimentos con las armas nuevas producidas por la fábrica.

«Han pasado demasiados días desde que conversamos —escribió al Che el 19 de mayo—, y eso es necesario entre nosotros. Echo de menos a los viejos camaradas. Ayer realicé un experimento con una granada de estaño que produjo un resultado extraordinario. La colgué de un árbol a unos 2 metros del suelo y la detoné. Lanzó una lluvia de fragmentos letales en todas las direcciones. Lanza fragmentos hacia abajo y los costados como una regadera. Creo que en terreno abierto te mataría a 50 metros».

En la tercera semana de mayo, las tropas del gobierno iniciaron sus primeros avances tentativos en territorio enemigo. El general Cantillo contaba con un total de catorce batallones para el asalto a la sierra apoyados por la aviación, la artillería y regimientos blindados. Su plan era avanzar hacia el interior de la sierra desde varios puntos, rodear gradualmente a los rebeldes y reducir su territorio hasta el punto de atacar y destruir a Fidel en su comandancia, en la cresta central de la Sierra Maestra.

Hacia el sur había reforzado las guarniciones costeras y apostado fragatas navales para proporcionarle apoyo de artillería y evitar las fugas en esa dirección. Hacia el norte, por los flancos oriental y occidental del territorio rebelde, había

desplegado dos unidades del ejército integradas por dos batallones cada una. Unos kilómetros al norte de Las Mercedes, ocupada por la columna de Crescencio, se había reunido una compañía militar al mando del mayor Raúl Corzo Izaguirre en la central azucarera de Estrada Palma. Al este, en Bueycito, una compañía al mando del ahora teniente coronel Sánchez Mosquera se aprestaba a penetrar en los cerros ocupados por la antigua columna del Che, ahora a cargo de Ramiro Valdés. El punto débil de Cantillo era el grado de instrucción de sus efectivos: sólo un tercio de sus diez mil soldados tenía alguna experiencia; los demás eran conscriptos convocados para la campaña. Pero si se cumplían los planes, los rebeldes quedarían encerrados en un círculo cada vez más estrecho.

El círculo inicial no era demasiado amplio. La plaza fuerte rebelde, con sus valiosas instalaciones en La Plata, Las Vegas de Jibacoa, Mompié y Minas del Frío, ocupaba un territorio diminuto de apenas unos kilómetros cuadrados. De la comandancia de Fidel a la aldea de Las Mercedes en el límite norte había doce kilómetros; la escuela de reclutas de Minas del Frío estaba a mitad de camino entre ambas. Hacia el sur, a menos de ocho kilómetros del cuartel general rebelde, estaba el mar. Y para defender su territorio serrano, Fidel contaba con doscientos ochenta combatientes armados y unos cincuenta proyectiles para cada uno.

El 19 de mayo, después de ametrallar las defensas rebeldes desde el aire para ablandarlas, las tropas de Corzo Izaguirre trataron de ocupar Las Mercedes, pero las unidades de Crescencio las detuvieron en las afueras. Las líneas de batalla estaban tendidas y los bandos se enfrentaban a una distancia de aproximadamente cuatrocientos metros. Pero aunque sus comunicados proclamaban la «sólida resistencia» de los combatientes y una tregua fugaz descendía sobre el campo de batalla, Fidel en su fuero íntimo dudaba de la capacidad de Crescencio como comandante; días después pidió al Che que asumiera el mando.

En un gesto casi surrealista, antes de partir hacia Las Mercedes el Che asistió a una asamblea de campesinos convocada por Humberto Sorí Marín para discutir cómo realizarían la cosecha del café; para sorpresa de todos, asistieron trescientas cincuenta personas. «Se propuso por la mesa directiva en la que estaba Fidel las siguientes medidas: crear un tipo de dinero de la Sierra para pagar al trabajador, traer el yarey [paja] y los sacos para los envases, crear una cooperativa de trabajo y consumo, crear una comisión de fiscalización del trabajo y prestar la colaboración de la tropa en la recogida del café. Todo fue aprobado pero, cuando Fidel iba a cerrar el acto con su discurso, los aviones empezaron a ametrallar en la zona de Las Mercedes y la gente perdió interés». Era el 25 de mayo, y aparentemente se había iniciado una ofensiva enemiga en toda regla.

El Che acudió rápidamente a Las Mercedes. A partir de entonces y durante

los tres meses siguientes permaneció poco tiempo en un mismo lugar pues animaba a las fuerzas rebeldes a resistir la abrumadora capacidad de fuego y la contundencia de las fuerzas del ejército invasor de Batista. Su mensajera Lidia, que volvía de su misión, se reunió con él. Le informó de que en La Habana, Faustino Pérez se negaba a entregar su mando tal como le habían ordenado. «La cosa pinta cada vez peor», escribió en su diario; evidentemente, en ese momento le preocupaba una ruptura con la fracción descontenta del llano.

En el inicio de la ofensiva del ejército, el Che sólo tuvo tiempo para recibir las noticias de Lidia antes de volver al frente. Además de distribuir las escasas armas que llegaban del exterior, eligió a algunos voluntarios entre los alumnos de Minas del Frío para enviarlos al frente y otros —«los malos» para mandarlos a cavar fortificaciones en Las Mercedes. Como siempre, había problemas disciplinarios con los reclutas que trataban de escapar de las redes cada vez más estrechas del ejército.

Estando Fidel de visita, llevaron ante él a un recluta que había intentado escapar. «Fidel era partidario de fusilarlo inmediatamente pero yo me opuse y al final triunfó la tesis de condenarlo a reclusión indefinida en [la cárcel militar rebelde de] Puerto Malanga. Hubo otro alumno castigado por mí a 10 días sin comer que le pidió clemencia a Fidel, éste le dio a escoger entre levantarle el ayuno e ir a Puerto Malanga y quedar como estaba. No se decidió por nada y entonces se resolvió pasarlo un mes a Puerto Malanga». Días después, en una muestra de su manera errática de administrar la justicia revolucionaria, Fidel «absolvió» a un reo que había sido capturado después de desertar. En cuanto a la retórica de Fidel sobre convertir los desfiladeros en trampas mortales para el ejército, el diario del Che revela la verdad sobre la escasez de efectivos de los rebeldes y la debilidad de su moral de combate. El 4 de junio escribió: «Temprano salió Fidel para su lugar del campamento y a la hora vinieron a hacernos la visita dos cazas con cargas de cohetes, tirando 6 de ellos y ametrallando un poco. La reacción fue negativa en los alumnos, 10 de los cuales pidieron licencia». Ese día, dos lanzadores de granadas voluntarios se acobardaron y el Che tuvo que buscar reemplazantes. Al día siguiente, de regreso en la escuela, se enteró de que habían vuelto los cazas enemigos, provocando la fuga de ocho alumnos más.[50]

Cuando desembarcaron tropas enemigas en la costa, Fidel se hizo cargo de la defensa de Las Vegas y envió al Che a poner orden en el mando de Crescencio Pérez, donde se decía que un oficial se comportaba de modo abusivo con sus hombres. Antes de partir, presidió un juicio sumario de un oficial rebelde acusado de homicidio y lo condenó a muerte. El día de su trigésimo cumpleaños lo dedicó al juicio del oficial de Crescencio, a quien relegó de su mando.

De vuelta en el frente, se encontró con una situación caótica; el enemigo avanzaba. Fidel se había retirado a Mompié; Las Vegas había caído. El enemigo amenazaba Minas del Frío, y el Che dedicó varios días a reforzar el frente de Fidel con sus hombres: construyó nuevas defensas, despojó a otro oficial de su mando y desarmó a los insubordinados.

El 26 de junio se reunió con Fidel, quien le ordenó que permaneciera con él en Mompié. Las perspectivas eran sombrías; los rebeldes cedían terreno en todos los frentes. Fidel había ordenado a Camilo y Almeida que regresaran a la sierra con sus columnas, pero un espíritu derrotista cundía en las filas rebeldes.

«En la noche se operaron tres fugas y una de ellas doble —escribió el Che en su diario—; Rosabal, condenado a muerte por chivato, Pedro Guerra, de la escuadra de Sorí, y dos militares presos. Pedro Guerra fue capturado; se había robado un revólver para la fuga. Fue ajusticiado inmediatamente».

A fines de junio los rebeldes obtuvieron su primera victoria nítida —rechazaron una compañía al mando de Sánchez Mosquera, capturaron a veintidós soldados y cincuenta o sesenta armas—, pero en otras partes avanzaba el ejército, según los informes que llegaban de La Maestra y otros montes. Evidentemente era el comienzo de la segunda oleada. Enterado de que los soldados venían a tomar los Altos de Merino, el Che llegó allí la mañana del 3 de julio.

«Al llegar me encontré con que los guardias ya avanzaban. Se trabó un combatico en el que nos retiramos muy pronto. La posición era mala y nos venían rodeando, pero se les hizo poca resistencia. Personalmente noté algo que nunca había sentido: la necesidad de vivir. Eso debe corregirse para la próxima oportunidad».

Es difícil imaginar que muchos hombres en la misma situación harían semejante juicio autocrítico, pero así enfrentaba la vida Ernesto Guevara en su nueva identidad del Che. Era una de las facetas de su carácter que lo destacaba de la vasta mayoría de sus camaradas guerrilleros, los que en pleno combate aún esperaban sobrevivir a la experiencia.

En verdad, la mayoría de los problemas que surgían cotidianamente entre él y sus hombres apuntaban a esa diferencia fundamental. El nerviosismo, la falta de «combatividad», las deserciones, no ocupar el lugar indicado en el frente, todas las quejas y observaciones que aparecen en su diario íntimo se reducen a una sola: experimentaban «*la necesidad de vivir*».

VII

En medio de la ofensiva del ejército, el Che recibió una carta que su madre enviaba desde Buenos Aires. En vísperas de la batalla, había utilizado el nuevo transmisor de radio de la Sierra Maestra para llamarla, y ella le escribía para desearle feliz cumpleaños al cumplir los treinta.

Querido Teté:

Me sentí tan emocionada al escuchar tu voz después de tanto tiempo. No la reconocí: parecías otro. Tal vez la línea estaba mal o tal vez cambiaste. Sólo cuando me llamaste «vieja» me pareció la voz de siempre. Qué noticia maravillosa me diste. Qué lástima que se cortara la comunicación antes de que pudiera darte la mía. Y hay mucho que contar. Ana [María, hermana menor del Che] se casó el 2 de abril con Petit [Fernando Chávez] y se fueron a Viena… ¡Qué cosa que se van todos mis hijos! Dejó un gran vacío en la casa… Roberto tiene dos hermosas hijas rubias que cumplirán dos y uno el primero de julio, y espera el heredero para agosto. Trabaja mucho y bien para mantener a su familia numerosa…

Celia acaba de ganar un importante premio [de arquitectura] con Luis [Argañaraz, su novio] y Petit. Entre los tres ganan 2 y 1/2 millones de pesos. Estoy tan orgullosa de tener hijos tan capaces que no quepo en mi ropa. Juan Martín, por supuesto, cabe en tu ropa. No es que sea alto. Es tan flacucho como eran sus hermanos y hermanas y sigue siendo un chico encantador. A éste la vida no lo va a baquetear.

María Luisa [tía del Che] está como siempre. Física y emocionalmente discapacitada y muy triste. Parece característico de su enfermedad. Siempre pregunta por vos… Yo también sigo como siempre. Con unos años más y una tristeza que ya no es tan aguda. Se ha vuelto una tristeza crónica mezclada de vez en cuando con grandes satisfacciones. El premio que ganó Celia fue una de ellas, el regreso del Pequeño será otra, escuchar tu voz fue una muy grande. Me he vuelto muy solitaria. No sé cómo escribirte, ni siquiera qué decir: he perdido la medida.

El trabajo de la casa me cansa mucho. Por mucho tiempo he cocinado para mí y sabés cuánto detesto las tareas del hogar. La cocina es mi cuartel general y allí paso la mayor parte del tiempo. Con el viejo [el padre del Che] hubo una gran pelea y ya no viene por aquí. Mis acompañantes son Celia, Luis y Juan Martín.

Tantas cosas que quería decirte, querido. Tengo miedo de soltarlas. Las dejo a tu imaginación.

Un abrazo y un beso de años, con todo mi amor, Celia.

Uno se pregunta cómo reaccionó el Che al leer esta carta desgarradora, si lo hizo con indiferencia o sufrió el dolor de la nostalgia y el anhelo de la vida que continuaba normalmente en su ausencia: los hermanos y hermanas que crecen, se casan, dejan el hogar, tienen hijos; los padres que envejecen. ¿Y qué había de su familia, su esposa Hilda y su hija Hildita?

Pero algo más que la voz había cambiado en Teté. Junto con su entrega a la revolución, había optado conscientemente por divorciarse de su vida «exterior». No le faltaba oportunidad para escribir a Hilda o a sus padres, pero lo hacía en raras ocasiones. A fines de abril, Fidel le dijo que alguien había tratado de llamarlo desde Perú; probablemente era Hilda. Evidentemente, él no devolvió la llamada porque no hay mención de ello en las memorias de Hilda. En verdad, uno de los aspectos más notables de su diario de esta época es la ausencia casi total de detalles de su vida personal o de pasajes introspectivos, sobre todo cuando se lo compara con el ensimismado vagabundo Ernesto de pocos años atrás.

VIII

Los grandiosos planes del ejército cubano de atrapar a los rebeldes en un lazo corredizo aparentemente no habían tenido en cuenta la topografía del campo de batalla. Las unidades de ataque del ejército se empantanaban en los bosques tupidos y las profundas hondonadas de la Sierra Maestra y perdían el contacto entre sí. Por eso los rebeldes podían ceder terreno para luego rodear a las unidades aisladas. En poco tiempo se tuvo la impresión de que la ofensiva pertenecía a los rebeldes.

Para aprovechar el impulso, el Che y Fidel decidieron dividir sus fuerzas, éste se dirigió hacia Jigüe para atacar a las tropas mientras aquél se ocupaba de la defensa de Mompié y dirigía la resistencia en Minas del Frío. El 11 de julio, cuando el Che llegó a Mompié, la fuerza aérea cubana inició un bombardeo feroz del lugar con napalm además de explosivos. Entonces llegó una noticia desconcertante. Raúl Castro, que conducía las fuerzas rebeldes en Sierra Cristal, había tomado cuarenta y nueve rehenes norteamericanos. Además, según el Che, había escrito «un manifiesto hecho al mundo entero y firmado por él. Estaba demasiado fuerte y sumado al arresto de los 49 norteamericanos parecía una nota de peligroso "extremismo"».

En cuatro meses desde su traslado a la Sierra Cristal, Raúl había construido rápidamente una fuerza de combate y hecho sentir su presencia en todo el este de Oriente. En julio tenía más de doscientos combatientes y había construido una infraestructura guerrillera con armería, hospitales y escuelas, una unidad de construcción de caminos, servicio de inteligencia y sistema judicial revolucionario. La ofensiva del ejército amenazaba poner fin a todo. Si bien no enfrentaba un asalto terrestre en toda la línea, como su hermano en la Sierra Maestra, los aviones de Batista hostigaban sus fuerzas. En junio, cuando estaba escaso de municiones, decidió tomar la medida drástica de secuestrar a todos los norteamericanos hallados en su territorio.

El 26 de junio sus combatientes atacaron la Moa Bay Mining Company y detuvieron a doce empleados norteamericanos y canadienses. Secuestraron a otra docena en la mina de níquel Nicaro y en el ingenio azucarero de la United Fruit en Guaro. Secuestraron a veinticuatro marineros e infantes de marina que regresaban en autobús a la base naval de Guantánamo. En un comunicado de prensa, Raúl dijo que su acción era una protesta por el envío norteamericano de cohetes y napalm a

Batista y por el reabastecimiento secreto, de bombas y combustible, de aviones cubanos en la base de Guantánamo. El secuestro provocó indignación en Washington, donde varios senadores exigieron una intervención militar. Park Wollam, el cónsul norteamericano en Santiago, fue a un encuentro con Raúl y comenzaron las negociaciones.

Enterado de la crisis por informes de la prensa, Fidel replicó con una orden a Raúl, transmitida por Radio Rebelde, de liberar a los rehenes. En una declaración pública cuidadosamente equilibrada, dijo que la toma de rehenes no era la política del movimiento, pero que tales acciones eran comprensibles en vista del envío de cohetes norteamericanos a Batista. Luego envió a Raúl una carta personal en la que aparentemente le advirtió que no debía tomar medidas drásticas con los rehenes que dañaran la imagen de los rebeldes en Estados Unidos.[*]

Con todo, Raúl obtuvo algunos beneficios con su demostración de fuerza. En una confirmación de la enorme influencia que ejercían los norteamericanos sobre Batista, los ataques aéreos a sus fuerzas en la Sierra Cristal cesaron bruscamente. Ante esa comprobación, Raúl no liberó a todos los rehenes de una vez sino que alargó el proceso y aprovechó la tregua para reabastecer a sus fuerzas. El 18 de julio liberó a los últimos rehenes y a continuación se reanudaron los ataques, pero para entonces su Segundo Frente estaba reabastecido, en condiciones de defenderse y listo para la acción.

La crisis de los rehenes puso de manifiesto una faceta del carácter de Raúl que preocupaba a algunos camaradas: lo que el Che llamó apropiadamente su «extremismo». Sin un control estricto, Raúl era una especie de bala perdida, y en el futuro otros excesos difundidos por la prensa lo mostrarían como un hombre violento que no se detenía ante nada para garantizar la seguridad revolucionaria.

Mientras tanto, la muerte de camaradas se convertía en un hecho cotidiano en la Sierra Maestra. Geonel Rodríguez, que había ayudado al Che a fundar *El Cubano Libre* cuando El Hombrito era el primer «territorio libre» de la Sierra Maestra, murió al caer un mortero en la casa donde se encontraba. En su diario, el Che le dedicó el máximo elogio: «Era uno de los colaboradores más queridos, un verdadero revolucionario». Esa noche recibió la noticia de la muerte de Carlitos Más, «viejo-joven combatiente que murió a resultas de quemaduras y fracturas sufridas junto con Geonel». Lo más frustrante era que esas muertes no se traducían en avances en el campo de batalla, al menos en el sector del Che. Defendía la línea en Minas del Frío, pero la situación había caído en un punto muerto; los soldados enemigos se atrincheraban, sin retroceder ni avanzar. Continuaban los bombardeos aéreos. El 17 de julio los aviones atacaron el hospital de Mompié; el Che supervisó el traslado de los pacientes. Al día siguiente escribió: «Todo sin novedad en la

zona. El único pasatiempo de los guardias es matar los puercos que dejamos regados».

Mientras el Che trataba de reforzar las defensas en el perímetro de Minas del Frío, Fidel desgastaba las tropas enemigas en el sitio de Jigüe. En dos días a principios de julio tomó diecinueve prisioneros y capturó dieciocho piezas, entre ellas varias granadas para lanzar con fusil. Pensaba que el enemigo, imposibilitado de recibir alimentos, capitularía en cuarenta y ocho horas.

Al enterarse de que el comandante enemigo, mayor José Quevedo, era un antiguo compañero suyo de la Facultad de Derecho, el 10 de julio le envió una nota curiosa. «Muchas veces he recordado al grupo de jóvenes oficiales que atraían mi atención y despertaban mis simpatías por su gran anhelo de cultura y los esfuerzos que hacían para continuar sus estudios… ¡Qué sorpresa saber que estás por aquí! Y por difíciles que sean las circunstancias, siempre me alegra tener noticias de uno de ustedes, y escribo estas líneas impulsivamente, sin decirte ni pedirte nada, sólo para saludarte y desearte, muy sinceramente, buena suerte».

Si su intención era debilitar la voluntad de Quevedo, no lo consiguió. Luego instaló altavoces y bombardeó a los sitiados con «proclamas bien preparadas y consignas cuidadosas» con la intención de debilitar su moral de combate. El 15 de julio, en una nueva carta a Quevedo, le pidió directamente la rendición. «No será una rendición ante un enemigo de la patria sino ante un revolucionario sincero, un combatiente que lucha por el bien de todos los cubanos».

Pero Quevedo aún resistía. Entonces, Fidel ordenó a uno de sus hombres que se hiciera pasar por soldado de comunicaciones del ejército y comunicara a la fuerza aérea que los rebeldes habían tomado el campamento. El ardid surtió efecto: los aviones bombardearon la fuerza de Quevedo y sembraron el pánico entre sus hombres. El 18 de julio, tras tomar cuarenta y dos prisioneros y un botín de sesenta y seis armas y dieciocho mil proyectiles, comunicó al Che: «Las tropas rodeadas están al borde del colapso».

La caída de Jigüe se produjo la noche del 20 de julio: Quevedo se entregó con ciento cuarenta y seis soldados. Para los rebeldes, la victoria fue un punto de inflexión; habían desbaratado la ofensiva del ejército y ahora podían aprovechar su ventaja.[52]

El día de la rendición de Quevedo, Radio Rebelde anunció la firma del «Pacto de Caracas». Firmado previamente por Fidel en nombre del Movimiento 26 de Julio, el pacto reunía a ocho grupos de oposición, incluidos los Auténticos de Carlos Prío, el Directorio Revolucionario, la llamada fracción militar «barquinista»

y el Movimiento Montecristi de Justo Carrillo, que se comprometían a derrocar a Batista mediante la insurrección armada y formar un gobierno provisional de breve duración. Más importante aún, el «Manifiesto de Unidad de la Sierra Maestra» reconocía a Fidel Castro como «comandante en jefe de las fuerzas revolucionarias». Como en todos los pactos anteriores, el más importante de los grupos de oposición excluidos era el PSP. El Che, que evidentemente pensaba que estaría incluido, escribió en su diario: «La unidad por fuera marcha bien pero en el llamamiento no está incluido el Partido Socialista [Popular], lo que me extraña». (Parecía que en lo relativo a las vinculaciones PSP-26 de Julio, Fidel momentáneamente ocultaba su pensamiento al Che, y que a pesar de las conversaciones de alto nivel, ambas organizaciones habían resuelto mantener su diálogo en secreto y evitar una unificación pública que pudiera provocar controversias.)

Finalmente, con intermediación de la Cruz Roja se negoció una tregua de dos días. El 23 y 24 de julio, se entregaron 253 prisioneros del ejército famélicos y exhaustos; entre ellos había 57 heridos. Dejaron en manos de los rebeldes un total de 161 armas, incluidos dos morteros, un lanzagranadas y dos ametralladoras pesadas. Dos horas antes del fin del cese de fuego, el Che movilizó a sus hombres; algunos debían defender el paso de La Maestra mientras otros ponían sitio a las tropas en Las Vegas.

En un día rodearon el campamento y, siguiendo el ejemplo de Fidel en Jigüe, el Che instó a los soldados a entregarse. La mañana del 28 de julio, el Che se reunió con dos emisarios del capitán del ejército en una granja situada entre las líneas. Los oficiales traían una oferta: si se les permitía retirarse, dejarían sus alimentos pero se llevarían sus armas. El Che respondió que era inaceptable y volvió a sus líneas. Poco después, un centinela le advirtió que el enemigo huía en sus vehículos con una bandera blanca y una de la Cruz Roja; evidentemente, el encuentro había sido una táctica de distracción. El Che ordenó a sus fuerzas que abrieran fuego y él mismo encabezó la persecución.

«Se veía un espectáculo desolador de derrota —escribió—; mochilas y cascos regados por todo el camino, bolsas con balas y toda clase de enseres, hasta un *jeep* y un tanque intacto… Luego cayeron los primeros prisioneros, entre ellos el médico de la compañía». Sin embargo, al continuar el avance, las fuerzas del Che cayeron bajo el fuego de su propia tropa oculta en las laderas circundantes; murió un prisionero del Che y un oficial rebelde resultó herido de gravedad. «Tenía la incómoda situación de estar sitiado por nuestras fuerzas que hacían fuego apenas veían moverse los cascos. Mandé un soldado a que parara el fuego con las manos en alto y en un lugar dio resultado pero del otro siguieron tirando un rato, hiriendo a dos guardias más».

Finalmente se normalizó la situación y se condujo a decenas de guardias prisioneros de vuelta a Las Vegas. Cuando inspeccionaba el tanque capturado, el Che recibió un mensaje urgente de Fidel. Aparentemente, la segunda retirada del ejército ese día, desde el sector de Santo Domingo, había sido una maniobra, porque mientras los rebeldes perseguían a las tropas en su retirada, la compañía de Sánchez Mosquera había tomado la colina Los Arroyones cerca de Las Mercedes y los habían flanqueado. Uno de los capitanes rebeldes al mando de la fuerza había muerto; el otro —que era René Ramos Latour, el antiguo rival del Che en el llano— aún vivía y devolvía el fuego, pero el combate era encarnizado. La tarde del día siguiente, Daniel murió de una herida de granada en el abdomen. «Profundas divergencias ideológicas me separaban de René Ramos y éramos enemigos políticos —escribió el Che en su diario—, pero supo morir cumpliendo con su deber, en la primera línea y quien muere así es porque siente un impulso interior que yo le negara y que en esta hora rectifico».

Durante la siguiente, caótica semana de guerra, los combates se centraron en un objetivo nuevo y casi gracioso: el tanque capturado por el Che en Las Mercedes. Como un indicio de que la Revolución Cubana jamás superó la pequeña escala, ese tanque solitario era un gran trofeo que Fidel quería conservar a toda costa, y con el mismo encarnizamiento el enemigo se empeñaba en destruirlo. Aviones enemigos realizaban incursiones para bombardearlo mientras las fuerzas de Fidel trataban de sacarlo del barro del camino donde había quedado atascado.

Los esfuerzos de ambos bandos resultaban vanos; el tanque seguía intacto. El 5 de agosto, Fidel envió a un campesino con una yunta de bueyes a sacarlo del barro, pero se rompió el volante y había pocas esperanzas de repararlo. «Esperanzas destruidas —escribió Fidel al Che esa noche—. Hacía mucho que no tenía tales fantasías».

Dos días después, protegidos por un fuego mortífero, el ejército inició la retirada en masa de su última posición asediada en la Sierra Maestra. Era el fin de la alardeada ofensiva de Batista… pero no de las muertes. El 9 de agosto, Beto Pesant, veterano del primer grupo de voluntarios de Manzanillo, murió al manipular un proyectil antiaéreo. Zoila Rodríguez, la amante del Che, presenció la escena.

«El comandante Guevara, otros rebeldes y yo fuimos a cumplir una misión, en esa ocasión murió Alberto Pesant. Cuando escuché una explosión, observé que el mulo de Guevara, llamado Armando, resultó herido y lo había lanzado [al Che] por los aires, corrí a su lado pero ya se estaba levantando. Miré para Pesant y le faltaba un brazo, tenía la cabeza destrozada y el pecho abierto… Empecé a gritar: "Beto, no te mueras, no te mueras." Rápidamente lo atendieron. El comandante me

dijo: “Zoila, está muerto.”» El Che ordenó que llamaran a la esposa del muerto en Manzanillo. Cuando llegó, «se puso a llorar en la tumba —recuerda Zoila—, todos lloramos y cuando miré a Guevara tenía los ojos con lágrimas».

Tras la retirada del ejército, Fidel aún tenía ciento sesenta prisioneros, varios de los cuales estaban heridos, y quería deshacerse de ellos rápidamente. Después de muchas idas y venidas, la mañana del 11 de agosto Fidel, el Che y los comandantes del ejército se reunieron con representantes de la Cruz Roja. Conversaron amablemente mientras bebían café. Se impuso una tregua de dos días para liberar a los militares, tanto los ilesos como los heridos. En un momento el Che y Fidel realizaron un breve vuelo en helicóptero con sus contrapartes enemigos. Los rebeldes aprovecharon la tregua para efectuar procesos judiciales. El Che apuntó que se ajustició «a un desertor del ejército que intentó violar una muchacha».

Durante la pausa, un alto oficial del ejército que los rebeldes creían que era un enviado especial de Batista instó a Fidel a negociar con el régimen. «Propuso veladamente el reemplazo [de Batista] por un magistrado del Supremo [Tribunal de Justicia] (el más viejo) y la salida pacífica. No se llegó a nada concreto». Fidel no respondió al ofrecimiento. No veía motivos para apresurarse a iniciar negociaciones porque tenía planes para extender la guerra al resto de la isla y aún tenía esperanzas de ganar al general Cantillo, cuya ofensiva acababa de derrotar. Como señaló el Che más adelante: «El ejército batistiano salió con su espina dorsal rota de esta postrera ofensiva sobre la Sierra Maestra, pero aún no estaba vencido. La lucha debía continuar». Efectivamente, el 14 de agosto, después de una desusada muestra de humanidad en la que el ejército envió plasma sanguíneo a los rebeldes, la fuerza aérea reanudó los bombardeos.

Mientras tanto, sin que lo advirtiera el enemigo ni los aliados putativos de Fidel en el Pacto de Caracas, un visitante distinguido partió del territorio rebelde en la Sierra Maestra. Carlos Rafael Rodríguez, miembro del Comité Central del Partido Comunista, había mantenido conversaciones secretas con Fidel después de visitar el Segundo Frente de Raúl en la Sierra Cristal. El Che mencionó la visita discretamente y sólo después de la partida del dirigente del PSP. «Carlos Rafael salió para la zona libre. Su impresión es positiva a pesar de todas las intrigas de dentro y fuera».[53]

A pesar del secreto que aún persiste acerca de la visita de Rodríguez, es evidente que Fidel le dio la luz verde para buscar la unidad del PSP y el 26 de Julio en un frente obrero reconstruido. Otra señal de cooperación que envió Fidel fue su autorización para que el partido tuviera un delegado permanente en la sierra. Tres semanas después de la partida de Rodríguez, llegó el veterano dirigente Luis Más

Martín, un viejo amigo de los Castro. En septiembre volvió el propio Rodríguez para permanecer junto a Fidel hasta el fin de la guerra.

Entretanto, en la Sierra Cristal, Raúl Castro y el PSP habían avanzado mucho más allá de un «entendimiento». Se habían establecido vínculos organizativos serios desde la llegada de Raúl a principios de marzo. En la misma época que Raúl abandonó la Sierra Maestra para abrir el nuevo frente, José «Pepe» Ramírez, jefe de la Asociación Nacional de Agricultores Pequeños (ANAP), controlada por el PSP, recibió órdenes del partido de «presentarse a Raúl». Éste le encomendó que organizara a los campesinos de la zona y convocara a un «Congreso Campesino» en el otoño. El trabajo estaba bien encaminado. Ramírez realizaba reuniones con ayuda de la red local del PSP. Asimismo, se había creado una escuela para instructores de la tropa dirigida por los comunistas, cuya orientación política era marxista.

Resulta curioso que además del apoyo de los comunistas, Raúl también contara con el apoyo de un número importante de activistas católicos de la ciudad de Santiago. También entre ellos había un voluntario norteamericano, Russell Evans, que trabajaba en la fábrica de bombas de los rebeldes. Pero la característica destacada del Segundo Frente de Raúl era la influencia comunista. En efecto, el frente fue el semillero de muchos futuros dirigentes del partido. Expulsado de la Juventud Socialista a raíz de su papel en la aventura «putschista» de Fidel en el Moncada, Raúl no era miembro del partido, pero conservaba su lealtad y, con un guiño de aliento de Fidel, procedió a cimentar sus vínculos con él.

Estos sucesos sin duda no eran vistos con buenos ojos por los norteamericanos, pero por el momento no era mucho lo que se podía hacer para apaciguar sus temores sobre los verdaderos objetivos de un Ejército Rebelde cuyo poderío crecía constantemente. Por el momento, esos objetivos exigían una audaz expansión de la guerra. El Che y Camilo Cienfuegos debían abandonar la Sierra Maestra para llevar la guerra al centro y el oeste de la isla. La columna Ciro Redondo del Che debía asumir la autoridad revolucionaria en los montes Escambray de la provincia central de Las Villas, «golpear implacablemente al enemigo» y dividir la isla en dos. Al mismo tiempo, la columna Antonio Maceo de Camilo debía emular la hazaña de ese ilustre prócer de la independencia en el siglo XIX al marchar hasta la provincia de Pinar del Río, en el extremo occidental de Cuba.

El Che estaba impaciente por iniciar la marcha, pero el 15 de agosto escribió: «No he podido organizar todavía la columna, pues ha habido un cúmulo de órdenes contradictorias sobre su composición». Se trataba de reunir a los hombres que marcharan con él y estaba decepcionado por la escasa cantidad de voluntarios

que se presentaban en los distintos pelotones. Él mismo no los alentaba demasiado a seguirlo, ya que les decía que probablemente sólo la mitad sobreviviría a la misión y que debían prepararse para el combate y el hambre constantes. Evidentemente, no cualquiera podía participar en la misión. Fidel convocó al Che a Mompié. Le había organizado una unidad al mando del Vaquerito y le dijo que eligiera a los hombres que necesitara en los demás pelotones. Pablo Ribalta, el comisario político en Minas del Frío, empezó a seleccionar hombres de la escuela sobre la base de las instrucciones recibidas del Che.

Durante la quincena siguiente, bajo los incesantes bombardeos aéreos, el Che reunió su fuerza expedicionaria con sumo cuidado: era una columna de 148 hombres con media docena de *jeeps* y camionetas. La fuerza de Camilo, de 82 hombres, también estaba preparada para partir. La noche del 29 de agosto, cuando cargaba unos *jeeps* con municiones traídas desde Miami y se aprestaba a partir al amanecer, el ejército capturó dos camionetas cargadas con provisiones y todo el combustible para la travesía. Resolvió partir a pie.

El 31 de agosto, cuando se preparaba para partir, Zoila le pidió que le permitiera acompañarlo. El Che se negó. Se despidieron en la aldea de El Jíbaro. Fue su último encuentro como amantes. «Me encargó que cuidara a su mulo Armando —recuerda Zoila—. Lo atendí como si fuera un cristiano».

19. LA OFENSIVA FINAL

I

Durante las seis semanas siguientes, bajo los incesantes aguaceros de la estación lluviosa, las columnas del Che y Camilo vadearon los arrozales y pantanos del llano, cruzaron ríos crecidos, esquivaron al ejército y sufrieron frecuentes ataques aéreos. Las «marchas agotadoras» a través de «pantanos hediondos» y por «sendas infernales» eran «realmente horribles», escribió el Che. El enemigo había detectado su presencia, y después de un par de escaramuzas el 9 y 14 de septiembre, el ejército rastreaba sus movimientos.

«El hambre y la sed, el cansancio, y la sensación de impotencia frente a las fuerzas enemigas que cada vez nos cercaban más y, sobre todo, la terrible enfermedad de los pies conocida por los campesinos con el nombre de mazamorra (que convertía en un martirio intolerable cada paso dado por nuestros soldados), habían hecho de éste un ejército de sombras. Era difícil adelantar; muy difícil. Día a día empeoraban las condiciones físicas de nuestra tropa y las comidas, un día sí, otro no, otro tal vez, en nada contribuían a mejorar ese nivel de miseria, que estábamos soportando».

En las escaramuzas murieron varios combatientes, otros desertaron y el Che permitió que varios hombres desmoralizados o temerosos abandonaran la columna. Como siempre, los chivatos causaban problemas. El Che informó a Fidel de que «la conciencia social del campesinado camagüeyano es mínima, y tuvimos que enfrentar las consecuencias de numerosos informantes».

Mientras tanto, el gobierno intensificaba la propaganda sobre el comunismo del Che. El 20 de septiembre, después de las escaramuzas con las tropas en el llano, el jefe de estado mayor de Batista, general Francisco Tabernilla, informó de que el ejército había «destruido» una columna de cien hombres conducida por el «Che Guevara» y había capturado pruebas de que sus rebeldes eran entrenados mediante métodos comunistas.

Lo cual era totalmente cierto. «Lo que pasó —explicó el Che a Fidel más adelante— es que en una de las mochilas [abandonadas durante una escaramuza] encontraron un cuaderno que daba el nombre, dirección, arma y municiones de toda la columna, miembro por miembro. Además, un miembro de esta columna que también es miembro del PSP [Pablo Ribalta] abandonó su mochila conteniendo documentos de esa organización».

Además de la ofensiva propagandística, el ejército utilizó las «pruebas comunistas» para inculcar el miedo y el odio a los rebeldes entre sus tropas. El 21 de septiembre, en un radiograma a las unidades apostadas en la ruta del Che, el teniente coronel Suárez Suquet exhortó a los oficiales a que emplearan todos los recursos disponibles y «juntaran coraje» para detener al «enemigo guerrillero» que «asesinaba hombres cualesquiera que fuesen sus ideas». Señaló que «la reciente captura de documentación comunista del extranjero conocido como "Che Guevara" y sus secuaces, que siempre han vivido fuera de la ley [demuestra que están] a sueldo del Kremlin… Adelante, Soldado Cubano: no permitiremos que estas ratas que penetraron subrepticiamente en esta provincia vuelvan a salir».

Y por si la persecución del ejército no fuera problema suficiente, el Che sabía que al acercarse a la sierra de Escambray penetraba en un avispero de rivalidades e intrigas. Varios grupos armados operaban en la zona, prácticamente todos competían por la influencia y el control territorial y algunos eran poco menos que bandas de cuatreros llamados *comevacas*. El 7 de octubre, aún en ruta, lo visitó una delegación rebelde del Escambray con un «rosario de quejas» sobre Eloy Gutiérrez Menoyo, quien se había escindido del Directorio de Chomón y constituido su propio «Segundo Frente Nacional del Escambray». Cada fracción se había adueñado de una porción de territorio y no ocultaba su hostilidad por la otra. Poco antes, Gutiérrez Menoyo había secuestrado brevemente a Víctor Bordón Machado, dirigente de la guerrilla del 26 de Julio en Las Villas, y sus respectivas fuerzas estaban al borde de una confrontación armada. El Che mandó aviso de que Bordón fuera a verlo y escribió en su diario: «Me da la impresión desde aquí que hay muchos trapos sucios que limpiar por todos lados».

Además de extender la guerra al centro de Cuba, Fidel le había ordenado que «unificara» a las diversas fracciones y las pusiera bajo su control, pero para ello no podía contar con la ayuda del Movimiento 26 de Julio. Hasta entonces, su experiencia en el llano indicaba que el aliado natural era el PSP.

La llegada del Che brindaba al PSP una oportunidad única para desempeñar un papel importante en la lucha armada, algo que le negaban las demás corrientes. En Yaguajay, un distrito rural en el norte de Las Villas, el PSP tenía su propia columna rebelde, la «Máximo Gómez», con sesenta y cinco hombres armados y encabezada por el dirigente del partido Félix Torres. Tanto la organización local del Movimiento 26 de Julio como el Segundo Frente de Gutiérrez Menoyo habían rechazado sus ofrecimientos de unirse a ellos.

A principios de octubre, al llegar el Che a la región, el Partido envió emisarios a su encuentro. Le ofrecieron guías y dinero y le prometieron un transmisor de radio y una multicopista para llevar adelante su campaña de

propaganda una vez que se instalara en el Escambray. El Che aceptó con gratitud y pidió que lo comunicaran directamente con los dirigentes del PSP en Las Villas.

Tras una semana atroz de marchas por el fango y los pantanos bajo el acoso constante de los aviones, el Che y sus hombres llegaron a una finca en las estribaciones del Escambray. Estaban famélicos, enfermos y exhaustos, pero habían recorrido casi la mitad del largo de Cuba, algo más de seiscientos kilómetros, casi siempre a pie. Y allí, tal como había pedido, los esperaba un dirigente comunista.

A los veintiséis años, Ovidio Díaz Rodríguez era el secretario de la Juventud Socialista en la provincia de Las Villas. El partido le había encomendado que recibiera al Che, y él había ido a su encuentro a caballo. Era un día horrible —había llovido y todo estaba empapado—, pero Díaz estaba eufórico. La propaganda incesante del gobierno sobre el «comunista argentino» había despertado en él una verdadera veneración por Guevara, y al acercarse al lugar del encuentro, Díaz se sintió embargado por una fuerte emoción. «Sentía deseos de abrazarlo cuando me lo encontrara», recuerda Díaz, pero cuando Guevara le tendió la mano, abandonó tímidamente la idea. «Lo vi muy delgado y me imaginé las penurias que seguramente vivió desde la salida de la Sierra Maestra. Me impactó su personalidad y el respeto con que todos lo trataban. La admiración que sentía por él aumentó».

Con la aspereza que lo caracterizaba, el Che regañó a Díaz por su imprudencia al ir de frente hacia su campamento. «Debiste seguir mis pasos», dijo antes de invitarlo a sentarse para conversar. «Me pidió que le hiciera un recuento de todo lo que conocía, de la situación del Escambray, de los grupos de alzados que existían, de la situación del partido en la provincia y en las montañas, el apoyo que tenía, que si las bases socialistas eran fuertes en la zona. Habló conmigo con respeto y de forma muy afable».

El 15 de octubre el Che apuntó en su diario que se había reunido con «un representante del PSP» quien le dijo que su partido se ponía «a nuestra disposición» si se podía lograr la unidad de los distintos grupos armados. Era un buen comienzo.

Para entonces, Camilo también tenía contactos con el PSP. Su columna se había desviado hacia el norte, a Yaguajay, donde se encontraba la de Félix Torres, y el 8 de octubre los dos hombres se habían conocido en el terreno. Torres había tenido el placer de colocarse con toda su columna bajo el mando de Camilo, y éste lo había aceptado con igual placer. A partir de entonces, cada uno en su propio campamento, coordinaron todas sus acciones. Fidel, complacido por el acuerdo, ordenó a Camilo que permaneciera en Las Villas y respaldara las acciones del Che

en lugar de seguir adelante hasta Pinar del Río.

Durante los días siguientes, mientras el Che y sus hombres penetraban en el Escambray propiamente dicho, Díaz lo visitaba para coordinar las actividades. En cada visita aumentaba su admiración por las cualidades de mando del Che. «Conocía perfectamente a sus hombres, quiénes procedían de las diferentes organizaciones revolucionarias, quiénes se alzaron siendo campesinos y obreros, quiénes eran anticomunistas por una situación de incultura. Él apreciaba a sus hombres por su valor combativo, pero sabía distinguir perfectamente entre las personas de posiciones de izquierda o de derecha».

El grupo era, como todos, heterogéneo. Además de los graduados relativamente inexpertos de Minas del Frío, el Che había traído a sus protegidos. Entre ellos estaban los comunistas Ribalta y Acosta y su lugarteniente de confianza, Ramiro Valdés. Ramirito lucía una barba de chivo que le daba un aspecto siniestro; según el Che, se parecía a Félix Dzerjinski, el fundador de la KGB. También estaba el joven médico Oscarito Fernández Mell, de quien el Che se mofaba por ser un «pequeñoburgués», a la vez que disfrutaba de su compañía.

Estaban asimismo presentes los jovencitos de la zona como Joel Iglesias, Guile Pardo, el Vaquerito, al frente de su temerario «escuadrón suicida», y los hermanos Acevedo. Y no faltaban personajes pintorescos como el «Negro» Lázaro, un hombre robusto y valiente, poseedor además de un gran sentido del humor. Durante toda la campaña arrastró consigo una silla de montar, diciendo que quería tenerla para el día en que consiguiera un caballo; de más está decir que ese día nunca llegó.

Por último, había un grupo de jóvenes cuyos destinos se enlazarían permanentemente con el del Che. Muchos lo acompañaron como guardaespaldas después de la guerra y participaron en sus aventuras guerrilleras. La mayoría de ellos carecían de formación política pero anhelaban vivir aventuras. Para ellos, el Che tenía la llave para una vida de gloria en la que uno podía llegar a ser como él, un «héroe de la liberación».[*]

¿En qué consistía el magnetismo del Che? Era imposible concebir una personalidad más distinta de la de casi todos ellos. Era un extranjero, un intelectual, un profesional, leía libros que ellos no comprendían. Era un comandante exigente, estricto, célebre por la severidad de sus castigos, sobre todo con aquellos que había escogido para formar como «verdaderos revolucionarios». En Minas del Frío, cuando Harry Villegas y otros jóvenes iniciaron una huelga de hambre en protesta por la mala calidad de la comida, el Che había amenazado con fusilarlos, pero después de conferenciar con Fidel había mitigado la pena,

quitándoles los alimentos durante cinco días «para que supieran lo que era el hambre de verdad». Ese castigo no había sido un incidente aislado; habían padecido la severidad del Che por cometer errores que otros comandantes hubieran pasado por alto o cometido ellos mismos.

Pero el Che era distinto; todos lo sabían. Era tan exigente consigo mismo como con ellos. Cada sanción iba acompañada por una explicación, un discurso sobre la importancia de la abnegación, el ejemplo personal y la conciencia social. Quería que supieran por qué los castigaba y qué podían hacer para rehabilitarse. Naturalmente, no cualquiera podía militar en su columna. Los que eran incapaces de soportar las penurias y sus rigurosas exigencias quedaban atrás, pero para los que seguían adelante, el hecho de estar «con el Che» era motivo especial de orgullo. Y por el hecho de vivir con ellos, rechazar los lujos propios de su grado y correr los mismos riesgos en combate, se ganó su respeto y devoción. Para esos jóvenes, muchos de ellos negros y de familias campesinas pobres, el Che era un guía y maestro, un modelo a emular, y acabaron por creer en todo lo que él creía.[55]

Al mismo tiempo, aunque se esforzaba por ocultarlo, el Che sufría en carne propia a causa de la imagen de austeridad revolucionaria que se había creado. Su relación con Zoila, su afición por las mulas, su hábito de mantener mascotas podían considerarse señales de hambre de ternura y solaz para mitigar la dureza de la vida que había elegido.

Al llegar al Escambray, esperaba que su mensajera Lidia se reuniera con él. Además de servirle de correo con Fidel y La Habana, había prometido traerle un cachorro para reemplazar a «Hombrito», un perro que había bautizado con el nombre del valle donde había combatido y que había abandonado en la Sierra Maestra. Pero Lidia no logró llegar. Junto con su acompañante Clodomira, fueron traicionadas, apresadas y «desaparecidas» por los agentes de Batista.

El Che lamentó profundamente su muerte. Meses después de su asesinato, escribió: «Para mí, Lidia ocupa un lugar de preferencia. Por eso hoy vengo a dejar en homenaje estas palabras de recuerdo, como una modesta flor, ante la tumba multitudinaria que abrió sus miles de bocas en nuestra isla otrora alegre».

Durante la travesía de Camagüey, el Che perdió la gorra militar que había pertenecido a Ciro Redondo y que usaba desde la muerte de éste. La reemplazó con la boina negra que con el tiempo se convertiría en su símbolo personal, pero en aquel momento había perdido un objeto irreemplazable. Oscarito Fernández Mell dijo que pocas veces lo vio tan trastornado como en aquella ocasión. «Pero la gorra…, que quería esa gorra que era un desastre, que tenía la visera caída, pero que había sido de aquel hombre, estaba sucia, cagada y todo, pero ésa era la que él

quería… Porque era un poco la continuación de la amistad que él tenía con Ciro… El Che es este tipo de hombre, un hombre duro y hombre extraordinariamente sentimental».

II

Al evaluar los grupos rebeldes rivales en el Escambray, el Che comprendió que debía actuar con rapidez para imponer su autoridad y organizar un frente de combate efectivo. Su primera misión era atacar los destacamentos militares locales e interrumpir el tránsito en Las Villas como parte de la estrategia rebelde para sabotear la «farsa» electoral prevista para el 3 de noviembre, apenas dos semanas más adelante.

En verdad, los escasos candidatos constituían en conjunto un ejemplo de la política que ha perdido contacto con la realidad. Los opositores del candidato batistiano, el primer ministro Andrés Rivero Agüero, eran Carlos Márquez Sterling al frente de una facción que se había separado del Partido Ortodoxo y Ramón Grau San Martín, el desacreditado expresidente que encabezaba un ala de los auténticos. No era casual que la ciudadanía demostrara poco entusiasmo, y se preveía una concurrencia mínima a las urnas.

En cambio, los rebeldes se fortalecían constantemente. Para un sector creciente de la opinión pública, la clave del futuro político de Cuba estaba en manos de los «barbudos» —el apelativo popular de los guerrilleros barbados y pelilargos—, no de los elegantes políticos habaneros. Fidel quería aprovechar las elecciones para lanzar una ofensiva por toda la isla y así capitalizar su popularidad creciente, y esta vez tenía la certeza de que la opinión pública estaría con él. Por ello, además de prohibir la circulación del tránsito, decretó que los consumidores debían boicotear la lotería, dejar de comprar diarios y de asistir a fiestas o ceremonias de cualquier tipo. Los ciudadanos debían limitar sus compras al mínimo esencial con el fin de reducir la recaudación fiscal. Y por si alguien dudaba de su oposición a las elecciones, Fidel amenazó a todos los candidatos con la prisión o la muerte.

Para asegurar el acatamiento de sus decretos, Fidel envió nuevas columnas al llano de Oriente y Camagüey, y dio a Juan Almeida la orden de empezar a rodear la ciudad de Santiago. Asimismo soltó las riendas de los grupos de acción urbana, los que en septiembre realizaron una serie de acciones espectaculares, entre ellas la destrucción de dos emisoras de radio del gobierno y el incendio de Rancho Boyeros, el aeropuerto más importante del país.

Por su parte, el gobierno respondía con la represión política desenfrenada.

La opinión pública estaba indignada y asqueada por una serie de asesinatos brutales de civiles por la policía; entre las víctimas había dos jóvenes hermanas de La Habana. La tortura de los sospechosos detenidos por el Buró de Represión a las Actividades Comunistas (BRAC), el organismo financiado por la CIA, se hizo pública hasta el punto de motivar una protesta del inspector general del propio servicio de inteligencia norteamericano. En septiembre, una de las columnas del Che en Camagüey cayó en una emboscada. Dieciocho rebeldes murieron en la acción y los once supervivientes que cayeron prisioneros, incluyendo los heridos, fueron ejecutados sumariamente.

La revolución en Cuba también atraía participantes lejanos. Al prolongarse el bloqueo impuesto por el Departamento de Estado sobre la venta de armas al régimen, Batista había buscado proveedores en otras latitudes. Cuando se informó de la venta de quince aviones británicos Sea Fury, los intermediarios de Fidel pidieron al primer ministro Harold Macmillan que la bloqueara, pero éste los desairó. En represalia, Fidel decretó la confiscación de las propiedades británicas en la isla y llamó al boicot de los bienes de ese origen.

En un ensayo general de su enfrentamiento futuro, Fidel y Washington iniciaron una guerra dialéctica. La Casa Blanca rechazó la petición rebelde de retirar la misión militar norteamericana de la isla, y el Departamento de Estado, en una muestra de hostilidad, insinuó que tomaría «medidas» cuando los rebeldes apresaron por poco tiempo a dos empleados de la petrolera Texaco en una emboscada. A fines de octubre, Batista retiró la guardia militar de la mina de níquel norteamericana en Nicaro. Cuando las fuerzas de Raúl fueron a tomar la mina, la armada de Estados Unidos envió un buque de transporte apoyado por un portaaviones para evacuar a los cincuenta y cinco civiles norteamericanos. El Departamento de Estado emitió una amenaza velada de represalias si se volvían a retener personas de nacionalidad estadounidense como rehenes.

Fidel respondió inmediatamente con otra amenaza: si el Departamento de Estado cometía el error de «conducir a su país a un acto de agresión contra nuestra soberanía, tenga la seguridad de que sabremos defenderla honrosamente».

Mientras tanto, a partir del fracaso de la ofensiva militar, crecían los rumores de descontento dentro de las fuerzas armadas. Para acentuar esta tendencia, Fidel no perdía oportunidad para proclamar elogios a los hombres de las fuerzas armadas cubanas a la vez que los instaba a abandonar «la tiranía» para servir a «la Patria» representada por él. Los oficiales y soldados que optaran por ésta serían bien recibidos en el «Territorio Libre» de los rebeldes siempre que trajeran sus armas; seguirían recibiendo sus salarios y tendrían alojamiento y comida gratuitos hasta el final de la guerra. Instó nuevamente al general Cantillo a encabezar una

sublevación militar contra Batista, pero el jefe del ejército se negó a responder; el juego del gato y el ratón continuaría hasta el final. Al mismo tiempo, un agente de Fidel trataba de convencer a ciertos oficiales disidentes de que desertaran para conformar su propia columna rebelde. Semejante acción sería un golpe propagandístico espectacular y aceleraría la desintegración de las fuerzas armadas.

Mientras Fidel elaboraba planes y maniobras, visitantes y mensajeros iban y venían incesantemente de la Sierra Maestra. Algunos, como el dirigente del PSP Carlos Rafael Rodríguez, se quedaron como huéspedes permanentes. Entre todo el ajetreo, la vida de Fidel había adquirido cierta comodidad: Gracias a un cocinero traído especialmente de un restaurante del llano, Fidel comía bien e incluso engordaba. Tenía un *jeep* y un generador eléctrico propios. Tenía tiempo para leer y para escuchar música clásica en su tocadiscos. Se comunicaba por teléfono con el exterior cada vez que lo deseaba. Y tenía a Celia, su cancerbero, a su lado.

En cuanto al futuro, Fidel se mostraba confiado, pero no satisfecho. El Ejército Rebelde de Oriente contaba con más de ochocientos hombres. Gracias a los pertrechos capturados durante la ofensiva estival y los constantes vuelos de abastecimiento desde el exterior, no había escasez de armas ni municiones. Además, había encontrado la manera de llenar sus arcas para la guerra. Había establecido un impuesto de quince centavos sobre cada bolsa de doscientas cincuenta libras de azúcar cosechado, y los ingenios azucareros de Oriente, incluidos los de propiedad norteamericana, pagaban sin chistar. Incluso poseía una modesta fuerza aérea rebelde bajo el mando de Pedro Luis Díaz Lanz.

En esa época anunció el proyecto largamente planificado de reforma agraria, llamado «Ley 1 de la Sierra Maestra». El decreto prometía repartir las tierras fiscales y de Batista entre los campesinos sin tierra, respetar la propiedad de lotes que no superaran las sesenta hectáreas e indemnizar a los dueños de grandes propiedades «ociosas» si les eran confiscadas. Más importante aún, al menos en relación con los futuros sucesos internacionales, Fidel avanzaba sigilosamente hacia una alianza pública con el Partido Comunista. A fines de octubre anunció la constitución de un nuevo frente sindical, el Frente Obrero Nacional de Unidad (FONU) que incluía al PSP.

Fiel a su costumbre, Fidel maniobraba en varios niveles. Mientras apaciguaba a sus aliados anticomunistas con una ley de reforma agraria moderada, consolidaba una alianza eficiente con los comunistas que iba mucho más allá del acuerdo de unidad sindical. El Che, Raúl y Camilo ya sentaban las bases en la práctica.

En el Segundo Frente de Raúl ya funcionaba una alianza político-militar

entre el PSP y el 26 de Julio. El Congreso Campesino organizado por Pepe Ramírez se reunió en septiembre bajo la presidencia de Raúl. Asimismo, a su llegada a Las Villas, Camilo puso en marcha su plan de convocar una Conferencia Nacional de Trabajadores Azucareros. Aunque se reunió en diciembre, apenas en la víspera del triunfo rebelde, la iniciativa de Camilo, así como las que el Che estaba a punto de poner en marcha, fue uno de los primeros pasos hacia la fusión eventual del 26 de Julio y el PSP que culminaría con la creación de un nuevo Partido Comunista cubano presidido por Fidel.

El Che había marchado a través de Oriente y Camagüey sin dejar de pensar en la reforma agraria, pero las necesidades de la supervivencia le habían impedido hacer demasiado al respecto. Una semana después de la partida, había instado a los trabajadores de una gran finca privada en el Camagüey oriental a conformar un sindicato de agricultores arroceros y éstos habían respondido con entusiasmo. «Un tipo con conciencia social puede hacer maravillas en esta zona y hay bastante monte para esconderse —le escribió a Fidel—. Una guerrilla armada de 30 hombres puede hacer maravillas en la zona y revolucionarla».

Tres semanas más tarde, al encontrarse en una gran finca arrocera propiedad de un socio de Batista, se detuvo a conversar con el administrador norteamericano. Comentó luego en su diario: «Hablé con el administrador explicándole la esencia de nuestra concepción económica y la protección a la industria arrocera para que se lo transmitiera a su patrón». Joel Iglesias recordó el encuentro con mayor detalle.

«Cuando salimos de allí me preguntó: "¿Qué tú crees de éste?" Le respondí que a mí no me gustaban estos tipos. Él me dijo: "A mí tampoco, a la larga tendremos que combatir contra ellos", y agregó: "Yo moriría con una sonrisa en los labios, en el pico de una loma, detrás de una piedra, combatiendo contra esta gente."»

Pero antes de combatir a los yanquis el Che tuvo que enfrentarse a otra clase de enemigo. A partir del 16 de octubre, cuando penetró en el Escambray propiamente dicho, se halló sumergido en un mar de intrigas. El Segundo Frente, el ala del Directorio dirigida por Gutiérrez Menoyo, no sólo se había mostrado hostil con el comandante Víctor Bordón del 26 de Julio sino que estaba enemistado con el grupo armado oficial del Directorio Revolucionario dirigido por Faure Chomón. Y había disidencias en el seno del propio 26 de Julio.

Una delegación representativa de la junta directiva del 26 de Julio en Las Villas vino a presentar sus quejas sobre Bordón, quien según ellos se mostraba «agresivo» y actuaba por cuenta propia. El Che convocó un consejo que tendría

lugar días después en el campamento general del Directorio. Entretanto, trató de convencer al 26 de Julio local sobre la necesidad de un acuerdo de unidad y propuso una estrategia de insurrecciones urbanas y ataques guerrilleros conjuntos en las ciudades de Las Villas durante las elecciones. «No encontré mucho entusiasmo en la idea», escribió luego en su diario.

Acababa de instalar un campamento provisional en un paraje llamado Los Gavilanes cuando fue a verlo un oficial del Segundo Frente de Gutiérrez Menoyo. A pesar del *ethos* anticomunista del frente y su fama de dedicarse al bandidismo, el Che quería saber si se podía formar alguna clase de coalición antibatistiana. A mediados de octubre, se dirigió con sus hombres hacia el campamento de uno de los más destacados señores de la guerra del Segundo Frente, el comandante Jesús Carreras. Cuando llegaron al campamento al cabo de dos días de marcha, hallaron que Carreras se había ausentado, no sin dejar un mensaje amenazador. Según relató el Che en su diario, el mensaje decía que «ninguna tropa podía pasar por este territorio, que la primera vez sería advertida pero a la segunda expulsada o exterminada».

Al regresar Carreras, el Che vio que «ya llevaba en el cuerpo media botella de alcohol, que era aproximadamente la mitad de su cuota diaria». Le dijo enérgicamente que «no podía admitir» el uso del término «conminar». El comandante del frente se echó atrás, dijo que la amenaza estaba destinada a los combatientes del Directorio que le robaban cosas. Al partir, el Che pensaba que había manejado la situación de manera diplomática, pero también sabía que Carreras era «un enemigo».[56]

Continuó la marcha hasta el campamento general del Directorio en Los Arroyos, donde se reunió con sus dirigentes Faure Chomón y Rolando Cubela. Ambos acogieron la idea de colaborar con el Movimiento 26 de Julio, pero rechazaron cualquier posibilidad de reunirse con el Segundo Frente o los comunistas y declararon que no estaban dispuestos a ceder su independencia en un pacto de unidad con el Che. Como alternativa, el Che propuso una serie de medidas de «partición del territorio y zona de influencia donde fuerzas de otras organizaciones pueden operar libremente». Dejando de lado las sutilezas, propuso una acción conjunta sobre el pueblo y la guarnición de Güinía de Miranda, al pie del Escambray, «lo que aceptaron en principio pero sin entusiasmo».

Poca cosa, pero al menos era un paso adelante. Al mismo tiempo, lidiaba con el Movimiento 26 de Julio, cuyo nuevo coordinador en Las Villas, Enrique Oltuski, alias «Sierra», debía ir a verlo.

Oltuski llegó al campamento del Che en una noche oscura cuando los

guerrilleros estaban reunidos en torno a una hoguera. Se acercó y trató de distinguir las caras. «Tenía en mente la imagen del Che que había visto publicada en los diarios. Ninguna de estas caras era esa cara. Pero había un hombre de contextura mediana que llevaba una boina negra y el pelo muy largo. La barba no era muy espesa. Llevaba una capa negra y la camisa abierta. Las llamas de la fogata y el bigote con puntas que enmarcaban la boca le daban un aspecto chino. Pensé en Gengis Kan».

En su primera reunión no congeniaron. Oltuski, un habanero hijo de inmigrantes polacos, había estudiado ingeniería, pero abandonado la carrera para dedicarse a la revolución. Era uno de los organizadores de la Resistencia Cívica y miembro del Directorio Nacional del 26 de Julio. También era anticomunista.

Apenas se conocieron tuvieron su primer choque provocado por la propuesta del Che de asaltar bancos en Las Villas para conseguir fondos. Oltuski y sus camaradas del llano se opusieron con energía. El Che escribió con desdén en su diario: «Cuando le dije que nos dieran el informe de los bancos que hay en los pueblos, para atacarlos y llevarles el dinero, se tiraron al suelo angustiados. Se opusieron con el silencio a la distribución gratuita de la tierra y demostraron su subordinación al gran capital, sobre todo Sierra [Oltuski]».

En sus memorias, Oltuski reconstruyó lo que recordaba de su discusión sobre la reforma agraria como sigue:

Guevara: Cuando hayamos ampliado y consolidado nuestro territorio llevaremos a cabo una reforma agraria. Repartiremos la tierra entre los que la trabajan. ¿Qué piensa de la reforma agraria?

Oltuski: Es indispensable. *[Los ojos del Che se iluminaron.]* Sin la reforma agraria, el progreso económico no es posible.

Guevara: Ni el progreso social.

Oltuski: Ni el progreso social, claro. Yo escribí una tesis agraria para el Movimiento.

Guevara: ¿De veras? ¿Qué dice?

Oltuski: Que las tierras ociosas deben ser entregadas a los campesinos y que se debe presionar a los grandes terratenientes para que les permitan comprar la tierra con su propio dinero. Entonces se vendería la tierra a los campesinos al costo, con plazos de pago y créditos para la producción.

Guevara: ¡Ésa es una tesis reaccionaria! [*El Che hierve de indignación*.] ¿Cómo vamos a cobrarles a los que trabajan la tierra? Ustedes los del llano son todos iguales.

Oltuski [*Me enfurecí*]: ¿Y qué cree que debemos hacer, carajo? ¿Entregárselas sin más? ¿Para que la destruyan como en México? El hombre debe sentir que lo que posee le ha costado un esfuerzo.

Guevara: ¡Pero carajo, escuche lo que está diciendo! [*Al gritar se le hinchaban las venas del cuello*.]

Oltuski: Además, hay que disimular las cosas. No crea que los norteamericanos se van a quedar sentados mientras hacemos las cosas abiertamente. Es necesario ser más discretos.

Guevara: Así que usted es de los que cree que podemos hacer una revolución a espaldas de los norteamericanos. ¡Qué comemierda es usted! La revolución se debe llevar a cabo en una lucha de vida o muerte contra el imperialismo desde el primer momento. Una verdadera revolución no se puede disimular.

El 22 de octubre, cuando las diferencias entre el Che y sus colegas del 26 de Julio local aún no estaban resueltas, surgió un nuevo problema con el Segundo Frente al recibir la visita del comandante Peña, «famoso en la región por robar el ganado de los campesinos». El Che escribió en su diario: «Empezó muy amable pero luego mostró su hilacha. Nos despedimos cordialmente, pero como enemigos declarados».

Peña había advertido al Che que no debía atacar Güinía de Miranda, que estaba dentro de *su* territorio. «Naturalmente, no le prestamos atención», escribió el Che, pero antes de proceder con el ataque debía conseguir calzado para sus hombres, cuyos borceguíes se caían a pedazos después de la larga marcha. Se enfureció al enterarse de que el Segundo Frente había «dispuesto» de un cargamento de cuarenta pares de zapatos enviados por el Movimiento 26 de Julio. Era el colmo. Entre las fuerzas del Che y el Segundo Frente «se avecinaba la tormenta».

En medio de la crisis llegó «Diego», jefe de acción de Las Villas, quien traía cinco mil pesos y una carta atrasada de Fidel, ambas cosas enviadas por Oltuski. Para la ofensiva inminente, Diego recibió la orden de «quemar las juntas electorales de dos-tres ciudades importantes del llano y comunicar a Camilo la orden de atacar Caibarién, Remedios, Yaguajay y Zulueta [pueblos del norte de Las Villas]». El Che aún debía elaborar su plan de ataque. Todo dependía de la

eventual colaboración de las demás fuerzas rebeldes.

Por fin, el 25 de octubre, el jefe guerrillero local del 26 de Julio, Víctor Bordón, fue a ver al Che, quien lo castigó inmediatamente. El Che lo halló culpable, entre otras cosas, de excederse en su autoridad y de mentir sobre una supuesta reunión con Fidel que no se había producido. Lo degradó a capitán y ordenó a sus algo más de doscientos hombres que se pusieran bajo su mando; los que no estuvieran de acuerdo debían abandonar las montañas.

Esa misma noche, los dirigentes del Directorio comunicaron que «no estaban en disposición» de participar en el ataque. El Che, que ya lo había sospechado, respondió que procedería sin ellos. La noche siguiente, marcharon a Güinía de Miranda y abrieron fuego sobre el cuartel con un bazuca. El primer disparo erró el blanco y los soldados respondieron al fuego. Se generalizó el tiroteo y el bazuca disparó tres veces más sin dar en el blanco. Cayeron algunos rebeldes. Desesperado, el Che tomó el arma y su primer disparo hizo blanco. Los catorce soldados se rindieron inmediatamente.

A pesar de la capitulación, el Che estaba disgustado con el desenlace: «Se capturaron poquísimas balas y 8 fusiles, con pérdidas para nosotros [debido a] la cantidad de parque gastado y las granadas utilizadas». Además, entre los rebeldes hubo dos muertos y siete heridos. Cuando amaneció, ya estaban a salvo en las montañas, pero antes de regresar a su base, el Che dejó como sarcástico «obsequio» en las cercanías del campamento del Directorio un *jeep* que había capturado, recuerdo de la batalla en la que no habían querido participar.

Con o sin la ayuda de las demás facciones, el Che decidió seguir atacando al ejército. La noche siguiente marchó para atacar el cuartel de Jíquima, defendido por cincuenta soldados. Esta vez fue más cauto: suspendió el ataque poco antes del amanecer porque Fonso, el servidor del bazuca, le dijo que no había posición para disparar. El 30 de octubre, de vuelta en la sierra, lo visitaron los jefes de acción del 26 de Julio de Sancti Spíritus, Cabaiguán, Fomento y Placetas; todos respaldaron su plan de atacar esos pueblos durante los días siguientes. «Estuvieron de acuerdo también en el asalto a los bancos y prometieron su ayuda», escribió.

Después de varios días de escaramuzas, el Che se dedicó a reorganizar su tropa para los ataques previstos para el 3 de noviembre, día de las elecciones, concertados con los grupos de acción urbanos. Sin embargo, en la víspera de la batalla lo visitó muy asustado el jefe de acción de Sancti Spíritus. Dijo que el coordinador de la ciudad se había enterado del plan de asaltar el banco y no sólo se negaba a ayudarles sino que amenazaba con tomar medidas si lo llevaban a cabo. Poco después, el Che recibió una carta amenazante de Sierra-Oltuski, coordinador

del 26 de Julio en Las Villas, quien le ordenaba anular el ataque. El Che replicó inmediatamente con una carta enérgica.

Dices que ni el mismo Fidel hizo eso cuando no tenía qué comer. Es verdad; pero cuando no tenía qué comer, tampoco tenía fuerzas para hacer un acto de esa naturaleza…

Según quien me trae la carta, las direcciones de los pueblos amenazan con renunciar. Estoy de acuerdo con que lo hagan. Más aún, lo exijo ahora, pues no se puede permitir un boicot deliberado a una medida tan beneficiosa para los intereses de la Revolución como es ésa.

Me veo en la triste necesidad de recordarte que he sido nombrado comandante en jefe, precisamente para dar una unidad de mando al Movimiento y hacer las cosas mejor… Renuncie o no renuncie, yo barreré, con la autoridad de que estoy investido, con toda la gente floja de los pueblos aledaños a la Sierra. No pensé que vendría a ser boicoteado por mis propios compañeros. Ahora me doy cuenta que el viejo antagonismo que creíamos superado, resurge con la palabra «llano» y los jefes divorciados de la masa del pueblo opinan sobre las reacciones de éste. Te podría preguntar: ¿por qué ningún guajiro ha encontrado mal nuestra tesis de que la tierra es para quien la trabaja, y sí los terratenientes? Y si eso no tiene relación con que la masa combatiente esté de acuerdo con el asalto a los bancos cuando ninguno tiene un centavo en ellos. ¿No te pusiste nunca a pensar en las raíces económicas de ese respeto a la más arbitraria de las instituciones financieras? Los que hacen su dinero prestando el dinero ajeno y especulando con él, no tienen derecho a consideraciones especiales. La suma miserable que ofrecen es lo que ganan en un día de explotación, mientras este sufrido pueblo se desangra en la Sierra y el Llano, y sufre diariamente la traición de sus falsos conductores.

Me adviertes con la responsabilidad total de la destrucción de la organización. Acepto esa responsabilidad revolucionariamente y estoy dispuesto a rendir cuentas de mi conducta ante cualquier tribunal revolucionario, en el momento que lo disponga la Dirección Nacional del Movimiento. Daré cuenta del último centavo que se confiera a los combatientes de la Sierra, o que éstos lograran por cualquier medio. Pero pediré cuenta de cada uno de los 50 000 pesos que anuncias…[57]

Me pides un recibo con mi firma, cosa que no acostumbramos a hacer entre compañeros… Mi palabra vale más que todas las firmas del mundo.

Acabo con un saludo revolucionario y te espero junto con Diego.[58]

Una vez más, el llano estropeaba los planes del Che. El día que supuestamente debían librar juntos la guerra contra el régimen, sus camaradas de las ciudades no hacían nada salvo atacarlo a él.

Resuelto a pesar de todo a llevar a cabo alguna acción, el Che ordenó un ataque a Cabaiguán por tres lados, que nuevamente debía comenzar con un disparo de bazuca. Pero alrededor de las cuatro de la madrugada el capitán Ángel Frías avisó de que no se podía atacar «porque había muchos guardias». El Che, furioso, escribió en su diario: «La indecisión de este capitán nos ha costado mucho prestigio, pues todo el mundo sabía que atacaríamos Cabaiguán y nos retiramos sin tirar un tiro».

A la mañana siguiente, de vuelta en el Escambray, el Che ordenó atacar Jíquima esa misma noche, pero Ángel Frías anuló el plan «por falta de posición» de tiro. Con todo, estas frustraciones se vieron compensadas por las buenas noticias que llegaban de otras partes de la provincia.

Sus acciones combinadas con los ataques de Camilo en el norte prácticamente habían paralizado el tráfico en Las Villas el día de los comicios, y se había registrado una abstención electoral altísima. En todo el país se habían logrado resultados similares, y en Oriente los rebeldes acentuaron la parálisis mediante una serie de ataques. A nivel nacional, la estrategia rebelde obtuvo un éxito tremendo, ya que menos del treinta por ciento de los votantes habilitados acudieron a las urnas. Tal como estaba previsto, Rivero Agüero ganó las elecciones mediante el fraude a gran escala realizado con apoyo de las fuerzas armadas; debía asumir el cargo en menos de cuatro meses. Los rebeldes resolvieron que esa ceremonia no se llevaría a cabo.

El Che pasó algunos días en la sierra para vigilar las obras en Caballete de Casas, una base permanente de retaguardia que debía defenderse a toda costa de un ataque enemigo. Supervisó la construcción de trincheras y fortificaciones, así como de depósitos para municiones y alimentos de reserva. Las obras avanzaban a buen paso, ya se habían levantado varias casas de adobe, pero con el fin de acelerarlas el Che organizó a sus casi doscientos hombres en cuadrillas de trabajo. Creó una escuela para reclutas según el modelo de Minas del Frío, que llamó «Ñico López» en honor de su camarada fallecido, y nuevamente designó a Pablo Ribalta comisario político. Pocos días después llegó el personal de comunicaciones para instalar su sistema de radio en el frente, cortesía del PSP. Asimismo llegó la multicopista prometida y a mediados de noviembre empezó a publicar el periódico *El Miliciano*. En poco tiempo habría una central eléctrica, un hospital, una fábrica de tabaco, talleres de talabartería y metalúrgicos y una fábrica de armas.

En esa época llegaron al Escambray varias personas que establecerían vínculos estrechos con el Che. El 26 de Julio de Santa Clara envió a un estudiante de contabilidad de Holguín, un joven inteligente y serio llamado Orlando Borrego, que quería alistarse. Con el tiempo se harían amigos íntimos, pero en su primer encuentro el Che se mostró autoritario.

«No me simpatizó demasiado —recuerda Borrego—, porque fue muy crudo, muy frío, un poquito tratando despectivamente a los estudiantes». Borrego era uno de siete hermanos criados en una finca pobre en Holguín, Oriente. Su padre era un capataz rural convertido en taxista y su madre una maestra rural. El dinero siempre era escaso, y a los catorce años Orlando había empezado a trabajar para ayudar a la familia mientras asistía a la escuela nocturna. Ahora abandonaba todo para unirse a los rebeldes, y así lo recibían. Orlando «Olo» Pantoja, un guardaespaldas del Che, intercedió por él y sugirió que Borrego se hiciera cargo de las cuentas. El Che accedió a tenerlo a su lado como tesorero, pero antes lo envió a realizar instrucción militar en Caballete de Casas.

Durante el entrenamiento, Borrego se hizo amigo de un guerrillero del 26 de Julio, un joven alegre y vivaz de veintidós años llamado Jesús Suárez Gayol a quien apodaban «el Rubio» por su cabellera. Este exdirigente estudiantil en Camagüey había abandonado la carrera de arquitectura para participar en una expedición del 26 de Julio que desembarcó en Pinar del Río. Inteligente y divertido, Suárez Gayol había conservado esos rasgos durante la guerra. En su última hazaña, de la que aún se recuperaba, había asaltado una emisora de radio en Pinar del Río, en pleno día, con un cartucho de dinamita en una mano y una pistola en la otra. Al encender la mecha, de alguna manera se prendió fuego. En calzoncillos, y con graves quemaduras en las piernas, salió a la calle en el momento que estallaba el edificio, y chocó con un agente de policía. Afortunadamente, éste huyó despavorido. Suárez Gayol corrió por la calle, pistola en mano, y se introdujo en la casa de una anciana. Ésta, que resultó ser simpatizante de los rebeldes, lo ocultó y curó sus heridas hasta que pudieron sacarlo de ahí y transportarlo al Escambray. La amistad entre Suárez Gayol y Borrego continuaría después de la guerra y ambos serían discípulos y hombres de confianza del Che.

A principios de noviembre llegó al campamento en Escambray un joven abogado perteneciente a una familia patricia de La Habana. Miguel Ángel Duque de Estrada había ingresado al 26 de Julio para luchar por la justicia social. Aunque no era marxista, admiraba al Che, se había interesado por los informes de su marcha a través de Cuba y pedido que lo enviaran al Escambray. El Che necesitaba a un hombre preparado para aplicar el código legal guerrillero en territorio rebelde, y el joven abogado era justamente la persona indicada; lo designó «auditor revolucionario», es decir, juez.

«Había elaborado una estrategia política clara —dijo Duque de Estrada—. Me dijo que a los prisioneros se los debía conservar con vida, que no debía haber pelotones. Eso cambiaría más adelante, pero por el momento no quería ejecuciones que arredraran a los hombres deseosos de rendirse a sus fuerzas». Como Borrego y Suárez Gayol, Duque de Estrada sería uno de los cuadros selectos del Che después de la guerra.

En realidad, mientras proseguía con la guerra, el Che ya anticipaba el futuro. Así como había reunido muchos cuadros guerrilleros para las luchas revolucionarias futuras, ahora conformaba un cuerpo de ayudantes y asesores para la inminente batalla de la posguerra: la revolución política y económica necesaria para construir el socialismo en Cuba y liberarla de la dependencia impuesta por Estados Unidos a través del monocultivo de «Su Majestad el Azúcar».

La ideología política no era el criterio esencial del Che para seleccionar a los candidatos; creía que un hombre de ideas progresistas llegaría gradualmente a creer en el socialismo. Aparentemente tuvo razón. Al igual que la mayoría de sus protegidos en la guerrilla, los profesionales como Borrego, Duque de Estrada y Suárez Gayol no eran marxistas, pero acabaron por adoptar *formalmente* la ideología del Che.

La verdad es que antes de llegar al Escambray el Che ya hacía planes para desempeñar un papel de primer orden en la transformación revolucionaria de la economía cubana durante la posguerra. Si esto fue producto de un acuerdo elaborado con Fidel y el PSP es una cuestión que los cubanos se han abstenido deliberadamente de aclarar, pero ciertos hechos contundentes sugieren que así fue. El Che había empezado a estudiar economía política en México. A instancias de Fidel, había ayudado a poner en marcha el proceso de reforma agraria en la Sierra Maestra, había sido un participante clave en las dificultosas negociaciones con el PSP y ahora estaba investido de autoridad para llevar a cabo la reforma agraria en Las Villas.

Pero no era el protagonista absoluto de los sucesos. Al poner en práctica sus proyectos presentes y futuros, el Che requería la plena colaboración del PSP: además de los comunistas que se le habían unido en el Escambray, ya tenía a su disposición un pequeño grupo de militantes influyentes en La Habana. Uno era Alfredo Menéndez, de treinta y siete años, un especialista del Instituto Cubano de Estabilización del Azúcar, la cámara de la industria azucarera con sede en la capital. Menéndez era un comunista veterano que durante años había aprovechado su puesto estratégico para proporcionar información económica confidencial al Buró Político del PSP, y ahora enviaba esa misma información al Che.

Con ayuda de su colega Juan Barroto y dos militantes del 26 de Julio en el Instituto, Menéndez enviaba al Che información sobre la industria azucarera y otros sectores de la economía. Los esfuerzos de estos hombres se verían debidamente recompensados; aunque ninguno de ellos lo conocería durante la guerra, pocos días después de su entrada en La Habana el Che mandó llamar a sus cuatro «topos» para que lo ayudaran a crear el motor del futuro gobierno revolucionario, el Instituto Nacional de Reforma Agraria.

Ahora bien, aunque dependía de la colaboración del PSP, el Che quería evitar la imagen de ser un agente del partido. Ovidio Díaz Rodríguez, el dirigente de la Juventud Socialista que ayudaba a coordinar la ejecución de los planes de reforma agraria en Las Villas, asistió a una reunión en la que un hombre del partido le entregó un obsequio al Che. «Era una latica de mate argentino y delante de todos le manifestó: "Mire, comandante, éste es un regalo de la Dirección del Partido." Lo aceptó sin decir nada, pero después me expresó: "Dile al Partido que no me mande compañeros tan indiscretos."»

III

Por ambiciosos que fueran los planes del Che para el futuro revolucionario de Cuba, aún debía ganar la guerra por el poder. En Las Villas, una piedra angular estratégica de la ofensiva final hacia la victoria, empezaba a dar algunos pasos. Con el simple expediente de lanzar ataques en la zona —algo que pocos grupos hacían a pesar de su presencia de meses en el Escambray— se había constituido en la autoridad *de facto* de la zona, y los lugareños acudían a presentar sus respetos.

El 8 de noviembre, dos inspectores de una empresa láctea fueron a verlo para saber si podían recoger leche; su empresa estaba casi paralizada debido a las actividades rebeldes. «Les dije que sí pero que cobraríamos un impuesto extraordinario de guerra, con lo que estuvieron de acuerdo». Un dirigente del sindicato de transportes de Santa Clara fue a proponer la realización de acciones conjuntas en la ciudad. El Che respondió que estaba dispuesto a ello si el hombre organizaba una asamblea del sindicato y todos los dirigentes lo pedían. Una delegación de Placetas le llevó planos de la ciudad y ofrecieron su apoyo si la atacaba.

Evidentemente molestos porque el Che los desplazaba del centro de la escena en «su» zona de influencia, los señores de la guerra del Segundo Frente multiplicaban sus gestos belicosos. William Morgan, un veterano militar norteamericano que asesoraba a Gutiérrez Menoyo, le ordenó por escrito que devolviera las armas que Bordón había llevado consigo al unirse al Che. Éste desairó por completo a Morgan a la vez que enviaba una réplica enérgica a Gutiérrez Menoyo y ordenaba a sus hombres que «no entregaran una sola arma y rechazaran cualquier ataque» del grupo rival. Si el Segundo Frente persistía en su conducta hostil, estaba dispuesto a tomar represalias armadas.

En carta a Faure Chomón, dirigente del Directorio, le informó sobre la «delicada situación» con el Segundo Frente. Había una crisis que «hace imposible llegar a un acuerdo con la citada organización». Asimismo instó a Chomón a considerar la posibilidad de incluir al PSP en la alianza propuesta. «En conversaciones oficiales sostenidas con miembros del Partido Socialista Popular, éstos se han mostrado en una postura francamente unionista y puesto a disposición de esa unidad su organización en el llano y sus guerrillas del frente de Yaguajay».

Al enterarse de que soldados leales a Peña, el comandante del Segundo Frente, extorsionaban a civiles de la zona para recaudar fondos, envió una partida a detener a los culpables. Pocos días después ésta regresó con dos columnas completas del Segundo Frente. El Che les advirtió que no podían seguir operando en la zona ni menos aún usar sus armas para extorsionar a la gente. Ante esta muestra de autoridad, una de las columnas pidió unirse a sus fuerzas, lo que el Che aceptó. Antes de liberar al resto, confiscó los tres mil pesos de «impuestos de guerra» que habían obtenido mediante la extorsión y envió una nota a Peña. En esta «Orden Militar n.º 1», el primer decreto del Che en su carácter de «comandante en jefe de la región de Las Villas por el Movimiento 26 de Julio», dejó perfectamente claro que la vida en la zona iba a sufrir cambios. Después de esbozar los términos de la reforma agraria, atacó de manera indirecta a sus rivales del Segundo Frente.

«Cualquier miembro de una organización revolucionaria aparte del Movimiento 26 de Julio puede atravesar, vivir y operar militarmente en este territorio. Sólo se le exigirá que respete las órdenes militares que han sido o serán promulgadas.

»Nadie que no sea miembro de una organización revolucionaria tiene derecho a portar armas en este territorio. A ningún miembro de un cuerpo revolucionario le está permitido consumir bebidas alcohólicas en establecimientos públicos… Cualquier derramamiento de sangre debido a la violación de esta orden caerá bajo el Código Penal del ejército revolucionario…

»Todos los crímenes militares o civiles cometidos dentro de las fronteras del territorio administrativo abarcado por esta orden caerán bajo la jurisdicción de los reglamentos apropiados».

Amedrentados tal vez por esta demostración de fuerza, la corriente del Directorio aceptó unificarse con el grupo del Che, acordó aplicar un impuesto único en la región y repartir los beneficios equitativamente entre las dos organizaciones. Como primera medida práctica de la nueva alianza, elaboraron planes para realizar ataques conjuntos. Restaba una disidencia, pues Chomón se negaba a incluir al PSP en la alianza ampliada. El Che lo dejó pasar por el momento, ya que eso no le impedía el trabajo conjunto con los comunistas. El 3 de diciembre, menos de tres semanas después del acuerdo de unidad entre el Directorio y el 26 de Julio, firmó el Pacto de Pedrero con el líder regional del Directorio Rolando Cubela por el cual declaraban su alianza en la lucha como «hermanos».

No obstante, continuaban las rencillas en el seno del 26 de Julio. A fines de

noviembre, Enrique Oltuski, Marcelo Fernández, flamante jefe del Movimiento en La Habana, y tres dirigentes del directorio de Las Villas visitaron al Che para iniciar una nueva ronda de conversaciones. Halló a Fernández «con ínfulas sobradas» y se aprestó a pelear. «Discutimos toda la noche… Nos acusamos mutuamente, ellos [a mí] de comunista y yo [a ellos] de imperialistas. Les dije a los demás los hechos en que me basaba para emitir tal opinión y ellos lo mismo a mí. Al acabar la discusión quedamos más separados que antes».

Cuando llegaron, recuerda Oltuski, el Che estaba ausente y los recibió el joven escolta Olo Pantoja. Como gesto de bienvenida, éste les ofreció carne de cabra, que estaba podrida hasta el punto de empezar a volverse verde. Para no ofenderlo, cada uno probó un bocado, cosa que Oltuski lamentó al instante: en un ataque de náusea, salió discretamente y escupió el bocado. A medianoche, cuando el Che regresó y se puso a comer, Oltuski lo observó con asqueada fascinación.

«Mientras comía, tomaba la carne con dedos sucios. A juzgar por la fruición con que comía, debía de saberle a gloria. Terminó de comer y salimos… El Che repartió cigarros. Eran toscos, sin duda fabricados por un guajiro de la zona. Aspiré el humo amargo y fuerte: sentí calor en el cuerpo y un leve mareo. A mi lado, el Che fumaba y tosía, una tos húmeda como si estuviera mojado por dentro. Olía mal. Hedía a transpiración putrefacta. Era un olor penetrante, y lo combatí con humo de tabaco… El Che y Marcelo tuvieron algunas riñas verbales. Entre otras cosas, discutieron el programa del 26 de Julio…

»Cuando volvíamos, Marcelo me preguntó: “¿Qué te parece?”.

»“A pesar de todo, uno no puede dejar de admirarlo. Sabe lo que quiere mejor que nosotros. Y vive sólo para eso.”»

IV

No fue amor a primera vista. Aunque el comandante Che Guevara estaba en boca de todos en Cuba como jefe guerrillero de coraje legendario, la primera vez que lo vio de cerca Aleida March no lo consideró precisamente un buen partido. Su primera impresión fue la de un hombre con aspecto de «viejo» además de «flaco y sucio». Aunque ambos lo ignoraban, sus vidas estaban a punto de entrechocar.

A fines de noviembre, partió de Santa Clara para visitar el campamento del Che en misión especial para «Diego», su jefe en el movimiento rebelde clandestino de Las Villas. Hasta entonces había logrado eludir a la policía secreta de Batista, que buscaba a la mujer identificada en sus expedientes como «Cara Cortada» y «Teta Manchada». Sabían que era la lugarteniente o mano derecha de Diego, quien le encomendaba las misiones más difíciles.

Aleida debía sus apodos poco agraciados a las descripciones que los chivatos habían hecho a la policía, que incluían una pequeña cicatriz en la mejilla derecha, recuerdo de la mordedura de un perro en su infancia, y la gran mancha de nacimiento rosada que se extendía desde el seno izquierdo hasta más arriba de la clavícula. Pero los expedientes de la inteligencia policial eran engañosos, porque a pesar de esas señales Aleida March era una bonita rubia de veinticuatro años.

La menor de cinco hermanos, Aleida había crecido en una finca de veinte hectáreas en la ondulada zona rural al sur de Santa Clara. Su madre, Eudoxia de la Torre, era una mujer menuda, de poco más de un metro cincuenta de estatura; en cambio, su padre, Juan March, de ascendencia catalana, era alto, rubio y con ojos celestes, «un hombre decente de cierta cultura», como diría ella más adelante. Ambos eran hijos de familias de agricultores que habían perdido sus tierras, pero Aleida solía decir que su familia era de «clase media» porque su casa tenía suelo de hormigón; las de sus vecinos, así como la pequeña escuela primaria a la que había asistido hasta el sexto grado, tenían suelo de tierra.

Pero aparte del suelo de hormigón, su casa de dos dormitorios se parecía a las demás, con techo de hojas de palmera y paredes de adobe blanqueado con cal, un salón familiar con cocina y un cuarto «de adelante» para recibir visitas. El cielo raso estaba teñido de amarillo debido a las bolsas de arroz que el padre de Aleida almacenaba en el altillo. Un poste de madera entre la sala y la cocina sostenía el techo; al atardecer, su padre se sentaba y apoyaba la espalda en él mientras le leía

cuentos. De noche, Aleida escuchaba a su madre cantarle a su padre en el dormitorio contiguo. Surcaba el terreno un río donde su madre lavaba la ropa y bañaba a las niñas.

Los pobladores de esa región de Las Villas eran gente como ellos: campesinos blancos pobres, descendientes de inmigrantes de las regiones pauperizadas de España: gallegos, andaluces e «isleños» (de las islas Canarias). En el orden jerárquico social y racialmente estratificado de Santa Clara, como en buena parte de Cuba, esas familias vegetaban en el nivel más bajo de la sociedad blanca, pero aun así se hallaban por encima de los mulatos y los negros. Tres generaciones después de la abolición de la esclavitud, «los negros» eran trabajadores pobrísimos, la chusma despreciada de la sociedad cubana. En 1958, el Parque Central de Santa Clara les estaba vedado; lo rodeaba una verja en torno de la cual los negros podían congregarse, pero sin pasar al interior.

Como muchos blancos pobres, la madre de Aleida era racista y presumida. Le complacía jactarse de la estirpe supuestamente ilustre de su esposo, presunto descendiente de nobles de Cataluña. Cuando era niña, Aleida remedaba a su madre y decía a todos que era pariente de los «duques de Castilla». Fuese el padre descendiente directo de nobles o bien un hijo ilegítimo, Aleida nunca lo averiguó, pero lo cierto es que sus familias paterna y materna efectivamente habían poseído tierras y riquezas. La familia paterna había poseído una plantación azucarera, pero había perdido la tierra años antes. La tierra que su padre cultivaba como aparcero había pertenecido a los abuelos maternos de Aleida hasta que la perdieron durante la crítica década de 1920. Después de casarse, sus padres arrendaron la finca que antes había pertenecido a ella y se establecieron como aparceros. El último recuerdo de un pasado de afluencia, una antigua bombonera de cristal, ocupaba el centro de una cómoda en el cuarto para recibir visitas.

La posición social «elevada» de la familia se veía reforzada por el hecho de que la maestra de escuela local se alojó con ellos durante toda la infancia de Aleida, ya que era la única casa «digna» de recibirla. Pero los March tenían sus máculas. La madre de Aleida había escandalizado a los vecinos al dar a luz a la madura edad de cuarenta y dos, ya superados los años considerados «apropiados» para la maternidad. Esto nunca dejó de mortificar a las hermanas —la más cercana en edad a Aleida era quince años mayor que ella—, quienes solían decir a la gente que la menor de la familia en realidad era hija de la joven maestra.

La población más próxima era Seibabo, una aldea de pocas casas, pero una vez al mes su padre ensillaba el caballo para ir a Santa Clara a comprar provisiones a crédito en las bodegas chinas. Aunque en sus tierras cultivaba frutas y verduras y criaba un par de vacas lecheras, debía endeudarse para alimentar a la familia.

Cuando los cultivos no bastaban para pagar el alquiler, tenía que vender algunas posesiones. Un año desastroso se vio forzado a vender una ternera valiosa.

Al terminar sexto curso, Aleida se fue a vivir con una hermana casada en Santa Clara y asistió a la secundaria. Allí se ampliaron sus horizontes. Decidió que quería ser maestra y después de la secundaria cursó pedagogía en la Universidad de Santa Clara. Fue en la época en que Fidel realizó el asalto al Moncada. El suceso y su violento epílogo despertaron su interés por la política, como ocurrió a muchos otros jóvenes cubanos de su generación. Cuando se produjo el desembarco del *Granma* ella ya se había graduado en la universidad y militaba en el 26 de Julio clandestino.

Hasta pasados los veinte años Aleida no había conocido una ciudad más grande que Santa Clara. Viajó a La Habana por primera vez en misión para el 26 de Julio y se asombró al ver una autopista de cuatro carriles. Gino Donne, un marino mercante italiano, fue el primero que le habló del «Che Guevara».

Donne había navegado en el *Granma*, se había separado de sus camaradas en Alegría del Pío y después de muchas desventuras había llegado a Santa Clara. Cubierto de llagas, famélico y con un espantoso dolor de muelas, consiguió refugio en la casa de María Dolores «Lolita» Rossell, una morena bonita, madre de cuatro hijos y maestra de jardín de infancia. Su hermano Allan Rossell era coordinador del 26 de Julio en Las Villas, y su casa servía de refugio temporal en la ruta clandestina de los rebeldes.

Lolita y Aleida se conocieron debido a la presencia de Donne y se hicieron amigas íntimas. Para entonces, Aleida era la mensajera del jefe de acción del 26 de Julio en Villa Clara, con fama de mujer audaz al transportar armas y bombas ocultas bajo sus amplias faldas, típicas de los años cincuenta. «No tenía miedo a nada —recuerda Lolita—. Era muy abnegada, seria, soltera y no tenía afición a las fiestas y esa clase de cosas».

Aleida iba a la casa de Lolita a planificar con Donne las acciones de sabotaje que ambos llevaban a cabo en la ciudad. Sin embargo, Donne permaneció poco tiempo allí; decepcionado por el ambiente festivo que encontró en Santa Clara durante la Navidad —que le pareció un síntoma de falta de espíritu insurreccional —, se embarcó en un buque que partía de Cuba.

Aleida continuó sus actividades, participó en la insurrección de septiembre de 1957 en Cienfuegos y en las acciones armadas que acompañaron la huelga general de abril de 1958 en Las Villas. Durante la ofensiva de las fuerzas de seguridad que siguió a la huelga, el Directorio de Las Villas formó una guerrilla

para operar en las zonas rurales de la provincia. Aleida colaboró con ella: conducía a combatientes prófugos al campo, llevaba alimentos, armas, municiones y mensajes. Después de la llegada del Che, Aleida hizo muchos viajes a la sierra para acompañar visitantes y llevar correspondencia y fondos al controvertido comandante guerrillero. Hacia noviembre, los sectores del llano y la sierra del 26 de Julio habían logrado establecer una colaboración eficaz, aunque no libre de rencillas, en el Escambray, y Aleida, el principal enlace entre ambos, se volvió una cara conocida en el campamento del Che. Un día, éste le dijo que había resuelto cobrar un impuesto de guerra a los dueños de los ingenios azucareros y le pidió que lo ayudara a recaudarlo. A fines de noviembre, de regreso de esa misión, Aleida se enteró de que la habían delatado y que la policía había entrado en su casa. De ninguna manera podía regresar a Santa Clara, pero cuando pidió permiso al Che para permanecer en la zona guerrillera, éste no se mostró complacido; en general, no admitían a las mujeres en los campamentos. Sin embargo, en vista del dilema de Aleida, el comandante cedió.

Al igual que la mayoría de los camaradas del llano, Aleida tenía una mala opinión del Partido Comunista cubano. Su antipatía se remontaba a la época de sus estudios universitarios, provocada por un profesor comunista que se oponía con vehemencia a la actividad insurreccional. Pero ahora la guerra había alcanzado una etapa crítica y los esfuerzos del Che en favor de la unidad habían permitido atenuar las rivalidades sectarias a la vez que poner en acción a los grupos de oposición en Las Villas. Y si al principio desconfiaba del «comunista Che», rápidamente dejó de lado esos sentimientos al enamorarse de él. (Con el tiempo, gracias al Che, Aleida modificaría su opinión negativa de los «socialistas», pero jamás dejaría de desconfiar de los «viejos comunistas» del PSP.)

A fines de noviembre, la fuerza aérea bombardeaba diariamente el frente del Che, y varias compañías del ejército con armamento pesado y tanques se desplazaban hacia Pedrero en una ofensiva a tres bandas. Camilo llegó con tres unidades para ayudarlo y durante seis días los dos bandos se trabaron en combate. Para el 4 de diciembre, la ofensiva del ejército estaba totalmente derrotada. Las guerrillas habían detenido su avance en todos los frentes y luego obligado a retroceder a los soldados hasta Fomento en el oeste y la aldea de Santa Lucía en el este. También capturaron una buena cantidad de pertrechos, incluido un tanque con cañón de 37 milímetros. Un pelotón del Che destruyó dos puentes estratégicos, con lo cual aisló a las guarniciones de Cabaiguán, Sancti Spíritus y Trinidad y agregó una ancha faja de terreno al territorio controlado por los rebeldes. Era el momento de pasar a la ofensiva.

Antes de regresar a su campamento principal en Yaguajay, Camilo y el Che elaboraron la estrategia para una ofensiva generalizada en la provincia. Como un

cirujano entusiasta y diestro en amputaciones, el Che se dedicó a cortar sistemáticamente los caminos y los puentes ferroviarios para aislar las poblaciones e impedir el envío de refuerzos a sus guarniciones. El 16 de diciembre, sus hombres dinamitaron el puente de la Carretera Central y el enlace ferroviario al este de Santa Clara, con lo cual aislaron esta ciudad y La Habana del centro y el este de Cuba y dividieron la isla por la mitad. Estas acciones, sumadas a la ofensiva en curso en Oriente, donde las guarniciones del llano caían como fichas de dominó ante los ataques guerrilleros, demostraban claramente que el régimen de Batista vivía sus últimos días.

Para el Che, la segunda quincena de diciembre de 1958 pasó en un torbellino de combates y desplazamientos por la provincia, donde tomaba una guarnición tras otra. Ante todo sitió el pueblo estratégico de Fomento con su gran guarnición militar, y a pesar del bombardeo sostenido de la fuerza aérea enemiga, logró que se rindiera al cabo de dos días. Sin detenerse, continuó la marcha a Guayos y Cabaiguán, que capitularon el 21 y 23 de diciembre respectivamente. En Cabaiguán, el Che se fracturó el codo derecho al caer de un muro. El doctor Fernández Mell le colocó una férula y se lo enyesó. Continuó la marcha hacia el objetivo siguiente, Placetas, donde sus tropas y las del Directorio combatieron juntas por primera vez. Al cabo de un día de combate, Placetas se entregó el 23 de diciembre. El mismo día, Sancti Spíritus se rindió al capitán Armando Acosta. Mientras tanto, el Segundo Frente por fin entró en acción y se unió a las fuerzas del Directorio que sitiaban Trinidad y otras guarniciones del sur. Hacia el norte, las fuerzas de Camilo se acercaban a la importante guarnición de Yaguajay.

En algún momento en medio del caos y la euforia del combate, el Che y Aleida se hicieron amantes. El primero que lo advirtió fue tal vez Oscarito Fernández Mell, aunque no supo cuándo ni dónde sucedió en el torbellino de los acontecimientos. «De ahí en adelante [Aleida] empezó a andar con el Che, iba a todos los lugares con él, por cierto que estuvo en todos los combates y todo, siempre estaba… Andaban en el *jeep* juntos, ella llevaba los papeles, le llevaba las cosas, me imagino que le zurciría la ropa…»

Alberto Castellanos, un graduado de Minas del Frío menos observador que su camarada, estuvo a punto de meter la pata. Un joven audaz de veinticuatro años, Alberto había sufrido sanciones del Che debido a sus travesuras; sin embargo, se había ganado el cariño del jefe, que lo designó ordenanza del estado mayor. Alberto se consideraba un verdadero donjuán, y Aleida lo atrajo como una «chica bonita». Resuelto a probar suerte, se acercó y le dijo un piropo subido de tono. Pero el Che los miraba, y Castellanos comprendió al instante que Aleida no estaba disponible. «Por la forma en que el Che me miró, me dije: "Sal de ahí, Alberto, que nada que hacer tienes."»

Aleida sí recuerda cómo comenzó. Una noche de insomnio, salió de su cuarto y fue a sentarse a la vera del camino. Eran las tres o cuatro de la mañana y la ofensiva había comenzado. Un *jeep* que se acercaba a gran velocidad se detuvo junto a ella. Lo conducía el Che. «¿Qué hacés aquí?», preguntó. «No podía dormir», contestó ella. «Voy a atacar Cabaiguán. ¿Quieres venir?» «Claro», respondió, y se sentó a su lado. «A partir de entonces —recuerda Aleida con una sonrisa traviesa—, nunca dejé su lado… ni permití que saliera de mi vista».

V

Con sus convicciones divergentes, el Che y Aleida eran una pareja inverosímil. Aleida provenía del sector de la Revolución Cubana más despreciado por el Che. Era del llano, anticomunista y para colmo conservaba muchos de los prejuicios raciales que le habían inculcado en la juventud. Aunque en esos días no tenía importancia, le gustaba vestir bien y compartía el desdén racista de su madre. En cambio, el Che pertenecía al ala extrema del comunismo, la mayor pesadilla de la mayoría de los camaradas de Aleida. Era famosa su negligencia en materia de aspecto personal e higiene y se había rodeado de negros y guajiros incultos.

Pero con respecto a las mujeres, sobre todo las bonitas, el Che solía dejar de lado sus convicciones políticas, y, en verdad, Aleida March era muy bonita. También merecía respeto por su coraje, ya que más de una vez había demostrado que era capaz de enfrentarse a la muerte. Es indudable que el Che también se sintió atraído por su personalidad contradictoria, muy tímida pero con un sentido del humor filoso y desinhibido. Cuando se decidía a hablar, era sincera hasta la indiscreción, como el Che.

En todo caso eran una pareja, y sus camaradas advirtieron y aceptaron el hecho rápidamente. Para los combatientes, Aleida significó un cambio grato en su vida cotidiana al atenuar los afanes disciplinarios del Che. A partir de entonces, iban juntos a todas partes.

Al fracturarse el brazo, el Che puso a Castellanos al volante de su *jeep* en el que recorrían la provincia con sus jóvenes escoltas: Harry Villegas, Jesús Parra «Parrita», José Argudín y Hermes Peña. Así surgió el rumor de que andaba con «tres mujeres: una rubia, una negra y una *jabao*», como se llama en Cuba al mulato de origen blanco. Sin duda, Aleida era la rubia, pero Villegas, un negro lampiño de dieciséis años y el también imberbe Parrita, un blanco de larga melena rubia, se enteraron para su disgusto que los habían confundido con mujeres. Rumores maliciosos aparte, el Che no había formado un harén sino una familia guerrillera. Él y Aleida hacían las veces de padres y los jóvenes guerrilleros eran sus «hijos» traviesos.

«El Che nos conocía como conocen los padres a los hijos —recuerda Villegas —. Sabía cuándo hacíamos una maldad, cuándo le ocultábamos algo, cuándo cometíamos un error por ignorancia o por travesura… Y las primeras normas que

él impuso fueron de convivencia, normas estrictas que al principio no las comprendíamos con cabalidad, por ejemplo, el hecho de que nadie tuviera una participación excepcional por nada, ningún privilegio. Cuando él veía algo extra de comida, me llamaba para averiguar de dónde la había sacado e indagaba por qué vino, por qué la acepté, y llamaba a Aleida y la hacía responsable de que eso no podía pasar… Podríamos decir que [Aleida] fue como nuestra madrina, porque éramos traviesos y el Che a veces nos criticaba duro… y ella era la intermediaria en muchas oportunidades en que evaluaba la situación de manera distinta y le hacía ver que era muy fuerte con nosotros».

Mientras tanto, la ofensiva contra el régimen de Batista continuaba con toda furia. Tras la rendición de Placetas, el Che se dirigió hacia el norte; el día de Navidad atacó Remedios y el puerto de Caibarién, que cayeron al día siguiente. Villa Clara se había convertido en un caos de tropas regulares derrotadas, civiles alborozados y guerrilleros pelilargos por todas partes, mientras desde el cielo, los aviones los bombardeaban y ametrallaban sin cesar. El 27 de diciembre sólo se interponía entre el Che y la capital de Las Villas la guarnición de Camajuaní; cuando sus tropas huyeron sin combatir, quedó el camino expedito para el ataque a Santa Clara, la cuarta ciudad de Cuba.

La euforia reinaba entre los combatientes. Sabían que la victoria estaba cerca, pero el Che les ordenó que no celebraran la victoria prematuramente; una de sus prioridades era mantener la disciplina de la tropa y a la vez imponer una suerte de ley y orden en la provincia. Para prevenir la anarquía, designaba autoridades revolucionarias provisionales en cada pueblo liberado e imponía normas de conducta para sus hombres. Los bares y burdeles estaban estrictamente vedados, pero para muchos guerrilleros jóvenes, recibidos como héroes conquistadores en los pueblos después de meses de abstinencia en el monte, la tentación era excesiva. La mayoría demostró una conducta notable, pero era inevitable que algunos aprovecharan los placeres en oferta. El día que cayó Remedios, el jefe de pelotón Enrique Acevedo estuvo a punto de perder el control de sus hombres cuando el dueño de un burdel envió un camión cargado de prostitutas y varias botellas de ron en prueba de «admiración».

«Parejas furtivas van rumbo a la arboleda, mientras me quedo observando cómo se desarticula la emboscada. Sin pensarlo más, le espeto al tipo: "Si eso lo has hecho con el fin de afectar la emboscada, te lo voy a cobrar al duro. ¡Recoge de inmediato el carretón de putas que has volqueteado aquí!"» En su evaluación posterior, Acevedo comprendió que había reaccionado apenas a tiempo. «No todos "pecaron", el grueso no abandonó la emboscada. De todas formas, mantener el orden ante aquella tentación fue una labor titánica».

Cuando el Che planificaba la jugada siguiente, Fidel le escribió una carta a la luz de una linterna desde fuera de la reforzada guarnición de Maffo, que sus fuerzas sitiaban desde hacía seis días: «La guerra está ganada, el enemigo se derrumba con estrépito, tenemos diez mil soldados encerrados en Oriente. Los de Camagüey no tienen forma de escapar. Todo esto es el resultado de una sola cosa: nuestro esfuerzo y decisión. Es esencial que comprendas que el aspecto político de nuestra batalla en [la provincia de] Las Villas es fundamental.

»Por el momento es sumamente importante que el avance hacia Matanzas y La Habana sea realizado exclusivamente por fuerzas del 26 de Julio. La columna de Camilo debe estar al frente, en la vanguardia, para tomar La Habana cuando caiga la dictadura si no queremos que las armas de [la guarnición de] Campo Columbia sean repartidas entre todos los distintos grupos, lo que presentaría un problema muy serio en el futuro».

En vísperas de derrotar a las fuerzas armadas cubanas en el campo de batalla, Fidel estaba resuelto a impedir que sus rivales se hicieran con el botín político en el último momento. Sus inquietudes no tenían nada que ver con las que se expresaban en Washington. El Departamento de Estado y la CIA habían dejado de lado sus antiguas diferencias en favor del consenso general de que no se podía permitir que un sujeto tan escurridizo como Castro tomara el poder. Sin embargo, los sucesos de las últimas semanas habían desbaratado las últimas esperanzas del gobierno de Eisenhower de que las elecciones del 3 de noviembre de alguna manera paliarían la crisis cubana.

Además de la ofensiva del Che y Camilo en Las Villas, nuevas columnas rebeldes recorrían Oriente y Camagüey. Varias guarniciones se habían rendido a las fuerzas de Raúl, los suministros de agua y energía de Holguín estaban inutilizados y la misma Santiago estaba cada vez bajo mayor presión a medida que las unidades rebeldes se acercaban. A fines de noviembre, después de tomar la gran guarnición de Guisa al cabo de un sitio cruento, las fuerzas de Fidel también se desplazaron de la sierra al llano. El embajador Smith viajaba constantemente entre La Habana y Washington en busca de apoyo para el presidente electo Rivero Agüero, pero en vano; todos comprendían que la situación militar se deterioraba rápidamente y crecían los temores de que Batista no alcanzaría a sostenerse hasta la entrega del mando, prevista para febrero.

Smith recibió instrucciones de comunicarle a Batista que Washington no apoyaría al gobierno de Rivero Agüero y que debía entregar el poder inmediatamente a una junta cívico-militar aceptable para Estados Unidos. Batista se negó, evidentemente convencido de que aún podía salvar la situación. A principios de diciembre había rechazado una petición similar del jefe de la CIA en

La Habana, William Pawley, exembajador en Cuba y fundador de las líneas aéreas nacionales Cubana de Aviación.

En los días siguientes, Raúl tomó el puerto de Nicaro y la guarnición de La Maya en Guantánamo después que un piloto rebelde arrojara una bomba de napalm sobre el cuartel. En esas acciones capturó enormes cantidades de armas y tomó medio millar de prisioneros. A mediados de diciembre, mientras Fidel sitiaba Maffo, sus fuerzas controlaban casi toda la Carretera Central en Oriente y el ejército aparentemente estaba cercado por todas partes.

Durante el incontenible avance rebelde, la CIA estudiaba la posibilidad de apoyar un golpe militar preventivo, y sus agentes buscaban candidatos aceptables para integrar la junta. Justo Carrillo postuló una vez más al coronel Barquín, quien seguía encarcelado en la isla de Pinos. Había muchos elementos leales a Barquín en las fuerzas armadas, y la mayoría de la gente lo consideraba el candidato adecuado para tomar el control militar tras la caída de Batista. Esta vez la CIA dio luz verde y entregó fondos a Carrillo para sobornar a los funcionarios de la cárcel con el fin de que liberaran al coronel.

Al mismo tiempo, altos oficiales de la camarilla de Batista tramaban conspiraciones para echarlo y asegurar sus propios puestos. El general Francisco Tabernilla, jefe del estado mayor del ejército, dijo al comandante militar de Oriente, general Cantillo, que iniciara negociaciones con Fidel. Debía proponerle una alianza entre rebeldes y militares para dar el golpe final e instaurar luego una junta. Ésta incluiría al propio Cantillo, otro oficial a designar, el pretendiente a la presidencia Manuel Urrutia y dos civiles escogidos por Fidel.

Evidentemente, la consigna de estos esfuerzos desesperados era «Detener a Castro», y Fidel veía escasas razones para darles el gusto. Rechazó las propuestas de los golpistas y comunicó a Cantillo que quería reunirse con él cara a cara para hacerle conocer las suyas.

Mientras tanto, el ejército de Batista se derrumbaba. En ciudades y pueblos de todo el país, civiles alborozados recibían a los rebeldes y muchos —sinceramente o no— llevaban el brazalete rojinegro del 26 de Julio. Para la Navidad, las fuerzas del Che y Camilo habían tomado las ciudades y los pueblos principales de Las Villas salvo Santa Clara, Cienfuegos, Trinidad y Yaguajay. Víctor Bordón había tomado una serie de pueblos al oeste para impedir que llegaran refuerzos de Cienfuegos o La Habana a Santa Clara. En Oriente cayeron las grandes guarniciones de Caimanera y Sagua de Támano, y el buque de la armada *Máximo Gómez*, fondeado frente a Santiago, sólo esperaba la orden de los rebeldes para desertar. Después de una breve visita de Navidad a su madre en

Birán, Fidel preparó su encuentro con Cantillo. Aún tenía bastante de qué preocuparse, pero la noche del 26 de diciembre consideró que había llegado el momento de dar la orden que todos los rebeldes aguardaban desde hacía mucho tiempo: preparar el asalto a La Habana.

El análisis de Fidel del final de partida resultó certero: la batalla de Las Villas era crucial, porque Santa Clara era la última piedra angular de la estrategia defensiva batistiana. Encrucijada del transporte y las comunicaciones en el centro de la isla, con una población de ciento cincuenta mil habitantes, Santa Clara era el último obstáculo en la marcha rebelde sobre la capital; si la tomaban, sólo el puerto de Matanzas se interponía entre ellos y La Habana. Batista depositó todas sus esperanzas en la defensa de Santa Clara. Envió dos mil efectivos frescos para elevar el total de la tropa a tres mil quinientos y puso a su mejor soldado, Joaquín Casillas, recientemente ascendido a coronel, a asumir la defensa. En apoyo de Casillas envió un tren blindado, cargado de armas, municiones y equipos de comunicaciones; éste debía servir de arsenal de reserva y enlace móvil de comunicaciones con el cuartel general militar en Campo Columbia.

A pesar de estas medidas para reforzar Santa Clara, Batista sabía que le quedaba poco tiempo. Estaba al tanto de las conspiraciones de Tabernilla y había resuelto apoyarse en el general Cantillo, con la promesa de entregar el poder a fines de enero a una junta encabezada por el comandante de Oriente. Al mismo tiempo, Batista cubría su retirada; durante la Navidad dispuso que varios aviones se aprestaran a evacuarlo juntamente con un pequeño grupo de oficiales y amigos con sus familias. Días después envió a sus hijos a Estados Unidos para que estuvieran a salvo.

Mientras tanto, el Che se aprestaba a atacar Santa Clara. El 27 de diciembre, luego de liberar Placetas, recibió allí a Antonio Núñez Jiménez, un joven profesor de geografía de la Universidad de Santa Clara, quien llevaba consigo mapas y croquis para ayudarlo a elaborar los planes de marcha hacia la ciudad. Junto con Ramiro Valdés, trazaron una ruta por caminos vecinales que los conduciría a la universidad, en las afueras del norte de la ciudad. Partieron esa noche para enfrentarse con fuerzas que los superaban en la misma proporción que en casi todos los choques entre los rebeldes y el ejército cubano; con ocho pelotones propios y una columna de cien hombres del Directorio al mando de Rolando Cubela, el Che tenía trescientos cuarenta para atacar a una fuerza diez veces mayor y respaldada por tanques y aviones.

Al amanecer del día siguiente, el convoy del Che llegó a la universidad donde los aguardaba Lolita Rossell, la amiga de Aleida. Quedó atónita al ver el aspecto «sucio y desprolijo» de los guerrilleros. A su lado, su padre murmuraba,

incrédulo: «¿*Éstos* son los que van a tomar Santa Clara?» Entonces Lolita descubrió al Che y la sorprendieron tanto su juventud como su aire inconfundible de autoridad. Esta impresión fue reforzada por un soldado, cuya cara era la expresión viva del agotamiento provocado por el combate, quien le preguntó cuántos soldados había en la ciudad. «Unos cinco mil», dijo ella. El hombre asintió: «Bien, para nuestro jefe no es problema».

Después de instalar una comandancia provisional en el antiguo reducto universitario de Aleida, la Facultad de Pedagogía, el Che y sus hombres se dirigieron hacia la ciudad propiamente dicha, marchando por las acequias. Se detuvo en la emisora de radio CMQ para dirigirse a la ciudad y pedir el apoyo civil. Poco después los bombarderos B-26 y los nuevos cazas británicos Sea Fury bombardearon y ametrallaron las afueras de la ciudad en busca de los guerrilleros.

El enemigo se había atrincherado en varios puntos de la ciudad, pero la prioridad del Che era el tren blindado, detenido en la entrada del camino de Camajuaní que conducía a la universidad. En el límite oriental de la ciudad el ejército había ocupado las estratégicas colinas Capiro que dominaban tanto la universidad como el camino y la vía férrea a Placetas. Más de mil soldados estaban atrincherados en el cuartel Leoncio Vidal, en el suburbio noroccidental, cerca del cuartel de la policía defendido por cuatrocientos efectivos. En el centro de la ciudad habían instalado puestos defensivos en el tribunal, la gobernación y la cárcel, y hacia el sur los cuarteles n.º 31 y Los Caballitos dominaban el camino a Manicaragua. Ahora que la mayor parte de la provincia estaba en manos rebeldes, el Che debía ante todo evitar que llegaran refuerzos enemigos desde la ruta Matanzas-La Habana hacia el oeste, pero la fuerza de Víctor Bordón había cortado esa ruta en varios puntos y tomado el estratégico pueblo de Santo Domingo.

Esa noche y durante la mañana del 29 de diciembre, el Che desplazó sus fuerzas de la universidad a la ciudad, atacando las posiciones enemigas pero siempre en dirección al tren blindado. Trasladó su comandancia a un edificio de obras públicas que se hallaba a un kilómetro de la ciudad e hizo levantar un tramo de las vías férreas por medio de tractores; a continuación, mandó atacar el cuartel de la policía, los montes Capiro y el tren blindado. Al mismo tiempo, la columna del Directorio al mando de Cubela, que el día anterior había entrado en la ciudad desde el sur, puso sitio a los cuarteles n.º 31 y Los Caballitos. Había empezado la batalla.

Durante los tres días siguientes, Santa Clara se convirtió en un campo de batalla sangriento a medida que los rebeldes avanzaban hacia el centro de la ciudad. En algunos lugares avanzaban abriendo boquetes en las paredes interiores de las casas; en otros, libraban batallas campales en las calles. Muchos civiles que

habían respondido a la llamada del Che a las armas fabricaban cócteles Molotov, les proporcionaban refugio y alimentos y alzaban barricadas en sus calles. Con todo, tanques y aviones respondían con granadas, bombas y cohetes, y los heridos, tanto civiles como guerrilleros, se hacinaban en los hospitales.

Durante una visita a un hospital, un moribundo tomó el brazo del Che: «¿Recuerda, comandante? Me mandó a buscar el arma en Remedios… y me la gané aquí». El Che lo reconoció. Era un joven combatiente al que había desarmado unos días antes por disparar accidentalmente su arma. También recordó lo que le había dicho. «Le respondí con mi sequedad habitual —escribió unos años después en sus memorias de la guerra civil—: "Gánate otro fusil yendo desarmado a la primera línea… si eres capaz de hacerlo."» Evidentemente el hombre se había animado, y las consecuencias fueron fatales. «Quince minutos después moría, y me lució contento de haber demostrado su valor. Así es nuestro Ejército Rebelde».

Las cosas dieron un vuelco inexorable la tarde del 29 de diciembre. Una vez que la «escuadra suicida» del Vaquerito tomó la estación ferroviaria mientras otros rebeldes asaltaban los montes Capiro, los soldados huyeron a refugiarse en el tren blindado. El tren de veintidós vagones intentó escapar a toda velocidad. Cuando llegó al tramo de vías levantado, la locomotora y los tres primeros vagones se descarrilaron en un cataclismo espectacular de hierros retorcidos y alaridos de hombres heridos.

«Se estableció entonces una lucha muy interesante en donde los hombres eran sacados con cócteles Molotov del tren blindado, magníficamente protegidos aunque dispuestos sólo a luchar a distancia —escribió el Che—… Acosados por hombres que, desde puntos cercanos y vagones inmediatos lanzaban botellas de gasolina encendida, el tren se convertía, gracias a las chapas del blindaje, en un verdadero horno para los soldados. En pocas horas se rendía la dotación completa, con sus 22 vagones, sus cañones antiaéreos, sus ametralladoras del mismo tipo, sus fabulosas cantidades de municiones (fabulosas para lo exiguo de nuestras dotaciones, claro está)».

Mientras aún se libraban las batallas en torno de la ciudad, las agencias de noticias internacionales difundían el falso rumor de que el Che había muerto. A primera hora del día siguiente, Radio Rebelde anunció la toma del tren blindado y desmintió la muerte del Che. «Para tranquilidad de los familiares en Sudamérica y de la población cubana, aseguramos que Ernesto Che Guevara se encuentra vivo y en la línea de fuego y… dentro de muy poco tiempo tomará la ciudad de Santa Clara».

Sin embargo, muy poco después el propio Che tuvo que confirmar por radio

la muerte de uno de sus hombres más queridos, Roberto Rodríguez apodado el Vaquerito. Fue una nota de tristeza en su boletín radiofónico, destinado a anunciar la caída inminente de la ciudad. Esa tarde, el diminuto jefe de la Escuadra Suicida había recibido un balazo en la cabeza cuando asaltaban el cuartel de la policía. La muerte del Vaquerito fue un duro golpe para el Che, porque el joven era la encarnación del combatiente que él buscaba. Vaquerito había bautizado a la Escuadra Suicida, que era una unidad de asalto de élite integrada por los combatientes que aspiraban a cumplir con los criterios más elevados del Che.

«El "Pelotón Suicida" era un ejemplo de moral revolucionaria, y a ese solamente iban voluntarios escogidos —escribió—. Sin embargo, cada vez que un hombre moría (y eso ocurría en cada combate) al hacerse la designación del nuevo aspirante, los desechados realizaban escenas de dolor que llegaban hasta el llanto. Era curioso ver a los curtidos y nobles guerreros, mostrando su juventud en el despecho de unas lágrimas, por no tener el honor de estar en el primer lugar de combate y de muerte».

En medio de la muerte, es normal que el ser humano reaccione buscando la vida, y el mismo Che no era inmune a este instinto; así sucedió que en medio de la batalla de Santa Clara, comprendió que estaba enamorado de Aleida. Como le dijo más tarde, en la intimidad, ese sentimiento lo embargó en un momento en que ella lo dejó para cruzar una calle bajo el fuego. Por unos instantes desapareció de su vista y él, angustiado, no sabía si había llegado al otro lado a salvo. Por su parte, Aleida estaba segura de sus sentimientos desde aquella noche de insomnio unas semanas antes, cuando él había detenido su *jeep* y la había invitado a subir.

El 30 de diciembre, la guarnición de Los Caballitos se entregó al Directorio, y unos soldados que se habían atrincherado en una iglesia también se entregaron. El pueblo de Santo Domingo, perdido durante una contraofensiva, fue retomado por las fuerzas de Bordón, que terminaron de cerrar los caminos del oeste. Hacia el sur, las fuerzas de Faure Chomón tomaron Trinidad. El Che cayó en la cuenta de que no había asegurado el sector oriental de Las Villas y envió a Ramiro Valdés a tomar el pueblo de Jatibonico, sobre la carretera central, donde una columna blindada de refuerzos trataba de abrirse paso.

Con ese despliegue de fuerzas y la toma del tren blindado, Santa Clara estaba totalmente aislada, y la desesperación embargó a los soldados y agentes de policía que aún resistían. El alto mando en La Habana ordenó nuevos ataques aéreos sobre la ciudad; en las guarniciones y el cuartel de policía la resistencia era encarnizada; un grupo de hombres atrincherados en el décimo piso del Gran Hotel disparaba a los rebeldes.

Pero el Che había acrecentado su poder de fuego y además contaba con tropas descansadas. Con la toma del tren blindado había obtenido una cantidad increíble de pertrechos: seiscientos fusiles, un millón de proyectiles, decenas de ametralladoras, un cañón de veinte milímetros, valiosos obuses y lanzagranadas. Durante el día de Año Nuevo los rebeldes conquistaron una posición tras otra: la policía, luego la sede de la gobernación seguida por los juzgados y la cárcel, donde la fuga de los presos alimentó la confusión generalizada. Al final del día, sólo resistían el cuartel n.º 31, el Gran Hotel y la guarnición principal Leoncio Vidal.

En Oriente, Maffo se había entregado a los rebeldes después de diez días de sitio, y Fidel ya apuntaba hacia Santiago, la segunda ciudad de Cuba. El 28 de diciembre se reunió con el general Cantillo en el ingenio azucarero Oriente, cerca de Palma Soriano, y se pusieron de acuerdo: Fidel detendría la ofensiva durante tres días para darle tiempo a Cantillo de volver a La Habana e iniciar una sublevación militar el 31 de diciembre. Ese día, detendría a Batista y pondría al ejército a disposición de Fidel.

Pero en realidad, Cantillo pensaba traicionarlo. Regresó a La Habana, informó a Batista de todo y le dio plazo hasta el 6 de enero para abandonar el país. Luego envió un mensaje a Fidel para que le permitiera aplazar hasta ese día la sublevación. Fidel sospechó al instante, pero a esas alturas los acontecimientos se sucedían a una velocidad tal, que ni él ni Cantillo podían prever los hechos siguientes.

VI

La toma del tren blindado por parte del Che hizo sonar todas las campanas de alarma en Campo Columbia, la sede del cuartel general en La Habana, y la rápida sucesión de capitulaciones de cuarteles por toda la isla obligó a Batista a apresurar los planes para su partida. En la tarde del 31 de diciembre, todas sus esperanzas de ganar tiempo dependían de la resistencia del coronel Casillas en Santa Clara, pero a las nueve de la noche del mismo día el oficial comunicó al dictador que no podía resistir mucho más sin refuerzos. Una hora más tarde, cuando Cantillo le comunicó que la caída de Santiago era inminente, Batista comprendió que había llegado el momento de partir.

En la fiesta de Año Nuevo que dio para los oficiales de mayor graduación y sus familias en Campo Columbia, Batista invitó a los generales a pasar a una estancia contigua a la que ocupaban la mayoría de los invitados para revelarles que entregaría el mando militar a Cantillo. Luego volvió al otro salón para anunciar la decisión de renunciar a la presidencia. Designó presidente a Carlos Manuel Piedra, el magistrado más antiguo de la Corte Suprema; tomó juramento a Cantillo como jefe de las fuerzas armadas y a continuación, con un puñado de funcionarios y sus familias, Batista y su esposa se dirigieron al aeropuerto militar vecino para embarcar en el avión que los aguardaba. A las tres de la madrugada del 1 de enero de 1959, en medio de la oscuridad, Batista partió hacia la República Dominicana acompañado por cuarenta secuaces leales, entre ellos el «presidente electo» Andrés Rivero Agüero. Otro avión partió antes del amanecer con el alcalde de La Habana, «Panchín» Batista, hermano del dictador, y varias decenas de funcionarios de gobierno y jefes policiales. Otros dos personajes tristemente célebres escaparon por separado: el jefe paramilitar Rolando Masferrer y el mafioso norteamericano Meyer Lansky.

En algún momento de esa misma noche, al conocer la novedad en Santa Clara, el coronel Casillas y su segundo, coronel Fernández Suero, se apresuraron a salvar sus propios pellejos. Inventaron un pretexto absurdo para su subordinado, el ingenuo coronel Cándido Hernández, se vistieron de paisano y huyeron.

Al amanecer empezaron a correr por Santa Clara los primeros rumores de la fuga de Batista. El cuartel n.º 31 se rindió, el Gran Hotel y el cuartel Leoncio Vidal fueron rodeados y a media mañana el coronel Hernández pidió una tregua. El Che respondió que sólo aceptaría la rendición incondicional y envió a Núñez Jiménez y

Rodríguez de la Vega a negociar con él.

«Las noticias eran contradictorias —escribiría el Che más adelante—: Batista había huido ese día, desmoronándose la Jefatura de las Fuerzas Armadas. Nuestros dos delegados establecían contacto por radio con Cantillo, haciéndole conocer la oferta de rendición, pero éste estimaba que no era posible aceptarla porque constituía un ultimátum y que él había ocupado la Jefatura del Ejército siguiendo instrucciones precisas del líder Fidel Castro. Hicimos inmediato contacto con Fidel, anunciándole las nuevas, pero dándole la opinión nuestra sobre la actitud traidora de Cantillo, opinión que coincidía absolutamente con la suya».

La conversación con Cantillo lógicamente desconcertó a Hernández, pero el Che insistió con firmeza en que debía rendirse. A las 11.30, un comunicado leído por Fidel por Radio Rebelde interrumpió las negociaciones. Tras rechazar los conceptos de Cantillo sobre una «junta militar» o cualquier clase de acuerdo entre ellos, convocaba a la huelga general inmediata y la movilización de las fuerzas rebeldes hacia Santiago y La Habana. Los defensores de Santiago tenían plazo hasta las 18.00 para rendirse. El comunicado finalizaba con la consigna: «¡Revolución sí, golpe militar no!»

Ahora que el panorama estaba más claro, el Che dio a Hernández una hora para decidirse; si no se rendía antes de las 12.30, lo atacaría y luego lo haría responsable por el derramamiento de sangre. Hernández volvió al cuartel y comenzó la espera.

Mientras el Che negociaba con Hernández, sus hombres habían desalojado a los últimos francotiradores del Gran Hotel. El día anterior, Enrique Acevedo había ordenado realizar pases rápidos en automóvil frente al hotel para atraer el fuego de los francotiradores, pero abandonó esa táctica después de que hirieran a uno de sus hombres en una pierna. Pero esa mañana, al agotárseles las municiones y ver cómo se rendían sus camaradas, los francotiradores se entregaron a Acevedo y salieron del hotel con las manos en alto.

Resultó ser un grupo de cinco chivatos y cuatro policías, algunos de los cuales, según Acevedo, tenían «deudas que saldar con la justicia revolucionaria». Y no tuvieron que esperar mucho para saldarlas; a las 14.00, tras un juicio sumarísimo, los cinco chivatos fueron ejecutados por un pelotón de fusilamiento revolucionario.

Por su parte, Casillas no llegó demasiado lejos disfrazado de paisano. Los combatientes de Bordón, situados al oeste de la ciudad, tenían órdenes de detener a los soldados que huían hacia La Habana, y Casillas, con su sombrero de paja y

brazalete del 26 de Julio, no tardó en caer en sus manos. Al principio trató de seducir a Bordón: lo calificó de «gran estratega» y añadió que «sólo lamentaba no poder quedarse conmigo, porque debía seguir viaje a la capital para participar en la junta militar que iba a "resolver este asunto entre cubanos"».

Bordón lo detuvo en seco. «Le dije que dejara de halagarme, que no necesitábamos una junta porque [en lo sucesivo] sería Fidel Castro quien resolvería la vida de los cubanos. Y que me acompañaría a Santa Clara para que el Che lo conociera. Ahí es donde cambió de color y me preguntó si no podía llevarlo con otro jefe. Y recuerdo que cuando el Che lo vio, le dijo: "¡Ah! Conque usted es el asesino de Jesús Menéndez."»[59]

Casillas no sobrevivió a ese día. La versión revolucionaria oficial es que lo mataron a tiros durante un intento de fuga cuando iban a ver al Che, pero evidentemente esto contradice el relato de Bordón. Dado su bárbaro historial de excesos cometidos en el pasado, es posible que el frustrado «intento de fuga» de Casillas tuviera lugar frente a un pelotón de fusilamiento formado a toda prisa.

Diez minutos antes del vencimiento del plazo, Hernández acordó la entrega de su guarnición. Las tropas, aliviadas, soltaron sus armas, salieron a la calle y se unieron a los rebeldes. En toda la ciudad se alzó un coro de vítores: era la caída de Santa Clara. Pero el Che aún no estaba para festejos. Debía restablecer el orden, juzgar a sicarios y chivatos, reunir sus fuerzas e impartir órdenes.[60]

Cantillo no pudo ejercer la jefatura de las fuerzas armadas por largo tiempo. El coronel Barquín fue liberado de la isla de Pinos y trasladado en avión a La Habana junto con Armando Hart. En las primeras horas de la tarde llegó a Campo Columbia, donde Cantillo, sin margen de maniobra, le entregó el mando. En Oriente se entregó Santiago, y Fidel se aprestó a marchar a la ciudad esa misma noche.

La mañana siguiente, 2 de enero, el Che y Camilo Cienfuegos recibieron órdenes de avanzar hacia La Habana. Camilo debía apoderarse de Campo Columbia mientras el Che debía ocupar La Cabaña, la fortaleza colonial que dominaba la capital desde la entrada del puerto. La columna de Camilo partió en primer término porque el Che aún debía ocuparse de las últimas tareas de limpieza, que incluían la ejecución de algunos chivatos y la designación de Calixto Morales como gobernador militar de Las Villas. A continuación, dirigió un mensaje al pueblo de Santa Clara para agradecer su ayuda a «la causa revolucionaria». Él y sus hombres partían, dijo, «con el sentimiento de dejar un lugar querido y profundos afectos personales. Invito a mantener el mismo espíritu revolucionario, para que en la gigantesca tarea de la reconstrucción también sea Las Villas

vanguardia y puntal».

Alrededor de las 15.00, con Aleida a su lado, el Che y sus hombres partieron hacia La Habana. La mayoría de sus camaradas estaban alborozados ante la perspectiva de liberar la capital cubana, pero para el Che era apenas el primer paso en la magna lucha que se avecinaba.

TERCERA PARTE

HACIA EL HOMBRE NUEVO

20. EL FISCAL SUPREMO

Es imposible poner en ejecución las leyes revolucionarias a menos que el gobierno mismo sea verdaderamente revolucionario.

LOUIS ANTOINE LÉON DE SAINT-JUST

1789, durante el «Terror» revolucionario francés

Las ejecuciones por los pelotones de fusilamiento son no sólo una necesidad del pueblo de Cuba sino también una imposición del pueblo.

CHE GUEVARA

5 de febrero de 1959,

carta a Luis Paredes López de Buenos Aires

I

En Buenos Aires, los Guevara festejaban el Año Nuevo cuando escucharon el boletín noticiero sobre la fuga de Batista. Exactamente dos años después de que una mano misteriosa entregara la carta de Teté con la confirmación de que estaba vivo, los Guevara tenían nuevos motivos para el júbilo: las agencias internacionales informaban de que las columnas rebeldes conducidas por el Che Guevara y Camilo Cienfuegos avanzaban sobre La Habana.

El júbilo resultó efímero. Como recordó su padre, «en nuestra casa aún no habíamos bajado las copas brindando por la caída de Batista, cuando llegó una noticia terrible. Ernesto había caído fatalmente herido en la toma de la capital cubana». Nuevamente, Guevara Lynch hizo desesperadas averiguaciones para confirmar la noticia, y pasaron dos horas de angustia antes de que el representante del 26 de Julio en Buenos Aires llamara para anunciar que el informe era falso. «Festejamos esa noche el Año Nuevo con la alegría de saber que Ernesto vivía y estaba al frente del cuartel de La Cabaña en La Habana», escribió su padre.

La comitiva del Che llegó a la gran fortaleza colonial española poco antes del amanecer del 3 de enero. Su regimiento de tres mil efectivos, que ya se había rendido a los milicianos del 26 de Julio, lo esperaba en formación. Se dirigió a los soldados en términos condescendientes, calificándolos de «ejército colonial» capaz de enseñar a los rebeldes «a marchar», mientras que los guerrilleros podían enseñarles «a combatir». A continuación se instaló con Aleida en la casa del comandante, contigua a los contrafuertes de piedra que dominaban la capital.

El día antes, Camilo se había presentado en la sede del estado mayor en Campo Columbia, al otro lado de la ciudad, para arrebatar el mando del coronel Ramón Barquín; el general Cantillo estaba detenido. Fidel había realizado su entrada triunfal en Santiago. Ante las multitudes que lo aclamaban, declaró a la ciudad «capital» provisional de Cuba y proclamó a Manuel Urrutia, quien acababa de llegar de Venezuela, presidente de la nación.

Para Carlos Franqui, que acompañaba a Fidel, era incomprensible que relegaran al Che a La Cabaña. «Recuerdo que medité largamente las razones de esta orden de Fidel: Campo Columbia era el corazón y el alma de la tiranía y el poder militar… El Che había tomado el tren blindado y la ciudad de Santa Clara, era la segunda figura en importancia de la Revolución. ¿Qué motivos tenía Fidel

para enviarlo a La Cabaña, una posición secundaria?»

Sin duda, Fidel le había reservado esa posición menos visible porque no lo quería en el centro de la escena. Para el régimen derrotado, sus partidarios y Washington, el Che era el temible «comunista internacional», y otorgarle una posición destacada desde el comienzo sólo traería problemas. En cambio el jocoso Camilo, apuesto jugador de béisbol, donjuán con gran sombrero de ala ancha, era cubano, se había convertido en una leyenda popular y, que se supiera, no era comunista. A él le correspondía el centro de la escena.

Fidel necesitaba que el Che se ocupara de la tarea indispensable de purgar el antiguo ejército y que consolidara la victoria mediante la aplicación de la justicia revolucionaria a los traidores, chivatos y criminales de guerra batistianos. Así como su hermano Raúl, el otro extremista, permanecería en Oriente —donde Fidel lo había designado gobernador militar—, el Che debía asegurar el cumplimiento de esa tarea en La Habana.

II

Desde el ondulante prado verde donde La Cabaña y la fortaleza adyacente de El Morro dominaban el puerto de la capital, en enero de 1959 el Che contemplaría un panorama similar al descrito en la novela *Nuestro hombre en La Habana* de Graham Greene, publicada unos meses antes.

«La ciudad alargada se extendía frente al Atlántico; las olas rompían sobre la avenida de Maceo y salpicaban los parabrisas de los autos. Las columnas rosadas, grises y amarillas del antiguo barrio aristocrático parecían piedras erosionadas; un antiguo escudo heráldico, borroso e indescifrable dominaba la entrada de un hotelucho, y las celosías de un club nocturno estaban barnizadas con colores chillones para protegerlas de la humedad y la sal del mar. Hacia el oeste, los rascacielos de acero de la ciudad nueva eran más altos que los faros».

Vista de cerca, La Habana era una ciudad sórdida, emocionante, repleta de casinos, clubs nocturnos y burdeles. No faltaban los cines dedicados a las películas pornográficas, y en el espectáculo de sexo en vivo del teatro Shanghai en el barrio chino actuaba un semental llamado Superman. La marihuana, la cocaína y otras drogas estaban al alcance de quien las deseara. La sordidez misma de La Habana atraía a Greene, quien en los últimos tiempos había visitado Cuba varias veces. «En la época de Batista me gustaba la idea de que uno podía obtener lo que deseara, fuesen drogas, mujeres o cabras». Con la mirada de Greene, el personaje ficticio del inglés Wormold, el vendedor de aspiradoras, pasea por las calles de La Habana Vieja y observa todo con avidez. «En cada esquina había hombres que gritaban "taxi" como si fuera un extraño y a lo largo del Paseo, a intervalos de pocos metros, los proxenetas lo abordaban maquinalmente, sin mucha esperanza. "¿Puedo servirle, señor?" "Conozco a todas las muchachas bonitas." "¿Desea una mujer hermosa?" "¿Postales?" "¿Quiere ver una película verde?"»

Ese ambiente de desorden generalizado recibió al Che y sus hombres después de dos años en el monte con sus largos períodos de abstinencia, y las consecuencias fueron las que cabía esperar. El Che controlaba estrictamente a su escolta, pero Alberto Castellanos no pudo resistir la tentación. «Algunas noches me escapaba para conocer la ciudad, especialmente los *cabarets*; me maravillaba ver tantas mujeres bonitas. Nunca había visitado la capital, estaba deslumbrado y como trabajaba con él todos los días hasta las madrugadas, no tenía tiempo de conocer».

El aire estaba impregnado de sexo. Los guerrilleros cruzaban los muros de La Cabaña para mantener encuentros furtivos con las muchachas entre los arbustos al pie de la gran estatua blanca de Cristo que se alza sobre el puerto. Aleida March alzó las cejas en una expresión fingida de escándalo al recordar esa época. Con el fin de preservar tanto la imagen pública como la disciplina interna del Ejército Rebelde, el Che organizó una boda colectiva para los combatientes que no habían «oficializado» sus parejas; un juez ofició la ceremonia civil y un sacerdote lo hizo para aquellos que deseaban una boda religiosa. Al travieso Castellanos, quien tenía una prometida en Oriente, le cortaron las alas en una ceremonia en La Cabaña presidida por el Che en persona.

En todo el hemisferio, el ambiente de júbilo generado por el triunfo revolucionario en Cuba era menos libidinoso, pero estaba muy extendido. La guerra había cautivado el interés de la opinión pública, y hordas de corresponsales extranjeros llegaron a La Habana para presenciar la instauración del nuevo régimen. «En Buenos Aires no se hablaba de otra cosa —escribió el padre del Che —. Yo me sentía como suspendido en el aire. Nuestros parientes y amigos nos acosaban a preguntas y respondíamos todo lo que sabíamos. Pero la verdad es que el mayor interés de nuestra familia era la vida de Ernesto. Y Ernesto estaba vivo y la guerra había terminado».

Pero aun en Cuba pocos comprendían el significado de los sucesos. En Santiago, Fidel se esforzaba por darle al nuevo régimen un aspecto moderado, pero al mismo tiempo sentaba las pautas de su futura relación con el «presidente» Urrutia al permitirle designar un solo miembro del gabinete, el ministro de Justicia, mientras él se reservó el derecho de nombrar a los demás. Evidentemente agradecido con Fidel por su nombramiento, Urrutia no protestó. A pesar de todo, pocos hombres del 26 de Julio, casi todos del llano, tuvieron puestos en el primer gabinete.

Desde Santiago, Fidel avanzaba lentamente por tierra hacia La Habana, saboreando la victoria ante las multitudes extasiadas. Un rebelde de Holguín, Reinaldo Arenas, recordó el clima de aquellos días. «Bajamos de la sierra y recibimos una acogida de héroes. En mi barrio de Holguín me dieron una bandera del Movimiento 26 de Julio y caminé toda una cuadra sosteniendo esa bandera. Me sentía un poco ridículo, pero había una gran euforia, sonaban himnos y cánticos por todas partes y todo el pueblo estaba en las calles. Los rebeldes seguían viniendo con crucifijos hechos de semillas; éstos eran los héroes. Algunos se habían unido a los rebeldes cuatro o cinco meses antes, pero la mayoría de las mujeres, y también muchos hombres en la ciudad, se volvían locas por esos tipos hirsutos; todos querían llevarse un barbudo a casa. Yo no tenía barba porque tenía apenas quince años».[61]

En La Habana reinaba un clima de anarquía festiva e incertidumbre. Cientos de rebeldes armados ocupaban los vestíbulos de los hoteles como si fueran campamentos de la guerrilla en el monte. La mayoría de las tropas regulares se habían entregado después de la fuga de Batista y permanecían en sus cuarteles, pero aquí y allá se resistían algunos francotiradores y proseguía la caza de agentes policiales, políticos corruptos y criminales de guerra prófugos. En algunos lugares las turbas habían asaltado casinos, destruido parquímetros y otros símbolos de la corrupción batistiana, pero las milicias del 26 de Julio salieron rápidamente a imponer el orden en las calles. Hasta los Boy Scouts cumplían funciones de policías improvisados. Al mismo tiempo, las embajadas estaban atestadas de oficiales militares y policiales, así como funcionarios del gobierno a la deriva tras la huida repentina del dictador.

El 4 de enero, Carlos Franqui abandonó el convoy de Fidel en Camagüey para volar a La Habana. La capital estaba transformada. «El tétrico Campo Columbia, madre de la tiranía y el crimen, que yo había conocido como prisionero, era casi un teatro pintoresco, imposible de imaginar. Por un lado, los rebeldes barbudos con Camilo, no más de quinientos en total, y por el otro lado, veinte mil soldados intactos del ejército: generales, coroneles, mayores, capitanes, cabos, sargentos y soldados rasos. Cuando nos veían pasar, se paraban en posición de firmes. Era algo que daba risa. En la oficina del comandante estaba Camilo con su barba romántica, con aire de Cristo de juerga, las botas en el piso y los pies sobre la mesa para recibir a su excelencia el embajador de los Estados Unidos».

Después llegó el Che. Había problemas en el palacio presidencial. El Directorio Revolucionario lo había ocupado y aparentemente no pensaba entregarlo. El Che había tratado de hablar con los dirigentes, pero éstos se negaron a recibirlo. Según Franqui: «Camilo, mitad en broma, mitad en serio, dijo que se debería disparar un par de cañonazos de advertencia… Como yo no era admirador del lugar, dije que me parecía una buena idea, pero el Che, con su sentido de la responsabilidad, dijo que no era buen momento para derrochar balas de cañón y volvió pacientemente a su palacio, se reunió con Faure Chomón y se arregló el asunto. Camilo siempre escuchaba al Che».

El 8 de enero, cuando llegó Fidel, Urrutia estaba instalado en el palacio y se había restaurado en apariencia la autoridad gubernamental. Los rebeldes se habían apoderado de los edificios públicos, los cuarteles de policía, las redacciones de los diarios y los locales sindicales; por su parte, los comunistas aparecieron en público para convocar manifestaciones de masas en apoyo de los rebeldes victoriosos. Sus dirigentes desterrados empezaron a regresar del exilio y su diario clandestino *Hoy* volvió a aparecer. El expresidente Carlos Prío volvió de Miami. En el exterior, representantes del 26 de Julio se hicieron cargo de las embajadas cubanas más

importantes. Venezuela había reconocido al nuevo gobierno, lo mismo que Estados Unidos. La Unión Soviética hizo lo propio el 10 de enero.

Las instituciones cívicas y empresariales declararon su apoyo a la revolución con expresiones hiperbólicas de agradecimiento y fidelidad sumisa. La «pesadilla» batistiana había terminado, era el comienzo de la luna de miel fidelista. La comunidad empresarial se deshizo en expresiones de sumisión, ofreció pagar impuestos atrasados y algunas empresas importantes anunciaron nuevas inversiones a la vez que declararon su optimismo sobre el porvenir feliz de Cuba.

La prensa ensalzaba a Fidel y sus heroicos «barbudos». El semanario *Bohemia* se convirtió en propagandista entusiasta de la revolución, llena de homenajes serviles a Fidel. Un artista llegó a representarlo con un rostro semejante al de Cristo, sin que faltara la consabida aureola. Sus páginas estaban repletas de anuncios adaptados a aquel momento. La cervecería Polar ilustró una página con el retrato de un robusto campesino cortando caña de azúcar y el siguiente epígrafe: «¡SÍ! ES HORA DE IR A TRABAJAR. Con la felicidad de ser nuevamente libres y sentirnos más orgullosos que nunca de ser cubanos, debemos abrir el camino del trabajo: trabajo intenso y constructivo para las necesidades de la Patria… Y después de trabajar, ¡ES LA HORA DE UNA POLAR! No hay nada como una Polar bien helada para completar la satisfacción del deber cumplido». La sastrería Cancha presentó una nueva camisa masculina llamada «Libertad»; el modelo de sus anuncios lucía la barba revolucionaria de rigor.

Carlos Franqui, director del hasta entonces clandestino periódico del 26 de Julio *Revolución*, se sumó a la marea de elogios al calificar a Fidel de «Héroe y Guía» de Cuba. Un teatro estrenó la obra *El general huyó al amanecer*, en la que un actor uniformado y barbudo hacía el papel de Fidel Castro. Un grupo de ciudadanos demostró su agradecimiento al encargar un busto de bronce de Fidel, que una vez realizado fue colocado sobre una peana de mármol en una intersección vecina al barrio militar de La Habana, con una inscripción que honraba al hombre que había «roto las cadenas de la dictadura con la llama de la libertad».

No faltaban los homenajes líricos al Che. El mayor poeta vivo de Cuba, el comunista Nicolás Guillén, que vivía en el exilio en Buenos Aires, escribió un poema en su honor a petición del director de un semanario de la capital argentina.

CHE GUEVARA

Como si San Martín la mano pura

a Martí fraternal tendido hubiera,

como si el Plata vegetal viniera

con el Cauto a juntar agua y ternura,

así Guevara, el gaucho de voz dura,

brindó a Fidel su sangre guerrillera,

y su ancha mano fue más compañera

cuando fue nuestra noche más oscura.

Huyó la muerte. De su sombra impura,

del puñal, del veneno, de la fiera,

sólo el recuerdo bárbaro perdura.

Hecha de dos un alma brilla entera,

como si San Martín la mano pura

a Martí familiar tendido hubiera.

El Che ya era una figura conocida por los lectores en el exterior, pero su consagración literaria a manos de Guillén —un poeta a la altura de Federico García Lorca, Pablo Neruda y Rafael Alberti— lo introdujo en el panteón de los héroes venerados de la historia latinoamericana. Tenía apenas treinta años y ya lo comparaban con el Libertador José de San Martín.

Estos elogios hiperbólicos repercutían en la opinión pública cubana, ávida de héroes. A los pocos días de su llegada, cuando mandó llamar a Juan Borroto, el especialista en azúcar que le había enviado informes económicos reservados al Escambray, éste perdió el aliento. «Ya era una leyenda —recordó Borroto—. Para muchos cubanos, verlo era como una visión; uno se frotaba los ojos. Además era físicamente imponente, con piel muy blanca, cabello castaño y era muy atractivo».

En cambio, para los funcionarios de la embajada estadounidense en La Habana el Che ya aparecía como el temible Rasputín del nuevo régimen. Su influencia ideológica sobre Fidel y sus funciones aún no determinadas detrás de las murallas imponentes de La Cabaña eran objeto de especulaciones aprensivas.

III

Fidel hizo su entrada triunfal en La Habana con gran histrionismo, parado sobre un tanque a la cabeza de una ruidosa caravana. Después de presentar sus saludos a Urrutia en palacio, abordó el *Granma*, que había navegado a la capital y se encontraba anclado en el puerto. A continuación, acompañado por Raúl y Camilo —mientras el Che permanecía discretamente oculto en La Cabaña— marchó a Campo Columbia por calles bordeadas de miles de habaneros alborozados que agitaban banderas.

Esa noche, en un largo discurso televisado en vivo, Fidel subrayó la necesidad de imponer la ley, el orden y la unidad revolucionaria; en la «nueva Cuba» sólo cabía una fuerza revolucionaria; no se permitiría la existencia de «ejércitos privados». Esas palabras constituían una advertencia dirigida al Directorio, cuyos combatientes habían evacuado el palacio pero aún ocupaban los terrenos de la universidad y, según los informes, acumulaban armas. Como una señal ominosa de la inminencia de una confrontación, el dirigente Chomón había expresado que el Directorio estaba preocupado por la perspectiva de quedar marginado del poder. Pero el discurso de Fidel y su amenaza implícita de utilizar la fuerza obtuvieron la reacción deseada: antes de que finalizara el discurso, el Directorio hizo saber que entregaría las armas. Así desaparecía la amenaza de una organización armada de oposición; el alarde de fuerza de Fidel había triunfado.

Fidel también aprovechó la ocasión para poner de manifiesto el carácter nacionalista del nuevo régimen. Cuando un periodista preguntó qué opinaba del rumor de que el gobierno norteamericano retiraría su misión militar, respondió sin vacilar: «*Debe* retirarla. En primer lugar, el gobierno de los Estados Unidos no tiene derecho a mantener una misión permanente aquí. Dicho de otra manera, no es una prerrogativa del Departamento de Estado sino del Gobierno Revolucionario de Cuba». El sentido de la frase era: si Washington quería mantener buenas relaciones, debía buscar la reconciliación, y el primer paso era tratar a Cuba de igual a igual.

A la nación le dijo que se reorganizaría el ejército para que estuviera formado por hombres «leales a la revolución» que la defenderían en caso de necesidad. Advirtió que la victoria aún no estaba asegurada. Batista había huido a la República Dominicana con sus millones de dólares robados para buscar la protección de otro dictador infame, el general Trujillo, y cabía la posibilidad de que

ambos iniciaran un contraataque.

Era un discurso hábil, que advertía a los cubanos sobre lo que habría de suceder, pero el recuerdo que más perduró en la memoria de la mayoría de los presentes fue el momento en que varias palomas blancas alzaron vuelo entre el auditorio para posarse sobre el hombro de Fidel. Para muchos fue una epifanía mística, que convalidaba la posición de Fidel como el carismático *máximo líder* de la revolución; otros lo consideraron un ejemplo magistral de su capacidad para presentar una imagen pública sublime en el momento preciso.

En medio de la sucesión vertiginosa de los acontecimientos, las señales contradictorias sobre el rumbo de la revolución desconcertaban a los observadores y mantenían a los cubanos en un estado de agitación constante. Washington se había mostrado conciliador al reconocer rápidamente al nuevo régimen. Su segundo gesto diplomático de apaciguamiento fue la renuncia del embajador Earl Smith, contaminado por sus vínculos con Batista, quien nombró un encargado de negocios y abandonó el país.

La composición del nuevo régimen difícilmente podía disgustar al gobierno de Eisenhower. Los integrantes del gabinete de Urrutia, tanto los veteranos como los bisoños, eran casi todos políticos «fiables», hombres de la clase media acomodada, anticomunistas con vínculos empresariales; entre ellos se contaban varios antiguos rivales de Fidel. Al confiarles puestos de autoridad aparente en el nuevo gobierno, Fidel había tranquilizado rápidamente a la conservadora comunidad política y empresarial, y captado a varios sectores potenciales de oposición.

La mayor sorpresa fue la designación del doctor José Miró Cardona, prominente abogado y secretario del Frente Cívico de Oposición, como primer ministro. «La designación de Miró Cardona cayó como una bomba —escribió Carlos Franqui tiempo después—. Era presidente del Colegio de Abogados de La Habana, representante de grandes empresas capitalistas y uno de los políticos más pronorteamericanos de Cuba. Años antes había defendido al mayor ladrón entre los presidentes cubanos, en el célebre caso de Grau San Martín, que había robado 84 millones de pesos. Había defendido al capitán Casillas, asesino del líder de los trabajadores azucareros negros, Jesús Menéndez. Nosotros no entendimos la elección de Fidel, pero sí lo hicieron aquellos que Fidel quería que comprendieran. En realidad fue una jugada inteligente que confundió a los norteamericanos, la policía y los políticos».

Tras denunciar el infortunado Pacto de Miami, el temible Felipe Pazos fue designado presidente del Banco Nacional; Justo Carrillo ocupó la presidencia del

Banco de Desarrollo y el economista Regino Boti volvió de Estados Unidos con su título de Harvard para ocupar el Ministerio de Economía. Rufo López Fresquet, economista y analista del influyente rotativo conservador *Diario de la Marina*, recibió la cartera de Hacienda, y el político ortodoxo Roberto Agramonte la de Relaciones Exteriores.

Otros miembros del gabinete como Faustino Pérez, titular del flamante Ministerio para la Recuperación de Propiedad Adquirida Ilegalmente, pertenecían al ala derecha del 26 de Julio. Armando Hart recibió la cartera de Educación y Enrique Oltuski («Sierra»), pesadilla del Che durante la guerra, la de Comunicaciones. El periodista Luis Orlando Rodríguez, viejo amigo de Fidel que había ayudado a instalar Radio Rebelde y publicar *El Cubano Libre*, fue designado ministro del Interior. Otro puesto nuevo, el de ministro de Leyes Revolucionarias, fue encomendado a Osvaldo Dorticós Torrado, abogado de Cienfuegos que tenía vínculos discretos con el PSP. Su designación pareció inocua en ese momento, pero Dorticós Torrado desempeñaría un papel clave en los planes futuros de Fidel.

El gabinete se puso a trabajar en sesiones maratonianas para reformar la constitución, reconstruir la infraestructura destrozada y sanear la corrupta sociedad cubana; encabezaba la lista de prioridades de Urrutia un proyecto para prohibir el juego y la prostitución. Los nuevos ministros se apresuraron a poner sus propias casas en orden, despidiendo a los empleados que recibían prebendas secretas, llamadas *botellas*, del régimen de Batista. Los primeros decretos fueron de la misma naturaleza «purgante»: se prohibió temporalmente la actividad de los partidos políticos a la vez que se confiscaron las propiedades tanto de Batista como de sus ministros y de todos los políticos que habían participado en las dos últimas elecciones.

Al mismo tiempo, Fidel empezó a hablar ante grandes multitudes, una práctica hábil que bautizó como «democracia directa». Eran referéndum espontáneos semejantes a su primer discurso en Campo Columbia, en los que sondeaba a la multitud. Aprovechando su autoridad popular de indiscutido hombre fuerte de la revolución, utilizaba esas tribunas para poner a prueba, moldear y excitar el estado de ánimo público y, en última instancia, para presionar al gobierno. Repetía una y otra vez que las autoridades debían obedecer «la voluntad del pueblo» porque la revolución había sido librada «por el pueblo».

Fidel también inició la reforma del ejército, su verdadera base de poder. Pasó el rastrillo por las «viejas» fuerzas militares y policiales, y suspendió o expulsó a los oficiales. Nombró al coronel Ramón Barquín director de las academias militares y al mayor Quevedo, uno de varios oficiales de carrera que se habían pasado al bando rebelde después de la frustrada ofensiva del verano, jefe

de logística militar. Otros oficiales se fueron al «dorado exilio» como agregados militares en el exterior. La nueva élite militar estaba integrada por rebeldes leales. Camilo, gobernador militar de la provincia de La Habana, fue designado jefe de estado mayor del ejército. Augusto Martínez Sánchez, abogado que había servido de auditor en el Segundo Frente de Raúl, recibió la cartera de Defensa. Efigenio Ameijeras, jefe de la fuerza de choque Mau-Mau, la unidad de élite de Raúl, fue designado jefe de policía. El piloto Pedro Díaz Lanz, comandante de la fuerza aérea rebelde durante los últimos meses, recibió ese título de manera oficial. Acaso la medida más elocuente fue la designación de hombres leales del 26 de Julio como gobernadores militares en todas las provincias cubanas.

En poco tiempo se hizo evidente que la verdadera sede del poder revolucionario no estaba en el barroco palacio presidencial de La Habana Vieja, sino dondequiera que se encontrara Fidel; y Fidel parecía estar en todas partes. Su base era una *suite* en el piso veintitrés del nuevo Havana Hilton, en el barrio céntrico de El Vedado, pero también dormía y trabajaba en el vecino apartamento de Celia Sánchez y en una villa en la aldea pesquera de Cojímar, unos treinta minutos al este de la capital. Fue en esa villa, más que en el palacio presidencial, donde se gestaría el futuro de Cuba. Allí, durante los meses siguientes, Fidel se reuniría todas las noches con sus camaradas de mayor confianza y los dirigentes del Partido Comunista con el fin de forjar una alianza secreta del PSP con el Movimiento 26 de Julio para conformar un partido revolucionario único. Fidel, el Che, Raúl, Ramiro y Camilo representaban a los guerrilleros; Carlos Rafael Rodríguez, Aníbal Escalante y Blas Roca, secretario general del PSP, negociaban en nombre de los comunistas.

IV

A primera vista, el Che y Raúl habían quedado excluidos de los mejores cargos. Éste era gobernador militar de Oriente, aquél tenía el título insignificante de «comandante de La Cabaña». Pero los títulos oficiales eran engañosos. Mientras Fidel se dedicaba a crearle una fachada moderada a la revolución —rechazando con indignación cualquier acusación de «influencia comunista»— con la esperanza de evitar un enfrentamiento prematuro con Estados Unidos, Raúl y el Che se dedicaban en secreto a cimentar los vínculos con el PSP y consolidar la base de poder del líder en las fuerzas armadas.

El Che mantenía un ritmo de actividad febril. El 13 de enero inauguró la Academia Militar-Cultural en La Cabaña para «elevar el nivel cultural del ejército». Además de enseñar las primeras letras, la academia debía inculcar «conciencia política» en la tropa. Se dictaban cursos de educación cívica, historia, geografía y economía cubanas, «las características económicas y sociales de las repúblicas latinoamericanas» y actualidad política. También trataba de reformar a los soldados. Prohibió las peleas de gallos, que se habían hecho populares entre la tropa. En su lugar organizó clases de ajedrez, un equipo ecuestre, certámenes deportivos y dispuso que se realizaran exposiciones de arte, conciertos y representaciones teatrales. Todas las noches se proyectaban películas en los diversos cines de la fortaleza. Fundó el periódico del regimiento *La Cabaña Libre* y poco después colaboró con el lanzamiento de *Verde Olivo*, un periódico para las Fuerzas Armadas Revolucionarias.

En medio de tanta actividad, el Che discretamente designó a hombres del PSP para supervisar la escuela. Armando Acosta, su comisario en el Escambray, ya se encontraba cerca, comandando la pequeña fortaleza de La Punta al otro lado del puerto de La Cabaña, y poco después el Che lo designó administrador de la academia.

A fines de enero, el Che ya poseía otro título —jefe del Departamento de Entrenamiento de las Fuerzas Armadas Revolucionarias—, pero éste tampoco indicaba la verdadera gama de sus actividades. Por orden de Fidel, se reunía secretamente con Raúl —quien viajaba constantemente entre La Habana y su puesto en Santiago—, Camilo, Ramiro Valdés y Víctor Pina del PSP para crear un nuevo aparato de seguridad e inteligencia del Estado. El organismo resultante, llamado Seguridad del Estado o G-2, quedó en las manos capaces de Ramiro

Valdés, el lugarteniente del Che durante la guerra. Osvaldo Sánchez, miembro del Buró Político y jefe del Comité Militar del PSP, fue designado segundo jefe del organismo.

Mientras tanto, los exiliados cubanos regresaban de todos los países del hemisferio. El gobierno envió un avión a Buenos Aires para traer a todos los exiliados que residían allí e invitaron a la familia Guevara. Los padres del Che, su hermana Celia con su esposo Luis Argañaraz y Juan Martín, un adolescente de catorce años, aceptaron la invitación. (Roberto y Ana María no pudieron hacerlo debido a sus obligaciones laborales y familiares; pasarían otros dos años y medio antes de que pudieran reunirse con su famoso hermano.) Cuando llegaron a La Habana, el 9 de enero, un muy emocionado Guevara Lynch besó la pista del aeropuerto capitalino de Rancho Boyeros. «Inmediatamente nos rodearon unos cuantos soldados barbudos, con sus uniformes bastante sucios y armados con fusiles o ametralladoras —escribió—. Vinieron los saludos de rigor y, apresurados, nos dirigimos al interior del aeropuerto, en donde nos esperaba Ernesto. Tengo entendido que quisieron darle una sorpresa y sólo supo de nuestra llegada minutos antes. Mi mujer corrió a sus brazos y no pudo contener el llanto. Un montón de fotógrafos y cámaras de televisión registraron la escena. Poco después abrazaba a mi hijo. Hacía seis años que no lo veía».

En una de las fotografías tomadas aquel día, el Che aparece con uniforme de combate y boina, con su barba rala, flanqueado por sus padres en medio de una multitud de curiosos. A sus espaldas asoma el cañón de una metralleta. Es verdaderamente memorable la expresión de orgullo intenso y apasionado en las caras de Celia y el Che. A un lado, como un curioso más, vestido de traje, su padre esboza una sonrisa perpleja.

Los Guevara, huéspedes de la revolución, ocuparon una *suite* del Havana Hilton, unos pisos más abajo de la de Fidel. Como sede *de facto* del gobierno, en el lujoso vestíbulo del hotel reinaba un alboroto de guerrilleros desaliñados con sus armas, periodistas inquisitivos, buscadores de prebendas y turistas norteamericanos de aire desconcertado cuyas vacaciones se habían visto interrumpidas por la revolución. Cuando por fin estuvieron a solas con su hijo, Guevara Lynch sacó varias botellas de vino argentino de la marca preferida de Ernesto.

«Se le iluminaron los ojos al ver aquellas botellas… Su vista trajo seguramente a su memoria gratos recuerdos de otros tiempos felices, cuando toda la familia vivía junta en Buenos Aires». Mientras brindaban, Guevara Lynch observó a su hijo y creyó ver «… en su aspecto físico, en su expresión, en su alegría… aquel mismo muchacho que partió de Buenos Aires en una fría tarde de

julio hacía más de seis años».

Esta descripción es en buena medida una expresión de sus ilusiones. Su hijo Ernesto se había convertido en «el Che», el hombre que quería ser. Y aunque «Ernesto» estaba encantado de ver a su familia, en verdad su llegada no podía ser menos oportuna. Mientras ellos se instalaban en el Hilton, tuvo que volver deprisa a La Cabaña, donde lo aguardaban los juicios revolucionarios que él mismo presidía.

Durante el mes de enero una de las tareas de los revolucionarios fue la de apresar a presuntos criminales de guerra y conducirlos a La Cabaña. En general no eran los principales esbirros del antiguo régimen, pues éstos habían logrado escapar (antes de que los rebeldes tomaran la ciudad y detuvieran la salida de aviones y barcos al exterior) o permanecían encerrados en las embajadas. Casi todos eran agentes, chivatos y torturadores policiales. Con todo, el Che, fiscal supremo, realizaba la tarea con singular dedicación; todas las noches resonaban las descargas de los pelotones de fusilamiento entre los antiguos muros de la fortaleza.

«Había más de un millar de prisioneros de guerra —dijo Miguel Ángel Duque de Estrada, designado por el Che titular de la Comisión de Depuración—. Constantemente llegaban más, y muchos no tenían expediente. De algunos ni siquiera conocíamos los nombres. Pero teníamos una tarea que cumplir, que era sanear el ejército vencido. El Che siempre había tenido claro la necesidad de sanear el ejército e imponer justicia a los criminales de guerra convictos».

Los juicios comenzaban a las ocho o nueve de la noche y generalmente se llegaba a un veredicto a las dos o tres de la mañana. Duque de Estrada, encargado de reunir pruebas, tomar declaraciones e instruir los juicios, ocupaba el estrado junto al Che, el fiscal supremo, quien tomaba la decisión final sobre la suerte de aquellos hombres.

«El Che consultaba conmigo —dijo Duque—, pero estaba al mando y como comandante militar tenía la última palabra. Estuvimos de acuerdo en casi el cien por ciento de las decisiones. En unos cien días llevamos a cabo unas cincuenta y cinco ejecuciones por fusilamiento, y recibimos muchas críticas por eso, pero dábamos a cada caso la debida y justa consideración y nunca tomábamos decisiones a la ligera».

A Orlando Borrego, un contable de veintiún años, el Che le encomendó —además de su nuevo puesto como administrador financiero de La Cabaña— la presidencia de un tribunal.

«Era difícil porque nosotros no teníamos una formación, digamos, jurídica —recordó Borrego—. Ahí lo que primaba era el sentido de la moral, uno de la moral revolucionaria y otro de la justicia, de que no se fuera a cometer ninguna injusticia. En eso el Che era sumamente cuidadoso… Por golpear a un preso y eso, no se fusilaba a nadie, pero ya cuando había torturas muy fuertes y asesinatos y muertes, ya ahí sí eran condenados a muerte… Ahí se analizaba todo el expediente, se veían todos los testigos, venían los familiares del muerto o del torturado, o venía el torturado, y en el tribunal revelaba todas las torturas que había recibido, mostraba su cuerpo».

Cada noche el Che revisaba los casos con sus jueces, pero al explicar su función en los juicios a ciertos periodistas hostiles de la televisión cubana, dijo que jamás asistía a los juicios ni recibía a los acusados. Al contrario, examinaba sus casos exclusivamente sobre la base de las pruebas para emitir dictámenes fríos e imparciales. Según Borrego, el Che escogía a jueces y fiscales con gran cuidado; por ejemplo, a los rebeldes que habían padecido torturas no se les permitía juzgar a sus antiguos verdugos. «Había que elaborar con mucho cuidado la estrategia del juicio, porque a veces había fiscales que eran un poco de extrema izquierda… y había que moderar a algunos fiscales que siempre pedían la pena de muerte».

Con respecto a las ejecuciones en sí, el Che evidentemente había superado sus reservas sobre el voluntario norteamericano Herman Marks, a quien había despedido en Camagüey, porque reapareció en La Cabaña y participó activamente en los pelotones de fusilamiento.[62]

Durante los meses siguientes, varios cientos de personas fueron juzgadas y fusiladas en todo el país. La mayoría fue sentenciada en las condiciones que describe Borrego: en procesos sumarios pero legítimos, con abogados defensores, testigos, fiscales y público. En escala menor, hubo algunas ejecuciones arbitrarias. La más tristemente célebre de éstas sucedió poco después de la toma de Santiago, cuando Raúl Castro presidió el juicio sumarísimo y la ejecución de más de setenta soldados capturados. Hizo abrir una fosa con una excavadora, alineó a los condenados frente a ella y los hizo fusilar con ametralladoras. La acción cimentó la reputación de Raúl como hombre despiadado y afecto a la violencia, que los años no han atenuado.

Pero en verdad, había escasa oposición pública declarada a la oleada de ajusticiamientos revolucionarios de la época. Por el contrario, los matones de Batista habían cometido crímenes atroces, en la opinión pública imperaba un espíritu de linchamiento, y los medios se complacían en relatar los juicios y fusilamientos de los condenados a la vez que recordaban los detalles más sórdidos de sus crímenes. Entre las crónicas sobre los sobornos y la corrupción de la era

batistiana, los diarios cubanos publicaban morbosas revelaciones y fotografías horrendas de las atrocidades cometidas por los «esbirros» del dictador. *Bohemia* llegaba a extremos obscenos en su entusiasmo, con entrevistas sarcásticas a los sospechosos que aguardaban su juicio; asistía a las ejecuciones con sus cámaras y publicaba las fotografías con epígrafes moralizadores.

En su edición del 8 de febrero publicó una entrevista con un expropagandista radiofónico de la dictadura bajo el título «Atrapan a una rata de la tiranía». El siguiente texto apareció debajo de la fotografía:

Ésta es la efigie de uno de los esbirros más infames de la dictadura, Otto Meruelo, la sola mención de cuyo nombre mancha la atmósfera nacional, uno de los voceros más repugnantes del batistato… La integridad física de Meruelo —que nunca poseyó integridad moral— está intacta. ¿Qué hará la Revolución «al respecto»? La pregunta está en boca de todos los cubanos.

Meruelo fue condenado a treinta años de prisión. La misma edición de *Bohemia* relata bajo el título «Los hermanos malditos» el juicio de dos pistoleros del Tigre Rolando Masferrer, los hermanos Nicolardes Rojas, autores de varios asesinatos en Manzanillo. El autor transcribe el pasaje culminante del juicio:

El fiscal, doctor Fernando Aragoneses Cruz: «¿Merecen los hermanos Nicolardes la libertad?»

«¡Noooo!», fue el grito atronador de la gran multitud.

«¿Merecen la prisión con la esperanza de que algún día puedan ser útiles a la sociedad?»

«¡Noooo!»

«¿Deben ser fusilados, como castigo ejemplar para todas las generaciones futuras?»

«¡Siiií!»

El fiscal… contempló la multitud enfurecida. Y frente a su opinión unánime, se expresó serenamente, mientras dirigía una mirada que era en parte de cólera y en parte de lástima a aquellos condenados por el Pueblo.

«Ésta es, damas y caballeros, la petición de la ciudadanía, a quien represento en esta sesión».

Los hermanos Nicolardes fueron sacados inmediatamente de la sala y fusilados.

La crónica de *Bohemia* parece una descripción bastante precisa de la atmósfera reinante en los tribunales revolucionarios de Cuba. Según Orlando Borrego, con frecuencia sentía una gran presión de los civiles presentes para mostrarse severo en sus veredictos. «Se consideraba que se estaba siendo demasiado benigno… A veces uno pedía diez años y la gente quería que fueran veinte». La tarea de Borrego era doblemente penosa debido a las críticas crecientes del extranjero: legisladores norteamericanos calificaban los juicios de baños de sangre. Indignado por las acusaciones, a fines de enero Fidel resolvió que el mayor Sosa Blanca y otros oficiales de alta graduación acusados de varios asesinatos y torturas fueran juzgados en el estadio deportivo de La Habana en presencia de gran cantidad de público. Pero el gambito resultó contraproducente ya que los periodistas extranjeros se sintieron asqueados por los abucheos y los clamores de sangre de las multitudes histéricas. Herbert Matthews, que simpatizaba con la revolución, trató de analizar los juicios desde el «punto de vista cubano» en un editorial que el jefe de la página de opinión del *New York Times* se negó a publicar.

El Che siguió adelante sin dejarse arredrar. Advirtió a sus jueces que debían evaluar escrupulosamente las pruebas de cada caso a fin de no dar argumentos a los enemigos de Cuba, pero que la consolidación de la revolución exigía que continuaran los juicios. No se cansaba de repetir a sus camaradas cubanos que el guatemalteco Arbenz había caído por no purgar a sus fuerzas armadas de elementos desleales, error que había permitido a la CIA infiltrarse en ellas y derrocar el régimen. Cuba no podía darse el lujo de repetir el error.

Las memorias de Guevara Lynch soslayan el papel destacado que cumplió el Che en los tribunales, pero en cambio aluden al golpe que sufrió al ver a su hijo transformado en un hombre tan severo. Según su relato, una noche decidió visitarlo en La Cabaña. El Che no se encontraba allí, de manera que decidió esperarlo. Poco después vio que un *jeep* se detenía frente a la entrada y un hombre bajaba de un salto. Era el Che. «Enfrentándose con un muchachón armado que estaba de guardia, le sacó el fusil y con voz seca y firme lo mandó arrestar. Yo veía la desesperación en la cara del muchacho y le pregunté [al Che] por qué lo arrestaba. Me contestó: "Viejo, aquí nadie puede dormir en la guardia, porque dormirse significa poner en peligro toda la guarnición."»

Hasta ese momento, escribió Guevara Lynch, había pensado que su hijo todavía era «aquel muchacho que se despidió de nosotros en el año 1953 en Buenos Aires». Entonces comprendió su error y empezó a verlo bajo una nueva luz.

Otro día, Guevara Lynch le preguntó qué pensaba hacer con «su medicina». El Che contestó sonriendo que, ya que tenían el mismo nombre, podía colgar una chapa de médico «y comenzar a matar gente sin ningún peligro». El Che rió de su propio chiste, pero el padre insistió hasta recibir una respuesta seria: «De mi medicina puedo decirte que hace rato que la he abandonado. Ahora soy un combatiente que está trabajando en el apuntalamiento de un gobierno. ¿Qué va a ser de mí? Yo mismo no sé en qué tierra dejaré los huesos».

Desconcertado, Guevara Lynch no comprendió el significado de esa observación sino mucho después. «Me costaba reconocer en él al Ernesto de mi casa, al Ernesto cotidiano. Parecía flotar sobre su figura una tremenda responsabilidad… Ernesto, a su llegada a La Habana, ya conocía el fin de su destino. Tenía conciencia de su personalidad y se estaba transformando en un hombre cuya fe en el triunfo de sus ideales llegaba al misticismo».

Los viejos amigos y conocidos del Che se mostraban tan perplejos como su padre. Al principio estaban emocionados por sus hazañas en la guerra de guerrillas, pero el entusiasmo se convirtió en horror cuando llegaron las noticias sobre su papel en las ejecuciones sumarias. No comprendían cómo su amigo se había transformado en un ser implacable.

Tatiana Quiroga y Jimmy Roca, el primo de Chichina que había compartido un cuarto con el Che en Miami, se habían casado y vivían en Los Ángeles. A principios de enero le enviaron un telegrama para felicitarlo por la victoria de la revolución. «Mandé un telegrama a La Cabaña y me costó cinco dólares —dijo Tatiana—. Lo recuerdo porque para un estudiante era mucho dinero, pero gasté los cinco dólares para felicitarlo. Entonces vinieron las muertes en La Cabaña, y le digo que nunca me había sentido tan mal como por haber gastado cinco dólares en ese telegrama. Me quería morir».

El doctor David Mitrani, su antiguo colega en el Hospital General de México, sintió el mismo asco, y se lo dijo al visitar La Habana dieciocho meses después por invitación del Che. La respuesta de éste fue tan franca como decepcionante: «Mira, en este problema si no matas primero te matan a ti».

V

«Necesarios» o no, los tribunales revolucionarios fueron un factor importante en el enrarecimiento del clima político entre La Habana y Washington. Fidel dijo con indignación que el país que había bombardeado Hiroshima no tenía el derecho de acusarlo de perpetrar un baño de sangre. ¿Por qué sus críticos no habían elevado la voz cuando los asesinos de Batista cometían esos crímenes atroces por los cuales se los juzgaba? Semejantes críticas, dijo, equivalían a una intromisión, y advirtió que si los gringos invadían Cuba, lo pagarían con «doscientos mil norteamericanos muertos». A continuación, frente a los rumores que circulaban acerca de un atentado contra su vida, dijo que la revolución sobreviviría a su muerte: detrás de él vendrían otros camaradas dispuestos a tomar el mando, hombres «más extremistas» que él. Si alguien tenía dudas sobre el sujeto al que aludía, Fidel las aclaró inmediatamente al anunciar que había escogido a su hermano Raúl como su «sucesor». El anuncio, efectuado inmediatamente después de las ejecuciones masivas de Raúl en Santiago, tenía un matiz siniestro. En verdad, aunque sólo fue designado «ministro de las Fuerzas Armadas Revolucionarias» en octubre de 1959, Raúl ya era en los hechos el jefe de estado mayor militar. ¿Y cuál era la posición del Che? La embajada estadounidense estudiaba cuidadosamente sus discursos y actividades con alarma creciente.

El 27 de enero el Che disertó ante un foro auspiciado por el PSP acerca de las Proyecciones Sociales del Ejército Rebelde. En ese discurso dejó poco lugar a dudas acerca de su posición, e insinuó que los objetivos radicales de la revolución trascendían todo lo reconocido por Fidel hasta entonces. Para los que aprehendieron su significado, fue el discurso más importante pronunciado hasta entonces por cualquiera de los dirigentes revolucionarios, incluido el mismo Fidel, desde la conquista del poder. En pocas palabras, el Che esbozaba el futuro.

En primer lugar, dijo, los rebeldes ya habían alcanzado una de sus «proyecciones» («una democracia armada»), pero faltaba mucho por hacer. El decreto de reforma agraria emitido dos meses antes en la Sierra Maestra no bastaba para arreglar los males de Cuba. La auténtica reforma agraria era una deuda que tenía la revolución con los campesinos, cuyas espaldas habían soportado el peso de la guerra. La constitución cubana de 1940 contemplaba una reforma estructural del sistema de tenencia de la tierra, y la revolución debía dejar su ejecución en manos del «pueblo».

«Será la obra de las masas campesinas organizadas imponer la ley que proscribe el latifundio». Más aún, se debía anular el requisito constitucional de indemnizar previamente a los dueños de las tierras expropiadas. «Si la Reforma Agraria se acomete de acuerdo con este precepto quizá sea un poco lenta y onerosa», lo cual sería un obstáculo a los fines de una reforma «verdadera y amplia». Por otra parte, Cuba necesitaba crear una economía interna fuerte y liberarse de la economía basada en la exportación de azúcar mediante un proceso de industrialización rápida; sólo así se liberaría de la dominación capitalista norteamericana. «Tenemos que incrementar la industrialización del país, sin ignorar los muchos problemas que su proceso lleva aparejado. Pero una política de fomento industrial exige ciertas medidas arancelarias que protejan la industria naciente y un mercado interno capaz de absorber las nuevas mercaderías. Ese mercado no lo podemos aumentar más que dando acceso a las grandes masas campesinas, los guajiros que no tienen poder adquisitivo pero sí tienen necesidades que cubrir y que no pueden comprar hoy».

Advirtió que la propuesta no agradaría a Estados Unidos. «Debemos esperar la reacción contra ellos de parte de quien domina en más del 75 por ciento nuestro intercambio comercial y nuestro mercado. Frente a este peligro tenemos que prepararnos con la aplicación de contramedidas, entre las que se destaca el Arancel y la multiplicación de los mercados exteriores». Para industrializarse, Cuba debía recuperar sus recursos naturales, entregados a los «consorcios extranjeros por la acción de la dictadura de Batista». La riqueza mineral y la electricidad de la nación debían volver a manos cubanas, y se debía nacionalizar la empresa telefónica, subsidiaria de la ITT.

«¿Con qué resortes contamos para que un programa como el expuesto se lleve a cabo? Tenemos el Ejército Rebelde y éste debe ser nuestro primer instrumento de lucha, el arma más positiva y más vigorosa, y destruir todo lo que queda del ejército del batistato. Y entiéndase bien que esta liquidación no se hace por venganza ni sólo por espíritu de justicia, sino por la necesidad de asegurar que todas esas conquistas del pueblo puedan lograrse en el plazo más mínimo… La recuperación nacional tiene que destruir muchos privilegios y por eso tenemos que estar apercibidos para defender la nación de sus enemigos declarados o embozados».

Sobre los rumores de una revolución gestada en la República Dominicana de Trujillo, el Che evocó nuevamente el espectro amenazador de Estados Unidos. «Sabemos que si somos atacados por una pequeña isla [la República Dominicana], lo seríamos con el apoyo de una potencia que es casi un continente; tendríamos que soportar en nuestro suelo una agresión de proporción inmensa. Y por esta razón debemos prevenirnos y preparar nuestra avanzada con un espíritu y una

estrategia guerrilleros… Todo el pueblo cubano deberá convertirse en un ejército guerrillero, pues el Ejército Rebelde es un cuerpo en crecimiento cuya capacidad sólo está limitada por el número de seis millones de cubanos de la república. Cada cubano ha de aprender a manejar las armas y cuándo deberá usarlas en su defensa».

En el tramo más dramático del discurso, el Che reveló su visión elaborada de una revolución continental, que no sólo confrontaba la teoría comunista convencional de la lucha de clases conducida por un partido sino que planteaba la perspectiva del enfrentamiento violento en todo el hemisferio. «El ejemplo que nuestra Revolución ha significado para América Latina y las enseñanzas que implican haber destruido todas las teorías de salón: hemos demostrado que un grupo de hombres decididos apoyados por el pueblo y sin miedo a morir si fuera necesario puede llegar a imponerse a un ejército regular disciplinado y derrotarlo definitivamente. Ésa es la enseñanza fundamental. Hay otra que deben de recoger nuestros hermanos de América, situados económicamente en la misma categoría agraria que nosotros y es que hay que hacer revoluciones agrarias, luchar en los campos, en las montañas y de aquí llevar la revolución a las ciudades… Nuestro futuro está ligado íntimamente al de todos los países subdesarrollados de la América Latina. La Revolución no está limitada a la nación cubana pues ha tocado la consciencia de América y ha alertado gravemente a los enemigos de nuestros pueblos… La Revolución ha puesto en capilla a los tiranos latinoamericanos, porque éstos son enemigos de los regímenes populares igual que las empresas monopolistas extranjeras…»

La revolución tenía enemigos, pero también amigos, ya que había «provocado entusiasmo en todos los países latinoamericanos y oprimidos». En conclusión convocó a la «unión espiritual de todos nuestros países, una unión que vaya más allá de la palabrería y de la convivencia burocrática y se traduzca en la ayuda efectiva a nuestros hermanos brindándoles nuestra experiencia… Hoy todo el pueblo de Cuba está en pie de lucha y debe seguir así para que la victoria contra la dictadura no sea transitoria y sea éste el primer paso de la victoria de América».

Este discurso era nada menos que un canto de sirena a los aspirantes a revolucionarios en el hemisferio y una declaración de guerra implícita contra los intereses de Estados Unidos.

VI

El 2 de febrero, el encargado de negocios de Estados Unidos en La Habana, Daniel Braddock, envió un telegrama secreto al Departamento de Estado, la CIA, el ejército, la marina, la fuerza aérea y las embajadas estadounidenses en Ciudad Trujillo (República Dominicana) y Managua (Nicaragua). Su título era «Cuba como base de operaciones revolucionarias contra otros gobiernos latinoamericanos».

Varios dirigentes del movimiento revolucionario triunfante en Cuba consideran que ahora se deben emprender esfuerzos para «liberar» al pueblo de varias naciones latinoamericanas de sus gobiernos «dictatoriales». Si bien se considera generalmente a Ernesto «Che» GUEVARA Serna la fuerza principal que impulsa esas ideas, y en efecto, las planifica activamente, dista de ser el único. Se dice que Fidel CASTRO ha realizado observaciones similares, en particular durante su visita reciente a Venezuela.[63]

En este caso, el análisis de la inteligencia norteamericana era acertado. Con apoyo de Fidel, el Che había convocado a presuntos revolucionarios de todo el hemisferio en busca de respaldo cubano para sus propias expediciones armadas del tipo del *Granma*. Uno era el nicaragüense Rodolfo Romero, quien había enseñado al Che a usar un arma automática durante la invasión de Castillo Armas a Guatemala. Cuatro años y medio después, se invertían los papeles. Después del desastre guatemalteco, Romero había regresado a Nicaragua para convertirse en asesor del intelectual marxista Carlos Fonseca, dirigente estudiantil antisomocista cuyo grupo apoyaba la causa revolucionaria cubana por medio de discursos y actos de homenaje. El Che ofrecía ayuda a los nicaragüenses para organizar un ejército guerrillero y un partido revolucionario que lo condujera. Pero los revolucionarios nicaragüenses no eran los únicos que recibían aliento, según el telegrama de Braddock:

Los países mencionados con mayor frecuencia [como candidatos a invasiones con respaldo cubano] son la República Dominicana, Nicaragua, Paraguay y Haití. Paraguay parece demasiado distante para una intromisión cubana directa, pero hay muchas conversaciones y planes preliminares en curso relacionados con los otros tres países. Varios exiliados dominicanos están en Cuba, entre ellos el «general» Miguel Ángel RAMÍREZ. Aparentemente, los dirigentes revolucionarios, a diferencia de los funcionarios del gobierno provisional, creen que tienen una tarea inconclusa con respecto a la República Dominicana: la frustrada expedición a Cayo Confites de 1947 en la que participaron varios dirigentes revolucionarios, entre ellos Fidel Castro.

Luis DEJOIE se encuentra en La Habana, donde espera organizar y obtener apoyo para un movimiento que derroque el gobierno «fraudulento» de DUVALIER [en Haití]. Lo ayuda Pierre ARMAND, que se hacía llamar «presidente

del Frente Revolucionario Haitiano en La Habana». Parece que los planes haitianos interesan a los revolucionarios cubanos principalmente como medio para obtener una base desde la cual podrían atacar a TRUJILLO. Apoyarían a Dejoie a cambio de que les permitiera montar una expedición contra Trujillo en Haití.

Aquí se encuentran varios exiliados nicaragüenses, entre ellos Manuel GÓMEZ Flores. La embajada supo hoy de una fuente bastante fiable que el grupo nicaragüense piensa que serán los primeros en atacar. El informe nombra concretamente a Guevara como participante activo en la planificación y en el entrenamiento de algunos de los participantes. Se indicó que esperan poder lanzar una invasión dentro de dos meses.

Braddock concluyó su telegrama con un vaticinio notablemente acertado. «La planificación de estas diversas aventuras parece preliminar y escasamente realista en esta etapa, y los grupos aparentemente están desunidos. Pero dados la formación de muchos de los principales dirigentes revolucionarios cubanos y el apoyo que recibió su movimiento en el exterior, cabe esperar que Cuba se convierta en un centro de conspiraciones y actividades revolucionarias durante un cierto tiempo, lo que causará preocupación y dificultades a varios gobiernos, incluido el nuestro».

Para los hombres del Che en La Cabaña no era un secreto que éste se reunía con revolucionarios de otros países, y los rumores de conspiraciones como los detectados por la embajada estadounidense circulaban por toda la isla. Escolares tan jóvenes que no podían haber participado en la lucha contra Batista escribían al Che para pedir que los enviara a luchar contra el dictador Rafael Trujillo. El 5 de febrero, el Che envió cartas para desalentar amablemente a tres jóvenes que ofrecían sus servicios.

A Juan Hehong Quintana, de Cárdenas, escribió: «Agradezco su gesto. Siempre es bueno que la juventud esté dispuesta a sacrificarse por causas tan nobles como dar la libertad a Santo Domingo, pero estimo que en este momento nuestro puesto de lucha está aquí, en Cuba, donde hay enormes dificultades que vencer. Dedíquese por ahora a trabajar entusiásticamente por nuestra Revolución, que será la mayor ayuda que podamos ofrecer al pueblo dominicano, es decir, el ejemplo de nuestro triunfo completo».

A pesar de las cartas destinadas a desalentar a los jóvenes, el Che ponía los cimientos de una agencia secreta dentro del aparato de Seguridad del Estado de Ramiro Valdés; esta unidad clandestina (que con el tiempo se llamaría «Departamento de la Liberación» dentro del DGI, Directorio General de Inteligencia), encabezaría la organización, el entrenamiento y la ayuda a las

empresas guerrilleras en el exterior. Manuel Piñeiro Losada, un exasesor de Raúl en el Segundo Frente y futuro jefe de la agencia, dijo que las «primeras expediciones guerrilleras auspiciadas por Cuba eran "muy artesanales"», y en el caso de Nicaragua y Guatemala resultaron de las «relaciones personales» del Che en Centroamérica y México. Según Piñeiro, a principios de 1959 no existía una «política estructurada» del gobierno cubano con respecto a esas misiones. Pero eso cambiaría rápidamente. En 1959, Osvaldo de Cárdenas, estudiante secundario mulato de Matanzas, tenía apenas dieciséis años, pero al año siguiente Piñeiro lo reclutó como agente de inteligencia especializado en la ayuda a las guerrillas extranjeras. Cárdenas recordó lo que pensaban él y sus jóvenes camaradas en los primeros meses de la Revolución Cubana.

«Estábamos convencidos muchos de que el destino de Cuba era impulsar la revolución…, los cambios en América Latina, que la Revolución Cubana no era nada más que un comienzo de un proceso, y que además iba a ser muy rápido…, todo el mundo aquí quería ir para una guerrilla en alguna parte. Hubo planes para irse para Paraguay, todavía no sé cómo íbamos a llegar a Paraguay, planes para ir a Paraguay y tumbar a Stroessner. Hubo planes para pelear contra Trujillo y algunos se fueron, unos con autorización y otros sin ella. Hubo planes para derrocar a Somoza. Sí, cuanto tirano, cuanto dictador había en América Latina, era ya automáticamente nuestro enemigo».

La fiebre liberacionista contagió incluso a Orlando Borrego, el joven y esforzado protegido del Che. En febrero o marzo de 1959 corrió el rumor entre los oficiales de La Cabaña de que se organizaba una fuerza expedicionaria de revolucionarios cubanos para apoyar las nacientes guerrillas nicaragüenses.

«Varios de nosotros tratamos de enrolarnos para irnos hacia Nicaragua. Y había un oficial de la tropa nuestra que parece que era el centro de la organización de eso, pero eso era, como se decía, "por la libre", no estaba autorizado por el Che, ni estaba orientado… y entonces sí recuerdo que el Che llamó a ese grupo y los amonestó seriamente, porque estaban haciendo ese movimiento de recopilar armas e irnos sin autorización, y aquello se paralizó».

Así era, pero el secreto que rodeaba las operaciones guerrilleras más serias era más estricto que el del plan al que había querido unirse Borrego. A fines de febrero, tras una primera reunión más bien frustrante con un grupo de izquierdistas del Partido Socialista Nicaragüense (PSN), el Che mandó llamar a La Habana a su antiguo conocido Rodolfo Romero. En su encuentro, el Che le pidió a Romero un informe sobre la situación nicaragüense y preguntó qué se podía hacer para socavar el régimen de Somoza. Romero explicó que el PSN estaba políticamente «postrado» y que había un solo camino, «el camino de Cuba». El Che

reveló que ya estaban entrenando una «columna» guerrillera nicaragüense en la isla bajo el mando de un exoficial de la Guardia Nacional somocista llamado Rafael Somarriba, e invitó a Romero a unirse a ella.

Éste lo hizo y participó en la expedición que partió en junio hacia Centroamérica para iniciar las operaciones. El intento acabaría en un desastre, pero con el tiempo y con apoyo del Che los camaradas de Romero formarían el Frente Sandinista de Liberación Nacional, o FSLN. Veinte años después, los sandinistas derribarían a Somoza y tomarían el poder.

VII

El 7 de febrero, el gobierno de Urrutia sancionó la nueva constitución cubana. Incluía un artículo hecho a la medida del Che, que otorgaba la ciudadanía cubana a cualquier extranjero que hubiera combatido a Batista durante dos años o más y ejercido el grado de comandante durante un año. Pocos días después, se designó oficialmente al Che ciudadano cubano «de nacimiento».

La sanción de la ley coincidió con la primera crisis interna del nuevo gobierno cubano. Fidel estaba disgustado con el gabinete de Urrutia por su decreto moralizador que prohibía la lotería nacional y se negaba a reabrir los burdeles y casinos, clausurados después de la conquista del poder. Los trabajadores desocupados habían realizado manifestaciones de protesta, y lo que menos quería Fidel era un enfrentamiento con el sector que consideraba la base de su poder. La chabacana «farándula» cubana, parte notoria de la vida nacional, necesitaba una reforma, pero ésta debía ser gradual, con planes de capacitación y nuevos puestos de trabajo para aquellos cuyas profesiones iban a ser eliminadas. Fidel insistió en que el gabinete debía derogar esas decisiones; en caso contrario, amenazó, hallaría «su propia» solución al impasse. Al comprender que Fidel haría las cosas a su manera, con acuerdo del gabinete o sin él, el primer ministro Miró Cardona presentó su renuncia; su reemplazante sería nada menos que Fidel Castro.

Fidel dijo que sólo «aceptaría» el puesto si Urrutia le otorgaba poderes especiales para «dirigir la política gubernamental», exigencia a la que el sumiso presidente accedió. A continuación se sancionó una ley que reducía la edad mínima para ejercer la alta función pública de treinta y cinco a treinta años; así el Che y Fidel, de treinta y treinta y dos años, respectivamente, quedaban habilitados para ocupar puestos en el gabinete ministerial. El 16 de febrero Fidel prestó juramento como primer ministro y en su discurso de aceptación prometió «cambios». A fines de febrero estaba claro que Urrutia era una figura decorativa; Fidel era indiscutiblemente el verdadero mandatario cubano.

El Che explicó el significado de los «cambios» en términos más concretos. En un artículo publicado en *Revolución* tres días después del juramento de Fidel, bajo el título «¿Qué es un guerrillero?», abogó por el derecho del Ejército Rebelde a decidir el futuro político de Cuba, el cual, insinuó una vez más, debía incluir una reforma agraria radical. Exaltó al guerrillero como «el combatiente de la libertad por excelencia; es el elegido del pueblo, la vanguardia combatiente del mismo en

su lucha por la liberación», alguien cuyo sentido de la disciplina no es producto de la obediencia ciega a una jerarquía militar sino de un «convencimiento profundo del individuo» en su causa. La fuerza guerrillera de Fidel había creado un «ejército puro» capaz de resistir toda clase de tentaciones «comunes a los hombres» gracias a la «rígida conciencia del deber y la disciplina» de cada rebelde.

El guerrillero, además de soldado disciplinado, era «muy ágil, física y mentalmente». Era un ser «nocturno». En combate «necesita presentar un frente al enemigo. Con retirarse algo, esperarlo, dar un nuevo combate, volver a retirarse, ha cumplido su misión específica. Así el ejército puede quedar desangrando durante horas o durante días. El guerrero popular, desde sus lugares de acecho, atacará en el momento oportuno».

Así el Che decía que las guerrillas, ahora como durante la guerra civil, acechaban en las sombras, alertas y preparadas para atacar. Su misión no había terminado. «¿Por qué lucha el guerrillero? El guerrillero es un reformador social. El guerrillero empuña las armas como protesta airada del pueblo contra sus opresores, y lucha por cambiar el régimen social que mantiene a todos sus hermanos desarmados en el oprobio y la miseria. Se ejercita contra las condiciones especiales de la institucionalidad de un momento dado y se dedica a romper con todo el vigor que las circunstancias permitan, los moldes de esa institucionalidad».

En el artículo el Che abogó por primera vez por la guerra de guerrillas rural, vinculada con el futuro cometido esencial de la revolución. El combate guerrillero tenía ciertas necesidades tácticas, lugares donde maniobrar, ocultarse, huir, además de contar con el apoyo del pueblo. Este lugar sólo podía ser el campo, donde casualmente el problema social principal era la tenencia de la tierra. «El guerrillero es, fundamentalmente, y antes que nada, un revolucionario agrario. Interpreta los deseos de la gran masa campesina de ser dueña de la tierra, dueña de los medios de producción, de sus animales, de todo aquello por lo que ha luchado durante años, de lo que constituye su vida y constituiría también su cementerio».

Por esta razón, dijo el Che, la bandera de guerra del nuevo ejército nacido en el monte cubano era la reforma agraria. «Esta reforma, que empezó tímidamente en la Sierra Maestra, se había extendido al Escambray y después de ser olvidada algún tiempo en las gavetas ministeriales, seguiría adelante debido a la decisión definitiva de Fidel Castro, es, conviene repetirlo una vez más, quien dará la definición histórica del 26 de julio. Este Movimiento no inventó la Reforma Agraria. La llevará a cabo. La llevará a cabo íntegramente hasta que no quede campesino sin tierra, ni tierra sin trabajar. En ese momento, quizás, el mismo Movimiento haya dejado de tener el porqué de existir, pero habrá cumplido su

misión histórica. Nuestra tarea es llegar a ese punto; el futuro dirá si hay más trabajo a realizar».

El comentario final del Che era una señal de advertencia temprana al Movimiento 26 de Julio de que eventualmente podría desaparecer en aras de la «unidad» con otras tendencias políticas: es decir, el Partido Comunista. «Unidad» era la consigna de la fusión entre el PSP y el Ejército Rebelde que ya estaba en marcha, impulsada principalmente por el Che y Raúl desde el bando revolucionario y Carlos Rafael Rodríguez desde el partido. Con todo, no faltaban obstáculos para el trabajo conjunto de las dos fuerzas. En el PSP había opiniones divergentes acerca de Fidel y su movimiento. Carlos Rafael era un promotor entusiasta desde la primera hora, no así el secretario general del partido, Blas Roca. El dirigente Aníbal Escalante desempeñaría al fin y al cabo un papel fundamental en el proceso de reconciliación, pero los «viejos comunistas» mantendrían sus reservas acerca de la conducción fidelista durante muchos años.

Y el librepensador Che Guevara, que no era miembro del partido, a pesar de sus manifiestas simpatías, también provocaba cierta preocupación entre los moscovitas ortodoxos. Su argumento a favor del «papel de vanguardia» del Ejército Rebelde —que aparentemente desconocía el papel de los obreros urbanos y la organización partidaria comunista tradicional— constituía una blasfemia teórica, y su vehemente alegato a favor de la guerra de guerrillas rural y la revolución agraria revelaba la influencia del desviacionismo maoísta. No obstante estos síntomas preocupantes de herejía, evidentemente el Che era un amigo, un aliado con quien el PSP estaba en deuda por haberle brindado un acceso político a Fidel que de otro modo tal vez no hubiera tenido. Sin duda esas manías ideológicas desaparecerían con el tiempo.

Mientras tanto, el partido conservaba sus ambiciones políticas sin perder su sectarismo. Estaban en juego el poder político y los intentos del Partido Comunista de no ser subyugado por Fidel. Aunque la crisis era cosa del futuro, un incidente a fines de enero de 1959, que pasó casi inadvertido para la mayoría de los cubanos, mostró los primeros síntomas de la lucha subyacente por el poder entre los comunistas y el Movimiento 26 de Julio. El 8 de febrero *Bohemia* incluyó un artículo breve sobre la «primera crisis interna» desde «el Día de la Libertad»: la brusca renuncia de Calixto Morales, gobernador militar de Las Villas designado por el Che, quien «había demostrado un estrecho vínculo con los factores comunistas».

La raíz del problema era la reanimación de la pugna entre la conservadora organización del 26 de Julio en Las Villas y el comunismo local. Pero aparentemente había un componente racista. Morales, un izquierdista revolucionario, se sentía ofendido por el sistema de castas raciales de Santa Clara

y, consciente de su poder, se había excedido y precipitado en sus medidas. En una de sus primeras acciones, había utilizado un *bulldozer* para derribar el cerco que rodeaba la plaza central de la ciudad, abierta sólo a los blancos, y poco después estaba abiertamente enemistado con las autoridades locales y regionales del 26 de Julio. Félix Torres, jefe del PSP en Las Villas, vio su oportunidad y acudió en ayuda de Calixto, quien según Lolita Rossell, la amiga de Aleida, cayó rápidamente bajo la influencia del comunista. Antes de que empeorara la situación, Fidel relevó a Calixto de sus funciones.

Este incidente ponía de manifiesto una parte de la guerra de posiciones entre el Movimiento 26 de Julio y el PSP que ya se había iniciado a nivel nacional, pero la destitución de Morales no puso fin al problema en Las Villas. Las maniobras políticas agresivas de Torres a favor de los comunistas rindieron frutos cuando el PSP se impuso en la provincia, pero el hecho enfureció a muchos villaclareños y alimentó la oposición generalizada al gobierno. Aleida, que aún despreciaba a los comunistas de Las Villas, sostenía en privado que el culpable del problema era el Che por haber designado a Calixto. Pasaría poco tiempo antes de que los militantes disgustados del 26 de Julio se alzaran en armas en el Escambray, en una insurgencia contrarrevolucionaria que se extendería a otras regiones, recibiría ayuda de la CIA y obligaría al gobierno castrista a lanzar la campaña llamada oficialmente «Lucha Contra Bandidos». La situación se prolongaría hasta 1966, cuando las tropas de Fidel terminaron de erradicar a los rebeldes y, emulando las eficaces tácticas contrainsurgentes de Stalin, evacuaron a los presuntos colaboradores civiles del Escambray a ciertas «aldeas estratégicas» construidas en el remoto Pinar del Río.

Mientras tanto, en el terreno personal, la vida del Che era compleja y agitada. Además de su relación con Aleida, con quien pasaba poco tiempo a solas, tuvo que dar cabida a su viejo amigo guatemalteco Julio «Patojo» Cáceres, que apareció en La Habana. Patojo había trabajado con el Che cuando éste era fotógrafo itinerante en México y a veces pasaba unos días en su apartamento donde vivía con Hilda. Soñaba con la revolución como el Che y había querido viajar en el *Granma*, pero Fidel se había negado a llevar tantos extranjeros. Ahora estaba en Cuba, y sin pensarlo dos veces el Che lo invitó a vivir en su casa.

Inevitablemente el Che tuvo que afrontar la situación con Hilda, quien llegó de Perú a fines de enero con Hildita, que ya tenía tres años. El intrépido Che de los combates no lo era tanto en cuestiones matrimoniales; en lugar de ir al aeropuerto, envió a su amigo el doctor Oscar Fernández Mell a recibir a su esposa y su hija. Hilda deseaba la reconciliación, pero la esperaba un amargo desengaño. El desenlace fue una variación singular sobre el tema tradicional de «el tiempo y la distancia nos han vuelto extraños», según recordó Hilda en sus memorias.

Con la franqueza que siempre lo caracterizó, Ernesto me dijo sin vueltas que tenía otra mujer, a la que había conocido en la campaña de Santa Clara. Mi dolor era profundo, pero de acuerdo con nuestras convicciones acordamos divorciarnos.

Todavía me afecta el recuerdo del momento en que, al comprender mi dolor, dijo: «Mejor hubiera muerto en combate».

Por un instante lo miré sin decir nada. Aunque yo perdía tanto en ese momento, pensé que había tantas cosas más importantes que hacer para las cuales él era vital: *tenía* que permanecer vivo. Tenía que construir una nueva sociedad. Tenía que trabajar duro para ayudar a Cuba a evitar los errores de Guatemala; tenía que entregar todo su esfuerzo a la lucha por la liberación de América. No, yo estaba feliz de que no hubiera muerto en combate, sinceramente feliz, y traté de explicárselo así, diciendo al final: «Por todo esto, te quiero siempre».

Conmovido, dijo: «Si es así, está bien… ¿amigos y camaradas?» «Sí», dije yo.

Se podría discutir si es verdad que Hilda permitió al Che salir del apuro tan fácilmente, pero lo cierto es que la pareja separada llegó a un acuerdo inmediato y bastante amistoso. Hilda permanecería en Cuba y se le asignaría un puesto útil apenas se organizaran las cosas. La pareja se divorciaría y luego el Che se casaría con Aleida.

El Che se esforzó por establecer un vínculo paternal con la niña que sólo conocía por fotos. Para ello pidió ayuda a Oscar Fernández Mell. Hildita había llegado a Cuba con una uña encarnada, y el Che le pidió que la extrajera. «Hazlo tú —le dijo a su amigo—. Si lo hago yo después de que casi no me ha visto, me odiará». Fernández Mell lo hizo, y años después aún se reía al recordar la astucia del Che; cada vez que Hildita veía a «Oscarito», recordaba el dolor que le había causado al extraer esa uña.

El Che trataba de evitar los encuentros directos con Hilda por el bien de Aleida —las dos mujeres se detestaron a primera vista— y por ello mandaba traer a Hildita a La Cabaña. Sus hombres solían verlos pasear de la mano por la fortaleza, o veían a la niña de pelo negro jugar en la oficina mientras el padre trabajaba en su escritorio.

El 15 de febrero, cuando la niña cumplió tres años, el Che asistió a la fiesta que le hizo Hilda. En una fotografía, Hilda parece muy sonriente en la cabecera de la mesa, abrazando a Hildita. Al otro lado de la mesa, separado de su hija, aparece el Che con boina negra y chaqueta de cuero, encorvado y con una expresión molesta y reconcentrada, como si deseara estar en otra parte.

Al mismo tiempo, el Che debía ocuparse de su familia, que pasó un mes en La Habana. Al principio las relaciones fueron bastante tranquilas, ya que los encuentros eran breves debido al ritmo de trabajo frenético del Che. Sin embargo, debajo de la superficie, se acumulaban las tensiones entre padre e hijo. Aparte de sus diferencias políticas, el Che jamás había perdonado a su padre su manera de tratar a Celia; confió a sus amigos íntimos que su padre había «gastado todo el dinero de la vieja y después la había abandonado».

Un incidente acabó por provocar la crisis. Guevara Lynch fue a la casa de un radioaficionado para comunicarse con sus amigos en Buenos Aires. Su «Comité de apoyo a Cuba» en la Argentina había comprado un transmisor de onda corta, pero nunca pudo comunicarse con Radio Rebelde porque la guerra estaba demasiado avanzada. Quería probar el equipo, y pasó la tarde hablando con Buenos Aires. Esa noche su hijo lo regañó. «Viejo, vos sos muy imprudente… Has estado hablando por onda corta con Buenos Aires en la casa de un radioaficionado que es un hombre contrario a la revolución». Guevara Lynch se disculpó, dijo que su conversación había evitado los temas políticos, y no se volvió a hablar del asunto. Sin embargo, comentó luego: «Era evidente que ya los servicios de información del incipiente gobierno revolucionario estaban funcionando».

Después de unos días en el Hilton, los Guevara fueron alojados en el lujoso hotel y balneario Comodoro del elegante barrio de Miramar, en el oeste de la capital. Se suponía que al estar más lejos de La Cabaña, le sería más difícil a Guevara Lynch conservar el hábito de visitar a su hijo en momentos inoportunos. El Che iba a verlos en helicóptero y aterrizaba en el jardín del hotel. «Descendía, charlaba un rato con Celia, su madre, y después se marchaba», escribió Guevara Lynch. En cuanto a Celia, estaba embelesada por Cuba en todo aspecto; llevada por su orgullo de madre y la euforia del triunfo de su hijo, apoyaba sin reservas la victoria que él había contribuido a lograr.

El Che se tomó un breve descanso de sus deberes revolucionarios para llevar a su familia a conocer Santa Clara y sus antiguas guaridas del Escambray, la familia de Aleida y los campos de batalla donde había combatido. Debía volver a La Habana, de manera que en Pedrero los dejó al cuidado de dos soldados para que los condujeran a caballo a conocer su antigua comandancia en el monte. Allí Guevara Lynch provocó otro incidente cuando, por curiosidad, tomó el teléfono de campaña en el antiguo cuartel general. Los guías le dijeron que se usaba para comunicarse con el transmisor de radio vecino y que estaba desconectado. Por eso quedó pasmado al oír una voz en la línea. «“¿Quién es usted?”, le pregunté. “¿Y tú quién eres?”, me contestaron. “Soy el padre del Che”, le respondí. “¿El padre del Che? ¡Yo te voy a dar!”, me espetaron. Y cortaron la comunicación».

Alarmados, los escoltas trataron de reanudar la comunicación, pero al no recibir respuesta se fueron a investigar. Durante su ausencia, el padre del Che se dejó llevar por su imaginación excesivamente viva. «Comencé a preocuparme. ¿Quiénes estarían del otro lado? Si fuera gente contrarrevolucionaria, nos podían cazar fácilmente, porque nosotros sólo llevábamos dos soldados de escolta y nuestras armas no eran más que pistolas. Hubiera sido un golpe magnífico para los contrarios tomar prisioneros al padre, la madre y dos hermanos del Che».

Guevara Lynch condujo a su esposa, hija e hijo menor al interior de una cueva fortificada. «Y junto con Luis, mi futuro yerno, decidimos defender la entrada a tiros si se presentaba gente extraña». Pero poco después regresaron los escoltas, sonrientes. En la estación de radio habían encontrado a unos milicianos que desarmaban el transmisor en el preciso momento que llamó Guevara Lynch. Asustados por la voz, pensaron que los contrarrevolucionarios estaban a punto de atacarlos y tomaron posiciones defensivas. Más tarde, cuando Celia relató la historia, el Che rió a carcajadas y toda la familia le hizo coro burlándose de Guevara Lynch.

La visita familiar significó para el Che otra clase de inconvenientes. A diferencia de muchos camaradas, sentía una preocupación casi obsesiva por la imagen que presentaba a la opinión pública, y en su empeño por evitar cualquier impresión de abuso de poder, prohibía la dispensa de privilegios a las personas por el hecho de ser familiares o amigos suyos. Si Camilo no hubiera dispuesto que los Guevara viajaran gratuitamente, un gesto destinado a brindarle una sorpresa, el Che probablemente lo habría prohibido. En todo caso, los Guevara conocieron en carne propia las medidas de austeridad dispuestas por él. Les dio un automóvil con conductor para recorrer La Habana, pero dispuso que ellos pagaran el combustible. Cuando su padre dijo que deseaba conocer los campos de batalla de la Sierra Maestra, el Che dijo que le proporcionaría un *jeep* y un soldado veterano como guía, pero debía hacerse cargo del combustible y las comidas. Guevara Lynch no había traído dinero suficiente, y ante la decisión inflexible de su hijo abandonó el plan.

La familia interrumpió su visita abruptamente. Según el relato de Guevara Lynch: «Mis ocupaciones en Buenos Aires me llamaban. De repente decidí el viaje. Le avisé telefónicamente a Ernesto que me embarcaba esa noche. Fue a despedirme al aeropuerto en compañía de Raúl Castro».

Cuando conversaban en la puerta de salida, se acercó un hombre y se dirigió al Che con inconfundible acento porteño. Era argentino, dijo, y deseaba estrechar la mano del Che. Éste accedió en silencio, pero cuando el hombre sacó un cuaderno y una pluma y le pidió su autógrafo, el Che le volvió la espalda. «No soy artista de

cinematógrafo», dijo.

Al partir de La Habana, Guevara Lynch se sentía distanciado de su hijo, pero en el último momento intercambiaron un gesto simbólico de paz. Cuando anunciaron la salida de su vuelo, Guevara Lynch se quitó de la muñeca un antiguo reloj de oro, herencia de Ana Isabel Lynch, la adorada abuela del Che. Éste lo aceptó y entregó a su padre su propio reloj. Le dijo que Fidel se lo había obsequiado con ocasión de su ascenso a comandante.

VIII

Cuando su antiguo camarada de armas Rodolfo Romero llegó de Nicaragua, el Che ya no vivía en La Cabaña. El 4 de marzo le diagnosticaron una infección pulmonar y, por orden de los médicos, Aleida y él fueron a instalarse en una finca requisada en el balneario vecino de Tarará.

Hacía algún tiempo que no se sentía bien. A principios de enero, cuando fue convocado a La Cabaña, el especialista en azúcar Juan Borroto quedó sorprendido por su aspecto. «Parecía estar al borde de la muerte. Estaba demacrado, tenía la melena larga y los ojos hundidos». Fue por motivos de salud, entre otros, que el Che no acompañó a Fidel a Venezuela a pesar de la invitación de una sociedad de médicos. Sin embargo, hasta el 4 de marzo no se tomó un respiro en sus tareas para que le hicieran radiografías. Los médicos le ordenaron reposo y que dejara de fumar, pero el Che, que se había vuelto adicto durante la guerra, los convenció de que le permitieran un «tabaco» por día.

El paciente hizo su propia interpretación libre de esta prohibición. Antonio Núñez Jiménez, que para entonces era un factótum de Fidel, lo visitaba con frecuencia en Tarará y una mañana «lo hallé fumando un puro de casi cuarenta y cinco centímetros de longitud. Con una sonrisa traviesa, dijo: "No te preocupes por los médicos, yo cumplo mi palabra: un tabaco por día y nada más"».

Durante su convalecencia en la finca de Tarará, el Che continuó sus tareas revolucionarias con mayor discreción. Estaba abocado a la elaboración de la nueva ley de reforma agraria y la creación del organismo que la pondría en ejecución. Éste recibiría el anodino nombre de Instituto Nacional de Reforma Agraria, o INRA, pero en esencia sería la génesis de la *verdadera* Revolución Cubana. Amalgama del ala izquierda del Movimiento 26 de Julio, el antiguo Ejército Rebelde y el comunismo cubano, el INRA ocuparía gradualmente las funciones del régimen presidido por Manuel Urrutia hasta que llegara el momento de prescindir de él por completo.

Inmediatamente después de su llegada a La Cabaña, el Che había convocado a su nuevo grupo de asesores extraoficiales del instituto azucarero que incluía a Juan Borroto y Alfredo Menéndez, un miembro del PSP. Había comenzado la zafra de 1959 y el Che sugirió que se redujera la jornada laboral de ocho a seis horas para crear puestos de trabajo. Menéndez disintió: dijo que la jornada reducida crearía

puestos, pero a la vez generaría una oleada de reclamaciones similares en todos los sectores del mercado laboral, lo cual incrementaría los costos de la producción azucarera y afectaría los beneficios en el mercado mundial.

«Tal vez tengas razón en eso —respondió el Che—. Pero fíjate, la primera misión de la Revolución Cubana es resolver el problema del desempleo en Cuba. Si nosotros no resolvemos el desempleo en Cuba, nosotros no nos mantenemos en el poder».

Insistió en que Menéndez preparara una propuesta para reducir la jornada laboral, pero Fidel vetó la idea. Aunque la medida les ganara el apoyo de los trabajadores, crearía demasiados problemas de otro tipo. Además, la industria azucarera seguía en manos de poderosos capitales privados, tanto cubanos como norteamericanos, y aún no podía darse el lujo de enemistarse con ellos. «La estrategia de Fidel era de más largo alcance —observó Menéndez—. Fidel tenía en mente nacionalizar la industria… Una frase de Fidel dice: "La clase obrera no debe luchar por migajas, la clase obrera debe luchar por el poder."»

En febrero se intensificaron las consultas, y Menéndez se unió a un grupo de dirigentes comunistas que se reunía secretamente en una casa de Cojímar, a una distancia cómoda de La Cabaña, alquilada a nombre de Francisco García Vals. Aunque no había combatido en la guerra, ese joven inteligente, un militante comunista que sabía inglés y francés, se ganó la estima del Che, quien le dio el grado de teniente y lo designó asistente ejecutivo suyo. Para los extraños ese grado militar inmerecido y esas tareas podían parecer inexplicables, pero «Pancho» García Vals cumplía una función vital para el Che: todas las noches la «Comisión Económica» del PSP se reunía en su casa para elaborar el proyecto de ley de reforma agraria.

El Che no asistía a las reuniones nocturnas del PSP, pero casi todas las tardes pasaba por la casa. Mientras García Vals y Menéndez se dedicaban a los asuntos económicos, él registraba sus pensamientos sobre la guerra de guerrillas en un grabador. Su nuevo secretario personal, José Manuel Manresa, un exsargento escribiente de Batista a quien había conservado en La Cabaña, dactilografiaba las reflexiones. A veces el Che pedía a Menéndez que le leyera algunos pasajes. De allí resultó el libro *La guerra de guerrillas*, un manual práctico basado en sus propias experiencias. Del mismo modo que los escritos de Mao sobre la guerrilla le habían servido de inspiración, quería adaptar las lecciones de Cuba a otras naciones latinoamericanas.

Manresa sufría en carne propia las consecuencias de la verbosidad del Che: las largas horas de dactilografía le provocaban hinchazón en las piernas. El libro

apareció en 1960, pero hasta entonces el Che utilizó parte del material en sus discursos. Cuando el libro salió de la prensa, obsequió el primer ejemplar al diminuto Menéndez con la dedicatoria: «Al pequeño gran zar del azúcar. Che».

Apenas el Che se instaló en Tarará, se aceleraron los trabajos para crear el INRA. Fidel, que en esa época se había mudado a una finca en Cojímar, puso a Núñez Jiménez al frente del grupo dedicado a elaborar la reforma agraria, integrado por su viejo amigo comunista Alfredo Guevara, Pedro Miret, Vilma Espín —con quien Raúl se había casado en enero— y dos asesores de alto nivel del PSP. El grupo se reunía todas las noches con el Che en Tarará para discutir modificaciones y aportar ideas a los borradores preparados por el grupo del PSP en la casa de García Vals. Alfredo Guevara dijo a Tad Szulc, autor de una biografía de Castro, que solían trabajar hasta el amanecer, cuando «llegaba Fidel y lo cambiaba todo». Pero poco a poco, el proyecto empezaba a tomar forma. El trabajo se realizaba en secreto absoluto para evitar que llegara a conocimiento de los ministros de Urrutia; en todo caso, el ministro putativo de Agricultura, Humberto Sorí-Marín, jamás recibió una invitación a las reuniones. Al mismo tiempo, el Che participaba en las conversaciones entre el Ejército Rebelde y el PSP que tenían lugar en la casa de Fidel con el fin de llegar a la unidad a largo plazo.

La necesidad de discreción explica en parte la indignada reacción del Che ante un artículo periodístico que mencionaba que estaba instalado en la lujosa finca de Tarará. El 10 de marzo mostró los dientes en un artículo farisaico y veladamente amenazante escrito para la revista *Revolución* que dirigía Carlos Franqui. El artículo «aparentemente inofensivo» titulado «El comandante Guevara se instala en Tarará», escribió, «parece insinuar algo acerca de mi posición revolucionaria».

No analizaré aquí quién es el señor periodista ni daré noticias sobre lo que él tiene en los archivos a mi custodia encomendados, no es mi intención hacer acusaciones o contraacusaciones, me debo a la opinión pública y a quienes han confiado en mí como revolucionario.

Le aclaro a los lectores de *Revolución* que estoy enfermo, que mi enfermedad no se contrajo en garitos ni trasnochando en *cabarets*, sino trabajando más que lo que mi organismo podía resistir para la Revolución.

Los médicos me recomendaron una casa en un lugar apartado de las diarias visitas y Recuperación de Bienes me prestó esta que habitaré en la referida playa hasta que los colegas que me atienden me den de alta; debí ocupar una casa de personeros del antiguo régimen porque mi sueldo de $125,00 como oficial del Ejército Rebelde no me permite alquilar una con suficiente amplitud para albergar a la gente que me acompaña.

El hecho de ser una casa de antiguo batistiano hace que sea lujosa; elegí la más sencilla, pero de todas maneras es un insulto a la sensibilidad popular. Prometo al señor Llano Montes [autor del artículo] y sobre todo al pueblo de Cuba que la abandonaré cuando esté repuesto…

Che

Dos meses después, cuando su salud había mejorado y la ley de reforma agraria estaba redactada, el Che cumplió su promesa: abandonó Tarará para instalarse en una casa mucho más humilde en el campo cerca de la aldea interior de Santiago de las Vegas, al otro lado de La Habana.

Los cónclaves secretos habían coincidido con la llegada del nuevo embajador norteamericano Philip Bonsal. En una primera reunión cordial con Fidel, Bonsal tuvo la impresión optimista de que «podía manejar» a Castro, pero la jefatura de la inteligencia militar no pensó lo mismo; el 10 de marzo, el Consejo Nacional de Seguridad del Presidente discutió la posibilidad de «llevar otro gobierno al poder en Cuba».

Fuera comunista o no, la mayoría de los analistas políticos norteamericanos pensaban que Fidel era una bala perdida a la que había que frenar antes de que causara daños mayores en Cuba y en la región. Algunos dirigentes latinoamericanos moderados que hasta entonces lo habían apoyado sumaron sus voces a ese consenso creciente; por ejemplo, tanto Pepe Figueres como Rómulo Betancourt confiaron a los norteamericanos sus sospechas de que los «comunistas habían consolidado su poder» en la «mayoría de las zonas vitales» de Cuba. Entretanto, Fidel seguía negando públicamente con vehemencia que tuviera inclinaciones comunistas.

Todo era muy confuso, pero los norteamericanos se enteraron de que en poco tiempo más podrían hacer su propia evaluación del joven caudillo cubano. Fidel declaró que pensaba aceptar la invitación de la Sociedad Norteamericana de Directores de Diarios a pronunciar el discurso principal en su convención anual, prevista para abril en Washington. Cientos de periodistas ya rondaban por La Habana, invitados por Fidel en el marco de una espectacular campaña de relaciones públicas llamada Operación Verdad, destinada a contrarrestar la publicidad negativa que recibía la revolución. Pero ésta no convencía a los escépticos.

Y en realidad, la publicidad negativa era muy abundante, porque Fidel

había procedido a «intervenir» la filial de la empresa norteamericana International Telephone and Telegraph con el fin de «investigar irregularidades en sus operaciones», una acción sugerida por el Che en su discurso de enero. Había fustigado públicamente y atribuido «tendencias imperialistas» al presidente costarricense José «Pepe» Figueres, quien durante una visita había sugerido que Cuba se alineara con Estados Unidos en la «confrontación de la guerra fría». Había realizado vaticinios temerarios sobre la economía cubana, hasta el punto de asegurar que en pocos años el nivel de vida de la isla superaría al de Estados Unidos. Asimismo, los tribunales revolucionarios funcionaban sin tregua, y Fidel había provocado un escándalo internacional al ordenar un nuevo juicio para cuarenta y cuatro aviadores batistianos acusados de bombardear blancos civiles después de que un tribunal los absolviera por falta de pruebas. También lo abandonó la influyente comunidad católica. Los tribunales revolucionarios horrorizaban al clero —encargado de administrar la extremaunción a muchos condenados—, y el giro a la izquierda de la revolución preocupaba a los militantes católicos que habían apoyado activamente el derrocamiento de Batista.

Los discursos recientes de Fidel en la Universidad de La Habana, en los que instaba a los estudiantes a «purgarla de influencias corruptoras», sugerían su escaso respeto por la sacrosanta tradición de la autonomía universitaria. Aún no se había limitado la libertad de prensa, pero Fidel se declaró dispuesto a hacerlo cuando fue ridiculizado por la revista satírica *Zig Zag*.

Con el fin de arrojar una luz más favorable sobre los sucesos y en lo posible convencer a los escépticos en el exterior, se elaboraban planes para crear una prensa «revolucionaria». Jorge Ricardo Masetti, el periodista argentino enamorado de la Revolución Cubana, había regresado a La Habana con su colega uruguayo Carlos María Gutiérrez.[64] Ambos conversaron con el Che sobre la creación de una agencia noticiosa cubana internacional «independiente» según el modelo de la efímera Agencia Latina de Perón, que había empleado al Che en México. El objetivo del Che, como el de Perón, era quebrar el monopolio periodístico de agencias «capitalistas yanquis» como AP y UPI. Pocos meses después, con cien mil dólares recaudados con bonos no cobrados del 26 de Julio emitidos durante la guerra, Cuba fundó su propia Prensa Latina. Masetti fue su primer director y en poco tiempo reunió una nómina impresionante de corresponsales en todo el mundo. Meses más tarde otro recluta de la sierra, el periodista norteamericano Robert Taber, se unió a la campaña propagandística de la revolución mediante el flamante Comité por la Justicia para Cuba, un grupo de presión castrista creado en Estados Unidos. Al principio éste consiguió el apoyo de intelectuales de la izquierda moderada como Carleton Beals, C. Wright Mills, I. F. Stone y Allen Ginsberg.

Junto con sus métodos prácticos —y a veces maquiavélicos— para abordar los problemas, Fidel empezaba a revelar una tendencia desconcertante a adoptar proyectos económicos extravagantes que «resolverían» los problemas de Cuba. Había pergeñado un proyecto para drenar la Ciénaga de Zapata, un vasto delta pantanoso sobre la costa austral, y habilitarlo para el cultivo del arroz. Más importante aún, sus declaraciones incautas sobre el incremento de la zafra azucarera como medio para crear puestos de trabajo habían ayudado a provocar una caída de los precios internacionales del azúcar a medida que los futuros inversores preveían una inminente saturación del mercado. En realidad, la zafra de 1959, de 5,8 millones de toneladas, fue mayor de lo habitual.

Tal vez sus proyectos más estrafalarios eran producto de la desesperación lisa y llana, ya que los problemas económicos lo acosaban por todos lados. La corrupción del batististato, los robos de último momento y la fuga de capitales habían reducido las reservas del erario cubano a poco más de un millón de dólares; la deuda pública sumaba 1200 millones de dólares y el déficit presupuestario, 800 millones. La Confederación de Trabajadores Cubanos (CTC), la central obrera de un millón de afiliados, un bastión comunista antes de que la dominara Batista, pasaba por las etapas iniciales de una purga encomendada por Fidel a su nuevo dirigente, David Salvador. Los anuncios incesantes de la inminente reforma agraria alteraban a los terratenientes y los inversores agrícolas, y la inversión de capitales empezaba a detenerse. En marzo, Fidel hizo aprobar una ley que encontró eco favorable en la opinión pública al reducir los alquileres en un cincuenta por ciento y expropiar las tierras baldías, lo que afectaba directamente los intereses de terratenientes y especuladores en bienes raíces. Se impusieron tarifas sobre una gama de bienes suntuarios; los trabajadores despedidos empezaron a movilizarse reclamando su reincorporación y otros exigieron aumentos salariales. Fidel contemporizaba, suplicaba que le dieran tiempo para arreglar la situación, pero un número creciente de cubanos pudientes y de clase media, ante la incertidumbre de su futuro, preparaba sus maletas para iniciar una nueva vida en el extranjero. La mayoría se dirigía a Miami, el tradicional refugio de los exiliados cubanos, a escasos ciento treinta kilómetros de la isla.

El 14 de abril, el subjefe de misión en la embajada estadounidense en La Habana, Daniel Braddock, envió a Washington un nuevo «despacho de acción» confidencial titulado «El crecimiento del comunismo en Cuba». Advirtió que después de la caída de Batista, el PSP había «salido de la clandestinidad para adquirir un estatus semilegal que probablemente será plenamente legal apenas se registren los partidos políticos. En estos tres meses el partido ha recibido por lo mentos tres mil afiliados nuevos y sigue creciendo. Ha abierto locales en todos los distritos de La Habana y en la mayoría de los pueblos del interior». El despacho añadió que el blanco principal de la infiltración comunista eran las fuerzas

armadas.

La Cabaña parece ser el principal centro comunista y su comandante, Che GUEVARA, es la figura más importante cuyo nombre está vinculado con el comunismo. No cabe duda de que Guevara es marxista, aunque no sea comunista [*sic*]. Se han instituido cursos de adoctrinamiento político para los soldados bajo su mando en La Cabaña. Algunos de los materiales utilizados en estos cursos, a los cuales ha tenido acceso esta embajada, siguen claramente la línea comunista. Guevara tiene gran influencia sobre Fidel CASTRO y aún más sobre el comandante en jefe de las fuerzas armadas, Raúl CASTRO, de quien se cree que tiene las mismas opiniones políticas que el Che Guevara.

El análisis de la embajada estadounidense resultó acertado, y su primera evaluación del programa de adoctrinamiento marxista del Che en La Cabaña refleja de manera insólita los recuerdos de sus tenientes. Orlando Borrego se autocalifica de ejemplo típico de los hombres de La Cabaña, exrebeldes jóvenes que no tenían «la menor formación ideológica», pero tenían sentido de la disciplina revolucionaria y un «respeto extraordinario por el Che y por Fidel».

«Desde el punto de vista político, en estos primeros meses estábamos muy confusos, es decir, se empezaba a hablar ya de si esto iba a ser socialismo, se hablaba, se comentaba entre la tropa y todas esas cosas. Y yo era uno de los que me ponía en la posición de que no: socialismo, ¿qué cosa es eso? No entendía. Como la imagen que había del comunismo era mala, yo tenía esa imagen, el comunismo es muy malo. Es decir, queríamos una revolución que fuera justa, que fuera honrada, en función de los intereses del país y todo eso, pero de comunismo nada, y lo comentábamos entre algunos de nosotros. Y nos decíamos, pero bueno, si el Che y Fidel son comunistas, entonces aquí somos comunistas, pero era por devoción hacia ellos, no por posición ideológica ninguna».

Borrego, el juez revolucionario, empezó a abrir los ojos cuando le tocó presidir el juicio de un exjefe de policía, el general Hernando Hernández. Durante el juicio, el acusado le obsequió un ejemplar de *El doctor Zhivago* con la dedicatoria: «Al teniente Orlando Borrego, respetuosamente del general Hernando Hernández». Borrego no tenía la menor idea de quién era Pasternak, y más tarde, con toda ingenuidad, mostró el libro al Che. «El Che lo miró y, ¡ja!, se empezó a reír. "Pero qué ignorante eres", dijo. Entonces me dio una explicación. Quién era Pasternak, escritor ruso, lo que revelaba. Y ese hombre me había hecho ese regalo con toda intención, un poco para que yo viera lo negativo de la Unión Soviética. Lo que revelaba Pasternak de la época de Stalin».

Después de ese incidente, la «ignorancia» política de Borrego empezó a

disiparse gradualmente. «Hasta ese momento [el Che] no había ejercido directamente una orientación política, en el sentido de la idea socialista, con nosotros. Hay un momento, eso sería en febrero o marzo del 59, en que el Che empieza a reunirse con nosotros, los oficiales…, en un saloncito que había allí en La Cabaña. Empezó a dar unas reuniones de orientación política. No las llamaba así, pero es lo que eran. Nos daba conferencias sobre cuál debía ser el papel de los combatientes revolucionarios y del ejército revolucionario».

En sus seminarios, el Che ponía especial énfasis en la idea de que la toma del poder no era el objetivo revolucionario más importante. «Nos decía que la tarea más difícil y más compleja era la que venía a partir de ese momento —recordó Borrego—. Era la etapa de la construcción de una sociedad distinta; no hablaba de comunismo ni de socialismo, pero en esas conferencias empezó a introducir, desde el punto de vista histórico las ideas revolucionarias a escala mundial, y ahí apareció un día, explicando con un mapa la Unión Soviética, los países del campo socialista, qué papel había jugado Lenin, y nos empezó a transmitir las ideas estas leninistas, que había que tomar de allí cosas que eran valiosas».

Según Borrego, al finalizar esa jornada del seminario, entre sus camaradas se dijeron, «esto huele a comunismo». Pero a esas alturas las nuevas ideas provocaban más curiosidad que miedo. La mayoría de los hombres en La Cabaña eran veteranos del Ejército Rebelde —el Che había echado a la mayoría de los soldados regulares durante la «depuración»—, pero aún era un período inestable; las Fuerzas Armadas Revolucionarias eran un híbrido y muchos de sus integrantes aún profesaban ideas anticomunistas.

Una vez roto el hielo entre sus oficiales subalternos, el Che encomendó la tarea de adoctrinamiento a su delegado en el regimiento, Armando Acosta. «Hay que reconocerle que fue muy hábil —recordó Borrego—; fue muy inteligente en la forma que nos explicaba a muchos de nosotros, nos aclaraba cosas en términos revolucionarios, sin hablar de comunismo tampoco, y sobre todo buscando unidad dentro de los revolucionarios, que no podía haber divisiones de tipo político».

Las charlas de Acosta y el estrecho contacto cotidiano con el Che le dieron rápidamente «una ideología», dijo Borrego. El momento de la verdad llegó en abril, cuando un empresario acaudalado, su último patrón antes de que se fuera a la guerra, le ofreció un trabajo bien remunerado en Guatemala. Era tentador, y Borrego fue a pedirle opinión al Che.

Éste le dijo que debía pensar seriamente en cuáles eran sus prioridades porque cumplía un papel vital en la revolución. Le dijo que se tomara unos días para pensarlo y volviera una vez tomada su decisión. Así lo hizo, y decidió

quedarse. «Ya había una afinidad muy grande con el Che; fue un compromiso con él también, fuerte. El Che ejerció mucha influencia sobre mí muy rápido».

Borrego jamás se arrepintió de su decisión. Su relación con el Che se volvió aún más estrecha, y con el tiempo se convirtió en su protegido y uno de sus amigos más íntimos. En la primavera de 1959, era evidente para la mayoría de los observadores que Ernesto Che Guevara era un individuo fuera de lo común que escapaba a los estereotipos habituales. Ejercía una influencia casi mística sobre los demás y empezaba a reunir a su alrededor un círculo leal de discípulos como Borrego, que seguían al Che más que a un credo político. No obstante, lejos de ser sectario, durante el período de transición en que el Ejército Rebelde empezó a asumir el control, trató respetuosamente a muchos oficiales del ejército derrotado… mientras enviaba a otros al paredón. Para su secretario José Manuel Manresa, dactilógrafo personal del excomandante del ejército, la petición del Che de que siguiera en su puesto y trabajara para él fue un acto de fe merecedor de su gratitud eterna, y permaneció lealmente junto a él mientras estuvo en Cuba.

Aún hoy, muchos años después, las lágrimas ruedan por el rostro de Manresa y se queda mudo de la emoción cuando le piden que hable sobre su adorado difunto jefe. Debido a un problema de circulación en sus piernas no pudo acompañarlo en la misión final —y fatal— a Bolivia, y considera que al hablar podría traicionar la confianza del hombre por quien hubiera entregado la vida.

Para los norteamericanos, un hombre tan firme en su ideología, tan cercano a Fidel y que inspiraba semejante lealtad en sus soldados era en verdad un enemigo peligroso. Y como demuestran los despachos de la embajada en La Habana, ya lo *sabían* a principios de 1959.

IX

Los sucesos que se desarrollaban en La Habana no pasaban inadvertidos en Moscú, y para los soviéticos la figura emergente del Che Guevara merecía una atención especial.

En efecto, en enero de 1959 el Comité Central del Partido Comunista gobernante de la Unión Soviética había resuelto enviar un agente secreto a La Habana para sondear la situación y estudiar la posibilidad de establecer relaciones con el nuevo régimen. Se decidió que su primer contacto debía ser con el Che Guevara.

Se llamaba Alexander Alexeiev. Alto, gregario, con gafas sobre un rostro fuerte y anguloso, Alexeiev era un agente del KGB que trabajaba bajo inmunidad diplomática en la embajada soviética en Buenos Aires. En 1958, cuando lo convocaron a Moscú, tenía cuarenta y cinco años; a principios de su carrera en inteligencia había desempeñado sus funciones en la Guerra Civil española y luego en la gran guerra patriótica de 1941-1945. Desde entonces, se había especializado en asuntos latinoamericanos.

Alexeiev tuvo sus primeras noticias sobre Ernesto Che Guevara en 1957, cuando aún se hallaba en la Argentina, a través de sus amigos en la Universidad de Buenos Aires. «Eran estudiantes revolucionarios —recordó—… Me contaron bien de este hombre… Se sabía que había resistencia de Fidel Castro y que entre los revolucionarios había un argentino, Ernesto Che Guevara». Sin embargo, a tono con la actitud oficial soviética en esa época, dudaba de las verdaderas simpatías políticas de Fidel y, como reconoció mucho después, no había prestado gran atención a Cuba. «Por esa época tenía algún interés por la Revolución Cubana, pero nada más. Pero no me fié mucho porque en aquel entonces aparecieron varias revoluciones, Guatemala…, y no provocaba un gran interés. En América Latina siempre había algo».

De vuelta en Moscú, lo designaron jefe del Departamento Latinoamericano del Comité de Relaciones Culturales con Países Extranjeros, subordinado directamente a la dirección soviética. Asumió sus nuevas funciones en diciembre de 1958, pocas semanas antes de la victoria revolucionaria cubana y el reconocimiento inmediato del nuevo régimen por Moscú. Poco después, su jefe Yuri Zukov, quien tenía acceso directo al primer ministro Nikita Jrushov, le dijo:

«Alexander, me parece que debes viajar y ver qué clase de revolución es, porque tenemos lo que ha escrito alguna prensa, son cosas progresistas y nosotros necesitamos… es una revolución contra americanos y vale la pena que vaya alguien de ustedes. Su candidatura puede servir porque usted estuvo en Argentina, el Che es argentino y hay contactos que puede establecer; usted sabe español».

Yuri Paporov, quien trabajaba en el mismo departamento que Alexeiev desde su regreso de México un año antes, recordó la reacción de su colega: «No quería ir porque no quería hablar "con esos burgueses que hacen la revolución"». Paporov le aconsejó que dejara de lado sus reservas y que el puesto le haría «bien a su carrera», argumento que acabó por convencerlo.

Con todo, había un problema. Aunque Moscú había reconocido el gobierno de Castro, los dos países aún no tenían relaciones diplomáticas. Para guardar las apariencias, se decidió que Alexeiev sería periodista, y se presentó la solicitud correspondiente de visado en la embajada cubana en México. Comenzó la espera.

A fines de enero, cuando el escéptico Alexeiev se preparaba para su misión, llegaron a Moscú varios dirigentes del PSP cubano. El propósito oficial de la delegación encabezada por Juan Marinello y Severo Aguirre era asistir a un congreso del Partido Comunista, pero no era el único: también debía convencer al Kremlin de que la Revolución Cubana constituía una oportunidad que no se debía desaprovechar. Explicaron con entusiasmo la decisión de su partido de apoyar a Fidel Castro y sus motivos para pensar que formaría un gobierno de tipo socialista. Eran tan exageradas sus alabanzas, que Alexeiev las escuchó con indiferencia; semejante euforia, pensó, debía atribuirse a que el partido conocía un poco de libertad después de años de opresión batistiana.

Mientras esperaba su visado, Alexeiev estudiaba las noticias provenientes de Cuba; para respaldar sus credenciales falsas de periodista, hacía comentarios favorables a la Revolución Cubana por el servicio latinoamericano de Radio Moscú. Pasaba el tiempo, llegaban más noticias de la isla caribeña y el cinismo inicial de Alexeiev empezaba a disiparse; sentía renacer el entusiasmo que había experimentado veinte años antes, cuando era un joven de dieciocho, en la combativa República española. Pero el visado cubano no llegaba. Pasaban los meses interminables: la primavera se volvía verano y Alexeiev aún esperaba.

Giorgi Kornienko, que en esa época era un alto funcionario del Departamento de Información del Comité Central, coincide con la versión de Alexeiev, de que la pelota soviética empezó a rodar *después* de la victoria de los rebeldes castristas.

«Yo recuerdo que cuando en enero de 1959 Castro proclamó un nuevo régimen, Jrushov preguntó al departamento: “¿Qué cosa son esos tipos que están allí? ¿Quiénes son?” Y nadie pudo responder esa pregunta…, ni los Servicios de Inteligencia, ni el Ministerio de Asuntos Exteriores ni el Departamento Internacional del Comité Central… En realidad no sabíamos quiénes eran aquellos tipos en La Habana. Enviamos un telegrama a nuestra oficina en el exterior, luego a la Inteligencia y otros. A los pocos días, recibimos un cable de alguna capital de América Latina, no recuerdo cuál, con una información acerca de Castro y de su gente. Y había una frase en esta información de que, si no Fidel mismo, tal vez Raúl o algunas otras personas próximas a Fidel, tenían puntos de vista marxistas. Yo estaba presente cuando esta información le fue entregada a Jrushov. Se entusiasmó mucho. “Bueno, si esto es realmente así, si esas gentes en Cuba son marxistas y se desarrollaran como algún tipo de movimiento socialista allá en Cuba, sería fantástico. Sería el primer lugar en el hemisferio occidental con un gobierno socialista o prosocialista. Eso sería muy bueno, muy bueno para la causa del socialismo.”»

Pero un cúmulo de pruebas indica que el Kremlin no «descubrió» Cuba un buen día después de leer las noticias sobre la revolución y hallar la isla en un globo terráqueo. Un periodista y una delegación sindical soviéticos habían visitado La Habana en enero. El Kremlin mantuvo contacto con la dirección del PSP en el exilio durante los dos años de la guerra civil. La decisión de reconocer inmediatamente al nuevo régimen; la llegada de altos dirigentes del PSP a Moscú poco después de la caída de Batista; los contactos de los dirigentes comunistas cubanos con Fidel, Raúl y el Che en la sierra —por no hablar de sus contactos anteriores en México con funcionarios soviéticos como Yuri Paporov y Nikolái Leonov, quienes luego serían enviados a la isla— sugieren que el interés soviético por la Revolución Cubana es *previo* a la victoria rebelde de enero de 1959. Todo indica que la maquinaria política soviética empezó a poner sus miras en Cuba a mediados de 1958, cuando la derrota de la ofensiva del ejército en la Sierra Maestra reforzó las perspectivas de una victoria rebelde.

Con todo, cabe señalar que en el Kremlin persistía cierto escepticismo con respecto a la revolución de Castro porque los sucesos no se habían desarrollado de acuerdo con el manual soviético. La revolución no era producto de la estrategia del PSP, el partido no controlaba la situación, Fidel Castro era una incógnita. A pesar de las señales alentadoras —Fidel había permitido que el partido desempeñara un papel; sus íntimos (su hermano Raúl y el Che) eran marxistas—, era difícil llegar a conclusiones definitivas.

Mientras tanto, La Habana tenía buenos motivos para demorar el visado de Alexeiev. Otorgar un visado de «periodista» a un agente conocido de la

inteligencia soviética llamaría la atención; el momento no era oportuno. Y lo que era más importante, la Cancillería cubana seguía (aunque por poco tiempo más) en manos de Roberto Agramonte, un ortodoxo anticomunista que difícilmente recibiría esa solicitud con ecuanimidad. Muchos aliados de Fidel creían que sólo esperaba el mejor momento para deshacerse de esos rojos conspiradores y oportunistas; una pérdida brusca de confianza en sus afinidades políticas podría provocar un cisma violento e incontenible.

Por encima de todo, necesitaba un margen de maniobra frente al sector potencialmente más peligroso: Estados Unidos. El primer objetivo de la política exterior era necesariamente alcanzar algún tipo de *modus vivendi* con Washington, siquiera para asegurarse de que no intervendría para abortar la revolución antes de que se pusiera en marcha, y buscar la amistad de los soviéticos no era la manera de lograrlo. A diferencia de Fidel, el Che no quería saber nada con Estados Unidos y ya se preparaba para una confrontación con Washington que consideraba inevitable. Raúl lo respaldaba en esto. Ambos abogaban por una radicalización de la política revolucionaria, la consolidación definitiva del poder y la ruptura con Occidente.

El 15 de abril, Fidel voló a Washington con una gran comitiva integrada por los ministros y asesores financieros más conservadores y pronorteamericanos. Los extremistas como el Che y Raúl se quedaron en la isla. Por supuesto que sus compañeros de viaje estaban entusiasmados, y aunque él insistía en que no iba a Washington a pedir ayuda económica según la venerada tradición de los jefes de Estado latinoamericanos, ellos creían que era uno de los motivos principales del viaje. «Que *ellos* lo planteen —dijo a sus asesores—, y después veremos».

Vestido con su uniforme de guerrillero, Fidel tuvo una buena acogida en el Club Nacional de la Prensa en Washington y un almuerzo cordial con el secretario de Estado en funciones Christian Herter. (John Foster Dulles, a quien le habían diagnosticado un cáncer, renunció el mismo día que Fidel llegó a la capital estadounidense.) Habló ante la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado, apareció en el programa periodístico televisivo *Meet the Press* y rindió los honores consabidos ante los monumentos a Lincoln y Jefferson.

Fidel se esmeraba por portarse bien, se deshacía en explicaciones para disipar los temores norteamericanos, reafirmaba su compromiso con las inversiones extranjeras e insistía en que su ley de reforma agraria sólo afectaría las tierras abandonadas o baldías. Quería más turistas norteamericanos y esperaba que Estados Unidos, el mayor comprador de azúcar, aumentara la cuota azucarera cubana. De más estaba decir que Cuba respetaría el tratado de defensa recíproca con Estados Unidos, permitiría que la armada norteamericana permaneciera en la

base de Guantánamo… y por más que sorprendiera a unos cuantos en La Habana, era contrario al comunismo y partidario de la prensa libre.

La prensa lo seguía a dondequiera que iba. Con su barba y su uniforme, era una figura exótica, se apartaba de la norma de la época que imponía a los políticos el traje y la corbata. La costumbre de salir espontáneamente de «paseo» para conocer a los ciudadanos comunes aumentaba su carisma.

Le fascinaba la atención del público, pero en privado su amor propio sufría rudos golpes. Las personalidades poderosas que lo recibían se mostraban condescendientes, rebosaban de consejos indeseados y advertencias severas, como si trataran con un adolescente revoltoso que por pura suerte había alcanzado una posición de poder propia de alguien mayor y más prudente. Lo acosaban con preguntas filosas sobre las «purgas judiciales» y las ejecuciones, y querían saber cuándo llamaría a elecciones. En ambos asuntos se mostraba firme. El «pueblo» exigía el juicio y castigo de los criminales de guerra. En cuanto a las elecciones, pensaba que Cuba necesitaba un poco más de tiempo, acaso cuatro años, para prepararse.

Eisenhower, que no quería estar en Washington durante la estancia de Fidel, decidió tomarse unas vacaciones para jugar al golf en Georgia y dejó al vicepresidente Richard Nixon para ocuparse del asunto. Se reunieron a solas durante dos horas y media en el Capitolio y luego se mostraron cordiales en público, pero las cosas no anduvieron bien; cada uno tuvo una impresión negativa del otro. Nixon dijo luego al presidente que Castro era comunista o bien un títere y demostraba una «ingenuidad increíble» frente a la influencia comunista en su gobierno; esta evaluación afectaría gravemente las relaciones entre los dos países.

Si Fidel esperaba alguna señal de una actitud positiva por parte de Estados Unidos con respecto a Cuba, sufrió una desilusión. Si tenía alguna esperanza de recibir ayuda económica, Nixon la destruyó al asegurar que no habría tal cosa. Con absoluta falta de tacto, aconsejó a Fidel que siguiera el ejemplo del gobernador de Puerto Rico, quien alentaba las inversiones privadas en su territorio para mejorar las condiciones económicas. La sola idea de que Cuba aprovechara las lecciones de Puerto Rico, un territorio pequeño y fuertemente dependiente de Estados Unidos, era un insulto; Fidel replicó que los días de la Enmienda Platt, cuando Estados Unidos tenía el derecho de intervenir en Cuba, «habían pasado». Fidel seguramente salió de la reunión convencido de que la única manera de satisfacer a los norteamericanos era someterse a sus normas, a costa de la soberanía cubana.

De Washington se fue a Nueva York. El 21 de abril, después de una conferencia en Princeton, Fidel aceptó reunirse con un agente de la CIA que había

pedido a López Fresquet que actuara como intermediario. Conversaron a solas durante más de tres horas. El agente Garry Drecher, un alemán nacionalizado norteamericano que empleaba el seudónimo de «Frank Bender», expresó luego a López Fresquet su convicción de que Castro era «anticomunista» y dijo que habían acordado intercambiar información sobre las actividades comunistas en la isla. López Fresquet sería el enlace.[65]

Lo más probable es que Fidel utilizara la reunión como un ardid para convencer tanto a la CIA como a su propia comitiva que estaba de su parte, que sólo estaba haciendo tiempo a la espera de que los comunistas asomaran la cabeza para poder cortársela. En efecto, a un asesor le dijo que era necesario detener las ejecuciones y la infiltración comunista en el gobierno, a otro que tenía el plan de enviar al Che en un largo viaje al extranjero, lo cual era un eufemismo del exilio dorado.

En Boston, unos días después de la reunión con el «señor Bender», López Fresquet estaba presente cuando Fidel recibió una llamada telefónica de Raúl, quien comunicó a su hermano que en el país se decía que se estaba «vendiendo» a los yanquis. Fidel reaccionó con indignación: en vista de los golpes que recibía al defenderse frente a un escéptico auditorio norteamericano, las palabras de Raúl echaban sal sobre una herida abierta.

Pocos días después de esta conversación, los hermanos tuvieron un misterioso encuentro en Houston. Fidel había resuelto aceptar una invitación del presidente brasileño Kubitschek y luego asistir a una conferencia económica en Buenos Aires auspiciada por la OEA. El 27 de abril, en ruta a Brasil, el avión de Fidel hizo una escala de reabastecimiento en Houston, y Raúl voló allá con varios asesores. Tras una breve reunión a puertas cerradas en el aeropuerto, Raúl volvió a La Habana y Fidel continuó el viaje hacia el sur.

Se han ofrecido distintas explicaciones del encuentro. Según el historiador Hugh Thomas: «Se ha dicho que el comandante imberbe del ejército, Raúl, conminó a su hermano a conservar su integridad revolucionaria. Parece igualmente probable que la discusión principal se refiriera al tema de los discursos que Raúl Castro y Guevara pronunciarían el 1 de mayo en Cuba». Pero Tad Szulc, en su biografía de Castro, vincula la reunión con algunos sucesos desconcertantes que parecían confirmar las advertencias de los analistas de inteligencia norteamericanos sobre la complicidad oficial cubana con ciertas conspiraciones armadas contra varios de sus vecinos.

El 18 de abril, el comandante militar de Pinar del Río, donde se entrenaba la mayoría de los revolucionarios extranjeros, hizo una redada espectacular de un

centenar de reclutas nicaragüenses y confiscó sus armas. Luego difundió una declaración en la que decía que Fidel había prohibido semejantes expediciones desde suelo cubano.

Ese día, en La Habana, un panameño llamado Rubén Miró dijo públicamente que su grupo pensaba invadir Panamá en menos de un mes. Días después, estando Fidel en Boston, las autoridades panameñas apresaron en la costa a tres rebeldes armados; dos eran cubanos. Según Manuel Piñeiro, la expedición fue «por libre», es decir, no tuvo autorización gubernamental.

Autorizados o no, estos sucesos conspiraban contra los intentos de Fidel de construir una nueva imagen pública en Estados Unidos. Después de la escala en Houston, cuando sobrevolaba el espacio aéreo cubano, hizo declaraciones por radio para condenar la «irresponsabilidad» de los cubanos participantes y repetir que su gobierno «no exportaba la revolución».

Fuera de la isla, Fidel podía negar esas acciones y atribuir la participación de cubanos a la comprensible «euforia revolucionaria» reinante. Reconocía que su gobierno brindaba refugio y trabajo a los exiliados de la tiranía… pero no apoyaba la exportación de revoluciones. En verdad, parecería que la redada de los nicaragüenses fue una maniobra intencional destinada a crear la impresión de que, lejos de apoyar semejantes actividades, Castro trataba de impedirlas.

Apenas un mes más tarde, un grupo guerrillero nicaragüense zarpó discretamente de Cuba para iniciar las hostilidades contra Somoza. En la expedición participaba Rodolfo Romero, antiguo camarada del Che en la brigada internacional Augusto César Sandino formada en Guatemala, quien había recibido armas, entrenamiento y fondos de las nuevas fuerzas armadas cubanas. Al mismo tiempo, un grupo rebelde antitrujillista de la República Dominicana se entrenaba juntamente con otros de Haití y varios países más.

Era necesario calmar las aguas, y el propio Che apareció en televisión con una desmentida. «Esta revolución debe ser honrada a todo trance —dijo la noche del 28 de abril—, nos vemos en el penoso deber de admitir que ahí sí fueron cubanos. Lo que nosotros debemos decir es que esos cubanos salieron sin nuestro conocimiento, sin nuestra autorización, sin nuestro auspicio… Somos exportadores de la idea revolucionaria, pero no pretendemos ser exportadores de revoluciones. La revolución la hará cada pueblo en el lugar donde esté ese gobierno y con la gente que debe sufrir ese gobierno. Nosotros solamente somos un ejemplo. Lo demás es obra del pueblo».

Como siempre, los funcionarios de la embajada estadounidense estudiaron

su discurso con lupa. Y como siempre, aunque trató de emplear tacto, su honestidad afloró en la forma de evadir las preguntas más difíciles, dirigidas en su mayoría a desentrañar el misterio de sus ideas políticas. Preguntado en primer término si era comunista, el Che dijo que no consideraba que un funcionario público debiera «contestar esa pregunta directamente».

«Están los hechos, los hechos son claros, nuestra manera de pensar es clara, nuestra manera de actuar es diáfana. El hecho de que yo no sea comunista afiliado al Partido Comunista, como que no lo soy, no tiene ninguna importancia. Se nos acusa de comunistas por lo que hacemos, no por lo que somos o por lo que decimos… Si a usted le parece que lo que hacemos es comunismo, pues somos comunistas. Si usted la pregunta me la dirige a si soy afiliado al Partido Comunista o al Partido Socialista Popular, como se llama aquí, le tengo que contestar que no».

No es casual que las conclusiones de la embajada, enviadas a Washington en un despacho confidencial el 5 de mayo, se resumieran en la frase siguiente: «Declaraciones de Ernesto "Che" GUEVARA en aparición televisiva revelan orientación comunista, antiamericanismo».

Inmediatamente después de esta entrevista, el Che acudió a una reunión con Raúl, quien acababa de regresar de su encuentro con Fidel en Houston. Los sucesos subsiguientes parecen demostrar que uno de los asuntos principales discutidos por los hermanos Castro fue la decisión de Fidel de poner coto a los fusilamientos.

Desde enero se habían producido unos 550 fusilamientos, y el asunto, que ya provocaba protestas en Cuba, le había causado graves problemas a Fidel durante su viaje por Estados Unidos. Consideraba necesario un gesto para apaciguar a los norteamericanos y ganar algunos puntos por ello. El Che se opuso enérgicamente a la decisión, pero acató la orden de Fidel.

«Yo no diría que [el Che] estuvo de acuerdo —dijo Orlando Borrego—. Y cuando Fidel orientó eso, que lo orientó con toda una explicación, demostrando las ventajas y desventajas de eso, y que era más favorable para la revolución paralizar ese proceso, el Che lo aceptó, lo aceptó, aunque tanto al Che como a nosotros nos molestó, porque había casos que estábamos en ese momento procesando».

En última instancia, Fidel obtuvo escaso beneficio en Washington de su decisión de detener las ejecuciones. A esa altura, las mayores preocupaciones de Washington eran la «infiltración comunista» en el gobierno, los alcances del proyecto aún no anunciado de ley de reforma agraria y los indicios crecientes de que los cubanos trataban de subvertir a sus vecinos. Según el embajador estadounidense en Costa Rica, Whiting Willauer, las declaraciones cubanas

negando su participación en el incidente panameño eran un embuste, una cortina de humo.

Willauer, veterano de la guerra fría y, como embajador en Honduras, actor clave en el operativo de 1954 contra Arbenz, citó el incidente como prueba de las intenciones aviesas de La Habana. El 30 de abril, cuando Fidel viajaba a Buenos Aires, envió una carta de siete páginas mecanografiadas a espacio simple con el rótulo de SECRETO a Roy Rubottom, secretario de Estado adjunto para asuntos latinoamericanos. Ambos mantenían una abundante correspondencia sobre Cuba, y en esta última carta, sin tratar de ocultar su desdén por la posición apaciguadora de Rubottom, Willauer abogó por un golpe preventivo —como en Guatemala— contra la Cuba de Castro.

«Salvo que exista una excelente explicación que demuestre lo contrario, me resulta difícil creer que este [incidente panameño] pudo ocurrir sin la connivencia, por decir lo menos, de altos funcionarios del gobierno cubano, particularmente del ejército. Esta versión parece aún más verosímil por cuanto se sabe que el ejército está plagado de comunistas y existe la creencia generalizada de que el Che Guevara, entre otros, ocupa un puesto de control muy fuerte».

Para Willauer, «la visita de Castro a Estados Unidos fue probablemente una de las enjabonaduras más flagrantes de la historia comunista reciente». Estaría dispuesto a creer a Castro cuando negaba sus vinculaciones comunistas «sólo el día que se les dé al "Che" Guevarra [*sic*] y otros líderes comunistas un pasaje de ida para salir del país… En síntesis, desgraciadamente estoy en total desacuerdo con usted cuando dice en su carta que "se están haciendo importantes progresos en el apaciguamiento de esta etapa de tensiones caribeñas". Considero que la situación actual en el Caribe es peor que nunca y que va a empeorar muy rápidamente a menos que se liquide la cabeza de playa comunista en Cuba».

«La clave profunda de la situación», según Willauer, era el cúmulo creciente de indicios de que «los comunistas tienen una fortísima posición de mando y control en el ejército. Jamás habían alcanzado a obtenerla de manera efectiva en la situación guatemalteca».

Willauer tenía razón. Las lecciones de «Guatemala 1954» eran un punto de inflexión para vencedores y vencidos. Ernesto Guevara había observado los errores cometidos por la «revolución» pretendidamente socialista de Guatemala, había aprendido de ellos y ahora, cinco años más tarde, ocupaba un puesto que le permitía aplicar la medicina preventiva antes de que Washington pudiera actuar.

La Revolución Cubana ya se había adelantado a los norteamericanos. Las

advertencias frecuentes del Che a Fidel sobre los errores de Arbenz habían obtenido el efecto deseado: el viejo ejército era objeto de una purga exhaustiva; los oficiales de las nuevas fuerzas armadas eran hombres de confianza cuya lealtad y orientación política estaban fuera de toda sospecha. La tropa recibía una «reeducación» política. «El pueblo» recibiría armas e instrucción y se organizaría una milicia nacional de ciudadanos para servir de reserva al ejército regular. El Che sabía que Washington reuniría sus fuerzas, pero para entonces Cuba estaría armada, preparada y atenta.

X

Acaso en mayor medida que el propio Fidel, para entonces el Che se convertía en la pesadilla número uno de Washington en América Latina. El 4 de mayo, el funcionario de asuntos políticos de la embajada estadounidense en La Habana, J. L. Topping, envió un despacho confidencial a Washington en el que relataba su conversación, el 29 de abril, con el doctor Napoleón Padilla, un especialista de la industria tabacalera.

En los últimos tiempos, Padilla había asistido a reuniones con el Che en su carácter de miembro de El Forum Tabacalero, un comité creado para estudiar las posibilidades de aumentar la producción y los puestos de trabajo. Tras calificar a Padilla de «liberal, nacionalista, católico» y antiguo partidario de la revolución contra Batista, Topping señaló que «tuve la impresión de que estaba profundamente preocupado y era sincero en sus observaciones».

Padilla dice que Guevara es un «vulgar comunista internacional», y ni siquiera es inteligente. (En español se dice «vulgar» por estúpido.) Cree que Raúl Castro es aún peor. Dice que Guevara es violenta e irracionalmente antinorteamericano, enconado opositor de la venta de productos norteamericanos aunque se fabriquen en Cuba. Mencionó la Coca-Cola, el [calzado deportivo] Keds y los cigarrillos norteamericanos. Piensa que Guevara y Raúl Castro quieren instaurar un sistema «soviético» en Cuba y que en poco tiempo descubrirán su juego. Guevara suele decir que controla a Fidel Castro.

Guevara describe al nuevo ejército como un «ejército del pueblo», el «defensor del proletariado», el «principal brazo político» de la «Revolución popular». También dice que el nuevo ejército será la fuente principal de «adoctrinamiento» del pueblo cubano y que realizará «obras útiles» —se referiría a la construcción, la cosecha, etcétera—, pero que siempre estará preparado para correr a las armas en defensa de la revolución, que sufrirá inevitablemente el ataque de Estados Unidos…

Padilla dijo que Guevara hablaba con frecuencia sobre el «incidente guatemalteco». Guevara dijo que la libertad de prensa era peligrosa. Había señalado que la libertad de prensa en la Guatemala de Arbenz había sido una de las causas de la caída del régimen. Había dicho que se debía limitar la libertad en Cuba.

En general no se calificaba al Che de «vulgar», pero la mayoría de las demás observaciones de Padilla parecen verosímiles si se supone que aquél había hablado crudamente con la intención de provocar a su interlocutor; jamás perdió la afición por escandalizar a la gente que le parecía escandalizable. En cambio, la supuesta fanfarronada de que «controlaba a Fidel» huele a intento de Padilla de congraciarse con su interlocutor, pues el Che se mostraba invariablemente respetuoso con Fidel salvo en conversaciones con sus amigos más íntimos.

No obstante, es evidente que *algo* sucedió durante el viaje de Fidel al extranjero porque el Che perdió la paciencia con el ritmo de los acontecimientos. Según un informe, reunió a sus jóvenes escoltas y les dijo: «Yo sigo viaje». En vista de los rumores que circulaban, llegaron a la conclusión de que se disponía a conducir una inminente expedición guerrillera contra Trujillo en la República Dominicana. Si en verdad contemplaba esa alternativa, el Che tuvo un cambio de actitud. A juzgar por los sucesos subsiguientes, su decisión de permanecer en Cuba se debió a una señal clara de Fidel de que se disponía a saborear las medidas de construcción de una sociedad socialista en la isla.

La época de contemporizar llegaba a su fin. En la conferencia económica de Buenos Aires había acaparado la atención de la prensa y desconcertado a sus colegas latinoamericanos al pedir a Washington que financiara un «plan de tipo MacArthur» para remediar los males económicos y sociales de la región. Washington debía, según él, desembolsar treinta mil millones de dólares en ayuda económica a Latinoamérica a lo largo de la década siguiente.

Los norteamericanos replicaron sin rodeos que no tenían la menor intención de apoyar semejante idea, y los ministros latinoamericanos se alinearon rápidamente con Washington. Irónicamente, dos años después, el nuevo presidente norteamericano John F. Kennedy lanzaría una variación de la idea de Fidel: un programa de veinte mil millones de dólares llamado Alianza para el Progreso. Desde luego, el plan de Kennedy no pretendía seducir al nuevo caudillo cubano sino prevenir nuevas revoluciones como la suya en el resto del hemisferio.

Fidel regresó a La Habana el 7 de mayo; pocos días después promulgó la ley de reforma agraria y el INRA se convirtió en una realidad. El ministro de Agricultura, Humberto Sorí-Marín, excluido de todas las discusiones previas, renunció inmediatamente. A continuación, Fidel ratificó oficialmente al Che en el grado de comandante de las Fuerzas Armadas Revolucionarias antes de enviarlo al extranjero en una extensa gira de «buena voluntad».

La misión oficial del Che era fortalecer las relaciones diplomáticas y comerciales de Cuba con los países industriales emergentes como Japón y con los

nuevos Estados no alineados de África, Asia y Europa, sobre todo con la India, Egipto y Yugoslavia. Extraoficialmente, claro está, el alejamiento temporal del Che de La Habana ayudaba a Fidel a crear la impresión, sugerida durante su viaje por Estados Unidos, de que se «deshacía» de ese comunista argentino tan molesto para los norteamericanos y para sus propios asesores del 26 de Julio.

En realidad, los planes para la gira se habían iniciado tiempo atrás. Alfredo Menéndez se enteró del interés del Che por los llamados «países de la tercera posición» o Estados del «Pacto de Bandung» —el núcleo del futuro movimiento de países no alineados— cuando colaboraba en la elaboración de la ley de reforma agraria en Cojímar. Le había pedido un análisis económico de Egipto, la India, Indonesia y Japón: «¿Cómo eran las relaciones comerciales nuestras con este grupo de países? ¿Cuánto importábamos, qué exportábamos y qué posibilidad teníamos nosotros de incrementar nuestras exportaciones e importaciones con esos países?»

Menéndez realizó el estudio y lo entregó al Che, pero sólo se enteró del viaje cuando lo presentaron a Fidel como «nuestro azucarero» el día que se firmó la ley de reforma agraria. Con su desparpajo característico, Fidel había obligado a todo el gabinete a reunirse en su antigua base guerrillera de La Plata para la ceremonia. Después de hacerle unas preguntas a Menéndez, Fidel le dijo: «Prepárate, que tienes que salir de viaje con el Che». De regreso en La Habana, éste le explicó el propósito del viaje. «Ya las cosas se habían enfriado un poco, la presión norteamericana era mayor y Cuba quería abrir. La estrategia de la revolución era abrir relaciones con la mayor cantidad posible de países. Y ése fue el objetivo de ese viaje. Tenía un objetivo político y económico, es decir, no dejar aislar la revolución. Ésta es una constante del Che. Me lo dijo en varias ocasiones, que Arbenz cayó por no salir a pelear en el ámbito internacional la defensa de Guatemala, es decir, que se dejó aislar».

Antes de partir, el Che puso la casa en orden. El 22 de mayo consumó su divorcio de Hilda. El 2 de junio se casó con Aleida en una breve ceremonia civil y luego hubo una fiesta en la casa de su escolta más revoltoso, Alberto Castellanos, en La Cabaña. Asistieron el nuevo jefe de policía de La Habana, Efigenio Ameijeiras, así como Harry Villegas, Celia Sánchez, Raúl y su flamante esposa Vilma Espín. Camilo irrumpió con gritos de entusiasmo y unas cuantas botellas de ron para «alegrar» la fiesta. Aleida estaba muy guapa con su nuevo vestido blanco mientras el Che lucía el consabido uniforme verde oliva con boina negra.

Dos semanas antes había enviado a su viejo amigo Julio «el Gaucho» Castro en Buenos Aires una invitación para visitar Cuba:

Gaucho:

Esta experiencia nuestra realmente vale unas cuantas balas. [Si decidís venir], no pensés en volver, la revolución no espera. Un fuerte abrazo de alguien a quien llaman y a quien la historia llamará…

CHE

21. «MI DEBER HISTÓRICO»

I

El 12 de junio, el Che voló a Madrid, de camino hacia El Cairo. Fidel lo había instado a llevar consigo a Aleida, su esposa desde hacía diez días, para «tener una luna de miel». Según ella, el Che la dejó en Cuba porque insistía en que los dirigentes revolucionarios debían hacer gala de austeridad en su vida personal. «Así era él», dijo Aleida.

Para sus hombres, las nuevas órdenes del Che cayeron como un rayo. La nueva misión, inmediatamente a continuación de la orden de Fidel de poner fin a los fusilamientos, tenía todo el aspecto de un *tronazo*, una degradación. Los rumores corrían por La Cabaña. «Él anunció que se iba de viaje…, y a nosotros nos disgustó tremendamente —dijo Borrego—. Nos daba la impresión de que lo habían quitado de jefe del regimiento. Y nosotros interpretamos eso muy mal».

Su estado de ánimo empeoró cuando un rígido comandante nuevo fue designado para sustituirlo. Borrego y algunos camaradas estaban tan enfadados que fueron a quejarse a Camilo Cienfuegos. Éste los recibió con frialdad y una reprimenda: eran soldados, debían obedecer las órdenes, el Che se enojaría muchísimo si se enteraba de semejante conducta. Volvieron a La Cabaña, sumisos pero insatisfechos. Los temores más graves que había provocado la partida del Che parecieron confirmarse cuando se les comunicó la decisión de desmovilizar el regimiento de La Cabaña y trasladarlo a Las Villas. «En el caso mío fue un derrumbe, porque yo tenía organizado todo y fue cargar en camiones los documentos, todo, y volver para Villa-Clara». Pero obedecieron, y permanecieron en Santa Clara hasta el regreso del Che, tres meses después.

II

La «delegación» del Che era tan pequeña como ecléctica. Lo acompañaban su asesor del PSP, Pancho García Vals, el economista y especialista en azúcar Alfredo Menéndez, el capitán del Ejército Rebelde Omar Fernández y un escolta adolescente, el teniente José Argudín. El decano del grupo era el doctor Salvador Vilaseca, de cincuenta y cinco años, profesor de matemáticas en la Universidad de La Habana y miembro del directorio del Banfaic, el banco de desarrollo agrícola, presidido por Javier Carrillo. Unas semanas después, a instancias de Fidel, se les unió en Nueva Delhi el conocido politólogo y comentarista de radio José Pardo Llada, quien tenía una gran audiencia en la isla.

Las escalas principales eran Egipto, la India, Indonesia, Yugoslavia y Ceilán, miembros clave del Pacto de Bandung con los cuales Cuba quería establecer relaciones diplomáticas y, más importante aún, comerciales. La excepción, que aun así ocupaba un lugar destacado en el itinerario, era Japón, un importante importador de azúcar además de un país altamente industrializado. Faltaba poco para la promulgación de la ley de reforma agrícola que, como sabían tanto Fidel como el Che, suscitaría la hostilidad de los terratenientes cubanos y Washington; de ahí la necesidad de explorar mercados alternativos para el azúcar cubano.

La decisión de Fidel de sumar a Pardo Llada a la caravana era algo insólita por cuanto el Che y el periodista de derechas no se profesaban gran estima. Se habían visto una sola vez, en enero, cuando Pardo Llada fue a La Cabaña a interesarse por la suerte de su amigo Ernesto de la Fé, exministro de Información de Batista. El Che le dijo que no podía hacer nada por él; el caso de De la Fé estaba en manos de los tribunales revolucionarios y abundaban las pruebas en su contra. Según Pardo Llada, el Che puso fin a la conversación al decirle: «Y para serle franco, si por mí fuera, mañana lo mandaba fusilar».

Pero el caso se había prolongado y los medios cubanos le daban mucho espacio. Los periodistas habían interrogado al Che sobre el particular durante su conferencia de prensa televisada del 28 de abril, y él había aprovechado la ocasión para agravar la situación procesal de De la Fé al señalar que en el momento de su detención el exministro tenía en sus manos varias copias de expedientes del BRAC, el tristemente célebre buró anticomunista policial creado por la CIA. Orlando Borrego dijo que la impotencia que sintió el Che cuando Fidel le ordenó poner fin a los tribunales revolucionarios se debió en buena medida a la imposibilidad de

«cerrar» el caso De la Fé.

Pardo Llada le dijo a Fidel que no comprendía por qué lo enviaban en una misión comercial: era periodista y no sabía nada sobre comercio. Pero Fidel respondió: «El Che tampoco sabe de eso, pero todo es cuestión de sentido común. ¿Acaso tú crees que yo también sé gobernar? Aquí todos estamos aprendiendo». En vista del precedente sentado por Fidel al rodearse de «burgueses de derecha» para su viaje a Estados Unidos, la inclusión de Pardo Llada en la comitiva respondía a una pauta establecida; nada mejor que enviar a un anticomunista influyente junto con el Che para serenar a sus compatriotas del mismo parecer y convencerlos de la benignidad de la misión. Pero Fidel tenía otros motivos. Pardo Llada era un hombre inteligente, respetado como periodista y como expolítico opositor; su programa diario de radio tenía una audiencia enorme en la isla; en suma, sería un factor peligroso en la ruptura inevitable que se avecinaba y por eso debían encontrarle un puesto donde no constituyera una amenaza.

En todo caso, Pardo Llada partió hacia Nueva Delhi con la sospecha de que se trataba de alejarlos al Che y él mismo del centro de poder; se lo dijo al Che, quien no intentó sacarlo de su error. Pero era a Pardo, no al Che, a quien Fidel deseaba tentar con el exilio. El segundo día en Nueva Delhi, el Che le propuso tentativamente —por orden de Fidel, dijo— permanecer en la India como embajador. Pardo se negó terminantemente a estudiar siquiera la oferta, y el Che, con tacto, se abstuvo de insistir.

Permaneció a regañadientes con la misión del Che durante varias semanas, las que abarcaron las visitas a Japón e Indonesia, pero por lo que pudo ver, tanto viaje no dio beneficio alguno: no vendieron azúcar cubano ni compraron nada. A principios de agosto, cuando la delegación enfiló hacia el oeste, hacia Ceilán y Yugoslavia, Pardo Llada decidió que estaba harto y dijo al Che que volvería a casa.

«¿Y no será —dijo el Che— que no te quieres comprometer visitando un país comunista como Yugoslavia?» Pardo rechazó la insinuación e insistió en su sospecha de que Fidel los había enviado a una suerte de exilio peripatético. El Che, como oficial del ejército, no podía desobedecer una orden, pero él era un ciudadano particular con libertad para tomar sus propias decisiones y había resuelto abandonarlos.

Pardo Llada se separó de la comitiva en Singapur, y aceptó llevar unas cartas del Che a Aleida y Fidel. Al llegar a La Habana, dejó la carta para Aleida en el nuevo hogar de los Guevara, en las afueras de la capital, y a continuación se dirigió a la oficina de Fidel en el nuevo edificio del INRA, que dominaba el gran centro cívico bautizado en los últimos tiempos Plaza de la Revolución. Fidel hizo

algunas preguntas sobre el viaje y la salud del Che, luego desplegó la carta de dos hojas y la leyó lentamente. Sin decir palabra, entregó a Pardo una de las hojas, señalando un pasaje con el dedo. Éste lo leyó y releyó para memorizar las palabras del Che:

Fidel:

… Aprovecho el rápido e inesperado regreso de tu amigo Pardito, para enviarte ésta. A propósito de Pardo, ya ves cómo no quiso aceptar la embajada en la India. Y ahora parece que tampoco se animó para seguirnos a Yugoslavia. Sus motivos tendrá. He discutido mucho durante estos dos meses con él, y te puedo asegurar que Pardito no es de los nuestros…

Pardo piensa que Fidel mostró una «perversa satisfacción» al permitirle leer el pasaje, y cuando devolvió la hoja se limitó a comentar: «Como que el Che no te quiere mucho».

Pardo Llada y el Che volverían a encontrarse en varias ocasiones, de nuevo a causa de un amigo de aquél que se había malquistado con la revolución. Pero ese problema —y el *via crucis* del propio Pardo Llada— aún eran cosa del futuro. El periodista reanudó su trabajo como comentarista de radio, cada vez más preocupado por el rumbo político del país. Mientras tanto, la «misión comercial» del Che proseguía su deambular aparentemente infructífero por Asia, el norte de África y Europa.

III

Es significativo que Pardo Llada jamás se cruzara con el especialista del PSP en materia azucarera Alfredo Menéndez, quien también integraba la delegación. Probablemente existía un motivo excelente para ello, ya que a pesar de su aparente falta de objetivos, el viaje del Che tenía un fin preciso no revelado. Fidel quería vender azúcar a los soviéticos como preludio a establecer relaciones comerciales con Moscú y el bloque comunista. La presencia de Alfredo Menéndez obedecía a ese propósito.

Semejante acuerdo comercial de por sí no debía llamar la atención. La Unión Soviética era un comprador tradicional, aunque menor, de azúcar cubano, con un promedio anual de medio millón de toneladas incluso después de que Batista rompiera las relaciones en 1952. Pero según Menéndez, la última venta de azúcar a Moscú, en 1956, se había realizado después de que Washington diera luz verde. Ese hecho, de ser cierto, ponía de manifiesto la cruel realidad que imponía a Cuba el papel de Estado económicamente vasallo de los norteamericanos durante generaciones. El azúcar era la piedra angular absoluta de la economía isleña. Como principal consumidor mundial de azúcar y comprador de una gran parte de su cosecha anual, Estados Unidos ejercía un peso enorme no sólo sobre la economía cubana sino también sobre su política interior y exterior. Por consiguiente, dadas las suspicacias norteamericanas sobre el rumbo político de la revolución, las negociaciones con los soviéticos debían realizarse con la mayor discreción.

Para Menéndez, la misión era un sueño hecho realidad. Encabezaba unas negociaciones que esperaba que cumplirían, en sus palabras, «una vieja aspiración del viejo partido socialista con el mundo»: poner fin a la dependencia cubana de Estados Unidos de una vez para siempre.

«Nosotros teníamos una cuota norteamericana, que eran unos dos millones y pico, casi tres millones, cuando ellos tenían más necesidad. Cuba tenía capacidad para hacer siete millones de toneladas de azúcar. Capacidad objetiva en el año 1959… Nosotros queríamos cambiar el mercado. El primer objetivo, ese de vender azúcar a la Unión Soviética, fue con vistas a ampliar los mercados nuestros…, no solamente con la Unión Soviética, sino con el resto de los países socialistas… Ésa era una estrategia».

En el marco de esa estrategia, Fidel tuvo la astucia de cubrirse las espaldas.

El 13 de junio, al día siguiente de la partida del Che con su misión, Fidel pidió públicamente a Estados Unidos que incrementara la cuota azucarera cubana de tres millones a ocho millones de toneladas. Tal como sin duda había previsto, Washington rechazó la oferta de comprar *toda* la cosecha, pero el mundo quedó sobre aviso de que Cuba buscaba clientes. (En efecto, un año más tarde, cuando Nikita Jrushov aceptó comprar casi todo el azúcar a precios superiores a los del mercado mundial, Fidel pudo decir que se lo había ofrecido *antes* a los yanquis.)

Los primeros contactos del Che con los soviéticos tuvieron lugar en El Cairo antes de la llegada de Pardo Llada. El Che debía hacer la oferta de venta de azúcar y Menéndez ocuparse de los detalles. Éstos fueron elaborados secretamente durante el mes siguiente del viaje por Menéndez, quien viajó dos veces a La Habana a consultar con Fidel. A fines de julio, los soviéticos ya habían aceptado comprar medio millón de toneladas de azúcar; las negociaciones se realizarían en Londres, una sede neutral donde la Unión Soviética tenía una gran misión comercial y el texto se podía llevar a cabo por intermedio de una agencia internacional de comercio azucarero.

Al cerrar la negociación en Londres, dijo Menéndez: «pasa más desapercibida y no le damos connotación política».

Si bien la venta en sí salió posteriormente a la luz, no sucedió lo mismo con las complejas negociaciones previas entre el Che y la Unión Soviética; éstas jamás aparecieron en la cronología oficial de la «misión de buena voluntad» de 1959. El motivo de la omisión es bastante obvio: las negociaciones azucareras fueron el primer paso importante en las conversaciones secretas que desembocaron en la alianza cubano-soviética, en contradicción con la historia oficial cubana según la cual el régimen castrista fue arrojado a los brazos soviéticos por la hostilidad y agresión norteamericanas.

En cuanto a Alexander Alexeiev, el agente del KGB que aguardaba impaciente en Moscú desde enero, los cubanos aprobaron súbitamente su visado. «En mi pasaporte pusieron corresponsal de TASS —dijo Alexeiev—. Me dijeron que lo hicieron porque tenían todavía miedo de invitar a un funcionario de la Unión Soviética». Partió en septiembre por una ruta indirecta que lo llevó a Italia y Venezuela, hasta llegar a Cuba el 1 de octubre. La sutil danza cubano-soviética empezaba a acelerar el compás.

IV

El Che se hallaba en La Habana desde tres semanas antes. En su viaje de tres meses había recorrido catorce países. Había conversado con el egipcio Gamal Abdel Nasser, el indonesio Sukarno, el yugoslavo Josip Broz Tito y el indio Jawaharlal Nehru, entre otros jefes de Estado. En Gaza y Pakistán lo habían aclamado las multitudes. Había recorrido fábricas y cooperativas agrarias, y conocido de primera mano las condiciones de vida en una parte del mundo donde se desintegraban los viejos imperios coloniales. Estaba satisfecho con su misión, dijo a la prensa, porque había comprobado que los pueblos del mundo admiraban y respetaban la Revolución Cubana. Había establecido relaciones diplomáticas y comerciales con varios países, y confiaba en que los cubanos no tardarían en descubrir los beneficios.

Además de estas declaraciones públicas, escribió una serie de artículos informativos breves para *Verde Olivo*. Estas crónicas de viaje son por lo general bastante áridas, aunque no faltan pasajes irónicos y líricos. En cambio, sus compañeros de viaje rebosaban de anécdotas jugosas sobre el iconoclasta de su jefe, la mayoría de las cuales reflejaban su tristemente célebre desprecio por el protocolo. Pardo Llada escribió algunas de las viñetas más memorables.

En Nueva Delhi, el Che se encontró con su viejo héroe Nehru durante un espléndido almuerzo en el palacio de gobierno. Según el relato de Pardo, el Che deseaba causar buena impresión y vistió uniforme de gabardina en lugar del consabido verde oliva de combate, pero al entrar en el palacio dijo en tono irreverente a sus compañeros: «Creo que estoy elegante como para cenar con el señor primer ministro del país más subdesarrollado del mundo».

Nehru asistió al almuerzo acompañado de su hija Indira y sus jóvenes nietos Sanjay y Rajiv. El venerable primer ministro indio, con exquisita cortesía, explicaba cada plato típico a Guevara y sus acompañantes; el Che sonreía amablemente y trataba de demostrar interés. El banquete se prolongó durante más de dos horas, pero las únicas palabras que pronunciaba Nehru se referían a los platos servidos. Por fin el Che no pudo contenerse y preguntó:

«—Señor primer ministro, ¿cuál es su opinión de la China comunista?

»Nehru escuchaba con expresión ausente y contestaba al rato…

»—Señor comandante, ¿no ha probado usted estas deliciosas manzanas?

»—Señor primer ministro, ¿ha leído usted a Mao Tse-tung?

»—Ah, señor comandante, cuánto celebro que le hayan gustado las manzanas».

El relato posterior del Che sobre su encuentro con el arquitecto de la independencia india dice: «Nehru nos recibió con la amable familiaridad de un abuelo patriarcal, pero con noble interés por los desvelos y las luchas del pueblo cubano».

La verdad es que el Che partió de Nueva Delhi con la sensación de que tenía poco que aprender de los fundadores de la India moderna. Aunque reconocía los obstáculos planteados por las complejas tradiciones históricas y culturales del país, lo desconcertaba la renuencia de Nehru a iniciar una drástica reforma agraria o quebrar el poder de las instituciones religiosas y feudales que, en su opinión, mantenían al pueblo sumido en la pobreza.

En Yakarta hizo buenas migas con un amable compatriota, el embajador argentino. Antes de reunirse con Sukarno, su paisano lo entretuvo con historias sobre el sibaritismo del caudillo indonesio, que vivía como un monarca y mantenía un harén de mujeres de distintas nacionalidades. La favorita del momento, dijo, era una rusa, «regalo» de Nikita Jrushov.

El diplomático argentino acompañó al Che a palacio para servirle de intérprete. Sukarno quiso exhibir su colección de pinturas. La visita se prolongaba, interminable, y Pardo intuía que el Che se estaba poniendo nervioso. Por fin rompió el silencio: «Bueno, señor Sukarno, pero en todo este recorrido no hemos visto a la rusita que dicen es lo mejor que usted tiene en la colección». Afortunadamente, Sukarno no sabía español. El embajador argentino, a punto de desmayarse por el escándalo y la incredulidad, se recuperó a tiempo para inventar una pregunta sobre la economía de Indonesia. Más tarde el Che se rió a carcajadas.

Menéndez recordó la reacción del Che cuando el embajador cubano en Tokio le dijo que al día siguiente debía colocar una ofrenda floral en la tumba del soldado desconocido, el monumento a los japoneses muertos durante la Segunda Guerra Mundial. «¡Oígame, allí yo no voy! —replicó con vehemencia—. Ése es un ejército imperialista que ha matado a millones de asiáticos, y yo no voy a rendirle tributo al ejército japonés. Yo a donde voy a ir a ponerle una corona es a Hiroshima, donde los norteamericanos mataron a cien mil japoneses». El diplomático, tosió, carraspeó, dijo que era imposible, que ya lo había acordado con

el canciller japonés. «A mí no me importa. Usted discutió eso sin mi consentimiento. Mire a ver cómo usted lo quita. Yo no voy a ir allí».

Japón, una potencia económica emergente, era una de las escalas más importantes de la gira. Interesado en los progresos de la industria electrónica japonesa, dedicó mucho tiempo a recorrer las fábricas altamente mecanizadas de Mitsubishi, Toshiba y otras empresas. Los japoneses compraban un millón de toneladas de azúcar en el mercado mundial y pagaban con moneda fuerte. El Che esperaba poder elevar la cuota cubana, que en esa época era un tercio del total.

Su intención era proponer que los japoneses pagaran el aumento de su cuota en yenes; el dinero permanecería en Japón, ya que Cuba lo utilizaría para comprar productos locales. Pidió una reunión con el ministro de Comercio Exterior. Sin embargo, las señales previas fueron desalentadoras porque el funcionario propuso que se reunieran en el Hotel Imperial —el célebre edificio diseñado por Frank Lloyd Wright— en lugar de en su oficina. Menéndez acompañó al Che.

«El Che le hace el planteamiento —recordó Menéndez—. Yo estaba con él, y el individuo le dice que no podía, que la economía de ellos era una economía abierta, que no podían llegar a ese compromiso… Que seguirán comprando azúcar sin mayores compromisos. Y recuerdo que el Che le dice: "Ustedes tienen la presión de los rubios del Norte", y el japonés le contesta: "Es verdad", y el Che le contesta que no hay problemas. Comprendió que era una presión norteamericana».

La seguridad personal del Che fue motivo de preocupación de sus compañeros durante toda la gira. Antes de partir de La Habana, el dirigente del PSP Carlos Rafael Rodríguez dijo a Menéndez que le preocupaba la falta de guardaespaldas; los únicos militares de la comitiva eran José Argudín y Omar Fernández, y viajaban desarmados. «El Che no va a llevar escolta en el viaje… Tomen ustedes las precauciones y no lo dejen solo nunca…, y ármense en Europa al pasar por España, y vayan armados».

En Madrid, donde hicieron escala rumbo a El Cairo, Menéndez recordó las instrucciones de Carlos Rafael y compró dos pistolas Colt. Argudín, que jamás se apartaba del Che, cargó las pistolas durante todo el viaje —eso no representaba una dificultad en esos días anteriores a la era de los secuestros aéreos— y como medida adicional, uno de ellos (generalmente Pancho García Vals) siempre compartía su habitación. El dispositivo funcionó bien hasta que el Che y el doctor Vilaseca fueron invitados a una recepción diplomática en Tokio a la que Argudín no podía asistir. Angustiado, el guardaespaldas obligó al venerable profesor a ocupar su puesto, le enganchó las dos pistolas en el cinturón bajo el esmoquin y lo conminó a «cuidar bien» a su jefe.

El Che, que cumplió treinta y un años durante el viaje, demostraba una consideración especial por el doctor Vilaseca, diecinueve años mayor que él. «Cuando se nos estaban acabando los tabacos —dijo Vilaseca—, ya que todo el mundo fumaba, él decidió que nada más teníamos acceso a los tabacos él y yo. Los demás no podían fumar tabacos, y le quitó el tabaco a todo el mundo bajo protesta». Vilaseca valoró el gesto.

Así como sucedió con los cigarros, las medidas de austeridad del Che solían ser sofocantes para sus compañeros. Según Pardo, en Osaka el cónsul cubano los invitó a una velada en el célebre *cabaret* Metropole, que con sus seiscientas mujeres se decía que era el más grande del mundo. El Che se excusó y prohibió a los uniformados que aceptaran la invitación. Los civiles —Pardo y Vilaseca— podían aceptarla si lo deseaban y correr el riesgo de que «algún fotógrafo de *Time* se aproveche para armarles escándalo y que luego parezca que la delegación cubana se gasta el dinero del pueblo en fiestas y borracheras con putas».

Otra noche, el Che advirtió la ausencia de un par de miembros de la comitiva. Cuando preguntó dónde estaban, Menéndez respondió que no lo sabía. «Ya sé dónde están —dijo el Che—; están puteando por ahí». Cuando Menéndez insistió en que no sabía nada, el Che aparentemente cedió y, como si quisiera demostrar que era «un tipo normal», añadió de repente: «Yo también fui putanero en mi juventud». A continuación le contó que había pasado algún tiempo en el mar y que «una vez cogí una puta y la tuve no sé cuántos meses en el barco… hasta que me aburrí de ella».

En algunas ocasiones el Che se distendió en público. Una vez, en una casa tradicional de geishas donde todas las mujeres habían superado la edad de merecer, bebió una buena cantidad de sake y trató de imitar los pasos de danza de una de ellas. En la residencia del embajador chileno en Delhi, sorprendió a su anfitrión al colocarse cabeza abajo para demostrar sus conocimientos de yoga.

Pero con el paso de los días, la presión de mantener una pose rígida en público acabó por agobiarlo. Evidentemente se sentía solo, porque en una carta a su madre desde la India describió con melancólica ironía la impotencia que le causaba el hecho de no poder quitarse la camisa de fuerza oficial.

Querida vieja:

Mi viejo sueño de visitar todos estos países se produce en una forma que inhibe toda mi felicidad. Hablar de problemas políticos y económicos, dar fiestas donde lo único que falta es que me ponga un esmoquin y dejar de lado mis más puros placeres, que serían ir a soñar a la sombra de una pirámide o sobre el

sarcófago de Tutankamón. Para colmo estoy sin Aleida, a quien no pude traer debido a uno de esos complicados complejos mentales que tengo.

Egipto fue un éxito diplomático de primera magnitud; las embajadas de todos los países del mundo vinieron a la despedida que dimos y comprobé de primera mano lo complicada que puede ser la diplomacia cuando el nuncio apostólico le dio la mano al agregado ruso con una sonrisa realmente beatífica.

Ahora en la India las nuevas complicaciones protocolares me producen el mismo pánico infantil [al tener que responder a los saludos].

A continuación, como en todas las cartas a su madre, se volvió introspectivo:

Algo que realmente se ha desarrollado en mí es la sensación de lo masivo en contraposición con lo personal; soy el mismo solitario que era, buscando mi camino sin ayuda personal, pero ahora poseo el sentido de mi deber histórico. No tengo hogar ni mujer ni hijos ni padres ni hermanos y hermanas, mis amigos son mis amigos en tanto piensen políticamente como yo y sin embargo estoy contento, siento algo en la vida, no sólo una poderosa fuerza interior, que siempre sentí, sino también el poder de inyectarla a los demás y un sentido absolutamente fatalista de mi misión que me despoja del miedo.

Nadie ha definido jamás la esencia de la singularidad del Che Guevara mejor que él mismo en este extraño e íntimo momento de la verdad. Pero como siempre, se retiró defensivamente de esta ensoñación.

No sé por qué te escribo esto, tal vez es sólo nostalgia de Aleida. Tómalo por lo que es, una carta escrita una noche tormentosa en los cielos de la India, lejos de mi patria y mis seres queridos.

Un abrazo a todos,

Ernesto

Tal vez echaba de menos a Aleida, pero resistía el impulso de estar con ella. Aparentemente desconcertado y perplejo por este enigmático espíritu de abnegación de su camarada argentino, Fidel intentó una y otra vez atemperarlo.

«Fidel siempre trataba de juntarnos», dijo Aleida, y recordó que la convocó a su oficina cuando el Che estaba en Japón. Había concertado una llamada de larga distancia con el Che y la aprovechó para sugerir que Aleida se reuniera con él.

Nuevamente, el Che se negó. Fidel repitió el intento cuando el Che estaba en Marruecos, pero su lugarteniente se negó a ceder.

Una noche, en Tokio, toda la delegación se reunió en un cuarto del hotel para conversar, contar sus cuitas y filosofar. Según Menéndez, el Che introdujo un tema de conversación sorprendente, cuyo significado sólo comprendió mucho después. «El Che empieza a hablar de sus proyectos, pero nunca lo asocié a un plan práctico…: "Porque hay un altiplano, un altiplano en América del Sur, ahí en Bolivia, Paraguay, la zona esa que tiene fronteras con Brasil, con Uruguay, con Perú, con tal lugar, contando con Argentina… si nosotros afincamos una guerrilla allí, rayamos una revolución para toda América del Sur."»

V

En una revolución, tres meses es mucho tiempo, y cuando el Che volvió a Cuba en septiembre de 1959, en su ausencia se habían producido grandes cambios. Fidel había acrecentado su poder político, pero el clima estaba más tenso y polarizado que nunca.

La ley de reforma agraria empezaba a generar reacciones enérgicas. Había comenzado la requisa de tierras y la reforma no era tan diáfana como pudo parecer en un primer momento. El gobierno demoraba las indemnizaciones, ofrecía a los terratenientes afectados bonos a bajo interés en lugar de dinero al contado, pero Estados Unidos estaba alerta. En una nota de advertencia —a la que Fidel no había respondido—, confiaba en que los terratenientes norteamericanos expropiados, si los hubiere, recibirían compensación inmediata.

Los ricos ganaderos de Camagüey afectados por la reforma iniciaron una campaña contra las invasiones de tierras, y el respetado comandante militar de la provincia, Huber Matos, había tomado partido por ellos al denunciar públicamente la penetración comunista en las fuerzas armadas y el INRA. A medida que la disputa con el ascendente PSP se volvía más enconada, Matos aparecía como el portavoz principal del ala anticomunista del Movimiento 26 de Julio.

Después de la renuncia del ministro de Agricultura, Sorí-Marín, Fidel había continuado con la limpieza de la casa. Los elementos moderados del gabinete perdían sus puestos y eran reemplazados por fidelistas leales. El canciller Roberto Agramonte fue despedido y reemplazado por Raúl Roa, embajador ante la OEA y antiguo decano de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de La Habana. No obstante su anticomunismo confeso después de renunciar al partido en su juventud, el inmutable Roa se volvió un fidelista acérrimo y un diplomático brillante que seguía el rumbo político del «jefe máximo» cubano. El ministro del Interior, Luis Orlando Rodríguez, era un viejo amigo de Fidel que había ayudado a fundar Radio Rebelde en la Sierra Maestra, pero eso no lo salvó de la destitución.

A mediados de junio, una expedición de unos doscientos guerrilleros cubanos y dominicanos bajo el mando de Delio Gómez Ochoa, antiguo comandante del 26 de Julio designado por Fidel, desembarcó en la República Dominicana, pero las fuerzas de Trujillo la aniquilaron y los pocos integrantes que se salvaron de la muerte o la cárcel tuvieron que huir. Al mismo tiempo, un ejército

anticastrista autodenominado Legión Anticomunista del Caribe respaldado por Trujillo se entrenaba en una base aérea dominicana. Sus más de trescientos cincuenta integrantes —ciento cincuenta españoles, cien cubanos y un surtido de mercenarios derechistas entre croatas, alemanes y griegos— salieron a la caza de los rebeldes prófugos. Entre los cubanos se contaban la antigua némesis del Che, Ángel Sánchez Mosquera, exoficiales de policía de La Habana y el piloto personal de Batista. Para facilitar la persecución, Trujillo ofreció a los campesinos una recompensa de mil dólares por la cabeza de cada rebelde apresado. Los campesinos tomaron la oferta del generalísimo al pie de la letra y empezaron a presentarse en cuarteles del ejército con bolsas de arpillera que contenían cabezas *barbadas* para reclamar la recompensa. El número de cabezas cortadas no tardó en superar al de los invasores, y los legionarios se quejaban entre carcajadas de que los campesinos no les dejaban cubano con vida para combatir.

Después del fiasco dominicano, para colmo de males, el jefe de la fuerza aérea cubana, Pedro Luis Díaz Lanz, desertó y poco después apareció en Washington para denunciar ante una comisión del Senado que en las fuerzas armadas se habían infiltrado comunistas. El presidente Manuel Urrutia, en un discurso televisado, rechazó la acusación y, con la evidente intención de obligar a Fidel a mostrar sus cartas, declaró su firme oposición al comunismo.

En un contraataque sorpresivo, Fidel denunció el intento de Urrutia de quebrar la «unidad revolucionaria» e insinuó que era cómplice del traidor Díaz Lanz. Mientras millares de fidelistas eran transportados en camiones a La Habana para festejar el 26 de julio, Fidel renunció como primer ministro y dejó hacer a la turba. El clamor popular por su regreso creció rápidamente. Urrutia comprendió tardíamente que había caído en su propia trampa, renunció y buscó refugio en una embajada. El 26 de julio, Fidel apareció ante la multitud y cedió al «reclamo del pueblo» de que retirara su renuncia. En sustitución del recalcitrante Urrutia, Fidel designó presidente a Osvaldo Dorticós, el dócil ministro de Leyes Revolucionarias.

VI

A partir de entonces, las actividades de quienes, como Urrutia, intentaban «sabotear» la «unidad» revolucionaria, cayeron bajo el calificativo de «contrarrevolución». En efecto, ya aparecían las primeras señales de actividad contrarrevolucionaria. Además de la fuerza que se entrenaba en la República Dominicana, diversos grupos de exiliados organizaban fuerzas paramilitares sin disimulo en Miami. Después de que explotaran varias bombas en La Habana y se descubriera una conspiración para asesinarlo, Fidel hizo introducir una enmienda en la Constitución para sancionar el nuevo delito de «contrarrevolución» con la pena de muerte.

En agosto, la Legión Anticomunista de Trujillo estaba movilizada para invadir Cuba, pero Fidel había preparado una sorpresa para recibir a sus combatientes. Era un plan astuto realizado con la complicidad de los jefes del antiguo Segundo Frente, Eloy Gutiérrez Menoyo y el norteamericano William Morgan. Ellos hicieron creer al dictador dominicano que estaban dispuestos a dirigir una insurrección anticastrista (precisamente lo que harían antes de que pasara mucho tiempo, pero en esa época aún colaboraban con Fidel). En el momento indicado, enviaron un radiograma a la República Dominicana para informar de que sus fuerzas habían tomado la ciudad cubana de Trinidad: era la señal convenida para que la Legión Anticomunista volara a darles su apoyo. Cuando el avión que transportaba a un centenar de combatientes, pilotado por el mismo aviador que había llevado a Batista al exilio, aterrizó en el campo cerca de Trinidad, Fidel y sus soldados estaban esperándolo. Sin embargo, unos cuantos legionarios aún se hallaban en la República Dominicana. Uno de éstos tendría una importante participación en sucesos posteriores en América Latina: era un cadete de dieciocho años llamado Félix Rodríguez.

El tío de Rodríguez había sido ministro de Obras Públicas de Batista, y toda su familia se había exiliado después de que Castro conquistara el poder. Amargado por los infortunios de su familia, Rodríguez había abandonado la escuela militar de Perkiomen, Pensilvania, para unirse a la legión de Trujillo. Al quedarse en la República Dominicana, evitó pasar largos años en la cárcel como la mayoría de sus camaradas apresados, pero la derrota agudizó su sensación de impotencia. Volvió a Perkiomen a finalizar sus estudios y resolvió que dedicaría su vida a destruir la Revolución Cubana. La mayoría de sus intentos resultarían vanos, pero a lo largo de su carrera pudo asestarle algunos golpes rudos. Su camino se cruzaría con el del

Che ocho años después del fiasco de Trinidad, el último día de vida de Guevara.

VII

A finales de septiembre de 1959, Fidel tuvo que hacer frente a una amenaza más inmediata, una confrontación decisiva con Huber Matos. El comandante militar de Camagüey, que no ocultaba su disgusto con el brusco viraje a la izquierda de la revolución, instó a Fidel a convocar al Directorio Nacional del 26 de Julio para discutir la «infiltración comunista» en el ejército y el INRA. Desde su posición en el corazón de la región más rica y conservadora de Cuba, Matos constituía una amenaza real.

Éste fue el clima de inestabilidad que recibió al agente soviético Alexander Alexeiev cuando llegó a La Habana el 1 de octubre. Los corresponsales del diario comunista *Hoy* que fueron a recibirlo lo condujeron al Hotel Sevilla, un establecimiento barato y discreto situado en La Habana Vieja. Al día siguiente, los dirigentes del PSP Carlos Rafael Rodríguez y Raúl Valdés Vivo lo pusieron al tanto de la situación política. Lo invitaron a una reunión con Blas Roca y otros dirigentes del Buró Político, pero Alexeiev se disculpó y llamó a Violeta Casals.

Ella era una conocida actriz, comunista, fidelista leal y locutora de Radio Rebelde en la Sierra Maestra. Alexeiev, que la había conocido el verano anterior en Moscú, le pidió que le presentara al Che. Casals accedió a concertar el encuentro. Mientras esperaba, Alexeiev mantuvo una presencia discreta y envió algunos despachos para TASS con el fin de guardar las apariencias.

El Che había regresado apenas tres semanas antes, y Fidel le había encomendado la creación del Departamento de Industrialización del INRA. Su nueva oficina era un edificio de catorce pisos aún en construcción que Batista había destinado a la futura sede del gobierno municipal capitalino. Se alzaba junto al gran centro cívico dominado por un gran obelisco blanco y una estatua de José Martí, bautizado recientemente como Plaza de la Revolución.

Fidel era el presidente del INRA, Núñez Jiménez el director ejecutivo y desde sus oficinas se preparaba la *verdadera* Revolución Cubana. El anuncio oficial del nuevo puesto del Che se retrasaría hasta el 8 de octubre, pero los rumores ya circulaban y desde luego habían llegado a conocimiento de la embajada estadounidense. En un despacho a Washington, el 16 de septiembre, ésta informó: «Circulan rumores de que [el Che] recibirá un importante nombramiento en el gobierno. Se habla sobre todo de la dirección de un instituto de desarrollo

industrial o el Ministerio de Comercio».

A fines de septiembre, el Che fue a Santa Clara a reunirse con su regimiento de La Cabaña. Reunió a los oficiales en la casa de Víctor Bordón y les habló de sus nuevas responsabilidades; no era lo que esperaban ni deseaban escuchar. Orlando Borrego estaba en la primera fila. «Nos anunció que, bueno, que se había decidido por Fidel y por toda la dirección de la revolución crear el Departamento de Industrialización para desarrollar el país. Nos dio una explicación de eso, de la importancia que eso tenía para la economía, qué sé yo, y que él había sido designado al frente del desarrollo industrial del país. También nos sorprendió aquello, porque pensábamos que el Che regresaba para hacerse cargo del regimiento, y entonces al decirnos que se iba definitivamente a la parte civil, eso nos cayó muy mal».

Para Borrego fue como si se confirmaran los rumores de los últimos meses sobre la degradación del Che, quien sólo trataba de ponerle al mal tiempo buena cara. «A nosotros nos parecía que no era correcto, que el Che, comandante de La Cabaña, jefe del regimiento, era más importante para nosotros que lo que él nos explicaba. Él lo explicó con mucho entusiasmo, que era una actividad muy bonita, que le gustaba».

Entonces el Che se dirigió a él: «Borrego, ¿quisieras irte conmigo a trabajar en el proyecto ese?» Éste respondió que era soldado y haría lo que se le pidiera. El Che pareció complacido: «Bueno, preséntate mañana en mi casa en La Habana, temprano en la mañana».

Al día siguiente, recorrieron juntos el octavo piso del edificio del INRA. Núñez Jiménez ya estaba instalado en el cuarto piso y Fidel, el presidente del INRA, en el decimocuarto, el más alto. Hasta entonces, el Departamento de Industrialización, anunciado con tanta fanfarria, consistía en el Che, su contable de veintiún años Orlando Borrego y unas paredes desnudas de hormigón. «Bueno, lo primero es terminar de construir esto —dijo el Che al echar una mirada alrededor —, y para que tú lleves la parte administrativa del departamento este».

En realidad, no era en absoluto insólito que Fidel eligiera al Che para ocuparse de la industria. Desde la época de la Sierra Maestra su lugarteniente argentino había sido el principal propulsor de la creación de industrias autosuficientes, empezando por sus modestos hornos de panificación, talleres de zapatería y rústicas fábricas de bombas en El Hombrito y La Mesa. Era el momento de extrapolar las lecciones de la experiencia guerrillera a toda la isla y, en lo posible, a Latinoamérica entera. Desde la victoria rebelde, Fidel abogaba insistentemente por la industrialización del país y, junto con ella, la militarización

masiva de la sociedad. Daba por sentado que Estados Unidos los invadiría, y entonces toda la población cubana debería abandonar las ciudades para combatir como un ejército guerrillero. Y aunque esto no sucediera, la industrialización pondría fin a la dependencia cubana de las exportaciones agrícolas, controladas por los mercados y en particular por la entrometida Norteamérica.

Al anunciar oficialmente la designación del Che en el INRA, Fidel dijo que conservaría su grado y responsabilidades militares. Si bien, según algunos testimonios, el Che esperaba íntimamente que lo designaran ministro de las Fuerzas Armadas Revolucionarias, un puesto para el que Fidel designó a su hermano Raúl, aquél no expresó la menor desilusión. Orlando Borrego insiste en que se mostró entusiasmado con el puesto desde el comienzo.

Mientras tanto, sus esperanzas de que el apoyo cubano a la revolución armada en otros países del hemisferio produjera resultados inmediatos sufrieron un duro golpe. Aplastada la expedición a la República Dominicana, la fuerza nicaragüense auspiciada por él fue un fracaso lamentable. El dirigente del grupo de cincuenta y cuatro hombres entre cubanos y nicaragüenses, elegido especialmente por el Che, era un antiguo oficial de la Guardia Nacional de ese país, Rafael Somarriba. Lo acompañaban Rodolfo Romero, amigo del Che, y el intelectual Carlos Fonseca.

Desde principios de junio, los miembros de la expedición habían viajado en pequeños grupos a Honduras para concentrarse en una finca cerca de la frontera con Nicaragua; la noche del 12 al 13 de junio, el piloto personal del Che, Eliseo de la Campa, les había llevado una carga de armas. Tres semanas después marcharon a la frontera, pero evidentemente hubo un chivatazo, porque una fuerza militar hondureño-nicaragüense les tendió una emboscada en una hondonada. Murieron nueve expedicionarios, entre ellos un cubano, y Carlos Fonseca resultó malherido. Los supervivientes fueron a parar a una cárcel hondureña, pero los liberaron semanas después. Esto se debió, según Romero, a que el presidente hondureño Villeda Morales era «admirador del Che», y su jefe de seguridad, casado con una nicaragüense, era un antisomocista acérrimo. Romero volvió a La Habana. Poco después del regreso de su prolongada misión en el exterior, el Che lo convocó a un encuentro a solas.

«Estaba furioso —recordó Romero—. Sobre todo cuando le conté cómo nos jodieron». Romero atribuyó el fiasco a la «estupidez» de Somarriba, quien los condujo a una hondonada donde fueron presa fácil de una emboscada. «El Che respondió: “La verdad es que estos militares de carrera son una mierda.”» A petición del Che, Romero dibujó un croquis del lugar de la emboscada para mostrarle cómo habían sucedido las cosas. «Estás vivo de milagro», comentó.

A partir de entonces, los contactos de Romero con el Che se volvieron más esporádicos; decidieron que los nicaragüenses necesitaban mayor instrucción y experiencia de combate antes de intentar una nueva expedición guerrillera. Romero y sus camaradas fueron absorbidos por el flamante aparato de contrainteligencia militar que dirigían Ramiro Valdés y su segundo, Manuel Piñeiro Losada, «Barbarroja», exestudiante de la Universidad de Columbia e hijo de inmigrantes gallegos dueños de una empresa importadora de vino y distribuidora de cerveza en Matanzas. Los primeros reveses demostraban que el proyecto de apoyo cubano a las guerrillas requería una estructuración mayor.

Por el momento, el Che asumió sus deberes en el INRA. Le construyeron una oficina con un lugar para Aleida y para su secretario privado, José Manresa. Construyeron otra para Borrego, quien aún no tenía la menor idea de lo que debía hacer. Se les unieron el ingeniero César Rodríguez y el dirigente del PSP Pancho García Vals. El Departamento de Industrialización existía formalmente, pero ni siquiera el Che sabía cómo proceder. Su misión era industrializar Cuba, pero ¿cómo hacerlo?

Pocos días después de ocupar su nueva oficina, recibió una llamada de Violeta Casals: un corresponsal de TASS estaba en la ciudad y deseaba verlo. El Che aceptó recibir al «periodista» soviético.

Le dijeron a Alexeiev que se presentara en la oficina el 12 de octubre a las dos de la mañana. Cuando llegó a la hora indicada, las únicas luces eran las del escritorio del Che y otro vecino ocupado por una bonita mujer rubia que trabajaba en silencio.

«Entonces empezamos a hablar —recordó Alexeiev—. Él estaba muy contento, cuando conoció que yo me vine de Argentina hace poco, unos cuatro o cinco meses. Hablamos y como yo conocía que él es rojo, yo hablaba más abiertamente porque veía que él estaba muy abierto… Yo tenía un paquete de cigarros que le llevaba de Argentina, le regalé unas tres o cuatro cajitas de cigarros argentinos que se llamaban Tejas. Entonces digo: "Che, yo te regalé una cosa que te va a dar un recuerdo." ¡Error! Él estaba furioso… estaba tan furioso, que dice: "¡Ah! ¿Qué tú me regalaste? Tejas, ¿tú sabes qué es eso? La mitad de Méjico que agarraron los bandidos yanquis."» Alexeiev no sabía qué hacer ante semejante alarde de ira. «Le digo: "Che, discúlpame por este regalo tan… tan raro, pero estoy contento porque ahora yo conozco lo que piensas del enemigo común." Aquí reímos un poco».

Pasado el «delicado» momento inicial, recordó Alexeiev, la conversación adquirió un tono cordial.

Al advertir lo tarde de la hora y que la mujer que suponía era la secretaria aún trabajaba, Alexeiev bromeó: «"Che, tú que eres tan luchador contra el explotador, etcétera, y después explotas a la muchacha." Él dijo: "¡Ah, sí! Es verdad, pero no únicamente es mi secretaria, es mi esposa también."»

Conversaron así hasta el amanecer, y hacia el final el Che dijo: «Nuestra revolución es verdaderamente progresista, antiimperialista, antinorteamericana, por el pueblo… Pero nosotros no podemos conquistarla y mantenerla sin el apoyo de todo el movimiento revolucionario del mundo y, sobre todo, del campo socialista y de la Unión Soviética». Enfatizó que era su posición personal.

Alexeiev comprendió la insinuación y dijo que quería conocer el pensamiento de los demás dirigentes revolucionarios: ¿podían concertarle un encuentro con Fidel? «El Che dice: "No, el problema es que a Fidel no le gusta el trato con periodistas." Digo: "Bueno, mi propósito no es para entrevistas, no para prensa." El Che comprendió».

Tres días después, la tarde del 16 de octubre, Alexeiev recibió una llamada en su cuarto del Hotel Sevilla. «"Señor Alejandro Alexeiev, ¿qué está haciendo?" Digo: "No, no estoy haciendo nada." "Bueno, usted pidió una entrevista con el comandante Fidel Castro. Si usted puede, él puede recibirlo enseguida y nosotros podemos ir a buscarle."»

Alexeiev se preparó lo más rápidamente que pudo. «Me pongo un traje oscuro, negro, camisa blanca, corbata gris de traje, para tener una diplomática presencia». Tomó unas botellas de vodka y unas latas de caviar soviético que guardaba para la ocasión y bajó a esperar a sus escoltas. Dos muchachos barbudos armados con ametralladoras lo recibieron en el vestíbulo, y cuando partían, Alexeiev pensó, divertido: «La gente que me conozca pensará: "Único soviético, único ruso en Cuba y lo llevaron detenido."»

Los escoltas lo condujeron al mismo edificio del INRA donde se había reunido con el Che, pero esta vez el ascensor subió al piso más alto. Allí lo aguardaban otros dos hombres barbudos y uniformados: Fidel Castro y Núñez Jiménez. Pasaron a la oficina de aquél, se sentaron en torno de una gran mesa redonda de madera e iniciaron la conversación.

Después de las primeras frases de cortesía, Fidel preguntó qué había en el paquete. Al ver el caviar y el vodka, sugirió que los probaran. Momentos después, mientras bebían el vodka y comían galletas con caviar, Fidel, que evidentemente disfrutaba del momento, se volvió hacia Núñez Jiménez como si acabara de ocurrírsele una idea: «Núñez, qué formidable es la mercancía soviética, yo nunca la

había probado. Me parece que vale la pena restablecer relaciones comerciales con la Unión Soviética».

Alexeiev respondió: «Fidel, muy bien. Hay una cosa ya casi hecha, se puede decir, y me interesa mucho establecer relaciones culturales, y mucho mas importantes, diplomáticas». Según Alexeiev, Fidel se apresuró a responder: «No, eso parece que no, todavía no. La formalidad no es tan importante; yo estoy en contra del formalismo. Tú llegaste, tú eres emisario del Kremlin, vamos a contar que ya nosotros como gobierno tenemos relaciones, pero el pueblo no, el pueblo no está listo, el pueblo está envenenado por la propaganda burguesa de los americanos contra el comunismo».

A continuación, Fidel se refirió a la estrategia revolucionaria de Lenin de «educar a las masas» y dijo que haría caso a esa máxima; erradicaría la campaña de prensa anticomunista y, gradualmente, los prejuicios del pueblo, pero hacía falta tiempo. Hasta entonces, Alexeiev había tenido sus reservas acerca de Fidel, pero esa demostración de que había leído a Lenin («no en profundidad, pero bastante bien») lo impresionó. Sin embargo, aún tenía algunas sospechas. Miraba fijamente la medalla de oro de la Virgen del Cobre, la santa patrona católica de Cuba, que pendía a la vista sobre el pecho de Fidel, y éste no dejó de advertirlo. «Alejandro, no preste atención, no es nada —dijo—. Mi vieja me la mandó a la sierra».

Alexeiev comprendió que había otra razón. El catolicismo era fuerte en Cuba, y Fidel lucía ese medallón como forma de guardar las apariencias.

A pesar de sus reticencias, Alexeiev empezó a sentir estima por Fidel y señaló que tenían varios rasgos en común: eran casi tocayos, pues el segundo nombre de Fidel era Alejandro. También los unía el número trece. El cumpleaños de Fidel era el 13 de agosto, y Alexeiev era trece años mayor que él. Además, su cumpleaños era el 1 de agosto, o sea que los separaban trece días. El intento de hallar las afinidades simbólicas entre ambos cautivó a Fidel, conocido por su afición a la numerología.

Mientras tanto, Alexeiev trataba de descubrir en qué medida su concepción de la revolución coincidía con la de Guevara o difería de ella. «Es una revolución verdadera, hecha por el pueblo y para el pueblo —dijo Fidel—. Nosotros queremos construir una sociedad justa, sin explotación del hombre por el hombre, y el pueblo armado para defender sus conquistas. Si Marx se levantara él estaría contento de ver que puedo dar armas al pueblo». Aunque advirtió que evitaba usar la palabra «socialismo», que el Che sí había empleado, Fidel le «dio a entender» que compartían la misma ideología.

Al acabar la reunión, el ruso tenía una misión que cumplir. Surgió con la misma aparente espontaneidad de la decisión de reanudar las relaciones cubano-soviéticas hecha por Fidel mientras bebían vodka. Según el relato de Alexeiev, después de que Fidel explicó la necesidad de «ser pacientes» con los cubanos debido al anticomunismo rampante que les habían inculcado, Núñez Jiménez terció para sugerir que Alexeiev podía pedirle a su gobierno que trajera la exposición comercial soviética, que entonces estaba en México, a La Habana. Había visitado la exposición, inaugurada por el viceprimer ministro soviético Anastás Mikoyán, durante un viaje a Nueva York en julio, y le había impresionado mucho. «Y vale la pena, de verdad —recordó que Núñez Jiménez le dijo a Fidel—, abrir los ojos a los cubanos sobre la Unión Soviética, porque se decía que la Unión Soviética estaba atrasada».

Fidel preguntó a Alexeiev qué opinaba. ¿De veras era tan buena la exposición? Éste respondió que en su opinión sí lo era, pero creía que sería difícil de lograr. Tenía un itinerario establecido que no incluía a Cuba y que difícilmente se podía alterar en vista de la morosidad de la burocracia soviética.

Pero Fidel, que ya se había apropiado de la idea de Núñez, se negó a aceptar su respuesta. «Tiene que venir —exclamó—, y tiene que venir a inaugurarla Mikoyán, el viceprimer ministro. Sí, claro, es planificada pero tiene que venir. Nosotros somos revolucionarios. Viaja a Méjico y explícale a Mikoyán qué clase de revolución es, que vale la pena que venga si está cerca». Alexeiev accedió a intentarlo, pero advirtió que su pasaporte soviético no le permitía viajar libremente. «No te preocupes, nuestro embajador mejicano lo arreglará».

Días después, Alexeiev voló a Ciudad de México para reunirse con Mikoyán. Hasta entonces, su misión a La Habana había rendido frutos. Con el empujón inicial del Che seguido por la aprobación de Fidel, las ruedas del destino político que llevarían a Cuba a la órbita soviética habían empezado a girar.

22. «SOMOS EL FUTURO Y LO SABEMOS»

I

El 4 de febrero de 1960, el viceprimer ministro Anastás Mikoyán llegó a La Habana acompañado por su hijo Sergo, de treinta años, el embajador soviético en México, un ayudante personal y un joven oficial del KGB que le servía de intérprete y guardaespaldas, Nikolái Leonov. Mikoyán le pidió a Leonov que entregara obsequios a «los dirigentes principales de la revolución». La tarea era una oportunidad para que Leonov visitara en privado a sus viejos conocidos de Ciudad de México, y ante todo fue a ver al Che Guevara.

El Che y Aleida acababan de mudarse de su remota casa de campo a los confines más seguros de Ciudad Libertad, un antiguo y enorme cuartel en el suburbio occidental de La Habana. Vivían en una de las casas que antes alojaban a los oficiales de Batista, cerca de la pista aérea militar.

Habían pasado apenas poco más de tres años desde su último encuentro en México, donde Leonov había prestado algunos libros soviéticos al joven médico argentino tan ávido de aprender sobre el socialismo, pero ya los extemporáneos contactos iniciales del ruso con los rebeldes de Castro habían encontrado su justificación; estaba en Cuba escoltando al «número dos» de la Unión Soviética. En cuanto a Guevara y los hermanos Castro, ya no eran exiliados políticos molestos que abrazaban una causa delirante sino los líderes indiscutidos de la nueva Cuba revolucionaria, evidentemente dispuestos a «hacerse socialistas» y forjar una alianza con su país a pesar del riesgo de guerra con Estados Unidos.

«En nombre del pueblo soviético» Leonov le llevó a Guevara un obsequio distinto: una pistola soviética de precisión, de la mejor calidad, enfundada en una cartuchera preciosa y con una buena cantidad de municiones.

Convocado perentoriamente a Moscú desde México en noviembre de 1956 y despedido del servicio exterior, Leonov había iniciado una trayectoria profesional como historiador especializado en Latinoamérica y como traductor para Editorial Progreso, la agencia del gobierno que publicaba libros en español. A finales del verano de 1958, había aceptado la oferta de ingresar en el KGB. El 1 de septiembre inició un curso de formación como agente de inteligencia que debía durar dos años, pero que no completó, dijo, «debido a la Revolución Cubana».[66]

En octubre de 1959, sus superiores del KGB ordenaron a Leonov que

acompañara a Mikoyán a México. Puesto que el anfitrión del viceprimer ministro no era el gobierno mexicano sino el embajador soviético, y el propósito ostensible era inaugurar la exposición comercial, no podía viajar con la gran comitiva habitual; Leonov, que había vivido en México, sería su único acompañante en calidad de guardaespaldas, intérprete ruso-español y «asesor».

Leonov se encontraba con Mikoyán en México cuando llegó Alexander Alexeiev en misión secreta desde Cuba y fue derecho a reunirse con el alto funcionario. «Hablé de Fidel, del Che, de Raúl, de la revolución —dijo Alexeiev—. Y como Mikoyán vino de la revolución [bolchevique] en su juventud, él se acordó de su juventud, del romanticismo revolucionario, él escuchaba con mucho interés». Alexeiev explicó la propuesta de Fidel: «Y ellos no solamente me pidieron la exposición, me pidieron también que antes de terminar en Méjico usted vaya a Cuba para hablar, Fidel quiere hablar». Mikoyán lo escuchó atentamente y dijo que, como Fidel, desdeñaba las «formalidades», pero era viceprimer ministro y por lo tanto no podía visitar un país con el cual Moscú no tenía relaciones diplomáticas. Envió un telegrama al Kremlin y a Alexeiev a Moscú para explicar la situación.

«Moscú aceptó trasladarla después de Méjico a Cuba porque Jrushov ya se había enamorado también de la Revolución Cubana —dijo Alexeiev—. Yo no sé por qué cosa, pero ya estaba también contento porque iba a tener una ficha más contra los americanos».

Después de una demora prolongada, la exhibición soviética abrió sus puertas en La Habana en febrero de 1960. (La inauguración estaba prevista inicialmente para el 28 de noviembre de 1959, pero la fecha coincidía con un congreso católico en la capital, y Fidel no veía motivos para provocar la ira de los conservadores.)

Tras su llegada a La Habana con Mikoyán, Leonov detuvo su coche frente a la casa de los Guevara; faltaba poco para el mediodía, pero el Che aún estaba en la cama. «Él estaba dormido como a las once de la mañana —dijo Leonov—, agotado; se levantó y se entusiasmó al verme. “¡Hombre!, ¡qué milagro, cómo caíste del cielo!”» Mientras bebían café, Leonov le entregó la pistola de precisión, un regalo que le encantó.

Después de felicitarlo por la victoria rebelde, Leonov recordó antiguas conversaciones, la avidez con que el Che leía libros soviéticos en México y preguntó: «Ahora vas a construir el socialismo, piensas en serio en eso, ¿verdad?» «Sí, voy a dedicar toda mi vida a eso —respondió el Che—. Por eso leía al principio, para construir después».

II

Si el hecho de hallar al Che durmiendo a esas horas despertaba su curiosidad, Leonov no tardaría en conocer los motivos. Además de trabajar en el INRA, para entonces era presidente del Banco Nacional de Cuba.

Era una carga pesadísima, y en aquella época su larga jornada laboral adquiría dimensiones legendarias. En la capital circulaban anécdotas sobre dignatarios extranjeros a quienes concedía entrevistas a las tres, pero cuando llegaban a su oficina a esa hora Manresa les informaba de que era a las tres de la mañana, no de la tarde. Las audiencias de madrugada como la de Alexeiev en octubre ya no eran la excepción sino la norma.

En una carta a sus padres, en Navidad, el Che trató de hacerles comprender la clase de vida extraña que llevaba:

Queridos viejos:

Saben cuánto me cuesta escribir. Me tomo un respiro a las seis y treinta de la mañana, no al comienzo sino al final del día, para desearles todo lo deseable en estos días. Cuba vive un momento que es decisivo para América. Alguna vez quise ser un soldado de Pizarro; pero [para satisfacer] mi afán de aventuras y mi anhelo de vivir momentos culminantes eso ya no es una necesidad; hoy todo está aquí y con un ideal por el cual luchar, junto con la responsabilidad de dejar un ejemplo. No somos hombres sino máquinas de trabajo, luchando contra el tiempo en medio de circunstancias difíciles y luminosas.

El Departamento Industrial fue mi propia creación; lo entregué a medias, con el dolor de un padre agotado, para hundirme en mis aparentes dones divinos para las finanzas. También tengo el puesto de Jefe de Instrucción del E. Rebelde y el mando directo de un regimiento en Oriente. Caminamos sobre pura historia de la más alta categoría americana; somos el futuro y lo sabemos, construimos con felicidad aunque hemos olvidado los afectos individuales. Reciban un abrazo afectuoso de esta máquina que dispensa amor calculador a 160 millones de americanos, y a veces, el hijo pródigo que vuelve en el recuerdo.

Che

Su vida con Aleida también seguía una rutina establecida. Se veían en la oficina, ya que ella era su secretaria, pero tenían escasa intimidad durante las breves horas que pasaba en casa. El guatemalteco Patojo vivía intermitentemente con ellos desde principios de 1959 y Oscar Fernández Mell ocupaba el cuarto para huéspedes en la casa de Ciudad Libertad; como jefe de servicios médicos del nuevo ejército, trabajaba cerca de ahí, en la vieja sede del comando naval.

Aleida se acostumbró a la rutina, pero lo que *sí* le fastidiaba era la presencia incesante de Hilda Gadea. La exesposa del Che trabajaba en otro piso del INRA, en una oficina creada para asistir a los campesinos que habían perdido sus viviendas por causa de la guerra. Aleida sospechaba que Hilda no perdía las esperanzas de reconquistar al Che y aprovechaba la menor oportunidad para hacerse presente con Hildita, a quien llevaba a jugar o almorzar en la oficina del padre. A éste no le importaba: su única hija despertaba en él un sentimiento complejo, mezcla de afecto paternal y culpa por ser la víctima inocente de su fracaso matrimonial y su ausencia prolongada. Para compensarla por ello, la tenía consigo siempre que podía, y cuando Hilda lo permitía, la llevaba a su casa a pasar los fines de semana.

Aleida aceptaba la presencia de la niña para no contrariar al Che, pero cuando las visitas a la oficina eran excesivamente frecuentes e Hilda parecía aprovecharlas para coquetear y conversar con el Che, ella hervía de rabia contenida. Las interrupciones constantes de Hilda también enfurecían al Che, quien se contenía para evitar una escena. Pero un día no pudo soportarlo, salió furioso de la oficina y vociferó en presencia de una secretaria: «Daría lo mismo que no me hubiera divorciado».

Hilda solía conversar con la joven secretaria, a quien confiaba sus sentimientos y de paso hablaba mal de Aleida. Ésta a su vez regañaba a la secretaria y exigía saber de qué hablaban. Al cabo de unos meses, la secretaria no pudo soportar más la sensación de ser el «jamón del sándwich» y pidió que la transfirieran a otro departamento.

En los meses que siguieron al regreso del Che de su gira de «buena voluntad», un clima de división se apoderó gradualmente de Cuba. El país vivía en un torbellino de cambios drásticos a medida que Fidel radicalizaba su política y extendía el control revolucionario a los sectores hasta entonces sacrosantos de la sociedad cubana. El Che lo impulsaba a ello, con ruegos y lisonjas en privado y aplausos en público. Los observadores empezaban a advertir una pauta curiosa: las propuestas aparentemente «extremistas» del Che era en realidad señales tempranas de advertencia, porque Fidel casi siempre las traducía en política

revolucionaria oficial.

En enero y abril de 1959, el Che había dicho que Cuba necesitaba nacionalizar el petróleo y los recursos minerales. En septiembre del mismo año, Fidel se hizo eco al decir que el asunto requería un «estudio cuidadoso». Nueve meses después, se apoderó de las refinerías de las empresas norteamericanas Texaco y Esso y la británica Shell.

En noviembre de 1959, la embajada estadounidense tomó nota de una entrevista en *Revolución*, según la cual quedaba claro que: «… diga lo que diga la ley de reforma agraria sobre convertir a los campesinos en pequeños propietarios, Guevara quiere orientar la reforma hacia la creación de cooperativas o comunías [*sic*]».

Tres meses después, en enero de 1960, Fidel decretó la expropiación de todas las plantaciones azucareras y los grandes establecimientos ganaderos para convertirlos en cooperativas administradas por el Estado. Por otra parte, el «no pago y la expropiación ilegal» de propiedades norteamericanas en violación de la constitución cubana de 1940 y la ley de reforma agraria de 1959, el asunto que motivaba las mayores quejas de Washington, no debía sorprender a nadie: las primeras señales se remontaban a las semanas inmediatamente posteriores al triunfo de la revolución, cuando el Che exigía públicamente la derogación de la cláusula constitucional de indemnizaciones.

Octubre de 1959 había sido un mes particularmente crucial, porque hacia los últimos días la escena quedó preparada para lo que Hugh Thomas ha llamado «el eclipse de los liberales» y el predominio definitivo del ala «extrema» y antinorteamericana de la revolución. El rumbo por el que el Che había abogado durante largo tiempo era el que Fidel empezaba a seguir de manera cada vez menos disimulada.

Con el argumento de la «unidad revolucionaria», que había adquirido fuertes connotaciones, Fidel tomó el control del centro estudiantil de la Universidad de La Habana a través de Rolando Cubela, excomandante del Directorio que acababa de regresar de Praga, donde había ocupado el puesto de agregado militar del nuevo gobierno durante algunos meses. Con la victoria electoral de Cubela el gobierno se apoderó *de facto* de una universidad tradicionalmente autónoma e históricamente caldo de cultivo de conspiraciones antigubernamentales. Fidel lo sabía mejor que nadie, ya que allí se había iniciado su propia carrera política.

El Che llevó el mismo mensaje a la Universidad de Santiago, la segunda del

país, donde anunció sin ambages que la autonomía universitaria era cosa del pasado y en lo sucesivo el Estado diseñaría el programa de estudios. La planificación central era una necesidad de la industrialización cubana, que requería técnicos calificados —agrónomos, peritos agrícolas, ingenieros químicos—, no una nueva camada de abogados.

«¿Quién tiene derecho a decir que solamente pueden salir diez abogados por año y deben salir cien químicos industriales? [Algunos dirían que] eso es dictadura, y está bien: es dictadura». Los estudiantes debían enrolarse en el «gran ejército de los que hacen, dejando de lado esta pequeña patrulla de los que solamente dicen».

(En diciembre, al recibir un profesorado honorario en la Universidad de Las Villas, el Che dijo a la asamblea de docentes y estudiantes que los días en que la educación era un privilegio de la clase media blanca quedaban atrás. «La universidad debe ser flexible, pintarse de negro, de mulato, de obrero, de campesino». En caso contrario, advirtió, el pueblo derribaría sus puertas «y pintará la universidad con los colores que le parezca».)

El discurso de Santiago estaba rodeado por el clima de tensión causado por los primeros estallidos reales de actividad contrarrevolucionaria: en Pinar del Río, un avión no identificado bombardeó un ingenio azucarero; entre los sospechosos detenidos había dos norteamericanos. Además, el asunto de Huber Matos, largamente contenido, estaba a punto de estallar.

El 20 de octubre, tras la designación oficial de Raúl como ministro de las Fuerzas Armadas, Matos envió a Fidel una carta desde Camagüey en la que presentó su renuncia, lo instó a cambiar de rumbo y lo acusó de «enterrar la revolución». Quince oficiales pensaban seguir su ejemplo.

Fidel no demoró su respuesta. Repudió las denuncias de Matos, lo acusó de «deslealtad», «ambición» y otras ofensas. A continuación, ordenó a Camilo que volara a Camagüey a detener a Matos y sus camaradas disidentes. Camilo obedeció la orden; Matos y sus oficiales se entregaron sin ofrecer resistencia. Fidel también voló a Camagüey, donde pronunció un discurso en el que denunció la «traición» de Matos y sus planes para una rebelión armada. Una vez trasladados a La Habana, Matos y sus oficiales quedaron detenidos en La Cabaña.

Para los «conspiradores» de Matos, el momento no podía ser menos oportuno. Mientras Fidel, de vuelta en La Habana, se disponía a dirigir la palabra a una convención de más de dos mil agentes de turismo de Estados Unidos para alentar la expansión del turismo norteamericano en Cuba, el desertor Pedro Luis

Díaz Lanz sobrevoló la capital en un bombardero B-26 desde el cual lanzó panfletos en los que reclamaba a Fidel la expulsión de elementos comunistas del régimen. La fuerza aérea cubana envió aviones a interceptarlo y la guarnición de La Cabaña abrió fuego con sus baterías antiaéreas, pero Díaz Lanz escapó ileso.

Desde una ventana del edificio del INRA que daba a la Plaza de la Revolución, el Che y sus compañeros de oficina, Manresa y una secretaria llamada Cristina, contemplaron el vuelo rasante de Díaz Lanz, a tan baja altura que pudieron verlo en la cabina del piloto. El Che no abrió la boca, pero estaba helado de rabia e impotencia. Sus escoltas pidieron permiso para subir a la terraza y disparar contra el avión, pero él lo prohibió: causarían más daño que el mismo avión. Díaz Lanz se alejó y entonces el incidente tomó un giro gracioso. Una de las secretarias, una muchacha gorda y excesivamente miedosa, se había ocultado debajo de un escritorio. Cuando los demás volvieron a sus tareas, la hallaron ahí, atascada e incapaz de liberarse por sus propios medios. Entre las risas de todos, los escoltas la ayudaron a salir.

Para Fidel y sus relaciones públicas, el incidente constituyó un desastre, ya que su plan de promover el turismo murió antes de nacer. Mientras los alarmados agentes se apresuraban a partir, Fidel y los medios cubanos denunciaron el «bombardeo» por un avión norteamericano que dejó un saldo de varios civiles muertos y heridos. En Estados Unidos, Díaz Lanz confesó que había realizado el vuelo, pero que sólo había arrojado panfletos sobre La Habana: los probables causantes de las bajas, si las había, eran las balas perdidas de los soldados cubanos. Sin embargo, se adoptó la versión oficial del bombardeo. Al día siguiente, una nutrida multitud se concentró frente a la embajada estadounidense y Fidel, en un discurso televisado, acusó a Matos de planificar una revuelta militar en Camagüey con la complicidad de Díaz Lanz. (El día anterior se había producido un hecho significativo, cuando un avión no identificado arrojó bombas sobre un ingenio en Camagüey.) También acusó a Estados Unidos de dar refugio a «criminales de guerra» y proporcionar el avión militar a Díaz Lanz.

A continuación, el 26 de octubre, repitió las acusaciones ante medio millón de cubanos concentrados en la Plaza de la Revolución y juró que Cuba se defendería de cualquier ataque. El pueblo recibiría armas e instrucción; el país obtendría los aviones y las armas necesarios. Al día siguiente, Washington rechazó las acusaciones en una nota oficial de protesta entregada por el embajador Bonsal al canciller Raúl Roa; al mismo tiempo, el gabinete aprobó la reinstauración de los tribunales revolucionarios.

El 28 de octubre, después de reorganizar el mando militar en Camagüey, Camilo Cienfuegos salió en su avión Cessna para regresar a La Habana. Nunca

llegó. Fidel y el Che participaron en la búsqueda aérea de tres días sobre una zona muy vasta en la que se rastreó el avión perdido, pero no se hallaron restos. ¿Qué había sucedido? El piloto de Camilo era un profesional experimentado; el día del vuelo había hecho buen tiempo. Enseguida aparecieron las teorías conspirativas: Fidel había eliminado a Camilo por complicidad con Matos o bien porque era demasiado popular. Según otra versión, un caza de la fuerza aérea cubana lo había derribado al confundirlo con un intruso hostil. Cualquiera que fuera la causa, no cabía duda de que Camilo estaba muerto, su avión había desaparecido para siempre bajo las azules aguas del Caribe que había intentado sobrevolar y la Revolución había perdido a una de sus personalidades más carismáticas y populares.[67]

Durante noviembre, Fidel siguió consolidando su base de poder. Logró armar la «unidad» de la central sindical CTC a expensas de los anticomunistas del 26 de Julio al imponer su propio comité ejecutivo y derogar el derecho de los afiliados a elegir sus delegados; así allanó el camino para la absorción gradual de la CTC por el Partido Comunista cubano. Se anunció la creación de «Milicias Nacionales Revolucionarias», el primer paso hacia la realización del sueño del Che de convertir a Cuba en una «sociedad guerrillera». El canciller Roa negó el contenido de un artículo de Carlos Franqui en *Revolución* según el cual el viceprimer ministro soviético Mikoyán había viajado a Cuba por invitación del gobierno.

La postergación de la visita de Mikoyán, prevista para noviembre, resultó una medida afortunada, porque el congreso de laicos católicos se convirtió en una expresión abierta de oposición clerical al comunismo. Aunque hasta entonces la jerarquía eclesiástica había mantenido en público una actitud de «prudente expectativa», el giro de la revolución alarmaba a la Iglesia, cuyos activistas juveniles no tenían semejantes escrúpulos a la hora de manifestarse. Algunos sacerdotes habían huido para reaparecer con bombo y platillos en Miami, donde repetían la acusación de Díaz Lanz de que Cuba se volvía «roja». Mientras tanto, en Washington, la CIA empezaba a analizar discretamente los medios y arbitrios para eliminar a Castro.

III

Después de los primeros pasos vacilantes del Che en el INRA, las ruedas empezaron a girar. A fines de 1959, casi todas las industrias cubanas, tanto grandes como pequeñas, seguían en manos privadas; el departamento sólo poseía algunas fábricas pequeñas abandonadas por sus dueños o confiscadas por pertenecer a Batista y sus cómplices. Éstas cayeron bajo la flamante autoridad del Che, quien designó a veteranos del Ejército Rebelde para administrarlas tal como sucedía con las nuevas cooperativas agrarias en los latifundios expropiados.

Gracias a sus contactos con el Partido Comunista chileno, un pequeño grupo de economistas de ese país y Ecuador fueron a trabajar con el Che. Ingresaron varios cubanos, se contrataron contables y comenzó la elaboración de un plan para el desarrollo industrial de Cuba. Después de las primeras semanas, cuando Borrego se quemaba las pestañas con los anuarios estadísticos para tener un panorama de la industria cubana, se empezaba a esbozar los rudimentos de un plan.

«Y entonces, bueno, muy rápidamente empezaron a producirse intervenciones de fábricas —dijo Borrego—, y digo intervenciones porque no eran nacionalizaciones; eran fábricas que tenían conflictos laborales, porque los capitalistas que estaban al frente de ellas tenían dudas de qué cosa iba a ser el proceso revolucionario, no invertían… y entonces, pues, se intervenían».

Para legalizar este proceso, el Ministerio de Trabajo —que estaba en las manos fieles de Augusto Martínez Sánchez, el antiguo asesor de Raúl— autorizó al departamento del Che a intervenir las fábricas y administrarlas el tiempo que fuera necesario. Pero Borrego no tardó en comprender, según dijo, que las intervenciones serían definitivas.

«Claro que en el pensamiento del Che [las intervenciones] eran definitivas, pero no estaba eso dicho legalmente», añadió. Borrego tenía la tarea de poner esas propiedades en funcionamiento, y su primer dolor de cabeza surgió de la necesidad de encontrar gente capaz de administrarlas. «Empezamos a nombrar algunos administradores. Fundamentalmente los escogíamos de los oficiales del propio Ejército Rebelde que no tuvieran baja escolaridad. Estamos hablando de escolaridad, de hombres que tuvieran sexto grado o más. Eran de muy bajo nivel cultural, y empezamos entonces a administrar las industrias».

En abril el Che había estimado que más del ochenta por ciento de los rebeldes de Fidel eran analfabetos. Había instituido un programa de alfabetización en La Cabaña para erradicar el problema, pero a fines de 1959 la mayoría de los militares eran guajiros semiletrados o con algunos rudimentos de educación; muchos apenas salían de la adolescencia. Por eso era inevitable que sus primeras armas como administradores de fábricas provocaran caos y desastres. Mientras tanto, el Che se esforzaba por superar su propia falta de conocimientos en economía, disciplina que estudió con el economista mexicano Juan Noyola. A petición suya, el doctor Vilaseca le enseñaba matemáticas superiores. A partir de septiembre, Vilaseca empezó a concurrir al INRA los martes y sábados a la mañana para enseñar matemáticas durante una hora al Che, García Vals y Patojo. Para el profesor, esas clases eran el comienzo del día; el Che las aprovechaba para distenderse antes de volver a casa después de trabajar durante toda la noche. Empezaron con álgebra y trigonometría y pasaron a la geometría analítica.

IV

El Che siempre contaba con gusto un chiste sobre cómo consiguió el puesto en el banco. Decía que en la reunión de gabinete convocada para elegir al reemplazante de Pazos —despedido por protestar acerca de la detención de Matos —, Fidel dijo que se necesitaba un buen «economista». Para su sorpresa, el Che ofreció sus servicios. «¡Pero Che, no sabía que eras economista!» Éste contestó: «Ah, pensé que dijiste que querías un buen *comunista*». Bromas aparte, la designación del Che provocó escalofríos en la comunidad financiera y empresaria, y cuando Fidel aseguró que sería «tan conservador» como su predecesor, pocos le creyeron.

Al hacerse cargo del banco —un edificio de piedra con fachada de columnas sobre una callejuela de La Habana Vieja—, el Che se encontró con una gran cantidad de escritorios abandonados; la mayoría del personal jerárquico había renunciado con Pazos.[68] Pidió al doctor Vilaseca que aceptara el puesto de gerente.

Vilaseca vaciló. Además de carecer de experiencia en finanzas, era amigo íntimo del hombre a quien debía reemplazar, «un hombre entendido en banca extraordinariamente». Quiso rechazar el ofrecimiento, pero el Che insistió con firmeza; en realidad, no era una petición sino una orden. «Yo tampoco sé nada de bancos, y soy el presidente —dijo—, pero cuando la revolución lo nombra a uno en un puesto, hay que aceptarlo y entonces hacerlo bien». Vilaseca aceptó el nombramiento.

Uno de los primeros colaboradores convocados por el Che al banco fue Nicolás Quintana, un arquitecto habanero de treinta y cinco años. Pazos había asignado fondos a su estudio para construir el nuevo edificio de treinta y dos pisos del Banco Nacional, un rascacielos de estilo norteamericano sobre el Malecón, la avenida costanera en el centro de la capital. Era un proyecto inmenso, la obra en construcción más grande del país, y el costo estimado era de dieciséis millones de dólares. A fines de 1959 se habían colocado los cimientos e iniciado la primera etapa de la construcción.

Después de su despido y de aceptar la oferta de una embajada en el extranjero, Pazos convocó a Quintana con urgencia para confiarle que pensaba pedir asilo apenas llegara a Europa. «Lo que están haciendo con el país es una barbaridad. Vas a heredar un nuevo presidente [del Banco Nacional] y su nombre

es Che Guevara. No está capacitado para el puesto y ésa es una de las razones por las que me voy al exilio. Tú también lo harás; es inevitable».

Quintana no estuvo de acuerdo. Era joven, tenía en sus manos la obra arquitectónica más grande de su carrera y pensaba que el Che apreciaría la ayuda que había prestado a los rebeldes durante la guerra. A fines de 1958, había entregado al Movimiento 26 de Julio los mapas topográficos de la zona de Escambray utilizados por el Che: seguramente ése era un punto a su favor.

Quintana fue a verlo al banco apenas recibió la llamada, y al entrar sufrió un rudo golpe. El edificio financiero, antes impoluto, estaba «sucio y desorganizado», con papeles desparramados por el piso. «En quince días, todo había cambiado».

El Che inició la conversación:

—¿Es usted un pequeño burgués?

—No, no lo soy.

—¿No? Entonces es un revolucionario.

—No, comandante, yo no dije que fuera revolucionario. Soy un *gran* burgués. El *tendero* es un burgués.

Una luz cordial apareció en los ojos del Che, quien dijo:

—Usted es la primera persona honesta de su clase que he conocido desde que llegué.

Convencido de que había seducido a Guevara, Quintana replicó con el mismo tono de broma:

—En realidad hay muchos, el problema es que usted no les da la oportunidad de hablar.

La expresión del Che se volvió hosca, y le dijo a Quintana que recordara que hablaba con el «comandante Guevara». Quintana comprendió que se había extralimitado.

Para la reunión siguiente, Quintana y su socio más importante llevaron los planos y las indicaciones que requerían la aprobación de Guevara, ya que los fondos provenían del Banco Nacional. Quintana le mostró una lista de materiales a importar: el edificio frente al mar necesitaba ventanas a prueba de huracanes con

marcos de acero inoxidable; recomendaba adquirir los ascensores a la firma norteamericana Otis, que tenía una oficina en La Habana.

Después de escucharlo, el Che preguntó: «¿Hacen falta ascensores?» Quintana respondió que el edificio tendría treinta y dos pisos. El Che dijo que las escaleras eran suficientes; si él, que tenía asma, podía subirlas, ¿por qué no habrían de hacerlo los demás? Enfadado, el socio de Quintana abandonó la reunión, pero el joven arquitecto insistió.

Volvieron al asunto de las ventanas. El Che preguntó por qué debían importarlas de Estados Unidos o Alemania en lugar de utilizar un material más barato y disponible en La Habana, como el plástico. Luego hablaron de la cantidad de baños que se proponía construir. «Podemos eliminar la mitad», dijo el Che después de estudiar las cifras.

«Pero en las revoluciones la gente va al baño como lo hacía antes», dijo Quintana. «El hombre nuevo no —replicó el Che—. Él puede sacrificarse». Cuando el arquitecto quiso insistir en el asunto de las ventanas, Guevara lo interrumpió: «Vea, Quintana. Para la mierda que vamos a guardar aquí dentro de tres años, es mejor que el viento se lleve todo».

Entonces Quintana comprendió. No se trataba de ventanas ni inodoros; el Che no quería el edificio nuevo. «Era un mensaje de que el sistema iba a cambiar de manera tan absoluta que toda esa conversación era innecesaria. No iban a levantar ese edificio».

Quintana tenía razón. Jamás construyeron el nuevo Banco Nacional. La obra quedó detenida y años después se levantó en ese lugar el Hospital Hermanos Ameijeiras. Poco después el banco emitió los nuevos billetes de diez y veinte pesos. Como presidente del Banco Nacional, correspondía al Che firmarlos, y lo hizo con desdén: «Che». Los empresarios comprendieron el simbolismo del gesto de Guevara, que despertó su encono. En la nueva Cuba, el dinero no era una mercancía sacrosanta sino un vestigio onerosos de la era de la empresa privada capitalista que tocaba a su fin.

23. «EL INDIVIDUALISMO DEBE DESAPARECER»

I

El juicio de Matos por «sedición» tuvo lugar en diciembre y rápidamente se transformó en una batalla enconada y desagradable. Tanto Fidel como Raúl se presentaron para acusar a Matos. Como siempre en estas ocasiones, Raúl exigió la ejecución de Matos y lo mismo hizo el fiscal, mayor Jorge «Papito» Serguera. Pero los jueces, oficiales del ejército y veteranos revolucionarios, todos escogidos a dedo, condenaron a Matos a veinte años de prisión y a sus subordinados a penas menores. El mismo mes, varios hombres fueron juzgados, sentenciados y ejecutados por contrarrevolucionarios. Rafael del Pino, viejo amigo de Fidel y su compañero durante el «bogotazo» de 1948, fue sentenciado a treinta años por ayudar a los batistianos a huir del país.

Tal como había prometido a Alexander Alexeiev mientras saboreaban el vodka y el caviar, Fidel inició la batalla contra la «prensa reaccionaria» cubana. Decretó la «intervención» del periódico conservador *Avance* después que su director huyera del país; Fidel lo había acusado de complicidad con «la contrarrevolución» por publicar las acusaciones de Díaz Lanz. También intervino el canal 12 de televisión, el segundo del país. Luis Wangüemert, un periodista fidelista, se hizo cargo de la dirección de *El Mundo*. Faltaba poco para el cierre del *Diario de la Marina*, portavoz de la oposición, y el resto de la prensa independiente.

Por el momento, los directores de *Bohemia* y *Revolución* aún proclamaban su lealtad, aunque los perturbaba el trato de Fidel con los comunistas. La agencia noticiosa internacional Prensa Latina funcionaba bajo la dirección de Jorge Ricardo Masetti, abría corresponsalías en todo el hemisferio y combatía las noticias difundidas por AP y UPI, las agencias norteamericanas que más irritaban al Che y a Fidel.

El control de los periódicos se efectuó con ayuda de los sindicatos gráficos y de periodistas, controlados por los fidelistas, que servían como fuerzas de choque en los medios que aún permanecían en manos privadas. La purga de la CTC continuaba a pesar de las protestas de David Salvador, impulsada por los comunistas en el comité ejecutivo. Ni siquiera el Sindicato de Artistas Gráficos se salvó de la purga; la actriz comunista Violeta Casals, quien había servido a Alexeiev para el primer contacto con el Che, se convirtió en titular de la organización cuando su predecesor, acusado de «contrarrevolucionario», huyó del país.

La misión del Che en el exterior empezaba a arrojar algunos dividendos en público. A partir del otoño, delegaciones diplomáticas y comerciales de Japón, Indonesia y Egipto habían visitado el país. Se firmaron algunos acuerdos comerciales, más importantes por su simbolismo que por sus beneficios. Y desde su regreso, el Che escribía artículos sobre los países que había visitado para las revistas *Verde Olivo* y *Humanismo*. Pero ahora sus escritos adquirían un tinte claramente político.

Dedicó un artículo, publicado en la edición de septiembre-octubre de *Humanismo* bajo el título de «América desde el balcón afroasiático», al vínculo entre Cuba y los ex Estados coloniales que acababan de obtener su independencia, que según él representaba el sueño de verse libres de la explotación económica. Sostuvo que la Cuba revolucionaria, personificada por Fidel Castro, era un modelo de cambio para Asia y África además de Latinoamérica. Abogó por una alianza antiimperialista e insinuó que Fidel Castro podía ser su caudillo.

¿No será que nuestra hermandad desafía el ancho de los mares, el rigor de idiomas diferentes y la inexistencia de lazos culturales, para confundirnos en el abrazo del compañero de lucha?…

A la nueva conferencia de los pueblos afroasiáticos ha sido invitada Cuba… Irá a decir que es cierto, que Cuba existe y que Fidel Castro es un hombre, un héroe popular, y no una abstracción mitológica; pero además, explicará que Cuba no es un hecho aislado sino signo primero del despertar de América…

[Y cuando pregunten:] «¿Son ustedes miembros del Ejército Guerrillero que encabeza la lucha por la liberación de América? ¿Son, pues, nuestros aliados del otro lado del mar?» Debo decirles [a ellos] y a los cientos de millones de afroasiáticos que soy un hermano más, uno más en las multitudes de hermanos en esta parte del mundo que aguarda con infinita ansiedad el momento [en que podamos] consolidar el bloque que destruirá de una vez por todas la presencia anacrónica de la dominación colonial.

La idea de proyectarse hacia la escena mundial tenía mucho sentido para Fidel. La independencia avanzaba por África y Asia con la intensidad de un torbellino. Desde 1957, una docena de nuevas naciones habían conquistado su independencia de la dominación colonial francesa, británica y belga. Los argelinos y otros pueblos aún luchaban por ella, pero la tendencia era clara: los días de la dominación colonial llegaban a su fin, y el futuro estaba en manos de los hombres que habían enfrentado los imperios agonizantes: hombres como Nasser, Sukarno y —¿por qué no?— Fidel Castro. En enero, el canciller Raúl Roa realizó una gira por Asia y el norte de África llevando invitaciones a un congreso de naciones en

desarrollo a realizarse en La Habana.

Empezaban a aparecer los primeros artículos anecdóticos sobre las experiencias del Che en la guerra de guerrillas que con el tiempo conformarían la recopilación *Pasajes de la guerra revolucionaria*. En noviembre, *Humanismo* publicó su cuento trágico «El cachorro asesinado». Esta alegoría sobre un hecho de la vida real —el sacrificio necesario de seres inocentes en aras de una causa revolucionaria—, al coincidir con la intensificación de las expropiaciones agrarias y la reanudación de los fusilamientos, seguramente perturbó a muchos cubanos.

II

Ya en enero, el arquitecto Nicolás Quintana había llegado a la conclusión de que su futuro en Cuba era sombrío. Con su brusco giro a la izquierda, la revolución había provocado la enemistad de la mayoría de su clase social. Sus sueños de construir el Banco Nacional estaban destruidos y un íntimo amigo suyo, miembro de la Juventud Católica, había muerto ante un pelotón de fusilamiento por repartir panfletos anticomunistas. Quintana fue a ver al Che para protestar. El encuentro resultó traumatizante.

Según Quintana: «El Che me dijo: "Vea, las revoluciones son feas pero necesarias, y parte de ese proceso revolucionario es la injusticia al servicio de la futura justicia." Jamás podré olvidar esa frase. Respondí que ésa era la *Utopía* de Tomás Moro. Dije que a nosotros [la humanidad] nos habían jodido con ese cuento por mucho tiempo, por creer que obtendríamos algo, no *ahora*, sino en el futuro. El Che me miró por un largo rato y dijo: "Ajá. Usted no cree en el futuro de la revolución." Le dije que no creía en nada que se basara en una injusticia».

«¿Aunque esa injusticia sea saludable?», preguntó el Che. «A los que mueren no se les puede hablar de injusticia saludable», respondió Quintana. La respuesta del Che no se hizo esperar: «Tiene que irse de Cuba. Una de tres: se va de Cuba y de mi parte no hay problema; o treinta años [de cárcel] en el futuro inmediato; o el pelotón».

Aterrado y sin habla, escuchó decir al Che: «Está haciendo cosas muy raras».

«No respondí —dijo Quintana—, pero comprendí su alusión. Lo que me sorprendió es que estaba enterado, eso sí que me sorprendió».

Quintana y otros profesionales habían formado una organización llamada Trabajo Voluntario con la finalidad ostensible de realizar obras cívicas, pero el propósito verdadero era organizar una oposición anticastrista. «Era un pretexto para reunirnos de noche a conversar, en fin…, usted sabe…, sobre qué haríamos al respecto [de la revolución]…» La advertencia del Che le hizo comprender que era muy poco lo que podrían hacer, y semanas después Quintana huyó de la isla.

En esa misma época, José Pardo Llada, el periodista que había realizado ese viaje tan fastidioso con el Che el verano anterior, llamó al nuevo presidente del

Banco Nacional para interceder por un amigo, el especialista en tabaco Napoleón Padilla.

Después de su designación en el INRA, el Che había pedido a Padilla que se ocupara de organizar cooperativas tabacaleras en Pinar del Río. Por extraño que parezca en vista de su miedo y aversión por el «comunismo» de Guevara, que él mismo había denunciado a la embajada estadounidense, Padilla aceptó la oferta. Desde el INRA, había colaborado con la creación de cooperativas, la venta a gran escala de tabacos de exportación y, a instancias del Che, había dictado un curso sobre «administración empresaria».

Sin embargo, disgustado por lo que veía en el instituto, había discutido con Núñez Jiménez y Oscar Pino Santos —dirigente del PSP y alto funcionario del INRA— sobre la manera de llevar a la práctica la reforma agraria. Un día perdió los estribos y acusó a Pino Santos de «practicar el comunismo». A partir de entonces, Padilla empezó a sentirse excluido. Finalmente, la noche del 26 de enero recibió una llamada anónima: «Napoleón, escóndete enseguida, te van a detener». El amigo anónimo cortó y Padilla, aterrado, fue a pedir asilo en la embajada hondureña. El embajador le aconsejó que averiguara la verdad de su situación antes de dar un paso tan drástico y fue entonces cuando llamó a Pardo Llada para pedirle ayuda.

Pardo se presentó en la oficina de Guevara y preguntó si Padilla tenía problemas con las autoridades. El Che le mostró un documento, la declaración jurada de un sargento del ejército que trabajaba en la cooperativa tabacalera dirigida por Padilla, acusando a éste de ser «contrarrevolucionario» y de «hablar mal» de Aleida.

Pardo se manifestó sorprendido de que el Che prestara atención al chismorreo maligno, y a continuación éste mostró todas sus cartas. Le constaba, dijo, que Padilla solía reunirse con el agregado agrícola de la embajada estadounidense y que hablaba mal del gobierno en presencia de funcionarios del INRA. Pardo insistió que ése no era motivo suficiente para perseguirlo. «Está bien, está bien —dijo el Che—. Que renuncie y se vaya del INRA. Y si quiere irse del país, ¡que se largue con sus amigos los gringos!» El Che cumplió su palabra. Seis meses después —«con expresa autorización del Che», según Pardo—, Padilla pudo partir de Cuba, con su automóvil y sus muebles, en el *ferry* que iba a Miami.

III

Fidel había bautizado el año 1960 como «Año de la Reforma Agraria», pero hubiera sido más adecuado llamarlo «Año de la Confrontación». El mes anterior a la llegada de Mikoyán fue testigo del rápido deterioro de las relaciones cubano-norteamericanas y la aceleración ostensible del proceso de «socialización». A principios de enero comenzó un veloz toma y daca con una nota del secretario de Estado Herter en protesta por las «expropiaciones ilegales» y sin indemnización de propiedades norteamericanas. Cuba respondió con la expropiación de *todos* los establecimientos ganaderos grandes y *todas* las plantaciones azucareras del país, incluso aquellas cuyos propietarios eran norteamericanos. Se multiplicaron las incursiones de aviones no identificados que arrojaban bombas incendiarias sobre los cañaverales. Detrás de esos actos de sabotaje estaba la CIA, que ya hacía planes para entrenar a un pequeño ejército de exiliados cubanos para una posible campaña guerrillera contra Castro.

Estas reacciones de Washington se debían en parte a la política interior. Corría el último año de la presidencia de Eisenhower y comenzaban las maniobras para designar el candidato a la sucesión. En el inicio de su campaña, el vicepresidente Richard Nixon enarboló como consigna el problema cubano al advertir a Castro que se le castigaría por sus acciones hasta el punto de reducir la cuota azucarera. Fidel replicó con su audacia habitual; el 19 de enero, el INRA anunció la confiscación inmediata de «todos los latifundios», tanto cubanos como extranjeros. Con este edicto, todas las grandes propiedades agrícolas quedaron en manos de la revolución.

El acto siguiente fue un altercado absurdo ante las cámaras de televisión entre el embajador español Juan Pablo de Lojendio y Fidel. Durante un discurso, Fidel insinuó que la embajada española participaba en un plan clandestino norteamericano para sacar a los anticastristas de la isla. El embajador, indignado, irrumpió en el estudio para interrumpir el discurso y acusar a Fidel de calumnias. Ambos se trataron a gritos hasta que los guardaespaldas sacaron al alterado diplomático del estudio por la fuerza. Al reanudar su discurso, Fidel dio a Lojendio veinticuatro horas para salir de Cuba e inició una nueva perorata contra Estados Unidos. La reacción del secretario de Estado Herter fue pedir al Congreso que autorizara al presidente Eisenhower a modificar la cuota azucarera cubana y convocar al embajador Bonsal a Washington «por tiempo indeterminado».

A finales de enero se hizo el último intento de cortar la espiral de la crisis. El 21, Eisenhower emitió un comunicado para reclamar negociaciones que impidieran el mayor deterioro de las relaciones entre los dos países. Ese día, en La Habana, el encargado de negocios Daniel Braddock pidió al embajador argentino

Julio Amoedo que sirviera de intermediario entre el gobierno norteamericano y Castro. Amoedo aceptó, pidió audiencia y presentó la propuesta norteamericana: si Fidel desistía de sus ataques a los norteamericanos y recibía a Bonsal, Washington estudiaría la posibilidad de otorgar ayuda económica a Cuba. Después de un rechazo inicial, Fidel cedió y dijo que pondría fin a la campaña de prensa. Al día siguiente, Osvaldo Dorticós, el presidente decorativo, declaró que Cuba deseaba conservar y fortalecer su «amistad tradicional» con Estados Unidos.

Se respetó la tregua: en su discurso siguiente, el 28 de enero, Fidel no mencionó a Estados Unidos. La retractación momentánea le dio el respiro que necesitaba antes de la vuelta siguiente, que sabía inminente. Por fin, el 31 de enero, el gobierno de Cuba reconoció que los rumores eran ciertos al anunciar la llegada inminente del viceprimer ministro soviético Anastás Mikoyán.

IV

La feria comercial soviética fue un suceso espectacular. Durante sus tres semanas de permanencia, más de cien mil cubanos visitaron la réplica del *Sputnik*, contemplaron los modelos de viviendas, fábricas e instalaciones deportivas, las muestras de tractores, maquinaria agrícola e industrial. Eran los avances tecnológicos de una nación que, como dijo Nikita Jrushov a los norteamericanos, los «enterrarían» en un futuro no muy distante. Para el cubano común de principios de la década de los sesenta, que no había salido de la isla, semejantes alardes resultaban convincentes. ¿Acaso los rusos no habían puesto en órbita el primer satélite e incluso una perra viva?

La visita de Mikoyán no agradó a todos los cubanos. Hubo manifestaciones de protesta; los medios independientes lo atacaron implacablemente, denunciaron las injusticias y la ineficiencia del sistema soviético. Durante su estancia, las incursiones nocturnas de avionetas que venían de Estados Unidos para atacar los ingenios y cañaverales continuaron sin interrupción.

A fines de febrero, un avión intruso cayó en suelo cubano, y los documentos de identidad de uno de los muertos revelaron que era norteamericano, hecho que Fidel citó como prueba de la complicidad de Washington. Al difundirse la noticia, el director de la CIA, Allen Dulles, confesó a Eisenhower, beatíficamente ignorante de todo, que tanto el muerto como los demás pilotos de esas misiones de sabotaje eran mercenarios contratados por la central de inteligencia. A mediados de febrero Eisenhower había ordenado públicamente a la aduana que detuviera y procesara todo vuelo clandestino que partiera de Estados Unidos con destino a Cuba. Pero en aquella ocasión, en privado, instó a Dulles a elaborar un plan más global para derrocar a Castro.

Apenas cinco días antes, el 13 de febrero, soviéticos y cubanos difundieron los términos de su flamante «acuerdo comercial». Los soviéticos aceptaron comprar casi medio millón de toneladas de azúcar en 1960 y un millón por año durante el cuatrienio siguiente, que no pagarían en efectivo sino con petróleo y otros productos. En el quinto y último año del acuerdo, Moscú pagaría en efectivo. Cuba recibiría un préstamo de cien millones de dólares a la tasa de interés ridícula de 2,5 por ciento a lo largo de diez años para financiar la compra de maquinaria e instalaciones fabriles, o sea, el plan de «industrialización» del Che. En cuanto al sueño de Fidel de drenar la Ciénaga de Zapata, Mikoyán le prometió ayuda técnica

soviética después de sobrevolar la zona en helicóptero.

Fidel y el Che se pavoneaban felices, aseguraban que el acuerdo era un paso más hacia la «independencia económica» de Cuba. A la sombra de la presencia de Mikoyán, Polonia y Alemania Oriental enviaron delegaciones a firmar acuerdos comerciales con Cuba; detrás de ellas llegaron los checos y los chinos.

El 20 de febrero se cumplió otro anuncio público reciente del Che al darse por iniciada la era de la «planificación central» a la manera soviética con la creación de la JUCEPLAN, la Junta Central de Planificación. Fidel era el presidente y el Che, su principal impulsor, era miembro del consejo de Dirección. Si a alguien se le había escapado el concepto central de los últimos discursos del Che, ahora estaba claro que Cuba tendría una economía planificada desde el gobierno.

Sergo Mikoyán, hijo del viceprimer ministro soviético, quien al acompañar a su padre en la mayoría de sus peregrinaciones por la isla pudo observar de cerca a los líderes cubanos, no tardó en advertir la diferencia entre el Che y Fidel. Después de leer sobre las hazañas del argentino, esperaba encontrarse con un «guerrillero furibundo», una suerte de bolchevique latinoamericano feroz, pero no fue ésa la imagen del Che. «Vi a un hombre muy callado, con ojos muy tiernos —recordó Sergo—. Fidel es un poco, tú sabes, él habla y…, bueno, uno siente una distancia cuando hablas con Fidel. Con el Che uno no sentía eso, y gradualmente, a pesar de que uno esperaba encontrarlo muy obstinado, me di cuenta que no lo era, no era "terco", sino inclinado a hablar, a discutir, y a escuchar».

El punto culminante de la gira de Mikoyán fue la visita de rigor a Santiago y la antigua comandancia de Fidel en La Plata, en la Sierra Maestra. La comitiva en pleno viajó a Oriente, pero sólo un grupo selecto fue a La Plata: Mikoyán, Sergo y Leonov; Fidel, el Che y sus escoltas. Los periodistas tuvieron que esperarlos en Santiago.

Fidel había dispuesto que pernoctaran en La Plata, pero halló que no se había dispuesto nada para recibirlos. Las chozas estaban a medio terminar y sólo había unas tiendas. Fidel se sintió molesto y furioso, pero Mikoyán lo tranquilizó: no le desagradaba, dijo, pasar la noche en una tienda. En cambio, su hijo Sergo decidió aprovechar la ocasión para conocer Santiago. Posteriormente su padre le relató lo que sucedió esa noche. Después de su partida, Fidel y el Che hablaron con franqueza sobre su deseo de crear una revolución socialista, los problemas que se presentaban y la necesidad de la ayuda soviética para consumar sus planes.

«Ellos dijeron que sólo podían sobrevivir con la ayuda soviética —dijo Sergo—, y tendrían que esconder esto de los capitalistas en Cuba… Fue una charla muy

extraña. Fidel dijo: "Tendremos que sobrellevar estas condiciones en Cuba por cinco o diez años." Entonces el Che lo interrumpió: "Si no lo haces en dos o tres años, estás acabado." Había esta diferencia [de concepción] entre ellos».

A continuación, Fidel inició un monólogo sobre la victoria rebelde que, según él, desmentía a Marx. «Fidel dijo: "De acuerdo con Marx, la revolución hubiera ocurrido sobre las vías que fueron propuestas por su partido y nuestro partido comunista: lucha de masas, huelgas, etcétera. Pero nosotros lo hicimos, no ellos. Así que hemos sobrellevado a Marx. Hemos probado que estaba equivocado." Entonces mi padre dijo: "Usted piensa así porque sus comunistas son dogmáticos, ellos piensan que el marxismo es sólo A, B, C y D. Pero el marxismo es una vía, no es un dogma. Así que yo no pienso que hayan probado que Marx estaba equivocado, sino que los comunistas de aquí lo están».

Aunque no hablaron directamente sobre la ayuda militar, sí pidieron ayuda económica soviética. «Y la explicación fue que si no la recibían, estaban condenados debido a dos consideraciones. Primero, el imperialismo americano. Segundo, la lucha contra sus propios capitalistas».

Después de esta conversación quedó claro para todos que el acuerdo comercial anunciado días después era apenas el primer paso para la reanudación de relaciones plenas entre Cuba y la Unión Soviética. Por el momento, Fidel no se atrevía a correr más riesgos. No obstante, Alexeiev, quien no había ido a La Plata, se sorprendió al enterarse de que el Che y Fidel no habían intentado comprar armas soviéticas. «Con Mikoyán hablamos de todo menos de armas. En Méjico, Mikoyán decía que puede ser, que Fidel puede pedir armas… Era todo muy raro».

Era lógico suponerlo. Durante el año anterior, emisarios de Fidel habían recorrido el mundo para comprar aviones y armas, pero sólo Bélgica e Italia habían accedido a venderles parte de lo que requerían. Desde luego que Washington había rechazado los pedidos de aviones, y la reticencia de Gran Bretaña y otros países a firmar acuerdos de venta de armas probablemente obedecía a la presión norteamericana. Los discursos recientes de Fidel estaban plagados de frases altisonantes tales como «Cuba se reserva el derecho de defenderse» y «Cuba conseguirá las armas que necesita dondequiera que deba comprarlas».

No obstante, poco después el asunto quedó planteado. El 4 de marzo, el carguero francés *La Coubre*, que acababa de ser remolcado a un muelle en el puerto de La Habana, estalló en una tremenda explosión que estremeció todo el centro de la ciudad. Cuando se produjo la primera explosión, Jorge Enrique Mendoza, jefe del INRA en Camagüey, asistía a una reunión con Fidel y otros agentes provinciales en la sede del instituto. Acudieron al puerto y cuando bajaban por el

muelle donde estaba amarrado *La Coubre* los alcanzó el Che que corría hacia el buque envuelto en llamas.

Cuando el Che se acercaba a la nave, estando Mendoza, Fidel y los demás unos cien metros atrás, se produjo la segunda explosión, que fue terrorífica. Mendoza y varios más se arrojaron sobre el líder para protegerlo. Según Mendoza: «Fidel se puso a lanzar patadas y puñetazos mientras chillaba, "¡Carajo, me están sofocando!" Entonces empezaron a caer cosas desde el aire». Mendoza instó a Raúl a que se llevara a su hermano antes de que se produjera otra explosión; según él, prácticamente tuvo que reducirlo para poder evacuarlo. Ahora que Fidel estaba a salvo, Mendoza se volvió al Che, que aún trataba de abordar el barco en llamas. «Me acerqué rápidamente hacia él. Alguien, no recuerdo quién, trataba de impedirle abordar el buque, y le oí decir: "¡No jodan conmigo, carajo! Ya hubo dos explosiones; todo lo que iba a explotar ya explotó. ¡Déjenme subir al barco!" Y ahí fue».

Era una carnicería. Había casi cien muertos entre estibadores, marineros y soldados, y varios cientos de heridos. *La Coubre* llevaba armas belgas compradas por los representantes cubanos, y de alguna manera se había iniciado un incendio en la bodega. Fidel inmediatamente acusó a la CIA de sabotaje y pronunció el nuevo grito de guerra: «*¡Patria o muerte!*»

Al día siguiente, con los brazos enlazados en confraternidad marcial, Fidel y el Che encabezaron el cortejo fúnebre que recorrió el Malecón. Más tarde, mientras Fidel arengaba a la multitud desde un balcón, flanqueado por los demás dirigentes de la revolución, un joven fotógrafo cubano llamado Alberto Korda encontró un buen puesto desde donde podía retratarlos. Su lente se detuvo en el Che, y al enfocarlo Korda quedó atónito al ver su expresión implacable. Oprimió el disparador y la fotografía no tardó en recorrer el mundo, convirtiéndose con el tiempo en el célebre retrato del póster que adornaría tantas residencias universitarias. El Che aparece como el icono revolucionario sin par, con una mirada desafiante que escruta el futuro, su rostro es la encarnación viril de la indignación ante la injusticia social.

Pasaron pocos días antes de que Fidel convocara a Alexeiev a la casa de Núñez Jiménez en La Cabaña. «Fidel por primera vez habló de armas —dijo el ruso—, porque después de la explosión, la intervención [norteamericana] podía ser inevitable, inminente. "Hay que armar al pueblo" [dijo], entonces él quería que la Unión Soviética vendiera algunas armas que él necesitaba. Él hablaba sobre todo de armas, metralletas más ligeras, y dijo: "Ustedes pueden llevarnos estas armas en un submarino, nosotros tenemos muchas cuevas en la orilla y podemos esconderlas donde nadie lo sepa. Mande un encargo a Jrushov."»

La misión comercial soviética ya estaba instalada en La Habana, y entre sus miembros había un criptógrafo que se ocupaba de las comunicaciones con el Kremlin. Al finalizar la reunión con Fidel, Alexeiev fue derecho a verlo. «Entonces yo mandé directamente de parte de Fidel un mensaje a Jrushov y pensé que por nuestra burocracia llevaría unas semanas para contestar. Al día siguiente, llegó la respuesta de Jrushov, que decía: "Fidel, compartimos su preocupación sobre la defensa de Cuba…, sobre la posibilidad de un ataque, y nosotros le podemos suministrar las armas que usted necesita. Pero ¿por qué tenemos que esconderlas y llevarlas en submarino si Cuba es un país soberano y usted puede comprar las armas, las que usted necesite, y sin ocultarlo?" Eso contestó. Y así empezó a mandar armas».

V

El 8 de mayo, Fidel anunció la reanudación de relaciones diplomáticas con Moscú. Faure Chomón, exdirigente del Directorio que después de la victoria rebelde había virado a la izquierda, voló a Moscú como flamante embajador cubano. El enviado soviético fue Serguéi Kudriatzov, veterano agente del KGB que trabajaba bajo amparo diplomático. Alexeiev, quien ya no necesitaba hacerse pasar como corresponsal de TASS, fue designado primer secretario y agregado cultural, su puesto habitual cuando trabajaba de espía.

Después del intercambio de mensajes entre Fidel y Jrushov, una delegación militar soviética llegó discretamente a La Habana. «Vino una delegación, hablamos enseguida —dijo Alexeiev—. Fidel, Raúl, Che Guevara…, participaron todos. Plantearon lo que necesitaban, sobre todo necesitaban más [artillería] antiaérea porque había muchos aviones, artillería, tanques T-34, tanques antiguos que no servían ya en la Unión Soviética. Y vino una delegación y hablaron de precios, comerciales, pero eso no era comercio prácticamente. Pero hicieron un contrato».

En junio o julio las armas y los asesores militares soviéticos empezaron a llegar subrepticiamente a Cuba. Algunos asesores viajaban con pasaporte checo porque, según Alexeiev, Fidel (y también Moscú) aún temía la reacción norteamericana.

Firmado el acuerdo militar secreto con los soviéticos, Fidel consideró que tenía fuerza suficiente para enfrentarse a los norteamericanos. En realidad, había empezado a tantear los límites de la distensión provisional propuesta por Washington en febrero, inmediatamente después de firmar el acuerdo comercial con Moscú. En respuesta a la oferta del Departamento de Estado de fines de enero, que había quedado en el limbo durante la visita de Mikoyán, el canciller Roa expuso en una nota a Washington las «condiciones» de Cuba para iniciar las conversaciones. No podía haber negociaciones mientras Washington amenazara con reducir la cuota azucarera. En su respuesta, el 29 de febrero, el Departamento de Estado se negó a ceder, con el argumento de que Estados Unidos tenía derecho a tomar las medidas que considerase necesarias para proteger los intereses norteamericanos. Cuatro días después, la explosión de *La Coubre* reavivó el encono. El secretario de Estado Herter rechazó indignado las acusaciones de Fidel sobre la complicidad de la CIA en la tragedia y puso en tela de juicio la «buena fe» de Cuba para reanudar las negociaciones.

En medio de la agitación, Washington intentó un último acercamiento con Fidel. A principios de marzo, el asesor legal de la embajada estadounidense Mario Lazo se presentó al ministro de Economía cubano Rufo López Fresquet para decir que Estados Unidos estaba dispuesto a ofrecer aviones militares y asistencia técnica. Fidel pidió dos días para estudiar la oferta. El 17 de marzo, el presidente Dorticós dijo a López Fresquet en nombre de Fidel que había resuelto rechazar la oferta. Consciente del significado de este desaire, López Fresquet, el último de los ministros a la antigua, renunció inmediatamente y huyó a Estados Unidos. Desde luego no lo sabía, pero su misión de intermediario había coincidido con la petición de Fidel de armas soviéticas, o acaso la había precipitado. Si Fidel aún tenía algunas reservas de último momento sobre el rumbo que había adoptado, la respuesta inmediata de Nikita Jrushov las había disipado.

El mismo día del desaire de Fidel, Eisenhower aprobó el plan de la CIA de reclutar y entrenar clandestinamente a un ejército de varios cientos de exiliados cubanos para iniciar una guerra de guerrillas contra Castro. Dulles, el director de la CIA, adoptó como modelo la bien llamada Operación Éxito que había socavado el régimen del guatemalteco Arbenz en 1954. El subdirector de planificación Richard Bissell, arquitecto del proyecto de aviones espía U-2, quedó al mando del «ejército expedicionario» cubano. El equipo incluía, entre otros, a Tracy Barnes, un veterano de las operaciones clandestinas que había cumplido una función clave en la Operación Éxito, y Howard Hunt, el fanático jefe local de la CIA en Montevideo. El escéptico del equipo era el jefe de división de la agencia para el Hemisferio Occidental, J. C. King, quien advirtió que «Cuba no era Guatemala». King prefería una «guerra sucia» para desestabilizar al régimen cubano y abogaba por el asesinato de los líderes como el Che, Raúl y Fidel. Pero Dulles había vetado esa alternativa a favor de construir una fuerza anticastrista y ayudarla a «hacer pie» en Cuba.

Garry Drecher (alias Frank Bender), el especialista en comunismo latinoamericano de la CIA, fue a Miami a reclutar combatientes en la comunidad de exiliados y dispuso que se los entrenara en un lugar secreto de Guatemala con la complicidad del presidente militar, general Ydígoras Fuentes.

Días después, el Che dijo que la cuota azucarera significaba la «esclavitud económica» del pueblo cubano. Al pagar un precio superior al del mercado, Estados Unidos obligaba a Cuba a mantener una economía de monocultivo en lugar de diversificarse, lo que a su vez la hacía depender (en un círculo vicioso) de las importaciones norteamericanas. Este ataque al sistema de cuotas azucareras echaba por tierra uno de los principales caballos de batalla de Fidel —después de todo, citaba la amenaza de reducción de la cuota azucarera como ejemplo de la «agresión económica» norteamericana—, pero lo significativo es que no desmintió

la afirmación del Che.

Mientras tanto, continuaban los ataques a los medios. El gobierno se apoderó de la emisora de televisión CMQ después de que sus dueños huyeran del país. Al mismo tiempo, el Ministerio de Trabajo empezaba a usurpar casi todas las funciones de la CTC; aquél, no los sindicatos, dictaba las condiciones de trabajo, y la central obrera quedaba reducida a la función de supervisora.

VI

La faz de La Habana cambiaba rápidamente. Los privilegios de las clases alta y media desaparecían rápidamente, y sus miembros partían en número creciente por *ferry* y puente aéreo a Miami. A fines de la primavera de 1960 ya habían partido unas sesenta mil personas. La ciudad que hasta un año antes había sido un parque de diversiones norteamericano con lujosos clubs náuticos, playas privadas, casinos y prostíbulos —además de barrios exclusivamente para blancos — era cosa del pasado. Las ruletas aún giraban en los grandes hoteles, pero la mayoría de las prostitutas habían desaparecido de las calles. En su lugar, negros y guajiros uniformados y armados recorrían las calles coreando las consignas revolucionarias.

Los visitantes eran otros. Delegaciones culturales y comerciales llegaban de los países del bloque socialista al igual que un número cada vez mayor de líderes presentes y futuros del Tercer Mundo; los delegados que asistían a un congreso internacional de la juventud comunista ocupaban los hoteles abandonados por los turistas y empresarios norteamericanos. Intelectuales de izquierda europeos y norteamericanos acudían a La Habana para asistir a los congresos culturales auspiciados por la Revolución. Entre ellos estaban Jean-Paul Sartre y Simone de Beauvoir, invitados por Carlos Franqui.

El mito del Che se había difundido, y cuando la célebre pareja francesa fue a verlo hablaron durante horas. Para el Che seguramente fue una experiencia gratificante servir de anfitrión al renombrado filósofo francés cuya obra había leído en sus años de estudiante. Por su parte, Sartre quedó sumamente impresionado, y después de la muerte de Guevara le rindió el mayor tributo posible; para el francés, el Che era «no sólo un intelectual sino el ser humano más completo de nuestra época».

Su visita había coincidido con la tragedia de *La Coubre*, y después de asistir al funeral y el discurso de dos horas de Fidel al día siguiente, Sartre y Simone de Beauvoir pasearon por las calles de La Habana Vieja, donde ya se recolectaban fondos para una nueva compra de armamentos. El clima sensual y fervoroso sedujo a Simone.

«Había jovencitas que vendían zumos de fruta y bocadillos para recolectar fondos para el Estado —escribió en sus recuerdos—. Artistas conocidos bailaban o

cantaban en las plazas para conseguir donaciones; muchachas bonitas con sus disfraces de carnaval recorrían las calles con una banda para pedir dinero. "Es la luna de miel de la Revolución", me dijo Sartre. Ni aparato ni burocracia, sino el contacto directo entre los dirigentes y el pueblo, una masa de esperanzas algo confusas en ebullición. No podía durar eternamente, pero qué espectáculo tan reconfortante. Por primera vez en nuestras vidas, éramos testigos de la felicidad ganada por medio de la violencia».

El 20 de marzo, el Che pronunció un discurso televisado sobre «soberanía política e independencia económica». La conquista revolucionaria del poder, dijo, le había dado a Cuba la independencia política, pero no la económica, sin la cual no era una nación políticamente soberana. Ése era el «objetivo estratégico» revolucionario del momento.

Se habían tomado algunas medidas contra los monopolios extranjeros, en su mayoría norteamericanos, que hasta entonces se enseñoreaban sobre la libertad económica cubana. Se habían reducido las tarifas de electricidad y teléfonos, así como los alquileres, se habían entregado las grandes propiedades terratenientes al pueblo, pero los recursos petroleros, minerales y químicos seguían en manos norteamericanas.

Para conquistar algo tenemos que quitárselo a alguien, y es bueno hablar claro y no esconderse detrás de conceptos que puedan malinterpretarse. Ese algo que tenemos que conquistar, que es la soberanía del país, hay que quitárselo a ese alguien que se llama monopolio… Es decir, que nuestro camino hacia la liberación estará dado por la victoria sobre los monopolios y sobre los monopolios norteamericanos concretamente.

La revolución debía ser «extremista» y «destruir las raíces del mal que afligía a Cuba» para «eliminar la injusticia». Los que se oponían a las medidas de la Revolución, los que resistían la pérdida de sus privilegios, eran contrarrevolucionarios. Los obreros de la domesticada CTC aportaban el cuatro por ciento de sus salarios al plan de «industrialización»; era hora de que el resto de la sociedad asumiera su parte del sacrificio revolucionario.

En los últimos tiempos el Che insistía en que el país ya no era sólo Cuba sino la Revolución y ésta era el pueblo; ahora avanzó un paso más para decir que el pueblo, Cuba y la Revolución eran Fidel. Era el momento de abordar la nueva nave del Estado o abandonarla. Así como los hombres del *Granma* habían dejado de lado sus vidas individuales para morir, en caso necesario, en la guerra contra Batista, todos los cubanos debían sacrificarse por el objetivo común de la independencia *total*. Advirtió que el enemigo probablemente tomaría represalias. Y cuando

llegaran los soldados contrarrevolucionarios —tal vez pagados por los mismos «monopolios» que veían afectados sus intereses—, los defensores de Cuba no serían un puñado sino millones. Toda Cuba era «una Sierra Maestra» y, como decía Fidel, «nos salvaremos todos o nos hundiremos todos».

Los universitarios «individualistas» con su mentalidad «pequeñoburguesa» parecían provocar más que nadie el fastidio del Che; tal vez veía en ellos a su antiguo yo abstraído en sí mismo y el recuerdo lo irritaba. Si él había sacrificado su yo, su «vocación», en aras de la Revolución, ¿qué les impedía a ellos hacer lo propio? A principios de marzo había regresado a la Universidad de La Habana para recordarles a los estudiantes su deber para con el desarrollo económico del país; no podía haber una dualidad de principios que separara a los estudiantes de la Revolución. La «vocación» individual no era justificación suficiente para la elección de una carrera; el sentido del deber revolucionario podía y debía reemplazarla. Se puso a sí mismo como ejemplo:

Yo no creo que un ejemplo individual, hablando estadísticamente, tenga importancia ninguna, pero inicié mi carrera estudiando ingeniería, acabé siendo médico, después he sido comandante y ahora me ven de disertador… Es decir, que dentro de las características individuales, la vocación no juega un papel determinante… Creo que se debe constantemente pensar en función de masas y no en función de individuos… Es criminal pensar en individuos, porque las necesidades del individuo quedan absolutamente desleídas frente a las necesidades del conglomerado humano de todos los compatriotas de ese individuo.

En la práctica, esto significaba que se ampliarían algunas facultades y se reducirían otras. Por ejemplo, el campo de las humanidades se reduciría al «mínimo indispensable para el desarrollo cultural del país».

En abril apareció el manual del Che *La guerra de guerrillas*, publicado por el Departamento de Instrucción Militar del INRA. Estaba dedicado a Camilo Cienfuegos, cuya foto decoraba la cubierta; su antiguo camarada, montado a caballo, alzaba un fusil y sonreía bajo su sombrero de paja. «Camilo es la imagen del pueblo», escribió el Che. Los medios cubanos publicaron largos pasajes del libro y poco después no sólo los cubanos sino también los especialistas en contrainsurgencia de Estados Unidos y América Latina estudiaban el manual con gran interés.

El prólogo, titulado «Esencia de la lucha guerrillera», esbozaba las lecciones que el autor consideraba cruciales para los movimientos revolucionarios que intentaban emular la victoriosa guerra de guerrillas cubana:

Las fuerzas populares pueden ganar una guerra contra el ejército.

No siempre hay que esperar a que se den todas las condiciones para la revolución; el foco insurreccional puede crearlas.

En la América subdesarrollada, el terreno de la lucha armada debe ser fundamentalmente el campo.

Dentro de Cuba la oposición se hacía más fuerte. Ya se gestaba un movimiento clandestino dirigido por Manuel Ray, profesor de la Universidad de La Habana desde su expulsión del gobierno, y otro grupo abiertamente disidente era la combativa Juventud Católica, que había iniciado su escalada desde la visita de Mikoyán. En las zonas rurales radicalizadas se producían hechos de violencia provocados por las expropiaciones de tierras sin compensación y el caos generalizado. Pequeños grupos contrarrevolucionarios, muchos de ellos integrados por exsoldados del Ejército Rebelde, entraban en actividad. En Oriente, un antiguo camarada del Che, Manuel Beatón, se había alzado en armas contra el Estado después de asesinar a otro excombatiente del Che, evidentemente por razones personales, y huir a la Sierra Maestra con veinte secuaces armados. En la Sierra Cristal, que había sido el teatro de operaciones de Raúl, el excombatiente Higinio Díaz había vuelto a la guerra en alianza con Jorge Sotús, un veterano del 26 de Julio que había conducido los primeros refuerzos rebeldes de Santiago a la sierra en marzo de 1957 y ahora se hallaba distanciado del movimiento. Ambos habían fundado el Movimiento de Rescate de la Revolución (MRR) con Manuel Artime, un exprofesor de la escuela naval que vivía exiliado en Miami. Con Artime en Miami, Díaz en la sierra y una red clandestina de apoyo en La Habana, el MRR no tardó en atraer la mirada benévola de la CIA.

En poco tiempo, los rumores de la campaña de reclutamiento de la CIA llegaron a conocimiento de los «escuchas» de Fidel en la gran comunidad cubana de Miami. A fines de abril, Fidel subió a la tribuna para acusar a Estados Unidos de tratar de crear un «frente internacional» en su contra y advertir a Washington que Cuba no era «una nueva Guatemala». El presidente guatemalteco Ydígoras Fuentes replicó que el Che trataba de organizar una fuerza guerrillera para invadir su país. El 25 de abril, los dos países rompieron relaciones.

Sin prestar atención al escándalo público, la CIA siguió adelante con sus planes; empezó a transmitir propaganda anticastrista a Cuba desde una emisora instalada en la diminuta isla Swan, vecina al archipiélago de las Caimán. El operador de la emisora era David Atlee Phillips, el mismo que seis años antes, en Guatemala, había sido el primero en alertar a la agencia sobre Ernesto Guevara.

Uno de los exiliados cubanos que atendió la llamada de la CIA ese verano fue Félix Rodríguez. Tenía diecinueve años y, después del fiasco de la invasión a Trinidad el año anterior, había regresado a la academia militar en Pensilvania. Se graduó en junio de 1960, regresó a la casa de sus padres en Miami y huyó para unirse al plan de la CIA. En septiembre se uniría a varios cientos de exiliados cubanos en Guatemala para recibir instrucción guerrillera de un filipino graduado en la academia militar norteamericana de West Point, veterano de la guerra contra los japoneses y los comunistas en su país. Con el tiempo aquella fuerza recibiría el nombre de Brigada 2506.

El Primero de Mayo, Fidel habló en la Plaza de la Revolución atestada de cubanos armados que desfilaban frente a la tribuna. Elogió las nuevas milicias y, como el Che, evocó la amenaza de la invasión inminente; los cubanos resistirían, combatirían y morirían sin miedo, como espartanos. Aprovechó la ocasión para dejar en claro dos cuestiones importantes: si moría, Raúl lo sucedería como primer ministro. Además, no habría elecciones; ya que «el pueblo» gobernaba Cuba, no había necesidad de votar. La multitud aplaudió y coreó la consigna, «¡Revolución sí, elecciones no!», además de otra nueva: «¡Cuba sí, yanquis no!»

A esas alturas, Estados Unidos calculaba que las fuerzas armadas cubanas tenían cincuenta mil hombres, el doble que en enero de 1959, además de otros tantos civiles incorporados a la nueva milicia popular… y crecían sin cesar. Si no se detenía el proceso de instrucción y armamento, en poco tiempo Cuba tendría el ejército más grande de América Latina. Los temores íntimos de Washington de que Fidel ya habría obtenido apoyo militar soviético se vieron confirmados por las declaraciones de dos oficiales batistianos ante el Senado norteamericano, el exjefe de estado mayor, Tabernilla, y el coronel Ugalde Carrillo; éste acusó a Fidel de construir bases de misiles soviéticas en la Ciénaga de Zapata. El canciller cubano Roa rechazó inmediatamente la acusación, que en ese momento recibió escaso crédito, pero en menos de un año la idea extravagante se haría realidad.

El acto militarista del Primero de Mayo, seguido una semana después por la decisión de Fidel de reanudar las relaciones con Moscú, inició el último asalto de la pelea entre su gobierno y los escasos medios independientes que aún sobrevivían en la isla. Los editoriales derechistas del *Diario de la Marina* compararon a Castro con «el Anticristo»; días después, grupos de «obreros» ocuparon la redacción y clausuraron las rotativas. El director pidió asilo y huyó del país. Antes de fin de mes se retiraron de la circulación los dos principales diarios independientes que quedaban, *Prensa Libre* y *El Crisol*, seguidos poco después por el diario en inglés *Havana Post* y *La Calle*.

Los primeros buques cisterna soviéticos ya cruzaban el Atlántico

transportando petróleo para Cuba en cumplimiento del acuerdo comercial firmado con Mikoyán. Hasta entonces, las norteamericanas Esso y Texaco, juntamente con la británica Shell, que poseían sus respectivas refinerías en Cuba, habían abastecido a la isla con petróleo venezolano. Pero Cuba se había atrasado en sus pagos, y la deuda sumaba unos cincuenta millones de dólares. Para cobrar deudas había que hablar con el presidente del Banco Nacional, Che Guevara. Pero el gerente norteamericano de la Esso obtuvo una fría recepción y ninguna respuesta concreta.

El Che, que ya se sentía lo suficientemente confiado para desafiar a las petroleras norteamericanas, reveló a Alexeiev su plan de hacerles una oferta que sólo podrían rechazar, con lo cual tendría el pretexto necesario para apoderarse de sus instalaciones. El ruso le aconsejó que fuera cauto, pero el Che siguió adelante. El 17 de mayo informó a las petroleras de que podría pagar la deuda si cada una compraba trescientos mil barriles del petróleo soviético que estaba por llegar y lo procesaba en sus refinerías. Antes de responder, las empresas hicieron consultas en Washington, donde el gobierno les aconsejó que rechazaran la oferta del Che.

Las actividades de la oposición aumentaban, a la par que la represión del gobierno. Los miembros de un grupo rebelde en el Escambray integrado principalmente por estudiantes de la Universidad de Las Villas cayeron presos y fueron al paredón. El exdirigente de la CTC David Salvador pasó a la clandestinidad y poco después unió sus fuerzas a las del Movimiento Revolucionario del Pueblo (MRP), creado por Manuel Ray. El arzobispo de Santiago, Enrique Pérez Serantes, antes partidario de Fidel, denunció en una carta pastoral los nuevos vínculos comunistas y aparentemente bendijo la creciente violencia contra el gobierno: «Es mejor verter sangre que perder la libertad». Fidel, que deseaba evitar una confrontación con la Iglesia, no respondió. En Miami, la CIA forjó la «unidad» de los exiliados anticastristas al unificar el MRR de Artime y Justo Carrillo con el grupo encabezado por Tony Varona, el exprimer ministro de Prío. De allí surgió el Frente Democrático Revolucionario (FDR) para brindar una fachada política a la fuerza militar que se entrenaba en Guatemala.

Pero mientras los disidentes conformaban grupos de oposición separados por sus diversos intereses, la revolución de Fidel tomaba un impulso irrefrenable. En junio ordenó la expropiación de tres hoteles de lujo de La Habana con el mismo argumento que había utilizado el Che para justificar la «intervención» de las fábricas: sus propios dueños los subfinanciaban con el fin de que dieran pérdidas; por consiguiente, se imponía que el Estado se hiciera cargo de ellos. Fidel también recogió el guante que el Che había arrojado a las petroleras norteamericanas. Si no cumplían la petición cubana de procesar el petróleo soviético, se les confiscarían sus propiedades. Días después, Cuba expulsó a dos diplomáticos norteamericanos acusados de espionaje; Washington replicó con la expulsión de tres cubanos.

El enfrentamiento de voluntades se agravó rápidamente. Fidel advirtió a Estados Unidos que corría el riesgo de perder todas sus propiedades en la isla; confiscaría un ingenio por cada libra de azúcar reducido de la cuota azucarera si Washington cumplía su amenaza. El 29 de junio, mientras dos buques cisterna soviéticos atracaban en La Habana, ordenó la confiscación de la refinería Texaco; veinticuatro horas después hizo lo propio con las de Esso y Shell. De un solo golpe, Cuba se liberó de una deuda de cincuenta millones de dólares y se adueñó de una industria petrolera.

El 3 de julio, el Congreso de Estados Unidos autorizó al presidente Eisenhower a reducir la cuota azucarera cubana; Fidel respondió con una enmienda legal que autorizaba la nacionalización de todas las propiedades norteamericanas en la isla. El 6 de julio, Eisenhower canceló la cuota cubana para el resto del año, que sumaba unas setecientas mil toneladas. Fidel denunció la «agresión económica» e hizo alusiones claras al acuerdo armamentístico con los soviéticos al decir que «en poco tiempo» tendría las armas para sus milicias; fatídicamente, ordenó a seiscientas empresas norteamericanas que declararan sus bienes en Cuba.

Fue entonces cuando Jrushov tomó la palabra. El 9 de julio advirtió a Washington, aunque aclarando que hablaba en sentido «figurado», que «en caso de necesidad, artilleros soviéticos pueden apoyar al pueblo cubano mediante el fuego de los misiles», ya que Estados Unidos estaba dentro del alcance de la nueva generación de misiles balísticos intercontinentales soviéticos. Eisenhower rechazó las amenazas de Jrushov y declaró que Estados Unidos jamás permitiría la instauración de un régimen «dominado por el comunismo internacional» en el hemisferio occidental, que tal era la intención de Jrushov en Cuba. Al día siguiente, éste anunció que la Unión Soviética compraría las setecientas mil toneladas de azúcar deducidas de la cuota.

En La Habana, el Che sacudió un puño feliz en la cara de Washington: Cuba estaba protegida por «la mayor potencia militar de la Tierra; armas nucleares enfrentan al imperialismo». Nikita Jrushov insistió en que hablaba en términos «figurados», pero el mundo no tardaría en conocer la realidad de la amenaza. Y, como de costumbre, el Che había sido el primero en anunciarla.

VII

A pesar de sus esfuerzos por despersonalizar su existencia, el Che aún tenía una vida íntima, siquiera en apariencia. En julio de 1960, Aleida estaba en el quinto mes de embarazo de su primer hijo, y su vida matrimonial había adquirido una relativa paz y normalidad. El traslado del Che al Banco Nacional fue útil en ese sentido, ya que puso fin al forzoso contacto cotidiano con Hilda, que por entonces trabajaba en Prensa Latina.

Habían vuelto a mudarse, llevando consigo a su eterno huésped Fernández Mell, esta vez a una bonita casa neocolonial de dos pisos con jardín en el barrio residencial de Miramar, en la calle Dieciocho con la Séptima avenida. Al otro lado de la calle vivía el economista Regino Boti, graduado en Harvard, uno de los pocos moderados que conservaba su puesto en el Ministerio de Economía. A una manzana y media, una bella mansión neocolonial de la Quinta avenida era la sede de la Seguridad del Estado.

Para gran regocijo del Che, su viejo amigo y compañero de viaje Alberto Granado apareció a tiempo para los festejos del 26 de julio. Ocho años antes, «Fúser» se había despedido de «Mial» en Caracas con la promesa de regresar después de rendir los últimos exámenes de medicina; Ernesto no había regresado, pero Alberto había continuado trabajando en el leprosario y se había casado con Delia, una muchacha venezolana. El nacimiento de su primer hijo coincidió con los titulares del desembarco del *Granma* y las noticias falsas sobre la muerte de Ernesto Guevara. Desde entonces, Granado había seguido las hazañas de su antiguo compinche por medio de la prensa. Visitaba a su familia en la Argentina cuando llegaron las noticias de la fuga de Batista; luego celebró con el clan Guevara el ingreso del Che en La Habana. Enterado de que el Che acompañaría a Fidel a Caracas en 1959, Granado lo esperó con avidez y sufrió una gran decepción cuando no llegó. Sin embargo, intercambiaban correspondencia y por fin Granado había llegado a Cuba con su familia.

Pasó el mayor tiempo posible con el Che y lo acompañó a recibir al capitán de uno de los primeros buques cisterna soviéticos que llevaban petróleo ruso a Cuba. El Che dijo al capitán que estaba feliz de «tener amigos que dan una mano cuando hace falta». Si la insinuación estaba dirigida a Granado, logró el efecto deseado porque, meses después, éste renunció a su puesto de profesor en Venezuela y se trasladó con su familia a Cuba para echar una mano.

Otro amigo llegó a tiempo para los festejos del 26 de julio por invitación del Che. El doctor David Mitrani, su amigo y colega del Hospital General de México, esperaba ansioso la oportunidad de ver a Guevara. Debía cumplir dos misiones, una encomendada por el presidente de México, la otra por el gobierno de Israel.

Mitrani, hijo de inmigrantes judíos europeos, era sionista; un mes antes de que el Che abordara el *Granma*, había ido a Israel a trabajar en un kibbutz. A pesar de sus diferencias políticas, ya que Guevara calificaba al sionismo de «reaccionario», eran amigos y ambos se consideraban comprometidos con la causa socialista. Después de conocer a Fidel en México, Guevara había instado a Mitrani a unirse a la aventura revolucionaria cubana y se había mofado de su plan de «ir a cosechar papas» en Israel. Ofendido por la soberbia de Fidel, Mitrani había dicho a Guevara que su amigo era un «mentiroso de mierda» y que el plan de invadir Cuba era una locura. Conservaron su amistad, pero perdieron el contacto al iniciar sus respectivas aventuras. Tras su regreso a México, en vísperas de la victoria rebelde, había enviado al Che un telegrama de felicitación.

Desde entonces, Mitrani se había instalado en Ciudad de México, y su consultorio prosperaba. Estaba al tanto de los sucesos cubanos y mortificado por el papel de su amigo en las ejecuciones revolucionarias, pero aceptó la invitación del Che de ir a Cuba en 1960. Antes de partir, se reunió con el presidente mexicano Adolfo López Mateos, quien le pidió que le llevara un ejemplar autografiado de *La guerra de guerrillas*. La otra petición fue del embajador israelí en México, quien le rogó que utilizara su contacto con el Che para tratar de mejorar las relaciones con Cuba. Por casualidad, el embajador israelí en la isla era pariente de Mitrani.

En La Habana, lo alojaron en el elegante Hotel Nacional y el Che lo invitó a almorzar en su comedor privado del Banco Nacional. Con humor sardónico le dijo: «Como yo sé que tú eres un burgués, te hice una comida muy especial y tengo un vino…»

Encontró a un Che mucho más acerbo que el de sus recuerdos. Conservaba el sentido del humor, pero ahora era mordaz. Se reunieron varias veces, siempre en el banco y en presencia de otros. Sólo en su tercera o cuarta visita Mitrani pudo decir lo que pensaba.

El Che lo invitó a ir a Oriente, donde Fidel pronunciaría el discurso del 26 de julio. Mitrani se negó: sin ocultar su antigua antipatía por el caudillo, dijo que había ido a verlo a él, no a Fidel. Cuando le dijo que Israel deseaba mejorar las relaciones, el Che apoyó la idea. (Aún faltaban años para que Cuba adoptara la posición soviética a favor de la OLP.)

Pasadas las primeras reuniones, el Che le habló con franqueza sobre la revolución: «Para los primeros días de agosto vamos a transformar este país en un país socialista». Al menos eso esperaba y deseaba, dijo, porque Fidel no era socialista ni estaba totalmente convencido; aún trataba de ganarlo para esa idea.

Mitrani abordó el asunto que lo mortificaba: la participación del Che en las ejecuciones. No lo comprendía, puesto que no era cubano ni había sufrido por culpa de los batistianos. ¿A qué se debía ese odio, ese deseo de venganza? «Mira —dijo el Che—, en este problema si no matas primero te matan a ti». Mitrani no volvió a hablar de ello, pero el razonamiento de su amigo lo perturbó; jamás lo conciliaría con el Ernesto Guevara que había conocido.

Antes de su partida, el Che le obsequió uno de los nuevos billetes con su firma y tres ejemplares firmados de *La guerra de guerrillas*: uno para él, otro para su antiguo mentor mexicano Salazar Mallén y un tercero para el presidente López Mateos. El de Mitrani tenía la siguiente dedicatoria: «De Mico para mi amigo David, deseando que regrese al camino correcto otra vez».

VIII

En su discurso triunfal del 26 de julio en Oriente, Fidel expresó lo que hasta entonces había sido la visión personal del Che al advertir a sus vecinos latinoamericanos que si no mejoraban las condiciones de vida de sus pueblos, «el ejemplo de Cuba convertiría a la Cordillera de los Andes en la Sierra Maestra del hemisferio». Fidel pudo decir que hablaba en términos simbólicos, pero desde luego no era así.

El Che sintió una gran emoción ante aquella adopción por parte de Fidel de su plan de «guerrilla continental» combinada con la amenaza velada de Jrushov a Washington. Dos días después, ante los delegados del Primer Congreso de Juventudes Latinoamericanas, habló en un tono emotivo atípico de él.

Y ese pueblo [cubano] que hoy está ante ustedes, les dice que, aun cuando debiera desaparecer de la faz de la tierra porque se desatara a causa de él una contienda atómica…, se consideraría completamente feliz y completamente logrado si cada uno de ustedes al llegar a sus tierras es capaz de decir:

«Aquí estamos. La palabra nos viene húmeda de los bosques cubanos. Hemos subido a la Sierra Maestra, y hemos conocido la aurora, y tenemos nuestra mente y nuestras manos llenas de la semilla de la aurora, y estamos dispuestos a sembrarla en esta tierra y a defenderla para que fructifique».

Y de todos los otros hermanos países de América, y de nuestra tierra, si todavía persistiera como ejemplo, les contestará la voz de los pueblos, desde ese momento y para siempre: «¡Así sea: que la libertad sea conquistada en cada rincón de América!»

Una vez más el Che invocó el espectro de la muerte, visualizado en una escala masiva, para ensalzar la belleza que hallaba en el sacrificio colectivo por la liberación. Habló con la convicción sincera de quien no tiene la menor duda acerca de la pureza de su causa. Sus palabras eran una liturgia destinada a ganar conversos. El Che Guevara, de treinta y dos años, se había convertido en el alto sacerdote de la revolución internacional.

Y el auditorio de jóvenes izquierdistas de todo el hemisferio, de Chile a Puerto Rico, lo escuchaba ávidamente. Saludó a Jacobo Arbenz, que estaba

presente, con un sarcástico reconocimiento de su «valiente ejemplo» en Guatemala: los cubanos habían aprendido de las «debilidades» de su gobierno «para ir nosotros a la raíz de la cuestión y decapitar de un solo tajo a los que tienen el poder y a los esbirros de los que tienen el poder».

En Cuba se había hecho lo necesario: habían empleado el paredón y expulsado a los monopolios. Lo habían hecho contra la oposición de quienes predicaban la moderación, que en su mayoría habían resultado ser traidores. «La "moderación" es otra de las palabras que les gusta usar a los agentes de la colonia; son moderados todos los que tienen miedo o todos los que piensan traicionar en alguna forma. El pueblo no es de ninguna manera moderado».

A continuación atacó a Rómulo Betancourt, el presidente anticomunista de Venezuela, a quien había conocido y despreciado en 1953. Cuba no ocultaba que las relaciones se habían deteriorado, y el Che calificó a su gobierno de «prisionero de sus propios esbirros». También le hizo una advertencia al expresar confianza en que «… el pueblo venezolano no estará mucho tiempo prisionero de algunas bayonetas o de algunas balas, porque las balas y las bayonetas pueden cambiar de manos, y pueden resultar muertos los asesinos».

El Che aludía al autoritarismo de Betancourt, quien recurría a las fuerzas de seguridad para reprimir la oleada creciente de protestas contra su política y el reciente auge de la oposición política marxista a su gobierno. En mayo, el ala izquierda de su propio partido se había escindido para conformar el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), inspirado en el ejemplo revolucionario de Cuba. No pasaría mucho tiempo antes de que los miristas iniciaran una insurrección contra Betancourt con la colaboración del Partido Comunista venezolano. Evidentemente, al advertir a Betancourt en julio, el Che hablaba con conocimiento de causa.

A fines de agosto disertó ante un grupo de estudiantes de medicina, trabajadores de la salud y milicianos acerca de la «medicina revolucionaria» para advertirles sobre la posibilidad de que el país librara en breve una guerra de guerrillas «popular» masiva. La nueva generación de médicos debía enrolarse en las milicias revolucionarias —«la mayor expresión de la solidaridad del pueblo»— y practicar la «medicina social» para dar cuerpos sanos a los cubanos liberados por la revolución.

El Che recurrió a ejemplos de su propia vida: al iniciar sus estudios de medicina, dijo, había soñado con ser «un famoso investigador». «Soñaba con trabajar infatigablemente para conseguir algo que podía estar, en definitiva, puesto en disposición de la humanidad, pero que en aquel momento era un triunfo

personal». Después de quedarse y de viajar por una América Latina atenazada por «la miseria, el hambre y la enfermedad», su conciencia política empezó a despertar. En Guatemala empezó a estudiar los medios para convertirse en médico revolucionario, pero entonces se produjo la derrota del experimento socialista. «Entonces me di cuenta de una cosa fundamental: para ser médico revolucionario o para ser revolucionario, lo primero que hay que tener es revolución. De nada sirve el esfuerzo aislado, el esfuerzo individual, la pureza de ideales…, si ese esfuerzo se hace solo… Para ser revolución se necesita esto que hay en Cuba: que todo un pueblo se movilice y que aprenda, con el uso de las armas y el ejercicio de la unidad combatiente, lo que vale un arma y lo que vale la unidad del pueblo».

Por consiguiente, la esencia de la revolución era la eliminación del individualismo. «El individualismo como tal, como acción única, de una persona colocada sola en un medio social, debe desaparecer en Cuba. El individualismo debe ser, en el día de mañana, el aprovechamiento cabal de todo el individuo en beneficio absoluto de una colectividad». La revolución no era «una niveladora de la voluntad colectiva»; antes bien era una «liberadora de la capacidad individual del hombre» porque orientaba esa capacidad al servicio de la revolución.

En esa conferencia ensayó un concepto que había empezado a desarrollar y que en poco tiempo se convertiría en sinónimo de su propio nombre: el «Hombre Nuevo».

¿Cómo hacer para compaginar el esfuerzo individual con las necesidades de la sociedad? Hay que hacer, nuevamente, un recuento de la vida de cada uno de nosotros, de lo que se hizo y se pensó como médico o en cualquier otra función de la salud pública, antes de la revolución. Y hacerlo con profundo afán crítico, para llegar entonces a la conclusión de que casi todo lo que pensábamos y sentíamos en aquella época ya pasada, debe archivarse y debe crearse un nuevo tipo humano. Y si cada uno es el arquitecto propio de ese nuevo tipo humano, mucho más fácil será para todos el crearlo y el que sea el exponente de la nueva Cuba.

Pocos días después de esa conferencia, el Che se reunió con René Dumont, un economista marxista francés que trataba de ayudar a Cuba en su dificultosa conversión al socialismo. Después de mucho viajar por el país, Dumont había llegado a la conclusión de que uno de los problemas más graves de las flamantes cooperativas agrícolas era que sus trabajadores no se sentían dueños de nada. Instó al Che a estudiar un plan mediante el cual los trabajadores que realizaban el mantenimiento de las cooperativas después de la cosecha recibirían una remuneración con el fin de inculcarles un sentido de la copropiedad.

El Che «reaccionó con violencia» frente a esa idea, dijo Dumont. Según él, lo

que necesitaban los trabajadores cubanos no era un sentido de la copropiedad sino de la responsabilidad, y explicó claramente lo que quería decir.

Según Dumont, era «una suerte de visión ideal del Hombre Socialista, quien sería extraño al aspecto mercantil de las cosas al trabajar para la sociedad en lugar de las ganancias. Criticaba con vehemencia el éxito industrial de la Unión Soviética, donde en su opinión todo el mundo trabaja y se esfuerza por superar su cuota, pero sólo para ganar más dinero. No consideraba al Hombre Soviético un nuevo tipo de hombre, porque en el fondo no era distinto de un yanqui. Se negaba a participar conscientemente en la creación en Cuba "de una nueva sociedad norteamericana"».

Si lo comprendía bien, el Che parecía abogar por un «salto de etapas» en la transformación socialista de la sociedad cubana al pasar directamente del capitalismo al comunismo, tal como lo había intentado Mao en China con el drástico «Gran Salto hacia Adelante», la campaña de colectivización forzada de 1956. «En pocas palabras, el Che se adelantaba a su tiempo: en su pensamiento, ya había ingresado en la etapa comunista».

Por primera vez, el Che reconocía sin ambages la influencia comunista en la Revolución Cubana, a la vez que usaba argumentos fuertemente revisionistas para demostrar que ésta se había introducido por su propio peso. Aseguró que sólo después de combatir el «cercamiento y aniquilación» del ejército batistiano en la Sierra Maestra, «cayó en nuestras manos un folleto de Mao» y los rebeldes descubrieron que habían combatido con tácticas similares a las del dirigente chino contra un enemigo afín. Asimismo, sólo después de conocer las necesidades de los campesinos de la Sierra Maestra los rebeldes llegaron al umbral de la iluminación. ¿Era comunista la revolución?, se preguntó. «Si fuera marxista (y atención, que digo marxista), lo sería porque descubrió los caminos señalados por Marx a través de sus propios métodos». Como de costumbre, el Che anticipaba a Fidel; pasarían aún nueve meses antes de que el *jefe máximo* reconociera públicamente la «naturaleza socialista» de su revolución.

El desencanto creciente de los antiguos aliados de Fidel —ese verano, varios excamaradas de armas renunciaron a sus puestos— ahora se extendía al PSP.

Si bien había logrado muchos avances a partir de enero de 1959, era evidente que el Partido Comunista se subordinaba en forma creciente a Fidel. Jrushov ya había bendecido su preeminencia sobre el partido; se decía que en mayo le había asegurado en una carta privada que «no considera a partido alguno intermediario» entre Fidel y el Kremlin. Comunista o no, lo que se construía en Cuba era un culto de la personalidad a la antigua.

Miguel Ángel Quevedo, propietario y director de *Bohemia*, quien después de comparar a Fidel con Cristo el año anterior había perdido la fe, cerró su revista y huyó del país. Antes de partir, acusó a Fidel de reducir el país a un estado vergonzoso de «servidumbre rusa». El exprimer ministro Miró Cardona también huyó a Estados Unidos, donde poco después se unió a las fuerzas anticastristas. La Juventud Católica de Santiago realizó una gran concentración anticomunista; un sacerdote y varios miembros de la agrupación cayeron presos de un tiroteo en el que murieron dos agentes de policía. El cardenal Arteaga criticó duramente al gobierno en una nueva carta pastoral. Esta vez, Fidel respondió para deplorar las «provocaciones sistemáticas» de la Iglesia.

En Estados Unidos, la campaña presidencial entraba en la recta final a la vez que se aceleraban los cruces de acusaciones entre Washington y La Habana. Cuba era uno de los temas centrales de la campaña: los dos candidatos, el vicepresidente Nixon y el senador demócrata John F. Kennedy, rivalizaban en sus promesas de tomar medidas duras contra la isla. Kennedy ridiculizaba la «flojera» del gobierno de Eisenhower que había provocado la crisis; su gobierno, dijo, tomaría medidas enérgicas para restaurar la «democracia» en Cuba.

Los ataques de Kennedy dieron en la llaga. La Casa Blanca hizo aprobar leyes para sancionar a los países que compraban azúcar cubano con préstamos norteamericanos y retirar la asistencia a las fuerzas de seguridad de los países que prestaran cualquier tipo de ayuda a la isla. En el Departamento de Estado se desencadenó un agitado debate para determinar «quién perdió Cuba». Estados Unidos planteó el asunto en la Organización de Estados Americanos, y con la zanahoria de nuevas partidas de ayuda económica, hizo que una reunión de cancilleres en Costa Rica aprobara por unanimidad una declaración para condenar la intervención en el hemisferio de cualquier «potencia extracontinental», en evidente alusión a las relaciones cada vez más estrechas de Cuba con la Unión Soviética.

Fidel denunció la Declaración de San José con vehemente indignación. El 2 de septiembre hizo un discurso, conocido luego como la «Declaración de La Habana», en el que esbozó la posición de Cuba como ejemplo revolucionario para el hemisferio. Sin emplear la palabra «socialismo», proclamó la decisión cubana de defender los derechos de los oprimidos mediante la lucha contra la explotación, el capitalismo y el imperialismo; añadió que si Estados Unidos osaba atacar su país, «acogería» los misiles ofrecidos por Jrushov. Por último, anunció que su gobierno reconocería oficialmente a la China comunista.

Para remachar el clavo de la Declaración, Fidel efectuó un viaje jubiloso a Nueva York para la inauguración de la Asamblea General de las Naciones Unidas.

En esta ocasión, hizo todo lo posible por fastidiar a Washington. Se alojó en el Hotel Theresa del barrio negro de Harlem, en la calle ciento veinticinco, en un alarde de solidaridad con los negros oprimidos. Recibió a Jrushov, quien lo abrazó efusivamente, y se reunió con los autoproclamados «antiimperialistas» Kwame Nkrumah, Nasser y Nehru. También lo visitaron los presidentes de Polonia y Bulgaria, países del bloque soviético. En la Asamblea General, Fidel y Jrushov conformaron una sociedad de admiración recíproca, aludieron a sus respectivos discursos para elogiar la Revolución Cubana, acusaron a Estados Unidos de agresión, reclamaron el desarme nuclear global y abogaron por una ONU renovada, no alineada.

Al mismo tiempo, el secretario general de la ONU, Dag Hammarskjöld, afrontaba la mayor crisis de la guerra fría que afectaba a Naciones Unidas desde la guerra de Corea. El Congo, recientemente independizado de Bélgica, estaba desgarrado por luchas intestinas por el poder, fuerzas armadas amotinadas y la secesión de Katanga, la provincia rica en cobre. Soviéticos, belgas, norteamericanos, la misma ONU, todos intervenían para apoyar a las diversas fracciones. En ese clima crispado de tensión, Jrushov hizo historia cuando interrumpió el discurso del primer ministro británico Harold Macmillan que reclamaba mejores relaciones entre Oriente y Occidente, golpeando furioso con su zapato sobre la tarima de la delegación soviética. Fidel, aunque menos espectacular, también despertó iras al pronunciar el discurso más largo de la historia de las Naciones Unidas: bastante más de tres horas de reloj. Eisenhower desairó ostensiblemente al barbudo insolente de Cuba, pero Fidel y su comitiva vocinglera acapararon todo el interés de la prensa.

Al regresar a La Habana (en un avión Ilyushin prestado por los soviéticos, ya que Estados Unidos expropió el suyo) Fidel empezó a desmantelar los últimos vestigios de la influencia norteamericana a la vez que ajustaba los mecanismos de control de la Revolución. El 28 de diciembre se crearon los Comités de Defensa de la Revolución (CDR). Éstos conformarían una red nacional de organizaciones cívicas: los residentes de cada manzana en todos los pueblos y ciudades de Cuba formarían un comité para asegurar la aplicación de los decretos revolucionarios y servir de fuerza de vigilancia para el aparato de seguridad estatal.

La embajada estadounidense en La Habana aconsejó a sus ciudadanos que abandonaran la isla. El reclutamiento y la instrucción de la milicia nacional —que según Fidel ya contaba con más de doscientos mil efectivosera la nueva prioridad.

Irónicamente, el número de exiliados cubanos que quería tomar las armas *contra* Fidel le causaba dolores de cabeza a la CIA, que continuaba su campaña de reclutamiento. En Miami, Justo Carrillo renunció a la alianza anticastrista

auspiciada por Washington, mortificado por el ingreso de números crecientes de exbatistianos. Unos seiscientos hombres se entrenaban en los campamentos guatemaltecos, mientras grupos menores recibían instrucción guerrillera especializada en Panamá y Louisiana. En La Habana, el grupo de Manuel Ray entró en acción con un audaz asalto a La Cabaña que logró liberar a algunos oficiales encarcelados con Huber Matos; posteriormente, Ray huyó a Estados Unidos. Con todo, estos proyectos disímiles carecían del menor grado de cohesión y de un caudillo capaz de imponer su voluntad a los demás; en pocas palabras, entre los antifidelistas no había un Fidel.

A principios de octubre, las tropas del gobierno apresaron después de un tiroteo a un grupo de cubanos y norteamericanos armados, y días después hallaron un depósito de armas y municiones que un avión de la CIA había arrojado sobre las montañas del Escambray. Ya había un millar de rebeldes en la región, que contaban con las armas y provisiones arrojadas desde el aire por la CIA, y con la ayuda en tierra del mercenario expatriado norteamericano William Morgan y uno de sus antiguos camaradas, el exseñor de la guerra en el Segundo Frente Jesús Carreras. Aleccionado por sus propias penurias en la Sierra Maestra, Fidel ordenó al ejército y las milicias que llevaran a cabo la evacuación forzada del campesinado de la región para privar a los rebeldes de alimentos e información. En poco tiempo la mayoría de los rebeldes —incluidos Morgan y Carreras— habían muerto en combate o en el paredón, pero los focos de actividad contrarrevolucionaria subsistirían en el Escambray durante varios años más.

En medio de esos sucesos, el Che, Raúl y Fidel asistieron a los festejos del undécimo aniversario de la República Popular China presididos por el jefe de la nueva delegación comercial china en La Habana. Se firmaron acuerdos de intercambio comercial con Hungría y Bulgaria.

El mismo mes, Jean-Paul Sartre y Simone de Beauvoir regresaron a Cuba invitados por Fidel. Esta vez no quedaron tan embelesados como la primera. «La Habana había cambiado; no había más clubs nocturnos ni casinos ni turistas norteamericanos; en el semidesierto Hotel Nacional, milicianos y milicianas muy jóvenes daban una conferencia. Por todas partes, en las calles, se entrenaba la milicia».

El clima era tenso debido a los rumores de una invasión, la revolución se había «endurecido» y un aire notable de uniformidad se infiltraba en todos los aspectos de la vida cubana. Cuando preguntaron a los obreros de una fábrica textil cómo habían mejorado sus vidas después de la revolución, un dirigente sindical se adelantó rápidamente para hablar en su nombre y repitió como un loro el dogma oficial. El «realismo socialista» de tipo soviético había penetrado en la arena

cultural; varios escritores dijeron a la pareja francesa que practicaban la autocensura y el poeta Nicolás Guillén dijo que consideraba «contrarrevolucionaria toda investigación en materia técnica y formal».

Partieron en pocos días, y Simone de Beauvoir concluyó que en Cuba había «menos alegría, menos libertad, pero mucho progreso en ciertos frentes». Como ejemplo de éste mencionó una cooperativa agrícola que la había impresionado favorablemente; con todo, «la "luna de miel de la revolución" había terminado».

IX

El 11 de octubre, el Che convocó a su oficina al hombre más rico de Cuba, el magnate azucarero Julio Lobo. Como dueño de enormes extensiones de tierras productivas —recientemente expropiadas— y trece ingenios, Lobo era una potencia a tener en cuenta.

Este hombre culto, célebre por su valiosa colección de tesoros artísticos y objetos napoleónicos, era en gran medida un enigma, ya que se había negado a abandonar la isla o sumar su voz al coro de protestas anticastristas. Había llegado el momento de ponerlo a prueba. En pocos días, Fidel expropiaría los ingenios, y el Che quería convencer a Lobo de que permaneciera en Cuba con todos sus conocimientos. Alfredo Menéndez, administrador de los ingenios estatales desde el INRA, conoció de antemano la oferta que le harían a Lobo: un sueldo de dos mil dólares y el derecho de conservar una de sus mansiones, a su elección. «Porque realmente nosotros no queríamos que se fuera —dijo Menéndez—. Ése era el objetivo del Che, todo ese talento».

La mera idea de ofrecer semejante sueldo a un hombre cuya fortuna era del orden de varios cientos de millones de dólares podía parecer absurda, pero acaso reflejaba la consagración singular del Che a su ideal, hasta el punto de creer que otros —incluso Julio Lobo— podían compartirla. Acosado por la fuga de técnicos y administradores experimentados, había tratado de convencer al personal capacitado, a hombres como Napoleón Padilla, de que permanecieran en la isla con la promesa de respetar sus sueldos de la época capitalista. Para los criterios de la «nueva Cuba», el sueldo que ofrecía a Lobo era verdaderamente alto; él mismo había rechazado por principio el sueldo de mil dólares que le correspondía como presidente del Banco Nacional y conservado sólo el de comandante, de doscientos cincuenta dólares.

Le dijo a Lobo que había llegado el momento de tomar una decisión: la revolución era comunista y él, como capitalista, no podía conservar su situación presente; podía quedarse y adherirse a ella o bien debía partir. Lobo señaló con valentía que Jrushov creía en la «coexistencia pacífica» entre los sistemas políticos y económicos rivales en el mundo, pero el Che respondió que semejante propuesta «era posible entre países, pero no *dentro* de una nación».

A continuación, el Che expuso su ofrecimiento de que Lobo administrara la

industria azucarera cubana. Perdería sus propiedades, pero podría conservar los ingresos de uno de sus ingenios. Lobo dijo que necesitaba tiempo para pensarlo y el Che accedió. Pero el empresario, que ya había tomado su decisión, volvió a su casa y dos días después voló a Miami. De allí se fue a España, donde pasó el resto de su vida en el exilio. Al día siguiente, el gobierno nacionalizó los bancos y todas las grandes empresas comerciales, industriales y de transporte. Se apoderó de los ingenios y las mansiones de Lobo; con el tiempo, la colección de objetos napoleónicos se convirtió en un museo estatal.

Una nueva ley de reforma urbana prohibió la propiedad de más de una vivienda y expropió las propiedades alquiladas; sus moradores pasaron a ser inquilinos del Estado. El 19 de octubre, Washington respondió a la última oleada de expropiaciones —que afectaba a muchas empresas norteamericanas— con un embargo comercial y la prohibición de las exportaciones a la isla salvo las de alimentos y medicamentos. En octubre, Fidel nacionalizó 166 empresas norteamericanas, en lo que constituyó el certificado de defunción de los intereses comerciales de Estados Unidos en Cuba.

Fidel podía jactarse de que tenía tanto los efectivos como las *armas* necesarios para rechazar una invasión. Washington era consciente de que no hablaba en balde. El 28 de octubre, el gobierno norteamericano acusó formalmente a Cuba ante la OEA de haber recibido «importantes» cargamentos de armas soviéticas desde el verano anterior. Al día siguiente, Washington convocó a Philip Bonsal para «consultas prolongadas»; jamás volvería a la isla. En esas horas, el Che viajaba a Moscú vía Praga.

X

El 7 de noviembre, el Che estaba junto a Nikita Jrushov en el palco de honor que daba a la helada Plaza Roja de Moscú, donde se realizaba el desfile militar anual en conmemoración del cuadragésimo tercer aniversario de la Revolución de Octubre. Nikolái Leonov, su intérprete, se encontraba en la tribuna reservada al cuerpo diplomático.

Momentos antes el Che se encontraba a su lado, tiritando de frío, cuando un mensajero fue a informarle de que Jrushov lo invitaba a colocarse a su lado. «El Che no quiso ir —dijo Leonov—; no se sentía tan importante para estar en un lugar tan sagrado para él». El mensajero partió, pero volvió poco después. El premier soviético insistía. El Che preguntó a Leonov qué debía hacer; éste le dijo que aceptara. Que Leonov supiera, era la primera vez que alguien que no fuera un jefe de Estado «o al menos un jefe partidario», recibía la invitación a ocupar un lugar en la tribuna sacrosanta del Soviet Supremo sobre el mausoleo de mármol rojo donde yace el cuerpo embalsamado de Lenin.

José Pardo Llada, el antiguo compañero de viajes del Che, también se encontraba en la Plaza Roja, como integrante de una delegación cubana invitada por el Sindicato de Periodistas Soviéticos. Al ver a Guevara en la terraza exclusiva del Presidium junto a Nikita Jrushov y rodeado por las lumbreras del mundo comunista, observó que «en medio de la parafernalia internacional del comunismo, se veía satisfecho, radiante, feliz».

Entre las personas que le presentaron ese día estaba un boliviano moreno y delgado, de su misma edad, llamado Mario Monje Molina, líder del Partido Comunista Boliviano. Fue un encuentro breve y superficial: Monje recordaría más adelante que el Che apenas alcanzó a decirle, «he estado en tu país», antes de que continuaran las presentaciones. Siguieron sus respectivos caminos sin saber hasta qué grado sus destinos se entrelazarían en pocos años más.

En esa primera gira del bloque comunista, el Che viajó durante dos meses entre Praga, Moscú, Leningrado, Stalingrado, Irkutsk, Pekín, Shanghai, Pyongyang y Berlín. Mientras tanto, la campaña presidencial norteamericana arduamente disputada culminaba en un empate; en definitiva, John F. Kennedy derrotaría a Nixon por un margen estrechísimo.

El objetivo principal del viaje era asegurar la venta de la parte de la próxima zafra no adquirida por Moscú, una misión que adquiría cierta urgencia desde la decisión de Eisenhower de suspender las compras de azúcar cubano para el resto de 1960. Sabía que era apenas el preludio a la prohibición total de importar el producto, una perspectiva, empero, que no podía dejar de complacerlo en vista de sus esfuerzos por materializarla desde la victoria rebelde.

El Che había partido de La Habana el 22 de octubre, tres días después del anuncio del embargo norteamericano. Lo acompañaban Leonardo Tamayo, el escolta de dieciocho años que estaba a su lado desde los días en la Sierra Maestra; Héctor Rodríguez Llompart, su mensajero en las conversaciones con Mikoyán, y varios economistas cubanos, chilenos y ecuatorianos que colaboraban con él en el INRA.

En Praga, su primera escala, recorrió una fábrica de tractores, concedió entrevistas y obtuvo un préstamo de veinte millones de dólares para construir una planta de montaje de automóviles en Cuba. En Moscú, aprovechó los intervalos entre conversaciones con funcionarios económicos, militares y comerciales para pasear. Visitó el Museo Lenin y el Kremlin, colocó una ofrenda floral en la tumba de Lenin, asistió a un concierto de Chaikovski y, con Mikoyán, a una representación en el Teatro Bolshói. Leonov lo acompañaba a todas partes.

«Era un personaje altamente organizado —recordó Leonov—; no tenía en ese sentido nada de latinoamericano, era más bien alemán. Puntual, exacto, era asombroso para todos los que han conocido América Latina. Recuerdo cómo él logró disciplinar a su delegación, que era bastante floja en la disciplina, porque el día programado para comenzar las negociaciones a las diez de la mañana, él sale a los carros que estaban esperando, solo, ninguno de los miembros de la delegación había bajado; todos estaban medio dormidos. Le pregunté: "Che, ¿esperaremos a la delegación?" Le dije que no se preocupara, que llamaría al ministro para que nos esperara unos quince o veinte minutos. Él me dijo: "No, vámonos solos." Y salió solo acompañado por mí a las negociaciones».

Comenzó la reunión y unos veinte minutos después empezó a llegar el resto de la delegación cubana, todos jadeando y sin corbata. «[El Che] no dijo nada absolutamente, ni una sola palabra de crítica, ni el más leve movimiento de los músculos de la cara, nada; pero en la noche me dijo: "Óyeme, Nicolás, organiza mañana la visita de toda la delegación al Museo de Lenin en el Kremlin, y dile a la guía que va a dar la explicación que haga hincapié en la disciplina que exigía Lenin a los miembros del Buró Político en aquel entonces, que hable de eso sobre todo."»

Leonov dispuso todo tal como le había pedido el Che, y al día siguiente el

grupo acudió al museo con entusiasmo. «La muchacha que daba explicaciones comienza a hablar sobre la disciplina en la administración de Lenin, decía que, cuando uno tardaba a la reunión del Consejo de Ministros, el primer castigo era la amonestación muy seria. La segunda vez que llegaban tarde, era la multa de dinero bastante fuerte y la publicación en la prensa del partido. Y la tercera vez, era separado de su cargo, ya sin explicaciones. Y todo el mundo lo sabía». Los camaradas del Che comprendieron perfectamente. Leonov estudió sus expresiones y la del Che, que era «grave… irónica». A partir de entonces, según Leonov, no hubo más indisciplina en la comitiva del Che.

Sin embargo, sancionó a Llompart por su desprolijidad en la corrección del texto de un tratado comercial que debía firmar con el gobierno de Rumanía, uno de los países por visitar. El Che descubrió un error que se le había escapado a Llompart y lo regañó con furia.

«Me dijo cosas horribles para mí; me sentía aplastado, no tenía excusas de ningún tipo, simplemente no había hecho las cosas como tenía que hacerlas —recordó Llompart—. En los primeros momentos reaccionó violentamente, exigiéndome explicaciones y responsabilidades… Se percató de mi vergüenza y dejó de hablar… Sabía que yo comprendía mi error y que estaba abochornado».

Sin embargo, el incidente no terminó ahí. Días después, Llompart se levantó a primera hora para ir a recorrer Leningrado con el resto de la delegación. Al verlo, el Che preguntó: «¿Y tú, adónde vas?» «Bueno, comandante —dijo Llompart—, a Leningrado…» «No —dijo el Che—, primero debes aprender a cumplir con tu deber». El grupo partió sin Llompart. Pero más adelante, cuando se aprestaban a realizar otro paseo, el Che fue personalmente a decirle que podía participar; había cumplido la sanción.

El Che siempre era más severo con aquellos que consideraba que tenían pasta de verdaderos revolucionarios, y evidentemente Llompart era uno de ellos. Si lo decepcionaban, era implacable; si pasaban la prueba, los recompensaba con su confianza. Semanas después, en China, designó a Llompart su representante en una visita a Vietnam. Y al regresar a Cuba, lo nombró jefe de la delegación que visitaría el resto de los países del bloque oriental: Polonia, Hungría, Bulgaria, Rumanía y Albania.

La franqueza del Che solía ofender a sus interlocutores, como sucedió cuando Leonov lo invitó a una cena privada antes de partir de Moscú. Como su vivienda era demasiado pequeña para semejante agasajo, pidió a la familia de Alexeiev, que aún vivía en Moscú, que preparara una cena especial en su apartamento, más grande y cómodo que el suyo. Se esforzaron por preparar

esturión y otras exquisiteces de pescado dignas del huésped de honor.

Pero al llegar, el Che exclamó: «¡Madre mía! ¡Yo me quedo hambriento aquí!», y explicó a sus alicaídos anfitriones que no podía comer pescado debido a sus alergias. Le prepararon rápidamente unos huevos. Más tarde, sentados en torno de la magnífica mesa, el Che señaló los platos y echó una mirada intencionada a los comensales; los Alexeiev, que habían vivido en París, exhibían su mejor juego de loza. Alzó una ceja y observó: «Bueno, los proletarios comen aquí con la porcelana francesa, ¿eh?»

Aunque jamás lo dijo en público, sus conocidos dicen que el Che regresó de su primer viaje a Rusia consternado por el estilo de vida elitista y la evidente afición por los lujos burgueses que observó en los funcionarios del Kremlin, comparados con las condiciones de vida austeras del ciudadano soviético común. Evidentemente, cuatro décadas y media de socialismo no habían creado un nuevo Hombre Socialista, al menos en la élite partidaria; no eran ésas sus expectativas al visitar la madre patria del socialismo universal.

En un momento de seriedad, habló sobre Guatemala con Leonov. Evidentemente había sido una experiencia aleccionadora, y aunque poco antes había elogiado a Arbenz públicamente en Cuba, en la conversación con Leonov lo destrozó por «abandonar la batalla» sin luchar. En el pensamiento del Che, el liderazgo era un deber sagrado otorgado a un individuo «elegido» por el pueblo sobre la base de la confianza. Ese privilegio conllevaba la obligación de honrar esa confianza, incluso con el sacrificio de la propia vida. Así concebía su compromiso con la Revolución Cubana, e indudablemente esperaba lo mismo de Fidel.

«Yo no sé si se mantendrá la Revolución Cubana o no —dijo a Leonov—, es difícil decirlo, pero yo seguiré peleando hasta lo último… No me busquen más entre los refugiados de las embajadas. Ya he tenido esta experiencia y no la voy a repetir nunca; yo me iré con la metralleta en la mano, en la barricada».

Leonov asistió a las conversaciones del Che con Jrushov. Entre otras cosas, quería que Cuba tuviera una planta siderúrgica —la piedra angular de la industrialización— con capacidad para producir un millón de toneladas de acero. Quería que los soviéticos la financiaran y construyeran.

«Jrushov al principio se mostró muy reservado —dijo Leonov—, dijo: "Bueno, vamos a estudiarlo", y sus expertos lo estudiaron durante varios días… Y cada vez, cuando [el Che] veía a Jrushov, le decía: "Bueno, Nikita, y qué hay del plan de la planta." Nikita le dijo: "Mira, Che, si tú quieres podemos construir la planta, pero en Cuba no hay carbón, no hay mineral de hierro, no hay mano de

obra [cualificada] y tampoco hay mercado para el consumo de más de un millón de toneladas, con la incipiente industria cubana. ¿No sería mejor que hicieran una planta chiquita para trabajar con chatarra, con los hierros más bien usados, en luar de gastar tanto?”.

»Pero él era intransigente. “Si construimos esa fábrica más rápido crearemos los cuadros necesarios. En cuanto al mineral de hierro, vamos a buscar en México, en algún lugar cercano; en cuanto al carbón, buscaremos algo… Podemos traerlo de aquí en los barcos que recogen el azúcar de Cuba.”»

Más tarde, a solas, Leonov sugirió que Jrushov podía tener razón, que sería mejor construir gradualmente, por etapas, y que una planta tan enorme podría resultar prematura. Pero el Che respondió: «Bueno, Nicolás, aquí hay más razones sociales, más razones políticas, y la revolución debe ser algo imponente, grande. Debemos combatir el monocultivo del azúcar, debemos convertirnos en industria, y ustedes aquí, en la Unión Soviética, comenzaron su programa de industrialización sin una base».

«Me parecía un poco artificial la idea, que tenía más fundamentos políticos y sociales que económicos, y no prosperó», dijo Leonov. Añadió que el Che perdió un poco de entusiasmo después de consultar con La Habana. No volvió a mencionar la idea y los soviéticos tampoco.

El Che llevó a Leonov en su viaje a Corea del Norte, pensando que harían falta sus servicios de intérprete, pero apenas llegaron a Pyongyang tuvieron que separarse. La disputa chino-soviética alcanzaba su apogeo, y Corea del Norte era aliada de Pekín.

«Pero los coreanos me aislaron, y me separaron prácticamente del Che», dijo Leonov, quien debió alojarse en la embajada soviética mientras llevaban al Che a una residencia para huéspedes del gobierno. Permaneció allí durante el viaje del Che a China y luego se reunieron para el regreso a Moscú.

Según Leonov, el viaje a Corea y China obedecía a un doble objetivo: «Para él, en primer lugar, conocer los ejemplos del socialismo asiático…, y segundo, porque esos dos países no estaban aquí en Moscú entre los futuros compradores de azúcar, y él quería asegurar algunas ventas de azúcar allá… Resolvió las dos tareas, porque vio el socialismo, un poco despótico, un poco asiático, a la usanza de ellos y logró la venta, creo que de doscientas mil toneladas de azúcar a China».

En verdad, el viaje a China fue sumamente provechoso. Logró vender un millón de toneladas de la zafra de 1961 y además obtuvo un préstamo de sesenta

millones de dólares para la compra de bienes chinos. Conoció al legendario líder de la Larga Marcha, Mao Tse-tung, y cenó con su segundo, Chou En-lai. Éste elogió la Revolución Cubana y el Che respondió que la revolución china era un ejemplo para «las Américas». Sin duda, esto mortificó a los soviéticos, y su consternación sin duda aumentó cuando, al partir de China, el Che dijo que «en general no tenía una sola discrepancia» con Pekín.

Los norteamericanos tampoco pasaron por alto las declaraciones fraternales del Che. Un informe secreto de la inteligencia norteamericana comenta su estancia en China con interés. «Un aspecto notable de la visita de Guevara a Peiping [Pekín] fue que aparentemente tomó partido por los chinos en varios puntos clave de la disputa chino-soviética».

«En una recepción, el 20 de noviembre, Guevara elogió el movimiento comunal chino (atacado por los soviéticos) y dos días antes ensalzó la revolución comunista china como un "ejemplo" que ha "mostrado un nuevo camino para las Américas". Guevara no hizo una declaración semejante sobre el ejemplo de la Unión Soviética durante su permanencia en Moscú».

Si bien en sus declaraciones el Che dejó traslucir sus propias simpatías, tanto él como Fidel se preocupaban por no tomar partido abiertamente en la confrontación entre los dos gigantes del comunismo. De regreso en Pyongyang, el Che expresó diplomáticamente a Leonov su esperanza de que las dos naciones «resolvieran sus diferencias», pero los dos líderes cubanos tenían plena conciencia de que su posición les permitía aprovechar al máximo el enfrentamiento entre Pekín y Moscú. En efecto, a su regreso a Moscú el 19 de diciembre, los soviéticos en un alarde de generosidad aceptaron comprar 2,7 millones de toneladas de la zafra siguiente a precios superiores a los del mercado mundial. El comunicado soviético-cubano difundido ese día expresaba el agradecimiento cubano por la ayuda económica soviética y subrayaba el «pleno apoyo» de la Unión Soviética a los esfuerzos de Cuba por conservar su independiencia «frente a la agresión». En términos similares a los elogios de Guevara a China, el comunicado moscovita ensalzaba a Cuba como «un ejemplo para los demás pueblos del continente americano, así como los de Asia y África».

Al día siguiente, el Che partió de regreso a La Habana con breves escalas en Praga y Budapest. Se había enterado de que un conocido de la infancia, el refugiado republicano español Fernando Barral, vivía en Hungría. Se habían visto por última vez diez años antes, cuando el gobierno argentino detuvo a Barral por «agitación comunista» y lo expulsó del país. Desde entonces, Barral había estudiado en Hungría hasta licenciarse como médico. Había vivido la insurrección húngara de 1956 y la subsiguiente invasión soviética que la aplastó. Seguía las

noticias sobre la Cuba revolucionaria con gran interés. En cuanto a ese comandante argentino Ernesto Guevara, apodado «Che», se preguntaba: «¿Será realmente el loco Guevara que yo conocí?» Durante su breve estancia en Budapest, el Che pidió a la embajada cubana que encontrara a Barral, pero fue imposible. Dejó la siguiente nota, que finalmente llegó a destino:

Querido Fernando:

Sé que tenías dudas sobre mi identidad pero creías que era yo. Efectivamente, aunque no, pues ha pasado mucha agua bajo mis puentes y del ser asmático, amargado e individualista que conociste, queda el asma. Me enteré que te habías casado, yo también y tengo dos hijos,[69] pero sigo siendo un aventurero. Sólo que ahora mis aventuras tienen un fin justo.

Saludos a tu familia de este sobreviviente de una época pasada y recibe un abrazo fraterno de Che [P.D.] Qué tal es mi nuevo nombre.

Tal como le había sucedido a Granado, el contacto con Guevara imprimió un nuevo rumbo a la vida de Barral. El sistema socialista consolidado y burocrático de Hungría ya no tenía sorpresas para el exiliado, y la oportunidad de participar en la «nueva» revolución en Cuba le atraía enormemente. En su respuesta al Che, expresó su interés por vivir y trabajar en la isla. El Che le escribió en febrero de 1961 para darle la bienvenida. «Que el sueldo será decoroso sin permitir mayores lujos y que la experiencia de la Revolución Cubana es algo que me parece muy interesante para personas que, como tú, tienen algún día que empezar de nuevo en la patria de origen».

(Barral aceptó la oferta y emigró a Cuba en noviembre de 1961. Casi el primer día, el Che lo envió con Ramiro Valdés, el jefe de seguridad, quien para poner a prueba su dedicación revolucionaria lo envió al Escambray a combatir en la «Lucha contra Bandidos».)

En ese viaje, un nuevo rostro entró en la vida del Che. En Berlín conoció a una mujer germano-argentina de veintidós años llamada Haydée Tamara Bunke, intérprete en sus reuniones con los funcionarios alemanes. Era hija de judíos comunistas que en 1931 habían huido de la Alemania hitleriana para radicarse en la Argentina, donde nació Tamara dos años después. Allí pasó su infancia y a los catorce años volvió con sus padres a la República Democrática Alemana, gobernada por los comunistas. Formada por sus padres en la ideología comunista, era hija leal del Estado socialista y miembro del ala juvenil del Partido Comunista desde los dieciocho años. Gracias a su conocimiento del español la nombraron intérprete oficial, pero según una declaración firmada que presentó al partido en

1958, soñaba con volver a Latinoamérica —en lo posible a su Argentina natal— para «ayudar al partido».

Cuando la presentaron al Che, la bonita rubia Tamara ya conocía a algunos de sus camaradas. Seis meses antes Orlando Borrego había viajado a Berlín con una delegación comercial, y Tamara les había servido de intérprete; más adelante, ambos recordarían el vivo interés de la joven por Cuba y su revolución, y su deseo de trabajar allá. Cinco meses después de conocer al Che, su deseo se hizo realidad; en mayo de 1961 voló a Cuba y poco después pasó a cumplir tareas en el proyecto de revolución latinoamericana.

En el vuelo de regreso, el Che sin duda se sentía complacido. Había conocido a los líderes del mundo socialista y obtenido ventas y créditos vitales para Cuba. Durante los dos años anteriores había desempeñado un papel crucial en la consolidación de la alianza soviético-cubana. Según Alexeiev: «El Che prácticamente fue el arquitecto de nuestra amistad».

El Año Nuevo de 1961, Fidel convocó a la movilización militar general y realizó un desfile por las calles de La Habana para exhibir los tanques y armamentos recientemente adquiridos a la Unión Soviética. Al día siguiente, ordenó a la embajada estadounidense que redujera su personal a once empleados, el mismo número que la embajada cubana en Washington. Para el presidente saliente Eisenhower, fue la gota que rebasó el vaso. Sólo restaba firmar el certificado de divorcio que ponía fin a una relación agitada de sesenta años. Al día siguiente, 3 de enero de 1961, en una de sus últimas medidas antes de entregar la presidencia a John F. Kennedy, cortó las relaciones diplomáticas entre Estados Unidos y Cuba.

24. ESTOS TIEMPOS ATÓMICOS

I

La mañana del 24 de febrero de 1961, el Che salió de su casa en la calle Dieciocho de Miramar. Su coche giró a la derecha por la Séptima avenida. Generalmente seguía otra ruta: giraba a la izquierda por su calle residencial, seguía hasta el bulevar arbolado de la Quinta avenida, donde giraba a la derecha, y después de pasar frente a la sede de la Seguridad del Estado entraba en el túnel bajo el río Almendares, luego bordeaba el mar por el malecón hasta llegar a La Habana Vieja, donde estaba el Banco Nacional.

Pero ese día enfiló hacia la Plaza de la Revolución. Fidel había ampliado su departamento del INRA hasta convertirlo en un ministerio, y el Che cumplía su primera jornada como ministro de Industrias. El cambio imprevisto de ruta probablemente salvó su vida.

Momentos después de salir, se produjo un tiroteo en la acera frente a su casa; los escoltas del Che empezaron a disparar a ciegas. En la casa, Aleida tomó al bebé y se resguardó en el hueco de la escalera de la planta alta, donde se les unió, aterrada, la nueva integrante del hogar de los Guevara: Sofía Gato, una camagüeyana de veinticinco años, la niñera de Aleidita, quien por entonces tenía tres meses.

Más adelante Sofía pudo reconstruir en parte los sucesos. Cuatro o cinco «barbudos» armados, ocultos detrás de unos setos que había cerca de la esquina de la Dieciocho con la Quinta, abrieron fuego de armas automáticas contra un vecino, un oficial llamado Salinas, que pasaba en su coche. Convencidos de que el blanco era la casa del Che, la guarnición de escoltas que vigilaba a la familia abrió fuego a su vez. Momentos después, Salinas estaba muerto en su coche y uno de los asaltantes se retorcía sobre la acera.

El gobierno rápidamente evitó la difusión del hecho, pero mucha gente ya estaba enterada. La versión extraoficial del Che y el gobierno fue que él no había sido el blanco del atentado. Según Oscarito Fernández Mell, otro morador de la casa en la calle Dieciocho, Salinas era efectivamente el blanco del asalto, provocado por un «asunto pasional». Como en tantos otros sucesos en Cuba, un manto de silencio oficial cayó sobre el incidente que aún hoy sigue sumido en el misterio.

Con todo, la idea de que el tiroteo de la calle Dieciocho fue un atentado

frustrado contra la vida del Che resulta verosímil a la luz de lo que sucedía en Cuba por aquellos días. En todo el país, ex«barbudos» como los que habían disparado contra el coche de Salinas tomaban las armas contra la revolución, contra el comunismo. La mayoría de los anticomunistas atribuían el «sometimiento» del país a la Unión Soviética sobre todo al Che, el tábano «rojo» que aguijoneaba a Fidel.

Para entonces se había frustrado por lo menos un atentado contra la vida del Che. Una noche de principios de 1960, cuando Alexeiev y el Che conversaban en la oficina del Banco Nacional —eran tiempos anteriores a la visita de Mikoyán, y sus encuentros aún eran clandestinos—, éste dijo: «Ven, Alejandro, voy a mostrarte desde dónde van a tirar contra mí los contrarrevolucionarios», y señaló la ventana de un edificio al otro lado de la callejuela. El agente soviético se asustó, pero el Che se apresuró a tranquilizarlo: los servicios de inteligencia cubanos vigilaban el lugar y estaban a punto de ocuparlo.

Fuera cual fuese la verdadera causa del tiroteo en la calle Dieciocho, a partir de entonces el Che tomó mayores precauciones. Todos los visitantes al Ministerio de Industrias eran registrados por los guardias. El Che llevaba una caja de cigarros llena de granadas de mano en el asiento del coche y modificaba diariamente la ruta para llegar a su oficina.

Los norteamericanos habían perdido prácticamente todas sus fuentes de información *in situ*. Los últimos diplomáticos habían abandonado la embajada el 20 de enero, pocos días después de prohibir los viajes de sus ciudadanos a la isla. El mismo mes, los gobiernos de Perú y Paraguay rompieron relaciones y retiraron a sus diplomáticos; durante los meses siguientes, otros vecinos anticastristas seguirían su ejemplo. Los exiliados cubanos ya sumaban casi cien mil; casi todos residían en Miami, y el gobierno norteamericano se había visto obligado a destinar fondos federales para conseguirles vivienda y trabajo. Uno de ellos era Pardo Llada, el molesto compañero de viaje del Che en su primera gira internacional, a quien habían indicado la conveniencia de partir a raíz de ciertos comentarios indiscretos sobre la infiltración comunista en el gobierno. Humberto Sorí-Marín no tuvo tanta suerte. Detenido por las tropas y acusado de realizar actividades contrarrevolucionarias auspiciadas por la CIA, el exministro de Agricultura fue a parar al paredón. Más allá del costo humano, las purgas y el éxodo masivo ayudaban al propósito de Fidel de «drenar la ciénaga», al expulsar de la escena a los quintacolumnistas y contrarrevolucionarios en potencia.

Mientras aquéllos partían, empezaban a llegar técnicos soviéticos, profesores de ruso, economistas y asesores militares. Mongolia, Albania, Hungría, China y Vietnam del Norte abrieron embajadas. Se sucedían las delegaciones comerciales y

culturales del bloque oriental. El 17 de enero, Fidel anunció que un millar de jóvenes cubanos irían a la Unión Soviética por cuenta del gobierno para estudiar las «granjas colectivas». La transformación había sido tan brusca y drástica que incluso los obreros cubanos se asombraban de las diferencias entre los «americanos» y sus reemplazantes «rusos».

Si los norteamericanos eran ricos y prepotentes y hablaban un español horrible, estos recién llegados lucían y actuaban como campesinos toscos y mal vestidos. Las mujeres eran gordas, vestían largas faldas campesinas y pañuelos en la cabeza; los hombres, trajes mal cortados de tela barata. Sudaban profusamente en el calor tropical, pero no usaban desodorante y para los remilgados cubanos, los rusos olían mal. No hablaban español, andaban siempre juntos y los transportaban a sus nuevos enclaves residenciales en camiones, como ganado. Contemplaban maravillados la ciudad moderna, con los llamativos productos norteamericanos que aún se exhibían en las vidrieras —televisores, frigoríficos, climatizadores— y las lujosas viviendas diseñadas por arquitectos, con piscinas y jardines muy bien cuidados. Abrían los ojos de par en par al paso de los inmensos automóviles norteamericanos, con sus relucientes cromados y carrocerías.

Para muchos observadores, los soviéticos no tenían el aspecto de representantes de la tan elogiada «superpotencia» socialista. Consciente del escepticismo popular, el Che lo tuvo en cuenta cuando apareció en televisión el 6 de enero para hablar sobre su viaje reciente a la Unión Soviética. Tras una serie de elogios líricos de las naciones que había visitado, en especial Corea del Norte y China, se refirió al asunto que preocupaba a todos: el evidente atraso de los soviéticos en materias que muchos cubanos daban por sentado. Sobre la visita a la Unión Soviética, dijo:

Nosotros allí teníamos que plantear algunos problemas que nos daban algo de vergüenza realmente. Porque, por ejemplo, planteábamos el problema de que el pueblo cubano necesitaba materias primas para hacer desodorantes, y en esos países no entendían eso, porque son países que desarrollan toda su producción para el bienestar general del pueblo, y que tienen todavía que superar atrasos enormes…; no se pueden ocupar de esas cosas… Nosotros también tenemos que ocuparnos ya de cosas más importantes.

Dadas las circunstancias, el Che trataba de dirigirse a su audiencia en términos diplomáticos. Les decía a los remilgados habaneros que los *comprendía*, pero los tiempos habían cambiado, las prioridades nacionales eran otras y, como los rusos, tendrían que aprender a prescindir de los desodorantes. Reconocía además que los soviéticos, a pesar de sus progresos tecnológicos, eran efectivamente un pueblo rústico en más de un sentido.

La influencia del bloque soviético también se hizo más visible en la economía. En lugar de favorecer las granjas colectivas desorganizadas que sucedieron a las primeras expropiaciones de tierras, el gobierno empezó a reemplazarlas por las llamadas «granjas del pueblo» que seguían el modelo soviético.[70] En el ministerio del Che, asesores checos y soviéticos trabajaban con los economistas sudamericanos de la primera generación. El Che organizó un grupo de estudios marxistas en el que participaban él mismo, Orlando Borrego y otros asesores; a cargo del curso estaba el hispano-soviético Anastasio Mansilla, un especialista en economía política.

Junto con casi todas las demás influencias norteamericanas —por ejemplo, se prohibió a Papá Noel—, se desalentó el aprendizaje del inglés; el segundo idioma a aprender en la «nueva» Cuba era el ruso. El Che empezó a tomar clases de ruso dos veces por semana con Yuri Pevtsov, un filólogo enviado por la Universidad Lermontov para ser su intérprete y preceptor personal. A falta de un manual ruso-español, utilizaron un libro de primeras letras ruso-francés.

A pesar de los chistes populares que circulaban acerca de los «*bolos*», cierto «estilo» soviético empezó a infiltrarse inexorablemente en la vida cubana, al principio de manera superficial. El gobierno encabezaba la transformación de los símbolos. Ya existía una agencia de planificación central, el JUCEPLAN, imitación del GOSPLAN soviético. Calles, teatros, fábricas recibían nuevos nombres de héroes y mártires, tanto nacionales como extranjeros, como Camilo Cienfuegos y Patrice Lumumba. El viejo Cine Chaplin de la Primera avenida ahora se llamaba Carlos Marx y en poco tiempo se fundarían las guarderías Héroes de Vietnam y Rosa Luxemburgo.

Desde la revolución era costumbre bautizar a los bebés Fidel y Ernesto, por el Che. Ahora los cubanos empezaban a bautizar a sus hijos con nombres como Alexéi y Natasha. La hija menor del Che adquirió un apodo ruso: Aliusha.

En Washington, los analistas de los servicios de inteligencia atribuían el viraje espectacular de la isla hacia el bloque soviético en gran medida a los esfuerzos del Che Guevara. En una evaluación secreta de su reciente misión al bloque chino-soviético, fechada el 23 de marzo, la Oficina de Inteligencia e Investigación del Departamento de Estado reconoció sus logros indudables.

«Cuando finalizó la visita, Cuba tenía acuerdos comerciales financieross, además de vínculos culturales, con todos los países del bloque, relaciones diplomáticas con todos menos Alemania Oriental y acuerdos de asistencia científica y técnica con todos menos Albania».

No se sabía si Guevara había negociado una mayor ayuda militar, pero el informe lo consideraba sumamente probable. «Se puede suponer que el asunto fue materia de discusión y que se acordó un nuevo envío de armas. Según un informe, en el comienzo de su gira Guevara pidió misiles a Jrushov y el premier soviético se negó, pero prometió enviarle armas automáticas de la Segunda Guerra Mundial».

II

La CIA había discutido largamente los pros y los contras de asesinar al Che, Raúl y Fidel. En enero de 1960, Allen Dulles había rechazado inicialmente una conspiración asesina en favor del plan del «ejército en el exilio». Con el tiempo se impondría el Dulles de la vieja escuela, quien por pragmatismo —no por sed de sangre— aceptaba cualquier plan capaz de asegurar el objetivo con la mayor eficiencia posible. Si la muerte de los principales líderes cubanos ayudaba a garantizar el éxito de la invasión, entonces se debía adoptar esa alternativa; así, durante los meses siguientes, había autorizado al director de operativos clandestinos Richard Bissell a estudiar las posibilidades de asesinato. Ya se habían pergeñado algunos planes, entre ellos un intento absurdo de envenenar los habanos preferidos de Fidel. A lo largo de los meses y años subsiguientes se elaborarían o intentarían muchas conspiraciones para asesinar a Fidel y sus principales camaradas, algunas incluso con la complicidad de la Mafia norteamericana.[71]

Al mismo tiempo, Allen Dulles tenía que ocuparse de la explosiva crisis del Congo. La antigua colonia belga era fuente de recursos minerales estratégicos para Occidente, y Washington no podía permitir la instauración de un gobierno satélite de Moscú; tal como temían Dulles y sus hombres, ésa era justamente la intención de Jrushov. El aparentemente caprichoso primer ministro del Estado africano, Patrice Lumumba, había solicitado tropas de la ONU para impedir la secesión de la provincia cuprífera de Katanga, encabezada por su rival Moise Tshombé con el respaldo de Bélgica, pero luego había buscado el apoyo militar de la Unión Soviética.

En agosto de 1960, con aprobación de Eisenhower, Dulles había enviado un telegrama al jefe de la CIA en Leopoldville, capital del Congo, autorizándolo a «desplazar» a Lumumba «como objetivo urgente y primordial… de alta prioridad». Lumumba fue expulsado de su puesto por el presidente Joseph Kasavubu y el comandante del ejército Joseph Mobutu, pero aún se lo consideraba peligroso. En septiembre Dulles ordenó que Lumumba fuera «eliminado de cualquier posibilidad [de] regresar al gobierno…».

Una semana después, el jefe de la CIA en Leopoldville recibió una visita de Washington, el doctor Sidney Gottlieb de la «división médica» de la CIA. En su valija diplomática traía una jeringa, guantes de goma, una máscara de cirujano y

una toxina biológica imposible de rastrear: habían encontrado la manera más práctica de «desplazar» a Lumumba. Pero éste no cayó en manos de la CIA sino de sus propios rivales congoleños; tropas del ejército lo entregaron a las fuerzas de Tshombé aunque se hallaba bajo la protección de la ONU. Lumumba fue asesinado en cautiverio el 17 de enero de 1961, pero la noticia no fue divulgada hasta un mes después.

Finalmente, a mediados de febrero, se difundió la noticia de la muerte de Lumumba. Jrushov reaccionó con furia, acusando al secretario general de la ONU Dag Hammarskjöld de «complicidad» en el asesinato. El canciller cubano Raúl Roa se hizo eco de la denuncia en una nota de protesta formal a la ONU. En La Habana, el Che deploró la muerte de Lumumba, a quien admiraba como caudillo revolucionario afín a los cubanos en África, y el gobierno decretó tres días de luto oficial. Desde luego, los hombres de la CIA estaban complacidos, aunque lo disimularon con toda discreción.

Al llegar marzo, los preparativos de la CIA para una invasión de Cuba ya estaban bien encaminados e incluían una organización en la isla que debía servir de fachada política. Después de crear una floreciente red clandestina, Manuel Ray quedó subsumido en la alianza de exiliados cubanos auspiciada por la CIA, que había designado al exprimer ministro Miró Cardona titular del autoproclamado Consejo Revolucionario Cubano y futuro presidente provisional. Pero tanta actividad anticastrista había generado graves problemas en otras partes.

En noviembre, los más de seiscientos combatientes cubanos en el exilio que conformaban la Brigada 2506 habían terminado un curso de instrucción guerrillera de tres meses en Guatemala, pero la prensa había denunciado su presencia, así como el hecho de que los auspiciara la CIA. El escándalo consiguiente causó dificultades al presidente guatemalteco Ydígoras Fuentes. Furiosos por la presencia de tropas extranjeras en su tierra, un grupo importante de oficiales nacionalistas se había alzado en armas; la noche del 13 de noviembre había tomado una guarnición de la capital, el cuartel Zacapa en el oriente del país y Puerto Barrios sobre el Caribe.

A pesar de sus éxitos iniciales, los oficiales rebeldes y sus tropas dudaban sobre sus pasos siguientes y rechazaban a cientos de campesinos zacapeños que pedían armas para unirse a ellos. Una flotilla naval norteamericana fondeó frente a la costa y la guerrilla cubana de la CIA fue enviada a reprimir la sublevación, mientras bombarderos B-26 de la CIA con pilotos cubanos desalojaban a los rebeldes de sus posiciones. El despliegue de fuerza logró su propósito y las tropas rebeldes capitularon rápidamente.

Pero lo que en su momento pareció un incidente secundario tendría consecuencias graves para el futuro. Dos jóvenes oficiales rebeldes que habían recibido entrenamiento en Estados Unidos no volvieron a sus cuarteles. Marco Aurelio Yon Sosa, de veintidós años, y Luis Turcios Lima, de diecinueve, pasaron a la clandestinidad, resueltos a iniciar una guerra de guerrillas contra el régimen guatemalteco. Quince meses después aparecerían a la cabeza de una insurgencia izquierdista calificada por Ydígoras Fuentes de «dirigida por Cuba»; con el tiempo, Turcios Lima se convertiría en uno de los protegidos revolucionarios preferidos del Che.

En noviembre también hubo disturbios en Venezuela, donde los miristas procubanos y los comunistas iniciaron una violenta insurrección en Caracas contra el régimen de Betancourt. El partido de centroizquierda URD dirigido por un expresidente, el almirante Wolfgang Larrazábal, desertó del gobierno de coalición y conformó un Consejo de Liberación Nacional con el MIR y los comunistas para derrocar al gobierno. Se produjeron manifestaciones estudiantiles y choques con la policía hasta que el gobierno acabó por aplastar la rebelión. Betancourt incrementó la represión; antes de fin de año suspendería las garantías constitucionales por tiempo indeterminado, cerraría las universidades, prohibiría los diarios de izquierda y mandaría tropas a ocupar los yacimientos petroleros. Así se creaba una escena propicia para una lucha armada guerrillera, que estallaría en poco tiempo con respaldo cubano.

Entretanto, la «graduación» de la brigada de exiliados cubanos basada en Guatemala coincidió con un cambio de estrategia en cuanto a las funciones futuras de la CIA en la isla. La experiencia reciente indicaba que la capacidad de la fuerza para luchar y sobrevivir como ejército guerrillero, según la intención original de la agencia, era más que dudosa. Mientras la fuerza principal se adiestraba en Guatemala, la CIA había iniciado un plan clandestino paralelo que consistía en enviar pequeños grupos de rebeldes y saboteadores a Cuba. Las fuerzas de Castro habían puesto a la mayoría fuera de acción en poco tiempo. Los envíos de provisiones por aire para mantener a los rebeldes en el monte también habían fracasado. Por consiguiente, se imponía un plan más ambicioso.

En un cambio de táctica, Richard Bissell sustituyó a los instructores guerrilleros de la brigada cubana por especialistas en guerra convencional. Según el nuevo plan, la brigada realizaría un desembarco anfibio en la costa cubana. Con apoyo de bombarderos, tomarían posiciones y proclamarían un gobierno provisional que recibiría el reconocimiento inmediato tanto de Washington como de los gobiernos latinoamericanos aliados. Así, en teoría, Estados Unidos podría intervenir «en apoyo» del nuevo «gobierno democrático» cubano. Se esperaba que para entonces Fidel, el Che y Raúl estarían muertos. La CIA ya elaboraba distintos

planes para asesinar a los dirigentes cubanos en vísperas del desembarco.

Hombres seleccionados de la brigada guatemalteca habían formado siete grupos de infiltración de cinco efectivos cada uno, llamados Equipos Grises. Su cometido era reunirse con la resistencia clandestina en la isla y ayudar a coordinar los envíos de armas por aire. Una vez que desembarcara la fuerza invasora principal, los equipos debían atacar blancos determinados y provocar insurrecciones por toda la isla. Entre los elegidos estaba Félix Rodríguez, que entonces tenía diecinueve años. Los aspirantes de los Equipos Grises fueron trasladados a otro campamento en la selva guatemalteca, donde exiliados anticomunistas de Europa Oriental, todos veteranos de guerra, les enseñaron el «oficio» de espía. Poco después de Navidad, un avión de transporte militar norteamericano con vidrios opacos los trasladó a Fort Clayton, una de las bases en Zona del Canal de Panamá. Allí fueron instruidos en el manejo de las armas más modernas de origen soviético y de Europa del Este.

A principios de enero, Rodríguez comunicó a sus jefes norteamericanos un plan que había elaborado para asesinar a Fidel. Días después le dijeron que la agencia lo había aprobado. Voló con otro camarada a Miami, donde le proporcionaron un fusil de precisión alemán con mira telescópica. Ya habían elegido el lugar del atentado, una casa de La Habana que Fidel solía frecuentar. En tres ocasiones Rodríguez fue trasladado de noche en lancha rápida a la costa cubana, y las tres veces sus contactos en tierra faltaron a la cita. Después del tercer fracaso, la CIA le quitó el fusil y le dijo que había «cambiado de opinión» sobre el operativo.

Para entonces los demás Equipos Grises se encontraban en un campamento en las afueras de Miami. El 14 de febrero, el primer grupo de infiltración entró clandestinamente en Cuba. Una semana después, y cuatro días después del atentado en la puerta de la casa del Che, Rodríguez y sus cuatro camaradas, con armas, explosivos y municiones, se lanzaron en paracaídas sobre la costa norte de la isla entre el balneario de Varadero y La Habana. Allí los recogieron militantes clandestinos del MRR.

Durante el mes siguiente, Rodríguez y sus hombres se reunieron con la resistencia en La Habana y Camagüey. Se alojaban en casas clandestinas y se preparaban para recibir un gran cargamento de armas de la CIA. Recibidas y distribuidas las armas, su siguiente misión consistía en repetir lo que habían hecho el Che y Camilo durante la última etapa de la guerra contra Batista: abrir un frente guerrillero en el norte de Las Villas para tratar de partir el país por la mitad, lo que obligaría al gobierno a traer fuerzas desde la costa sur, donde debía desembarcar la fuerza invasora.

Cierto día de mediados de marzo, Rodríguez ayudó a la resistencia a trasladar armas de una casa clandestina adyacente a la sede de la Seguridad del Estado, en la Quinta avenida entre las calles Catorce y Dieciséis. Lo que no sabía era que el célebre Che Guevara vivía a menos de dos calles; si no, probablemente hubiera ideado un plan para asesinarlo.

Por cierto que era muy difícil que tanta actividad pasase inadvertida para el régimen de Castro, que había perdido rápidamente toda esperanza de que el nuevo presidente norteamericano aceptara una Cuba socialista como hecho consumado. El presidente Kennedy, que durante la campaña había atacado implacablemente al gobierno de Eisenhower y Nixon por ser complacientes con Castro, ahora parecía resuelto a dar prueba de su valor; en los dos meses transcurridos desde que tomó posesión del cargo se habían multiplicado los indicios de que se preparaba algún tipo de intervención militar con respaldo norteamericano.

En efecto, Kennedy estaba informado sobre el plan de invasión de los «exiliados cubanos» desde su triunfo electoral en noviembre y le había dado luz verde al director de la CIA, Allen Dulles. Desde que había tomado posesión de su cargo, Kennedy escrutaba el plan ambicioso de la CIA con ojo más crítico, expresaba dudas sobre su viabilidad (y algunos de sus asesores civiles se oponían con vigor), pero las advertencias y seguridades reiteradas de la CIA habían logrado el efecto deseado.

Los agentes de Dulles aseguraban a Kennedy que la fuerza de exiliados estaba preparada e impaciente por combatir; el «día D» no se podía postergar. Tal como estaban las cosas, la CIA era capaz de «eliminar» la pequeña flota cubana de bombarderos B-26 y helicópteros Sea Fury antes de la invasión para proteger a los exiliados de los ataques aéreos. Pero esa ventana se cerraba rápidamente; pilotos cubanos aprendían a manejar MiG soviéticos en Checoslovaquia, y aunque esos aviones aún no habían llegado a Cuba, probablemente lo harían en poco tiempo.

El lugar elegido por la CIA para el desembarco se encontraba en la costa sur de Cuba cerca de Trinidad, en la provincia de Las Villas, pero a Kennedy le pareció demasiado «espectacular». Optó por un lugar más discreto al oeste del primero, en la remota Playa Girón de la bahía de Cochinos. Le habían asegurado que si no lograban consolidar su posición en la playa, podían llegar al «cercano» Escambray donde se reunirían con los rebeldes de allí para iniciar un movimiento guerrillero de resistencia.

El plan tenía muchos puntos débiles. Los montes «cercanos» del Escambray estaban a más de ciento cincuenta kilómetros; el aislamiento que hacía parecer a

Playa Girón el lugar ideal para un desembarco clandestino podía convertirla en una trampa mortal si las fuerzas castristas llegaban con suficiente rapidez. En caso de necesidad, había sólo dos vías de escape: por los caminos estrechos que atravesaban la vasta ciénaga de Zapata o por la costa, al descubierto. En ambos casos sería fácil emboscar, cercar y masacrar a los rebeldes. Evidentemente, los estrategas de la CIA no habían pensado en ello.

A pesar de sus recelos, Kennedy dio su autorización, pero prohibió la participación directa de tropas norteamericanas y el apoyo aéreo a gran escala una vez iniciado el asalto. Al parecer, los hombres de la CIA pensaban que una vez iniciado el asalto, el presidente cedería. Fuera como fuese, los exiliados cubanos fueron informados de este dato crucial; estaban convencidos de que Estados Unidos los respaldaría con todo su poder militar.

La CIA tampoco tenía la menor idea de hasta qué punto el servicio de inteligencia de Castro se había infiltrado en su plan «clandestino». Por lo menos uno de los treinta y cinco integrantes de los Equipos Grises infiltrados en Cuba era un doble agente castrista, y sin duda había otros. La comunidad de exiliados en Miami, donde Fidel había instalado una red eficiente, conocía las líneas generales del plan. Para colmo, Fidel estaba bien provisto de vehículos blindados. Años después, Alexeiev confesaría con regocijo que «teníamos armas soviéticas en Playa Girón. Muchas armas soviéticas participaron en Playa Girón».

III

En medio de las fuertes tensiones provocadas por los rumores de invasión, los ataques aéreos nocturnos y una serie de bombardeos a tiendas habaneras expropiadas, el Che pronunciaba discursos, escribía artículos y recibía delegaciones extranjeras. Cuando los chinos, que no estaban dispuestos a dejarse ganar por los soviéticos, realizaron una Exposición de Edificación Socialista en el Hotel Habana Libre, asistió a las ceremonias de inauguración y clausura. Cortó la cinta en una fábrica de lápices recientemente adquirida a la Unión Soviética y visitó la mina de níquel nacionalizada de Nicaro, donde instó a los trabajadores a «trabajar mucho y sacrificarse para producir más».

El trabajo voluntario era la bandera que había empezado a enarbolar el Che en sus esfuerzos por crear un «Hombre Nuevo Socialista» en Cuba. Había iniciado esa práctica en pequeña escala poco después de la muerte de Camilo con la construcción de una escuela en memoria del camarada muerto, pero después de ver las brigadas de trabajo voluntario en la China de Mao, había abrazado con toda convicción la idea de emularlas en Cuba. Desde su regreso, el Che pasaba los sábados trabajando en las líneas de producción de las fábricas, cosechando caña, apilando ladrillos en las obras en construcción, e instaba a sus colegas del Ministerio de Industrias a que «dieran el ejemplo» mediante el trabajo voluntario en la zafra. Los empleados del ministerio advirtieron rápidamente que para granjearse el favor del Che había que sacrificar el sábado en familia para unirse a él en el trabajo.

El programa del Che, que con el tiempo se llamaría «emulación comunista», se basaba en el principio de que al trabajar voluntariamente para la sociedad sin pensar en la remuneración, el individuo da un paso importante hacia la construcción de una auténtica «conciencia» comunista. El Che empleaba todos los medios para inculcar este concepto en sus camaradas. Un día, al ver que no tenía reloj, su amigo Oscarito Fernández Mell le dio el suyo, una hermosa pieza con pulsera de oro que había comprado después de licenciarse como médico. Poco después, el Che entregó a Oscarito una hoja de papel; éste advirtió que aún tenía el reloj, pero la correa era de cuero. El papel era un certificado del Banco Nacional según el cual Oscar Fernández Mell había «donado» su pulsera de oro a las reservas de oro de la nación.

Todos sabían que el Che se había negado a cobrar su sueldo de presidente

del Banco Nacional y que continuaba esa práctica en el Ministerio de Industrias; sólo recibía su minúscula paga de comandante. Orlando Borrego, que para entonces era viceministro, retenía una suma equivalente de su salario y donaba el resto a un fondo para la reforma agraria; le parecía indecoroso ganar más dinero que su jefe.

Según Borrego, el histrionismo revolucionario del Che disgustaba a algunos camaradas, e incluso a sus pares del gabinete de ministros; él mismo se había visto obligado a renunciar al coche de sus sueños. Al huir del país, los cubanos ricos dejaron una enorme flota de automóviles, que el gobierno nacionalizó y distribuyó entre los ministerios para uso de los funcionarios y de algunos empleados. Pero Borrego había tenido más suerte. En una visita a una fábrica de cigarrillos «intervenida», un gerente había señalado un flamante coche deportivo Jaguar abandonado por su dueño y lo había ofrecido a Borrego, ya que nadie sabía conducirlo. Enamorado del coche a primera vista, Borrego lo condujo encantado durante una semana, hasta que un día el Che lo vio en el garaje donde ambos guardaban sus vehículos. «¡Eres un chulo!», vociferó.

Le preguntó cómo era posible que condujera semejante coche. Era un «coche de chulo», un vehículo ostentoso; un «representante del pueblo» no podía andar en semejante vehículo. Con desazón, Borrego dijo que lo devolvería. «Está bien —dijo el Che—, te doy dos horas».

Más tarde, en la oficina, le dijo que debería conducir un coche como el suyo, un modesto Chevy Impala verde del año anterior. Poco después Borrego recibió un coche idéntico al de su jefe, aunque de dos colores, y lo conservaría durante doce años.

Mientras el Che se creaba sin cesar nuevos aliados y enemigos, algunos viejos amigos y conocidos se presentaban en La Habana. Alberto Granado había traído a su familia de Venezuela y enseñaba bioquímica en la Universidad de La Habana. También apareció Ricardo Rojo, aunque por otros motivos. Flamante diplomático enviado a Bonn por el gobierno argentino de Arturo Frondizi, que había intentado sin éxito mediar en la creciente disputa entre Cuba y Estados Unidos, Rojo sin duda esperaba que su relación con el Che le permitiría descubrir las intenciones de La Habana. Pero los preparativos de guerra saltaban a la vista. Los milicianos abrían pozos en las calles para instalar cargas explosivas y por todas partes se veían hombres y mujeres armados. Después de atravesar el vestíbulo entre dos filas de hombres barbudos y armados, encontró a su viejo amigo Chancho Guevara en una oficina a medio amueblar. Habían pasado seis años desde su encuentro anterior en México. Rojo le dijo que parecía más gordo. Guevara respondió que la redondez de su cara se debía a la cortisona que tomaba

para tratar el asma crónica.

Probablemente informado de que todo cuanto mostrara o dijera a Rojo, un hombre con buenos contactos, llegaría a los responsables de la política occidental, el Che se lo llevó en un viaje de trabajo por el campo cubano: le mostró las fábricas, los cañaverales, lo presentó a los soldados campesinos que combatían a los contrarrevolucionarios en el Escambray. Incluso lo forzó a participar en una jornada de trabajo voluntario en los cañaverales. Rojo confirmó varias cosas: que Cuba estaba decididamente encaminada hacia el comunismo; que la Revolución estaba bien armada y contaba con el apoyo de la mayoría de los cubanos; y, a juzgar por varias insinuaciones de su viejo amigo, que el Che quería extender la revolución a Sudamérica.

A finales de marzo, el Che lo acompañó al aeropuerto. Cuando pasaban ante los emplazamientos de los cañones antiaéreos, se volvió hacia Rojo: «Ya vienen —dijo en alusión a los norteamericanos—. Les daremos un buen recibimiento. Lástima que te vas ahora, cuando la fiesta está por empezar».

El 3 de abril, la Casa Blanca difundió un «informe oficial» según el cual Cuba representaba un «peligro inminente» para las Américas. De esa manera el gobierno de Kennedy llamaba a las armas para la expedición militar que en poco tiempo se conocería como la invasión de bahía de Cochinos.

Cinco días después, cuando las tensiones ante la inminencia de la invasión alcanzaban un grado febril, el Che publicó un artículo en *Verde Olivo* con el título de «Cuba, ¿excepción histórica o vanguardia en la lucha anticolonialista?». En respuesta a su pregunta escribió que Cuba, lejos de ser una excepción, era sólo la primera nación latinoamericana que rompía los moldes comunes de la dependencia económica y la dominación imperialista. Su ejemplo señalaba el camino que debían seguir sus vecinos hacia el objetivo de la libertad revolucionaria.

¿Qué hicimos nosotros para liberarnos del gran fenómeno del imperialismo con su secuela de gobernantes títeres en cada país y sus ejércitos mercenarios, dispuestos a defender a ese títere y a todo el complejo sistema social de la explotación del hombre por el hombre? Aplicamos algunas fórmulas que ya otras veces hemos dado como descubrimiento de nuestra medicina empírica para los grandes males de nuestra querida América Latina, medicina empírica que rápidamente se enmarcó dentro de las explicaciones de la verdad científica.

Éste era el descubrimiento «científico» que Ernesto Guevara estaba destinado a realizar, culminación de un proceso de búsqueda que había iniciado

con sus estudios de medicina. Pero jamás le había interesado tratar los males de los individuos; su motivación permanente había sido la del investigador científico que busca una cura, un medio para prevenir; y en política le había sucedido lo mismo que en la medicina. En su proceso de búsqueda, al eliminar diversas soluciones de la lista de posibilidades —«reformismo, democracia, elecciones» había descubierto a Marx, luego Guatemala, luego Cuba, y en ese bautismo de fuego sus descubrimientos en «medicina empírica» lo habían conducido a la «verdad científica». Esa verdad, la cura para los males del hombre, era el marxismo-leninismo, y la guerra de guerrillas era el medio para alcanzarla.

Antes de la Revolución Cubana, explicó: «Faltaron en América condiciones subjetivas de las cuales la más importante es la conciencia de la posibilidad de la victoria por la vía violenta frente a los poderes imperiales y sus aliados internos. Esas condiciones se crean mediante la lucha armada que va haciendo más clara la necesidad del cambio (y permite preverlo) y de la derrota del ejército por las fuerzas populares y su posterior aniquilamiento (como condición imprescindible a toda revolución verdadera)… Sobre la base ideológica de la clase obrera, cuyos grandes pensadores descubrieron las leyes sociales que nos rigen, la clase campesina de América dará el gran ejército libertador del futuro, como lo dio ya en Cuba».

El Che había creado una «verdad científica» a partir de la experiencia cubana, y la verdad científica es una ley natural que no responde a las teorías. La esencia de su argumento era que su fórmula de alcanzar el socialismo por medio de la lucha armada equivalía a un descubrimiento científico, y que a través de éste llegarían el fin de la injusticia y la creación de una nueva forma de hombre.

IV

Cuatro días después, uno de los grupos clandestinos respaldados por la CIA provocó un incendio que destruyó El Encanto, la tienda más grande y lujosa de La Habana. Félix Rodríguez había recibido aviso de sus contactos de que iba a suceder «algo grande» y que sería conveniente que abandonara la ciudad porque después haría «mucho calor».

En medio de la oscuridad que precedió al amanecer del 15 de abril, el ruido aterrador de los aviones en picado y las bombas despertó a Sofía, la niñera de los Guevara. Corrió de su dormitorio a la sala para llamar al Che. Éste salió inmediatamente de su cuarto, sin camisa. «Los hijos de puta nos atacan por fin», dijo.

Desde una ventana observaron los fogonazos y las explosiones; los aviones bombardeaban la pista aérea del vecino Campo Libertad. En la calle, los escoltas del Che corrían de acá para allá, gritando y alzando sus pistolas. «¡Al primero que dispare lo mato!», gritó el Che desde la ventana. Los hombres se serenaron y poco después todos se alejaron rápidamente. Iban a Pinar del Río, el puesto de batalla que debía ocupar el Che cuando se iniciara la invasión. Para asegurar la defensa del extremo de la isla más próximo a Estados Unidos, Fidel le había entregado el mando del cuerpo occidental de ejército.

El bombardeo había diezmado la diminuta fuerza aérea cubana. Al día siguiente, en un fogoso discurso en el funeral de las víctimas, Fidel atribuyó el ataque a Estados Unidos, que no podía perdonar a Cuba por haber realizado «una revolución socialista» en sus propias barbas. Por primera vez desde la conquista del poder, había empleado la palabra tan temida. Más adelante se colocaría allí una placa de bronce en recuerdo del momento en que Fidel «reveló la naturaleza socialista de la Revolución Cubana».

En medio de la multitud que escuchaba a Fidel en esa tarde histórica se encontraban un joven artista argentino, prematuramente calvo, de la ciudad andina de Mendoza, y su mujer. Ciro Roberto Bustos había viajado con ella a la isla como voluntarios para participar en el experimento revolucionario cubano. En sus paseos por las calles de La Habana, en medio del clima tropical, todo era nuevo, extraño, embriagador. El aire estaba cargado de señales. El futuro se les antojaba prometedor y amenazante a la vez, y en verdad lo era. En no mucho tiempo la vida

de Ciro Bustos se vería totalmente absorbida e irrevocablemente alterada por la concepción del Che de la revolución continental.

Momentos después de la medianoche del 17 de abril, los mil quinientos hombres del Ejército de Liberación cubano en el exilio desembarcaron en la Playa Girón de bahía de Cochinos. Días antes, las unidades estacionadas en Guatemala se habían trasladado a la ciudad nicaragüense de Puerto Cabezas, en la costa del Caribe, donde el dictador Luis Somoza los despidió con palabras de aliento y la petición de que le trajeran «un pelo de la barba de Castro». Tal como el Che había vaticinado, probablemente en broma, cruzaron el mar en buques provistos por la United Fruit Company con una escolta de destructores de la armada norteamericana. Sólo se les dijo el lugar de destino cuando se hallaban en alta mar.

Horas después del desembarco, anunciado con fanfarrias por el transmisor de Radio Swan de la CIA, Fidel movilizó sus fuerzas para atacar a los invasores. En lugar de avanzar tierra adentro, éstos se atrincheraron en la playa a la espera de refuerzos. No los hubo. A media mañana comenzaron los combates. Pero al alba del día siguiente, Dulles informó a Kennedy de que los exiliados estaban empantanados; sin la intervención de Estados Unidos, los aniquilarían. Kennedy se negó a dar la orden y sólo autorizó el apoyo aéreo reducido.

En La Habana, Félix Rodríguez se enteró de la invasión por la radio. No le habían avisado. La CIA no se había atrevido a comunicarse con la resistencia clandestina dentro de Cuba por miedo a una filtración. Aislado de los camaradas de su Equipo Gris, trató de comunicarse por teléfono con sus contactos en La Habana. En cada ocasión, no obtuvo respuesta o bien una voz desconocida le dijo «ven inmediatamente». Consciente de que muchos miembros de la resistencia ya debían de estar detenidos y que las voces eran de agentes de seguridad, se quedó en su refugio. Durante los tres días siguientes siguió el desarrollo de los sucesos por televisión, llorando de impotencia.

Las fuerzas del Che en Pinar del Río no entraron en acción, pero él mismo estuvo a punto de morir cuando un arma se disparó por accidente. Aleida se enteró cuando Celia Sánchez, la factótum de Fidel, fue a decirle que el Che había sufrido una «herida» leve: su pistola se había disparado al caer de la cartuchera y el proyectil le había rozado la mejilla y la oreja. Celia le envió un coche para que se fuera junto a él y otro para que llevara a Aliusha y su niñera Sofía a su casa hasta que pasara la crisis.

Celia le había dicho la pura verdad. La vida del Che no corría peligro, pero la bala no penetró en su cerebro por milímetros. Con todo, el peligro mayor no fue la bala sino un *shock* tóxico provocado por la inyección antitetánica que le dieron

los enfermeros militares. Posteriormente le dijo a Alberto Granado, entre carcajadas: «Mis amigos casi lograron lo que mis enemigos no pudieron: ¡Estuve a punto de morir!»

En La Habana, su exesposa Hilda oyó rumores de que había sido víctima de un atentado, pero el Che inmediatamente envió un soldado a su casa para tranquilizarla sobre su estado y decirle que había sufrido un accidente.

Para Sofía, las siguientes cuarenta y ocho horas pasaron entre el insomnio y la confusión. El apartamento de Celia Sánchez era el centro neurálgico de comunicaciones de la dirección revolucionaria, donde ella recibía los últimos informes del frente y los transmitía a otros. En cierto momento, Fidel llegó con aire cansado directamente del campo de batalla y se desplomó sobre la cama que ocupaban Sofía y la hija del Che. Mientras dormía, la pequeña jugaba con su barba. Finalmente, el sueño venció a Sofía, que también estaba exhausta.

Para la tarde del 20 de abril, todo había terminado. Inmovilizada y con las provisiones agotadas, la fuerza de exiliados se rindió. Ciento catorce invasores murieron, casi mil doscientos cayeron prisioneros. Al recibir la feliz noticia, el Che volvió a La Habana de su puesto en Pinar del Río, recogió a su amigo Alberto Granado y lo llevó a Playa Girón. Llegaron al ingenio azucarero de Central Australia donde Fidel había instalado su comandancia durante la batalla. Ahora reinaba un caos de pertrechos, soldados, prisioneros de guerra; aún rastrillaban la zona circundante en busca de fugitivos que se habían refugiado en la ciénaga. Los ruidosos *jeeps* iban y venían.

El Che y Granado se acercaron a un grupo de prisioneros. Al reconocer al Che, uno de ellos tuvo tanto miedo que defecó y se orinó en los pantalones. El Che quiso interrogarlo, pero el hombre estaba tan aterrado que no podía articular las palabras. El Che se volvió hacia uno de sus escoltas: «Tráiganle un cubo de agua al pobre infeliz».

Fidel, desde luego, no podía contener su júbilo. Había conducido personalmente la batalla en Playa Girón; había disparado el cañón de un tanque hacia una de las «naves nodriza» norteamericanas; sus hombres juraban que había dado en el blanco. Leyendas aparte, la Revolución Cubana había obtenido una victoria asombrosa. El «pueblo» se había enfrentado a Washington y había vencido.

Después de la crisis, el Che fue a visitar a Hilda e Hildita. Lucía la nueva cicatriz en la mejilla con cierto orgullo. Cuando Hilda la examinaba, le dijo con fingida despreocupación: «Fue un accidente sin importancia, pero por poco. Un

par de centímetros más cerca y no lo cuento».

La mañana del 26 de abril, Félix Rodríguez salió de su guarida habanera en el Mercedes verde con chófer del embajador español hacia la embajada venezolana. Cuatro meses después recibiría un salvoconducto diplomático para salir del país, pero volvería en poco tiempo; ni él ni la CIA abandonaban la batalla contra Castro y su gobierno comunista.

V

Cuatro meses después, en la ciudad uruguaya de Punta del Este, el Che envió un mensaje de agradecimiento al presidente Kennedy por intermedio de Richard Goodwin, un joven secretario de la Casa Blanca. «Gracias por Playa Girón —dijo—. Antes de la invasión, la revolución flaqueaba. Ahora está más fuerte que nunca».

Durante los últimos meses la guerra fría entre Oriente y Occidente se había intensificado y transformado en un choque personal de voluntades entre Kennedy y Jrushov. Éste parecía disfrutar del enfrentamiento y aprovechaba su ventaja dondequiera que podía, mientras se burlaba del inexperto joven ocupante de la Casa Blanca.

Durante años, Washington y Moscú habían disputado el poder en los vacíos que dejaban los gobiernos coloniales europeos al retirarse de África, Asia y Oriente Próximo. Hasta entonces, Moscú parecía llevar la delantera. A partir de 1956, una serie de crisis internacionales habían puesto al desnudo las debilidades y limitaciones de la potencia occidental en el exterior, con las sucesivas palizas sufridas por Washington o sus aliados en Suez, el Líbano, Indonesia y Hungría.

Los soviéticos habían acelerado su programa de armamento nuclear, y en medio de la consiguiente polémica sobre la «ventaja misilística», Eisenhower había enviado aviones de espionaje U-2 a sobrevolar el territorio ruso. También esto había culminado en un embarazoso traspié, cuando el piloto de U-2 Gary Powers, derribado en junio de 1960, apareció luego en la televisión soviética para confesar que estaba en misión de espionaje y disculparse por ello. (Antes de fines de 1961, la inteligencia norteamericana determinaría que Estados Unidos aventajaba largamente a los soviéticos en cuanto a capacidad de ataque nuclear, pero el contratiempo de la ventaja en cuanto a los misiles afectaría la política norteamericana durante varias décadas.)

En 1958, la Unión Soviética se había convertido en la primera nación de la Tierra en colocar un satélite en el espacio; a principios de abril de 1961 había puesto en órbita al cosmonauta Yuri Gagarin. Cuando Kennedy aún no terminaba de tomar una decisión sobre bahía de Cochinos, un Jrushov jubiloso había proclamado su victoria espacial y desafiado a Occidente a «alcanzarlo». John F. Kennedy murmuró furioso que le disgustaba que su país llegara segundo.

Simultáneamente estallaban crisis en diversos lugares del mundo. África hervía. En el Congo, facciones rivales respaldadas por Oriente y Occidente aún disputaban el poder. Ruanda, Tanganyika y Sierra Leona habían obtenido su independencia, pero en la colonia portuguesa de Angola un movimiento de resistencia armado iniciaba la lucha contra la dominación colonial.

En Argelia, la guerra de independencia iniciada siete años antes se había cobrado miles de vidas y llevado a la propia Francia al borde de la guerra civil. En abril se rebelaron varios altos comandantes del ejército francés, furiosos por la decisión de Charles de Gaulle de negociar la independencia argelina con el Frente de Liberación Nacional.

En el sudeste asiático, los guerrilleros del Vietcong apoyados por el gobierno comunista norvietnamita de Ho Chi Minh en Hanoi acosaban el gobierno pronorteamericano de Vietnam del Sur. En el vecino Laos, la guerrilla del Pathet Lao apoyada por los chinos y los soviéticos lanzaba una fuerte ofensiva contra el régimen de Vientiane sostenido por Washington, lo que obligó a Kennedy a estudiar la posibilidad de una intervención militar directa. Finalmente se acordó un cese del fuego, pero la situación era tensa e inestable.

En el Caribe, a partir del 30 de mayo hubo un dictador menos de quien preocuparse después de que una ráfaga de balas pusiera fin a la vida —y la tiranía de treinta años— del generalísimo Rafael Trujillo. Las armas empleadas por los justicieros habían sido proporcionadas por la CIA; los gobiernos «reformistas» latinoamericanos presionaban a Washington para que «hiciera algo» respecto a Trujillo a cambio de su respaldo en la política anticastrista.

Pero Cuba seguía siendo una herida abierta para Kennedy, y ahora Castro poseía algo que el presidente norteamericano quería recuperar: los mil doscientos prisioneros de bahía de Cochinos. Kennedy se sentía en la obligación moral de obtener su libertad, y Fidel echaba sal en esa herida. El dirigente cubano ofreció su libertad a cambio de quinientas excavadoras; Kennedy sólo estaba dispuesto a entregarle tractores. Fidel insistió en que quería las excavadoras y además dinero. El regateo continuó hasta que las conversaciones se interrumpieron en junio, y los prisioneros siguieron encerrados en las cárceles cubanas. (Finalmente los liberaron en diciembre de 1962 a cambio de suministros médicos por valor de sesenta y dos millones de dólares.)

Mientras tanto, la alianza cubano-soviética parecía más estrecha que nunca. En mayo de 1961, la Unión Soviética otorgó su Premio Lenin de la Paz anual a Fidel. La Casa Blanca temía que los soviéticos consolidaran su presencia en la isla mediante la instalación de lanzamisiles. A pesar de la insistencia de Jrushov al

negarlo, en abril el ministro de Justicia Robert Kennedy envió un memorándum a su hermano en el que le advirtió sobre esa posibilidad y lo instó a tomar medidas inmediatas. «Ha llegado el momento de un enfrentamiento definitivo porque en un año o dos años la situación será muchísimo peor».

Durante los fines de semana de verano Kennedy leyó los escritos de Mao y el Che Guevara sobre la guerra de guerrillas. Convencido de la necesidad de poner el acento en la guerra de contrainsurgencia para hacer frente al peligro creciente de la insurgencia izquierdista, ordenó al ejército que mejorara su operatividad en ese aspecto. Por iniciativa suya se creó un nuevo cuerpo de contrainsurgencia de élite, los Boinas Verdes.

A principios de junio, Kennedy y Jrushov se reunieron por primera vez en Viena para dos días de conversaciones tensas. Acordaron la «neutralidad» de Laos, pero las conversaciones sobre un tratado para prohibir los ensayos nucleares e iniciar el desarme no llegaron a conclusión alguna. Jrushov aprovechó la oportunidad para adelantar otra pieza en el tablero. Exigió la «desmilitarización» de Berlín y amenazó con cerrar el acceso a la ciudad de las potencias de ocupación occidentales, Francia, Gran Bretaña y Estados Unidos. Las potencias rechazaron la propuesta y enviaron tropas a reforzar sus sectores en la ciudad alemana.

Invocando lo que llamó «la amenaza mundial soviética», Kennedy pidió un aumento enorme del presupuesto militar y el número de efectivos. En agosto, las tropas soviéticas y de Alemania del Este alzaron el Muro de Berlín, y durante varias horas tensas los tanques norteamericanos y soviéticos intercambiaron miradas amenazantes desde uno y otro lado de la ciudad ahora dividida.

Frente a la «pérdida» de Cuba ante los soviéticos, Kennedy resolvió tomar medidas en Latinoamérica con el fin de asegurar la continuidad de la hegemonía norteamericana en la región. En previsión de nuevas revoluciones de tipo cubano en el hemisferio, Kennedy había elaborado un plan de ayuda económica masiva para el desarrollo latinoamericano.

Con este trasfondo de tensiones internacionales, en agosto de 1961 se reunió la conferencia económica de la OEA en el balneario atlántico uruguayo de Punta del Este. Kennedy envió al secretario del Tesoro, Douglas Dillon, a presentar su cacareada Alianza para el Progreso, un ambicioso paquete de ayuda económica sin precedentes por el cual enviaría veinte mil millones de dólares a lo largo de diez años para financiar el desarrollo de los países latinoamericanos. Para representarlo en el foro, Fidel envió al Che.

El ambiente sobrio de Punta del Este se vio alterado por la llegada de

Guevara, quien inmediatamente desplazó a los demás ministros del centro de la escena. Fotógrafos y periodistas, ávidos de fotos y declaraciones, lo seguían a todas partes. A partir de la llegada del Che, la conferencia se convirtió en la escena privilegiada de un acontecimiento histórico. La guerra fría llegaba al Uruguay.

El Che estuvo a la altura de su reputación revolucionaria. Leonardo Tamayo, el escolta adolescente que lo acompañaba a todas partes, puso una nota de exotismo en las sesiones. Los demás ministros vestían traje, el Che su uniforme verde oliva de combate; los demás hablaban sentados, él pronunció su discurso el 8 de agosto de pie. Y mientras Douglas Dillon clavaba la vista en el techo y bostezaba ostensiblemente, el Che fustigó la política exterior norteamericana como un plan para aislar aún más a Cuba en tanto extendía su control sobre el resto de América Latina mediante el soborno financiero con el fin de acrecentar su sometimiento al gran vecino del norte.

En cambio, dijo el Che, el ejemplo de Cuba, que había afirmado su independencia política y económica mediante la reforma agraria y de la vivienda, la expulsión de los monopolios y la elección de sus socios comerciales y acreedores, podía servir de modelo para el resto de América Latina. En cuanto a las estimaciones norteamericanas de que la Alianza para el Progreso provocaría un crecimiento del 2,5 por ciento anual de las economías latinoamericanas, Cuba las superaría en pocos años con una tasa de crecimiento extraordinaria del diez por ciento.

Para evitar el papel de aguafiestas, el Che sugirió que los países impusieran una serie de condiciones al ingresar a la alianza propuesta: libertad para exportar sus materias primas adonde lo desearan; que Estados Unidos eliminara los subsidios proteccionistas de sus propias mercancías que excluían a la competencia; y ayuda para la industrialización de sus economías, la verdadera piedra angular de la independencia económica y la prosperidad.

Después de extenderse sobre los numerosos actos de agresión norteamericana contra Cuba y su culminación, la reciente invasión de bahía de Cochinos, el Che ofreció la rama de olivo. Cuba no deseaba atacar a sus vecinos sino formar parte de la familia de naciones americanas. Estaba dispuesta a sentarse a discutir sus diferencias con Estados Unidos en cualquier momento siempre que no hubiera condiciones previas. Cuba sólo reclamaba garantías de que no se la atacaría y el derecho de ser *distinta* de fronteras para adentro. «No podemos impedir la exportación de un ejemplo como quiere Estados Unidos porque un ejemplo es algo que trasciende las fronteras. Lo que sí damos es la garantía de que no exportaremos revoluciones, garantizamos que ni un solo fusil saldrá de Cuba, que ni una sola arma saldrá de Cuba para dar batalla en cualquier otro país de

América».

Pero advirtió que Cuba no garantizaba que otros no emulasen su ejemplo. Si sus vecinos no mejoraban las condiciones sociales en sus países, el ejemplo cubano «prendería» inexorablemente y, como había dicho Fidel en su discurso del 26 de julio anterior, «la cordillera de los Andes será la Sierra Maestra de las Américas».

Cuando el Che terminaba su discurso de dos horas y cuarto, lo interrumpió un grito fuerte de «¡Asesino!» procedente del auditorio. Mientras los guardias de seguridad forcejeaban con el provocador y lo retiraban de la sala, dos desconocidos subieron a la tribuna y lo insultaron. Sin hacerles el menor caso, el Che bajó serenamente de la tribuna y abandonó la sala de conferencias. Posteriormente la policía informó a la prensa de que los provocadores eran cubanos exiliados del Frente Democrático Revolucionario, el grupo anticastrista auspiciado por la CIA.

Su familia había viajado al Uruguay, y por primera vez desde su salida de la Argentina volvió a ver a sus hermanos Roberto y Ana María. También vio a sus padres, a sus hermanos Juan Martín y Celia y a su tía Beatriz. Con ellos llegaron varios amigos: Julio «Gaucho» Castro, a quien el Che había tratado de convencer de que fuera a Cuba; Beto Ahumada; Pepe Aguilar; su antiguo socio «El Gordo» Carlos Figueroa y ese otro gordo, Ricardo Rojo, que en los últimos tiempos había renunciado al puesto en Bonn y regresado a su país.

El contraste con su hermano Roberto no podía ser mayor. Su esposa pertenecía a una familia aristocrática, y si bien decía ser apolítico, era asesor legal del servicio social de la armada, uno de los bastiones del conservadurismo político del país.

Roberto nunca ha dicho si discutieron sus diferencias; en una entrevista con el autor, se limitó a decir que en Punta del Este halló a un Che «totalmente distinto» del hermano de quien se había despedido ocho años antes: austero, reconcentrado y, por cierto, carente de sentido del humor. Roberto dijo que al comentar esta transformación, el Che replicó bruscamente: «Ya no me interesan los chistes, ahora tengo otra clase de sentido del humor».

«Tamayito», el escolta del Che, dijo haber presenciado una discusión acalorada entre los hermanos. «El Che criticó a Roberto por servir de instrumento de la represión, y aprovechó para decir que después de recibirse de médico había eludido el servicio militar porque no quería servir en las fuerzas armadas de un régimen corrupto que era aliado del imperialismo norteamericano».

Si bien el recuerdo de Tamayito de esa conversación puede no ser fiel, el

sermón del Che seguramente irritó a su hermano. Después de todo, lo habían rechazado del servicio militar debido al asma, no a una supuesta conciencia política. En una foto tomada en Punta del Este aparece el Che, en ajado uniforme de combate, rodeado por su familia. Atrás y a un costado aparece Roberto de impecable pantalón, camisa blanca, chaleco de lana y corbata. Tiene las manos en los bolsillos y la vista clavada en su hermano.

Beto Ahumada, compañero de rugby de Ernesto en la época de «Chang-Cho» y buen amigo de la familia Guevara, también encontró a su viejo amigo muy cambiado. «Él siempre fue un hombre libre —recordó Ahumada—, y ahora lo veía, enganchado en un proceso con la responsabilidad de ser ministro de Industria, con la mejoría política de moverse… un cuadro que corría peligro, estaba siempre rodeado de gente que lo cubría. Cambió. Cambió completamente. Era un hombre más callado, más cuidadoso en las cosas que decía».

Tras un primer encuentro algo brusco y en público, el Che aceptó reunirse con sus viejos amigos de la infancia en privado. Ahí afloraron algunos rasgos del Ernesto de antaño. Ofreció cigarros cubanos, que todos aceptaron encantados. Todos, dijo Ahumada, aprovecharon la ocasión para ofrecer sus servicios si Cuba los consideraba útiles.

«Él nos tomaba el pelo, nos hacía bromas diciendo, a Carlitos, que se ocupaba de la venta de inmuebles, o sea, comisionista de inmuebles, que en Cuba no necesitaban especialistas de inmuebles porque todas las propiedades eran del Estado y no se vendían. Y a mí me tomaba el pelo diciendo que, como era abogado, tampoco, porque no había pleitos en Cuba, qué iba a hacer yo allá».

De todos ellos, sólo Carlos Figueroa vio en el Che al mismo Ernesto de siempre que bromeaba y hacía chistes y trataba de impresionarlo con anécdotas que parecían fanfarronadas de adolescente. Con regocijo juvenil, relató algunas de sus experiencias más emocionantes. «Yo fui a cazar con Nehru —dijo, jactancioso —, y allí con Nehru, créase o no, con elefantes». Y confesó que cuando el cosmonauta ruso Yuri Gagarin visitó Cuba, estaba tan emocionado de conocer al primer hombre que había viajado al espacio que se quedó «pegado» a él durante un día entero.

Otra noche cenaron todos juntos, el Che, sus amigos y la familia en pleno. En determinado momento, dijo Figueroa, la tía Beatriz preguntó al Che sobre su nueva esposa, Aleida. «Es una chica de campo —dijo el Che—. Una guajira». «¿Y eso qué es? —preguntó Beatriz, perpleja—, ¿una hacendada?» El Che rió a carcajadas: evidentemente, su recoleta tía pensaba que se había casado con una hija de la aristocracia terrateniente cubana.

El Che dedicó bastante tiempo a conversar con su hermano menor Juan Martín Guevara, que acababa de cumplir los dieciocho y aún vivía con Celia, su madre. Juan Martín era estudiante desganado de periodismo en un instituto de Buenos Aires y salía con María Elena Duarte, una compañera de estudios cuatro años mayor. No trabajaba, y sufría porque su padre le recordaba constantemente los logros de sus hermanos mayores. Al mismo tiempo, Juan Martín idolatraba al Che y era un lector ávido de textos marxistas. Consciente del atolladero en que se hallaba su hermano, durante sus encuentros en Uruguay el Che trató de aconsejarle y lo invitó a realizar estudios universitarios en Cuba. Juan Martín aceptó con entusiasmo, pero la decisión final sobre su viaje quedó en suspenso.

Mientras el Che y su gran comitiva oficial se alojaban en un hotel sin lujos, la familia ocupó una finca cercana alquilada por Julia Constenla de Giussani, una periodista de izquierdas. Llamada Chiquita por sus amigos debido a su talla menuda, Julia se había hecho amiga de Celia madre después de entrevistarla para una nota especial sobre «la madre del Che» publicada por una revista femenina.

Julia y su esposo, también periodista, dirigían una revista política procubana llamada *Che* y colaboraban estrechamente con Alfredo Palacios, venerable dirigente del Partido Socialista Argentino, célebre por sus excéntricos bigotes. Estaba en Punta del Este para cubrir la conferencia y entrevistar al Che, pero su misión fundamental era obtener una reunión con él en privado para hacerle una propuesta en nombre de una coalición política de socialistas y peronistas de izquierda que se preparaba para intervenir en las elecciones próximas. Concretamente, si lo postulaban para una candidatura en las elecciones legislativas, ¿volvería el Che a su patria?

Cuando por fin se encontraron a solas, el Che rechazó la oferta sin rodeos. Dijo que Cuba lo necesitaba, que su destino estaba ahí y que no le interesaba ser un politiquero argentino. La miró a los ojos y con una sonrisa irónica le preguntó: «Yo soy ministro, ¿usted me ve diputado, señora?»

Pero la propuesta de Julia no terminaba ahí. Explicó que le ofrecían encabezar una lista «simbólica» de candidatos de izquierda. Si el frente popular llegaba al poder mediante las elecciones, él habría sido de gran ayuda; pero si se cancelaban las elecciones y la solución pacífica resultaba imposible, podía constituirse en dirigente de un movimiento guerrillero, «comandante de la transformación revolucionaria de la Argentina». La decisión era suya, dijo Julia: podía permanecer aislado en Cuba o bien ayudar a poner en marcha el proceso de cambio en América Latina.

«Me pidió puntualizaciones casi personales de los distintos grupos políticos,

reflexionó sobre las características de la dirigencia sindical y la política argentina [en general] —dijo Julia—. Estaba tomando examen… le recordaba su juventud, le recordaba lo que él había sido, y de algún modo quería saber cómo había cambiado ese mundo del cual formaba parte».

El Che analizó la propuesta punto por punto e incluso entró en la comparación de la guerrilla rural con la urbana, pero en ningún momento le dio la sensación de que podía modificar su decisión inicial. Le pareció que era totalmente pesimista en cuanto a la posibilidad de efectuar un cambio en la Argentina mediante el proceso electoral y a la capacidad de los izquierdistas locales para efectuar una verdadera transformación social. Le pidió su opinión sobre la posible reacción de los sindicatos ante una lucha armada, las posibilidades de movilizar a las «masas urbanas» y cuáles eran los mejores lugares para instalar una fuerza guerrillera. Mencionó la oleada reciente de actos terroristas a pequeña escala realizados por la izquierda argentina y dijo que se oponía a ellos. El Che decía que sobre todo lo que se hacía debía corresponder una política que acercara a la toma del poder, y tras la toma del poder, el objetivo debía ser la conquista del territorio.

Más adelante, Julia comprendió la lógica de su interrogatorio. Varios argentinos ya habían viajado a Cuba para realizar adiestramiento militar. Ella representaba las posiciones de los que se quedaban atrás; los que, en las palabras de Julia, «no cabían en la estructura burocrática de la exportación del modelo cubano».

Julia consideró al Che un hombre complejo y fascinante, pero no exento de rasgos crueles. Durante una cena con la familia, le recordó la dedicatoria que había escrito en un ejemplar de *La guerra de guerrillas* enviado al fundador del Partido Socialista Argentino, Alfredo Palacios. Julia la había leído: «Al Dr. Alfredo Palacios, que cuando yo era un niño ya hablaba de la revolución».

Conmovido y halagado por lo que consideró una muestra de consideración, Palacios no había advertido la sutileza, pero Julia sí había captado la inferencia: Palacios *hablaba*, pero nunca pasaba a los *hechos*. Le parecía una crueldad, y así se lo dijo durante la cena. «Es lo único que hizo», respondió, lacónico, el Che.

«Y liquidó ahí el tema —dijo Julia—… Era bastante áspero, capaz de decir cosas hirientes… De ese tipo de cosas había muchas en su carácter, como una especie de actitud, como si lo único que importara fueran los miserables, los pobres, los desposeídos, y no los que no estaban en esa condición absolutamente subalterna, sus padres».

Julia dijo que a pesar de esa «soberbia», si no hubiera estado tan enamorada

de su esposo probablemente hubiera caído bajo el hechizo de Guevara. «Como persona era de un encanto incalculable sin el menor esfuerzo. Entraba y todo giraba alrededor de él… Era un tipo tocado por una gracia particular».

Julia también tuvo la oportunidad de conocer sus debilidades físicas. Días después de su llegada a Punta del Este sufrió un ataque de asma tan fuerte que debió pasar la noche en una carpa de oxígeno; su escolta Tamayito estuvo a su lado toda la noche. Al día siguiente podía caminar, pero se sentía mal y respiraba con dificultad. No quería mostrar su debilidad en público, pero durante la conferencia hizo una señal discreta a Julia para que lo esperara en el vestíbulo.

Ella salió y él la siguió unos minutos después. Sin decir palabra, se acomodó a su lado, de espaldas al público, se aplicó su inhalador y volvió a guardarlo en el bolsillo. A partir de entonces Julia lo observaba, y si veía señales de su afección, abandonaba inmediatamente la sala. «Esto se produjo siete u ocho veces durante la conferencia… Una de las veces se apoyó contra la pared y me hizo seña con la mano caída porque no tenía fuerzas para sacar el aparatito».

Un día el Che desapareció de la conferencia durante un par de horas; su ausencia injustificada dio pie a todo tipo de especulaciones en la prensa. Un destacado periodista aseguró que había visto el coche de Guevara dirigirse hacia el alojamiento de la delegación norteamericana. Llevaba consigo una caja de lujo de cigarros cubanos; el periodista incluso conocía la marca.

La verdad era que se había escapado para ver a sus padres, pero en la finca solo halló a Julia. De todas maneras, aceptó su invitación a tomar el té con pastas: «Qué bien viven los periodistas de izquierda», dijo ácidamente. Pero se distendió, se quitó las botas y se sentó frente al hogar a beber el té. Parecía exhausto, y Julia lo dejó en paz. Hablaron muy poco durante la hora que pasó con ella.

Al día siguiente, en una conferencia de prensa, le preguntaron cuál de los muchos rumores sobre su paradero en la víspera era cierto. «Hay periodistas mejor informados que otros… —dijo, enigmático, antes de volverse hacia Julia—. ¿Usted sabe algo, señora?» «No soy de los periodistas mejor informados, comandante».

Otro participante en la conferencia de Punta del Este, el tábano trasnochado de Ricardo Rojo, había visto a Guevara por última vez cuatro meses antes, en vísperas de la invasión de bahía de Cochinos. Había renunciado a su cargo en Bonn por oponerse a la política del presidente Frondizi de conceder derechos de prospección petrolera a empresas norteamericanas, lo que para muchos argentinos constituía una afrenta a la soberanía nacional. Pero Rojo no era de los que queman los puentes, y venía con un mensaje de Fidel: el presidente argentino quería

reunirse en secreto con el Che.

Rojo, que había recibido el mensaje de un intermediario, estaba atónito. Frondizi era detestado por las fuerzas armadas; abundaban las conspiraciones y se habían producido conatos de golpe de Estado para derrocarlo; semejante reunión, si trascendía al público, disminuiría su ya escaso asidero en el poder. Pero el Che aceptó la invitación. En verdad, ya había aceptado una invitación similar del presidente brasileño Janio Quadros transmitida por sus delegados en Punta del Este. Las dos potencias sudamericanas eran elementos clave de la propuesta política de Kennedy para la región; ambas habían tratado infructuosamente de mediar entre Cuba y su poderoso vecino del norte. Acordaron que al término de la conferencia el Che iría a Buenos Aires y de allí a Brasilia.

El 16 de agosto, en su última intervención en la conferencia, el Che declaró que Cuba no podía ratificar la resolución de apoyo a la Alianza para el Progreso. Señaló que se había prestado escasa atención a las sugerencias de Cuba y se habían introducido pocos cambios en un documento que en su opinión contenía graves deficiencias. Por último, puesto que en última instancia se trataba de una iniciativa para aislar a Cuba, su gobierno de ninguna manera podía aprobarla, pero aprovechaba la ocasión para reiterar que Cuba estaba dispuesta a conversar con Estados Unidos «sobre cualquier asunto, sin condiciones previas».

La noche siguiente, a petición suya y con la connivencia de algunos diplomáticos argentinos y brasileños, Guevara conoció a Richard Goodwin, el asistente personal de veintinueve años del presidente Kennedy, miembro clave de la delegación norteamericana. Los presentaron en la fiesta de cumpleaños de un delegado brasileño. Como dijo luego Goodwin a su presidente, hasta entonces había evitado el encuentro a pesar de varios intentos de argentinos y brasileños.

Goodwin recibió la invitación a la fiesta de cumpleaños cuando cenaba con un delegado argentino, un par de periodistas brasileños «y un par de rubias». Camino de la fiesta preguntó a un argentino, en tono de broma, «¿Está seguro de que el Che no estará allí?» Su amigo respondió con vehemencia que «jamás haría una cosa así».

«Había unas treinta personas en la fiesta —dijo Goodwin a Kennedy—. Bebían y bailaban con música norteamericana. Hablé con varias personas y al cabo de una hora me dijeron que venía el Che. Llegó poco después. No hablé con él, pero lo rodearon todas las mujeres en la fiesta. [Entonces] uno de los brasileños dijo que [el Che] tenía algo importante que decirme». Pasaron a una sala contigua donde conversaron durante «20 a 40 minutos», interrumpidos por «camareros y cazadores de autógrafos» hasta que el enviado norteamericano tomó la iniciativa

de poner fin al encuentro.

Frente a frente Guevara resultaba mucho menos amenazador que la figura pública vista a la distancia, escribió Goodwin el 22 de agosto en un memorándum al presidente Kennedy: «El Che vestía uniforme de combate verde y lucía su habitual barba desprolija y rala. Detrás de la barba sus rasgos son muy tiernos, casi femeninos, y su aire es reconcentrado. Tiene mucho sentido del humor y cambiamos muchas bromas durante el encuentro. Cuando iniciamos la conversación parecía sentirse muy incómodo, pero enseguida se distendió y se puso a hablar libremente. Aunque no dejó dudas acerca de su intensa devoción al comunismo, no emplea frases rimbombantes ni propagandísticas en la conversación. Habló serena y francamente, con aire de seriedad y objetividad. Dejó muy claro que se sentía en plena libertad de expresarse en nombre de su gobierno y rara vez distinguió sus observaciones personales de las posiciones oficiales cubanas. Tuve la clara impresión de que había pensado cuidadosamente en lo que iba a decir, ya que su exposición fue sumamente metódica».

Goodwin dijo al Che que no tenía autoridad para negociar, pero que informaría todo a los «funcionarios correspondientes» de su gobierno. «Él dijo "bien" y empezó a hablar».

«Guevara dijo para empezar que yo debía comprender la Revolución Cubana. Su intención es construir un Estado socialista y la revolución que han iniciado es irreversible. Han salido de la esfera de influencia de Estados Unidos y también eso es irreversible. Crearán un sistema unipartidista en el cual Fidel será el secretario general del partido. Sus vínculos con Oriente derivan de afinidades naturales y concepciones comunes de la estructura de poder del orden social. Sienten que las masas apoyan su revolución y que ese apoyo crecerá con el tiempo».

El Che le advirtió que si Estados Unidos pensaba que se podía derrocar a Fidel desde dentro, o que en realidad era un moderado rodeado por fanáticos susceptible de ser seducido por Occidente, semejantes suposiciones eran falsas. La revolución era fuerte, capaz de soportar semejantes amenazas. Habló de la atracción que ejercía Cuba sobre el hemisferio y advirtió que un ataque a la isla provocaría guerras civiles en muchos países. Volvió sobre las contradicciones que consideraba inherentes a la Alianza para el Progreso, que en su opinión podían alentar a las fuerzas a favor del cambio social. Una vez liberadas, esas fuerzas escaparían al control norteamericano y desembocarían en revoluciones de tipo cubano. «Habló con gran vehemencia sobre el impacto de Cuba en el continente y la fuerza creciente de su pueblo».

Habló con franqueza sobre los problemas de Cuba: los ataques armados de la contrarrevolución; la oposición de la pequeña burguesía y la Iglesia católica; los perjuicios causados por el embargo norteamericano; la falta de repuestos y de medios para obtenerlos; la incapacidad para importar bienes de consumo; la insuficiencia de sus reservas monetarias. Dijo a Goodwin que Cuba «no quería un entendimiento con Estados Unidos», ya que lo consideraba imposible, sino un *modus vivendi*. A su vez, Cuba aceptaría no concertar «alianzas políticas con el Este». No se devolverían las empresas norteamericanas expropiadas, pero se podía estudiar una forma de compensación por medio del comercio. Habría elecciones libres una vez institucionalizada la revolución. Dijo que «por supuesto» no atacarían la base naval norteamericana en Guantánamo, y al decirlo «rió como si lo absurdo de semejante pretensión saltara a la vista». Insinuó «de soslayo» que Cuba estaría dispuesta a «discutir las actividades de la Revolución Cubana en otros países».

«Luego dijo que estaban muy agradecidos por la invasión —escribió Goodwin—. Que había sido una gran victoria política para ellos, que los consolidaba y los transformaba de un pequeño país afligido en un igual».

El Che no iba a desaprovechar la oportunidad de lanzar esa pulla, pero su objetivo no era provocar a Washington sino proponer alguna forma de negociación. Antes de poner fin a la reunión dijo a Goodwin que transmitiría lo esencial de la conversación solamente a Fidel. Éste respondió que tampoco la «difundiría».

Distensión y agudezas aparte, es evidente que Goodwin interpretó la propuesta del Che como una señal de debilidad, según se desprende de un segundo memorándum a Kennedy el 22 de agosto. «Creo que esta conversación —combinada con otros indicios que se han acumulado— indica que Cuba sufre graves penurias económicas, que la Unión Soviética no está dispuesta a hacer el gran esfuerzo que se requiere para ponerlos de pie y que Cuba merece llegar a un entendimiento con Estados Unidos. Conviene recordar que Guevara sin duda representa las posiciones comunistas más firmes del gobierno: y si hay lugar para una gama de distintos puntos de vista en Cuba, tal vez haya dirigentes aún más interesados que él en llegar a un arreglo con Estados Unidos».

Sobre la base de esta premisa, Goodwin propuso a Kennedy una serie de medidas. Entre otras, sugirió que incrementara la presión económica sobre Cuba, sancionara a quienes tuvieran trato comercial con el régimen castrista e intensificara la propaganda anticubana, pero no sin buscar «la manera de continuar el diálogo subterráneo iniciado por el Che. Así podemos demostrar que queremos ayudar a Cuba y lo haríamos si ésta cortara los lazos con el comunismo e

iniciara la democratización. Así podemos empezar a sondear en busca de la brecha que pudiera existir en la cúpula dirigente».

¿Fue sincera la proposición del Che? Posiblemente. Su intención era impedir que Washington siguiera desarrollando su política de «contención regional». Pero en verdad, su oferta era escasamente sustanciosa. Era fácil prometer formalmente que Cuba no sería miembro del Pacto de Varsovia y abjurar de ello más adelante. Y si Estados Unidos aceptaba la compensación por medio del comercio, difícilmente podría obligar a terceros países a respetar el embargo. En cuanto a las elecciones, una vez institucionalizada la revolución y expulsados los últimos descontentos le sería fácil al régimen controlar el proceso.

Es significativo que el Che en ningún momento dijo que Cuba dejaría de apoyar la insurgencia guerrillera en la región. Prometió públicamente que «ni una sola arma» saldría de Cuba hacia otros países, pero no habló de entrenar guerrilleros ni de proporcionar fondos o combatientes. Y las armas se podían obtener en cualquier parte, incluso en Estados Unidos.

Al día siguiente, 19 de agosto, el Che voló en avioneta a un aeródromo de las afueras de Buenos Aires. El oficial enviado por el presidente Frondizi a recibir al visitante desconocía la identidad de la persona que debía trasladar a la residencia presidencial; mudo de asombro, vio al Che Guevara descender del avión.

El Che almorzó con Frondizi, quien evidentemente quería aprovechar la reunión para indagar en las intenciones futuras de Cuba. Expresó su esperanza de mantener una coexistencia pacífica con La Habana y que ésta no entraría en una «alianza formal» con Moscú. El Che respondió que Cuba no tenía esa intención, salvo que Washington la atacara.

Después del almuerzo, el Che le pidió un favor a Frondizi. ¿Podía visitar a su tía María Luisa, gravemente enferma, que vivía en el suburbio residencial de San Isidro? Frondizi dio su autorización y el Che pudo ver a su tía por última vez. Al cabo de ocho años de ausencia volvió a ver las calles de Buenos Aires, a través de las ventanillas de un coche presidencial, como visitante clandestino en su propio país. Luego lo llevaron de vuelta al aeródromo y de allí voló sobre el Río de la Plata. En Uruguay no salió del aeropuerto: al llegar, subió al avión de Cubana donde lo aguardaba su comitiva para el viaje a Brasilia.

Con todo, la noticia de la visita «secreta» del Che se difundió rápidamente y causó gran consternación en los círculos militares. Esa misma noche explotó una bomba frente a la puerta de un edificio de apartamentos en la calle Arenales de la capital donde vivía un tío del Che, Fernando Guevara Lynch. Consultado por la

prensa, dijo que no había visto a su sobrino sino que se había enterado *a posteriori* de su visita relámpago. «Se fue del país en 1953. Me hubiera dado gran placer verlo». A continuación se disculpó y, con el aplomo típico de los Guevara, dijo a los periodistas que esperaba llegar sano y salvo a una cena con amigos «si no han colocado una bomba bajo el capó de mi auto».

La bomba no fue la única consecuencia de su visita. Durante varios días los diarios de Buenos Aires publicaron notas sobre la «preocupación» que sentían las fuerzas armadas a raíz de la visita irregular del Che ilustradas con fotografías de generales de rostro adusto que asistían a reuniones tensas con el presidente. El canciller tuvo que renunciar y siete meses después, cuando un golpe militar derrocó al presidente, la mayoría de los analistas políticos coincidieron en que el encuentro con Guevara había acelerado su caída.

En verdad, la calamidad seguía al Che a todas partes. Un discurso suyo en la Universidad de Montevideo causó protestas, y un disparo mató a un profesor uruguayo. Tamayito estaba convencido de que exiliados anticastristas traídos por la CIA habían intentado matar al Che. Durante el encuentro con el presidente brasileño Janio Quadros, éste lo condecoró con la prestigiosa Orden de Cruzeiro do Sul. Cinco días después, las fuerzas armadas obligaron a Quadros a dimitir.

VI

Pocas semanas después de la conferencia de Punta del Este, Washington indicó claramente que no le interesaba la propuesta del Che: el Congreso aprobó una ley para negar la ayuda financiera norteamericana a las naciones que tuvieran trato con Cuba. El mismo mes, Costa Rica rompió relaciones con La Habana, seguido en noviembre por el gobierno del venezolano Rómulo Betancourt.

A esas alturas los ejércitos latinoamericanos estaban alerta ante cualquier indicio de «subversión» cubana; Estados Unidos ofrecía ayuda militar y adiestramiento especializado para hacer frente a la amenaza. En octubre de 1961 se inició el primer Curso Interamericano de Guerra Contrarrevolucionaria en la Escuela Superior de Guerra argentina. En la ceremonia inaugural, en términos similares a los empleados por el Che para unificar a los latinoamericanos en la lucha común contra el «imperialismo», el general de brigada Carlos Túrolo evocó el espíritu de «solidaridad internacional con el pueblo de las Américas [ante la] necesidad imperiosa de coordinar acciones, prevenir y combatir el enemigo común, el comunismo».

Así comenzó la era de la contrainsurgencia en Latinoamérica. Frente a la amenaza de gente como el Che Guevara, capaz de implantar en otros la semilla maligna de la subversión, Washington decidió recurrir a la medicina preventiva para «vacunar» al hemisferio. Era una vacuna potente: adiestramiento en contrainsurgencia; coordinación de las fuerzas armadas, de seguridad y de inteligencia de la región; mayores funciones para la CIA; programas de desarrollo económico y social por medio de la Alianza para el Progreso; y programas de «acción cívica» a realizar por las fuerzas armadas en las zonas más atrasadas con el fin de ganar «los corazones y las mentes» de civiles que las guerrillas intentaban reclutar.

El desastre de bahía de Cochinos había provocado el despido del director de la CIA, Allen Dulles, pero con su reemplazante, John McCone, la agencia recibió una inyección de fondos para ocuparse de Cuba. En noviembre de 1961, Kennedy asignó a la agencia con sede en Langley un presupuesto anual de cincuenta millones de dólares para un nuevo programa de acción clandestina con el nombre clave de Operación Mangosta. Coordinado desde Washington y la oficina de la CIA en Miami, esta ambiciosa operación intentaba desestabilizar el régimen cubano mediante acciones de espionaje, sabotaje, ataques militares y asesinatos

selectivos. Con el tiempo se convertiría en la operación clandestina de mayor envergadura en el mundo.

Mientras planificaba la Operación Mangosta, la CIA se afanaba por reconstruir la red de resistencia clandestina en la isla, destruida por la detención masiva de presuntos disidentes por las fuerzas de seguridad después de bahía de Cochinos. En octubre, semanas después de abandonar la embajada venezolana donde había solicitado asilo, el agente a sueldo de la CIA Félix Rodríguez regresó a la isla. Su misión era reconstruir las rutas de infiltración en vista de futuras acciones militares.

Antes de que terminara el año la política de «contención» de Kennedy obtuvo algunos éxitos. En diciembre la OEA aprobó una resolución para condenar la alineación cubana con el bloque soviético; los únicos votos en contra fueron los de México y Cuba. El mismo mes, Colombia, Panamá, Nicaragua y El Salvador rompieron relaciones. En La Habana, un discurso de Fidel selló definitivamente la ruptura de Cuba con Occidente. «Soy marxista-leninista y lo seré hasta que muera», declaró.

A fines de enero de 1962, la OEA suspendió a Cuba, prohibió la venta de armas a la isla por parte de los Estados miembros y acordó medidas de defensa conjunta contra las acciones cubanas en la región. En febrero, Kennedy ajustó aún más el severo embargo: prohibió todas las exportaciones salvo las de suministros médicos.

El director de la Operación Mangosta, Edward Lansdale, presentó un plan espectacular que proponía alegremente una serie de «atentados contra dirigentes clave», entre otras acciones, y culminaría con el derrocamiento de Castro en octubre. (Finalmente se adoptó un plan más moderado, pero las líneas definitivas de la operación Mangosta, aunque exigían a la CIA que «utilizara al máximo los recursos indígenas» para provocar el derrocamiento de Castro, también sostenían que se «requeriría» la intervención militar norteamericana para alcanzar sus fines.)

En febrero, la policía argentina descubrió y desarmó una bomba en la puerta de la casa de Celia en la calle Aráoz. Una semana después, Buenos Aires rompió las relaciones diplomáticas con La Habana. En marzo, ante la brusca caída de la producción agrícola cubana y la escasez de artículos de consumo en las tiendas, el gobierno impuso el racionamiento de alimentos y otros bienes de consumo básicos. A partir de entonces los cubanos tendrían que hacer cola para comprar alimentos con tarjetas de racionamiento en las que se anotaba la cuota semanal. Apenas siete meses antes, el Che había vaticinado con convicción que en poco tiempo Cuba sería «autosuficiente» en materia de alimentos.

¿Quién era culpable del desabastecimiento? ¿El embargo comercial norteamericano? En parte, sí. ¿Era la radicalización de la revolución la causa del éxodo calamitoso de los técnicos, administradores y comerciantes? Sí. ¿La incompetencia de los dirigentes revolucionarios en su intento de convertir una economía capitalista en socialista? Sí, todos éstos eran factores coadyuvantes.

Aunque ni Fidel ni el Che lo reconocerían así, el comienzo del racionamiento alimentario señalaba el fin de sus ilusiones de hacer de Cuba un Estado socialista autosuficiente y libre de toda dependencia externa. Y la ilusión del Che de que una fraternidad global de naciones socialistas podría causar la defunción del capitalismo estaba a punto de sufrir un golpe mortal.

VII

A fines de abril de 1962, Alexander Alexeiev fue emplazado por Nikita Jrushov para volver a Moscú. La urgencia de la convocatoria y la falta de explicaciones eran razones para alarmarse. Hijo de la era estalinista, Alexeiev dice que pensó en lo peor y se preparó para recibir algún castigo mientras se devanaba los sesos para descubrir cuál había sido su error.

Para ganar tiempo, pidió que le permitieran asistir a los festejos del Primero de Mayo en La Habana. Se esperaba que una multitud de medio millón de personas se concentrara en la Plaza de la Revolución, donde se cantaría por primera vez *La Internacional* ahora que el Estado se proclamaba socialista. Se le permitió asistir al evento, pero debía partir inmediatamente hacia Moscú.

El tercer día de mayo, Alexeiev voló a México, donde el embajador soviético le dijo que tenía órdenes de alojarlo en la embajada, no en un hotel. Lo mismo sucedió en Londres, la escala siguiente. Era evidente que el Kremlin quería vigilarlo estrechamente, y llegó a Moscú sumido en la angustia. En el aeropuerto lo aguardaba un jefe de departamento del Ministerio de Relaciones Exteriores, que no era una tarea habitual para un funcionario tan encumbrado. Para entonces Alexeiev estaba totalmente perplejo, y el funcionario no hizo nada por aliviar su angustia ya que se limitó a decirle que «mañana» se enteraría de los motivos de la convocatoria.

A la mañana siguiente lo escoltaron a la oficina de Mijail Suslov, el lugarteniente de Jrushov, en el Kremlin. No lo aguardaba éste sino dos secretarios del Comité Central: Yuri Andropov y el jefe del KGB, Alexander Shelepin.

Éste lo llevó a su despacho y le dijo que lo habían designado embajador soviético en Cuba: la decisión era del mismísimo Nikita Jrushov. En ese momento llamó el primer ministro y dijo que se presentara en su despacho inmediatamente.

Hablaron a solas durante aproximadamente una hora. El premier ratificó el nombramiento, que Alexeiev trató de rechazar con humildad: dijo que dados los problemas actuales, Cuba necesitaba un embajador entendido en economía, materia en la cual era «analfabeto».

«No me importa —replicó Jrushov—. Más importante es que usted tiene

amistad con Fidel, con los dirigentes… Y te creen, que es lo más importante». Si Fidel quería economistas, le enviaría todos los especialistas que fueran necesarios. En ese preciso instante, Jrushov ordenó por teléfono que se conformara un equipo de asesores ministeriales de todos los sectores de la economía para acompañar a Alexeiev a Cuba. A continuación le dijo que la reunión había terminado por el momento, pero que volvería a convocarlo en un par de semanas para hablar más «en concreto».

Jrushov lo convocó por segunda vez a fines de mayo. En esta ocasión, el dirigente soviético lo esperaba con otros seis funcionarios: su asistente Frol Koslov, el viceprimer ministro Mikoyán, el canciller Andréi Gromiko, el ministro de Defensa Rodion Malinovski y el miembro suplente del Buró Político Sharif Rashidov. Lo invitaron a tomar asiento.

«Fue una conversación muy rara —dijo Alexeiev—… Jrushov me preguntó sobre Cuba, sobre los compañeros cubanos, y yo le cuento sobre cada uno, y en un momento dado, cuando yo no sospechaba nada, me dijo: "Camarada Alexeiev, nosotros hemos decidido, para ayudar a Cuba, para salvar la Revolución Cubana, colocar cohetes en Cuba. ¿Qué te parece? ¿Cómo va a reaccionar Fidel? ¿Aceptará o no?»

Alexeiev estaba atónito. Respondió que en su opinión Fidel no aceptaría la oferta porque siempre había dicho públicamente que el propósito de su revolución era conquistar la independencia cubana. Habían expulsado a los asesores militares norteamericanos, y si aceptaban el emplazamiento de los cohetes soviéticos en su territorio, darían la impresión de que violaban sus principios. Además, la opinión pública internacional y en especial los vecinos latinoamericanos de Cuba lo considerarían un grave abuso de confianza. «Por eso me parece que no aceptarán», dijo Alexeiev en conclusión.

La respuesta enfureció a Malinovski. «Me atacó —recordó Alexeiev—. ¿Qué clase de revolución es ésta que no aceptaría? Yo luché en la España republicana, burguesa, y aceptó nuestra ayuda… ¡y con más razón la Cuba socialista!» Otro funcionario defendió a Alexeiev, que estaba mudo de temor, pero Jrushov no abrió la boca y la discusión quedó en nada. Cambiaron de tema y por fin interrumpieron la reunión para almorzar en la sala contigua.

Durante el almuerzo Jrushov anunció que si bien tal vez Fidel no aceptaría la oferta, de todas maneras dos altos oficiales —Sharif Rashidov y el mariscal Serguéi Biryusov, comandante de las Fuerzas Misilísticas Estratégicas— viajarían a La Habana con Alexeiev para conversar con el dirigente cubano. «Porque de otra manera no podemos defenderlo —dijo Jrushov—. Con los americanos únicamente

se puede conversar por la fuerza. Nosotros podemos darles el mismo remedio, la misma medicina que ellos nos dieron en Turquía [donde Estados Unidos había emplazado misiles nucleares que apuntaban a la Unión Soviética]. Kennedy es pragmático, es un intelectual, él comprenderá que no va a atreverse a la guerra porque la guerra es la guerra. Nuestro gesto es para evitar la guerra, porque cualquier tonto puede empezarla, pero no se trata de eso, sino de un susto nada más… porque ellos saben que nosotros tenemos cohetes que pueden atacar a Estados Unidos… Ellos tienen que tragar esa píldora, como nosotros tragamos la de Turquía».

Jrushov aludía a la amenaza que suponía el emplazamiento de misiles Júpiter con ojivas nucleares en la vecina Turquía ese mismo mes; el gobierno de Eisenhower había negociado ese acuerdo con su socio de la OTAN en 1959, y Kennedy lo había respetado, aunque con reticencia.

Jrushov dijo que el operativo de emplazamiento de misiles en Cuba se llevaría a cabo con el máximo sigilo para que los norteamericanos «no sospecharan nada» hasta después de las elecciones parlamentarias de noviembre. No se podía permitir que el asunto fuera utilizado en la campaña. Si se hacían las cosas bien, los norteamericanos, absortos en su campaña, no advertirían nada hasta que los misiles estuvieran emplazados.

Un par de días antes de la partida hacia Cuba, el Kremlin avisó a Alexeiev que Nikita Jrushov quería verlo una vez más. Lo llevaron a su dacha de Peredelkino, un bosque de las afueras de Moscú, donde estaban reunidos el premier y el Buró Político en pleno. «Alexeiev dice que Fidel no aceptará nuestro planteamiento», dijo Jrushov después de presentarlo. Sin embargo, se le había ocurrido una idea y ya la había discutido con los funcionarios.

Le diría a Fidel que los misiles serían un último recurso; la Unión Soviética intentaría disuadir a los norteamericanos de atacar a Cuba, pero en su opinión, el único medio para conseguirlo serían los misiles. Dijo a Alexeiev que transmitiera la propuesta, que esperaba que Fidel aceptaría.

Días después, convencido aún de que los cubanos rechazarían la propuesta, Alexeiev regresó a La Habana con su «delegación agrícola» que incluía a Rashidov y también al mariscal Biryusov, quien se hacía pasar por un ingeniero de nombre «Petrov». Cuando llegaron, Alexeiev fue a ver a Raúl Castro, a quien dijo que Jrushov le había encomendado una misión por la cual debía hablar con Fidel inmediatamente. «El ingeniero Petrov no es ningún ingeniero Petrov —dijo—. Es un mariscal, comandante del [plan] de misiles soviético».

Raúl comprendió la alusión y fue derecho a la oficina de Fidel, donde permaneció dos o tres horas. Luego se reunieron con Fidel en el despacho de Dorticós. «Por primera vez vi que Raúl escribía algo en un cuaderno», dijo Alexeiev.

Fidel escuchó a los soviéticos exponer la propuesta misilística de Jrushov sin pronunciarse, pero sus gestos eran alentadores; dijo que les daría su respuesta al día siguiente. Alexeiev comprendió que quería consultar con el Che.

Al día siguiente Fidel lo convocó nuevamente al despacho de Dorticós. Esta vez estaban presentes el Che, Dorticós, Carlos Rafael Rodríguez y Blas Roca. Después de estudiar la propuesta, estaban dispuestos a aceptar el emplazamiento de los misiles, ya que no había otra manera de impedir una invasión norteamericana de Cuba. A continuación discutieron las probabilidades de que ésta se produjera; el Che tomó una parte «muy activa» en la conversación, recuerda Alexeiev, y expresó con toda claridad su posición sobre los misiles. «Cualquier cosa que pueda detener a los americanos vale la pena», dijo.

Mientras los soviéticos y sus colegas cubanos se abocaban a la búsqueda de un emplazamiento para los misiles, Fidel dijo a Alexeiev que quería formalizar el asunto mediante un «pacto militar», que Raúl firmaría en Moscú. Según Vitali Korionov, un asesor del Comité Central, Fidel quería incluir en el pacto una serie de objetivos cubanos que los soviéticos debían negociar con los norteamericanos una vez que se hiciera pública la presencia de los misiles. Además de un compromiso de Washington de que no invadiría la isla, quería «el desmantelamiento» de la base naval norteamericana en la bahía de Guantánamo. Los soviéticos aceptaron la petición y durante la semana siguiente Alexeiev colaboró con Raúl en la versión en español del acuerdo. A continuación, dijo Alexeiev, Raúl y el mariscal Malinovski firmaron cada página del acuerdo.

El 2 de julio de 1962, Raúl ya se encontraba en Moscú con el borrador del tratado. Según Alexeiev, durante la semana siguiente se reunió dos veces con Jrushov. Pero la versión de Vitali Korionov es distinta. Dijo que el viceprimer ministro Alexéi Kosiguin lo envió al aeropuerto a recibir a Raúl y su esposa Vilma Espín. De allí fueron a una casa oficial, donde con Kosiguin y Raúl entraron en un salón donde había un piano de cola. Sólo estaban presentes ellos tres. «Raúl colocó el documento de los reclamos de Fidel traducidos al ruso sobre el piano y él y Kosiguin lo firmaron de pie». Kosiguin partió inmediatamente, no sin decirle a Korionov que se quedara para «tranquilizar» a Raúl, que estaba sumamente nervioso.

«Su estado era de tensa expectativa —dijo Korionov— [como si se

preguntara] "¿ahora qué va a suceder?". Porque los camaradas cubanos comprendían en qué podía terminar todo esto». Tal como lo instruyeron, Korionov permaneció allí y pasó toda la noche bebiendo coñac armenio con Raúl.

Fidel había dicho a su hermano que quería transmitirle una pregunta a Jrushov: ¿qué sucedería si los norteamericanos se enteraran del operativo antes de que concluyera? Según Alexeiev, la respuesta fue tan lacónica como despreocupada: «No se preocupe que no sucederá nada. Si los norteamericanos se ponen nerviosos, enviaremos la flota del Báltico para demostrar nuestro apoyo». Raúl consideró que la respuesta revelaba un compromiso firme de apoyo, y dijo a Alexeiev: «¡Qué bueno, está bien! Fidel aceptará todo; va a corregir algo pero, en principio, sí».

En verdad, era un acuerdo bélico temible y bastante pesado: veinticuatro lanzadores de misiles balísticos de mediano alcance y dieciséis de alcance intermedio, equipado cada uno con dos misiles y una ojiva nuclear; veinticuatro baterías de misiles tierra-aire SAM-2; cuarenta y dos interceptores MiG; cuarenta y dos bombarderos IL-28; doce buques misilísticos clase Komar con misiles de crucero de defensa costera. Con el arsenal irían cuatro regimientos de combate de élite que sumaban cuarenta y dos mil efectivos. El acuerdo, renovable cada cinco años, estipulaba que los misiles quedarían bajo el mando exclusivo de los militares soviéticos.

Alrededor del 15 de julio, antes de que Raúl partiera de Moscú o Fidel leyera el acuerdo, los primeros misiles partieron subrepticiamente de los puertos soviéticos del Mar Negro ocultos a bordo de buques de carga. También partieron los primeros contingentes de oficiales y tropa. El 17 de julio Raúl regresó a La Habana. Tres semanas después lo hizo Alexeiev, ya en calidad de embajador soviético, llevando consigo el acuerdo ratificado por aquél.

Antes de su partida, Jrushov le informó de que «ya» había misiles soviéticos en Cuba e insistió en la necesidad de mantener la operación en total secreto hasta noviembre o más adelante. No debía enviar despachos desde La Habana; si tenía algo importante que comunicar, debía viajar a Moscú o enviar un emisario.

Jrushov aún no había firmado el acuerdo, a la espera de la aprobación definitiva de Fidel. Su plan era viajar a Cuba para asistir en enero a la celebración del aniversario del triunfo revolucionario, y después de firmar el acuerdo juntamente con Fidel, divulgarlo espectacularmente al mundo. Para entonces todo estaría emplazado, y el hecho consumado le daría a Jrushov una poderosa palanca estratégica para el regateo con Washington.

Por cierto que los planes no se cumplieron. En primer lugar, el borrador disgustó a Fidel, que lo consideró «demasiado técnico» y carente de un «marco político». Según Alexeiev, Fidel objetó sobre todo la versión original de un pasaje del preámbulo: «En el interés de asegurar su soberanía y mantener su libertad, Cuba solicita a la Unión Soviética que considere y acepte la posibilidad de instalar misiles [en su territorio]…»

Alexeiev dijo que con las enmiendas de Fidel, el peso de la decisión de instalar los misiles no recaía exclusivamente sobre la petición cubana sino que constituía una responsabilidad compartida por las dos naciones. En esencia, quería dejar asentado lo que hasta entonces era apenas una promesa retórica de Jrushov: que la Unión Soviética consideraría un ataque a Cuba como un ataque a su propio territorio. Por consiguiente, el nuevo preámbulo decía: «Es necesario y se ha resuelto dar los pasos necesarios para la defensa conjunta de los derechos legítimos del pueblo de Cuba y la Unión Soviética, teniendo en cuenta la necesidad urgente de adoptar medidas para garantizar la seguridad mutua en vista de la posibilidad de un ataque inminente contra la República de Cuba y la Unión Soviética».

A finales de agosto, una vez redactado el borrador enmendado, Fidel no envió a su hermano a la Unión Soviética sino al Che y a Emilio Aragonés, un antiguo camarada del 26 de Julio y entonces uno de sus principales asesores. El 30 de agosto se reunieron con Jrushov en su dacha de verano de Crimea. Éste aceptó la versión enmendada del acuerdo, titulado, «Acuerdo entre el Gobierno de la República de Cuba y el Gobierno de la Unión Soviética sobre Cooperación Militar para la Defensa del Territorio Nacional de Cuba en la Eventualidad de una Agresión», pero retrasó la firma: dijo que lo haría en unos meses, cuando viajara a Cuba.

Probablemente el Che temía una traicion soviética, porque reclamó la divulgación del acuerdo, pero Jrushov se negó porque, dijo, aún debía permanecer en secreto. El Che y Aragonés repitieron la persistente preocupación de Fidel —compartida por el canciller Andréi Gromiko y otros altos funcionarios soviéticos— de que los norteamericanos descubrieran la operación prematuramente. Según el relato posterior de Aragonés, Jrushov se mostró tan despreocupado entonces como anteriormente con Raúl. «[Nos] dijo al Che y a mí, en presencia de Malinovski: "No se preocupen, no habrá problemas con los Estados Unidos. Y si los hay, enviaremos la flota del Báltico."»

Al oír la respuesta, «el Che y yo nos miramos y alzamos las cejas». Evidentemente, Jrushov no los había convencido, pero en ese momento no les quedaba otra alternativa que creer en su promesa.

Mientras tanto, aleccionada sobre la necesidad de seguir de cerca los movimientos del Che, la inteligencia norteamericana vigilaba estrechamente sus actividades en Rusia. El 31 de agosto, un despacho de la CIA advirtió que la «composición» de la delegación del Che Guevara a la Unión Soviética «indica que [ésta] podría tener una misión más amplia que es [*sic*] su agenda anunciada, relacionada con asuntos industriales. Guevara está acompañado por Emilio Aragonés, quien aparentemente no tiene formación ni experiencia en asuntos económicos o industriales. La misión Guevara fue recibida en el aeropuerto por funcionarios económicos soviéticos y por el viceprimer ministro Kosiguin, miembro del Presidium del partido soviético».

Cuando el Che volvió a La Habana, el 6 de septiembre, los norteamericanos ya habían detectado la creciente presencia militar soviética. Los aviones de reconocimiento U-2 habían descubierto el emplazamiento de los nuevos SAM-2 y los misiles crucero de defensa costera. Los especialistas aseguraban a Kennedy que éstos no amenazaban la seguridad nacional de Estados Unidos, pero su presencia era una señal que no se podía pasar por alto. El 4 de septiembre, Kennedy había enviado a su hermano menor Robert, ministro de Justicia, a discutir la escalada con el embajador soviético en Estados Unidos, Anatoli Dobrinin. Éste le había transmitido el mensaje de Jrushov de que no se había emplazado «armamento ofensivo» en Cuba sino armas destinadas exclusivamente a la «defensa» de la isla.

Pero la Casa Blanca sospechaba. Las últimas fotografías aéreas indicaban la posible construcción de una base de submarinos soviéticos. Kennedy anunció públicamente que Estados Unidos había detectado la presencia no sólo de los SAM sino también de un número creciente de personal militar soviético. Admitió que no tenía pruebas de la presencia de tropas de *combate* del bloque soviético ni de misiles ofensivos tierra-tierra, pero advirtió que su presencia daría lugar a una «situación gravísima».

Al día siguiente, Kennedy pidió al Congreso que autorizara la convocatoria de hasta ciento cincuenta mil reservistas de ejército. Washington anunció su intención de realizar ejercicios militares en el Caribe a mediados de octubre, que Cuba denunció como una prueba de sus intenciones de invadirla. Dobrinin repitió que Moscú proporcionaba «solamente» armas defensivas a la isla.

La tensión aumentaba día a día, a medida que se filtraban más detalles sobre la concentración de fuerzas soviéticas. Estados Unidos, la Unión Soviética y Cuba cruzaban acusaciones y desmentidos. Pero el 9 de septiembre, los analistas de la inteligencia norteamericana tomaron nota de ciertas frases inquietantes del Che durante una recepción en la embajada brasileña en La Habana. En declaraciones a un periodista, dijo que el acuerdo de ayuda militar soviética a Cuba era «un suceso

histórico» que anunciaba una modificación de las relaciones de fuerza entre Oriente y Occidente; en su opinión, la balanza se inclinaba a favor de la Unión Soviética. Según un despacho secreto, llegó a decir que «Estados Unidos no tiene más remedio que ceder». El despacho dijo en conclusión: «Aparentemente cree que la ayuda militar soviética a Cuba es un gesto de gran importancia».

Efectivamente, lo fue, como Estados Unidos y el mundo entero estaban a punto de comprender. En pocas semanas más, el acuerdo concertado por el Che llevaría al mundo al borde de la guerra nuclear.

25. VERTIENTE GUERRILLERA

La sangre del pueblo es nuestro tesoro más sagrado, pero hay que derramarla para ahorrar más sangre en el futuro.

CHE GUEVARA

finales de 1962, *«Táctica y estrategia*

de la revolución latinoamericana»

Un día llegué a la cima de una montaña con un fusil en la mano y sentí algo que nunca había sentido antes: ¡me sentí tan fuerte! Me embargó una hermosa sensación de libertad, y me dije: ¡Podemos hacerlo!

HÉCTOR JOUVE,

un guerrillero del Che en Argentina, 1963-1964

I

En diciembre de 1961, el joven guatemalteco Julio Roberto Cáceres (el Patojo), amigo y protegido del Che, partió clandestinamente de Cuba hacia su patria con la intención de iniciar una lucha guerrillera marxista. El Che siempre se había mostrado más fraternal con Patojo que con otros y había alimentado sus aspiraciones revolucionarias. Lo había tenido a su lado en La Cabaña, el INRA y el Ministerio de Industrias y durante la mayor parte de los últimos tres años Patojo había vivido con él y Aleida.

Unos meses antes, el Che había pedido a Regino Boti, director de la Junta Central de Planificación JUCEPLAN, que le diera un puesto a su amigo guatemalteco. Así lo hizo y poco después, cuando Patojo desapareció, Boti comprendió que el Che había utilizado el puesto como medio para hacerlo desaparecer de los lugares que solía frecuentar y «lavar» su salida del país.

Al regresar a Guatemala, Patojo halló un clima propicio para la revolución. Se habían realizado elecciones parlamentarias en medio de acusaciones generalizadas de fraude. A fines de enero de 1962, el jefe de la policía secreta de Ydígoras Fuentes murió en un atentado y dos semanas después las guerrillas de Yon Sosa y Turcios Lima llevaron a cabo los primeros ataques relámpago contra cuarteles militares en las cercanías de Puerto Barrios. El grupo, llamado Movimiento Guerrillero 13 de Noviembre Alejandro de León en recuerdo de una insurrección anterior frustrada y en homenaje a un camarada muerto, difundió sus objetivos en febrero por medio de un comunicado: llamaba a la rebelión contra la «tiranía» para restaurar el estado democrático. En esa misma época, Patojo inició su misión independientemente de ellos y con el respaldo del PGT, el partido comunista guatemalteco.

En marzo de 1962, cuatro meses después de la partida de Patojo, el Che recibió la noticia de que su amigo había muerto en acción. Unos meses más tarde, su antigua amiga en común Myrna Torres fue a ver al Che en La Habana y le entregó un cuaderno de apuntes que Patojo le había dejado en México cuando iba rumbo al campo de batalla. Allí había un poema dedicado a su novia en Cuba. El Che escribió una elegía para Patojo publicada en agosto en *Verde Olivo*, una parábola de redención severa y a la vez tierna, dirigida a las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Cuba. Tras un breve relato de la vida de Patojo y su relación con él (su vida y su trabajo como fotógrafos itinerantes en México; el deseo de

Patojo de participar en la expedición del *Granma*, que no se pudo cumplir; su posterior viaje a Cuba para aportar sus esfuerzos a la revolución triunfante), escribió las líneas siguientes:

Después de llegar a Cuba, vivimos casi siempre en la misma casa, como correspondía a una vieja amistad. Pero la antigua confianza mutua no podía mantenerse en esta nueva vida y solamente sospeché lo que el Patojo quería cuando a veces lo veía estudiando con ahínco alguna lengua indígena de su patria. Un día me dijo que se iba, que había llegado la hora y que debía cumplir con su deber.

El Patojo no tenía instrucción militar, simplemente sentía que su deber lo llamaba e iba a tratar de luchar en su tierra con las armas en la mano para repetir en alguna forma nuestra lucha guerrillera. Tuvimos una de las pocas conversaciones largas de esta época cubana; me limité a recomendarle encarecidamente tres puntos: movilidad constante, desconfianza constante, vigilancia constante… Era lo más sintético de nuestra experiencia guerrillera, lo único, junto con un apretón de manos, que podía dar al amigo. ¿Aconsejarle que no lo hiciera?, ¿con qué derecho…?

Se fue el Patojo y, al tiempo, llegó la noticia de su muerte… Y no él solo, sino un grupo de compañeros con él, tan valiosos, tan sacrificados, tan inteligentes, quizás, pero no conocidos personalmente por nosotros.

Queda una vez más el sabor amargo del fracaso…

Nueva sangre joven ha fertilizado los campos de América para hacer posible la libertad. Se ha perdido una nueva batalla; debemos hacer un tiempo para llorar a los compañeros caídos mientras se afilan los machetes y, sobre la experiencia valiosa y desgraciada de los muertos queridos, hacernos la firme resolución de no repetir errores, de vengar la muerte de cada uno con muchas batallas victoriosas y de alcanzar la liberación definitiva.

Cuando el Patojo se fue no me dijo que dejara nada atrás ni recomendó a nadie, ni tenía casi ropa ni enseres personales en que preocuparse; sin embargo, los viejos amigos comunes de México me trajeron algunos versos que él había escrito y dejado allí en una libreta de notas. Son los últimos versos de un revolucionario pero, además, un canto de amor a la revolución, a la patria y a una mujer. A esa mujer que el Patojo conoció y quiso aquí en Cuba, vale la recomendación final de sus versos como un imperativo:

Tómalo, es sólo un corazón

Tómalo en tu mano

y cuando llegue el día,

Abre tu mano para que el sol lo caliente…

El corazón del Patojo ha quedado entre nosotros y espera que la mano amada y la mano amiga de todo un pueblo lo caliente bajo el sol del nuevo día que alumbrará sin duda para Guatemala y para toda América.

La llorada muerte de Patojo señaló sólo el comienzo de una nueva oleada de actividad guerrillera en América Latina con el respaldo cubano, porque gracias a los esfuerzos del Che, en 1962 la isla se convirtió en una efectiva «usina guerrillera» que enviaba recursos humanos y materiales a remotas subestaciones de revolución armada a lo largo y a lo ancho del hemisferio. Frente a la hostilidad implacable de Washington, el aislamiento regional de Cuba y la amenaza constante de una invasión militar norteamericana, el sueño del Che de la «revolución continental» adquiría sentido estratégico: la amenaza creciente de la guerrilla ayudaba a desviar las presiones norteamericanas de la isla, a la vez que obligaba a Washington a pagar un alto precio por su política de contención regional.

Más importante aún, Fidel la había oficializado. En una réplica a la expulsión de Cuba de la OEA en enero de 1962, el 4 de febrero proclamó en su «Segunda Declaración de La Habana» la «inevitabilidad» de la revolución en Latinoamérica, que los timoratos gobiernos de la región consideraron una tácita declaración de guerra contra sus países.

Juan Carretero, alias «Ariel», un alto oficial de inteligencia en esa época, dijo que en 1962 empezó a colaborar con el Che en la creación de un «teatro revolucionario latinoamericano» transcontinental y antiimperialista. El superior inmediato de Ariel era Manuel Piñeiro Losada, alias «Barbarroja», el segundo de Ramiro Valdés en la Seguridad del Estado y supervisor de los planes guerrilleros.[*]

En la primavera de 1962 ya se había puesto en marcha un plan supervisado por el Che para reclutar y organizar aspirantes a guerrilleros entre los centenares

de estudiantes latinoamericanos que iban a Cuba con becas revolucionarias; uno de ellos era Ricardo, hermano menor de su exesposa Hilda. En 1958, después de terminar el secundario en Perú, había ido a estudiar periodismo en la prestigiosa Universidad de La Plata, en la Argentina, un polo de atracción para los estudiantes de todo el continente. Allí se había unido al movimiento juvenil aprista y, como muchos de sus amigos, abrazó rápidamente la causa revolucionaria cubana como modelo para la transformación política latinoamericana. Tenía el incentivo adicional de ser cuñado del Che Guevara. Dedicaba su tiempo libre a colaborar con el padre del Che en el Comité de Apoyo al Movimiento 26 de Julio en Buenos Aires.

En 1960, decidió ir a Cuba a terminar sus estudios y participar en la revolución que había ganado todas sus simpatías. Hilda ya no era la esposa del Che, pero vivía ahí y podía facilitarle las cosas. Lo primero que supo al llegar fue que no podría continuar sus estudios de periodismo. El proceso oficial de reforma universitaria estaba en marcha y la Facultad de Periodismo de la Universidad de La Habana —una profesión que no era de las prioritarias en la nueva Cuba— estaba, en sus palabras, un tanto «desorganizada». Decidió estudiar economía. El decano era nada menos que el venerable «comunista viejo» Carlos Rafael Rodríguez. Cuando se produjo la invasión de Playa Girón respaldada por la CIA, Ricardo y muchos de sus condiscípulos latinoamericanos se presentaron como voluntarios en las milicias revolucionarias con la esperanza de ir al frente, pero los extranjeros recibieron la misión de vigilar los edificios públicos en La Habana. A pesar de la desilusión, Ricardo no se dejó arredrar y permaneció en la milicia universitaria.

A principios de 1962, cientos de estudiantes latinoamericanos llegaban a la isla en respuesta a una invitación general del gobierno a los partidos opositores comunistas e izquierdistas del hemisferio. Entre los bolivianos, venezolanos, argentinos, uruguayos, nicaragüenses, guatemaltecos y colombianos había unos ochenta peruanos, y Ricardo se unió inmediatamente a sus compatriotas. Sin embargo, no tardó en producirse una división entre aquellos que «sólo querían estudiar» y los que, como dijo Ricardo, «querían tener acceso a la experiencia revolucionaria de Cuba para aprender esa experiencia, con la idea de regresar a nuestro país y contribuir a nuestra propia revolución». Llegado el momento de decisión, Ricardo optó por este último grupo.

Su decisión coincidió con el golpe militar peruano de marzo de 1962 que anuló las elecciones, suspendió el Congreso y puso en tela de juicio al sistema político en su conjunto. Para los peruanos que querían aplicar el modelo cubano a su país, era el momento de actuar.

A mediados de 1962, Ricardo Gadea y sus camaradas peruanos ya habían abandonado sus estudios universitarios para entrenarse como guerrilleros en la Sierra Maestra. Sus instructores eran veteranos de la guerra cubana; el mismísimo Fidel los arengaba y les daba consejos; pero el mentor revolucionario indiscutido, según Gadea, era el Che. «El Che era la persona… el dirigente más sensible, más comprometido, más carismático, como latinoamericano —dijo Ricardo—, que nos entendía y sabía que algunas cosas no habían funcionado…, nos ayudó incluso a resolver muchos problemas».

Otro país cuya «liberación» era un anhelo muy sentido por el Che era Nicaragua. Desde la debacle inicial del verano de 1959 en la frontera hondureño-nicaragüense, los rebeldes que combatían a la dinastía de Somoza viajaban constantemente entre su país y la isla. Carlos Fonseca, el ideólogo del grupo, se había curado de sus heridas en Cuba y regresado a Centroamérica a intentar una alianza política de su grupo mayoritariamente estudiantil con otros exiliados y antisomocistas dentro del propio país.

Mientras Fonseca viajaba por la región, uno de sus discípulos, un exestudiante de derecho menudo, rechoncho y de labios gruesos llamado Tomás Borge, fue a La Habana en busca de apoyo para su flamante Juventud Revolucionaria Nicaragüense. Con otro camarada llamado Noel Guerrero y Rodolfo Romero, amigo del Che, visitaron a éste en el Banco Nacional.

Borge dice que inició un florido discurso de salutación «en nombre de la juventud nicaragüense», pero el Che lo interrumpió con un lacónico, «dejémonos de discursos y vamos al grano». Pero cuando Borge le aseguró que su discurso «no era demagógico», el Che aceptó escucharlo. Al cabo de la sentida presentación, dijo Borge, el Che lo abrazó, dijo que «aceptaba» el saludo y le dio veinte mil dólares para que pudieran organizarse.

Rodolfo Romero fue designado jefe militar del grupo, y con los fondos del Che, Borge y los demás empezaron a traer nicaragüenses de toda la región a Cuba. En definitiva fueron una treintena en total. Reclutados por las milicias revolucionarias, adquirieron experiencia directa en la guerra de contrainsurgencia del Escambray. En 1961, Romero ingresó en la escuela de contrainteligencia para aprender el oficio de espía —«yo era el único nicaragüense», recordó con orgullo— y luego, con Borge, Fonseca y los demás, asistieron a un curso de artillería dictado por un instructor checo en una remota base militar de la isla.

Fonseca volvió a Nicaragua en julio de 1961 y para el verano siguiente su organización empezaba a crecer. Supervisaba las acciones clandestinas de propaganda, sabotaje y robo de bancos en las ciudades nicaragüenses mientras

Tomás Borge y otros sesenta guerrilleros al mando de Noel Guerrero se infiltraban en la selva norteña desde la vecina Honduras. El grupo que con el tiempo se llamaría Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) estaba listo para entrar en acción.

Generoso con los futuros mandos de la revolución latinoamericana, el Che no lo era tanto con su familia, ya que negaba ayuda financiera a sus padres para que fueran a visitarlo. Después de su primera visita en 1959, Celia madre regresó en 1960 y al año siguiente Guevara Lynch escribió en una carta a Hilda que estaba ahorrando para volver una vez más con su esposa. Querían conocer a su nueva nieta Aleidita y ver nuevamente a Hildita. Sabían además que próximamente tendrían otro nieto porque Aleida estaba embarazada y debía dar a luz en mayo de 1962.

Cuando Hilda se tomó el atrevimiento de preguntar al Che por qué no ayudaba a sus padres, éste replicó con dureza: «Así que eres de las que no creen que gano un sueldo fijo y puedo usar los fondos públicos como se me dé la gana». Hilda, ofendida, respondió que no había querido decir eso. «Sólo insinué que pagaras el pasaje de tu padre porque quiere venir. Puedes devolver el dinero en cuotas». Más sereno, el Che dijo: «Está bien, pero dejémoslo para más adelante. Ahora no es el momento».[73]

Mientras tanto, un clima insurreccional se apoderaba de Venezuela debido a los cismas políticos en la coalición gobernante de Betancourt. Aparecían fuerzas guerrilleras en distintos lugares del país; en mayo de 1962 se sublevaron las tropas de una base naval vecina a Caracas. El Partido Comunista apoyó abiertamente la revuelta, y en represalia, Betancourt proscribió tanto a éste como al MIR.

En junio, otra sublevación naval fue aplastada por las tropas leales después de dos días de combates sangrientos. Oficiales y tropas disidentes huyeron al monte, donde muchos se unieron a las guerrillas incipientes. En diciembre, el Partido Comunista proscrito apoyó oficialmente la «lucha armada» y dos meses después, una coalición guerrillera llamada Fuerzas Armadas de Liberación Nacional anunció su existencia y la intención de librar la guerra contra el régimen de Betancourt. Este autoproclamado movimiento «democrático y nacionalista» tenía una fachada política, el Frente de Liberación Nacional, dominado por los comunistas. Los comunicados del FLN, como los de Fidel Castro durante la guerra, rechazaban las acusaciones del gobierno de que era «comunista» o «antiamericano» y llamaba a los venezolanos de todas las tendencias a conformar un «frente único» para que Venezuela fuera «dueña de su destino y sus propias riquezas».

Así como los movimientos guerrilleros de Nicaragua, Perú y Guatemala, la nueva organización revolucionaria venezolana recibía ayuda del Che. Cada fusil que se empuñaba era un paso más hacia la materialización del sueño de una guerrilla continental contra el imperialismo norteamericano.

II

Para entonces el Che planificaba un movimiento insurgente en su Argentina natal. Esa idea que germinaba en él desde tiempo atrás adquirió nuevo vigor tras el derrocamiento del presidente Frondizi por un golpe militar. El lugar elegido como teatro tentativo de guerra era la selva del norte argentino en Salta, no lejos de la escarpada frontera con Bolivia. Casualmente era el mismo lugar que había recorrido en moto en 1950 y donde se había detenido a reflexionar sobre el significado de la vida, la muerte y su propio destino.

El plan consistía en que el periodista argentino Jorge Ricardo Masetti condujera un pelotón de vanguardia; su misión era conocer el terreno e instalar discretamente una base de operaciones para la guerrilla. Antes de hacer frente al enemigo, debía crear una base de apoyo entre los campesinos rurales y una infraestructura de apoyo civil en las ciudades argentinas. Más adelante, cuando las circunstancias fueran adecuadas, el propio Che iría a ponerse al frente de la fuerza.

Pidió a Alberto Granado que lo ayudara a reclutar argentinos para la operación guerrillera. En octubre de 1961, Alberto se había mudado con su familia de La Habana a Santiago para crear un instituto de investigaciones biomédicas en la universidad local, y en 1962 había utilizado su trabajo y su nacionalidad para evaluar a sus compatriotas con vistas a incorporarlos al plan de revolución argentina del Che. En Santiago se hizo amigo del pintor argentino Ciro Roberto Bustos, quien había llegado a Cuba como «voluntario» en la misma época que él. Bustos había instalado un pequeño taller de cerámica en el Oriente rural y dos veces por semana dictaba clases de pintura en la Universidad de Santiago; Granado lo invitó a alojarse en su casa cuando debía pernoctar en la ciudad. El tema de la «lucha armada» entró rápidamente en sus conversaciones, y al enterarse de que Bustos apoyaba la idea de una revolución de tipo cubano en su tierra, Granado transmitió al Che su impresión favorable del pintor. Poco después, concertó una reunión entre ambos.

Ese año, Granado fue a Argentina y viajó por el país; por medio del Partido Comunista argentino reclutaba «técnicos y otras personas capacitadas» para trabajar en Cuba: era una fachada sensata para reclutar posibles mandos guerrilleros. Sin embargo, como el mismo Granado reconoció años después, los servicios de seguridad sospechaban de él y evidentemente vigilaban sus movimientos, porque varias de las personas con las que se reunió fueron

«detenidas temporalmente» después de su partida. A pesar de todo, pudo reclutar a un par de hombres que poco después viajaron a Cuba para recibir instrucción guerrillera.

Masetti ya no trabajaba en Prensa Latina. Después de la invasión de bahía de Cochinos había dirigido el interrogatorio televisado de los prisioneros y a continuación había desaparecido. La versión oficial decía que habían solicitado su renuncia; todos sabían que no era comunista y que lo habían despedido al cabo de un prolongado enfrentamiento con la doctrinaria célula comunista en la agencia. Más adelante se dijo que trabajaba para el departamento de propaganda de las fuerzas armadas, pero en realidad su jefe era el Che.

Después de abandonar Prensa Latina, Masetti hizo un curso de entrenamiento militar del que salió con el grado de capitán y realizó varias misiones secretas para el Che en Praga —una nueva estación de paso para el espionaje cubano en el exterior— y en Argelia, donde llevó clandestinamente, por vía de Túnez, un gran cargamento de armas norteamericanas requisadas en Playa Girón para los insurgentes del FLN. Lo acompañó un recluta de Granado, un mecánico argentino veinteañero llamado Federico Méndez que tenía experiencia militar. Permanecieron durante varios meses en el cuartel general del FLN, donde Méndez instruyó a los argelinos en el manejo de las armas norteamericanas. Al regresar a Cuba, habían forjado vínculos estrechos con la agradecida conducción revolucionaria argelina y sus jefes militares.

El Che arrojaba sus redes a diestra y siniestra para sondear la situación política argentina. En marzo de 1962, cuando los diplomáticos cubanos fueron expulsados de la Argentina y volaron a la isla desde Uruguay, envió un telegrama a su viejo condiscípulo de secundaria y militante de la juventud radical Oscar Stemmelin para invitarlo a visitar la isla en el avión de los evacuados. Stemmelin y otro condiscípulo del colegio Deán Funes aceptaron la invitación y pasaron un mes en La Habana. Más adelante, Stemmelin no supo decir con certeza por qué Guevara lo había invitado a Cuba, aparte de que eran viejos amigos y él era uno de los pocos cordobeses conocidos del Che que actuaba en política. Durante su estancia, Stemmelin habló con el Che unas ocho o diez veces, sobre los viejos tiempos y también sobre la Revolución Cubana y la política argentina.

El 25 de mayo, cuando se conmemora la revolución argentina, los trescientos ochenta miembros de la comunidad argentina en La Habana se reunieron para festejarlo con un asado al aire libre y un espectáculo de música, danzas tradicionales y vestimenta típica. Cuando lo invitaron a ser el huésped de honor, el Che sugirió que invitaran también a la joven germano-argentina Haydée Tamara Bunke. Desde su llegada de Berlín, Tamara, como la llamaba todo el mundo,

trabajaba como traductora de alemán-español en el Ministerio de Educación y demostraba gran entusiasmo por todo lo que vivía. Participaba en las sesiones de trabajo voluntario y la campaña de alfabetización, era miembro de una milicia y de su CDR local, y enseguida logró el reconocimiento de su fervor revolucionario. Asistía regularmente a las reuniones sociales de los guerrilleros latinoamericanos en La Habana y expresaba una gran simpatía por sus causas.

Orlando Borrego, el lugarteniente del Che, y ella habían reanudado la amistad iniciada en Berlín. Tamara no le ocultaba su deseo de combatir en alguna guerrilla latinoamericana y constantemente le pedía que la presentara al Che. Pero éste la desalentaba; mucha gente quería conocerlo, y él no quería que le hicieran perder su valioso tiempo. Tamara acabó por salirse con la suya: se anotó en una jornada de trabajo voluntario junto con él en una escuela en construcción cerca de su casa. «La subestimé», dijo Borrego con una sonrisa irónica.

En el asado del día de la Revolución de Mayo, el Che como siempre hizo un discurso sobre la lucha revolucionaria en Latinoamérica; en esta ocasión dedicado sobre todo a Argentina. Dijo que las «fuerzas antiimperialistas» argentinas debían superar sus divergencias ideológicas, y al respecto mencionó a los peronistas en particular. Un cubano que asistió a esa comida dijo que en determinado momento el Che escribió algo en una caja de cerillas y, sin decir palabra, la entregó al argentino sentado a su lado. Era la palabra «unidad». La caja pasó de mano en mano y todos comprendieron el mensaje. Basta de peleas intestinas sectarias.

Fue un momento importante para los peronistas presentes. Su dirigente John William Cooke pidió la palabra para insistir en el llamamiento del Che a la unidad revolucionaria y elogiar a Cuba por encabezar «la segunda emancipación» de América Latina. Cooke, antiguo dirigente de la Juventud Peronista y representante personal de Perón, vivía en Cuba desde hacía varios años, pero mantenía una correspondencia regular con el caudillo exiliado en Madrid. Ganado por la Revolución Cubana, Cooke la elogiaba en cartas a Perón y le transmitía la invitación de Fidel a que visitara la isla, donde se lo recibiría «con los honores de un jefe de Estado». (Perón jamás aceptó la invitación, pero envió varias respuestas halagadoras, de la misma manera que daba su bendición desde el exilio a las diversas alas peronistas que se disputaban su aprobación.)[74]

El Che preparaba sigilosamente el tablero para el juego de la guerrilla continental; el premio máximo era su tierra natal. Entrenaba a varios grupos de acción argentinos, separados por sus ideologías pero unidos en el anhelo de iniciar la guerra. Cuando llegara el momento, cada grupo se movilizaría para ocupar su puesto en un ejército unificado bajo su mando para la campaña argentina. El pelotón de vanguardia de Masetti fue la primera jugada del Che en ese tablero; los

demás lo seguirían llegado el momento.[75]

Más allá de estas actividades clandestinas, habían sucedido una serie de acontecimientos que afectarían directamente el futuro del Che. En septiembre, el secretario general de las Naciones Unidas, Dag Hammarskjöld, había muerto en un dudoso accidente aéreo sobre el Congo, donde las tropas de la ONU intervenían contra los rebeldes separatistas de la provincia cuprífera de Katanga apoyados por mercenarios belgas y sudafricanos. Su sucesor, el diplomático birmano U Thant, había heredado la tarea aparentemente imposible de resolver la crisis del Congo, donde el gobierno central en Leopoldville, apoyado por las potencias occidentales, disputaba el poder con los abanderados del difunto presidente Patrice Lumumba, asentados en la remota ciudad norteña de Stanleyville.[76]

El cisma chino-soviético, disimulado durante largos años, salió a la luz en octubre de 1961 cuando el primer ministro chino Chou En-lai abandonó un congreso del Partido Comunista en Moscú. En la pugna por imponer su influencia en el mundo, las dos potencias presionaban a los partidos comunistas latinoamericanos —incluso el cubano— para que tomaran partido.

En marzo de 1962, Fidel denunció públicamente el «sectarismo» de los «viejos comunistas» del PSP, que intentaba controlar las Organizaciones Revolucionarias Integradas. (Éste era el nombre del nuevo partido oficial, dirigido por Fidel, que había subsumido al Movimiento 26 de Julio, el PSP y el Directorio Revolucionario.) La principal víctima de la purga fue Aníbal Escalante, secretario de organización de la ORI y antiguo ideólogo del PSP, acusado de usar su influencia para otorgar una gran cantidad de puestos de gobierno a los camaradas de su partido. Después de una fuerte censura pública, se fue al exilio en Moscú. Poco después, Fidel anunció el nuevo nombre de la organización: Partido Unificado de la Revolución Socialista (PURS), la nueva etapa hacia la creación de un nuevo partido comunista cubano.

La purga realizada por Fidel significó una gran satisfacción para el Che. Detestaba a los burócratas arrogantes que trataban de imponer sus directivas ideológicas en todo el país, y había otorgado puestos —y protección— en su ministerio a varias personas cuyas carreras se habían visto perjudicadas. En mayo emitió una directiva severa que prohibía las «investigaciones ideológicas» en el ministerio.

El «sectarismo», como se llamó a ese período de dogmatismo comunista, afectó incluso a extranjeros como Ciro Bustos. El Partido Comunista argentino, que seguía el ejemplo del chovinista PSP, quiso extender su control sobre todos los argentinos que vivían y trabajaban en Cuba. Cuando se encontraba en Holguín,

Bustos fue convocado por el representante del partido en Cuba e interrogado sobre sus antecedentes políticos y filiación partidaria. Al responder que no estaba afiliado oficialmente al comunismo, se le advirtió que debía «regularizar» su situación, bajo pena de abandonar el país. Pero lo salvó la purga «antisectaria» y actuaba nuevamente con toda libertad cuando Granado concertó su entrevista con el Che en el verano de 1962.

El encuentro, que se produjo una medianoche de fines de julio en la oficina del Che en La Habana, fue decisivo. El Che le dijo que un «grupo» se preparaba para actuar en Argentina y lo invitó a participar. El pintor aceptó. Eso fue todo. Se le dijo que no saliera del hotel; unas personas pasarían a buscarlo. En la etapa siguiente de su metamorfosis revolucionaria, condujeron a Bustos a una casa en el barrio habanero de Miramar, donde lo recibió un hombre a quien reconoció por las fotografías de la prensa: Jorge Ricardo Masetti. Casualmente era el libro de éste sobre la guerra cubana, *Los que luchan y los que lloran*, publicado en 1959, el que había despertado el interés de Bustos sobre Cuba.

Aunque el «proyecto» era «del Che», dijo Masetti, el comandante todavía no podía partir de Cuba; por eso, él conduciría la fuerza guerrillera durante la fase inicial. Posteriormente llegaría el Che y entonces comenzaría la guerra.

Preguntó a Bustos si estaba dispuesto a abandonarlo todo para unirse a la empresa, y nuevamente éste aceptó. Para conservar las apariencias, volvería a Holguín hasta que lo convocaran; una «beca» del Ministerio de Industrias para estudiar en Checoslovaquia serviría para justificar su desaparición posterior. Su esposa tendría que permanecer allá y conservar el secreto. Más adelante, una vez que la guerrilla se consolidara en un territorio liberado, ella podría someterse a entrenamiento y reunirse con él.

Antes del principio de septiembre, Bustos ya estaba alojado en una casa clandestina con otros tres argentinos: Leonardo, que era médico, Federico y Miguel; los dos últimos eran reclutas de Granado. Su nuevo hogar era una finca lujosa en el Country Club, un barrio exclusivo de las afueras al este de la capital. Desierto debido al éxodo de cubanos ricos y vigilado por las fuerzas de seguridad, el enclave arbolado de fincas amuralladas brindaba al grupo la mayor discreción. Los argentinos se instalaron en una mansión, para conocerse y prepararse para la vida que los aguardaba. La instrucción consistía en largas marchas y prácticas de tiro. Por las noches salían a patrullar la zona e intentaban (con escasa fortuna) atrapar a una pandilla de ladrones que entraban en las fincas abandonadas para robar lo que encontraran. «Siempre eran más vivos que nosotros —recordó Bustos —. Nosotros hacíamos mucho ruido».

Masetti, el Che y oficiales de inteligencia como Ariel y Piñeiro los visitaban con frecuencia. Orlando «Olo» Tamayo Pantoja, un oficial del Che durante la guerra en la sierra, y Hermes Peña, uno de sus escoltas, participaban activamente de su instrucción, y no tardaron en enterarse de que el «capitán Hermes» sería el lugarteniente de Masetti en la expedición.

Ese mismo mes, agosto de 1962, Alberto Castellanos y Harry Villegas, que revistaban en el pelotón de seguridad del Che, advirtieron la ausencia de su camarada Hermes Peña. El Che siempre insistía en que sus hombres debían instruirse, y ambos volvían de un curso para los futuros administradores del Ministerio de Industrias. Ninguno de los dos estaba al tanto del proyecto guerrillero, pero la ausencia de Hermes indicaba que algo estaba a punto de suceder. Así lo dijo Castellanos al Che y añadió: «Yo vengo a decirle que si usted va para cualquier lado, yo estoy dispuesto a irme, además Villegas me dijo lo mismo que yo». Sin confirmar ni desmentir sus sospechas, el Che dijo que «los tendría en cuenta».

Otro visitante asiduo de la casa clandestina era Abelardo Colomé Ibarra, alias «Furry», nada menos que el jefe de policía de La Habana. También él viajaría con los argentinos como comandante de la base de retaguardia a cargo de las comunicaciones con Cuba. El instructor principal no era cubano ni argentino sino un general hispano-soviético conocido solamente por el seudónimo de «Angelito». Ciro Bustos y sus camaradas sabían que no debían hacerle demasiadas preguntas; por entonces, la presencia de militares rusos en Cuba seguía siendo un secreto celosamente guardado. Angelito, llamado también Ángel Martínez, aunque nacido en Cataluña, era un general en activo del Ejército Rojo y héroe de la Guerra Civil española. Se llamaba Francisco Ciutat y era uno de los seis exiliados republicanos españoles enviados a Cuba por la sede moscovita del Partido Comunista español para entrenar a las milicias en la «Lucha contra los bandidos». «Era un personaje —dijo Ciro—. Un tipo chiquito, de bastante edad… daba vueltas en el aire como un gimnasta».

Hermes Peña, el segundo de Angelito, dirigía la instrucción cotidiana y reconstruía batallas de la sierra para que las estudiaran y emularan en sus ejercicios. Al poco tiempo cada hombre recibió una tarea especial acorde con las aptitudes demostradas. Leonardo sería el enfermero, Miguel el encargado de logística y Federico, que según Bustos era un hombre de malas pulgas y pocas palabras, sería el responsable del armamento. Por su parte, el pintor realizó un curso especializado de seguridad e inteligencia.

El Che siempre los visitaba a altas horas de la noche, entre las dos y las tres. Ciro Bustos recordó cómo los impresionó su primer encuentro colectivo con el Che.

«Me acuerdo un poco de las primeras palabras, prácticamente él dijo: “Bueno, ustedes han aceptado, vamos a hacer toda la preparación, pero, a partir de este momento, ustedes están muertos, los que vivan, desde ahora hasta el momento que se haga efectiva la muerte, es de gratis.”»

El Che arrojaba el guante en la cara de sus futuros guerrilleros tal como había hecho a su «columna de invasión» antes de marchar al Escambray durante la guerra cubana. Era esencial que cada uno se preparara psicológicamente para lo que habría de suceder, y Ciro lo comprendió muy bien. «Yo nunca pensaba vamos a tener éxito, no, nos van a sacar las pelotas a tiros… pero no se sabía si nosotros, ni siquiera él, llegaríamos al final del asunto». Con todo, el Che les hizo saber que no los enviaba solos a enfrentarse a un destino incierto sino que se uniría a ellos lo antes posible.

III

La crisis de los misiles en octubre obligó al Che a acelerar los preparativos de la fuerza guerrillera argentina. Como en la invasión de bahía de Cochinos, durante la crisis estuvo al mando del cuerpo de ejército occidental en Pinar del Río. Su comandancia ocupaba unas cuevas en las montañas cerca de uno de los emplazamientos misilísticos.

Al estallar la crisis, el Che llevó a sus guerrilleros bisoños consigo y los dejó en un batallón al mando de oficiales cubanos. Si había combate, debían participar.

En el momento de la máxima tensión, cuando un misil ruso SAM tierra-aire derribó un avión espía norteamericano U-2 y mató a su piloto, Fidel telegrafió a Jrushov diciéndole que en caso de una invasión norteamericana por tierra, esperaba que Moscú lanzara *previamente* los misiles; le aseguró que tanto él como su pueblo estaban preparados para morir en combate. Al día siguiente, Fidel se enteró de que Jrushov había ofrecido un acuerdo a Kennedy a sus espaldas: retiraría los misiles a cambio del compromiso por parte de Estados Unidos de no invadir Cuba y de retirar sus misiles Júpiter de Turquía. Fidel estaba estupefacto y furioso; se dice que al enterarse de la noticia, rompió un espejo de un puñetazo. Al conocer la novedad, el Che ordenó lacónicamente que interrumpieran las comunicaciones entre su comandancia y la base soviética vecina y partió a La Habana a reunirse con Fidel.

Durante los días siguientes, Fidel recriminó amargamente a Jrushov, quien despachó al desventurado Mikoyán a La Habana para tratar de arreglar las cosas. Éste hizo lo que pudo, pero Fidel y el Che estaban convencidos de que Jrushov los había traicionado en aras de sus propios intereses estratégicos. Las conversaciones prosiguieron durante varios días y alcanzaron picos de gran tensión. En una ocasión, un error del intérprete ruso dio lugar a un enfrentamiento a gritos. Aclarado el malentendido, el Che sacó serenamente su pistola Makarov de la cartuchera y la ofreció al intérprete: «Si yo estuviera en su lugar, lo único que quedaría por hacer…» Según Alexeiev, todos rieron, incluso Mikoyán; el humor negro del Che había relajado el ambiente.

En público, las relaciones entre Moscú y La Habana seguían siendo «fraternales», pero bajo la superficie reinaba un clima sumamente tenso que persistió durante un cierto tiempo. En las calles de la capital, los cubanos

indignados coreaban el estribillo: «¡Nikita, mariquita, lo que se da no se quita!»

Años después, en sus memorias, Jrushov admitió que en su decisión de emplazar los misiles el «interés soviético» había primado sobre toda otra consideración. «Me preocupaban la suerte de Cuba y el mantenimiento del prestigio soviético en esa parte del mundo… Un pensamiento rondaba constantemente por mi cabeza: ¿qué sucederá si perdemos Cuba? Sabía que hubiera sido un golpe terrible para el marxismo-leninismo. Reduciría drásticamente nuestra estatura en todo el mundo, pero sobre todo en América Latina. Si caía Cuba, otros países nos rechazarían; dirían que a pesar de nuestro poderío, la Unión Soviética había sido incapaz de ayudar a Cuba salvo con protestas huecas ante Estados Unidos».

Sam Russell, corresponsal del diario socialista británico *Daily Worker*, entrevistó a Guevara unas semanas después de la crisis y lo halló aún echando chispas por la traición soviética. Entre bocanadas de humo de su cigarro y dosis del inhalador para el asma, Guevara dijo que, de haber controlado los misiles, Cuba los hubiera disparado. El Che despertó sentimientos contradictorios en Russell: era «un personaje cordial que desde el principio me cayó muy bien… evidentemente un hombre de gran inteligencia, pero con sus desvaríos sobre los misiles me pareció que estaba chiflado».

También hablaron sobre otro tema de gran interés para el Che: la estrategia comunista global. Guevara criticó severamente a los partidos comunistas occidentales por adoptar «una estrategia de poder pacífica y parlamentaria». «Dijo que entregarían a la clase obrera atada de pies y manos a la clase dominante».

Desde luego, el Che había resuelto tomar las medidas correspondientes. Según Ciro Bustos: «Una vez relajadas las tensiones [de la crisis de los misiles], nos llevaron de vuelta a La Habana y el Che nos dijo: "Se van. No los quiero aquí." Eran días especiales. Aún temían una invasión [norteamericana]. Había un clima de guerra muy pesado… También había mala sangre con los soviéticos… Él se mostraba muy frío y furioso con los soviéticos».

Se les dijo que debían eliminar todo rastro de su presencia y dejar la casa clandestina tal como la habían encontrado. Federico Méndez fue a que le enseñaran a utilizar la radio de campaña y Bustos a realizar un curso intensivo sobre el arte de las claves secretas y la criptografía que duró una semana. Le enseñaron un sistema soviético de claves basadas en diez números que jamás se repetían. «Todo era estilo James Bond —recordó—. Uno quemaba los papeles después de usar las claves».

Después llegaron los «especialistas en pasaportes» de Piñeiro. Cada hombre recibió una nacionalidad distinta, Bustos la uruguaya. Pero su pasaporte no le gustó en absoluto. «Era insólito —dijo—. Me hacían aparecer como un hombre muy joven y rubio. Yo ya estaba bastante calvo y el poco pelo que me quedaba era negro». Cuando se quejó, el especialista dijo que sólo lo usaría para llegar a Checoslovaquia, un país amigo donde nadie haría preguntas.

A esas alturas los hombres estaban enterados de que la instrucción continuaría hasta que el aparato de seguridad cubano pudiera instalar una base segura de retaguardia en Bolivia, cerca de su frontera meridional con Argentina. Aparte de eso, conocían pocos detalles, salvo que los cubanos dispondrían todo con ayuda de «amigos bolivianos». También sabían que el nombre del grupo sería Ejército Guerrillero del Pueblo. Todos recibieron nombres de guerra: Bustos era «Laureano»; Masetti era el «comandante Segundo». Desde luego, el comandante primero era el Che, por el momento una mano rectora invisible, bautizado como «Martín Fierro». La misión se llamaba «Operación Sombra». Todos eran juegos de palabras literarios: sus nombres y los de la operación correspondían a esos arquetipos gauchescos argentinos, Martín Fierro y don Segundo Sombra.

Los cinco llegaron a Praga, donde los recibió el mayor Jorge «Papito» Serguera, a quien habían conocido durante la instrucción en La Habana y que en aquellos momentos operaba desde la embajada cubana. Los condujo al lago Slapie, en una zona rural a una hora de viaje de la capital, donde se alojaron en un hotel lujoso. Era pleno invierno y no había nadie allí aparte de ellos y el personal del hotel. Para justificar su presencia habían acordado con los servicios de inteligencia checos que serían «un grupo de becarios cubanos que pasaríamos un tiempo allí», dijo Bustos.

Papito Serguera los visitó un par de veces, pero, aparte de eso, los aspirantes a guerrilleros estaban librados a sus propios medios. A falta de otra cosa que hacer, realizaban largas marchas sobre la nieve —«veinte a veinticinco kilómetros en todas las direcciones»— para mantenerse en forma. Por fin, llevados a la impotencia por el paso lento de los días, llamaron a Serguera en la embajada. Éste les dijo que debían tener paciencia: aún no se había comprado la granja que les serviría de base en Bolivia ni concretado una serie de detalles necesarios para su viaje. Además les ordenó que cesaran las marchas. Los militares checos estaban enfadados porque aparentemente los habían visto deambular por una zona militar no autorizada.

Masetti y sus hombres pasaron un mes más incomunicados en el hotel del lago Slapie antes de que Serguera los autorizara a ir a Praga. Se les dijo que debían separarse porque los checos estaban disgustados por el fallo de seguridad; Ciro

Bustos y los demás se alojaron en un hotel, Masetti en otro. «Masetti estaba muy inquieto —dijo Ciro—. Tuvimos más reuniones con Papito. Nos dijo que tuviéramos paciencia, que todo estaba casi resuelto».

Pero ya era diciembre y los checos no ocultaban su disgusto por una estancia tan prolongada. Masetti, ya fuera de sus casillas, dijo que no soportaba más la situación y que iría a Argelia, donde el grupo podría continuar su instrucción; los revolucionarios argelinos le debían un favor y ahora podían pagarlo. En julio Argelia se había liberado de la dominación colonial francesa tras las negociaciones de paz con De Gaulle, y el Front de Libération Nationale gobernaba el país independiente. Ben Bella, el nuevo líder argelino, había visitado La Habana en vísperas de la crisis de los misiles, conocido al Che y a Fidel y firmado una declaración de confraternidad revolucionaria con Cuba.

«Masetti fue a Argel y volvió dos días después —dijo Bustos—. Nos dijo que Ben Bella y [el ministro de Defensa Houari] Boumedienne lo habían recibido en el aeropuerto y habían aceptado ayudarnos. Partimos inmediatamente». Pero para llegar a Argel el grupo debía pasar varios días en París, lo cual era un problema para Bustos con su pasaporte «rubio». Para resolverlo decoloró su cabello ralo con peróxido. «De repente mi pelo era amarillo —dijo con una risita avergonzada—. Parecía un travestido de *cabaret*».

Llegaron a París el día de Año Nuevo de 1963. Durante tres o cuatro días se alojaron en el Hotel Palais d'Orsay, encima de la estación ferroviaria. Conscientes de la necesidad de mantener su misión en secreto absoluto, tomaron algunas medidas de precaución: Bustos, como jefe de seguridad, tenía la última palabra sobre lo que podían hacer o no hacer. Le resultaba gracioso que Furry, jefe de policía de La Habana, tuviera que obedecer sus órdenes. Decidió que para evitar las sospechas se harían pasar por turistas. «Íbamos al Louvre y paseábamos muchísimo».

El 4 de enero, un avión los dejó en la ciudad de Argel, con sus muros blancos, junto al Mediterráneo, donde detrás de la amplia avenida costanera francesa y los céntricos edificios coloniales de piedra se alza el barrio musulmán que cubre la ladera como una gran colmena cubista. A pesar de los agujeros de balas en los edificios y los escombros de viviendas destruidas por las bombas, perturbadoras señales de la reciente ferocidad humana, la prolongada sangría no había destruido la notable belleza de la ciudad.

Mientras asumían la transición de ejército de resistencia a gobierno de la nación, los argelinos llevaban a cabo la misma «limpieza» que la Cuba revolucionaria había realizado con sus chivatos y criminales de guerra cuatro años

antes. Reinaba una verdadera psicosis bélica: hombres armados del FLN recorrían la ciudad en busca de presuntos colaboracionistas y extorturadores. Los suspicaces civiles árabes miraban a todo europeo o extranjero con indisimulada hostilidad. Conscientes de los peligros que afrontaban los guerrilleros del Che en un clima tan inestable, los dirigentes argelinos enviaron a dos generales y toda una escolta de seguridad a recibirlos en el aeropuerto. De allí los llevaron a una finca aislada junto al mar en las afueras de la ciudad y los pusieron bajo guardia armada para su propia protección.

Después de unos días los trasladaron a una finca amurallada con jardín dentro de Argel, de la cual casi nunca salían por temor a que los tomaran por franceses. Cuando lo hacían, los acompañaban guardias argelinos armados.

Durante los meses siguientes, siempre protegidos por una escolta de veteranos de la revolución argelina, los argentinos practicaron tiro, hicieron gimnasia y realizaron cursos de sus respectivas especialidades militares. Los argelinos los llevaron a conocer el frente, la ingeniosa red de cuevas y túneles donde ocultaban hombres y pertrechos durante la guerra y también las trincheras francesas. Poco después llegó Papito Serguera, designado casualmente embajador cubano, para servirles de enlace con el Che. En su carácter de «jefe de seguridad», Bustos era el único autorizado a salir de la casa clandestina para ir a la embajada a recibir mensajes. Aún no había podido quitarse el peróxido del pelo, y Serguera lo llamaba en broma «el soviético».

Durante su estancia los argentinos establecieron lazos estrechos de afinidad con sus enlaces argelinos. Los anfitriones los agasajaron con un banquete y ellos devolvieron el gesto con un asado tradicional en la villa junto al mar al que asistió Houari Boumedienne. Pero el tiempo pasaba y con él aumentaba la impaciencia de Masetti. En respuesta a sus preguntas incesantes, Papito Serguera le transmitía mensajes «extraños y contradictorios» (Bustos *dixit*) de La Habana supuestamente enviados por el Che. Furry voló a La Habana para averiguar qué sucedía y volvió con una novedad perturbadora: el Che y él habían repasado los mensajes recibidos por el grupo, y éste había descubierto que algunos no eran suyos. Puesto que todas las comunicaciones pasaban por las manos de Barbarroja Piñeiro, también llamado «el Colorado», sospecharon de algún «desperfecto» en su aparato de seguridad. Bustos y otros llegaron a sospechar de algo aún más grave: acaso un «sabotaje» intencional de los planes del Che. El asunto seguiría siendo un misterio indescifrable, al menos para Bustos.[77]

En Cuba, los escoltas del Che, Alberto Castellanos y Harry Villegas, esperaban las órdenes de su comandante, pero habían pasado muchos meses sin que éste los llamara. Una vez finalizados sus estudios de administración,

Castellanos había regresado a las fuerzas armadas e iniciado un curso de instrucción militar. Cuando a fines de febrero de 1963 fue a pasar un fin de semana en su casa de La Habana, casi había olvidado su conversación en agosto con el Che, pero entonces su jefe lo mandó llamar. Debido a la naturaleza perentoria de la llamada, el irresponsable de Castellanos pensó que lo esperaba un castigo. «Él [el Che] cada vez que mandaba buscar a uno, era para jalarle las orejas por algo —dijo —. Bueno, me dije, da la casualidad que yo había salido de pase, yo este fin de semana no hice nada, no me emborraché, no tengo ninguna idea a qué me querrá el Che».

Preocupado, Castellanos se presentó en la oficina del Che y preguntó al secretario José Manresa qué sucedía. «Nada, todo es regular», dijo éste, enigmático.

Cuando entró en la oficina, el Che le preguntó: «¿Vos recordás una cosa?» Castellanos no supo qué decir, pero al ver la mirada intencionada de su jefe, bruscamente se le hizo la luz. «Ah, sí, ¿para irnos? ¿Cuándo nos vamos?», preguntó, excitado. El Che le dijo que se serenara y prestara atención. Después de recordarle que debía pensar también en su esposa, le advirtió que no era una misión para tomar a la ligera: «Y la misión esta es veinte años peleando o no vienes más nunca».

Le dijo que lo pensara bien antes de tomar una decisión. Castellanos dice que lo «pensó» unos instantes antes de insistir: «¿Cuándo me tengo que ir?» «Bueno —dijo el Che—… No te vayas a disfrazar de indio, que vos no sos indio, y avisale a Villegas que él no se va con vos porque es negro, y para donde vos vas no hay negros».

El Che no quiso ser más específico; sólo le dijo que a donde iba había ciertas personas que ya conocía. Luego añadió: «Tú me vas a esperar con un grupo de compañeros que voy a mandar. Vos vas a ser el jefe hasta que yo llegue». Dijo que se reuniría con ellos a finales de año. Castellanos fue a hablar con Piñeiro para recibir instrucciones, una nueva «leyenda» (identidad clandestina) y el itinerario.

IV

En esos días, la joven germano-argentina Tamara Bunke empezó a recibir instrucción en el arte del espionaje en el departamento de Piñeiro después de someterse a lo que su biografía oficial cubana llama «meses de investigaciones de seguridad».

«Vino a vernos y pidió que la tuviéramos en cuenta para una misión», dijo Ariel, el segundo de Piñeiro. Los servicios secretos la «verificaron» y habilitaron para recibir instrucción. Según Ariel, en esa época la consideraron un elemento valioso para realizar actividades de espionaje en Argentina «cuando fuera necesario».

En vista del misterio persistente que rodea a «Tania», como se conocería posteriormente a Tamara Bunke, vale la pena detenerse en la referencia significativa de Ariel a su habilitación para realizar tareas de seguridad. Según los archivos de la Seguridad del Estado de Alemania Oriental, antes de ir a Cuba en 1961 ella era una «IM» (informadora informal) de la Stasi, la policía secreta. En esa época, la división de espionaje en países de ultramar, la HVA, consideraba la posibilidad de enviarla como agente ultrasecreta, primero a Argentina y eventualmente a Estados Unidos.

Dados el estricto sistema de control de la seguridad interior de la República Democrática Alemana y la formación marxista-leninista de la propia Tamara, no es casual que se convirtiera en informadora de los servicios secretos de su país. «Informar» sobre sus conciudadanos o los visitantes extranjeros era una tarea patriótica al servicio del Estado comunista en el cual creía con fervor, que ella hubiera realizado —y sin duda realizó— sin remordimientos. Pero ¿quién utilizaba los servicios de Tania en Cuba: los cubanos, la inteligencia de Alemania Oriental o los dos? Su amigo Orlando Borrego reconoce que «es posible que trabajara para los servicios alemanes, pero aun así, no tenía la menor duda sobre su lealtad a la Revolución Cubana». Casi tres décadas después de la muerte de Tania, en un Moscú extraordinariamente cambiado, el veterano agente del KGB Alexander Alexeiev sugirió que era una agente alemana adscrita a los cubanos. «Yo creo que los alemanes también querían ayudar —explicó—. Trataban de tener una amistad con la Cuba revolucionaria tan buena como nosotros, y querían hasta más, por eso ellos satisfacían cualquier deseo y cualquier capricho de los dirigentes [cubanos], más que nosotros».

Al solicitársele mayores detalles, Alexeiev insinuó que en el caso de asistir al Che en sus emprendimientos revolucionarios en el exterior, las inteligencias alemana y soviética habían acordado una «división de tareas». «Los alemanes se consideraban más, un poco más… revolucionarios, más agresivos. Eran más jóvenes; nosotros ya teníamos experiencia, madurez… Me parece que si nosotros [el KGB] hubiéramos entrado en el asunto, seguro que hubiera sido mayor el riesgo de fracasar… Nuestros servicios eran una gran burocracia; los alemanes técnicamente [estaban mejor equipados]… El problema de Tania era probablemente el más importante».

Alexeiev coincidió con Borrego en que sin duda era leal «a los cubanos, a Fidel y el Che». Reflexionó que el Che la había «conquistado con sus ideas; era una personalidad muy seductora y atractiva».

Un argentino, estrecho colaborador del Che, quien también conoció a Tania, ofreció la siguiente opinión: «Mi impresión era que Tania trabajaba para los servicios alemanes y fue transferida al servicio de inteligencia del Che, pidió licencia para ello. Ni al Che ni a los alemanes les hubiera complacido que enviara informes a dos lugares al mismo tiempo. El Che no era estúpido; no permitía la división de lealtades».

Según los archivos recientemente abiertos de la antigua Stasi alemana oriental, Tamara Bunke había sido reclutada como informante por un agente de contraespionaje llamado Gunter Mannel, jefe del departamento de Estados Unidos de la HVA.

En 1961, un mes después de la partida de Tamara a Cuba, Mannel pasó clandestinamente a Berlín Occidental, desertó y poco después empezó a trabajar para la CIA. No tardó en delatar a varios agentes suyos, detenidos en Occidente, y cabe suponer que también informó a la CIA sobre Tamara, la joven, inteligente y fervorosa agente comunista que acababa de viajar a Cuba.

Es evidente que la HVA llegó a la misma conclusión. Según un informe interno del 23 de julio de 1962, inmediatamente después de la deserción de Mannel, la agencia envió una carta a Bunke en Cuba para prevenirla sobre el peligro y pedirle que no intentara «ir a América del Sur o del Norte, y que en todo caso debía consultarnos previamente».

El informe añade que después no hubo nuevos contactos con Tamara, pero se «sabía» que «progresivamente se ganaba el respeto» en Cuba, colaboraba con varias instituciones del gobierno e «importunaba» a las delegaciones de la República Democrática Alemana para ser su intérprete. Dice también que

«aparentemente ha abandonado su decisión de ir a Argentina [ya que] su intención es permanecer en Cuba y obtener la ciudadanía cubana. Tiene estrechos vínculos con la seguridad cubana [y] autorización para llevar uniforme militar, que viste constantemente».

Los archivos de la Stasi sugieren que la agencia de contraespionaje alemana oriental tenía un acuerdo con Tamara Bunke, pero que ella interrumpió el contacto a partir de su llegada a Cuba. No obstante, de los archivos surge una serie de preguntas. Cuando la inteligencia cubana aceptó los servicios de Tamara, ¿informó a sus superiores sobre sus vínculos anteriores con la inteligencia alemana o sobre el hecho de que su antiguo jefe hubiera desertado un mes después de su llegada? Si es así, ¿por qué los cubanos la enviaron a la misma región —Bolivia y Argentina— donde la HVA pensaba utilizar sus servicios? Sin duda, debían de dar por sentado que después de la deserción de Mannel, tanto la CIA como los servicios de inteligencia aliados conocían la identidad y las futuras funciones de espionaje de Tamara.

En respuesta a estas preguntas, Barbarroja Piñeiro dijo: «Yo dirigí a Tania directamente. Le pregunté si la habían reclutado los servicios [de inteligencia] alemanes. Dijo que no». Añadió que si hubiera sabido lo sucedido con Mannel y la carta que le habían enviado, de todas maneras la hubiera habilitado porque demostraba «excelentes cualidades» de agente y por su parte él tenía plena confianza en la capacidad de su organización para forjarle una identidad clandestina nueva e indetectable.

V

Mientras Tania iniciaba su instrucción en Cuba y los hombres de Masetti continuaban la suya en Argelia, el Che analizaba los procesos políticos en su Argentina natal, ya que quería tener toda la información posible para resolver cuándo debía entrar en acción. Un medio para ello era invitar a sus amigos y conocidos argentinos —como Oscar Stemmelin el año anteriorpara conversar con ellos durante semanas, extraerles información, exponerles sus teorías y discutirlas punto por punto. En febrero invitó a Ricardo Rojo. «Quiero conversar», le dijo cuando llegó. Disentían en materia política— Rojo era liberal, «antiimperialista» aunque no socialista—, pero se conocían desde mucho antes y el Che sabía que era un analista político agudo, con muchos contactos. Además, Rojo le había presentado a Hilda, había enviado a Masetti a Cuba y en los últimos tiempos mantenía una amistad estrecha con la madre del Che.

Lo alojó en una casa lujosa reservada para huéspedes del gobierno en el distrito Country Club de Miramar, no lejos de la antigua casa clandestina del grupo de Masetti. Permaneció allí durante dos meses y tuvo conversaciones frecuentes con el Che. Más adelante Rojo escribió que Guevara estaba desalentado por el creciente aislamiento regional de Cuba y todavía furioso por el «paternalismo» soviético durante la crisis de los misiles. En sus conversaciones, el Che expresó claramente su convicción de que Cuba no se sacudiría el chaleco de fuerza regional hasta que se produjeran revoluciones socialistas en otros países latinoamericanos, y no ocultó que estaba abocado al estudio de los medios para iniciar ese proceso. Rojo recuerda que analizaron cada país de la región hasta que un día el Che le pidió que abordaran «sistemáticamente» la situación argentina.

Mientras conversaban, el Che tomaba apuntes. Rojo advirtió que demostraba especial interés por los movimientos obrero y estudiantil y que quería actualizar sus conocimientos sobre el «quién era quién» en la oposición política. También analizaron la perdurable adhesión de la clase obrera a Perón, y el Che le mostró una carta del caudillo depuesto en la que expresaba admiración por la Revolución Cubana. Rojo tuvo la impresión de que ponderaba los pros y los contras de una alianza con los peronistas como medio para hacer explotar la insurgencia. Gobernaba una dictadura militar impopular y aumentaban los conflictos obreros; el Che se preguntó en voz alta cómo «reaccionarían las masas» si Perón fuera a vivir a Cuba; desde hacía algún tiempo, su discípulo izquierdista John William Cooke trataba de convencerlo de que dispusiera los medios para ello.

A principios de abril de 1963, poco antes de la partida de Rojo de Cuba, en Buenos Aires se produjo una breve y cruenta sublevación de la marina. Aunque el ejército la aplastó rápidamente, el Che creyó ver en el hecho una señal de graves divergencias en las filas militares. En su opinión, le dijo a Rojo, empezaban a aparecer las «condiciones objetivas para la lucha», y era el momento de crear las «condiciones subjetivas» para demostrarle al pueblo que podía derrocar al régimen por medios violentos. Rojo replicó que la revolución había triunfado en Cuba porque los norteamericanos estaban desprevenidos, pero el momento había pasado y tanto Estados Unidos como sus aliados regionales estaban sobre aviso. El Che le dio la razón, pero, como siempre, se negó a reconocer que el triunfo cubano era «una excepción» imposible de repetir en otra parte.

El Che no le dijo concretamente a Rojo que estaba preparando un foco guerrillero en Argentina, pero hizo insinuaciones suficientes para que su amigo sacara sus propias conclusiones. Por ejemplo, había viajado a La Habana con un guerrillero peronista de izquierdas que había encabezado una breve insurgencia en la provincia de Tucumán en diciembre de 1959. También él venía a ver al Che. Además, recordaba las palabras de despedida del Che cuando se aprestaba a partir de la isla: «Ya verás que la clase dominante argentina nunca aprende. Sólo una guerra revolucionaria cambiará las cosas».[78]

En Argelia, Masetti se enteró de que por fin los agentes de Piñeiro habían comprado una finca que les serviría de base en Bolivia, pero aún no había señales sobre cuándo el grupo se pondría en marcha. Decidió que ya no podía esperar más y pidió a los argelinos que los ayudaran a viajar a Bolivia y éstos accedieron inmediatamente.

«Los argelinos nos dieron de todo —dijo Bustos—. No nos dieron más armas porque no podían llevarlas, obviamente, porque no podían con tantos hierros; íbamos a atravesar fronteras, cosas, países… pero nos dieron todo el equipo de tropa militar, pasaportes…»

En mayo de 1963, siete meses después de la partida de La Habana, el grupo de Masetti por fin partió rumbo a Sudamérica. Pero les faltaba un hombre. Miguel, uno de los reclutas de Alberto Granado,[79] había sido dejado atrás en forma bastante desalentadora.

Durante la prolongada espera, Miguel había demostrado una inclinación creciente a las discusiones y la indisciplina. Una de las normas más estrictas que habían adoptado desde su paso a la clandestinidad —y cuya aplicación era responsabilidad de Ciro Bustos— era que nadie debía enviar cartas a su familia, «ni siquiera a su madre». Miguel la había violado; Bustos lo había sorprendido en

el intento de enviar unas cartas cuando se encontraban en París. Fue apenas el comienzo de una espiral descendiente: en Argelia, Miguel había multiplicado sus críticas a Masetti y puesto en tela de juicio sus dotes de dirigente, lo cual había generado malestar en el grupo. Las pendencias entre ambos eran constantes y además competían ferozmente; un día, en el afán de superar a Miguel durante una instrucción física, Masetti había sufrido una distensión lumbar, lesión que le causaría mucho dolor durante los meses siguientes.

La crisis se produjo en vísperas de la partida de Argelia: Miguel dijo que no quería partir bajo el liderazgo de Masetti y vaticinó que acabarían por pelearse a tiros. Según el recuerdo de Bustos: «Masetti no se quedó atrás, había sido marino en Argentina y siempre era un poco el machote de la película». Los dos estuvieron a punto de enzarzarse en una pelea a puñetazos. Los otros los separaron, pero Masetti quería su venganza. Dispuso que se realizara un «juicio sumario» para determinar si Miguel debía permanecer en el grupo. Designaron fiscal a Bustos y «abogado» defensor a Federico.

La opinión de Bustos en ese momento era que Miguel, en un ataque de cobardía, había provocado la riña con Masetti para que lo dejaran fuera del grupo. Como fiscal, alegó que la actitud negativa de Miguel causaba un problema de seguridad, y puesto que durante el periplo difícil que los aguardaba debían cruzar varias fronteras nacionales, la única decisión razonable era dejarlo atrás. Federico, su defensor, no se opuso a esa solución.

Pero Masetti no estaba satisfecho. Alegó que el deseo de Miguel de abandonar el grupo equivalía a una «deserción», un delito que suponía la pena de muerte, y pidió que condenaran a Miguel al paredón. Más aún, añadió, podía disponer que sus amigos, los militares argelinos, ejecutaran la sentencia. Masetti impuso sus argumentos y el grupo lo condenó unánimemente a muerte. Masetti, Papito Serguera y Furry (Colomé Ibarra) hablaron con los argelinos; vino un pelotón y se llevó al condenado.

Aunque convencido de que la decisión había sido acertada, Bustos se sintió muy mal. «Un día vino una unidad militar y se lo llevó, nos dejó muy jodidos, porque quedamos convencidos de que lo llevaban a fusilar… El tipo preparó las cosas y salió muy bien, yo creo que ésa fue una de las cosas que más nos afectó, que salió como un hombre, correctamente, sin ningún tipo de lamentaciones ni de pedir…»

A partir de entonces jamás volvieron a referirse a Miguel por su nombre sino como «el Fusilado», su primer sacrificio en la causa de la revolución argentina. Sólo mucho tiempo después se enterarían de su error al referirse a él en pasado.

Separados en grupos, con nombres falsos y pasaportes diplomáticos argelinos y acompañados por los dos agentes que durante los últimos tiempos permanecían constantemente con ellos, Masetti y sus hombres volaron a Roma, donde se reunieron. Desde allí, Masetti y Furry siguieron un itinerario propio mientras Bustos, Federico, Leonardo y Hermes volaron a São Paulo, Brasil, siempre acompañados por los dos argelinos, que transportaban su equipo guerrillero en sus valijas diplomáticas selladas. Luego viajaron en tren a Santa Cruz de la Sierra, en la llanura tropical del oriente boliviano. Por razones de seguridad, los argelinos los abandonaron allí y siguieron viaje a La Paz, donde dejaron los pertrechos en un lugar convenido antes de proseguir su «misión diplomática» en los países vecinos de Bolivia al servicio del nuevo régimen. Poco después, Bustos y sus camaradas llegaron a La Paz, donde se reunieron con sus contactos, jóvenes militantes del Partido Comunista Boliviano. Allí, Furry se reunió con ellos.

Después del encuentro se dirigieron hacia su base de operaciones; Masetti se reunió con ellos en las montañas cerca de Sucre, la capital histórica del país. Se hicieron pasar por socios argentinos y bolivianos de una empresa conjunta que se dedicaría a la agricultura y ganadería en tierras que acababan de comprar. Llegaron a su «finca» en una zona remota donde el río Bermejo, que forma el límite argentino-boliviano, vira bruscamente hacia el sur. La hacienda estaba situada estratégicamente en el centro de este triángulo de montañas selváticas bordeado en ambos lados por Argentina. Había un solo camino de tierra para llegar o partir y sus vecinos más próximos estaban a varios kilómetros de distancia.

En la finca los esperaba el «encargado», un militante del Partido Comunista Boliviano; era un hombre mayor que prácticamente no hacía otra cosa que cocinar sopa de cacahuete. Furry, el «administrador» iba y venía en su *jeep* para traer provisiones y armas, pero quedaron atónitos al ver los pertrechos comprados en el país por los agentes de Piñeiro y sus contactos bolivianos. «Eran pantalones de nailon de ese delgadito —dijo Bustos—. Camisas también de tipo nailon, esas camisas ordinarias que se inventaron para las milicias supuestas, y cartucheras tipo Tom Mix con estrellitas… Realmente, parecía un chiste».

Las mochilas y los borceguíes eran de pésima calidad, pero afortunadamente los argelinos los habían provisto de buenos pertrechos yugoslavos: uniformes, cananas y prismáticos de campaña. El arsenal, traído de contrabando desde Cuba, era abundante y estaba en buenas condiciones: lanzagranadas chinos, pistolas, una metralleta Thompson, fusiles automáticos, municiones en cantidad. Ciro Bustos recibió una pistola con silenciador.

Después de explorar varias rutas de acceso a Argentina, Masetti decidió que estaban en condiciones de partir. El 21 de junio, los cinco hombres del pelotón de

vanguardia del Ejército Guerrillero del Pueblo cruzaron la frontera argentina.

VI

Un mes antes de la misión de Masetti, otra fuerza guerrillera formada en Cuba había sido derrotada en Perú. En mayo, el Ejército de Liberación Nacional (ELN) de Héctor Béjar, una columna de cuarenta guerrilleros entrenados en Cuba, fue detectado y rechazado en su intento de entrar en Perú desde Bolivia. La misión de Béjar consistía en llegar al Valle de la Convención, en los Andes del sur peruano, donde los militares trataban de acorralar a una pequeña banda de rebeldes dirigida por el dirigente campesino trotskista Hugo Blanco. Ésta se encontraba en fuga desde noviembre, cuando atacó un puesto de la Guardia Civil, y los cubanos consideraban que el alboroto significaba una buena oportunidad para que el ELN entrara en acción.

Para los guerrilleros, tanto de Masetti como de Béjar, Bolivia era el país más lógico desde el cual efectuar su entrada: grande, subdesarrollado, situado en el corazón del continente, compartía fronteras porosas y mal vigiladas con Perú, Chile, Argentina, Paraguay y Brasil. Otro elemento a su favor era la buena relación entre Cuba y el gobierno centroizquierdista del Movimiento Nacionalista Revolucionario de Víctor Paz Estenssoro, uno de los pocos en América Latina que aún mantenía relaciones con La Habana. El embajador cubano era Ramón Aja Castro, un hombre cercano al Che, que lo había acompañado a la conferencia de Punta del Este; entre sus colaboradores estaba Ariel, un agente de Piñeiro. Para colmo de bienes, el Partido Comunista era legal y podía proporcionar contactos, casas clandestinas y transportes a los guerrilleros. Cuba les había pedido que ayudaran a la columna de Béjar a llegar a la frontera con Perú y la de Masetti al límite con Argentina. El partido accedió y asignó algunos de sus hombres a los dos grupos, pero lo hizo por razones tácticas y a regañadientes.

El Partido Comunista Boliviano (PCB), legal desde 1956, quería ante todo conservar esa legitimidad conquistada en arduas batallas y, como la mayoría de sus vecinos latinoamericanos, ganar terreno por medio de la política electoral. Después de años de clandestinidad, represión policial, cárcel y exilio, sus dirigentes agradecían la oportunidad de funcionar en la legalidad. Habían descartado la lucha armada que propugnaba Cuba —y el Che en particular— para buscar «una cuota» de poder en sus países. El partido boliviano tenía relaciones amistosas con el gobierno de Paz Estenssoro y quería conservarlas.

En el fondo, los comunistas bolivianos accedieron a prestar ayuda a los

planes guerrilleros de La Habana en Argentina y Perú con la esperanza de desalentar un eventual proyecto cubano de iniciar la insurgencia en su país. El ala juvenil del partido contenía una fracción de militantes procubanos que bien podía constituir el núcleo de un grupo insurgente, pero al permitir que ayudaran a los argentinos y peruanos tal vez canalizarían su fervor revolucionario hacia otras latitudes, con lo cual se evitaría un cisma como el que había desgarrado al partido peruano. Mario Monje, entonces jefe del comunismo boliviano, era contrario al proyecto guerrillero, y todo indica que desde el primer momento intentó sabotearlo. Monje dice que los primeros en abordar el asunto con él fueron los diplomáticos cubanos en La Paz.

«Me dijeron que necesitaban ayuda para ciertos jóvenes comunistas peruanos que habían recibido entrenamiento y querían volver a su país. Pensaban que lo mejor era ingresar desde la región del altiplano boliviano». Monje dice que respondió a los cubanos que no estaba de acuerdo con esa estrategia, que la experiencia cubana era única e irreproducible. También dijo que no haría nada a espaldas de sus camaradas del Partido Comunista peruano; les informaría del plan y pediría su opinión. Cuando Monje transmitió la propuesta a los peruanos en reuniones en Chile y Uruguay, dice que éstos se opusieron férreamente. «No querían tener nada que ver con la guerrilla».

Aunque coincidía con ellos, Monje dice que trató de disuadir a los peruanos de una ruptura precipitada con La Habana; los instó a «ser flexibles y tratar de controlar la situación». En caso contrario, advirtió, la exportación cubana de la lucha armada «se extenderá por todas partes, perjudicará a los peruanos y a todo el mundo».

Sin embargo, a esas alturas, Monje y sus camaradas habían oído «rumores» de que La Habana también quería iniciar una guerra de guerrillas en Bolivia. El Buró Político boliviano votó unánimemente en contra del concepto de la lucha armada en su país y luego Mario Monje viajó a La Habana con otro miembro del Buró, Hilario Klaure. Su misión, según Monje, era expresar la política oficial del partido boliviano contra el «intervencionismo» cubano en la región en general, a la vez que «mediar» entre La Habana y los indignados peruanos.

En una reunión con Manuel Piñeiro, eminencia gris de la agencia cubana de apoyo a las guerrillas, Monje alegó que en la década de 1930, durante la época de Stalin, los soviéticos habían apoyado las guerrillas en América Latina, con malos resultados. «Empujaron guerrillas por aquí, luchas armadas por allí —dijo a Piñeiro—. Fue en diferentes países y fracasaron, y ustedes lo están repitiendo».

Piñeiro sugirió una reunión con Fidel, en la cual, dice Monje, insistió en la

oposición de su partido y el peruano al plan. Fidel respondió que la experiencia revolucionaria cubana era una alternativa legítima al método tradicional de los partidos comunistas y que no podía ni quería negar esa posibilidad a jóvenes guerrilleros ávidos de emular la lucha de Cuba. «Los vamos a ayudar —dijo Fidel a Monje—. Yo entiendo la posición que ustedes tienen, pero yo diría que nosotros tenemos que ayudar a los que lleguen a su país ahora. No pido ayuda al partido peruano, te la pido a ti».

Evidentemente convencidos de que habían comprado la gratitud de Fidel y que éste no autorizaría la actividad guerrillera en Bolivia a espaldas de su partido, Monje dice que él y Klaure accedieron a la petición del líder cubano; ayudarían al grupo de Béjar a entrar en Perú sin informar a los comunistas de ese país. Un encuentro posterior con el Che resultó menos cordial. Éste expuso su defensa del proyecto guerrillero «con agresividad y firmeza», dice Monje, y el clima no fue de confianza sino de tensión.

Klaure dio una versión sutilmente distinta de las conversaciones en La Habana. Aunque coincidió con Monje en que expusieron claramente su oposición a una guerra de guerrillas en Bolivia, según él Fidel se mostró evasivo y «diplomático» mientras que el Che rechazó sus argumentos con «soberbia»: «Eso nos decían los comunistas cuando queríamos hacer la Revolución Cubana. Si los hubiéramos escuchado, no hubiera habido revolución».

Klaure dice que regresaron a La Paz con la sospecha de que los cubanos seguirían adelante con sus planes, cualesquiera que fuesen, a pesar del Partido Comunista Boliviano, y a partir de entonces vigilaron estrechamente los movimientos de La Habana. Poco tardaron en advertir que sus sospechas estaban bien fundadas. En una visita posterior a La Habana, Monje dice que se encontraba tendido en la hierba junto al Che y conversando cuando éste dijo: «Oye, Monje, ¿por qué no empiezas una guerra de guerrillas en Bolivia?» Éste respondió: «¿Por qué? ¿Qué conseguiríamos con eso?» «Tienes miedo, ¿no es cierto?», dijo el Che, provocador. «No, lo que pasa es que tú tienes una ametralladora clavada en el cerebro y no imaginas otra manera de llevar adelante una lucha antiimperialista». Monje dice que el Che rió y no insistió más.

Aparte de sus diferencias conceptuales con los cubanos sobre teoría revolucionaria, Monje y sus camaradas sospechaban que Cuba fomentaba la guerrilla en beneficio propio, no de Bolivia. Según Monje, poco después de la conversación con el Che, un «alto funcionario cubano» le dijo que «sería extraordinario» que su partido iniciara la lucha armada en Bolivia «porque distraería a los imperialistas y aliviaría la presión sobre nosotros».

Por el momento, Monje trató en lo posible de mantener relaciones fraternales con los cubanos. Para mostrarse conciliador y a la vez mantenerse al tanto de las intenciones cubanas, pidió permiso para enviar algunos cuadros jóvenes a la isla porque su partido deseaba ávidamente «aprender de su experiencia revolucionaria». Al mismo tiempo, asignaron varios militantes jóvenes a los grupos de Béjar y Masetti, a los que proporcionaron casas clandestinas, alimentos, provisiones y transporte. Antes de que Masetti y su grupo partieran de Argelia, los bolivianos compraron la finca junto al río Bermejo que les serviría de base de operaciones en la retaguardia. Y después de algunas demoras y cambios de itinerario, condujeron la columna de Béjar desde La Paz hasta la frontera con Perú, un largo trayecto fluvial a través de la selva oriental boliviana que culminó en mayo.

Es evidente que para entonces las autoridades peruanas estaban al tanto de sus intenciones. Un pelotón de avanzada fue detectado por la policía apenas cruzó la frontera, en el pueblo de Puerto Maldonado; en el tiroteo murieron varios combatientes, entre ellos el joven y talentoso poeta Javier Heraud. Béjar, Papi Martínez —un agente de Piñeiro— y la mayoría del grupo lograron volver a Bolivia. Si bien los dirigentes eludieron a la policía boliviana, una decena de sus seguidores cayeron presos y luego recuperaron discretamente su libertad en un aparente gesto de buena voluntad de Paz Estenssoro hacia Cuba. A fines de mayo, Hugo Blanco también estaba preso en Perú. A principios de junio, la junta militar peruana convocó elecciones tal como había prometido al tomar el poder un año antes y el ganador fue el candidato centroderechista Fernando Belaúnde Terry, un ingeniero formado en Estados Unidos. La primera aventura guerrillera en Perú había sido un fracaso lamentable, pero Béjar y sus camaradas empezaron a reorganizarse y poco después realizarían un segundo intento.[80]

Las sospechas póstumas sobre la detección inmediata del grupo de Béjar recayeron rápidamente sobre los partidos comunistas locales; el propio Béjar acusó al partido de Monje de acceder a la petición de los comunistas peruanos de que frustrara sus esfuerzos: señaló que los bolivianos habían demorado su entrada al guiar sus fuerzas hacia un lugar a cientos de kilómetros del teatro de operaciones de Blanco. En respuesta a las críticas, los dirigentes bolivianos adujeron que habían cumplido con los deseos de Cuba: sus cuadros habían escoltado al ELN hasta la frontera y después de la debacle les habían brindado refugio y otras clases de ayuda. Con todo, las sospechas de deslealtad interna persistieron a lo largo de los años. Años después, Humberto Vázquez Viaña, entonces militante de la juventud del PCB, diría en tono cáustico que su organización había tratado de «estar bien con Dios y con el diablo».

Por su parte, Ricardo Gadea, excuñado del Che, no había participado en el

fiasco de Béjar. Después de una ruptura, él y otros aspirantes a guerrilleros formaron el MIR, que optó por un modelo distinto del adoptado por Cuba y el ELN: pensaban que antes de iniciar la guerra, debían constituir una base social y organizativa en el país. Los cubanos no estaban de acuerdo, y Gadea dijo que él y sus camaradas estaban «congelados» en la isla. Piñeiró confirmó la versión de Gadea al afirmar que «la diferencia de trato tenía que ver con las diferencias de concepción». Béjar estaba dispuesto a pasar a la acción inmediatamente, lo que para Cuba era el mejor plan; el grupo de Gadea tenía un proyecto menos concreto, a más largo plazo y por lo tanto menos atractivo. Por eso, mientras Béjar y su grupo viajaban a Bolivia, el grupo de Gadea fue a las montañas del Escambray a combatir a los «bandidos» contrarrevolucionarios. Sus demandas de volver a Perú eran rechazadas o ignoradas por las autoridades, y al cabo de varios meses comprendieron que los retenían contra su voluntad. Sólo después del fiasco de Béjar y de un viaje a La Habana de su dirigente Luis de la Puente Uceda les permitieron partir. Antes de hacerlo, Gadea vio al Che por última vez.

«Esa conversación con él para mí era importante —dijo Gadea—, porque era la primera vez que el Che reconocía en mí un compromiso no sólo familiar, ni estudiantil digamos, sino que mi salida se debía a este tipo de decisión que se estaba tomando con respecto a la revolución en Perú». El Che le dijo que no había encono entre ellos y le dio su bendición. «Él fue tan claro como para decirme: "Bueno, haz tu experiencia, toda persona tiene que probarse y tiene que conocer y aprender a través de la experiencia."»

Sus sentimientos al partir de Cuba, dijo Gadea, eran similares a los de un adolescente que abandona su hogar pese a la desaprobación de sus padres y atormentado por las dudas de sus propias fuerzas, pero resuelto a ponerse a prueba. Más de treinta años después, aún está orgulloso del hecho de que todos los miembros de su grupo llegaran a Perú sin ser detenidos, iniciaron su trabajo de organización clandestina y en menos de dos años estuvieron preparados para la guerra.

Mientras tanto, ocupado con sus propios planes, el Che aguardaba ansioso el resultado del intento de Masetti de instalar un foco guerrillero en Argentina.

VII

Aleida no quería que el Che partiera, pero sabía que no podría detenerlo. Lo había conocido como combatiente revolucionario y jamás había dejado de serlo. Desde el principio le había dicho con toda claridad que tarde o temprano iría a llevar la revolución a su patria.

Hasta 1962, su partida había parecido una abstracción, pero desde que se constituyó el grupo de Masetti y empezó a entrenarse, ya no podía pasar por alto esa perspectiva.

En mayo de 1962 nació Camilo, su segundo hijo. Así como Aliusha había heredado el pelo oscuro del Che, el nuevo bebé era rubio como su madre. Conservaría ese pelo rubio, pero con la frente amplia y la mirada intensa de su padre. Durante la crisis de los misiles Aleida quedó embarazada nuevamente y se mudaron a una casa más grande en la calle 47, en el barrio residencial de Nuevo Vedado, a pocas manzanas del zoológico y cerca de los edificios públicos en torno de la Plaza de la Revolución. El 14 de junio de 1963, cuando el Che cumplió treinta y cinco años, Aleida dio a luz a otra hija a quien llamaron Celia, como su abuela.

El nombre era un homenaje conmovedor a la madre del Che porque en ese momento Celia madre estaba en la cárcel. Los había visitado en Cuba durante tres meses a partir de enero de 1963; a su regreso en abril, la habían detenido y acusado de poseer propaganda subversiva cubana y ser una agente del infame de su hijo.

El 9 de junio, Celia le escribió desde el Correccional de Mujeres de Buenos Aires. «Querido mío, me pediste que te escribiera y desde entonces ha pasado mucho tiempo. El correccional no es un lugar demasiado bueno para escribir una carta…»

«Comparto mi reino actual con 15 personas, casi todas comunistas». Eran buenas compañeras, observó Celia, aparte de «una disciplina excesivamente férrea y un dogmatismo irredento» que le resultaba molesto. Fuera de eso no lo pasaba mal. No sabía cuándo la liberarían, «pero sabés que si hay alguien bien constituido para sobrellevar la prisión con buen humor, soy yo. También me servirá como ejercicio en la humildad…».

«Lo único que me incomoda es no tener un momento de intimidad en todo

el día. Comemos, dormimos, leemos y trabajamos en nuestra celda de 14 por 6 y [hacemos ejercicios] en una galería donde se ve el cielo a través de los barrotes y de donde nos echan cuando viene un preso común. Parece que podemos infectarlos con una terrible enfermedad contagiosa…»

«Desayuno a las ocho, [hago] ejercicios; de tres a cuatro jugamos al voleibol en el patio. Soy prácticamente la más vieja [del equipo], aparte de Consuelo, una detenida de setenta años, y hay un grupo de seis jovencitas, todas estudiantes. Me proclamaron por unanimidad la mejor jugadora y mi equipo es el campeón [de la cárcel]». Aprendió a hacer muñecos de papel maché. «Son horribles, pero es la mejor manera de pasar el tiempo».

Tenía una buena cama, una manta decente y la comida era aceptable y los guardias no aplicaban «castigos innecesarios». Su mayor queja, aparte de la falta de intimidad, eran los cacheos a los que la sometían antes y después de cada visita; sobre todo le parecía humillante que leyeran sus cartas. «Estos cacheos incluyen caricias dudosas: casi todas las presas son lesbianas y sospecho que las celadoras eligieron este trabajo maravilloso porque tienen las mismas inclinaciones…»

«No sé, o mejor dicho sí sé por qué el gobierno ha querido colocarme en este lugar… Te digo como cosa curiosa que una de las preguntas que me hicieron en la DIPA [policía secreta] es "¿cuál es su función en el gobierno de Fidel Castro?"».

Para tranquilizar al Che, le aseguró que no la habían maltratado. Los agentes que la habían interrogado ni siquiera le habían «levantado la voz», pero igual pensaba que eran unos «hijos de puta». En cuanto a la junta militar que gobernaba el país, esperaba que les dieran «una buena patada en el culo» en las elecciones convocadas para julio.

«Como ves, siempre provocan pensamientos elevados. [La cárcel] es un deformatorio maravilloso, tanto para los presos comunes como para los políticos: si sos tibio, te volvés activo; si sos activo, te volvés agresivo; y si sos agresivo, te volvés implacable».

En verdad, desde que su hijo Ernesto se había transformado en el «Che», Celia había sufrido una drástica radicalización política. En los últimos tiempos apoyaba a Ismael Viñas, un exradical que había roto con Frondizi para formar un partido de izquierda. Se decía «socialista», pero no comunista, y según sus íntimos no sentía estima ni confianza por Fidel. Le disgustaban sobre todo esa dominación que parecía ejercer sobre su hijo y la subordinación del Che a Fidel, pero a pesar de sus íntimas reservas sobre la desorganización y la incompetencia cubanas, defendía enérgicamente por principio el derecho del país a decidir su destino.

Sobre todo, defendía la revolución debido al papel que cumplía su hijo en ella.

Fueran cuales fuesen las sospechas de las fuerzas de seguridad argentinas, había una amarga ironía en el hecho de que la hubieran encerrado con militantes del Partido Comunista argentino. Aunque en su carta restó importancia al hecho, lo cierto era que la vida con sus compañeras de cautiverio tan doctrinarias era extremadamente penosa. Su nuera María Elena Duarte dice que le hacían la vida «imposible», hasta el punto de que Celia lloraba al relatarlo durante las visitas.

«Compartían todas la celda y disposiciones que los carceleros no ponían… Celia pedía por favor que la dejaran leer y había que apagar las luces a tal hora y se apagaban las luces; o Celia quería practicar un deporte en el patio, a la hora que Celia lo quería practicar, ese deporte no se practicaba, pero era una cosa tan obviamente contra ella, era una cosa tan cruel, que Celia me llegó a decir que eran peores que los carceleros».

La dirigente de las comunistas, y según María Elena Duarte la principal responsable del maltrato que sufría Celia, era Fanny Edelman, veterana activista del partido y fundadora de la Unión de Mujeres Argentinas, un grupo que servía de pantalla para las actividades del partido. Muchos años después, Edelman reconoció que habían «organizado la vida en la cárcel» e impuesto «normas de conducta muy rigurosas». Pero le indignó la sola idea de que hubieran perseguido a Celia. «Éramos un grupo armonioso. Al contrario, la respetábamos muchísimo, precisamente porque era la mamá del Che».[81]

Poco después de escribir esa carta al Che, Celia quedó en libertad, pero su vida había cambiado. La habían separado de sus raíces, sus hijos eran adultos y vivían sus propias vidas y ya no tenía un hogar verdadero.

Después del incidente de la bomba el año anterior, Celia y su hijo menor Juan Martín, de diecinueve años, habían dejado la casa de la calle Aráoz al cuidado de su doméstica india Sabina Portugal y alquilado un apartamento pequeño. Allí fue a vivir también la novia de Juan Martín, María Elena. Cuando Celia estaba en la cárcel, María Elena había dado a luz un bebé; una vez liberada, para no causarles inconvenientes les cedió el apartamento y se fue a vivir con su hija Celia en una casa vieja y sombría de la calle Negro.

Apenados, María Elena y Juan Martín le pidieron que viviera con ellos. «Justamente como nos llevamos tan bien —dijo Celia— no vamos a vivir juntos, para seguir llevándonos bien». Se veían con frecuencia, pasaban los fines de semana en la casa de Roberto, pero Celia llevaba una vida sumamente solitaria, desconocida en ciertos aspectos por sus propios hijos. Por ejemplo, le encantaba ir

al cine, pero después de su muerte encontraron talones de entradas en los bolsillos de sus abrigos y descubrieron que generalmente iba sola.

Desde luego, el hecho de ser la madre del Che había puesto su vida patas arriba. La transformación de Ernesto en líder revolucionario había alterado las vidas de todos los Guevara. Sus amistades dicen que fue una «explosión» que obligó a todos a asumir posiciones políticas propias y a sufrir persecuciones por el solo hecho de ser parientes del célebre «comandante comunista». Para Celia madre, las consecuencias fueron más drásticas que para los demás. Así como la revolución y la guerra eran parte de la vida del Che, las bombas, la cárcel y la persecución política entraron en la suya. De una manera extraña, esa singular simbiosis entre madre e hijo que Ernesto había roto durante sus años de introspección y de trotamundos se había recompuesto.

Celia estaba en conflicto con su propia sociedad, así como el Che se encontraba ante una nueva vertiente en su patria adoptiva. En la carta desde la cárcel, Celia le deseaba un feliz cumpleaños; imaginaba que lo pasaría «sumergido en el Ministerio y sus problemas» y añadía: «Casi me olvido, ¿puedes contarme sobre el progreso de la economía de Cuba?»

Sin duda, sabía que no había tal progreso. La visita más reciente de Ricardo Rojo a la isla había coincidido con la suya, y él había advertido una decadencia notable desde su viaje anterior. Los carteles de neón que antes iluminaban La Habana estaban apagados; en lugar de cigarrillos norteamericanos, se vendían Criollos, Dorados y otras marcas locales; los automóviles y autobuses estaban arruinados por falta de repuestos y mantenimiento, cientos de tractores norteamericanos abandonados se oxidaban en el campo por la misma razón.

Evidentemente, los revolucionarios cubanos no habían ponderado exhaustivamente las consecuencias de una ruptura total con Estados Unidos. El viejo sistema había dejado de funcionar y el nuevo aún no satisfacía las necesidades presentes —por no hablar de los ambiciosos planes para el futuro— del país. El petróleo soviético, con su alto contenido de azufre, corroía las tuberías de las refinerías construidas por los norteamericanos, y los técnicos del bloque oriental carecían de los conocimientos para manejar la moderna tecnología norteamericana abandonada en la isla. El menor detalle logístico causaba problemas inmensos: por ejemplo, las herramientas soviéticas eran métricas y no se adaptaban a la maquinaria de fabricación norteamericana.

Abundaban los motivos de desilusión: buena parte de la maquinaria adquirida en el bloque soviético era tosca y anticuada. Oscar Fernández Mell recuerda la indignación que embargó al Che al ver el torno para pulir que había

comprado en Rusia. «El Che exclamó: "¡Ésa es la mierda que hemos comprado!"» Decía que el sistema sólo servía para producir unas piezas metálicas toscas y alargadas que se sumergían luego en una pintura plateada.

Acosado por una multitud de problemas prácticos, el Che dijo a Rojo que para iniciar la industrialización tenía que producir materiales para la construcción, pero que tenía dos enormes hornos ociosos debido a la falta de ladrillos refractarios. «Tenemos que improvisar hasta los tornillos», dijo. Las plantas textiles habían cerrado porque la calidad del hilo que producían era «demasiado desigual». Y así sucesivamente.

«Si tuviera que sacar una conclusión sobre el estado de ánimo de Guevara durante esos meses, diría que la lucha minaba su optimismo —escribió Rojo—. Su ingenio parecía embotado, su espíritu sofocado bajo la montaña de estadísticas y métodos de producción».

Según Alberto Granado, el malestar del Che también se debía a la pérdida de fe en el modelo soviético defectuoso que en un principio había abrazado con tan ingenuo fervor. Lo enfurecía la desidia con que se intentaba trasplantarlo a Cuba con toda su ineficiencia, burocracia y retórica triunfalista. Granado recordó cómo el Che había descrito su conversión al marxismo en Guatemala y México. Había sido un «escéptico» hasta que «descubrió a Stalin» en los libros y esas lecturas le cambiaron la vida. «Empezó a descubrir un mundo que no era puras consignas y manifiestos, un mundo importante, y creo que eso lo intoxicó, le hizo pensar que en la Unión Soviética estaba la solución a la vida, que allá se había aplicado lo que había leído en los libros. Pero en 1963 y 1964, cuando comprendió que lo habían engañado (el Che no toleraba la mentira, sabe) se produjo la reacción violenta».

Como había observado Sartre, la «luna de miel» de la revolución había terminado a fines de 1960, lo que en términos revolucionarios significaba mucho tiempo atrás. En el umbral de la edad madura, padre de cuatro hijos, ministro del gobierno, el Che se encontraba en el pináculo de su carrera en la Cuba revolucionaria. Su aire era grave, menos alegre que antes. Estaba envejecido. Se había cortado los largos bucles que le habían crecido en el monte y había conservado durante el primer año de la «Cuba libre». Bajo la boina, su cara estaba redonda e hinchada. Le había dicho a Ricardo Rojo que la hinchazón se debía a la «cortisona», pero en verdad había engordado. También Aleida estaba más gorda después de la serie de embarazos.

Iconoclasta sin remedio, el Che llevaba los faldones de la camisa por fuera del pantalón del uniforme verde oliva y el cinturón encima de ésta: era el único comandante que se negaba a vestir reglamentariamente. Generalmente llevaba los

pantalones por fuera de las botas. Desde luego, nadie se atrevía a criticarlo. «El Che es como es», decían sus colegas, y se encogían de hombros.

En casa, pasaba horas encerrado entre las estanterías cargadas de libros del austero despacho instalado en la planta alta; allí leía, escribía y estudiaba. Los únicos adornos eran un bajorrelieve en bronce de Lenin, una estatuilla de bronce de Simón Bolívar y un gran retrato enmarcado de Camilo Cienfuegos. Cuando le preguntaban por qué nunca se tomaba un descanso, pretextaba el exceso de trabajo. Nunca tenía mucho tiempo para Aleida y los niños. Con frecuencia el deber lo alejaba durante largos días. En Cuba inspeccionaba fábricas, unidades militares, cooperativas y escuelas; pronunciaba discursos; recibía a dignatarios extranjeros; asistía a recepciones diplomáticas. Cuando era posible, Aleida lo acompañaba. La semana laboral comenzaba los lunes, terminaba los sábados e incluía las noches; los domingos por la mañana participaba en el trabajo voluntario. Sólo dedicaba a su familia los domingos por la tarde.

Entonces se tendía en el suelo de la sala a jugar con sus hijos y su perro, un pastor alemán llamado «Muralla», que lo acompañaba a la oficina. Su hija mayor, Hildita, pasaba los fines de semana en la casa; juntos miraban el boxeo o el fútbol por televisión y apostaban en broma sobre quién ganaría. A veces visitaba a Hilda. Ella advertía su cansancio extremo. Años después recordaría que alzaba a su hija en brazos y prometía llevarla consigo en algún viaje, pero nunca lo hizo.

Otras veces afloraba su vena disciplinaria. En una ocasión, cuando Aliusha tuvo un berrinche, el padre le dio una fuerte zurra en el trasero. Los chillidos se volvieron más fuertes. Sofía, la niñera, quiso cogerla y reconfortarla, pero el Che le ordenó que la dejara en el suelo para que recordara por qué la había castigado. Era sumamente severo con los escoltas, que ocupaban un anexo de la casa. La novia de uno recuerda el día que el Che obligó a Harry Villegas, su favorito, a desnudarse y encerrarse en un armario como castigo por alguna falta. Celia madre, que estaba de visita, le gritó que no debía ser tan estricto. El Che le dijo que no se metiera, que él sabía lo que hacía.

Así era «Che el Implacable», el ángel vengador y máximo comisario político de la Revolución Cubana, que exigía lo imposible a sus prójimos pero a quien nadie podía reprochar una falta porque era el primero en obedecer sus propias normas estrictas. Era objeto de respeto y admiración, de odio y miedo, pero nunca de indiferencia. Para sintetizar la personalidad singular de su antiguo camarada, Manuel Piñeiro dijo: «En el Che había algo de misionero».

Acaso su innovación disciplinaria más polémica fue Guanacahabibes, que al igual que las jornadas de trabajo voluntario formaba parte de su plan para forjar

una nueva moral revolucionaria. Era un campo de rehabilitación en el extremo occidental de Cuba, un páramo remoto, rocoso y sumamente caluroso adonde enviaba a los transgresores del Ministerio de Industrias a rehabilitarse mediante el trabajo físico extenuante. Eran sanciones «voluntarias» que duraban de un mes a un año según la gravedad de la ofensa, generalmente la violación de una norma ética. Quien practicara el nepotismo, ocultara intencionalmente un error o tuviera una aventura con la esposa de un camarada debía comparecer ante el Che. Éste le daba la opción de «aceptar» el castigo de una temporada en Guanacahabibes o bien renunciar al ministerio. Los que cumplían la sanción y demostraban que habían adquirido conciencia de sus faltas podían volver al ministerio sin una mácula en su hoja de servicios. Los que se negaban, perdían el puesto. (Con el tiempo, a raíz de los excesos de su director, Guanacahabibes adquirió fama de ser el equivalente cubano de los gulag de Siberia. A pesar de la destitución del director no mejoraron las cosas, y alrededor de la época en que el Che se fue de Cuba, Guanacahabibes fue clausurado.)

Otro proyecto preferido por el Che era la Granja Experimental Ciro Redondo en la provincia de Matanzas. Era una granja cooperativa cuyos miembros, en su mayoría guajiros analfabetos de su antigua columna en la sierra, llevaban una vida comunal acorde con su doctrina de los incentivos morales. Insistía en que debían progresar mediante la alfabetización y les había asignado un maestro. Los visitaba con frecuencia en la avioneta Cessna que su piloto particular, Eliseo de la Campa, le había enseñado a pilotar.

En una ocasión, acompañado por el economista Regino Boti, hizo un examen de lectura a varios hombres. Uno de ellos lo hizo tan mal que el Che lo insultó: «Tú a lo que estás aspirando es a sustituir a un buey dentro de veinte años». Se alejó, y el guajiro, humillado, se fue a llorar. Boti le dijo al Che que no debía haberse mostrado tan duro, que volviera a hablar con el hombre y le levantara el ánimo.

Semejantes episodios eran de lo más comunes. Con frecuencia un amigo o acompañante debía ejercer un poco de diplomacia para atemperar la severidad del Che. Parecía no tener conciencia de cómo sus palabras intimidaban a la gente. Al mismo tiempo, su prestigio solía dar lugar a incidentes graciosos.

Uno de esos incidentes se produjo en el Malecón de La Habana cuando el Che, un pésimo conductor, chocó contra el coche que lo precedía. El hombre reaccionó a la manera cubana: salió del coche maldiciendo al padre y la madre de quien lo había golpeado. Al ver al Che, su furia se trocó inmediatamente por adulación servil, y su rostro colérico se volvió beatífico: «Comandante —dicen que suspiró—, ¡es para mí un honor que usted me haya chocado!» Acarició la abolladura y dijo que jamás la haría reparar, la conservaría como valioso recuerdo

de su encuentro personal con el Che Guevara.

Cuentos como ése perduran en el folclore habanero. La mayoría ilustra sus famosas jornadas de trabajo, su desdén por los aduladores y su austeridad personal. Evidentemente era tan estricto con Aleida como con sus subordinados en el Ministerio de Industrias. Se dice que una vez Celia Sánchez, la gran dispensadora de favores de Fidel, le envió a Aleida un par de zapatos italianos, y el Che la obligó a devolverlos. ¿Acaso el común de los cubanos podía calzar zapatos importados de Italia? No. Pues ella tampoco.

Cuando se mudaron de la calle 18 de Miramar a su nuevo hogar en Nuevo Vedado, el Che la sorprendió instalando lámparas decorativas en las paredes. Cuando explicó que las había traído de su antigua casa, el Che tuvo un ataque de cólera y la obligó a devolverlas. En otra ocasión, cuando uno de los niños estaba enfermo, Aleida pidió el coche para llevarlo al hospital. El Che le dijo que tomara «el ómnibus como todo el mundo»; la gasolina era «del pueblo», para usarla en sus funciones públicas, no para fines «personales».

Iniciado el racionamiento, cuando un colega se quejó, el Che lo criticó por ello y dijo que su familia comía bien con lo que les asignaba el gobierno. El colega replicó que el Che comía bien gracias a una ración suplementaria. Éste investigó la acusación, descubrió que era verdad y exigió que se eliminara el privilegio; su familia no recibiría favores especiales.

Circulaban rumores de que a veces los Guevara no tenían suficiente para comer y que Aleida pedía dinero furtivamente a los escoltas para poder arreglárselas. Timur Gaidar, corresponsal de *Pravda* en Cuba en esa época, recuerda que en una recepción diplomática un funcionario de la embajada soviética introdujo algunos entremeses en la cartera de Aleida tras asegurarse de que el Che no podía verlo. ¿Era el Che tan severo como sugieren estas anécdotas? Hoy su viuda se niega a responder; se siente en el deber de proteger la imagen del hombre convertido en mito internacional e insiste que era «un hombre sin defectos».

La relación del Che con Aleida despertaba la curiosidad de muchos, ya que era difícil encontrar mayor contraste en una pareja. Él era un intelectual, un estudioso y lector asiduo. Ella prefería el cine y las reuniones sociales. Él era austero y desdeñaba los placeres de la vida; Aleida, como la mayoría de las personas, los disfrutaba y anhelaba las comodidades que poseían la mayoría de las esposas de los comandantes, incluso en la Cuba revolucionaria. Esto originaba frecuentes disputas.

Algunos cubanos que los conocieron bien comparan su relación con la de Karl Marx y su esposa Jenny Westphalen, carente de intereses intelectuales. Mientras el Che trabajaba, filosofaba y elaboraba teoría revolucionaria con la cabeza en las nubes, Aleida manejaba la casa, pagaba las cuentas y se ocupaba de los niños. Era una compañera devota. Y a pesar de las diferencias, disfrutaban de su mutua compañía, sentían una fuerte atracción física el uno por el otro y, según el consenso general, eran fieles. Ambos disfrutaban de la conversación sin inhibiciones, a veces con otros. Una vez, cuando visitaba a su suegra en Santa Clara, la anciana le preguntó si quería bañarse y él respondió con una sonrisa maliciosa: «Sólo con Aleida».

Ambos eran románticos de corazón, aunque este rasgo del Che rara vez afloraba en público. De noche, en la intimidad de la alcoba, él solía leerle poesía, hábito que encantaba a Aleida. Como siempre, su autor preferido era Pablo Neruda.

Otro rasgo común era la franqueza. Aleida sabía ser aún menos diplomática y más brutalmente frontal que el Che. Si alguien le disgustaba, se lo decía en la cara. El Che solía decir que era uno de los rasgos que amaba en ella.

Pero sus amigos íntimos dicen que el Che la amaba sobre todo porque Aleida le había brindado un «hogar», algo que nunca había tenido en el sentido convencional. El Che sentía cariño por su padre que tanto se había ocupado de él en su infancia, pero que con sus «locuras» le parecía un hombre inmaduro, incluso más joven que él. (Aleida misma nunca prestó demasiada atención a Guevara Lynch y reconoció que después de la muerte del Che tuvieron un enfrentamiento en público: en una reunión, oyó decir al anciano que era él quien había inculcado las primeras inclinaciones socialistas en su hijo. Ella le reprochó la mentira, cosa que él jamás le perdonó.)

Distinta era la relación con Celia. Madre e hijo eran «astillas del mismo palo», como dicen los latinoamericanos. Según Aleida, durante sus visitas a La Habana, conversaban durante horas y «peleaban» constantemente. Discutían sobre todo, desde la situación latinoamericana hasta opiniones sobre figuras de prestigio mundial; por ejemplo, Celia aún defendía a su héroe «imperialista» de la Segunda Guerra Mundial, Charles de Gaulle. «Celia era muy política, tenía opiniones firmes, y al escucharlos uno tenía la impresión de que estaban arreglando el mundo, pero era sólo su manera de discutir».

Pero a pesar de su amor por su madre, Celia nunca mostraba físicamente sus sentimientos como él anhelaba. Así como en su adolescencia el Che había buscado afecto maternal en su tía Beatriz, en la madurez lo buscaba en Aleida. Consciente

de esa necesidad suya, Aleida se la brindaba con mimos, lo vestía e incluso lo bañaba.

Aleida dijo que todas las mañanas, antes de que se fuera a la oficina, ella se aseguraba de que estuviera «todo en orden» porque él era muy negligente con su aspecto personal. El motivo para llevar los faldones de la camisa fuera del pantalón, el cinturón sobre ésta a la manera cosaca y el botón del cuello desabrochado era que la alta humedad cubana agravaba su asma. Jamás tuvo alfombras en su casa ni en su oficina. Muchos visitantes recuerdan que se sentaba en el suelo porque era el lugar más fresco. Como le disgustaban los climatizadores, la solución en la oficina era sellar las ventanas para que el aire no pudiera entrar ni salir. Era la única manera de controlar el asma, dijo Aleida. (El asma del Che fue una herencia perdurable: la «heredaron» dos de sus cuatro hijos y ahora, una generación después, algunos de sus nietos son asmáticos.)

Estas excentricidades alimentaban el mito popular que ya se creaba en torno a su figura en Cuba. El Che lo sabía, y aparentemente no le importaba que algunos lo consideraran un «bicho raro». Según una cubana que lo conoció, «el Che era un tipo verdaderamente extraño en Cuba. Un hombre cuya diversión preferida eran las matemáticas y cuyo deporte favorito era el ajedrez».

En realidad, a pesar del mito póstumo que se creó en Cuba, el Che se diferenciaba de casi todos cuantos lo rodeaban. Algunos cubanos veían en ello un desdén por la cultura nacional. No le gustaban las fiestas —el pasatiempo preferido en la isla—, rara vez recibía visitas en su casa ni visitaba a otros. Borrego, uno de sus amigos más íntimos, dice que en todos los años que vivió en la isla el Che pasó por su casa una sola vez, aunque estaba a escasas dos casas de la suya. En un país que ama el baile y los sensuales ritmos afrocaribeños son la sangre misma de su cultura, el Che escuchaba tangos, pero no tenía oído musical ni bailaba. En una isla caribeña con playas hermosas, adonde huyen los cubanos para escapar del calor del verano, el Che no nadaba. En un país donde el ron es el medio preferido para amenizar el descanso y la charla con los amigos, el Che no bebía. A lo sumo bebía vino tinto cuando podía conseguirlo. Era otro hábito que llamaba la atención, porque a la mayoría de los cubanos no les gusta el vino. En una nación de bebedores de café, donde el común de los habitantes bebe varias tazas de *espresso* dulce y caliente a lo largo del día, el Che prefería la infusión de yerba mate, propia del Cono Sur. La comida preferida de los cubanos es, de lejos, el cerdo asado; la del Che era un bistec a la parrilla. El sentido del humor de los cubanos es desinhibido, libidinoso y escatológico; el del Che era irónico, ingenioso y filoso.

A pesar de la ciudadanía honorífica y el paso del tiempo, desde el punto de vista cultural el Che nunca dejó de ser un argentino de pies a cabeza. Consecuente

con su concepción de la fraternidad socialista de las naciones del hemisferio, le gustaba enfatizar su carácter de «latinoamericano». Pero en el fondo era argentino y aun en Cuba sus mejores amigos, aquellos con quienes se sinceraba, eran los de su mismo origen, como Alberto Granado, su amigo más entrañable.

Granado era uno de los pocos que podían criticarlo abiertamente y con impunidad. Solía fustigarlo por «irreflexivo», por ejemplo, al humillar públicamente a los que consideraba «cobardes», mentirosos o aduladores. Y aunque lo ayudó a reclutar gente para la expedición de Masetti y evidentemente le sirvió de enlace con varios guerrilleros venezolanos, Granado no creía como él que fuera posible «detonar» un clima de revolución en América Latina mediante la guerra de guerrillas. Discutieron el asunto muchas veces y jamás se pusieron de acuerdo.

En una conversación que tuvieron, Granado expuso lo que consideraba que era la diferencia fundamental entre los dos. Cuando veía a un soldado a través de la mira de su fusil, el Che era capaz de apretar el gatillo porque al matarlo ayudaba a reducir la represión y «salvar a 30 000 niños futuros de una vida de hambre»; en cambio, lo que veía Granado era un hombre con esposa e hijos.

Con su afición al baile, la bebida y la diversión, Granado se adaptó de buen grado a la sociedad cubana. No así el Che, cuya naturaleza cáustica disgustaba a mucha gente, según reconoce Granado a pesar de la inquebrantable lealtad que aún profesa por su amigo. Para muchos, su absoluta seriedad en materia de la revolución revelaba a un moralista inflexible, un verdadero santurrón.

El hábito intrínsecamente cubano que el Che sí adquirió fue el del habano, a pesar del mal que le hacía a su asma. Pero aun en esto demostraba una determinación singular, consumía los «tabacos» hasta la colilla para no «derrochar» un producto del trabajo humano.

El asma era otra paradoja de su presencia en la isla. Con su clima húmedo, Cuba tiene una incidencia altísima de asma y es uno de los peores lugares del mundo para quienes padecen el mal.

Si bien muchos de sus subordinados intentaban emularlo —en verdad, infructuosamente—, su «austeridad» constituía un reproche vivo y constante a la vida de placeres y amoríos que llevaban muchos de sus colegas revolucionarios. En un país donde muchos hombres tenían segundas y hasta terceras «esposas» aparte de sus matrimonios, engendraban hijos con varias mujeres y no ocultaban sus aventuras, todos los relatos coinciden en que el Che era consecuentemente monógamo a pesar de que las mujeres lo acosaban en tropel como las adolescentes

a las estrellas del rock.

Dada la indudable atracción que ejercía sobre las mujeres, Borrego le preguntó una vez, con la franqueza propia de los cubanos, por qué se había casado con una mujer tan «fea» como Hilda Gadea. El Che le regañó por ello, pero reconoció que no era físicamente hermosa. Sin embargo, dijo que había sido una gran «compañera» para él y añadió en su defensa que la belleza no era condición indispensable para ser una amante apasionada.

Uno de sus ayudantes asistió a una reunión social donde una joven bonita coqueteó descaradamente con el Che. En lugar de sentirse halagado y responder con galanteos, la regañó severamente y le dijo que se «portara bien». Pero no siempre era tan estricto; sabía apreciar la belleza de una mujer. Otro amigo asistió con él a una cena en una embajada extranjera, donde les asignaron la mesa presidida por la bellísima hija del diplomático. Era evidente que el anfitrión «ofrecía» a su hija como prenda para «hacerse amigo» del Che. Según el amigo, era «tan hermosa» que cualquier hombre hubiera sacrificado sus votos matrimoniales o revolucionarios para pasar una noche con ella. Y el Che había llegado al límite de su resistencia, porque se volvió hacia él y le dijo: «Busca una excusa para sacarme de aquí antes de que ceda. Ya no puedo más».

El Che sospechaba de todos los que le hacían un favor no solicitado, ya que veía en ello una señal de adulación servil o, peor aún, de corrupción moral. Abundan las anécdotas de su tiempo en la sierra y durante toda su vida en Cuba. Un ejemplo clásico es el del escolta bisoño que le lustró las botas. El Che le dio un puntapié en el trasero y lo llamó *guataca* (adulador). Humillado, el soldado arrojó las botas al medio de la calle. Para castigarlo, el Che le retrasó una semana la paga del salario.

Pero el afecto que demostraba por quienes ganaban su confianza era recompensado con una lealtad férrea. Llamados por todos «los hombres del Che», entre ellos había escoltas, contables, economistas, combatientes revolucionarios. Para ellos, el Che era «la revolución» personificada, y por eso, a pesar de todo, hombres como Hermes Peña, Alberto Castellanos y Jorge Ricardo Masetti abandonaron de buen grado trabajo, esposa e hijos para combatir en sus guerras.

VIII

Durante dos semanas, Masetti y su pequeña banda se abrieron paso a machetazos a través de la selva del norte argentino en busca de su objetivo, al sur de la ciudad de Orán. Sin embargo, en su camino se toparon con enormes precipicios en medio de la jungla. Finalmente abandonaron el intento y volvieron a la granja para recuperarse antes de intentar una nueva ruta.

Al volver, descubrieron que en Argentina se había producido un cambio político fundamental. Los militares habían convocado elecciones para el 7 de julio y puesto que los peronistas —que concentraban la mayoría de los votos— estaban proscritos, Masetti y casi todos los argentinos pensaban que el ganador sería el general derechista Aramburu, candidato de las fuerzas armadas. Pero el candidato de la centrista Unión Cívica Radical del Pueblo, el doctor Arturo Illia, un respetado médico cordobés de sesenta y tres años, se impuso por un margen estrecho.

La novedad provocó una crisis mayúscula en el incipiente EGP. Todos comprendían que declarar la guerra a un presidente civil democráticamente electo era muy distinto que hacerlo contra un régimen ilegítimo. Todas las noticias provenientes de la Argentina hablaban de la «apertura democrática». «Entonces se desinfla todo aquel proyecto —dijo Bustos—, y pasaron unos días de nada, de presión».

Masetti decidió cancelar la operación. Furry fue a La Paz a notificar a La Habana por intermedio de la embajada y envió a Federico «el Flaco» Méndez a Argentina a reunirse con Jorge «el Loro» Vázquez Viaña, un joven comunista boliviano que les servía de enlace. La misión del Loro era coordinar las actividades con un grupo escindido de trotskistas cuyos militantes querían unirse a la lucha armada, y ahora Masetti quería que suspendiera todo.

Mientras él y su gente se preguntaban cuáles serían sus próximos pasos, el Che viajaba a Argelia a asistir a los festejos por el primer aniversario de la revolución triunfante. Como sus subordinados argentinos, recorrió los campos de batalla de la guerra y sin duda agradeció al presidente argelino la ayuda que su gobierno había prestado a Masetti y sus compañeros. Volvió a La Habana a tiempo para los festejos del 26 de Julio, llevando consigo al ministro de Defensa argelino Houari Boumedienne, en una demostración pública de que Argelia y Cuba eran firmes aliados revolucionarios, dos eslabones importantes de la «lucha

antiimperialista» en África, Asia y América Latina.

Para entonces, Masetti había cambiado de opinión nuevamente. Apenas dos días después de despachar a Furry y Federico con la orden de suspender las operaciones, había vuelto a analizar las elecciones argentinas y resuelto que seguirían adelante. Lo primero que hizo fue escribir una «Carta de los rebeldes» al presidente electo Illia.

Después de elogiar su fama de hombre de espíritu cívico digno de respeto, Masetti lo fustigó por «rebajarse» al juego de los militares al prestarse «al fraude electoral más escandaloso de la historia del país». Lo instó a renunciar para recuperar su prestigio y a aliarse con los argentinos que querían liberarse de los militares, «matones extorsionadores y guardaespaldas del imperialismo y la oligarquía». Anunció que el Ejército Guerrillero del Pueblo (EGP) estaba armado, organizado y se encontraba en la montaña. «Somos los únicos hombres libres de esta república oprimida… y no bajaremos salvo para presentar batalla». Firmó la carta: «Segundo comandante, Ejército Guerrillero del Pueblo, 9 de julio de 1963, Campamento Augusto César Sandino… Revolución o Muerte».

A continuación, ordenó a Ciro Bustos que fuera en busca de Federico para rescindir la orden de suspensión. Luego debía llevar la carta abierta a Illia a los medios, viajar a todas las ciudades donde tuviera conocidos y sentar las bases para una red urbana de apoyo a la fuerza rebelde.

Durante varias semanas, Bustos viajó por toda Argentina, entre Córdoba, Buenos Aires y su Mendoza natal. La carta causó escasa impresión en el público ya que sólo la publicó *Compañero*, una revista de la izquierda peronista marginal. Con la red urbana tuvo más fortuna. En Córdoba abordó a un académico de izquierda que conocía desde su infancia: Oscar del Barco, cofundador y director de la revista intelectual marxista *Pasado y Presente*, a quien dio a conocer su misión y pidió ayuda. Al día siguiente, Del Barco reunió a un grupo, en su mayoría intelectuales y comunistas disidentes como él, de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Córdoba. Bustos expuso el plan de acción del EGP con toda franqueza: dijo que el proyecto era respaldado por el Che, que el núcleo inicial se había entrenado en Cuba y Argelia y que poseían los fondos necesarios. Necesitaban reclutas para engrosar sus filas en la montaña, casas clandestinas, contactos urbanos y proveedores: en síntesis, una infraestructura urbana clandestina en todo el país.

Era precisamente lo que propugnaban esos intelectuales, la «acción revolucionaria», el motivo de su expulsión del conservador Partido Comunista argentino. En pocos días empezaron a organizarse con todo entusiasmo y no pasó

mucho tiempo antes de que empezara a surgir una red pequeña pero bien coordinada en media docena de ciudades, de Buenos Aires a Salta, con epicentro en Córdoba.

Para entonces, una nueva e importante personalidad se había unido a la base guerrillera. José María «Papi» Martínez Tamayo era capitán del ejército cubano y uno de los elementos más valiosos del aparato de inteligencia de Piñeiro, quien lo había puesto al servicio del Che. Después de combatir con Raúl durante la guerra, Papi siguió en el ejército y a partir de 1962 fue enviado itinerante de Piñeiro a diversos grupos guerrilleros latinoamericanos. Estuvo con Turcios Lima en Guatemala, fue instructor de Tania en Cuba y también del grupo trotskista argentino del Vasco Bengochea, y últimamente había trabajado con el grupo peruano de Béjar.

Apuesto, fuerte y enérgico —«un conspirador apasionado», según Bustos, «y un tipo macanudo»—, Papi acudió para asistir al foco guerrillero en sus etapas iniciales y ayudar a preparar el terreno para la llegada del Che.

También venía a aliviarle la carga a Furry, que además de comandante permanente de la base y enlace del grupo con la embajada cubana en La Paz se ocupaba de las comunicaciones, la logística y la provisión de armas. Ahora que Papi podía encargarse de algunas de esas tareas, Furry se dedicaría a cumplir su papel de «finquero», la fachada del grupo. Durante los meses siguientes Papi viajó constantemente entre Bolivia, la Argentina y Cuba.

En septiembre ya había señales de que era hora de ponerse en marcha. La finca había despertado la curiosidad de la policía boliviana, que sin duda había escuchado rumores sobre idas y venidas poco habituales en la zona. Afortunadamente había un solo camino para llegar a la finca y el ruido de un motor de automóvil se oía desde lejos; la policía llegó, hurgó desganadamente y se fue sin que nada despertara sus sospechas. Por las dudas de que regresara, los combatientes levantaron otro campamento en un bosque cercano donde ocultarse de los fisgones.

Pero «a fines de septiembre o principios de octubre», cuando Papi llegó a la finca con Alberto Castellanos, Masetti y sus hombres aún se encontraban allí. Masetti acababa de regresar de una incursión de exploración en Argentina. Los exploradores debían observar una cautela extrema y en general trasladarse de noche, porque los agentes de la Gendarmería Nacional Argentina, distribuidos en puestos por toda la región, realizaban patrullas constantes en busca de contrabandistas. Además, en el norte rural escasamente poblado, los forasteros llamaban la atención, sobre todo si eran barbudos, armados y uniformados.

Castellanos tenía orden de esperar al Che, pero puesto que uno de los hombres de Masetti estaba enfermo y él mismo anhelaba entrar en acción, pidió al jefe que lo aceptara como combatiente. Escribió una carta al Che para explicar su decisión y la envió con Papi. El grupo era diminuto. Aparte del jovial y orejudo Castellanos, a quien todos llamaban «el Mono», sólo se habían unido uno o dos hombres más. En vista del éxito inicial de Bustos en la organización de la red urbana, Masetti lo designó enlace con el mundo exterior y lo envió a reclutar voluntarios.

Entre los primeros estuvieron los hermanos Jouve, que venían de un pueblo en la provincia de Córdoba. Emilio y Héctor eran hijos de un inmigrante vascofrancés de tendencias anarquistas. Veinteañeros, exmilitantes de la Juventud Comunista disgustados por la inactividad del partido, habían organizado un «grupo de acción» en Córdoba cuyas actividades se reducían a reunir armas, pintar leyendas en los muros y poco más. Apenas apareció el «Pelao» Bustos en busca de voluntarios, aprovecharon con avidez la oportunidad de ir a «la montaña».

El grupo había comprado un camión, y un médico cordobés amigo de Bustos, «el Petiso» Canelo, llevó a los reclutas al norte. En Salta instalaron una «librería» como fachada para un local donde almacenarían provisiones para los guerrilleros. Desde Buenos Aires llegaron otros tres voluntarios.

En octubre Masetti y su grupo cruzaron la frontera y se instalaron en un campamento en el bosque junto al río Pescado, a unos quince kilómetros del pueblo fronterizo de Aguas Blancas. Se encontraban cerca del camino de Salta a Orán, al sur de ésta. Entre idas y venidas de Bustos, el grupúsculo crecía y recorría las montañas en busca de campesinos para realizar «propaganda armada». Ésta consistía en reuniones improvisadas donde trataban de elevar la conciencia de los campesinos al explicarles que venían a liberarlos de la pobreza y la injusticia. Los primeros intentos fueron desalentadores.

«Era una cosa realmente espantosa —recordó Bustos—. A eso no se le puede decir ni siquiera campesinos; no eran campesinos, eran gente que vivían ahí en los claritos del monte, llenos de pulgas y de perros y de esas cosas, sin ninguna vinculación con el mundo real, con el mundo del país… Ni siquiera vivían en las condiciones de los indios, que por lo menos tenían su comida, sus coas, sus tribus. Éstos eran gentes realmente perdidos, dejados a un lado totalmente; no se pueden considerar parte del país y, pensándolo hoy, era muy difícil plantearse que eso era una base social… Estaban viviendo problemas reales, pero su miseria era tan grande que yo creo que no tenían ni problemas, estaban totalmente espoliados».

En la zona elegida, donde la población era sumamente escasa, para llegar a

una población aislada tenían que caminar durante horas a través de abruptas laderas selváticas, cruzando ríos caudalosos. Era la época de las lluvias y los ríos estaban crecidos, de manera que pasaban mucho tiempo empapados hasta los huesos. Les dolían los músculos, tenían llagas en los pies, los atacaban las pulgas y las nubes de mosquitos. Dada la escasez de agricultores, faltaba comida y dependían totalmente de las provisiones que traía el camión desde la ciudad. Esa tarea exigía suma cautela para no despertar sospechas.

El EGP era cualquier cosa menos una fuerza indígena. A falta de un caudillo campesino como Crescencio Pérez, que había proporcionado a la diminuta fuerza rebelde de Fidel sus primeros guías, mensajeros y combatientes locales, Masetti y sus hombres eran extraños en otro país. La mayoría de sus voluntarios eran muchachos de la ciudad, universitarios movidos por la visión de convertirse en guerrilleros heroicos, creadores de una nueva sociedad utópica. Algunos habían pasado por el servicio militar obligatorio, estaban en buena forma física y sabían manejar armas, otros se adaptaron, pero la mayoría no estaba en condiciones de afrontar el terreno escabroso, las marchas extenuantes, la falta de comida y la férrea disciplina militar impuesta por Masetti.

El lado oscuro de la personalidad del jefe aparecía con frecuencia creciente. La sensación de impotencia ante la lentitud de los primeros pasos, exacerbada por la transformación política de la Argentina, generó una suerte de rabia contenida al conducir a sus guerrilleros bisoños en sus vagabundeos por la selva saturada de agua. La descargaba sobre todo en los más nuevos, los que más sufrían las dificultades de la nueva vida, a quienes llamaba desdeñosamente «pan blanco» y sometía a castigos rudos por errores pequeños: horas adicionales de guardia, trabajo de «mula» (transporte de provisiones) y en algunos casos «dietas de hambre» de dos o tres días. En esto lo respaldaba Hermes, rudo guajiro del Oriente cubano, veterano de la guerra y de la estricta disciplina del Che.

Uno de los favoritos de Masetti era Héctor «el Cordobés» Jouve, a quien designó comisario político a la vez que encargó al Pelao que continuara en funciones como coordinador entre el foco y la ciudad. Jouve era alto, fuerte y había hecho el servicio militar; adoptó la vida guerrillera con facilidad. Los que no lo hicieron, no tardaron en padecer la bruta vigilancia de Masetti. Así como el infortunado Miguel había sido objeto de su hostilidad en Argelia, ahora dirigió su mirada a los muchachos que se habían unido a él en busca de algún «desertor en potencia». No tardó en hallarlo.

Adolfo Rotblat era un muchacho porteño judío de veinte años a quien llamaban «Pupi». Sufría de asma, se rezagaba en las marchas y se quejaba del rigor de la vida guerrillera. Evidentemente no era apto, pero en lugar de dejarlo partir,

Masetti lo llevaba a rastras. Cada día que pasaba, el estado físico y mental de Pupi se deterioraba aún más. En poco tiempo acabó por derrumbarse.

En octubre, cuando volvió para pasar unas semanas con los guerrilleros, Bustos encontró a Pupi en un estado lamentable. Vivía aterrado, lloraba, se rezagaba en las marchas y demoraba a todos. Tenían que enviar hombres para obligarlo a avanzar. Todos le tenían asco. «Comenzó un proceso de degradación», dijo Bustos.

Un día salió con Pupi a explorar y se perdieron. Al llegar a un río Bustos pudo orientarse, pero Pupi se negó a cruzarlo. «Quería que lo matara ahí. Discusiones, cosas… al fin saqué la pistola y se la puse en la cabeza y lo hice caminar así, más o menos a la fuerza, prácticamente a patadas en el culo. Lo hice caminar hasta que cayó la noche».

Era imposible hallar el camino en la oscuridad, de manera que pasaron la noche en el bosque. Bustos trató de sacar a Pupi de su profunda depresión. Al día siguiente reanudaron la marcha. A mitad de camino se toparon con Hermes, a quien habían enviado a buscarlos. Una vez más el grupo se había retrasado por culpa de Pupi.

«La cosa fue poniéndose insoportable —dice Bustos—, y entonces Segundo dijo: "Este tipo está arruinando psicológicamente toda la guerrilla y ya no lo soporta nadie, nadie quiere cargar con él; hay que tomar una medida que sanee psíquicamente al grupo, que lo libere de esa cosa que lo está corroyendo." Esto es más o menos el planteo, y Segundo decidió fusilarlo…»

Masetti decidió matar a Pupi la misma noche que llegaron tres voluntarios nuevos al campamento. Para ejecutar la tarea escogió a uno de ellos, un estudiante llamado «Pirincho» que pertenecía a una aristocrática familia porteña. Según Bustos, la personalidad cordial y diplomática «molestaba» a Masetti, quien quería endurecerlo. «Quería combatientes rudos…, tipos de fierro».

Sin advertirle, habían «preparado» a Pupi para la ejecución, suministrándole un sedante y atándolo a su hamaca, colgada cerca del campamento. Reunieron a todos los hombres. Masetti explicó lo que había que hacer y dio la orden a Pirincho. Éste estaba aterrado —su expresión lo delataba—, pero lo hizo.

«Pirincho fue… y oímos el disparo —dijo Bustos—. Entonces vino Pirincho desesperado, diciendo: "No se muere"… y me mandaron a mí… Voy allá y veo que tiene una bala [en la cabeza] y que estaba muerto, pero tenía convulsiones, así que decidí liquidarlo».

Bustos sacó su pistola, disparó a la cabeza de Pupi y volvió con sus camaradas. La cara de Pirincho mostraba que estaba desolado, pero la alegría embargó a los demás. «De repente fue una euforia… Ocurrió una cosa muy extraña, que me recordó cuando se muere alguien, y hay la necesidad de hacer un almuerzo y todo el mundo brinda… Segundo repartió ascensos y empezó a hacer planes para trasladarnos a otra zona».

Era el 5 de noviembre de 1963. El EGP había consagrado su razón de ser con el derramamiento de sangre. Momentáneamente de buen ánimo, Masetti estaba resuelto a seguir adelante.

Pero era tarde. Los rumores que corrían por la zona sobre un grupo de forasteros armados en los bosques vecinos a Orán habían llegado a oídos de la gendarmería. Se indagó discretamente a ganaderos y tenderos rurales que los habían visto, y las sospechas empezaron a tomar cuerpo; para fin de año había pocas dudas de que los hombres del bosque eran los mismos «rebeldes» que habían enviado el comunicado a Illia. Las fuerzas de seguridad hicieron planes para infiltrar la zona.

Papi comunicó a Masetti su opinión de que habían permanecido demasiado tiempo en el lugar y que la zona de operaciones no era la mejor para instalar un foco guerrillero. Propuso abrir un segundo frente en el Chaco, al este de la zona precordillerana donde se encontraban. El Flaco Méndez había vivido muchos años allá y tenía buenos contactos. En cuanto a los combatientes, Papi propuso que convocaran al grupo trotskista del Vasco Bengochea en Tucumán, que él mismo había entrenado en Cuba; él sería el jefe militar y Héctor Jouve el «responsable político».

Masetti rechazó la idea con furia y acusó a ambos de pretender disminuir su autoridad. «Siempre quisiste ser comandante —le dijo a Jouve—. Pero no lo permitiré, te quedarás aquí, conmigo».

Papi se fue y volvió. En noviembre había llevado a un hombre de confianza del Che al campamento base en Bolivia. Era Miguel Ángel Duque de Estrada, «auditor» del Che en el Escambray, juez de tribunales sumarios en La Cabaña y jefe de «Operaciones Especiales» en el INRA. Su tarea era esperar al Che en la finca e ir con él a la zona de guerra.

Castellanos había contraído una infección grave en la garganta, y en diciembre se hizo evidente que debían operarlo. El correo, doctor Canelo, lo llevó a Córdoba, donde consiguió que lo atendiera un médico sin despertar sospechas. Castellanos se hacía pasar por Raúl Dávila, peruano. Pasó la Navidad y el Año

Nuevo en Córdoba, lo operaron y pasó todo enero en la ciudad hasta restablecerse.

El mismo mes, Papi volvió para informar a Castellanos de que el Che demoraría su viaje y había convocado a Duque de vuelta a La Habana. El Che ordenaba que «siguieran explorando… sin reclutar campesinos hasta que estemos listos para combatir».

IX

En La Habana, el Che sentía que la tierra se movía bajo sus pies. Tenía más enemigos en la isla y en el extranjero. El departamento ideológico del Kremlin estaba preocupado por indicios crecientes de que las afinidades del Che Guevara no estaban en Moscú sino en Pekín. Un alto funcionario de la burocracia del Kremlin fue a La Habana a tomar su pulso político.

El cisma chino-soviético era más enconado que nunca. Pekín y Moscú se disputaban las lealtades de los partidos comunistas; en América Latina, las fracciones «prochinas» rompían para formar sus propios partidos. La mayoría de los partidos comunistas latinoamericanos, como la misma Cuba, se alinearon rápidamente con la Unión Soviética, fuente de los subsidios de los cuales dependía su supervivencia. Puesto entre la espada y la pared, el gobierno cubano por fin abandonó su posición oficial de neutralidad en la disputa; el mismo Fidel dio su apoyo implícito a los soviéticos en una visita a Moscú en la primavera boreal de 1963. Para su gran regocijo, Jrushov le dispensó honores de héroe conquistador. En una declaración conjunta, Moscú dio a Cuba su pleno reconocimiento de miembro de la comunidad socialista y se comprometió formalmente a defender su «independencia y libertad», a la vez que Fidel reafirmó el apoyo de La Habana a la «unidad socialista» y a la política de «coexistencia pacífica» con el Occidente capitalista. Era un apoyo retórico y más tibio del que esperaba Jrushov, pero suficiente para poner nerviosos a los chinos sin enemistarse del todo con ellos. Fidel probablemente pensó que era un trueque justo y volvió a la isla cargado de más ayuda económica. Ésta llegó justo a tiempo, porque la economía cubana estaba en graves dificultades: la zafra de 1963, inferior a cuatro millones de toneladas, era la peor de los últimos años y la economía se derrumbaba.

Por más que fuera el arquitecto original de la relación cubano-soviética, el Che era objeto de preocupación. Sus llamamientos incesantes a la lucha armada, en contradicción directa con la política de «coexistencia pacífica», su insistencia en la guerrilla *rural*, su obstinada decisión de entrenar, armar y financiar a grupos comunistas disidentes —y aun trotskistas— a pesar de las protestas de las organizaciones nacionales generaban sospechas en Moscú de que se prestaba al juego de Mao.

En efecto, desde fines de 1962, el Kremlin había colocado un agente del KGB entre los colaboradores del Che. Se llamaba Oleg Darushenkov y aunque su puesto

oficial en La Habana era de agregado cultural de la embajada, éste servía de fachada para su tarea especial de intérprete ruso-español del Che. Su antecesor Yuri Pevtsov, propenso a sufrir insolaciones, había sido retirado después de pasar un año en la isla y poco antes de la crisis de los misiles. No se sabe oficialmente qué pensaba el Che de Darushenkov, pero varias personas que en esa época formaban parte de su círculo íntimo han dicho, con la condición de que no se las identificara, que estaban convencidas de que el ruso era un «provocador» enviado para espiarlo.

Sobre todo a partir de la crisis de los misiles, muchos en el Kremlin temían que el apoyo creciente de Cuba a las «aventuras» guerrilleras, impulsado como todos sabían por el Che Guevara, arrastrara a la Unión Soviética a un nuevo enfrentamiento con Estados Unidos. «Después de la crisis, había preocupación soviética sobre lo que harían los cubanos —dijo Giorgi Kornienko, suplente del embajador Anatoli Dobrinin en Washington durante la crisis—. No queríamos que esas actividades complicaran [aún más] nuestras relaciones con Estados Unidos».

Feder Burlatsky, un antiguo asesor de Jrushov, dice que las opiniones en los círculos más altos del Comité Central soviético estaban divididas entre los que apoyaban al Che y un grupo predominante que desconfiaba de él. Burlatsky se contaba entre éstos. «Nos disgustaba la posición del Che. Era un modelo para los aventureros que hubieran podido causar una confrontación entre la Unión Soviética y Estados Unidos».

Según el funcionario, la opinión de que el Che era un «personaje peligroso» adquirió mayor peso después de la crisis de los misiles, cuando dijo que los soviéticos «deberían haber usado los misiles». Si Fidel lo había dicho en la intimidad, el Che lo había dicho en público; y si bien aquél no tardó en cambiar su retórica, pocos dudaban de que éste hablaba en serio. Muchos cubanos pensaban como el Che, pero lo más embarazoso era que esas palabras provinieran de una figura revolucionaria del más alto nivel; peor aún, respondían a la acusación china de que Moscú había «capitulado» ante Washington.

«Por eso se lo consideraba peligroso y contrario a nuestra estrategia», dijo Burlatsky. Sin embargo, reconoció que, «aunque era contrario a nuestros intereses, el Che despertaba simpatías… con su aureola de revolucionario que evocaba la Revolución Rusa… Las opiniones estaban divididas… Algunos lo comparaban con Trotski o con los terroristas bolcheviques. Asesores de Jrushov como [Mijaíl] Suslov, que se consideraban revolucionarios, sentían simpatía por el Che».

La punta de lanza de la oposición al Che, que adquirió gran vigor después de las expediciones guerrilleras «intervencionistas» en Perú y Argentina, era el

poderoso Partido Comunista argentino de Victorio Codovilla. Kiva Maidanek, eminente analista de asuntos latinoamericanos para el Partido Comunista soviético, estaba muy al tanto de las presiones argentinas contra el Che en Moscú y sus repercusiones.

«El [partido argentino] acusaba al Che de aventurero, prochino y trotskista. Eso ofendía muchísimo al Che. Pero esa posición tenía peso aquí, sobre todo en el departamento latinoamericano del Comité Central. Todo lo que estuviera a la izquierda de la línea soviética era chinófilo o trotskista. La Unión Soviética empezó a inclinarse a favor de los partidos comunistas [latinoamericanos]. A partir de 1964, se empezó a visualizar la región latinoamericana como un campo de batalla no tanto entre Estados Unidos y la Unión Soviética como entre China y la Unión Soviética».

Como si quisiera hacer el juego a quienes lo acusaban de hereje, el Che seguía probando los límites de la tolerancia soviética. En septiembre de 1963, envalentonado por la práctica y por la Segunda Declaración de La Habana (en la que Fidel decretaba la inevitabilidad de la revolución en América Latina) que citaba como filosofía rectora de la Revolución Cubana, el Che esbozó su llamamiento a la guerra de guerrillas continental en un trabajo complementario, ideológicamente más elaborado, de su manual práctico *La guerra de guerrillas*. Este trabajo se llamaba «La guerra de guerrillas: un método».

Allí fustiga a los partidos comunistas latinoamericanos por pretender el derecho de dirigir las luchas en sus países: «Ser el partido de vanguardia significa estar al frente de la clase obrera en la lucha para conquistar el poder. Significa saber guiar esta lucha por atajos a la victoria».

Después de una cita de Fidel para respaldar sus argumentos, escribe: «Las condiciones subjetivas de cada país, los factores de conciencia revolucionaria, de organización, de dirección, pueden acelerar o demorar la revolución, según su estado de desarrollo. Tarde o temprano, en cada época histórica, a medida que maduran las condiciones objetivas, se adquiere conciencia, se logra organización, surge una dirección y se produce la revolución».

En este llamamiento a las armas aparece un elemento nuevo: en lugar de «lucha armada», el viejo eufemismo comunista, prefiere el término mucho más franco de «violencia». «La violencia no es el monopolio de los explotadores y como tal los explotados también pueden usarla, más aún, deben hacerlo cuando llega el momento… No debemos temer la violencia, partera de las nuevas sociedades; pero se debe desatar la violencia en el momento preciso en que los dirigentes han encontrado las circunstancias más favorables… La guerra de guerrillas no es

autodefensa pasiva; es defensa con ataque… Tiene como objetivo final la conquista del poder político. Hay que modificar el equilibrio entre la dictadura oligárquica y la presión popular. La dictadura trata de funcionar sin recurrir a la fuerza. Debemos tratar de obligar a la dictadura a recurrir a la fuerza, desenmascarando así su verdadera naturaleza de dictadura de las clases sociales reaccionarias».

Y por último: la revolución latinoamericana debe ser de carácter continental para engañar a los yanquis, que harán todo lo posible para dividir, conquistar y reprimir la rebelión de los pueblos. «A la unidad de las fuerzas represivas hay que oponer la unidad de las fuerzas populares. En todos los países donde la opresión alcanza proporciones intolerables, se debe alzar la bandera de la rebelión; y esta bandera por necesidad histórica tendrá un carácter continental. Como dijo Fidel, la cordillera de los Andes será la Sierra Maestra de América Latina; y los inmensos territorios que abarca este continente serán el escenario de una lucha de vida o muerte contra el imperialismo… Esto significa que será una guerra prolongada; tendrá muchos frentes; y costará mucha sangre e incontables vidas durante un largo período de tiempo… Esto es una predicción. La hacemos con la convicción de que la historia nos dará la razón».

La rica nación argentina era una presa codiciada por el Kremlin desde hacía muchos años; los dirigentes de su Partido Comunista recibían trato preferencial en Moscú y ejercían una influencia poco común sobre la política soviética en América Latina. Con pocas excepciones, los demás partidos regionales sumaban sus voces a la posición argentina, y a fines de 1963 todos enviaban el mismo mensaje: había que ajustarle las riendas al Che para que dejara de entrometerse en sus países.

Al principio, el deseo entusiasta de Jrushov de mantener una relación «informal» con la Cuba revolucionaria se había impuesto a los escépticos conservadores del Kremlin; éstos hubieran preferido una relación normal de partido a partido que pudieran dominar, como las que tenían con sus Estados satélites de Europa Oriental. Para ellos, Cuba aún era un arribista problemático en el bloque socialista, y a pesar de la adhesión declarada de Fidel al socialismo y su intención de construir un partido comunista de tipo soviético en la isla, los desconcertaba un proceso que no podían controlar.

Nikolái Metutsov, delegado del secretario del partido Yuri Andropov a cargo de las relaciones con los Estados socialistas no europeos, reconoció que la Unión Soviética realizó grandes esfuerzos para ejercer un mayor control sobre Cuba. «Todo un grupo de camaradas opinaba que debíamos instruir a los camaradas cubanos…, que debíamos enseñarles a convertirse en marxistas, auténticos marxistas, debido a su insuficiente preparación teórica. Entre algunos dirigentes del departamento del Comité Central donde trabajaba yo prevalecía la

opinión de que debíamos abrazar a nuestros amigos cubanos con la mayor fuerza posible, estrecharlos para que no pudieran respirar».

Este grupo de presión soviético había motivado a los «viejos» comunistas cubanos y sus camaradas argentinos a buscar un mayor control del partido sobre las riendas del Estado cubano, proceso que culminó en la purga de Fidel en 1962. El paso atrás de Jrushov en la crisis de los misiles había debilitado la posición de éste y fortalecido la de los escépticos. Enfurecidos por la morosa neutralidad cubana en la disputa chino-soviética, la escalada de las actividades guerrilleras auspiciadas por Cuba en América Latina y las divisiones en los partidos comunistas de la región, los ideólogos exigían la adhesión incondicional de La Habana. El Che era visto como la mosca en la sopa.

Metutsov, cuyo último puesto en el extranjero había sido Pekín, fue enviado por el Kremlin para sondear la filiación ideológica del Che. «Para mí, como subjefe del departamento… la posición ideológica de los dirigentes cubanos tenía importancia primordial —dijo Metutsov—. Para mí, para Andropov, para Jrushov desde luego y para otros miembros del Buró Político lo primero era clasificar las posiciones teóricas e ideológicas de los dirigentes cubanos». Era imperioso determinar sobre todo sus posiciones sobre lo que llamó «los problemas teóricos del proceso revolucionario global», eufemismo referido a la rivalidad entre Pekín y Moscú.

A fines de 1963, Metutsov viajó a Cuba con una delegación encabezada por el presidente del Presidium del Soviet Supremo, Nikolái Podgorny. Años después, al hablar sobre la misión, destacó que Fidel y Raúl no eran el problema. «Conocíamos el proceso por el cual llegaron al marxismo, la sinceridad de su comprensión del marxismo… Sabíamos que Fidel era esencialmente un demócrata liberal burgués y que su hermano Raúl, más afín a los comunistas, era miembro del partido. En cuanto al Che Guevara: me parecía el hombre más preparado en materia de teoría de toda la dirección política».

Por cierto que justamente ahí residía el problema. El Che, mentor de Fidel en el camino hacia el socialismo y la relación con la Unión Soviética, se había convertido en el primer hereje de la revolución, un *enfant terrible* con aspiraciones internacionales.

Metutsov, que tuvo muchas conversaciones con el Che, recuerda detalladamente una que duró toda una noche a principios de enero de 1964. Conversaron hasta el amanecer en la biblioteca de la residencia del embajador soviético y luego nadaron juntos en la piscina.

«Inició la conversación… con un reproche —recordó Metutsov—. Dijo que le habían llegado noticias de que en la Unión Soviética, en el Comité Central del partido, se consideraba al Che Guevara un chinófilo, es decir, la persona de tendencia maoísta en la dirección. Y desde luego, éste era el problema crucial».

A continuación, el Che empezó a explicarle «por qué» no era maoísta. «Yo le dije: "Che, créame… esas apreciaciones… de esta aureola maoísta que lo rodea… Le digo que alguien está tejiendo una telaraña… No existe esa actitud hacia usted en nuestro partido; alguien quiere sembrar la discordia entre nosotros».

Mientras hablaba y trataba de tranquilizar al joven, dijo, empezó a embargarlo una sensación extraña. Hombre de mejillas gruesas, cejas espejas, orejas enormes y ojos celestes muy pálidos, Metutsov descubrió que se estaba «enamorando» del Che.

«Le dije: "Sabe, yo sé que soy un poco mayor que usted, pero me gusta, sobre todo me gusta su cara"…, y confesé, confesé mi amor por él porque era un joven muy atractivo… Conocía sus defectos, [teníamos] tantos informes, tanta información sobre él, pero en nuestra conversación, en nuestro trato, bromeábamos, reíamos, hablábamos de cosas poco serias, y olvidé sus defectos… Me sentí atraído por él, ¿entiende? Quería alejarme, separarme, pero me atraía, lo ve… Tenía ojos bellísimos. Magníficos, tan profundos, tan generosos, tan honestos, una mirada tan franca que uno no podía dejar de advertirlo… y hablaba muy bien, con una animación interior, su conversación era así, tan impetuosa, como si sus palabras lo exprimieran a uno».

Metutsov salió bruscamente de su ensoñación romántica y dijo que en el transcurso de la conversación se convenció de que el Che era sincero. «[Dijo que] según sus convicciones ideológicas y teóricas marxistas tenía mayor afinidad con nosotros que con los chinos… y me pidió que lo tuviera en cuenta, que transmitiera [a mis camaradas] que era un amigo de verdad de la Unión Soviética y el partido leninista».

Con todo, la evaluación final de Metutsov era que el Che Guevara desafiaba las definiciones superficiales. «Externamente se podía decir con sinceridad que sí, el Che Guevara estaba contaminado por el maoísmo porque enarbolaba la consigna maoísta de que el fusil puede crear el poder. Y por cierto que se lo puede calificar de trotskista porque fue a Latinoamérica a fomentar el movimiento revolucionario… pero en todo caso pienso que éstas son señales externas, superficiales y que en el fondo, en lo más profundo de su ser, predominaba la aspiración de ayudar a la humanidad sobre la base del marxismo-leninismo».

La «peculiaridad» del Che, observó Metutsov, era su adhesión personal a la causa revolucionaria. «Comprendía que su sobrenombre "Che" se había convertido en la expresión de su personalidad. En nuestras conversaciones tuve la impresión de que él sabía que su retrato ya colgaba en las paredes de la historia, la historia del movimiento de liberación nacional. Su inteligencia le permitía ser consciente de ello sin soberbia, y mientras tanto seguía siendo una persona normal que con sus camaradas buscaba la manera de construir el socialismo en Cuba y hacer de su retrato histórico algo más significativo, más permanente».

El problema del apoyo del Che a la «lucha armada» tal vez preocupaba a ciertos miembros del Comité Central, no así a los líderes del Kremlin o al mismo Jrushov, dijo Metutsov. «¿Le interesaba a la Unión Soviética desarrollar el movimiento revolucionario global? Sí. Entonces, ¿qué tenía de malo que Cuba aportara su grano de arena? Todo iba a parar al mismo saco».

Mientras Metutsov y el Che pasaban la noche conversando, Fidel preparaba un nuevo viaje a la Unión Soviética. El 2 de enero de 1964, en el quinto aniversario de la revolución y en vísperas de su viaje, dirigió un largo discurso al pueblo cubano.

Evidentemente, la misión había despertado grandes expectativas en él; ya se preparaba para arrojar por la borda su neutralidad en la disputa chinosoviética y alinearse abiertamente con la política exterior de Moscú. Habló con hiperbólico entusiasmo sobre el futuro de la economía cubana y ensalzó la relación con la Unión Soviética. Reiteró el apoyo de Cuba a la política de coexistencia pacífica y su deseo de vivir «en paz» con todos los países, incluso Estados Unidos, cualesquiera que fuesen sus sistemas políticos.

Evidentemente, el otro destinatario del discurso era Estados Unidos. Apenas dos meses antes, Fidel y el presidente Kennedy habían iniciado un acercamiento entre bastidores en busca de la distensión; mensajes de sondeo habían circulado entre ambas capitales con vistas a «normalizar» las relaciones, hasta que Kennedy fue asesinado en Dallas.[82] En su discurso a la nación, Fidel indicó claramente su esperanza de que el nuevo presidente, Lyndon Johnson, reanudara la iniciativa interrumpida de manera tan brusca.

Regresó de Moscú portando en una mano un generoso acuerdo a seis años por veinticuatro millones de toneladas de azúcar y en la otra un comunicado soviético-cubano. Esta vez se había comprometido plenamente; Cuba y la Unión Soviética rechazaban la «actividad faccionalista y sectaria» en el movimiento comunista mundial, aceptaban la unidad según los términos moscovitas y, lo más importante, Cuba estaba «dispuesta a hacer todo lo necesario para establecer

relaciones de buena vecindad con los Estados Unidos de América sobre la base de los principios de coexistencia pacífica». Jrushov elogió la nueva «orientación» cubana que ayudaría a «consolidar la paz y aliviar las tensiones internacionales».

Según Maurice Halperin, un politólogo y economista norteamericano que daba clases en Cuba por invitación del Che, el documento firmado por Fidel en Moscú era inequívoco. «El respaldo a la "línea" soviética con respecto a China se veía enormemente fortalecido por la firma de Fidel en un documento de la categoría de un comunicado conjunto». Al mismo tiempo: «El mensaje a Estados Unidos —y por cierto a Latinoamérica— era claro: Castro ofrecía negociar un acuerdo con Washington, Jrushov lo aprobaba y de ahí se infería inevitablemente que Castro estaba dispuesto a abandonar la revolución latinoamericana en aras de un acuerdo».

Desde luego, al igual que la mayoría de las «posiciones» que Fidel expresaba con tanta vehemencia, ésta no era sino una pose destinada al público, que modificaría en poco tiempo y volvería a modificar en el futuro. El apoyo a la «coexistencia pacífica» era poco más que una declaración de intenciones, una carta más en las anheladas negociaciones con Washington. En esos momentos, armas y efectivos cubanos participaban directamente en una serie de conflictos en Latinoamérica y por lo menos uno en África. Mientras Fidel hablaba, los hombres de Masetti rondaban por la selva de Orán, la columna guerrillera del ELN de Héctor Béjar se infiltraba nuevamente en Perú y apenas dos meses antes las autoridades venezolanas habían secuestrado un cargamento de trescientas toneladas de armas enviadas por Cuba a los guerrilleros en ese país. El exjefe de la policía revolucionaria Efigenio Ameijeiras y otros militares cubanos se encontraban clandestinamente en Argelia, donde ayudaban a comandar un batallón blindado en la guerra fonteriza con el vecino Marruecos.

Para el Che, la «coexistencia pacífica» era algo detestable, una frase diplomática destinada a apaciguar al sistema capitalista. Por el momento se calló la boca, pero no cabía duda de que su camino se apartaba del de Fidel. El objetivo de éste era consolidar el bienestar económico de Cuba y su propia supervivencia política, y con ese fin estaba dispuesto a negociar. La misión del Che era extender la revolución socialista. Se acercaba la hora de abandonar Cuba. Depositaba una gran confianza en que Jorge Ricardo Masetti podría darle esa oportunidad.

X

En febrero, el guerrillero cubano Alberto Castellanos regresó de Córdoba al «teatro de guerra». Estaba gordo y debilitado después de un mes de inactividad, mucha cerveza y buena comida en la ciudad. Durante la caminata de tres horas hasta el campamento guerrillero se desmayó tres veces. Cuando llegó, Masetti le informó que el EGP entraría en actividad. Los guerrilleros iban a «dar un pingazo» el 18 de marzo, segundo aniversario del golpe militar que había derrocado a Frondizi.

Pero con el paso de los meses en la selva saturada de agua de Orán, los rasgos autoritarios de Masetti se habían vuelto aterradores; sus manías sobre las deserciones en potencia adquirían un carácter paranoico. El objeto de su persecución era Henry Lerner, un joven estudiante de medicina cordobés que llegó al campamento la noche que ejecutaron a Adolfo «Pupi» Rotblat.

Lerner, como Rotblat, era judío, pero en ese momento no se le ocurrió que eso tuviera algo que ver. Hijo de un comunista veterano, acérrimo «estalinista» según él mismo, Lerner estaba orgulloso de su fortaleza y convicciones y daba por sentado que soportaría la disciplina militar. Pero a medida que crecía la hostilidad del comandante, el cual le asignaba las tareas más rudas, Lerner empezaba a pensar que Masetti lo consideraba indigno de ser guerrillero y trataba de quebrarlo.

Estaba desesperado. Llevado por el reflejo condicionado de obedecer las órdenes y respetar al jefe, trataba de esforzarse al máximo y ganarse la aprobación de Masetti realizando bien todas sus tareas. Pero nada era suficiente; evidentemente, éste lo consideraba «pan blanco».

En Navidad, la red urbana había enviado a los guerrilleros un cargamento de manjares exquisitos. Después de la cena, con la espalda apoyada en un árbol y fumando un cigarrillo, Lerner se dejó embargar por la nostalgia. Pensaba en su familia, en la esposa que lo esperaba en la ciudad, cuando Masetti se acercó por detrás. «Oiga, ¿en qué está pensando?», preguntó perentoriamente. Lerner le dijo la verdad. «O sea que está pensando en desertar, ¿eh?»

Entonces comprendió la gravedad de su situación. Ya conocía la historia del Fusilado, y además la noche de su llegada había presenciado la ejecución de Pupi.

Masetti consideraba que la mera sospecha de que uno pensaba en desertar merecía la muerte. También Bustos advertía el aumento de la tensión; veía una nueva «situación Pupi» en ciernes y estaba alarmado.

Lerner habló en secreto con Bustos y le pidió ayuda. Éste intercedió ante Masetti para decirle que se equivocaba: Lerner era un buen combatiente, leal a la causa, decididamente no era un desertor en potencia. Instó a Masetti a que le diera una oportunidad para «demostrar lo que valía». Por fin, éste cedió: le asignó a Lerner la tarea de vigilar la conducta de otros dos combatientes que según él merecían castigo.

Uno era Nardo, un recluta nuevo cuyo nombre verdadero era Bernardo Groswald. Era judío, tenía diecinueve años y era empleado bancario en Córdoba. La selva implacable lo había destrozado casi al comienzo, y mostraba los mismos síntomas que habían acabado con Pupi. Lerner, que lo había guiado en la primera marcha al campamento, dijo que evidentemente el joven no sabía en qué se había metido.

«Nardo me preguntó si dábamos charlas, si había reuniones… como si viniera a una especie de juegos florales, literarios, y a los dos días ya estaba hecho polvo. Tenía los pies planos, le daba miedo bajar por una parte inclinada y se fue animalizando; era de verdad repelente y su aspecto físico, a medida que fueron pasando los días, se fue animalizando. Para bajar una cuesta bajaba de culo (para un guerrillero o un comandante debe ser una imagen patética), caminaba en cuatro patas, muy sucio, muy desaseado, y, bueno, ya estaba castigado… [le daban] las tareas más duras, ese tipo de cosas».

El otro detenido era «Grillo» Frontini, fotógrafo, hijo de un abogado porteño prominente y acomodado. Como coordinador del EGP en Buenos Aires, había derrochado irresponsablemente el dinero de la organización. Masetti ordenó a Bustos que lo detuviera y lo llevara a las montañas para juzgarlo.

«Arrestó» a los dos jóvenes y asignó a Lerner la tarea de vigilarlos mientras acampaban en la selva durante una semana. Debía observar su conducta, conversar con ellos, determinar si merecían confianza y presentar un informe; de acuerdo con éste, se realizaría un juicio sumario para decidir la suerte de ambos.

Reinaba un clima de demencia. Masetti veía enemigos en todas partes. Sus estados de ánimo eran imprevisibles. En un momento pasaba de la euforia a la más profunda depresión, que le duraba varios días. Padecía dolores espantosos en la columna debido a la distensión del nervio ciático que había sufrido en Argelia durante las competiciones con el Fusilado.

Preocupado por la suerte de Nardo, Bustos suplicó a Masetti que no hiciera nada y le permitiera disponer su evacuación. Sabía de una finca donde había gente de confianza; podían encerrarlo ahí hasta que las circunstancias permitieran liberarlo. Masetti prometió que esperaría.

Mientras tanto, Pirincho había partido en misión especial. Aunque angustiado por la muerte de Pupi, había ocultado sus sentimientos, ganado la confianza de Masetti y convencido a éste de que le permitiera volver a Buenos Aires. Un agente cubano debía llegar a Uruguay con un cargamento de armas. Pirincho debía reunirse con él y traer las armas clandestinamente, cruzando el Río de la Plata en el yate de su familia.

Masetti quería esas armas para su nuevo plan de acción. La CGT, la gran central obrera argentina dominada por el peronismo, desairada por el gobierno de Illia, había anunciado una huelga general. El plan consistía en entregar las armas al grupo de Bengochea y lanzar una serie de ataques relámpago simultáneos contra blancos militares rurales en la zona limítrofe entre las provincias de Salta y Tucumán. La coincidencia de los ataques con la huelga permitiría al EGP anunciar su presencia y a la vez demostrar su apoyo al movimiento obrero. A continuación, los guerrilleros escaparían por la cordillera andina a una nueva base de operaciones situada unos cientos de kilómetros al sur; Masetti ya había realizado una exploración preliminar en busca de vías de fuga. Su desaparición desconcertaría a las fuerzas de seguridad al crear la impresión de un grupo guerrillero mucho más grande de lo que era en realidad. Fidel y el Che habían empleado esa táctica con éxito durante los primeros tiempos de la guerra, y Masetti quería emularlos.

Además, le preocupaba el problema de la organización. En febrero pidió a Bustos que se pusiera en contacto con Pirincho en la ciudad para preguntar cómo marchaba la entrega de las armas. Bustos fue a Buenos Aires y concertó una cita, pero Pirincho no apareció. Lo mismo sucedió en una segunda cita. Finalmente, aceptó reunirse con él en la estación del ferrocarril Belgrano. Cuando llegó a la cita, Bustos vio que había tomado precauciones: Pirincho evidentemente temía que lo hubieran señalado para una «medida extrema». No sólo había escogido un lugar público para el encuentro, sino que varios amigos suyos vigilaban atentamente las salidas.

«Pirincho me dijo que había asistido al encuentro para darme explicaciones a mí, no a Segundo —recordó Bustos—, quería explicarme a mí porque sabía que yo lo iba a entender… [Me contó] su quiebra, que él había perdido al fe en el grupo cuando lo del asesinato y que él sabía que había una cosa [guerrillera] más allá de la personalidad de Segundo, y eso es lo que él respetaba y le iba a hacer

mantenerse leal. [Dijo:] "Yo quiero salir de acá, me voy a ir a Europa, nadie va a decir una palabra, doy mi palabra de que no voy a decir nada."»

Durante la ausencia de Bustos, Masetti violó su promesa sobre Nardo. Después de pasar una semana con sus dos presos, Lerner había regresado al campamento y presentado su informe. Grillo era «recuperable», pero no había «nada que decir» sobre Nardo, cuya conducta había empeorado.

«No hablaba —recordó Lerner—… No podía con su alma, se ponía a cuatro patas, se arrastraba, estaba animalizado, pobrecito, lloraba, se masturbaba. Así se higienizaba, era una higiene primitiva».

Masetti dispuso el juicio. Federico era el fiscal, Héctor el abogado defensor y Hermes el presidente del tribunal. Lerner recuerda que se sentaron en torno del tribunal «como un coro». Su memoria ha bloqueado la mayor parte del proceso, que duró diez o quince minutos, pero sí recuerda haber pensado que Nardo «había decidido inculparse» porque no respondió a la acusación de que si lo liberaban y caía preso, revelaría todo lo que sabía.

Desde luego que el veredicto estaba pretederminado y no tardó en llegar. «Se lo condenó a muerte —dijo Lerner—. Iba a ser fusilado por no cumplir las leyes revolucionarias».

Pero la agonía de Nardo aún no había terminado; pasaría una noche más con vida, estrechamente vigilado. Masetti resolvió que lo matarían al amanecer del día siguiente, 19 de febrero, y que los voluntarios más recientes formarían el «pelotón de fusilamiento», así empezarían a hacerse duros.

Al alba cavaron la fosa y lo fusilaron junto a ella. Lerner miraba desde un costado. A último momento, cuando se dio la orden de fuego, vio que Nardo hinchaba el pecho. «Hinchó el pecho, miró de frente y no lloró, no tembló, no se cayó, no pidió nada».

Después, nadie dijo nada. «Todos nos escondíamos de nosotros mismos», dijo Lerner. Masetti actuaba como si nada hubiera sucedido. Dio la orden «de seguir con la tarea. Se le enterró, se le tapó, se siguió la vida normal… Era parte de la vida guerrillera».

El EGP se había liberado nuevamente del «contagio» de la presencia de «panes blancos» en su seno. Se levantó el manto de sospecha sobre Henry Lerner y Masetti empezó a tratarlo mejor. Pasaron muchos años antes de que Lerner asumiera el hecho de que había estado a punto de ser una víctima más de Masetti.

El hecho era que Miguel, Pupi, Nardo y él mismo eran judíos, y que Masetti había hecho sus primeras armas políticas en la ultranacionalista y antisemita Alianza Libertadora Nacionalista.

Bustos regresó. Estaba trastornado por la suerte de Nardo, pero no había nada que hacer, y debían ocuparse de problemas más graves. Cuando informó sobre la deserción de Pirincho, Masetti no quiso creerle: Pirincho era un muchacho ejemplar, jamás desertaría. Sabía que tenía problemas con su novia, seguramente ése era el problema, Bustos lo había interpretado mal. Le ordenó que volviera a Buenos Aires y regresara con él.

Pero era demasiado tarde. No sólo para Pirincho, que había viajado a Europa y desaparecido tal como había dicho. La suerte del Ejército Guerrillero del Pueblo estaba echada. Pocos días después de la partida de Bustos hacia la ciudad, llegaron cinco voluntarios nuevos enviados por una célula comunista disidente de Buenos Aires. Dos eran agentes clandestinos de la DIPA, la policía secreta argentina. Su misión era infiltrarse en el EGP, descubrir su base de operaciones y volver con la información.

Simultáneamente con la infiltración, la gendarmería había detectado a los guerrilleros. El proveedor y correo del grupo en Salta, el joven y culto Enrique Bolini-Roca, no había sabido hacerse pasar por un librero provinciano; no podía explicar por qué hacía tantos viajes en su camioneta y era demasiado apuesto. Lo acosaban las mujeres, llamaba la atención. Los gendarmes descubrieron y empezaron a vigilar el sitio aislado en la ruta SaltaOrán adonde solía ir. A continuación enviaron una primera patrulla de reconocimiento a la selva.

Ésta se topó inmediatamente con un grupo de guerrilleros en el pequeño campamento donde almacenaban las provisiones antes de enviarlas al grupo principal en las montañas. Allí estaban, entre otros, Castellanos, Lerner, Grillo Frontini y un combatiente conocido como «el Marqués». Dijeron que habían salido a cazar «pavos silvestres» en el monte. No les creyeron. También cayeron los dos agentes de la DIPA, quienes revelaron su identidad y presentaron su informe. La gendarmería envió otras patrullas y poco a poco el EGP empezó a caer.

El 18 de abril, el pelotón de vanguardia del Che estaba totalmente liquidado. Hermes murió en una emboscada en la casa de un campesino. Con él murieron un estudiante de filosofía llamado Jorge, el campesino y uno de los soldados. Masetti y el resto de los guerrilleros se dividieron en grupos para intentar la fuga a través de las montañas.

Treparon y treparon. En poco tiempo llegaron al bosque húmedo y brumoso

de la alta montaña, a unos tres o cuatro mil metros sobre el nivel del mar. No tenían alimentos. Andaban a ciegas debido a la niebla. Tres de los bisoños murieron de hambre mientras dormían.

Masetti, incapaz de caminar debido a la lesión de la espalda, integraba otro grupo con Atilio, Héctor y Antonio Paul. Envió a estos dos a buscar a los demás. Cuando descendían la montaña, Antonio se cayó de un precipicio sobre un río; Héctor trató de agarrarlo, pero cayó a su vez. Antonio se desnucó contra una roca; Héctor cayó al agua. Se arrastró hasta él, le inyectó una dosis de morfina y permaneció a su lado hasta que murió.

En pocos días capturaron al resto de los supervivientes. Bolini-Roca y los demás miembros de la red urbana cayeron en Jujuy, Orán y Buenos Aires. Bustos y los integrantes de la red cordobesa pasaron a la clandestinidad y huyeron a Uruguay. Furry volvió a Cuba sin que lo descubrieran.

De Masetti y Atilio nunca se supo nada más. La gendarmería rastreó el bosque y salió con las manos vacías. A fines de abril dieciocho guerrilleros estaban encerrados en la cárcel de Orán; entre ellos se contaban Castellanos, Lerner, Frontini, Federico y Héctor Jouve. El grupo se mostró hermético e impenitente. Reconocieron y reivindicaron sus objetivos revolucionarios, pero ocultaron los vínculos con Cuba e incluso guardaron el secreto de la identidad de Alberto Castellanos, el escolta del Che.

Con todo, la conexión cubana salió a la luz rápidamente. La policía encontró el diario de Hermes; el análisis de la jerga empleada le permitió determinar la nacionalidad cubana del difunto. Las fuerzas de seguridad verificaron el origen de las armas incautadas: los fusiles automáticos belgas FAL eran parte de un cargamento vendido por la Fabrique Nationale a Cuba. Varios dólares hallados entre los efectos de los guerrilleros también procedían de la isla. En cuanto a las armas de fabricación soviética, no podían provenir de otro país en el hemisferio.

La prensa especuló en voz alta. ¿Era el Che Guevara la fuerza motriz que se escondía detrás del EGP? Cuando se reveló que el difunto Hermes Peña era uno de sus escoltas, fue fácil establecer la conexión. Y al identificarse al desaparecido Comandante Segundo con Jorge Ricardo Masetti, a quien el Che elogió públicamente como un «revolucionario heroico», el asunto se convirtió en objeto de polémica.

Ni el Che ni ninguno de los participantes en la aventura dieron detalles más concretos. El episodio de la «guerrilla salteña» perduró como un enigma, un pequeño incidente relegado inmediatamente por sucesos más importantes y

dramáticos. Sólo un puñado de gente conocía la importancia del episodio para el Che y sabía que el fracaso de Masetti había alterado el curso de su vida y de la historia.

Jamás hallaron a Masetti. Sus compañeros supervivientes creen que hay sólo tres explicaciones posibles para su suerte. Según una teoría, Masetti y Atilio se suicidaron al comprender que no tenían escapatoria. Según otra, murieron de hambre. La tercera dice que los gendarmes los hallaron, se quedaron con los veinte mil dólares que se dice que Masetti llevaba consigo y los asesinaron para conservar el secreto.

Poco después se inició el juicio de los guerrilleros. Aunque contaban con un buen equipo de abogados que incluía al padre de Grillo, Norberto Frontini, al abogado izquierdista cordobés Horacio Lonatti, Ricardo Rojo y Gustavo Roca, todos recibieron condenas de cuatro a catorce años. Federico «el Flaco» Méndez recibió la sentencia más larga por haber sido el fiscal en la ejecución de Nardo; Héctor Jouve fue condenado a doce años por su papel en el mismo proceso. Las sentencias de Castellanos y Lerner fueron de cinco años. Todos apelarían, pero por el momento era poco lo que se podía hacer por ellos.[83]

La horrible caída de su foco fue un golpe rudo y desconcertante para el Che. Recibió la noticia en Europa, donde asistía como orador a la conferencia de fundación de la UNCTAD, la Conferencia de la ONU sobre Comercio y Desarrollo, iniciada a finales de marzo de 1964 en Ginebra. De allí fue a París, donde Gustavo Roca lo puso al tanto del desastre en curso. Después de breves escalas en Argel y Praga, llegó a Cuba el 18 de abril, el mismo día que mataron a Hermes. Con el paso de las semanas sin noticias de Masetti, el Che comprendió que probablemente estaba muerto. Además de una tragedia personal, los planes que había trazado con tanto cuidado para lanzar la lucha armada en la Argentina habían sufrido un duro revés. No sólo había perdido a dos de sus discípulos más entrañables —Hermes y Masetti—, sino que evidentemente ellos habían hecho caso omiso de sus advertencias y cometido una serie de errores que habían provocado su caída.

Pocos conocían la profunda nostalgia que sentía el Che por su tierra natal. La periodista argentina Rosa María Oliver creyó vislumbrar sus sentimientos durante una conversación en febrero de 1963. Tomaban mate y conversaban nostálgicos sobre su país, cuando el Che se golpeó la rodilla con una mano y exclamó en un tono casi suplicante:

—Bueno, basta, no hablemos más de Argentina.

—¿Por qué, si usted la quiere mucho? —preguntó Oliver.

—Por eso mismo…

Poco después de recibir la noticia de la desaparición de Masetti, Alberto Granado fue a verlo a su despacho y lo halló tan deprimido que trató de levantarle el ánimo con bromas:

—¿Qué te pasa, Che, que tenés cara de perro muerto?

—Petiso, aquí me ves detrás de un escritorio, jodido mientras mi gente muere en las misiones adonde la envío.

El Che se puso a pensar en voz alta: ¿por qué Hermes, un guerrillero experimentado, no había seguido sus instrucciones de estar siempre en movimiento? La perdición del grupo fue haber permanecido en un lugar hasta que los descubrió la gendarmería argentina. La norma fundamental de la guerra de guerrillas era el movimiento constante: si Masetti lo ignoraba, Hermes debía saberlo. Por eso lo había enviado, para que aportara a la misión sus instintos y conocimientos de guerrillero veterano, pero había sido en vano.

El fracaso de la guerrilla en Salta significó para el Che un momento crucial. Una vez más, hombres «buenos» pero inexpertos habían sido incapaces de poner a prueba sus teorías de la guerra de guerrillas. Por consiguiente, le incumbía a él demostrar la efectividad de sus ideas. Así como la Revolución Cubana había contado con un Fidel como caudillo para reunir y aglutinar las distintas fuerzas revolucionarias en una máquina de combate eficaz, el éxito de la revolución continental dependía de la presencia física de un dirigente reconocido: él mismo.

26. EL LARGO ADIÓS

I

En el verano de 1964, el Che había resuelto abandonar Cuba y volver al campo de batalla revolucionario. La pregunta era adónde ir. En alguna parte tenían que darse las condiciones necesarias. A partir de entonces, ese objetivo se convirtió en su mayor obsesión.

Su presencia ya no era indispensable en la isla. La revolución difícilmente podía estar más consolidada. Aunque abundaba la actividad contrarrevolucionaria auspiciada por la CIA y los aviones de espionaje U-2 seguían sobrevolando el espacio aéreo, una invasión norteamericana parecía improbable en el futuro inmediato; después de todo, Kennedy lo había prometido a cambio del desmantelamiento de los misiles nucleares soviéticos. Ninguna promesa era inviolable, pero el sucesor de Kennedy, Lyndon Johnson tenía otras cosas de que ocuparse: el áspero debate sobre los derechos civiles de los negros, la inminente campaña presidencial y la escalada del conflicto en Vietnam con la intervención directa de las tropas norteamericanas para apuntalar al inestable Vietnam del Sur contra el Norte comunista.

Jrushov ensalzaba a Cuba como «la hija» de la Unión Soviética y en La Habana ya no se cantaba en público «Nikita mariquita». La ayuda soviética a la isla era más generosa que nunca, pero con ella se incrementaba la dependencia cubana de Moscú. La situación disgustaba al Che, pero al menos, por el momento, Fidel parecía tener menos reservas y en todo caso no le quedaban alternativas a la vista.

El Che aún estaba convencido de que a largo plazo, la independencia de Cuba no dependía de los subsidios soviéticos sino del triunfo de la revolución latinoamericana. Al compartir sus recursos colectivos, una comunidad fraternal de Estados revolucionarios latinoamericanos podría reducir la dependencia tradicional de sus países de las fuerzas externas, incluido Moscú, e inaugurar una nueva era socialista en el mundo en desarrollo.

Otros factores motivaban la decisión del Che de partir. Ya existían en 1962, cuando el foco de Salta aún estaba en la etapa de planificación, pero en 1964 se habían agudizado. El clima político cubano se volvía cada vez más claustrofóbico; la nómina de enemigos del Che en el país y el exterior crecía sin cesar.

La exportación de la lucha armada a sus países había enfurecido a los

partidos comunistas tradicionales de la región. Indignados por el episodio salteño, el Partido Comunista argentino y su venerable caudillo Victorio Codovilla habían condenado enérgicamente el foco de Masetti, señalando que los comunistas del grupo eran extremistas «expulsados» de la organización. De más está decir que tanto los comunistas peruanos como Monje y sus camaradas bolivianos se mostraban afines a la posición de Codovilla y, como él, se lo hacían saber a Moscú.

A pesar de las afirmaciones repetidas del Che, en el Kremlin persistía la convicción generalizada de que era un maoísta, un extremista peligroso, un «trotskista». Los chinos estaban al tanto de los rumores y lo perseguían obstinadamente. En Ginebra, durante la conferencia de la ONU sobre comercio y desarrollo, agentes chinos lo seguían a todas partes, vigilaban el vestíbulo de su hotel y tomaban nota de los que subían en el ascensor hasta su piso.

Sergo Mikoyán, presente en Ginebra durante la conferencia, trató de concertar un encuentro informal del Che con el ministro de Comercio Exterior soviético Nikolái Patolichev con el fin de que se conocieran y a la vez disipar los rumores.

En el hotel, Mikoyán advirtió la presencia de los chinos en el vestíbulo. Subió a la habitación donde el Che lo recibió con alborozo, aceptó inmediatamente reunirse con Patolichev y a continuación preguntó: «¿Vio usted chinos en el vestíbulo?» Ante la respuesta afirmativa, el Che asintió: «Ustedes los de Moscú creen que soy agente chino o que tengo relaciones con ellos, pero [no es así]. La verdad es que me siguen constantemente».

Pero la mayoría de la dirigencia soviética desconfiaba de semejantes declaraciones de inocencia. En Cuba, todos sus ayudantes conocían su favoritismo para con los chinos debido a sus muestras «desinteresadas» de solidaridad revolucionaria. Orlando Borrego señaló que los únicos técnicos chinos que trabajaban en la isla lo hacían en el ministerio del Che y gratuitamente, en tanto los soviéticos exigían sueldos y vivienda pagaderos con los créditos concedidos por Moscú al gobierno de Fidel. El Che no ocultaba su opinión de que los chinos demostraban una «moral» socialista «más auténtica». En aquellos tiempos ideológicos, cuando la menor desviación de la política del Kremlin era señal de herejía o peor aún, de traición, el Che se había mostrado de acuerdo una y otra vez con la línea china para la revolución socialista. Si recibía atenciones de Pekín, sin duda las había solicitado.

Así cayó un manto de sospechas sobre todas sus actividades en Cuba, incluso en el trato con sus camaradas más entrañables como Raúl Castro, quien había forjado vínculos fuertes con los militares soviéticos y los líderes del partido.

Desde los días en México y en la sierra, cuando Raúl era el aliado más firme del Che y le demostraba una total consideración, la relación entre ambos había variado de acuerdo con sus divergencias de visión política, y si bien aún persistía cierta afinidad, se dice que discutían con frecuencia. Algunos cubanos dicen que el punto de inflexión fue la negociación por los misiles soviéticos en el verano de 1962, cuando el Che recibió la orden de «hacer limpieza» después de la partida de Raúl. A medida que se agriaban las relaciones del Che con Moscú, Raúl se volvía cada vez más prosoviético y se dice que le gustaba hacer chistes a costa del Che como «el agente de China» en la isla.

En otro frente, la política industrial del Che estaba en tela de juicio y se desarrollaba una polémica ideológica rabiosa, aunque fraternal, sobre la orientación y el control de la economía. Se había generado una violenta oposición a su concepción del «sistema financiero presupuestario» en virtud del cual las empresas estatales compartían sus bienes y recursos en lugar de competir entre ellas según el sistema de «capitalismo de Estado» aplicado en la Unión Soviética y por el cual abogaban los soviéticos. Sus adversarios principales eran Carlos Rafael Rodríguez, a quien Fidel había puesto a cargo de la agricultura desde la dirección del INRA, y Marcelo Fernández, su antiguo oponente en el 26 de Julio, ahora funcionario del Ministerio de Comercio Exterior.

La disputa ideológica se libraba en torno a la posición del Che de establecer «incentivos morales» además de «incentivos materiales» para desarrollar una conciencia comunista entre los trabajadores cubanos. El sistema empleado en la Unión Soviética derivaba de la Nueva Política Económica adoptada por Lenin en 1924 para provocar el despegue de la economía estancada de la posguerra civil. Admitía formas de competencia capitalista entre las fábricas y los obreros individuales como un medio para aumentar la producción. El Che pensaba que con ese sistema los obreros jamás podrían adquirir respeto socialista por su trabajo, una actitud que sólo se podía generar por medio de incentivos morales. Tal era la idea motriz de su plan de trabajo voluntario, la demostración de que uno estaba «dispuesto a sacrificarse» por el bien común.

También estaba en discusión la futura orientación de la economía. El sueño del Che de industrialización rápida se había estancado muy pronto. Él aceptaba que parte de la responsabilidad era suya por haberse «apresurado» con una mano de obra no calificada y recursos insuficientes, pero existían otros factores que no podía controlar: la incompetencia, la falta de conocimientos técnicos y, con frecuencia, la mala calidad de los equipos y materiales importados de la Unión Soviética: algo que lo enfurecía y que no dejaba de destacar. La alternativa era volver a «Su Majestad el Azúcar». A mediados de 1964, tras la firma de un nuevo acuerdo azucarero y con la oferta de Jrushov de ayudarlos a inventar una nueva

máquina para mecanizar la zafra, estaba bastante claro que el futuro de Cuba no estaba en la industria sino en la agricultura. En cierta medida, esta realidad atentaba contra el sueño del Che de crear el Hombre Nuevo Socialista.

Por último, el Che no era cubano sino argentino, y aunque jamás lo dijo en público, seguramente persistía en él la sensación de que éste era el país «de ellos». Hombres leales formados por él, que creían en sus métodos, podían dirigir la batalla en su ausencia, pero para él había llegado el momento de abandonar la escena.

Acaso también era consciente de su edad. A punto de cumplir los treinta y seis años, aún podía marchar, combatir y liderar hombres, pero si dejaba pasar el tiempo sería demasiado tarde.

II

Su primera tarea era reconstruir y extender la infraestructura guerrillera clandestina en Sudamérica, golpeada pero no destruida por el fiasco salteño. Aparte de Alberto Castellanos, los bolivianos y cubanos habían salido ilesos, así como también la red clandestina urbana en Córdoba, Buenos Aires y otras ciudades argentinas. El mayor daño lo habían sufrido los propios guerrilleros y la red clandestina de apoyo inmediato en Salta. Cuando la columna de Masetti se derrumbaba, el Che enviaba un efectivo nuevo y valioso a Sudamérica; Tania estaba en camino.

Había terminado su instrucción como espía en marzo de 1964 y el Che la había convocado a su oficina en el Ministerio de Industrias; Renán Montero, uno de los agentes principales de Piñeiro, también estaba presente. Había participado en varias misiones, incluida la infortunada aventura nicaragüense de Rodolfo Romero en 1959. El Che le dijo a Tania que quería enviarla a Bolivia como agente secreto. Debía adquirir una identidad legal y conocer al mayor número de gobernantes que fuera posible. Permanecería allí por tiempo indeterminado para entrar en acción cuando llegara el momento. Según Piñeiro, escogieron a Tania para ir a Bolivia entre otros motivos porque hablaba alemán y eso le facilitaría el ingreso en la influyente comunidad de inmigrantes de esa nacionalidad. Según él, no le dijeron que más adelante el Che se reuniría con ella.

La embargaba el orgullo; el Che había reconocido sus méritos y le había asignado una misión clave en la revolución continental. Poco después partió de Cuba para viajar por Europa Occidental para poner a prueba su «leyenda» (su identidad falsa), y conocer los lugares de su biografía ficticia.

A continuación, el Che convocó a Ciro Bustos a La Habana para interrogarlo y darle nuevas instrucciones. Después de la debacle, Bustos se había dedicado a tareas de limpieza mientras esperaba órdenes de «la isla», como llamaban a Cuba en los círculos clandestinos. Con ayuda de los académicos cordobeses había formado el equipo de abogados defensores de los presos. También había alquilado una casa en Montevideo, Uruguay, que serviría de guarida para Furry y otros dos conspiradores, Petiso Bellomo y Emilio Jouve, el hermano de Héctor, a quienes ayudó a salir clandestinamente del país.

Más importante aún, Bustos había dirigido la transferencia de las armas

destinadas al foco salteño a dos grupos independientes. Uno era el grupo trotskista disidente del Vasco Bengochea, que pensaba iniciar un foco nuevo en Tucumán; el otro era la organización incipiente de «cañeros» izquierdistas uruguayos dirigida por Raúl Sendic.

«Sendic pidió la reunión por intermedio de unos contactos del Petiso Bellomo —dijo Bustos—. El encuentro tuvo lugar un domingo por la tarde en una playa del Cerro, en el cordón industrial de Montevideo. Él se disfrazó de pobre pescador viejo y yo de paseante solitario. Un poco más allá, no muy lejos, sus muchachos jugaban al fútbol en la playa. Un poco más cerca estaba el gordo Emilio, el hermano de Héctor, que pescaba y me servía de "campana". Sendic me interrogó exhaustivamente sobre las razones del fracaso [en Salta] y pidió dos cosas: un curso de instrucción en medidas de seguridad y algunos "fierros" [armas]».

Bustos aceptó instruir a uno de los hombres de Sendic en los rudimentos de la seguridad y otros conocimientos básicos. (Tres décadas más tarde, dijo Bustos con cierta ironía, su antiguo «pupilo» era un conocido y respetado economista que colaboraba con el gobierno uruguayo.) También autorizó a Emilio a entregar parte de las armas del EGP ocultas en Uruguay al grupo de Sendic. Aunque en ese momento no lo sabía, su decisión de ayudar a los uruguayos tendría consecuencias históricas. Desde ese humilde punto de partida, la organización de Sendic se convertiría rápidamente en la célebre y consumada guerrilla urbana de Tupamaros, cuyas acciones estremecerían a la sociedad uruguaya hasta la médula.

Bustos viajó a La Habana con Pancho Aricó, director de *Pasado y Presente* y mentor ideológico del grupo de apoyo cordobés. Éste era el único miembro del grupo que había visitado a Masetti en el monte antes de su muerte y desde entonces, tanto él como sus compañeros Oscar del Barco y Héctor «Toto» Schmukler se habían convencido de que la teoría guevarista del foco era inaplicable en la Argentina.

«Pancho fue a Cuba a ver al Che con la intención de exponerle nuestras críticas, nuestro pensamiento de que la cosa [la guerrilla rural] no funcionaría tácticamente —dijo Toto Schmukler—. Pero no pudo abrir la boca. El Che habló dos o tres horas y Pancho no dijo nada». Posteriormente, Pancho dijo a sus compañeros que al encontrarse frente al Che, se sintió tan abrumado por la fuerza de su presencia y sus argumentos, tan intimidado, que no pudo contradecirlo. «Era el *Che*»: ésa fue su explicación.

Lo mismo le ocurrió a Bustos, que se reunió con el Che varias veces después de lo ocurrido en Salta para decidir un nuevo plan de acción. El Che le dijo que no

podía entender por qué algunos hombres se habían muerto de hambre. Bustos quiso explicarle las condiciones de la jungla de los alrededores de Orán, una región prácticamente sin campesinos ni ninguna clase de comida; las dificultades de la caza, cómo en un punto los guerrilleros habían abatido un tapir imposible de comer más tarde porque la carne se había podrido. «Cuando se lo conté, el Che dijo que habrían tenido que hervirla más tiempo, para que los ácidos se transformaran o algo parecido, y no hubiera pasado nada».

El punto de vista del Che era evidente. Podía formarse un foco de guerrilla rural, pero había que hacerlo bien. Bustos tenía sus dudas, pero a diferencia de Aricó no había perdido todas sus esperanzas. Pensaba que el nuevo intento debería concentrarse en la construcción de infraestructura que se extendiera a varias zonas, a fin de asegurar la supervivencia. Los guerrilleros no podían esperar vivir de la caza, ni podían confiar, como el grupo de Masetti, en el suministro de comida enlatada de la ciudad, con camiones de reparto yendo y viniendo, y una organizada red de abastecimiento que al final había despertado las sospechas de la policía.

Según Bustos, el Che estaba de acuerdo con él. «Me dijo: "Vete allá y vamos a hacer, pon en marcha tu plan, con tiempo, sigue haciendo las relaciones políticas y hay gente que hay que ver."»

Bustos entendió que tenía que trabajar con cualquier grupo que quisiera comprometerse con la lucha armada y al mismo tiempo organizar un frente guerrillero nacional coordinado. No se iba a nombrar por el momento ningún jefe político-militar ni habría una inminente llamada para echarse al monte; su trabajo, de duración indefinida, era sólo preparatorio.

El dinero era uno de los obstáculos más importantes. Bustos dice que el Che no le asignó ningún presupuesto para trabajar sobre esta base, aunque le proporcionó «ciertas ayudas». Hablaron de recaudar fondos y Bustos le mencionó la estrategia de «expropiación» que defendían los compañeros más activos: atracar bancos. Era la misma propuesta que había hecho el Che cuando se había puesto al mando de las fuerzas revolucionarias de Las Villas a finales de 1958, pero la situación era distinta; Cuba estaba entonces en plena guerra civil y el Che ejercía el mando de manera directa y personal. Las condiciones no eran iguales en Argentina y no quería que las cosas se le escaparan de las manos antes de que calara la insurrección. El Che descartó el plan de atracar bancos. «No —dijo a Bustos—. Empiezas asaltando bancos, y se termina el asunto…»

Antes de partir, Bustos se reunió con Furry, Ariel y Papi, y prepararon vías de entrada y puntos de contacto para recibir y enviar mensajes, personal, dinero y

material hacia y desde La Habana. Uruguay, uno de los pocos países latinoamericanos que todavía tenían relaciones diplomáticas con Cuba, sería su estación de relevos mientras fuera posible.

El 20 de mayo, estando aún en Cuba, Bustos recibió un telegrama informándole de una explosión en la calle Posadas, en el centro de Buenos Aires. Vasco Bengochea y cuatro de sus hombres habían estado fabricando bombas en la sexta planta de un edificio de viviendas y los cinco habían volado en pedazos. Fue el fin del grupo Tucumán. Fue un duro revés, pero según contaría Bustos al Che no pareció afectarle el episodio. «Asumía las cosas con mucha calma».

Tras la partida de Bustos, el Che y Fidel tuvieron divergencias temporales sobre estrategia. Bombardeados por el lenguaje hostil del gobierno Johnson, que endurecía las sanciones comerciales y renovaba las medidas (de inspiración norteamericana) para que la Organización de Estados Americanos aislase Cuba, Fidel se inclinaba por una política de apaciguamiento.

En una serie de entrevistas que concedió en julio a Richard Elder, corresponsal del *New York Times*, Fidel, de manera indirecta, se ofreció a terminar con el apoyo de Cuba a los movimientos revolucionarios de Latinoamérica a cambio de que cesaran las actitudes hostiles contra Cuba. Para Fidel era una cuestión de realismo político. Había aprendido la lección en la línea dura del arte del toma y daca observando a Jrushov durante y después de la crisis de los misiles (el mandatario ruso había atajado la crisis entrando en conversaciones con Washington y firmando en agosto de 1963 un tratado de prohibición de las pruebas nucleares) y pensaba que podía aprovechar la situación contemporánea en beneficio de Cuba. Fidel dio a entender a Elder que adoptaba aquella nueva postura por consejo soviético y expresó sus deseos de que en las inminentes elecciones presidenciales de noviembre Johnson ganara a su rival, el senador republicano Barry Goldwater, y reanudara las conversaciones de tanteo en favor de un entendimiento con Cuba que ya había comenzado John Kennedy.

Veinticuatro horas después de publicarse la entrevista con Fidel, el Departamento de Estado norteamericano hizo unas declaraciones rechazando taxativamente la oferta; no habría negociaciones con Cuba mientras la isla estuviera vinculada a la Unión Soviética y siguiera «fomentando la subversión en América Latina». Fidel, a pesar de aquella muestra de desprecio, guardó un silencio diplomático que daba fe de la seriedad con que se había tomado el asunto.

Ni siquiera quiso ceder a la tentación de responder a las provocaciones, por ejemplo cuando el 19 de julio un soldado cubano fue muerto de un tiro por un norteamericano de la base de Guantánamo. Raúl tomó la palabra durante el

multitudinario entierro con que se honró al difunto y dejó claro que seguía las indicaciones de su hermano. El disparo, dijo, iba contra Cuba, contra el presidente Johnson y contra la paz. Si salía elegido Goldwater, habría guerra.

Pocos días después, el Che expresó públicamente sus posiciones intransigentes. El 24 de julio, en una fábrica de Santa Clara, recordó a su auditorio que tenían el deber de combatir al imperialismo «dondequiera que aparezca y con todas las armas a nuestra disposición». No importaba a quién elegían presidente los norteamericanos: el enemigo era el mismo. Nunca estuvo tan próximo a refutar públicamente la doctrina del «jefe máximo», y si Fidel se lo echó en cara, lo hizo a puertas cerradas. En todo caso, esta vez la posición del Che resultó más realista que la de Fidel.

Dos días después, la OEA aprobó una resolución vinculante para todos sus miembros de imponer sanciones a Cuba y ordenó a todos los que no habían roto relaciones que lo hicieran inmediatamente. Brasil, tras su resistencia inicial, lo había hecho en mayo, y ahora lo siguieron los demás morosos; Bolivia y Chile lo hicieron en agosto, Uruguay en septiembre. La única nación que se negó a aceptar la resolución fue México.

Mientras Washington cantaba victoria, Fidel repetía su oferta de una distensión. El 26 de julio dijo que Cuba estaba dispuesta a aceptar las «normas del derecho internacional» a cambio de una normalización de las relaciones con sus vecinos. Si el país debía desistir de su «ayuda a otros revolucionarios» en aras de la paz, que así fuera, siempre que hubiera gestos de reciprocidad. Para no dejar lugar a dudas de que la oferta estaba concebida en el marco de la política exterior soviética de la «coexistencia pacífica», afirmó en conclusión: «Nuestra posición es que estamos dispuestos a vivir en paz con todos los países, todos los Estados de este continente, independientemente de los sistemas sociales. Estamos dispuestos a vivir bajo un sistema de normas internacionales a ser cumplidas sobre bases iguales por todos los países».

Después de ofrecer la zanahoria a los norteamericanos, Fidel blandió el garrote para salvar las apariencias: «El pueblo de Cuba advierte que si no cesan los ataques de piratería procedentes del territorio norteamericano y la cuenca del Caribe… así como el envío de agentes, armas y explosivos a territorio cubano, el pueblo de Cuba se considerará en el mismo derecho de ayudar con todos los recursos a su disposición al movimiento revolucionario en todos aquellos países que intervengan de la misma manera en los asuntos internos de nuestra patria».

No cabía duda de que Fidel hacía una cautelosa oferta de paz, pero al igual que la oferta que el Che había hecho en Punta del Este en 1961, el gesto fue para los

estrategas políticos norteamericanos una señal de debilidad, merecedora del mismo desprecio. El discurso apaciguador de Fidel, que coincidía con la resolución de la OEA, generó un estado de ánimo triunfalista: la presión sobre Cuba empezaba a dar resultados y había que mantenerla hasta liquidar a Castro. Desde luego, se equivocaban por completo. Al fracasar su oferta de paz respaldada por el Kremlin, Fidel volvió al camino de la confrontación instigado obstinadamente por el Che.

Los sucesos internacionales dieron un fuerte impulso a este viraje. El 5 de agosto, los aviones norteamericanos bombardearon Vietnam del Norte en represalia por presuntos ataques de buques artillados de Hanoi a las fuerzas navales de Estados Unidos en el golfo de Tonkín. Dos días después, el Congreso aprobó la Resolución del Golfo de Tonkín, que le daba a Johnson luz verde para intensificar la intervención militar en Vietnam. Así comenzó lo que los norteamericanos llamarían la Guerra de Vietnam. Cuba denunció el bombardeo norteamericano en términos vibrantes y reclamó la «unidad» del campo socialista mundial en defensa de Vietnam contra la «agresión imperialista yanqui». Para La Habana, la crisis vienamita representaba una oportunidad extraordinaria para reparar la ensalzada fraternidad socialista dañada por la disputa entre los dos colosos del comunismo.

El Che saltó a la palestra. El 15 de agosto, en una ceremonia de entrega de premios a obreros comunistas que se habían destacado en el trabajo voluntario, aseguró al país que a pesar del aislamiento creciente, era parte de una comunidad internacional de Estados revolucionarios. Y en las naciones latinoamericanas que se habían alineado con la política de «contención» de Washington triunfarían luchas armadas revolucionarias que extenderían aún más la alianza socialista.

«No importa que los tiempos sean tiempos donde soplen vientos de fronda, donde las amenazas germinen día a día, donde los ataques piratas se desaten contra nosotros y contra otros pueblos del mundo; no importa que nos amenacen con que si Johnson o si Goldwater…; no importa que cada día el imperialismo esté más agresivo, los pueblos que han decidido luchar por su libertad y mantener la libertad alcanzada, no se pueden dejar intimidar por eso. Y juntos construiremos la nueva vida, juntos, porque estamos juntos, nosotros aquí en Cuba, la Unión Soviética o la República Popular China allá, y Vietnam luchando en el sur de Asia».

Recordó al público que en América Latina dos luchas revolucionarias —en Guatemala y Venezuela— avanzaban al «infligir derrota tras derrota al imperialismo». En toda África los movimientos de liberación nacional estaban en ascenso. En el ex Congo Belga, los herederos del ejemplo revolucionario de Patrice

Lumumba aún combatían y sin duda iban a triunfar. En la colonia portuguesa de Guinea, el ejército de liberación liderado por Amílcar Cabral ya controlaba la mitad del territorio nacional: éste no tardaría en ganar su libertad, lo mismo que Angola. Zanzíbar había conquistado recientemente su independencia y el Che reconocía sin rodeos que Cuba había desempeñado un papel en ese desenlace feliz. «Zanzíbar es nuestro amigo, le dimos también nuestra pequeña ayuda, pero nuestra fraterna ayuda, nuestra revolucionaria ayuda, en el momento en que fue necesario hacerlo».

Pero en esa ocasión el Che estaba dispuesto a ir más allá que nunca al defender públicamente la naturaleza de la guerra inminente e incluso evocar el espectro del apocalipsis atómico. Dijo que era una perspectiva real dada la inexorable confrontación entre los «movimientos de liberación» y las «fuerzas del imperialismo» que podían desatar una guerra nuclear debido a un «error» de cálculo.

«Millones de seres morirán en todos lados; pero la responsabilidad será de ellos [los imperialistas], y su pueblo sufrirá también… A nosotros eso no nos debe preocupar… Como país sabemos que dependemos de la gran fuerza de todos los países del mundo que forman el bloque socialista, y los pueblos que luchan por su liberación, y en la fuerza y cohesión de nuestro pueblo, en la decisión de luchar hasta el último hombre, hasta la última mujer, hasta el último ser humano capaz de empuñar un arma».

Si alguien no había comprendido el verdadero sentido de su teoría, reiterada y pulida a lo largo del tiempo, en aquel momento acababa de expresarla en términos inequívocos. La batalla global contra el imperialismo era una lucha por el poder mundial entre dos fuerzas históricas diametralmente opuestas, y no tenía sentido prolongar la agonía del pueblo mediante intentos vanos de forjar alianzas tácticas a corto plazo con el enemigo ni estrategias de apaciguamiento como la «coexistencia pacífica». Las raíces de los problemas persistirían y provocarían conflictos inevitables; con la moderación se corría el riesgo de darle al enemigo la posibilidad de tomar ventaja. La historia, la ciencia y la justicia estaban de parte del socialismo; por consiguiente, éste debía librar la guerra necesaria para triunfar, cualesquiera que fuesen las consecuencias, incluso la guerra nuclear. El Che no temía ese desenlace y decía a los demás que tampoco debían temerlo. Muchos morirían en el proceso revolucionario, pero los supervivientes se alzarían de las cenizas de la destrucción para crear un orden mundial nuevo, justo, basado en los principios del socialismo científico.

Para que ello sucediera era esencial que surgiera el Hombre Nuevo Socialista. La conciencia revolucionaria auténtica era el factor crucial para

engendrar una nueva sociedad. Al fin y al cabo, ésta era la esencia de su discurso de agosto, titulado «Creación de una nueva actitud». Para empezar, había citado un poema del español León Felipe que describe la tragedia del trabajo humano. «Nadie ha podido cavar al ritmo del sol y que nadie todavía ha cortado una espiga con amor y con gracia».

Quería citarles estas palabras porque nosotros podíamos decirle hoy a ese gran poeta desesperado que viniera a Cuba, que viera cómo el hombre después de pasar todas las etapas de la enajenación capitalista, y después de considerarse una bestia de carga uncida al yugo del explotador, ha reencontrado su ruta y ha reencontrado el camino del fuego. Hoy en nuestra Cuba el trabajo adquiere cada vez más una significación nueva, se hace con una alegría nueva.

Y lo podríamos invitar a los campos de caña para que viera a nuestras mujeres cortar la caña con amor y con gracia, para que viera la fuerza viril de nuestros trabajadores cortando la caña con amor, para que viera una actitud nueva frente al trabajo, para que viera que no es el trabajo lo que esclaviza al hombre, sino que es el no ser poseedor de los medios de producción; y que cuando una sociedad llega a cierta etapa de su desarrollo, y es capaz de iniciar la lucha reivindicatoria, destruir el poder opresor, destruir su mano armada, que es el ejército, instalarse en el poder, otra vez se adquiere frente al trabajo la vieja alegría, la alegría de estar cumpliendo con un deber, de sentirse importante dentro del mecanismo social, de sentirse un engranaje que tiene sus particularidades propias (necesario aunque no imprescindible para el proceso de la producción) y un engranaje consciente, un engranaje que tiene su propio motor y que cada vez trata de impulsarlo más y más, para llevar a feliz término una de las premisas de la construcción del socialismo: el tener una cantidad suficiente de bienes de consumo para ofrecer a toda la población.

Este hábito de referirse a la gente, a los trabajadores, como piezas de una maquinaria, como hormigas obreras de una vasta empresa colectiva revolucionaria agroindustrial, permite vislumbrar su distanciamiento afectivo de la realidad individual. Con la fría mente analítica del investigador médico y el ajedrecista, se refiere a los seres humanos individuales con términos reduccionistas y deshumanizantes, a la vez que idealiza el valor de su trabajo en el contexto social con términos líricos y afectuosos. Pero al describir al campesino u obrero cubano como un «diente feliz en la rueda» (y al asimilar a los guerrilleros anónimos que combatían en el mundo a abejas en una «colmena», como hizo en su artículo «La guerra de guerrillas: un método») también se refería a sí mismo.

El Che había hallado una forma de felicidad, un sentido a su propia vida al identificarse como un revolucionario dentro de la gran familia socialista. Existe un

paralelismo evidente entre sus propias vivencias —el anhelo de compañerismo en sus aventuras juveniles que culmina en la adopción del credo marxista y el descubrimiento de la verdadera camaradería en el torbellino de la guerra de guerrillas— y su nueva prédica de una metodología para acceder a la conciencia revolucionaria. La naturaleza fraternal de la vida guerrillera, en la cual los hombres están unidos por la causa común independientemente de sus respectivos pasados y por la disposición consciente a sacrificarse frente a la perspectiva dual de la muerte inminente o la victoria final, había sido el crisol de su propia transformación, la experiencia en la cual se había cristalizado su hombría. Ahora extrapolaba esa experiencia al mundo en general. Para alcanzar el estado comunista, era necesario extender esa conciencia singular, convertirla en parte de la naturaleza del hombre. Puesto que la sociedad necesitaba tanto obreros como combatientes, ambos debían percibir sus roles bajo la luz de esa significación consagrada.

Y así, a los obreros voluntarios congregados frente a él les dijo: «Y para ustedes, compañeros, para ustedes que son la vanguardia de la vanguardia, para todos los que en el frente del trabajo han demostrado su espíritu de sacrificio, su espíritu comunista, su nueva actitud frente a la vida, debe valer siempre la frase de Fidel… “Lo que fuimos en las horas de mortal peligro sepamos serlo también en la producción: ¡sepamos ser trabajadores de Patria o Muerte!”»

Pero la realidad discrepaba con esta concepción filosófica. Para muchos, incluso entre aquellos que se creían socialistas y coreaban jubilosos la consigna de «libertad o muerte», la conciencia comunista que había alcanzado el Che seguía siendo un estado del ser esquivo, abstracto, incluso indeseado. Tal vez él había alcanzado el estado mental que hace que una persona esté dispuesta a sacrificar el bienestar material y la propia vida por la causa, pero la mayoría de los hombres y las mujeres no, y probablemente tenían poco interés en buscarlo. Finalmente, la feliz confraternidad socialista global de la que hablaba en realidad era una casa fragmentada por enconadas divisiones intestinas; la disputa chino-soviética había provocado divisiones en varios partidos comunistas latinoamericanos, donde los militantes prochinos se escindían para formar organizaciones propias.

El Che expresó su posición en agosto al decir que la disputa chino-soviética era «uno de los hechos más tristes para nosotros» y destacar a la vez que Cuba no había tomado partido. «La posición de nuestro partido no es decir quién tiene razón y quién se equivoca. Elegimos una posición y, como dicen en las películas norteamericanas, “cualquier parecido es pura coincidencia”».

En la propia Cuba socialista, el malestar provocado por la purga de los «sectarios» había terminado oficialmente desde el acercamiento de Fidel a Moscú,

pero no se había disipado. Aníbal Escalante se desmoronaba en su exilio moscovita, pero algunos camaradas suyos tenían influencia sobre Fidel. En marzo, cuando el Che se encontraba en Ginebra, se había realizado un juicio extravagante para determinar la culpabilidad de un exmilitante del PSP llamado Marcos Rodríguez. Faure Chomón, exlíder del Directorio, lo acusó de entregar a varios camaradas a la policía batistiana después del asalto al palacio en 1957. Debido a los vínculos de Rodríguez con eminentes comunistas de la «vieja guardia», al principio el proceso tenía el aspecto de una purga. Pero entonces intervino Fidel, evidentemente para evitar que salieran más trapos sucios al sol. Se realizó un nuevo juicio en el que se reivindicó el honor de los comunistas, y Marcos Rodríguez —declarado un «solitario» perverso y resentido— fue al paredón.

El Che, que estaba en Ginebra, había logrado evitar cualquier relación con ese juicio repugnante. Su disgusto con el sectarismo del Partido Comunista era de conocimiento público. Al escoger a José Manresa, un exsargento del ejército de Batista, como secretario particular, había sentado un precedente, y siempre estaba dispuesto a defender a quien demostrara sinceridad y disposición a trabajar por la revolución, independientemente de su anterior trabajo o filiación. En el Ministerio de Industrias había acogido a revolucionarios expulsados o caídos en desgracia, fuesen víctimas del chovinismo de la vieja guardia comunista o de las purgas fidelistas de mandos aún valiosos.

Había recibido a Enrique Oltuski, su antiguo rival en el 26 de Julio, después de que perdiera el puesto de ministro de Comunicaciones en 1961 por presión de los comunistas. Había salvado a Jorge Masetti de las iras de la célula comunista en Prensa Latina. Alberto Mora, hijo de un mártir del asalto al palacio del Directorio, era otro de sus protegidos. Fue ministro de Comercio Exterior hasta que Fidel lo despidió a mediados de 1964; el Che lo designó asesor de su ministerio aunque Mora era uno de los críticos más francos de su política económica.

Otro era el poeta y escritor Heberto Padilla, un viejo amigo de Mora. Al principio de la revolución, Padilla había sido corresponsal de Prensa Latina en Nueva York y luego en Londres; en La Habana había trabajado en *Revolución* bajo las órdenes de Carlos Franqui y en su ahora difunto suplemento literario *Lunes de Revolución*, que dirigía el novelista Guillermo Cabrera Infante. En el clima intelectual represivo que empezaba a apoderarse de la isla se los consideraba un par de disidentes molestos y ambos acabaron como diplomáticos en Europa, un exilio del cual jamás volverían.

Padilla, que acababa de finalizar una temporada de trabajo en la revista moscovita en español *Novedades de la Unión Soviética*, estaba al tanto de las intrigas y el autoritarismo que empezaban a sofocar las libertades culturales en Cuba. A

pesar de sus reservas y las advertencias de Franqui, decidió volver.

En La Habana, Mora le concertó una reunión con el Che, admirador de su poesía. Mora aún era ministro de Comercio Exterior y estaba enzarzado en una discusión académica con Guevara: contra el Che, que prefería un plan centralizado al estilo soviético, él abogaba por una economía orientada hacia el mercado. Y puesto que Padilla tenía una visión desfavorable de lo que había visto en la Unión Soviética, Mora quería que explicara su posición al Che.

Cuando llegaron a su despacho, lo hallaron en medio de un ataque de asma, tendido en el suelo, con el torso desnudo y tratando de controlar su respiración; permaneció allí cuando sus invitados iniciaron la conversación. Padilla apenas tuvo tiempo para decir algunas frases críticas sobre la Unión Soviética cuando el Che lo interrumpió: «Debo decirle que no necesito escuchar eso que usted dice porque estuve ahí y es una porquería, yo mismo lo vi».

A continuación el Che dijo que el modelo a estudiar no era Rusia sino China, que hacía un auténtico esfuerzo para construir el comunismo. «Muchos me critican porque dicen que exagero al poner el acento en el sacrificio, pero éste es un elemento fundamental en la educación comunista. Los chinos lo comprenden mucho mejor que los rusos».

Hacia el final de la conversación, que abarcó también la poesía de Padilla, el Che instó a Mora a que le diera un puesto en Comercio Exterior y observó secamente que «éstos no son buenos tiempos para el periodismo». Designaron a Padilla director general de un departamento a cargo de bienes culturales. Después de su despido, Mora obtuvo una beca para estudiar economía política con el economista marxista francés Charles Bettelheim (también enfrascado en una polémica teórica con el Che). Padilla también pudo partir con un puesto de funcionario itinerante del ministerio; su oficina estaba en Praga.

Antes de marcharse, los dos fueron a despedirse del Che. Mora no pudo ocultar su tristeza; dijo que al despertarse por la mañana siempre se sentía deprimido. Dice Padilla: «El Che se acercó lentamente a Alberto, le puso las manos sobre los hombros y lo sacudió suavemente, mirándolo a los ojos. "Yo vivo partido en dos las veinticuatro horas del día, totalmente partido en dos y no tengo a quien contárselo. Si lo hiciera, no me creerían."»[84]

Por tratarse del Che, fue un momento de intensa revelación personal, una de las pocas ocasiones que se recuerden en la que dejó entrever las increíbles tensiones que asumía para sustentar su personaje del revolucionario comunista ejemplar. Había dicho a Padilla y Mora que «el sacrificio es un elemento

fundamental en la educación comunista» y se utilizaba a sí mismo como conejillo de indias, pero el resultado del experimento había sido muy alto. Su padre, aunque en general muy miope con respecto a su hijo, lo había advertido al escribir que «Ernesto embruteció su propia sensibilidad» para hacerse revolucionario. Su madre dijo al periodista uruguayo Eduardo Galeano que en la infancia, su hijo asmático «… vivía tratando de demostrar que era capaz de hacer lo que no era capaz de hacer, y así pulió su increíble fuerza de voluntad».

Celia dijo a Galeano que solía mofarse del Che por ser «intolerante y fanático» y explicó que la motivación de sus acciones era «una tremenda necesidad de totalidad y pureza». «Así —escribió Galeano—, se había convertido en el más puritano de los dirigentes comunistas occidentales. En Cuba era el jacobino de la revolución: "Cuidado, ahí viene el Che", decían los cubanos, mitad en broma y mitad en serio. Todo o nada: este intelectual refinado seguramente libró batallas agotadoras contra su propia conciencia plagada de dudas».

Provisto de estos conceptos por Celia de la Serna, Galeano conoció al Che en agosto de 1964 y le pareció advertir síntomas de impaciencia en el célebre revolucionario. «El Che no era un hombre de escritorio: era el creador de revoluciones, y eso saltaba a la vista. De alguna manera, la tensión de león enjaulado que traicionaba su calma aparente tenía que explotar. Necesitaba la sierra». Por más que Galeano tuviera la ventaja de la visión retrospectiva, no se puede negar que es una apreciación exacta. Mientras hablaban, mientras trabajaba hasta el límite de sus fuerzas para elaborar la política industrial de Cuba, el Che buscaba el camino de regreso al campo de batalla.

Aparecían varias posibilidades. Además de los grupos insurgentes en Guatemala, Venezuela y Nicaragua, una organización guerrillera apoyada por Cuba ya operaba en Colombia: era el Ejército de Liberación Nacional (ELN), creado en julio. En Perú, la fuerza guerrillera de Héctor Béjar y el MIR de Luis de la Puente Uceda se aprestaban a iniciar sus campañas revolucionarias. Pero el corazón del Che estaba en el Cono Sur y en su patria argentina. Lo cual significaba un problema, porque Ciro Bustos y sus camaradas tenían mucho que hacer antes de que se dieran las condiciones para un nuevo intento insurreccional en la región y Tania aún viajaba por Europa, en ruta hacia su futuro destino en Bolivia.

De todos los campos de batalla potenciales para el futuro inmediato, probablemente el más «prometedor» estaba en África. En todo el continente habían surgido grupos rebeldes para luchar en los últimos reductos coloniales: las colonias portuguesas de Angola y Mozambique, Sudáfrica con su régimen blanco y el antiguo Congo Belga, esa vasta nación en el corazón geográfico de África.

En octubre de 1963 se había formado un autoproclamado Consejo de Liberación Nacional, una coalición antigubernamental integrada por una mezcolanza de exfuncionarios lumumbistas y caudillos regionales sin filiación política, en su mayoría de base tribal. El consejo tenía su sede en Brazzaville, capital de la República Popular del Congo (ex África Ecuatorial Francesa) al otro lado del río Congo con respecto a Leopoldville. Estos rebeldes habían obtenido ayuda tanto china como soviética, ya que ambas superpotencias se disputaban sus favores. Los dirigentes rebeldes aliados habían provocado insurrecciones en el sur, el este, el centro y el norte del Congo, donde se habían apoderado de ciudades provinciales y enormes porciones del casi indefenso territorio nacional. En agosto de 1964, una columna rebelde apoyada por China se había apoderado de la remota ciudad norteña de Stanleyville y proclamado la República Popular del Congo. En septiembre ya se gestaba una nueva escalada de la crisis congoleña mientras el gobierno se esforzaba por responder a la rebelión.

Esa reacción no se haría esperar. Y ante los informes sensacionalistas sobre las atrocidades cometidas contra la población blanca de Stanleyville por los llamados rebeldes Simba, los países de Occidente se aprestaban a echar una mano. Ante las nuevas amenazas rebeldes, el ambicioso trío que gobernaba el Congo —integrado por el excaudillo Moise Tshombé, el presidente Joseph Kasavubu y el comandante en jefe militar Joseph Mobutu— se apresuró a apuntalar la fuerza de combate de los restos de su ejército; para ello convocó al comandante mercenario sudafricano Mike Hoare y le pidió que reclutara un millar de combatientes blancos en su país y Rodesia.

La resistencia africana y en particular el conflicto congoleño ocupaban espacios crecientes en la prensa cubana y los discursos del Che. En efecto, ya estudiaba seriamente la posibilidad de trasplantar su programa revolucionario al continente africano. Con ese fin, Fidel había asignado a la agencia de Barbarroja Piñeiro la tarea de preparar el camino. Aunque el Che había resuelto no tomar una decisión definitiva sobre la mejor base para una lucha guerrillera panafricana hasta después de recorrer la región y conocer a los diversos dirigentes guerrilleros, el inmenso Congo, en el centro del continente, parecía ofrecer un ambiente y condiciones perfectos para una guerrilla de base rural que pudiera «irradiarse» hacia sus vecinos.

El combate en África ofrecía ventajas adicionales: a los soviéticos les preocupaba menos la intervención directa allí que en el «patio trasero» latinoamericano de Washington, y la naturaleza de las guerras contra regímenes coloniales extranjeros blancos —o en el caso del Congo, contra una dictadura respaldada por Occidente con escasa legitimidad política— se sustentaba sobre un amplio apoyo popular. Por último, el conflicto ya estaba encendido en todo el

continente; no era necesario «crear» una situación, como había sucedido con la infortunada misión de Masetti a la Argentina. Los soviéticos, los chinos y los norteamericanos con sus aliados europeos, todos estaban presentes en África, donde proporcionaban fondos, armas y asesores a sus respectivas facciones. No faltaban caudillos nacionales antiimperialistas amigos de Cuba, cuyos territorios estratégicamente situados podían brindarles valiosas bases de retaguardia, puntos de transbordo y medios de acceso a las zonas de conflicto. Además de los regímenes que detentaban el poder en Mali y la República Popular de Brazzaville, estaban Ben Bella en Argelia, Sekou Touré en Guinea, Kwame Nkrumah en Ghana, Julius Nyerere en Tanzania y Gamal Abdel Nasser en Egipto. Estos Estados «extremistas» estaban indignados por el espectro de la intervención de mercenarios blancos y potencias occidentales «neocoloniales» en apoyo del régimen de Leopoldville y apoyaban abiertamente al gobierno rebelde de Stanleyville.

En África, el Che veía la oportunidad de materializar un sueño largamente acariciado: la creación de una nueva alianza antiimperialista internacional dirigida por Cuba para reemplazar la ineficaz Organización Afroasiática de Solidaridad Popular con sede en El Cairo. Al forjar un consejo coordinador de luchas afines en África y Asia, sus planes para la inminente revolución continental en Latinoamérica adquirirían una auténtica dimensión global. En un mundo ideal, la alianza dirigida políticamente por Fidel sería financiada y armada por las dos superpotencias socialistas, China y la Unión Soviética. En síntesis, el Che imaginaba que el peso compartido de la guerra ayudaría a sanar el cisma chino-soviético.

Pulió su idea durante el otoño de 1964 y obtuvo autorización de Fidel para viajar al exterior y sondear la situación. La idea de proyectarse internacionalmente siempre atraía a Fidel, quien después del desaire norteamericano estaba nuevamente dispuesto a escuchar al Che. Mientras se esforzaba por evitar la impresión de que tomaba partido por Pekín, nuevamente puso en tela de juicio la validez de la línea del Kremlin sobre la «coexistencia pacífica», que hasta entonces había respetado con escaso beneficio para él.

En septiembre, una nueva resolución de la OEA endureció aún más las sanciones comerciales impuestas a Cuba. Al mismo tiempo, los ataques de los exiliados cubanos respaldados por la CIA crecían en intensidad: los secuestros, ataques y asaltos tipo comando a las naves cubanas se repetían con frecuencia alarmante. El 24 de septiembre, un pelotón de asalto marino de la CIA con base en Nicaragua atacó el buque español *Sierra de Aránzazu*, que navegaba hacia Cuba con un cargamento de equipos industriales. Los atacantes mataron al capitán y dos tripulantes, incendiaron e inutilizaron la nave. El incidente provocó una protesta

internacional y recriminaciones dentro de la CIA, sobre todo cuando se supo que los asaltantes habían confundido al carguero con el *Sierra Maestra*, un buque de la marina mercante cubana. El agente que había autorizado el ataque desde la base era Félix Rodríguez.

Desde fines de 1963, Rodríguez era el jefe de comunicaciones de una brigada comando anticastrista con sede en Nicaragua, dirigida por Manuel Artime y financiada por la CIA. El grupo tenía más de trescientos miembros activos en Nicaragua, Miami y Costa Rica. Los exiliados estaban bien provistos: tenían dos «buques escolta» de 80 metros, dos lanchas rápidas de 15 metros y otros barcos de asalto, un avión de transporte C-47, varias avionetas Cessna y un hidroavión Beaver. Tenían una base de abastecimiento de combustible y provisiones en la República Dominicana y un depósito de 200 toneladas de armas en Costa Rica con cañones antiaéreos de 20 milímetros, fusiles sin retroceso de 50 y 75 milímetros y ametralladoras calibre 50. Según Rodríguez, en dos años los comandos utilizaron unos seis millones de dólares de la CIA y realizaron catorce asaltos sobre blancos cubanos; uno de los más efectivos fue el ataque de comando al ingenio de Cabo Cruz —no lejos del lugar de desembarco del *Granma*—, que causó graves daños.

Pero a fines de 1964 la operación había sufrido recortes presupuestarios a medida que Vietnam desplazaba a Cuba de la lista de prioridades del gobierno de Johnson, y el vergonzoso ataque al *Sierra de Aránzazu* significó su sentencia de muerte. «Posteriormente descubrimos que el barco transportaba una caldera para un ingenio azucarero cubano y algunas golosinas de Navidad —escribió Rodríguez—. Nos sentimos muy mal. Poco después del incidente, cancelaron nuestras operaciones. La agencia nos quitó los botes rápidos y los envió a África, donde actuaron en el Congo. Varias personas que sirvieron conmigo en Nicaragua se ofrecieron como voluntarios para combatir en África».

De regreso en Miami, Félix Rodríguez reanudó sus tareas en la «oficina» de la CIA. Pasarían casi tres años antes de que recibiera la llamada telefónica que le asignaría la misión más importante de su vida: cazar al Che Guevara.

III

El 4 de noviembre de 1964, Raúl Castro, el ministro de Relaciones Exteriores Raúl Roa y Emilio Aragonés fueron al aeropuerto de La Habana a despedir al Che. La presencia del jefe de las fuerzas armadas, el canciller y el «secretario de organización» del gobernante Partido Unificado de la Revolución Socialista (PURS),[85] era un hecho simbólico de gran significación. Una vez más, el Che sería el emisario ungido de la revolución a la «madre patria» del socialismo mundial: a la cabeza de una delegación cubana, asistiría en Moscú a los festejos del cuadragésimo séptimo aniversario de la Revolución Bolchevique y la inauguración de la flamante Casa de la Amistad Cubano-Soviética. También Aleida fue a despedirlo con dos de sus hijos. Su vientre estaba abultado por el sexto mes de embarazo del cuarto y último hijo de su matrimonio con el Che Guevara.

El último viaje del Che a Moscú se produjo exactamente tres años después del primero. Nuevamente se presentó en la Plaza Roja en un frío noviembre, pero las cosas habían cambiado. Ya no era el partidario incondicional de 1961, lleno de esperanzas para el futuro color de rosa de las relaciones cubano-soviéticas; demasiada agua podrida había pasado bajo los puentes. También la Unión Soviética mostraba grandes cambios. Nikita Jrushov, desacreditado por la mala gestión de la economía en el país y por lo que se consideraba su temerario aventurerismo en el exterior (en especial por la crisis de los misiles en Cuba), había sido destituido de su cargo unas semanas antes; Leonid Bréznev era el nuevo primer ministro.

El momento elegido para la visita obedecía también a otros motivos. Aparentemente a petición del jefe del Partido Comunista argentino, Victorio Codovilla, aún furioso por la incursión de Masetti auspiciada por los cubanos, el Kremlin había propiciado una conferencia de partidos comunistas latinoamericanos, la primera de la historia, prevista para unas semanas después en La Habana. La decisión soviética obedecía a un doble propósito: por un lado, indicaba el respeto del Kremlin por el liderazgo regional de Fidel; por el otro, el gesto conllevaba la expectativa implícita de que se forjaría una alianza de los partidos de la región que aislaría aún más a Pekín. En los últimos tiempos los chinos habían intensificado la disputa con Moscú con una agresiva política de captación de simpatizantes de la línea maoísta. El Partido Comunista peruano estaba gravemente debilitado desde enero de 1964, cuando una fracción prochina se escindió para formar un partido rival; en Bolivia y Colombia se preveían

rupturas similares; en Guatemala surgía una fracción trotskista que poco después rompería la alianza FAR respaldada por Cuba.

Ahora que el Che y Fidel estaban dispuestos a desafiarla, era un buen momento para sondear las intenciones de los nuevos líderes soviéticos. En octubre el presidente Dorticós, portavoz de Fidel, había dado rienda suelta al estado de ánimo del jefe cubano en una conferencia cumbre de la flamante asociación de países no alineados en El Cairo. Aunque aseguró que Cuba aún apoyaba la línea soviética de coexistencia pacífica con Occidente como medio para reducir el riesgo de una «conflagración mundial» nuclear, Dorticós sostuvo que esa política era incompatible con la «agresión imperialista contra países pequeños» en curso. Dada la nueva situación mundial, con la escalada de la intervención de Estados Unidos y sus aliados occidentales en el sudeste asiático, el Congo y en las campañas de contrainsurgencia en América Latina, el Kremlin debía demostrar mayor solidaridad hacia sus camaradas del Tercer Mundo.

En Moscú, el Che se sometió al rito formal de la aparición en la Plaza Roja y juntamente con el cosmonauta Yuri Gagarin inauguró la Casa de la Amistad. También se reunió en secreto con funcionarios del Kremlin a quienes deseaba exponer su idea de mediar en el conflicto chino-soviético y sondear sus opiniones acerca de las propuestas cubanas para la revolución latinoamericana. En aquella ocasión el intérprete no fue su viejo conocido Nikolái Leonov. Desde su visita anterior a Rusia, el KGB lo había enviado nuevamente a México, donde entre otras tareas debía prestar apoyo a las guerrillas guatemaltecas.[*]

En esta oportunidad se alternaron como intérpretes Oleg Darushenkov, el traductor enviado por el Kremlin a Cuba, y el agente de inteligencia Rudolf Petrovich Shlyapnikov. Éste era subordinado de Yuri Andropov en la sección cubana del Departamento Internacional del Comité Central y especialista en juventudes comunistas latinoamericanas; había conocido al Che en sus viajes a Cuba. Durante la estancia del Che en Moscú, dijo Shlyapnikov, ambos adquirieron la costumbre de jugar al ajedrez hasta la madrugada. Mientras conversaban y jugaban, el Che bebía leche y él coñac.[**]

Según Shlyapnikov, el Che se reunió con varios altos funcionarios soviéticos, entre ellos su jefe Yuri Andropov y Vitali Korionov, el sexagenario subjefe del Departamento América del Comité Central. Korionov tenía a su cargo las relaciones con los partidos comunistas de los países capitalistas, que incluían a todos los latinoamericanos salvo el cubano; dice que el Che pidió la reunión con él para discutir «las actitudes» de los partidos comunistas latinoamericanos.

Varios dirigentes de estos partidos —en particular el boliviano Mario Monje

y el venezolano Jesús Faría— se habían quejado amargamente de las presiones que ejercía el régimen cubano para enrolarlos en el plan de la guerra de guerrillas para la «revolución continental». Los bolivianos habían rechazado formalmente la idea, mientras el Partido Comunista venezolano recapacitaba sobre su participación en la coalición guerrillera FALN apoyada por Cuba.[88]

En aquella reunión, Korionov comprendió que la propuesta del Che y Fidel era nada menos que una repetición moderna de la epopeya de la liberación liderada más de un siglo atrás por San Martín y Bolívar: los ejércitos marxistas de los países norteños Venezuela, Colombia y Ecuador marcharían hacia el sur como las tropas de Bolívar, mientras que los del sur —Chile, Perú, Uruguay y Argentina — lo harían hacia el norte como San Martín. El punto de encuentro sería la nación que llevaba el nombre del «Libertador»: Bolivia.

Korionov dijo que «entre muchas copas de buen coñac armenio», el Che le preguntó qué opinaba el Kremlin de la política de los partidos latinos, muchos de cuyos dirigentes se encontraban en Moscú para conocer al nuevo liderazgo soviético.

El ruso respondió con toda franqueza, de manera que al partir de Moscú, «el Che comprendía perfectamente que la línea de Guevara y Fidel sobre la lucha armada no tenía el apoyo [de los comunistas latinoamericanos]». Puesto que el Kremlin mantenía oficialmente la posición de «respetar» las políticas de los partidos regionales, no había lugar a dudas. Moscú se oponía a la iniciativa cubana. Korionov llegó a varias conclusiones acerca del Che Guevara: el argentino estaba resuelto a seguir adelante con la lucha armada en América Latina, desconfiaba de la política de coexistencia pacífica y, en el cisma chino-soviético, tomaba partido por los primeros.

La actitud del Che tras su regreso de Moscú frente al congreso comunista reunido en La Habana difícilmente puede calificarse de alentadora para los partidos latinoamericanos o la cúpula del poder soviético. Ostensiblemente ausente del foro, permaneció durante toda la semana en Oriente. Pero no guardó silencio. El 30 de noviembre pronunció un discurso en Santiago en el que fustigó la reticencia de los partidos latinoamericanos a luchar por el poder.

Dedicó largos pasajes de su discurso al Congo, donde unos días antes paracaidistas belgas transportados por aviones norteamericanos habían expulsado a los revolucionarios lumumbistas de su reducto en Stanleyville. En tono emotivo, presentó las «masacres» de Stanleyville como un ejemplo de la «bestialidad imperialista, bestialidad que no tiene una frontera determinada ni pertenece a un país determinado. Bestias fueron las hordas hitlerianas, como bestias son los

norteamericanos hoy, como bestias son los paracaidistas belgas, como bestias fueron los imperialistas franceses en Argelia, porque es la naturaleza del imperialismo lo que bestializa a los hombres, la que los convierte en fieras sedientas de sangre que están dispuestas a degollar, a asesinar, a destruir hasta la última imagen de un revolucionario, de un partidario de un régimen que haya caído bajo su bota o que luche por su libertad».

Posteriormente fueron a comer *pizza* en el restaurante Fontana de Trevi con Aleida, Alberto Granado y su esposa Delia. Los viejos amigos Mial y Fúser jamás volverían a encontrarse. Más adelante Granado comprendería que el encuentro había sido un «adiós callado». En efecto, aunque pocos en Cuba lo comprendían, la no aparición del Che en la conferencia de La Habana era la primera señal visible de un cambio fundamental. Para quien quisiera advertirlo, el Che se apartaba de su rutina normal y poco después desaparecería de la vista.[89]

Mientras tanto, la conferencia de La Habana había ratificado una resolución de compromiso aprobada por Fidel. Aunque se inclinaba francamente a favor de la política exterior del Kremlin, aprobaba el apoyo a los movimientos guerrilleros en los países donde ni los partidos ni Moscú veían posibilidades de actuar abierta y «legalmente». También se resolvió enviar una delegación mixta a Moscú y Pekín para pedir la ratificación del acuerdo e intentar una mediación en la disputa chino-soviética.

Una semana después de su regreso de Oriente a La Habana, el Che partió nuevamente, esta vez a Nueva York, la ciudad que, según había dicho una vez a su tía Beatriz, deseaba conocer a pesar de su odio visceral por Estados Unidos. Pero iba como portavoz oficial de la Cuba revolucionaria, y el hecho de representarla ante la Asamblea General de las Naciones Unidas era una señal elocuente de que, a pesar de sus concesiones diplomáticas a los soviéticos, Fidel seguía considerándolo su hombre para una estrategia «antiimperialista» más agresiva. Llegó a Nueva York un frío 9 de diciembre; las fotografías lo muestran envuelto en un abrigo de invierno, con la boina y la expresión hosca y distante de quien ha puesto pie en tierra enemiga. Sería su segunda y última incursión en tierra yanqui y esta vez, a diferencia de su estancia en Miami en 1952, su presencia no pasó inadvertida.

IV

Cuando se presentó ante la Decimonovena Asamblea General de las

Naciones Unidas, el 11 de diciembre, el Che se acicaló cuidadosamente para la ocasión: tenía las botas lustradas, el uniforme verde oliva planchado, el pelo y la barba bien peinados. No obstante, presentaba un fuerte contraste con los diplomáticos de traje oscuro que atestaban el salón, y no decepcionó a los que anticipaban una arenga digna del célebre apóstol del socialismo revolucionario.

El Che venía a anunciar la muerte del colonialismo, fustigar el intervencionismo norteamericano y aplaudir en nombre de Cuba las «guerras de liberación» que estaban en curso en América Latina, Asia y África. En una referencia mordaz al conflicto congoleño, fustigó a las Naciones Unidas que se dejaba arrastrar y utilizar como instrumento del imperialismo occidental, «un animal carnívoro que se alimenta de los indefensos». En cuanto a la reciente operación belga-norteamericana en Stanleyville, que había devuelto la ciudad a las tropas de Tshombe a costa de cientos de muertos, declaró: «Todos los hombres libres del mundo deben aprestarse a vengar el crimen del Congo». Luego vinculó la acción «imperialista blanca» en el Congo con la indiferencia de Occidente ante el régimen del *apartheid* en Sudáfrica y la desigualdad racial en Estados Unidos. «¿Cómo puede constituirse en gendarme de la libertad quien asesina a sus propios hijos y los discrimina diariamente por el color de la piel, quien deja en libertad a los asesinos de los negros, los protege además, y castiga a la población negra por exigir el respeto a sus legítimos derechos de hombres libres?»

Con respecto a uno de los asuntos principales de la asamblea, el debate sobre el desarme nuclear global, dijo que Cuba apoyaba ese concepto, pero destacó que se negaba a ratificar el acuerdo hasta que Estados Unidos desmantelara sus bases militares en Puerto Rico y Panamá. En su discurso también reiteró que Cuba seguiría una línea independiente en los asuntos globales. Si bien «construía el socialismo», Cuba se consideraba un «país no alineado» porque se identificaba con los de la nueva comunidad de Estados africanos, asiáticos y del Oriente Próximo que «combatían al imperialismo». Dadas las circunstancias, esto se podía interpretar como una crítica velada de la inacción soviética en nombre de esas luchas. En distintas referencias a las superpotencias socialistas en pugna, dijo que Cuba respaldaba enérgicamente la posición soviética en el Congo, pero instó a la incorporación de China en las Naciones Unidas y la expulsión del gobierno nacionalista chino de Chiang Kai-shek, apoyado por Estados Unidos.

Desde luego, el discurso del Che suscitó una enérgica protesta del embajador norteamericano Adlai Stevenson y algunos delegados latinos, mientras que en la calle frente a la sede de la ONU, exiliados cubanos denunciaban furiosamente su presencia. Algunos hicieron mucho más. Varios «gusanos» fueron detenidos después de disparar con lanzagranadas al edificio de la ONU desde el otro lado del East River. En otra parte, una mujer fue detenida cuando intentaba

acuchillar al Che. Durante el alboroto, éste mantuvo la compostura e incluso parecía encantado de ser el objeto de tanta furia. A los gusanos que vociferaban insultos respondió con el gesto universal de la mano que significa «jódanse».

La presencia del Che no disgustó a todo el mundo. El célebre activista negro norteamericano Malcolm X acababa de regresar de un viaje por África y el Oriente Próximo y había expresado cuanto había visto en una serie de discursos. Como el Che, estaba furioso por el conflicto congoleño, y equiparó la intervención blanca en África con el racismo en Estados Unidos. Habían descubierto una causa común. Se decía que en su paso por Ghana, Malcolm X había conversado con el embajador cubano en Accra sobre la posibilidad de enviar negros norteamericanos a combatir en las guerras africanas.

El 13 de diciembre, en un mitin que se celebró en el Salón Audubon de Harlem, Malcolm presentó a un invitado especial proveniente de la isla de Zanzíbar, frente a la costa oriental de África. Menos de un año antes, el movimiento político de Abdul Rahman Muhammad Babu, formado en Cuba, había conquistado el poder en el antiguo sultanato y después se había unificado con la vecina Tanganyika en África continental para formar la nueva nación de Tanzania. Antes de que Babu apareciera en la tribuna, Malcolm X leyó un mensaje del Che Guevara.

Amo a los revolucionarios —dijo Malcolm X a la audiencia—. Y uno de los hombres más revolucionarios en este país iba a venir con nuestro amigo el jeque Babu, pero cambió de opinión. Sin embargo, envió este mensaje que dice:

«Queridos hermanos y hermanas de Harlem. Hubiese querido estar con ustedes y el hermano Babu, pero las circunstancias actuales no permiten este encuentro. Reciban cálidos saludos del pueblo cubano y en especial de Fidel, que recuerda con entusiasmo su visita a Harlem hace unos años. Unidos venceremos».

Este mensaje es del Che Guevara —dijo Malcolm X–. Me alegra escuchar ese aplauso tan cordial porque le dice al hombre [blanco] que no puede venir a decirnos a quién podemos o no podemos aplaudir. Y por aquí no se ven cubanos anticastristas: nos los comemos crudos.[90]

Según Pedro Álvarez Tabío, el historiador oficial de Fidel Castro, que formó parte de la comitiva del Che en la ONU, éste no concurrió al acto para evitar que Estados Unidos lo acusara de «intromisión» en sus asuntos internos.

El Che no regresó de Nueva York a Cuba. El 17 de diciembre, después de brindar una serie de entrevistas virulentas a los medios norteamericanos, voló a

Argel. Así comenzó una odisea de tres meses por el continente africano, después se fue a China y nuevamente a África con escalas en París, Irlanda y Praga. Oficialmente se presentaba como embajador itinerante que transmitía los buenos deseos de Fidel a las naciones africanas emergentes, pero tenía un importante motivo oculto: quería conocer el continente que sería escenario de su próxima aventura. Había resuelto que África sería el campo de ensayos de su sueño de una alianza «tricontinental» contra Occidente.

Entre la Navidad de 1964 y principios de febrero de 1965 recorrió el continente africano, de Argelia a Mali, de ahí al Congo-Brazzaville, Guinea y Ghana, Dahomey y nuevamente Ghana y Argelia. Se reunió con el argelino Ben Bella, el ghanés Kwame Nkrumah, el dirigente del Congo-Brazzaville Alphonse Massamba-Débat y el del movimiento independentista angoleño Agostinho Neto; a éste le prometió que Cuba enviaría instructores militares a las guerrillas del MPLA que operaban desde el enclave adyacente de Cabinda.[91]

En todas partes, su mensaje era el mismo: Cuba se identificaba con las luchas por la liberación africana; los movimientos anticoloniales y antiimperialistas del mundo debían buscar la unidad y hacer causa común con la comunidad socialista. Dedicaba largos pasajes de sus declaraciones al Congo y también al remoto Vietnam, antiguo dominio colonial cuyo pueblo combatía a las tropas norteamericanas.

Dio una entrevista para la publicación *Révolution Africaine* de Josie Fanon, viuda del difunto revolucionario martiniqués Frantz Fanon, autor del fogoso manifiesto anticolonialista *Los malditos de la tierra*. Le dijo que Cuba consideraba a África «uno, si no el más importante, campo de batalla, contra todas las formas de explotación que existen en el mundo: contra el imperialismo, el colonialismo y el neocolonialismo». Consideraba que existían «grandes posibilidades de triunfo debido a la agitación actual», pero también muchos peligros, entre ellos las divisiones que el colonialismo había sembrado entre los africanos. Lo positivo, dijo, como si parafraseara a su difunto esposo, era «el odio que el colonialismo ha sembrado en la mente del pueblo».

A la pregunta de Fanon sobre las perspectivas de la revolución en América Latina, el Che respondió que era un tema «muy próximo» a su corazón y en realidad el de su «mayor interés». Pensaba que la lucha sería «larga y dura» debido a la escalada de las medidas norteamericanas de contrainsurgencia.

«Es por esta razón que prevemos la organización de un frente continental de lucha contra el imperialismo y contra sus aliados internos. Ese frente será producto de una labor muy prolongada, pero cuando materialice, será un golpe severo

contra el imperialismo. No sé si será exactamente un golpe definitivo, pero será muy duro».

A principios de febrero, el Che voló a China. Lo acompañaban el ministro de la Construcción, Osmany Cienfuegos (hermano de su difunto amigo Camilo) y el influyente «secretario de organización» del PURS, Emilio Aragonés, que había asistido a las negociaciones secretas de 1962 con la Unión Soviética por los misiles nucleares. Los dos tendrían una importante intervención en las operaciones clandestinas de Cuba en África, y su presencia al lado del Che en esta coyuntura sugiere que también participaron en su planificación.

En efecto, a esas alturas Fidel ya había autorizado una misión militar secreta al Congo; correspondía al Che determinar hacia dónde convenía orientar los servicios de Cuba y con cuáles de las facciones rebeldes se debía realizar la misión. Un mes antes, en enero de 1965, se había ofrecido a un grupo escogido de cubanos negros el honor de participar voluntariamente en una «misión internacionalista» no especificada, y ya se entrenaban en tres campamentos separados en la isla. Otra señal de la operación inminente era la reciente designación de Pablo Ribalta —miembro del PSP y viejo amigo del Che desde los días de la sierra— como enviado a Tanzania, limítrofe con el Congo.

El gobierno cubano nunca dio a conocer lo que sucedió a puertas cerradas en el viaje de Guevara a la China. Humberto Vázquez Viaña, un antiguo militante del Partido Comunista Boliviano que está bien informado sobre el particular, dijo que la delegación del Che se reunió con Chou En-lai y otros altos funcionarios de la República Popular, pero no con el mismo Mao.[92]

Al elaborar sus planes congoleños, el Che seguramente vio la posibilidad de revertir la desgracia en que había caído Cuba con respecto a China. El historiador británico Richard Gott, especialista en movimientos revolucionarios latinoamericanos —quien como periodista cubrió la campaña guerrillera del Che en Bolivia y en la década de 1970 trabajó en Tanzania— considera que el motivo de la misión de Guevara a China era conversar con los principales patrocinadores de los revolucionarios congoleños. «Desde luego que África interesaba mucho a los chinos —argumenta Gott—. Chou En-lai viajaría dos veces ese año; además, en esa época apoyaban los conceptos estratégicos de Lin Piao, el ministro de Defensa, quien en un célebre discurso abogaba por que los campesinos revolucionarios rodearan las ciudades degeneradas. Desde luego, esto era música para los oídos de Guevara».

Desde China viajó a París, donde se tomó un descanso de las tareas revolucionarias para recorrer el Louvre. Luego regresó a África. Durante el mes

siguiente, en Argelia, Tanzania y Egipto, se reunió con Gamal Abdel Nasser, Ben Bella y Julius Nyerere, y empezó a sondear la situación con vistas a sus ambiciosos planes para una revolución panafricana.

Una escala crucial en su itinerario fue Dar es Salam, donde la dominación colonial blanca estaba fresca en la memoria. La ciudad portuaria construida junto a una laguna vecina al océano Índico en la década de 1860, donde se encontraba el palacio estival del sultán árabe de Zanzíbar, había sido la capital del África Oriental alemana hasta la Primera Guerra Mundial. Después había sido la colonia británica de Tanganyika hasta que ésta obtuvo su independencia en 1961. Desde entonces, bajo el gobierno del presidente izquierdista Julius Nyerere, Dar es Salam se había convertido en la sede de varios grupos guerrilleros africanos. Era un puesto de avanzada interesante: el año anterior, Estados Unidos había cerrado su embajada a raíz de la ruptura de relaciones y Cuba había abierto la suya.

Pero las reuniones iniciales con los revolucionarios africanos decepcionaron al Che. En el capítulo «Primer acto» de un libro —*Pasajes de la guerra revolucionaria: Congo*—[93] sobre la experiencia congoleña escrito ese mismo año, el Che recordó esas reuniones con hombres a quienes llamó desdeñosamente en inglés *Freedom Fighters* [combatientes por la libertad]. Observó que había un leitmotiv común a casi todos: vivían cómodamente en los hoteles de Dar es Salam y en general solicitaban «entrenamiento militar en Cuba y ayuda monetaria».

Lo primero que le llamó la atención sobre los dirigentes rebeldes del Congo fue «la extraordinaria cantidad de tendencias y opiniones diversas». Uno de ellos era Gaston Soumaliot, autoproclamado jefe del gobierno nororiental del Congo, cuyas fuerzas habían liberado una franja en el este del país, a la que accedían desde Tanzania cruzando el lago Tanganyika. Impresionó al Che como un hombre vago e inescrutable —«mucho menos desarrollado políticamente»—, de ninguna manera un «conductor de pueblos». Destacó asimismo la rivalidad de Soumaliot con algunos de sus camaradas del consejo, en especial con Christophe Gbenye, cuyos combatientes habían tomado Stanleyville.

El caudillo rebelde que sí le causó una buena impresión fue Laurent Kabila, un congolés veinteañero educado en Francia, comandante general del frente oriental de Soumaliot. A diferencia de éste, Kabila expuso su lucha de manera «clara, concreta y firme», aunque dejó entrever su oposición a otros jefes del Consejo de Liberación tales como Gbenye y el mismo Soumaliot.

Más adelante, el Che descubrió que Kabila le había mentido en su primer encuentro: decía venir «del interior del país», pero sólo había estado en Kigoma, un puerto repleto de bares y burdeles en la orilla tanzana del lago Tanganyika que

los rebeldes empleaban como base de retaguardia para su «descanso y recuperación». Sin embargo, optó por pasar por alto las fanfarronadas de Kabila a la luz de su visión del mundo decididamente izquierdista. «Kabila se daba perfecta cuenta de que el enemigo principal era el imperialismo norteamericano —escribió el Che—, y se manifestaba dispuesto a luchar consecuentemente hasta el final contra él. Sus manifestaciones y su acento de seguridad me hicieron… muy buena impresión». Una vez que se pusieron de acuerdo, el Che le ofreció asistencia: «Le ofrecí en nombre del gobierno [cubano] unos 30 instructores y las armas que pudiéramos tener y aceptó encantado. Recomendó premura en el envío de ambas cosas, lo que también hizo Soumaliot en otra conversación; este último señaló la conveniencia de que los instructores fueran negros».

A continuación decidió sondear a los demás *Freedom Fighters* que se encontraban en la ciudad. Aunque pensaba conversar informalmente con cada grupo por separado, por «un error» de la embajada cubana se realizó una «reunión "tumultuaria" en la cual participaron cincuenta o más personas, representantes de movimientos de diez o más países, cada uno dividido en dos o más tendencias».

Se encontró ante una sala repleta de guerrilleros que «casi unánimemente» pedían ayuda monetaria y entrenamiento para sus hombres en Cuba. Para exasperación de los presentes, el Che declinó todas las peticiones: señaló que el entrenamiento en Cuba sería un derroche costoso de fondos, que el auténtico combatiente guerrillero no se forja en la «academia» militar sino en el campo de batalla. «Por tanto, les propuse que el entrenamiento no se realizara en nuestra lejana Cuba, sino en el Congo cercano, donde se luchaba no contra un títere cualquiera como era Tshombe, sino contra el imperialismo norteamericano».

La lucha congoleña era sumamente importante, insistió. Su victoria o su derrota tendrían «repercusiones continentales». Su visión era la de un «gran foco» dirigido por Cuba en la zona oriental del país en la que podrían participar las guerrillas de países vecinos y así, al combatir en la guerra para «liberar» al Congo, ganarían experiencia de combate y organización para utilizarla en sus propios países.

«La reacción fue más que fría —observó el Che en *Pasajes*—; aunque la mayoría se abstuvo de toda clase de comentarios, hubo quienes pidieron la palabra para reprocharme violentamente por ese consejo. Aducían que sus pueblos, maltratados y envilecidos por el imperialismo, iban a reclamar si se producían víctimas… en una guerra por liberar otro Estado. Traté de hacerles ver que aquí no se trataba de lucha dentro de fronteras, sino de guerra contra el amo común, omnipresente tanto en Mozambique como en Malawi, Rodesia o Sudáfrica, el Congo o Angola».[*]

Ninguno de los presentes coincidió con él, escribió. «Fría y cortésmente se despidieron». Le quedó una clara impresión de que África debía recorrer un largo camino antes de alcanzar una «verdadera madurez revolucionaria». Quedaba planteada «la tarea de seleccionar un grupo de cubanos negros y enviarlos, voluntariamente por supuesto, a reforzar la lucha del Congo».

V

Guevara viajó luego a El Cairo, donde reveló sus planes para el Congo a Nasser según su yerno y asesor personal, Muhammad Heikal. Cuando dijo que tenía la intención de dirigir personalmente la expedición militar, el líder egipcio se sobresaltó. Dijo al Che que sería un error participar directamente en el conflicto, y se equivocaba al pensar que podía cumplir el papel de «Tarzán, un hombre blanco que conduce y protege a los negros». Nasser pensaba que semejante iniciativa sólo podía terminar mal.

A pesar de esa amonestación, la mala acogida que recibieron sus estrategias en Dar es Salam, sus propias reservas sobre los dirigentes rebeldes que había conocido y su falta de información fehaciente sobre la verdadera situación interna del Congo, el Che decidió seguir adelante con sus planes.

Su último discurso en el continente africano fue también su canto del cisne como figura pública o, como suelen decir discretamente en Cuba, «su último cartucho». El 25 de febrero, ante el Segundo Seminario Económico de Solidaridad Afroasiática realizado en Argel, el Che dejó de lado toda ambigüedad para reclamar a las superpotencias socialistas su apoyo desinteresado a los movimientos de liberación del Tercer Mundo y suscribir los costos de la transformación de esas naciones subdesarrolladas en sociedades socialistas.

Se dirigió a las cuarenta y tantas delegaciones africanas y asiáticas —representantes de una gama pintoresca de Estados tercermundistas, flamantes naciones independientes y movimientos guerrilleros en actividad— llamándolos «hermanos». «En nombre de los pueblos de América», dijo que la causa que unía su región del mundo con la de ellos era «la aspiración común de derrotar al imperialismo». Advirtió que muchos de los presentes provenían de naciones que combatían el colonialismo a la antigua o se habían liberado recientemente de éste, mientras que Cuba había vencido la otra forma de imperialismo que dominaba las Américas: el neocolonialismo, la cooptación y explotación de los países subdesarrollados por medio del «capital monopolista». Para que esto no sucediera en las nuevas sociedades en formación, era «imperioso obtener el poder político y liquidar a las clases opresoras».

«No hay fronteras en esta lucha a muerte; no podemos permanecer indiferentes frente a lo que ocurre en cualquier parte del mundo; una victoria de

cualquier país sobre el imperialismo es una victoria nuestra, así como la derrota de una nación cualquiera es una derrota para todos. El ejercicio del internacionalismo proletario es no sólo un deber de los pueblos que luchan por asegurar un futuro mejor; además, es una necesidad insoslayable… Si no hubiera ningún otro factor de unión, el enemigo común debiera constituirlo».

Por consiguiente, argumentó, los países socialistas desarrollados tenían no sólo el «interés vital» sino también el «deber» de ayudar a concretar esa separación entre las nuevas naciones subdesarrolladas y el mundo capitalista. «De todo esto deber extraerse una conclusión —prosiguió—; el desarrollo de los países que empiezan ahora el camino de la liberación debe costar a los países socialistas. Lo decimos así, sin el menor ánimo de chantaje o de espectacularidad, ni para la búsqueda fácil de una aproximación mayor al conjunto de los pueblos afroasiáticos; es una convicción profunda. No puede existir socialismo si en las conciencias no se opera un cambio que provoque una nueva actitud fraternal frente a la humanidad, tanto de índole individual, en la sociedad en que se construye o está construida el socialismo, como de índole mundial en relación a todos los pueblos que sufren la opresión imperialista».

Después de sentar las bases de su argumentación, el Che increpó duramente a los Estados socialistas desarrollados que hablaban de acuerdos comerciales de «beneficio mutuo» con los más pobres. «¿Cómo puede significar "beneficio mutuo", vender a precios de mercado mundial las materias primas que cuestan sudor y sufrimientos sin límites a los países atrasados y comprar a precios de mercado mundial las máquinas producidas en las grandes fábricas automatizadas del presente? Si establecemos ese tipo de relación entre los dos grupos de naciones, debemos convenir en que los países socialistas son, en cierta manera, cómplices de la explotación imperial. Se puede argüir que el monto del intercambio con los países subdesarrollados constituye una parte insignificante del comercio exterior de estos países. Es una gran verdad, pero no elimina el carácter inmoral del cambio. Los países socialistas tienen el deber moral de liquidar su complicidad tácita con los países explotadores de Occidente».

Estaba claro para todos los presentes que el Che dirigía su ataque directamente contra Moscú, que junto con China tenía representantes en el foro. Si bien elogió a las dos naciones por comprarle azúcar a Cuba en términos ventajosos para ésta, añadió que era apenas el primer paso. Se debían fijar precios que permitieran el desarrollo real de las naciones pobres, y las potencias socialistas debían extender esa nueva concepción fraternal del comercio exterior a todas las naciones subdesarrolladas que iniciaban el camino hacia el socialismo.

No era la primera vez que el Che criticaba a los soviéticos por «especular» a

la manera capitalista en su comercio con otras naciones en desarrollo —la élite revolucionaria de La Habana conocía muy bien sus puntos de vista—, pero sí era la primera vez que lo hacía abiertamente en un foro internacional. Con ello sobrepasaba consciente e intencionalmente los límites de lo permitido, con la evidente esperanza de hacerle sentir «vergüenza» a Moscú para obligarlo a actuar… y aún no había terminado.

Reclamó la formación de un «gran bloque compacto» de naciones que ayudara a otras a liberarse del imperialismo y de las estructuras económicas impuestas por éste. Los países socialistas poseedores de una industria bélica debían entregar armas «sin el menor costo y en las cantidades determinadas por sus necesidades y disponibilidad a los pueblos que las pidan».

Nuevamente hizo una pausa para elogiar a la Unión Soviética y a China por aplicar ese principio al otorgar ayuda militar a Cuba, pero a continuación volvió a fustigarlos. «Somos socialistas, y esto constituye la garantía del uso correcto de esas armas; pero no somos los únicos, y todos deben recibir el mismo trato». Destacó a los acosados norvietnamitas —cuyo país era blanco de bombardeos norteamericanos sistemáticos desde apenas dos semanas antes— y a los congoleños como pueblos dignos de recibir la «solidaridad incondicional» que exigía.

Por cierto que el discurso indignó a los soviéticos. Calificar al Kremlin de «cómplice del imperialismo» constituía una violación pasmosa del protocolo interno del bloque socialista. En vista de la ayuda financiera otorgada a Cuba, semejante discurso era una bofetada en la cara y una señal de la mayor ingratitud.

Durante los últimos tramos de la prolongada peregrinación del Che (de Argelia nuevamente a Egipto, antes de volar a Praga el 12 de marzo) los sucesos en el Congo parecían dar la razón a Soumaliot y Kabila cuando pedían premura en el cumplimiento de su promesa de enviarles instructores y armamentos cubanos. Los mercenarios blancos reunidos por Mike Hoare habían entrado en acción contra los rebeldes, conducían a las tropas del gobierno en asaltos por tierra y realizaban incursiones aéreas. Tomaron varios baluartes clave y apuntaron rápidamente al «territorio liberado» en la margen oriental del lago Tanganyika. Si Cuba pensaba participar en el conflicto congolés, el momento de actuar se acercaba a toda prisa.

VI

Así como los expertos del Kremlin en busca de señales de cambios en la cúpula observaban cuidadosamente la ubicación de los miembros del Politburó en las ceremonias de la Plaza Roja, el recibimiento del Che en La Habana después del escandaloso discurso de Argel fue objeto de minuciosos estudios en busca de pruebas de camaradería o conflicto entre él y Fidel.

El 15 de marzo, cuando llegó al aeropuerto de Rancho Boyeros, además de Aleida lo esperaban Fidel, el presidente Dorticós y, acaso la presencia más significativa, Carlos Rafael Rodríguez. Hasta el día de hoy Aleida se niega a revelar lo que sucedió a continuación, y Fidel Castro no ha dicho nada al respecto, pero los informes coinciden en que éste y el Che se fueron directamente del aeropuerto a una reunión a puertas cerradas que duró varias horas. A falta de información oficial, y dada la posterior desaparición del Che, la interpretación tradicional de los observadores escépticos es que el encuentro fue la culminación irrevocable de las presuntas tensiones acumuladas entre los dos. Ante una pregunta sobre este asunto aún delicado, una fuente bien informada del gobierno cubano optó por una respuesta elíptica: Fidel «probablemente» recriminó al Che con «vehemencia», pero no porque hubiera una divergencia de fondo entre ambos sino por su «falta de tacto» en el discurso de Argel. En este contexto, se podría decir que Carlos Rafael Rodríguez se hizo presente en representación de los ánimos caldeados del Kremlin.

Distinta es la interpretación del historiador Maurice Halperin. «El discurso, que leí unos días más tarde, me causó estupor —escribió—. Cuando pregunté a un alto funcionario del Ministerio de Comercio Exterior qué significaba la filípica del Che, me respondió con una sonrisa maliciosa: "Representa el punto de vista cubano."» Halperin llegó a la conclusión de que muy probablemente era así en vista de las declaraciones recientes de Fidel y porque además le constaba que éste estaba «cada vez más molesto con los métodos comerciales soviéticos en el ministerio». En definitiva, pensó, Fidel había ido al aeropuerto a recibir al Che en su regreso a Cuba con el fin de demostrarle su aprobación. En efecto, el hecho de que el discurso del Che fuera publicado en *Política Internacional*, la revista trimestral del gobierno, aparentemente elimina cualquier duda que pudiera persistir acerca de la posición de Fidel.

En realidad, la mayoría de los indicios sugieren que ambos trabajaban en equipo, hasta el punto de acordar lo que dirían en público. El 2 de enero, en su discurso por el sexto aniversario de la Revolución, Fidel criticó con vehemencia el modelo socialista soviético —sin nombrarlo— y por primera vez habló al pueblo cubano sobre los «problemas» en el seno de la hermandad de las naciones socialistas. El pueblo cubano, dijo, tenía el derecho de expresarse con su propia voz y de interpretar las ideas de Marx, Engels y Lenin de acuerdo con su propia visión

y circunstancias, y debía prepararse para sobrevivir por sus propios medios si se interrumpiera bruscamente la ayuda que estaba recibiendo del exterior. Era un mensaje inequívoco a Moscú: Fidel no permitiría que los soviéticos impusieran su modelo político en Cuba.

El 13 de marzo, dos días antes del regreso del Che a La Habana, Fidel habló nuevamente en público, esta vez para aludir en términos vehementes a la rivalidad y demagogia de China y la Unión Soviética que tanto hablaban de apoyar la «liberación de los pueblos» pero no acudían en ayuda de los vietnamitas frente a la escalada militar norteamericana. «¡Proponemos que se dé a Vietnam toda la ayuda que sea necesaria! ¡Ayuda en armas y hombres! ¡Nuestra posición es que el campo socialista corra todos los riesgos que sean necesarios!»

En su discurso en la Universidad de La Habana, dijo que la clase de solidaridad que reclamaba tenía un precedente: la misma Cuba. Durante la crisis de los misiles, se había mostrado dispuesta a afrontar el riesgo de la «guerra termonuclear» con la instalación de misiles soviéticos en su territorio a fin de fortalecer el campo socialista. Cuba aún creía que era su deber histórico combatir el imperialismo yanqui, y tenía lazos con los que llevaban adelante una lucha similar en otras partes del mundo.[95]

Con todo, como siempre, en su discurso de Argel el Che había superado a Fidel al decir todo lo que pensaba y creía… y al diablo con las consecuencias. Había arrojado el guante y no había retroceso posible. En un nivel más directo, demostraría personalmente cómo se llevaba a la práctica el «internacionalismo proletario», y que los demás lo siguieran. Sin embargo, después de esas palabras a Fidel se le hacía más difícil que nunca defender a su amigo «maoísta» ante los soviéticos. Por eso le «sugirió» que partiera inmediatamente de la isla y regresara a África para dirigir el contingente guerrillero que ya se entrenaba para su misión en el Congo. El corazón del Che estaba en Sudamérica, pero las condiciones aún no estaban maduras, mientras que África parecía ofrecer perspectivas verdaderamente revolucionarias. Aceptó.

Según el agente de inteligencia cubano Juan Carretero («Ariel»), él mismo con su jefe Piñeiro y Fidel «instaron» al Che a que aceptara la misión. Ésta duraría un par de años y, entretanto, prometieron, la gente de Piñeiro continuaría la tarea de construir una infraestructura guerrillera en América Latina hasta que las condiciones fueran propicias para su traslado allá. La guerra del Congo sería un ejercicio valioso para endurecer a los combatientes del Che y un buen filtro para determinar quiénes lo acompañarían a Sudamérica. Según Piñeiro, no fue difícil convencerlo. «El Che estaba tan entusiasmado con sus contactos africanos que Fidel le dijo: “¿Por qué no vas a África?” Estaba realmente alterado por el paso del

tiempo y su incapacidad para cumplir con [lo que consideraba era] su misión histórica».

Los pasos siguientes se sucedieron con rapidez. El 22 de marzo, el Che informó a sus colegas del Ministerio de Industrias sobre el viaje por África, pero sin anunciar su partida inminente. Una semana después, visitó a los guajiros veteranos de su antigua columna en la sierra que trabajaban en la granja experimental Ciro Redondo en Matanzas y les dijo que se iría a «cortar caña» por algún tiempo.

De regreso en La Habana, reunió a sus camaradas más íntimos del ministerio y les contó la misma historia. Muy pocos sabían que el Che se aprestaba a partir definitivamente de Cuba, pero ésa era su intención. Durante los últimos quince días en la capital, desapareció gradualmente de la vista, evitó las apariciones públicas y se despidió de un puñado selecto de personas en las que podía confiar que guardarían el secreto. El 15 de marzo, fecha de la publicitada llegada al aeropuerto después de su viaje por África, sería la última vez que el pueblo cubano, en general, vería al Che.

Sería también la última vez que sus hijos lo verían en calidad de padre, y el menor de ellos no guardaría el menor recuerdo de él. Una vez más, un hijo suyo había nacido durante su ausencia; el 24 de febrero, mientras volaba de Argel a El Cairo, Aleida había dado a luz a su último hijo, un varón a quien llamó Ernesto.

Aleida estaba trastornada. Pidió al Che que no se fuera, pero la decisión era irrevocable. Sin embargo, le prometió que la mandaría llamar cuando la revolución alcanzara una «etapa más avanzada».

La víspera de la partida, cuando almorzaban con la niñera Sofía, el Che le preguntó qué había sido de las viudas de los cubanos muertos durante la revolución. Sofía respondió que muchas habían vuelto a casarse. El Che se volvió hacia Aleida y señaló su pocillo de café: «En ese caso, este café que me sirves, que puedas servírselo a otro». Conmovida aún hoy por ese recuerdo, Sofía comprendió que le daba su bendición a Aleida si decidía volver a casarse en caso de que él muriera.

Al amanecer del 1 de abril, salió de la casa donde había vivido los últimos ocho años, no como el Che Guevara sino como un hombre bien rasurado, de gafas y aspecto sobrio llamado Ramón Benítez.

27. LA HISTORIA DE UN FRACASO

I

«Un buen día aparecí en Dar es Salam —escribió el Che—. Nadie me conoció; ni el mismo embajador [Pablo Ribalta], viejo compañero de lucha… pudo identificarme a mi llegada».

El 19 de abril, el Che aún disfrazado, llegó a Dar es Salam por una ruta indirecta que lo llevó previamente a Moscú y El Cairo. Lo acompañaban su emisario guerrillero itinerante Papi Tamayo y Víctor Dreke, un oficial cubano —negro, como correspondía— que había sido designado comandante «oficial» de la brigada internacionalista.

El Che conservaba su anonimato, pero estaba lleno de esperanzas al regresar al continente que alguna vez había soñado visitar al cabo de un viaje de diez años por el mundo: «África por las aventuras, y después se acabó el mundo», había escrito a su madre diez años antes. Paradójicamente, desde entonces había conocido más mundo de lo que jamás hubiese imaginado, pero generalmente dentro de las restricciones impuestas por sus funciones de ministro y su imagen de personalidad internacional. En aquel momeno se abría un capítulo nuevo, viajaba de incógnito y había recuperado la libertad para ser él mismo, aunque no dejaba de pensar con nostalgia en la vida y los seres queridos que había dejado atrás. Más adelante escribiría en *Pasajes*: «Dejaba atrás casi once años de trabajo para la Revolución Cubana al lado de Fidel, un hogar feliz, hasta donde puede llamarse hogar la vivienda de un revolucionario consagrado a su tarea, y un montón de hijos que apenas sabían de mi cariño. Se reiniciaba el ciclo».

Había iniciado un primer ciclo al separarse de su familia y sus raíces en Argentina para formarse como revolucionario; éste había culminado con el abandono de Hilda y su hija recién nacida para consumar la transformación en el «Che». Era mucho más lo que abandonaba al poner fin a su ciclo cubano: su esposa Aleida, sus hijos, su ciudadanía cubana con el grado de comandante y el puesto de ministro, además de los amigos y camaradas, las vivencias compartidas durante una década intensa.

II

Mientras esperaban la llegada de otros miembros de la brigada cubana, que divididos en varios grupos seguían distintos itinerarios, Ribalta alojó al Che y sus dos camaradas en una finca pequeña de las afueras de Dar es Salam que había alquilado. De un diccionario swahili el Che escogió los nombres de guerra de los tres. En adelante, Dreke sería «Moja» (Uno); Papi sería «Mbili» (Dos) y él sería «Tato» (Tres).

Ante la ausencia inesperada de Kabila y otros dirigentes rebeldes congoleños que asistían a una reunión cumbre de revolucionarios en El Cairo, se pusieron en contacto con un representante de mediana jerarquía en Dar Es Salam, un joven llamado Godefroi Chamaleso, a quien sólo dijeron que los tres constituían la avanzada del contingente cubano prometido. Para justificar la presencia de blancos, dijeron que el hombre llamado Tato era médico, hablaba francés y era veterano de la guerrilla, en tanto que Mbili aportaría una vasta e invalorable experiencia combatiente.

Pero desde luego que estos subterfugios sólo eran un remedio provisional; la decisión de cuándo y a quién revelar la identidad del jefe del grupo se les presentaba como un auténtico dilema. El Che le dijo a Chamaleso que el número de cubanos que acudirían sería mayor que el previsto inicialmente: ciento treinta. Frente a esta revelación, su interlocutor pareció no inmutarse. El Che dijo entonces que querían entrar en territorio congoleño lo más pronto posible. Mientras Chamaleso —aun sin darse cuenta de que el hombre con quien se había reunido era el Che— se marchó a El Cairo para informar a Kabila de su llegada, el trío esperó, enviando a un encargado de organizar el cruce del lago Tanganyika en tanto que otros compraban en el mercado de la ciudad los suministros que necesitaban: mochilas, mantas, cuchillos y plásticos.

«No había comunicado a ningún congolés mi decisión de luchar en su país —escribiría el Che más adelante—. En la primera conversación con Kabila no podía hacerlo porque no había nada decidido y, luego de aprobarse el plan [por Fidel], hubiera sido peligroso que se conociera mi proyecto antes de llegar a destino; había que atravesar mucho territorio hostil. Decidí, pues, presentar un hecho consumado y actuar de acuerdo a cómo reaccionaran ante mi presencia. No se me ocultaba el hecho de que una negativa me colocaba en una posición difícil, pues ya no podría regresar, pero también calculaba que para ellos sería difícil

negarse. Estaba realizando un chantaje de cuerpo presente».

El regreso a Cuba era imposible, no porque hubiera reñido con Fidel sino porque su decisión de partir era irrevocable. Se había forjado una reputación de no faltar jamás a la palabra empeñada, y no había circunstancia concebible que pudiera modificar esa actitud. Había prestado el mismo juramento de dedicación total que había exigido a los hombres de Masetti cuando se preparaban para combatir en Argentina: en adelante debían considerarse hombres muertos; si sobrevivían, lo cual era dudoso en la mayoría de los casos, pasarían los diez o veinte años siguientes de sus vidas en combate. El Che acababa de asumir la misma obligación.

En verdad, al partir de Cuba había quemado las naves en una nota manuscrita a Fidel que éste debía dar a conocer al público cuando lo estimara oportuno. Era simultáneamente un resumen de su vida en común, una despedida, una declaración jurada que liberaba al gobierno cubano de toda responsabilidad por sus acciones futuras y un testamento.

La encabezaba un simple «Fidel»:

Me recuerdo en esta hora de muchas cosas, de cuando te conocí en casa de María Antonia [en Ciudad de México], de cuando me propusiste venir, de toda la tensión de los preparativos.

Un día pasaron preguntando a quién se debía avisar en caso de muerte y la posibilidad real del hecho nos golpeó a todos. Después supimos que era cierta, que en una revolución se triunfa o se muere (si es verdadera). Muchos compañeros quedaron a lo largo del camino hacia la victoria.

Hoy todo tiene un tono menos dramático, porque somos más maduros, pero el hecho se repite. Siento que he cumplido la parte de mi deber que me ataba a la Revolución Cubana en su territorio y me despido de ti, de los compañeros, de tu pueblo, que ya es mío.

Hago formal renuncia de mis cargos en la dirección del partido, de mi puesto de ministro, de mi grado de comandante, de mi condición de cubano. Nada legal me ata a Cuba…

Haciendo un recuento de mi vida pasada creo haber trabajado con suficiente honradez y dedicación para consolidar el triunfo revolucionario. Mi única falta de alguna gravedad es no haber confiado más en ti desde los primeros momentos de la Sierra Maestra y no haber comprendido con suficiente celeridad tus cualidades

de conductor y de revolucionario.[96]

He vivido días magníficos y sentí a tu lado el orgullo de pertenecer a nuestro pueblo en los días luminosos y tristes de la crisis [de los misiles] del Caribe.

Pocas veces brilló más alto un estadista que en esos días…

Otras tierras del mundo reclaman el concurso de mis modestos esfuerzos. Yo puedo hacer lo que te está negado por tu responsabilidad al frente de Cuba y llegó la hora de separarnos.

Sépase que lo hago con una mezcla de alegría y dolor: aquí dejo lo más puro de mis esperanzas de constructor y lo más querido entre mis seres queridos… y dejo un pueblo que me admitió como un hijo; eso lacera una parte de mi espíritu. En los nuevos campos de batalla llevaré la fe que me inculcaste, el espíritu revolucionario de mi pueblo, la sensación de cumplir con el más sagrado de los deberes: luchar contra el imperialismo donde quiera que esté; esto reconforta y cura con creces cualquier desgarradura.

Digo una vez más que libero a Cuba de cualquier responsabilidad, salvo la que emane de su ejemplo. Que si me llega la hora definitiva bajo otros cielos, mi último pensamiento será para este pueblo y especialmente para ti… Que no dejo a mis hijos y mi mujer nada material y no me apena: me alegra que así sea. Que no pido nada para ellos pues el Estado les dará lo suficiente para vivir y educarse…

Hasta la victoria siempre. ¡Patria o Muerte!

Te abraza con todo fervor revolucionario

Che. También dejó una carta para que la enviaran a sus padres:

Queridos viejos:

Otra vez siento bajo mis talones el costillar de Rocinante, vuelvo al camino con mi adarga al brazo.

Hace de esto casi diez años, les escribí otra carta de despedida. Según recuerdo, me lamentaba de no ser mejor soldado y mejor médico; lo segundo ya no me interesa, soldado no soy tan malo.

Nada ha cambiado en esencia, salvo que soy mucho más consciente, mi

marxismo está enraizado y depurado. Creo en la lucha armada como única solución para los pueblos que luchan por liberarse y soy consecuente con mis creencias. Muchos me dirán aventurero, y lo soy, sólo que de un tipo diferente y de los que ponen el pellejo para demostrar sus verdades.

Puede ser que ésta sea la definitiva. No lo busco pero está dentro del cálculo lógico de probabilidades. Si es así, va un último abrazo.

Los he querido mucho, sólo que no he sabido expresar mi cariño, soy extremadamente rígido en mis acciones y creo que a veces no me entendieron. No era fácil entenderme, por otra parte, créanme solamente, hoy. Ahora, una voluntad que he pulido con delectación de artista, sostendrá unas piernas fláccidas y unos pulmones cansados. Lo haré.

Acuérdense de vez en cuando de este pequeño condotiero del siglo XX… Un gran abrazo de hijo pródigo y recalcitrante para ustedes.

Ernesto

Para Aleida, grabó sus poemas de amor preferidos, entre ellos varios de Neruda. Y a sus cinco hijos dejó una carta que sólo debían conocer después de su muerte:

Si alguna vez tienen que leer esta carta, será porque yo no esté entre ustedes.

Casi no se acordarán de mí y los más chiquitos no se recordarán nada.

Su padre ha sido un hombre que actúa como piensa y, seguro, ha sido leal a sus convicciones.

Crezcan como buenos revolucionarios. Estudien mucho para poder dominar la técnica que permite dominar la naturaleza. Acuérdense que la revolución es lo más importante y que cada uno de nosotros, solo, no vale nada. Sobre todo, sean siempre capaces de sentir en lo más hondo cualquier injusticia cometida contra cualquiera en cualquier parte del mundo. Es la cualidad más linda de un revolucionario.

Hasta siempre hijitos, espero verlos todavía. Un beso grandote y un gran abrazo de

Papá.[*]

En cuanto a Hilda madre, aunque había sido la esposa del Che, durante los últimos años sus encuentros habían sido más bien formales, generalmente limitados a las visitas a la hija de ambos. La última vez que se vieron fue en vísperas de su viaje para hablar ante las Naciones Unidas en noviembre de 1964, cuando él fue a despedirse de ella e Hildita. Al mostrarle una carta del padre del Che que ella había recibido en la que decía que pensaba viajar próximamente a La Habana, según Hilda, el Che sorprendido y a la vez preocupado exclamó: «¡Por qué no vino antes! ¡Qué lástima! *Ahora ya no hay tiempo*».

En ese momento no comprendió qué quiso decir; más adelante cayó en la cuenta de que seguramente ya pensaba en su proyecto guerrillero en África. Meses después, a su regreso de Argel el 15 de marzo, su hija Hildita estaba en el aeropuerto para recibirlo. El Che la llevó a su casa y partió inmediatamente hacia su reunión con Fidel en La Habana. No tuvo tiempo para conversar con Hilda, pero dijo a su hija que volvería más tarde. «Dos o tres días después me llamó para decirme que vendría a conversar conmigo —escribió Hilda—, pero a último momento llamó otra vez para decir que se iba al campo a cortar caña y que me visitaría cuando regresara del trabajo voluntario». Desde luego que ni Hilda ni Hildita volverían a verlo.[98]

Para un puñado de amigos íntimos había escogido varios libros de la biblioteca de su oficina e inscrito dedicatorias personales en cada uno; los dejó en el anaquel para que los encontraran, sin decir nada a nadie. A su viejo amigo Alberto Granado dejó un libro de historia del azúcar, *El ingenio*, con la siguiente dedicatoria:

«No sé qué dejarte de recuerdo. Te obligo, pues, a sumergirte en la caña de azúcar. Mi casa rodante volverá a tener dos pies y mis sueños ningún límite, al menos hasta que hablen las balas. Te espero, gitano sedentario, cuando se disipe el olor de la pólvora».

Orlando Borrego había querido acompañarlo, pero el Che se negó: su joven protegido era ministro del azúcar, y sus servicios eran demasiado valiosos para que abandonara el puesto. Le dejó los tres tomos de *El capital* y una dedicatoria:

«Borrego: Ésta es la fuente, aquí aprendimos todos juntos a tropezones buscando lo que todavía es una intuición apenas. Hoy que marcho a cumplir mi deber, y quedas cumpliendo tu deber contra tu anhelo, te dejo constancia de mi amistad, que pocas veces se expresó en palabras. Gracias por tu firmeza y tu lealtad. Que nada te separe de la ruta. Un abrazo, Che».

(Después de su partida, Borrego asumió una misión especial propia para honrar a su maestro: la publicación de una edición especial de obras escogidas del Che, un compendio de ensayos, artículos, discursos y cartas. Sería el legado literario del Che a Cuba, un medio para asegurar que sus principios revolucionarios sobrevivieran en la isla.)

En un primer momento las cartas de despedida del Che no fueron difundidas, pero además del discurso de Argel, que fue su última aparición pública en esferas internacionales, dejó un manifiesto que sólo se puede calificar de obra final. Era un ensayo largo, escrito durante su viaje de tres meses por África y enviado como carta al director del semanario uruguayo *Marcha* antes del regreso a Cuba. «El socialismo y el hombre en Cuba» apareció en marzo, y aun antes de la desaparición del Che provocó una conmoción en los círculos izquierdistas del hemisferio. Apareció en la revista cubana *Verde Olivo* del 11 de abril, cuando el Che volaba de regreso a Tanzania.

«El socialismo y el hombre en Cuba» es la cristalización del mensaje doctrinario del Che y a la vez un autorretrato sumamente revelador. Allí reafirma el derecho de Cuba de ocupar el puesto de «vanguardia» y timonel de la revolución latinoamericana a la vez que fustiga en los términos más duros a los socialistas que aplican sumisamente los dogmas soviéticos. Desarrolla su crítica del modelo soviético y reitera su argumento a favor de los incentivos «morales» en oposición a los materiales.

El Che niega que la construcción del socialismo signifique la «abolición del individuo». Por el contrario, el individuo es la esencia de la revolución: la lucha cubana había dependido de los individuos que combatieron y ofrendaron sus vidas por ella. En la vorágine de esa lucha había nacido una nueva concepción del yo: la «etapa heroica» comenzó cuando esos individuos empezaron a competir por «un cargo de mayor responsabilidad, de mayor peligro, sin otra satisfacción que el cumplimiento del deber… En la actitud de nuestros combatientes se vislumbraba al hombre del futuro».

Al leer estas líneas es difícil evitar la sensación de que el Che expresaba su verdad personal, que si bien se extendía a otros era sobre todas las cosas una justificación de su propia transformación revolucionaria. Aquí estaba la esencia de la filosofía del Che: convencido de que había consumado la sublimación de su yo, su ser individual, había accedido a un estado mental que le permitía sacrificarse conscientemente por la sociedad y sus ideales. Si él podía hacerlo, otros podían imitarlo.

Para finalizar, escribió:

Hay que decirlo con toda sinceridad, en una revolución verdadera a la que se le da todo, de la cual no se espera ninguna retribución material, la tarea del revolucionario de vanguardia es a la vez magnífica y angustiosa.

Déjeme decirle, a riesgo de parecer ridículo, que el revolucionario verdadero está guiado por grandes sentimientos de amor. Es imposible pensar en un revolucionario auténtico sin esta cualidad. Quizás sea uno de los grandes dramas del dirigente; éste debe unir a un espíritu apasionado una mente fría y tomar decisiones dolorosas sin que se contraiga un músculo. Nuestros revolucionarios de vanguardia tienen que idealizar ese amor a los pueblos, a las causas más sagradas y hacerlo único, indivisible. No pueden descender con su pequeña dosis de cariño cotidiano hacia los lugares donde el hombre común lo ejercita.

Los dirigentes de la Revolución tienen hijos que en sus primeros balbuceos no aprenden a nombrar al padre; mujeres que deben ser parte del sacrificio general de su vida para llevar la Revolución a su destino; el marco de los amigos responde estrictamente al marco de los compañeros de Revolución. No hay vida fuera de ella.

En esas condiciones, hay que tener una gran dosis de humanidad, una gran dosis de sentido de la justicia y de la verdad para no caer en extremos dogmáticos, en escolasticismos fríos, en aislamiento de masas. Todos los días hay que luchar por que ese amor a la humanidad viviente se transforme en hechos concretos, en actos que sirvan de ejemplo, de movilización…

Sabemos que hay sacrificios delante nuestro y que debemos pagar un precio por el hecho heroico de constituir una vanguardia como nación. Nosotros, dirigentes, sabemos que tenemos que pagar un precio por tener derecho a decir que estamos a la cabeza del pueblo que está a la cabeza de América. Todos y cada uno de nosotros paga puntualmente su cuota de sacrificio, conscientes de recibir el premio en la satisfacción del deber cumplido, conscientes de avanzar con todos hacia el hombre nuevo que se vislumbra en el horizonte.

III

El 20 de abril, en medio de los rumores crecientes de que había «sucedido» algo al Che, Fidel rompió el silencio con el anuncio enigmático de que estaba bien y se encontraba donde sería de «mayor utilidad a la revolución». Se negó a decir más.

El mismo día, Hildita recibió una carta firmada por él. Le decía que estaba «un poco lejos» haciendo un trabajo que le habían encomendado y que pasaría «un poco de tiempo» antes de que pudiera volver. Le dijo que cuidara a sus «otros» hermanos y hermanas, que velara por que hicieran sus tareas escolares y que «siempre pensaba» en ella.

En esa misma época, el padre del Che había recibido un indicio sobre la parte del mundo donde se hallaba. Era una postal, enviada después de su partida de Cuba, con apenas un par de líneas:

«Viejo: desde el sol del Sahara a tus neblinas [argentinas]. Ernesto se renueva y va por la tercera [vuelta]. Un abrazo de tu hijo».

Las palabras tranquilizadoras de Fidel no pusieron fin a la ola de rumores. Uno de los primeros decía que se encontraba en la vecina República Dominicana, donde había estallado una crisis de gran magnitud a los pocos días de su desaparición. El presidente norteamericano Lyndon Johnson (quien había derrotado al republicano Barry Goldwater en las elecciones de noviembre de 1964) había enviado a los marines a aplastar una insurrección armada izquierdista, en la primera invasión militar de un país del hemisferio occidental en varias décadas. En las calles de Santo Domingo se libraba una batalla campal entre los rebeldes leales al depuesto presidente Juan Bosch y los militares dominicanos.[99]

Agentes de los servicios secretos cubanos han insinuado que el rumor sobre «el Che en Santo Domingo» pudo haberse generado intencionalmente en La Habana; durante su viaje al Congo, cuando era vulnerable a la detección o la captura, era de suprema importancia conservar el secreto de su paradero. Con el paso del tiempo, otros informes lo situarían en Vietnam y en toda una gama de lugares exóticos; algunos eran trascendidos falsos sembrados por la inteligencia cubana, otros probablemente eran diseminados por la CIA para echar un manto de sospechas sobre el régimen castrista. Uno de los informes más sensacionalistas

tenía aroma soviético. Según un memorándum presuntamente secreto, el Che padecía una depresión nerviosa y se encontraba en una clínica psiquiátrica donde pasaba el tiempo leyendo a Trotski y escribiendo cartas a Fidel en las que promovía su idea de crear una «revolución permanente». (El llamado «Memorándum R» indicaba con exactitud alarmante el verdadero paradero del Che al decir que uno de los lugares mencionados por el Che en sus cartas era Zanzíbar, donde se podía «trabajar con los chinos».)

En efecto, según Sergo Mikoyán, los primeros informes que trascendieron en Moscú indicaban que Fidel y el Che se habían enfrentado y que éste se encontraba en el exilio o castigado. «La opinión general entre los *apparatchiks* era que había un pleito entre Fidel y el Che. O quizás no un pleito, pero que quizás Fidel ya no quería al Che en Cuba: quería ser el único líder, y el Che competía con él…» Mikoyán subrayó que él jamás creyó en esas versiones. «Conocía al Che y a Fidel y sabía que el Che no era ambicioso en absoluto… Él ni se imaginaría competir con Fidel [por el liderazgo]. Esta versión era ridícula, y yo no la creía. Pero nuestra gente pensaba en Stalin, Trotski, Jrushov y después Bréznev, todos peleando… y pensaban que era lo mismo [en Cuba]».

El embajador soviético Alexander Alexeiev conocía los rumores, pero para entonces estaba enterado de la verdad. En marzo, Fidel lo había invitado a una ceremonia especial: pensaba encabezar una brigada voluntaria de revolucionarios que iría a cortar caña en Camagüey. Al advertir que el Che, ya de regreso de Argel, no participaba en la ceremonia, Alexeiev se preguntó si los rumores de una ruptura no serían verídicos.

A continuación el Che desapareció y la fábrica de rumores empezó a trabajar a todo gas. En Camagüey, Fidel llevó a Alexeiev a donde no pudieran escucharlo: «Alejandro, probablemente advertiste la ausencia del Che. Está en África, fue allá a quedarse y organizar un movimiento [revolucionario]. Pero esto te lo digo sólo a ti. De ninguna manera lo comuniques [al Kremlin] por cable».

Alexeiev interpretó que no debía enviar un mensaje *escrito* que pudiera caer en manos de terceros y trascender, pero tenía el deber de informar a su gobierno, y así lo hizo. Treinta años después, no supo recordar con exactitud cómo había transmitido la información —pensaba que la había confiado a una persona «de gran confianza» que había viajado a La Habana con una delegación soviética—, pero insistió en que no lo había hecho «por escrito». Durante una visita a Moscú, informó directamente a Leonid Bréznev.[100]

A la luz del reciente deterioro de las relaciones entre La Habana y Moscú, al susurrar la misión del Che en los oídos del embajador soviético Fidel comunicaba

discretamente al Kremlin que él seguía siendo leal a pesar de sus provocaciones públicas al oso ruso. Si el Che respaldaba una fracción chinófila en el Congo, ello no debía afectar las relaciones entre el Kremlin y La Habana. Tal vez Fidel esperaba que al confiarle este secreto y presentarle un hecho consumado, el nuevo Buró Político —que ya brindaba alguna ayuda a los rebeldes del Congo— daría su apoyo directo a los proyectos guerrilleros cubanos en África. Cuando Fidel reveló el secreto a Alexeiev, la columna de vanguardia de esa iniciativa, dirigida por el Che, se aprestaba a entrar en acción.

IV

Al amanecer del 24 de abril, el Che y trece cubanos desembarcaron en la orilla congoleña del lago Tanganyika. Acababan de dejar atrás una extensión de cincuenta kilómetros de agua que los separaba del refugio de Tanzania y su vasta sabana que se extendía hasta el océano Índico, la tierra que habían cruzado en automóvil durante dos días y dos noches desde su partida de Dar es Salam. Frente a ellos se alzaba el borde occidental del valle de la Gran Grieta, una abrupta escarpa selvática junto al lago. Más allá de ésta se encontraba el inmenso territorio «liberado» por los rebeldes. Su «frente» septentrional comenzaba ciento setenta kilómetros al norte, en el pueblo de Uvira a orillas del lago Tanganyika. Esta población de la frontera con Burundi era la base de retaguardia de los rebeldes desde la caída de Bukavu, más al norte, donde se unen las fronteras del Congo, Ruanda y Burundi. Desde allí el reducto de los rebeldes se extendía cien kilómetros hacia el sur hasta la aldea lacustre de Kibamba, donde se encontraban el Che y sus hombres. El territorio se extendía tierra adentro por doscientos kilómetros hasta Kasongo, sobre el río Lualaba, en el límite norteño de la provincia de Katanga. Según el jefe mercenario Mike Hoare, era un territorio de extensión similar a Gales, una región de llanuras extensas y montes selváticos surcada por ríos bravos, habitada por manadas de elefantes y por un mosaico complejo de tribus que vivían de la agricultura de subsistencia o de la caza y recolección. Los caminos y las poblaciones eran escasos; los puntos en el mapa indicaban aldeas nativas, antiguas guarniciones coloniales belgas, misiones y puestos comerciales.

Godefroi Chamaleso, el comisario político de Dar es Salam, los acompañaba para allanarles el camino; hasta entonces era el único enlace oficial del Che con los revolucionarios que venía a entrenar y disciplinar. Kabila había mandado avisar desde El Cairo que llegaría en quince días, y hasta entonces el Che debía permanecer de incógnito. «Para ser sincero —admitiría más adelante— estos inconvenientes no me desagradaban mucho, pues tenía interés en la lucha del Congo y temía que mi ofrecimiento provocara reacciones demasiado agudas y algunos de los congoleses, o el mismo gobierno amigo [de Tanzania], me pidieran abstenerme de entrar en la lid».

Hasta entonces todo estaba muy bien. Pero ya en Kigoma, el puerto de Tanzania sobre la margen izquierda del lago, el Che había visto las primeras señales de indisciplina y falta de liderazgo de los rebeldes congoleños a los que se había unido. Un funcionario tanzano se había quejado de los rebeldes, que

cruzaban el lago para ir de juerga por los bares y prostíbulos del pueblo. Además, el bote para cruzar el lago se había hecho esperar un día y medio a pesar de los esfuerzos de su hombre de avanzada. Y después de cruzar a Kibamba en la margen opuesta, halló que la comandancia rebelde se encontraba demasiado cerca de la aldea y de la «válvula de escape» de Tanzania para su gusto.

En ausencia de Kabila, el Che tuvo que tratar con un grupo de «comandantes de campo», jefes de las «brigadas militares» acantonadas alrededor de la zona rebelde. Afortunadamente para él, algunos de ellos hablaban francés, y pudo advertir rápidamente que existían graves divisiones entre ellos. En la primera reunión con los comandantes, el entusiasta Chamaleso quiso establecer un lazo entre sus compatriotas y los recién llegados: para ello propuso que el «jefe» Víctor Dreke y otro cubano elegido por él participaran en todas las reuniones y decisiones del estado mayor. Los oficiales congoleños se negaron a responder. «Observé la cara de los circunstantes —escribió el Che con sorna— y no pude constatar aprobación a la propuesta; parecía que Tremendo Punto no gozaba de particular simpatía entre los jefes».

Lo cual era cierto, y se debía a que Chamaleso sólo ocasionalmente salía de Dar es Salam para visitar el frente, razón por la cual los militares se sentían abandonados por la sede política. Además había inquina entre los comandantes que permanecían en el frente y aquellos que partían en interminables misiones a Kigoma y sus varios prostíbulos. Los combatientes rasos eran campesinos que hablaban sus lenguas tribales o en algunos casos el swahili; el Che tenía la impresión de que vivían en un mundo completamente distinto del de sus oficiales.

También descubrió con desagrado que la creencia en la brujería estaba muy difundida. Todos creían en la *dawa*, una poción «mágica» que los volvía invulnerables. Se enteró de la existencia de esta «magia» en su primera reunión con los comandantes congoleños. Un simpático oficial «con aire festivo» que se presentó como teniente coronel Lambert «me explicó cómo para ellos los aviones no tenían ninguna importancia porque poseían la *dawa*, medicamento que hace invulnerable a las balas».

Lambert le aseguró que le habían disparado varias veces y las balas habían caído sin fuerza al suelo. «Lo explicó entre sonrisas y me sentí obligado a festejar el chiste en que veía una forma de demostrar la poca importancia que se le concedía al armamento enemigo. Al poco me di cuenta de que la cosa iba en serio y que el protector mágico era una de las grandes armas de triunfo del ejército congolés». Evidentemente escuchó la exposición con aplomo diplomático, pero en poco tiempo tendría motivos para preocuparse, ya que la *dawa* sería uno de los obstáculos más desconcertantes que encontraría en su misión de crear al Hombre

Nuevo revolucionario en África.

Después de su primera reunión con los jefes, en la que no se tomó resolución alguna, el Che llevó a Chamaleso a un lado y le reveló su identidad. «Le expliqué quién era —escribió—; la reacción fue de aniquilamiento. Repetía las frases "escándalo internacional" y "que nadie se entere, por favor, que nadie se entere"; aquello había caído como un rayo en día sereno y temí por las consecuencias, pero mi identidad no podía seguir ocultándose durante más tiempo si queríamos aprovechar la influencia que pudiera ejercer».

El temeroso Chamaleso partió hacia Dar es Salam y luego El Cairo para informar a Kabila de la presencia del Che. A fin de poner en marcha su programa de instrucción, Tato trató de convencer a los jefes congoleños de que le permitieran instalar una base permanente para sus hombres a cinco kilómetros de ahí, en lo alto de la cresta de Lualaborg, pero entonces comenzaron las dilaciones: los jefes dijeron que no se podía hacer nada hasta el regreso del comandante de la base, que se encontraba en Kigoma. En cambio, sugirieron que iniciara la instrucción en el cuartel general de Kabimba. A su vez el Che propuso entrenar una columna de cien hombres dividida en grupos de a veinte durante cinco a seis semanas y luego enviarla al mando de Mbili (Papi) a realizar acciones militares; durante la ausencia de éstos, entrenaría a una segunda columna, que iría a luchar al regreso de la primera. Después de cada expedición seleccionaría a los mejores hombres para construir una fuerza guerrillera eficaz. Nuevamente, respondieron con evasivas.

Pasaban los días. Los botes cruzaban el lago para llevar hombres de permiso a Kigoma o traerlos de vuelta, pero el comandante no regresaba. A falta de otra actividad, el Che empezó a echar una mano en la clínica de los rebeldes donde ya trabajaba un médico cubano a quien llamaban «Kumi». Le causó estupor la gran incidencia de enfermedades venéreas, que atribuyó a las visitas a Kigoma. Traían heridos de los distintos frentes, pero eran accidentes, no heridas de guerra. «Casi nadie tenía la más mínima idea de lo que era un arma de fuego —escribió el Che— y, jugando con ellas o por descuido, se disparaban». Los rebeldes también bebían *pombe*, un licor a base de maíz y yuca; el espectáculo de las riñas, intoxicaciones y faltas a la disciplina era tan frecuente que resultaba angustioso.

Enterados de la presencia de «médicos» en la zona, multitudes de campesinos acudían al dispensario. La provisión de material sanitario empezaba a agotarse, pero los salvó la llegada de una partida de medicamentos soviéticos arrojada de cualquier manera sobre la playa juntamente con un gran cargamento de armas y municiones, pero cuando el Che pidió permiso para organizar el depósito logístico de los rebeldes, la petición nuevamente cayó en saco roto. Entretanto, la playa parecía un «mercado gitano» donde los comandantes rebeldes

se presentaban a exigir medicamentos para «sumas fabulosas de hombres». Un oficial dijo que tenía cuatro mil hombres, otro dijo dos mil y así sucesivamente, pero «todas eran cifras inventadas».

A principios de mayo el Che recibió la noticia de que la conferencia de El Cairo había sido un éxito, pero que Kabila demoraría su regreso durante varias semanas porque tenía que operarse de un quiste. Ante los primeros síntomas de malestar provocados por la falta de actividad, el Che dispuso que sus hombres recibieran clases diarias de francés, swahili y «cultura general». «Todavía nuestra moral se mantenía alta, aunque ya comenzaban las murmuraciones entre los compañeros que veían pasar los días infructuosamente», escribió.

A continuación empezaron a padecer paludismo y fiebres tropicales. El Che les suministraba antipalúdicos, pero advertía que éstos dejaban secuelas de debilidad, desgano general y falta de apetito que exacerbaban el «incipiente pesimismo» de los cubanos y que, según admitió con reticencia, empezaba a embargarlo a él mismo.

Mientras tanto, un informante llamado Kiwe lo ponía al tanto de la situación en el seno del movimiento rebelde. Éste era un oficial sumamente locuaz del estado mayor, un «conversador inagotable que habla francés a una velocidad casi supersónica» y tenía mucho para contar. Fiel a su vieja costumbre, el Che escribió jugosas semblanzas basadas en la información de Kiwe y adornadas por sus propias observaciones.

Sobre el «general» Nicholas Olenga, «libertador» militar de Stanleyville, Kiwe dijo que era un soldado enviado por él para explorar ciertas zonas del norte. Olenga había empezado a realizar ataques por su cuenta y ascenderse de grado cada vez que tomaba una aldea.

El «general» Olenga había «liberado» Stanleyville por cuenta del actual presidente del consejo rebelde, Christophe Gbenye, quien según Kiwe era un sujeto peligroso, inmoral. Lo consideraba responsable de un atentado contra el jefe del estado mayor militar del consejo, Laurent Mitoudidi. En cuanto a Antoine Gizenga, una de las primeras figuras revolucionarias que había surgido después de la muerte de Lumumba, Kiwe lo consideraba un oportunista de izquierdas, interesado solamente en aprovechar el movimiento rebelde para construir su propio partido político. Como escribió más adelante, las conversaciones con Kiwe resultaron útiles para tener una idea de las complejas rivalidades intestinas en el no muy revolucionario Consejo de Liberación del Congo.

El 8 de mayo, el jefe del estado mayor rebelde Laurent Mitoudidi volvió por

fin, con dieciocho cubanos más y el mensaje de Kabila de que el Che debía conservar el secreto de su identidad. Mitoudidi partió casi inmediatamente, pero fue el primer oficial congoleño después de Kabila que causó al Che una buena impresión de «seguridad, seriedad y espíritu de organización». Más importante aún, Mitoudidi estuvo de acuerdo en el traslado del Che a la «base superior» en el monte Lualaborg.

El Che y sus hombres escalaron el monte hasta la gran meseta fértil en la cima de la escarpadura. El cabo de cuatro horas de ascenso penoso por la abrupta ladera llegaron a un lugar húmedo y frío a dos mil setecientos metros sobre el nivel del mar, pero al estudiar la escena el Che sintió que renacía su optimismo. Las manadas de vacas y las aldehuelas de los tutsi ruandeses estaban diseminadas por la llanura; como buen argentino, tomó nota de la abundancia de la «preciosa carne vacuna que cura, casi, hasta la nostalgia».

Inmediatamente puso manos a la obra para construir chozas donde alojar a sus combatientes y a una veintena de congoleños aburridos y nostálgicos. Una vez más, dispuso que tomaran clases diariamente para combatir la desgana que amenazaba con abrumarlos, pero no tardó en advertir que debería lidiar con otros problemas. Se enteró de que además de los pastores civiles de la zona, había varios miles de tutsis armados que se habían aliado con los congoleños. Habían huido de Ruanda unos años antes, cuando ésta se independizó de Francia, y sus enemigos tradicionales de la etnia hutu empezaron a masacrarlos. Combatían con la esperanza de que la victoria en el Congo extendiera la revolución a su país, pero a pesar del matrimonio de conveniencia, ruandeses y congoleños se llevaban muy mal, y en los meses siguientes esa enemistad causaría tantos problemas como la *dawa*.

Al cabo de unos días lo afectó una fiebre muy alta con delirios y tardó un mes en recuperar las fuerzas y el apetito. No fue el único afectado; diez de los treinta cubanos padecieron algún tipo de fiebre. «Durante el primer mes —escribió —, no menos de una decena de compañeros pagaron el noviciado en la tierra hostil con estas fiebres violentas cuyas secuelas eran tan molestas».

Apenas recuperó la salud, Laurent Mitoudidi le dio la orden de conducir una fuerza de dos columnas rebeldes contra un bastión enemigo en Albertville. «La orden es absurda —escribió—… nosotros somos sólo 30, de los cuales hay 10 enfermos o convalecientes». Pero a pesar de sus reservas, quiso evitar un paso en falso y dijo a sus hombres que se prepararan para combatir.

Se ocupaban de esos preparativos cuando el 22 de mayo llegó un mensajero congoleño con la noticia de que había llegado «un ministro cubano». A esa altura el

Che estaba habituado a los rumores más inverosímiles, ya que la «Radio Bemba» de los congoleños era tan activa como la de Cuba, pero al día siguiente, para su estupor, llegó nada menos que Osmany Cienfuegos a la cabeza de un contingente de diecisiete cubanos. Otros catorce permanecían en Kigoma a la espera de un bote para cruzar el lago. Así, los guerrilleros cubanos sumaban más de sesenta.

«En general, las noticias que traía [Osmany] eran muy buenas —escribió el Che—. Personalmente, sin embargo, trajo para mí la noticia más triste de la guerra: en conversaciones telefónicas desde Buenos Aires, informaban que mi madre estaba muy enferma, con un tono que hacía presumir que ése era simplemente un anuncio preparatorio… Tuve que pasar un mes en la incertidumbre, esperando los resultados de algo que adivinaba pero con la esperanza de que hubiera un error en la noticia, hasta que llegó la confirmación del deceso de mi madre… No llegó a conocer una carta de despedida para ella y mi padre dejada en La Habana».[101]

El hecho de incluir un pasaje tan íntimo en su crónica es revelador de hasta qué punto lo había conmovido la noticia, pero «triste incertidumbre» era un eufemismo. Entre los efectos del Che devueltos posteriormente a Aleida había tres obras breves, especie de cuentos muy sombríos y angustiosos, escritos con ese simbolismo atormentado de sus obras juveniles, incluyendo uno que expresaba su dolor por la muerte de Celia madre.[102]

En realidad, Celia había muerto el 19 de mayo, tres días antes de la llegada de Osmany al campamento del Che. A los cincuenta y ocho años, había sucumbido al cáncer, igual que varios hermanos suyos. En los últimos tiempos vivía sola en un pequeño apartamento adyacente al de su hija Celia; veía a sus escasas amistades durante la semana y a sus hijos y nietos los sábados y domingos. Pocos estaban enterados de su enfermedad. Según su nuera María Elena Duarte, la ocultó hasta poco antes del fin, cuando sólo quedaba velar su agonía.

El 10 de mayo la internaron en la exclusiva Clínica Stapler de Buenos Aires, en un cuarto privado con gran ventanal. Cada vez que la visitaba, María Elena encontraba a su suegra mirando por la ventana con embeleso: «Sólo pido un día más», decía Celia.

Amigos como Ricardo Rojo y Julia «Chiquita» Constenla la visitaban y se turnaban en acompañarla. Desesperado por ayudarla a pesar de la prolongada separación, Ernesto padre buscaba la manera de salvarle la vida; incluso fue a la embajada soviética al oír que los rusos habían descubierto una cura para el cáncer. Su presencia seguramente fue reconfortante para Celia, quien confió a María Elena que él era el primer y único hombre en su vida y a pesar de todo aún lo amaba.

Pero el espectro del Che no dejaba de acosarlos. Cuando la administración de la clínica expresó su desagrado ante la presencia de la madre de tan prominente «comunista», la familia la trasladó a otra institución.

Los últimos pensamientos de Celia fueron para Ernesto. Rogó a Ricardo y Julia que llamaran a Aleida en La Habana para conocer su paradero. En marzo, Gustavo Roca, su amigo de la infancia, había visitado al Che en La Habana y llevado una carta para Celia donde decía que estaba a punto de renunciar a sus puestos, cortar caña durante un mes y luego trabajar en una fábrica del Ministerio de Industrias para estudiar los problemas desde abajo. Pero Celia recibió la carta el 14 de abril, cuando el Che había desaparecido y circulaba toda clase de rumores, y la misiva de su hijo la alteró aún más. Al día siguiente escribió una respuesta que Ricardo debía enviar a La Habana con un amigo de confianza.

Unos días después, Rojo se enteró de que Cuba le había negado el visado a su amigo. Celia le pidió que conservara la carta hasta que otro pudiera llevarla.

El 16 de mayo, cuando la muerte de Celia era inminente y aún se desconocía el paradero del Che, Rojo llamó a Aleida por teléfono, pero ella sólo dijo que él no estaba ahí y no podía comunicarse rápidamente. El 18 de mayo, Aleida llamó a Celia. Rojo, que estaba presente, escribió: «Celia estaba casi en coma, pero se sentó en la cama como si hubiera recibido corriente eléctrica. Fue una conversación frustrante, con mucho griterío y una sensación de impotencia».

Celia no se enteró de nada con esa conversación y por eso, en un último esfuerzo inútil, Rojo envió un telegrama al «comandante Ernesto Guevara, Ministerio de Industrias, La Habana. Tu madre muy enferma quiere verte. Te abraza tu amigo. Ricardo Rojo». No hubo respuesta y Celia falleció al día siguiente.

Tres años después, Rojo dio a conocer la última carta de Celia a su hijo en su libro *Mi amigo el Che*. En ella, expresa su inquietud por la suerte de su hijo, ya que evidentemente da por sentado que el rumor sobre el distanciamiento entre él y Fidel era en cierta medida veraz.

Mi querido:

¿Mis cartas te parecen extrañas? No sé si hemos perdido la naturalidad con que solíamos hablarnos o si nunca la tuvimos y siempre hemos hablado con ese tono levemente irónico que usamos en las orillas del Plata, exagerado por nuestro propio código familiar privado…

Desde que hemos adoptado este tono diplomático en nuestra

correspondencia… tengo que encontrar significados ocultos entre líneas y tratar de interpretarlos. Leí tu última carta como leo las noticias…, descifrando o tratando de descifrar los verdaderos significados y las implicancias de cada frase. El resultado ha sido un mar de confusión y una mayor ansiedad y alarma.

No voy a usar lenguaje diplomático. Voy derecho al grano. Me parece una verdadera locura que, con tan pocas cabezas en Cuba capaces de organizar, se vayan todos a cortar caña por un mes… cuando hay tantos y tan buenos cortadores de caña en el pueblo… Un mes es mucho tiempo. Debe haber razones que no conozco. Hablando de tu propio caso, si después de ese mes te vas a dedicar a la administración de una fábrica, una tarea realizada con éxito por [Alberto] Castellanos y [Harry] Villegas, me parece que la locura se ha transformado en ridículo.

No es una madre la que habla. Es una vieja que espera ver el mundo entero convertido al socialismo. Creo que si seguís adelante con esto, no prestarás el mejor servicio a la causa del socialismo mundial.

Si todos los caminos en Cuba se te han cerrado por cualquier razón, en Argel hay un señor Ben Bella que apreciaría que le organizaras la economía o lo aconsejaras sobre ella; o un señor Nkrumah en Ghana que agradecería la misma ayuda. Sí, siempre serás un extranjero. Parece ser tu destino permanente.

Durante su funeral, la foto enmarcada del Che ocupó un lugar prominente sobre el féretro, y María Elena recuerda que sintió mucho pesar por los otros hijos de Celia: «Como si no estuvieran presentes, como si Celia tuviera un solo hijo, el Che». Y por más que doliera a los otros, la observación era atinada. Ese lazo que había unido a Celia con su primer hijo, Ernesto, excluyó hasta cierto punto a los demás y perduró hasta el fin, a la vista de todos.

V

Deprimido aún por las malas noticias de Osmany, el Che se sentó con Laurent Mitoudidi a discutir los planes militares. Lo convencería de que el ataque a Albertville era prematuro, que antes debían conocer la situación real en todos los sectores del frente. Él no tenía una visión precisa y el estado mayor tampoco, ya que dependía de informes de comandantes de campo alejados; y el Che empezaba a descubrir que éstos en general no eran fiables. Finalmente, Mitoudidi aceptó su propuesta de enviar cuatro grupos de guerrilleros a los distintos frentes.

El Che inmediatamente envió a varios hombres y en pocos días empezó a recibir informes. En un par de frentes los hombres estaban bien armados y parecían dispuestos a combatir, pero la desgana y el caos generalizado reinaban en todas partes. Los jefes solían beber hasta quedar atontados y desmayarse a la vista de sus tropas como si fuera un pasatiempo normal. Los rebeldes iban y venían en *jeep* por los caminos que controlaban, pero se preocupaban poco por desarrollar la guerra. Ocupaban posiciones estáticas, no hacían instrucción ni salían de reconocimiento ni buscaban información. Contaban para su abastecimiento con los intimidados campesinos de la región. Éstos temían a los rebeldes que, como señaló el Che, los sometían a frecuentes «vejámenes y malos tratos». Su conclusión fue que «la característica del Ejército Popular de Liberación era la de ser un ejército parásito».

El Che empezó a descubrir que los congoleños eran gente perezosa. Durante las marchas sólo cargaban sus armas, municiones y mantas; si se les pedía que llevaran algo más, respondían, *Mimi hapana motocar* (no soy un camión). Con el tiempo empezaron a decir, *Mimi hapana cuban* (no soy cubano). Los cubanos se hicieron rápidamente una pésima opinión de sus camaradas congoleños.

En el frente de Lulimba, Víctor Dreke observó que los rebeldes ocupaban una posición elevada a siete kilómetros del puesto enemigo y hacía meses que no bajaban de allí. En lugar de realizar ataques, pasaban los días disparando un gran cañón de 75 milímetros sin retroceso hacia el enemigo, que estaba lejos del alcance del arma. El jefe de este frente, que se hacía llamar «general Mayo», no ocultaba su hostilidad hacia Kabila y Mitoudidi, que según él eran un par de «extranjeros». Mayo había desobedecido la orden de Mitoudidi de presentarse ante él.

En Lualaborg, Mitoudidi hacía lo posible por disciplinar a sus hombres:

castigaba a los bebedores de *pombe* enterrándolos hasta el cuello, suspendía la distribución de armas y pronunciaba filípicas severas. Cuando el Che dijo que se sentía aislado de los combatientes por falta de conocimiento del idioma, Mitoudidi le envió a uno de sus ayudantes, un adolescente llamado Ernesto Ilanga, para que le diera clases diarias de swahili.

A principios de junio, el Che se sentía cada vez más angustiado por el tedio; escribió que la vista desde el campamento, enmarcada por dos colinas que permitían ver una pequeña parte del lago, se le hacía «odiosa». Envió otros grupos de reconocimiento, pero no podían emprender acciones sin la autorización de Laurent Kabila, el superior de Mitoudidi. Recibían mensajes de que Kabila estaba a punto de llegar, que se retrasaba, que llegaría mañana sin falta, o pasado mañana. «Y seguían arribando barcos con una buena cantidad de armas de gran calidad; era verdaderamente lastimoso observar cómo se desperdiciaban recursos de los países amigos, de China y de la Unión Soviética fundamentalmente, el esfuerzo de Tanzania, la vida de algunos combatientes y de civiles para realizar tan poca cosa».

El 7 de junio, el Che fue a despedir a Mitoudidi a la base de Kibamba; el campamento del estado mayor se desplazaría a un punto cercano sobre la orilla del lago, y el jefe quería inspeccionarlo. Antes de despedirlo, le pidió que le dijera la verdad sobre la ausencia de Kabila; Mitoudidi confesó que el jefe no vendría aún porque el primer ministro chino Chou En-lai era esperado en Dar es Salam, y Kabila quería conversar con él sobre sus peticiones de ayuda.

El Che inició el ascenso de la montaña, pero antes de llegar a la cima lo alcanzó un mensajero con la noticia de que Mitoudidi se había ahogado en el lago. Fue un golpe duro, porque había depositado en él sus esperanzas de hacer algo en el Congo. Este capítulo de *Pasajes* se titula «Muere una esperanza» y, en realidad, las circunstancias turbias que rodearon el deceso de Laurent Mitoudidi parecen una síntesis de los problemas de la «revolución» a la que el Che quería prestar ayuda.

Según un par de cubanos que estaban en el bote, soplaba un fuerte viento y había olas en el lago, y la caída de Mitoudidi al agua fue «accidental». Sin embargo, el relato despertó las sospechas del Che, quien escribió: «A partir de ese momento se suceden una serie de hechos extraños, que uno no sabe si atribuir directamente a la imbecilidad, a la extraordinaria superstición (ya que el lago está poblado de toda clase de espíritus) o a algo más serio». Mitoudidi había permanecido a flote y pidiendo auxilio durante diez o quince minutos, pero dos hombres que se arrojaron al agua para salvarlo también se ahogaron. Los hombres del bote habían parado el motor, y cuando volvieron a encenderlo «parecía que alguna fuerza mágica no les permitía acercarse a donde estaba Mitoudidi; por fin,

mientras éste todavía continuaba pidiendo auxilio, la barca se dirigió a la orilla y los compañeros lo vieron desaparecer poco después».

La muerte de Mitoudidi era un revés trágico, pero había que sobreponerse. A fines de junio, después de dos meses de no hacer «absolutamente nada», los cubanos iniciaron su guerra en el Congo. El tutsi ruandés Mudandi, un comandante rebelde formado en China, llegó de Dar es Salam con órdenes de Kabila: habían abandonado el plan de atacar Albertville; el Che debía atacar la guarnición militar y planta hidroeléctrica del fuerte Bendera. El plan no le agradó; sabía por los tutsis de Mudandi que Bendera era un puesto bien fortificado, defendido por trescientos soldados y cien mercenarios blancos. Le pareció un objetivo demasiado grande para sus fuerzas mal preparadas, pero finalmente decidió llevar a cabo el plan de Kabila, ya que un poco de acción era mejor que nada. Pero ante la falta de respuesta de Kabila a su petición de que se le permitiera acompañar la fuerza de ataque siquiera en calidad de «comisario político», el Che tuvo que quedarse atrás; a fines de junio, la columna de cuarenta cubanos y ciento sesenta congoleños y tutsis ruandeses partió hacia Bendera.

Atacaron el 29 de junio, con resultados catastróficos. El jefe de asalto, Víctor Dreke, informó que al iniciarse el combate, muchos tutsis abandonaron sus armas y huyeron, mientras que muchos congoleños se negaron a combatir. Más de un tercio desertó antes del inicio de las acciones. Además, murieron cuatro cubanos y el diario personal de uno de ellos cayó en manos enemigas. Debido a ello, los mercenarios y la CIA norteamericana —que había enviado a exiliados anticastristas en misiones de bombardeo y reconocimiento para las fuerzas del gobierno— se enteró de que había cubanos combatiendo con los rebeldes. En efecto, el comandante mercenario Mike Hoare escribiría más adelante que la audacia del ataque había despertado sus sospechas de que los rebeldes recibían ayuda del exterior; el diario secuestrado, que entre otras cosas mencionaba un itinerario de viaje de La Habana a Praga y Pekín, fue la primera prueba irrefutable de la presencia de guerrilleros cubanos en la región.

Al hacer el balance del fiasco, el Che tuvo que confrontar la perniciosa *dawa* en todo su vigor. Los africanos atribuían la derrota a una «mala *dawa*» y decían que su *muganga* (brujo) era «ineficiente». «Éste trató de defenderse echándoles la culpa a las mujeres y al miedo, pero allí no había mujeres, y no todos (algunos más sinceros sí) estaban dispuestos a confesar sus debilidades —escribió—. El brujo se las vio negras y fue sustituido».

La derrota de Bendera humilló y desmoralizó a los congoleños y ruandeses, pero los cubanos estaban furiosos; si los congoleños no combatían por su propia causa, ¿por qué habrían de hacerlo ellos? El Che había abrazado el espíritu del

«internacionalismo proletario» con profunda convicción, pero las circunstancias adversas revelaron que no todos sus camaradas cubanos lo habían asimilado en el mismo grado, y se oyó decir a varios que querían volver a su país.

«Se palpaban síntomas de descomposición en nuestra tropa —confesó el Che —… Mantener la moral [de los cubanos] era una de mis preocupaciones fundamentales». Ansioso por entrar en acción, envió una carta al estado mayor en Kibamba en la que expresó su disgusto por la labor de las tropas en Bendera y preguntó qué querían que hiciera con el nuevo contingente de cubanos a punto de llegar. En carta a Kabila, dijo que debía permitirle participar en futuras operaciones militares.

Hacia finales de mes el Che escribió en su diario: «Es el balance más pobre hasta el momento actual. Cuando todo parecía indicar que iniciábamos una nueva era, sucede la muerte de Mitoudidi y la nebulosa es más densa. El éxodo [de combatientes] hacia Kigoma continúa, Kabila ha anunciado su ingreso en reiteradas oportunidades y nunca lo ha hecho, la desorganización es total».

Mientras evacuaban a los heridos del campo de batalla, desde la base de Kibamba junto al lago llegó un cuarto grupo de cubanos. Entre los treinta y nueve estaba Harry Villegas, su joven escolta de Sierra Maestra, excluido de la misión de Masetti por ser negro. Fidel lo había escogido personalmente para que velara por la seguridad del Che y lo librara de peligros en el Congo. Villegas se había casado con una de las secretarias del Che, una bonita mulata de origen chino llamada Cristina Campuzano, pero había abandonado a ella y a su hijo recién nacido para acompañar a su jefe y maestro. Recibió el seudónimo de «Pombo», que con el tiempo sería más famoso que su propio nombre.

El Che aprovechó la llegada del contingente para dirigirles unas palabras de ánimo y a la vez una solemne advertencia. Apeló a la «combatividad» para aplacar la disuasión entre los cubanos. «Enfático sobre la necesidad de mantener una disciplina rígida», escribió. A continuación criticó públicamente a uno de los cubanos por sus «manifestaciones derrotistas». «Fui muy explícito con respecto a lo que nos esperaba; no solamente hambre, balas, sufrimientos de toda clase, sino, incluso, en algunas oportunidades, el ser muerto por los propios compañeros [africanos] que no tenían nociones de tiro. La lucha sería muy difícil y larga; hacía esta advertencia porque estaba dispuesto en ese momento a aceptar que los recién llegados plantearan sus dudas y retornaran [a Cuba], si así lo deseaban; después no sería posible».

Ninguno de los recién llegados dio «señales de debilidad», pero para su consternación, tres de los participantes en el asalto a Bendera sí lo hicieron. «Les

recriminé su actitud y les previne que iba a pedir las más fuertes sanciones contra ellos».

La indignación se trocó por una sensación de deslealtad personal cuando Sitaini, escolta suyo durante los últimos seis años y combatiente de la Sierra, también pidió el regreso. Fue «más doloroso aún porque utilizó argumentos mezquinos pretendiendo desconocer lo que a todo el mundo le había prevenido sobre la duración de la guerra, vaticinando tres años con buena suerte, de lo contrario, cinco. Ése era un estribillo que tenía para hacer las prevenciones de la duración y dureza de la lucha y Sitaini lo conocía mejor que nadie porque continuamente me acompañaba. Le negué la salida, tratando de hacerle comprender que sería un desprestigio para todos; él tenía la obligación de quedarse allí».

A partir de entonces, escribió, Sitaini fue «casi cadáver». Un par de meses después, el Che le dio permiso para partir, pero evidentemente no volvió a dirigirle la palabra. Sus conocidos en Cuba dicen que Sitaini nunca se recuperó de su abrupta y humillante caída en desgracia.

Desde lejos llegaron otras malas noticias. El 19 de junio, su amigo el presidente argelino Ben Bella había sido derrocado por un golpe de Estado encabezado por su propio ministro de Defensa, Houari Boumedienne. Era un mal presagio para las operaciones cubanas en África; Argelia era un socio esencial de las operaciones multilaterales en apoyo de los rebeldes congoleños contra el régimen prooccidental de Leopoldville. La inmediata y furiosa condena de Fidel al golpe y el nuevo gobierno parecían poner fin de una tacada a la laboriosa «unidad» entre los dos Estados revolucionarios.

Antes de que el Che tuviera la oportunidad de organizar una fuerza combatiente eficaz, la operación pareció derrumbarse. Muerto Mitoudidi, debía tratar con hombres carentes de formación política, del sentido de su misión y, por supuesto, de espíritu combativo. Habían pasado tres meses y Kabila no aparecía. En los últimos tiempos el comandante congoleño había adquirido el hábito de enviarle breves notas mordaces en las que lo instaba a tener «coraje y paciencia», le recordaba en tono condescendiente, «usted es un revolucionario, debe soportar todas las dificultades» y desde luego, repetía que llegaría de un momento a otro.

Aunque seguramente estaba indignado, el Che respondía con exquisita diplomacia, reiterando su lealtad y respeto tanto por la causa congoleña como por Kabila como «su» comandante, insistiendo en que debía hablar con él y disculpándose por haber llegado de manera clandestina. Para entonces sospechaba que Kabila estaba ofendido por su presencia y que tal vez ése era el motivo de su

ausencia del frente. «Hay indicios serios de que no le causa la menor gracia mi presencia —escribió—. Falta saber si es miedo, celos o sentimientos lastimados por el método [empleado para legar]».

Las tropas del gobierno con sus jefes mercenarios empezaban a adentrarse profundamente en el territorio rebelde en sus incursiones, enviaban aviones de reconocimiento a sobrevolar el lago y ametrallar los botes y la base de Kibamba. Esto alarmó al estado mayor, y en respuesta a su petición el Che envió con reticencia a varios cubanos a manejar las ametralladoras pesadas a modo de defensa antiaérea.

«Mi ánimo estaba bastante pesimista esos días —confesó—, pero bajé con cierta alegría el 7 de julio, cuando se me anunció que había llegado Kabila. Por fin estaba el jefe en el lugar de operaciones».

En efecto, Kabila había llegado, llevando consigo al comandante Ildefonse Masengo para reemplazar a Mitoudidi. Pero en una nueva señal de que las cosas no marchaban bien en el seno de la dirección rebelde, tuvo fuertes críticas para su jefe político Gaston Soumaliot, a quien calificó de demagogo, entre otras cosas. Volvió a Tanzania al cabo de cinco días con la explicación de que debía reunirse con Soumaliot para resolver la situación. Durante esos días, su presencia motivó a las tropas, que se pusieron a cavar trincheras de defensa antiaérea y construir una nueva clínica con todo entusiasmo. Sin embargo, tras su partida —algunos cubanos amargados habían hecho apuestas sobre la duración de su permanencia— todo se derrumbó. Los congoleños abandonaron las palas y se negaron a trabajar.

La verdad era que en el seno del Consejo de Liberación se libraba una lucha por el poder entre los dirigentes políticos, cada uno de los cuales derivaba su fuerza de su presunto poder militar por medio de alianzas variables con los dirigentes guerrilleros regionales. Esos hombres eran los rostros visibles de la rebelión congoleña ante el mundo exterior (realizaban conferencias cimeras, se entrevistaban con jefes de Estado como Nasser, Nyerere y Chou En-lai) y recibían enormes cantidades de ayuda exterior. Los chinos todavía eran los principales proveedores de armas y, en algunas zonas, incluso de asesores militares, pero los soviéticos y búlgaros competían con ellos, enviando ayuda como el cargamento de medicamentos soviéticos que el Che había visto desparramado en la orilla. Combatientes congoleños asistían a cursos de instrucción militar y política en los tres países.

En el frente aparecían nuevos problemas: las relaciones entre los congoleños y los tutsis ruandeses estaban más deterioradas que nunca. Mudandi, el comandante tutsi a quien el Che consideraba responsable de la lamentable

actuación de los combatientes en Bendera, expresó sus propias quejas. Sus hombres no combatieron en Bendera, dijo, porque los congoleños no lo hicieron a pesar de que se trataba de *su* país y *su* guerra. El rencor de Mudandi fue creciendo hasta extenderse a Kabila y todo el consejo, a cuyos dirigentes acusó de abandonar deliberadamente a los hombres en el frente.

La situación empeoró aún más. Llegó la noticia de que Mudandi había matado a tiros a su propio lugarteniente, culpándolo aparentemente de la «mala *dawa*» en Bendera. Un oficial rebelde congoleño fue al campamento de Mudandi a investigar el informe y lo echaron sin miramientos. Este oficial amenazó con irse del Congo si no fusilaban a Mudandi, quien mantuvo su actitud de rebeldía frente a Kabila y el Consejo de Liberación: declaró desde su zona que sus hombres no volverían a combatir a menos que lo hicieran los congoleños.

Para colmo de males, además de maltratarse entre ellos y a los campesinos, tanto los tutsis como los congoleños trataban a sus prisioneros con extraordinaria crueldad. Un día el Che se enteró de que habían capturado a un mercenario francés en el lago y, de acuerdo con la costumbre, lo habían enterrado hasta el cuello en el campamento. Cuando envió mensajeros a pedir su liberación con el fin de interrogarlo, el comandante respondió con evasivas. Al día siguiente les dijeron que el hombre había muerto.

Entre los cubanos cundía el disentimiento. Cuatro hombres más, entre ellos dos médicos, pidieron permiso para retirarse. «Fui menos violento y mucho más hiriente con los dos médicos que con los simples soldados, que reaccionaban ante los hechos en una forma más o menos primitiva», escribió el Che. Pero el espectro de una deserción masiva de sus hombres lo indujo a una reflexión más profunda.

«Lo real era que al primer revés serio… varios compañeros se descorazonaron y decidieron retirarse de una lucha a la que venían a morir, si era necesario, voluntariamente además, rodeados de un halo de bravura, espíritu de sacrificio, de entusiasmo; de invencibilidad en una palabra. ¿Qué significado tiene la frase: “Hasta la muerte, si es necesario”? La respuesta entraña la solución de problemas serios en la creación de nuestros hombres del mañana».

En cuanto a la situación militar, el Che había llegado a una encrucijada. Hasta entonces se había aferrado obstinadamente a la esperanza de que de alguna manera podría poner en marcha a los congoleños y revertir el deterioro de la situación, pero después de Bendera comprendió que se necesitaban medidas drásticas para mejorar la capacidad combativa de los rebeldes; en caso contrario, estaban perdidos. A fines de julio comprendió que el plazo inicial que había calculado para la victoria de la «revolución congoleña» estaba muy alejado de la

realidad, y reflexionó que «cinco años constituían una meta muy optimista…».

Mientras tanto, trataba de mantener la presión sobre el enemigo por medio de emboscadas conducidas por cubanos; además, en vista de la inutilidad de la red de información rebelde, estas patrullas trataban de descubrir las posiciones enemigas. Estas misiones producían resultados tragicómicos. Un pelotón conducido por el cubano Aly atacó una unidad policial, pero, como apuntó el Che con malhumor, «de los 20 congoleses que fueron con él… 16 se dieron a la fuga». En otra acción con mejor fortuna, Papi Martínez Tamayo montó una emboscada de cubanos y congoleños en el camino que unía el fuerte de Albertville con el de Bendera. Dio un golpe respetable al destruir un convoy de dos vehículos blindados con un *jeep* y matar a siete de los mercenarios blancos que lo conducían. Pero en otra emboscada con los ruandeses a un camión militar, éstos huyeron despavoridos, disparando sus armas al aire, y el «fuego amigo» le arrancó un dedo a uno de los cubanos. En compensación, el comandante ruandés sacó su cuchillo y ofreció amputarle los dedos al culpable, pero Papi lo disuadió. A continuación, el comandante y sus hombres procedieron a beber el *whisky* y las cervezas que hallaron en el camión emboscado. Totalmente borrachos, mataron a un campesino que pasaba, asegurando que era un «espía».

El 12 de agosto, en un mensaje franco a sus combatientes cubanos, el Che reconoció que la situación era mala y pasó revista a las debilidades de la organización rebelde a la que pretendían ayudar. Los dirigentes no iban al frente, los combatientes no combatían ni tenían el menor sentido de la disciplina o el sacrificio. «Naturalmente, con esas tropas no se gana una guerra», confesó. Por otra parte, comprendió que su plan original de traer guerrilleros de otros países a formarse en la «escuela» congoleña de la guerra de guerrillas era inconcebible. (Unos días después, Pablo Ribalta le hizo saber que enviaba a un grupo de cubanos a organizar una base de instrucción para las guerrillas de Mozambique y otros países africanos. El Che le aconsejó que no lo hiciera, ya que se encontrarían con un panorama «de indisciplina, de desorganización, de desmoralización completa».)

Desde la derrota en el fuerte Bendera, el Che había redoblado sus esfuerzos para convencer a los congoleños de que aceptaran sus propuestas. Esbozó un plan que incluía una nueva estructura de mando militar central unificado, un riguroso programa de instrucción, un sistema eficiente y disciplinado de abastecimientos y una red de comunicaciones. Propuso que se formara un pelotón rebelde para perseguir y desarmar a los desertores que asolaban la región, tanto para restaurar el orden como para recuperar armas valiosas. Importunaba a Kabila con una andanada constante de peticiones que habitualmente recibían respuestas indirectas o evasivas y perseguía sus objetivos en reuniones frecuentes con Masengo. El nuevo jefe del estado mayor congoleño parecía abierto a sus sugerencias, pero

carecía de autoridad para tomar decisiones y la situación se prolongaba sin solución.

Cuando pidió una vez más que se le permitiera visitar el frente, Masengo reaccionó alarmado, invocando su inquietud por la «seguridad personal» del Che. Éste rechazó la explicación y preguntó perentoriamente si el problema verdadero era la «desconfianza» en él. Masengo, que lo negó con vehemencia, acabó por acceder a llevarlo a conocer algunos comandos regionales. La conclusión del Che fue que en realidad Masengo y Kabila sabían que su ausencia había generado rencor entre los combatientes y temían que una visita suya a los frentes que ellos jamás habían pisado los «pondría en evidencia».

Masengo cumplió su promesa de llevarlo en una breve gira de inspección de las bases cercanas, pero entonces llegó un mensaje de Kabila que exigía la presencia del jefe del estado mayor en Kigoma. La lucha por el poder en el seno de la dirección rebelde había alcanzado su clímax. A principios de agosto, Gaston Soumaliot destituyó a Christophe Gbenye como jefe del Consejo Nacional Revolucionario Congoleño con el argumento de que había traicionado a sus camaradas al negociar clandestinamente con el régimen. Masengo prometió regresar al día siguiente. Pero una semana después aún no había regresado, y entonces el Che partió hacia el frente rebelde cerca del fuerte Bendera para conocer la situación de primera mano. Era el 18 de agosto.

VI

Mientras tanto, entusiasmado como un maestro de ajedrez que olfatea la victoria, Fidel enviaba más contingentes cubanos a Tanzania. A principios de septiembre de 1965 llegó el quinto grupo. Entre sus integrantes estaban el corpulento secretario del PURS, Emilio Aragonés —quien se ganó inmediatamente el mote de «Tembo» (Elefante)—, y el viejo camarada de guerra y huésped permanente del Che, entonces jefe de estado mayor del ejército occidental de Cuba, doctor Oscar Fernández Mell, llamado «Siki» (Vinagre) debido a su personalidad supuestamente agria.

La llamada de La Habana sorprendió a Fernández Mell de vacaciones en la playa de Varadero. Oscarito era uno de los pocos que conocían la desaparición del Che (le había tomado moldes dentales para fabricarle una dentadura postiza como parte de su disfraz al salir de Cuba), pero no sabía ni le había preguntado cuál era su destino, dando por sentado que era algún país sudamericano.

«Siempre hablaba de eso, ya lo había propuesto en los tiempos de la Sierra Maestra —dijo Mell—. Decía que después de Cuba liberaría su país [Argentina]. Era su meta final, ésa es la gran verdad… Cuando me llamaron, pensé que era para *eso*, pero cuando [me dijeron] que era para África, ni siquiera lo pensé, y me dije: "Bueno, si está allá, vamos allá."»

En Cuba reinaba una sensación general de euforia en torno de la misión africana del Che, dijo Fernández Mell. «Decían que todo estaba bien, que las cosas marchaban, que habían librado batallas victoriosas, etcétera. Y que nuestra misión era darle una mano al Che en lo que hiciera falta y servirle de reserva». Aragonés y él habían partido embargados por el optimismo y el entusiasmo, aunque Fidel había dicho con preocupación que el Che parecía «demasiado pesimista» sobre las perspectivas. Al aterrizar, no tardaron en descubrir que la situación no era como la pintaban.

En Dar es Salam conocieron a Kabila, quien para disgusto de Mell andaba por la ciudad en un Mercedes Benz. En Kigoma no les permitieron cruzar el lago en la «lancha de Kabila», un potente bote de motor, reciente donación cubano-soviética; tuvieron que hacerlo en una embarcación más grande y lenta. Cuando llegaron a Kibamba, lo primero que les dijo Kumi, el médico cubano del dispensario, fue: «Ya verán lo que es esto, una mierda». Pombo, el escolta del Che,

bajó a recibirlos y durante el penoso ascenso se enteraron en detalle de lo mal que andaban las cosas. El Che, harto de que lo «retuvieran» en la base, había partido, lo cual no sorprendió en absoluto a su amigo Mell.

«Bajo ese exterior sereno, escribiendo, leyendo y pensando, el Che era un hombre de tremenda actividad. Era un volcán en erupción que quería hacer cosas y que en el Congo quería que fuese como en la Sierra Maestra, quería pelear, quería ir a donde estaban los mercenarios».

Enterado de su llegada, el Che volvió inmediatamente a la base con el íntimo temor de que tuvieran órdenes de llevarlo de vuelta a Cuba. Para su alivio y satisfacción, le dijeron que habían viajado voluntariamente ya que deseaban participar en la misión.

La breve gira de inspección le había levantado el ánimo. Por primera vez, había establecido un contacto cordial con los campesinos, algo que nunca dejaba de encantarle. «Como los campesinos de cualquier lugar del mundo, éstos eran receptivos al menor interés humano en ellos», escribió. Había realizado un poco de «acción social» al distribuir semillas para la siembra y prometer visitas regulares de médicos a la zona. Incluso volvió a su antigua profesión al suministrar inyecciones de penicilina para la enfermedad «tradicional» de la región, la gonorrea, y pastillas contra el paludismo. En un lugar los aldeanos se vistieron de «demonio de la selva», bailaron una danza ritual en torno a un ídolo de piedra y sacrificaron un cordero. «El ritual parece complicado, pero lo esencial es sumamente simple; al dios, la piedra ídolo, se le hace un sacrificio y después se come el animal sacrificado y se aprovecha la ocasión para comer y beber en profusión».

En todas partes el Che trató de convencer a los jefes de que enviaran a sus hombres a recibir instrucción en la base, pero la respuesta invariable era que querían *recibir* instructores cubanos en sus campamentos, ya que su presencia les daba prestigio. Había programado algunas emboscadas en las cuales, por primera vez, los ruandeses habían participado activamente en lugar de huir. Poca cosa, en verdad, para alimentar el optimismo, pero después de tantos meses de depresión e inactividad el Che pensaba que se habían dado algunos pasos y tenía esperanzas en el futuro.

En septiembre tuvo que volver a la realidad. El gobierno de Tanzania empezaba a obstaculizar la acción de los congoleños, a quienes se les hacía difícil trasladar hombres y provisiones desde Kigoma. En el mismo Congo, los simpatizantes de Gbenye causaban problemas en las zonas rebeldes periféricas y se habían producido enfrentamientos entre facciones partidarias y adversarias del

Consejo. En varias aldeas partidarias de Gbenye hubo disparos contra Masengo, quien debió batirse en retirada. La situación se volvía peligrosa para los cubanos: no se sabía quién era amigo o enemigo. El Che quería lanzar acciones coordinadas contra los mercenarios antes de que tomaran la iniciativa. Después de enviar unidades a reforzar las defensas, fue a la aldea de Fizi, la plaza fuerte del autoproclamado «general» Moulana, cuya única defensa antiaérea era una ametralladora manejada por un mercenario griego que había caído prisionero. El Che trató de convencerlo de que enviara a sus hombres a la base del lago para instruirlos, pero el general se negó. En todo caso, el viaje no fue una pérdida de tiempo total, ya que Moulana le brindó uno de los espectáculos más pintorescos de toda su estadía en el Congo. Invitó al huésped distinguido a su aldea natal de Baraka y se vistió especialmente para la ocasión. Su indumentaria consistía en «un casco de motociclista con una piel de leopardo arriba, lo que le confería un aspecto bastante ridículo», comentó el Che. Su ingenioso escolta Carlos Coello —llamado Tumaini— lo bautizó rápidamente como el Cosmonauta. En Baraka, los cubanos tuvieron que soportar un desfile militar «chaplinesco». Lo más deprimente, comentó el Che después, era que los combatientes congoleños preferían los desfiles a la instrucción de combate.

A continuación visitó la casa del «general Lambert», un rival de Moulana, el primero que le había hablado sobre la *dawa*. Éste se embriagó con *pombe* y resultó un borracho tan simpático que el Che no se tomó la molestia de sermonearlo. Partió con la promesa de Lambert de enviarle «350 hombres» para atacar la guarnición de Lulimba. (Por supuesto, Lambert jamás reunió semejante fuerza.)

A principios de octubre el Che comprendió que sería imposible llevar a cabo un ataque victorioso sin un cambio drástico de sus métodos. Cuando volvió Masengo, ya había elaborado un plan. Para dejar de tratar con los rebeldes existentes —que en su opinión eran absolutamente incorregibles—, el Che quería reclutar combatientes entre los campesinos de la zona para conformar una columna independiente bajo su mando. «Haríamos una especie de academia combatiente —escribió—… Además, organizaríamos un estado mayor más racional que permitiera dirigir operativamente todos los frentes».

Mientras discutía con Masengo sobre la manera de «hacer surgir de las ruinas al Ejército de Liberación», uno de los cubanos dejó caer su encendedor, y al instante comenzó un incendio. Una tras otra, las chozas de paja estallaron en llamas. Pombo pudo salvar el diario personal y otros efectos del Che, pero empezaron a estallar las granadas y todo el mundo huyó despavorido. El Che condenó al infeliz culpable, que por otra parte era un buen camarada, a pasar tres días sin comer.

«Cuando estábamos en plena fiesta de balas y granadas explotando —escribió—…, llegó Machadito, nuestro ministro de Salud Pública, con unas cartas y un mensaje de Fidel».

José Ramón Machado Ventura, Machadito, el médico que en la sierra le había extraído al Che una bala de M-1 del pie, venía a inspeccionar los problemas de salud en territorio rebelde a raíz de una petición insólita de Gaston Soumaliot de que le enviaran cincuenta médicos cubanos. Semanas antes, al enterarse de que Fidel pensaba recibir a Soumaliot en La Habana, el Che le había enviado un mensaje urgente en el que le aconsejaba no reunirse con él ni darle ayuda material. Fidel no recibió la misiva a tiempo o decidió pasarla por alto, porque recibió a Soumaliot con toda la pompa. Éste pintó «un cuadro idílico» de la revolución congoleña y pidió «cincuenta médicos» cubanos, a lo que Fidel accedió inmediatamente. Después de escuchar las férreas objeciones del Che y conocer la situación de primera mano, Machadito prometió informar a Fidel.

«Ya antes había recibido a través de Tembo [Aragonés] la impresión de que se pensaba en Cuba que mi actitud era muy pesimista —escribió el Che—. Esto estaba reforzado ahora por un mensaje personal de Fidel en el cual me aconsejaba no desesperarme, pedía que me acordara de la primera época de la lucha [en Cuba] y recordaba que siempre estos inconvenientes sucedían».

Aprovechando la partida inmediata de Machadito, le escribió una larga carta al jefe. «Querido Fidel: Recibí tu carta que provocó en mí sentimientos contradictorios ya que en nombre del internacionalismo proletario cometemos errores que pueden ser muy costosos. Además, me preocupa personalmente que, ya sea por mi falta de seriedad al escribir o porque no comprendas totalmente, se pueda pensar que padezco la terrible enfermedad del pesimismo sin causa… Te diré solamente que aquí, según los allegados, he perdido mi fama de objetivo manteniendo un optimismo carente de base, frente a la real situación existente. Puedo asegurarte que si no fuera por mí este bello sueño estaría totalmente desintegrado en medio de la catástrofe general».

A continuación le explicó con franqueza brutal cómo los congoleños derrochaban la ayuda exterior: «Llegaron tres lanchas soviéticas de paquete [flamantes] hace poco más de un mes y ya dos están inservibles y la tercera, en la que cruzó el emisario, hace agua por todos lados». Sólo pedía que le enviaran cien cubanos más —«que no deben ser todos negros»—, algunas bazucas, fulminantes eléctricos para las minas y un poco de explosivo R-4.

En cuanto a la asistencia sanitaria solicitada: «Con cincuenta médicos la zona liberada del Congo contaría con la envidiable proporción de uno para cada mil

habitantes, nivel que han pasado la Unión Soviética, Estados Unidos y dos o tres de los países más adelantados del mundo».

«Confíen un poco en mi criterio y no juzguen por las apariencias», escribió en conclusión. Pidió a Fidel que «sacudiera» a sus informantes, quienes según él «presentan imágenes utópicas, que nada tienen que ver con la realidad. He tratado de ser explícito y objetivo, sintético y veraz. ¿Me creen?».

Efectivamente, los rebeldes congoleños derrochaban los recursos enviados por Cuba y otros países. Un grupo de combatientes acababa de llegar a la base del lago después de seis meses de instrucción en Bulgaria y China. El Che comentó con sorna que su primera inquietud fue pedir quince días de permiso para visitar a sus familias. «Luego estirarían ese plazo por resultarles corto. En todo caso, ellos eran cuadros entrenados por la Revolución, no podían arriesgarse en la pelea, sería una irresponsabilidad; venían a verter sobre sus compañeros la montaña de conocimientos acumulados en seis meses de estudios teóricos, pero no se podía cometer el crimen de lesa revolución de hacerlos combatir».

Se abocó a la tarea que tenía entre manos: su visión de una «academia combatiente» que en su versión más reciente tendría doscientos diez hombres, entre campesinos y rebeldes de los tres frentes principales. Después de lo que había visto, dudaba de la capacidad o disposición del general Moulana para defender la estratégica llanura de Fizi, por la que avanzaría una eventual ofensiva del gobierno. Envió a Mell y varios hombres a tratar de convencer al «general cosmonauta» de que tomara medidas para organizar la defensa de Fizi.

Una vez más tuvo que aleccionar a sus descontentos efectivos cubanos. «Les expresé que la situación era difícil —escribió—. Se desmoronaba el Ejército de Liberación y había que luchar para salvarlo de la ruina. Nuestro trabajo sería muy duro y muy ingrato y no les podía pedir a ellos que tuvieran confianza en el triunfo; personalmente creía que se podían arreglar las cosas aunque con mucho trabajo y multitud de fracasos parciales. Tampoco les podía exigir que tuvieran confianza en mi capacidad de dirección, pero sí, como revolucionario, podía exigirles que tuvieran respeto por mi honestidad. Fidel estaba al tanto de las cosas fundamentales y ninguno de los hechos ocurridos se ocultó; no había venido a ganar glorias propias en el Congo y no iba a sacrificar a nadie por mi honor personal». Lo importante era ganar la obediencia de sus hombres, pero comprendía que no los había convencido. «Quedaba muy atrás la época romántica en que amenazaba a los indisciplinados con enviarlos de vuelta a Cuba; si lo hubiera hecho ahora, quedaba reducido a la mitad de los actuales efectivos, con buena suerte».

Para colmo, la malaria y la gastroenteritis hacían estragos entre los cubanos. Él mismo las padeció, como apuntó con humor sombrío: «En el diario de campaña tenía apuntado, hasta que el rigor de las carreras venció al espíritu científico, la estadística de mi caso; en 24 horas más de 30 deposiciones. Cuántas más, lo sabe la manigua».

Mientras tanto, sus intentos de ganar a los combatientes congoleños no registraban progresos. Un día, cuando se negaron a realizar una tarea, el Che estalló: «Les hablé en francés, enfurecido; les espetaba las cosas más terribles que podía encontrar en mi pobre vocabulario y, en el colmo de la furia, les dije que había que ponerles faldas y hacerles cargar yuca en una canasta (ocupación femenina), porque no servían para nada, que eran peor que mujeres, prefería formar un ejército de mujeres antes que con individuos de esa categoría. Mientras el traductor vertía la "descarga" al swahili, todos los hombres me miraban y se reían a carcajadas con ingenuidad desconcertante».

Había ciertas barreras culturales que jamás pudo superar. Frente a una de ellas, la *dawa*, optó por una solución pragmática: trajo a un brujo, o *muganga*, para las tropas congoleñas. «Ocupó su puesto en el campamento [e] inmediatamente se hizo cargo de la situación», apuntó.

A mediados de octubre, al comenzar la estación de las lluvias, se inició la esperada ofensiva del gobierno. El Che y sus hombres aún no estaban preparados. Apoyados por una flota de lanchas armadas, botes veloces y una pequeña fuerza aérea compuesta por bombarderos, helicópteros y aviones espía, los mercenarios de Mike Hoare empezaron a penetrar en territorio rebelde, en una maniobra de tenaza a tres bandas. Tomaron fácilmente el frente del general Moulana en Baraka y Fizi y avanzaron hacia Lubonja. Las defensas del general Lambert se desmoronaron; sus hombres y los cubanos que los acompañaban huyeron hacia el lago. El Che envió a Mell y Aragonés con Masengo a hacerse cargo del lago mientras él establecía un campamento nuevo en la base de las estribaciones.

VII

El nudo en torno del Che se estrechó aún más, no por la acción de los mercenarios de Hoare sino debido a un acuerdo político del gobierno congoleño de Leopoldville y los partidarios del Ejército de Liberación en la Organización de Unidad Africana, entre los cuales se contaba Tanzania.

El régimen del primer ministro congoleño Moise Tshombé estaba en la lista negra de la OUA debido a su alianza *non sancta* con las fuerzas belgas y mercenarias blancas. El 13 de octubre, el presidente Kasavubu destituyó a Tshombé y diez días después, en una reunión de presidentes africanos en Ghana, anunció que expulsaría a los mercenarios blancos. Pero era un acuerdo de *quid pro quo*. Si partían los mercenarios, los Estados que apoyaban a los rebeldes tendrían que desistir de su actitud. El cese de toda intervención extranjera en el Congo incluiría a los cubanos.

La noticia no agradó a Mike Hoare, quien se reunió con el comandante del ejército congoleño Joseph Mobutu para exigir que se cumplieran los contratos de sus hombres. Mobutu convenció a Kasavubu de que no expulsara a los mercenarios hasta que terminaran de aplastar la rebelión.

El Che estaba advertido sobre las presiones externas crecientes a favor de un acuerdo negociado; sabía por Masengo y otros que Tanzania escatimaba su cooperación. Pero los sucesos en el campo de batalla se precipitaron con una rapidez tal que no tuvo tiempo para reaccionar eficazmente, ni mucho menos para reflexionar sobre las intrigas políticas en curso. La mañana del 24 de octubre, al cumplirse seis meses de su llegada al Congo, las tropas del gobierno invadieron su campamento. Tuvo tiempo para ordenar que incendiaran las chozas, pero en la confusión de la retirada abandonaron grandes cantidades de armas y municiones, equipos de comunicaciones, alimentos, papeles y dos monos que el Che conservaba como mascotas.

Durante la retirada, el Che se hizo duros reproches a sí mismo por haberse dejado sorprender. No había apostado centinelas en la ruta de ataque del enemigo porque estaba convencido de que no avanzarían por ahí. Su amargura fue mayor al enterarse de que los primeros informes sobre el avance de la vanguardia enemiga habían sido errores provocados por el pánico: en realidad eran campesinos que huían de las tropas del gobierno. Si hubiera esperado a conocer la verdad, hubiera

podido montar una buena emboscada y darle al enemigo un golpe severo. Pero se había perdido esa oportunidad.

«Personalmente, tenía la moral terriblemente deprimida —escribió luego—; me sentía culpable de aquel desastre por imprevisión y debilidad». A medida que el Che y los cubanos se retiraban, los congoleños huían por sus propias rutas, y cuando llegaron a una cima donde varios hombres debían esperarlo, encontró que habían resuelto seguir adelante. Miró al pequeño grupo que aún lo acompañaba: Víctor Dreke, Papi, sus guardaespaldas Pombo y Tumaini y Chamaleso, su primer contacto en el Congo. «Hice la amarga reflexión de que éramos trece, uno más que los que tuvo Fidel en el momento dado [después del desembarco del *Granma*], pero no era el mismo jefe».

Continuaron la marcha durante toda la noche a través de un paisaje desolado de aldeas abandonadas; los campesinos se habían unido a los rebeldes en la fuga hacia el lago. Al amanecer llegaron a una aldea donde encontraron a un cubano, Bahaza, con una grave herida de bala en un pulmón.

Después de hacer lo posible para aliviarlo, el Che ordenó continuar la marcha y abandonaron el valle en busca de refugio en las montañas. Las seis horas siguientes fueron un martirio para todos, ya que debieron ascender por una senda fangosa y resbaladiza, turnándose para cargar a Bahaza. Llegaron a una aldea atestada de refugiados famélicos, donde los campesinos furiosos increparon al Che: los soldados habían raptado a sus esposas, y ellos no habían podido defenderlas porque sólo tenían lanzas. Los rebeldes no les habían dado armas para defenderse.

Bahaza murió al amanecer del día siguiente. «Era el sexto hombre que perdíamos y el primero que podíamos honrar de cuerpo presente —escribió el Che —. Y ese cuerpo era una acusación muda y viril, como lo fuera su conducta desde el momento de la herida, contra mi imprevisión, mi estupidez». El Che reunió a los hombres e inició un «soliloquio cargado de reproches contra mí mismo».

«Reconocí los errores en que había incurrido y manifesté, lo que era una gran verdad, que de todas las muertes acaecidas en el Congo para mí la más dolorosa era la de Bahaza, porque había sido el compañero al que había reprendido seriamente[103] por su debilidad y porque había respondido como un verdadero comunista en la forma en que lo hizo [al reconocer su falta], pero yo no había sabido estar a la altura de mis responsabilidades y era el culpable de esa muerte. Por mi parte haría todo lo que de mí dependiera para borrar la falta, con más trabajo, con más entusiasmo que nunca».

Pero no pudo ser. Mientras el Che trataba de levantar defensas en el nuevo campamento, llegaron las recriminaciones de los rebeldes congoleños. Se supo que Lambert y otros comandantes culpaban al Che de la derrota, acusaban a los cubanos de cobardes y traidores a la causa. Desde la base de Kibamba junto al lago, Fernández Mell y Aragonés enviaban mensajes instándolo a abandonar esa posición; en cualquier momento se podía producir un ataque enemigo que le cortaría fácilmente la retirada hacia el lago.

Ahora que el frente militar estaba al borde del derrumbe, el gobierno congoleño trataba de aprovechar el impulso para forjar alianzas con algunos dirigentes rebeldes. Masengo había informado a Aragonés y Fernández Mell que el presidente Kasavubu, en un mensaje secreto, le ofrecía un ministerio si abandonaba la lucha. «Si se han acercado a Masengo —advirtieron Aragonés y Mell—, también deben estar "tallando" a Soumaliot y Kabila».

El 30 de octubre, en una nueva nota apremiante, lo instaron a bajar al lago. Los aviones lanzaban bombas incendiarias sobre las posiciones en torno de Kabimba y temían que ése fuera el preludio al asalto final. En la base reinaba el caos; se había convertido en un refugio para toda clase de «desertores, delincuentes y traidores» fuera de todo control. «La cosa es realmente alarmante —escribieron—… Creemos que te estamos escribiendo bastante y que te tenemos al corriente tanto de la situación internacional como de la de aquí. Casi parecemos dos viejas chismosas. Te rogamos que hagas lo mismo con nosotros, ya que siempre estamos ansiosos de noticias (así las viejas chismosas seremos tres)».

Finalmente, el Che decidió escuchar el consejo. Dejó a Papi y un grupo de congoleños en la nueva base con órdenes de continuar la instrucción militar y bajó a Kabimba. Aunque todos estaban convencidos de que la llamada revolución congolesa estaba en los últimos estertores, el Che se negaba a abandonar toda esperanza e intentaba reforzar los frentes que aún no habían cedido. En su habitual resumen mensual, escribió que octubre había sido un «mes de desastre sin atenuantes… En resumen, entramos en un mes [de noviembre] que puede ser definitivo».

Pero mientras escribía, el suelo bajo sus pies se convertía en arenas movedizas. El 1 de noviembre, el gobierno de Tanzania convocó al embajador Ribalta para informarle de que en virtud de los acuerdos de Accra, Tanzania había resuelto poner fin al «carácter de su ayuda» al Movimiento de Liberación del Congo. Se envió un mensaje urgente al Che para transmitirle la novedad.

«Ése era el golpe de gracia dado a una Revolución moribunda», escribió. En vista de lo delicado de la novedad, decidió no comunicarla a Masengo, y esperar el

desarrollo de los acontecimientos de los días siguientes antes de tomar una decisión. El 4 de noviembre, la embajada le telegrafió el resumen de una carta de Fidel, cuyo texto completo le llegaría después por mensajero. Ésta era la síntesis de los conceptos de Fidel:

«1.º Debemos hacer todo menos lo absurdo. 2.º Si a juicio de Tatú [Che] nuestra presencia se hace injustificable e inútil debemos pensar retirarnos. Deben actuar conforme situación objetiva y espíritu hombres nuestros. 3.º Si consideran deben permanecer trataremos de enviar cuantos recursos humanos y materiales estimen necesario. 4.º Nos preocupa que ustedes erróneamente tengan temor o actitud que asumen sea considerada derrotista o pesimista. 5.º Si deciden salir, Tatú puede mantener *statu quo* regresando aquí o permaneciendo en otro sitio. 6.º Cualquier decisión la apoyaremos. 7.º Evitar todo aniquilamiento».

El Che envió un mensaje por el radio de campaña a Dar es Salam para ser transmitido a Fidel, en el que lo ponía al tanto de la situación. Unos días antes, dijo, en medio de rumores de una fuga en masa de dirigentes rebeldes congoleños a Tanzania, él había resuelto permanecer allí con veinte guerrilleros escogidos. Su intención era formar una nueva fuerza guerrillera; si fracasaban, se trasladarían en busca de «otro frente» o pedirían asilo político en Tanzania. Pero esta alternativa dejó de existir cuando el gobierno resolvió suspender su apoyo.

Propuso que una delegación de alto nivel visitara Tanzania para presentar a Nyerere la posición cubana, planteada en los siguientes términos: «Cuba ofreció ayuda sujeta a la aprobación de Tanzania, ésta aceptó y la ayuda se hizo efectiva. Era sin condiciones ni límites de tiempo. Comprendemos las dificultades de Tanzania hoy, pero no estamos de acuerdo con sus planteamientos. Cuba no retrocede de sus compromisos ni puede aceptar una fuga vergonzosa dejando al hermano en desgracia [congoleño] a merced de los mercenarios. Sólo abandonaríamos la lucha si, por causas fundadas o razones de fuerza mayor, los propios congoleses nos lo pidieran, pero lucharemos para que eso no suceda».

Le pidió a Fidel que solicitara un apoyo mínimo a Tanzania: permiso para mantener las comunicaciones con Dar es Salam y para seguir recibiendo armas y alimentos a través del lago. Finalmente, aconsejó a Fidel que entregara copias de la carta a los soviéticos y los chinos «para prevenir cualquier maniobra de descrédito».[104]

Para el 10 de noviembre, los hechos se producían en el perímetro del reducido territorio rebelde. Cayó una posición defendida por los tutsi ruandeses y el enemigo continuó su avance hacia el lago. En Kibamba escaseaban los alimentos y medicamentos. El Che envió el siguiente telegrama a las oficinas cubanas en

Kigoma y Dar es Salam: «Presión enemiga aumenta y tentativa del bloqueo del lago se mantiene. Urgen cantidades sustanciales de dinero congolés previniendo aislamiento. Ofensiva se mantiene y avanza. Hay que moverse rápido. Nos preparamos para defender la base».

El 14 de noviembre, el capitán cubano de la lancha del Che, llamado «Changa», cruzó el lago desde Tanzania. Llevaba alimentos y a un agente de inteligencia cubano con una nueva carta de Fidel, que advertía que el gobierno de Tanzania no daba señales de modificar su posición. El emisario de Dar es Salam preguntó si, dada la posición oficial, debía empezar a preparar una «base clandestina» para el Che en Tanzania y éste respondió que sí.

Como detalle grotesco, el capitán también traía un contingente de más de cuarenta rebeldes congoleños que acababan de «graduarse» de un curso de instrucción en la Unión Soviética. Como sus camaradas entrenados en Bulgaria y en China, lo primero que hicieron al llegar fue pedir dos semanas de permiso. También se quejaron de que no tenían lugar donde guardar su equipaje. «Resultaría un poco cómico si no fuera tan triste ver la disposición de esos muchachos en los que la revolución había depositado su fe», comentó el Che.

A pesar de los esfuerzos de los jefes de campo cubanos, las defensas rebeldes se derrumbaban una tras otra. El 16 de noviembre, el Che envió un mensaje de alerta a la embajada cubana en Dar es Salam y pidió armas del depósito en Kigoma. Acusó a las autoridades de Tanzania de cortar sus líneas de abastecimiento y pidió a la embajada que les exigiera una declaración categórica de sus intenciones. Las lanchas de combate enemigas surcaban el lago; había que actuar.

Ese día, Papi envió desde las montañas una petición urgente de refuerzos. Sus ruandeses habían desertado en masa esa mañana llevándose sus armas y ahora los congoleños también lo abandonaban. Era una catástrofe: no tenía hombres suficientes para contener el avance enemigo.

El Che convocó una reunión para discutir la estrategia con los dirigentes congoleños que aún permanecían ahí: Masengo, Chamaleso y dos o tres más (a pesar de sus ruegos, Kabila no había cruzado el lago). En su opinión, había solamente dos posibilidades: defender la posición hasta el fin o bien tratar de atravesar las líneas enemigas para escapar hacia el norte o el sur. Descartaron la primera opción porque no se podían fiar de los combatientes y decidieron probar suerte yendo hacia el sur a través de una zona llamada Bondo. Guevara ordenó a sus oficiales Dreke y Aly que exploraran rápidamente la zona para conocer las posibilidades.

Aly explotó: dijo que estaba harto de andar «corriendo lomas sin tener la cooperación de esa gente; le contesté cortantemente que organizaríamos la evacuación desde Bondo y que él podía salir con el grupo que dejara la lucha. Replicó inmediatamente que se quedaba conmigo hasta el final».[*]

Convencido de que era injusto conservar el secreto, el Che informó a Masengo de la decisión tanzana de retirar su apoyo y le dijo que sacara sus propias conclusiones. Evidentemente, la noticia terminó de quebrantar a Masengo y sus camaradas. Esa noche, Chamaleso le informó de que todos los oficiales rebeldes del campamento habían resuelto poner fin a la campaña. Furioso, el Che dijo que quería la decisión por escrito. Le explicó a Chamaleso que «había una cosa llamada historia que se compone a partir de muchos datos fragmentarios y puede ser tergiversada». Quería ese documento por las dudas de que los congoleños fueran a decir luego que los cubanos habían ordenado la retirada. Chamaleso respondió que en su opinión Masengo se negaría a firmar semejante carta, pero fue a conferenciar.

En ese momento, el Che recibió una llamada por el teléfono de campaña: la base superior acababa de caer, sus hombres se batían en retirada, avanzaban los contingentes enemigos. Inmediatamente informó a Masengo y le propuso organizar la retirada inmediata, cosa que éste aceptó. Chamaleso dijo que había hablado nuevamente con los oficiales y que todos ellos querían retirarse «definitivamente» de la batalla. Pero eso ya estaba resuelto, apuntó el Che: «A los cinco minutos habían desaparecido los telefonistas, toda la policía militar había huido y el caos estaba entronizado en la base».

VIII

Era el 18 de noviembre y se acercaba la noche. El Che envió un radiograma a Kigoma para informar de su retirada y pedir que los botes estuvieran dispuestos para la evacuación. Dio la orden de incendiar las chozas, ocultar todo el equipo posible en los depósitos secretos, pero conservar las armas pesadas si se veían obligados a resistir. Al amanecer se dirigieron lentamente a la orilla del lago, agobiados por el peso de los pertrechos; algunas piezas quedaron abandonadas al borde del camino. En las caras de algunos hombres el Che vio un «cansancio que parecía de siglos», y trató de hacerles apretar el paso. A sus espaldas se escuchó una serie de explosiones, mientras llamaradas y humo se elevaban hacia el cielo: habían incendiado el depósito de municiones. La mayoría de los congoleños había huido; no trató de impedirlo porque sabía que en el lago no habría transporte suficiente para todos.

Durante la marcha hacia el punto de encuentro convenido en la orilla del lago, diez kilómetros al sur de Kibamba, el Che intentaba comunicarse por radio con Kigoma para que los botes estuvieran dispuestos esa noche. Por la tarde llegaron al punto de evacuación; el Che envió un nuevo mensaje para decir que se encontraban en el lugar convenido, la guerra había terminado y la retirada era urgente. Por fin obtuvo respuesta: «Comprendido». Así lo comentó: «La expresión de todos los compañeros presentes cuando se escuchó el "comprendido" del lago cambió como si una varita mágica hubiera tocado los rostros».

Pero los botes no llegaron esa noche ni la siguiente. Mientras los esperaban con ansiedad creciente, el Che montó emboscadas para proteger el perímetro y envió a varios hombres en busca de rezagados. Uno apareció al día siguiente con un esguince de tobillo, pero no había noticias de otros dos cubanos. Esa tarde del 20 de noviembre, comunicó a Changa en Kigoma que debía evacuar doscientos hombres. Éste respondió que lo habían demorado las autoridades tanzanas, pero que cruzaría esa noche.

«La gente estaba eufórica», escribió el Che. Ya había acordado con Masengo y su estado mayor que un oficial congoleño se quedaría atrás con sus hombres, mientras los demás partirían con los cubanos. Pero para ello era necesario engañar a los congoleños; el Che y Masengo decidieron echar mano de «pretextos» para embarcar a los que debían quedarse y llevarlos a una aldea vecina. Una vez que se perdieran de vista empezaría la «verdadera» evacuación.

Pero no resultó tan sencillo. Buena parte de los congoleños abordó el primer barco, pero los que quedaron atrás «se olieron algo» y quisieron quedarse. El Che ordenó a sus hombres que seleccionaran a los congoleños que habían demostrado el «mejor comportamiento» para llevarlos «como cubanos».

De pie junto a la orilla del lago, mientras supervisaba la evacuación final de la misión cubana al Congo, el Che aún se preguntaba si no era posible continuar la lucha. «Para mí la situación era decisiva; dos hombres a los que habíamos enviado a una misión… quedarían abandonados si no llegaban dentro de pocas horas; apenas nos fuéramos caería sobre nosotros el peso de todas las calumnias, dentro y fuera del Congo…; podía extraer, según mis investigaciones, hasta veinte hombres que me siguieran, a estas alturas con el ceño fruncido. Y después, ¿qué haría? Todos los jefes se retiraban, los campesinos demostraban cada vez más hostilidad hacia nosotros. Pero la idea de desalojar completamente…, dejando allí campesinos indefensos y hombres armados pero indefensos…, derrotados y con la sensación de haber sido traicionados, me dolía profundamente».

Una de las alternativas que había ponderado en los últimos días era la de cruzar el Congo para unirse a la fuerza guerrillera de Pierre Mulele, pero el territorio de éste se encontraba a cientos de kilómetros a través de la selva. El solo hecho de sobrevivir a esa odisea, por no hablar de organizar una guerrilla eficaz, hubiera sido una hazaña.

Mientras esperaban los botes, repasaba una por una las opciones, y todas eran malas. «En realidad, la idea de quedarme siguió rondándome hasta las últimas horas de la noche», confesó en su diario. Una de las cosas que más lo perturbaba era lo denigrante de la retirada, a la manera de un fugitivo, así como la necesidad de engañar a los combatientes congoleños para dejarlos atrás. Lo torturaban pensamientos del recuerdo que él y sus camaradas dejarían entre esos hombres.

«Pasé así las últimas horas, solitario y perplejo, y al fin, a las dos de la mañana, llegaron los barcos», escribió.

En primer lugar los abordaron los enfermos y los heridos, luego Masengo, su estado mayor y unos cuarenta congoleños escogidos para acompañarlos, y finalmente el Che con sus cubanos.

«Empezó un espectáculo doloroso, plañidero y sin gloria; debía rechazar a hombres que pedían con acento suplicante que los llevaran; no hubo un solo rasgo de grandeza en esa retirada, no hubo un gesto de rebeldía. Estaban preparadas las ametralladoras y tenía los hombres listos por si, siguiendo la costumbre [los

combatientes abandonados] querían intimidarnos con un ataque desde tierra, pero nada de eso se produjo, sólo quejidos mientras el jefe de los huidizos imprecaba al compás de las amarras al soltarse».

28. SIN RETORNO

I

Días después del desastre en el Congo, el Che se encontraba a salvo en la residencia del embajador cubano situada en las afueras de Dar es Salam, donde se le había asignado un pequeño apartamento de dos cuartos. El embajador Ribalta había evacuado a todos los empleados salvo un criptógrafo telegrafista, un secretario y un cocinero, que nunca se enteró de la presencia de un extraño en la planta alta.

Los demás cubanos participantes en la desventurada expedición habían viajado en camión a Dar es Salam, desde donde los soviéticos los trasladaron a Moscú para abordar el vuelo a La Habana. Fernández Mell se quedó atrás en Kigoma para dirigir la búsqueda de los dos cubanos desaparecidos y la evacuación de los congoleños; tardaría casi cuatro meses en hallarlos, en una odisea que lo llevaría casi a la frontera con Ruanda.

El Che y sus hombres cruzaron el lago Tanganyika sin otro inconveniente que un encuentro muy cercano con un patrullero del gobierno. En una audaz maniobra, el Che hizo montar los fusiles de 75 milímetros sin retroceso sobre las proas de los botes para dar la apariencia de que estaban bien armados y preparados para el combate. Era una jugada temeraria: si disparaba, morirían muchos de sus propios hombres. Fuese porque el alarde lo intimidó o porque tenía órdenes superiores de permitir la fuga, el patrullero no se acercó.

En Kigoma los aguardaba un bote a motor dirigido por un cubano. Antes de abordarlo junto con Papi y los escoltas Pombo y Tumaini —o «Tuma»—, el Che se despidió de los demás: dijo que esperaba verlos otra vez, probablemente en «otro país», y que esperaba que algunos fueran a combatir en otras tierras. Fue un momento turbador y de profunda emoción para los combatientes cubanos, jubilosos ante la perspectiva de regresar a sus hogares, junto a sus familias, pero con sentimientos encontrados con respecto a su experiencia y al hombre a quien habían seguido hasta África.

Una vez en tierra, se enfrentó a sus tres jóvenes acompañantes y, según Pombo, dijo: «Nosotros continuamos. ¿Están dispuestos a continuar?» Comprendieron lo que les quería decir: él no volvería a Cuba. «¿A qué lugar?», preguntó Pombo. «“A donde sea.” Él no tenía una concepción definida en esos momentos de a qué lugar íbamos a dirigirnos realmente».

Harry «Pombo» Villegas tenía veinticinco años, Carlos «Tuma» Coello un año más, los dos eran íntimos del Che desde 1957, cuando eran adolescentes y se unieron a él en la Sierra Maestra. José María «Papi» Martínez, de veintinueve años, había sido el hombre fuerte de Piñeiro en los proyectos guerrilleros del Che desde 1962, primero en Guatemala, después con la misión de Masetti; también había contribuido a la instrucción clandestina de Tania. Eran tres de la media docena de hombres en quienes el Che podía confiar que lo seguirían «sin el ceño fruncido», y no lo decepcionaron. En respuesta a su pregunta en la orilla de Tanzania, los tres dijeron «sí».[*]

«No podía volver a Cuba sin… lograr una victoria —dijo Pombo—. Pensaba que lo mejor era seguir adelante. Por sus propios medios, cualesquiera que fuesen las posibilidades, tenía que llevar adelante la lucha».

En realidad había cruzado algo más que un lago, y a su espalda dejaba mucho más que una revolución moribunda en el Congo. Había hecho planes para combatir durante cinco años, y en seis meses se había terminado todo. Un mes antes, en la ceremonia inaugural del Partido Comunista cubano, Fidel había divulgado su carta de despedida. Ahora, siquiera por amor propio, no podía reaparecer en público. Se había comprometido ante el mundo a prestar servicios en «nuevos campos de batalla». Más aún, la presencia supuestamente clandestina de Cuba en el Congo había salido a la luz en junio, cuando un guerrillero cubano perdió su diario personal en Bendera. Si la CIA no estaba al tanto de la presencia del Che en la zona, seguramente lo sospechaba y había que dar por sentado que lo buscaba.

A finales de noviembre de 1965, el Che era probablemente el revolucionario marxista más conocido del mundo, un hombre cuyo objetivo del «internacionalismo proletario» no conocía fronteras. Pero por el momento no tenía adónde ir: era un apátrida en todo el sentido de la palabra.

II

El 25 de noviembre, tres días después de que el Che y sus hombres abandonaran el Congo, el jefe de las fuerzas armadas, Joseph Mobutu, derrocó al presidente Kasavubu. Así se inició un régimen dictatorial despótico con respaldo de Occidente que durante las tres décadas siguientes desangró al país; en verdad, era el fin de la «revolución» congoleña.

Tuma y Pombo pasaron unos días en Dar es Salam, luego volaron a París, Moscú y Praga. En la capital checa el servicio de inteligencia los alojó en una casa clandestina para esperar la llegada del Che. Encerrado en su diminuto apartamento de la capital de Tanzania, visitado solamente por Pablo Ribalta y por el telegrafista cubano a quien le dictaba, se abocó a redactar sus memorias del Congo.

Así como había emprendido sus últimas acciones pensando en el juicio de la historia, escribió la crónica con la intención de publicarla —«en el momento oportuno»— como un aporte a los anales de la revolución socialista mundial. Al titularla *Pasajes de la guerra revolucionaria: Congo*, igual que su libro sobre la Revolución Cubana, quería decir que el Congo era sólo una etapa más en una lucha histórica cuyo objetivo final era la «liberación» de los oprimidos del mundo.

Pero existe una diferencia notable entre ambas crónicas. Aunque la primera contiene muchos relatos de errores y sacrificios, es ante todo un himno triunfal al heroísmo de los guerrilleros cubanos; una apoteosis de la dirección infalible de Fidel que los condujo a la victoria y un relato moral que otros debían emular. La segunda memoria es un crudo reflejo negativo de la primera. Como dice en una de las primeras páginas: «Ésta es la historia de un fracaso».

Al dedicarla «a Bahaza y sus compañeros caídos, buscándole un sentido al sacrificio», indicaba que quería lavar sus pecados mediante la clásica autocrítica marxista. Al final del libro, después de relatar la experiencia y exponer largamente los errores y deficiencias tanto del movimiento congoleño como de los combatientes cubanos, se refiere a sus propias culpas. «Mantuve mucho tiempo una actitud que podría calificarse de excesivamente complaciente, y, a veces, tuve explosiones muy cortantes y muy hirientes, quizá por una característica innata en mí».

Añadió que el único grupo con el que mantuvo relaciones correctas fue el de «los campesinos», pero se fustigó por no haber aprendido bien el swahili. Al hablar en francés, se comunicaba con los jefes, pero no con los soldados rasos.

En cuanto al contacto con mis hombres, creo haber sido lo suficientemente sacrificado como para que nadie me imputara nada en el aspecto personal y físico… La incomodidad de tener un par de botas rotas o una muda de ropa sucia o comer la misma pitanza que la tropa y vivir en las mismas condiciones, para mí no significa sacrificio. Sobre todo el hecho de retirarme a leer, huyendo de los problemas cotidianos, tendía a alejarme del contacto con los hombres, sin contar que hay ciertos aspectos de mi carácter que no hacen fácil el intimar. Fui duro pero no creo haberlo sido excesivamente, ni injusto; utilicé métodos que no se usan en un ejército regular, como el de dejar sin comer: es el único eficaz que conozco en tiempos de guerrilla. Al principio quise aplicar coerciones morales y fracasé. Traté de que mi tropa tuviera el mismo punto de vista que yo en cuanto a la situación y fracasé; no estaba preparada para mirar con optimismo un futuro que debía ser avizorado a través de brumas tan negras en el presente…

Por último, pesó en mis relaciones con el personal… la carta de despedida a Fidel. Ésta provocó el que los compañeros vieran en mí, como hace muchos años, cuando empecé en la Sierra, un extranjero en contacto con cubanos… Había ciertas cosas comunes que ya no teníamos, ciertos anhelos comunes a los cuales tácita o explícitamente había renunciado y que son los más sagrados para cada hombre individualmente: su familia, su tierra, su medio. La carta que provocó tantos comentarios elogiosos en Cuba y fuera de ella me separó de los combatientes.

Tal vez parezcan insólitas estas consideraciones psicológicas en el análisis de una lucha que tiene escala casi continental. Sigo fiel a mi concepto del núcleo; yo era el jefe de un grupo de cubanos, una compañía nada más, y mi función era la de ser su jefe real, su conductor a la victoria que impulsaría el desarrollo de un auténtico ejército popular, pero mi peculiar situación me convertía al mismo tiempo en soldado, representante de un poder extranjero, instructor de cubanos y congoleses, estratega, político de alto vuelo en un escenario desconocido y un Catón-censor, repetitivo y machacón… Al tirar de tantos hilos, se formó el nudo gordiano que no tuve decisión para cortar…

He aprendido en el Congo; hay errores que no cometeré más, otros tal vez se repitan y cometa algunos nuevos. He salido con más fe que nunca en la lucha guerrillera, pero hemos fracasado. Mi responsabilidad es grande; no olvidaré la derrota ni sus más preciosas enseñanzas.

III

Desde que salió del Congo, la protección y supervivencia del Che pasaron a depender totalmente de los servicios secretos cubanos. Por primera vez en su vida adulta, no era el dueño de su destino.

La red de inteligencia y apoyo a las guerrillas de Barbarroja Piñeiro operaba en toda África, como en América Latina y otras partes del mundo, generalmente bajo la cubierta diplomática. El encargado de negocios cubano en El Cairo, José Antonio Arbesú, era agente de Piñeiro, lo mismo que Ulises Estrada, jefe de la sección de África y Asia. Ulises era el negro alto y delgado que había sido el amante de Tania en la isla, además del jefe de Masetti antes de que éste viajara a la Argentina. Durante el período congoleño, Ulises había cumplido una función fundamental de enlace al viajar constantemente entre Cuba y Tanzania para coordinar los envíos de armas, hombres e información. Después de la debacle, debía ocuparse del regreso de los combatientes cubanos a La Habana y la coordinación de los desplazamientos futuros del Che. Por el momento, el futuro de éste era una incógnita. Fidel quería que volviera a Cuba, pero él se negaba; decía que quería viajar «directamente» a Sudamérica. Pero ¿adónde? El lugarteniente de Piñeiro, Juan Carretero, alias Ariel, que ayudó a organizar las expediciones de Béjar en Perú y Masetti en Argentina, participó en las discusiones y descubrió lo difícil que era tratar con el Che.

«Las discusiones con él eran arduas —dijo Ariel—. Tenía una mentalidad de asceta. Después de la carta [de despedida] no quería volver públicamente a Cuba porque tenía una obligación con la causa revolucionaria. Esa posibilidad estaba descartada de plano».

Pasaban las semanas, las fiestas de Navidad y Año Nuevo, y el Che seguía recluido. A principios de enero de 1966, a petición suya, Ariel acompañó a Aleida a Tanzania. Años después, ella conservaba dos fotografías distintas correspondientes a las identidades clandestinas que asumió para el viaje. En una aparece una mujer madura de rostro regordete y pelo negro rizado, en la otra una mujer esbelta de cabello negro y lacio cortado por encima de los hombros según la moda de los años sesenta.

A su llegada a Dar es Salam, Ariel la condujo directamente a la residencia diplomática donde se alojaba el Che. Sólo alcanzó a ver que era un edificio de dos

plantas, porque apenas bajó del coche la obligaron a entrar y subir las escaleras prácticamente a la carrera. Allí estaba la *suite* de dos cuartos que ocupaba el Che. La cama estaba en un cuarto oscuro fotográfico; el otro cuarto era una sala de estar donde pasaban las horas del día. Durante seis semanas ninguno de los dos abandonó el apartamento; las cortinas de las ventanas estaban siempre cerradas. Una vez Aleida arriesgó una breve mirada al exterior: no había otras casas a la vista, sólo una pequeña arboleda. Su único visitante era Pablo Ribalta, que les llevaba la comida. En la sala de comunicaciones de la misma planta trabajaba el criptógrafo y el mecanógrafo del Che, un cubano llamado Coleman Ferrer. Nadie más conocía sus identidades o siquiera los veía.

Según Aleida, la reclusión no parecía molestar al Che porque tenía mucho que hacer. Cuando ella llegó, ya había terminado de redactar sus memorias del Congo y había iniciado otros dos trabajos: «Apuntes filosóficos»[107] y «Notas económicas», el esbozo de un libro basado en su crítica del *Manual de economía política* soviético, la biblia socialista desde los tiempos de Stalin. Cuando no escribía, leía toda clase de libros, incluso novelas y poesía. También preparó un «programa» de lecturas para Aleida, que ambos discutían al final de cada día.

Aunque el problema del futuro del Che pendía sobre ellos como una nube ominosa, Aleida guarda un recuerdo entrañable de ese interludio compartido con él, «la primera vez que estuvimos solos» y lo más parecido a una «luna de miel» que llegó a conocer. Insinuó entre risitas que supieron hacer muy buen uso de la cama en el cuarto oscuro. Agregó que en el pasado solían hablar de un viaje que harían por México y Argentina, pero «no hubo tiempo para eso ni jamás lo habría».

A fines de febrero, Aleida partió hacia Cuba tal como había llegado: bajó la escalera, salió por la puerta principal rápidamente hacia el coche que la esperaba y de allí fue al aeropuerto. Años después, lamentaba el hecho de no haber visitado los famosos parques de vida salvaje del África oriental. «Tiempo después vi lo que me había perdido en una película con Yves Montand y Candice Bergen».

IV

Antes de la marcha de Aleida, el Che se había dejado convencer por Ariel de que era más conveniente ir a Praga antes de viajar a Sudamérica. Allá estaría a salvo para esperar hasta que Cuba determinara su nuevo destino.[*]

Antes de su partida de Tanzania en marzo, Fernández Mell fue a verlo. Había logrado reunir a los cubanos perdidos, rescatar a los combatientes congoleños abandonados junto al lago y atar los últimos cabos sueltos de la operación cubana en Kigoma. El Che dio a leer a su amigo los pasajes de sus memorias del Congo donde lo criticaba y le dijo: «¿Ves cómo te cago?» Fernández Mell replicó que cualquier crítica afectaría directamente al Che, ya que él se había limitado a obedecer sus órdenes.

La experiencia del Congo los había distanciado. Aunque conservaban su amistad, ya no compartían las mismas ideas. «Oscarito» había meditado profundamente sobre la concepción guevarista de la «guerra de guerrillas continental» y empezaba a dudar de las bondades de esta estrategia, al menos en el caso de África. Y pensaba que el Che, en su obstinación por imponerla, se había engañado a sí mismo.

En el Congo, «el Che nos había dicho cosas que estoy convencido él mismo sabía que no eran realistas —dijo Fernández Mell—, aunque no era la clase de hombre que dice lo que no siente… Pero en realidad el Che estaba convencido del triunfo [en el Congo]… Tenía metido en la cabeza que había encontrado el camino para liberar al pueblo y que tendría éxito, y lo presentaba como la verdad absoluta. Por eso no podía aceptar que su intento en el Congo refutaba una estrategia que había elaborado en todos los detalles».

Fernández Mell sabía que el Che probablemente iría a Sudamérica y en definitiva —como siempre había previsto— a su patria argentina. Antes del Congo, ambos daban por sentado que iría con él, pero en ese momento no hablaron del asunto. Mell no le preguntó qué planes tenía ni se ofreció para acompañarlo. Ese silencio era elocuente: dos amigos seguían caminos distintos. Días después, Fernández Mell volvió a La Habana con el manuscrito de *Pasajes de la guerra revolucionaria* que el Che enviaba a Fidel. Jamás volvería a verlo.

V

Cuando el Che y Papi llegaron a Praga, Pombo y Tuma los esperaban en su escondite, una casona señorial en las afueras de la capital discretamente oculta detrás de una hilera de enebros altos.

Poco después de la victoria fidelista en 1959, los servicios de inteligencia cubanos y checos acordaron que éstos les entregarían varias casas clandestinas en Praga para que las utilizaran como quisieran. Estas casas eran «herméticas», dijo Ariel, y los cubanos las administraban sin interferencia de los checos. «El Che llegó como cualquier otro revolucionario latinoamericano con una identidad falsa. Los checos ni siquiera sabían quién era».

Pombo recuerda que a partir de la llegada del Che llevaron una vida sosegada en la finca, «matando el tiempo» y afilando sus habilidades con prácticas de tiro. Terminó el invierno y empezó la primavera. Aleida fue a pasar algunas semanas con él, esta vez con otra identidad. Ulises Estrada, el agente de Piñeiro, iba y venía con mensajes entre su jefe, Fidel y el Che. (Según otro agente, Ariel reemplazó a Ulises, que por ser negro «llamaba la atención» en Praga.)

Según Ariel y Pombo, Fidel trató de convencer al Che de que volviera a Cuba, pero éste se negó obstinadamente. «El Che no quería volver bajo ninguna circunstancia», dijo Pombo. Los amigos íntimos insinúan que otro factor decisivo además de su amor propio fue haber comprendido que representaba una carga para Fidel en su trato con los soviéticos, quienes al fin y al cabo financiaban la nave del Estado cubano. El Che era más útil en el extranjero, donde podía llevar adelante la política exterior revolucionaria cubana mientras Fidel lo apoyaba discretamente con el argumento de que era un «viejo camarada».

La partida del Che había coincidido con el regreso de Fidel a una posición agresivamente «internacionalista». En su discurso del Primero de Mayo de 1965, rechazó el concepto de la «coexistencia pacífica», y desde entonces mantenía una posición belicosa. En enero de 1966, en la Primera Conferencia Tricontinental (una derivación promovida por los cubanos de la Organización de Solidaridad Popular Afroasiática con sede en El Cairo), Fidel volvió a aprovechar las riñas entre las dos superpotencias socialistas, y esta vez lo hizo en presencia de cientos de delegados de ochenta países de América Latina, Asia y África, varios «movimientos de liberación armados», además de representantes chinos y soviéticos. Para consternación de Moscú, hizo aprobar una resolución de elogio a los movimientos guerrilleros que combatían en Venezuela, Guatemala, Colombia y Perú. No dejó de

hostigar a los chinos con una mención de los «malentendidos» entre La Habana y Pekín debido a la decisión china de reducir los envíos de arroz que Cuba tanto necesitaba. (En febrero, Fidel dejaría de lado el lenguaje diplomático para aparecer en público con una lista de quejas contra China, a la que acusaba de entrometerse en los asuntos cubanos y utilizar el arroz como un garrote para asegurar su docilidad política.)

Pero Fidel aún tenía otras intenciones en la Tricontinental: quería aplacar los rumores de un distanciamiento entre él y el Che y crear la posibilidad de que su camarada argentino entrara en un nuevo campo de batalla. En la conferencia, Fidel proclamó que 1966 era el «Año de la Solidaridad» y juró que haría causa común con las luchas guerrilleras en curso contra el imperialismo en todo el mundo. Si alguna vez el tiempo le había brindado una oportunidad al Che, ésta se acababa de abrir. En efecto, cediendo por fin a la insistencia del Che sobre la necesidad de llevar adelante la «lucha armada», Fidel dio instrucciones a Piñeiro de que le buscara un lugar adonde ir.

La elección no era fácil. A principios de 1966, América Latina presentaba un panorama revolucionario dinámico, pero en un estado de cambio tan desconcertante como violento. En los partidos comunistas de Bolivia, Perú y Colombia habían surgido tendencias chinófilas, y por todas partes aparecían grupos guerrilleros de muy diverso signo. Cuba había enviado agentes a las guerrillas de Venezuela y Colombia, pero la situación era incierta en aquellos países donde el auge guerrillero había provocado una mayor presencia norteamericana, tanto militar como de la CIA.

En Guatemala, la coalición rebelde apoyada por Cuba estaba a punto de sufrir una escisión provocada por un movimiento trotskista. A pesar de las divisiones internas, en los últimos tiempos los guerrilleros habían realizado algunas acciones espectaculares, entre ellas el asesinato del jefe de la misión militar norteamericana y, unos meses después, el del viceministro de Defensa guatemalteco.

En junio de 1965, al cabo de dos años de entrenamiento clandestino, las guerrillas peruanas del MIR dirigidas por Luis de la Puente Uceda y Guillermo Lobatón habían entrado en acción. En septiembre lo hizo el ELN pro cubano de Héctor Béjar, ya recuperado de su derrota de 1963. El gobierno peruano suspendió las garantías constitucionales y sus tropas lanzaron una feroz guerra de contrainsurgencia con ayuda norteamericana. Mataron a De la Puente Uceda en octubre de 1965 y a Lobatón tres meses después; los combatientes del acéfalo MIR se dispersaron. En diciembre el ELN estaba en la misma situación y poco después el propio Béjar cayó preso.

En Colombia se presentaba un cuadro similar. En mayo de 1965, tras la aparición de la guerrilla del ELN apoyada por Cuba, se había impuesto el Estado de sitio. En diciembre, un elocuente sacerdote católico revolucionario llamado Camilo Torres se unió al ELN, al que aportó una combinación carismática de visión social y la posibilidad de atraer a sectores más amplios de la población. Torres murió en febrero de 1966, pero la insurgencia colombiana continuaría durante muchos años, a través de mutaciones y la aparición de grupos nuevos.

En la organización guerrillera venezolana FALN, también apoyada por los cubanos, empezaban a surgir problemas. El Partido Comunista había apoyado la «lucha armada» en 1962, pero ahora daba un paso atrás debido al encarcelamiento de varios de sus dirigentes. En abril de 1965, un plenario del comité central había votado orientarse hacia la «lucha legal», decisión que Fidel criticó públicamente. En marzo de 1966, el gobierno venezolano liberó a los dirigentes comunistas como gesto de reconocimiento a la nueva política moderada del partido. Pero las guerrillas apoyadas por Cuba repudiaron a los comunistas y continuaron la lucha.

Bolivia estaba sumida en una crisis. En noviembre de 1964, una junta militar había derrocado al presidente civil Víctor Paz Estenssoro. Juan Lechín, carismático presidente de la poderosa Central Obrera Boliviana, había conducido una vigorosa campaña de oposición al régimen. En mayo de 1965, Lechín se fue al exilio, se llevó a cabo una huelga general de protesta y los militares decretaron el Estado de sitio. El rusófilo Partido Comunista Boliviano dirigido por Mario Monje era renuente a lanzar la «lucha armada». Una fracción pro china formada en abril de 1965 bajo la dirección del líder estudiantil Oscar Zamora había pedido y recibido el apoyo del Che para lanzar una guerra de guerrillas, pero durante el tiempo que éste pasó en el Congo las relaciones chino-cubanas se habían deteriorado, y ni la agencia de Piñeiro ni el mismo Zamora habían adelantado en sus planes.

En marzo de 1966, cuando el Che aún se encontraba en Praga, las opciones se redujeron aún más. Las fuerzas de seguridad guatemaltecas irrumpieron en una reunión clandestina de la dirección del Partido Comunista y asesinaron a los veintiséis dirigentes capturados. Esa masacre, sumada al cisma creciente en el movimiento guerrillero, decapitó momentáneamente a la conducción rebelde apoyada por los cubanos y soviéticos.

Según Pombo, la primera alternativa que propuso el Che para su destino siguiente fue Perú. Para ello necesitaba la ayuda de los bolivianos, estratégicamente situados en el país vecino. En abril, envió a Papi a Bolivia como explorador de avanzada con la intención de seguirlo si éste daba «luz verde». «Lo primero era entrar en contacto con los peruanos, conocer el verdadero estado de su movimiento y [obtener] el apoyo del Partido Comunista Boliviano —dijo Pombo—.

El partido boliviano había ayudado en el asunto de Masetti y en el de Puerto Maldonado [el ELN de Héctor Béjar]; había gente de probada lealtad a las ideas de la revolución, que había trabajado con nosotros en estos movimientos y además se había entrenado en Cuba».

Los hombres bolivianos «leales» a los que se refería conformaban un grupo de jóvenes comunistas que habían tomado partido por la política cubana de lucha armada. Entre ellos estaban los hermanos Roberto («Coco») y Guido («Inti») Peredo, miembros de una familia importante en la provincia del Beni, en el nordeste boliviano, y veteranos militantes del Partido Comunista. Su hermano menor Osvaldo («Chato») Peredo estudiaba en Moscú. Estaban los hermanos Humberto y Jorge Vázquez Viaña, hijos de un conocido historiador que se habían formado en Europa; Jorge, llamado «Loro», había colaborado con Furry y Masetti en la campaña de 1963-1964 en Salta. Otro era Rodolfo Saldaña, ex minero y sindicalista que había ocultado a Ciro Bustos y sus camaradas en su casa de La Paz tras su llegada de Argelia. Loyola Guzmán, una joven de sangre indígena quechua, era hija de un profesor comunista de las comunidades mineras, graduada de la prestigiosa escuela de cuadros comunistas de Moscú; además, había colaborado con la logística para las guerrillas argentina y peruana. Ese puñado de bolivianos, algunos de los cuales ya se entrenaban en Cuba, eran el núcleo de activistas que merecían confianza para apoyar la guerra de guerrillas en Perú o iniciarla en Bolivia.

Hasta el día de hoy perdura la polémica sobre cuál era el destino verdadero de la siguiente —y última— empresa guerrillera del Che. Según Pombo, los planes de ir a Perú se modificaron y se empezó a estudiar las posibilidades de Bolivia después de su llegada con Tuma a este país. La versión de Ariel es distinta: Piñeiro y Fidel ya pensaban en Bolivia cuando lograron sacar al Che de su reclusión en Tanzania.[109]

«Uno de los recursos que usamos para convencerlo de que viajara a Praga fue entusiasmarlo con las posibilidades en Bolivia, donde ya existían algunos acuerdos y se hacían preparativos. Habíamos pensado en Venezuela y Guatemala, pero Bolivia ofrecía muchas ventajas. Primero, su proximidad a la Argentina era muy importante para el Che. Segundo, debido a los acuerdos, la experiencia previa, los recursos humanos y las tradiciones combativas del Partido. Y, finalmente, por su situación geográfica, que ofrecía buenas posibilidades para la "irradiación" de guerrilleros formados en el frente boliviano a los países vecinos de Argentina, Perú, Brasil y Chile. Entusiasmado por esta posibilidad, aceptó viajar a Praga».

Éste es tal vez el interrogante más crucial sobre la vida de Ernesto Che

Guevara que aún no tiene respuesta: *¿quién* decidió que fuera a Bolivia? ¿Cuándo y por qué se tomó esa decisión? Fidel ha dicho que el Che eligió Bolivia y que él trató de demorarlo, instándolo a esperar mejores condiciones. Manuel Piñeiro coincide con esta versión. Dice que Fidel convenció al Che de que volviera a Cuba cuando se enteraron por Papi de que estaba a punto de viajar a Bolivia desde Praga sin que hubiese preparativos para recibirlo. Con la esperanza de impedir que su obstinado lugarteniente argentino se arrojara de cabeza al peligro, Fidel le ofreció ayuda cubana para escoger y entrenar a sus hombres y para sentar las bases de un foco guerrillero en Bolivia. Las versiones de Fidel y Piñeiro no concuerdan con las de Ariel y Pombo, pero es igualmente cierto que las de estos últimos tampoco concuerdan entre sí. ¿Cómo se explican las contradicciones entre Ariel y Pombo — un alto funcionario de inteligencia y diplomático, y un general del ejército y condecorado «Héroe de la Revolución»—, así como sus divergencias con las de Piñeiro y el jefe máximo? La respuesta verdadera se encuentra tal vez en este preámbulo inédito del diario de Pombo, iniciado en Praga y escrito luego sobre la base de sus apuntes.

Siete meses después de la terminación de las operaciones guerrilleras en territorio africano y durante un período intenso de preparativos y organización para nuestra siguiente aventura, concebida para realizarse en territorio peruano… Ramón [Che][110] reunió a Pacho, a Tuma y a mí y nos leyó una carta que acababa de recibir en la que Fidel analizaba [la situación] y lo instaba a revisar fríamente su decisión, y como consecuencia de ese análisis proponía:

El regreso [del Che] a Cuba por un breve período de tiempo y al mismo tiempo señalaba las perspectivas para luchar en Bolivia, los acuerdos con Estanislao (Mario Monje) para lanzar la lucha armada.

[El Che] nos dijo que ante lo acertado de estas propuestas había resuelto enviar a Francisco[111] a La Paz para explorar las posibilidades de la lucha… Aguardamos ansiosos el regreso de Francisco. Esto sucedió en los primeros días de junio. Su informe es que los resultados son positivos. Papi afirmó que las condiciones eran propicias, incluso para nuestro arribo aquí [en Bolivia]. No obstante eso, Francisco dijo a Ramón que quería abandonar la nave, pidiéndole que no nos lo dijera porque sentía vergüenza; como razón, citó sus sentimientos sobre morir lejos de Cuba.[112]

De aquí se desprende que fue Fidel quien, en algún momento de la primavera de 1966, convenció al Che de que iniciara la lucha en Bolivia, y que los planes se pusieron en marcha tras el regreso de Francisco desde La Paz, cuando él y Papi coincidieron en que la situación era propicia.

El Che envió a Pombo y Tuma clandestinamente a La Paz, mientras él y Pacho volvieron a Cuba, donde llegaron alrededor del 21 de julio. Aunque había estado ausente durante más de un año, éste no era un «regreso al hogar». Lo alojaron clandestinamente en una finca en la provincia de Pinar del Río, a un par de horas de camino al oeste de La Habana; apenas un puñado de personas estaban al tanto de su presencia.

VI

La mayoría de los participantes en la planificación secreta de la misión del Che a Bolivia coinciden en que en cierto momento Cuba había logrado un acuerdo con el dirigente comunista boliviano Mario Monje. El único que no coincide es el mismo Mario Monje. Casi tres décadas después, desde su hogar en el gélido Moscú donde vive en exilio voluntario, el ex dirigente se explayó larga y sinceramente sobre sus complicados tratos, a menudo llenos de hipocresía, con Piñeiro, Fidel y el Che.

La relación de Monje con la Revolución Cubana se remontaba a los primeros días de ésta; aprobó la decisión de su partido de apoyar las guerrillas de Béjar y Masetti con la esperanza de que no tratarían de iniciar una guerra en su país. Sin embargo, esos episodios no habían disipado su desconfianza de las intenciones cubanas, y vigilaba sus actividades con ojo atento, en especial las del Che Guevara.

En 1965, cuando el Che desapareció de Cuba y empezaron a circular rumores sobre su paradero, Monje tomó nota. Lejos de dar crédito a los cuentos sobre una ruptura entre Fidel y el Che, sabía que estaban de acuerdo en el objetivo de extender la revolución y sospechaba que éste se encontraba en algún lugar de África.

Así estaban las cosas en septiembre de 1965, cuando el partido recibió una invitación del gobierno cubano para enviar a tres miembros a la Conferencia Tricontinental, convocada para enero del año siguiente en La Habana. Pero Monje se enteró de que Oscar Zamora, dirigente del Partido Maoísta Boliviano, también había recibido una invitación y se le permitía una delegación más grande. Para él y sus camaradas del Buró Político era evidente que por algún motivo los cubanos otorgaban sus preferencias al partido pro chino. En noviembre, los camaradas instaron a Monje a que viajara a La Habana anticipadamente para desentrañar el misterio.

Su temor era que detrás de la invitación al grupo de Zamora hubiera algo más inquietante que un mero desaire protocolar: temía que los cubanos estuvieran planificando una insurrección en Bolivia. Sabían que Zamora había ofrecido aportar sus fuerzas para esa alternativa y, más importante aún, tenía relaciones cordiales con el Che. Fue entonces, dijo Monje, cuando empezó a preguntarse: ¿dónde está el Che? ¿Qué papel desempeña en todo esto?

A partir de entonces empezó a estudiar las noticias cuidadosamente en busca de pistas sobre el paradero del Che. Dijo a sus camaradas que en La Habana se mostraría conciliador, trataría de congraciarse con los cubanos para averiguar sus intenciones. Su idea era decirles que su partido no se oponía a «prepararse» para la eventualidad de una lucha armada con ayuda cubana y que tanto él como otros miembros querían recibir instrucción militar.

Con «ciertas reservas», en diciembre de 1965 Monje partió hacia Praga, donde se reunían muchas delegaciones que se dirigían a la Conferencia Tricontinental para volar desde allí a La Habana. En el avión hacia la capital cubana reconoció a Régis Debray, un joven teórico marxista francés a quien sabía estrechamente relacionado con Fidel y el aparato cubano de seguridad y que había estado en Bolivia el año anterior. Entonces era muy conocido por una serie de artículos combativos de los que era autor que lo mostraban como un activo propiciador del modelo revolucionario cubano en América Latina.[*]

Cuando llegó a la Habana, Monje dijo al servicio de seguridad cubano que no estaba allí sólo para la Conferencia Tricontinental sino para tratar «otro asunto». Fue rápidamente transferido del hotel a una casa de seguridad de la inteligencia cubana donde se le unieron dos camaradas bolivianos elegidos para servirle de escoltas. Más adelante llegarían los otros dos miembros de la delegación a la Tricontinental.

Monje se puso en contacto con el círculo de «estudiantes» bolivianos en La Habana, todos ellos miembros de la Juventud Comunista, y se enteró de que varios recibían instrucción militar sin la autorización del partido. En lugar de enfrentarlos, decidió «unirse» a ellos. En una reunión con funcionarios del Ministerio del Interior —la gente de Piñeiro—, Monje dijo que le interesaba recibir instrucción militar junto con otros camaradas. «Se pusieron muy felices», recordó.

En efecto, estaban tan felices que con esa maniobra pudo desplazar totalmente al grupo de Zamora. En lo que según él constituyó una maniobra de gran audacia, exigió que los cubanos reconocieran como delegación oficial a su grupo —dispuesto a tomar las armas— o al de Zamora. El reconocimiento fue para su delegación, mientras que el grupo de Zamora, según Monje, fue enviado «de viaje» por el campo.

En la conferencia, Monje comprendió rápidamente que lo importante no eran los discursos sino lo que sucedía entre bambalinas. «Los cubanos comenzaron a buscar contactos con unos y con otros —recordó—, pero siempre con una intención de ver cómo crear nuevos focos guerrilleros en América Latina. Prestaban mayor atención a aquellos grupos más radicales, aquellos que se

proyectaban más, aquellos que desafiaban más, y en cierta medida entraban en contradicción con los comunistas».

Consciente de que la campaña de reclutamiento de guerrilleros también incomodaba a los soviéticos, apenas terminó la Tricontinental decidió hacer un viaje relámpago a Moscú para «sondear la situación». Para su sorpresa, lo llevaron directamente a la oficina de Boris Ponomoriov, jefe supremo del Departamento Internacional del Comité Central.

«Comenzamos a conversar sobre Bolivia, sobre las relaciones, y él me preguntó sobre la Tricontinental, el criterio que tenía el partido comunista para que se preparara. Yo le di mi criterio, más o menos, qué es lo que pensábamos hacer. Y entonces me preguntó si yo sabía dónde estaba el Che, y yo le dije que sí sabía que estuvo en el África, pero había salido ya». Monje tuvo la impresión nítida de que era una novedad para Ponomoriov.[114]

Asimismo, comprendió que el Kremlin estaba «inquieto» por lo sucedido en la Tricontinental, donde los cubanos habían alentado a «los movimientos más radicales». «Podían crear problemas, y entonces querían saber cuál era el papel [del Che] o dónde estaba la figura [detrás de todo eso]». Los soviéticos y Monje habían llegado a la misma conclusión: el principal impulsor de la Conferencia Tricontinental era el hombre que había brillado por su ausencia, el Che Guevara.

Después de las conversaciones en el Kremlin, Monje volvió a Cuba para iniciar su instrucción militar con los bolivianos. También traía un plan para demorar el regreso a Bolivia de los estudiantes que habían completado su instrucción; les pediría que se quedaran hasta que todos finalizaran el entrenamiento militar y luego irían a Moscú para recibir «instrucción teórica». Con esta maniobra pensaba frustrar cualquier intento subrepticio de enviar a los jóvenes a combatir sin autorización del partido, como sospechaba que era la intención de los cubanos. La instrucción duraría tres o cuatro meses, tiempo suficiente para prevenir a sus camaradas en Bolivia.

A fines de enero de 1966, cuando estaba por iniciar su instrucción, Fidel lo convocó a su oficina, donde se encontraban también Piñeiro y varios agentes. Fidel le preguntó cuáles eran sus intenciones con respecto a los cuadros bolivianos en Cuba.

Monje le dio una respuesta que no era del todo sincera pero sí creíble. Recordó que Bolivia tenía toda una tradición de insurrecciones populares y dijo que en la situación imperante, bajo una dictadura militar, era posible que se produjera una nueva. «Si hay algún levantamiento —dijo a Fideltendremos la

posibilidad de tener el control de la situación… Si eso me obliga a la guerra civil, entonces lo veo para buscar una salida electoral…, una salida en que [los comunistas] salgamos fortalecidos».

No era la respuesta que quería Fidel. ¿Y las posibilidades de una lucha guerrillera? Monje respondió que no le parecía una alternativa realista en Bolivia. En ese momento le respondieron los agentes de Piñeiro; Monje se dio cuenta de que habían estado en Bolivia y estudiado la situación.

Después de la reunión, dijo Monje, Piñeiro lo puso contra la pared y le dijo: «La entrevista no le gustó a Fidel. Tu plan no le gusta porque no piensas en la lucha guerrillera, y esta gente que se prepara tiene que ser para la lucha guerrillera. Tú tienes dos o tres meses. Revisa tus puntos de vista y entra a la lucha guerrillera».

Con el pretexto de que no había previsto una ausencia tan prolongada y debía atender a ciertos problemas en su país, pidió a Piñeiro que mandara llamar a Ramiro Otero, representante del Partido Comunista Boliviano en Praga. «Yo hice ese juego porque sabía que ellos no me podían dejar salir», dijo Monje.

En febrero, cuando llegó Otero, Monje lo llevó al jardín de la casa clandestina para darle instrucciones precisas: «Anda a Bolivia, pide reunión con el Buró Político y diles que [los cubanos] están preparando la lucha guerrillera en Bolivia».

Mientras Otero volaba a La Paz, Monje inició su instrucción. A los treinta y cinco años era el mayor del grupo —los demás tenían entre veinticinco y treinta—, pero trataba de realizar los ejercicios a la par de ellos. Otero volvió con malas noticias. No había podido hablar con el Comité Central sino sólo con el Secretariado —un organismo inferior— y no creían a Monje. Además, éste debía suspender la instrucción militar y regresar inmediatamente porque durante su ausencia se habían sembrado dudas sobre sus actividades y en cualquier momento su reemplazante podía quedarse con su puesto.

Monje se sintió atrapado entre la espada y la pared. Según su explicación un tanto tortuosa, había fingido aceptar los planes cubanos de una guerra en Bolivia sólo para prevenirla, pero ahora los camaradas de su partido estaban muy alarmados. Debía volver al país para explicar la situación a ciertos dirigentes clave del partido y aclarar los malentendidos, pero eso despertaría las sospechas de los cubanos. Su plan original —de enviar a los cuadros a la Unión Soviética para mantenerlos lejos de Bolivia— era irrealizable porque estaban ansiosos por volver a su país apenas terminara la instrucción. Desesperado, Monje pidió una reunión

con Fidel a la que asistiría también otro miembro del Buró Político boliviano, Humberto Ramírez, para definir la situación. En mayo volaron a Santiago para conversar con Fidel durante su viaje a La Habana en coche.

Por el camino, dijo Monje, Fidel habló de cualquier cosa menos de Bolivia. «En el camino algunas veces paraba y nos explicaba cómo había hecho sus emboscadas… Él estaba interesado en que nosotros viéramos cómo se desarrolla la lucha guerrillera y nos pusimos a disparar en el camino, a hacer puntería, a probar armas».

Llegaron en coche a Camagüey, donde pernoctaron. Aún no se había dicho una palabra sobre Bolivia. Al día siguiente tomaron el avión a La Habana. Monje, que ocupaba el asiento al lado de Ramírez, temía que su misión hubiera fracasado. Entonces vino Papi a decirle que Fidel quería hablar a solas con él.

Apenas se sentó, éste le preguntó cómo «veía las cosas». Pero no le dio tiempo para responder: «Sabes, has sido un buen amigo para nosotros. Has desarrollado una política internacionalista hacia nosotros. Francamente quiero agradecer toda tu ayuda, y ahora resulta que un amigo común quiere volver a su país, alguien cuyo calibre revolucionario nadie puede poner en tela de juicio. Y nadie puede negarle el derecho de regresar a su país. Y él piensa que el mejor lugar por donde pasar es Bolivia. Te pido que le ayudes a pasar por tu país».

No hacía falta preguntar quién era el amigo común. Monje prometió ayudarlo. Entonces Fidel añadió: «Mira, tus planes los sigues desarrollando. Si ustedes quieren que ayudemos con más gentes para preparar, manda más gentes para ayudar a preparar. Nosotros no vamos a intervenir en los asuntos de ustedes». Monje le dio las gracias y repitió que estaba dispuesto a ayudar al amigo común en su «paso» por Bolivia.

Con esa combinación de halagos y enigmas que lo caracterizaba, Fidel dijo: «Tú siempre has sabido escoger gentes, yo quiero que tú escojas gente que lo reciba a él [al Che] y que lo acompañe en el país, y lo acompañe hasta la frontera. Ahora si tú y el partido y ellos están de acuerdo, puedes acompañarlo dentro de su país, para que recojan experiencias, o si no, llegan a la frontera y ahí terminó la historia».

Pidió algunos nombres. Monje nombró a los cuatro mandos autorizados por él para recibir instrucción en Cuba: Coco Peredo, Loro Vázquez Viaña, Julio «Ñato» Méndez y Rodolfo Saldaña. Papi, que lo escuchaba, comentó que era una elección «excelente». Fidel anotó los nombres y dijo: «Eso es todo». Era el fin de la reunión.

Con gran alivio, Monje dijo a Humberto Ramírez que no había motivos para preocuparse, que sus sospechas sobre los planes cubanos eran infundadas, pero aun así debían informar al partido.

En junio Monje finalizó su entrenamiento. Envió a los cuatro camaradas escogidos a Bolivia, pero a los demás les dijo que «continuaran sus estudios» en la isla hasta que el partido decidiera su destino. Escribió una carta a Jorge Kolle Cueto, su reemplazante en La Paz, para informarle de su promesa a Fidel de que el partido ayudaría al «amigo común» a pasar por Bolivia. Pero antes de regresar, decidió viajar a Moscú.

Antes de partir, dijo Monje, los cubanos sugirieron que hiciera una escala en Praga donde «alguien» quería verlo. Pero decidió no pasar por la capital checa por temor a una «trampa». «Me esperaban en Praga. ¿Para qué?» Pensó que querían presentarle un hecho consumado: al realizar la instrucción militar, había aprobado la lucha armada y ahora no tenía otra alernativa que iniciarla.

Monje no explicó el motivo de ese viaje a Moscú ni con quién se reunió. A juzgar por sus otros dichos, es razonable suponer que habló en el Kremlin sobre la petición de Fidel y reveló el destino siguiente del Che. Y en vista de la irritación creciente que los «incendiarios» cubanos provocaban en el Kremlin, también se puede presumir cuál fue su reacción. Sin duda le dijeron a Monje que hiciera valer sus derechos como jefe del partido boliviano y no se dejara matonear por el Che y Fidel. Tal como sucedieron las cosas, eso es precisamente lo que Monje trataría de hacer.

VII

Con ayuda de Fidel, el Che ponía en marcha sus piezas; preparaba el tablero para su siguiente «aventura con causa». Desde luego, su plan era ir a Argentina, pero el país aún no estaba preparado; debía crear las condiciones desde Bolivia. Allí irían a combatir guerrilleros de los países vecinos y luego se irradiarían para formar guerrillas aliadas en sus naciones de origen. Cuando la rebelión argentina estuviera en marcha, él partiría de Bolivia para tomar el mando.

Según los cubanos, el Che tenía en mente este objetivo final al enviar a Tania a La Paz. Al principio les enviaría información valiosa sobre el régimen y la situación política bolivianos, pero más adelante serviría de enlace entre las insurgencias en curso en los países vecinos, sobre todo en Argentina.

Hasta entonces su elección como agente daba buenos frutos. Con su identidad de «Laura Gutiérrez Bauer», una mujer atractiva, soltera y blanca, una etnóloga argentina con ingresos propios, penetró rápidamente en el círculo pequeño, racialmente estratificado, de la sociedad paceña. Dos meses después de su llegada a La Paz, en noviembre de 1964, Tania había logrado establecer valiosos contactos en la comunidad política y diplomática, había obtenido su residencia y permiso de trabajo e incluso un puesto voluntario en el Comité de Investigaciones Folklóricas del Ministerio del Interior. Además enseñaba alemán a un grupo de estudiantes.

Uno de sus mejores contactos era Gonzalo López Muñoz, secretario de prensa del presidente Barrientos, quien le dio documentos con el membrete de su oficina y una credencial de representante de ventas de una revista semanal dirigida por él.[115] A fines de 1965 consiguió un «novio» adecuado, un joven estudiante de ingeniería boliviano, y unos meses después se casó con él. Con ello logró conseguir la ciudadanía; en cuanto al esposo, se deshizo de él mediante una oportuna beca de estudios en el exterior, una idea que ya había implantado en su ingenua cabeza de novio.

En enero de 1966 la visitó «Mercy» un agente de Piñeiro que se hacía pasar por hombre de negocios. («Mercy» era un revolucionario guatemalteco cuyo nombre verdadero era Carlos Conrado de Jesús Alvarado Marín. Había conocido al Che en 1954, cuando, después de la caída de Jacobo Arbenz, estuvieron refugiados juntos en la embajada argentina de la capital guatemalteca. Después del

triunfo de la revolución en Cuba, Alvarado fue a la isla para prestar sus servicios, y, desde entonces, había trabajado en tareas clandestinas de apoyo a los grupos revolucionarios latinoamericanos.) Le traía a Tania una carta en el tacón hueco de su zapato y la noticia de que se la había honrado con la afiliación al flamante Partido Comunista cubano. Tania dijo a sus conocidos que le habían ofrecido un trabajo de intérprete y a finales de febrero partió hacia La Paz para reunirse con Mercy en San Pablo, Brasil. En una casa veraniega cercana a San Pablo repasaron técnicas de contraespionaje durante varias semanas. A finales de marzo, Tania hizo un breve viaje en solitario a Uruguay, aparentemente por su propia iniciativa, para afinar su historia de cobertura. A principios de abril, a su regreso de Brasil, Tania voló a México. Allí se reunió con Ariel, quien había llegado con órdenes del Che de asegurar que Tania estuviera en condiciones de trabajar en la red de apoyo para el núcleo guerrillero que pensaba formar en Bolivia. Ariel le explicó que muy pronto se iniciaría la lucha intercontinental, y que se preparara para asumir nuevas responsabilidades. Antes de que Tania viajara de vuelta a La Paz, con un nuevo pasaporte falso argentino, a finales de abril, Ariel le dijo que un agente cubano contactaría con ella a su regreso con nuevas instrucciones. Por razones de seguridad, no le explicó que éste sería Papi.

«Mercy», escribió un extenso y detallado informe sobre Tania. Dijo que estaba profundamente comprometida con la causa y entregada a su tarea, pero que padecía una extrema tensión nerviosa y emocional, hasta el punto de sufrir ataques de histeria. Decidió que esa conducta se debía al estrés de vivir por tanto tiempo sola en un «país capitalista», pero concluyó su informe con una frase optimista y propagandística: «Creo que es consciente del honor de ser un eslabón de la cadena que en un futuro no muy lejano estrangulará al imperialismo, y está orgullosa de haber sido escogida para una tarea especial en ayuda de la Revolución Latinoamericana».[116]

Sin embargo, un poema escrito por ella en abril revela un estado de ánimo sentimental y melancólico en el que aparentemente se pregunta si valió la pena llevar una vida clandestina y borrar su verdadera identidad. El título del poema es «Para dejar un recuerdo»:

Pues bien, ¿debo partir, como flor que se marchita?

¿Algún día caerá en olvido mi nombre

Y nada de mí quedará en la tierra?

Al menos, flores y canto.

Entonces, ¿cómo debe portarse mi corazón?

¿Es en vano que vivimos, que aparecemos sobre la tierra?

Para proteger la cobertura de Tania, en La Paz, el Che dio órdenes de que Papi tuviera escaso contacto con ella. Era un conocido mujeriego, y temía que si pasaba demasiado tiempo con ella acabaría por delatar su identidad. Ordenó además que no se la usara en la etapa de preparación de la guerra. Era un valioso efectivo clandestino que no se debía perder; además, el Che quería usarla como correo capaz de viajar sin despertar sospechas a Argentina, Perú y otros países donde pudiera reclutar combatientes.

Sin embargo, cuando Pombo y Tuma llegaron a fines de julio con las órdenes del Che, Papi mantenía contactos regulares con Tania desde dos meses antes. Le había revelado los planes guerrilleros e incluso la había presentado al hombre que sería el enlace permanente de la misión con La Habana, Renán Montero, también llamado «Iván». Ella lo había conocido dos años antes en La Habana, cuando el Che le había explicado su misión.

Como siempre, Argentina ocupaba un lugar principal en los pensamientos del Che, y ahora que faltaban pocos meses para el viaje a Bolivia, trató de poner en marcha los planes en ese frente. En mayo de 1966, cuando aún se encontraba en Praga, pidió a Piñeiro que convocara a su lugarteniente argentino Ciro Bustos a La Habana. Se habían visto por última vez en el verano de 1964, seis meses antes de que el Che partiera en su gira mundial y desapareciera de vista. Allí le había ordenado que volviera a Argentina y continuara sus tareas organizativas «apoyándose en las escisiones», es decir, que evitara los contactos con el Partido Comunista argentino y reclutara cuadros de sus fracciones distanciadas. Bustos había dedicado dos años a esa tarea con la esperanza de formar un futuro grupo guerrillero. La tarea no era fácil por cuanto carecía de plazos firmes del Che para atraer a los aspirantes, pero Bustos había logrado hacer progresos. La desaparición

del Che en abril de 1965 no lo arredró: sabía que estaba realizando su trabajo revolucionario en alguna parte y que algún día vendría a hacerse cargo de la red guerrillera que estaba construyendo para él.

En mayo de 1966, Bustos recibió la orden de viajar a Cuba. Daba por sentado que se reuniría con el Che, pero lo dejaron solo en una casa clandestina, una mansión en el barrio habanero de Marianao. Un camión pasaba regularmente para dejarle comida y cerveza. Lo hicieron esperar durante varias semanas sin darle explicaciones sobre cuánto tiempo pasaría allí ni qué debía hacer. Finalmente, hirviendo de rabia y enterado de que su amigo Furry era el comandante militar en Oriente, voló a Santiago y se reunió con él en una base en Mayarí.

Bustos presentó su retahíla de quejas y a continuación Furry se comunicó por radioteléfono con alguien —según él, con el Colorado Piñeiro— con quien mantuvo una larga y acalorada conversación. Exigió que atendiera a Bustos «como corresponde» y concertara su encuentro con «el hombre», presumiblemente Guevara. Bustos guarda un recuerdo muy nítido de la insólita escena. Mientras Furry hablaba, «oficiales soviéticos se paseaban nerviosos en medio de la niebla a las cinco de la mañana».

De regreso en la casa clandestina de La Habana, «todo cambió», dijo Bustos. Le dijeron que el Che necesitaba un informe suyo inmediatamente; trajeron a un taquígrafo para que se lo dictara. «Dicté un informe sobre nuestro trabajo y la situación política [argentina] en el que vaticiné que habría un golpe militar. Éste se produjo antes de que yo volviera al país», dijo Bustos. Finalmente, le dijeron que no vería al Che en esa ocasión; que debía regresar a Córdoba a esperar un «contacto», pero no le dijeron cuándo se produciría ni con quién.[117]

En Córdoba, Bustos se disfrazó con una peluca para visitar a los camaradas encarcelados en Salta y «conferenciar» en susurros con el «estado mayor». Habían apelado sus condenas, pero el fallo se demoraba y las perspectivas bajo el nuevo régimen militar eran sombrías. En Cuba, Bustos había estudiado la posibilidad de organizar la fuga, y Ariel, el lugarteniente de Piñeiro, había prometido que lo estudiaría.[118] Por el momento, sólo le quedaba volver a su hogar y reanudar la «vida normal» a la espera del «contacto» prometido que lo llevaría hacia el Che.

VIII

A finales del verano, las tropas para la misión boliviana del Che ya estaba seleccionadas y reunidas en un campamento de instrucción secreto en la provincia de Pinar del Río, al este de Cuba. Estaba en una zona llamada Viñales, caracterizada por unas formaciones geológicas particulares llamadas «mogotes», una serie de cerros selváticos truncos que se alzan abruptamente de la tierra roja de los tabacales y los valles ribereños. La elección del campamento revelaba un espíritu irónico. En la cima de un mogote había una lujosa finca campestre con piscina alimentada por un arroyo de montaña que había pertenecido a un norteamericano acusado de ser agente de la CIA. Se llamaba San Andrés de Caiguanabo. La habían expropiado y ahora servía de plataforma de lanzamiento para la siguiente expedición antiyanqui del Che.

Para esta empresa el Che había elegido un conjunto ecléctico de hombres. Algunos habían combatido en el Congo, otros en la sierra y también había algunos miembros de su cuerpo de escoltas. Habían volado desde distintos puntos de la isla a La Habana, donde los habían llevado directamente a la oficina de Raúl Castro. Todos reconocieron a viejos amigos que no veían desde hacía un tiempo. Ninguno conocía el motivo de la reunión. Finalmente, Raúl les dijo que se los honraba con su elección para una «misión internacionalista». Para la mayoría, era la consumación de un sueño: no había mayor aspiración para un cubano en las fuerzas armadas que la de ser un revolucionario internacionalista.

Eran una docena de hombres. Uno de ellos era Dariel Alarcón Ramírez, llamado «Benigno», un guajiro enjuto de algo menos de treinta años, veterano de la sierra y de la columna de Camilo que había demostrado ser un combatiente esforzado. Otro era Eliseo Reyes, «Rolando», veintiséis años, otro veterano de la sierra que había participado en la larga marcha del Che al Escambray. Inteligente, leal, había sido jefe de la inteligencia policial y luego combatido a los contrarrevolucionarios en Pinar del Río.

Olo Pantoja, «Antonio», de treinta y seis años, había sido oficial rebelde del Che en la sierra e instructor del grupo de Masetti. René Martínez Tamayo, «Arturo», hermano menor de Papi, había realizado tareas clandestinas para la seguridad estatal y el ejército. Gustavo Machín de Hoed, «Alejandro», de veintinueve años, venía del Directorio Revolucionario y se había unido al Che en Escambray; luego había sido uno de sus viceministros de Industria. «Manuel», o

Miguel Hernández Osorio, treinta y cinco años, había conducido el pelotón de vanguardia en la marcha al Escambray.

También estaba el compañero de viaje del Che desde Praga y su mensajero personal con La Paz, Alberto Fernández Montes de Oca, de treinta y un años. Llamado «Pacho» o «Pachungo», había sido maestro antes de ingresar a la red clandestina urbana del 26 de Julio durante la guerra. Octavio de la Concepción y de la Pedraja, o «Moro», llamado «Morogoro» en el Congo, de treinta y un años, ex estudiante de medicina y veterano de la lucha contra Batista que era oficial de carrera en las fuerzas armadas cubanas. Había dos negros aparte de Pombo. Un veterano de las tropas de Raúl, Israel Reyes Zayas, «Braulio», de treinta y tres años, otro militar de carrera, había combatido en el Congo con el seudónimo de «Azi». Y Leonardo «Tamayito» Tamayo, llamado «Urbano», había sido escolta del Che desde 1957.

El robusto Juan «Joaquín» Vitalio Acuña, que a los cuarenta y un años era el mayor de todos, había combatido en la columna del Che y lo habían ascendido a comandante durante el avance final hacia el poder. Otro oficial de carrera y miembro del Comité Central, Antonio Sánchez Díaz, llamado «Marcos» o «Pinares», había sido oficial de Camilo Cienfuegos y lo habían ascendido a comandante después de la victoria rebelde. Por último, estaba el extrovertido treintañero Jesús Suárez Gayol, «Rubio», amigo de Orlando Borrego desde el Escambray y en ese momento su segundo en el Ministerio del Azúcar.

Nadie sabía adónde iban a combatir ni quién sería su comandante. Un día apareció un extraño en el campamento, un hombre maduro de calvicie incipiente y vestido de paisano. Dijo llamarse «Ramón» y empezó a pasearse delante de los hombres formados mientras los insultaba mordazmente. Después de un buen rato, cuando Eliseo Reyes dio muestras de estar ofendido, Ramón les reveló su identidad: era el Che. A partir de entonces vivió con ellos, supervisó el entrenamiento físico, la instrucción de tiro y, como siempre, les dio cursos, esta vez de «educación cultural»: francés y un idioma nuevo, el quechua. Su destino era Bolivia.

Para agosto ya se había elegido una base de operaciones en Bolivia, una remota extensión de mil quinientas hectáreas de selva en el sudeste, una de las regiones atrasadas del país, atravesada por el Ñancahuazú, un río estacional. Era una región de bosques montañosos lindante con las estribaciones orientales de la cordillera andina y con el límite del Chaco, el vasto desierto tropical que se extiende hacia Paraguay, la frontera más cercana. Se encontraba a doscientos cincuenta kilómetros al sur de Santa Cruz junto a un camino de tierra y a igual distancia del límite con Argentina. La población más cercana, el antiguo puesto

fronterizo colonial de Lagunillas, estaba a unos veinte kilómetros. Viajando al sur unas horas más se llegaba a Camiri, un pueblo petrolero donde había una guarnición militar.

Desde su regreso, Monje había cumplido su promesa a Fidel de asignar a los cuadros entrenados en Cuba los preparativos para la llegada del Che: la compra de armas y pertrechos, el alquiler de casas clandestinas y la obtención de medios de transporte. Papi, que había ido a Bolivia sin directivas claras sobre el lugar donde debía establecer la base, aceptó la recomendación de Monje de comprar la propiedad de Ñancahuazú.

Años después, Monje confesó que la elección fue casi arbitraria, de ninguna manera «estratégica». Envió a Coco, Loro y Saldaña en busca de una buena base «cerca» del límite con la Argentina —porque suponía que el Che iría en esa dirección— y dos semanas después volvió Loro con su informe sobre Ñancahuazú. Monje encontró el lugar en un mapa, decidió que parecía estar «cerca» de la Argentina y dio la luz verde. El 26 de agosto, Loro y Coco compraron la tierra, haciéndose pasar por criadores de cerdos.

A finales de julio llegaron Pombo y Tuma, quienes dijeron a Monje que los «planes habían cambiado», que las operaciones de la guerrilla «continental» comenzarían en Bolivia en lugar de Perú; éste dijo que estaba de acuerdo. Para sondearlo, los cubanos dijeron que tal vez el Che participaría en persona; Monje respondió que estaba dispuesto a combatir y aceptó darles más hombres para un frente guerrillero, aunque insistió en que prefería una «insurrección popular».

Pero a los pocos días cambió de tono, dijo que no recordaba haberles prometido más hombres y les recordó en tono amenazante que podía negarles el apoyo del partido. Dijo que debía controlar lo que se hacía en su país y que lo ofendía que los cubanos impusieran condiciones a los bolivianos. Para hacer valer su autoridad, insinuó que había conversado sobre *sus* planes en Moscú y que solicitaría la ayuda soviética cuando llegara el momento oportuno. Sí, había acordado que su partido ayudaría al Che a llegar a Argentina y apoyaría las guerrillas en Brasil y Perú, pero que Bolivia jamás había estado en discusión. Los cubanos protestaron y Monje se echó atrás, pero a partir de entonces el clima quedó cargado de desconfianza mutua.

La reticencia de Monje se debía entre otras razones al resultado de las elecciones generales realizadas a fines de julio. Cuando el Partido Comunista obtuvo autorización para presentar candidatos, Monje y los demás burócratas del Buró Político decidieron participar, pero a la vez dijeron a los jóvenes extremistas formados en Cuba como Coco Peredo que no abandonaban sino sólo postergaban

la «lucha armada». El partido había obtenido algunos votos, un porcentaje mínimo pero el más alto de su historia. Para los moderados, era un argumento de peso a favor de seguir actuando dentro del sistema.

A principios de septiembre, mientras Monje aún vacilaba y enviaba señales contradictorias, el Che envió a Pacho a La Paz a evaluar la situación. Los cubanos empezaron a sondear a los mandos del Partido Comunista Boliviano para conocer sus preferencias; ¿se unirían a una guerra de guerrillas independiente del partido? Coco Peredo dijo que combatiría con ellos hasta la muerte, pero otros eran leales a la jerarquía partidaria y evidentemente no se podía contar con ellos. Mientras tanto, el Che envió el mensaje de que quería instalar la base guerrillera en el Alto Beni, una zona agrícola tropical en la divisoria de aguas de la cuenca amazónica, situada en el otro extremo del país con respecto a Ñancahuazú. Dijo a sus hombres que compraran tierras allá y trasladaran las armas almacenadas en Santa Cruz.

Por su parte, Monje recibió informes de que se había visto a Régis Debray explorando el terreno en Cochabamba, el Chapare y el Alto Beni, regiones todas que los cubanos analizaban como posibles bases para la guerrilla. Debray se había reunido con Moisés Guevara, un dirigente minero disidente y hombre de acción que acababa de romper con la fracción comunista pro china de Oscar Zamora. Monje acusó a los cubanos de moverse a sus espaldas y preguntó perentoriamente si tenían trato con el «fraccionalista» Guevara. Los del equipo de avanzada negaron conocer la presencia de Debray y le aseguraron que no se habían reunido con Moisés Guevara. Desde luego que mentían. El Che les había enviado un mensaje para explicar la misión de Debray: reclutar la fuerza de Moisés Guevara y evaluar la región del Alto Beni que había escogido para lanzar la guerra.

Pombo, Papi y Tuma quedaron atrapados en el medio. Ya tenían una base de operaciones, pero en el sudeste. Tenían el apoyo aparente del Partido Comunista Boliviano y habían creado una red. Todo eso lo habían realizado mediante sus tratos con Monje, y por difícil que fuera descubrir sus verdaderas intenciones, el dirigente partidario era el único apoyo con que contaban por el momento. Por su parte, Moisés Guevara había prometido unirse a la lucha armada, pero hasta entonces no había traído a un solo hombre y en cambio les pedía dinero. Instaron al Che a reconsiderar las alternativas.

Para colmo de complicaciones, también debían tratar con los guerrilleros peruanos, quienes esperaban que el Che fuera a combatir con ellos. Los dirigía un peruano de origen chino parecido a Mao llamado Juan Pablo Chang, viejo amigo de Hilda Gadea, que trataba de reconstruir la infraestructura clandestina destruida después de la muerte de Lobatón y Uceda y el encarcelamiento de Ricardo Gadea y Héctor Béjar. Chang había enviado a su hombre José Dagnino Pacheco, alias

«Sánchez», a colaborar con los cubanos en La Paz, pero tanto él como sus camaradas estaban molestos porque el Che había cambiado de planes al poner el foco de la lucha en Bolivia. Los cubanos actuaron diplomáticamente y le dijeron a Sánchez que después de la llegada del Che se celebraría una reunión para apaciguarlo y explicar la nueva estrategia.

Por último, los lugartenientes del Che tenían muchas dificultades para cumplir la orden de hallar una base en el Beni. Le enviaron una larga carta llena de argumentos a favor de Ñancahuazú, señalando que la región del Beni estaba densamente poblada, que no había en venta tierras de la extensión requerida y que en una finca pequeña aumentaba el riesgo de que los descubrieran antes de tiempo. Por fin el Che cedió: la propiedad ya comprada serviría por el momento.

Era octubre, pero aún había muchos factores sin resolver. En un nuevo cambio de actitud, Monje dijo que su Comité Central había votado a favor de la lucha armada, pero, como siempre, subrayó que deberían dirigirla los bolivianos. Dijo que iría a La Habana a explicar su política. Sin embargo, a pesar de que el tiempo apremiaba, realizó previamente una larga visita a Bulgaria; no llegó a la capital cubana hasta fines de noviembre. Allí descubriría que el hombre que se convertía en su pesadilla había desaparecido. La verdad era que el Che ya había partido hacia Bolivia sin avisar a nadie salvo a su círculo más íntimo de camaradas cubanos.

En la reunión con Fidel, dice Monje, el dirigente cubano no negó ni ratificó el cambio de planes. Escuchó decir a Monje que la revolución boliviana la debían dirigir los bolivianos, pero en respuesta se limitó a sugerir que el Che y él debían «reunirse a conversar». ¿Dónde estaría Monje en Navidad?, preguntó Fidel. En Bolivia, dijo aquél. Entonces concertarían una reunión para esa época, «fuera» de Bolivia pero cerca de la frontera.

Pero Monje dice que para entonces ya sabía dónde era ese lugar: no estaba fuera de Bolivia sino en Ñancahuazú. A mediados de diciembre volvió a La Paz, más convencido que nunca de que los cubanos lo habían engañado.[119]

IX

El Che permaneció oculto hasta los últimos días de su estancia en Cuba. Aparte de Fidel, los hombres en el campamento de instrucción y un puñado de

dirigentes revolucionarios, Orlando Borrego era uno de los muy pocos que estaban al tanto de su presencia. Aún no había cumplido treinta años, era ministro del Azúcar, pero ardía en deseos de acompañarlo al frente de guerra. Enterado de que habían escogido a su segundo, Jesús Suárez Gayol, para ir a Bolivia, Borrego dijo que él también quería ir. El Che rechazó su petición, pero prometió que lo mandaría llamar en una etapa más avanzada, cuando la revolución estuviera más consolidada.

El Che tenía otros motivos para que su protegido permaneciera en Cuba. Después de uno de sus encuentros clandestinos con el Che en el exterior, Aleida había regresado con un presente especial para Borrego. Era la edición subrayada por el Che de *Economía política*, el manual oficial soviético de la era estalinista para la «recta» interpretación de las enseñanzas de Marx, Engels y Lenin y su aplicación en la construcción de una sociedad socialista. La acompañaba un grueso bloc de hojas con anotaciones y comentarios, muchos de los cuales criticaban o ponían en duda ciertos principios fundamentales del «socialismo científico» tal como estaba codificado en la Unión Soviética. También había un esbozo teórico del «sistema financiero presupuestario» que consideraba preferible a las teorías que seguían la línea moscovita. Su idea era redactar un nuevo manual de economía adaptado a los tiempos modernos para uso de las naciones en desarrollo y las sociedades revolucionarias del Tercer Mundo. Además quería exponer su teoría económica en forma de libro. Sabía que no tendría tiempo para completar esos proyectos y, al enviárselos a Borrego, le encomendaba implícitamente esa tarea.

Con el paquete iba una carta dirigida a Borrego por su apodo de «Vinagreta». Con referencia al material que le enviaba por intermedio de «Tormenta» (una alusión burlona a Aleida), el Che le pedía que hiciera «lo mejor que puedas» con él. También le recomendaba fuera «paciente» con respecto a Bolivia, pero que estuviera «preparado para la segunda etapa».

En su crítica del manual estalinista, el Che señaló que aparte de unos cuantos escritos de Stalin y Mao, era poco lo que se había hecho después de Lenin para actualizar las apreciaciones del marxismo. Lenin, que en la década de 1920 había introducido formas de competencia capitalista para provocar el despegue de la economía soviética, era «culpable» de muchos errores, dijo el Che, y aunque reiteró su «admiración y respeto por ese culpable», advirtió en letras de molde que la Unión Soviética y el bloque soviético estaban condenados a «regresar al capitalismo».

En medio de su estupor, Borrego pensó: «El Che es demasiado audaz; ¡esto es una herejía!» En ese momento pensó que el Che iba demasiado lejos y que su vaticinio funesto no se cumpliría. Desde luego, el tiempo daría la razón al Che.[*]

Según lo entendió Borrego, el Che esperaba que algún día esos escritos saldrían a la luz. «Aunque comprendiera que el camino que proponía no se podía implantar aquí por varias razones, probablemente esperaba poner algo en marcha y probarlo si tomaba el poder en Bolivia o alguno de esos países». En la Cuba cada vez más sovietizada de los años siguientes, Borrego nunca encontró el «momento oportuno» para pedir que se publicaran los escritos del Che. Se dice que aún hoy Fidel los considera un material muy delicado para autorizar su publicación.[121]

Durante la estancia del Che en el Congo y Praga, Borrego y Enrique Oltuski habían trabajado arduamente durante meses para editar las «obras escogidas». Finalmente compilaron una edición de siete tomos llamada *El Che en la revolución cubana* que incluía *La guerra de guerrillas, Pasajes de la guerra revolucionaria*, discursos y una selección de cartas y artículos inéditos. El Che quedó sorprendido y encantado al ver el producto final, pero los hojeó y dijo con la sorna que lo caracterizaba: «Hicieron un verdadero popurrí».

Borrego hizo imprimir doscientos ejemplares y entregó el primero de todos a Fidel, pero el público cubano no llegó a conocerlos. Los libros fueron enviados a los dirigentes revolucionarios y a una lista de individuos preparada por el Che poco antes de partir de Cuba. Al final sólo se entregó un centenar; los demás quedaron almacenados en un depósito.

X

La partida inminente del Che era una situación muy penosa para Borrego, que trató de pasar el mayor tiempo posible con él. Viajaba frecuentemente a la casa de Pinar del Río, lo mismo que Aleida, quien pasaba ahí los fines de semana y cocinaba para todos. Sus hijos se quedaron sin saber que su padre estaba en Cuba, pero, en una ocasión, Aleida llevo al bebé Ernestito —que el Che apenas había visto antes de marcharse al Congo— y también a Celita, que, con sólo tres años, no lo reconocía. Borrego estaba ahí, y dijo que fue una de las experiencias más desgarradoras que jamás presenció. Ahí estaba el Che con su hijita, sin poderle decir quién era ni abrazarla como padre, porque no podía confiar en que guardara el secreto.

Borrego presenció la última metamorfosis física del Che. Aparte de colocarse una prótesis bucal para inflarse las mejillas, debía hacerse depilar una buena parte del cráneo para mostrar la calvicie avanzada de un cincuentón. Borrego se sentó a su lado cuando un barbero empezó a arrancarle los pelos uno por uno. Ante un chillido de dolor, Borrego dijo bruscamente al «especialista en fisonomías» de la inteligencia cubana a cargo de la operación que tuviera cuidado, pero el Che gruñó: «¡Tú no te metas!» Para que la calvicie pareciera natural era necesario arrancar el pelo de raíz, y el dolor era una prueba más a soportar.

Un día de octubre, poco antes de la partida, Borrego llevó unos quince litros de su helado preferido de fresas al campamento de instrucción. Era un día de fiesta y todos ocupaban una mesa larga. Cuando todos habían comido, Borrego fue a servirse más helado, pero el Che exclamó: «Oye, Borrego. Tú no vas a Bolivia, ¿por qué vas a servirte más? ¿Por qué no lo dejas para los hombres que sí van?»

Esa crítica oída por todos lo desgarró; no pudo contener las lágrimas. Se alejó sin decir palabra, ardiendo de indignación y vergüenza. Sentado sobre un tronco, escuchó a sus espaldas las risitas de los rudos guerrilleros que luego se volvían carcajadas y supo que se mofaban de él. Momentos después escuchó unos pasos. Una mano se posó sobre su cabeza y le revolvió el pelo. «Perdona por lo que dije —susurró el Che—. Vamos, no tiene importancia. Vuelve a la mesa». Borrego no alzó la vista: «Vete a la mierda», dijo, y se quedó donde estaba un buen rato más. «Es lo peor que jamás me hizo», dijo Borrego.

Con traje y sombrero, el Che tenía un ligero parecido con el actor mexicano

Cantinflas, como había descubierto el difunto Jorge Ricardo Masetti. Así es como Fidel presentó a su «amigo» extranjero a un grupo de ministros de Cuba uno o dos días antes de la partida del Che. Nadie reconoció al hombre de traje. «Era perfecto, de veras —diría Fidel años después—. Nadie lo reconoció, ni siquiera los compañeros más íntimos, que hablaban con él como si fuera un huésped. Llegamos a hacer chistes sobre eso el día antes de su partida».

Fidel dijo que se despidieron con un abrazo viril, como corresponde a dos viejos camaradas de armas. Como ambos eran hombres recatados, poco dados a las demostraciones públicas de afecto, su abrazo «no fue muy efusivo». Pero Benigno, uno de los guerrilleros presentes en el banquete de despedida del Che, dice que fue un momento cargado de gran emoción.

Por fin había llegado el momento: la operación para «liberar» a Sudamérica estaba en marcha y todos los presentes sintieron la solemnidad de la ocasión. Se había preparado una comida especial, asado de vaca y de cerdo, vino tinto y cerveza, porque el Che había pedido un menú «argentinocubano». Pero Benigno recuerda que a medida que Fidel se explayaba, daba consejos y aliento y recordaba los tiempos de la sierra, todos dejaron de comer y lo escucharon fascinados. Pasaron las horas. Casi al amanecer, cuando era el momento de partir, el Che se levantó de un salto.

Se abrazaron brevemente, luego se tomaron de los hombros y se miraron a los ojos durante un largo rato. Acto seguido el Che subió a su vehículo, dijo al conductor: «¡Vamos, carajo!», y desapareció. Un silencio melancólico cayó sobre el campamento, dice Benigno. Fidel no se fue: sólo se apartó de los demás y se sentó. Así permaneció un largo rato con la cabeza gacha. Los hombres se preguntaron si lloraba, pero ninguno osó acercarse.

Los últimos días fueron de gran emoción para todos, pero los momentos más penosos fueron los que pasó con Aleida y los niños. Un día antes de su partida de Cuba, al Che lo trasladaron de la finca a una casa segura en La Habana. Pidió ver a los hijos una última vez. Aleida los llevó a todos, menos a Hildita, que ya tenía diez años y quizás podría reconocerlo. Para el Che el encuentro era la prueba suprema de su disfraz; si sus propios hijos no lo reconocían, nadie lo haría. Y así fue: el Che no reveló su identidad: dijo que era el «tío Ramón». Les traía noticias de su padre, ausente desde hacía tanto tiempo, quien le había encargado que les transmitiera su amor y algunos consejos. Almorzaron juntos; tío Ramón ocupaba la cabecera como solía hacer «papá».

Como en su encuentro anterior con Celita, el Che no pudo manifestarles su cariño de padre. Lo único que se atrevió a hacer fue pedirles que le dieran un beso

para transmitírselo a su padre. En determinado momento, Aliusha se cayó y se lastimó la cabeza. Él la atendió y le dio un beso en la mejilla. Ella corrió hacia su madre y le susurró: «Mamá, creo que ese hombre está enamorado de mí». El Che la oyó y sus ojos se llenaron de lágrimas. Aleida estaba conmocionada, pero contuvo las lágrimas hasta que pudo alejarse de los niños.

En el momento de la despedida, «tío Ramón» agitó la mano para saludar a su esposa y sus hijos. Fue la última vez que se vieron y, tal como había predicho en su carta de despedida, sus hijos menores no guardarían recuerdo de él.

29. SACRIFICIO NECESARIO

Bolivia debe ser sacrificada para que puedan comenzar las revoluciones en los países vecinos

CHE GUEVARA,

diciembre de 1966,

hablando a sus guerrilleros en Bolivia

En cualquier lugar que nos sorprenda la muerte, bienvenida sea.

CHE GUEVARA,

abril de 1967, «Mensaje a la Tricontinental»

I

En su análisis posterior del desastre del Congo, el Che reconoció que uno de sus errores más graves fue el «chantaje de cuerpo presente» al presentarse sin anuncio previo a los rebeldes congoleños. Eso había provocado encono y suspicacias en la dirigencia rebelde, según escribió en *Pasajes de la guerra revolucionaria: Congo*, y era uno de los errores cuyas lecciones se comprometía a aprovechar. Pero cuando voló a Bolivia a principios de noviembre de 1966, repitió precisamente el «chantaje» del Congo: nuevamente apareció en tierra extranjera sin ser invitado, convencido de que la dirección comunista boliviana no retrocedería ante la guerra de guerrillas inminente una vez que le presentara el hecho consumado de su presencia. Esta vez, el error resultaría fatal.[*]

Las cosas empezaron bastante bien. El 3 de noviembre, cuando el Che —mejor dicho, Adolfo Mena González, un maduro empresario uruguayo enviado a recoger información económica por la Organización de Estados Americanos— llegó a La Paz, lo aguardaban sus colaboradores más íntimos: Papi, Pombo, Tuma y Renán. Ocupó una *suite* en el tercer piso del cómodo Hotel Copacabana sobre el elegante y arbolado bulevar Prado, en el centro de la ciudad, con vista al Illimani, el cerro que tanto le gustaba, con su corona de nieve.

Se fotografió a sí mismo en el espejo del armario. Sentado en la cama del hotel, el hombrecito regordete de cabeza calva devuelve una mirada intensa e inescrutable.

El interludio reflexivo fue breve, porque el Che no estaba de ánimo para perder el tiempo. Dos días después, bajó de la diáfana frescura del altiplano al polvo y el calor del chaco en la estación seca. Con Pombo, Tuma, Papi, Pacho y el boliviano Loro Vázquez Viaña inició un viaje de tres días a Ñancahuazú.

En una parada para almorzar, el Che reveló su identidad a Loro, pero le pidió que no revelara su presencia al partido hasta que tuviera tiempo de hablar con Monje. Según Pombo: «Le dijo a Loro que su decisión de venir a Bolivia era porque el país presentaba las mejores condiciones para una base guerrillera en el continente». Luego agregó: «Vine para quedarme y la única manera que saldré de aquí será muerto o disparando mientras cruzo la frontera».

II

Para el Año Nuevo le había empezado a crecer el pelo y tenía otra vez su barba rala. Sus camaradas cubanos y el guerrillero peruano Eustaquio ya estaban en Ñancahuazú y se entrenaban junto con los bolivianos. Tenía un ejército de veinticuatro hombres, de los cuales sólo nueve eran bolivianos. Entre ellos se encontraban Inti Peredo, el hermano mayor de Coco, y Freddy Maymura, un ex estudiante de medicina boliviano de padres japoneses. Ambos se habían entrenado en Cuba.

Sus hombres habían instalado un campamento base y un vivac secundario oculto en el bosque sobre un abrupto cañón de piedra roja, a varias horas de caminata río arriba del lugar que llamaban «Casa de Calamina»: una casa de ladrillos con techo de cinc, la «fachada» legal del futuro «establecimiento porcino y maderero» de Ñancahuazú.

Había un horno de barro para cocer el pan, una choza para el secado de carne, una enfermería rústica y hasta mesas y bancos toscos de madera para comer. Habían cavado una letrina, así como un sistema de túneles y cuevas para almacenar los alimentos, las armas y los documentos comprometedores. En una cueva estaba instalada la radio que utilizaban para enviar y recibir comunicaciones cifradas de La Habana, cuyo nombre en clave era «Manila». La red urbana de La Paz empezaba a consolidarse; bolivianos como Rodolfo Saldaña, Coco Peredo y Loro Vázquez Viaña —«propietario» de la finca— iban y venían con provisiones, mensajes, reclutas y armas.

El predominio de los extranjeros en su «ejército boliviano» preocupaba al Che.[123] Peor aún, advertía señales de discordia competitiva entre los cubanos y los bolivianos, que trataba de corregir con sermones sobre la disciplina. El anuncio de que los cubanos serían los oficiales de la pequeña tropa hasta que los bolivianos adquirieran experiencia evidentemente no cayó bien entre estos últimos. Cuando Juan Pablo Chang anunció que enviaría veinte combatientes peruanos, el Che le pidió que esperara; no quería «internacionalizar» la lucha sin la participación de Monje. Necesitaba una sólida base de apoyo local y quería contar con un mínimo de veinte bolivianos antes de iniciar las operaciones. No los conseguiría sin ayuda de Monje.

A pesar de todas las precauciones, la presencia de los forasteros despertó rápidamente la curiosidad de los escasos vecinos de esa selva remota, tal como había sucedido con la base de Masetti en el río Bermejo, más al sur. En realidad,

antes de la llegada del Che, los hombres del pelotón de vanguardia se enteraron de que Ciro Algañaraz, su vecino más próximo, expresaba sospechas de que los forasteros fueran traficantes de cocaína, un negocio que empezaba a florecer en la nación productora de coca. La casa y el criadero de cerdos de Algañaraz estaban junto al camino que conducía a la finca, y los guerrilleros debían pasar por ahí para llegar a la Casa de Calamina. Algañaraz pasaba la semana en Camiri, pero tenía un casero permanente en la finca. En una de sus primeras batidas de exploración al monte, Pombo y Pacho habían sido avistados por el hombre al que llamaban el «chófer de Algañaraz».

A fines de diciembre, el Che esperaba a Monje en el campamento. Antes de su llegada, expuso a sus hombres las propuestas que haría al secretario del Partido Comunista. Ante todo, él sería el comandante militar y estaría a cargo de las finanzas; en cambio, no tenía interés en ejercer la jefatura política. En cuanto al apoyo externo, pediría ayuda tanto a la Unión Soviética como a China. Moisés Guevara podría llevar a Pekín una carta suya a Chou En-lai en la que pediría ayuda «sin condiciones»; Monje podría viajar a Moscú «junto con un camarada que al menos atestiguara cuánto [dinero] recibía».

Las propuestas demuestran que a pesar de lo avanzado del proceso, podía allanar las diferencias entre los comunistas pro chinos y pro soviéticos bolivianos y aprovechar esa unidad para comprometer a los dos colosos socialistas en una causa común. Si pudiera forjar la paz en algún lugar de Sudamérica, tal vez habría esperanzas para alcanzar la unidad socialista en escala mayor. Por último, dijo: «Bolivia será sacrificada por la causa de crear las condiciones para la revolución en otros países. Debemos crear un nuevo Vietnam en las Américas con su centro en Bolivia».

Desde su primitivo campamento en la remota selva boliviana, el Che preveía una sucesión asombrosa, incluso fantástica de acontecimientos, de la cual el inicio de la guerra y su extensión a las naciones vecinas eran apenas las dos etapas iniciales. En la tercera etapa, las guerras en Sudamérica forzarían la intervención norteamericana; eso favorecería la causa de las guerrillas al dar a sus campañas un tinte nacionalista; como en Vietnam, combatirían contra un invasor extranjero. Al desplegar y dispersar sus fuerzas en Latinoamérica, Estados Unidos se debilitaría en todos los frentes, tanto el boliviano como el vietnamita. Por último, al extenderse la conflagración, China y Rusia deberían abandonar sus riñas y alinearse con los revolucionarios en todas partes para la derrota final del imperialismo norteamericano. Para el Che, lo que sucedía en Bolivia era nada menos que el disparo inicial de una nueva guerra mundial que determinaría en última instancia si el planeta sería socialista o capitalista. Pero antes debía tratar con Mario Monje.

El 31 de diciembre Monje llegó a Ñancahuazú y por fin los dos rivales se encontraron frente a frente. Se apartaron para conversar en el bosque. Dos fotografías de pésima calidad son la única prueba visual de ese encuentro. En una de ellas el Che está tendido en el suelo y clava su mirada sarcástica en Monje, sentado con las piernas encogidas en actitud defensiva.

Monje exigió que se le entregara el mando general de la lucha armada y que no se concertara una alianza con los «pro chinos». El Che respondió que podía descartar la alianza con los comunistas sinófilos, pero en cuanto al mando no cedería un ápice. Era el comandante militar porque estaba mejor capacitado que nadie para ello. Además, pensaba que sus decisiones políticas eran más acertadas que las de Monje. Pero le ofreció designarlo «jefe nominal» de la operación guerrillera si eso le permitía «salvar las apariencias».

Más tarde, en el campamento, Monje dijo a los hombres que renunciaría a su puesto en la dirección del partido y volvería para tener el orgullo de combatir con el Che, no como dirigente sino como «Estanislao», un combatiente raso. Ahora se iba a La Paz a informar al partido sobre la inminencia de la guerra para que todos tomaran precauciones; renunciaría a su puesto y volvería en diez días.

Eso era una fanfarronada con el fin de arrancarle al Che un nuevo gesto que salvara las apariencias o bien una mentira lisa y llana. A la mañana siguiente, antes de partir, reunió a los bolivianos para decirles que el partido no apoyaba la lucha armada, que se los expulsaría si permanecían ahí y se suspenderían las asignaciones a sus familias. Sólo cuatro hombres —Coco, Saldaña, Ñato y Loro— estaban autorizados por el partido para estar ahí y se respetaría eso, pero el resto debía elegir entre el partido y la guerra. Optaron por ésta, Monje se fue y jamás volvió.

Rafael Segarra, dirigente comunista en Santa Cruz, dijo que Monje pasó a verlo de regreso de Ñancahuazú y le advirtió: «La mierda va a saltar. La cosa está en marcha y si no la enterramos, nos va a enterrar a nosotros». Aconsejó a Segarra que se ocultara o desapareciera y durante los días siguientes repitió el mismo consejo a los militantes del partido en todos lados.

Sobre las acciones equívocas de Monje aún pesa el manto de intrigas y sospechas tejido por él. Treinta años después, Pombo asegura que Monje perpetró un acto de «traición consciente» y Aleida, que lo llama «ese indio feo», dice que es el hombre que traicionó a su esposo.

El encuentro del Che con Monje había culminado en un desastre, provocado tanto por la falta de tacto de aquél como la hipocresía y la indecisión de éste. La

suerte estaba echada. A partir del 1 de enero de 1967, el Che y sus dos docenas de combatientes estaban librados prácticamente a sus propios medios.

III

Satisfecho por la lealtad de un puñado de jóvenes comunistas bolivianos y convencido de que el magnífico poder de persuasión de Fidel desharía el entuerto con la conducción partidista, el Che no permitió que la ruptura con Monje afectara su visión del futuro. En carta a Fidel, conocido ahora con su nombre en clave «Leche», relató lo sucedido sin demostrar la menor alarma.[124]

En realidad, parecía que las cosas progresaban con pocos tropiezos. Tania había llegado a Ñancahuazú el mismo día que Monje, y el Che la envió a Buenos Aires en busca de Ciro Bustos y Eduardo Jozami, un joven periodista, estudiante de derecho y dirigente de una fracción disidente del Partido Comunista argentino, para ver si podían poner en marcha el movimiento guerrillero allá. Mientras tanto, su gente se apresuraba a organizar la red clandestina por toda Bolivia.

Moisés Guevara vino de visita en respuesta a su invitación. El Che le dijo que debería disolver su grupo y unirse a él como soldado raso, ya que no toleraría la actividad faccional. El Guevara boliviano lo escuchó con estupor, pero finalmente dijo que volvería al altiplano a reclutar más hombres para regresar con ellos.

En Ñancahuazú, los hombres del Che patrullaban la zona y en el campamento reinaba una aparente disciplina militar. Montaban guardia, traían agua y leña, se turnaban para cocinar y lavar, y organizaban «góndolas», como llamaban a las misiones de transporte para abastecer el campo. Algunos salían de caza para traer pavos y mulitas para la olla, y se reanudaron las clases de quechua. Desde luego, sufrían las penurias habituales de la vida en el monte: insectos molestos, tajos y raspaduras, ataques de fiebre palúdica, pero el Che tomaba las cosas con aplomo. «Día del "boro" —escribió el 11 de enero—. Se le sacaron larvas de moscas a Marcos, Carlos, Pombo, Antonio, Moro y Joaquín».

Se sumaban a esto los problemas habituales de conducta, y el Che se mostraba tan estricto como siempre al imponer la disciplina. Loro se tomaba demasiadas libertades y encontraba tiempo para «enamorar» a las mujeres cuando salía en busca de provisiones; Papi, a quien el Che había decidido conservar consigo, estaba deprimido, convencido de que había caído en desgracia porque Tania se había quejado de sus insinuaciones amorosas y el jefe lo había regañado por ello y también por lo que el Che llamó sus «muchos errores» en el trabajo de

avanzado en Bolivia. Marcos, su lugarteniente, y de quien Tania se había quejado en Cuba, se mostró abusivo con los bolivianos. Tal como acostumbraba en la Sierra Maestra, el Che lo recriminó públicamente y lo degradó; en su lugar designó a Joaquín, el hombre de más edad.

El vecino Ciro Algañaraz era otro motivo de irritación. Lo habían visto husmear por ahí con otro hombre y un día Algañaraz se decidió a hablar con Loro. Le dijo que era un «amigo», que era de fiar, y quería saber qué tramaban Loro y sus compañeros. Éste se lo quitó de encima con brusquedad, pero días después un pelotón de soldados llegó al campamento, interrogó a Loro, secuestró su pistola, advirtió que los estaban vigilando y que si «pasaba algo» los tendrían muy en cuenta. Evidentemente, los vecinos creían que los guerrilleros eran contrabandistas y querían obtener algún beneficio.

El 1 de febrero, el Che dejó a unos pocos hombres en el campamento y partió con el resto para pasar una quincena de entrenamiento en el chaco circundante. Pero la quincena se transformó en una penosa odisea de cuarenta y ocho días plagados de extravíos, lluvias torrenciales, hambre, sed y marchas agotadoras. Tuvieron que subsistir con palmitos, monos, halcones y loros. El cansancio y la desmoralización provocaron riñas. También hubo desgracias. Dos jóvenes bolivianos se ahogaron en los ríos crecidos, lo cual, como advirtió Pombo, era una espeluznante coincidencia con el comienzo de la aventura congoleña cuando Laurent Mitoudidi murió ahogado. Por su parte, el Che lamentó esas muertes pero también la pérdida de seis armas valiosas.

El 20 de marzo, antes de llegar al campamento, el Che se dio cuenta de que algo andaba muy mal. Un pequeño avión volaba en círculos sobre Ñancahuazú. Enseguida se enteró del motivo por una partida que había salido a su encuentro.

Durante su ausencia habían llegado varios «voluntarios» de Moisés Guevara, pero estaban decepcionados por la vida en el campamento y porque los encargados cubanos los habían relegado a las tareas domésticas. Dos habían desertado, caído en manos del ejército y confesado todo lo que sabían: hablaban de «cubanos» y de un «comandante» llamado «Ramón». Días antes, las fuerzas de seguridad habían allanado la Casa de Calamina, afortunadamente en momentos en que estaba desierta. Se decía que el ejército había iniciado operaciones. El avión visto por el Che unos días antes evidentemente estaba espiando; los hombres le dijeron que hacía tres días que sobrevolaba la zona.

Al reanudar la marcha, se encontró con mensajeros que traían malas noticias. El ejército había regresado a la «finca», confiscado una mula y el *jeep* y detenido a un mensajero que partía para hablar con Moisés Guevara. El Che apretó

el paso para llegar al campamento. Lo primero que vio allí fue «un ánimo de derrota», nuevos reclutas, «caos total» e indecisión entre sus hombres.

Para colmo debía ocuparse de varios huéspedes: Régis Debray, Ciro Bustos, Tania y Juan Pablo Chang. Tras llevar a Monje al campamento en Año Nuevo, Tania había estado muy ocupada: después de viajar a Argentina por orden del Che, había acompañado a Chang y a dos camaradas peruanos a Ñancahuazú y había regresado de nuevo con Debray y Bustos.

El Che se ocupó en primer término del Chino Chang, quien llegaba desde Cuba donde había pedido ayuda a Fidel para crear una nueva columna guerrillera en Perú; éste le dijo que debía obtener la aprobación del Che. «Quiere cinco mil dólares mensuales durante diez meses —escribió—… Le dije que en principio sí, sujeto a que en seis meses se alzara». Chang tenía el plan de formar un grupo de quince hombres e iniciar operaciones en la región andina de Ayacucho, en el sudeste peruano. El Che acordó enviarle algunos cubanos y armas; además analizaron la manera de comunicarse por radio.

En ese momento llegó el Loro. En su puesto de guardia río abajo del campamento había sorprendido y matado a un soldado. Era evidente que la guerra estaba por empezar, lo quisiera o no el Che.

Se apresuró a pulir los detalles con Chang y a continuación atendió a Debray. El francés menudo y pálido quería combatir, pero el Che le dijo que era más útil que promoviera la causa mediante una campaña de solidaridad en Europa. Lo enviaría a «la isla» con noticias y también escribiría una carta a Bertrand Russell, paladín de la paz internacional, para pedir que apoyara la creación de un fondo de ayuda al Movimiento de Liberación Boliviano.

Llegó el turno de Ciro Bustos, quien esperaba a su «contacto» en Argentina desde su regreso de Cuba y China el verano anterior. Éste había llegado al cabo de cinco meses: era Tania, quien le dijo que fuera a La Paz. Así tuvo el primer indicio de que el Che estaba en Bolivia. En aquella época, empezaba a dudar de la teoría del Che sobre la guerra de guerrillas basada en el campo. Pidió consejos a sus camaradas de confianza en Córdoba, quienes manifestaron dudas similares y lo instaron a expresarlas cuando viera al Che.

Con un pasaporte falso obtenido a última hora, voló a La Paz a finales de febrero. Allí recibió instrucciones de coger cierto autobús hacia la ciudad de Sucre. En él vio a otro hombre de aspecto europeo (era Régis Debray, como se enteraría poco después), y cuando el autobús ya salía de la ciudad, lo detuvo un taxi que llegaba a toda prisa y Tania subió de un salto. Bustos pensó que su manera de

actuar y el transporte elegido eran el colmo de la imprudencia, pues llamaban mucho la atención. «Era una cosa muy extraña, los tres extranjeros en el bus, eran tres moscas, ahí seguimos un poco mirándonos así, yo no muy conforme con la cosa».

No fue la única muestra de imprudencia. Esa noche, en Sucre, fueron al mismo hotel y por iniciativa de Tania se alojaron en una sola habitación. «Seguro que se preguntaban si íbamos a hacer una orgía o algo así», dijo Bustos entre carcajadas al recordar las caras de los empleados del hotel. Para su estupor, Tania se desnudó despreocupadamente —al «estilo europeo» frente a él y Debray y se metieron en la cama.

Continuaron el viaje en un *jeep* conducido por Tania a velocidad suicida. Al día siguiente, en el restaurante donde debían reunirse con Coco Peredo, Tania se puso a hablar en voz alta, empleando gráficos modismos cubanos como «comemierda» y «coño». Para Bustos, era una muestra más de su conducta infantil.

En el campamento había varios reclutas bolivianos, pero el Che y la mayoría de los cubanos aún no habían regresado de la expedición. Al poco rato de su llegada, Tania sacó varios paquetes de fotografías tomadas en su visita anterior. Ahí estaban casi todos, posando con sus fusiles, entrenándose, cocinando, leyendo o conversando. Atónito, Bustos habló con Olo Pantoja, el cubano a cargo del campamento, y éste ordenó inmediatamente que le entregaran las fotos.

Durante la prolongada ausencia del Che había desaparecido la disciplina; Bustos dice que Olo estaba avergonzado porque la situación se le había escapado de las manos. Al día siguiente, dos «voluntarios» de Moisés Guevara se fueron de cacería con sus fusiles y no volvieron. Sonaron las alarmas; los dos habían visto las fotografías y oído a los demás hablar abiertamente sobre «Cuba» y otros asuntos delicados. Después de que una partida los buscó en vano, Olo ordenó la evacuación del campamento y todos se trasladaron a una guarida en el monte. Al cabo de pocos días, cuando los aviones empezaron a sobrevolar el campamento, comprendieron que sus temores estaban bien fundados: el ejército había capturado a los desertores. Fue entonces cuando regresaron los primeros hombres de la expedición del Che.

Bustos contempló al Che con estupor. «Estaba hecho pomada, totalmente desgarrado, no tenía ropa, tenía colgajos de camisa, del pantalón se le salía la rodilla, completamente destrozada la ropa…, y además muy flaco, pero imperturbable. Nos dimos un abrazo, fue muy emotivo para mí porque no hubo palabras ni nada».

Se quedó cerca para ver cómo el Che se hacía cargo de la situación mientras comía. Arengó a Olo y los otros hombres a cargo del campamento con un grado de «violencia verbal» que sorprendió a Bustos, quien nunca había presenciado nada parecido. Más tarde comprendería que era habitual en la conducta del Che. «Después estaba todo tranquilo, se ponía a leer sereno, y los tipos quedaban hechos mierda por ahí».

Cuando por fin pudieron conversar, lo primero que preguntó el Che fue por qué no había llegado antes. Bustos respondió que Tania no le había dado un plazo concreto. Nuevamente fue testigo de su severidad. Llamó a Tania y la recriminó furiosamente por haber tergiversado sus instrucciones: «Tania, coño, ¿qué te dije que le dijeras al Pelao?… ¡Para qué mierda digo yo las cosas!»

«No puedo repetírtelo exactamente —añadió Bustos—, pero eran cosas muy violentas, que no tenían nada de gracia y ella se puso a temblar… y se fue llorando». Más tarde el Che sintió pena por ella y pidió a Bustos que la consolara. (Estaba furioso con ella porque se había arriesgado al volver al campamento, cosa que él le había prohibido. Además, su otro huésped argentino, Eduardo Jozami, había llegado a Bolivia pero regresó a su país porque ella no concurrió a la cita concertada.)[125]

En cuanto al asunto que concernía a Bustos, el Che le dijo: «Mi objetivo estratégico es la toma del poder político en Argentina. Yo para esto quiero formar un grupo, preparar un par de columnas, columnas de argentinos, guerrearlas un poco por acá y entrar, en un plazo no muy corto… Quiero que ésa sea tu tarea, que me mandes a la gente, que la aguantes todo lo que puedas hasta que sea seguro, quiero que estés de coordinador para mandarme gente».

El Che agregó que había que hacer las cosas bien, «no como esta mierda donde cada uno hace lo que quiere». Dijo que debía acordar con Papi la manera de trasladar a la gente, y con Pombo el problema de las provisiones; mencionó los nombres de varias personas que servirían de enlaces para distintos fines. Añadió que su idea era constituir un mando central dividido en dos columnas, unos quinientos hombres en total entre bolivianos, argentinos y peruanos que más adelante se separarían para llevar la guerra a otras zonas.

Mientras el Che continuaba su exposición, Bustos se preguntaba cómo haría para montar una ruta de abastecimiento entre Ñancahuazú y Argentina. Y cómo establecería un enlace con Pombo si éste se encontraba con el Che en el monte. En ese momento no entraron en esos ni otros detalles, pero Bustos ya advertía una falta total de realismo. «Era algo mágico —dijo—. Fuera de este mundo…»

El Che dijo a Bustos que la primera prioridad era sacarlo de ahí para que llegara a salvo a Argentina, pero reinaba un clima denso de tensión e incertidumbre. La presencia de los guerrilleros había salido a la luz. Habían matado a un soldado. La aparición de una patrulla militar en su búsqueda era sólo cuestión de tiempo.

IV

Sucedió dos días después, el 23 de marzo, jornada que el Che mencionó en su diario como «de acontecimientos guerreros». Había montado varias emboscadas en un perímetro defensivo, y a las ocho de la mañana Coco vino a informar que habían copado una unidad militar, matado a siete soldados y tomado veintiún prisioneros, cuatro de los cuales estaban heridos. Además se habían hecho con un buen botín: tres morteros, dieciséis carabinas, dos bazucas y tres metralletas Uzi. Además capturaron un documento que exponía el plan operativo del ejército. Al ver que era un avance a dos puntas, el Che envió a varios hombres a montar una emboscada en el otro extremo del cañón. Inti Peredo, que le había causado muy buena impresión y a quien pensaba designar comandante de los bolivianos, tuvo a su cargo el interrogatorio de dos oficiales prisioneros, un mayor y un capitán. «Hablaron como cotorras», anotó el Che.

Dedicó unas líneas breves a la victoria: le preocupaba el abastecimiento ahora que los accesos a Ñancahuazú estaban bloqueados y habían abandonado el campamento donde almacenaban todas sus provisiones. Otro problema, muy grave, era que el transmisor estaba descompuesto: podían recibir mensajes de «Manila», pero no enviarlos.

Al día siguiente no aparecieron tropas, pero un avión bombardeó los alrededores de la Casa de Calamina. Inti interrogó nuevamente a los prisioneros y después los dejaron en libertad; los soldados tuvieron que desnudarse y dejar sus uniformes; los oficiales pudieron conservar los suyos. Le dieron plazo al comandante hasta el mediodía del 27 de marzo para que volviera en busca de sus bajas.

Después de la partida de los prisioneros, el Che se ocupó de sus hombres. Marcos se había insubordinado varias veces, su maltrato de los bolivianos había causado rencor y quejas, y ya estaba advertido de que en caso de no modificar su conducta lo expulsarían de la guerrilla. En esa ocasión lo relevaron de su cargo de jefe del pelotón de vanguardia y designaron a Miguel en su lugar.

La guerrilla del Che en ningún momento había demostrado ser una «familia» feliz, y después de las deserciones había crecido la tensión entre los reclutas bolivianos y sus camaradas cubanos. La «firmeza» revolucionaria de los cuatro bolivianos reclutados por Moisés Guevara —Paco, Pepe, Chingolo y

Eusebio— estaba en duda; eran objeto de desprecio y sospechas, y se los llamaba desdeñosamente la «resaca». El 25 de marzo, el Che los degradó y les dijo que si no trabajaban no recibirían comida. Suspendió sus raciones de tabaco y entregó sus efectos personales a «otros camaradas que los necesitaban más». A otro boliviano, llamado Walter, lo criticó por su «debilidad» durante la expedición y por el «miedo» demostrado durante el bombardeo aéreo de la víspera. Tuvo palabras de aliento para un par de hombres que habían cumplido con su deber. Por último, ese día bautizó a su pequeña fuerza como «Ejército de Liberación Nacional», o ELN.

Dedicaron los días siguientes a la búsqueda de alimentos. Los exploradores avistaron grupos de soldados a poca distancia; había unos sesenta con un helicóptero acantonados en la casa de Algañaraz. El 27 de marzo, el Che escribió: «Hoy hizo explosión la noticia acaparando todo el espacio radial y produciendo multitud de comunicados, incluida una conferencia de prensa de [el presidente] Barrientos». Anotó que el ejército se jactaba de haber matado a quince guerrilleros y tomado cuatro prisioneros, entre ellos dos «extranjeros». Decidió enviar el primer comunicado de la guerrilla para refutar las afirmaciones del ejército y a la vez anunciar su presencia.

«Es evidente que los desertores o el prisionero hablaron —escribió—, sólo que no se sabe exactamente cuánto dijeron y cómo lo dijeron. Todo parece indicar que Tania está individualizada [ha sido descubierta], con lo que se pierden dos años de trabajo bueno y paciente… Veremos en el futuro».

V

Lo que pasó fue un torbellino de actividad bélica que obligó al Che a arrojar sus planes por la borda y continuar la guerra que había iniciado casi involuntariamente por acumulación de una serie de errores y desventuras. No tenía otra alternativa que combatir, permanecer en movimiento y tratar de sobrevivir. Ese imperativo dominaría el breve resto de su vida.

El estallido de la guerra de guerrillas cayó sobre Bolivia como una bomba. A los pocos días de la emboscada, las noticias se volvían cada vez más exageradas a la vez que el gobierno movilizaba sus tropas. Barrientos, que al principio había negado la existencia de los guerrilleros, utilizó las pruebas halladas en el campamento —incluidas las fotografías de Taniapara calificarlos de invasores extranjeros, agentes del «castrocomunismo» y apelar al patriotismo de sus conciudadanos para resistir a los extranjeros. En una nación intensamente nacionalista, la xenofobia constituía un arma eficaz para aislar a los civiles de los guerrilleros; Barrientos recurriría incesantemente a destacar el carácter «foráneo» de los «rojos» y lo mismo haría el ejército.

Por el momento, era poco lo que se podía hacer para contrarrestar la propaganda aparte de redactar comunicados. Lo más apremiante era evitar la aniquilación. Escuchando los informes que se emitían por la radio, el Che llegó a la conclusión de que el ejército conocía perfectamente la posición de su banda. Ordenó que se excavaran cuevas para depositar las armas en un campamento más pequeño que llamaron «El oso» por haber matado allí un oso hormiguero.

En Cuba, algo más de dos docenas de guerrilleros se entrenaban para intervenir en la «segunda etapa». Borrego y su cuñado Enrique Acevedo no estaban entre ellos, pero suplicaron a Fidel que los enviara a Bolivia. Él se negó. Dijo que la guerrilla se había dado a conocer prematuramente, la situación era demasiado inestable y, para colmo, se había perdido el contacto directo con el Che, por lo cual no había manera de asegurar que se encontrarían con él. Borrego y sus camaradas leían los informes de Bolivia con angustia creciente: el Che y su grupo parecían encaminados inexorablemente al desastre.

En el resumen del mes correspondiente a marzo, el Che escribió brevemente: «Éste [mes] está pletórico de acontecimientos…» Después de analizar la situación general y de sus tropas añadió: «Evidentemente tendremos que emprender el

camino antes de lo que yo creía… La situación no es buena, pero ahora comienza otra etapa de prueba para la guerrilla, que le ha de hacer mucho bien cuando la sobrepase».

Pasaban los días en marcha constante, en busca u ocultándose del ejército que en número creciente parecía rodearlos por todas partes. El 10 de abril atacaron un pelotón de soldados que bajaba por el río. «Pronto llegaron las primeras noticias, con un saldo desagradable —escribió el Che en su comandancia—. El Rubio, Jesús Suárez Gayol, estaba herido de muerte. Y muerto llegó a nuestro campamento; un balazo en la cabeza».

Era su primera baja en acción, un cubano, pero tres soldados habían muerto y varios más habían caído en manos de los guerrilleros. Después de interrogar a los prisioneros y determinar que se acercaban más tropas enemigas, decidió que la emboscda seguiría en el mismo lugar. La tarde siguiente otros soldados cayeron en la trampa. «Esta vez hay siete muertos, cinco heridos y un total de veintidós prisioneros».

Esa noche, el Che hizo algo que a Bustos le pareció muy extraño. El cadáver de Rubio quedó tendido en el suelo en el centro del campamento durante toda la noche. Fue una especie de velatorio, dijo Bustos. Nadie hablaba del cuerpo, pero ahí estaba a plena vista, una macabra advertencia de lo que podía sucederles. Al día siguiente, el Che pronunció unas palabras sobre el coraje de Rubio Suárez Gayol —y su imprudencia— y lo enterraron. Al liberar a los prisioneros, entregó al oficial al mando su Comunicado N.º 1 que anunciaba el inicio de hostilidades por parte del ELN. Tomó nota de la composición abigarrada de los hombres enviados a perseguirlo. «Hay rangers, paracaidistas y soldados de la zona, casi niños».

A pesar suyo tuvo que admitir que los informes de la prensa podían ser veraces: el ejército había descubierto el campamento original y hallado las fotografías, entre otros indicios de su presencia. Un grupo de periodistas había visitado el lugar; el 11 de abril escuchó a un reportero decir por la radio que había visto la foto de un hombre «sin barba con una pipa». Era un retrato del Che, pero aún no habían descubierto su identidad. Dos días después escuchó la noticia de que Estados Unidos enviaba asesores militares a Bolivia, lo cual —decía— no tenía nada que ver con «los guerrilleros» sino que era parte de un antiguo convenio de asistencia militar entre los dos países. El Che no se dejó engañar y escribió con cierta esperanza: «Quizás estemos asistiendo al primer episodio de un nuevo Vietnam». En parte tenía razón, ya que Estados Unidos enviaba a los asesores para ayudar a los bolivianos a aniquilar la amenaza guerrillera, pero se equivocaba en cuanto a la posibilidad de que se produjera una campaña de resistencia nacional como en Vietnam. El 20 de abril sufrió un nuevo golpe rudo: el ejército capturó a

Debray y Bustos cuando intentaban abandonar el «frente» desde la aldea de Muyupampa.

Desde el comienzo de las hostilidades un mes antes, el problema de los dos emisarios había quedado en suspenso mientras la banda trataba de resolver los asuntos apremiantes. Ya estaba acordado que el Chino Chang permaneciera por el momento con la guerrilla, lo mismo que Tania, cuya identidad falsa había salido a la luz al descubrirse en Camiri su *jeep* abandonado y los documentos a nombre de «Laura Gutiérrez Bauer». Mientras tanto, Debray se mostraba cada vez más nervioso, y el Che, que evidentemente lo consideraba «pan blanco», apuntó el 28 de marzo: «El francés planteó con demasiada vehemencia lo útil que podría ser fuera». Unos días después, mientras trataba de salir del encierro, explicó a Bustos y Debray que tenían tres opciones: seguir con la guerrilla, abandonarla por sus propios medios o seguir hasta que llegaran a un pueblo donde pudieran separarse con seguridad. Optaron por esta última.

Desde entonces habían pasado tres semanas dramáticas, con nuevos choques y marchas constantes. El gobierno había declarado ilegal el Partido Comunista e impuesto el Estado de emergencia en todo el sudeste.

Emulando las tácticas de los primeros tiempos en la sierra, el Che decidió sorprender al enemigo al operar en otra zona, cerca del pueblo de Muyupampa; si era posible, Bustos y Debray se separarían allá. Luego él y sus hombres se desplazarían hacia el norte hasta la precordillera andina oriental.

Redactó un Comunicado N.º 2 para que lo divulgara Debray y un mensaje cifrado a Fidel para informarle de su situación. Dijo a Bustos que era esencial que las noticias sobre su situación real llegaran a la isla. Necesitaba una radio nueva, y que Fidel enviara a los hombres que se estaban entrenando en Cuba a un frente nuevo, más al norte, para aliviar la presión sobre su grupo.[126]

En las proximidades de Muyupampa, el Che se unió a la columna de vanguardia y dejó a Joaquín a cargo de la retaguardia en el cruce de un río. Para avanzar con mayor rapidez, dejó en la retaguardia a los enfermos verdaderos —Tania y Alejandro padecían fiebres altísimas— y a los simulados, como la resaca boliviana. Joaquín debía revelar su presencia pero evitar el combate frontal y esperar el regreso del Che para tres días después. Siguieron su marcha a través de una región donde los campesinos evidentemente estaban aterrados por su presencia. En las cercanías de Muyupampa descubrieron que el ejército se había atrincherado en el pueblo y enviado espías de paisano a buscar a los guerrilleros. Los hombres de avanzada del Che capturaron a los civiles, quienes confesaron su misión. Los acompañaba un personaje sospechoso, un periodista anglochileno

llamado George Andrew Roth quien decía querer una entrevista con el líder de los rebeldes.

Después de que Inti Peredo concediera una «entrevista» a Roth, Bustos y Debray elaboraron un plan. Utilizarían la excusa de Roth para separarse de la guerrilla y hacerse pasar por periodistas. Pero no pudieron engañar a los soldados, que los detuvieron apenas entraron al pueblo. Al enterarse, el Che anotó cuáles eran las probabilidades de que sobrevivieran; la situación de Bustos «parece mala», pero Debray «probablemente saldrá bien».[127]

Ahora todos sus esfuerzos estaban dirigidos a reunirse con Joaquín y la columna de retaguardia y luego explorar una ruta hacia el río Grande. Más allá estaban las montañas del centro del país, la puerta de acceso a los Andes, donde esperaban escapar de la redada. Sin embargo, durante los días siguientes se toparon con otras patrullas y sufrieron nuevas bajas. Loro desapareció durante una escaramuza. Eliseo Reyes («Rolando»), camarada del Che desde su adolescencia, cuando se unió a su columna en la sierra como mensajero, cayó herido de muerte en una emboscada. Murió a pesar de los intentos del Che, quien por primera vez en Bolivia expresó en su diario el sentimiento que le provocaba el deceso. «Hemos perdido al mejor hombre de la guerrilla… de su muerte oscura sólo cabe decir, para un hipotético futuro que pudiera cristalizar: "Tu cadáver pequeño de capitán valiente ha extendido en lo inmenso su metálica forma."»

Los exploradores enviados en busca del grupo de Joaquín volvieron con malas noticias. Se habían topado con el ejército, perdido las mochilas en una escaramuza y no tenían la menor idea de dónde estaba la columna de retaguardia. La escaramuza se había producido en Ñancahuazú: por lo tanto, las dos salidas fluviales hacia el río Grande estaban cortadas. Tendrían que cruzar las montañas.

Desesperados por reunirse con el grupo de Joaquín, el Che y su grupo se desplazaron hacia el norte, abriéndose paso en la maleza a golpes de machete. El resumen de abril describe una perspectiva sumamente sombría. Después de mencionar las muertes de Rubio y Rolando, así como la inexplicable desaparición de Loro,[128] escribió en conclusión: «El aislamiento sigue siendo total; las enfermedades han minado la salud de algunos compañeros, obligándonos a dividir fuerzas, lo que nos ha quitado mucha efectividad; todavía no hemos podido hacer contacto con Joaquín; la base campesina sigue sin desarrollarse; aunque parece que mediante el terror planificado, lograremos la neutralidad de los más, el apoyo vendrá después. No se ha producido una sola incorporación [boliviana]».

El empleo descarado de la fuerza para ganar una base civil siempre había

sido parte de la guerra de guerrillas; tanto él como Fidel la habían empleado en la sierra. Desde luego que en sus escritos publicados sobre la guerra cubana jamás había empleado la palabra «terror» sino que había presentado la alianza guerrillero-campesina como una suerte de matrimonio colectivo idílico, una simbiosis orgánica. Pero ahora que estaba en juego la supervivencia, no había tiempo para la poesía; había que recurrir a cualquier táctica que pareciera facilitarla.

En el lado positivo señaló que el «clamor» público sobre la actividad de la guerrilla era igualado en intensidad por la propaganda cubana. El Che había redactado un llamamiento a las armas titulado «Mensaje a los pueblos del mundo a través de la Tricontinental», publicado ese mismo mes en la isla. «Luego de la publicación en La Habana de mi artículo no debe haber duda de mi presencia aquí». También observó que si bien el ejército adquiría mayor eficiencia operativa, hasta el momento no había movilizado a los campesinos en su contra, sólo algunos espías que eran «molestos», pero a los que se podía «neutralizar».

La captura de Debray y Bustos significó un duro revés para el Che. Ellos habían sido su única posibilidad de comunicarse con el mundo exterior y ahora no tenía medios para ponerse en contacto con La Paz o Cuba. «Dantón [Debray] y Carlos [Bustos] cayeron víctimas de su apuro, casi desesperación por salir —escribió—, y de mi falta de energía para impedírselo, de modo que también se cortan las comunicaciones con Cuba (Dantón) y se pierde el esquema de acción en la Argentina (Carlos)».

En verdad, el Che y sus hombres estaban librados exclusivamente a sus propios medios. El enemigo estaba avisado, sus fuerzas estaban divididas y en fuga; no tenía el respaldo de Cuba o de las ciudades bolivianas ni el apoyo de los campesinos. Las cosas difícilmente podían estar peor. Sin embargo, frente a esa amarga realidad, el Che concluyó el resumen de abril con una extraña nota de optimismo: «En resumen: un mes en el que todo se ha resuelto dentro de lo normal, considerando las eventualidades necesarias de la guerrilla. La moral es buena en todos los combatientes que habían aprobado su examen preliminar de guerrilleros».

VI

Según los hombres que lo interrogaron, fue Régis Debray quien confirmó definitivamente la presencia del Che Guevara en Bolivia.[129] Al principio, Debray insistió que era un periodista francés y no tenía nada que ver con las guerrillas, pero la dureza del interrogatorio acabó por quebrarlo y finalmente confirmó que el comandante guerrillero llamado «Ramón» era el Che Guevara.

Lo cierto es que Debray no hubiera podido ocultar la verdad por mucho tiempo, ya que sus vínculos con Cuba eran de conocimiento público. Meses antes el gobierno cubano había publicado su libro *Revolución en la revolución*, que al circular por América Latina había suscitado fuertes polémicas en los círculos izquierdistas. En esa monografía basada en apuntes de sus conversaciones con Fidel, conceptos de los escritos y discursos del Che y sus propias observaciones en los campos de batalla guerrilleros de la región, Debray trataba de establecer las bases teóricas para fundamentar el argumento de Cuba a favor de la «opción guerrillera», contra la posición de los partidos comunistas latinoamericanos. Su argumento, más explícito que el del Che o Fidel, era que el foco o núcleo guerrillero rural debía ser la élite de vanguardia de la lucha revolucionaria, de la cual nacería la futura dirección del partido. (Debray llevó un ejemplar de su libro al Che, quien lo leyó de un tirón y lo sintetizó en una serie de apuntes que utilizó luego para dar un cursillo a los combatientes.)

Por su parte, Bustos dijo a sus interrogadores que era un «viajante de comercio» de ideas izquierdistas, que no sabía muy bien cómo se había metido en esa situación. Sin embargo, su verdadera identidad salió a la luz un par de semanas después, cuando peritos forenses de la policía argentina tomaron sus huellas digitales y las compararon con el juego que tenían en sus archivos en Buenos Aires. Conocidos los resultados del peritaje, Bustos acabó por confesar la verdad. Por ser artista profesional, los interrogadores le pidieron que dibujara retratos de los guerrilleros. Así lo hizo, y también croquis de los campamentos y redes de cuevas en Ñancahuazú. Afortunadamente no salió a la luz que era el enlace del Che con la guerrilla argentina; así sus camaradas de la red clandestina nunca estuvieron en peligro de caer presos.

Los norteamericanos ya participaban directamente en las operaciones de Bolivia. El ministro del Interior, Antonio Arguedas, estaba en la nómina de la CIA.[130] Uno de sus colaboradores más estrechos, un agente cubano-norteamericano

que se hacía llamar «Gabriel García García», asistió a los interrogatorios de Debray y Bustos. Apenas se supo que el Che estaba en Bolivia, el mecanismo se puso en marcha. Un grupo de las Fuerzas Especiales norteamericanas (los «Boinas Verdes») fueron rápidamente a Bolivia para crear un batallón Ranger de contrainsurgencia, y la CIA empezó a reunir a ciertos agentes para una nueva misión: hallar al Che e impedir que encontrara apoyo en el país.

Uno de los candidatos para la misión era Félix Rodríguez, el joven paramilitar cubano-norteamericano que había participado en la operación clandestina anticastrista desde el principio. Trabajaba en la oficina de la CIA en Miami, desde su retirada de Nicaragua en 1964, y hasta mediados de 1967 uno de los enigmas que confundía a la agencia era el paradero del Che.

«Si yo recuerdo bien —dijo Rodríguez—, había alguna gente algo alto en la agencia que habían reportado el hecho de que el Che murió en África, así es que cuando decían que estaba en Bolivia, pues había dos tendencias dentro de la agencia, unos decían que no estaba ahí… Así que cuando vino la evidencia de Debray estaba ya confirmado, ahí es cuando realmente decidieron adelantar y poner un esfuerzo máximo en Bolivia». (Rodríguez aseguró que la agencia hubiera iniciado acciones mucho antes de no haber sido por la teoría del «Congo», que según él era defendida por un alto funcionario de la CIA que había jugado toda su reputación a favor de esa versión.)

En junio de 1967, Rodríguez recibió una llamada de su superior en la agencia. En la oficina lo presentaron a un jefe de división de la CIA que expuso un proyecto nuevo. Se creía que el Che Guevara estaba en Bolivia, y la agencia quería enviar hombres a «capturarlo»; ¿aceptaba formar parte de la misión? Rodríguez no titubeó.

Era la misión de su vida, y sabía que la agencia le otorgaba una alta prioridad. «Creo que temían… el hecho de que [el Che] podía agarrarse de Bolivia —recordó—. Con una base segura cubana allí, expandirían la revolución hacia países importantes como Brasil, Argentina…» Además de esas preocupaciones existía la clara impresión de que la operación del Che era dirigida desde La Habana, que hablaba de crear «varios Vietnam» en América Latina.

En efecto, el Mensaje a la Tricontinental, escrito por el Che en vísperas de su partida de Cuba, apareció en abril e inmediatamente provocó una conmoción. Convocaba a los revolucionarios del mundo a crear «dos, tres… muchos Vietnam» en la guerra internacional contra el imperialismo. El mensaje comenzaba con una cita de José Martí: «Es la hora de los hornos y no se ha de ver más que la luz». Luego rechazaba la validez de la llamada «paz» del mundo injusto de la posguerra

y exigía un conflicto global «largo y cruel» para provocar la «destrucción» del imperialismo con el fin de gestar un nuevo orden mundial basado en la «revolución socialista». En una letanía de las cualidades que requería la batalla, enumeró las siguientes: «El odio como factor de lucha; el odio intransigente al enemigo, que impulsa más allá de las limitaciones naturales del ser humano y lo convierte en una efectiva, violenta, selectiva y fría máquina de matar. Nuestros soldados tienen que ser así; un pueblo sin odio no puede triunfar sobre un enemigo brutal».

Sería una «guerra total» contra los yanquis, desde la periferia del imperio hasta llegar a su propio territorio. Había que librar la guerra en «su hogar», en sus «centros de diversión»; cuando se sintiera como una «bestia acorralada» y su «fibra moral» empezara a debilitarse, ése sería el primer síntoma de su «decadencia» y de la victoria de las fuerzas populares. Instó a los hombres en todas partes a asumir las causas justas de sus hermanos como parte de la guerra global contra Estados Unidos. «Cada gota de sangre derramada en un territorio bajo cuya bandera no se ha nacido es experiencia que recoge quien sobrevive para aplicarla luego en la lucha por la liberación de su lugar de origen…»

No podemos eludir el llamado de la hora. Nos lo enseña Vietnam con su permanente lección de heroísmo, su trágica y cotidiana lección de lucha y de muerte para lograr la victoria final…

¡Cómo podríamos mirar el futuro de luminoso y cercano, si dos, tres, muchos Vietnam florecieran en la superficie del globo, con su cuota de muerte y sus tragedias inmensas, con su heroísmo cotidiano, con sus golpes repetidos al imperialismo, con la obligación que entraña para éste de dispersar sus fuerzas, bajo el embate del odio creciente de los pueblos del mundo!…

Si a nosotros, los que en un pequeño punto del mapa del mundo cumplimos el deber que preconizamos y ponemos a disposición de la lucha este poco que nos es permitido dar: nuestras vidas, nuestro sacrificio, nos toca alguno de estos días lanzar el último suspiro sobre cualquier tierra, ya nuestra, regada con nuestra sangre, sépase que hemos medido el alcance de nuestros actos…

Toda nuestra acción es un grito de guerra contra el imperialismo y un clamor por la unidad de los pueblos contra el gran enemigo del género humano: los Estados Unidos de Norteamérica. En cualquier lugar que nos sorprenda la muerte, bienvenida sea, siempre que ése, nuestro grito de guerra, haya llegado hasta un oído receptivo y otra mano se tienda para empuñar nuestras armas, y otros hombres se apresten a entonar los cantos luctuosos con tableteo de ametralladoras y nuevos gritos de guerra y de victoria.

No era la primera vez que empleaba un lenguaje apocalíptico en un manifiesto; pero éste, que expresaba sus verdaderas convicciones de manera implacable y sin tapujos, era tanto más estremecedor y dramático por cuanto todos sabían que el Che se encontraba en algún lugar del campo de batalla para tratar de llevar a cabo precisamente lo que proponía: en esencia, provocar una nueva guerra mundial con la esperanza de que fuera definitiva.

Para impedirlo, la CIA eligió a dos hombres que debían meter en cintura al Che. Uno era Félix Rodríguez. Convocado a Washington, leyó las confesiones de Debray y Bustos y vio los croquis que éste había dibujado. Le interesó especialmente un nombre mencionado por Debray, el de José Castillo Chávez, alias Paco. Según el francés, era parte de la «resaca» boliviana, un desertor en potencia, trastornado porque lo habían llevado a la zona guerrillera con argumentos falsos.

Rodríguez y el otro agente cubano-norteamericano, Gustavo Villoldo, disfrazados como los empresarios «Félix Ramos» y «Eduardo González», respectivamente, llegaron a La Paz el 1 de agosto, listos para unirse a la caza del Che Guevara.

VII

En agosto, tanto el Che como muchos de los veintitantos hombres que aún lo acompañaban estaban enfermos y exhaustos. El 7 de agosto, al cumplirse el noveno mes de la creación del ejército guerrillero, escribió: «De los seis primeros [hombres], dos están muertos, uno desaparecido y dos heridos; yo con asma que no sé cómo cortarla».

En los tres meses transcurridos desde la caída de Debray y Bustos, se habían abierto paso a golpes de machete a través de la brutal maleza espinosa del sudeste, bajo la lluvia y el viento helado o bajo un sol abrasador, buscando vanamente la columna de retaguardia comandada por Joaquín, tratando de obtener agua y alimentos. Se perdían, a veces se topaban con una patrulla militar, y escuchaban Radio Habana, que era su único contacto con el mundo exterior.

En los campamentos, el Che dedicaba buena parte del tiempo a leer, escribir su diario y llenar cuadernos con anotaciones sobre la economía socialista, como si estuviera distanciado de la realidad que lo rodeaba. En sus apuntes del diario despuntaba un fatalismo novedoso, teñido de humor negro. Observaba las riñas constantes y los robos de comida entre sus hombres con curiosidad distante; en algunas ocasiones se hacía cargo de la situación, con amonestaciones y regaños. Pero la mayor parte del tiempo estaba demasiado débil para actuar con severidad. Una vez, a principios de junio, dejó pasar un camión del ejército que transportaba a «dos soldaditos envueltos en frazada» sin abrir fuego. «No tuve coraje para tirarles y no me funcionó el cerebro lo suficientemente rápido como para detenerlo; lo dejamos pasar». En otra ocasión, al apresar a un policía que se hacía pasar por comerciante para espiarlos, pensó en matarlo, pero finalmente lo dejó partir «con una advertencia severa». El 14 de junio, al cumplir los treinta y nueve años, reflexionó: «Se acerca inexorablemente una edad que da que pensar sobre mi futuro guerrillero. Por ahora, estoy "entero"».

Trataron de enviar una petición de ayuda por medio de un joven simpatizante campesino, pero el intento fracasó. En una escaramuza perdieron el grabador del Che y ya no pudieron descifrar los mensajes enviados por Radio Habana. También perdió sus apuntes sobre el libro de Debray y un tomo de Trotski que estaba leyendo, y deploró que el ejército tuviera un arma más para su campaña propagandística.

Los últimos restos de la red de apoyo habían desaparecido. En marzo, Piñeiro había retirado a Renán porque su pasaporte había caducado y aún no había enviado un reemplazante.[131] Sin contacto con el Che ni La Habana, los dirigentes urbanos como Loyola Guzmán, Rodolfo Saldaña y Humberto Vázquez Viaña no sabían qué hacer, y se limitaban a escuchar los boletines de la radio comercial con la vana esperanza de recibir algún mensaje del Che. Consideraron la idea de hacerse pasar por viajantes de comercio para ir a la zona de guerra con la esperanza de toparse con los guerrilleros, pero la abandonaron. Presionados por Fidel, los camaradas de Monje en el partido adoptaron una posición más conciliadora hacia los mandos que se habían unido al Che, pero su ayuda se limitaba a poco más que algunas expresiones de solidaridad y la oferta de imprimir los panfletos propagandísticos de la célula urbana.

En Cuba, los amigos y camaradas del Che seguían las noticias de Bolivia con angustia creciente. Varias decenas de guerrilleros se entrenaban para unirse a él, pero no tenía sentido enviarlos mientras no hubiera contacto. Según Piñeiro: «Después de perder el contacto con el Che sentimos una tremenda incertidumbre, pero también confiábamos en que saldría bien parado».

El Che estaba muy debilitado, y cuando era posible viajaba a lomos de una mula o de un caballo. Los guerrilleros robaban animales al ejército o los compraban a los campesinos, pero la mayoría de éstos les tenían miedo. Enfermo y demacrado, el Che sufrió un ataque de asma a fines de junio, cuando ya no tenía medicamentos para tratarse. En una ocasión, los vómitos y la diarrea le hicieron perder el sentido y tuvieron que llevarlo en camilla durante todo un día; al despertar, estaba cubierto con sus propios excrementos. «Me prestaron un pantalón, pero sin agua hiedo a mierda a una legua». A pesar del hedor, había sufrido una regresión a la época en que no se lavaba y lo llamaban Chancho. El 10 de septiembre apuntó un suceso histórico. «Se me olvidaba recalcar un hecho: hoy, después de algo más de seis meses, me bañé. Constituye un récord que ya varios están alcanzando».

Todos estaban debilitados por la fatiga, el hambre y la falta de vitaminas; los problemas de salud y el hambre dominaban los pensamientos de todos y las anotaciones del diario del Che. En una ocasión, después de comer un cerdo que habían comprado a un campesino, escribió: «Permanecimos en una inmovilidad absoluta, tratando de asimilar el puerco. Tenemos dos latas de agua. Yo estuve muy mal hasta que vomité y me compuse». Al día siguiente llamó a asamblea para discutir el problema de la comida. «Haciendo críticas a Benigno por comerse una lata y negarlo; Urbano por comerse un *charqui* a escondidas».

Durante semanas vivieron de sus propias monturas, sacrificando caballos y mulas para comerlos. En una ocasión estaban tan hambrientos que quisieron matar

la mula del Che, pero éste no lo permitió. Sus esperanzas revivieron cuando el animal cayó espectacularmente dando tumbos por una ladera abrupta. Contuvieron el aliento a la espera de que se partiera el cuello, pero para su desilusión y para alivio del Che, la mula sobrevivió.

La tensión del mando y la propia incapacidad del Che salieron dramáticamente a la luz el día que apuñaló el flanco de la yegua que montaba porque se negaba a apurar el paso. Posteriormente reunió a los hombres para hablar del incidente. «Estamos en una situación difícil —dijo—… yo soy una piltrafa humana y el episodio de la yegüita prueba que en algunos momentos he llegado a perder el control; eso se modificará pero la situación debe pesar exactamente sobre todos y quien no se sienta capaz de sobrellevarla debe decirlo. Es uno de los momentos en que hay que tomar decisiones grandes; este tipo de lucha nos da la oportunidad de convertirnos en revolucionarios, el escalón más alto de la especie humana, pero también nos permite graduarnos de hombres». Algunos callaron, pero casi todos dijeron que estaban dispuestos a seguir adelante.

No habían establecido relaciones con la gente de la zona, y a finales de junio el Che dijo que la «falta de enrolamientos» entre los escasos campesinos era «un círculo vicioso». Para crecer, debían tener presencia en una zona más poblada, pero para eso necesitaban hombres. Por el momento tenía apenas los efectivos suficientes para sobrevivir día a día, de modo que ni siquiera podía pensar en dedicarse a las tareas de concienciación y reclutamiento. Su llegada suscitaba el pánico entre los civiles, y para obtener comida e información debían recurrir a la fuerza; solían enviar a algún poblador a hacer los recados mientras retenían a sus amigos o familiares como rehenes. Un par de veces pudieron secuestrar camionetas de la empresa petrolera estatal en Camiri y disfrutar el extraño lujo desusado de desplazarse rápidamente hasta que se agotaba el combustible o se estropeaba el motor.

El 6 de julio, seis guerrilleros secuestraron un camión en la ruta principal de Santa Cruz a Cochabamba y entraron en el pueblo de Samaipata. Esta población, donde había un antiguo templo inca, servía de parada para viajeros y era suficientemente grande para poseer su propio hospital, además de una pequeña unidad militar. Paradójicamente, su misión más audaz hasta el momento no tenía un objetivo militar: sólo pretendían conseguir medicamentos para el asma del Che y los males de otros guerrilleros, comida y algunas provisiones. Tras un breve tiroteo en el que murió un soldado, tomaron el cuartel y luego, a la vista de los civiles estupefactos, fueron a la farmacia a comprar medicamentos. Tomaron como rehenes a diez soldados y tras abandonar el pueblo los despojaron de sus uniformes y los dejaron en libertad.

La acción de Samaipata fue una victoria propagandística del Ejército de Liberación Nacional, pero desde el punto de vista del Che fue un fracaso; en su prisa por escapar, los guerrilleros habían olvidado los medicamentos para el asma. Días después escribió que se «inyectó varias veces para poder seguir», pero temía que fuera necesario regresar a Ñancahuazú a buscar los medicamentos ocultos allá. Esta posibilidad quedó eliminada a mediados de agosto cuando escucharon por radio la noticia de que el ejército había hallado los últimos depósitos de provisiones en Ñancahuazú. «Ahora estoy condenado a padecer asma por un tiempo no definible —escribió—. También nos tomaron documentos de todo tipo y fotografías. Es el golpe más duro que nos hayan dado; alguien habló. ¿Quién? Es la incógnita».[132]

Era inevitable que sufrieran más bajas. El 26 de junio, Carlos Tuma Coello recibió un balazo en el vientre al quedar atrapado entre dos fuegos. El Che trató desesperadamente de salvarlo, pero tenía el hígado destrozado y los intestinos perforados; Tuma murió en sus brazos. «Con él se me fue un compañero inseparable de todos los últimos años, de una fidelidad a toda prueba y cuya ausencia siento ya desde ahora casi como la de un hijo». Le quitó el reloj y lo puso en su muñeca con la intención de dárselo en Cuba al hijo recién nacido que Tuma no había alcanzado a conocer.

El 30 de julio, José María Martínez Tamayo, Papi, murió cuando una patrulla militar los sorprendió en su campamento poco antes del amanecer. En el tiroteo, un hombre de Moisés Guevara llamado Raúl murió de un balazo en la boca. Pacho sufrió una herida superficial en los testículos. En su diario, el Che escribió que Papi era «el más indisciplinado» de los cubanos, pero «un extraordinario combatiente y un viejo compañero de aventuras». En cuanto al boliviano: «Raúl no puede ser casi catalogado, dada su introspección; era poco combativo y poco trabajador».

A finales de junio, las bajas habían reducido la fuerza del Che a veintidós hombres, de los cuales dos estaban heridos «y yo con mi asma a todo vapor». Al mismo tiempo, advirtió con satisfacción que había logrado internacionalizar el conflicto boliviano. El presidente militar argentino, general Juan Carlos Onganía, había cerrado la frontera con Bolivia por precaución y se informaba de que Perú también tomaba medidas. En el resumen de julio, el Che tomó nota de estos sucesos: «La leyenda de las guerrillas adquiere dimensiones continentales». La otra cara de la moneda era que ciertas cosas no habían cambiado. Radio Habana informó que los checos rechazaban su mensaje a la Tricontinental. «Los amigos [checos] me llaman un nuevo Bakunin y se lamentan de la sangre derramada y de la que se derramaría en caso de tres o cuatro Vietnam».

Siempre atento a las noticias sobre Joaquín, esperaba que la radio informara

sobre escaramuzas o actividad rebelde en otras zonas. Buscaba la columna perdida al norte del río Grande porque daba por sentado que se había dirigido en esa dirección, pero en realidad Joaquín había permanecido al sur del río. A mediados de agosto, la radio informó sobre una escaramuza cerca de Muyupampa en la que murió un guerrillero y dio su nombre: pertenecía a la columna de Joaquín. Días después, el gobierno presentó en público a dos presos —Eusebio y Chingolo— que habían desertado de la columna. Entonces el Che comprendió que Joaquín estaba al sur del río y enfiló en esa dirección, mientras éste casualmente se dirigía hacia el norte en busca de la columna principal.

Sus caminos estuvieron a punto de cruzarse. Al atardecer del 31 de agosto, el grupo de diez guerrilleros de Joaquín, que incluía a la enferma Tania, llegó a la casa de Honorato Rojas, uno de sus pocos colaboradores campesinos. Desde allí se dirigieron al río Masicurí al norte de su confluencia con el río Grande. Joaquín no sabía que el ejército había detenido, presionado y «dado la vuelta» a Honorato Rojas, quien ahora respondía al capitán Mario Vargas Salinas, de la Octava División del ejército con sede en Santa Cruz. Rojas condujo a los confiados guerrilleros río abajo hacia donde estaba emboscado Vargas Salinas, quien aguardó a que se encontraran muy cerca antes de dar la orden de abrir fuego.

Fue una masacre. A costa de una baja, los soldados aniquilaron la columna de Joaquín, quien murió junto con Tania, el ex viceministro cubano de industria Gustavo Machín y Moisés Guevara. El ejército recogió los cadáveres y los llevó a su cuartel de campaña en Vallegrande para exhibirlos al público; sólo faltaba el de Tania, que aparecería río abajo días después, quemado y desfigurado. Los únicos supervivientes a la vista eran el boliviano José Castillo Chávez, Paco, y Freddy Maymura, un estudiante de medicina boliviano de padres japoneses que se había entrenado en Cuba; los soldados lo asesinaron pocas horas después.[133] Cuatro días más tarde apresaron y mataron al tercer superviviente, el médico peruano José «el Negro» Cabrera.

Al enterarse de que toda una columna guerrillera había sido «liquidada» en Masicurí, el Che se negó a creerlo, sospechando que era información falsa difundida por el ejército. Sin embargo, a medida que se daban a conocer los nombres y las descripciones de los miembros del grupo, comprendió que era verdad. Si hubieran tenido un día más, las columnas se hubieran encontrado. El 1 de septiembre, el grupo del Che cruzó el río, llegó a la casa de Honorato Rojas y partió inmediatamente al ver las señales de la presencia del ejército; Honorato y su familia habían desaparecido.

El Che había perdido un tercio de su fuerza combatiente en la emboscada. Al mismo tiempo, libre de la obligación moral de buscar a Joaquín, podía concentrarse

en la tarea de salvar a su grupo, escapar a una zona más poblada y hacer contacto con la red de apoyo en La Paz y con Cuba. Para los militares bolivianos, la masacre de Vado del Yeso fue una victoria para elevar la moral; la festejaron con desfiles y una visita del presidente Barrientos, los generales y sus esposas a Vallegrande. Barrientos ascendió a comandante al capitán Vargas Salinas, héroe de la jornada, y felicitó públicamente al «héroe civil» Honorato Rojas: un gesto imprudente que más adelante le costaría muy caro al campesino.

Los cuerpos hinchados y destrozados de los guerrilleros fueron macabramente expuestos en el lavadero del hospital Nuestro Señor de Malta, administrado por la Iglesia, y finalmente fueron enterrados clandestinamente, de noche, en las afueras del pueblo por un pelotón al mando del teniente coronel Andrés Selich. Hombre alto, delgado y de bigotes, descendiente de yugoslavos y anticomunista acérrimo, Selich era el subjefe del regimiento Pando de ingenieros militares con sede en Vallegrande.

El 8 de septiembre hallaron el cuerpo irreconocible de Tania. Por tratarse de una mujer, el presidente Barrientos ordenó que se la honrara con oficios religiosos y «cristiana sepultura». Para una comunista fervorosa como Tamara Bunke, el «honor» conferido por Barrientos era el colmo de la ironía. Colocaron el cadáver en un ataúd y un capellán ofició una breve ceremonia en el puesto militar, frente al cementerio. Pero no la enterraron ahí. Esa noche, a las once, Selich encabezó el operativo para enterrarla clandestinamente como a los demás. Esta extraña y morbosa política oficial de «desaparecer» a los guerrilleros muertos continuaría hasta el final de la campaña contrainsurgente.

Otra costumbre de los militares era guardar reliquias de los guerrilleros a modo de talismanes. La mayoría de los documentos, libretas de direcciones y cartas eran enviados a la inteligencia militar o al ministro del Interior Arguedas y a García, su asesor de la agencia norteamericana de espionaje, pero los oficiales conservaron muchos otros artículos. Entre los objetos que quedaron en posesión del teniente coronel Selich —junto con fotos macabras de los cadáveres acribillados de los guerrilleros y otras de él con los prisioneros—, hay un trozo de papel con los versos manuscritos de una melancólica canción argentina llamada «Guitarrero».

No te vayas, guitarrero,

que se me apaga la luz del alma.

Quiero volver a amanecer

para morir en las cacharpayas.[134]

Sucio, harapiento y con una barba larga y enmarañada, Paco fue trasladado a Vallegrande con los cadáveres de sus camaradas y presentado como un trofeo de guerra. Los oficiales se hacían fotografiar junto al joven boliviano que parecía un hombre salvaje del bosque. Aterrado, psicológicamente destrozado, Paco empezó a hablar.

Los agentes cubano-norteamericanos de la CIA Félix Rodríguez y Gustavo Villoldo estaban por entonces muy implicados en la operación antiguerrilla en el propio campo (de hecho, según Villoldo, él y Rodríguez habían participado personalmente en la emboscada de la columna de Joaquín con las tropas de Vargas Salinas, camuflados con uniformes del ejército boliviano). Félix dijo que él comprendió de inmediato que Paco podría serles útil. A pesar de las objeciones del primer interrogador, el teniente coronel Selich, que quería ejecutarlo, el prisionero fue entregado en custodia a Rodríguez. Éste interrogó a Paco a diario durante semanas y poco a poco obtuvo un cuadro bastante claro de la vida en el seno de la guerrilla. Esta información, dice Rodríguez, le permitió saber quién había muerto y quién tenía probabilidades de seguir vivo, además de conocer los puntos fuertes y débiles de cada uno y sus relaciones con el Che.

Después de tratar de deducir qué le había sucedido a la columna de Joaquín, el Che y sus hombres decidieron volver hacia el norte. El 6 de septiembre abandonaron el río Grande y empezaron a escalar las montañas, alejándose de la región que había sido su hogar —y su cementerio— durante diez meses.

VIII

Al norte del río Grande los macizos selváticos se elevan hacia el cielo, alzándose en remolinos celestes hacia la piedra lunar parda del remoto altiplano andino. Por encima del límite de la vegetación arbórea aparece un paisaje de cerros pelados y mesetas frías separados por profundas gargantas, donde los caseríos están unidos entre sí por sendas y algún que otro camino de tierra. Los pobladores, en su mayoría indios y mestizos, crían cerdos o vacas; sus plantaciones de maíz y hortalizas forman dibujos geométricos sobre las laderas en torno de sus casas de adobe. La vegetación es escasa; los nativos son capaces de descubrir a un forastero a varios kilómetros de distancia.

Durante dos semanas el grupo del Che avanzó cuesta arriba, cruzando ríos, escalando precipicios y topándose en un par de ocasiones con patrullas del ejército que los rastreaban con perros. A esas alturas todos exhibían algún síntoma de depresión nerviosa. Éste acusaba a aquél de comer un bocado de más, otro decía que lo habían insultado y, como niños, llevaban sus reclamaciones y acusaciones mutuas al Che. Lo más alarmante fue lo que le sucedió a Antonio —Olo Pantoja—, quien un día aseguró que veía venir a cinco soldados; resultó una alucinación. Esa noche el Che se preguntó, inquieto, cómo afectaría la moral de sus hombres esa perturbadora aparición de un síntoma de psicosis bélica.

Escuchó por la radio que Barrientos había puesto un precio a su cabeza (apenas cuatro mil doscientos dólares), a la vez que decía estar convencido de que el Che había muerto. El juicio a Debray, que atraía el interés de los medios internacionales, fue postergado hasta el 17 de septiembre. Otro día comentó: «Un diario de Budapest critica al Che Guevara, figura patética y, al parecer, irresponsable, y saluda la actitud marxista del partido chileno que toma actitudes prácticas frente a la práctica. Cómo me gustaría llegar al poder nada más que para desenmascarar cobardes y lacayos de toda ralea y refregarles en el hocico sus cochinadas».

Tal vez a causa de su impotencia para modificar el curso de los acontecimientos recuperó su humor ácido. Radio Habana informó que la conferencia de la Organización Latinoamericana de Solidaridad reunida en la capital cubana había «recibido un mensaje de apoyo del ELN»; un mensaje, comentó, que sólo pudo llegar por un «milagro de la telepatía». El retrato emblemático del Che reproducido en enormes carteles y banderas presidió las

deliberaciones; Fidel y todos los revolucionarios presentes lo aclamaron como héroe.

A mediados de septiembre llegó la noticia de la detención y el intento de suicidio de Loyola Guzmán, la joven boliviana a la que el Che había designado secretaria general de finanzas en los primeros días, cuando todo parecía tan prometedor. Durante un descuido de sus interrogadores, Loyola se había arrojado por la ventana del tercer piso del Ministerio del Interior para que no pudieran obligarla a delatar a sus camaradas. Aunque sufrió heridas graves, sobrevivió.

El 21 de septiembre el grupo llegó a una altura de dos mil metros, la más alta alcanzada hasta entonces. Por un camino de tierra bajo la luz de la luna se dirigieron a pie hacia Alto Seco, una aldea de cincuenta casas sobre la gran cima rocosa de un cerro. Durante la marcha del día siguiente el Che observó que «la gente tiene mucho miedo y trata de desaparecer de nuestra presencia». Aquella tarde llegaron a Alto Seco, donde los recibieron con una «mezcla de miedo y curiosidad». Allí se enteraron de que el corregidor, o alcalde, había partido el día anterior para avisar al ejército de su presencia. En represalia, el Che se apoderó de las provisiones del pequeño almacén del corregidor, sin escuchar las súplicas plañideras de su mujer de que le pagaran por ellas.

En lugar de partir inmediatamente, pasaron la noche en Alto Seco y reunieron a los pobladores en la escuela, donde Inti explicó la «revolución» a un «grupo de quince asombrados y callados campesinos». El único que se atrevió a hablar fue el maestro, quien les hizo preguntas capciosas sobre el socialismo. El Che lo describió como «una mezcla de zorro campesino, letrado e ingenuidad de niño».

Para esa gente que vivía tan aislada, los guerrilleros barbudos, sucios y armados que irrumpieron en su pueblo eran algo insólito. Algunos los creían seres sobrenaturales. Después de una visita de los guerrilleros, una vecina de Honorato Rojas dijo al ejército que creía que eran brujos porque parecían saber todo sobre todos los pobladores de la zona. Le habían pagado su comida con dinero y ella pensó que eran papeles embrujados que perderían su valor.

Mientras tanto, el ejército había llevado a cabo una guerra psicológica eficaz. Además de sus programas de «acción cívica» a gran escala (construcción de caminos, difusión de propaganda antiguerrillera, entrega de títulos de propiedad a los campesinos y de provisiones a las escuelas rurales), el ejército y la policía habían empezado a recoger información en las comunidades campesinas desde hacía meses. Antes de que los guerrilleros abandonaran Ñancahuazú para operar al norte del río, el pueblo de Vallegrande, sus seis mil habitantes y su guarnición

ya estaban en pie de guerra. En abril los militares declararon el Estado de emergencia en toda la provincia, impusieron la ley marcial y advirtieron a la población que «grupos de tendencia castrocomunista, en su mayoría extranjeros, han infiltrado nuestro país con el único fin de sembrar el caos y detener el Progreso de la Nación, realizar actos de bandolerismo, pillaje y asalto a la propiedad privada, especialmente entre el campesinado… Las Fuerzas Armadas, conscientes de sus obligaciones específicas, se han movilizado para detener y destruir la invasión extranjera, tan maliciosa como vandálica».

Desde fines del verano, Vallegrande era la base principal de operaciones de contrainsurgencia militar y reinaba un clima de histeria bélica. Un altavoz en la plaza pública emitía propaganda antiguerrillera, el puñado de estudiantes izquierdistas de la zona estaba en la cárcel, cualquier extraño de aspecto extranjero era detenido e interrogado. El 23 de agosto, según el parte diario del teniente coronel Selich, toda la población de Vallegrande se «movilizó ante un posible ataque Rojo».

El 1 de septiembre, el comunicado del capitán Vargas Salinas dando cuenta de su emboscada a la columna de Joaquín la noche anterior causó euforia —y confusión— en la comandancia de Vallegrande porque en la lista inicial de «exterminados» figuraba el nombre de «Guevara». Los jefes de estado mayor reunidos en La Paz escucharon el comunicado, y el jefe del ejército, general David La Fuente, no pudo disimular su emoción al exigir una aclaración a Vallegrande: «¿Se refiere al *Che* Guevara?» Poco tardaron en enterarse de que el muerto no era el legendario comandante guerrillero sino Moisés Guevara, pero igualmente expresaron su satisfacción por la victoria.

Para entonces los militares sabían que el Che Guevara estaba hambriento y enfermo y su fuerza estaba muy reducida. Anselmo Mejía Cuellar, uno de los tres soldados tomados prisioneros durante cinco días en agosto, dijo a Selich que se desplazaban poco y muy lentamente, abriéndose paso en el monte a golpes de machete, y estaban «muy sucios». Describió las armas y los deberes de cada guerrillero e hizo algunas observaciones interesantes sobre el Che. «El jefe viaja a caballo… [y] los demás lo sirven como a un Dios, le hacen la cama y le llevan yerba mate. Fuma una pipa de plata… y viaja en el centro [de la columna] con el hombre herido [Pombo, que se recuperaba de una herida en la pierna]; tiene pantalones verdes y camisa de camuflaje con una boina color café… y lleva dos relojes, uno de ellos muy grande». Valerio Gutiérrez Padilla, compañero de cautiverio de Cuellar, dijo que el Che «nunca se quejaba», pero evidentemente estaba «muy mal» porque sus hombres tenían que bajarlo del caballo.

Cuando los guerrilleros llegaron a Alto Seco, el ejército ya sabía de su

presencia y se movilizaba para perseguirlos. El 24 de septiembre, la guarnición de Vallegrande envió un regimiento a instalar una base de operaciones de vanguardia en la aldea de Pucará, quince kilómetros al noroeste del avance guerrillero.

Los guerrilleros partieron de Alto Seco y durante dos días deambularon a paso lento y al descubierto. En medio de lo que llamó un «ataque al hígado», el Che parecía estar perdido en un ensueño al describir «un naranjal lindísimo» donde se detuvieron a descansar. Al acercarse al poblado siguiente, Pujío, anotó al pasar que compró un cerdo «al único campesino que quedó en su casa… El resto huye al vernos».

Al leer estos pasajes, es inevitable la conclusión de que el Che se distanciaba de su situación y se convertía en testigo curioso de su propia marcha inexorable hacia la muerte. Porque violaba las normas más sagradas de la guerra de guerrillas: se desplazaba al descubierto sin saber qué le aguardaba, sin el apoyo de los campesinos y con la conciencia de que el ejército conocía sus movimientos.[*]

Un poema escrito por él durante esa odisea sugiere que él sabía que su tiempo estaba a punto de acabar. Dirigido evidentemente a Aleida, era una especie de testamento titulado «Contra viento y marea»:

Este poema (contra viento y marea) llevará mi firma.

Te doy seis sílabas sonoras,

una mirada que siempre lleva (como un pájaro herido) ternura,

una ansiedad de agua tibia y profunda,

una oficina oscura donde la única luz es la de estos versos míos

un dedal muy usado para tus noches aburridas,

una fotografía de nuestros hijos.

La bala más hermosa en esta pistola que siempre me acompaña,

la memoria imborrable (siempre latente y profunda) de los niños

que, un día, tú y yo concebimos,

y el pedazo de vida que me resta.

Esto lo doy (convencido y feliz) a la Revolución.

Nada que pueda unirnos tendrá mayor poder.

A medida que los campesinos propagaban la noticia de su avance lento, los corregidores de las aldeas corrían a avisar al enemigo. El 26 de septiembre, en el miserable caserío de La Higuera, situado en una pequeña cuenca entre dos crestas, hallaron solamente mujeres y niños porque todos los hombres, incluidos el corregidor y el telegrafista se habían marchado. El Che envió una partida a explorar el camino hacia el pueblo siguiente, llamado Jagüey, pero en la primera loma al salir de La Higuera cayeron en una emboscada. Allí murieron inmediatamente los bolivianos Roberto Coco Peredo y Mario Julio Gutiérrez, junto con el cubano Manuel «Miguel» Hernández. Camba y León, bolivianos, aprovecharon la oportunidad para desertar. Benigno, Pablo y Aniceto sobrevivieron para volver a La Higuera, pero Benigno estaba malherido y Pablo se había fracturado un pie.

El golpe devastador era obra de los soldados de Vallegrande. Desde su base, el teniente coronel Selich informó sobre los tres guerrilleros muertos y a continuación se jactó de que sus soldados «no habían sufrido una sola baja, herida o siquiera un rasguño. Una victoria suprema obtenida por el Tercer Grupo Táctico para el Ejército Boliviano».

Ahora que husmeaban la victoria inminente, las unidades competían para ver cuál ganaría el trofeo máximo: la derrota final del Che Guevara. El coronel Joaquín Zenteno Anaya, jefe de la Octava División; su jefe de inteligencia, coronel Arnaldo Saucedo, y el asesor de la CIA Félix Rodríguez estaban en Vallegrande. Distintas unidades patrullaban la zona desde bases situadas delante y detrás del grupo guerrillero, en Alto Seco y Pucará. El flamante cuerpo de rangers, entrenado por el ejército norteamericano, fue a reforzar la unidad en Pucará.

Después de la emboscada a la salida de La Higuera, el Che y los supervivientes intercambiaron disparos con el enemigo apostado en las alturas y huyeron hacia un cañón. Al día siguiente, buscando una salida de la trampa, treparon a una altura mayor y encontraron un bosquecillo donde ocultarse. Permanecieron allí durante tres días, observando a los soldados que pasaban por un camino situado en la ladera, frente a ellos. Otros soldados estaban apostados en una casa vecina. Cuando los soldados desaparecieron de la vista, el Che envió exploradores a buscar agua, espiar los movimientos del enemigo y hallar una ruta de fuga hacia el río Grande. Pero por el momento estaban rodeados.

Los tres guerrilleros muertos, transportados a Vallegrande en mula y en *jeep*,

estaban tendidos en su propia sangre en el hospital Nuestro Señor de Malta. El 27 de septiembre, Selich observó que «el pueblo asombrado de Vallegrande sólo se atreve a mirarlos desde lejos». La noche siguiente, las tropas que realizaron la emboscada regresaron a la base y se les «rindió tributo» en un festejo dispuesto por el coronel Zenteno Anaya. Después de que una comisión del gobierno procedente de La Paz identificara los cadáveres, Selich cumplió nuevamente la tarea de enterrarlos. Según su anotación del 29 de septiembre a las once de la noche: «En absoluto secreto y en alguna parte, los restos de los mercenarios rojos muertos en la acción de [La] Higuera fueron enterrados».

El 30 de septiembre, el presidente Barrientos llegó a Vallegrande con un gran séquito de funcionarios y periodistas para festejar la reciente victoria. Esa misma noche, a escasos cincuenta kilómetros de allí, el exhausto Che y sus hombres salieron de su escondite para descender cautelosamente hacia el desfiladero, evitando el contacto con los campesinos cuyas parcelas diminutas estaban desparramadas por la región. La radio difundía noticias de la gran movilización militar en curso; un informe hablaba de mil ochocientos soldados en la zona; otro decía que «el Che Guevara estaba rodeado en una quebrada»; otro, que sería «juzgado en Santa Cruz». Entonces se informó de la captura de Camba y León. Evidentemente habían «hablado», hasta el punto de revelar que el Che Guevara estaba enfermo. «Así acaba la historia de dos heroicos guerrilleros», anotó con disgusto en su diario.

El 7 de octubre, los guerrilleros se encontraban en un desfiladero abrupto cerca de La Higuera, donde un estrecho pasadizo natural desciende hacia el río Grande. Avanzaban lentamente porque el Chino Chang había perdido las gafas y de noche estaba casi ciego. De todas maneras, el ánimo del Che era bastante bueno ya que anotó en su diario: «Se cumplieron los once meses de nuestra inauguración guerrillera sin complicaciones, bucólicamente».

Al mediodía sorprendieron a una anciana que sacaba a pastar sus cabras y la tomaron prisionera por precaución. Dijo que no sabía nada sobre los soldados, ni sobre ninguna otra cosa. El Che, suspicaz, envió a Inti, Aniceto y Pablo con ella a su choza miserable donde vivía con una hija enana. Le dieron cincuenta pesos y le dijeron que no hablara con nadie, aunque «con pocas esperanzas de que cumpla», anotó el Che.

Quedaban diecisiete guerrilleros. Esa noche partieron cuesta abajo «con una luna muy pequeña», caminando por una hondonada estrecha cuyos bordes estaban sembrados de patatas. A las dos de la mañana detuvieron la marcha debido a la ceguera nocturna de Chang. El Che escuchó un informe «extraño» según el cual las tropas habían rodeado a los guerrilleros en un lugar entre los ríos

«Acero» y «Oro». «Parece una noticia diversiva», escribió. También apuntó la altura: «2000 metros». Es la última anotación de su diario.

IX

La madrugada del día siguiente, 8 de octubre, una compañía de flamantes rangers bolivianos conducida por un joven capitán del ejército, Gary Prado Salmón, se apostó en los riscos que dominaban el desfiladero. Un campesino había delatado la presencia de los guerrilleros.

Al amanecer, éstos vieron a los soldados en los riscos pelados que se alzaban a ambos lados. Estaban atrapados en la Quebrada del Churo, una hondonada boscosa de trescientos metros de largo y apenas cincuenta de ancho; en algunos puntos era bastante más angosta. Tendrían que abrirse paso a tiros. El Che apostó a sus hombres en tres grupos. Pasaron varias horas tensas. El combate comenzó a las 13.30, cuando los soldados detectaron a un par de guerrilleros que se desplazaban. Apenas los soldados abrieron fuego con morteros y ametralladoras, el boliviano Aniceto Reinaga cayó muerto.

Siguió un tiroteo prolongado en el que cayeron Arturo y Antonio, y los guerrilleros se perdieron de vista. Oculto parcialmente detrás de una gran roca en el medio de un sembrado de patatas, el Che disparó su carabina M-2 hasta que un proyectil le dio en el caño y la inutilizó. Aparentemente había perdido el cargador de su pistola; estaba desarmado. Una bala lo hirió en la pantorrilla izquierda y otra le atravesó la boina. Con ayuda del boliviano Simón Cuba, Willy, trató de escalar la quebrada para huir. Los observaban varios soldados ocultos. Cuando estaban a unos pocos metros, el sargento Bernardino Huanca, un indio menudo y robusto del altiplano, se alzó de la maleza y les apuntó con su fusil. Según Huanca, el Che le dijo: «No dispare. Soy el Che Guevara. Valgo más vivo que muerto».

Momentos después, avisado por los gritos de Huanca de que había capturado a dos guerrilleros, llegó el capitán Prado. Pidió al Che que se identificara y éste lo hizo. Prado desplegó uno de los retratos de Ciro Bustos y confirmó la identidad del Che por su frente pronunciada y la cicatriz junto a la oreja, recuerdo del accidente que casi lo había matado durante la invasión de bahía de Cochinos. Luego ató las manos del Che con su propio cinturón. Envió un radiograma a Vallegrande y después de ordenar a los soldados que vigilaran al Che y Willy, volvió al combate.

A las 15.15, el teniente coronel Selich recibió por radio el informe sobre el «combate sangriento» que libraban los rangers con «¡el grupo de rojos comandados

por el CHE GUEVARA!» Al enterarse de que Guevara era prisionero, Selich abordó inmediatamente un helicóptero y se dirigió a La Higuera. De allí fue directo al campo de batalla.

Acompañado por el servicial corregidor de La Higuera, Selich bajó al cañón donde tenían a Guevara. Mientras tanto continuaba el combate en otras partes de la quebrada. Al bajar se cruzaron con un pelotón que cargaba a un camarada herido de muerte; le dijeron que había otros dos soldados muertos más abajo. Al llegar al lugar donde se encontraba el Che, Selich mantuvo un breve diálogo con él, que luego reprodujo en un informe confidencial.

«Le dije que nuestro ejército no era como él imaginaba, y respondió que estaba herido y una bala había destruido el caño de su carabina y en esas circunstancias no tenía otra alternativa que rendirse…»

Mientras caía la noche y el combate se prolongaba en la quebrada, Selich condujo a sus dos prisioneros a La Higuera. Para entonces lo acompañaban el capitán Prado y el jefe de éste, teniente coronel Miguel Ayoroa. Dos soldados tuvieron que ayudar al Che a escalar la abrupta ladera del desfiladero porque sólo podía apoyarse en su pierna derecha. Detrás iban varios campesinos con los cuerpos de los cubanos René Arturo Martínez Tamayo y Orlando Olo Pantoja («Antonio»).

Esa tarde tendieron al Che atado de pies y manos en el suelo de tierra entre las paredes de barro de la escuela de La Higuera. Junto a él colocaron los cadáveres de Antonio y Arturo. En otra sala encerraron a Willy, vivo e ileso.

Debido a la oscuridad, el ejército suspendió la persecución de los guerrilleros prófugos hasta las cuatro de la mañana, pero Selich apostó centinelas en La Higuera por si intentaban rescatar al Che. A las 19.30, Selich preguntó a Vallegrande qué debía hacer con el Che; le dijeron que lo tuviera «en custodia hasta nueva orden». Entonces entró en la escuela con Prado y Ayoroa para conversar con el Che. Luego sintetizó la conversación de cuarenta y cinco minutos en breves apuntes.

—Comandante, lo encuentro algo deprimido —dijo Selich al Che según sus anotaciones—. ¿Puede explicar las razones por las que tengo esta impresión?

—Fracasé —dijo el Che—. Se acabó, ésa es la razón por la que me encuentra en este estado.

A la pregunta de por qué había elegido combatir en Bolivia en lugar de su

«propio país», el Che respondió con evasivas, pero reconoció que «tal vez hubiera sido mejor». Empezó a elogiar el socialismo como la mejor forma de gobierno para los países latinoamericanos, pero Selich lo interrumpió.

—Preferiría no referirme a ese tema —dijo el oficial, y agregó que en todo caso Bolivia estaba «vacunada contra el comunismo». Acusó al Che de haber «invadido» su país y señaló que la mayoría de sus guerrilleros eran «extranjeros». En ese momento, dice Selich, el Che volvió la mirada a los cuerpos de Antonio y Arturo:

—Mírelos, coronel. Estos muchachos tenían todo lo que querían en Cuba, y sin embargo [vinieron aquí] a morir como perros.

Selich trató de sacarle información sobre los guerrilleros que continuaban prófugos.

—Entiendo que Benigno está gravemente herido desde la batalla de La Higuera [del 26 de septiembre], donde murieron Coco y los demás. ¿Puede decirme, comandante, si está vivo?

—Coronel, tengo muy mala memoria, no lo recuerdo, ni siquiera sé cómo responder a su pregunta.

—¿Es usted cubano o argentino? —preguntó Selich.

—Soy cubano, argentino, boliviano, peruano, ecuatoriano, etcétera… Usted me entiende.

—¿Qué lo hizo venir a operar en nuestro país?

—¿No ve el estado en que viven los campesinos? —preguntó el Che—. Son casi salvajes, viven en un estado de pobreza que deprime el corazón, tienen un solo cuarto donde dormir y cocinar, nada de ropa, abandonados como animales…

—Lo mismo que en Cuba —dijo Selich.

—No, eso no es verdad. No niego que en Cuba todavía existe pobreza, pero [al menos] los campesinos allá tienen la ilusión de progresar mientras que el boliviano vive sin esperanzas. Así como nace, muere sin ver mejoras en su condición humana.[136]

Los oficiales se pusieron a estudiar los documentos que llevaba el Che. Hallaron dos volúmenes de su diario de campaña en Bolivia y se quedaron

leyendo hasta el amanecer.

El 9 de octubre a las 6.15, un helicóptero aterrizó en La Higuera. Traía al coronel Joaquín Zenteno Anaya y al «capitán Ramos», el agente de la CIA Félix Rodríguez.

Sin duda molesto por su anterior conflicto sobre la custodia del prisionero Paco, Selich no recibió con agrado al agente de la CIA; lo vigiló estrechamente y observó que traía, además de un poderoso radiotransmisor de campaña, una cámara con lente especial para fotografiar documentos. El grupo entró en la escuela donde Zenteno Anaya «conversó con el Jefe Guerrillero durante aproximadamente treinta minutos», según Selich.

Rodríguez escribió un relato detallado del macabro encuentro con su archienemigo. El Che estaba tendido de costado sobre la tierra, las manos atadas a la espalda, los pies también atados, junto a los cadáveres de sus amigos. La sangre le manaba de la herida en la pierna y parecía «un montón de basura».

«Estaba hecho un desastre —escribió Rodríguez—. El pelo enmarañado, la ropa harapienta y rota». Ni siquiera llevaba botas; sus pies sucios de barro calzaban unas fundas toscas de cuero como las que hubiera usado un campesino medieval. Mientras Rodríguez lo observaba, «absorto en el momento», el coronel boliviano preguntó al Che por qué había llevado la guerra a su país. No hubo respuesta. «No había otro ruido que la respiración del Che».

Inmediatamente después, bajo la mirada suspicaz de Selich, «Mister Félix Ramos [Rodríguez]… instaló su radio portátil y transmitió un mensaje cifrado… a un lugar desconocido». Luego se puso a fotografiar el diario del Che y otros documentos sobre una mesa colocada fuera de la escuela. Zenteno Anaya y Ayoroa fueron a la quebrada, donde se habían reanudado las operaciones militares, dejando a Selich a cargo de La Higuera. Cuando volvieron, alrededor de las diez, Rodríguez aún tomaba fotos. A las once terminó su tarea y pidió a Zenteno Anaya permiso para hablar con «el señor Guevara». El desconfiado Selich, «considerando que mi presencia era necesaria en esa conversación», entró en la escuela con él. En sus notas consta que conversaron sobre «diversos temas de la Revolución Boliviana además de la Revolución Cubana».

En sus memorias sobre el encuentro, Rodríguez no menciona la presencia de Selich, pero sí advierte como él la soberbia desafiante del Che. Desde el principio le advirtió que no admitiría un interrogatorio, pero cedió cuando el agente de la CIA dijo que sólo quería intercambiar opiniones. Según Rodríguez, el Che reconoció su derrota, que atribuyó a la mentalidad «provinciana» de los comunistas bolivianos

que lo habían aislado. En cambio, cuando Rodríguez trató de extraerle información sobre sus operaciones militares, se negó a responder. Sobre todo se negó a «hablar de Fidel» a pesar de los intentos del agente.

Finalmente, el Che le hizo una pregunta. Evidentemente no era boliviano; a juzgar por su conocimiento de Cuba, era un cubano o puertorriqueño al servicio de la inteligencia norteamericana. Rodríguez respondió que era cubano de nacimiento y miembro de la anticastrista Brigada 2506 entrenada por la CIA. El Che se limitó a responder con un «ja».

A las 12.30 llegó un mensaje del alto mando en La Paz para el coronel Zenteno Anaya, quien dio una orden a Selich. Según los apuntes de éste, la orden era «proceder a la eliminación del señor Guevara». Dijo a Zenteno que correspondía al teniente coronel Ayoroa hacerse cargo de las ejecuciones como jefe de la unidad que había apresado a Guevara. «Ayoroa ordenó el cumplimiento de la orden», escribe Selich.

Mientras Ayoroa y Rodríguez permanecían en La Higuera, Selich y Zenteno Anaya volvieron en helicóptero a Vallegrande con su botín de documentos y armas. A su llegada, alrededor de las 13.30, les dijeron que se había cumplido la orden de ejecutar al Che Guevara.[137]

Según la versión de Félix Rodríguez, fue él, no Zenteno Anaya, quien recibió el mensaje cifrado con la orden de matar al Che; dice además que llevó al oficial a un lado para tratar de disuadirlo. El gobierno de Estados Unidos quería «conservar al dirigente guerrillero con vida cualesquiera que fueran las circunstancias»; aviones norteamericanos aguardaban para transportar al Che a Panamá donde lo someterían a interrogatorio. Zenteno Anaya respondió que no podía desobedecer una orden que venía directamente del presidente Barrientos y el Estado Mayor Conjunto. Dijo que enviaría el helicóptero de vuelta a las 14.00; quería su palabra de honor de que para entonces el Che estaría muerto y que se ocuparía de llevar el cadáver a Vallegrande.

Después de la partida de Zenteno y Selich, Rodríguez estudió sus alternativas. Esa mañana, después de identificar a Guevara, había enviado el mensaje a la CIA y pedido instrucciones, pero éstas no habían llegado y ya era tarde. Podía desobedecer a Zenteno y desaparecer con el Che, pero en ese caso existía la posibilidad de cometer un error de magnitud histórica; Batista había encarcelado a Fidel Castro, pero con ello no había podido detener su acción. Al fin y al cabo, escribió: «La decisión era mía. Y mi decisión fue dejarlo en manos de los bolivianos». Mientras aún trataba de decidirse, oyó un disparo en la escuela. Corrió a la sala donde se encontraba el Che, quien lo miró desde el suelo. Fue a la

sala contigua, donde vio a un soldado con su fusil aún humeante y más allá estaba Willy «derrumbándose sobre una mesita. Literalmente escuché cómo se le escapaba la vida». El soldado dijo que Willy había «tratado de escapar».

Según su cronología de los acontecimientos, Rodríguez volvió a conversar con el Che y lo sacó fuera para fotografiarlo. Esas fotos, que la CIA conservó en secreto durante años, aún existen. En una se ve a Rodríguez, de rostro juvenil y regordete, rodeando con un brazo al Che, que parece una bestia sometida, la cara demacrada vuelta hacia el suelo, el pelo enmarañado, las manos atadas delante del cuerpo.

Luego regresaron a la escuela y reanudaron la conversación hasta que los interrumpió una serie de disparos. Esta vez el ejecutado fue aparentemente el Chino Chang,[138] a quien habían llevado allí aquella mañana, herido pero con vida; para entonces también habían traído los cuerpos de Aniceto y el cubano Alberto Fernández («Pacho»), muertos en la quebrada. «El Che dejó de hablar —recordó Rodríguez—. No dijo nada sobre los disparos, pero su rostro expresó tristeza y meneó la cabeza lentamente de izquierda a derecha varias veces. Tal vez en ese momento comprendió que era hombre muerto, aunque yo no se lo dije hasta poco antes de la una de la tarde».

Rodríguez salió para ordenar sus documentos y «postergar lo inevitable». En ese momento se acercó la maestra del pueblo a preguntar cuándo matarían a Guevara. Le preguntó a su vez por qué quería saberlo, y ella dijo que según la radio, el Che ya había muerto de heridas recibidas en combate.[139]

Rodríguez comprendió que no podía demorarlo por más tiempo y entró en la escuela. Dijo al Che que lo «lamentaba», que había hecho todo lo posible pero que la orden venía del alto mando boliviano. No dijo nada más, pero el Che comprendió. Según Rodríguez, palideció por un instante y dijo: «Mejor así… no debí permitir que me tomaran con vida».

Rodríguez preguntó si quería enviar un mensaje a su familia. «Dígale a Fidel que pronto verá una revolución triunfante en América… Y dígale a mi esposa que vuelva a casarse y trate de ser feliz».

En ese momento, Rodríguez se adelantó y lo abrazó. «Fue un momento de tremenda emoción para mí. Ya no lo odiaba. Le había llegado el momento de la verdad, y se portaba como un hombre. Enfrentaba la muerte con coraje y dignidad».

Rodríguez abandonó la sala. A petición del teniente coronel Ayoroa, un

hombre ya se había ofrecido como voluntario, un sargento menudo y de aspecto rudo llamado Mario Terán que esperaba afuera. Su cara resplandecía como si hubiera bebido. Terán había participado en el tiroteo el día anterior y quería vengar la muerte de tres camaradas.

«Le dije que no disparase al Che a la cara sino del cuello para abajo —dijo Rodríguez—, porque debían presentar el aspecto de heridas recibidas en combate. Subí la cuesta y empecé a escribir mis notas. Cuando oí los disparos miré mi reloj. Eran las 13.10».

Las versiones difieren, pero según la leyenda, las últimas palabras del Che al ver a Terán en la puerta fueron: «Sé que viene a matarme. Dispare, cobarde, sólo va a matar a un hombre». Terán titubeó, apuntó su fusil semiautomático y le disparó a los brazos y las piernas. Mientras el Che se retorcía en el suelo y aparentemente se mordía una muñeca para contener los gritos, Terán disparó otra ráfaga. La bala fatal le perforó el tórax y sus pulmones se llenaron de sangre.

El 9 de octubre de 1967, a los treinta y nueve años de edad, el Che Guevara había muerto.

EPÍLOGO: SUEÑOS Y MALDICIONES

I

La noche del 8 al 9 de octubre, cuando el Che estaba maniatado y tendido en el suelo de la escuela en La Higuera, Aleida se despertó bruscamente con una sensación inexplicable de que su esposo estaba en grave peligro. La premonición fue tan fuerte que a la tarde siguiente, cuando aparecieron en su puerta los hombres enviados por Fidel desde La Habana, ella los esperaba.

Durante meses había recibido las noticias de Bolivia con angustia creciente; Fidel la visitaba regularmente para mantenerla al tanto y ella sabía que la situación del Che era mala. Aleida se encontraba en los montes Escambray, donde había conocido al Che, para realizar una investigación de campo. Había reanudado sus estudios de historia en la Universidad de La Habana, como la había instado él para «mantenerse ocupada».

En La Habana, Fidel analizaba los informes de Bolivia con una mezcla de recelo y preocupación creciente. El 9 de octubre informaron de que el Che había caído y luego que estaba «muerto a causa de sus heridas». Cuando llegó la primera fotografía del cuerpo que se decía que era el suyo, Fidel observó un cierto parecido, pero no pudo creer que aquel cadáver demacrado fuera el del hombre que había partido de Cuba once meses antes.

Apenas llegó a La Habana, Aleida se reunió con Fidel y juntos estudiaron los informes y las fotografías. Al principio se negaron a creerlo, pero cuando Aleida identificó la caligrafía del Che en las fotos del diario secuestrado, ya no quedaron dudas.

En medio de la ola de rumores, Fidel se dirigió a la nación el 15 de octubre en un discurso televisado. Confirmó que los informes sobre la muerte del Che eran «desgraciadamente ciertos», decretó tres días de luto oficial y anunció que desde entonces el 8 de octubre sería el «Día del Guerrillero Heroico» en conmemoración del último combate del Che.

Aleida sufrió un colapso emocional. Fidel la llevó con los niños a su casa y la atendió durante una semana. Después los instaló en otra casa, donde estaban incomunicados y lejos de la atención del público. La visitaba todos los días, y gradualmente ella empezó a recuperarse.

Orlando Borrego sufrió una crisis emocional que duró varios meses. Según él, la muerte del Che lo afectó más que la de su padre. Al principio su dolor quedó en suspenso mientras reconfortaba a Aleida y los niños, pero luego lo golpeó con fuerza. «Fue como si perdiera el equilibrio —recordó—. No podía hacerme a la idea de que el Che estaba muerto, tenía sueños recurrentes en los que se me aparecía con vida».

La noche del 18 de octubre, en la Plaza de la Revolución de La Habana, Fidel se dirigió a uno de los auditorios más grandes de su vida. Casi un millón de personas asistieron al velatorio nacional del Che. Con voz enronquecida por la emoción, Fidel rindió un fervoroso homenaje a su antiguo camarada, al que exaltó como la encarnación de las virtudes revolucionarias. «Si queremos un modelo de hombre, un modelo de hombre que no pertenece a este tiempo, un modelo de hombre que pertenece al futuro, ¡de corazón digo que ese modelo sin una sola mancha en su conducta, sin una sola mancha en su actitud, sin una sola mancha en su actuación, ese modelo es el Che! Si queremos expresar cómo deseamos que sean nuestros hijos, debemos decir con todo el corazón de vehementes revolucionarios: ¡queremos que sean como el Che!»

II

La tarde del 9 de octubre, el cuerpo empapado de sangre del Che fue colocado en una camilla sujeta al tren de aterrizaje de un helicóptero y transportado sobre los áridos cerros a Vallegrande. Lo acompañaba Félix Rodríguez, vestido con uniforme de capitán del ejército boliviano. Poco después de aterrizar, se perdió en la multitud y desapareció.

Días después se encontraba nuevamente en Estados Unidos para informar a sus jefes en la CIA. Llevaba consigo algunas reliquias de su viaje, entre ellas uno de varios relojes Rolex del Che y un resto de tabaco a medio fumar sacado de su pipa y envuelto en papel; más adelante lo pondría en una burbuja de cristal encajada en la culata de su revólver preferido. Pero el recuerdo más insólito que aún conserva es la falta de aliento que empezó a padecer poco después de su llegada a Vallegrande. «Al caminar en el aire fresco de la montaña, me di cuenta de que jadeaba y se me hacía difícil respirar —escribió Rodríguez veinticinco años después—. El Che estaba muerto, pero su asma, un mal que nunca había padecido en mi vida, se me había transmitido. Aún hoy mi crónica falta de aliento es un recuerdo constante del Che y sus últimas horas de vida en la aldea de La Higuera».

Colocado sobre una pila de hormigón en el lavadero del jardín del hospital Nuestro Señor de Malta en Vallegrande, el cuerpo del Che permaneció en exhibición esa noche y todo el día siguiente con la cabeza alzada y los ojos pardos muy abiertos. Para detener la descomposición, un médico le abrió la garganta y le inyectó formaldehído. Una multitud de soldados, pobladores curiosos, fotógrafos y periodistas desfilaron junto al cuerpo, que daba la macabra impresión de estar vivo. Entre las monjas del hospital, la enfermera que lavó el cadáver y las mujeres de Vallegrande se difundió rápidamente la impresión de que presentaba un parecido extraordinario con Jesucristo; varias de ellas cortaron mechones de su cabello para conservarlos como talismanes.

El teniente coronel Andrés Selich y el mayor Mario Vargas Salinas se hicieron fotografiar junto al cuerpo. Selich se llevó el portafolio de cuero del Che y uno de varios relojes Rolex; el capitán Gary Prado se quedó con otro. El verdugo Mario Terán se llevó la pipa. El coronel Zenteno Anaya se llevó como trofeo personal la dañada carabina M-2 y autorizó a Prado a repartir el dinero hallado en poder del Che —varios miles de dólares y una buena cantidad de pesos bolivianos — entre los suboficiales y la tropa.

A esas alturas se había resuelto que el Che no tendría tumba. Sus restos, como los de sus camaradas que habían muerto antes, acabarían «desaparecidos». Para contrarrestar las expresiones de incredulidad procedentes de La Habana, el general Alfredo Ovando Candia propuso decapitar al Che y conservar su cabeza como prueba. Félix Rodríguez, quien aún se encontraba en Vallegrande, dice que calificó la propuesta de «excesivamente bárbara» y propuso que conservaran un dedo. Ovando Candia cedió en parte: le amputarían las manos. La noche del 10 de octubre se realizaron dos máscaras mortuorias de cera y se tomaron las impresiones digitales; se amputaron las manos para ser conservadas en frascos de formaldehído. Dos peritos forenses de la policía argentina llegaron para comparar las huellas con las del expediente de «Ernesto Guevara de la Serna» en Buenos Aires; coincidían totalmente.

En las primeras horas del 11 de octubre, el cuerpo del Che fue enterrado, como siempre, por el teniente coronel Andrés Selich acompañado, según él, por el mayor Mario Vargas Salinas y otro oficial en calidad de testigos. La viuda de Selich dice que lo arrojaron a una tumba secreta abierta por una excavadora bajo la maleza cerca del campo de aviación de Vallegrande; en otra tumba colectiva cercana enterraron a seis de sus camaradas.[140]

Esa mañana llegó Roberto, el hermano del Che, con la esperanza de identificarlo y llevarse los restos, pero ya era tarde. El general Ovando Candia dijo que lo lamentaba, pero ya habían incinerado el cadáver. Esta y otras versiones contradictorias de los generales bolivianos empezarían a circular durante los días siguientes, y el paradero de los restos del Che sería un enigma sin solución durante los veintiocho años siguientes.

A Roberto, de expresión sombría y traje oscuro —tan parecido a su célebre hermano y a la vez tan distinto—, no le quedaba otra cosa que hacer que volver a Buenos Aires, donde lo esperaban su padre y sus hermanos. Todos aceptaron la triste noticia menos la tía Beatriz, quien jamás reconoció la muerte de su sobrino preferido ni aceptó hablar del asunto.

III

En los días siguientes, otros cuatro guerrilleros prófugos —Moro, Pablo, Eustaquio y Chapaco— fueron perseguidos, asesinados y enterrados en tumbas colectivas secretas cerca de Vallegrande.[141]

Por increíble que parezca, los cubanos Pombo, Benigno y Urbano juntamente con los bolivianos Inti Peredo, Darío y Ñato escaparon de la quebrada. El ejército los persiguió y el 15 de noviembre tuvieron una escaramuza en la que Julio Méndez (Ñato) cayó gravemente herido y pidió a sus camaradas que lo mataran. Benigno ha dicho que fue él quien disparó el tiro de gracia y después los cinco escaparon del encierro. Con ayuda de algunos miembros del Partido Comunista Boliviano que, siquiera tardíamente, reunieron el coraje suficiente para salvar a los últimos supervivientes de la insurgencia del Che, reaparecieron tres meses después en los Andes nevados. Allí los rescataron los partidos socialista y comunista de Chile; el senador socialista Salvador Allende voló con ellos a la isla de Pascua, de donde volvieron a La Habana pasando previamente por Tahití, Etiopía, París y Moscú.

Harry Pombo Villegas siguió la carrera militar y fue comandante de las fuerzas expedicionarias cubanas en Angola. Ascendido a general y declarado en vida «Héroe de la Revolución», vive en un apartamento modesto no lejos de la vieja casa del Che en La Habana. Leonardo «Urbano» Tamayo es coronel del ejército en activo; a su regreso sufrió una crisis nerviosa, pero se recuperó y lleva una vida discreta en la capital cubana. Dariel Alarcón Ramírez —«Benigno», el diestro machetero del Che en Bolivia— trabajó en el sistema de prisioneros cubano y hasta la década de 1980 instruyó a guerrilleros de más de una docena de países latinoamericanos. Sin embargo, en los últimos tiempos se sintió decepcionado por el régimen que ayudó a instaurar en su juventud. En 1996, en Francia, publicó un libro en el cual criticó duramente el régimen de Fidel, a quien hizo responsable de varios crímenes, incluido el presunto «abandono» del Che y sus guerrilleros en Bolivia. Considerado un traidor en Cuba, actualmente vive en el exilio en París.

A pesar de las acusaciones de Benigno y algunas dudas persistentes sobre hasta qué punto Cuba ayudó al Che en Bolivia, la mayoría de las pruebas indican que La Habana hizo lo que pudo dentro de sus posibilidades. Una vez conocida la presencia del Che y tras la llegada de los norteamericanos, el margen de maniobra de los agentes cubanos en Bolivia se hizo extremadamente estrecho. Las fronteras

estaban cerradas o fuertemente custodiadas; el Partido Comunista, proscrito. En esas condiciones, cualquier guerrillero que llegara para unirse al Che sería detectado fácilmente. Los militares detenían a todos los extranjeros de aspecto sospechoso. Según Ariel, Cuba empleaba varios medios para estar al tanto de la situación. En la primavera de 1967, Régis Debray pudo informar a los servicios secretos cubanos sobre la situación del Che gracias a su novia venezolana Elizabeth Burgos, que pudo visitarlo en la cárcel de Camiri. Por su parte, Ciro Bustos pidió a su esposa Ana María que transmitiera a La Habana la petición desesperada de un nuevo equipo de radio, además de su recomendación de iniciar un segundo foco para distraer la atención. Ana María envió una carta, pero debido a una serie de problemas ésta llegó a La Habana en vísperas de la caída del Che. En septiembre de 1967 agentes cubanos en París pidieron a Toto Schmukler, el amigo de Bustos, que viajara a Argentina y Bolivia para averiguar todo lo que pudiera sobre la situación del Che. Schmukler tuvo la impresión de que los cubanos estaban «muy preocupados». Viajó como le pidieron, pero cuando llegó a Argentina a principios de octubre, ya era tarde.

El apoyo de Cuba a la guerrilla boliviana no terminó con la muerte del Che. Inti Peredo y Darío llegaron a Cuba y en 1969 regresaron a su país con un nuevo contingente de bolivianos para reanudar la guerra. Pero ese mismo año, antes de que pudiera iniciar las operaciones, Inti murió en un tiroteo en una casa clandestina de La Paz; Darío (David Adriazola) fue apresado y asesinado unos meses después. Chato, el hermano menor de Inti, tomó el mando y con setenta y tantos estudiantes bolivianos, en su mayoría carentes de instrucción militar, inició una nueva guerrilla en la remota ciudad minera de Teoponte, al norte de La Paz, cerca de la cabecera del río Beni.[142] Después de unos meses de campaña, desorganizado, famélico y rodeado por el ejército, el segundo intento de foco guerrillero del ELN murió en un torbellino de sangre y vidas derrochadas. Chato sobrevivió y en la actualidad es un prestigioso psicoterapeuta en Santa Cruz, Bolivia; su especialidad es llevar a sus pacientes «de regreso al útero».

El ministro del Interior boliviano Antonio Arguedas, que observó impasible el desenlace fatal de la guerrilla del Che, en 1968 redescubrió inexplicablemente sus tendencias marxistas y con ayuda de amigos comunistas, envió clandestinamente las manos del Che y un microfilm de su diario a Cuba. Posteriormente cayó bajo sospecha, huyó del país y reapareció en La Habana convertido en una suerte de «héroe secreto» de todo el episodio. En una serie de piruetas desconcertantes, se fue de Cuba, reanudó sus contactos con la CIA y volvió a Bolivia. Arguedas trabajó por un tiempo como abogado, pero su vida seguía turbia. En los ochenta pasó tres años en la cárcel acusado de pertenecer a una banda de secuestradores. A finales de los noventa vivía semiclandestinamente en La Paz, llevando, en apariencia, una vida gangsteril. En febrero de 2000,

Arguedas apareció muerto en una misteriosa explosión en La Paz. Según la policía, la explosión ocurrió cuando una bomba que él mismo portaba estalló por error.

Desplazado de la dirección del Partido Comunista Boliviano, Mario Monje se exilió en Moscú, donde aún vive. Según él, los agentes de inteligencia soviéticos le dieron orden de «no hablar», que acató hasta los años noventa. Durante décadas recibió un subsidio del Instituto América Latina, una oficina de investigaciones políticas del Partido. Desde la caída de la Unión Soviética, Monje es un hombre sin un país ni un «hermano mayor» que lo mantenga.

La mayoría de los supervivientes de la guerrilla de Masetti, encarcelados en Salta, recuperaron la libertad en 1968 gracias a su abogado Gustavo Roca. Estando en la cárcel, sufrieron una violenta conmoción al recibir la visita del «Fusilado», el hombre condenado a muerte por Masetti en Argelia. Dijo que los argelinos le perdonaron la vida, lo encerraron en una celda donde permaneció aislado del mundo durante uno o dos años, hasta que un día lo liberaron sin darle explicaciones y lo enviaron a Cuba. Cree que posiblemente el Che se enteró de su situación durante su visita en 1965 y ordenó que lo liberaran. De regreso en Cuba, fue a combatir a los contrarrevolucionarios en el Escambray y una vez «rehabilitado», lo enviaron a estudiar la posibilidad de organizar la fuga de sus antiguos camaradas. Dijo que no les guardaba rencor; sólo estaba feliz de haber conservado la vida. Según Henry Lerner, que lo conoció allí, «el Fusilado» era judío como él.

Al cabo de tres años y ocho meses de cárcel, Alberto Castellanos, escolta del Che, fue expulsado del país y pudo regresar a Cuba. Las apelaciones de Héctor Jouve y Federico Méndez fueron denegadas, y sus sentencias de catorce y dieciséis años ampliadas a cadena perpetua. Se beneficiaron con una amnistía en 1973, tras el regreso de Juan Perón a Argentina, pero huyeron del país cuando los militares derrocaron a Isabel, la tercera esposa de Perón, e iniciaron una oleada de represión anticomunista. Restaurado el régimen civil a principios de la década de los ochenta, ambos regresaron al país. Méndez murió hace algunos años; Jouve vive con su familia en Córdoba. Es psicoterapeuta y un hombre profundamente reflexivo.

Henry Lerner, que estuvo a punto de morir a manos de Masetti, fue apresado por los militares argentinos y durante tres años estuvo «desaparecido», esperando la ejecución. Se salvó gracias a una insólita mediación de la Iglesia católica, por la cual un centenar de personas detenidas a disposición del gobierno fueron liberadas y expulsadas del país. Por ser judío, Lerner obtuvo asilo en Israel. Posteriormente emigró a Madrid, donde es psicoterapeuta como su antiguo camarada Héctor Jouve.

En la llamada «guerra sucia» argentina contra la izquierda, que adquirió pleno vigor a partir de 1976, la familia Guevara fue una de las primeras víctimas. Guevara Lynch huyó a Cuba con su nueva novia Ana María Erra, una artista treinta años menor que él. Allí formaron una nueva familia y llamaron a uno de sus hijos Ramón, en recuerdo del nombre de guerra del Che en Bolivia. Después de la muerte de su hermano, Roberto giró hacia la izquierda y junto con Juan Martín participó en un movimiento guerrillero «guevarista» en Argentina. Roberto alternó entre Cuba y Europa, pero Juan Martín cometió el error de volver de Cuba a combatir en su país; lo detuvieron en menos de un mes y pasó nueve años en la cárcel. Su hermana Celia pasó buena parte de los años setenta y principios de los ochenta en Londres, donde trató de obtener su libertad a través de Amnistía Internacional.

Al finalizar la guerra sucia, los hermanos del Che volvieron gradualmente a la Argentina. Roberto es abogado de varios sindicatos izquierdistas; Juan Martín tiene una librería en Buenos Aires. Ana María, la hermana menor del Che, murió de enfermedad hace unos años; Celia Guevara lleva una vida discreta en Buenos Aires. Su padre no regresó. «El viejo» Guevara murió en La Habana en 1987, a los ochenta y siete años. Dedicó sus últimos años a escribir libros sobre su hijo después de estudiar su correspondencia y diarios. Su esposa e hijos (hermanastros del Che) viven en Cuba.

Ciro Bustos y Régis Debray fueron condenados a treinta años de prisión, pero en 1970, antes de cumplir los tres años, quedaron en libertad por orden del nuevo presidente militar boliviano, el general reformista Juan José Torres; fueron a Chile, donde el socialista Salvador Allende era presidente. Debray, que se hizo famoso durante su juicio público en Bolivia, siguió siendo una figura destacada en los círculos intelectuales de la izquierda europea; en la década de los ochenta fue asesor del presidente francés François Mitterrand sobre asuntos latinoamericanos. Poco a poco, su amor por la revolución boliviana se fue desvaneciendo. En memorias publicadas en 1996, criticó con dureza a Fidel Castro, a quien calificó de «megalómano». Sobre el Che dijo que era «más admirable» pero menos «simpático» que Castro, y lo acusó de mostrarse rudo e insensible con sus hombres en Bolivia.

Entre los supervivientes de la aventura boliviana, acaso ninguno sufrió tanto como el pintor Ciro Bustos. Aunque sus ex carceleros dicen que Debray colaboró con ellos, fue Bustos quien cargó con la infamia de «delatar» la presencia del Che en Bolivia por medio de sus retratos. Denigrado por Debray, rechazado por Cuba, Bustos trabajó durante algunos años en Chile, hasta que el golpe militar de 1973, encabezado por el general Augusto Pinochet con respaldo de la CIA, lo obligó a huir. Volvió a la pintura en su Argentina natal, pero la guerra sucia lo obligó a huir

nuevamente. Ahora vive discretamente en Suecia, donde pinta hermosos retratos de personas sin rostro.

Loyola Guzmán, la secretaria nacional de finanzas del Che en Bolivia, fue liberada en 1970, en un trueque de prisioneros con el ELN que había secuestrado a dos ingenieros alemanes con ese fin. Finalmente llegó a Cuba. Aleida la tomó bajo su protección porque Loyola descubrió que nadie en los servicios secretos quería recibirla ni darle alguna explicación sobre el desastre de 1967 y que el Che era innombrable en su patria adoptiva. Fidel había sucumbido por fin al abrazo del oso soviético, que duraría diecisiete años. Por el momento, el «aventurerismo» del Che había caído en el descrédito.

Loyola Guzmán y otros camaradas regresaron a Bolivia por sus propios medios para reanudar la campaña guerrillera. Pero en 1972, los militares rodearon la casa clandestina donde se encontraba con su esposo y varios camaradas más. Los hombres escaparon, pero los mataron después. Loyola, que estaba embarazada, pasó dos años en la cárcel, donde dio a luz su primer hijo; lo llamó Ernesto en homenaje al Che. Años después, a medida que los ejércitos de la región apoyados por Estados Unidos adoptaban métodos cada vez más brutales para aniquilar las insurgencias marxistas inspiradas por el Che, Loyola se convirtió en una reconocida representante de los familiares de «los desaparecidos» de Bolivia y de América Latina. Participó activamente en la búsqueda de los restos del Che y sus guerrilleros en Vallegrande; fue ella, además, la que logró los primeros resultados, cuando los campesinos le informaron dónde estaban los restos de Moro, Pablo, Chapaco y Eustaquio. Hoy viven en La Paz, y es abuela, pero sigue en su abnegada misión de esclarecer las muertes y ubicar los restos de las más de ciento cincuenta personas desaparecidas en Bolivia durante los regímenes militares.

El recibimiento tenso y hostil que encontró Loyola en la Cuba de 1970 era un indicio de los muchos golpes de timón que sufriría la isla durante el prolongado mandato de Fidel como «jefe máximo». En efecto, la clara subordinación de Cuba a la línea soviética sufrió un asombroso giro de ciento ochenta grados en menos de tres años, porque inmediatamente después de la muerte del Che las relaciones entre los dos países entraron en un estado de hibernación. Furioso por el apoyo implícito de Moscú a la línea del Partido Comunista Boliviano y por las duras críticas al Che y la «exportación» de la revolución publicadas en *Pravda*, Fidel rehuyó al Kremlin. El embajador Alexander Alexeiev, considerado demasiado afín a Fidel, fue trasladado en 1968 a la remota Madagascar.

Como expresión de su disgusto, en 1967 Fidel envió apenas a su ministro de Salud a la festividad anual que se celebraba en noviembre en la Plaza Roja. A

principios de 1968 inició una nueva purga de «viejos comunistas», supuestamente al descubrir que una facción disidente conspiraba contra él con personal de la embajada soviética. Tal como en la purga de los «sectarios» de 1962, el protagonista de la conspiración era el temible Aníbal Escalante, pero en esta ocasión su condena no fue el exilio en Moscú sino quince años de prisión. Uno de los crímenes de los que quedaron constancia en las grabaciones fue el haber criticado al Che.

A continuación, invocando el espíritu del Che, Fidel se lanzó a la conquista desesperada de la autosuficiencia económica. Proclamó que en 1970 se obtendría una zafra sin precedentes de diez millones de toneladas de azúcar y volcó los escasos recursos de la nación en ese objetivo. Orlando Borrego, ministro del Azúcar, dijo a Fidel que dudaba que se pudiera alcanzar esa cifra; lo destituyeron. Efectivamente no se alcanzó, y el tremendo esfuerzo debilitó enormemente la economía cubana. En la práctica esto significó el fin de cualquier esperanza de autonomía. Los soviéticos, alentados por la declaración de apoyo de Fidel a su invasión de Checoslovaquia, impusieron rápidamente sus criterios. El Ministerio de Industrias fue dividido en varios departamentos menores, purgado de elementos leales al Che, y muchos extranjeros que habían acudido a trabajar con él abandonaron la isla. Se clausuró el campo de rehabilitación de Guanacahabibes y la granja experimental Ciro Redondo y se destruyó el «departamento de control» con sus expedientes que detallaban las aptitudes revolucionarias y laborales de más de cuarenta mil individuos. A pesar de su destitución en 1968, Orlando Borrego sigue siendo leal a Fidel y a la Revolución; ahora, a los setenta años, es asesor del Ministerio de Transportes y de la denominada «Cátedra Che Guevara» en la Universidad de La Habana.

A pesar de la «hibernación» de una década y media inducida por el gobierno, el Che resurgió como una piedra de toque revolucionaria en Cuba. A finales de los ochenta, cuando Mijaíl Gorbachov empezó a introducir cambios en la Unión Soviética, Fidel se opuso a las reformas liberales de la *glasnost* y la *perestroika* con lo que llamó el proceso de «rectificación»: la readopción de las ideas del Che Guevara como las pautas a seguir por los comunistas cubanos. Sin embargo, el proceso no alcanzó a empezar porque coincidió con el derrumbe del bloque soviético y el fin de treinta y un años de subsidios de Moscú a Cuba. Aunque la situación la obligó a permitir las inversiones extranjeras limitadas y otras «reformas de mercado» para rescatar su maltrecha economía, Fidel ha persistido en la resurrección del Che como ratificación espiritual de lo poco que queda de la Cuba «revolucionaria». De acuerdo con la tradición revolucionaria de ponerle un nombre oficial a cada año, 1997 quedó consagrado como el «Año del Trigésimo Aniversario de la Muerte en Combate del Guerrillero Heroico y Sus Camaradas».

IV

Muchos de los hombres asociados con la muerte de Guevara en Bolivia también murieron de manera violenta, lo que dio lugar a la leyenda de la «maldición del Che». La primera víctima fue el presidente militar del país, general René Barrientos, cuyo helicóptero se estrelló en abril de 1969, en circunstancias jamás aclaradas. Honorato Rojas, el colaborador campesino que delató a la columna de Joaquín, fue ejecutado por el «segundo» ELN a fines de 1969. En 1971, el coronel Roberto Quintanilla, jefe de inteligencia de Arguedas en el Ministerio del Interior, que tomó las huellas digitales del Che, murió asesinado en Alemania.

El presidente populista Juan José Torres —que como general del Estado Mayor Conjunto de Barrientos votó a favor de la ejecución del Che en 1967— fue asesinado por paramilitares argentinos en 1976, después de su derrocamiento y fuga al exilio. Dos semanas antes, el coronel Joaquín Zenteno Anaya había sido asesinado en París en una acción reivindicada por una desconocida «Brigada Internacional Che Guevara».

El capitán Gary Prado, considerado el héroe militar de la «derrota del Che», ascendió rápidamente en el escalafón hasta alcanzar el grado de coronel. En 1981, durante una operación para aplastar una insurrección armada en Santa Cruz, sufrió heridas que lo dejaron paralizado de la cintura para abajo. Se retiró con el grado de general para dedicarse a la política, se alió con la centroizquierda y fue embajador en Londres. El capitán Mario Vargas Salinas también llegó a general y en los años setenta fue ministro del dictador Hugo Bánzer Suárez.

De todos los que tuvieron participación directa en la captura y ejecución del Che Guevara, al teniente coronel Andrés Selich le tocó la peor suerte. En 1971, encabezó una revuelta militar que derrocó al presidente Juan José Torres y llevó al poder al general derechista Hugo Bánzer Suárez. Fue su ministro del Interior durante seis meses, pero luego lo marginaron y enviaron al exilio diplomático como embajador en Paraguay. Allí empezó a conspirar contra el dictador, volvió clandestinamente a Bolivia en 1973 para iniciar una nueva revuelta, pero fue atrapado y asesinado a golpes por matones militares a las órdenes de Bánzer. El mayor retirado Miguel Ayoroa vive discretamente en Santa Cruz y niega haber tenido participación en la muerte del Che, que atribuye exclusivamente al difunto Andrés Selich.

El verdugo Mario Terán es un personaje patético, un hombre que vive oculto —a veces usa pelucas y disfraces—, convencido de que Cuba o sus aliados lo buscan para asesinarlo. El ejército le asigna tareas serviles, por ejemplo la de encargado del bar en el casino de oficiales del cuartel general de la Octava División en Santa Cruz. Terán, un hombre sumamente amargado, se considera chivo expiatorio de sus superiores, que escribieron libros y ganaron gloria y ascensos con la derrota del Che. Acepta responder sobre los sucesos de La Higuera del 9 de octubre de 1967, pero sólo por dinero. Gordo, desaliñado, con el rostro marcado por una cicatriz curva que parte su labio superior, Terán estalla de furia cuando le preguntan si siente algún remordimiento. «¿Qué se cree? —dice—. ¿Se imagina que entré así nomás en esa sala y tiré del gatillo? ¡Estuve en la quebrada el día antes, estuve ahí! Vi morir a tres de mis amigos».

Félix Rodríguez también cree que Cuba lo quiere asesinar; menciona un incidente en los años setenta, cuando la inteligencia norteamericana le advirtió sobre un plan para secuestrar el avión en el que estaba a punto de viajar. Su carrera de espía continuó en Vietnam, El Salvador y otros países desgarrados por la guerra, hasta que a finales de los ochenta tuvo que comparecer ante el comité del Senado norteamericano que investigaba el asunto de Irán y los contras. Rodríguez había trabajado para Oliver North en el suministro de ayuda ilegal a la contra nicaragüense y en operaciones contra los guerrilleros salvadoreños del Farabundo Martí. Hoy es un hombre corpulento, y el estudio de su casa en un suburbio residencial de Miami está repleto de los recuerdos cabalísticos que reunió durante su larga carrera al servicio de la CIA: en un marco de cristal exhibe el sujetador de una comandante guerrillera salvadoreña capturada por él; granadas, fusiles, placas y diplomas de varios servicios de contrainsurgencia, una carta de «agradecimiento por los servicios prestados» de George Bush. El espacio más grande de una pared atestada de recuerdos está ocupado por una foto enmarcada en la que aparece junto al Che Guevara, herido y condenado.

Una extraña simbiosis vincula a todos los que conocieron al Che, fuese como amigos o enemigos: no sólo los une el respeto por él, sino también, en muchos casos, la conciencia de que si alguna vez se escriben sus necrológicas, será porque tuvieron algo que ver con el Che.

Ricardo Rojo, compañero ocasional y amigable contrincante político, escribió el *best seller* internacional *Mi amigo el Che* cuando aún duraba la conmoción provocada por su muerte. Por un lado le dio fama y algo de fortuna, pero por el otro le granjeó el rechazo enconado de Cuba y los camaradas del Che, porque perpetuó la historia de que Guevara se había distanciado de Fidel. Rojo huyó de Argentina en los años setenta y volvió después de la restauración del régimen civil en 1983 para dedicarse a la abogacía. Polemista agudo y tan encantador como

siempre, fue una figura destacada en los círculos políticos y periodísticos de Buenos Aires hasta su muerte, de cáncer, en 1996.

Alberto Granado, el amigo del Che, aún vive en Cuba. A sus ochenta y tantos años, es un patriarca jovial que disfruta del ron y los buenos tangos. Venerado como «amigo» del Che, ha escrito algunos libros sobre su relación con él y viajado por el mundo para dar conferencias sobre sus correrías. En 2004, Granado se vio consagrado en la pantalla grande como «Mial» en la exitosa película *Diarios de motocicleta*, dirigida por Walter Salles, sobre las aventuras que él y «Fuser» tuvieron por las carreteras sudamericanas en 1952.

Los otros fieles amigos argentinos del joven Ernesto Guevara, Calica Ferrer y Carlos Figueroa, siguen en Argentina, reuniéndose a menudo para rememorar los viejos tiempos. En 2005, Calica publicó las memorias de su viaje con Ernesto en 1953, y también en 2005 Julia Constenla escribió un libro sobre su antigua amiga Celia Guevara de la Serna.

Myrna Torres, la amiga de Ernesto y de Hilda Gadea en Guatemala, vive en Cuba desde los años sesenta. Su casa en La Habana ha servido de santuario para toda una generación de revolucionarios latinoamericanos. Su primer marido y el padre de sus dos hijos, Humberto Pineda —uno de los dos hermanos de quienes el Che decía que tenían los «huevos bien puestos»—, fue uno de los fundadores de la guerrilla guatemalteca. En 1966 fue capturado, torturado y asesinado, y en 1975, su hermano Luis Arturo fue «desaparecido» también. Myrna volvió a enamorarse, de un cubano, pero ahora ha vuelto a enviudar. Regresó a Nicaragua en 1979 con el triunfo de la Revolucion Sandinista y trabajó en el gobierno como encargada de la prensa extranjera, pero cuando cayó el sandinismo, en 1990, retornó a La Habana. Es una mujer elegante y de espíritu joven, y cuando no está viajando para ver a sus hijos, que viven en México, suele escribir sus memorias.

El 11 de marzo de 1998, en La Habana, murió Manuel «Barbarroja» Piñeiro, a los sesenta y cinco años, cuando perdió el control de su coche al volver a su casa después de participar en una recepción en la embajada de México. A pesar de haber sido apartado de su antiguo cargo como jefe del Departamento de las Américas unos años antes, Barbarroja se había mantenido fiel a Fidel Castro y a la revolución cubana. Muy afable y excelente narrador, con su barba larga ya blanca, le gustaba reunirse con sus amigos en la cocina de su casa en Miramar, llena de libros y papeles, para fumar, tomar *whisky* y hablar de política internacional. Por más que le gustara hablar, Barbarroja tenía muchos secretos guardados, y la mayoría se los llevó con él a la tumba.

Los hijos del Che se criaron en Cuba bajo las miradas protectoras de «tío»

Fidel y «tío» Ramiro Valdés. Sus hijos Ernesto y Camilo cursaron los cinco años de estudios en la academia del KGB en Moscú. Camilo trabajó por un tiempo en el Ministerio de Pesca con Enrique Oltuski, el viejo amigo del Che, y Ernesto con Ramiro Valdés en una empresa electrónica estatal. Aliusha se licenció en medicina, con especialización en alergias, como su padre. Contra los deseos de su madre, realizó tareas internacionalistas en Nicaragua y Angola en los años ochenta, cuando la presencia cubana en esos países era mayor. Durante un tiempo estuvo casada con un hijo de Gustavo Machín de Hoed, uno de los hombres que murió con el Che en Bolivia. Celia es bióloga marina y trabaja con los delfines y leones marinos en el acuario de La Habana.

Así como Ernesto, Celia y su madre Aleida rehúyen de la luz pública, en cambio, en los últimos años, Aliusha y Camilo desempeñan un papel cada vez más destacado en la representación internacional del legado de su padre, viajando a eventos internacionales donde lo conmemoran y hablando sobre él en público. De los dos, Camilo es el que más se parece físicamente al Che, aunque es más fornido y con el cabello rubio de su madre. Aliusha es ya una mujer madura de cuarenta y tantos años. De su padre posee el cabello oscuro y la lengua afilada, aunque no su sentido del humor.

Aleida volvió a casarse, como quería el Che, y se mudó de la casa en la calle 47 a una nueva en Miramar, en la misma manzana que Alberto Granado y justo enfrente de la viuda del «viejo» Guevara. Durante años fue delegada en el congreso del Partido Comunista cubano y miembro activo de la Federación de Mujeres. Una atractiva abuela cercana a los setenta años, de pelo teñido de rubio y risa juvenil, Aleida ha abandonado esas tareas públicas para dedicarse a su familia y, con el apoyo de sus hijos Aliusha y Camilo, a la perpetuación de la memoria del Che desde un nuevo Centro de Estudios Ernesto Che Guevara, construido en 2005. Queda justo enfrente de su antigua casa, que todo el mundo sigue conociendo como «la casa del Che».

Cuando Hilda, la primera esposa del Che, murió de cáncer en 1974, su hija Hildita se fue a Europa. Llevó una vida dura de trabajos temporales y viajes constantes por Italia y otros países a la manera de los *hippies* de la época. Luego vivió en México, donde se casó con un guerrillero llamado Alberto. Se instalaron en Cuba, pero las actividades conspiradoras de Alberto contra el aliado más firme del país incomodaron al régimen de Fidel, y se le pidió que se fuera de la isla. Hildita se fue con él, pero con el tiempo se divorciaron y ella regresó con sus dos hijos. Desde mediados de los años ochenta trabajó en la Casa de las Américas, la principal institución cultural del país, como archivista e investigadora, y empezó a compilar una bibliografía de los escritos de su venerado padre.

Leal a la revolución pero sin pelos en la lengua en cuanto a lo que consideraba eran sus defectos, las declaraciones y conducta de Hildita le granjearon los reproches del régimen. Cuando su hijo adolescente Canek, roquero heavy-metal, criticó al gobierno de Fidel frente a la prensa extranjera, un manto de oprobio cayó sobre el pequeño clan. En 1995, Hildita murió de cáncer a los treinta y nueve años, la misma edad que tenía su padre cuando lo mataron. Ni Fidel ni Raúl asistieron a su velatorio, pero enviaron grandes coronas de flores. En el funeral en el enorme cementerio Colón, donde la enterraron en el Panteón de las Fuerzas Armadas Revolucionarias, no hubo discursos.

«La casa del Che», como la llaman, está pintada de azul marino; la terraza y la entrada están cubiertas de buganvillas rojas y púrpuras. Las paredes del vestíbulo están adornadas con retratos del Che, pero deterioradas por las filtraciones de agua. El pequeño despacho del Che en la planta superior está tal como él lo dejó, con su mesita de madera barnizada y tapa de formica blanca, su silla de oficina con ruedas y respaldo de vinilo y las ventanas de doble hoja en ambos extremos que dan a una vista similar.

Allí están sus libros: las obras de Marx, Engels y Lenin repletas de anotaciones en los márgenes; las biografías de Fouchet y María Antonieta, de Stefan Zweig. En un nicho debajo del escritorio están los últimos libros que leyó, sobre Bolivia, África y la revolución argelina, varios de ellos en francés; hay un libro de «T. Buchanan» sobre el asesinato de Kennedy.

En la pared detrás del escritorio aún cuelga el retrato de Camilo, y sobre la estantería se encuentran el busto de Simón Bolívar y el bajorrelieve en bronce de Lenin. Una calabaza para mate con su bombilla de plata ocupa un estante lateral, y en el suelo acumula polvo una estatua de bronce que representa al «Nuevo Hombre Soviético». Dentro de un armario estrecho hay ciertos efectos que el Che dejó: una mochila verde oliva, correajes y otras prendas militares, todo deteriorado por la humedad.

V

La fe inquebrantable del Che en sus propias convicciones se afirmaba en la combinación insólita de una pasión romántica y un pensamiento frío y analítico. En esta mezcla paradójica se encuentra probablemente el origen de la estatura cuasi mística que adquirió, pero también la fuente de sus debilidades intrínsecas: la

soberbia y la ingenuidad. Aunque singularmente dotado para comprender y elaborar una estrategia a gran escala, parecía incapaz de advertir los pequeños detalles humanos que constituían el cuadro mayor, como lo demuestra la nefasta elección de Masetti para conducir el «foco» argentino. Allí como en Cuba, el Congo y Bolivia, los hombres en los que depositó su confianza lo decepcionaron una y otra vez; por su parte, él nunca aprendió a modificar la naturaleza fundamental de los demás para convertirlos en «comunistas abnegados». Pero errores aparte, lo que más se recuerda del Che es su ejemplo personal, encarnación de la fe, la fuerza de voluntad y el sacrificio.

Como me dijo «Santiago», un veterano agente de inteligencia cubano: «Hacia el fin el Che sabía qué le esperaba y se preparó para una muerte ejemplar. Sabía que su muerte sería un ejemplo en la causa de la revolución latinoamericana, y tenía razón. Hubiéramos querido tenerlo con vida aquí en Cuba, pero la verdad es que su muerte fue una ayuda tremenda para nosotros. Difícilmente hubiéramos tenido tanta solidaridad revolucionaria en todos estos años si el Che no hubiera muerto como lo hizo».

Hoy el Che vuelve a ser una figura tan controvertida y universalmente reconocida como en la época en que la rebeldía estudiantil lo adoptó como su icono. Después de caer en el olvido durante los años setenta y ochenta, en los noventa ha resurgido como símbolo perdurable de combate intransigente contra un poder arraigado.

Los que creían que el Che o la guerra de guerrillas habían pasado de «moda» tras el eclipse de la insurgencia marxista y el fin de la guerra fría estaban equivocados. Así lo demuestra la insurrección indígena zapatista dirigida por el enmascarado Subcomandante Marcos en el sur de México. Sus tácticas militares escasamente agresivas y sus objetivos políticos —la autonomía de los pueblos indígenas de Chiapas— son mucho más modestos que los del Che, pero su legado se hace evidente en el rechazo por parte de los guerrilleros de la subordinación mexicana a los intereses capitalistas norteamericanos, así como en sus reclamaciones de una amplia reforma social, política y económica. La figura carismática de Marcos —con su arma, su pipa, su aire a la vez reflexivo, irónico y lírico— ha despertado la fascinación popular como alguna vez lo hizo la del Che. En verdad, es difícil no ver en Marcos un Che Guevara redivivo y adaptado a los tiempos modernos —menos utópico, pero idealista y dispuesto a pelear por lo que cree—, que acaso aprendió de los errores de su predecesor pero aun así sigue su modelo.

En otras partes del mundo, el espectro del Che reaparece dondequiera que subsisten los conflictos no resueltos de su época. En diciembre de 1996, la toma de

rehenes en la embajada japonesa en Lima, Perú, por el grupo guerrillero «guevarista» Movimiento Revolucionario Túpac Amaru, atrajo la atención del mundo sobre una causa hasta ese momento ignota y estremeció a un régimen que hasta entonces se consideraba sólido. Semanas antes, en África, en medio de las tensiones regionales provocadas por la presencia de millones de refugiados hutu ruandeses en el Zaire oriental y las milicias armadas ocultas entre ellos, irrumpió de manera espectacular un movimiento rebelde zaireño hasta entonces desconocido que obligó a los refugiados a regresar a Ruanda, tomó varias ciudades y dispersó las milicias hutu.

El hombre que estaba al frente de esa rebelión no tardó en aparecer. Era Laurent Kabila, el caudillo rebelde a quien el Che había tratado de ayudar tres décadas antes, y que ahora resurgía de la oscuridad para enarbolar nuevamente la bandera.

En mayo de 1997, después de una vertiginosa campaña militar, Kabila derrocó la dictadura de treinta y un años de Mobutu, tomó el poder y rebautizó Zaire con el nombre de República Democrática Popular del Congo. Pero muy pronto Kabila demostró que no había aprendido de sus errores del pasado, y como líder de su país fue igual de decepcionante que cuando ostentaba «liberarlo» con la generosa ayuda del Che. Al año y medio de su llegada al poder, el antiguo Zaire estaba envuelto en una nueva guerra, más grande que todas los anteriores, con milicias tribales y tropas invasoras de cinco países vecinos combatiendo por un lado u otro y apoderándose de sus ricos yacimientos de cobre, diamantes y oro. En enero del 2001, Kabila fue asesinado por un guardia presidencial en una intentona de golpe de Estado. Fue sucedido por su hijo Joseph, de apenas 29 años, que ha logrado mantenerse en el poder desde entonces. Sin embargo, la guerra en la República Democrática del Congo no se detuvo, y se calcula que cuatro millones de personas han muerto en el baño de sangre. Sea como sea, lo que pasa en el Congo es una prueba más de que algunas de las batallas libradas por el Che en la década de los sesenta aún esperan su desenlace.

En el pueblo de Vallegrande, en Bolivia, el empeño para hallar y exhumar el cadáver del Che finalmente dio sus frutos en julio de 1997. Tal como había dicho el general Mario Vargas Salinas, apareció junto con otros seis cadáveres —los de Pacho, Aniceto, Willy, el Chino Chang, Arturo y Antonio— debajo de la pista del aeródromo, cuando un equipo forense argentino-cubano encontró el esqueleto sin manos. Una vez exhumados, los restos de los guerrilleros fueron colocados en ataúdes y enviados a La Habana. Allí los recibieron en una ceremonia discreta y emotiva, presidida por Fidel y Raúl Castro, juntamente con Aleida y sus hijos. El Che Guevara había regresado a su patria adoptiva a tiempo para el funeral de Estado organizado para el trigésimo aniversario de su «última batalla». En octubre,

después de unas exequias en la Plaza de la Revolución, los ataúdes del Che y sus compañeros fueron llevados en una procesión de honor por carretera hasta Santa Clara. Allí fueron colocados en un mausoleo especial construido en las afueras de la ciudad que él había liberado cuarenta y un años antes. Un año después, en otra ceremonia en el mausoleo de Santa Clara, los restos de Tania y de algunos otros guerrilleros caídos, rescatados de sus tumbas anónimas en Bolivia, fueron sepultados al lado del Che.

La historia sigue dando sus vuelcos. El 14 de junio del 2006, el nuevo presidente de Bolivia, Evo Morales, asistió a un acto en La Higuera en conmemoración del 78.º cumpleaños del Che. Junto con él estaba el hijo del Che, Camilo Guevara, y los embajadores de Cuba y de Venezuela. El carismático presidente de Venezuela, Hugo Chávez, quien propugna una «revolución bolivariana» en America Latina, es también un devoto del Che. Con los recursos provenientes del petróleo venezolano, Chávez se ha convertido en el principal baluarte económico de Cuba, y ahora promete serlo de Bolivia también. Para algunos, la nueva alianza entre Fidel, Chávez y Evo Morales representa el renacimiento del viejo sueño del Che, de crear una «revolución continental» pero esta vez sin balas.

Durante su investidura como presidente, unos seis meses antes, Morales había calificado su victoria, y la lucha que tenía por delante, como «una continuación de la lucha del Che Guevara». No fue, al parecer, una invocación puramente retórica. En mayo, Morales nacionalizó de golpe los hidrocarburos de Bolivia y mandó tropas para ocupar las refinerías e instalaciones privadas y extranjeras. Algunas semanas después, en La Higuera, Morales pidió un minuto de silencio en memoria al Che, y dijo: «Jamás traicionaremos la lucha del Che Guevara, de Fidel, de Chávez, y esto lo decimos en el lugar en el que nuestro hermano mayor perdió la vida». En una alusión a los Estados Unidos, agregó: «Hoy el imperio levanta armas contra los pueblos, y si lo hiciera contra Cuba o Venezuela o Bolivia, estamos dispuestos a poner nuestra propia sangre».

En Vallegrande quedó una leyenda escrita en la pared de adobe de la oficina telefónica…: *Che, vivo como nunca te quisieron*. Esta frase describe acaso mejor que ninguna otra el verdadero legado del Che. Su poderosa presencia que trasciende el tiempo y el espacio sigue viva en la imaginación popular. Siempre juvenil, valiente, implacable y desafiante, con esa mirada intensa e indignada, el Che ha desafiado la muerte. Mientras sus amigos y camaradas más entrañables se marchitan con los años o sucumben al bienestar de una existencia que ya no da cabida a «la revolución», el Che permanece inalterable. Es inmortal porque otros lo quieren así, ejemplo solitario del Hombre Nuevo que vivió alguna vez y desafió a otros a seguirlo.

APÉNDICE

Pág. 108: En su libro *Mi amigo el Che*, publicado en 1968, Rojo relata la vida de Guevara y su amistad con él. Tal vez porque lo escribió con prisa para aprovechar la tan publicitada muerte del Che, el libro está repleto de errores.

Aparentemente, Rojo quiso describir una relación más estrecha de la que realmente existió, pero no es el único que trató de hallar un lugar entre las candilejas de la horda póstuma de amigos y conocidos. Lo cierto es que se conocieron, fueron amigos y por eso ciertos aspectos del libro de Rojo poseen valor histórico.

Rojo dice que, desde La Paz en adelante, viajó con Calica y Ernesto durante la mayor parte del trayecto. No es verdad. Se reunieron en Lima, Guayaquil, Costa Rica, Guatemala y México, pero viajaron siempre por separado. Más adelante visitaría al Che en Cuba varias veces.

Pág. 127: «Nota al margen» apareció en la edición de *Notas de viaje* publicadas años después por su viuda, Aleida March, aunque el Che le había dejado instrucciones precisas de quemar este y otros escritos juveniles en caso de su muerte. Afortunadamente, ella lo desobedeció. Cree que la persona enigmática descrita aquí puede ser un ser ficticio compuesto de varias personas que conoció durante su viaje, o bien un recurso literario empleado para evocar la escena de autorrevelación.

Alberto Granado no recuerda a nadie que coincida con esta descripción; aún le desconcierta que su amigo Fúser tuviera esos pensamientos mucho antes de revelar su aceptación del marxismo a sus amigos y familiares.

Pág. 148: De la corriente de Operación Éxito surgieron varios hombres cuyas trayectorias tendrán mucho que ver con la de Ernesto Guevara. Uno de ellos fue Daniel James. Como director y principal corresponsal en Latinoamérica del semanario anticomunista *New Leader*, James participó en la campaña periodística norteamericana contra Arbenz. A mediados de 1954 escribió el libro *Red Design for the Americas* en el que abogaba por el derrocamiento del gobierno de Arbenz. Según los autores del libro más fiable sobre el golpe, *Bitter Fruit: The Untold Story of the American Coup in Guatemala*, los vehementes argumentos de James de que los

comunistas controlaban el país resultaron «tan convincentes» que la CIA compró cientos de ejemplares para distribuirlos entre los periodistas norteamericanos y otros «formadores de opinión».

En 1968, James obtuvo los derechos exclusivos para publicar los documentos de la guerrilla boliviana del Che capturados por la CIA, incluso el diario de Guevara. Un año después publicó una biografía sumamente mordaz de Guevara.

Pág. 209: Según Aleida March, existen sólo dos ejemplares del diario del Che en la sierra de 1957-1959: el suyo y el de Fidel. Cuando el autor estaba en Cuba, se estaba «purgando» el diario de los nombres de funcionarios en activo que merecieron observaciones críticas u hostiles del Che, con la idea de publicarlo más adelante.

Pág. 230: El Che estudió un documento traído por los visitantes que esbozaba el programa ideológico del Movimiento 26 de Julio y que le causó una impresión moderadamente buena. En él, escribió, se planteaba «una serie de decretos revolucionarios bastante avanzados, aunque algunos tan líricos como el anuncio de que no se establecerán las relaciones diplomáticas con las dictaduras [latino]americanas».

Probablemente se refería a la edición más reciente de *Revolución*, el nuevo órgano clandestino del movimiento dirigido por Carlos Franqui, un ex comunista que trabajaba de periodista en La Habana y manejaba la propaganda clandestina del Movimiento 26 de Julio. En *Revolución* de febrero de 1957 aparecía un artículo titulado «La necesidad de la revolución», extracto de un borrador de panfleto llamado *Nuestra razón*. Franqui había encargado el borrador a Mario Llerena, un analista político, para que fuera el «Manifiesto-Programa» del Movimiento 26 de Julio.

El artículo describía la «Revolución» en los siguientes términos: «Un proceso histórico continuo… La Revolución lucha por la transformación completa de la vida cubana, por profundas modificaciones en el sistema de propiedad y por un cambio en las instituciones… De acuerdo con sus objetivos y como consecuencia de la realidad histórica, geográfica y sociológica de Cuba, la Revolución es democrática, nacionalista y socialista».

Sin embargo, cuando apareció *Nuestra razón* unos meses después, Fidel se distanció de ella, sin duda para evitar cualquier pronunciamiento ideológico que pudiera enemistarlo con adherentes potenciales al 26 de Julio.

Pág. 284: En la carta a Daniel (publicada en el *Diario de la revolución cubana* de

Carlos Franqui), el Che escribió: «Debido a mi formación ideológica, soy de los que creen que la solución de los problemas del mundo se encuentra detrás de la llamada cortina de hierro, y considero a este Movimiento como uno más de los que se inspiran en el deseo de la burguesía de liberarse de las cadenas económicas del imperialismo. Siempre he visto en Fidel a un auténtico dirigente de la burguesía izquierdista, aunque esta imagen es realzada por cualidades personales de un brillo extraordinario que lo elevan por encima de su clase. Inicié la lucha con ese espíritu: honestamente sin esperanzas de ir más allá de la liberación del país; plenamente dispuesto a partir cuando las condiciones de lucha posteriores giraran la acción del Movimiento hacia la derecha (hacia lo que representan todos ustedes). Pero nunca conté con un cambio drástico en sus ideas fundamentales para aceptar el Pacto de Miami. Parecía imposible y más adelante descubrí que lo era… Afortunadamente, la carta de Fidel llegó en el ínterin… y explicó cómo sucedió lo que podemos llamar una traición».

En cuanto al problema de las provisiones, dijo, ni él ni Fidel recibían las necesarias con suficiente rapidez, de manera que tomaría sus propias medidas. Si su principal proveedor era un «personaje turbio», se creía perfectamente capaz de tratar con él sin correr riesgos. Subrayó que él no comprometía sus valores, como sí lo hicieron los que aceptaron el Pacto de Miami, donde «lo único que sucedió es que se ofreció un culo en lo que fue probablemente el acto de "sodomía" más detestable de la historia cubana. Mi nombre en la historia (que pienso ganarme por medio de mi conducta) no puede estar vinculado con ese crimen y por la presente dejo constancia de ello… Si esta carta le duele porque la considera injusta o porque se considera inocente del crimen y quiere decírmelo, bárbaro. Y si le duele tanto que corta las relaciones con esta parte de la revolución, tanto peor».

Cuatro días después, Daniel le respondió con una elocuente refutación; dijo que escribía para dejar «constancia de su integridad revolucionaria». En cuanto a no dar a conocer la carta, como pedía el Che, Daniel dijo que la había dado a leer al resto del Directorio; por consiguiente, la respuesta era de todos ellos. «No me interesa en lo más mínimo dónde me sitúa usted, ni siquiera trataré de hacerle cambiar su opinión personal sobre nosotros… Éste no es el momento de discutir "dónde se encuentra la salvación del mundo"… Nuestras diferencias fundamentales son que nos interesa llevar a los pueblos oprimidos de "nuestra América" gobiernos que respondan a sus anhelos de Libertad y Progreso… Queremos una América fuerte, dueña de su destino, una América que pueda mostrarse orgullosa frente a Estados Unidos, Rusia, China o cualquier otra potencia que trate de socavar su independencia política y económica. Por otra parte, los de su formación ideológica piensan que la solución de nuestros males consiste en liberarnos de la nociva dominación "yanqui" por medio de una no menos nociva dominación "soviética"».

Pág. 306: Al divulgar los detalles de la disputa entre la sierra y el llano en un artículo publicado poco antes de su partida de Cuba, el Che rompió el silencio sobre un asunto declarado oficialmente tabú desde el triunfo de la Revolución. Optó por pasar por alto el desacuerdo de Faustino Pérez con las decisiones de la cumbre de mayo y dejar la impresión de que esa brecha estaba definitivamente cerrada.

Debe recordarse que cuando el Che escribió su artículo, Faustino estaba en su mismo «bando», era un miembro destacado de la dirección revolucionaria y sus antiguas diferencias habían perdido importancia, hasta el punto de que no era conveniente detenerse públicamente en ellas.

En su carrera posterior, además de las virtudes enumeradas por el Che, Faustino Pérez demostró que era un superviviente consumado. El antiguo opositor del caudillismo de Fidel se convirtió en uno de los grandes visires del fidelismo; el antiguo anticomunista ingresó en el Comité Central del Partido Comunista cubano inaugurado oficialmente por Fidel en 1965 y fue un miembro destacado del aparato hasta su muerte en 1993.

Pág. 316: En su carta, Fidel advirtió a Raúl: «Debemos considerar la posibilidad de que elementos de la dictadura, explotando este incidente, estén preparando un plan de agresión física contra ciudadanos norteamericanos; dada la situación sin salida de Batista, esto pondría en nuestra contra a la opinión pública internacional, que reaccionaría indignada a la noticia, por ejemplo, de que varios de esos norteamericanos fueron asesinados por los rebeldes. Es esencial declarar categóricamente que no utilizamos el sistema de rehenes, por mucho que se justifique nuestra indignación contra las actitudes políticas de cualquier gobierno… Debes tener en cuenta que en asuntos que pueden tener consecuencias gravosas para el Movimiento, no puedes actuar por tu propia iniciativa o ir más allá de ciertos límites sin consulta alguna. Además, eso daría la falsa impresión de anarquía total en los círculos internos de nuestro ejército» (Franqui, *Diario de la revolución cubana*).

Pág. 326: A fines de 1958, el Che ya había reclutado o conocía a la mayoría de sus futuros camaradas de guerrilla. Eliseo Reyes, luego llamado «Rolando», Carlos Coello, alias «Tuma», Orlando «Olo» Pantoja («Antonio») y Manuel Fernández Osorio, alias «Miguel», estuvieron con él en la marcha a Las Villas, lo mismo que su escolta Harry Villegas, «Pombo», y Leonardo Tamayo, «Urbano», en la Escuadra Suicida del Vaquerito. El tercer cubano superviviente de Bolivia, Dariel «Benigno» Alarcón Ramírez, y Antonio «Pinares» Sánchez estaban en la columna invasora de Camilo. José María «Papi» Martínez y Octavio de la Concepción Pedraja, «el Moro», estaban con Raúl en Oriente. Juan Vitalio Acuña,

llamado «Joaquín» en Bolivia, estaba en la Sierra Maestra, donde Fidel lo había designado comandante. Tres futuros combatientes se unirían a la fuerza del Che en Escambray: Alberto «Pachungo» Fernández Montes de Oca, Gustavo «Alejandro» Machín de Hoed y Jesús «Rubio» Suárez Gayol.

Pág. 505: El programa de guerrillas para América Latina tuvo el apoyo de Fidel desde el comienzo. La agencia secreta conocida como «Departamento de Liberación» de Manuel «Barbarroja» Piñeiro fue creada como un viceministerio técnico dentro del flamante Ministerio del Interior de Ramiro Valdés. Dice Piñeiro: «Yo era responsable de las organizaciones de inteligencia y de la Dirección Nacional de Liberación Nacional, que se ocupaba de América Latina y África». En ese sentido, dice, tuvo «una relación activa e intensa con el Che» y participó en muchos cónclaves de madrugada con revolucionarios de todas partes del mundo. Se dice que Valdés se concentraba en el «contraespionaje» dirigido contra Estados Unidos, pero también tuvo «alguna participación» en la puesta en marcha de los proyectos guerrilleros. Evidentemente, el papel de Raúl era menos directo; según una pauta establecida desde el comienzo por Fidel, se le permitía escoger a los cuadros militares para sus operaciones. Pero el verdadero supervisor era el Che. «Desde el primer día, el Che estuvo a cargo del movimiento de liberación armado apoyado por Cuba», dijo una fuente del gobierno cubano con acceso a los archivos secretos correspondientes.

Pág. 577: En noviembre de 1962, Leonov reveló una vez más su don de cruzarse con personalidades históricas en vísperas de sucesos trascendentales al conocer a Lee Harvey Oswald. Éste se había presentado en la embajada soviética en Ciudad de México para hablar con un funcionario. Al ver que estaba armado y nervioso, decidió que era un «psicópata peligroso» y llamó rápidamente al personal de la embajada para que lo sacaran del lugar. Leonov dice que se quedó atónito cuando poco después lo reconoció como el hombre detenido en Dallas y acusado de asesinar al presidente de Estados Unidos. En una conversación sobre las diversas teorías en torno del asesinato de Kennedy, Leonov descartó la idea de que Oswald trabajara para el KGB: recordó esa conducta «psicótica» que había presenciado y añadió que en teoría, si es que la agencia soviética hubiera querido matar a Kennedy, jamás hubiera usado a un sujeto tan desequilibrado y difícil de controlar.

En 1993 el autor mantuvo tres conversaciones con Leonov en Moscú, en las que éste habló de distintos aspectos de su vida, su carrera en la inteligencia y sus relaciones con el Che Guevara y otras personalidades. Durante una sesión habló con pasión sobre la causa revolucionaria guatemalteca y el asesinato de varios «amigos» comunistas suyos por los escuadrones de la muerte. No entró en detalles sobre esa relación salvo para decir que había apoyado su causa. En su libro *El oro*

de Moscú, publicado en 1995, el bien informado periodista argentino Isidoro Gilbert, ex corresponsal de la TASS, dice que Leonov ayudó activamente a la causa revolucionaria guatemalteca y sugiere que lo hizo en el marco de un proyecto clandestino el KGB que contaba con la aprobación del gobierno. Manuel Piñeiro dijo elípticamente al autor que Leonov «siempre se mostraba solidario con los combatientes revolucionarios latinoamericanos y la Revolución Cubana».

A juzgar por un memorándum que el jefe del KGB, Alexander Shelepin, envió a Jrushov el 29 de julio de 1961, y que salió a la luz recientemente, los soviéticos no veían con malos ojos las guerras de guerrillas en los países donde el partido comunista local estaba proscrito y a veces les prestaban su apoyo.

Según pasajes publicados en *Inside the Kremlin's Cold War: From Stalin to Khrushchev*, de Zubok y Pleshakov, el memorándum de Shelepin proponía una serie de acciones clandestinas alrededor del mundo para distraer a Estados Unidos del enfrentamiento en Berlín. «Shelepin abogaba por medidas "para activar por los medios accesibles al KGB insurrecciones armadas contra gobiernos reaccionarios prooccidentales". Las acciones subversivas comenzaron en Nicaragua, donde el KGB planificó un motín armado por medio de un "frente interno de resistencia" coordinado con los cubanos de Castro y el Frente Revolucionario Sandino. Shelepin propuso utilizar "fondos del KGB además de los otros 10 000 dólares norteamericanos para comprar armas". El plan incluía la instigación de una insurrección armada en El Salvador y una rebelión en Guatemala, donde las fuerzas guerrilleras recibirían 15 000 dólares para comprar armas». (Jrushov autorizó el plan y el Comité Central Soviético lo aprobó el 1 de agosto de 1961.)

Pág. 578: Poco después de la visita del Che a Moscú, Rudolf Shlyapnikov viajó a Cuba para ocupar un puesto en la embajada soviética como oficial a cargo del millar de «voluntarios» del Komsomol soviético en Cuba. En febrero de 1968 fue expulsado de Cuba juntamente con otros agentes soviéticos acusados de conspirar con el recalcitrante Aníbal Escalante y otros «viejos comunistas» descontentos para socavar la autoridad revolucionaria de Fidel. Escalante fue condenado a quince años de prisión. Desde su puesto en la embajada en La Habana, Oleg Darushenkov ascendió rápidamente en la jerarquía partidaria hasta convertirse en jefe del departamento Cuba del Comité Central. Durante la década de 1980 fue embajador en México. Después de la caída del comunismo en la Unión Soviética, renunció y se instaló en México con un puesto de ejecutivo en la gran empresa Televisa. (El último puesto diplomático de Shlyapnikov, de cónsul soviético en Veracruz, México, coincidió con el de Darushenkov como embajador.)

Se considera que estos hombres representaban la línea soviética antiguevarista. Aleida March, la viuda del Che, cree que Oleg Darushenkov era un

«agente infiltrado» y aún hoy se enfurece al recordar que después de su muerte, cuando fue a la casa a presentar sus condolencias, le dijo a boca de jarro: «¿Por qué fue a Bolivia si era extranjero?» Ofendida, Aleida recordó el precedente del general dominicano Máximo Gómez, que había combatido en la guerra de independencia cubana contra España. Por último, le increpó, cómo se atrevía a hacer semejante pregunta en «esta casa», la del Che.

Borrego, que conoció bien a Darushenkov, coincide con el juicio de Aleida: lo describe como un sujeto inteligente, capaz y sumamente ambicioso a la vez que «perverso», que hablaba mal de las personas y hacía comentarios malignos en una forma tal que sugerían una doble intención.

Pág. 586: Según Aleida March, entre los presentes en la habitación estaba Jonas Savimbi, joven dirigente de la resistencia angoleña. Más adelante, fundaría la guerrilla UNITA con ayuda china. Cuando Cuba dio su apoyo a la guerrilla del MPLA, Savimbi buscó apoyo en Occidente. Pero en la batalla multilateral contra los portugueses que logró la independencia del país en 1974, se impuso el MPLA, que conquistó el poder e instauró un régimen marxista. Savimbi continuó haciéndole la guerra con apoyo militar sudafricano y de la CIA. En la década de 1980, el UNITA tenía lujosas oficinas en Washington, y el presidente Ronald Reagan calificó a su jefe de «combatiente por la libertad» contra el comunismo en la mejor tradición occidental. En 1992, Savimbi participó en un alto el fuego bajo mediación internacional y se presentó luego a las elecciones nacionales, en las que perdió. A continuación reanudó la guerra, en la que murieron cientos de miles de angoleños y buena parte del país quedó destruido. Finalmente, en febrero de 2002, Savimbi fue rodeado y murió en combate con las tropas del gobierno. Fue el principio del fin de la sangrienta guerra civil angoleña. A las pocas semanas de su muerte, UNITA y el gobierno del MPLA firmaron un alto el fuego, y en agosto de 2002, con la decisión de UNITA de convertirse en un partido político, el ejército guerrillero de Savimbi se desmovilizó, poniendo fin al conflicto. Desde entonces, Angola ha estado oficialmente en paz.

Pág. 590: Ésos no eran los únicos problemas de Fidel con los chinos. A fines de 1964, durante la ausencia del Che (cuando la cosecha de arroz se redujo drásticamente debido a la incompetencia revolucionaria y se presentó un problema grave de desabastecimiento) China aumentó sus exportaciones de arroz a la isla a petición de Fidel, pero a cambio de un trueque por azúcar muy ventajoso para Pekín. El hecho de haber tenido que firmar el acuerdo en la embajada sin duda mortificó a Fidel y le dolió durante mucho tiempo. El desaire, sumado a la injuriosa campaña de propaganda china en La Habana, provocó un aumento de la tensión. En un discurso en marzo de 1965, advirtió implícitamente a la embajada china que debía abandonar el «proselitismo», pero los panfletos continuaron

circulando, y en septiembre de ese año visitó al embajador para exigir explicaciones. No las hubo, pero en diciembre los chinos suspendieron los envíos de arroz a Cuba. En febrero de 1966, Fidel divulgó el asunto y denunció la «insolencia» de los chinos. Un mes después, fustigó enérgicamente al gobierno comunista chino, al que calificó de «monárquico», e insinuó que su líder —Mao— era senil. Los dos países conservaron sus embajadas, pero las relaciones se redujeron prácticamente a cero y no mejoraron en la década de los setenta, cuando Cuba se alineó totalmente con los soviéticos. El asunto es tratado en detalle por Maurice Halperin en *The Taming of Fidel Castro*.

Pág. 596: Además de los poemas grabados, el Che le dejó un poema escrito por él. Aleida dice que jamás lo divulgará: «Es mío. El mundo podrá leerlo después de que yo muera». Siempre ha ocultado los detalles de su vida con el Che con un celo casi obsesivo. Aliusha, su hija mayor, dice que fue el temor de perderla, cuando se preparaba para seguir las huellas de su padre al presentarse para tareas internacionalistas como médico en Nicaragua, lo que hizo que su madre se sincerara un poco. Aleida le leyó una carta de amor del Che que guardaba bajo llave en un escritorio especial de la casa. Y cuando estaba en Nicaragua, le envió una copia de los poemas grabados.

Además de la carta «pública» de despedida a sus hijos, el Che les envió postales desde África y una grabación en las que les expresó su amor de padre. «El Che era machista, como la mayoría de los latinos», dice Aleida con un afectuoso tono de reprensión. En la carta a Camilo y Ernesto dijo que a fines de siglo —si estaba vivo y si «aún existía» el imperialismo— lo combatirían juntos o si no, se irían «juntos a la Luna en una nave espacial». En otra carta a las niñas les pidió que cuidaran a sus hermanos, en especial a Camilo, a quien debían inculcar que no debía decir palabrotas.

A mediados del 2006, Aleida estaba revisando sus memorias, y se supone que la versión publicada incluirá algunas de las cartas y los poemas que el Che le dejó, incluyendo, quizás, el último.

Pág. 605: *La duda* es un cuento corto, sin fecha, que trata de una meditación del Che sobre la creencia de los congoleños en el dawa, o brujería. El otro, *La piedra*, tampoco está fechado, pero al parecer fue escrito después de que Osmany Cienfuegos le comunicara la noticia de que Celia madre estaba agonizando. El relato es un reflexión muy sentida en donde el Che explora sus sentimientos hacia su madre, y también sobre la idea de la muerte. Así comienza: «Me lo dijo como se deben decir estas cosas a un hombre fuerte, a un responsable, y lo agradecí. No me mintió preocupación o dolor y traté de no mostrar ni uno ni el otro. ¡Fue tan simple! Además, había que esperar la confirmación para estar oficialmente triste.

Me pregunté si podía llorar un poquito. No, no debía ser, porque el jefe es impersonal; no es que se le niegue al derecho a sentir, simplemente, no debe mostrar que siente lo de él; lo de sus soldados, tal vez».

El resto del relato gira en torno a las pequeñas cosas imprescindibles que el Che llevaba consigo siempre: la pipa para fumar tabaco, la fosforera, sus libretas de apuntes y sus plumas, el vaporizador para el asma. El título tiene que ver con una piedrecita que pertenecía a un llavero que le había regalado su madre. La piedra se había despegado del llavero, y el Che la llevaba ahora, suelta, en el bolsillo.

Habla además de un pañuelo de gasa que le había regalado Aleida antes de partir, y escribe: «… Me lo dio ella por si me herían en el brazo, sería un cabestrillo amoroso. La dificultad estaba en usarlo si me partían el carapacho. En realidad había una solución fácil, que me lo pusiera en la cabeza para aguantarme la quijada y me iría con él a la tumba. Leal hasta la muerte. Si quedaba tendido en el monte o me recogían los otros no habría pañuelito de gasa; me descompondría entre las hierbas o me exhibirían y tal vez saldría en el *Life* con una mirada agónica y desesperada fija en el instante del supremo miedo. Porque se tiene miedo, a que negarlo».

Pág. 624: En notas inéditas fechadas el 21 de noviembre de 1965 en su diario, partes del cual el autor pudo conocer en Cuba, Pombo escribió sobre algunos problemas omitidos por el Che en su crónica.

«Después de tomar la decisión de retirarnos de ese lugar y volver al país vecino de Tanzania, empezaron a aparecer discrepancias entre Tatú y otros altos dirigentes del partido designado para colaborar con él en el ejercicio de un deber tan difícil (Tembo, Siki, Uta, Karim).

»La raíz fundamental de las divergencias antes mencionadas está en la actitud de los compañeros hacia la realidad en la que nos encontramos, su escasa comprensión de la actitud asumida por Tatú [Che] frente a la situación sobre el terreno debido a que no confiaban en él como dirigente nacional de nuestra revolución y como dirigente de nuestro destacamento designado para combatir en esas tierras lejanas.

»Pensaban que Tatú era caprichoso en su decisión de permanecer ahí y que no había podido apreciar el hecho de que no existían las condiciones subjetivas para llevar a cabo la revolución; que aunque la insurrección triunfara, la revolución [congoleña] no tenía dirigentes para llevarla adelante porque eran todos seudorrevolucionarios, sin principios e incluso se podría decir que tenían poca moral.

»Pero la realidad es que Tatú era consciente de eso, era consciente de la imposibilidad de llevar a cabo una revolución social; nos lo había dicho a todos salvo a Siki [Fernández Mell] y a Tembo [Aragonés] que no estaban presentes porque estaban en la base, donde no fue enviada». (Pombo se refiere al "Mensaje a los combatientes", del 12 de agosto.)

»Yo dije personalmente que su posición de sacrificio se debía a su convicción de que el retiro de los cubanos debía ser una decisión que debía venir del gobierno cubano… [y] que nunca debíamos [suplicar o] clamar para que nos autorizaran a retirarnos…»

Pág. 629: Cuando se fue con el Che al Congo, Pombo dejó a su mujer, con quien se había casado tres años antes y a su hijito Harry. La esposa de Pombo, Cristina Campuzano, había sido secretaria del Che en los inicios de la «industrialización» y era amiga tanto de Hilda Gadea como de Aleida. En esa época, las familias de los hombres del Che estaban muy unidas: Tuma fue el padrino de la boda de Pombo y Cristina.

Eran tiempos «durísimos» para las mujeres, dice Cristina, porque veían muy poco a sus esposos. «En Cuba estaban con el Che a cualquier hora, y después se fueron al Congo y después a Bolivia». Es lógico que las familias formaran un grupo muy estrecho. Cuando los esposos se fueron con el Che, se las «retiró» de la luz pública por razones de seguridad. Varias familias llevaban una vida semicomunitaria en un complejo de apartamentos en Miramar. En determinado momento, Cristina, como Aleida, debía reunirse con Pombo en Europa y se le dio una «leyenda» para estudiar. En ese momento Pombo estaba oculto en la embajada cubana en París.

Cuando Pombo se fue a Bolivia, le dijeron a Cristina —nuevamente, como a Aleida— que podría ir allá «cuando las condiciones fueran adecuadas». Sin embargo, no había realizado instrucción militar; Pombo decía que su hijo Harry era demasiado pequeño para dejarlo y que no debían venir hasta que el «terreno estuviera asegurado».

Papi tenía esposa y un hijo pequeño. Tuma no tenía hijos, pero cuando volvió a Cuba desde Praga, dejó embarazada a su esposa; no llegaría a conocer a su hijo, nacido después de su partida a Bolivia.

Pág. 633: No existe un informe oficial detallado sobre los movimientos, las reuniones y el paradero del Che entre su partida del Congo y su reaparición en Cuba. El autor basó esta parte del libro en las fuentes más fiables a su alcance: su viuda Aleida March; el general Harry Villegas, alias «Pombo»; Manuel

«Barbarroja» Piñeiro; el agente de inteligencia y diplomático cubano Juan Carretero, alias «Ariel»; y Oscar de Cárdenas, el segundo de Ulises Estrada en el departamento africano de la inteligencia cubana en la época en que el Che partió del Congo. Todos coinciden en que el Che fue de Tanzania a Praga y de allí a La Habana.

Sin embargo, hay otras versiones. Mario Monje, ex secretario del Partido Comunista Boliviano, dijo al autor que se enteró, por fuentes que se negó a identificar, de que el Che fue de Tanzania a la República Democrática Alemana, donde vivió «bajo la protección de los servicios de inteligencia alemanes».

Otra fuente cubana bien informada indicó que posiblemente el Che pasó «algún tiempo» en la República Democrática Alemana durante su permanencia en la clandestinidad, pero que esto sucedió después de su regreso secreto a Cuba, en viaje a Bolivia en el otoño de 1967. La fuente agregó que Aleida «tal vez» lo visitó allá. Si es verdad, hasta ahora ni Aleida ni el gobierno cubano están dispuestos a reconocerlo. (Hay un indicio de su presencia en la República Democrática Alemana, proporcionado por el Che en el momento de su captura. El primero de sus dos diarios bolivianos, iniciado en noviembre de 1966, está fabricado en la Alemania Oriental.)

Su viuda Aleida March dijo al autor que se reunió con el Che clandestinamente en tres ocasiones. La primera fue en enero-febrero de 1966 en Tanzania; la segunda, en Praga antes de su regreso a Cuba a mediados de 1966; se excusó de dar detalles sobre la tercera.

A este mosaico complejo de cronologías se suma la crónica de los biógrafos «oficiales» del Che en Cuba, el ex agente del Ministerio del Interior Froilán González y su esposa Adys Cupull, a quienes el ministerio facilitó los pasaportes falsos presuntamente utilizados por el Che en sus viajes a partir de su desaparición pública en abril de 1965.

Según ellos, el Che partió de Tanzania el 28 de diciembre de 1965 hacia un país no revelado de Europa Oriental donde permaneció hasta el 14 de julio de 1966; de allí viajó a Praga. Entre el 19 y el 20 de julio viajó de Praga a Viena, Ginebra, Zurich, Moscú y La Habana.

Pero Ariel, el segundo de Manuel Piñeiro, dijo al autor: «Los distintos pasaportes en poder de la inteligencia cubana con sellos de distintos países no significan nada. Se le hubieran preparado varias leyendas [identidades e itinerarios clandestinos] y los sellos los hubiéramos colocado aquí en Cuba».

Cuando el Che partió de Tanzania a Praga, Ariel difundía «desinformación» sobre él para confundir y despistar a los servicios de inteligencia occidentales.

Manuel Piñeiro confirmó que el Che no permaneció en Praga. En determinado momento viajó a París para poner a prueba su «leyenda» del momento.

Pág. 639: Según las fuentes cubanas del autor, Régis Debray y Tania integraban la red de inteligencia manejada por Manuel «Barbarroja» Piñeiro. Los encargados de Debray eran Ulises Estrada y Juan Carretero («Ariel»), quienes ponían en ejecución los proyectos guerrilleros de Cuba. Estas fuentes dicen que Debray empezó a participar en el proyecto cuando llegó a La Habana en 1961 como estudiante de posgrado de filosofía. Su «tapadera» de periodista francés para el viaje a Bolivia era legítima y útil, porque escribía notas sobre América Latina para el editor Maspero. Pero también era correo clandestino de «Barbarroja». Se dice que los cubanos lo consideraban más útil como propagandista y correo clandestino que como teórico y aliado en el nivel de mando.

Pág. 652: En estas notas inéditas, el Che atenuó sus críticas de Lenin al señalar que sus errores no lo convertían en «enemigo», y que escribía sus observaciones «en el espíritu de la crítica marxista revolucionaria» con el fin de «modernizar el marxismo» y rectificar sus «caminos equivocados» para ayudar a los países subdesarrollados que «luchaban por la libertad». Al anticiparse a los ataques de los que sería objeto por parte de otros socialistas si se publicaba su trabajo, señaló: «Algunos dirán que estos escritos son contrarrevolucionarios o reformistas». Por eso, subrayó, debía elaborar bien sus argumentos y basarlos en fundamentos irrefutables.

Algunas observaciones anotadas en el margen del manual soviético son tan irreverentes como su observación sobre Lenin. Un pasaje sostenía: «El socialismo no siempre es alcanzado por medio de la violencia, como lo demuestran los Estados socialistas de Europa Oriental donde el cambio se produjo por medios pacíficos». El Che dejó constancia de su incredulidad con esta nota al margen: «¿Qué hacía el ejército soviético, se rascaba las bolas?»

En La Habana, el 14 de junio de 2006, con ocasión del 78.º cumpleaños del Che, se publicó finalmente un libro, *Apuntes críticos a la economía política*, que incluía extractos de sus notas inéditas.

Pág. 655: Con respecto a la expedición boliviana, una fuente cubana dijo: «El Che no estaba al *mando* de la situación en la que fue insertado. Era el "Departamento de las Américas" [nombre elegido para el "Departamento de la

Liberación" de Piñeiro cuando fue reestructurado] el que estudiaba las condiciones para la revolución en otros países y hacía las recomendaciones a Fidel».

Parece que la gente de Piñeiro se extralimitó al asegurarle a Fidel que las condiciones eran adecuadas para que el Che fuera a Bolivia. En privado, muchos íntimos del Che en Cuba aún echan la culpa a Piñeiro y sus hombres por «joder las cosas» en Bolivia. Pocos insinúan que hubiera traición; más bien la incompetencia y la «guapería» —la soberbia— provocaron la cadena de errores múltiples que caracterizó la operación boliviana.

La mayoría de los supervivientes coinciden en que uno de los «errores» fue la decisión de retirar a «Renán» o «Iván» —el agente Renán Montero— de La Paz cuando la existencia del grupo salió prematuramente a la luz en marzo de 1967. Así, la pequeña célula urbana de Loyola Guzmán, Humberto Vázquez Viaña, Rodolfo Saldaña y otros perdió su único medio de comunicación tanto con La Habana como con los guerrilleros en el terreno. En efecto, hacia el verano de 1967, la operación guerrillera del Che en Bolivia estaba fragmentada en cuatro grupos sin comunicación entre ellos: el grupo del Che, aislado y en fuga, sin contacto con La Habana ni la ciudad; el grupo de Joaquín, separado de la columna del Che y del exterior; el grupo urbano, que no tenía la menor idea de lo que sucedía en ninguna parte; por último, la misma Cuba, donde el aparato de seguridad no podía hacer otra cosa que seguir los sucesos por medio de los informes de prensa.

¿Por qué retiraron a Renán en ese momento crucial? El autor ha dicho en otra obra que Piñeiro lo hizo, según él, para renovar sus documentos y verificar su fachada. Pero Loyola Guzmán, que se reunió varias veces con Renán en 1967, tuvo la impresión en su último encuentro de que estaba «muy asustado». Ariel dice que Renán estaba «muy enfermo». Preparaban a un reemplazante, pero los sucesos en Bolivia desbarataron ese plan: cuando el otro agente estuvo listo para partir, ya era tarde. Sin embargo, Loyola tiene algunas dudas. Envió dos cartas a La Habana por medio de mensajeros, en las que insistió en la necesidad de reemplazar urgentemente a Renán. Por el diario publicado del Che supo que las cartas habían llegado a destino porque en agosto él escribió que había recibido un mensaje cifrado de La Habana que en lo esencial reproducía esas cartas y avisaba que el reemplazante estaba en camino. «¿Cómo es posible que recibieran mi carta y la retransmitieran al Che, pero no tomaran medidas?»

A finales de agosto, Loyola Guzmán y sus compañeros en la ciudad resolvieron que ella fuera a La Habana a explicar el dilema. Antes de hacerlo, recibió un mensaje de que el partido estaba reevaluando su posición y estaba dispuesto a reunirse con ella en Cochabamba. Antes de partir, tuvo la impresión de que la vigilaban. Se lo dijo a Humberto Vázquez Viaña, quien hizo una prueba

para saber si era cierto. Durante todo un día viajó por la ciudad, de autobús en autobús, seguida por Humberto a una distancia discreta. Al final del día pudo confirmarlo. La seguían.

La detuvieron unos días después.

En cuanto a las acusaciones contra él y sus agentes, Piñeiro sostiene con vehemencia que su preocupación mayor era la supervivencia y el triunfo final del Che, y que cualquier insinuación de lo contrario es «repugnante».

Pág. 681: Entre sus amigos y compañeros en Cuba se reconoce *off the record* que la operación boliviana del Che fue una catástrofe del principio al fin. Dicen que el Che nunca tuvo el apoyo de los campesinos, que los guerrilleros cubanos y bolivianos nunca tuvieron buenas relaciones y que el Che, mayor y más débil que en la sierra, era reticente a tomar medidas contra los elementos flojos en sus filas. Según un funcionario cubano: «Al final, esta humanidad le costó caro, porque un hombre inferior hubiera realizado algunas ejecuciones, pero el Che no lo hizo; no quería asustar a la gente; quería que la gente se uniera a él y sabía que, al fin y al cabo, era extranjero».

Por su parte, Manuel Piñeiro defiende las operaciones del Che en el Congo y Bolivia, las llama «hazañas heroicas» y en cuanto a si sus últimas batallas fueron derrotas, cita la frase de Fidel: «Yo siempre digo que el triunfo o la derrota no determinan si una política es correcta».

Pág. 686: En su relato del encuentro, el autor utilizó pasajes de las notas de Selich sobre su conversación con el Che. El siguiente pasaje no estaba incluido:

SELICH: ¿Cuál cree usted es la razón de su fracaso? Yo creo que fue la falta de apoyo de los campesinos.

CHE: Puede haber algo de cierto, pero la verdad es que se debe a la organización eficaz del partido político de Barrientos, es decir, sus corregidores y alcaldes políticos que se encargaron de avisar al ejército sobre nuestros movimientos.

Las notas de Selich terminan abruptamente con una pregunta sin respuesta que le hizo a Guevara: «¿Por qué no pudo reclutar más elementos nacionales [bolivianos] como los campesinos de la zona?»

NOTAS SOBRE LAS FUENTES[*]

PRIMERA PARTE: UNA JUVENTUD INQUIETA

Trabajo de campo y entrevistas

Para investigar la infancia y la historia familiar del Che, pasé tres meses en la Argentina en 1994, y durante buena parte de ese tiempo viajé con su amigo Alberto Granado. Roberto y Celia Guevara me ayudaron muchísimo con sus aclaraciones sobre la historia de la familia y sus reflexiones sobre su hermano el Che. Julia Constenla de Giussani, amiga de Celia Guevara de la Serna, me reveló la «verdadera» fecha de nacimiento. Ana María Erra, la segunda esposa de Ernesto Guevara Lynch, me ayudó con detalles sobre la historia de la familia Guevara.

Alberto Granado y yo viajamos juntos a Misiones y hallamos el lugar donde se encontraba el hogar de los Guevara en Puerto Caraguataí. Entrevistamos a varias personas que recordaban a los padres del Che, como Gertrudis Kraft y Johann Fahraven. Emiliano Rejala, el doctor Oscar Darú y Leonor y Epifanio Acosta me ayudaron a conocer la historia local.

Viajé con Alberto Granado y «Calica» Ferrer a Alta Gracia y Córdoba; Carlos Figueroa nos alojó en la vieja casa familiar de la calle Avellaneda, Alta Gracia, a pocas manzanas de las casas de los Guevara, Villa Chichita y Villa Nydia.

Escuché sus conversaciones que me transportaron al pasado; además me presentaron a otros amigos y conocidos de la infancia de Guevara: Rodolfo Ruarte, Sarah Muñoz, Enrique Martín, Paco Fernández, Carlos Barceló, Mario y Chicho Salduna, Blanca de Alboñoroz, Juan y Nelly Bustos, José Manuel Peña, Alberto Ferrer y Ofelia Moyano. Además conocí a Rosario González de López, la casera de los Guevara, y a Elba Rossi, la maestra de Ernesto en el tercer grado de la Escuela Liniers.

En Córdoba y Buenos Aires entrevisté a varios de sus condiscípulos en el Deán Funes, entre ellos Raúl Melivosky, Oscar Stemmelin, Roberto «Beto» Ahumada, Osvaldo Bidinosd, Carlos López Villagra, Jorge Iskaro y José María Roque. Entre sus amigos de la adolescencia, Miriam Urrutia, Nora Feigin, Betty Feigin (viuda de Gustavo Roca), Tatiana Quiroga de Roca, Jaime «Jimmy» Roca, Carlos Lino y «Chacho» Ferrer. En España entrevisté a Carmen González-Aguilar y

su hermano Pepe. En Cuba, Fernando Barral me dio sus recuerdos.

En Rosario, Alberto Granado y yo recibimos ayuda del periodista de *Página 12* Reynaldo Sietecase, un estudioso del Che, y juntos exploramos el lugar donde pasó su primer mes de vida. La prima de Granado, Naty López, recordó el día en que Alberto y el Che, entonces llamados «Mial» y «Fúser», atravesaron el pueblo en *La Poderosa* en su «fuga hacia el norte».

Con respecto a los años de Guevara en Buenos Aires y los de vagabundeo, hablé con Ricardo Rojo, Carlos Infante, el doctor Emilio Levine, Fernando Chávez, Adalberto Bengolea, Nelly Benbibre de Castro, Andro Herrero, Anita García, viuda de Gualo García, y Mario Saravia. Alberto Granado y Calica Ferrer me hablaron largamente de sus viajes con Ernesto.

Para el período guatemalteco y mexicano, tuve gran ayuda del periodista Phil Gunson, quien concertó todas las entrevistas; algunas las realizó él mismo. Entre los entrevistados estuvieron Ricardo Romero, Edelberto Torres hijo, Antonio del Conde («El Cuate»), Yuri Paporov, Alfonso Bauer Paiz, Fernando Gutiérrez Barrios, doctor David Mitrani, doctor José Montes Montes, doctor Baltasar Rodríguez y otros. Entrevisté a Nikolái Leonov en tres ocasiones en Moscú y a Myrna Torres en La Habana.

Fuentes principales

Sobre la infancia y juventud del Che consulté *Mi hijo el Che*, las memorias de su padre Ernesto Guevara Lynch. De ahí provienen los pasajes del primer viaje del Che por la Argentina, en 1951. El cuento «Angustia», que escribió en 1950 mientras navegaba, fue publicado en el suplemento «Primer plano» del diario argentino *Página 12* en 1992. Sobre los viajes de 19511952 con Alberto Granado, consulté el libro de éste, *En viaje con el Che por Sudamérica* y las *Notas de viaje* del Che, publicadas en inglés bajo el título *The Motorcycle Diaries*. Utilicé largos pasajes de *Ernestito, vivo y presente*, el libro de testimonios orales sobre la vida del Che de 1928 a 1953, recopilado por los historiadores cubanos Froilán González y Adys Cupull. Su cronología de la vida del Che, *Un hombre bravo*, sirvió como referencia para este y otros períodos. Asimismo, *El Che y los argentinos* de Claudia Korol y *Testimonios sobre el Che*, compilado por Mirta Rodríguez. Las citas de Dolores Moyano están tomadas de un artículo que escribió para *The New York Times* en 1968.

La viuda del Che, Aleida March, me permitió leer la colección completa del «diccionario filosófico» del Che basado en sus lecturas de filosofía, religión,

mitología y psicología entre los diecisiete y veintiocho años y su «índice literario» de la misma época.

El relato de la vida del Che desde su partida de la Argentina a mediados de 1953 hasta el encuentro con Fidel Castro en México se basa en buena medida en su diario inédito *Otra vez*, que pude leer gracias a Aleida March. Asimismo, en *Aquí va un soldado de las Américas*, las cartas a su familia recopiladas por su padre. Fernando Barral me dio a leer un original del mismo libro con cartas excluidas de la versión publicada.

Calica Ferrer me dio copias de las cartas a su familia escritas mientras viajaba con el Che en 1953. Anita de García me dio a leer las cartas de su difunto esposo Gualo y Andro Herrero me permitió leer pasajes de su diario íntimo, además de las cartas que recibió de Ernesto Guevara, Gualo García, Oscar Valdovinos y Ricardo Rojo cuando lo dejaron en Guayaquil y partieron hacia Guatemala.

Pude leer materiales originales de la vida del Che desde su infancia hasta su estancia en Ciudad de México —incluso cartas familiares inéditas y escritos de juventud— en los Archivos Históricos del Consejo de Estado cubano con permiso de su director, Pedro Álvarez Tabío. Heberto Norman Acosta, especialista en la historia del Movimiento 26 de Julio en el «exilio» antes del *Granma*, me permitió leer una versión censurada del interrogatorio del Che por la policía mexicana y otros materiales. Lionel Martin me prestó el ejemplar del difunto Harold White de la antología marxista que el joven Ernesto Guevara le ayudó a traducir en Guatemala.

Recurrí al libro de Hilda Gadea, *Ernesto: A Memoir of Che Guevara*, para su versión de la relación entre ambos; esta obra contiene breves testimonios de Myrna Torres, Harold White, Lucila Velázquez, Juan Juarbe y Juarbe y Laura Meneses de Albizu Campos, entre otras personas.

Los *Recuerdos de la guerra revolucionaria cubana* del Che relatan también la época en México y Guatemala. El 17 de octubre de 1967, el diario del Partido Comunista cubano, *Granma*, dedicó una edición especial al Che después de su muerte; de aquí tomé varias citas, incluidos los recuerdos de Mario Dalmau y otras personas. La institución cultural cubana Casa de las Américas dedicó varias ediciones especiales al Che; las citas de Alfonso Bauer Paiz sobre el período de Guatemala y México están tomadas de ahí. Phil Gunson encontró artículos sobre los revolucionarios cubanos en los archivos de prensa mexicanos de 1956-1957.

La biografía de Tad Szulc, *Fidel: A Critical Portrait* y *Cuba: The Pursuit of*

Freedom de Hugh Thomas son fuentes valiosas de consulta sobre ese período. Lionel Martin me proporcionó un verdadero tesoro de fichas de su archivo personal que incluyen citas de una serie de entrevistas realizadas en la década de 1960, cuando pensaba escribir una biografía del Che Guevara.

SEGUNDA PARTE: LA GESTACIÓN DEL CHE

Trabajo de campo y entrevistas

En Cuba entrevisté a varias personas que combatieron con el Che en la Sierra Maestra, entre ellas Harry Villegas («Pombo»), Ricardo Martínez, Jorge Enrique Mendoza, Dariel Alarcón Ramírez («Benigno») y Oscar Fernández Mell.

Aleida March, Lolita Rossell, Miguel Ángel Duque de Estrada y Orlando Borrego me dieron a conocer detalles del período en el Escambray, la batalla de Santa Clara y la marcha sobre La Habana.

Fuentes principales

El relato de la segunda parte se basa principalmente en el *Diario de un combatiente*, trabajo inédito del Che que su viuda me permitió leer. También utilicé su crónica *Pasajes de la guerra revolucionaria cubana*, tanto la versión española como la inglesa.

Cuba de Hugh Thomas, *Fidel: A Critical Portrait* de Tad Szulc, *The Early Fidel* de Lionel Martin, *Diary of the Cuban Revolution* de Carlos Franqui y *Fidel Castro* de Robert Quirk son todas valiosas obras de referencia que utilicé largamente. Asimismo, *Los que luchan y los que lloran* de Jorge Ricardo Masetti, *M-26: Biography of Revolution* de Robert Taber, *The Cuba Story* de Herbert Matthews y *Diarios inéditos de la guerrilla cubana* de Heinz Dieterich. Para la correspondencia entre los rebeldes y las cartas del Che de ese período utilicé el *Diario* de Franqui, *Mi hijo el Che* de Guevara Lynch y la recopilación de informes, memorandos y despachos del ejército cubano y el 26 de Julio realizada por la Casa de las Américas. Utilicé también *Descamisado* de Enrique Acevedo y los libros autobiográficos sobre la guerra en la sierra del comandante cubano Juan Almeida.

El historiador cubano Andrés Castillo Bernal me facilitó su original inédito sobre la guerra, producto de una profunda investigación, y también recurrí a las historias orales *Ellos lucharon con el Che, Los doce, Testimonios sobre el Che* y *Entre*

nosotros.

TERCERA PARTE: HACIA EL HOMBRE NUEVO

Trabajo de campo y entrevistas

Realicé entrevistas con Orlando Borrego, Alfredo Menéndez y Oscar Fernández Mell sobre el período de La Cabaña posterior a la victoria y los primeros tiempos de la revolución. Aleida March, Alberto Castellanos, Enrique Viltres, el coronel Ricardo Martínez y Nicolás Quintana también aclararon aspectos de esta época.

El doctor Salvador Vilaseca y Alfredo Menéndez relataron el viaje del Che a los países no alineados en 1959. Con respecto al trabajo del Che en el Banco Nacional, el Ministerio de Industrias y el Directorio de Planificación Central recibí ayuda de Aleida March, Orlando Borrego, el doctor Salvador Vilaseca, Regino Boti, Nicolás Quintana, Néstor Laverne, Tirso Sáenz, Juan Gravalosa y Cristina Campuzano. Ángel Arcos Vergnes y otras personas enteradas me relataron los hechos. Acerca del viaje del Che a Punta del Este en 1961, Julia Constenla, Ricardo Rojo, Roberto Guevara y Carlos Figueroa me brindaron sus recuerdos.

En tres viajes a Moscú entrevisté a varios ex funcionarios soviéticos sobre la relación cubano-soviética y las negociaciones del Che con Moscú. Alexander Alexeiev, Giorgi Kornienko, Sergo Mikoyán, Nikolái Leonov, Yuri Paporov y otros hablaron del papel crucial del Che para establecer lazos entre Cuba y la Unión Soviética.

Entrevisté a Yuri Pevtsov, Vladimir Bondarchuk, Timur Gaidar, Feder Burlatsky, Nikolái Metutsov, Kiva Maidanek, Yuri Krasin, Yvgeny Kosarev, Marat Muknachov, Vitali Korionov, Rudolf Shlyapnikov y los ex generales soviéticos Gribkov y Garbus.

Los relatos más exhaustivos de los años cubanos del Che en todos sus aspectos, tanto públicos como privados, fueron los de su viuda Aleida March y su amigo Orlando Borrego. También obtuve detalles de Lolita Rossell, Sofía Gato, las hijas del Che, Hilda Guevara, quien murió poco después, y Aliusha Guevara; Alberto Granado, Fernando Barral, Pepe Aguilar, Harry Villegas y Alberto Castellanos. En cuanto a las relaciones con su familia en Argentina, Aleida March,

Ana María Erra y María Elena Duarte fueron valiosas fuentes de información.

Para documentarme sobre las actividades guerrilleras del Che consulté con distintas personas en Moscú, La Habana, Argentina, Paraguay, Bolivia, España y Suecia. Entre ellas están Aleida March, Orlando Borrego, Manuel Piñeiro, Juan Carretero («Ariel»), Oscar de Cárdenas, Regino Boti, general Harry Villegas («Pombo»), Dariel Alarcón Ramírez («Benigno»), Alberto Castellanos, Ricardo Gadea, Rodolfo Saldaña, Ciro Roberto Bustos, Héctor Jouve, Henry Lerner, Alberto Granado, Oscar del Barco, Toto Schmukler, Alberto Coria, Alberto Korn, Néstor Laverne, Loyola Guzmán, Marlene Lorjiovaca, Humberto Vázquez Viaña, Ana Urquieta, Chato Peredo, Antonio Peredo, José Castillo («Paco»), Oscar Zalas, Jorge Kolle Cueto, Simón Reyes, Juan Lechín, Gustavo Sánchez y otros. Entrevisté a Mario Monje en dos ocasiones en Moscú.

Entre los enemigos del Che, hablé con el ex agente de la CIA Félix Rodríguez; los ex generales bolivianos Reque Terán, Gary Prado Salmón y Mario Vargas Salinas; el ex sargento Mario Terán y los ex mayores Rubén Sánchez y Miguel Ayoroa. El ex jefe de la CIA en La Paz, John Tilton, habló conmigo por teléfono desde su hogar en Georgia. En Asunción, Paraguay, Socorro, viuda del coronel Andrés Selich, me relató las actividades de su difunto esposo en la campaña contra el Che.

Fuentes principales

Se han escrito muchos libros sobre la Revolución Cubana y he leído casi todos. Los más útiles fueron *Cuba* de Hugh Thomas, *Fidel: A Critical Portrait* de Tad Szulc, *Rural Guerrillas in Latin America* de Richard Gott, *Diary of the Cuban Revolution* y *Family Portrait of Fidel* de Carlos Franqui, *Fidel Castro* de Robert Quirk, *Guerrillas in Power* de K. S. Karol y *The Taming of Fidel Castro* de Maurice Halperin. Asimismo, *Ernesto: A Memoir of Che Guevara* de Hilda Gadea, *Mi amigo el Che* de Ricardo Rojo y *Mi hijo el Che* de Ernesto Guevara Lynch.

Otras fuentes consultadas: *¿Revolución en la revolución?*, *Castroism: The Long March in Latin America* y *La guerrilla del Che en Bolivia* de Régis Debray. *El Che y los argentinos* de Claudia Korol; *Tania: Misión guerrillera en Bolivia* de Marta Rojas y Mirta Rodríguez; *Tania la guerrillera y la epopeya sudamericana del Che* de Ulises Estrada; la memoria de Simone de Beauvoir *All Said and Done; A Thousand Days* de Arthur Schlesinger Jr.; *Diario del Che en Bolivia; El Che Guevara en la Revolución Cubana*, siete tomos de obras escogidas del Che compilados por Orlando Borrego; *Che: el camino del fuego* de Orlando Borrego; *Ernesto Che Guevara: Obras 1957-1967*

compilado por Casa de las Américas; *An Encounter with Fidel* de Gianni Miná; la memoria de Harry Villegas *Un hombre en la guerrilla del Che* y la monografía de Humberto Vázquez Viaña, *Antecedentes de la guerrilla del Che en Bolivia*; la colección de cinco tomos de documentos y entrevistas *El Che en Bolivia*, compilada por Carlos Soria Galvarro. El primer libro escrito sobre los meses del Che en el Congo es *El año que estuvimos en ninguna parte*, de Paco Taibo II, Félix Guerra y Froilán Escobar; *Misiones en conflicto: La Habana, Washington y África. 1959-1976* de Riero Gleijeses; *La guerrilla inmolada* de Gary Prado, *No disparen, soy el Che* del general Arnaldo Saucedo Parada y *La campaña de Ñancahuazú* del general Reque Terán son lúcidas crónicas de la campaña del Che en Bolivia desde el punto de vista de los militares bolivianos, lo mismo que el largometraje documental de Richard Dindo *The Diary of Che in Bolivia*.

Además de estas entrevistas y fuentes, he tenido acceso a muchos documentos inéditos, entre ellos una reseña de las «Notas económicas», la crítica del Che del Manual Soviético de Economía Política; pasajes no censurados del diario de Pombo en Praga y Bolivia de 1966-1967; el borrador original de Inti Peredo para su libro *Mi campaña junto al Che*, escrito en Cuba después de su fuga de Bolivia; transcripciones de interrogatorios, fotografías y propaganda del ejército de los archivos del general Reque Terán; documentos y fotografías del archivo personal del difunto coronel Andrés Selich, que incluyen su diario de la campaña antiguerrillera de 1967, su sesión de preguntas y respuestas con el Che Guevara preso y su informe confidencial sobre la captura y ejecución del Che Guevara al general boliviano David La Fuente.

BIBLIOGRAFÍA

POR Y ACERCA DE ERNESTO CHE GUEVARA

Adams, Jerome R., *Latin American Heroes*, Nueva York, Ballantine Books, 1991.

Alexandre, Marianne, ed., *Viva Che*, Londres, Lorrimer, Third World Series, 1968.

Álvarez Batista, Gerónimo, *Che: Una Nueva Batalla*, La Habana, Pablo de la Torriente, 1994.

Anderson, Jon Lee, «Bones Now Seem to Prove That Che Is Dead», en *The New York Times* (5 de julio de 1997).

Ariet, María del Carmen, *Che: Pensamiento Político*, La Habana, Editora Política, 1993.

—, *El Pensamiento del Che*, La Habana, Editorial Capitán San Luis, 1992.

Bourne, Richard, *Political Leaders of Latin America*, Londres, Pelican Books, 1969.

Bruschtein, Luis, *Che Guevara, Los Hombres de la Historia* (suplemento), Buenos Aires, *Página 12*, Centro Editor de América Latina, 1994.

Candía, Alfredo G., *La Muerte del Che Guevara*, La Paz, Bolivia, La Liga Anticomunista de los Pueblos Asiáticos, República de China, 1971.

Castro, Fidel, *Che: A Memoir by Fidel Castro*, Melbourne, Australia, Ocean Press, 1994.

Centro de Estudios Sobre América, *Pensar al Che*, tomos 1-2, La Habana, Editorial José Martí, 1989.

«Che». La Habana, Casa de las Américas, n.º 43 (enero-febrero 1968).

«Che», edición especial de *Moncada*, La Habana, Ministerio del Interior, 6 de octubre de 1987.

Cupull, Adys, y Froilán González, *Cálida Presencia: Su Amistad con Tita Infante*, Santiago de Cuba, Editorial Oriente, 1995.

—, *De Ñancahuazú a La Higuera*, La Habana, Editora Política, 1989.

—, *El Diario del Che en Bolivia*, La Habana, Editora Política, 1988.

—, *Entre Nosotros*, La Habana, Ediciones Abril, 1992.

—, *Ernestito, Vivo y Presente*, La Habana, Editora Política, 1989.

—, *La CIA contra el Che*, La Habana, Editora Política, 1992.

—, *Un hombre bravo*, La Habana, Editorial Capitán San Luis, 1995.

Debray, Régis, *La Guerrilla de Che*, Barcelona, Siglo Veintiuno Editores, 1975 (orig. París, Maspero, 1974).

Escobar, Froilán, y Félix Guerra, *Che: Sierra adentro*, La Habana, Editora Política, 1988.

Espinosa Goitizolo, Reinaldo, y Guillermo Grau Guardarrama, *Atlas Ernesto Che Guevara: histórico, biográfico y militar*, La Habana, Editorial Pueblo y Educación, Ministerio de las Fuerzas Armadas Revolucionarias, 1991.

Gadea, Hilda, *Ernesto: A Memoir of Che Guevara: An Intimate Account of the Making of a Revolutionary by His First Wife, Hilda Gadea*, Londres y Nueva York, W. H. Allen, 1973.

Galvarro, Carlos Soria, *El Che en Bolivia: Documentos y Testimonios*, vols., 1-5, La Paz, Bolivia, CEDOIN Colección Historia y Documento, 1994-1996.

Gambini, Hugo, *El Che Guevara: La Biografía*, Buenos Aires, Grupo Planeta, 1968; edición revisada, 1996.

Garcés, María, *Materiales sobre la Guerrilla de Ñancahuazú: La Campaña del Che en Bolivia (1967) A través de La Prensa*, Quito, Ecuador, Editorial La Mañana, 1987.

García Carranza, Araceli, y Joseph García Carranza, eds., *Bibliografía Cubana del Comandante Ernesto Che Guevara*, La Habana, Ministerio de Cultura Biblioteca Nacional José Martí, Departamento de Investigaciones Bibliográficas, 1987.

González, Luis J., y Gustavo A. Sánchez Salazar, *The Great Rebel: Che Guevara in Bolivia*, Nueva York, Grove Press, 1969.

Granado, Alberto, *Con el Che Guevara de Córdoba a La Habana*, Córdoba, Argentina, Opoloop Ediciones, 1995.

—, *Con el Che por Sudamérica*, La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1980.

Granma: edición especial, «*Dolorosamente cierta la muerte del Comandante Ernesto Guevara*», La Habana, Comité Central del Partido Comunista de Cuba, 17 de octubre de 1967.

Guevara, Ernesto Che, trad. de Carlos P. Hansen y Andrew Sinclair, *Bolivian Diary*, Londres, Jonathan Cape/Lorrimer, 1968.

—, *Bolivian Diary*, Nueva York, Pathfinder, 1994.

—, *Che Guevara and the Cuban Revolution: Writings and Speeches of Ernesto Che Guevara*, Nueva York, Pathfinder/Pacific & Asia, 1987.

—, *Che Guevara Speaks*, La Habana, Pathfinder/José Martí, 1988 (orig. 1967).

—, *Che Periodista*, La Habana, Editorial Pablo de la Torriente, Unión de Periodistas de Cuba, 1988.

—, trad. de Victoria Ortiz, *Che: Reminiscences of the Cuban Revolutionary War*, Nueva York, Monthly Review Press, Inc., 1968.

—, ed. Bonachea y Valdes, *Che: Selected Works of Ernesto Guevara*, MIT Press, 1969.

—, *Diario del Che en Bolivia*, Buenos Aires, Lagasa, 1994.

—, ed. de Orlando Borrego, *El Che Guevara en la Revolución Cubana*, La Habana, Ministerio de Azúcar, 1969.

—, *Ernesto Che Guevara (Obras)*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales del Instituto Cubano del Libro, 1972.

—, *Ernesto Che Guevara: Obras 1957-1967*, La Habana, Casa de las Américas, 1970.

—, ed. de Roberto Massari, *Ernesto «Che» Guevara: Scriti Scelti*, vols., 1 y 2, Roma, Erre Emme, 1993.

—, *Ernesto Che Guevara*, Temas Económicos, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1988.

—, *Episodes of the Cuban Revolutionary War*, Nueva York, Pathfinder, 1996.

—, *Guerrilla Warfare*, Lincoln y Londres, University of Nebraska Press, 1985.

—, *Ideario Político y Filosófico del Che*, La Habana, Editora Política/Olivo Colección, 1991.

—, *La Guerra de Guerrillas*, La Habana, Talleres de INRA, 1961.

—, trad. de Ann Wright, *The Motorcycle Diaries*, Londres, Verso, 1994.

—, *A New Society: Reflections for Today's World*, Melbourne, Australia, Ocean Press, 1991.

—, *Notas de Viaje*, La Habana, Editorial Abril, 1992.

—, *Pasajes de la Guerra Revolucionaria*, La Habana, Ediciones Unión/Narraciones, UNEAC, 1963.

—, ed. de John Gerassi, *Venceremos: The Speeches and Writings of Che Guevara*, Londres, Panther Modern Society, 1969, 1972 (orig. Weidenfeld & Nicolson, 1968).

Guevara, Ernesto Che, y Raúl Castro, eds., Heinz Dieterich y Paco Ignacio Taibo II, *Diarios inéditos de la guerrilla cubana*, México, Editorial Joaquín Mortiz, Grupo Editorial Planeta, 1995.

Guevara Lynch, Ernesto, *Aquí va un soldado de las Américas*, Buenos Aires, Sudamericana-Planeta, 1987.

—, *Mi hijo el Che*, La Habana, Editorial Arte, 1988.

Harris, Richard L., *Death of a Revolutionary: Che Guevara's Last Mission*, Nueva York, W. W. Norton & Co., Inc., 1970.

Hodges, Donald C., *The Legacy of Che Guevara: A Documentary Study*, Londres, Thames & Hudson, 1977.

«In Cold Blood: How the CIA Executed Che Guevara», por Michele Ray, *Ramparts* (5 de febrero de 1968).

James, Daniel, *Che Guevara: A Biography*, Nueva York, Stein and Day, 1969 (ed. castellana: *Che Guevara: Una biografía*, México, Diana, 1971).

—, *The Complete Bolivian Diaries of the Che Guevara and Other Captured Documents*, Nueva York, Stein and Day Publishers, 1968.

Korol, Claudia, *El Che y los Argentinos*, Buenos Aires, Ediciones Dialéctica, Colección Testimonial, 1988.

Lartéguy, Jean, *Los guerrilleros*, México, Diana, 1979.

Lavretsky, I., *Ernesto Che Guevara*, Moscú, Progress Publishers, 1977.

Maestre Alfonso, Juan, *Ernesto Che Guevara: Antología del pensamiento político, social y económico de América Latina*, Madrid, Ediciones de Cultura Hispánica, 1988.

Martínez Estévez, Diego, *Ñancahuazú: Apuntes para la historia militar de Bolivia*, La Paz, Bolivia, transcripción e impresión láser «Computación y Proyectos», 1989.

Martínez Heredia, Fernando, *Che, el socialismo y el comunismo*, La Habana, Ediciones Casa de las Américas, 1989.

Massari, Roberto, Fernando Martínez, *et al., Che Guevara: grandeza y riesgo de la Utopía*, Tafalla, Txalaparta, 1993.

—, *Che Guevara: Pensiero e Politica della Utopia*, Roma, Erre Emme, 1993.

—, *Guevara para Hoy*, La Habana, Centro de Estudios Sobre América/La Universidad de Camilo Cienfuegos, Matanzas/Erre Emme, 1994.

—, *Otros documentos del Che en Bolivia*, La Paz, Bolivia, Ediciones Katari (sin fecha).

Moyano Martín, Dolores, «The Making of a Revolutionary: A Memoir of Young Guevara», en *The New York Times Magazine* (18 de agosto de 1968).

Peredo, Inti, *Mi campaña con el Che*, México, Editorial Diógenes S.A., 1992.

Pérez Galdos, Víctor, *Un hombre que actúa como piensa*, La Habana, Editora Política, 1988.

Prado Salmón, Gary, *La guerrilla inmolada: Testimonio y análisis de un protagonista*, Santa Cruz, Bolivia, coedición Grupo Editorial Punto y Coma, 1987.

Rodríguez Herrera, Mariano, *Con la adarga al brazo*, La Habana, Lectura para Jóvenes, Editorial Política, 1988.

—, *Ellos lucharon con el Che*, La Habana, Ediciones Políticas, Editorial de Ciencias Sociales, 1989.

Rojas, Marta, *Testimonios sobre el Che, Autores Varios*, La Habana, Colección Pablo de la Torriente, 1990.

Rojo, Ricardo, *My Friend Che*, Nueva York, Grove Press, 1969 (orig. Dial Press, 1968); ed. castellana, *Mi amigo el Che*, Buenos Aires, Legaza, 1985).

Saucedo Parada, Arnaldo, *No disparen, soy el Che*, Santa Cruz, Bolivia, Talleres Gráficos de Editorial Oriente, 1988.

Sinclair, Andrew, *Guevara*, Londres, Fontana/Collins, 1970 (ed. castellana, *Guevara*, Barcelona, Grijalbo, 1976).

«The Spirit of Che», *Evergreen Review*, n.º 51 (febrero de 1968).

Tallada, Carlos, Jack Barnes, Steve Clark y Mary-Alice Waters, *Che Guevara: Cuba an the Road to Socialism (Che Guevara, Carlos Rafael Rodríguez),* Nueva York, New International, 1991.

Tablada Pérez, Carlos, *El pensamiento económico de Ernesto Che Guevara*, La Habana, Ediciones Casa de las Américas, 1987.

Taibo II, Paco Ignacio, *Ernesto Guevara: también conocido como el Che*, México, Editorial Joaquín Mortiz, Grupo Editorial Planeta, 1996.

Terán, Reque, *La Campaña de Ñancahuazú: La Guerrilla del «Che» vista por el comandante de la IV División del Ejército Boliviano*, La Paz, Bolivia, 1987.

«Tras Las Huellas del Che en Bolivia», por Carlos Soria Galvarro, *La Razón* (9

de octubre de 1996).

Vargas Salinas, general Mario, *El Che: mito y realidad*, La Paz/Cochabamba, Los Amigos del Libro, 1988.

Vázquez Viaña, Humberto, *Antecedentes de la guerrilla del Che en Bolivia*, Research Paper Series, n.º 46, Estocolomo, Institute of Latin American Studies, septiembre de 1987.

—, y Ramiro Aliaga Saravia, *Bolivia, ensayo de revolución continental*, Bolivia (publicación privada, sin fecha).

Villegas, Harry (Pombo), *Un hombre de la guerrilla del Che*, Buenos Aires y La Habana, Ediciones Colihue, Editora Política, 1996.

«Where Is Che Guevara Buried? A Bolivian Tells», por Jon Lee Anderson, *The New York Times*, 21 de noviembre de 1995.

CUBA, FIDEL CASTRO Y EL CHE

Acevedo, Enrique, *Descamisado*, La Habana, Editorial Cultura Popular, International Network Group, 1993.

Almeida Bosque, Juan, ¡*Atención, recuento*! La Habana, Editora Política, 1988.

—, *La Sierra*, La Habana, Editora Política, 1989.

—, *La Sierra Maestra y más allá*, La Habana, Editora Política, 1995.

—, *Por las faldas del Turquino*, La Habana, Editora Política, 1992.

Arenas, Reinaldo, *Before Night Falls: A Memoir*, Nueva York, Viking Penguin, 1993 (edición original: *Antes que anochezca: autobiografía*, Barcelona, Tusquets, 1992).

Beschloss, Michael R., *The Crisis Years: Kennedy and Khrushchev, 19601963*, Nueva York, HarperCollins, 1991.

Borge, Tomás, *Fidel Castro: Un grano de maíz, Conversación con Tomás Borge*, La Habana, Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, 1992.

Blight, James G., Bruce J., Allyn y David A. Welch, *Cuba on the Brink*, Nueva

York, Pantheon, 1993.

Brugioni, Dino A, *Eyeball to Eyeball: The Inside Story of the Cuban Missile Crisis*, Nueva York, Random House, 1991.

Cabrera Infante, Guillermo, *Mea Cuba*, Nueva York, Farrar, Straus & Giroux, 1994 (edición original, *Mea Cuba*, Madrid, Alfaguara, 1992).

—, *Vista del amanecer en el Trópico*, Barcelona, Seix Barral, 1974.

Castro, Fidel, *La historia me absolverá*, La Habana, Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, 1993.

Castro, Fidel, y Che Guevara, *To Speak the Truth*, Nueva York, Pathfinder, 1992.

Chang, Lawrence, y Pete Kornbluh, eds., *The Cuban Missile Crisis 1962*, Nueva York, New Press, 1992.

Chaviano, Julio O., *La lucha en Las Villas*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1990.

Cuervo Cerulia, Georgina, ed., *Granma Rumbo a la Libertad*, La Habana, Editorial Gente Nueva, 1983.

Darushenkov, Oleg, *Cuba, el camino de la Revolución*, Moscú, Editorial Progreso, 1979.

Debray, Régis, *Prison Writings*, Londres, Pelican Latin America Library, Penguin Books, 1973.

—, *Revolution in the Revolution*? Londres, Pelican Latin America Library, Penguin Books, 1968 (orig. París, Maspero, 1967) (ed. castellana: ¿*Revolución en la revolución*?, La Habana, Casa de las Américas, 1967).

—, *Strategy for Revolution*, Londres, Pelican Latin America Library, Penguin Books, 1973.

Draper, Theodore, *Castroism: Theory and Practice*, Nueva York, Frederick Praeger, 1965.

Dumont, René, *Cuba: Socialism and Development*, Nueva York, Grove

Press, 1970.

Ediciones Políticas, *Cinco Documentos*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, Instituto Cubano del Libro, 1971.

Edwards, Jorge, *Persona Non Grata: An Envoy in Castro's Cuba*, Londres, The Bodley Head, 1977 (edición original: *Persona non grata*, Barcelona, Tusquets, 2000).

Franqui, Carlos, *Diary of the Cuban Revolution*, Nueva York, A Seaver Book, Viking Press, 1980 (edición original: *Diario de la revolución cubana*, Barcelona, R., Torres, 1976).

—, *Family Portrait with Fidel*, Nueva York, Vintage, 1985 (edición original: *Retrato de Familia con Fidel*, Barcelona, Seix Barral, 1982).

—, *The Twelve*, Nueva York, Lyle Stuart, Inc., 1968 (edición original: *El libro de los doce*, Barcelona, Saturno, 1973).

Galeano, Eduardo, *El Tigre Azul y otros relatos*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, Editora Política, 1991.

Geyer, Georgie Anne, *Prince: The Untold Story of Fidel Castro*, Nueva York, Little, Brown & Co, 1991.

Gosse, Van, *Where the Boys Are: Cuba, Cold War America and the Making of a New Left*, Londres y Nueva York, Verso, 1993.

Habel, Janette, *Cuba: The Revolution in Peril*, Londres, Verso, 1991.

Halperin, Maurice, *The Taming of Fidel Castro*, Berkeley, University of California Press, 1979.

Hinckle, Warren, y William Turner, *The Fish Is Red: The Story of the Secret War against Castro*, Nueva York, Harper & Row, 1981.

Iglesias, Joel, *De la Sierra Maestra al Escambray*, La Habana, Letras Cubanas, 1979.

Jenks, L. H., *Nuestra Colonia de Cuba*, La Habana, La Empresa Consolidada de Artes Gráficas (orig. publicado en 1928).

Karol, K. S. *Guerrillas in Power*, Nueva York, Hill & Wang, 1970.

Kennedy, Robert, F. *Thirteen Days: A Memoir of the Cuban Missile Crisis*, Nueva York, A Mentor Book, Penguin, 1969.

Lara, Jesús, *Guerrillero Inti Predo*, Cochabamba, Bolivia, edición del autor, 1980.

Lazo, Mario, *Dagger in the Heart: American Policy Failures in Cuba*, Nueva York, Funk and Wagnall, 1968 (ed. castellana: *Daga en el corazón, ¡Cuba traicionada!* Nueva York, Minerva Books, 1972).

Llovio-Menéndez, José Luis, *Insider: My Life as a Hidden Revolutionary in Cuba*, Nueva York, Bantam, 1988.

Lockwood, Lee, *Castro's Cuba, Cuba's Fidel*, Nueva York, Westview Press, 1990.

Mallin, Jay, *Covering Castro: The Rise and Decline of Cuba's Communist Dictator*, New Brunswick, Nueva Jersey, U.S.-Cuba Institute, Transaction Publishers, 1994.

Martin, Lionel, *The Early Fidel: Roots of Castro's Communism*, Nueva York, Lyle Stuart, Inc., 1977 (ed. castellana: *El joven Fidel*, Barcelona, Grijalbo, 1984).

Martínez Víctores, Ricardo, RR: *La Historia de Radio Rebelde*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1978.

Masetti, Jorge Ricardo, *Los que luchan y los que lloran*, Buenos Aires, Puntosur, 1987.

Matthews, Herbert L., *The Cuban Story*, Nueva York, George Braziller, 1961.

—, *Castro: A Political Biograph*, Londres, Pelican Books, 1970.

Minà, Gianni, *An Encounter with Fidel*, Australia, Ocean Press, 1991 (ed. castellana: *Habla Fidel*, Madrid, Mondandori, 1988).

Nuñez Jiménez, Antonio, *En marcha con Fidel*, La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1982.

—, *Patria o Muerte*, La Habana, INRA, 1961.

Padilla, Heberto, *Self-Portrait of the Other: A Memoir*, Nueva York, Farrar, Straus & Giroux, 1990 (edición original: *La mala memoria*, Barcelona, Plaza &

Janés, 1989).

Pérez, Louis A., *Cuba: Between Reform and Revolution*, Nueva York, Oxford University Press, 1988.

Quirk, Robert E., *Fidel Castro*, Nueva York, Norton, 1993.

Robbins, Carla Anne, *The Cuban Threat*, New York, ISCHI Publications, 1985.

Rodríguez, Félix Y., y John Weisman, *Shadow Warrior: The CIA Hero of a Hundred Unknown Battles*, Nueva York, Simon & Schuster, 1989.

Rojas, Marta, y Mirta Rodríguez, *Tania la guerrillera inolvidable*, La Habana, Instituto del Libro, 1970 (ed. inglesa: *Tania: The Unforgettable Guerrilla*, Nueva York, Random House, 1971).

Rueda, Mario, y Luis Antezana Ergueta, «Una leyenda llamada Tania», en *La Razón*, «Ventana», 15 de octubre de 1995.

Salkey, Andrew, *Havana Journal*, Londres, Penguin Books, 1971.

Sarabia, Nydia, *Médicos de la Revolución*, Apuntes Biográficos, La Habana, Editorial Gente Nueva, 1983.

Stubbs, Jean, *Cuba: The Test of Time*, Londres, Latin America Books, 1989.

Szulc, Tad, *Fidel: A Critical Portrait*, Nueva York, William Morrow Co., 1986 (ed. castellana: *Fidel: un retrato crítico*, Barcelona, Grijalbo, 1987).

Taber, Robert, *M-26: The Biography of a Revolution*, Nueva York, Lyle Stuart, 1961.

Thomas, Hugh, *Cuba or The Pursuit of Freedom*, Londres, Eyre & Spottiswoode, 1971 (ed. castellana: *Cuba*, Barcelona, Grijalbo, 1973).

Timmerman, Jacobo, *Cuba*, Nueva York, Vintage Books, 1992.

Welch, Richard E., Jr., *Response to Revolution: The United States and the Cuban Revolution, 1959-61*, Chapel Hill, The University of North Carolina Press, 1985.

Wyden, Peter, *Bay of Pigs*, Nueva York, Simon & Schuster, 1979.

SOBRE ARGENTINA

Barnes, John, *Evita: First Lady – A Biography of Evita Perón*, Nueva York, Grove Press, 1978.

Baschetti, Roberto, ed., *Documentos 1970-1973: De la guerrilla peronista al gobierno popular*, Buenos Aires, Editorial de la Campana, 1995.

Crasweller, Robert, *Perón and the Enigmas of Argentina*, Nueva York, W. W. Norton, 1987.

Gilbert, Isidoro, *El oro de Moscú: La historia secreta de las relaciones argentino-soviéticas*, Buenos Aires, Planeta/Espejo de la Argentina, 1994.

Luna, Félix, *La Argentina: de Perón a Lanusse, 1943-1973*, Buenos Aires, Planeta, Espejo de la Argentina, 1993.

Main, Mary, *Evita: The Woman with the Whip*, Londres, Corgi Books, 1977, 1978 (ed. castellana: *La mujer del látigo*, Buenos Aires, La Reja, 1955).

Rock, David, *Authoritarian Argentina: The Nationalist Movement, Its History and Its Impact*, Berkeley, University of California Press, 1993.

Scobie, James R. *Argentina: A City and a Nation*, Nueva York, Oxford University Press, 1971.

Tulchin, Joseph S. *Argentina and the United States: A Conflicted Relationship*, Nueva York, Macmillan, 1990.

SOBRE AMÉRICA LATINA

Aguilar, Luis E., *Marxism in Latin America: A Borzoi Book on Latin America*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 1968.

Borge, Tomás, *The Patient Impatience*, Nueva York, Curbstone, 1992 (edición original: *La paciente impaciencia*, La Habana, Casa de las Américas, 1989).

Brown, Michael F., y Eduardo Fernández, *War of Shadows: The Struggle for Utopia in the Peruvian Amazon*, Berkeley, University of California Press, 1991.

Cajías, Lupe de, *Juan Lechín, Historia de una leyenda*, La Paz, Bolivia, Los Amigos del Libro, 1994.

Castañeda, Jorge G., *Utopia Unarmed: The Latin American Left After the Cold War*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 1994 (edición original: *La utopía desalmada: intrigas, dilemas y promesa de la izquierda en América Latina*, Barcelona, Ariel, 1995).

Dunkerley, James, *Rebellion in the Veins: Political Struggle in Bolivia 19521982*, Londres, Verso, 1984.

Gerassi, John, *The Great Fear in Latin America*, Nueva York, Collier, 1963 (ed. castellana: *El gran miedo de América Latina*, Barcelona, Península, 1969).

Gott, Richard, *Guerrilla Movements in Latin America*, Londres, Thomas Nelson and Sons Ltd., 1970 (reeditado como *Rural Guerrillas in Latin America*, Londres, Pelican Latin America Library, Penguin Books, 1973).

—, *Land without Evil: Utopian Journey sacross the South American Watershed*, Londres, Verso, 1993.

Gunson, Chamberlain, Thompson, *The Dictionary of Contemporary Politics of Central America and the Caribbean*, Nueva York, Simon & Schuster, 1991.

Herrera, Hayden, *Frida: A Biography of Frida Kahlo*, Nueva York, HarperCollins, 1984 (ed. castellana: *Frida: una biografía de Frida Kahlo*, Barcelona, Planeta, 2002).

Lindqvist, Sven, *The Shadow: Latin America Faces the Seventies*, Londres, Pelican Latin America Library, Penguin Books, 1969.

Minà, Gianni, *Un continente desaparecido*, Barcelona, Península, 1996.

Pendle, George, *History of Latin America*, Londres, Penguin, 1963, 1990.

Schlesinger, Stephen, y Stephen Kinzer, *Bitter Fruit: The Untold Story of the American Coup in Guatemala*, Nueva York, Anchor Press/Doubleday, 1983.

Szulc, Tad, *Twilight of the Tyrants*, Nueva York, Henry Holt & Co., 1959.

Ydígoras Fuentes, Miguel, *My War with Communism*, Nueva York, Prentice-Hall, Inc., 1963.

SOBRE CUBA Y ÁFRICA

Barreto, José, «Comrade Tato», en *Prensa Latina* (junio de 1993).

Bridgeland, Fred, *Jonas Savimbi: A Key to Africa*, Nueva York, Paragon House Publishers, 1987.

Carrasco, Juana, «Tatú: Un Guerrillero Africano», en *Verde Olivo* (junio de 1988).

García Márquez, Gabriel, Jorge Risquet y Fidel Castro, *Changing the History of Africa, Angola and Namibia*, Australia, Ocean Press, 1989.

Gott, Richard, «Che's Missing Year: Che Guevara and the Congo», en *New Left Review*, n.º 220 (1996).

Heikal, Mohammed Hassanein, *The Cairo Documents*, Nueva York, Doubleday, 1971.

Jiménez Rodríguez, Limbania, *Heroínas de Angola*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1985.

Moore, Juan Carlos, *Castro, the Blacks and Africa*, Berkeley, Center for Afro-American Studies, University of California Press, 1988.

Taibo II, Paco Ignacio, Froilán Escobar y Félix Guerra, *El año que estuvimos en ninguna parte*, México, Editorial Joaquín Mortiz, Grupo Planeta, 1994.

SOBRE LA GUERRA FRÍA

Andrew, Christopher, y Oleg Gordievsky, *KGB: The Inside Story*, Londres, HarperCollins, 1990 (ed. castellana: *KGB: la historia interior de sus operaciones desde Lenin a Gorbachov*, Barcelona, Plaza & Janés, 1998).

Frankland, Mark, *Khrushchev*, Lanham, Maryland, Madison Books, UPA, 1969.

Goodwin, Richard, *Remembering America: A Voice from the Sixties*, Boston, Little Brown & Co., 1988. Grose, Peter, *Gentleman Spy: The Life of Allen Dulles*, Nueva York, Houghton Mifflin, 1994.

Kwitny, Jonathon, *Endless Enemies: The Making of an Unfriendly World*, Nueva York, Viking Penguin, 1986.

Ranelagh, John, *The Agency: The Rise and Decline of the CIA*, Londres, Weidenfeld & Nicolson, 1986.

Schlesinger, Arthur Jr., *A Thousand Days: John F. Kennedy in the White House*, Nueva York, Houghton Mifflin, 1965 (ed. castellana: *Los mil días de Kennedy*, Barcelona, Ayma, 1966).

Steele, Jonathon, *World Power: Soviet Foreign Policy under Brezhnev and Andropov*, Londres, Michael Joseph, 1983.

Thomas, Evan, *The Very Best Men: Four Who Dared-The Early Years of the CIA*, Nueva York, Touchstone, Simon & Schuster, 1995.

Zubok, Vladislav, y Constantine Pleshakov, *Inside the Kremlin's Cold War: From Stalin to Khrushchev*, Massachusetts, Harvard University Press, 1996.

MISCELÁNEA

Allaine, Marie-Françoise, *Conversations with Graham Greene*, Londres, Penguin, 1991.

Anderson, Benedit, *Imagined Communites*, Londres, Verso, 1991 (orig. 1983).

Armiño, Mauro, ed. *La lucha de guerrillas según los clásicos del marxismoleninismo*, Madrid, Júcar, 1980.

Bottomore, Tom, ed., *A Dictionary of Marxist Thought*, Oxford, Blackwell's, 1991.

Cantor, Jay, *The Death of Che Guevara*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 1983 (ed. castellana: *La muerte del Che Guevara*, Barcelona, Grijalbo, 1985).

De Beauvoir, Simone, *All Said and Done*, Londres, Penguin Books, 1977 (orig. París, Gallimard, 1972) (ed. castellana: *Final de cuentas*, Barcelona, Edhasa, 1990).

—, *The Force of Circumstance*, Londres, Penguin Books, 1968 (orig. París, Gallimard, 1963) (ed. castellana: *La fuerza de las cosas*, Barcelona, Edhasa, 1987).

Debray, Régis, *Loués Soient Nos Seigneurs: Une Éducation Politique*, París, Gallimard, 1996 (ed. castellana: *Alabados sean nuestros señores: una educación política*, Madrid, Del taller de Mario Muchnik, 1999).

Fanon, Frantz, *The Wretched of the Earth*, Nueva York, Grove Press, 1982 (orig. París, Maspero, 1963) (ed. castellana: *Los condenados de la tierra*, México, Fondo de Cultura Económica, 1963).

Greene, Graham, *Fragments of Autobiography*, Londres, Penguin, 1991.

—, *Our Man in Havana*, Londres, Heinemann, 1958 (ed. castellana: *Nuestro hombre en La Habana*, Madrid, Alianza, 2002).

Harris, Nigel, *National Liberation*, Londres, Penguin, 1990.

Malcom X, ed., George Breitman, *Malcom X Speaks*, Nueva York, Grove Weidenfeld, 1990 (orig. 1965).

Nehru, Jawaharlal, *The Discovery of India*, Oxford University Press, 1985 (orig. Calcutta, Signet Press, 1946).

Neruda, Pablo, ed., y trad. Ben Bellit, *Five Decades: A Selection (Poems 1925-1970),* Nueva York, Grove Press, 1974.

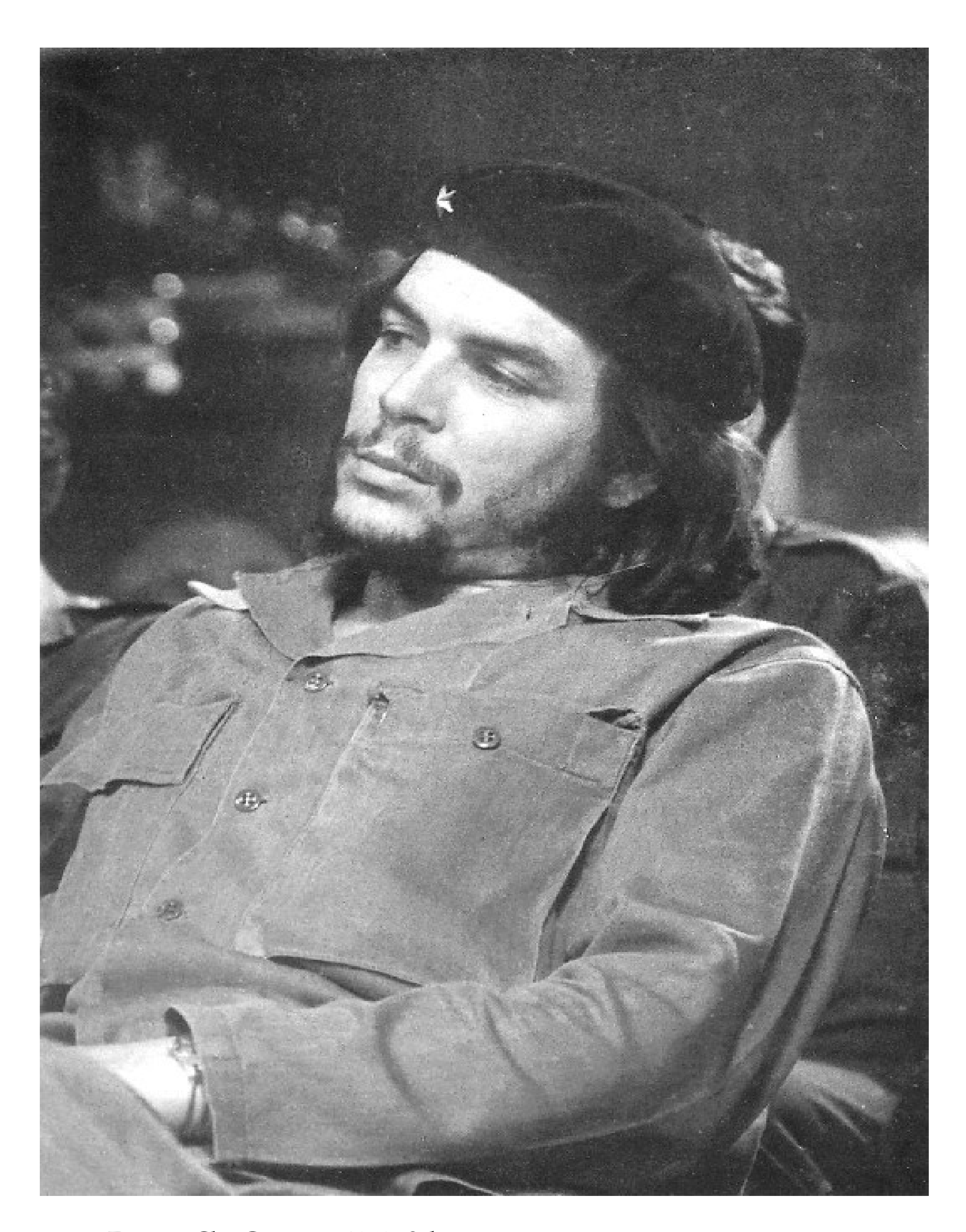
Payne, Robert, *The Life and Death of Lenin*, Nueva York, Simon & Schuster, 1964 (ed. castellana: *Vida y muerte de Lenin*, Barcelona, Destino, 1965).

Salisbury, Harrison, *The New Emperors: China in the Era of Mao and Deng*, Nueva York, Avon Books, 1992.

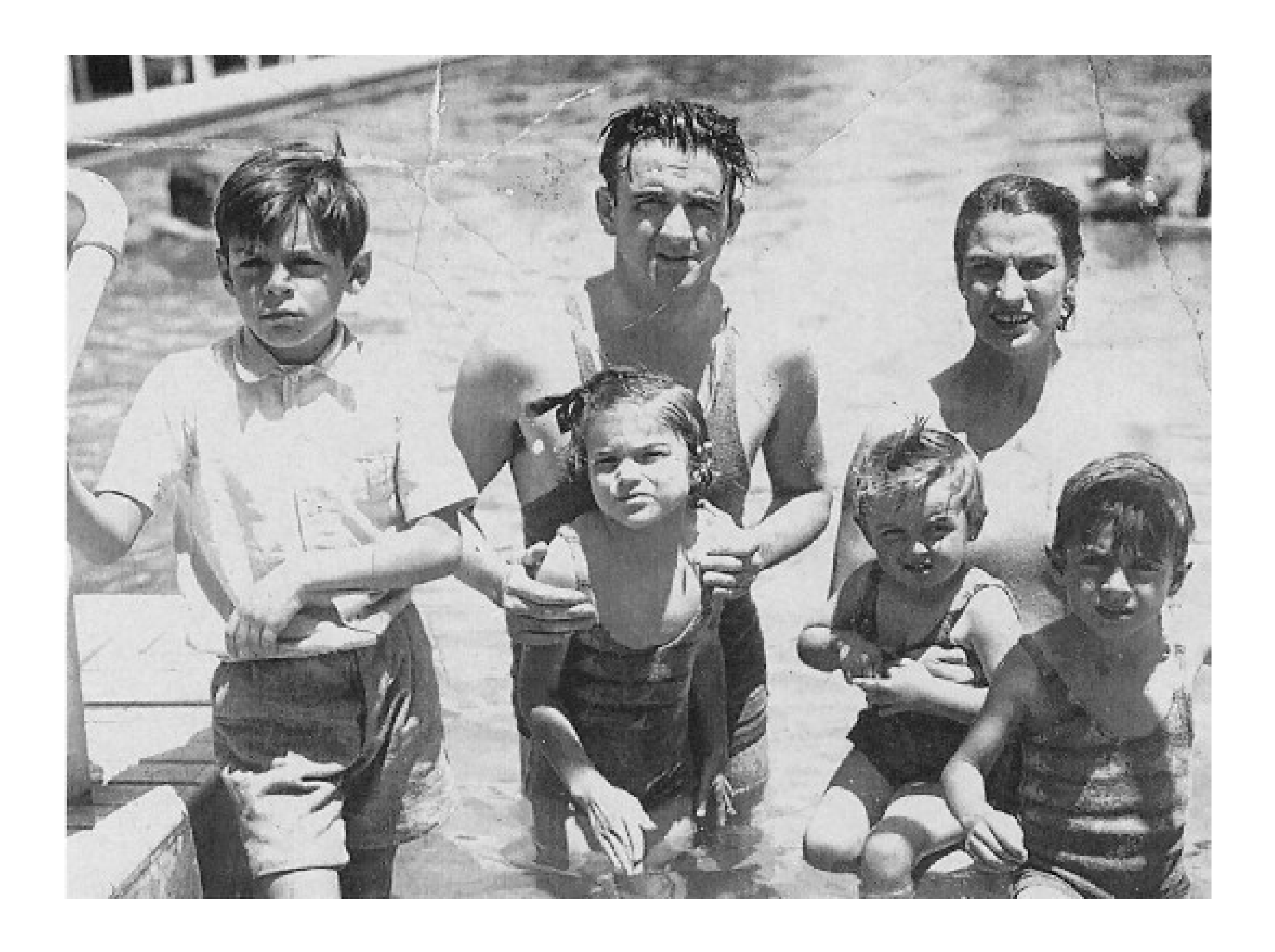
Schama, Simon, *Citizens: A Chronicle of the French Revolution*, Londres, Penguin, 1989.

Snow, Edgar, *Red Star over China*, Nueva York, Grove Weidenfeld, 1973 (orig. Random House, 1938).

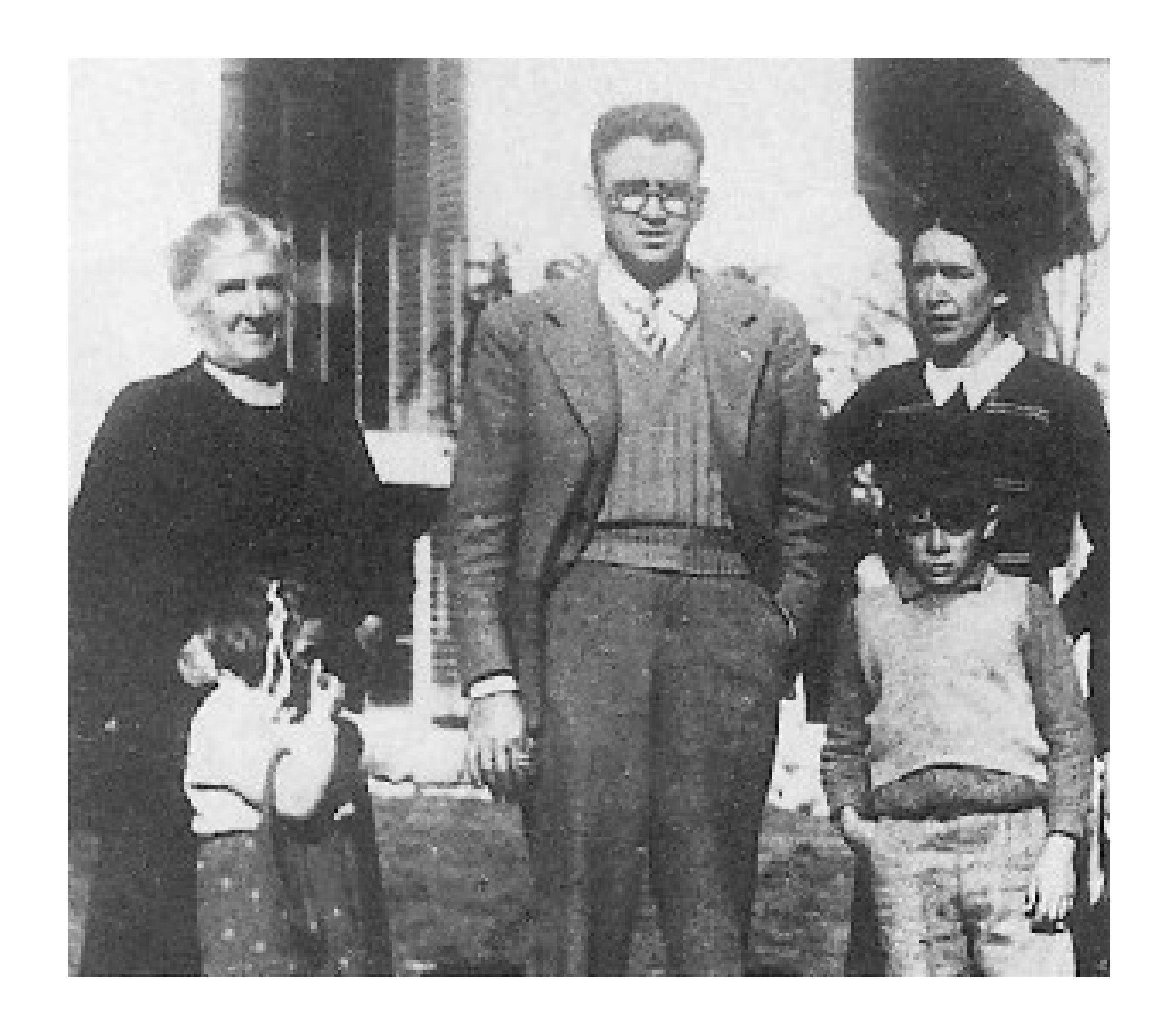
Westoby, Adam, *The Evolution of Communism*, Nueva York, The Free Press, Macmillan, Inc., 1989.



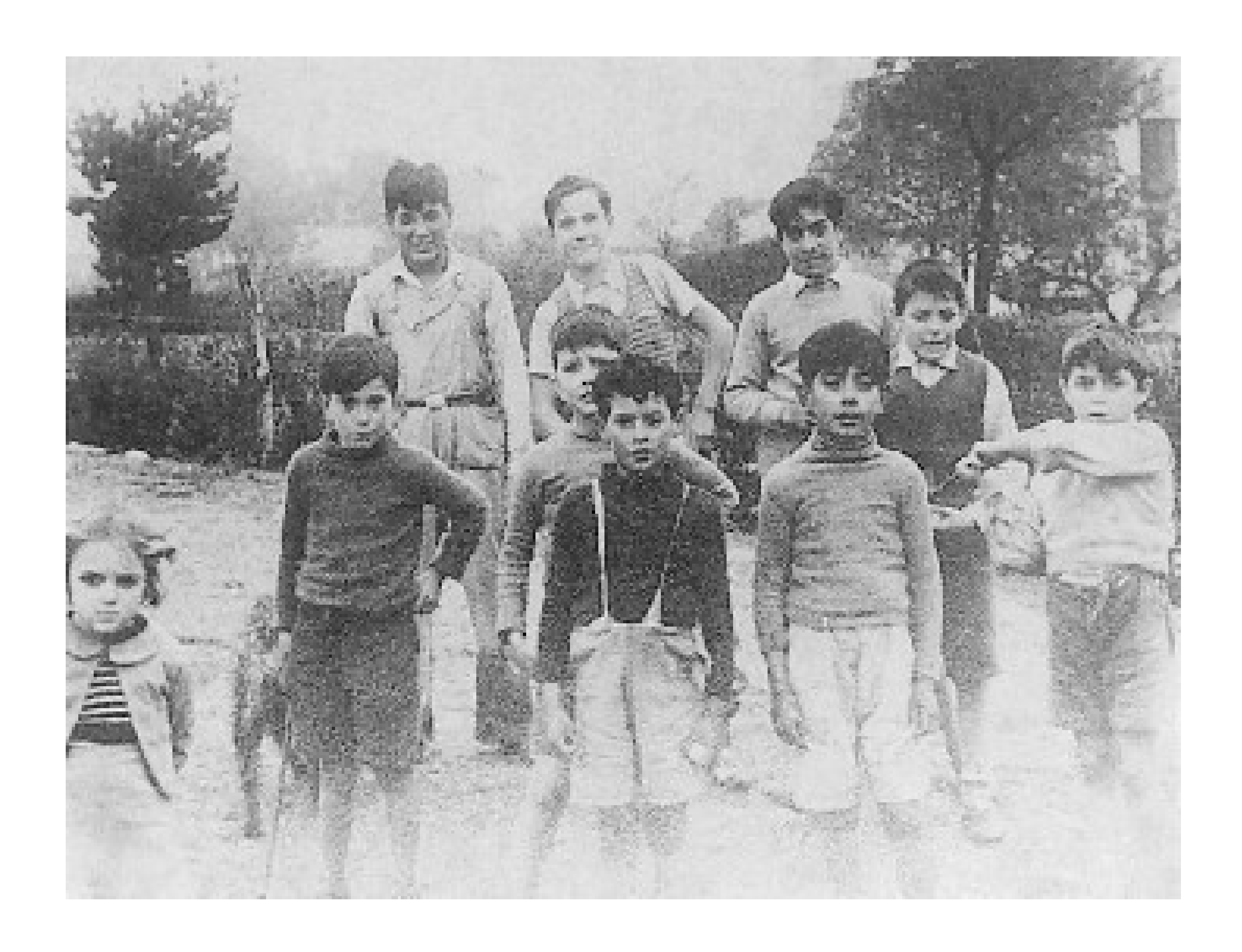
Ernesto Che Guevara, 1960. *Salas*



La familia Guevara en la piscina del Hotel Sierras de Alta Gracia (Argentina), 1936. De izquierda a derecha: Ernesto, con ocho años; su padre, Ernesto Guevara Lynch; su hermana Celia; su madre, Celia de la Serna; su hermana Ana María y su hermano Roberto. *Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado*



La familia al completo en Alta Gracia, 1939. De izquierda a derecha: la abuela Ana Isabel Guevara Lynch con Ana María, Ernesto Guevara Lynch, el pequeño Che (once años) y su tía Beatriz. *Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado*



Ernesto y su «barra» (pandilla) de Alta Gracia, 1939 o 1940. Ernesto es el segundo por la derecha, el que viste un chaleco de lana. El del extremo derecho es su hermano Roberto. En el extremo izquierdo, Ana María, la hermana menor de los dos. *Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado*.



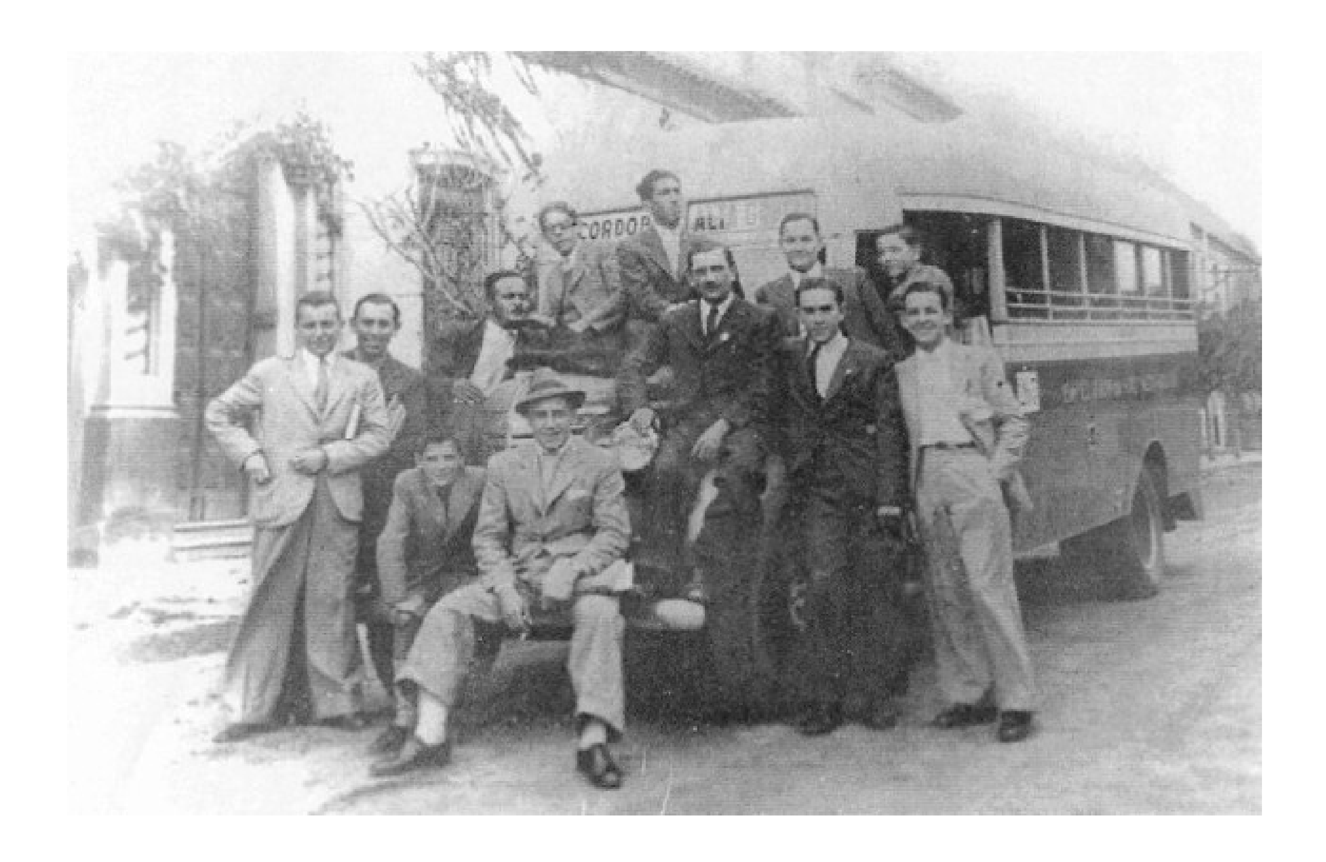
Celia de la Serna y Ernesto Guevara Lynch con su enfermizo primogénito, Ernesto, Alta Gracia, 1935. Ernesto sufrió ataques de asma desde los dos años hasta el final de su vida. *Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado*.



Celia de la Serna y sus hijos en Alta Gracia, 1937. De izquierda a derecha: Celia, Celia de la Serna, Roberto (de vaquero), Ernesto (con penacho indio) y Ana María. *Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado*



El joven Che era un temerario. Aquí lo vemos, con veintidós años de edad, haciendo equilibrismo sobre una tubería que cruza un barranco. *Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado*



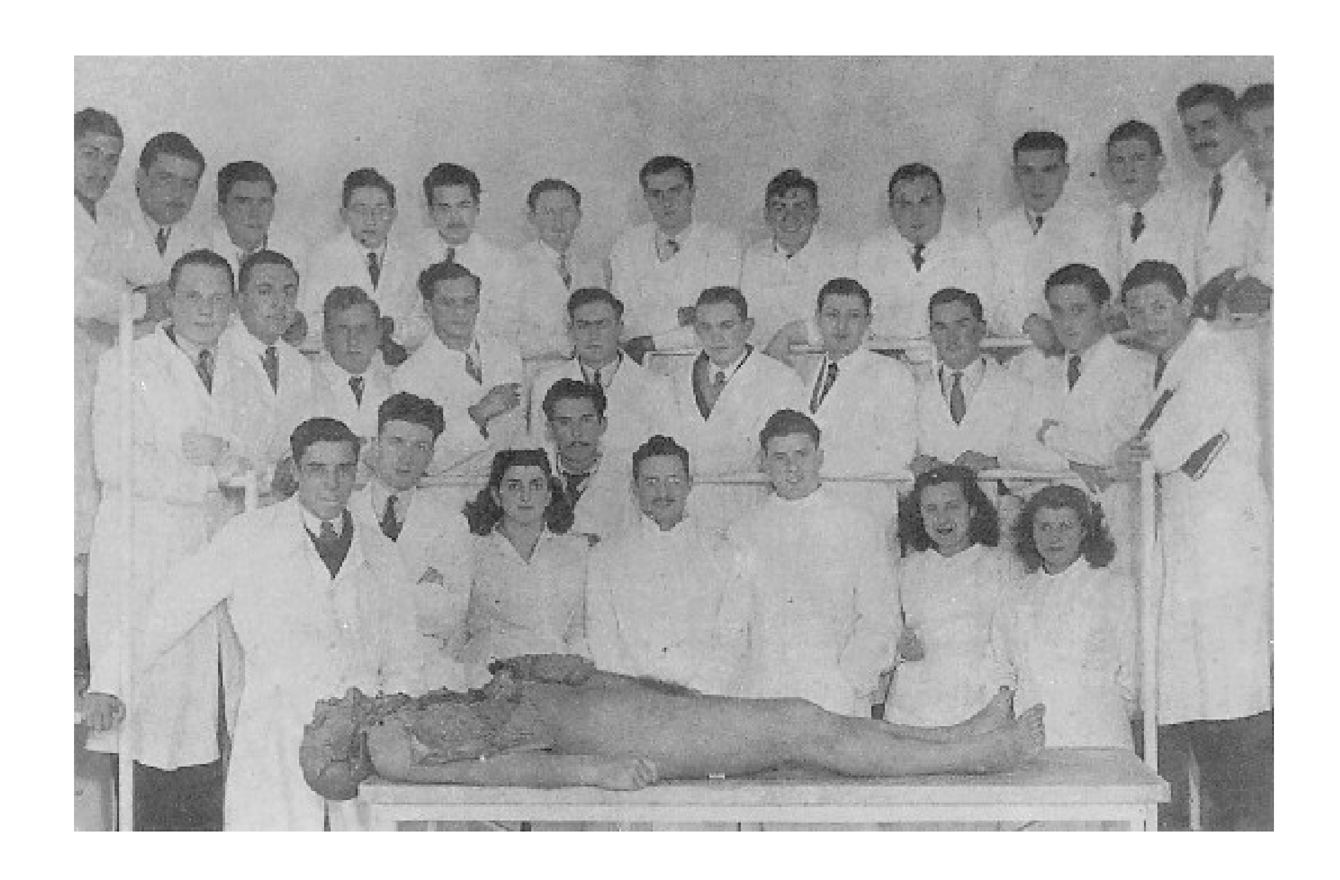
En 1942, Ernesto, con catorce años, empezó a ir a un instituto de enseñanza media de Córdoba. Todos los días tenía que ir en autobús desde Alta Gracia con estudiantes mayores que él. En la foto está sentado en el parachoques del vehículo, el tercero por la izquierda. *Cortesía de Carlos Barceló*.



El presidente argentino Juan Domingo Perón y la mítica Evita saludando a la multitud, 1951. A comienzos de la década, Perón cambió radicalmente la política argentina, causando una honda impresión en la generación de Ernesto Che Guevara. *Corbis-Bettmann*



Ernesto Guevara, ya estudiante de medicina, meditando en el balcón de la nueva casa que tenía su familia en la calle Aráoz de Buenos Aires, 1948 o 1949. *Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado*.



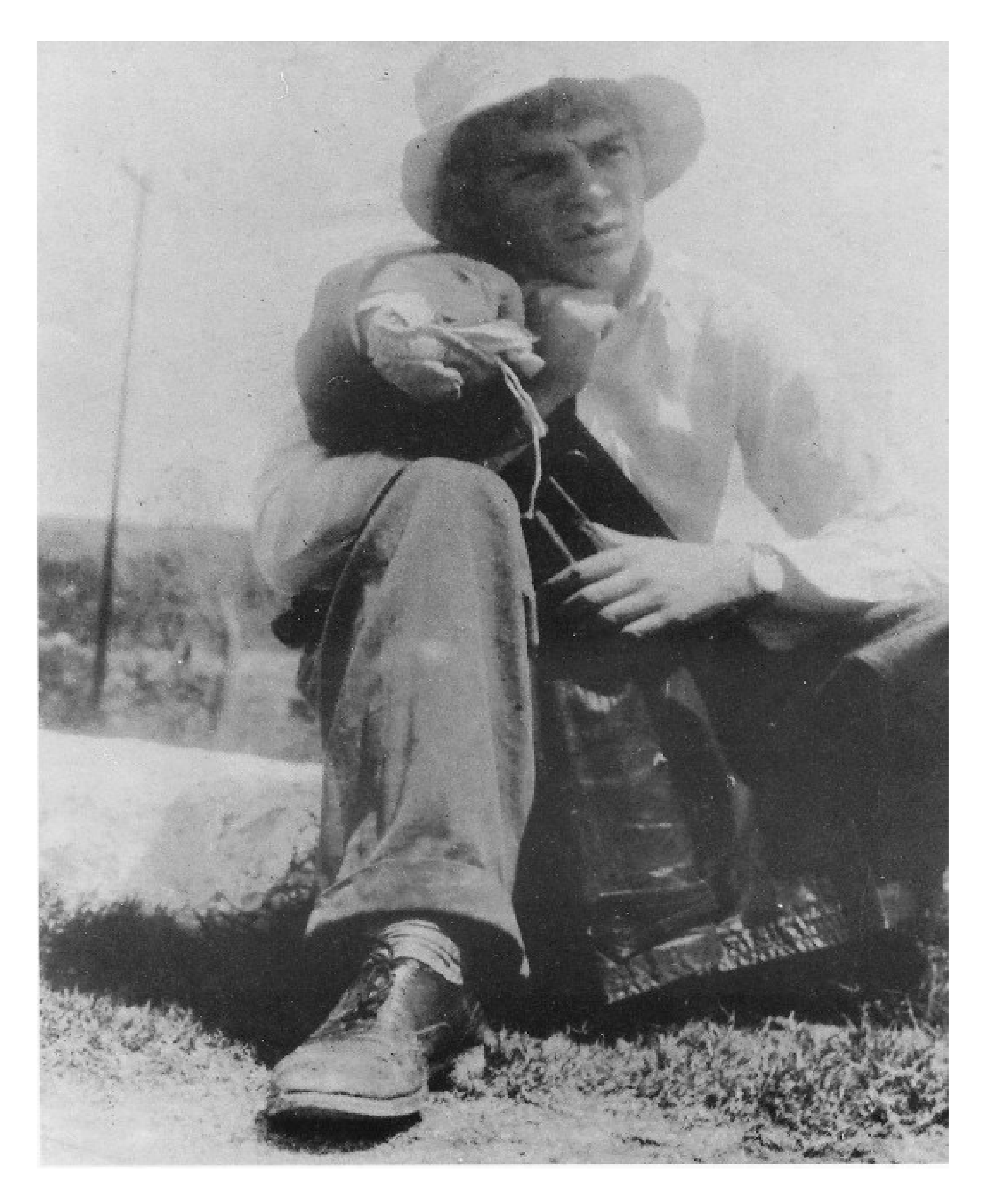
Ernesto ingresó en la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires en 1947. Aquí lo vemos un año después, en el anfiteatro anatómico, sonriendo (fila superior, el sexto por la derecha). La segunda chica por la derecha de la fila inferior es Tita, Berta Gilda Infante. Los dos fueron muy buenos amigos. *Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado*



Ernesto era un veinteañero guapo y extrovertido. Aquí lo vemos en 1952 o 1953 en un coche lleno de chicas. *Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado*



En 1950 se enamoró de María del Carmen Ferreyra (Chichina), que tenía dieciséis años y pertenecía a una de las familias más ricas de Córdoba. Ernesto quiso casarse con ella, pero la familia de la joven se opuso. María del Carmen rompió con Ernesto en 1952. *Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado*.



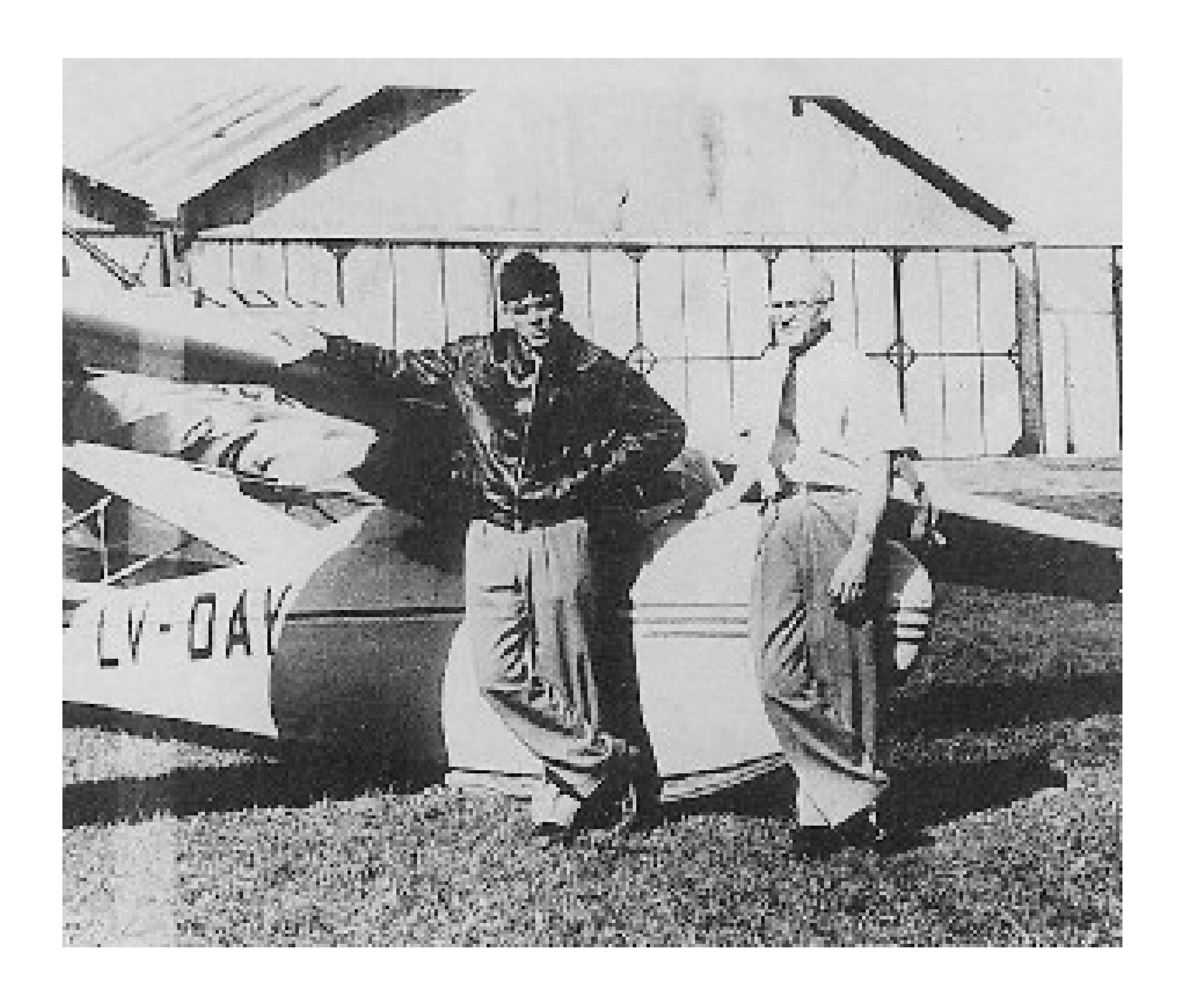
Haciendo autostop en 1948. Mientras estudiaba en la universidad, Ernesto quiso ampliar horizontes y los fines de semana se iba por los campos viajando en autostop. Pronto comenzó a viajar cada vez más lejos. *Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado*.



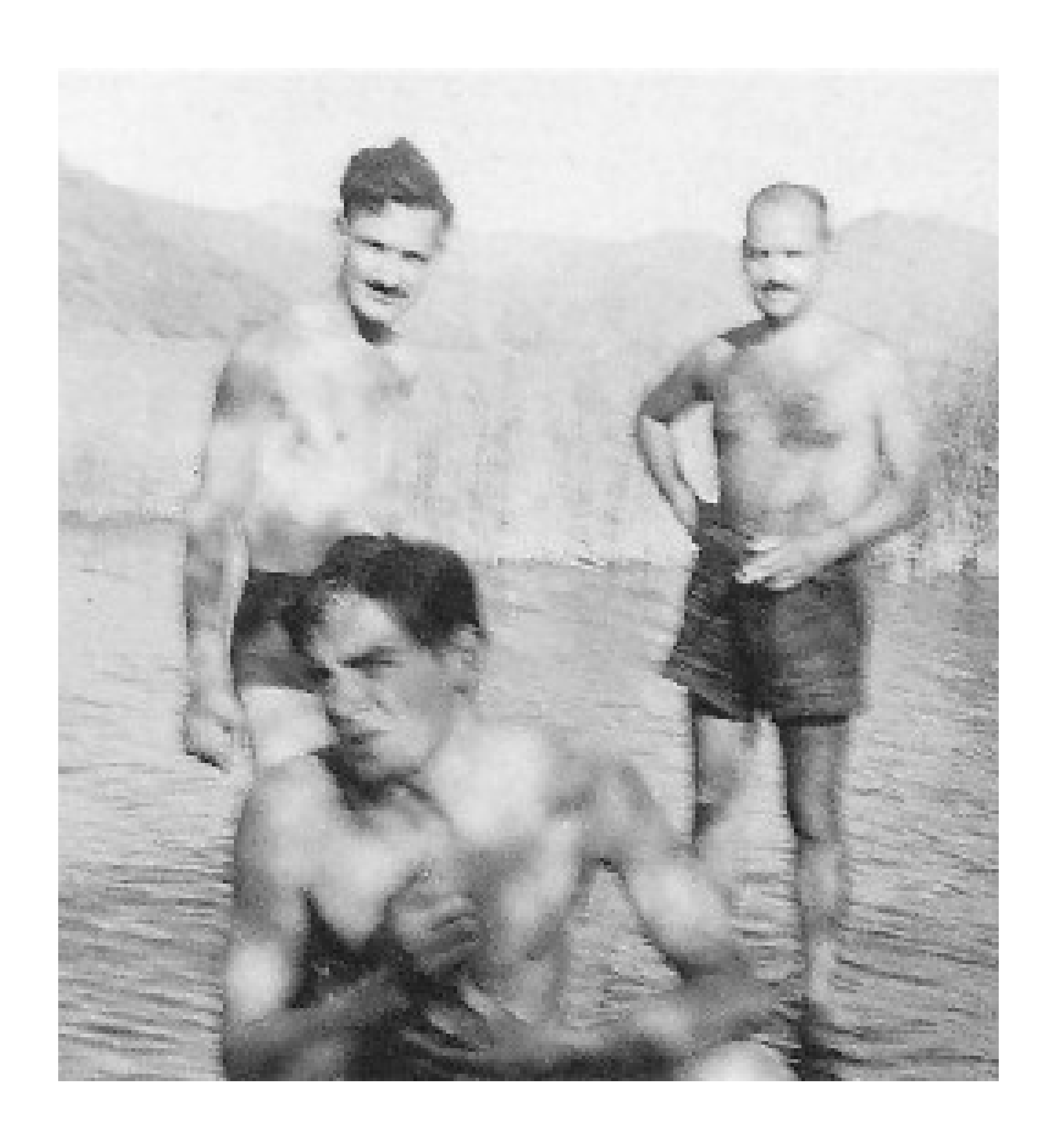
Haciendo el ganso con sus amigos los hermanos Granado. De izquierda a derecha: Ernesto, Gregorio Granado y Alberto Granado. La foto, de 1950, se tomó durante una parada de abastecimiento en el viaje en solitario que emprendió Ernesto por el norte de Argentina. *Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado*



Mientras estuvo en la universidad, Ernesto volaba a veces con su tío Jorge de la Serna, un personaje excéntrico con el que simpatizaba mucho. *Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado*



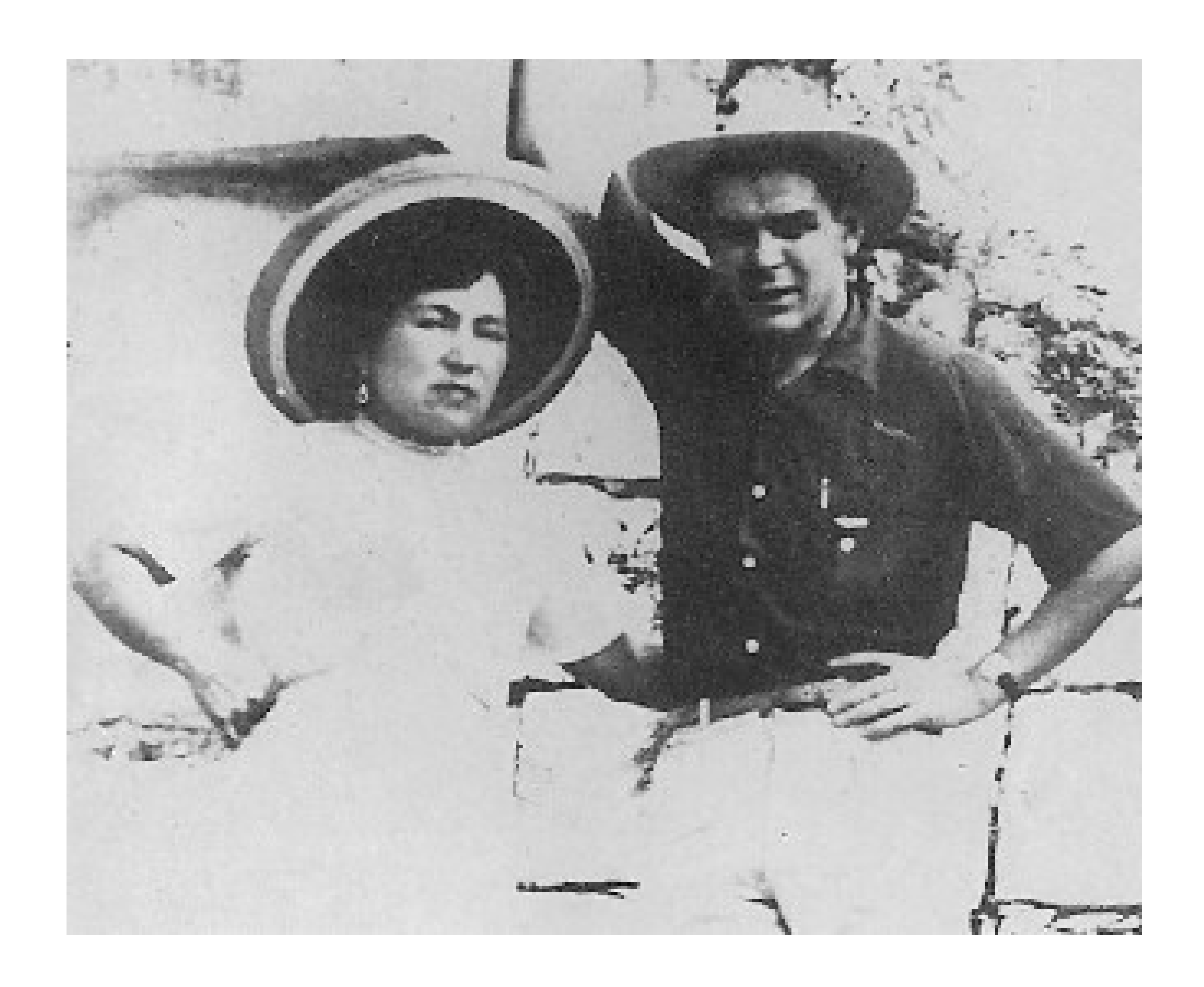
Dispuesto a emprender un viaje en velomotor, 1950. Esta foto la aprovechó más tarde publicitariamente la empresa que le vendió el motor. *Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado*.



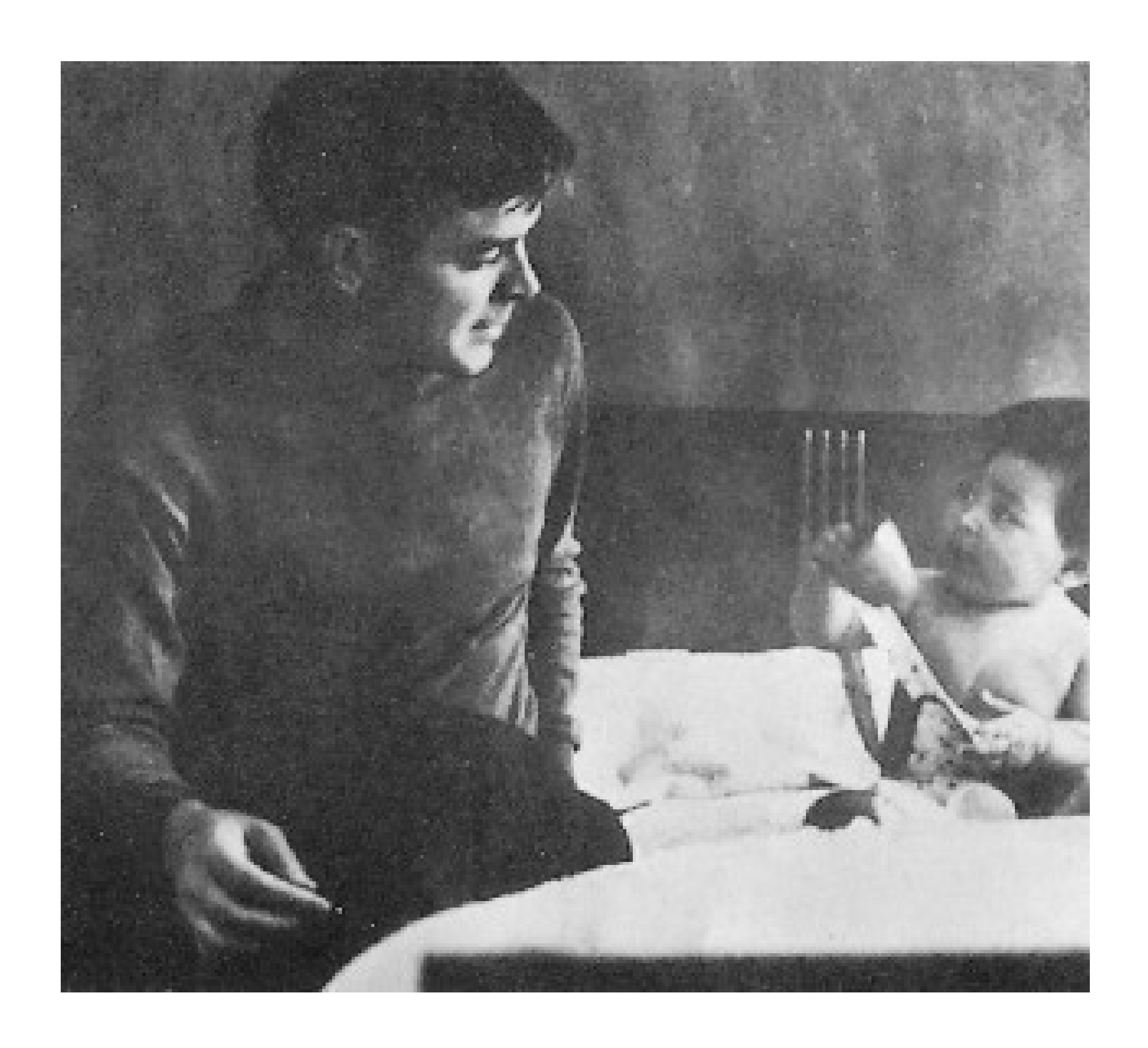
Guatemala, 1954. Ernesto junto a su futura primera mujer, Hilda Gadea, una refugiada política peruana. No tardarían en ser amantes. De derecha a izquierda: Ricardo Rojo, Hilda y Ernesto (con traje blanco). Acuclillado en primer término está Gualo García. *Cortesía de Carlos Calica Ferrer*



Un descanso con chapuzón mientras viajaba por América Central, 1953. Ernesto en primer plano. Detrás, de izquierda a derecha, sus compañeros de viaje Eduardo García (Gualo) y Ricardo Rojo. *Cortesía de Carlos Calica Ferrer*



Luna de miel en Yucatán, 1955. Después de que la CIA derrocara al presidente guatemalteco Jacobo Arbenz, Hilda y Ernesto huyeron a México. Hilda se quedó embarazada y contrajeron matrimonio en agosto de 1955. *Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado*



En febrero de 1956, Hilda dio a luz una niña a la que pusieron Hilda Beatriz, por la madre de Hilda y en honor de la tía preferida de Ernesto, aunque Ernesto llamaba a la niña «mi pequeña Mao». *Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado*.



El depuesto presidente guatemalteco Jacobo Arbenz (izquierda) al llegar a México en 1954. La incapacidad de Arbenz para «armar al pueblo» en defensa de su régimen izquierdista trazó una línea divisoria en la evolución política del Che. *AP/Wide World Photos*



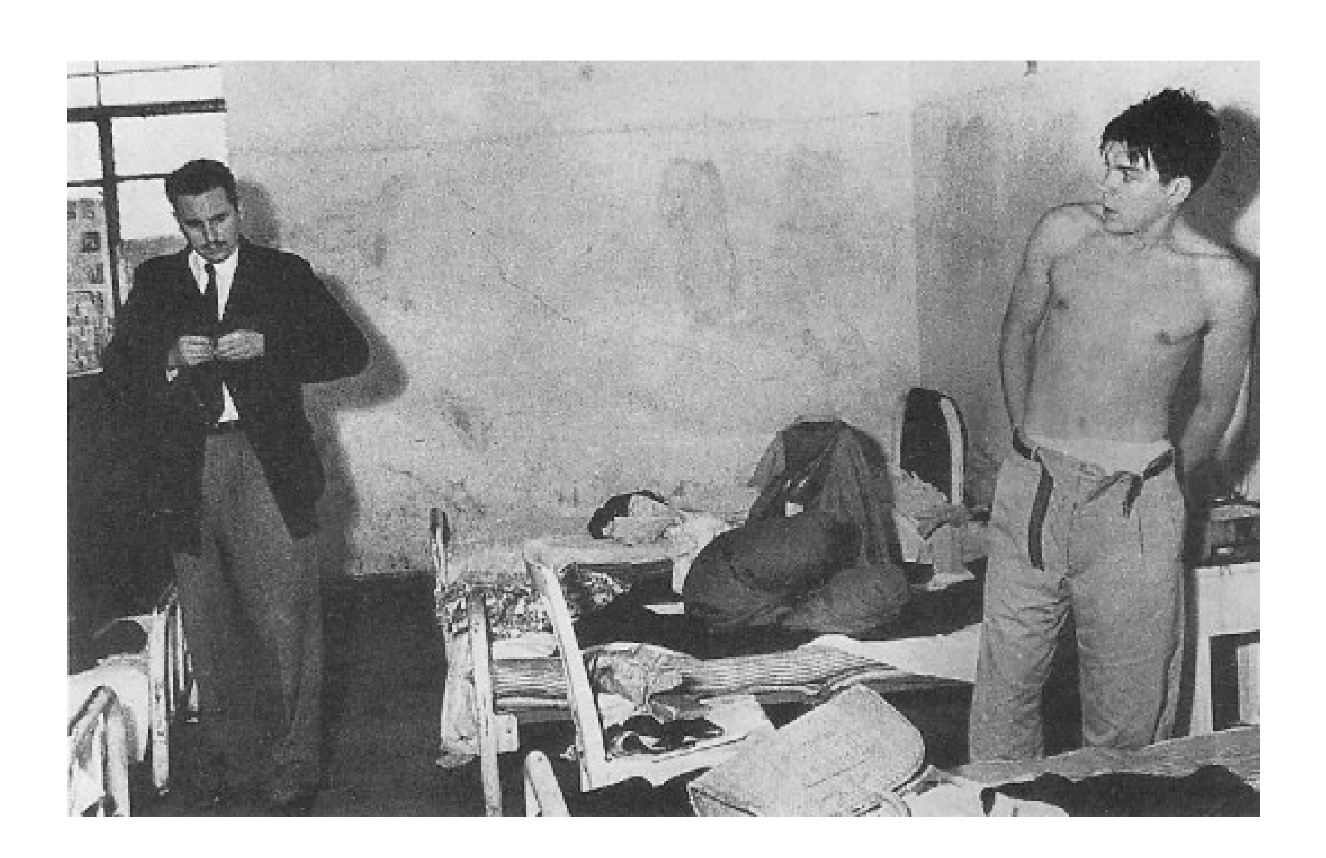
El «Libertador» de Guatemala, el coronel Carlos Castillo Armas. Ferviente anticomunista, Castillo Armas fue elegido a dedo para encabezar la Operación Éxito que la CIA organizó en 1954 para acabar con el gobierno izquierdista de Jacobo Arbenz. *AP/Wide World Photos*



El dictador cubano Fulgencio Batista tomando mojitos con el vicepresidente de Estados Unidos Richard Nixon y su mujer, Pat, durante una visita de los dos últimos a La Habana, 1955. La visita de Nixon otorgó a Batista, que se había hecho con el poder en 1952, el visto bueno del gobierno Eisenhower. El descontento popular que suscitaba el régimen de Batista acabó por traducirse en guerra civil. *UPI/Corbis-Bettmann*



Un Fidel Castro sin barba (mayo de 1955) saliendo de la cárcel cubana donde había estado casi dos años tras el asalto frustrado al cuartel Moncada en julio de 1953. De izquierda a derecha: Raúl Castro, Juan Almeida, Fidel Castro y Ciro Redondo. *Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado*.



Primera foto conocida donde aparecen juntos Fidel y el Che. Tras unirse a las fuerzas castristas en México y someterse a instrucción militar, Guevara pasó a ser oficial de Castro. En junio de 1956, Castro y casi todos sus hombres fueron detenidos por la policía mexicana; la foto se hizo en la celda que Castro y Guevara compartieron en la cárcel. *Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado*



Ernesto Guevara, a quien sus compañeros cubanos ya llamaban «el Che», solía hacer alpinismo en México para acostumbrarse a los rigores de la guerra de guerrillas que estaba a punto de iniciarse en Cuba. Aquí lo vemos en 1956 escalando el Popocatépetl (5452 m). *Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado*

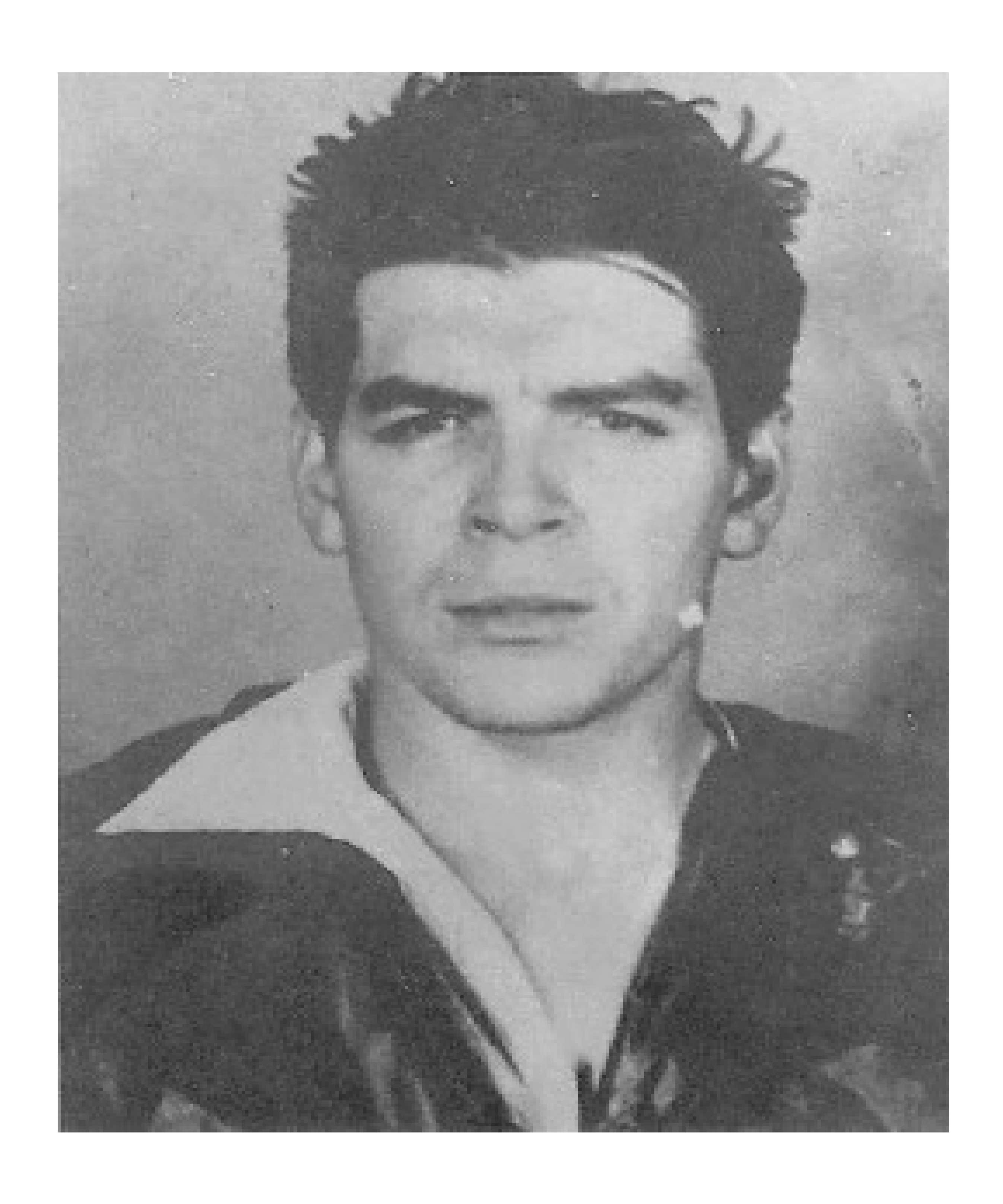
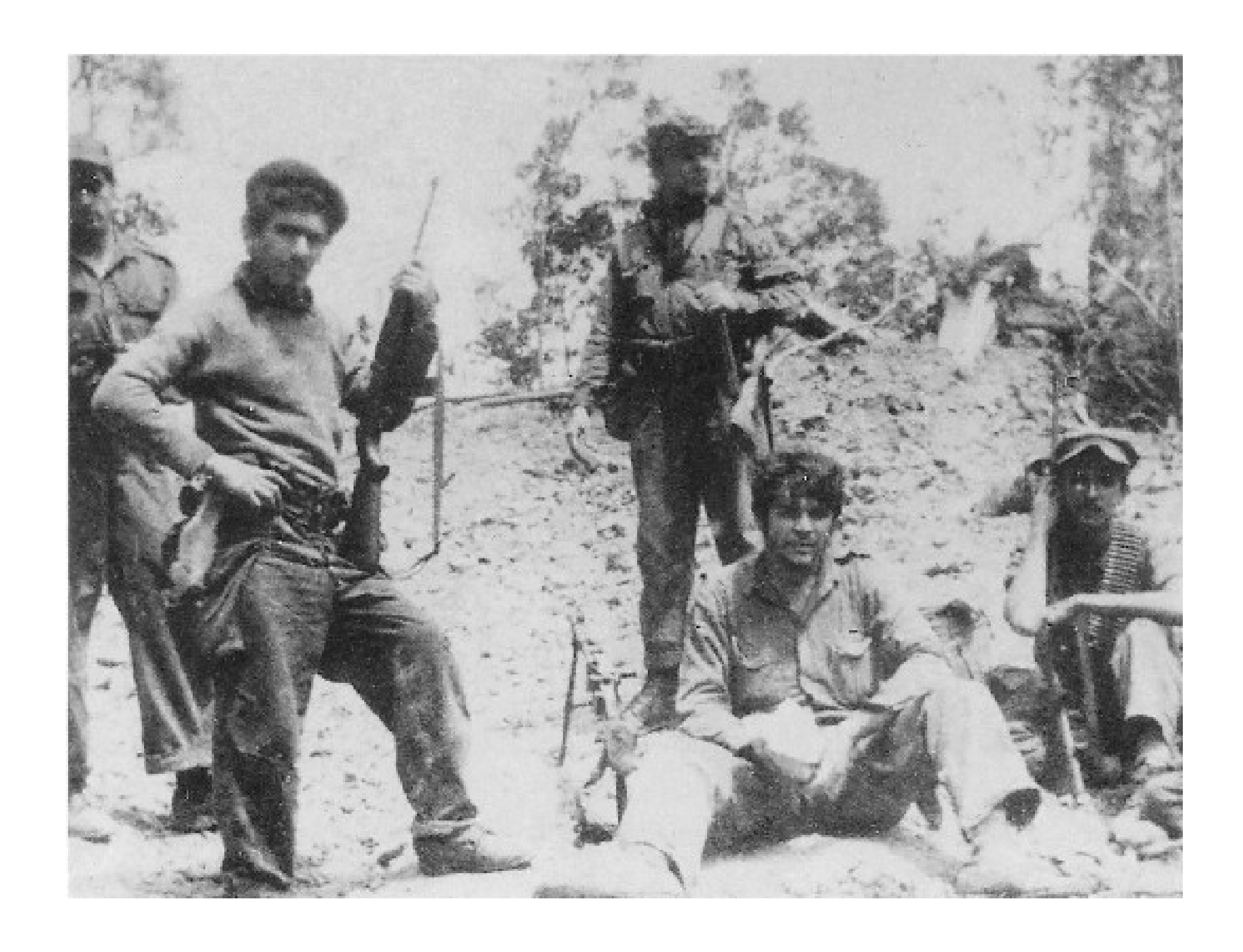


Foto de la ficha que la policía mexicana hizo al Che en verano de 1956. *Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado*.



Tras salir de México en una embarcación atestada y desembarcar en los pantanos del este de Cuba en diciembre de 1956, los rebeldes castristas fueron atacados y dispersados por el ejército de Batista. Menos de veinte consiguieron reagruparse en Sierra Maestra. En la foto, de comienzos de 1957, vemos al Che sentado en primer término con algunos compañeros cubanos. *Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado*



El Che, encendiendo un puro cubano, y Fidel Castro, durante los primeros días de la guerra de guerrillas cubana. Fidel se dio cuenta en seguida de que el Che era algo más que un médico y en julio de 1957 recompensó su valor en el combate nombrándolo comandante. *Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado*



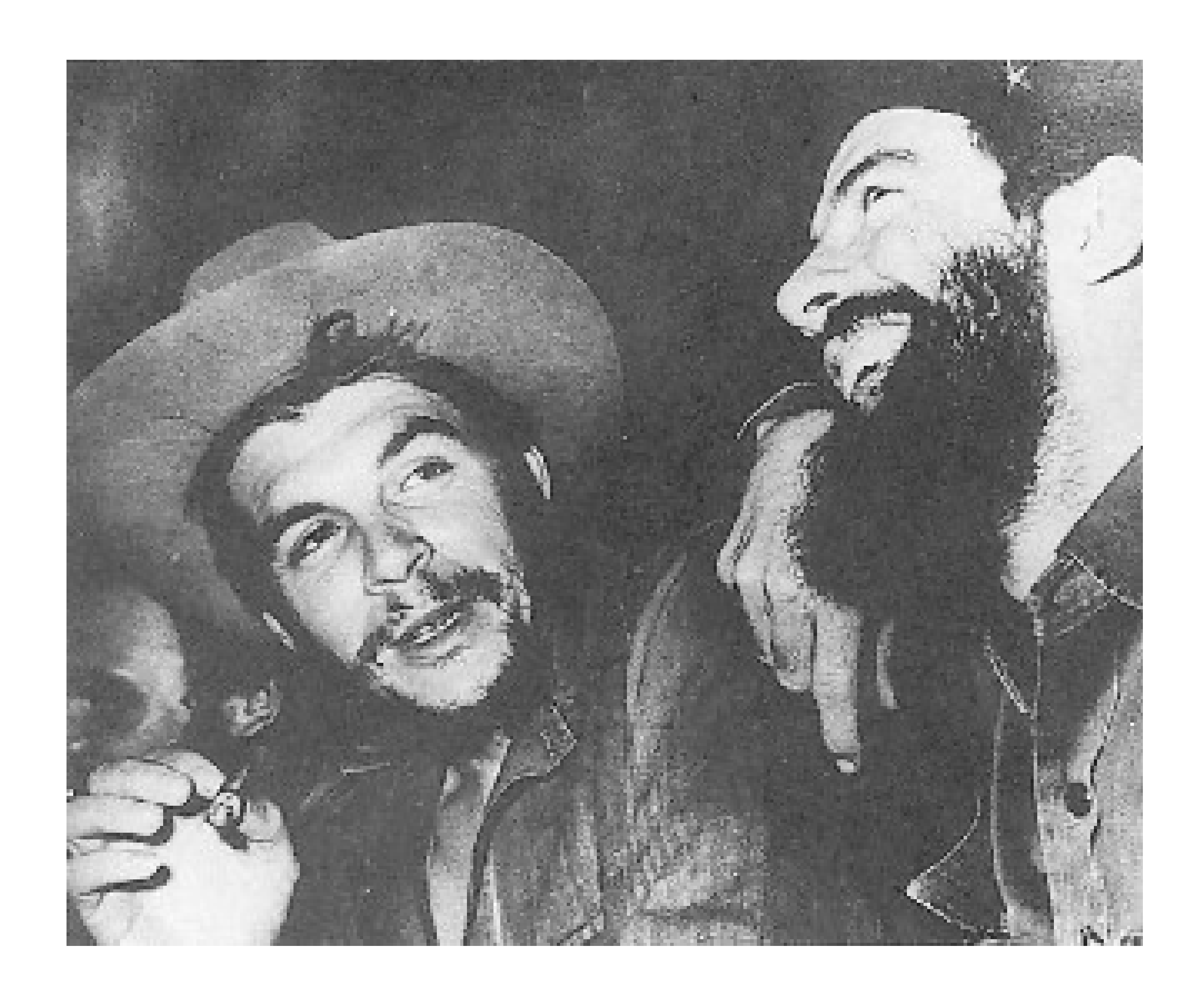
El Che y Raúl Castro, los dos «radicales» del ejército rebelde de Fidel. *Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado*.



Tras pasar menos de un año en las montañas, el Che fundó un «territorio libre» en un valle de Sierra Maestra. Orgulloso de su hazaña, hizo que sus hombres pintaran esta bandera para celebrar el Año Nuevo de 1958. *Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado*



En 1958, el periodista argentino Jorge Ricardo Masetti (derecha) consiguió llegar a Sierra Maestra y la voz del Che se emitió por radio por primera vez. Masetti acabó siendo un «protegido» del Che y dirigiendo una operación guerrillera en Argentina. Murió en 1964, en algún lugar de la jungla septentrional argentina. *Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado*



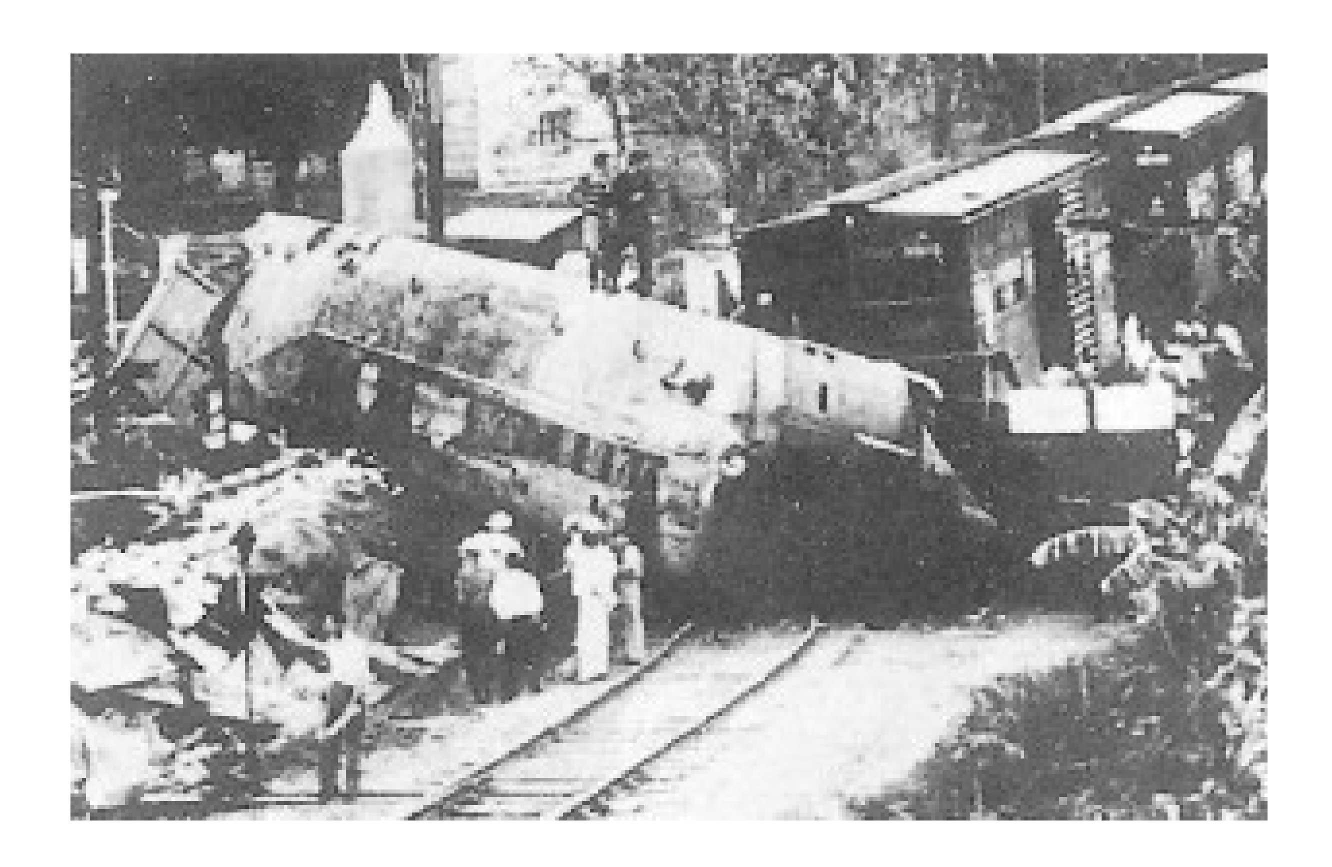
El Che y Camilo Cienfuegos (derecha), un oficial del ejército rebelde cubano. De espíritu aventurero y corazón noble, Cienfuegos fue uno de los amigos íntimos del Che y un héroe de la Revolución Cubana. *Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado*.



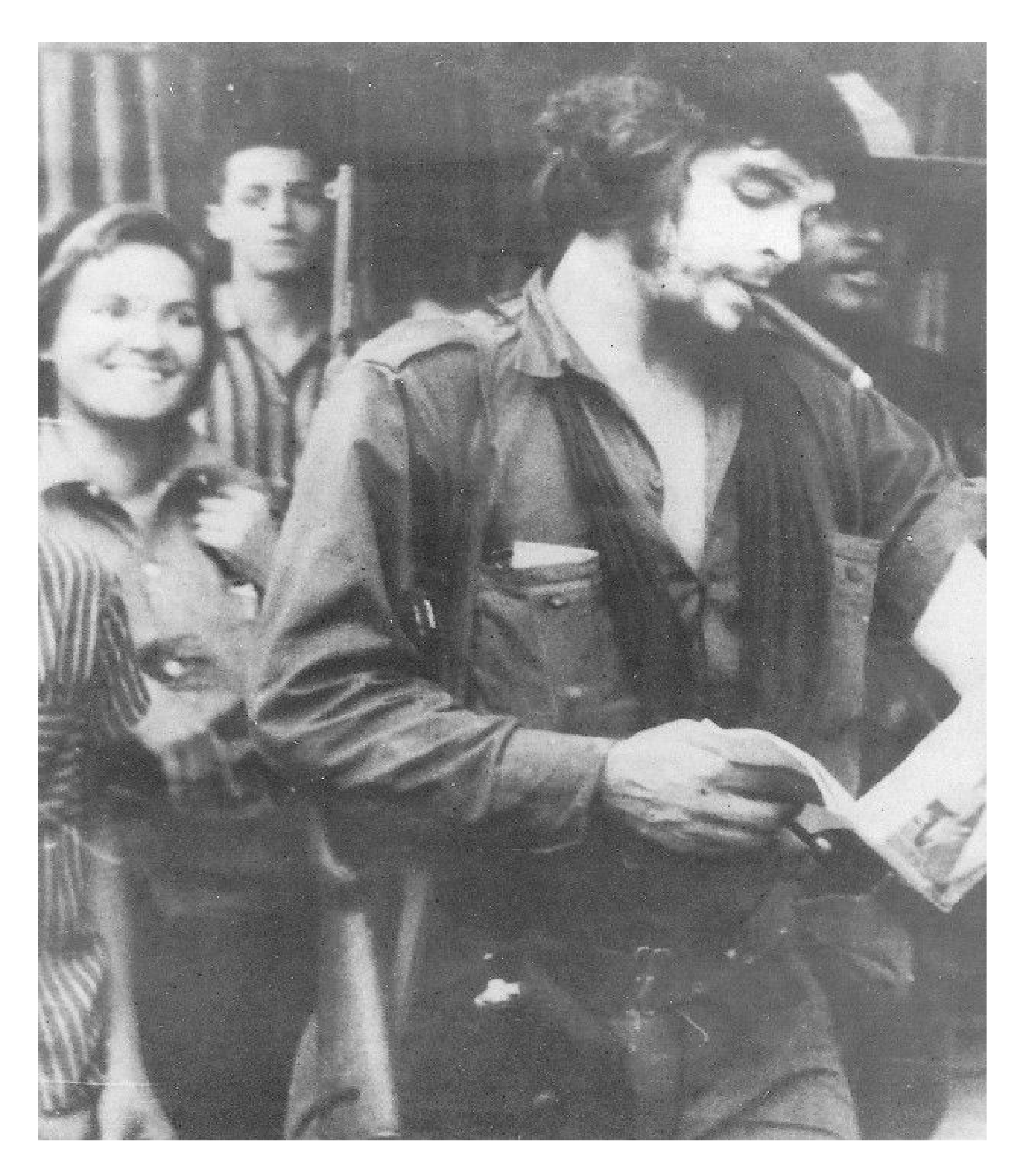
En las últimas etapas de la lucha, a fines de 1958, Guevara dirigió una serie de ataques contra las tropas regulares de la provincia de Las Villas, en el centro de Cuba. Mientras tanto preparaba la toma de la ciudad de Santa Clara, el último bastión del gobierno antes de la capital. En la foto vemos al Che arengando a los civiles de Cabaiguán. *Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado*



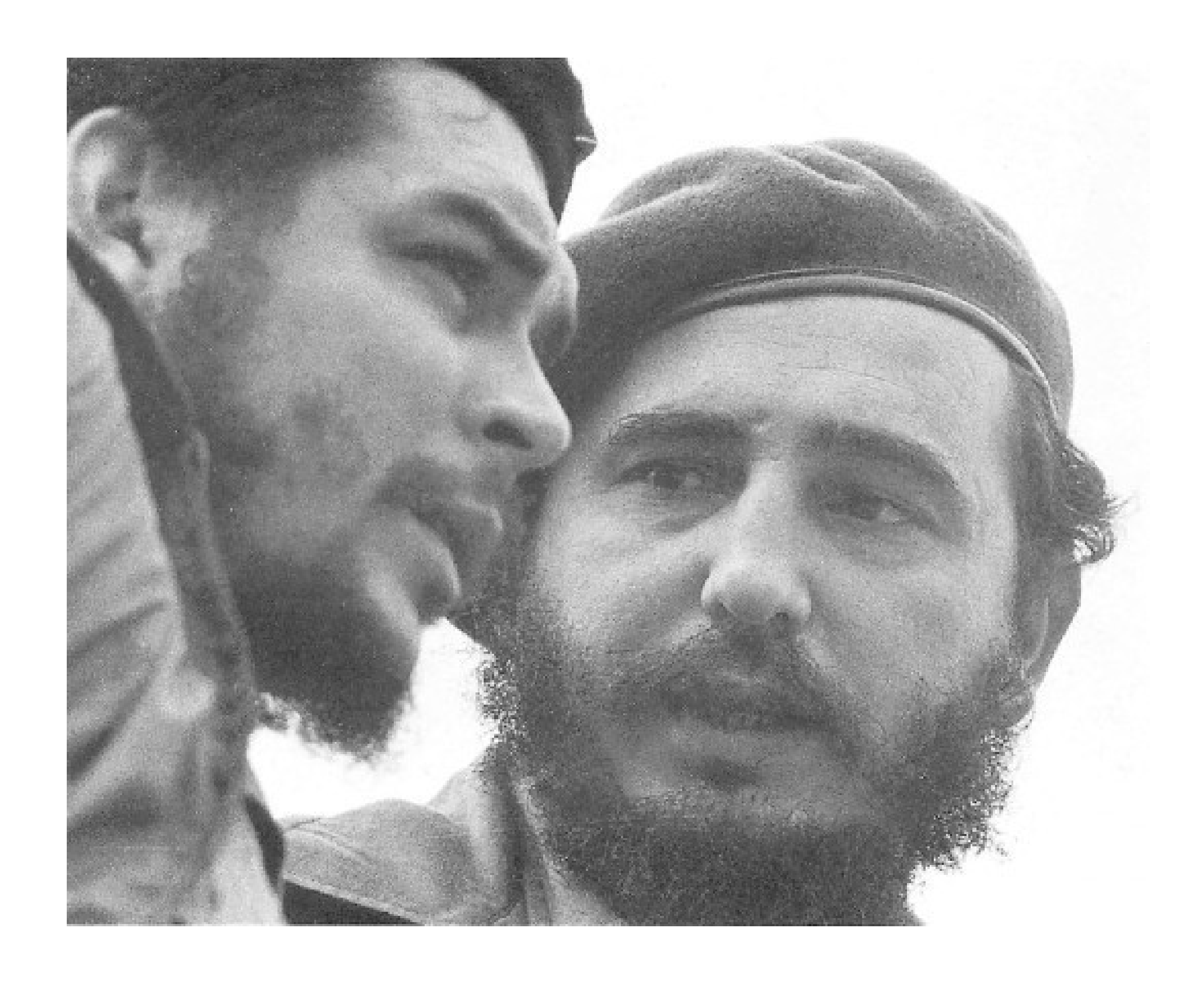
El 28 de diciembre de 1958, los hombres del Che descarrilaron un tren blindado del gobierno que transportaba armas y hombres para el ejército sitiado en Santa Clara. Fue el toque de difuntos para el régimen de Batista. Tres días más tarde, en las sombras de la madrugada del 1 de enero de 1959, Batista huía de Cuba y el ejército regular se rendía poco después a las fuerzas rebeldes de Castro. *Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado*



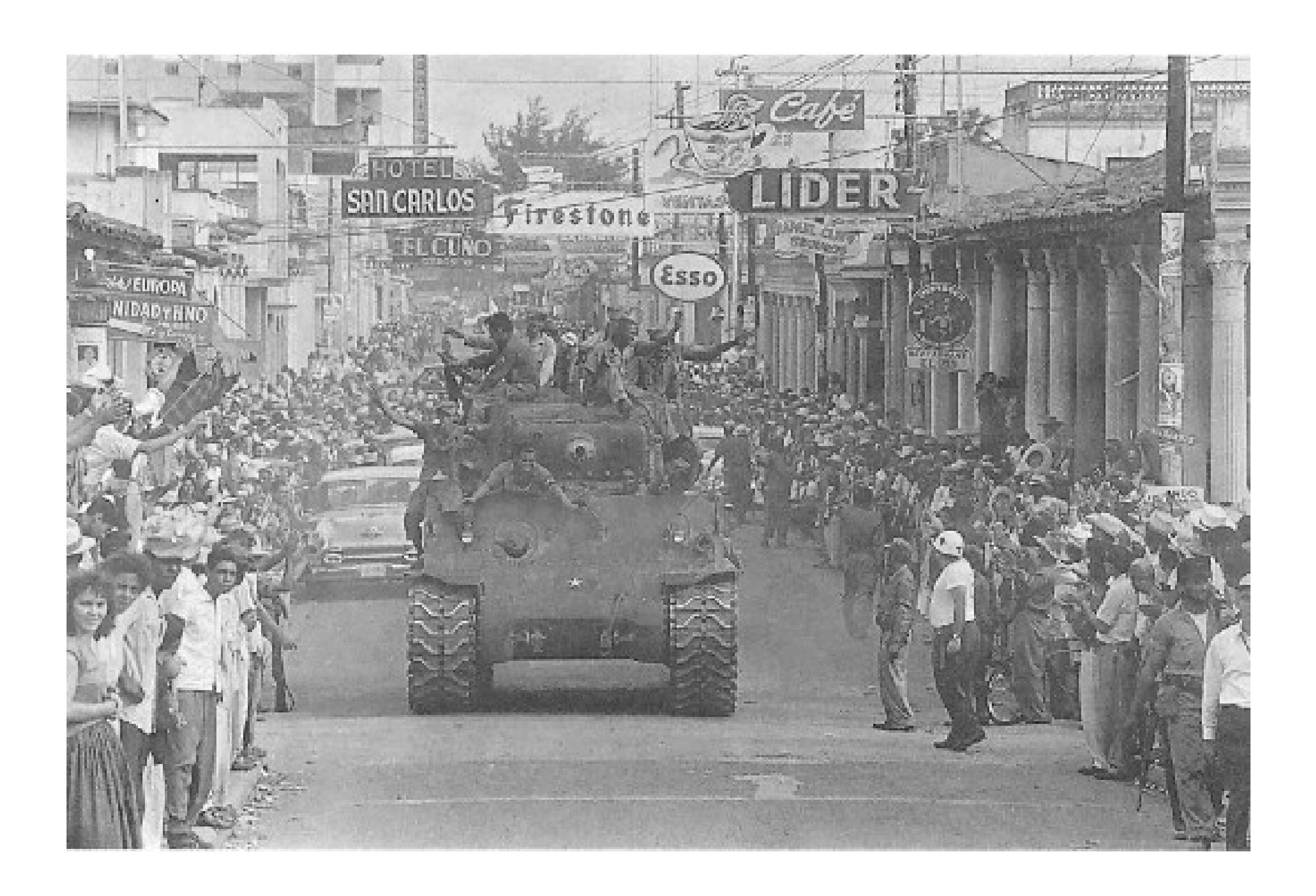
En pleno combate en Las Villas, el Che habla con sus «escoltas» y con el dirigente rebelde Víctor Bordón (de espaldas). En el extremo izquierdo vemos a Hermes Peña, fallecido cinco años más tarde en Argentina durante los combate guerrilleros a los que el Che tenía intención de unirse. *Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado*.



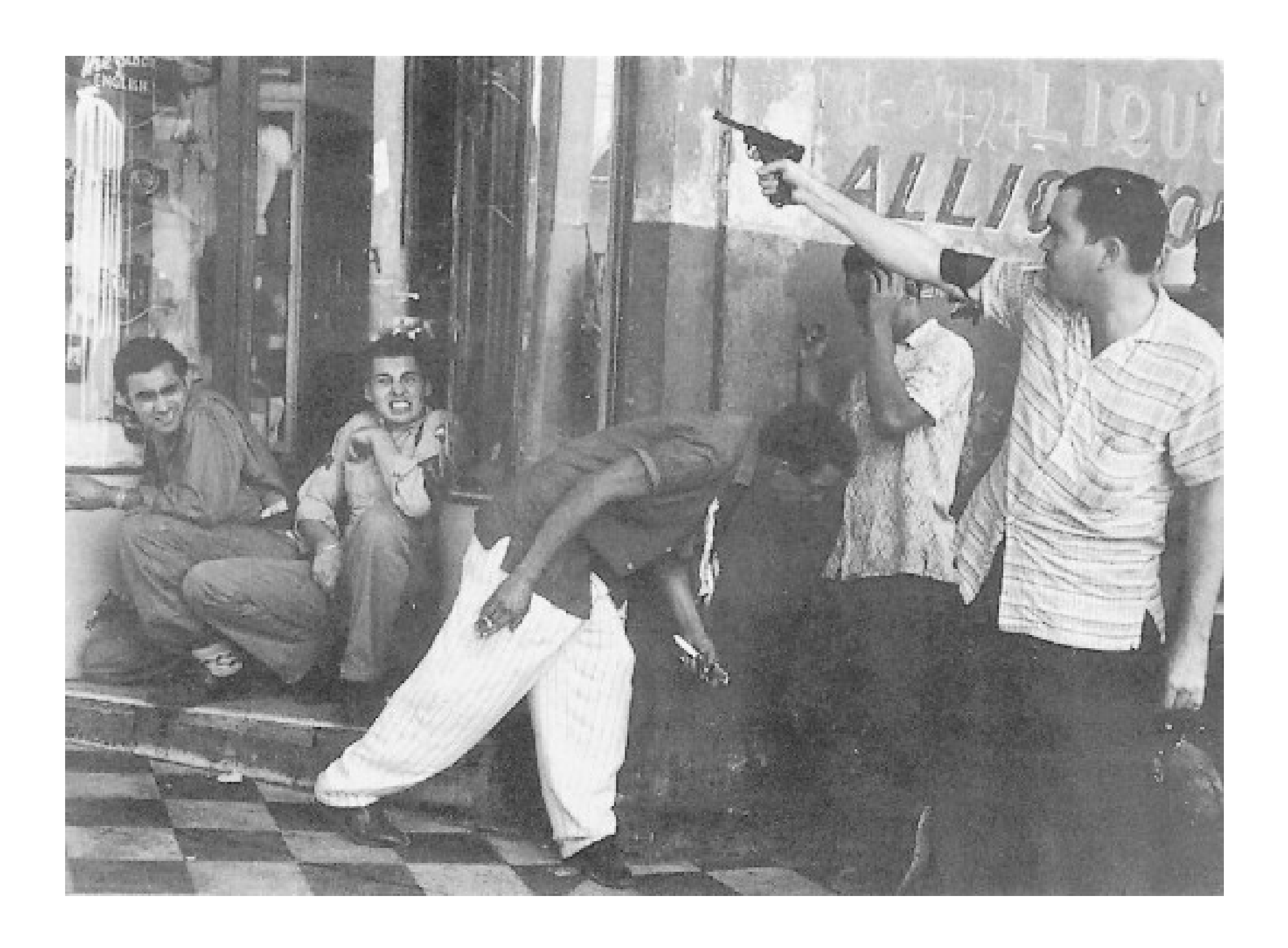
En noviembre de 1958, mientras organizaba los combates desde la base de los montes Escambray, el Che conoció a Aleida March, una guerrillera de veinticuatro años. Semanas después, durante la toma de Santa Clara, comprendió que estaba enamorado y al cabo de seis meses se casó con ella. *Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado*.



El Che Guevara y Castro en 1964. Aunque Fidel nombró sucesor a su hermano Raúl, muchos observadores pensaban que el Che era su verdadero brazo derecho. *Salas*



Las tropas victoriosas de Castro cruzan Santa Clara, camino de La Habana, a principios de enero de 1959. *Burt Glinn/Magnum Photos Inc*.



La Habana, Año Nuevo de 1959. Tras enterarse de la huida de Batista, los rebeldes clandestinos y sus simpatizantes tomaron las calles para perseguir a los confidentes y policías del régimen. *Burt Glinn/Magnum*



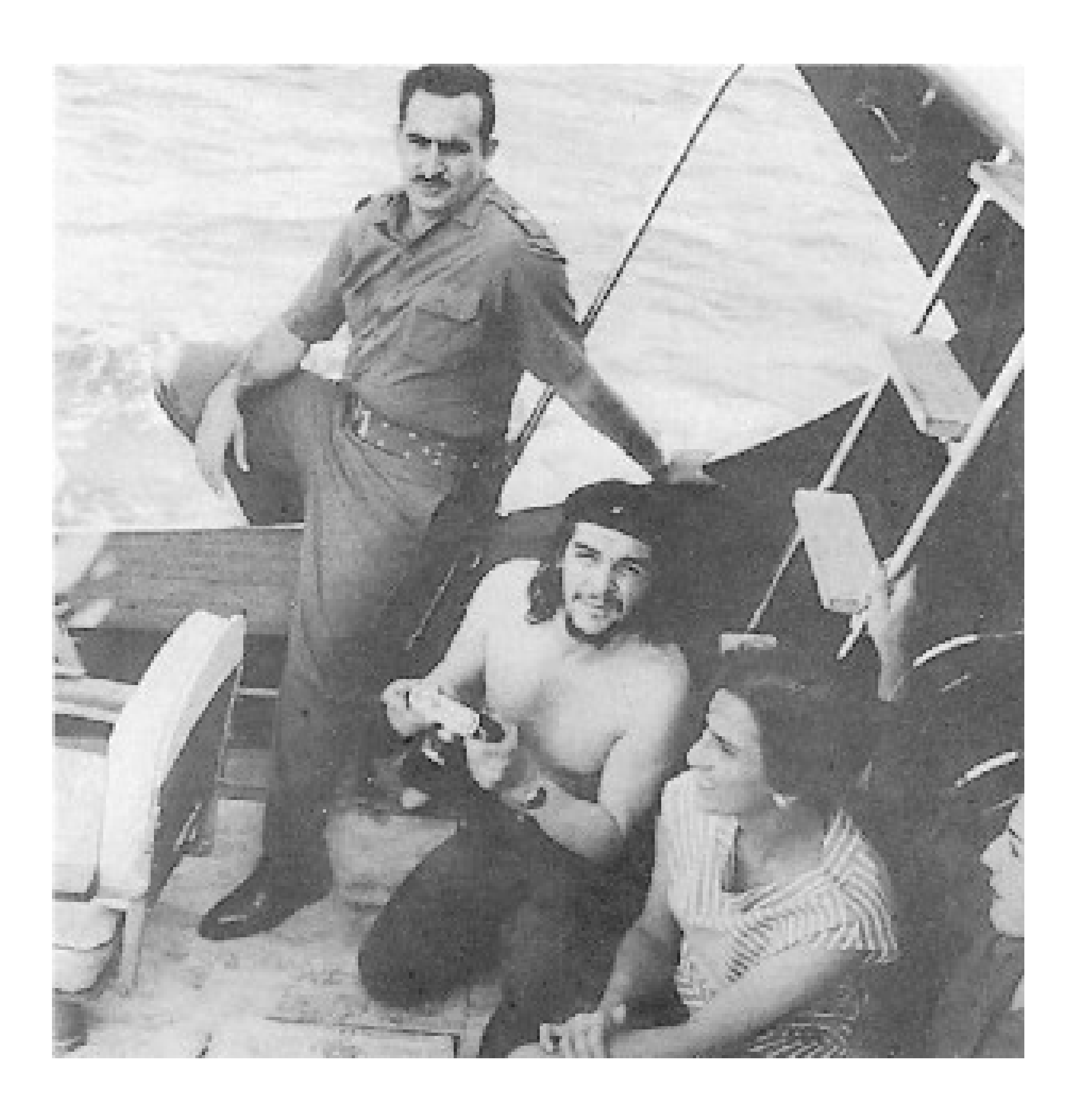
La Cabaña, fortaleza de la época colonial española y cuartel desde el que se domina el puerto y la ciudad de La Habana. El Che tomó el mando del cuartel el 3 de enero de 1959 y lo convirtió en cárcel de los sospechosos de ser criminales de guerra batistianos. En el curso de tres meses se fusiló aquí a unas cincuenta y cinco personas, acusadas y condenadas por tribunales revolucionarios en los que el Che hacía de fiscal supremo. *Salas*.



A raíz de la victoria rebelde, los padres del Che, su hermana Celia y su hermano Juan Martín fueron a visitarlo. En medio de una multitud de curiosos, el Che fue a recibirlos al aeropuerto de La Habana. De izquierda a derecha: Celia, Celia de a Serna, el Che y Ernesto Guevara Lynch. *Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado*



En enero de 1959 llegaron a La Habana la primera mujer del Che, Hilda Gadea, y la hija de ambos, Hilda Beatriz. Ernesto contó a su mujer que se había enamorado de Aleida March y le pidió el divorcio. Hilda accedió, pero optó por quedarse en Cuba. El 15 de febrero, el Che asistió a la fiesta de cumpleaños de su hija, que cumplía tres años. De izquierda a derecha (en primer término): el Che, Hilda e Hildita. *Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado*



El Che (sin camisa) y su madre durante el primer torneo anual de pesca Ernest Hemingway, 1960. La madre viajó varias veces a Cuba para ver a su hijo, pero el padre no volvió por la isla en vida de Ernesto. En el ángulo inferior derecho, a confidente y secretaria de Fidel, Celia Sánchez. *Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado*



El Che y su hija Hildita con Antonio Núñez Jiménez, el geógrafo que se unió al Che en Santa Clara y entró con él en La Habana. El Che solía ir a visitarlo con su hija a La Cabaña. *Salas*.



El Che y Aleida se casaron el 2 de junio en la vivienda de La Cabaña de Alberto Castellanos, guardaespaldas de Ernesto. Diez días después, el Che emprendió un largo viaje al extranjero. De izquierda a derecha, fila delantera: Raúl Castro, Vilma Espín, el Che, Aleida y Alberto Castellanos. *Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado*



Trabajando en los muelles de La Habana, 1961. Por lo general trabajaba seis días por semana entre dieciocho y veinte horas diarias, y los domingos por la mañana se iba a hacer «trabajo voluntario», práctica introducida por él para dar ejemplo personal del sacrificio comunista. *Liborio Noval*



Durante los seis años que el Che estuvo en Cuba, Aleida le dio cuatro hijos. Este retrato final de familia se hizo en marzo de 1965, poco antes de que el Che partiera para el Congo. De izquierda a derecha: el Che con un hijo recién nacido, Ernesto, Camilo, Aliusha y Aleida con la pequeña Celia en brazos. *Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado*



El Che y su ayudante Orlando Borrego en 1960, durante una jornada de trabajo voluntario en una obra de construcción. Cuando se fue de Cuba, el Che confió a Borrego su heterodoxa crítica inédita de la economía política soviética. *Salas*.



A fines de 1960, durante su primer viaje a la URSS, el Che conoció al dirigente soviético Nikita Jrushov, que se había «enamorado» de la revolución cubana. Con ellos está Nikolái Leonov, el «traductor» del KGB a quien el Che conocía de su época de Ciudad de México. *TASS/Prensa Latina*



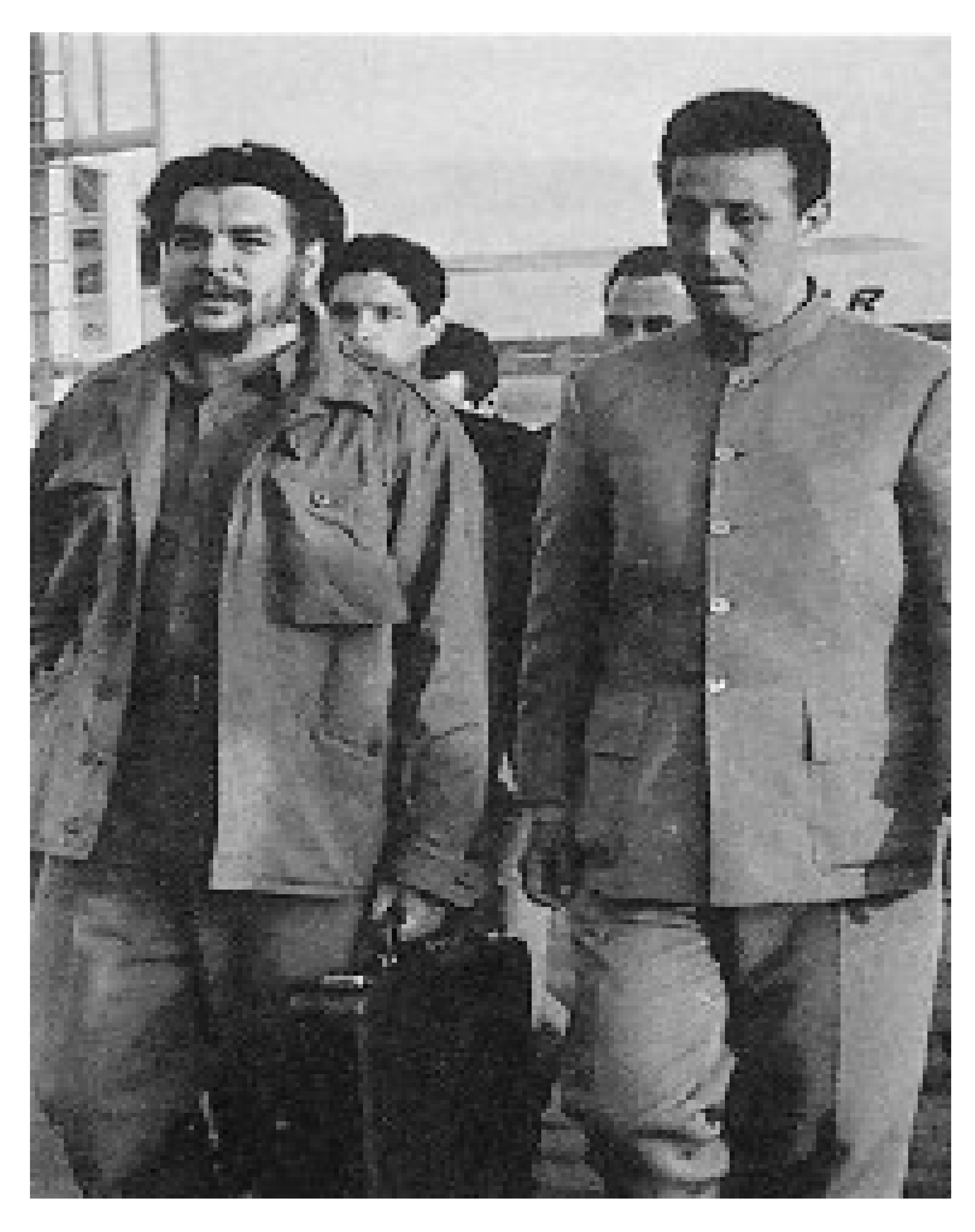
El Che y Mao Tse-tung, noviembre de 1960. Según el Che, la «moralidad socialista» de los chinos era «superior» a la de los soviéticos. Por su empeño en difundir en Occidente la táctica de guerrilla rural al estilo chino, el Kremlin acabaría por acusarle de «maoísta» radical. *Prensa Latina*



El Che recibido en el aeropuerto de La Habana por su mujer, Aleida, y el embajador soviético, Alexander Alexeiev (con camisa blanca). Cuando Alexeiev, que era funcionario del KGB, fue enviado a Cuba en 1959, el primer hombre al que visitó fue el Che. Tiempo después diría que «el Che fue prácticamente el arquitecto de las relaciones cubano-soviéticas». *Prensa Latina*



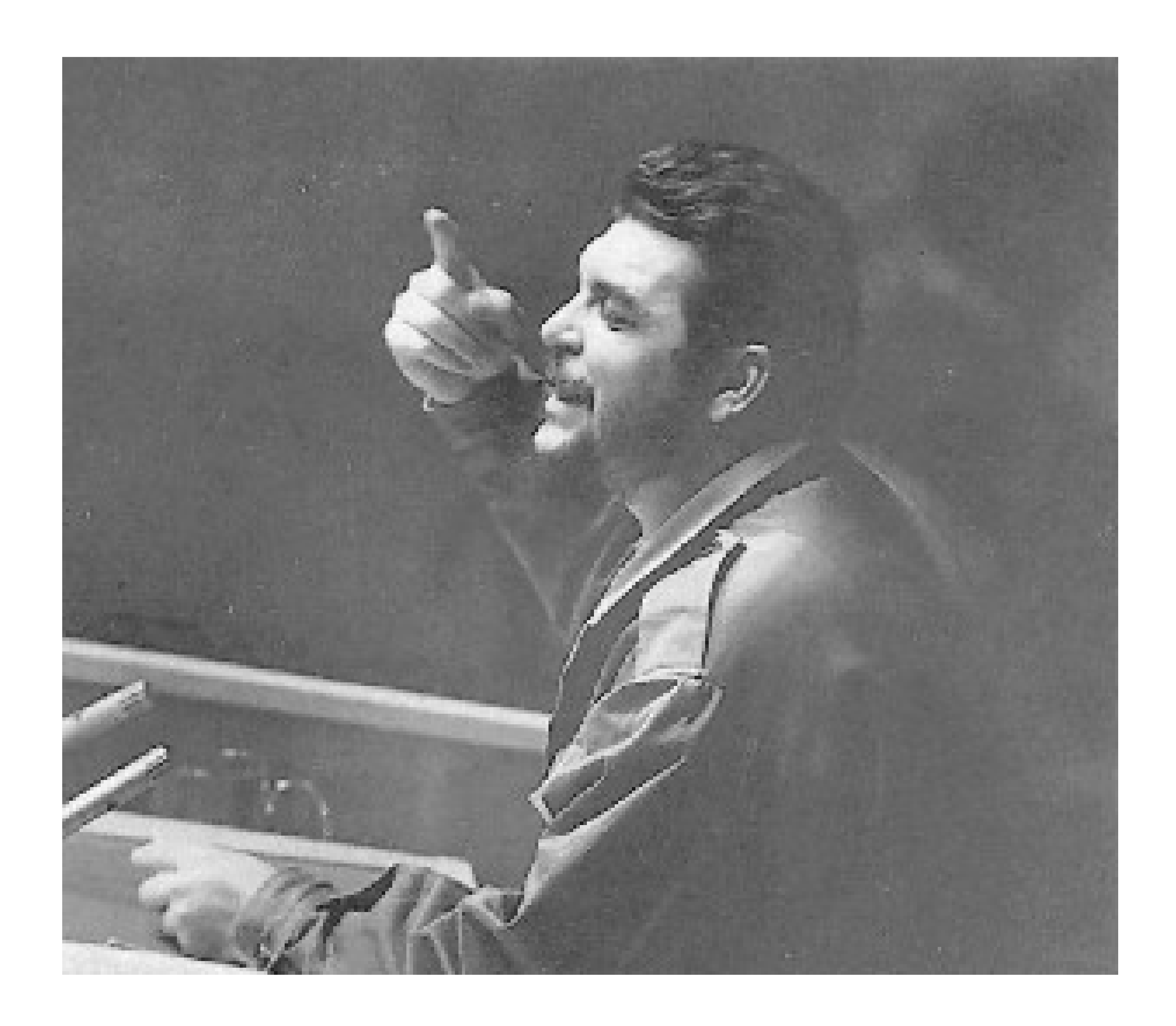
En 1959, el presidente egipcio Gamal Abdel Nasser era un destacado portavoz antiimperialista de las naciones que acababan de independizarse y el Che estableció relaciones fraternales con él. Pero Nasser consideraba imprudentes los planes del Che para combatir en el Congo, decía que se onvertiría en una especie de Tarzán y que estaría condenado al fracaso. Detrás de Nasser vemos a Anwar el-Sadat. *UPI/Corbis-Bettmann*



El Che y el dirigente argelino Ben Bella, 1964. Les unían fuertes vínculos y coordinaban el apoyo a los movimientos guerrilleros de África y Latinoamérica. *AP/Wide World Photos*.



Un chorro de lumbreras izquierdistas internacionales fluía hacía la «Cuba libre» para visitar al Che Guevara. En la foto vemos a Jean-Paul Sartre y Simone de Beauvoir, sentados en el sofá, entre el Che y Antonio Núñez Jiménez, 1960. Al morir el Che, Sartre diría de él que fue «el ser humano más completo de nuestra época». *Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado*



En diciembre de 1964, el Che se dirigió a la Asamblea General de las Naciones Unidas para denunciar la intervención «racista» de las potencias blancas occidentales en el Congo. Al cabo de unos meses, el Che desaparecería de la vida pública para dirigir un grupo guerrillero cubano en apoyo de los revolucionarios congoleños. *UPI/CorbisBettmann*



John F. Kennedy y su mujer dirigiéndose a los exiliados cubanos en el Estadio de Miami, el 29 de diciembre de 1962. La brevedad del mandato de Kennedy fue ensombrecida por el enfrentamiento con Cuba. *Foto n.º ST-C75-2-62 de la Biblioteca Kennedy*



El Che durante un descanso de la cumbre económica celebrada en agosto de 1961 por la Organización de los Estados Americanos en Punta del Este, Uruguay. Mientras toma mate, habla con el presidente uruguayo Víctor Haedo (a la derecha de la foto, con boina blanca) y con un público absorto. En la cumbre, la delegación de Estados Unidos expuso el plan denominado Alianza para el Progreso, un paquete de ayudas para América Latina y piedra angular de la política de Kennedy para «frenar» a la Cuba comunista. *AP/Wide World Photos*.



La Habana, desfile del 1 de Mayo de 1963. Los «Tres Grandes» de la revolución cubana: el Che, Raúl Castro y Fidel. *Salas*



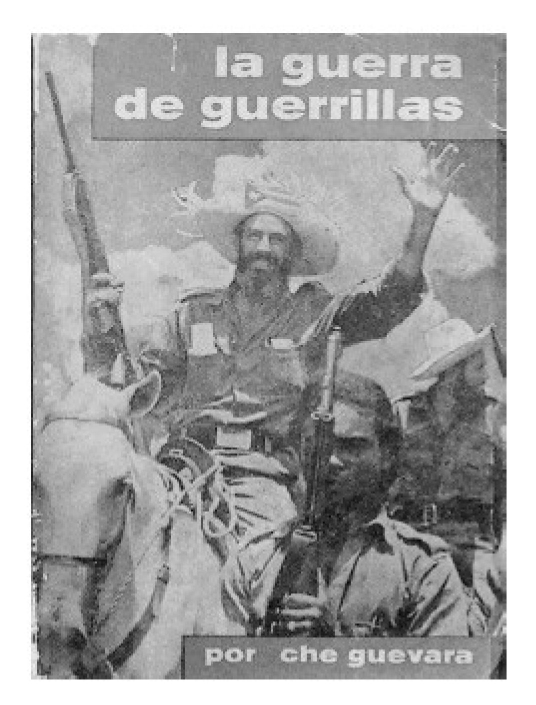
Aeropuerto de La Habana, 15 de marzo de 1965. Al volver a Cuba tras pronunciar un polémico discurso en Argel sobre la escasa ayuda de Moscú a las revoluciones socialistas de los países pobres, el Che fue recibido por Fidel, su mujer Aleida, el «viejo comunista» Carlos Rafael Rodríguez (centro) y el presidente cubano Osvaldo Dorticós. Inmediatamente después, Fidel proponía al Che que dirigiera un destacamento cubano de ayuda al Congo. El Che salió disfrazado de Cuba dos semanas después y ya no volvió a vérsele en público. *Prensa Latina*.



Arriba: Como presidente del Banco Nacional de Cuba, el Che supervisó la desaparición del capitalismo en la isla. Por firmar «Che» con toda indiferencia los nuevos billetes cubanos, causó alguna inquietud entre la comunidad económica.

Abajo: billetes cubanos impresos después de la muerte del Che para honrar al hombre oficialmente denominado «el guerrillero heroico». *Izquierda*: también los sellos cubanos reproducían la cara del Che. *Colección del autor*







Izquierda: el manual del Che sobre la guerra de guerrillas, publicado en 1960. *Derecha*: el artículo del Che sobre «La banca, el crédito y el socialismo» que apareció en marzo de 1964 en la revista *Cuba Socialista* y que formaba parte de una serie de trabajos donde exponía sus teorías sobre el camino que debía seguir la economía socialista de la isla. *Colección del autor*.



El Che (comandante «Tato») en la «zona liberada» del antiguo Congo Belga, 1965. El Che daba clases diarias de cultura general y francés a los guerrilleros cubanos que había en el campamento. *Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado*



El Che, Aleida, el guardaespaldas del primero, Harry Villegas Tamayo (Pombo), y la mujer de éste, Cristina, en un momento inusualmente relajado. Pombo era uno de los más leales protegidos del Che y estuvo con él combatiendo en el Congo y en Bolivia. *Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado*



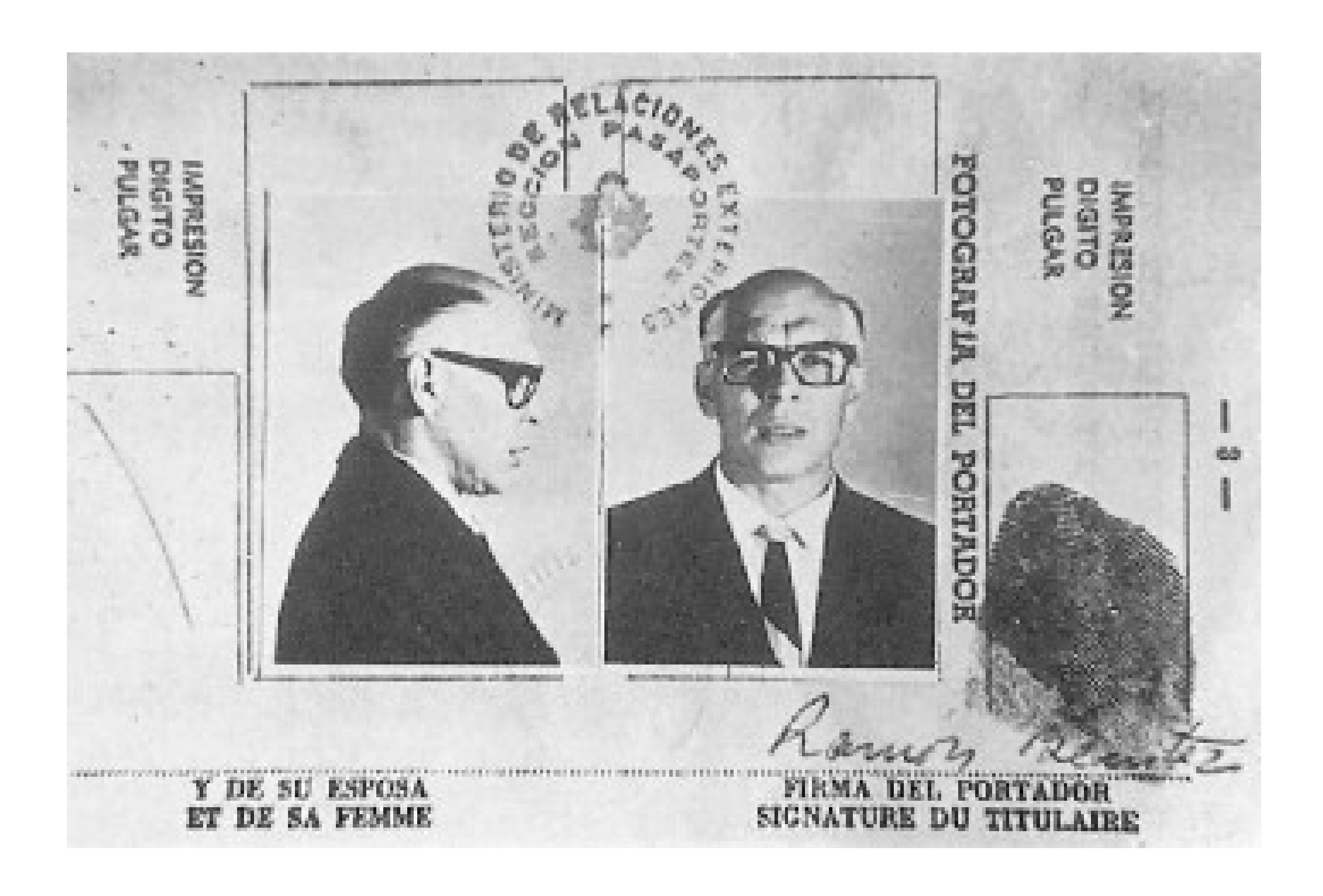
El Congo, 1965. De izquierda a derecha: el Che (Tato); José Ramón Machado Ventura, ministro cubano de sanidad; Emilio Aragonés (Tembo, o el Elefante, a causa de su tamaño), secretario de organización del Partido Unificado de la Revolución Socialista de Cuba; y el mejor amigo del Che, Óscar Fernández Mell (Siki, el Vinagre). *Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado*.



Autorretrato prácticamente desconocido, hecho por el mismo Che disfrazado (de Adolfo Mena González, economista de Uruguay) en una habitación del Hotel Copacabana de La Paz, Bolivia, poco después de llegar para dar comienzo a la aventura guerrillera. Noviembre de 1966. *Cortesía de Richard Dindo*



Antes de partir para Bolivia, Fidel dijo al Che que acudiera disfrazado a una reunión con algunos de sus compañeros más íntimos, que no lo reconocieron hasta que Fidel les reveló quién era. *Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado*



Fotos del pasaporte falso del Che a nombre de «Ramón Benítez». *Cortesía de Richard Dindo*.



La germano-argentina Haydée Tamara Bunke, más conocida por Tania, con uniforme militar cubano, hablando con un soldado, en 1961. En 1964, el servicio secreto cubano la envió a Bolivia como espía, pero al poco de llegar el Che a Bolivia, Tania se unió a su grupo y fue abatida en una emboscada el 31 de agosto. *Cortesía de Thomas Billhardt* Campamento guerrillero del Che en Ñancahuazú, Bolivia, primavera de 1967.



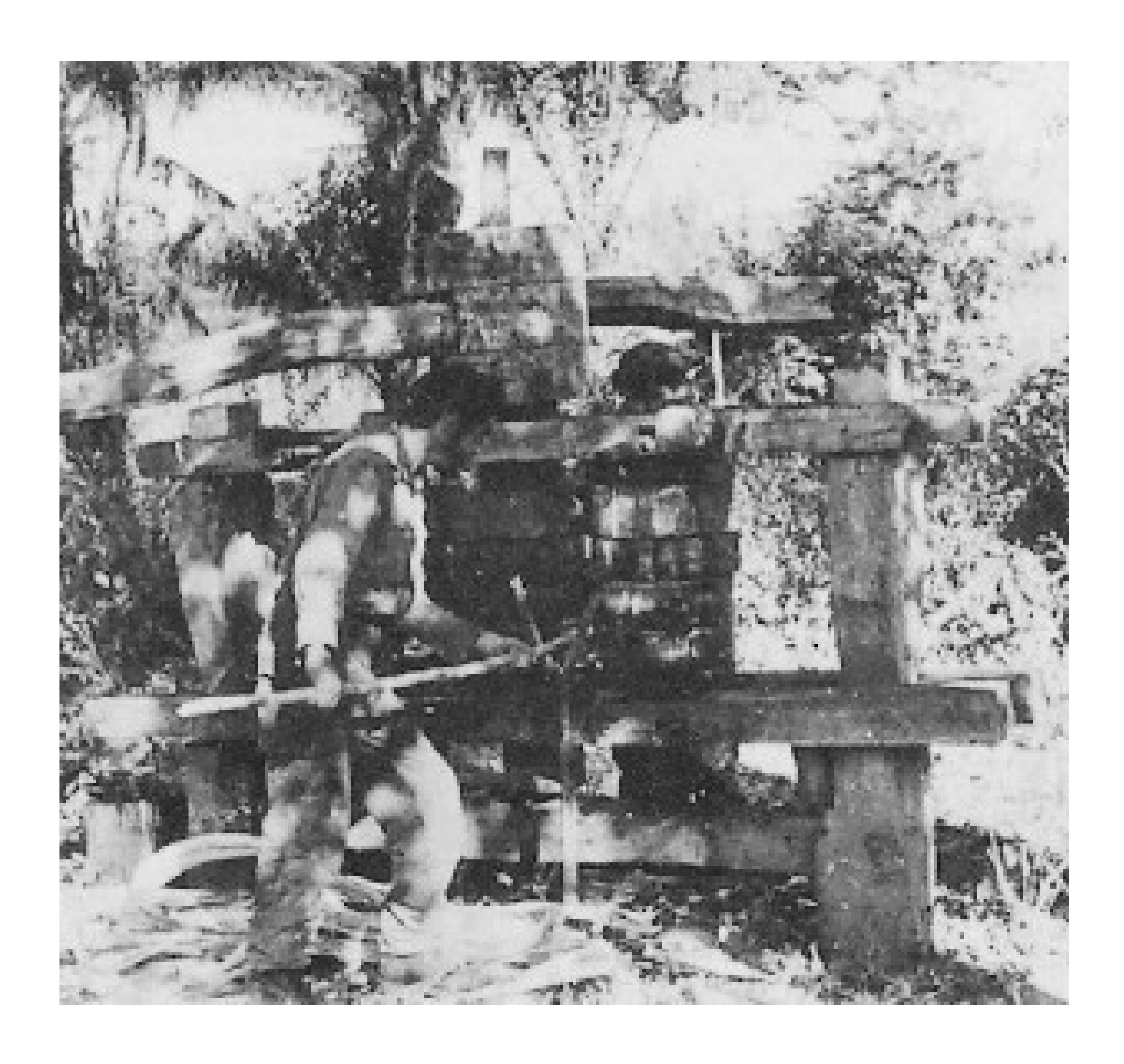
De izquierda a derecha: Ciro Roberto Bustos, alias el Pelao, emisario argentino del Che; el peruano Juan Pablo Chang, alias Chino; Ernesto Che Guevara, alias Ramón; y el francés Régis Debray, alias Dantón. *Carrete confiscado al Che Guevara, cortesía del general Luis Reque Terán*



El Che y algunos de sus hombres en el campamento de Ñancahuazú. Sentado junto a él, con gorra, fumando en pipa y vestido a imitación de su comandante, su guardaespaldas Carlos Coello, Tuma. De izquierda a derecha: Alejandro, Pombo, Urbano, Rolando, el Che, Tuma, Arturo y Moro (o «Morogoro»). *Cortesía de Richard Dindo*



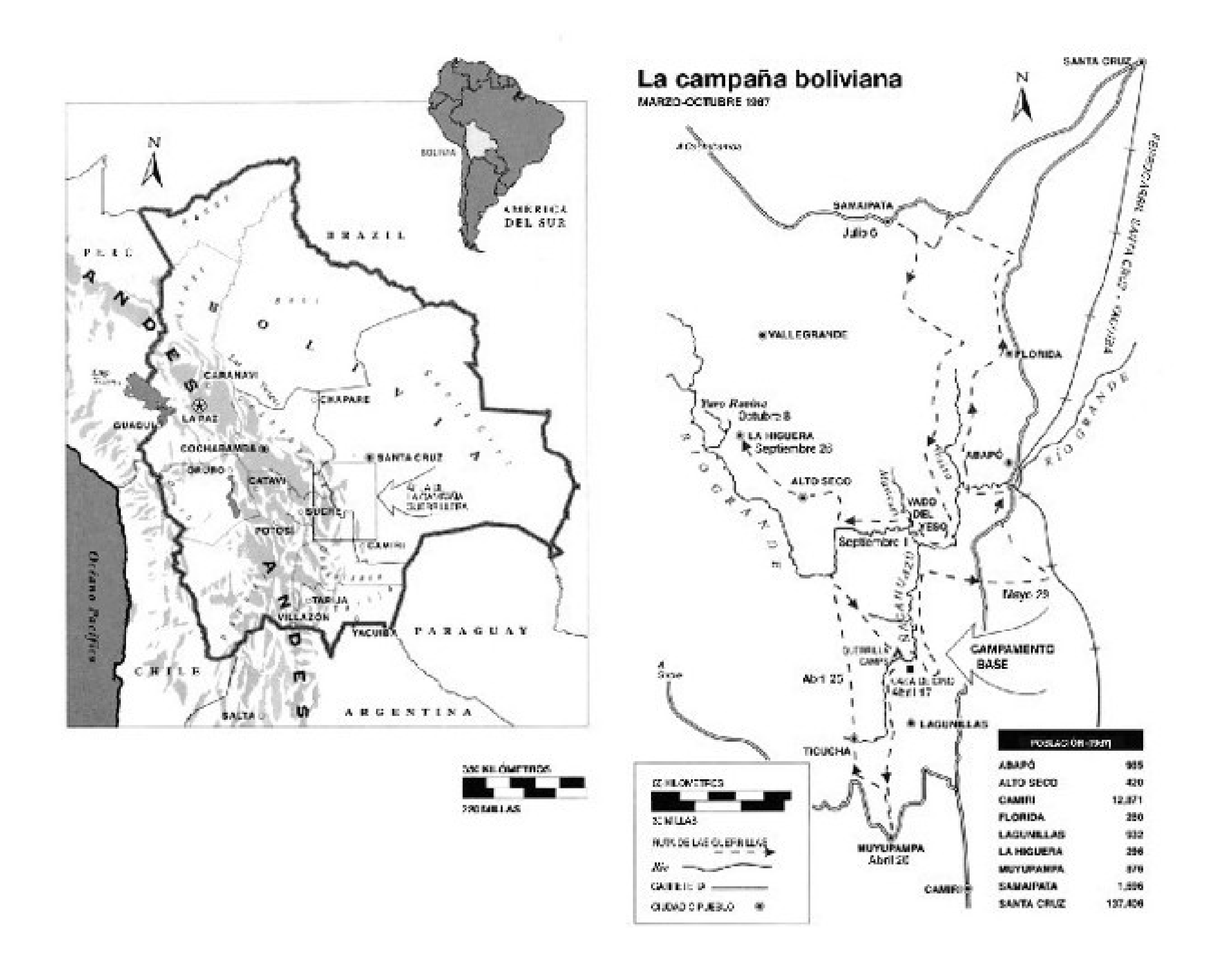
Durante buena parte de la campaña guerrillera boliviana, el Che estuvo tan enfermo que apenas podía andar. Iba en mula o a caballo siempre que podía, aunque él y sus hombres pasaban tanta hambre que tenían que comerse las cabalgaduras. *Cortesía de Richard Dindo*.



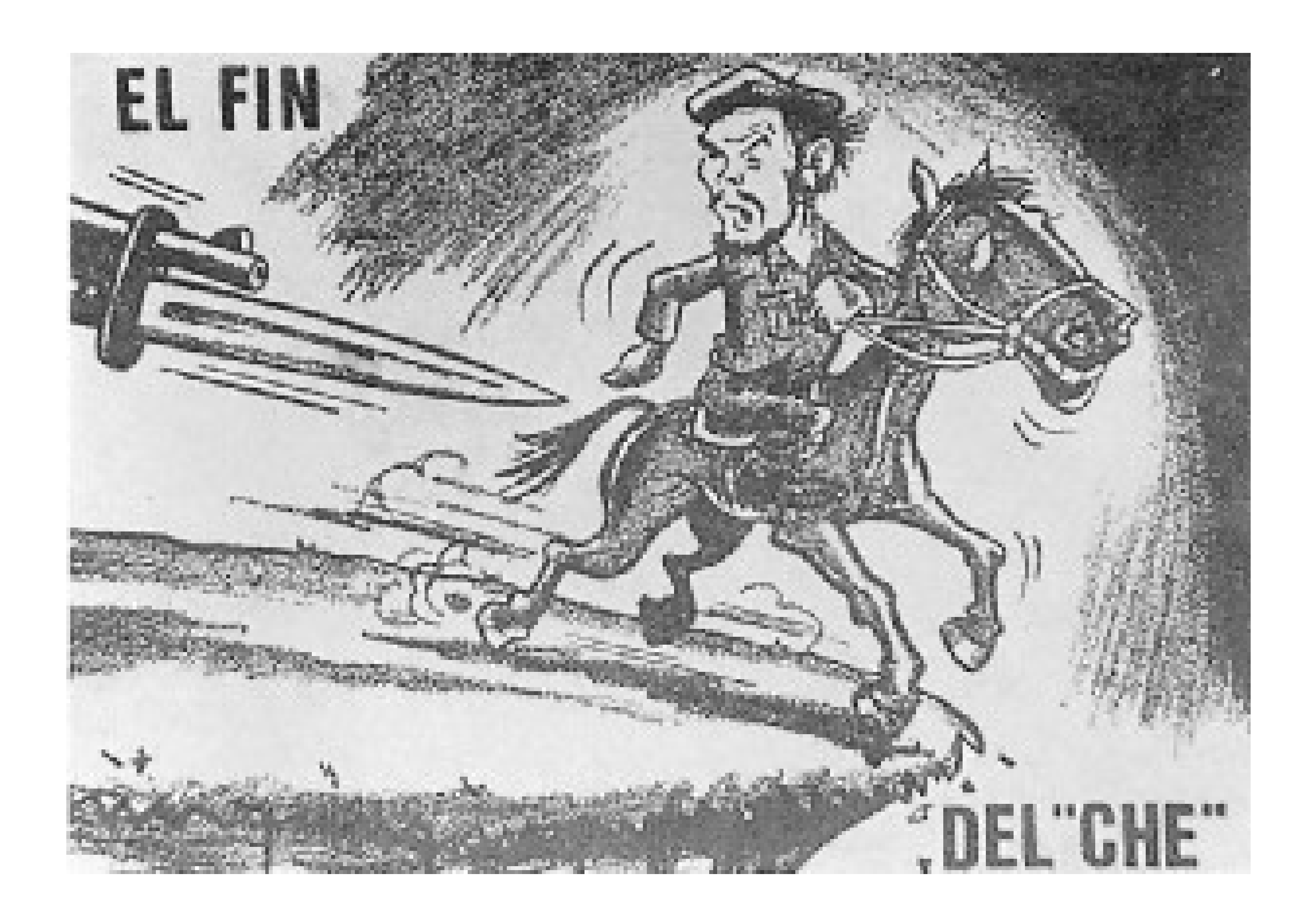
El Che en un trapiche primitivo de la selva boliviana. Ésta es una de las fotos inéditas que el autor obtuvo de los herederos del militar boliviano Andrés Selich. *Carrete confiscado al Che Guevara, cortesía de Socorro Selich*



Campesinos bolivianos vistos por los ojos de Guevara. Foto tomada por el Che en la aldea de Moroco y perteneciente al carrete requisado por el teniente coronel Andrés Selich. *Cortesía de Socorro Selich* Bolivia. *Pathfinder Press*



Detalle de la odisea guerrillera del Che en Bolivia, 1966-1967. *Pathfinder Press*.



Panfleto propagandístico del ejército boliviano, distribuido por los militares durante su campaña contra los guerrilleros del Che. En él vemos al Che como un Don Quijote aterrado al que la bayoneta del ejército regular empuja hacia el abismo. *Cortesía del general Luis Reque Terán*



El general René Barrientos (centro), presidente de Bolivia, en Vallegrande, Bolivia. A la derecha, con gorra de plato y gafas de sol (sólo se le ve la cabeza), el teniente coronel Andrés Selich. Selich habló con Guevara antes de la ejecución de éste y estuvo a cargo del entierro secreto del cadáver del Che y sus compañeros en los alrededores de Vallegrande. *Cortesía de Socorro Selich*

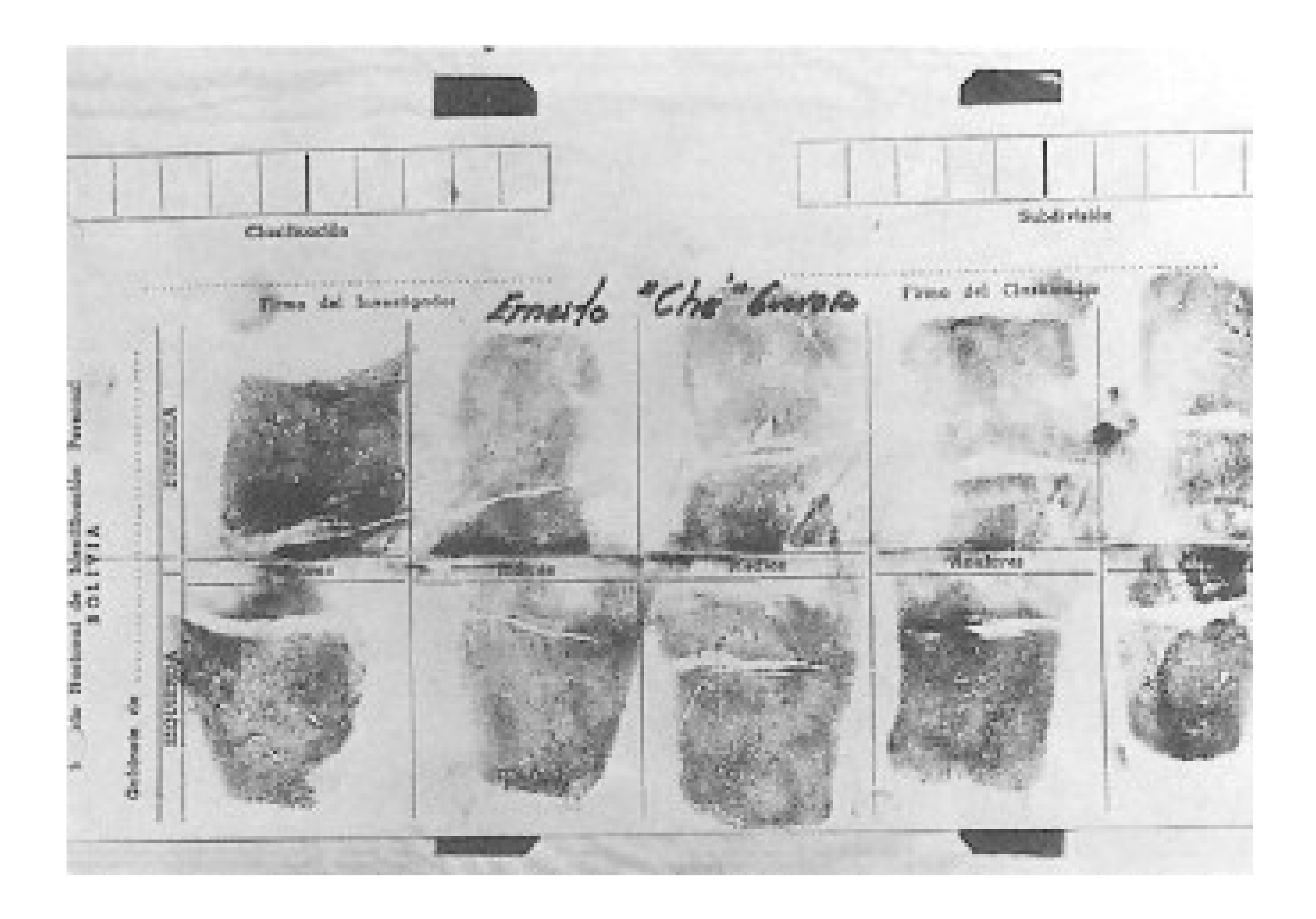
Página de las notas del Che sobre ¿*Revolución en la revolución*?, la polémica monografía de Régis Debray. El Che perdió las notas durante una escaramuza con el ejército. El autor consiguió este y otros documentos gracias a la viuda del teniente coronel Selich. *Cortesía de Socorro de Selich*



9 de octubre de 1967. El Che, horas antes de su muerte. Junto a él el agente de la CIA Félix Rodríguez. Poco después de hacerse esta foto, Rodríguez comunicó al Che que iban a ejecutarlo. *Cortesía de Félix Rodríguez.*



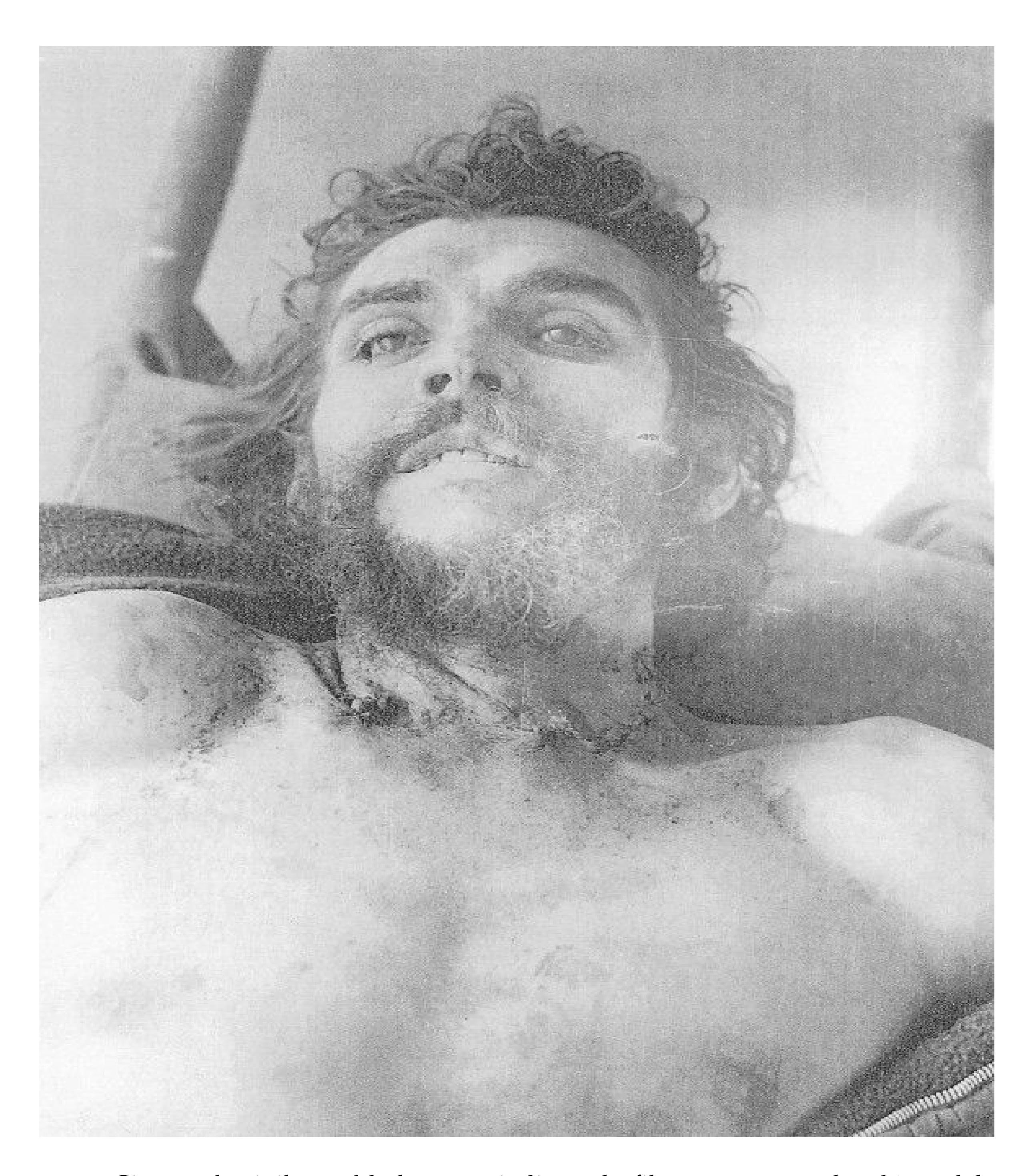
Foto tomada con la cámara del teniente coronel Selich: la escuela de La Higuera donde el Che estuvo prisionero veinticuatro horas y fue ejecutado a continuación. *Cortesía de Socorro Selich*



Huellas dactilares del difunto Che Guevara. La noche del 10 de octubre, antes de que «desapareciera» el cadáver, se le amputaron las manos y se guardaron en sendos frascos de formol; las huellas se enviaron a Argentina para que se comparasen con las que figuraban en los archivos de Buenos Aires. *Cortesía de Socorro Selich*



El cadáver del Che exhibido públicamente e inspeccionado por sus enemigos uniformados en la lavandería del hospital Nuestro Señor de Malta, Vallegrande, 10 de octubre de 1967. *Freddy Alborta*.



Cientos de civiles, soldados y periodistas desfilaron para ver el cadáver del Che. Las monjas del hospital de Vallegrande dijeron que se parecía a Jesucristo y las lugareñas le cortaron mechones de pelo para que las protegiera. Hasta el día de hoy los conservan como amuletos de la suerte y rezan por el alma del Che el Día de los Fieles Difuntos.



Tras las revelaciones al autor del general retirado Mario Vargas Salinas en noviembre de 1995, el presidente de Bolivia, Gonzalo Sanchez de Lozada, decretó el levantamiento del secreto militar en torno al lugar donde se hallaban los restos del Che Guevara y sus guerrilleros caídos. A pesar de la oposición del alto mando militar boliviano (que además puso a Vargas Salinas bajo arresto domiciliario, para silenciarlo), se inició una larga y tortuosa búsqueda. Finalmente, en julio de 1997, el cadáver del Che fue descubierto en una fosa común situada bajo la pista del aeródromo de Vallegrande. En la foto inferior, el antropólogo forense argentino Alejandro Inchaurregui, jefe del equipo que dirigió la búsqueda, durante las excavaciones. *Fotos del autor*





Honras fúnebres del Che en la plaza de la Revolución de La Habana, octubre de 1967. *Salas*. Con su muerte, el Che pasó a considerarse a nivel internacional como un héroe popular de dimensiones míticas. Su imagen se ha reproducido en carteles, pañuelos, gorras de béisbol, camisetas, llaveros, incluso en marcas de puros y cerveza. La fascinación universal por Ernesto Guevara, como producto comercial o como figura histórica, continúa cuarenta años después de su muerte. Se diría que hay cierta verdad en la consigna que se recitaba en los años sesenta: «¡El Che vive!» *Foto del autor*


EL CHE
vive



JON LEE ANDERSON (California, 1957) es un periodista estadounidense que se ha especializado en temas latinoamericanos y más recientemente en las guerras posteriores a los atentados del 11 de septiembre de 2001.

Jon Lee Anderson se inició como periodista en Perú en 1979, como miembro del semanario *The Lima Times*. Se especializó desde entonces en temas políticos latinoamericanos, y ha desarrollado una escuela sobre la forma de escribir perfiles, habiendo realizado los de importantes personalidades mundiales como Fidel Castro, Gabriel García Márquez, Augusto Pinochet, Charles Taylor, Iyad Allawi, el rey Juan Carlos I de España, Saddam Hussein, y Hugo Chávez.

Ha escrito los siguientes libros:

Inside the Liga (Al Interior de la Liga) (1986), sobre la Liga Mundial Anticomunista, financiada por los Estados unidos, y sus vinculaciones con la guerra sucia en América Latina y la formación de bandas paramilitares llamadas escuadrones de la muerte (en co-autoría con Scott Anderson)

Zonas de Guerra: voces de los campos de matanza del mundo (1987), recopilación de testimonios tomados en cinco guerras (en co-autoría con Scott Anderson)

Guerrillas (1992), sobre las guerrillas en El Salvador, Sahara Occidental,

Gaza, Afganistán y Birmania

Che Guevara: Una Vida Revolucionaria (1997), una de las biografías más importantes de Ernesto Guevara. Para escribirla se radicó en Cuba entre 1992 a 1995, con su esposa y sus tres hijos.

La tumba del León: Partes de guerra desde Afganistán (2002), sobre la Guerra en Afganistán de 2001,

La caída de Bagdad (2004), sobre el sitio y ataque a la capital durante la Guerra de Irak.

Ha escrito artículos para el *New York Times, Financial Times, The Guardian, El País, Harper's, Time, The Nation, Life, Le Monde, Diario Clarín, El Espectador*, etc. Forma parte del staff permanente del *The New Yorker*.

Notas

[0] Personaje del escritor norteamericano James Thurber, Walter Mitty es el prototipo de hombre tímido que se pierde constantemente en fantasías de aventuras heroicas de las cuales es protagonista exclusivo. *(N. del T.)*<<

[1] Serna era su apellido materno.<<

[2] Tratándose de socios, Guevara Lynch parecía condenado a sufrir, porque cuando la empresa ya estaba en marcha, Verbruch lo abandonó después de sufrir una desgracia personal y caer en una depresión profunda y prolongada. Después Guevara Lynch consiguió otro socio, llamado Rossi. La empresa sobrevivió con altibajos hasta que el golpe militar derechista de 1976 obligó a Guevara Lynch a huir del país.<<

[3] Jorge, el hermano menor de Celia, era un sujeto pintoresco a quien le gustaba vagar por el país como una especie de aventurero solitario. La familia —y Ernesto en particular— lo quería muchísimo, pero estaba loco y por lo menos en una ocasión fue necesario internarlo en un hospital psiquiátrico, de donde salió con la cabeza rapada y vestido de cuero de pies a cabeza.<<

[4] Después de la muerte del Che, su padre halló este diario y lo incluyó en su libro *Mi hijo el Che*. Según él, aparte de algunos pasajes ilegibles, la versión publicada es fiel al original.<<

[5] Chichina y Dolores Moyano eran primas hermanas. El padre de Dolores, que era arquitecto, conocía a Guevara Lynch debido a su empresa constructora. Los Ferreyra eran parientes políticos de la ilustre familia Roca, cuyo hijo Gustavo era amigo de Ernesto. Su padre, uno de los dirigentes originales de la Reforma Universitaria, también era un eminente arquitecto cordobés y conocido de Guevara Lynch. Y Tatiana Quiroga, amiga de la infancia de los Ferreyra y los Guevara, era novia de un primo de Chichina, Jaime (Jimmy) Roca, su futuro esposo.<<

[6] *Notas de viaje* fue la crónica que Ernesto escribió sobre su viaje utilizando extractos de su diario. Fue transcrito y publicado póstumamente por la viuda del Che, Aleida March. Cabe suponer que se trata de una versión auténtica e integral del original.<<

[1] Tal como vaticinó, Ibáñez ganó las elecciones y Salvador Allende fue el candidato menos votado. Sin embargo Ibáñez, lejos de nacionalizar las minas, se vio obligado a suplicar ayuda al Fondo Monetario Internacional (FMI) para cubrir el gran déficit de la balanza de pagos.

Las duras medidas antiinflacionarias impuestas por el FMI causaron gran descontento y una mayor polarización de la política interior. Estados Unidos cumplió un papel preponderante en la economía chilena hasta 1970, cuando Salvador Allende se convirtió en el primer presidente socialista del hemisferio consagrado por el voto popular. Una de sus primeras medidas fue la nacionalización de las minas. Pero la influencia norteamericana no disminuyó. Menos de tres años después, el gobierno de Allende fue derrocado violentamente por un golpe militar con respaldo norteamericano.<<

[8] Según Pepe Aguilar, Ernesto no trató de ver a Chichina de nuevo a su regreso a casa, sino que le envió el pañuelo.<<

[9] Este diario personal inédito, que abarca los tres años siguientes de la vida de Guevara, fue hallado y mecanografiado después de su muerte por su viuda Aleida March. Aparte de algunos pasajes, nunca fue divulgado, pero ella puso el texto íntegro a disposición del autor. Aparentemente no está expurgado, salvo en algunos pasajes sexualmente gráficos que ella admite haber eliminado para defender el «pudor» de la imagen de su difunto esposo. En 2000, el diario finalmente fue publicado por el Centro de Estudios Che Guevara bajo su título original: *Otra vez*.<<

[*] Véanse más detalles en el apéndice.<<

[11] Años después, Walter Beveraggi se convirtió en un conocido ultranacionalista y antisemita. Su libro *El dogma nacionalista* ataca la «democracia» y el «liberalismo», males gemelos de una sociedad moderna y decadente.<<

[*] Véanse más detalles en el apéndice.<<

[13] El año anterior, cuando Myrna estudiaba en California, se había comprometido con un estudiante canadiense que conoció allí, pero una vez de vuelta en Guatemala, se había enamorado del guatemalteco Humberto Pineda. Myrna le explicó al autor que cuando se marchó a Canadá en marzo de 1945, fue para decirle al canadiense que ya no podía casarse con él. Sin embargo, el viaje de Myrna dejó a su novio, Humberto, sintiéndose «inseguro». El único «corazón destrozado» pertenecía, según ella, al cubano Armando Arencibia, quien se había enamorado perdidamente de ella.<<

[*] Véanse más detalles en el apéndice.<<

[15] En agosto Castillo Armas le permitió a Arbenz partir a México, no sin antes infligirle una última humillación en el aeropuerto. Lo abucheó una turba de partidarios del dictador, y en la aduana tuvo que desnudarse a la vista de todos.<<

[16] El vaticinio resultaría certero: el patricio Pellecer consiguió asilo en México, donde repudió sus ideas anteriores y escribió panfletos anticomunistas con auspicios de la CIA.<<

[17] Años después, el hijo de Asturias se convertiría en dirigente guerrillero bajo el nombre de guerra de Gaspar Ilom, personaje indígena de una novela de su padre.<<

[18] En realidad, el peligro potencial era mayor de lo que suponía, porque la CIA ya tenía un legajo sobre él. Según Peter Grose, en su cortés biografía del director de la CIA Allen Dulles, *Gentleman Spy: The Life of Allen Dulles*, Houghton Mifflin, 1994, «semanas después del golpe, al ordenar el archivo del régimen derrocado de Arbenz en Guatemala, David Atlee Phillips encontró una hoja sobre un médico argentino de veinticinco años que había llegado a la ciudad en enero para estudiar la atención médica en medio de una revolución social. "¿Abrimos un expediente sobre este sujeto?", preguntó su asistente. Aparentemente el joven médico había tratado de organizar la última resistencia de los leales a Arbenz; luego había buscado refugio en la embajada argentina y finalmente había partido a México. "Sí, será mejor que lo tengamos en archivo", dijo Phillips. Con el tiempo, el legajo de Ernesto Guevara, llamado "Che", sería el más abultado del archivo general de la CIA».<<

[19] Ricardo Ramírez, que entonces tenía veintitrés años, sería luego el comandante «Rolando Morán» del Ejército Guerrillero de los Pobres, la más fuerte de varias guerrillas marxistas que aparecieron a principios de los años sesenta y combatieron a los sucesivos gobiernos guatemaltecos durante casi cuatro décadas. En enero de 1997, el EGP y sus aliados de la coalición guerrillera URNG se preparaban para desmovilizarse después de negociaciones prolongadas que condujeron a un acuerdo de paz firmado en diciembre de 1996, al cabo de treinta y seis años de guerra civil.<<

[20] Mientras esperaba, fue al lago Atitlán y las montañas de Guatemala.<<

[21] Ernesto y el Patojo se mantuvieron en contacto y llegaron a formar una estrecha amistad. Años después, Ernesto Guevara escribiría un relato en honor de su amigo titulado simplemente «El Patojo».<<

[22] Ernesto y Luis de la Puente Uceda no se encontraron esta vez porque Uceda ya había partido hacia Perú cuando Hilda y Ernesto estaban recomponiendo sus asuntos. A pesar de esta oportunidad perdida, se conocerían pocos años después, en Cuba, cuando Uceda estaba organizando un movimiento guerrillero peruano.<<

[23] Se refiere a la reciente reconciliación de Perón con los intereses financieros norteamericanos y su controvertido proyecto de ley que permitía a la Standard Oil realizar exploraciones en los yacimientos petrolíferos de la Patagonia.<<

[24] El caimán verde era el eufemismo empleado por el poeta comunista cubano Nicolás Guillén para referirse a la isla con forma de reptil.<<

[25] El *Diario de un combatiente* del Che le daría el material para su libro *Pasajes de la guerra revolucionaria*, publicado por primera vez en La Habana en 1963. El gobierno cubano publicó una versión cuidadosamente censurada de los tres primeros meses del diario, pero el texto original, que la viuda del Che, Aleida March, facilitó al autor, es inédito hasta el presente y da detalles tan francos como reveladores sobre la vida de Guevara durante la guerra de guerrillas. Véanse más detalles en el apéndice.<<

[26] Jamás se ha aclarado el número exacto de supervivientes del *Granma*. Todos los relatos oficiales coinciden en que los supervivientes que se reagruparon para conformar el núcleo del Ejército Rebelde eran «doce». Esta cifra, con su descarado simbolismo apostólico, fue consagrada por el periodista revolucionario e historiador oficial Carlos Franqui en su libro *Los doce*. Como muchos adherentes de la primera época, Franqui luego pasó a la oposición y se fue al exilio.<<

[27] El nombre completo de Castro es Fidel Alejandro Castro Ruz.<<

[28] Es de suponer que Hilda tenía cartas, poemas y otros escritos que Ernesto había dejado a su cuidado.<<

[*] Véanse más detalles en el apéndice.<<

[30] La mayoría de los trabajadores del azúcar eran contratados para los cuatro meses de la zafra. Durante el llamado «tiempo muerto» viajaban por el país como trabajadores itinerantes o iban a la cosecha del café o el tabaco.<<

[31] *New deal*, la política del presidente norteamericano Franklin D. Roosevelt (19321944) para combatir la Depresión y el desempleo. (*N. del T.*)<<

[32] Esta carta desapareció de los archivos oficiales de la historia revolucionaria de Cuba, al igual cualquier otro testimonio sobre los contactos secretos entre miembros del 26 de Julio con el gobierno norteamericano durante la campaña guerrillera. Sin embargo, es evidente que esos contactos se produjeron. Crónicas anteriores indican que comenzaron en el verano boreal de 1957. La observación del Che sugiere que ya en marzo funcionarios del gobierno norteamericano sostenían conversaciones con camaradas de Fidel en la clandestinidad.<<

[33] El tercer joven, Charles Ryan, se quedó unos meses más, hasta que se cansó de la vida guerrillera y decidió partir.<<

[34] Después de la guerra los hermanos Beatón se convirtieron en forajidos, asesinaron a un comandante revolucionario y se alzaron en armas contra la revolución, hasta que fueron detenidos y ejecutados. Joel Iglesias llegó a ser comandante del ejército y dirigente de la organización Juventud Rebelde. Después de la guerra, Cantinflas continuó en el ejército con el grado de teniente.<<

[35] Israel Pardo y Teodoro Banderas regresaron sin haber podido encontrar ni a René Cuervo ni a Sinecio Torres. Más tarde, Cuervo fue detenido y fusilado por un pelotón revolucionario. Se desconoce la suerte de Sinecio Torres. Banderas murió en combate. Pardo sobrevivió y continuó en el ejército revolucionario después de la guerra, cuando alcanzó el grado de capitán. El Mexicano alcanzó el grado de capitán en el Ejército Rebelde, pero cuando uno de los hombres que lo había delatado murió en combate, se sospechó que él lo había asesinado. En 1962, según el Che, vivía en Miami y era un «traidor a la revolución».<<

[36] Universo Sánchez era guardaespaldas de Fidel desde su exilio en México, pero en las promociones de marzo Fidel lo había ascendido a jefe de escuadrón y miembro del estado mayor, a la vez que escogió como guardaespaldas a uno de los guajiros de Crescencio Pérez, el excarnicero Manuel Fajardo.<<

[37] Al instituir una jerarquía, el Che bautizó a los novatos de su columna «los descamisados», el célebre término que usaba Evita Perón para sus seguidores obreros. Todos empezaban como humildes descamisados y realizaban trabajo de «fajina» para ganarse el reconocimiento de «combatiente».<<

[1] La del Che era la Segunda Columna del Ejército Rebelde, pero la llamaban la Cuarta para despistar al enemigo.

Los historiadores cubanos suelen mencionar el ascenso del Che como prueba de la alta estima en que lo tenía Fidel, quien lo favoreció más que a su hermano,

pero sin explicar por qué Raúl no mereció ese honor. Tal vez la respuesta se encuentre en la breve crónica de ese día clave en el diario del Che: «Allí se vieron varios ascensos. Yo tenía cargo de comandante, al guajiro Luis [Crespo] se le daba cargo de teniente, Ciro [Redondo] era capitán y se nombraba teniente a Raúl Castro, que había sido destituido por una insubordinación de todo el pelotón…»

Lo que sucedió ese día con Raúl y sus hombres no consta en los escritos publicados del Che ni en las historias oficiales de la Revolución Cubana. Los historiadores cubanos difícilmente podrían obtener los detalles: Raúl Castro es el poderoso jefe de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Cuba y heredero designado de su hermano.<<

[39] El Movimiento 26 de Julio tenía una célula clandestina activa entre los empleados cubanos de la base de Guantánamo, y robaba armas y municiones de los depósitos desde antes de la expedición del *Granma*.<<

[40] La primera sección del diario de campaña de Guevara obtenida por el autor comienza el 2 de diciembre de 1956 y termina el 12 de agosto de 1957. Se ha perdido la sección central, que va del 13 de agosto de 1957 al 17 de abril de 1958. La segunda sección que posee el autor va del 18 de abril de 1957 al 3 de diciembre de 1959, un mes antes del fin de la guerra. El autor obuvo información sobre los meses que faltan a partir de entrevistas realizadas por él y materiales publicados, incluidos los escritos de Guevara sobre el período. Véase *Pasajes de la guerra revolucionaria* en la bibliografía.<<

[41] El padre Guillermo Sardiñas, un sacerdote de Santiago, se había unido a los rebeldes en junio.<<

[42] El Che reconoció su período de dudas —dentro del cual este episodio fue un hito importante— en su carta de despedida a Fidel antes de partir al Congo en 1965. «Al pasar revista a mi vida pasada, creo que he trabajado con suficiente integridad y dedicación para consolidar el triunfo revolucionario. Mi única deficiencia seria fue no haber confiado más en ti desde los primeros momentos en la Sierra Maestra y no haber comprendido con suficiente rapidez tus cualidades de líder y revolucionario».<<

[*] Véanse más detalles en el apéndice.<<

[44] Héroes de la guerra de independencia nacional cubana a fines del siglo XIX.<<

[45] Al finalizar la guerra los rebeldes de Oriente habían «liberado» de esta

forma unas diez mil cabezas de ganado. Fue una de las medidas más aplaudidas del Ejército Rebelde y le granjeó el apoyo de muchos guajiros que por primera vez poseían ganado.<<

[46] Bob Taber, el periodista de la CBS, acabaría por cruzar la barrera al convertirse en activista, fundar el Fair Play for Cuba Committee y abogar por el gobierno de Castro en Estados Unidos. El espíritu romántico que llevó a Herbert Matthews a ensalzar a Fidel Castro en un principio minó su credibilidad periodística y finalmente arruinó su carrera en el *New York Times*. El joven periodista ecuatoriano Carlos Bastidas, que llegó a la Sierra a principios de 1958, partió con la decisión de abogar por la causa revolucionaria ante la Organización de Estados Americanos en Washington. Pero antes de que pudiera abandonar el país, fue asesinado por el servicio de inteligencia de Batista.<<

[47] Rojo se había unido a su mentor político, Arturo Frondizi, quien en 1956 se había separado del Partido Radical para formar la facción liberal Unión Cívica Radical Intransigente. Cuando el general Aramburu convocó elecciones, Rojo desempeñó un papel fundamental en el inicio de las negociaciones entre el partido de Frondizi y Perón —quien aun en el exilio ejercía un gran poder— para obtener el crucial voto peronista para aquél. La gestión tuvo éxito: Frondizi ganó las elecciones presidenciales de febrero de 1958. La recompensa de Rojo fue un puesto diplomático en Bonn.<<

[48] Junto con este cargamento de armas llegó Pedro Miret, que en el momento de la partida del *Granma* estaba encarcelado en México, y se incorporó al estado mayor de Fidel. Con él venía Huber Matos, maestro y cultivador de arroz en Manzanillo que se había exiliado el año anterior después de ayudar al transporte de los primeros refuerzos rebeldes hacia la sierra. Fidel lo ascendió a oficial y luego a comandante de la Columna 9. El piloto del avión (que los rebeldes quemaron después de descargarlo) era Pedro Luis Díaz Lanz, desertor de la fuerza aérea batistiana. Antes del fin de la guerra Díaz Lanz realizaría varios transportes de armas, y recibiría el grado de jefe de la fuerza aérea revolucionaria. Más adelante se convirtió en uno de los enemigos más peligrosos del régimen castrista.<<

[*] Véanse más detalles en el apéndice.<<

[50] El 8 de junio, en medio del caos generalizado, un extraño visitante norteamericano apareció en el campamento rebelde. Según el Che, era «un gringo muy sospechoso con mensajes de gente de Miami y unos planes estrafalarios». El hombre quiso hablar con Fidel, pero lo retuvieron. A la mañana siguiente, después de un bombardeo intenso en el sector oriental del frente cerca de la aldea de Santo

Domingo, el Che informó a Fidel de la visita. «Fidel había recibido aviso que el gringo era o FBI o contratado para matarlo». Según Pedro Álvarez Tabío, director del archivo histórico del gobierno cubano, probablemente se trataba de Frank Fiorini, un contrabandista de armas. Posteriormente, Fiorini participó en las operaciones anticastristas de la CIA de los años setenta bajo el seudónimo de «Frank Sturgis» y ganó fama como uno de los «ladrones» del escándalo Watergate.<<

[*] Véanse más detalles en el apéndice.<<

[52] Fidel convenció a Quevedo para que se uniera al Ejército Rebelde. Varios oficiales lo hicieron durante la guerra.<<

[53] Rodríguez nunca habló mucho sobre este viaje. Sólo dijo que en la zona de Raúl no había hallado «sino comprensión para los comunistas, pero cuando llegué a Fidel en la Sierra Maestra esta comprensión se había vuelto suspicacia». Rodríguez indudablemente se refería al antagonismo que despertó su presencia en Carlos Franqui, Faustino Pérez y otros hombres del llano que se encontraban en la sierra. El Che parecía aludir a esto cuando, días después de la partida de Rodríguez, advirtió «la formación de una oposición dirigida por Faustino y compuesta también por Franqui y Aldo Santamaría [hermano de Haydée Santamaría y del difunto Abel Santamaría] en la Sierra Maestra».<<

[*] Véanse más detalles en el apéndice.<<

[55] Muchos hombres acompañaron al Che en su larga marcha hacia el Escambray, pero algunos empezaron a sufrir de «*apendijitis*» o cobardía. El 7 de octubre licenció a siete hombres «en un intento de barrer la escoria de la columna», según informó a Fidel. La noche siguiente despidió al voluntario norteamericano Herman Marks, quien tenía el grado de capitán. El gringo, veterano de la guerra de Corea, había sido un excelente instructor de los hombres del Che y en los últimos meses había demostrado su coraje en combate, pero el Che no lamentó su partida. «Estaba herido y enfermo pero, fundamentalmente, no encajaba en la tropa», escribió en su diario. Enrique Acevedo entró en mayores detalles. El norteamericano era «valiente hasta la locura en el combate, déspota y arbitrario en la paz del campamento». Según Acevedo, era particularmente inquietante su afición a las ejecuciones de los condenados y con frecuencia se ofrecía como voluntario con un entusiasmo obsceno.<<

[56] Después de la revolución, Carreras volvió al Escambray con otros excombatientes revolucionarios descontentos e inició una guerra de guerrillas contra la revolución. Fue apresado y ejecutado en 1961.<<

[57] Oltuski dijo que el llano había recaudado esa suma, parte de la cual entregarían al Che para demostrar que contaban con apoyo suficiente como para prescindir del robo de bancos.<<

[58] Víctor Paneque, apodado «Diego», era jefe de acción de Las Villas; Oltuski había dicho al Che que él también se oponía a los robos de bancos. En sus memorias, Oltuski dice que Diego quedó atónito al enterarse de los planes del Che, que era una «locura» que espantaría a los simpatizantes del 26 de Julio y estaba «seguro» de que Fidel no aprobaría semejantes acciones.<<

[59] Dirigente del sindicato azucarero asesinado por Casillas en 1948.<<

[60] Según el historiador Hugh Thomas, uno de los fusilados fue el jefe de policía, coronel Cornelio Rojas. En el momento de su ejecución, Rojas pidió que se le permitiera dar la orden de fuego, lo que le fue concedido.<<

[61] Esta cita aparece en *Antes que anochezca* (véase la bibliografía). Arenas se convertiría en un autor conocido, pero sufrió debido a su homosexualidad. Años después, huyó de Cuba y se instaló en Nueva York hasta su muerte.<<

[62] Borrego, quien conoció a Marks en La Cabaña, lo describe como un hombre huraño, un «sádico» que disfrutaba de participar en los pelotones de fusilamiento. Tenía unos cuarenta años, hablaba mal el español y, según los rumores, era prófugo de la justicia norteamericana. Después de varios meses desapareció de Cuba.<<

[63] A fines de enero, Fidel había viajado a Venezuela para agradecer al régimen saliente de Larrazábal sus envíos de armas durante la guerra. Allí hizo declaraciones que fueron interpretadas por los analistas como una amenaza implícita al dictador nicaragüense Somoza. También se reunió con el presidente electo Rómulo Betancourt, el político que había despertado tanta desconfianza en el Che cuando se conocieron en Costa Rica. Aquél revelaría más adelante que Fidel le preguntó si podía contar con que Venezuela abasteciera de petróleo a Cuba, ya que planificaba un «juego con los norteamericanos». Betancourt, firme aliado de Washington, replicó secamente que Fidel podía comprarle petróleo como cualquier otro cliente: al contado y en efectivo.<<

[64] Al regresar a Buenos Aires, Masetti publicó *Los que luchan y los que lloran*, un relato de sus experiencias en la Sierra Maestra, opúsculo elogioso de la Revolución Cubana y sus dirigentes.<<

[65] Algunos historiadores atribuyen gran importancia a estas declaraciones

apaciguadoras para insinuar que el gobierno de Eisenhower «perdió» Cuba por tratar a Castro de manera tan descomedida. Sin embargo, los hechos posteriores sustentan la teoría de que Fidel se limitaba a decir lo que su auditorio quería oír. De vuelta en La Habana, un mes después del viaje por Estados Unidos, un funcionario norteamericano entregó a López Fresquet un mensaje del «señor Bender» para Fidel. «Informé a Castro —dijo López Fresquet—. No me respondió y jamás me dio información para transmitir al señor Bender». Sea como fuere, un año después el gobierno de Urrutia pasaría a la historia, desplazado por Fidel y sus camaradas izquierdistas; López Fresquet, el enlace frustrado, renunciaría a su puesto y se marcharía al exilio.<<

[1] Otra versión aparentemente fidedigna es la del hijo de Anastás Mikoyán, Sergo, quien acompañó a su padre y Leonov a Cuba. En 1994, Mikoyán dijo al autor que conocía a Leonov desde años antes. Eran de la misma edad y habían sido condiscípulos.

Que él supiera, el KGB había enviado a Leonov a México con el pretexto de trabajar para una editorial estatal soviética. En la misma época, otro amigo suyo fue a Estados Unidos con una misión similar, y éste «sin duda era de la KGB».

Mikoyán coincide en que Leonov conoció a Raúl Castro por casualidad, pero dice que los encuentros posteriores en Ciudad de México fueron intencionales. «Lo irónico es que la KGB le dijo que suspendiera esos encuentros». Mikoyán cree que esa orden se debió a las presiones de los comunistas cubanos, quienes aún desestimaban a Fidel Castro y su movimiento por considerarlos «burgueses y putschistas».<<

[67] Tal vez nunca se conozca la verdad sobre la suerte de Camilo Cienfuegos, pero es evidente que el Che jamás culpó a Fidel por su desaparición. El Che sentía gran afecto por Camilo; puso su nombre a su primer hijo, y cuando partió de Cuba el único retrato en la pared de su oficina privada era el de Camilo. Si alguna vez hubiese sospechado que Fidel fue cómplice de su muerte, difícilmente hubiera permanecido lealmente a su lado durante los cinco años siguientes.<<

[68] Los ministros que tomaron partido por Pazos en el asunto de Matos perdieron inmediatamente sus puestos. Eran Justo Carrillo, Manuel Ray y la antigua pesadilla del Che, Faustino Pérez. Osmany Cienfuegos, hermano de Camilo y miembro del PSP desde hacía muchos años, reemplazó a Ray. Un cuñado de Vilma Espín, la esposa de Raúl, ocupó el puesto de Faustino. Pazos, Carrillo y Ray partieron de Cuba, pero Pérez recuperó poco después la estima de Fidel.<<

[69] El 24 de noviembre, mientras él estaba en Pekín, Aleida había dado a luz

a una niña. La llamó Aleida, como ella, pero el cabello y los ojos de la recién nacida eran como los de su padre.<<

[70] A pesar de las numerosas expropiaciones, muchas de las tierras cultivadas permanecían en manos de pequeños granjeros, que continuaban labrando sus parcelas sin ser estorbados por el gobierno. En 1963, una nueva disposición redujo el tamaño de las propiedades, pero la revolución nunca erradicó por completo a esos orgullosamente independientes granjeros guajiros.<<

[71] Hacia 1960, según Evan Thomas, el autor de un libro sobre los primeros años de la CIA (véase la bibliografía), la CIA había elaborado con James Boudish nombres en código para sus objetivos: Fidel era AMTHUG, mientras que el Che era AMQUACK<<

[*] Véanse más detalles en el apéndice.<<

[73] Meses después, cuando Argentina rompió las relaciones con Cuba, el Che quiso invitar a su hermano Juan Martín a viajar en el vuelo que llevaría a los diplomáticos y a un grupo de comunistas argentinos a La Habana. Según María Elena, su esposa de entonces, Juan Martín estaba dispuesto a viajar, pero no pudo a raíz de dificultades de último momento. La necesidad de ganarse la vida y mantener a su esposa e hijos le impidieron volver a Cuba mientras su hermano estuvo con vida. Tampoco lo hicieron Guevara Lynch ni otros parientes salvo Celia madre.<<

[74] Cooke soñaba con un regreso triunfal de Perón a la patria a la cabeza de una alianza revolucionaria reconstruida con apoyo cubano. Antiguos camaradas de Cooke dicen que después de demostrar cierta indiferencia debido a su escepticismo con respecto a Perón, el Che acabó por hacerse amigo de aquél y su esposa, Alicia Eguren. En el curso de varias conversaciones, los argumentos de Cooke permitieron al Che adquirir una perspectiva más amplia del peronismo como fuerza revolucionaria en potencia; a su vez, éste le ayudó a asimilar conceptos marxistas-leninistas. Esto ayudó a dar impulso a la «corriente» revolucionaria de Cooke, la Acción Revolucionaria Peronista (ARP). Ese verano de 1962, con la aprobación del Che, los hombres de Cooke empezaron a entrenarse como guerrilleros con vistas a una futura guerra revolucionaria en Argentina.<<

[75] Resulta irónico que ni el Che ni Masetti ni Cooke vivirían para verlo, pero con el tiempo, las fuerzas que ayudaron a poner en marcha desatarían un período de violencia revolucionaria y represión militar brutal que en años subsiguientes modificaría drásticamente el panorama político de la Argentina moderna.<<

[76] Posteriormente se cambió el nombre del Congo por Zaire; la capital Leopoldville se llamó Kinshasa, y Stanleyville, Kisangani. [Después de escrito este libro, el país recuperó el nombre de República del Congo. *(N. del T.)*]<<

[77] Aunque no respondió a algunas acusaciones, Piñeiro refutó la versión de Bustos al asegurar que todos los movimientos de Masetti estaba coordinados desde La Habana. «Si Masetti fue a Argelia, lo hizo con la aprobación previa del Che; si no, Ben Bella la hubiera pedido».<<

[78] En su libro *Mi amigo el Che*, Rojo dice que Masetti estuvo presente en algunas de las sesiones con el Che; en cambio, Ciro Bustos asegura que Masetti jamás se separó del grupo salvo durante el breve viaje a Argelia desde Praga.<<

[79] Aparentemente sus camaradas supervivientes han olvidado el nombre verdadero de «Miguel», pero todos recuerdan que era un judío argentino instruido, un detalle significativo a la luz de lo que sucedió con el grupo cuando llegó a Argentina.<<

[80] En vista de la incapacidad persistente y demostrada del aparato de seguridad cubano para ejecutar con éxito los proyectos guerrilleros del Che, muchos exmilitantes como Ciro Bustos y varios de sus camaradas echaron la culpa a Piñeiro. Sin embargo, éste tenía una tarea ingrata. Además de asistir a los grupos de Béjar y Masetti, su departamento ayudaba a las guerrillas guatemalteca, colombiana y venezolana, entre otras. Y había problemas en todos los frentes, desde dificultades logísticas y de comunicaciones hasta rupturas en distintas facciones, así como reveses militares y políticos.<<

[1] Edelman reconoció que su partido era «dogmático» y «reformista», carecía de espíritu revolucionario y rechazaba de plano la «lucha armada» como medio para conquistar el poder. «Era un período histórico en la vida de nuestro partido en que todas las guerrillas, todos los grupos armados, eran tabú».

En efecto, a pesar de sus sonoras proclamas de solidaridad revolucionaria con la Cuba socialista, en su país el Partido Comunista argentino era una burocracia monolítica y arraigada, interesada sobre todas las cosas en obtener la legalidad política. Como los partidos afines de Bolivia, Perú y Chile, se oponía enérgicamente a los llamamientos a la lucha armada provenientes de sus militantes jóvenes, inspirados por el ejemplo cubano. El Che lo sabía y por eso no sólo intentaba crear un foco guerrillero a espaldas del partido sino que contaba con que los comunistas disidentes se incorporarían como combatientes.<<

[82] Es evidente que el Che Guevara era sospechoso de cuanta cosa rara

sucediera en el mundo, porque su nombre apareció en varios expedientes de la comisión Warren que investigaba el asesinato de John Kennedy. Los agentes del FBI de J. Edgar Hoover solían enviar informes extravagantes. Uno dijo haber visto al Che Guevara con Jack Ruby —el asesino de Lee Harvey Oswald— en Panamá.<<

[83] Gustavo Roca era marxista, *enfant terrible* de una destacada dinastía conservadora de Córdoba, primo de Chichina Ferreyra, el amor juvenil del Che, y amigo de éste en la adolescencia. Durante los meses y años siguientes, Roca hizo lo posible por denunciar las «violaciones a los derechos humanos» cometidas con los guerrilleros detenidos y las irregularidades de su proceso, pero su función más importante era servir de correo personal entre el Che, los presos y los supervivientes de la red clandestina de apoyo en Argentina.<<

[84] Después de la partida del Che de Cuba, tanto Padilla como Mora sufrieron una suerte lamentable. Mora jamás se recuperó de su caída en desgracia y se suicidó de un balazo en la cabeza en 1972. El mismo año, Padilla fue detenido por la Seguridad del Estado. El Sindicato (oficial) de Escritores Cubanos lo sometió al rito humillante de una «confesión» pública de sus presuntos crímenes como «autor contrarrevolucionario». Padeció cárcel, arresto domiciliario, años de persecución oficial y ostracismo hasta que finalmente se le permitió emigrar.<<

[85] En 1962, después de expulsar a Aníbal Escalante de su puesto influyente en las Organizaciones Revolucionarias Integradas y purgar a los «viejos comunistas» sectarios, Fidel anunció que el PURS reemplazaría a las ORI como partido de gobierno, en una etapa más de la transformación gradual de Cuba en un Estado unipartidista. Ese proceso, que liquidaría al Movimiento 26 de Julio, al Partido Socialista Popular y al Directorio Revolucionario, culminaría en octubre de 1965 con la fundación oficial del Partido Comunista cubano.<<

[*] Véanse más detalles en el apéndice.<<

[**] Véanse más detalles en el apéndice.<<

[88] Pocos meses después, en abril de 1965, un plenario del partido venezolano resolvió dar «prioridad» a las formas legales de transformación política, lo que eventualmente provocaría una enconada ruptura entre éste y las guerrillas dirigidas por Douglas Bravo con respaldo cubano.<<

[1] Según fuentes cubanas consultadas por el autor, el Che ya le había dicho a Fidel que no quería permanecer en el gobierno revolucionario. Había tomado esa decisión después del viaje a Moscú, convencido de que Fidel no podría resistir las

presiones soviéticas para aplicar el modelo socialista del Kremlin. Un pequeño círculo de camaradas que conocían la decisión del Che le rogaron que se quedara por lo menos dos años más para «demostrar» que su modelo económico de «financiación presupuestaria» era mejor para Cuba que el que recomendaban los soviéticos. El Che se negó: esos dos años eran innecesarios, ya que su ministerio funcionaba de acuerdo con sus teorías y había demostrado su validez.

Después de presentar su renuncia —que Fidel aceptó—, inició su viaje en diciembre de 1964 con miras a decidir cuál sería su destino siguiente.<<

[90] Apenas dos meses después, el 21 de febrero de 1965, Macolm X fue asesinado por matones rivales de Nation of Islam mientras pronunciaba un discurso en Nueva York. Tenía treinta y nueve años.<<

[91] La llegada de los instructores, poco después, significó el inicio de más de dos décadas de presencia militar cubana en Angola.<<

[92] Un funcionario chino dijo que el desaire no estaba dirigido al Che, quien se «portaba correctamente», sino a Osmany Cienfuegos, quien había ofendido a los chinos al «alzar la voz» y «hablar demasiado»; se temía que provocara un incidente molesto en la sacrosanta presencia de Mao. En realidad, parece probable que después de la desastrosa visita de la delegación comunista latinoamericana, una gestión con la cual se identificaba al Che en virtud de su posición en Cuba, la ausencia de Mao fuera una táctica para obligar a Guevara a adoptar una posición más claramente chinófila.<<

[93] Este manuscrito, de ciento cincuenta y tres páginas, del cual se decía que sólo se hicieron cinco copias, permaneció guardado bajo siete llaves en los más altos niveles del gobierno revolucionario cubano durante casi tres décadas. A mediados de los noventa, unas pocas copias llegaron a manos de algunos investigadores, incluido el autor de estas líneas. Finalmente, en 1999, treinta y cuatro años después de que el Che lo escribiera, el gobierno cubano autorizó su publicación.<<

[*] Véanse más detalles en el apéndice.<<

[95] Fidel también aludió al enfado que le provocaba el hecho de que chinos y soviéticos trasladaran sus rivalidades a la isla. Refiriéndose a China sin nombrarla, deploró el intento de distribuir propaganda política no autorizada en tierra cubana. Dijo que sólo el partido de gobierno tenía derecho a hacer propaganda, y que no lo toleraría. Sin embargo, a pesar de esta advertencia, el problema aún no había llegado a su punto culminante. (Véanse más detalles en el apéndice.)<<

[96] Evidentemente se refería a cuando perdió momentáneamente la confianza en Fidel a raíz del Pacto de Miami durante la revolución.<<

[*] Véanse más detalles en el apéndice.<<

[98] El Che tenía buenos motivos para ocultar sus planes secretos a Hilda. Según un amigo íntimo suyo que sí conocía esos planes, Hilda representaba un riesgo debido a su afición por hacerse «hada madrina» de cualquier guerrillero latinoamericano que visitara La Habana. Algunos eran auténticos, otros sólo aspirantes y por lo menos uno, que venía de México, resultó ser un agente de la CIA. Los servicios de seguridad cubanos lo detuvieron y desenmascararon.<<

[99] Los combates finalizaron rápidamente. Las tropas norteamericanas y de países latinoamericanos aliados se retiraron luego de un cese de fuego acordado con la mediación de la OEA que incluía la convocatoria de elecciones. En estos comicios, realizados en 1966, Bosch fue derrotado por su oponente derechista Joaquín Balaguer, quien dominaría la política nacional y ocuparía la presidencia varias veces durante los treinta años siguientes.<<

[100] Alexeiev dice que Bréznev «no mostró demasiado interés» y por eso no entró en detalles sobre la reunión. Pero insinúa que Bréznev jamás hubiera permitido que el asunto afectara las relaciones con Cuba: «Bréznev estaba *con* Fidel; trataba de aprovechar la amistad de Fidel con Jrushov y tener con él la misma [clase de relación]».<<

[101] El Che advirtió que la carta a sus padres fue enviada en octubre de 1965, después que Fidel rompiera el silencio y divulgara su carta de despedida.<<

[102] Durante mucho tiempo, Aleida se negó a compartir estos escritos, argumentando que eran demasiado íntimos para divulgarlos. Pero ya se han publicado dos de ellos: *La duda* y *La piedra*. Véanse más detalles en el apéndice.<<

[103] Días antes el Che había recriminado a Bahaza por abandonar un arma durante el éxodo del frente de Lambert.<<

[104] Un agente de inteligencia cubano que participó en las tareas administrativas de la operación cubana en el Congo dijo al autor que la rivalidad entre chinos y soviéticos afectó de manera directa el desenlace congoleño: «Creo que los soviéticos querían verse libres del Che», aseguró, y añadió que la cooperación soviética con la alianza rebelde apoyada por Cuba y los países africanos tenía por objeto principal competir en un terreno que los chinos consideraban propio; que apenas cambió la dirección del viento, Moscú dio todo

su apoyo a la solución negociada, con lo cual condenó a muerte la causa revolucionaria congoleña… además de los esfuerzos del Che. Este análisis se ve reforzado por un alto funcionario de La Habana, que dijo haber leído en los apuntes del Che (presumiblemente en su diario inédito del Congo) que éste sospechaba que los soviéticos habían ejercido «presiones» sobre el presidente tanzano Nyerere para que exigiera el retiro de los cubanos.<<

[*] Véanse más detalles en el apéndice.<<

[*] Véanse más detalles en el apéndice.<<

[107] Posteriormente el Che legó este esbozo inédito de un manual de filosofía a Armando Hart, quien había virado radicalmente a la izquierda después de la victoria rebelde. Hart llegó a ser miembro del Buró Político, y desde 1976 hasta 1997 ocupó el cargo de ministro de Cultura.<<

[*] Véanse más detalles en el apéndice.<<

[109] Pombo dijo al autor que enviaron a Papi desde Praga a Bolivia con la intención de pedir a Monje que los ayudara a viajar a Perú y poner en marcha los preparativos para recibir al Che; que él y Tuma fueron luego a Perú a ayudar a Papi. Dijo que estando ellos en Bolivia, comenzó el derrumbe de las guerrillas peruanas y cundió la sospecha de que estaban «infiltradas»; que en ese momento empezaron a discutir la idea de iniciar una guerra en Bolivia. El problema de esta versión —además de contradecirse con la de Ariel— es que Pombo llegó a Bolivia en julio de 1966, pero la desintegración de los rebeldes peruanos había comenzado meses antes, con la muerte de Guillermo Lobatón y Luis de la Puente Uceda y la captura de Héctor Béjar producida en marzo.<<

[110] El Che, que se había llamado «Tato» en África, adoptó el nuevo seudónimo de «Ramón» en Praga; lo usaría también en Bolivia junto con los de «Mongo» y «Fernando».<<

[111] Jamás se ha divulgado la identidad de «Francisco». En la versión publicada del diario de Pombo se dice que era «un enlace cubano» que decidió abandonar la empresa. Piñeiro dice que era un hombre valiente, formado en el combate urbano, pero que quiso retirarse por «razones psicológicas» que no reveló.<<

[112] Durante su estancia en Cuba, el autor obtuvo una copia parcial del diario manuscrito de Pombo, el original mecanografiado posterior y una copia de las correcciones para la versión publicada. Este pasaje es del documento

mecanografiado. En 1996, después de tres décadas, la versión *corregida* del diario de Pombo apareció en Cuba y Argentina con la autorización del gobierno cubano, pero sin este pasaje clave. (Pombo, cuyo nombre verdadero es Harry Villegas, es un general en actividad de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Cuba y fidelista leal.)<<

[*] Véanse más detalles en el apéndice.<<

[114] Monje se daba más importancia de la que merecía. Desde luego que el Kremlin estaba al tanto del paradero del Che, del que Alexeiev había informado a Bréznev, y en los últimos tiempos había ayudado a evacuar a los combatientes cubanos de Tanzania.<<

[115] Más adelante, descubierta la presencia de los guerrilleros, las autoridades detuvieron a López Muñoz y lo acusaron de colaborar con ellos. Él dijo que era inocente puesto que lo habían engañado, y quedó en libertad. Pero en realidad, participaba de buen grado en el plan guerrillero. Lo había reclutado Inti Peredo, cuya esposa y la de López Muñoz eran primas.<<

[116] La verdadera identidad de «Mercy» se mantuvo en secreto hasta algún tiempo después de que éste muriera en Cuba, en 1997. Según Ulises Estrada, esto se debía al hecho de que su hijo, Percy Alvarado, también miembro de la seguridad del Estado cubano, estaba en activo, infiltrado como un doble agente en los grupos anticastristas radicados en Miami.<<

[117] Antes de regresar a Argentina, Bustos se vio envuelto en una odisea muy extraña y enigmática. Invitado por el gobierno de Mao, fue a China, donde lo recibieron con toda pompa como el lugarteniente guerrillero del Che en la Argentina. En varias reuniones los funcionarios del gobierno chino ofrecieron dar instrucción militar a los «hombres del Che» además de apoyo material y financiero. Pero la tentadora oferta tenía una trampa, revelada en una reunión con el vicepresidente del Congreso Nacional del Pueblo en Pekín: Bustos debía denunciar públicamente a Fidel Castro como «aliado del imperialismo». Atónito, Bustos se negó a hacerlo y su «gira de buena voluntad» terminó poco después. Cuando se reunió con el Che en Bolivia, Bustos relató el encuentro con cierto fastidio. El Che respondió entre carcajadas: «Tuviste suerte. Era el comienzo de la Revolución Cultural, pudiste perder las pelotas». El Che no le aclaró si él había concertado la reunión ni qué clase de trato tenía con los chinos. Poco después los sucesos empezaron a precipitarse y no tuvieron otra oportunidad para discutir el asunto.<<

[118] Ariel dijo al autor que habló con varios grupos izquierdistas clandestinos

en Argentina, entre ellos los dirigentes de un pequeño «grupo bastante terrorista». Decidieron que era demasiado difícil y recurrieron a la «opción legal» de apoyar los intentos de Gustavo Roca y otros abogados para que se redujeran las sentencias.<<

[119] Aunque Monje se negó a admitirlo, en Cuba se cree que pasó por Moscú de regreso a Bolivia con el único fin de quejarse en el Kremlin sobre los planes cubanos para su país.<<

[120] Véanse más detalles en el apéndice.<<

[121] Finalmente, en 2001, Borrego publicó algunos extractos de las críticas del Che en su libro *Che: El camino del fuego*.<<

[*] Véanse más detalles en el apéndice.<<

[123] En definitiva, sin contar la red urbana de apoyo, la fuerza guerrillera comprendería a un argentino (el Che), una alemana (Tania), tres peruanos, dieciséis cubanos y veintinueve bolivianos.<<

[124] Poco después Fidel respondió en una carta que el comunista boliviano Simón Reyes ya estaba ahí y que Jorge Kolle Cueto iría a buscar una solución negociada a la crisis.<<

[125] Loyola Guzmán, «secretaria nacional de finanzas» y miembro de la red urbana del Che en La Paz, ha dicho que Tania regresó la segunda vez por culpa del grupo, que decidió enviarla con los visitantes porque todos estaban demasiado ocupados.<<

[126] Fidel le había comunicado que intentaba ayudarlo por todos los medios. Se había reunido con el dirigente sindical Juan Lechín, quien prometió aportar fondos y hombres a la causa. Volvería clandestinamente a Bolivia en pocas semanas. Pero Lechín tenía problemas propios y, como tantos otros bolivianos que en algún momento prometieron ayudarlo, al final hizo poco o nada. Anteriormente Fidel le había comunicado que sus reuniones con los comunistas bolivianos Kolle Cueto y Simón Reyes habían dado buen resultado; eran «comprensivos» y prometían ayudarlo. Se suponía que Kolle visitaría al Che; desde luego que eso quedaba descartado. El ejército había invadido la zona y detenía a cualquier civil sospechoso de tener trato con los guerrilleros. Desde que Barrientos proscribió al partido, los dirigentes habían pasado a la clandestinidad.<<

[127] Al día siguiente, escucharon por la radio el ominoso anuncio de que «tres mercenarios extranjeros» habían «muerto en la batalla». El Che escribió en su

diario que tomaría represalias si resultaba cierto que el ejército los había asesinado. Afortunadamente para los tres, el reportero de un diario local los había fotografiado cuando estaban con vida. Posiblemente la publicación de esa foto salvó sus vidas, porque a fin de mes se dijo que estaban en la cárcel de Camiri.<<

[128] Se informó de que Jorge Vázquez Viaña cayó herido y fue apresado. Luego el ejército dijo que se había «fugado». La verdad es que lo secuestraron del hospital, lo ejecutaron y arrojaron su cuerpo desde un helicóptero a las montañas cubiertas de bosques cerca de Lagunillas.<<

[129] A fines de junio, el general Ovando Candia confirmó públicamente la presencia del Che en Bolivia. Éste escribió en su diario el 30 de junio: «Lo más importante es la declaración oficial de Ovando de que yo estoy aquí… Se basa en las declaraciones de Debray que, parece, habló más de lo necesario, aunque no podemos saber qué implicaciones tiene esto, ni cuáles fueron las circunstancias en que dijo lo que haya dicho».<<

[130] El enigmático Arguedas no sólo trabajaba para la CIA sino que era un excomunista y amigo de Mario Monje. Durante los años siguientes operó como triple agente para la CIA, el Partido Comunista Boliviano y también para los cubanos. Treinta años después, ninguno de sus antiguos colegas en los diversos servicios puede decir con certeza a quién le era leal en un momento dado. (Véanse más detalles en el epílogo y el apéndice.)<<

[131] Según Piñeiro, era importante llevar a Renán de vuelta a Cuba para proveerlo de nuevos documentos e interrogarlo con el fin de descubrir si lo habían «detectado». Ariel dice que lo retiraron porque estaba muy enfermo de «parasitosis aguda». Fuera como fuese, Piñeiro no le permitió regresar a Bolivia porque temía por su seguridad. Hoy reconoce que la decisión no cayó bien: «Renán me echa la culpa por negarle la oportunidad de participar en una misión histórica».<<

[132] Eusebio y Chingolo, desertores de la columna de Joaquín, habían conducido allí al ejército el 8 de agosto.<<

[133] Vargas Salinas dice que accedió a la «ejecución» a petición de los soldados, que querían vengar la muerte de su camarada. Según él, Maymura se mostraba «desafiante», mientras que Paco estaba aterrado. Mientras lo meditaba, notaba que Paco, sentado junto a él, trataba de meter las piernas debajo de las suyas para protegerse. En ese momento, dice Vargas Salinas, señaló a Maymura con un gesto de la cabeza y sus hombres lo mataron al instante. Le perdonaron la vida a Paco.<<

[134] Una fiesta andina de despedida en la que se canta, se baila y se bebe. El teniente coronel Selich confiscó el poema y su viuda se lo enseñó al autor.<<

[*] Véanse más detalles en el apéndice.<<

[136] Después de guardar un silencio total durante veintinueve años, en 1996 Socorro Selich permitió al autor estudiar y copiar los documentos de su difunto esposo. Entre ellos hay fotografías, telegramas, memorándums internos del ejército, el diario militar de Selich de 1967, las notas fragmentarias de sus conversaciones con el Che Guevara y un informe secreto al general La Fuente sobre la forma y las circunstancias de la ejecución del Che Guevara. Véanse más detalles en el apéndice.<<

[137] Según el informe de Selich, ninguno de los oficiales de La Higuera —incluidos Félix Rodríguez y él mismo— estaba de acuerdo con la decisión de ejecutar a Guevara. «Pensábamos que era mejor conservar al señor Guevara con vida porque a nuestro juicio hubiera sido más ventajoso presentarlo ante la opinión mundial derrotado, herido y enfermo, y obtener una compensación [de Cuba] por los gastos incurridos en el combate contra los guerrilleros y para compensar a las familias de los soldados asesinados por la Banda Guerrillera».<<

[138] El relato de Rodríguez se contradice en algunos aspectos con los de los oficiales bolivianos que estuvieron presentes en La Higuera, pero las discrepancias entre éstos son igualmente notables. Por ejemplo, según el exteniente coronel Miguel Ayoroa, encerraron a Willy y Juan Pablo Chang juntos en la otra aula de la escuela y los ejecutaron simultáneamente. Este testimonio coincide con la versión más ampliamente aceptada de los acontecimientos, según la cual la versión fotográfica del Che con Rodríguez tuvo lugar *antes* de la ejecución de Willy, y, después, el Che, Willy y Juan Pablo Chang fueron ejecutados prácticamente al mismo tiempo por «voluntarios» del ejército boliviano.<<

[139] La versión de la maestra, Julia Cortez, entonces una joven mujer de veintidós años, ha sido impugnada por los militares que estuvieron presentes, pero ella asegura que le permitieron ver al Che esa mañana a petición de él. Estaba nerviosa, y cuando entró el Che clavó en ella una mirada que no pudo sostener. Señaló el pizarrón, indicó un error gramatical en lo que ella había escrito y a continuación dijo que la suciedad de la escuela era vergonzosa, que en Cuba sería una prisión. Ella salió después de conversar brevemente. El Che volvió a llamarla poco antes de su ejecución, pero ella tuvo miedo de regresar.<<

[1] Socorro, la viuda de Selich, dijo al autor en 1996 que varios años después, su esposo —que nunca le había revelado los detalles de su papel en el entierro del

Che— le mostró en un mapa las coordenadas de las tumbas secretas del Che y los demás guerrilleros. Esas coordenadas han desaparecido, pero según su esposo, el Che fue enterrado aparte de los demás. Vargas Salinas dice que todos ocupan una tumba colectiva. Es interesante observar que el cuaderno en el que Selich anotaba sus tareas está en blanco desde el 9 de octubre a las 15.45 hasta el 11 de octubre a las 09.00, no menciona al Che Guevara ni qué se hizo con sus restos.

Entretanto, para añadir más confusión al asunto, el exagente de la CIA Gustavo Villoldo dice haber presidido personalmente el entierro del Che con varios de los hombres de Selich, pero niega que Selich o Vargas Salinas estuvieran presentes.<<

[1] Moro o El Médico eran los nombres de guerra del médico cubano Octavio de la Concepción y de la Pedraja; los nombres verdaderos de los bolivianos Pablo y Chapaco eran Francisco Huanca y Jaime Arana, respectivamente. Lucio Edilberto Galván, llamado Eustaquio, era peruano.

En diciembre de 1995, tras las revelaciones del general Mario Vargas Salinas, aparecieron cuatro esqueletos de hombres, enterrados en una cañada en las afueras de Vallegrande. Después de su exhumación, fueron identificados como Moro, Pablo, Chapaco y Eustaquio. El cadáver de Tuma fue encontrado en otro sitio en junio de 1996.<<

[142] En el verano de 1967, cuando el Che y los hermanos Coco e Inti estaban vivos y combatiendo, Chato era estudiante en Moscú. Pidió a los soviéticos que lo entrenaran junto con otros estudiantes bolivianos para que pudieran volver a su país y unirse a la lucha. Le respondieron que esa petición debía ser presentada a través del Partido Comunista Boliviano y aprobada por éste.<<

[*] Para ampliar la lista de fuentes, véase la bibliografía.<<